LA RUEDA DEL TIEMPO

ROBERT JORDAN
BRANDON SANDERSON



UN RECUERDO DE LUZ

Los dirigentes de las naciones se reúnen en Campo de Merrilor para apoyar a Rand al'Thor o frenar su plan de romper los sellos de la prisión del Oscuro, algo que podría ser una señal de locura o la última esperanza de la humanidad. Egwene, la Sede Amyrlin, se inclina por lo primero.

En Andor, los trollocs invaden Caemlyn. En el Sueño del Lobo, Perrin Aybara combate contra Verdugo. Mientras se aproxima a Ebou Dar, Mat Cauthon hace planes para visitar a su esposa, Tuon, ahora Fortuona, emperatriz de Seanchan. Toda la humanidad está en peligro, y el resultado se decidirá en Shayol Ghul.

La Rueda gira, y la era actual llega a su fin. La Última Batalla determinará el destino del mundo.

Lectulandia

Robert Jordan & Brandon Sanderson

Un recuerdo de luz

La rueda del tiempo - 14

ePub r1.0

Annatar 18.10.13

Título original: *A memory of light*
Robert Jordan & Brandon Sanderson, 2013
Traducción: Mila López Díaz-Guerra

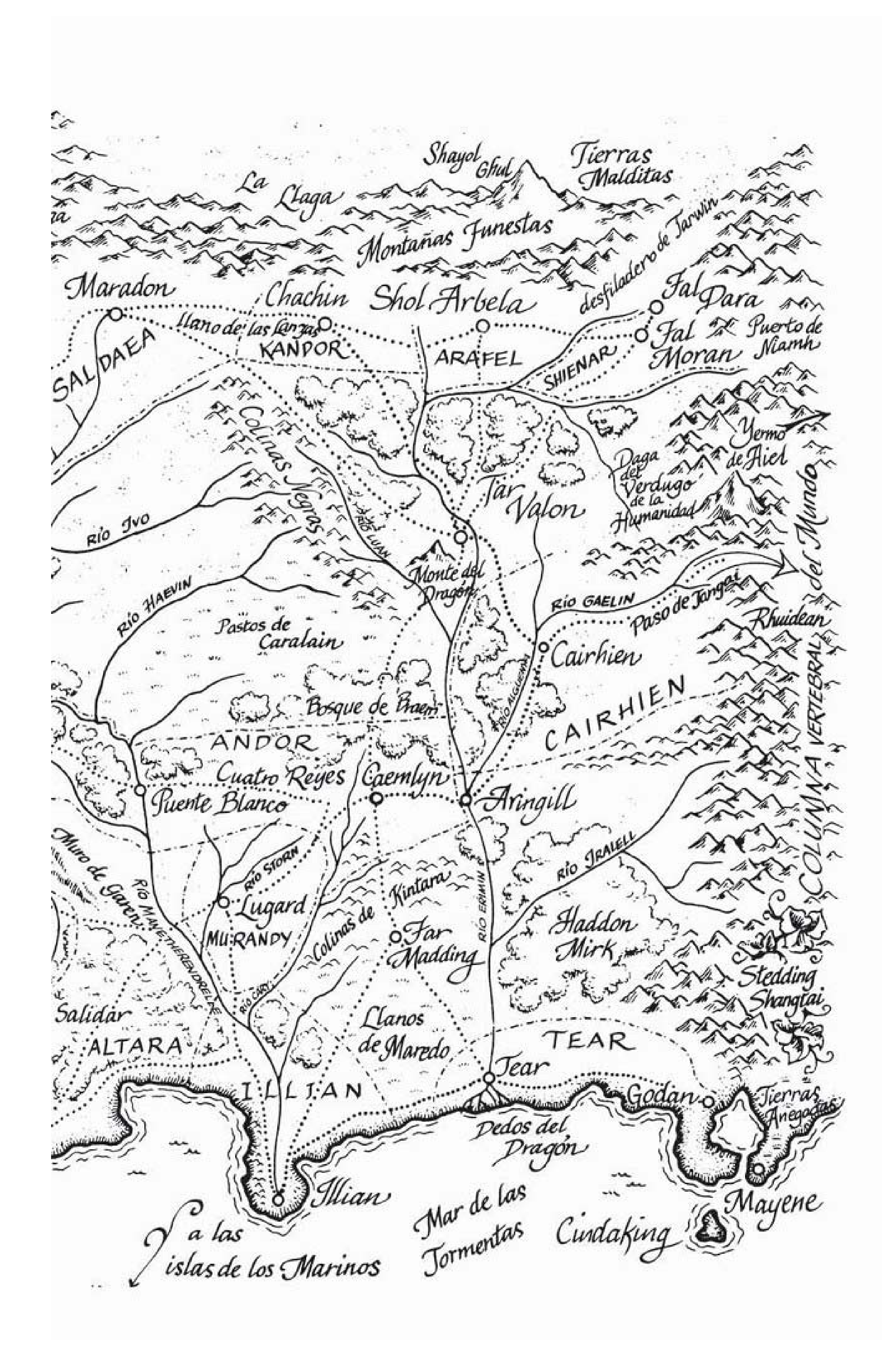
Editor digital: Annatar
ePub base r1.0

Para Harriet, la luz de la vida del señor Jordan, y para Emily, la luz de la mía.

Y la Sombra se abatió sobre la tierra, y el mundo se hendió piedra a piedra. Los océanos se desvanecieron, las montañas fueron engullidas, y las naciones dispersadas hacia los ocho ángulos del mundo. La luna era igual que la sangre y el sol como la ceniza. Los mares hervían, y los vivos envidiaban a los muertos. Todo quedó destrozado y todo se perdió excepto el recuerdo, y una memoria prevaleció sobre las demás, la de aquel que atrajo la Sombra y el Desmembramiento del Mundo. Y a aquél lo llamaron el Dragón.

De Aleth nin Taerin alta Camora,
El Desmembramiento del Mundo.
Autor anónimo, cuarta era.


La Rueda del Tiempo
Mar Muerto
Aile Dashar
Norte
Bandar Eban
Río Dhagon
Arad Doman
Río Akuum
Katar
Punta de Toman
Falme
Llano de Almoth
Paerish Swar
Bosque Tenebroso
Baerlon
Campo de Emond
Dos Ríos
Río Andahar
Tarabon
Tanchico
Océano Aricio
Elmora
Montañas de la Niebla
Jehannah
Ghealdan
Río Eldar
Amador
Amadicia
Costa de las Sombras
Río Sharia
Fin del Mundo
Río Arinelle
Tremalking
Dedo del Ventisquero
Ebou Dar
Quaim


Shayol Ghul
Tierras Malditas
La Llaga
Montañas Funestas
desfiladero de Jarwin
Maradon
Chachin
Shol Arbela
Fal Dara
Fal Moran
Puerto de Niamh
Llano de las Lanzas
KANDOR
ARAFEL
SHIENAR
SALDAEA
Colinas Negras
Yermo de Aiel
Daga del Verdugo de la Humanidad
Tar Valon
Río Ivo
Monte del Dragón
Río Haevin
Río Gaelin
Paso de Jangai
Pastos de Caralain
Cairhien
Rhuidean
Bosque de Braem
CAIRHIEN
ANDOR
Cuatro Reyes
Caemlyn
Aringill
Puente Blanco
Muro de Garen
Río Storn
Río Iralell
Kintara
Lugard
MURANDY
Colinas de
Far Madding
Haddon Mirk
Río Erinin
COLUMNA VERTEBRAL del Mundo
Stedding Shangtai
Salidar
ALTARA
Llanos de Maredo
TEAR
Tear
ILLIAN
Godan
Tierras Anegadas
Dedos del Dragón
Illian
Mar de las Tormentas
Cindaking
Mayene
a las islas de los Marinos

Prólogo



Por la gracia y los estandartes caídos

Bayrd apretó la moneda entre el índice y el pulgar. La sensación de que el metal se aplastara resultaba por demás desagradable.

Apartó el pulgar. En la dura superficie del penique de cobre, donde se reflejaba el brillo de la antorcha, había dejado impresa la huella del dedo. Un frío helador lo calaba hasta la médula, como si hubiese pasado toda la noche en una bodega.

El estómago le sonó. Otra vez.

Se levantó viento del norte y las antorchas chisporrotearon. Bayrd se había sentado con la espalda recostada en una roca grande, cerca del centro del campamento de guerra. Los hombres, hambrientos, murmuraban mientras se calentaban las manos alrededor de los hoyos de las lumbres; hacía tiempo que los víveres se habían echado a perder. Otros soldados que estaban cerca empezaron a despojarse de todo el metal que llevaban encima —espadas, hebillas de armaduras, cotas— y lo extendieron en el suelo como si pusieran a secar ropa. Tal vez tenían la esperanza de que cuando el sol saliera volverían a su estado normal.

«La Luz nos valga —rogó Bayrd para sus adentros; redondeó con los dedos lo que antes había sido una moneda e hizo una bola—. Luz…»

Tras tirarla en la hierba, recogió las piedras con las que había estado trabajando.

—Quiero saber qué ha pasado aquí, Karam —barbotó lord Jarid. Sus consejeros y él se encontraban cerca, delante de una mesa cubierta de mapas—. ¡Quiero saber cómo lograron acercarse tanto y quiero la cabeza de esa puñetera reina Aes Sedai y Amiga Siniestra!

Jarid golpeó la mesa con el puño. En otro tiempo sus ojos no brillaban con un fervor tan demencial. La presión de todo lo que ocurría últimamente —como los víveres echados a perder o las cosas extrañas que sucedían por la noche— lo estaba cambiando.

Detrás de Jarid, la tienda de mando era un bulto informe caído en el suelo. El cabello del noble —que se había dejado largo durante el exilio— revoloteaba al viento en tanto que el rostro quedaba bañado por la luz parpadeante de las antorchas. Todavía tenía briznas de hierba seca enganchadas en la chaqueta de cuando había salido gateando de la tienda.

Criados perplejos sostenían las estacas de hierro de la tienda, que —al igual que

todos los objetos metálicos del campamento— se habían tornado blandas al tacto. Las anillas de montaje se habían dilatado hasta partirse como cera caliente.

La noche olía mal. A aire enrarecido de habitaciones en las que no se ha entrado desde hace años. En un claro del bosque no debería haber olido a polvo añejo. A Bayrd volvieron a sonarle las tripas. Luz, cómo le habría gustado engañar al estómago con algo. Centró la atención en el trabajo y golpeó una de las piedras con la otra.

Las sostenía como su abuelo le había enseñado de pequeño. La sensación de piedra golpeando piedra lo ayudó a alejar el hambre y el frío. Menos mal que aún quedaba algo inalterable en el mundo.

Lord Jarid le echó una ojeada ceñuda. Bayrd era uno de los diez hombres que el noble había exigido que lo custodiaran esa noche.

—Conseguiré la cabeza de Elayne, Karam —dijo el noble mientras se volvía hacia sus capitanes—. Todo lo anómalo ocurrido esta noche es obra de sus brujas.

—¿La cabeza? —sonó la voz escéptica de Eri a un lado—. ¿Y cómo, exactamente, va a traeros alguien su cabeza?

Lord Jarid se dio la vuelta, como también lo hicieron otros situados alrededor de la mesa alumbrada por la luz de unas antorchas. Eri contemplaba fijamente el cielo; en el hombro lucía la insignia del jabalí dorado cargando frente a una lanza roja. Era la insignia de la guardia personal de lord Jarid, pero en la voz de Eri había poco respeto.

—Y el que lo intente ¿qué va a utilizar para cortarle la cabeza, Jarid? ¿Los dientes?

La frase, tan terriblemente insolente, hizo que el silencio se adueñara del campamento. Bayrd dejó de golpear las piedras, turbado. Sí, se había hablado de lo trastornado que estaba lord Jarid, pero ¿esto?

—¿Osas hablarme en ese tono? ¿Uno de mis propios guardias? —espetó Jarid, que había enrojecido de rabia.

Eri siguió contemplando el cielo encapotado.

—Te será descontada la paga de dos meses —espetó Jarid, aunque la voz le temblaba—. Quedas degradado, y prestarás servicio de letrinas hasta nueva orden. Si vuelves a replicarme, te cortaré la lengua.

El viento frío hizo que Bayrd temblara. Eri era el mejor oficial que tenían en lo que quedaba de su ejército rebelde. Los otros guardias rebulleron, fija la vista en el suelo.

Eri se volvió hacia el noble y sonrió. No pronunció una sola palabra; pero, de algún modo, no hubo necesidad de que lo hiciera. ¿Cortarle la lengua? Hasta el último fragmento de metal que había en el campamento se había vuelto blando como manteca de cerdo. El cuchillo de Jarid descansaba en la mesa, retorcido y deformado,

ya que se había estirado cuando el noble lo sacó de la funda de un tirón. La chaqueta de Jarid se agitó con el viento, abierta; antes tenía botones de plata.

—Jarid… —empezó a decir Karam. Era un joven de rostro enjuto y boca grande, noble de una casa menor leal a la de Sarand—. ¿De verdad crees que…? ¿De verdad crees que esto ha sido obra de unas Aes Sedai? ¿Todo el metal del campamento?

—Por supuesto —replicó Jarid—. ¿Qué otra cosa podría ser? No irás a decirme que crees en esos cuentos de campamento. ¿La Última Batalla? Bah.

—Volvió de nuevo la mirada hacia la mesa, donde había un mapa de Andor desenrollado y sujeto con guijarros pequeños en las esquinas.

Bayrd reanudó el trabajo con las piedras. Toc, toc, toc. Pizarra y granito. No había sido fácil encontrar los fragmentos apropiados de cada una de ellas, pero el abuelo le había enseñado a distinguir todo tipo de minerales. El anciano se había sentido traicionado cuando el padre de Bayrd se marchó a la ciudad para trabajar de carnicero, en lugar de seguir con el oficio familiar.

Pizarra maleable, suave. Estriado y áspero granito. Sí, algunas cosas del mundo aún eran consistentes. Unas pocas. En la actualidad, uno no podía fiarse de casi nada. Los señores, antaño inflexibles, ahora eran tan blandos como… Bueno, tan blandos como el metal. En el cielo bullía la negrura, y hombres valientes —hombres a los que Bayrd había admirado— temblaban y gemían por la noche.

—Estoy preocupado, Jarid —manifestó Davies. Mayor que los demás, lord Davies era lo más parecido a un confidente que Jarid tenía—. No hemos visto a nadie desde hace días. Ningún granjero, ningún soldado de la reina. Ocurre algo. Algo malo.

—Ha evacuado a la gente —gruñó Jarid—. Se prepara para caer sobre nosotros.

—Creo que la trae sin cuidado nuestra presencia, Jarid —intervino Karam, prendida la vista en el cielo. Allá arriba las nubes se agitaban. Bayrd tenía la sensación de que hacía meses que no había visto el cielo despejado—. ¿Por qué iba a importarle? Nuestros hombres están muertos de hambre. Las provisiones siguen estropeándose. Las señales…

—Intenta constreñirnos con restricciones —lo interrumpió Jarid, con los ojos desorbitados por el fervor—. Esto es obra de las Aes Sedai.

El campamento se quedó silencioso de repente. A excepción de las piedras de Bayrd. A éste nunca le había gustado ser matarife, pero había encontrado un hogar en la guardia de su señor. Acuchillar vacas o acuchillar hombres era asombrosamente parecido. Lo incomodaba con qué facilidad había pasado de hacer lo primero a lo segundo.

Toc, toc, toc.

Eri dio media vuelta. Jarid dirigió una mirada desconfiada al guardia, como si estuviera a punto de ordenar un castigo más severo para él.

«Antes no era tan malo, ¿verdad? —pensó Bayrd—. Deseaba el trono para su esposa, pero ¿qué noble no lo haría?» No era fácil pasar por alto el nombre de una casa. La familia de Bayrd había servido con reverencia a la familia Sarand durante generaciones.

Eri se alejó del puesto de mando.

—¿Adónde crees que vas? —bramó Jarid.

Eri se llevó la mano al hombro y arrancó de un tirón la insignia de la guardia de la casa Sarand. Arrojándola a un lado, dejó atrás la luz de las antorchas y se adentró en la noche, hacia el viento del norte.

La mayoría de los hombres no se habían ido a dormir. Permanecían sentados alrededor de las lumbres, deseosos de estar cerca del calor y de la luz. Unos cuantos que tenían pucheros de barro cocían puñados de hierbas cortadas, hojas o tiras de cuero para tener algo que llevarse a la boca, lo que fuera.

Se pusieron de pie para seguir con la mirada a Eri.

—Desertor —escupió Jarid—. Después de todo lo que hemos pasado, ahora se marcha. Sólo porque las cosas se han puesto difíciles.

—Los hombres están hambrientos, Jarid —repitió Davies.

—Soy consciente de ello. Muchas gracias por recordarme los problemas cada dos por tres. —Jarid se enjugó la frente con la temblorosa mano— y después descargó un palmetazo en el mapa. —Tendremos que atacar una de las ciudades; se acabó huir de ella, ahora que sabe dónde nos encontramos. Puente Blanco. La tomaremos y nos reabasteceremos. Sus Aes Sedai deben de estar debilitadas tras el esfuerzo de la maniobra de esta noche. En caso contrario, habrían atacado.

Bayrd oteó la oscuridad con los ojos entrecerrados. Más hombres se estaban poniendo de pie y asían el bastón de combate o los garrotes. Algunos ni siquiera llevaban armas; recogían los petates y cargaban al hombro bultos de ropa. Después empezaron a salir en fila del campamento, en silencio, como si fueran fantasmas. Ni un tintineo de cotas o de hebillas de armaduras. No quedaba nada de metal. Había sucumbido como si lo hubieran despojado de su esencia, de su alma.

—Elayne no se atreve a lanzar un ataque en masa contra nosotros —manifestó Jarid, quizá para convencerse a sí mismo—. Debe de haber conflictos en Caemlyn. Por todos esos mercenarios que mencionabas en tu informe, Shiv. Tal vez haya incluso revueltas. Por supuesto, Elenia estará trabajando contra Elayne. Puente Blanco. Sí, atacar Puente Blanco será perfecto.

»Lo ocuparemos y dividiremos el reino en dos, ¿comprendéis? Allí reclutaremos tropas, presionaremos a los hombres de Andor occidental para que se unan a nuestra bandera. Iremos a… ¿Cómo se llama ese sitio? Dos Ríos. Allí deberíamos encontrar gente disponible. —Jarid resopló— con desdén. —He oído que no han visto a un señor hace décadas. Dadme cuatro meses y habré reunido un ejército digno de ser

tenido en cuenta, lo suficiente para que no se atreva a atacarnos con sus brujas…

Bayrd alzó la piedra hacia la luz de las antorchas. El truco para crear una buena punta de lanza era trabajarla de fuera adentro. Había dibujado la forma adecuada en la pizarra con una tiza, y después había trabajado hacia el centro para terminar de darle forma. A partir de ahí, en lugar de golpear se pasaba a dar toquecitos para perfilar la punta sacando esquirlas más pequeñas.

Antes había acabado una de las caras; la otra estaba medio hecha. Casi podía oír a su abuelo susurrándole. *Somos de piedra, Bayrd. Diga lo que diga tu padre, somos de piedra. En lo más hondo de nuestro ser, somos piedra*.

Más soldados abandonaron el campamento. Lo extraño era que muy pocos hablaban. Por fin Jarid se dio cuenta, se puso de pie y asió una antorcha que sostuvo con el brazo en alto.

—¿Qué hacen? —preguntó—. ¿Ir a cazar? Hace semanas que no vemos animales en el campo. ¿Tal vez van a poner trampas?

Nadie contestó.

—A lo mejor han visto algo —murmuró Jarid—. O quizá creen haberlo visto. No permitiré más chismes sobre fantasmas y otras necedades; las brujas crean apariciones para ponernos nerviosos. Tiene que ser eso, sí…

Cerca se oyó un roce. Karam se estaba metiendo en su tienda caída, de donde sacó un bulto pequeño.

—¡Karam! —dijo Jarid.

El noble miró a lord Jarid; después bajó los ojos y empezó a atar en el cinturón una bolsa de dinero. Con la lazada a medias se detuvo y soltó una carcajada, tras lo cual vació la bolsa. Las monedas de oro que llevaba dentro se habían fundido en una única pieza, como orejas de cerdo conservadas en un tarro. Karam se guardó el amasijo. Metió la mano en la bolsita y sacó un anillo. La gema engarzada en él, roja como sangre, no había sufrido cambios.

—Es muy probable que no sirva ni para comprar una manzana hoy en día —rezongó.

—Exijo saber qué te propones hacer. ¿Eres el responsable de esto? —Jarid señaló con la mano a los soldados que se marchaban—. Así que —has organizado un motín, ¿verdad?

—No soy el responsable —repuso Karam con expresión avergonzada—. Y tampoco lo eres tú, a decir verdad. Lo… Lo siento.

Karam se alejó del círculo de luz dibujado por la antorcha. Bayrd se quedó atónito. Lord Karam y lord Jarid habían sido amigos desde la infancia.

A continuación fue lord Davies quien corrió en pos de Karam. ¿Acaso iría tras el noble más joven para traerlo de vuelta? Por el contrario, en lugar de ello se puso a caminar a su paso. Desaparecieron en la oscuridad.

—¡Ordenaré que se os persiga y se os arreste por esto! —les gritó Jarid con voz estridente. Estaba frenético—. ¡Seré rey consorte! ¡Nadie os dará cobijo ni socorro a vosotros ni a ningún miembro de vuestras casas durante diez generaciones!

Bayrd bajó la vista hacia la piedra que tenía en la mano. Sólo quedaba un paso: pulirla. El pulido era lo que hacía que una punta de lanza fuera peligrosa. Bayrd sacó la piedra de granito que había recogido para tal propósito y empezó a frotar con cuidado a lo largo del borde de la pizarra.

«Pues parece que recuerdo cómo hacer esto mejor de lo que esperaba», se dijo para sus adentros mientras lord Jarid continuaba con su diatriba.

Había algo poderoso en el hecho de fabricar una punta de lanza. El simple acto parecía repeler la tenebrosidad de la noche. Últimamente había habido una «sombra» sobre Bayrd y el resto del campamento, como si… Como si no fuera capaz de estar en la luz por mucho que lo intentara. Todas las mañanas se despertaba con la sensación de que alguien a quien amaba había muerto el día anterior.

Esa desesperanza podía hundir a cualquiera. Pero el mero acto de crear algo, cualquier cosa, era un modo de resistir. Un modo de desafiar a… A aquel a quien ninguno de ellos nombraba. El que todos sabían responsable de lo que estaba pasando, dijera lo que dijera lord Jarid.

Bayrd se puso de pie. Más tarde la puliría otro poco, pero desde luego la punta de lanza tenía un aspecto estupendo. Levantó el astil de madera —la moharra se había soltado cuando el mal atacó el campamento— y sujetó la nueva punta en su sitio, exactamente como su abuelo le había enseñado a hacer tantos años atrás.

Los otros guardias lo estaban observando.

—Vamos a necesitar más de ésas —dijo Morear—. Si te parece bien, claro.

Bayrd asintió con la cabeza.

—De camino —propuso luego—, cuando partamos, pararemos junto a la ladera donde encontré este trozo de pizarra.

Por fin Jarid dejó de barbotar y los miró con los ojos desorbitados a la luz de la antorcha.

—No. Sois mi guardia personal. ¡No me desafiaréis!

Jarid saltó sobre Bayrd con una expresión asesina en los ojos, pero Morear y Rosse asieron al noble por detrás. Rosse parecía horrorizado por su acto de rebeldía; sin embargo, no soltó al noble.

Bayrd recogió otras pocas cosas que tenía guardadas al lado del petate. A continuación hizo un gesto de asentimiento a los otros, que se unieron a él —ocho hombres de la guardia personal de lord Jarid— y llevaron casi a rastra al noble, que no dejaba de mascullar, a través del desbaratado campamento. Dejaron atrás lumbres que ardían lentamente y tiendas caídas, abandonadas por hombres que se adentraban en la oscuridad, ahora en mayor número, hacia el norte. Con el viento.

Al borde del campamento, Bayrd seleccionó un buen árbol de aspecto recio. Hizo un gesto a los otros y, con la cuerda que Bayrd había cogido, ataron en él a lord Jarid. Éste no dejó de soltar invectivas hasta que Morear lo amordazó con un pañuelo.

Bayrd se acercó y metió un odre de agua en el doblez del brazo del noble.

—No forcejeéis demasiado o el odre se os caerá, milord. No he apretado mucho la mordaza, y no tendría que costaros mucho esfuerzo quitárosla y empujar el odre hacia arriba para beber. Mirad, quitaré el tapón.

Jarid lo miró fijamente, furioso.

—No es por vos, milord —añadió Bayrd—. Siempre habéis tratado bien a mi familia; pero, bueno, no podemos dejar que sigáis con lo mismo y haciéndonos la vida difícil. Hay algo que hemos de hacer, y vos nos lo estáis impidiendo a todos. Tal vez alguien debería haber dicho algo antes. En fin, eso ya es agua pasada. A veces se deja colgada la carne demasiado tiempo y luego se ha pasado el pernil entero.

Hizo un gesto con la cabeza a los otros, que corrieron a recoger los petates. Señaló a Rosse la dirección al afloramiento de pizarra, que no estaba lejos, y le dijo que buscara una piedra adecuada para una buena punta de lanza.

Se volvió de nuevo hacia el noble, que no dejaba de forcejear.

—Esto no es culpa de las brujas, milord. No es culpa de Elayne… Supongo que debería decir «la reina». Curioso, relacionar el cargo de reina con una jovencita tan guapa. Habría preferido encontrarla en una posada y hacerla brincar en mis rodillas en vez de tener que inclinarme ante ella con una reverencia, pero Andor necesitará una dirigente a la que seguir en la Última Batalla, y esa persona no es vuestra esposa. No podemos seguir luchando más. Lo siento.

Jarid se derrumbó en las ataduras, y la cólera pareció abandonarlo. Ahora sollozaba. Qué cosa más extraña, ver algo así.

—Avisaré a la gente con la que nos crucemos, si es que nos cruzamos con alguien, de que estáis aquí —prometió Bayrd—. Y que probablemente lleváis algunas joyas encima. Es posible que vengan a buscaros. Quizá lo hagan. —Vaciló—. No deberíais haberos interpuesto. Todo el mundo parece saber lo que se avecina, salvo vos. El Dragón ha renacido, los vínculos se han roto, los viejos juramentos se han extinguido… Que me ahorquen si permito que Andor marche a la Última Batalla sin mí.

Bayrd se alejó y se internó en la noche con su nueva lanza apoyada en el hombro. «De todos modos, estoy comprometido con un juramento más antiguo que el que tenía con su familia. Un juramento que ni siquiera el propio Dragón podría invalidar». Era un juramento con la tierra. Las piedras estaban en su sangre, y su sangre en las piedras de este Andor.

Reunió a los demás y partieron hacia el norte. Tras ellos, solo en la noche, su señor sollozó cuando los fantasmas empezaron a moverse por el campamento.

Talmanes tiró de las riendas de *Selfar*, y como resultado el caballo brincó y sacudió la cabeza. El ruano parecía inquieto. Tal vez *Selfar* percibía el estado de ansiedad de su amo.

En la noche, el aire estaba cargado de humo. De humo y de gritos. Talmanes conducía a la Compañía por una calzada rebosante de refugiados pringados de hollín. Se movían como restos flotantes de un naufragio en un río turbio.

Los hombres de la Compañía contemplaban a los refugiados con preocupación.

—¡Cuidado! —les gritó Talmanes—. No podemos ir a galope todo el trecho hasta Caemlyn. ¡Cuidado!

Conducía a los hombres tan rápido como era posible sin ser imprudente, casi al trote. Las armaduras tintineaban. Elayne se había llevado consigo la mitad de la Compañía a Campo de Merrilor, incluidos Estean y casi toda la caballería. Quizás había previsto la posibilidad de tener que retirarse con rapidez.

Como fuera, a Talmanes no le habría servido de mucho la caballería por las calles, que sin duda estarían tan abarrotadas como esta calzada. *Selfar* resopló y sacudió la cabeza. Ya se encontraban cerca; justo delante, negras en la noche, se alzaban las murallas de la ciudad perfiladas por un intenso brillo, como si lo refrenaran. Daba la impresión de que la ciudad fuera el hoyo de una hoguera.

«Por la Gracia y los estandartes caídos», pensó el noble con un escalofrío. Enormes columnas de humo flotaban sobre la urbe. La cosa estaba mal. Mucho peor que cuando los Aiel habían ido a Cairhien.

Por fin Talmanes aflojó las riendas del ruano, y *Selfar* galopó a lo largo del arcén de la calzada durante un tiempo; luego, de mala gana, el noble se abrió paso para cruzarla haciendo caso omiso de las súplicas de ayuda. El tiempo que había pasado con Mat había hecho que ahora deseara tener algo más que ofrecer a esas gentes. Era realmente extraño el efecto que Matrim Cauthon ejercía en una persona. Talmanes miraba ahora a los plebeyos con otros ojos. A lo mejor era porque aún no sabía si pensar en Mat como un noble o no.

Desde el otro lado de la calzada, observó la ciudad en llamas mientras esperaba que sus hombres lo alcanzaran. Podría haber ordenado que todos fueran montados, porque, si bien no eran jinetes de caballería experimentados, todos ellos disponían de caballos para viajar largas distancias. Esa noche no se atrevió a hacerlo. Con trollocs y Myrddraal al acecho por las calles, Talmanes necesitaba que sus hombres adoptaran de inmediato una formación de combate. Los ballesteros, con las armas cargadas, marchaban en los flancos de varias columnas de piqueros. No dejaría a sus hombres expuestos a una carga de trollocs por muy urgente que fuera su misión.

Pero si perdían esos dragones…

«Que la Luz nos ayude», pensó el noble. La ciudad parecía hervir con todo ese

humo arremolinado por encima. Empero, algunas partes de la Ciudad Interior —que se elevaba imponente en la colina y era visible por encima de las murallas— aún no estaban en llamas. No había fuego en el palacio. ¿Estarían resistiendo los soldados allí?

No habían recibido respuesta de la reina y, por lo que Talmanes veía, tampoco había llegado ayuda a la ciudad. La reina no debía de estar enterada de lo que ocurría; mal asunto.

Muy, muy malo.

Un poco más adelante, Talmanes divisó a Sandip con algunos exploradores de la Compañía. El delgado hombre trataba de salir de entre un grupo de refugiados.

—¡Por favor, buen señor! —gritaba una mujer—. Mi pequeña, mi hija, en el alto del lindero septentrional…

—¡Tengo que llegar a mi tienda! —vociferaba un hombre corpulento—. Mis artículos de cristal…

—Mis buenas gentes —empezó Talmanes mientras se abría paso entre los refugiados—, si en verdad queréis que os ayudemos, tal vez podríais apartaros y dejarnos pasar para llegar a la puñetera ciudad.

La gente se apartó de mala gana, y Sandip se lo agradeció a Talmanes con un asentimiento de cabeza. De piel curtida y pelo oscuro, Sandip —otrora consumado curandero itinerante— era uno de los comandantes de la Compañía. Sin embargo, el afable hombre exhibía ese día una expresión sombría.

—Sandip, allí —le indicó Talmanes al tiempo que señalaba.

A corta distancia se hallaba reunido un nutrido grupo de hombres de armas que contemplaban la ciudad.

—Mercenarios —gruñó Sandip—. Hemos pasado junto a varios grupos. Ninguno de ellos parecía inclinado a mover un dedo.

—Eso ya lo veremos —respondió Talmanes.

Por las puertas de la ciudad seguía saliendo mucha gente que tosía y aferraba sus exiguas pertenencias sin soltar de la mano a los niños llorosos. Esa marea de refugiados aún tardaría en menguar. Caemlyn estaba tan llena como una taberna en día de mercado; los que tuvieran la suerte de escapar sólo serían una pequeña parte en comparación con los que aún quedarían dentro.

—Talmanes, dentro de poco esta ciudad se va a convertir en una trampa mortal —dijo Sandip sin alzar la voz—. No hay bastantes salidas. Si dejamos que la Compañía se quede atrapada dentro…

—Lo sé, pero…

En las puertas, una repentina agitación se propagó entre la multitud de refugiados. Casi era una sensación física, un estremecimiento. Los gritos se hicieron más intensos. Talmanes miró hacia atrás y atisbó unas figuras grandes y pesadas que se

movían en las sombras de la puerta.

—¡Luz! —exclamó Sandip—. ¿Qué es eso?

—Trollocs —contestó Talmanes, que había hecho dar la vuelta a *Selfar*—. ¡Luz! Intentan apoderarse de la puerta para impedir que salgan los refugiados.

Había cinco salidas de la ciudad; si los trollocs se hacían con todas ellas… Aquello ya era una carnicería, pero si los trollocs lograban impedir que la aterrada multitud huyera, la situación sería aún más peliaguda.

—¡Que los hombres se apresuren! —gritó Talmanes—. ¡Todos hacia la puerta de la ciudad! —Taconeó a *Selfar* para ponerlo a galope.

En cualquier otro lado, el edificio se habría considerado una posada, aunque Isam nunca había visto a nadie dentro excepto las mujeres de mirada apagada que cuidaban los contados y deslucidos cuartos y preparaban comidas insípidas. A ese lugar nadie iba buscando comodidad ni animación. Isam se hallaba sentado en una dura banqueta, junto a una mesa de pino tan desgastada por el paso del tiempo que a buen seguro ya era vieja antes de que él naciera. Procuró no tocar mucho la superficie so riesgo de acabar con más astillas en los dedos que lanzas en las manos de un Aiel.

La abollada taza de estaño de Isam estaba llena de un líquido oscuro, aunque él no había bebido nada. Se encontraba junto a una pared, lo bastante cerca de la única ventana de la posada para vigilar la calle de tierra que había fuera, apenas iluminada en la noche por unos pocos farolillos colgados en la fachada de los edificios. Isam cuidaba mucho de no dejarse ver a través del sucio cristal. En ningún momento miró directamente hacia el exterior. Siempre era mejor no llamar la atención en la Ciudad.

Ése era el único nombre que tenía aquel lugar, si es que podía decirse que tuviera alguno. Los desvencijados edificios se habían levantado y reemplazado incontables veces a lo largo de más de dos mil años. En la actualidad parecía una población de buen tamaño, si uno miraba con los ojos entrecerrados. La mayoría de los edificios los habían construido prisioneros, quienes a menudo sabían poco o nada de ese oficio. Su trabajo había estado supervisado por hombres tan ajenos como ellos a tales quehaceres. Un número considerable de casas parecían sostenerse de pie gracias a las que tenían a ambos lados.

El sudor resbaló por la cara de Isam mientras él vigilaba subrepticiamente la calle. ¿Cuál de ellos acudiría a reunirse con él?

A lo lejos apenas se distinguía la silueta de una montaña que escindía el cielo nocturno. Fuera, en alguna parte de la Ciudad, sonaba el golpeteo de metal contra metal como latidos acerados. En la calle se movieron unas figuras. Hombres encapuchados o envueltos en capas y con el rostro tapado hasta los ojos tras velos rojos como sangre.

Isam tuvo cuidado de no demorar la mirada en ellos.

Retumbó un trueno. Las laderas de esa montaña estaban llenas de extraños rayos que se descargaban hacia arriba, en dirección a las omnipresentes nubes grises. Pocos humanos conocían la existencia de esta Ciudad cercana al valle de Thakan'dar, con Shayol Ghul cernido amenazadoramente sobre ella. Unos pocos habían oído rumores. A Isam no le habría importado contarse entre los ignorantes.

Otros hombres pasaron. Velos rojos. Siempre los llevaban levantados. Bueno, casi siempre. Si veías que uno de ellos se lo bajaba, más te valía matarlo. Porque, si no lo hacías, él te mataría a ti. La mayoría de los hombres de velo rojo no parecían tener otra razón para estar fuera que intercambiar miradas ceñudas entre ellos y tal vez patear a los numerosos perros vagabundos —asilvestrados y en los huesos— cada vez que alguno se cruzaba en su camino. Las contadas mujeres que habían abandonado el refugio de sus casas corrían apresuradas por el margen de la calle, gacha la mirada. No se veían niños y lo más probable era que hubiera muy pocos allí. La Ciudad no era lugar para niños. Isam lo sabía. Había crecido allí desde la infancia.

Uno de los hombres que pasaba por la calle alzó la vista hacia la ventana de Isam y se paró. Isam se quedó muy quieto. Los *Samma N'Sei* —los Cegadores— habían sido siempre quisquillosos y arrogantes. A decir verdad, el término «quisquillosos» no les hacía justicia. Un simple arranque o un antojo arbitrario bastaban para que le clavaran un cuchillo a alguno de los Sin Talento. Por lo general, era uno de los sirvientes el que pagaba el pato. Por lo general.

El hombre del velo rojo siguió observándolo. Isam controló el nerviosismo y evitó hacer el alarde de sostenerle la mirada. El requerimiento para que acudiera allí era urgente y uno no pasaba por alto cosas así si quería seguir vivo. Con todo… Si ese hombre daba un paso hacia el edificio, Isam se escabulliría en el *Tel'aran'rhiod* con la tranquilidad de saber que ni siquiera uno de los Elegidos lo seguiría desde allí.

El *Samma N'Sei* le dio la espalda a la ventana de forma repentina. En un visto y no visto, se alejó del edificio con rápidas zancadas. Isam sintió aflojarse la tensión que lo había atenazado, aunque en realidad nunca desaparecería del todo; no en ese lugar. Ese sitio no era su hogar, a pesar de que su infancia hubiera transcurrido allí. Ese sitio era la muerte.

Un movimiento. Isam echó un vistazo al final de la calle. Otro hombre alto, con chaqueta y capa negras y el rostro al descubierto, caminaba en su dirección. Increíblemente, la calle se estaba quedando desierta porque los *Samma N'Sei* salían de ella a toda velocidad por otras calles y callejas.

De modo que era Moridin. Isam no había presenciado lo ocurrido en la primera visita del Elegido a la Ciudad. Los *Samma N'Sei* habían tomado a Moridin por uno de los Sin Talento hasta que el Elegido les demostró su error. Las restricciones que los coartaban a ellos no contaban para él.

El número de *Samma N'Sei* muertos variaba según las fuentes, pero nunca bajaba

de una docena. Por lo que Isam había visto, se podía dar crédito a lo que se contaba.

Cuando Moridin llegó a la altura de la posada, la calle había quedado desierta a excepción de los perros. Moridin siguió adelante e Isam lo observó mientras pasaba, pero sin que resultara obvio. Moridin no daba muestras de sentir interés por él ni por la posada, que era donde Isam debía esperar, según las instrucciones recibidas. Quizás el Elegido tenía otros asuntos que tratar e Isam había sido una idea de último momento.

Cuando Moridin hubo pasado, Isam echó por fin un trago de la bebida oscura que tenía delante. Los que vivían allí la llamaban «fuego», sin más. Estaba a la altura del nombre. Se suponía que guardaba relación con algún tipo de bebida del Yermo. Como todo lo demás en la Ciudad, era una versión corrupta del original.

¿Cuánto iba a hacerlo esperar Moridin? A Isam no le gustaba estar allí. Le recordaba demasiado su infancia. Pasó una criada —una mujer con un vestido tan raído que prácticamente era un guiñapo— y soltó un plato en la mesa con brusquedad. No intercambiaron una sola palabra.

Isam miró la comida. Verduras —en su mayoría pimientos y cebollas— cortadas en rodajas finas y cocidas. Probó una y luego suspiró y apartó el plato. Las verduras estaban tan insípidas como unas gachas de mijo sin condimentar. No llevaban ni pizca de carne. A decir verdad, que no la hubiera le parecía bien; no le gustaba comer carne a menos que la hubiera matado y troceado él mismo. Lo cual era consecuencia de lo vivido en su infancia. Si uno no veía sacrificar al animal, no sabía qué era. No con seguridad. Cabía la posibilidad de que fuera algo cazado en el sur, pero quizá se trataba de un animal criado allí, una vaca o una cabra.

O podía ser otra cosa. Allí, si la gente perdía en un juego y no tenía cómo pagar, desaparecía. A menudo, a los *Samma N'Sei* que no salían conforme a las expectativas los echaban de los entrenamientos. Los cuerpos desaparecían. Los cadáveres rara vez duraban lo suficiente para ser enterrados.

«Maldito sea este sitio —pensó Isam, que tenía el estómago revuelto—. Ojalá se…»

Alguien entró en la posada. Por desgracia, desde su posición en la ventana no podía ver en ambas direcciones la calle a la que daba la puerta del edificio. Era una mujer bonita con ropas negras ribeteadas en rojo. Isam no identificó la silueta esbelta y el rostro delicado. Cada vez estaba más convencido de ser capaz de reconocer a todos los Elegidos, ya que los había visto a menudo en el sueño. Ni que decir tiene que ellos no sabían eso. Se creían los maestros y señores de aquel lugar, y algunos eran muy diestros.

Él era igualmente diestro, y también excepcionalmente bueno en pasar inadvertido.

Es decir, que quienquiera que fuera la mujer, acudía disfrazada. ¿Por qué

molestarse en ocultarse allí? En cualquier caso, tenía que ser ella la que lo había convocado. Ninguna mujer recorría la Ciudad con una actitud tan imperiosa, con semejante confianza en sí misma, como si esperase que las propias piedras obedecieran si les ordenaba que saltaran. Isam hincó una rodilla en tierra, sin decir palabra.

Ese movimiento despertó el dolor en la zona del estómago donde había recibido la herida. Aún no se había recuperado de la lucha con el lobo. Sintió una agitación dentro de sí: Luc odiaba a Aybara. Insólito. Luc tendía a ser el más acomodadizo, e Isam el despiadado. Bueno, así era como se veía a sí mismo.

Sea como fuere, en cuanto a ese lobo en particular los dos coincidían. Por un lado, Isam estaba excitado; como cazador nunca se había enfrentado a un reto como Aybara. Sin embargo, su odio era más profundo. Algún día lo mataría.

Isam disimuló el gesto de dolor e inclinó la cabeza. La mujer lo dejó de rodillas y se sentó a la mesa. Dio golpecitos con un dedo en la taza de estaño durante unos segundos mientras miraba el contenido, sin hablar.

Isam siguió callado, sin moverse. Muchos de esos necios que se llamaban a sí mismos Amigos Siniestros se retorcían de impotencia cuando otro imponía su poder sobre ellos. En realidad, admitió de mala gana, probablemente Luc haría lo mismo.

Isam era un cazador. Y no quería ser otra cosa. Si uno estaba conforme con lo que era, no había motivos para ofenderse cuando alguien lo ponía en su sitio.

Maldición, cómo le dolía el estómago.

—Quiero que muera —dijo la mujer. Tenía una voz suave, aunque intensa.

Isam no dijo nada.

—Lo quiero abierto en canal como una res, con las tripas desparramadas en el suelo, la sangre en un cazo para los cuervos, los huesos dejados al sol blanqueándose, luego agrisándose y después quebrándose con el calor. Lo quiero muerto, cazador.

—A al'Thor.

—Sí. Hasta el momento has fracasado. —Ahora la voz era heladora y le provocó un escalofrío—. Esta Elegida era dura. Igual que Moridin.

En sus años de servicio había desarrollado un sentimiento de menosprecio por casi todos los Elegidos. Reñían entre ellos como niños, por mucho poder y mucha sabiduría que supuestamente tuvieran. Esa mujer le daba que pensar, y se preguntó si realmente los habría espiado a todos. Ella era diferente.

—¿Y bien? —inquirió la Elegida—. ¿Tienes algo que decir para justificar tus fracasos?

—Cada vez que uno de los otros me ha encomendado esa cacería, ha aparecido otro que me ha retirado de la tarea y me ha encargado una distinta.

En realidad, habría preferido continuar la cacería del lobo. Pero no desobedecería órdenes; si eran órdenes directas de los Elegidos, no. Aparte de Aybara, para él una

cacería no se diferenciaba mucho de otra. Mataría a ese Dragón si era preciso.

—Eso no va a pasar esta vez —dijo la Elegida, todavía con la vista fija en la taza. No lo había mirado a él ni le había dado permiso para ponerse de pie, así que continuó arrodillado—. Todos los demás han renunciado a tus servicios. A menos que el Gran Señor diga lo contrario, a menos que te emplace él personalmente, debes dedicarte a esta tarea. Mata a al'Thor.

Un movimiento al otro lado de la ventana hizo que Isam mirara de reojo hacia allí. La Elegida no desvió los ojos mientras pasaba un grupo de figuras encapuchadas vestidas de negro. El viento no movía las capas de esas figuras.

Con ellos iban unos carruajes; un acontecimiento inusual en la Ciudad. Los carruajes se movían despacio, pero aun así se bamboleaban y saltaban con las irregularidades de la calle. No era necesario que Isam viera tras las cortinas de las ventanas de los carruajes para saber que dentro viajaban trece mujeres, igualando el número de Myrddraal. Ningún *Samma N'Sei* volvió a la calle. Solían evitar procesiones como ésa. Por razones obvias, albergaban… sentimientos intensos respecto a esas cosas.

Los carruajes se alejaron calle adelante. Bien. Otro que había caído. Isam habría dado por hecho que esa práctica había acabado puesto que la infección se había limpiado.

Antes de que volviera la vista al suelo, captó algo más incongruente. Un rostro pequeño y sucio que observaba desde las sombras de un callejón, al otro lado de la calle, con los ojos muy abiertos, pero actitud furtiva. La presencia de Moridin y la llegada de los grupos de trece habían alejado de la calle a los *Samma N'Sei*. Cuando ellos no estaban, los golfillos podían moverse con cierta seguridad. O no.

Isam quería gritarle al pequeño que se fuera. Que echara a correr, que se arriesgara a cruzar la Llaga. Que morir en el estómago de un Gusano era mejor que vivir allí y sufrir lo que ese lugar le hacía a uno.

«¡Vete! ¡Huye! ¡Muere!» El instante pasó fugaz; el golfillo retrocedió hacia las sombras. Isam aún se recordaba a sí mismo como ese crío. Cuántas cosas había aprendido por entonces. Por ejemplo, a encontrar una comida que mereciera más o menos confianza y que no la vomitaras cuando descubrías lo que había dentro. Y a luchar con cuchillos. Y a evitar que te vieran o se fijaran en ti.

Y cómo matar a un hombre, por supuesto. Cualquiera que sobrevivía el tiempo suficiente en la Ciudad era porque había aprendido esa lección en particular.

La Elegida seguía sin apartar la vista de la taza. Lo que miraba era su propio reflejo, comprendió Isam. ¿Qué vería allí?

—Necesitaré ayuda —dijo por fin Isam—. El Dragón Renacido tiene guardia y rara vez entra en el sueño.

—Lo de la ayuda ya está arreglado —contestó ella en voz queda—. Pero tienes

que encontrarlo, cazador. Se acabó el jueguecito de antes, lo de intentar atraerlo hacia ti. Lews Therin percibiría una trampa así. Además, ahora no se desviará de su causa. El tiempo apremia.

La mujer habló de la desastrosa operación en Dos Ríos. Por entonces, Luc había estado a cargo. ¿Qué sabía Isam de ciudades de verdad, de gente de verdad? Casi sentía añoranza por esas cosas, aunque sospechaba que esa emoción, en realidad, provenía de Luc. Isam sólo era un cazador. La gente no tenía apenas interés para él, aparte de cuáles eran los mejores puntos para que penetrara una flecha de manera que alcanzara el corazón.

Esa operación de Dos Ríos, sin embargo… apestaba como un cadáver abandonado para que se pudriera. Aún no sabía si en realidad el propósito había sido atraer a al'Thor, o había sido mantener a Isam apartado de acontecimientos importantes. Sabía que sus habilidades fascinaban a los Elegidos, pues era capaz de hacer algo que ellos no sabían hacer. Oh, podían imitar la forma en que entraba en el sueño, pero para hacerlo necesitaban encauzar. Y accesos. Y tiempo.

Estaba harto de ser un peón en sus juegos. Que dejaran de cambiar de presa cada semana y lo dejaran cazar.

Uno no les decía esas cosas a los Elegidos, de modo que se guardó para sí sus objeciones.

Unas sombras oscurecieron el vano de la puerta y la mujer que atendía el salón desapareció en la parte de atrás, con lo que Isam y la Elegida se quedaron solos en la estancia.

—Puedes ponerte de pie —dijo ella.

Isam se incorporó con premura al tiempo que dos hombres entraban en el salón. Altos, musculosos y cubiertos con velos rojos. Vestían ropas de tonos marrones como los Aiel, pero no llevaban lanzas ni arcos. Esos seres mataban con armas mucho más mortíferas. Había pasado toda la vida evitando la mirada de hombres como ésos. Hizo un esfuerzo supremo para no ponerse a temblar al verlos dirigirse hacia la mesa con movimientos propios de predadores innatos.

Los hombres se bajaron los velos y enseñaron los dientes. Los llevaban limados. «Así me abrase».

A esos dos los habían sometido a la Trasmutación. Se les notaba en los ojos, unos ojos que no eran del todo normales, que no eran del todo humanos.

Isam estuvo a punto de huir en ese momento para entrar en el sueño. No estaba a su alcance matar a esos dos hombres. Quedaría reducido a cenizas antes de lograr abatir a uno de ellos. Había visto cómo mataban los *Samma N'Sei*; a menudo lo hacían simplemente para descubrir otros modos de utilizar sus poderes.

No atacaron. ¿Sabían que la mujer era una Elegida? Entonces, ¿por qué se bajaban los velos? Los *Samma N'Sei* nunca se los bajaban excepto para matar, y sólo

para las muertes que anhelaban llevar a cabo.

—Ellos te acompañarán —dijo la Elegida—. También contarás con un puñado de los Sin Talento para que ayuden con los guardias de al'Thor. —Se volvió hacia él y, por primera vez, lo miró a los ojos. Parecía… disgustada. Como si el hecho de necesitar su ayuda le fuera aborrecible.

«Ellos te acompañarán», había dicho, no «Ellos estarán a tu servicio».

Maldito hijo de perra. Este encargo iba a ser un trabajo odioso.

Talmanes se lanzó hacia un lado y esquivó el hacha del trolloc por muy poco. El suelo tembló cuando la cabeza del arma golpeó los adoquines y los hizo pedazos; el noble se agachó y clavó la espada en el muslo de la criatura. El ser, que tenía hocico de toro, echó la cabeza hacia atrás y bramó.

—Maldición, te apesta el aliento —gruñó Talmanes mientras liberaba el arma de un tirón y retrocedía.

El monstruo cayó sobre una pierna, y Talmanes le cortó de cuajo la mano que empuñaba el hacha.

Jadeante, el noble dio unos pasos hacia atrás al tiempo que sus dos compañeros alanceaban al ser en la espalda. Uno siempre prefería enfrentarse en grupo a los trollocs. En fin, uno siempre prefería enfrentarse en grupo a cualquiera, pero con los trollocs era más importante si se tenía en cuenta el tamaño y la fuerza de esas criaturas.

Bajo la noche, los cadáveres yacían apilados como montones de basura. Talmanes se había visto forzado a prender fuego a las torres de guardia de la puerta de la ciudad para tener luz; de momento, los guardias que habían quedado —media docena, más o menos— ya se habían sumado a los soldados de la Compañía.

Semejando una marea negra, los trollocs empezaron a retirarse de la puerta. Se habían dispersado demasiado. O, más bien, se habían visto obligados a hacerlo, ya que había habido un Semihombre con esa partida de monstruos. Talmanes bajó la mano hacia el costado herido. Estaba húmedo.

El fuego de las torres de guardia ardía con menos fuerza. Tendría que ordenar prender fuego a unos cuantos comercios. Se corría el riesgo de que el incendio se propagara, pero la ciudad ya se podía dar por perdida. No tenía sentido retrasar lo inevitable.

—¡Brynt! —llamó a voces—. ¡Prende fuego a ese establo!

Sandip se acercó al noble al tiempo que Brynt pasaba corriendo con una antorcha.

—Volverán. Y será pronto, probablemente.

Talmanes asintió con la cabeza. Ahora que la lucha había acabado, los vecinos empezaban a salir en tropel de callejones y escondrijos para dirigirse con cautela hacia la puerta y —se suponía— a la seguridad.

—No podemos quedarnos aquí y defender esta puerta —dijo Sandip—. Los dragones…

—Lo sé. ¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Aún no los he contado. Al menos un centenar.

«Luz, Mat me arrancará la piel cuando se entere». Mat detestaba perder tropas. En ese hombre alentaba una sensibilidad equiparable a su genialidad, una combinación extraña, pero inspiradora.

—Manda unos cuantos exploradores a vigilar las calles y avenidas cercanas para dar la alarma si se aproximan Engendros de la Sombra. Amontonad estos restos de trollocs para levantar barricadas. Servirán tan bien como cualquier otra cosa. ¡Tú, soldado!

Uno de los fatigados hombres que pasaban cerca se detuvo de golpe. Lucía los colores de la reina.

—¿Sí, milord?

—Tenemos que hacer saber a la gente que esta puerta de salida de la ciudad es segura. ¿Hay alguna llamada de cuerno que la plebe andoreña sabría identificar? ¿Algo que los hiciera acudir aquí?

—Plebe —repitió el hombre, pensativo. No parecía que la palabra le gustara. En Andor no la utilizaban a menudo—. Sí, la Marcha de la Reina.

—Sandip…

—Pondré a los chicos de la banda a ello, Talmanes —contestó el comandante.

—Bien.

El noble se agachó sobre una rodilla para limpiar la espada con la camisa de un trolloc muerto; el costado le dolía. La herida no era grave. En condiciones normales, no. En realidad sólo era un rasguño.

La camisa estaba tan sucia que vaciló antes de pasarla por el arma; pero la sangre de los trollocs era perjudicial para el acero de las hojas, así que frotó la espada. Se puso de pie y, haciendo caso omiso del dolor del costado, se dirigió hacia la puerta, donde tenía atado a *Selfar*. No se había atrevido a lanzar al caballo contra los Engendros de la Sombra. Era un buen castrado, pero no una montura entrenada en las Tierras Fronterizas.

Ninguno de los hombres cuestionó su decisión cuando subió a la silla e hizo que *Selfar* se volviera hacia el oeste y cruzara la puerta de la ciudad en dirección a los mercenarios a los que había observado antes. A Talmanes no lo sorprendió ver que se habían acercado a la ciudad. La batalla atraía a los guerreros como el fuego a los viajeros en una noche de invierno.

No se habían sumado a la lucha. Al acercarse con el caballo, un pequeño grupo de mercenarios saludó al noble; eran seis hombres de brazos musculosos y —probablemente— mollera dura. Los habían reconocido a él y a la Compañía. En la

actualidad Mat era extraordinariamente famoso y, por asociación, también lo era la Compañía. Sin duda repararon en las manchas de sangre de trollocs en las ropas de Talmanes y en el vendaje del costado.

Esa herida empezaba realmente a escocer con ganas. Talmanes tiró de las riendas de *Selfar* y después, con paciencia, tanteó las alforjas. «Guardé algo de tabaco aquí, en alguna parte…»

—¿Sí? —preguntó uno de los mercenarios.

Era fácil identificar al cabecilla, pues llevaba la mejor armadura. A menudo un hombre acababa siendo el jefe de una banda como ésa por el mero hecho de seguir vivo.

Talmanes sacó su segunda mejor pipa de la alforja. ¿Dónde andaría el tabaco? Nunca llevaba su mejor pipa a la batalla. Su padre le había dicho siempre que hacerlo daba mala suerte.

«Ah», pensó mientras sacaba la bolsita de tabaco. Metió un poco en la cazoleta, sacó una pequeña mecha y se inclinó para acercarla a una antorcha que sostenía un mercenario desconfiado.

—No vamos a luchar a menos que nos paguen —dijo el cabecilla.

Era un hombre corpulento que iba sorprendentemente limpio, aunque no le habría ido mal un arreglo en la barba.

Talmanes encendió la pipa y expulsó el humo. Detrás, los cuernos empezaron a tocar. La Marcha de la Reina resultó ser una melodía pegadiza. El sonido de los cuernos llegó acompañado por gritos, y Talmanes miró hacia atrás. Trollocs en la calle principal, un grupo más grande esta vez.

—No vamos a… —empezó de nuevo el hombre.

—¿Sabes qué es lo que estamos viviendo? —lo interrumpió Talmanes con suavidad, sin quitarse la pipa de los labios—. Es el principio del fin. Es la caída de las naciones y la unificación de la humanidad. Es la Última Batalla, pedazo de necio.

Los hombres rebulleron, incómodos.

—¿Habláis… habláis en nombre de la reina? —preguntó el cabecilla, tratando de salvar las apariencias—. Sólo quiero saber que alguien se ocupa de mis hombres.

—Si combatís, te prometo una gran recompensa —dijo Talmanes.

El hombre esperó que dijera algo más.

—Te prometo que seguirás respirando —añadió el noble mientras exhalaba humo.

—¿Es una amenaza, cairhienino?

Talmanes echó otra bocanada de humo y luego se inclinó en la silla para acercar la cara a la del cabecilla.

—Esta noche he matado a un Myrddraal, andoreño —susurró con tranquilidad—. Me dio un puntazo con una hoja forjada en Thakan’dar y la herida se ha puesto negra. Eso significa que me quedan unas pocas horas, como mucho, antes de que el veneno

me abrase de dentro afuera y muera del modo más doloroso que puede perecer un hombre. En consecuencia, amigo, te sugiero que me creas cuando te digo que en verdad no tengo nada que perder.

El hombre parpadeó.

—Tenéis dos opciones —dijo Talmanes alzando la voz, e hizo dar la vuelta a su caballo para encararse a la tropa—. Podéis luchar como el resto de nosotros para ayudar a que el mundo vea días nuevos, y tal vez ganaréis algún dinero al final. Eso no os lo puedo prometer. La otra opción que tenéis es quedaros aquí sentados, ver cómo masacran a la gente y deciros a vosotros mismos que no trabajáis gratis. Si tenéis suerte y los demás salvamos al mundo sin vuestra colaboración, podréis seguir respirando el tiempo suficiente para acabar linchados con una soga al cuello, como unos cobardes.

Silencio. Los cuernos sonaron desde la oscuridad que había detrás.

El jefe de los mercenarios miró a sus compañeros, que asintieron para mostrar que estaban de acuerdo.

—Id a defender esa puerta —instruyó Talmanes—. Yo iré a reclutar a las otras bandas de mercenarios para que ayuden.

Leilwin recorrió con la mirada la multitud de campamentos que se extendían por el lugar conocido como Campo de Merrilor. De noche y con esas nubes en lo alto que ocultaban la luna y las estrellas, casi podía imaginar que las lumbres de cocinar eran fanales de barcos en un puerto con mucho ajetreo por la noche.

Probablemente ésa sería una escena que no volvería a ver nunca. Leilwin Sin Barco no era capitana; no volvería a serlo. Desear lo contrario sería desafiar la propia naturaleza de la persona en la que se había convertido.

Bayle le puso una mano en el hombro. Dedos gruesos, ásperos por los muchos días de trabajo. La mujer alzó la mano y la posó sobre la de él. Había sido sencillo escabullirse por uno de esos accesos que se habían estado abriendo a Tar Valon. Bayle conocía bien la ciudad, aunque había rezongado por estar allí.

—Ese sitio me pone de punta el vello de los brazos —había dicho. Y también—: Cómo he deseado no volver a caminar por estas calles. Vaya si lo he deseado.

Pero aun así había ido con ella. Un buen hombre, Bayle Domon. Tan bueno como podía encontrarlo en esas tierras extrañas, a despecho de esos borrones que tenía en su pasado por realizar negocios sucios. Bayle había dejado eso atrás. Si no comprendía el modo correcto de hacer las cosas, lo intentaba.

—Esto es una señal —dijo él mientras recorría con la vista el tranquilo mar de luces—. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Encontrar a Nynaeve al'Meara o a Elayne Trakand.

Bayle se rascó el mentón barbudo; lucía una barba al estilo illiano, con el labio

superior afeitado. El cabello lo tenía de diferentes longitudes, ya que había dejado de afeitarse una parte de la cabeza ahora que ella lo había liberado. Leilwin lo había hecho para poder casarse con él, por supuesto.

Mejor así; llevar la cabeza afeitada habría llamado la atención allí. Desde luego, había cumplido muy bien como *so'jhin* una vez que ciertos… temas habían quedado resueltos. Al final, sin embargo, tuvo que admitir que Bayle Domon no estaba hecho para ser *so'jhin*. Sus modales eran demasiado toscos; ni el movimiento continuo de las mareas puliría esos rebordes cortantes. Así era como ella lo quería, aunque nunca lo diría en voz alta.

—Debe de ser tarde, Leilwin —dijo Bayle—. Quizá deberíamos esperar hasta mañana por la mañana.

No. El silencio reinaba en los campamentos, cierto, pero no se trataba de la quietud del sueño. Era la quietud de barcos a la espera de que soplen los vientos correctos.

No sabía casi nada de lo que ocurría allí; no se había atrevido a abrir la boca en Tar Valon para hacer preguntas, pues su acento la habría delatado como seanchan. Una concurrencia de ese tamaño no se daba sin que hubiera una planificación bien calculada. La inmensidad de aquello la tenía sorprendida; había oído hablar sobre la reunión en ese lugar, una a la que casi todas las Aes Sedai habían acudido. Aquello superaba todo lo previsto.

Echó a andar a través del campo y Bayle la siguió; los dos se unieron al grupo de sirvientes de Tar Valon que les habían permitido acompañarlos gracias al soborno de Bayle. Sus métodos no agradaban a Leilwin, pero a ella no se le había ocurrido otra solución. Procuraba no pensar mucho en sus contactos originales en Tar Valon. En fin, que si ella no podía volver a pisar un barco, entonces a Bayle no se le presentarían más ocasiones de hacer contrabando. Lo cual era un pequeño consuelo.

«Eres capitana de barco. Eso es lo único que sabes hacer, lo único que quieres hacer. Y, ahora, tu nombre es Sin Barco». La sacudió un escalofrío y apretó los puños para no rodearse con los brazos. Pasar el resto de la vida en esas tierras inalterables y monótonas, sin poder desplazarse jamás a una velocidad mayor que la que pudiera proporcionarle un caballo, sin volver a oler al aire de alta mar, sin volver a apuntar la proa hacia el horizonte, levar anclas, largar velas y simplemente…

Se obligó a salir de su ensimismamiento. Encontrar a Nynaeve y a Elayne. Puede que ella fuera Sin Barco, pero no se dejaría hundir en las profundidades y ahogarse. Se marcó el rumbo y echó a andar. Bayle iba un poco encorvado, con aire desconfiado, e intentaba vigilar todo en derredor al mismo tiempo. También echó varias ojeadas hacia ella, los labios apretados en una fina línea. A estas alturas, ella ya sabía qué significaba eso.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Leilwin, ¿qué hacemos aquí?

—Ya te lo he dicho. Tenemos que encontrar a…

—Sí, pero ¿por qué? —la interrumpió—. ¿Qué crees que puedes hacer? Son Aes Sedai. Vaya si lo son.

—Me trataron con respeto antes.

—¿Y por eso crees que nos darán cobijo?

—Quizá. —Lo miró—. Dilo ya, Bayle. Algo te ronda la cabeza.

Él suspiró.

—¿Por qué necesitamos que nos cobijen, Leilwin? Podríamos encontrar un barco para nosotros en alguna parte, en Arad Doman. Donde no haya Aes Sedai. Ni seanchan.

—Yo no tripularía el tipo de barco que tú prefieres.

Bayle le dirigió una mirada inexpresiva.

—Que sepas que sé llevar un negocio honrado, Leilwin. No sería un…

Ella levantó la mano para pedirle silencio y luego se la apoyó en el hombro.

—Lo sé, amor mío. Lo sé. Estoy hablando por hablar, empujándonos en un curso que no lleva a ninguna parte.

—¿Por qué?

La pregunta, escueta y directa, le escoció como una astilla clavada debajo de la uña. ¿Por qué? ¿Por qué había hecho aquel largo viaje junto a Matrim Cauthon y se había puesto peligrosamente cerca de la Hija de las Nueve Lunas?

—Mis compatriotas, Bayle, tienen un concepto erróneo del mundo, que es muy peligroso y genera injusticia.

—Te depusieron, Leilwin. Te marginaron —musitó él—. Ya no eres uno de ellos.

—Siempre seré uno de ellos. Mi nombre fue revocado, pero no mi origen.

—Siento lo del insulto, sí.

Ella asintió con un brusco cabeceo.

—Sigo siendo leal a la emperatriz, así viva para siempre. Pero las *damane*… Son el fundamento de su mandato y su poder. Son el medio por el que dicta sus órdenes, por el que mantiene unido el imperio. Y las *damane* son una mentira.

Las *sul'dam* podían encauzar. El Talento podía aprenderse. Ahora, meses después de haber descubierto la verdad, su mente aún era incapaz de abarcar todas las implicaciones de aquello. Tal vez otra persona habría estado más interesada en la ventaja política que le daría ese conocimiento; quizás otra persona habría regresado a Seanchan y habría hecho uso de ello para obtener poder. Leilwin casi deseaba haber hecho eso. Casi.

Pero las súplicas de las *sul'dam*, que se hicieron más insistentes al conocer a esas Aes Sedai que no se parecían en nada a lo que le habían enseñado que eran…

Había que hacer algo. No obstante, si lo hacía, ¿no provocaría el

desmoronamiento del imperio? Tenía que pensar muy, muy bien sus movimientos, igual que en los últimos movimientos del juego *shal*.

En la oscuridad, los dos siguieron en pos de la hilera de sirvientes; a menudo, una Aes Sedai u otra mandaban de vuelta a criados en busca de algo que habían dejado en la Torre Blanca, por lo que viajar ida y vuelta era algo normal y corriente, lo cual constituía una suerte para Leilwin. Pasaron el perímetro del campamento de las Aes Sedai sin que surgieran objeciones a su presencia.

Le parecía sorprendente lo fácil que estaba resultando hasta que vio a varios hombres situados a lo largo de camino. Era muy fácil que pasaran inadvertidos a los demás; había algo en ellos que los hacía mimetizarse con el entorno, sobre todo en la oscuridad. Sólo reparó en ellos cuando uno se movió para apartarse de los otros y echar a andar a corta distancia de Bayle y ella.

En cuestión de segundos, resultó obvio que había notado algo distinto en ellos que los diferenciaba de los demás. Quizás era la forma de caminar, de comportarse. Habían tenido cuidado de vestirse con sencillez, aunque la barba de Bayle lo señalaba como illiano.

Poniendo una mano en el brazo de Bayle, Leilwin se paró y se volvió para encararse con el hombre que les seguía los pasos. Suponía, por las descripciones que tenía, que era un Guardián.

El Guardián siguió caminando en su dirección. Aún se encontraban cerca del perímetro del campamento, con las tiendas organizadas en círculos. Leilwin había advertido con malestar que algunas de las tiendas brillaban con una luz demasiado estable para provenir de velas o faroles.

—Hola —dijo Bayle al tiempo que levantaba una mano con gesto amistoso hacia el Guardián—. Venimos buscando a una Aes Sedai llamada Nynaeve al’Meara. Si ella no está aquí, quizá sí lo está otra llamada Elayne Trakand.

—Ninguna de las dos está acampada aquí —repuso el Guardián.

Era un hombre de brazos largos y porte gallardo. El cabello, largo y oscuro, enmarcaba un rostro de rasgos que parecían… inacabados. Como tallados en roca por un escultor que hubiera perdido interés en un proyecto a medio terminar.

—Ah, entonces nos hemos equivocado —comentó Bayle—. ¿Podrías decirnos dónde están acampadas? Es un asunto urgente, ¿sabes? —Habló con soltura, de forma relajada. Cuando era necesario, Bayle podía resultar encantador. Mucho más que ella.

—Eso depende. ¿Tu compañera también quiere encontrar a esas Aes Sedai? —preguntó el Guardián.

—Claro que…

—Quiero que lo diga ella —lo interrumpió el otro hombre sin quitarle ojo a Leilwin.

—Pues yo te lo diré —repuso Leilwin—. ¡Por mi vieja abuela! Esas mujeres prometieron pagarnos, y quiero cobrar, vaya. Las Aes Sedai no mienten. Todo el mundo sabe que eso es así. ¡Si tú no vas a llevarnos ante ellas, entonces proporciónanos a alguien que sí lo haga!

El Guardián vaciló mientras los ojos se le abrían de par en par ante el aluvión de palabras. Luego —afortunadamente— asintió con la cabeza.

—Por aquí.

Los condujo alejándose del centro del campamento, pero ya no parecía sospechar de ellos.

Leilwin soltó un suspiro quedo y echó a andar detrás del Guardián ajustando el paso al de Bayle. Éste la miró con expresión enorgullecida y una sonrisa tan amplia que los habría delatado a ambos si el Guardián hubiera girado la cabeza y los hubiera mirado. Sin embargo, ella no pudo evitar esbozar también un atisbo de sonrisa.

Le costaba imitar el acento illiano, pero los dos habían estado de acuerdo en que su deje seanchan era peligroso, sobre todo si viajaban con Aes Sedai. Bayle afirmaba que un illiano nativo no la tomaría por uno de ellos, pero sí lo imitaba lo bastante bien para engañar a alguien que no fuera oriundo de Illian.

Se sintió aliviada cuando se alejaron del campamento de las Aes Sedai y de las luces. Tener dos amigas —porque lo eran, a despecho de los problemas entre ellas— que eran Aes Sedai no significaba que quisiera estar en un campamento repleto de ellas. El Guardián las condujo a una zona despejada en el centro de Campo de Merrilor. Allí había un campamento muy extenso con un gran número de tiendas.

—Aiel —le dijo Bayle en voz baja—. Pues vaya si hay decenas de miles de tiendas suyas.

Interesante. Sobre los Aiel se contaban cosas amedrentadoras, leyendas que costaba creer que fueran ciertas. Aun así, esas historias —aunque exageradas— sugerían que eran los mejores guerreros a ese lado del océano. Le habría gustado entrenarse con uno o dos de ellos si la situación hubiese sido otra. Tocó con los dedos el fardo que llevaba; había guardado el garrote en un largo bolsillo lateral que tenía al alcance de la mano.

Desde luego eran altos, esos Aiel. Pasó cerca de algunos que estaban arrellanados junto a las fogatas de campamento, aparentemente relajados. Sin embargo, esos ojos los observaron con más atención de lo que lo había hecho el Guardián. Gente peligrosa aquella, lista para matar incluso mientras se relajaba junto a la hoguera. La oscuridad de la noche no le permitía distinguir los estandartes que ondeaban en ese campamento.

—¿Qué rey o reina manda en este campamento, Guardián? —preguntó.

El hombre se volvió hacia ella con los rasgos del rostro difuminados en las sombras de la noche.

—Tu rey, illiana —dijo.

A su lado, Bayle se puso tenso.

«Ay, no…»

El Dragón Renacido. Se sintió orgullosa de no perder el ritmo mientras caminaba, pero le faltó poco. Un hombre con capacidad de encauzar. Era peor, mucho peor, que las Aes Sedai.

El Guardián los condujo a una tienda próxima al centro del campamento.

—Estáis de suerte. Tiene la luz encendida.

No había guardias a la entrada de la tienda, así que el hombre llamó y recibió permiso para entrar. Retiró el faldón de la puerta con un brazo y les hizo un gesto con la cabeza, si bien la otra mano la tenía en la espada y su actitud era de alerta, presto para el combate.

Leilwin detestaba la idea de dejar esa espada a su espalda, pero entró como les habían ordenado. La tienda estaba iluminada por uno de esos globos anormales que irradiaban luz, y una mujer conocida, con un vestido verde, se hallaba sentada a un escritorio escribiendo una carta. Nynaeve al'Meara era lo que, allá en Seanchan, uno llamaría una *telarti*, una mujer con fuego en el alma. Según tenía entendido Leilwin, se suponía que las Aes Sedai debían ser aguas calmas y plácidas. Bien pues, esa mujer quizá fuera alguna vez aguas tranquilas, pero de esas que uno encontraba a dos viradas de un violento remolino.

Nynaeve siguió escribiendo cuando entraron. Ya no llevaba coleta; tenía el cabello suelto sobre los hombros, una imagen tan rara como la de un barco sin vela.

—Te atenderé dentro de un instante, Sleete —le dijo al Guardián—. En serio, la forma en que tú y tus compañeros estáis revoloteando a mi alrededor últimamente me hace pensar en una gallina que ha perdido un huevo. ¿Vuestras Aes Sedai no tienen trabajo que daros?

—Lan es muy importante para muchos de nosotros, Nynaeve Sedai —repuso el Guardián, Sleete, con voz grave, sosegada.

—Oh, ¿y para mí no lo es? En serio, me pregunto si no convendría mandaros a cortar leña o algo por el estilo. Si viene a verme un Guardián más por si necesito…

Alzó la vista y por fin vio a Leilwin. De inmediato el rostro de Nynaeve se torno impávido. Frío. Helador. Y Leilwin se puso a sudar. Esa mujer tenía su vida en sus manos. ¿Por qué no había podido Sleete llevarlos hasta Elayne? Quizá no deberían haber mencionado a Nynaeve.

—Estos dos querían veros —explicó Sleete, que tenía la espada desenvainada; Leilwin no se había fijado en ese detalle. Domon mascculló entre dientes—. Afirman que prometisteis pagarles dinero y que han venido por él. Sin embargo, no se identificaron en la Torre, y hallaron el modo de escabullirse a través de uno de los accesos. El hombre es de Illian. La mujer, de otra parte. Ha imitado el acento illiano.

Bueno, a lo mejor no era tan buena con el acento como había imaginado. Leilwin echó un vistazo a la espada del hombre. Si se tiraba hacia un lado y rodaba, probablemente él fallaría un golpe, eso dando por hecho que arremetería contra el pecho o el cuello. Ella podría sacar el garrote y…

Estaba cara a cara con una Aes Sedai. Lo más seguro era que nunca se levantara del suelo. Estaría inmovilizada por un tejido del Poder Único. O algo peor.

—Los conozco, Sleete —dijo Nynaeve con voz fría—. Has hecho bien en traérmelos aquí. Gracias.

El Guardián envainó la espada de inmediato y Leilwin notó un aire frío en el cuello cuando él salió de la tienda, tan silencioso como un susurro.

—Si habéis venido buscando el perdón, habéis acudido a la persona equivocada —dijo Nynaeve—. Casi estoy por entregaros a los Guardianes para que os interroguen. Quizá puedan sacaros algo útil sobre los seanchan de esa traicionera mente vuestra.

—Me alegro de volver a verte, Nynaeve —habló Leilwin con frialdad.

—Bien, ¿qué pasó? —demandó Nynaeve.

¿Qué pasó? ¿A qué se refería esa mujer?

—Lo intenté —respondió de pronto Bayle con expresión arrepentida—. Luché con ellos, pero enseguida me redujeron. Podrían haber prendido fuego a mi barco, habernos hundido, haber matado a mis hombres.

—Mejor habría sido que tú y todos cuantos estabais a bordo hubieseis muerto, illiano —repuso Nynaeve—. El *ter'angreal* acabó en manos de una de las Renegadas, Semirhage. Se ocultaba en Seanchan, fingiendo ser una especie de juez. Una Palabra de la Verdad. ¿Es así como se llaman?

—Sí —confirmó Leilwin en voz queda. Ahora lo entendía—. Lamento haber roto mi juramento, pero…

—¿Que lo lamentas, Egeanin? —la interrumpió Nynaeve mientras se incorporaba con tanta violencia que volcó la silla—. ¡Lamentarlo no es una palabra que yo utilizaría por poner en peligro al mismísimo mundo, por empujarnos al filo de la oscuridad y estar en un tris de arrojarnos por el borde! Hizo copias de ese artilugio, mujer. Una acabó en el cuello del Dragón Renacido. ¡El propio Dragón Renacido, controlado por una de los Renegados! —Nynaeve agitó las manos en el aire.

»¡Luz! Estuvimos a unos segundos del fin por tu culpa. El fin de todo. De desaparecer el Entramado, el mundo, y quedar la nada. Millones de vidas podrían haber desaparecido en un parpadeo por tu negligencia.

—Yo…

De repente sus fallos le parecieron monumentales a Leilwin. Su vida perdida. Su nombre perdido. Despojada de su barco por la mismísima Hija de las Nueve Lunas. Todo eso parecía carecer de importancia a la luz de aquello.

—Luché —repitió Bayle con más firmeza—. Luché con cuanto estaba a mi alcance.

—Al parecer tendría que haberme unido a ti —dijo Leilwin.

—Intenté explicártelo —adujo Bayle, sombrío—. Muchas veces, así me abrase, pero lo intenté.

—Bah —rezongó Nynaeve, que se llevó una mano a la frente—. ¿Qué haces aquí, Egeanin? Esperaba que estuvieras muerta. Si hubieses muerto para mantener tu juramento, entonces no habría podido culparte.

«Se lo entregué a Suroth yo misma —pensó Leilwin—. Un precio pagado a cambio de mi vida, la única salida que tenía».

—¿Y bien? —Nynaeve le asestó una mirada feroz—. Suéltalo de una vez, Egeanin.

—Ya no me llamo así. —Leilwin se puso de rodillas—. He sido despojada de todo, incluido mi honor, por lo que parece. Me entrego a ti en pago.

Nynaeve resopló.

—Yo no tengo personas como si fueran animales, a diferencia de lo que vosotros hacéis, seanchan.

Leilwin siguió de rodillas. Bayle le puso la mano en el hombro, pero no hizo intención de tirar para que se pusiera de pie. Entendía muy bien ahora por qué hacía lo que hacía. Faltaba poco para que fuera civilizado.

—De pie —espetó Nynaeve—. Por la Luz, Egeanin. Te recuerdo lo bastante fuerte como para masticar rocas y escupirlas hechas arena.

—Es la fuerza lo que me obliga a hacer esto —respondió mientras bajaba la vista al suelo.

¿Es que Nynaeve no entendía lo difícil que le resultaba aquello? ¿Que sería mucho más sencillo para ella cortarse el cuello, sólo que ya no le quedaba honor suficiente para exigir un final tan fácil?

—¡Ponte de pie!

Leilwin obedeció.

Nynaeve recogió su capa de la cama y se la echó por los hombros.

—Vamos. Os conduciremos ante la Amyrlin. Quizás ella sepa qué hacer con vosotros.

Nynaeve salió a la noche abriéndose paso entre ellos. Leilwin fue tras ella; había tomado una decisión. Sólo había un camino que tenía sentido, un modo de preservar un resto de honor y, tal vez, ayudar a su pueblo a sobrevivir a las mentiras que le habían estado diciendo durante tanto tiempo.

Leilwin Sin Barco ahora era propiedad de la Torre Blanca. Dijeran lo que dijeran, intentaran lo que intentaran hacer con ella, ese hecho no cambiaría. Era de su propiedad. Sería una *da'covale* de la tal Amyrlin y capearía ese temporal como un

barco al que el viento ha desgarrado el velamen.

A lo mejor, con el honor que le quedaba, podría ganarse la confianza de esa mujer.

—Es parte de un remedio para el dolor que conocía un viejo fronterizo —dijo Melten mientras le quitaba el vendaje del costado de Talmanes—. La urticana ralentiza la infección dejada por el metal maldito.

Melten era un hombre enjuto y greñudo. Vestía como un leñador andoreño, con camisa sencilla y capa, pero hablaba como un fronterizo. En la bolsa del cinturón llevaba un juego de bolas de colores con las que a veces hacía malabarismos para los otros miembros de la Compañía. En otra vida tenía que haber sido un juglar.

Era un hombre que no parecía hecho para estar en la Compañía, aunque, de un modo u otro, ése era el caso de todos.

—Ignoro cómo mitiga la ponzoña —admitió Melten—, pero lo hace. No es un veneno natural, ojito. No se puede extraer chupándolo.

Talmanes se apretó el costado con la mano. El dolor abrasador era como si unos bejucos espinosos le serpentearan bajo la piel, extendiéndose y desgarrando la carne con cada movimiento. Sentía claramente cómo se movía el veneno a través de su cuerpo. Luz, y cómo dolía.

Cerca, los hombres de la Compañía combatían a través de Caemlyn en dirección al palacio. Habían entrado por la puerta meridional, tras dejar a las bandas mercenarias —al mando de Sandip— defendiendo la puerta occidental.

Si había resistencia humana en algún punto de la ciudad sería en palacio. Por desgracia, pelotones de trollocs deambulaban por el área situada entre la posición de Talmanes y el palacio. No dejaban de topar con esos monstruos y se veían enzarzados en una lucha tras otra.

Talmanes, claro estaba, no podía saber si había resistencia arriba sin llegar hasta allí. Lo cual significaba conducir a sus hombres hacia palacio luchando a todo lo largo del camino y exponerse a quedar aislados por detrás si uno de esos grupos daba un rodeo por su retaguardia. Pero eso era algo que no se podía evitar. Tenía que descubrir qué quedaba —si es que quedaba algo— de los defensores de palacio. Desde allí, podría penetrar más en la ciudad e intentar apoderarse de los dragones.

El aire olía a humo y a sangre; durante una breve pausa en la lucha, habían apilado trollocs muertos contra el lateral derecho de la calle a fin de hacer accesible el paso a sus hombres.

También había refugiados en ese barrio de la ciudad, aunque no una tromba. Una arroyada, sí; un chorreo continuo que salía de la oscuridad mientras Talmanes y la Compañía se apoderaban de sectores de la vía pública que conducía a palacio. Esos refugiados no pedían que la Compañía protegiera sus posesiones o rescatara sus

hogares; sollozaban de alegría al encontrar resistencia humana. Madwin estaba encargado de enviarlos hacia la libertad a lo largo del corredor de seguridad que la Compañía había abierto.

Talmanes dirigió la mirada hacia el palacio que se alzaba en lo alto de la colina, aunque era apenas visible de noche. Si bien casi toda la ciudad estaba en llamas, no ocurría lo mismo con el palacio; las blancas murallas parecían flotar como fantasmas en la oscuridad humeante. No se veía fuego. Eso era señal de resistencia, ¿verdad? ¿Los trollocs no tendrían que haberlo atacado como uno de sus primeros objetivos en la ciudad?

Había enviado exploradores calle arriba mientras les daba a sus hombres —y se daba a sí mismo— un breve respiro.

Melten acabó de vendarle bien fuerte el emplasto sobre la herida.

—Gracias, Melten —le dijo con un cabeceo—. Ya noto el efecto del ungüento. Dijiste que esto es parte de la cura para el dolor. ¿Cuál es la otra parte?

Melten sacó una petaca metálica que llevaba en el cinturón y se la tendió.

—Brandy shienariano, pura energía.

—No es una buena idea beber durante el combate, hombre.

—Tomadlo —le dijo Melten con suavidad—. Llevadlo con vos y bebed a discreción, milord, o al siguiente toque de campana no estaréis de pie.

Talmanes vaciló, pero después se llevó la petaca a los labios y echó un buen trago. Ardía como la herida. Tosió y después guardó el brandy.

—Me parece que has confundido las botellas, Melten. Esto debe de ser algo que encontraste en una tina de curtir pieles.

Melten resopló con guasa.

—Y luego dicen que no tenéis sentido del humor, milord —dijo.

—Y no lo tengo —contestó Talmanes—. Quédate cerca con esa espada que llevas.

Melten asintió en silencio, la expresión de los ojos solemne.

—Azote de Fados —susurró.

—¿Qué es eso? —preguntó Talmanes.

—Un título fronterizo. Habéis matado a un Myrddraal. Azote de Fados.

—Llevaba unas diecisiete flechas clavadas para cuando acabé con él.

—No importa. —Melten le apretó el hombro—. Azote de Fados. Cuando ya no podáis soportar el dolor, apretad los puños y alzadlos hacia mí. Me ocuparé de acabar con el sufrimiento.

Talmanes se puso de pie, aunque no pudo contener un gemido. Los dos sabían lo que le esperaba. Los fronterizos que tenía la Compañía habían coincidido en lo que opinaban: las heridas infligidas por una hoja forjada en Thakan'dar eran impredecibles. Algunas se infectaban con rapidez, otras enfermaban a los hombres.

Sin embargo, cuando una se ponía negra, como la de Talmanes… Era lo peor que podía pasar. Nada, aparte de encontrar a una Aes Sedai o a alguien semejante en las próximas horas, podría salvarlo.

—¿Ves? —rezongó Talmanes—, es bueno que no tenga sentido del humor o, de otro modo, pensaría que el Entramado me está gastando una broma pesada. ¡Dennel! ¿Tienes un mapa a mano? —Luz, cómo echaba de menos a Vanin.

—Milord. —Dennel se acercó corriendo por la oscura calle con una antorcha y un mapa dibujado a toda prisa. Era uno de los capitanes de dragones de la Compañía—. Creo que he encontrado un camino más rápido a través de las calles hasta donde Aludra tenía almacenados los dragones.

—Antes iremos a combatir a palacio —dijo Talmanes.

—Milord, si la Sombra se apodera de esos dragones… —Las palabras de Dennel sonaron más suaves en sus grandes labios. Se daba tironcitos del uniforme, como si no le sentara bien.

—Soy muy consciente de ese peligro, Dennel, gracias. ¿Con qué rapidez podrías moverlos, dando por hecho que llegaremos hasta ellos? Me preocupa que nos despleguemos demasiado, y esta ciudad se está quemando más deprisa que las cartas de amor empapadas de aceite de un Gran Señor a su querida. Quiero que nos hagamos con esas armas y que salgamos de la ciudad lo más rápido posible.

—Puedo arrasar un baluarte enemigo con uno o dos disparos, milord, pero los dragones no se mueven deprisa. Van unidos como una sola pieza a las cureñas, esa especie de carros, así que eso será una ayuda, pero no avanzarán a mayor velocidad que, digamos, una fila de carretas de suministros. Y se tardará en colocarlos como es debido y disparar.

—Entonces, seguimos hacia palacio —decidió Talmanes.

—Pero…

—A palacio —repitió, severo—. Tal vez encontremos encauzadoras que puedan abrirnos un acceso hasta el almacén de Aludra. Además, si la guardia de palacio sigue luchando, sabremos que detrás tenemos a un amigo. Recuperaremos esos dragones, pero lo haremos con inteligencia.

Vio a Ladwin y a Mar, que acudían corriendo de la parte alta.

—¡Hay trollocs allí arriba! —dijo Mar, que se dirigió deprisa hacia Talmanes—. Un centenar al menos, apostados en la calle.

—¡En formación, soldados! —gritó Talmanes—. ¡Marchamos hacia palacio!

En la tienda de vapor se hizo un profundo silencio.

Aviendha había esperado que, tal vez, su informe despertara incredulidad. Y que diera pie a preguntas, por supuesto. Pero no ese embarazoso silencio.

Aunque no había previsto tal reacción, lo entendía. También ella se había sentido

así después de haber tenido su visión de los Aiel perdiendo *ji'e'toh*, poco a poco, en el futuro. Había presenciado el aniquilamiento, el deshonor y la perdición de su pueblo. Ahora al menos tenía con quien compartir esa carga.

Las piedras calientes emitían un suave siseo. Alguien debería echar más agua, pero ninguna de las seis ocupantes de la tienda lo hizo. Las otras cinco Sabias —al igual que Aviendha— estaban desnudas, como se hacía en las tiendas de vapor. Sorilea, Amys, Bair, Melaine y Kymer, esta última de los Tomanelle Aiel. Todas miraban al frente con fijeza, cada cual absorta en sus pensamientos.

Una a una enderezaron la espalda y se sentaron derechas, como si aceptaran la nueva carga. El gesto de las otras mujeres confortó a Aviendha; tampoco era que hubiera esperado que las noticias las hicieran venirse abajo. Pero era bueno verlas endurecer el gesto para plantar cara al peligro, en lugar de mirar a otro lado.

—El Cegador de la Vista está ahora muy próximo al mundo —comentó Melaine —. De algún modo se ha provocado una distorsión en el Entramado. En el sueño aún vemos muchas cosas que pueden llegar a ocurrir o no, pero hay demasiadas posibilidades; no podemos diferenciar unas de otras. La suerte de nuestro pueblo no se muestra clara a las caminantes de sueños, al igual que no lo es la suerte del *Car'a'carn* una vez que escupa al ojo del Cegador de la Vista en el Último Día. No sabemos qué hay de cierto en lo que Aviendha vio.

—Debemos comprobarlo —dijo Sorilea, cuyos ojos semejaban piedras—. Hemos de saberlo. ¿Es que ahora se le muestra a cada mujer esta visión en lugar de la otra, o la de Aviendha ha sido una experiencia única?

—Elenar de los Daryne —propuso Amys—. Casi ha terminado su entrenamiento; será la siguiente que visite Rhuidean. Podemos pedirles a Hayde y a Shanni que la motiven.

Aviendha refrenó un escalofrío. Sabía muy bien hasta dónde llegaban las Sabias para «motivar» a una aprendiza.

—Eso estaría bien —convino Bair mientras se echaba hacia adelante—. ¿Y no será que ocurre esto cada vez que alguien pasa una segunda vez a través de las columnas de cristal? Quizá sea ésa la razón de que esté prohibido.

Ninguna de ellas miró a Aviendha, pero la joven percibió que estaban considerando su actuación. Que lo que había hecho estaba prohibido. Y que hablar de lo que sucedía en Rhuidean también era tabú.

No habría reprimenda. Rhuidean no la había matado, aquello era designio de la Rueda. Bair siguió mirando al vacío. El sudor resbalaba por la cara y los senos de Aviendha.

«No echo de menos darme un baño», se dijo para sus adentros. Ella no era una pusilánime habitante de las tierras húmedas. Con todo, una tienda de vapor no era realmente necesaria a ese lado de las montañas. No hacía un frío helador por la

noche, así que el calor dentro de la tienda resultaba agobiante en lugar de reconfortante. Y había agua de sobra para bañarse… No. Apretó los dientes, resuelta.

—¿Puedo decir algo?

—No seas tonta, muchacha —respondió Melaine. El vientre hinchado de la mujer revelaba que el embarazo estaba a punto de llegar a término—. Ahora eres una de nosotras, no tienes que pedir permiso.

¿Muchacha? Les costaría tiempo verla como una de ellas, pero al menos hacían un esfuerzo. Nadie le mandaba que preparara té o que echara agua al hervidor. Sin una aprendiza o un *gai'shain* a mano, se turnaban para hacer esas tareas.

—Me preocupa menos que la visión se repita que lo que me ha sido mostrado —dijo Aviendha—. ¿Llegará a suceder? ¿Podemos impedirlo?

—Rhuidean muestra dos clases de visiones —intervino Kymer. Era una mujer más joven, quizás algo menos de una década mayor que Aviendha; el cabello, de un color rojo intenso, le enmarcaba la cara curtida y alargada—. La primera visita es lo que podría ser. La segunda, a las columnas, lo que ha sido.

—Esa tercera visión podría ser cualquiera de las dos —opinó Amys—. Las columnas siempre muestran el pasado con exactitud. ¿Por qué no iban a mostrar el futuro con igual precisión?

El corazón le dio un vuelco a Aviendha.

—Pero ¿por qué las columnas mostrarían un futuro desolador que no se puede cambiar? —objetó Bair—. No. Me niego a creer tal cosa. Rhuidean siempre nos ha mostrado lo que necesitábamos ver. Para ayudarnos, no para destruirnos. Esta visión también ha de tener un propósito. ¿Impulsarnos hacia un mayor honor?

—Carece de importancia —manifestó Sorilea con voz cortante.

—Pero… —empezó Aviendha.

—Carece de importancia —repitió la anciana Sabia—. Si esa visión fuera inmutable, si nuestro destino fuera… extinguirnos, como nos has contado, ¿alguna de nosotras dejaría de luchar para cambiarlo?

La tienda se quedó en silencio. Aviendha sacudió la cabeza.

—Debemos afrontarlo como si se pudiera cambiar —añadió Sorilea—. Es mejor que no hablemos más de ello ni le demos más vueltas a tu pregunta, Aviendha.

Aviendha se encontró asintiendo con la cabeza.

—Yo… Sí, sí, tienes razón, Sabia.

—¿Y qué hacemos? —insistió Kymer—. ¿Qué cambiamos? De momento, hay que ganar la Última Batalla.

—Casi querría que la visión fuera inmutable, porque al menos probaría que salimos victoriosos de esta lucha —manifestó Amys.

—No probaría nada —la contradijo Sorilea—. La victoria del Cegador de la Vista rompería el Entramado y, por lo tanto, ninguna visión del futuro sería de fiar ni podría

darse por cierta. Incluso con profecías de lo que podría acontecer en eras venideras, si el Cegador de la Vista gana esta batalla todo se convertirá en nada.

—Esta visión que tuve está relacionada con lo que quiera que Rand planea hacer —apuntó Aviendha.

Las otras se volvieron hacia ella.

—Por lo que me habéis contado, mañana piensa hacer una revelación importante —añadió.

—El *Car'a'carn* tiene… afición a hacer comparecencias sensacionales —dijo Bair en tono cariñoso—. Es como un *crocobur* que trabaja afanoso durante toda la noche haciendo un nido para poder cantar por la mañana alabanzas a su obra a todo aquel que quiera escucharlo.

Aviendha se había sorprendido al enterarse de la asamblea en Merrilor, cosa que había descubierto porque había utilizado su vínculo con Rand al'Thor para determinar dónde se hallaba. Al llegar allí y encontrar a tanta gente junta, reunidas las fuerzas de las tierras húmedas, se preguntó si eso era parte de lo que había visto. ¿Era esa concurrencia el comienzo de lo que llegaría a ser su visión?

—Me siento como si supiera más de lo que debería saber. —Habló casi como si fuera para sí misma.

—Has tenido un atisbo insondable de lo que quizá nos guarda el futuro —sentenció Kymer— Te cambiará, Aviendha.

—Mañana es un día clave —dijo la joven Sabia—. Por su plan.

—Por lo que has dicho, da la impresión de que se propone no tener en cuenta a los Aiel, su propio pueblo. ¿Por qué daría ventajas a todos los demás, pero no a quienes más se lo merecen? ¿Es que quiere insultarnos?

—No creo que sea ésa la razón —contestó Aviendha—. Creo que su intención es hacer requerimientos a quienes asisten a la asamblea, no concederles prebendas.

—Mencionó un precio —apuntó Bair—. Un precio que los otros tenían que pagar. Nadie ha conseguido sonsacarle nada sobre ese precio.

—Viajó a Tear por un acceso a última hora de la tarde y regresó con algo —comentó Melaine—. Nos informaron las Doncellas. Ahora cumple su juramento de llevarlas con él. Cuando le preguntamos respecto a lo de su precio, dijo que es algo por lo que los Aiel no deben preocuparse.

—¿Dices que está haciendo que los hombres le paguen para que haga lo que todos sabemos que debe hacer? —Aviendha frunció el entrecejo. —Quizás ha pasado demasiado tiempo con esa acompañante que le mandaron los Marinos.

—No, ahí tiene razón —dijo Amys—. Esa gente le exige mucho al *Car'a'carn*, así que está en su derecho de exigirles algo a ellos a cambio. Son unos blandos; quizá su intención es endurecerlos.

—Así que nos deja fuera a nosotros porque sabe que ya somos duros —musitó

Bair.

El silencio se hizo de nuevo en la tienda. Amys, con aire preocupado, mojó un poco las piedras calientes. El agua siseó a la par que salía vapor.

—Eso es —convino Sorilea—. No es que quiera insultarnos. A mi entender, lo que intenta es darnos honor. —Sacudió la cabeza—. A estas alturas, debería tener mejor criterio en cuanto a su pueblo.

—A menudo el *Car'a'carn* ofende sin querer, como si fuera un niño. Somos fuertes, así que su requerimiento, sea cual sea, no importa. Si es un precio que los otros pueden pagar, también nosotros podemos.

—No cometería esos errores si hubiera sido instruido en nuestras costumbres como es debido —murmuró Sorilea.

Aviendha les sostuvo la mirada con tranquilidad. No, ella no lo había instruido todo lo bien que podría haberlo hecho, pero sabían que Rand al'Thor era obstinado. Además, ahora ella era su igual. No obstante, no le resultaba fácil sentirse así teniendo enfrente el rostro de Sorilea, con los labios apretados en un gesto de desaprobación.

Tal vez había pasado demasiado tiempo con habitantes de las tierras húmedas —Elayne, por ejemplo—, pero de repente vio las cosas como Rand debía de verlas. Dar a los Aiel una exención de su precio, si en realidad era ésa su intención, era un acto de honor. Si les hubiera hecho un requerimiento como a los demás, estas mismas Sabias podrían haberse ofendido por meterlos en el mismo saco que a los habitantes de las tierras húmedas.

¿Qué estaba planeando? Había vislumbrado atisbos sobre eso en las visiones, pero cada vez estaba más segura de que al día siguiente los Aiel iniciarían la andadura por el camino que los conduciría a su perdición.

Tenía que evitar que tal cosa ocurriera. Ésa era su primera tarea como Sabia y probablemente se trataría de la más importante que le sería encomendada. No fracasaría.

—Su cometido no era sólo instruirlo —intervino Amys—. Lo que yo habría dado por saber que se encontraba a salvo bajo la vigilante mirada de una buena mujer. —Miró a Aviendha con una expresión cargada de significado.

—Será mío —afirmó Aviendha con firmeza.

«Pero no para ti, Amys, ni para nuestro pueblo». Fue una conmoción para ella ser consciente de la fuerza de ese sentimiento dentro de sí. Era Aiel. Su pueblo lo era todo para ella.

Pero esa elección no era de ellos. Era suya.

—Te prevengo, Aviendha —dijo Bair mientras apoyaba una mano en su muñeca—. Él ha cambiado en el tiempo que has estado ausente. Se ha hecho más fuerte.

—¿En qué sentido? —quiso saber, fruncido el entrecejo.

—Ha abrazado a la muerte —manifestó Amys en un tono enorgullecido—. Puede que aún lleve una espada y vista ropas de un habitante de las tierras húmedas, pero ahora es nuestro, por fin y realmente lo es.

—Eso tengo que verlo. —Aviendha se puso de pie—. Descubriré todo —lo posible respecto a sus planes.

—El tiempo apremia —advirtió Kymer.

—Queda una noche —respondió Aviendha—. Será suficiente.

Las otras asintieron con la cabeza y ella empezó a vestirse. De forma inesperada, las cinco se unieron a ella para vestirse también. Por lo visto consideraban sus noticias lo bastante importantes para ir a compartirlas con las otras Sabias, en lugar de seguir sentadas conferenciando.

Aviendha fue la primera en salir a la noche; el aire frío, tras el calor sofocante de la tienda de vapor, le produjo una sensación agradable en la piel. Inhaló hondo. Tenía la mente cargada por la fatiga, pero dormir tendría que esperar.

Los faldones de la entrada a la tienda susurraron al salir las otras Sabias; Melaine y Amys hablaban en voz queda entre ellas mientras se alejaban en la noche. Kymer se encaminó con paso decidido hacia el sector Tomanelle del campamento. Quizás hablaría con su padre segundo, Han, el jefe Tomanelle. Quizá.

Aviendha echó a andar también, pero una mano huesuda la sujetó por el brazo. Miró hacia atrás y vio a Bair, que estaba a su espalda, de nuevo vestida con la blusa y la falda.

—Sabia —dijo Aviendha, en una reacción refleja.

—Sabia —contestó Bair con una sonrisa.

—¿Puedo ayudarte en…?

—Voy a ir a Rhuidean —anunció Bair con la vista alzada hacia el cielo—. ¿Te importaría abrirme un acceso allí?

—Vas a pasar a través de las columnas.

—Una de nosotras debe hacerlo. A pesar de lo que diga Amys, Elenar no está preparada, sobre todo para ver algo… de esa naturaleza. Esa chica se pasa la mitad del día graznando como un buitre sobre el último despojo de un cadáver putrefacto.

—Pero…

—Oh, no empieces tú también. Ahora eres una de nosotras, Aviendha, pero todavía soy lo bastante mayor para haber cuidado de tu abuela cuando era una niña. —Bair sacudió la cabeza; el cabello blanco casi parecía brillar con la tenue luz de luna que llegaba hasta ellas—. Soy la más indicada para ir allí —continuó—. Las encauzadoras deben reservarse para la batalla inminente. No voy a permitir que una niña se meta ahora entre esas columnas. Lo haré yo. Bien, ¿qué pasa con ese acceso? ¿Me concederás lo que te pido o tendré que intimidar a Amys para que lo haga?

A Aviendha le habría gustado ver a cualquiera intimidar a Amys para forzarla a

hacer algo. A lo mejor Sorilea era capaz de conseguirlo. Sin embargo, no dijo nada y creó el tejido pertinente para abrir un acceso.

La idea de que otra persona viera lo mismo que había visto ella le revolvía el estómago. ¿Qué significaría que Bair regresara contando la misma visión? ¿Indicaría que era el futuro más probable que les aguardaba?

—De modo que era así de terrible, ¿eh? —preguntó la anciana Sabia con voz queda.

—Horrible, sí. Habría hecho llorar a las lanzas y que las piedras se desmenuzaran, Bair. Antes habría preferido bailar con el mismísimo Cegador de la Vista.

—Entonces, es mucho mejor que vaya yo en lugar de otra. Ha de ser la más fuerte de nosotras quien lo haga.

Aviendha tuvo que reprimirse para no enarcar una ceja. Bair era resistente como un buen cuero, pero las otras Sabias no eran exactamente pétalos de rosa.

—Bair, ¿alguna vez te has topado con una mujer llamada Nakomi? —se le ocurrió preguntar al recordar de repente el encuentro.

—Nakomi. —Bair lo pronunció como si lo saboreara—. Un nombre antiguo. No conozco a nadie que se llame así. ¿Por qué?

—Conocí a una mujer Aiel cuando viajaba hacia Rhuidean —explicó Aviendha —. Aseguró que no era una Sabia, pero había algo en ella que… —Sacudió la cabeza —. No importa, era simple curiosidad.

—Bien, veremos cuánto hay de cierto en esas visiones —dijo Bair, que dio un paso hacia el acceso.

—¿Y si son verdad, Bair? —se sorprendió preguntando Aviendha—. ¿Y si no podemos hacer nada al respecto?

Bair se volvió hacia ella.

—¿Dijiste que habías visto a tus hijos? —inquirió.

Aviendha asintió con un cabeceo. No había hablado en detalle de esa parte de la visión. Le parecía algo más personal.

—Cambia uno de sus nombres —aconsejó Bair—. No menciones nunca el nombre que esa criatura tenía en la visión, ni siquiera a nosotras. Y entonces lo sabrás. Si algo es diferente, también pueden serlo otras cosas. Lo serán. Ése no es nuestro sino, Aviendha. Es un camino que debemos evitar. Juntas.

Aviendha asintió de nuevo en silencio. Sí. Un simple cambio, uno pequeño, pero lleno de significado.

—Gracias, Bair.

La anciana Sabia se despidió con un gesto de la cabeza y después cruzó el acceso y corrió en la noche hacia la ciudad que había un poco más allá.

Talmanes metió el hombro para cargar contra un enorme trolloc con cara de jabalí

y que iba protegido con una tosca cota de malla. La bestia olía mal, como a humo y a piel húmeda, sudor y suciedad. Gruñó ante la fuerza del ataque de Talmanes; esos seres siempre parecían sorprendidos cuando los atacaba.

Talmanes tiró hacia atrás y sacó violentamente la espada del costado de la bestia mientras ésta se desplomaba. A continuación se lanzó hacia adelante y le hundió la espada en la garganta sin hacer caso de las fuertes uñas que le arañaban las piernas. La vida se apagó en aquellos ojos pequeños y brillantes como cuentas; y demasiado humanos.

Los hombres luchaban, gritaban, gruñían, mataban. La calle subía en una pronunciada pendiente hacia el palacio. Las hordas trollocs se habían atrincherado allí y defendían la posición impidiendo el avance de la Compañía hacia su meta.

Talmanes flaqueó y se apoyó, ladeado, en la pared de un edificio; la casa de al lado ardía en llamas e iluminaba la calle con colores intensos y a él lo bañaba con el calor. Pero el fuego parecía frío comparado con el abrasador y horrible dolor de la herida. Esa sensación candente le bajaba por la pierna hasta el pie y empezaba a abrirse paso a través del hombro.

«Rayos y centellas —pensó—. Lo que daría por otras cuantas horas con mi pipa y mi libro, solo y en paz». Los que hablaban de una muerte gloriosa en batalla eran unos jodidos idiotas. No había nada de glorioso en morir en ese caos de fuego y sangre. Puesto a elegir, que le dieran una muerte tranquila, un día cualquiera.

Talmanes se obligó a enderezarse y a sostenerse en pie; el sudor le resbalaba por la cara. Los trollocs se agrupaban a la zaga de la posición de los hombres de la Compañía. Habían cortado la calle detrás de ellos, pero aún era posible seguir avanzando, abriéndose paso entre los trollocs que tenían delante.

Sería difícil llevar a cabo la retirada. Además de esa calle llena de trollocs, la lucha en la ciudad significaba que los monstruos podían zigzaguear por otras calles en grupos pequeños y atacarlos por los flancos mientras avanzaban; y asimismo después, cuando retrocedieran.

—¡Lanzad contra ellos cuanto tengáis, soldados! —bramó al tiempo que se impulsaba calle arriba hacia los trollocs que les cerraban el paso.

El palacio ya estaba muy cerca. Paró con su escudo la espada de un trolloc con cabeza de carnero antes de que la bestia tuviera oportunidad de descabezar a Dennel. Intentó empujar hacia atrás el arma del ser, pero, ¡luz!, qué fuertes eran los trollocs. Talmanes apenas logró impedir que ése lo derribara en el suelo mientras Dennel se recuperaba y atacaba, abatiendo a la bestia al herirla en los muslos.

Melten se situó al lado de Talmanes. El fronterizo cumplía su palabra de mantenerse cerca, en caso de que necesitara una espada para acabar con su vida. Los dos encabezaron la acometida colina arriba. Los trollocs empezaron a ceder terreno y luego se recuperaron y formaron un hacinado y rugiente montón de pieles oscuras,

ojos y armas a la luz del fuego.

Había tantos… Talmanes contaba con poco más de quinientos soldados, ya que había tenido que dejar atrás hombres para defender la puerta para una retirada.

—¡Aguantad! —gritó—. ¡Por lord Mat y la Compañía de la Mano Roja!

Si Mat estuviera allí, probablemente juraría y maldeciría un montón, protestaría otro tanto y luego procedería a salvarlos a todos con alguna estrategia milagrosa. Talmanes era incapaz de reproducir esa mezcla de locura e inspiración de Mat, pero su grito de ánimo pareció enardecer a los hombres. Las filas se reforzaron. Gavid situó en formación a sus dos docenas de ballesteros —los últimos que Talmanes tenía con él— en lo alto de un edificio que no se había prendido fuego. Empezaron a descargar andanada tras andanada de virotes sobre los trollocs.

Eso podría haber destrozado a enemigos humanos, pero no a esos seres. Los virotes derribaron unos cuantos, pero no tantos como Talmanes había esperado.

«Ahí detrás hay otro Fado —pensó el noble—. Azuzándolos para que sigan. Luz, no puedo enfrentarme a otro. ¡No debería haber luchado con ese con el que me enzarcé!»

No tendría que estar de pie. Ya no quedaba brandy en la petaca de Melten, agotado hacía ya mucho para aliviar el dolor en lo posible. Tenía la mente todo lo confusa que podía permitirse. Se reunió con Dennel y Londraed al frente de las tropas, luchando, concentrándose. Derramando sangre trolloc, que corría colina abajo por los adoquines de la calle.

La Compañía oponía resistencia y luchaba bien, pero el enorme contingente enemigo superaba en número a los hombres, que, además, estaban exhaustos. Allá abajo, otro pelotón trolloc se unió a los que ya había en la calle, detrás de ellos.

Se acabó. Tendría que cargar contra la fuerza que tenían en retaguardia —dándole la espalda a la otra que había al frente— o tendría que dividir a sus hombres en unidades más pequeñas y enviarlos en retirada por las calles laterales para reagruparse en la puerta de abajo.

Talmanes se dispuso a impartir órdenes.

—¡Adelante el León Blanco! —gritaron unas voces—. ¡Por Andor y por la reina!

Talmanes giró sobre sus talones mientras hombres de blanco y rojo cargaban contra las líneas trollocs situadas en lo alto de la colina. Una segunda fuerza de piqueros andoreños irrumpió por un callejón lateral situado detrás de la horda de trollocs que acababa de rodear a la Compañía. El pelotón trolloc se rompió ante los piqueros que se les venían encima y, en cuestión de segundos, toda la aglomeración de monstruos reventó —como una ampolla llena de pus— con los trollocs desparramados en todas direcciones.

Talmanes se tambaleó y trompicó hacia atrás. De momento, lo único que podía hacer era apoyarse en la espada mientras Madwin capitaneaba el contraataque y sus

hombres mataban a muchos de los trollocs que huían.

Un grupo de oficiales, con los uniformes de la Guardia Real llenos de sangre, descendía a toda velocidad por la colina; su aspecto no era mucho mejor que el de los hombres de la Compañía. Guybon los dirigía.

—Mercenario, os doy las gracias por venir —le dijo a Talmanes.

El noble frunció el entrecejo.

—Os comportáis como si os hubiésemos salvado. Desde mi perspectiva, ha ocurrido al revés.

Guybon torció el gesto a la luz del fuego.

—Nos disteis un respiro. Esos trollocs estaban atacando las puertas de palacio. Mis disculpas por tardar tanto en llegar hasta aquí… Al principio no nos dimos cuenta de qué los había atraído en esta dirección.

—Luz. ¿El palacio aún resiste?

—Sí. Pero está hasta los topes de refugiados.

—¿Y qué pasa con las encauzadoras? —preguntó, esperanzado, Talmanes—. ¿Por qué no ha regresado con la reina el ejército andoreño?

—Amigos Siniestros —contestó Guybon, ceñudo—. Su Majestad se llevó a casi todas las Allegadas, o las más fuertes, al menos. Dejó a cuatro con suficiente poder para abrir un acceso entre todas, pero hubo un ataque y un asesino mató a dos de ellas antes de que las otras pudieran impedirlo. Solas, las dos no tienen fuerza suficiente para abrirlo y mandar a alguien en busca de ayuda. Están utilizando su fuerza para Curar.

—Rayos y centellas —dijo Talmanes, aunque sintió un asomo de esperanza mientras hablaba. Quizás esas mujeres no tenían capacidad para abrir un acceso, pero tal vez podrían Curar su herida—. Deberíais sacar a los refugiados de la ciudad, Guybon. Mis hombres están defendiendo la puerta sur.

—Excelente. —Guybon se irguió—. Pero vos tendréis que conducirlos. Yo he de defender el palacio.

Talmanes lo miró y enarcó una ceja; él no recibía órdenes suyas. La Compañía tenía su propia estructura de mando, y sólo rendía cuentas a la reina. Mat había dejado eso claro cuando aceptó el contrato.

Por desgracia, Guybon tampoco estaba a sus órdenes. Talmanes hizo una profunda respiración, pero se tambaleó, mareado. Melten lo asió por el brazo para que no se desplomara.

Luz, cómo dolía. ¿Es que el costado no podía hacer lo que correspondía y quedarse insensibilizado? Qué puñetas. Tenía que llegar hasta esas Allegadas.

—¿Y esas mujeres que pueden Curar? —preguntó, esperanzado.

—Ya mandé a buscarlas en el momento en que vi esta fuerza aquí —dijo Guybon.

Bueno, pues ya era algo.

—Mi intención es permanecer aquí —advirtió el oficial—. No abandonaré este puesto.

—Pero ¿por qué, hombre? ¡La ciudad está perdida!

—La reina nos ordenó que enviáramos informes por los accesos con regularidad —explicó Guybon—. Llegará un momento en que se extrañará de que no hayamos enviado un mensajero. Mandará a una encauzadora para ver por qué no hemos informado, y esa persona llegará a la zona de Viaje de palacio. Es…

—¡Milord! —llamó una voz—. ¡Milord Talmanes!

Guybon enmudeció y Talmanes se volvió y vio a Filger —uno de los exploradores— subiendo con trabajo la ensangrentada pendiente de la calle hacia él. Filger era un hombre delgado, de cabello ralo y barba de dos días. Su llegada llenó de pavor a Talmanes. Filger era uno de los que había dejado protegiendo la puerta de abajo.

—Milord —jadeó el explorador—, los trollocs han tomado las murallas de la ciudad. Atestan los baluartes y disparan flechas o lanzas a cualquiera que se acerque demasiado. El teniente Sandip me ha enviado a informarle.

—¡Maldita sea! ¿Qué ha pasado con la puerta?

—Aguantamos —dijo Filger—. De momento.

Talmanes se volvió hacia el capitán andoreño.

—Guybon, tened un poco de compasión, hombre. Alguien ha de defender esa puerta. Por favor, sacad a los refugiados y reforzad a mis hombres. Esa puerta será el único camino de retirada desde la ciudad.

—Pero la mensajera de la reina…

—La reina se imaginará lo que ha pasado una vez que decida echar un vistazo aquí, puñetas. ¡Mirad a vuestro alrededor! Intentar defender el palacio es una locura. Aquí ya no tenéis una ciudad, sino una pira.

El conflicto interno del capitán se reflejaba en su rostro, con los labios apretados en una fina línea.

—Sabéis que tengo razón —insistió Talmanes, con el rostro crispado por el dolor—. Lo mejor que podéis hacer es reforzar a mis hombres en la puerta sur y mantenerla abierta para que escapen todos los refugiados que puedan llegar hasta allí.

—Quizá. Pero ¿dejar que el palacio arda?

—Podéis hacer que sirva para algo —sugirió Talmanes—. ¿Y si dejáis algunos soldados que combatan en palacio? Que contengan a los trollocs todo el tiempo que sea posible. Eso apartará a esas bestias de la gente que escape por esta calle. Cuando ya les sea imposible aguantar más, vuestros soldados podrán huir por los jardines de palacio en el lado opuesto y que luego vayan hacia la puerta sur dando un rodeo.

—Es un buen plan —admitió Guybon a regañadientes—. Haré lo que me sugerís, pero ¿qué haréis vos?

—Tengo que llegar hasta los dragones. No podemos permitir que caigan en poder de la Sombra. Se hallan en un almacén cerca del perímetro de la Ciudad Interior. La reina quería tenerlos fuera del alcance de la vista de cualquiera, lejos de las bandas mercenarias del exterior. He de encontrarlos. Si es posible, recobrarlos. Si no, destruirlos.

—Muy bien. —Guybon se dio la vuelta con gesto frustrado a medida que aceptaba lo inevitable—. Mis hombres harán lo que sugerís; la mitad conducirá afuera a los refugiados, y después ayudarán a vuestros soldados a defender la puerta sur. La otra mitad defenderá el palacio un rato más y después se retirará. Pero yo voy con vos.

—¿De verdad necesitamos tantas lámparas aquí? —demandó la Aes Sedai desde su banqueta situada en la parte trasera de la estancia, aunque hablaba como si estuviera en un trono—. Pensad en el aceite que estáis malgastando.

—Necesitamos las lámparas —gruñó Androl.

La lluvia nocturna golpeaba en los cristales de la ventana, pero él hizo caso omiso e intentó centrarse en el cuero que estaba cosiendo. Sería una silla de montar. De momento, trabajaba en la cincha que ceñiría el vientre del caballo.

Abrió una doble fila de agujeros en el cuero y dejó que la rutina del trabajo lo tranquilizara. El cincel para cuero que usaba hacía agujeros en forma de rombo; podría utilizar el mazo para ir más deprisa, pero en ese momento le apetecía notar la sensación de abrir los agujeros presionando, en lugar de golpear.

Calculó las posiciones de las siguientes puntadas con el rodillo marcador y después se puso a abrir otro agujero. Con ese tipo de agujeros había que alinear los lados de los rombos entre sí para que, de ese modo, cuando el cuero tirara no lo hiciera en los ángulos. Unas puntadas bien hechas ayudarían a conservar la silla en buen estado durante años. Las filas tenían que estar lo bastante juntas para actuar como refuerzo unas de otras, pero no tanto como para correr el peligro de rasgar el cuero entre ellas. Escalonar los agujeros a intervalos regulares evitaba eso.

Pequeñas cosas. Uno tenía que asegurarse de hacer bien las cosas pequeñas, y…

Los dedos le resbalaron y abrió un agujero con la figura de rombo apuntando al lado equivocado. El movimiento provocó que dos de los agujeros se rasgaran entre sí.

Fue tal la frustración de Androl que faltó poco para que arrojara el trabajo al otro extremo de la habitación. ¡Ya era la quinta vez que ocurría lo mismo esa noche!

«Luz —pensó mientras plantaba las manos en la mesa con fuerza—. ¿Por qué pierdo el control con tanta facilidad?»

Por desgracia, responder a esa pregunta era fácil. «La Torre Negra, por eso estoy así». Se sentía como un *nachi* de múltiples patas que se queda atrapado en una poza de mareas, ahora seca, y espera que el agua regrese mientras observa con impotencia

a un grupo de niños que baja hacia la playa con cubos y recoge en el camino cualquier cosa que parezca apetitosa…

Inhaló y exhaló despacio, tras lo cual recogió el trozo de cuero. Iba a ser el trabajo más chapucero que había hecho en años. Pero lo terminaría. Dejar algo sin acabar era casi tan malo como meter la pata con los detalles.

—Qué curioso —comentó la Aes Sedai.

Se llamaba Pevara y pertenecía al Ajah Rojo. Notaba los ojos de la mujer clavados en la espalda.

Una Roja, nada menos. En fin, las travesías de destinos habituales solían dar extraños compañeros de a bordo, como rezaba el dicho teariano. Quizá sería más acertado lo que decía el proverbio saldaenino: «Si la espada de otro está en el cuello de tu enemigo, no pierdas tiempo recordando cuando la tenía en el tuyo».

—Entonces, estabais contándome cosas de vuestra vida antes de venir a la Torre Negra, ¿no? —dijo Pevara.

—No creo que estuviera haciendo tal cosa —contestó Androl mientras empezaba a coser—. ¿Por qué? ¿Qué queréis saber?

—Es simple curiosidad. ¿Fuisteis uno de los que vinieron por propia voluntad para someterse a la prueba o fuisteis de los que encontraron ellos durante una salida para cazar?

—Vine por mi cuenta. —Tiró de un hilo para apretarlo—. Como creo que Evin ya os dijo ayer, cuando le preguntasteis sobre mí.

—Mmmmm. Me estáis vigilando, por lo que veo.

Bajando la pieza de cuero, Androl miró a la mujer.

—¿Eso es algo que os enseñan? —preguntó.

—¿El qué? —preguntó ella a su vez con aire inocente.

—Darle la vuelta a una conversación. Estáis ahí sentada, acusándome prácticamente de espiaros, cuando sois vos la que interroga a mis amigos sobre mí.

—Quiero saber qué recursos tengo.

—Queréis saber por qué un hombre elegiría venir a la Torre Negra. Para aprender a encauzar el Poder Único.

Ella no respondió. Androl se percató de que estaba decidiendo cómo responder para no quebrantar los Tres Juramentos. Hablar con una Aes Sedai era como intentar seguir a una serpiente verde mientras se deslizaba por hierba húmeda.

—Sí —contestó ella por fin.

Androl parpadeó, sorprendido.

—Sí, quiero saberlo —continuó Pevara—. Somos aliados, sin que importe si nos gusta o no. Deseo saber con qué clase de persona me he metido en la cama. —Lo miró—. Hablando en sentido figurado, claro.

Androl respiró hondo para procurar no perder los nervios. Detestaba hablar con

Aes Sedai porque no dejaban de tergiversarlo todo. Eso, junto con la tensión de la noche y la incapacidad de conseguir que la elaboración de la silla de montar estuviera bien…

¡Mantendría la calma, así lo abrasara la Luz!

—Deberíamos hacer prácticas para formar un círculo —dijo Pevara—. Será una ventaja para nosotros, aunque sea pequeña, contra los hombres de Taim si vienen por nosotros.

Androl desechó de su mente el desagrado que despertaba la mujer en él —tenía otras cosas de las que preocuparse— y se obligó a pensar de manera objetiva.

—¿Un círculo? —preguntó.

—¿Sabéis lo que es?

—Me temo que no.

—A veces olvido cuán ignorantes sois todos…

La mujer frunció los labios e hizo una pausa, como si cayera en la cuenta de que había hablado demasiado.

—Todos los hombres lo somos, Aes Sedai. Los temas de nuestra ignorancia pueden cambiar, pero en la naturaleza del mundo está que ningún hombre puede saberlo todo.

Al parecer, tampoco ésa era la respuesta que la Aes Sedai esperaba. Los ojos, de expresión dura, lo estudiaron. No le gustaban los varones que podían encauzar —como a la mayoría de la gente— pero con ella era algo más. Se había pasado la vida dando caza a hombres como él.

—Un círculo —empezó Pevara— se crea cuando mujeres y hombres unen su fuerza en el Poder Único. Ha de hacerse de un modo específico.

—Entonces, el M'Hael debe de saberlo.

—Los hombres necesitan a las mujeres para formar un círculo —aclaró Pevara—. De hecho, un círculo ha de tener más mujeres que hombres, excepto en casos muy limitados. Un hombre y una mujer pueden coligarse, como también una mujer y dos hombres, y también dos mujeres y dos hombres. Así que el círculo mayor que nosotros podríamos formar sería el de tres, dos de vosotros y yo. Aun así, podría sernos útil.

—Os buscaré otros dos para que practiquéis con ellos —propuso Androl—. Entre los que gozan de mi confianza, yo diría que Nalaam es el más fuerte. Emarin también es muy poderoso, y no creo haya alcanzado aún la cota máxima de su poder. Pasa igual con Jonneth.

—¿Son los más fuertes? ¿Vos no? —preguntó Pevara.

—No —contestó mientras continuaba con el trabajo.

El golpeteo de la lluvia se reanudó y un viento frío se coló por debajo de la puerta. Una de las lámparas de la habitación apenas daba luz y dejaba entrar las

sombras. Androl observó la oscuridad, incómodo.

—Me cuesta trabajo creerlo, maese Androl —dijo Pevara—. Todos cuentan con vos y buscan vuestro consejo.

—Creedlo o no, Aes Sedai, como gustéis. Soy el más débil de todos ellos. Tal vez el más débil en toda la Torre Negra.

Eso la acalló, y Androl se levantó de la silla para echar más aceite a la lámpara que titilaba. Acababa de sentarse otra vez cuando un toque en la puerta anunció la entrada de Emarin y Canler. Ambos estaban mojados por la lluvia, y no podían ser más distintos. Uno, alto, refinado y prudente; el otro, arisco y propenso a la verbosidad. En algo habían encontrado puntos en común y parecían disfrutar de la compañía del otro.

—¿Y bien? —preguntó Androl.

—Podría funcionar —dijo Emarin mientras se quitaba el abrigo mojado y lo colgaba de una percha al lado de la puerta. Debajo vestía ropas bordadas al estilo teariano—. Necesitaríamos que fuera un fuerte aguacero. Los guardias vigilan atentamente.

—Me siento como un toro premiado en una feria —rezongó Canler, que tras colgar el abrigo soltó un poco de barro de las botas pateando el suelo—. A dondequiera que vayamos, los favoritos de Taim nos observan de reojo. Rayos y centellas, Androl. Lo saben. Saben que vamos a intentar la huida.

—¿Habéis encontrado algún punto débil? —se interesó Pevara, que se echó hacia adelante—. ¿Algún sitio donde la muralla esté menos vigilada?

—Parece que eso depende de los guardias elegidos, Pevara Sedai —contestó Emarin a la par que hacía una inclinación de cabeza.

—Mmmmm… Supongo que eso serviría. ¿He mencionado lo raro que me parece que el que me trata con más respeto de todos vosotros sea un teariano?

—Ser educado con una persona no denota que se la respete, Pevara Sedai —comentó Emarin—. Sólo denota una buena educación y un carácter equilibrado.

Androl sonrió. Emarin tenía un don especial para el insulto. La mitad de las veces, la persona no se imaginaba que se había mofado de ella hasta después de haberse separado.

Pevara frunció los labios.

—Bien, pues, estaremos atentos a la rotación de guardias. Cuando llegue la próxima tormenta, la aprovecharemos para escapar por encima del muro más próximo a los guardias que nos parezcan menos atentos.

Los dos hombres se volvieron hacia Androl, que se descubrió observando el rincón del cuarto donde daba la sombra de una mesa. ¿Estaba creciendo? ¿Se extendía hacia él…?

—No me gusta dejar hombres aquí —dijo, obligándose a apartar la vista del

rincón—. En la Torre Negra hay docenas y docenas de hombres y muchachos que aún no están bajo el control de Taim. Es imposible que los saquemos a todos sin llamar la atención. Si los dejamos atrás, corremos el riesgo de…

No fue capaz de decirlo. No sabía lo que estaba pasando; con certeza, no. La gente cambiaba. Aliados otrora de confianza se convertían en enemigos de la noche a la mañana. Parecían los mismos, pero diferentes al mismo tiempo. Diferentes en el fondo de los ojos. Androl se estremeció.

—Las mujeres que han enviado las Aes Sedai rebeldes aún están al otro lado de las puertas —dijo Pevara. Llevaban acampadas fuera un tiempo, afirmando que el Dragón Renacido les había prometido Guardianes. Taim aún no había dejado que entrara ninguna—. Si conseguimos llegar a ellas, podríamos asaltar la Torre y rescatar a los que hayan quedado dentro.

—¿De verdad sería tan fácil? —preguntó Emarin—. Taim tendría todo un pueblo de rehenes. Muchos de los hombres trajeron consigo a sus familias.

Canler asintió con la cabeza. La de él era una de esas familias. No dejaría a los suyos por las buenas.

—Además, ¿pensáis sinceramente que las Aes Sedai pueden ganar aquí? —inquirió con suavidad Androl, que se volvió en la banquera para mirar a Pevara.

—Muchas de ellas tienes décadas de experiencia, y algunas, siglos.

—¿Y cuánto tiempo de esas décadas y siglos han dedicado a luchar?

Pevara no respondió.

—Hay cientos de hombres capaces de encauzar aquí, Aes Sedai —prosiguió Androl—. Cada uno de ellos ha sido entrenado largo y tendido para ser un arma. No aprendemos cosas de política y de historia. No estudiamos cómo influir en las naciones. Aprendemos a matar. A cada hombre y muchacho que hay aquí se lo empuja hasta el límite de su capacidad, se lo fuerza a dar el máximo y a progresar. Acumular más poder. Destruir. Y un montón de ellos están locos. ¿Podéis vosotras, las Aes Sedai, combatir eso, sobre todo cuando cabe la posibilidad de que muchos de los hombres de nuestra confianza, los mismos que estamos intentando salvar, luchen al lado de los hombres de Taim si ven Aes Sedai que intentan invadir la Torre?

—Vuestros argumentos son dignos de tener en cuenta —dijo Pevara.

«Igual que una reina», pensó él, impresionado muy a su pesar por el aplomo de la mujer.

—Pero creo que hemos de enviar información fuera —continuó Pevara—. Puede que un asalto general sea imprudente, pero quedarnos sentados aquí hasta que nos hayan sometido a todos, de uno en uno…

—Me parece que sería aconsejable mandar a alguien —dijo Emarin—. Tenemos que prevenir al lord Dragón.

—El lord Dragón —repitió Canler con un resoplido desdeñoso, sentándose junto

a la pared—. Nos ha abandonado, Emarin. No somos nada para él. Se…

—El Dragón Renacido lleva en sus hombros la carga del mundo, Canler —dijo Androl con suavidad, atajando a Canler—. No sé por qué nos ha abandonado aquí, pero preferiría suponer que es porque cree que somos capaces de arreglárnoslas solos. —Androl toqueteó las tiras de cuero y luego se puso de pie—. Ha llegado el momento de que demostremos lo que valemos, la prueba de la Torre Negra. Si tenemos que correr hacia las Aes Sedai para protegernos de los nuestros, entonces nos sometemos a su autoridad. Si tenemos que correr hacia el lord Dragón, entonces no seremos nada una vez que él se vaya.

—Ahora ya no puede haber reconciliación con Taim —dijo Emarin—. Todos sabemos lo que está haciendo.

Androl no miró a Pevara. La mujer había explicado que sospechaba lo que estaba ocurriendo. Y, a despecho de los años de entrenamiento para controlar las emociones, había sido incapaz de disipar el miedo en la voz mientras hablaba de ello. Trece Myrddraal y trece encauzadoras, juntos en un rito aterrador, lograban poner al servicio de la Sombra a cualquier encauzador. En contra de su voluntad.

—Lo que hace es lisa y llanamente perverso —dijo Pevara—. Esto ya no es una división entre hombres que siguen a un líder y los que siguen a otro. Esto es obra del Oscuro, Androl. La Torre Negra ha caído bajo el poder de la Sombra. Tienes que aceptarlo.

—La Torre Negra es un sueño —contestó él, sosteniéndole la mirada a la Aes Sedai—. Un refugio para hombres con capacidad de encauzar, un lugar que nos pertenece, donde no tenemos que sentir miedo ni huir ni ser odiados. Eso no pienso entregárselo a Taim por las buenas. No renunciaré a ello.

El cuarto se quedó en silencio a excepción del repiqueteo de la lluvia en las ventanas. Emarin empezó a asentir con la cabeza, y Canler se puso de pie para tomar a Androl por el brazo.

—Tienes razón —convino Canler—. Así me abrase, pero tienes razón, Androl. Mas ¿qué podemos hacer? Somos débiles y nos superan en número.

—Emarin, ¿has oído hablar de la rebelión de Knoks? —preguntó Androl.

—Por supuesto. Provocó una gran agitación, incluso fuera de Murandy.

—Jodidos murandianos —espetó Canler—. Te robarán el abrigo que llevas puesto y te molerán a palos si no les ofreces que se queden también con los zapatos.

Emarin enarcó una ceja.

—Knoks estaba bastante lejos de Lugard, Canler —arguyó Androl—. Creo que descubrirías que esas gentes no son tan diferentes de los andoreños. La rebelión tuvo lugar hace unos… diez años.

—Un grupo de granjeros derrocó a su señor —explicó Emarin—. Se lo merecía, por todo lo que se cuenta de él. Desartin era una persona horrible, sobre todo con

quienes pertenecían a una clase social inferior a la suya. Disponía de una fuerza de soldados, una de las más grandes fuera de Lugard, y actuaba como si hubiese establecido un pequeño reino propio. El rey no podía hacer nada.

—¿Y Desartin fue derrocado? —pregunto Canler.

—Por hombres y mujeres normales que estaban hartos de su brutalidad —respondió Androl—. Al final, muchos de los mercenarios que habían sido sus compinches se pusieron de nuestra parte. Aunque parecía ser muy fuerte, su vileza lo condujo a la caída. La situación aquí parece mala, pero la mayoría de los hombres de Taim no le son leales. Los hombres como él no inspiran lealtad. Reúne compinches, otros que esperan compartir el poder o la riqueza. Nosotros podemos y lograremos encontrar un modo de derrocarlo.

Los otros asintieron con la cabeza, aunque Pevara se limitó a observarlo con los labios fruncidos. Androl no pudo evitar sentirse un poco estúpido; no creía que los demás debieran recurrir a él, en vez de consultar a alguien destacado, como Emarin, o poderoso, como Nalaam. Con el rabillo del ojo vio que las sombras de debajo de la mesa se alargaban hacia él. Apretó los dientes. No se atreverían a llevárselo con tanta gente a su alrededor, ¿verdad? Si las sombras iban a engullirlo, tendrían que esperar hasta que se encontrara solo, tratando de dormir.

Las noches lo aterrorizaban.

«Ahora vienen hasta cuando no abrazo el *Saidin* —pensó—. ¡Así me abrase, la Fuente quedó limpia!»

Aferró con todas sus fuerzas el asiento de la banqueta hasta que el terror cedió y las sombras se retiraron. Canler —que se mostraba inusualmente alegre— dijo que iba a buscar algo de beber. Se dirigió a la cocina; pero, como no era cuestión de hacer las cosas por su cuenta, vaciló.

—Supongo que tampoco me vendría mal un trago —admitió Pevara con un suspiro, y se reunió con él.

Androl se sentó y siguió con su trabajo. Mientras, Emarin acercó otra banqueta y se sentó a su lado. Lo hizo con tanta tranquilidad como si se limitara a buscar un buen sitio para relajarse y quisiera echar una ojeada por la ventana.

Sin embargo, Emarin no era de los que hacen cosas sin que lo movieran varios motivos.

—Combatiste en la rebelión de Knoks —apuntó con suavidad.

—¿He dicho yo eso? —Androl retomó su trabajo en la pieza de cuero.

—Dijiste que cuando los mercenarios cambiaron de bando combatieron con vosotros. Utilizaste la palabra «nosotros» para referirte a los rebeldes.

«Maldita sea. —Androl vaciló—. En verdad he de tener cuidado con —lo que digo o lo que hago». Si Emarin se había percatado de ello, también lo habría hecho Pevara.

—Sólo pasaba por allí —contestó— y me encontré metido en algo imprevisto.

—Tienes un pasado extraño y variado, amigo mío. Cuantas más cosas descubro, más curiosidad siento.

—Yo diría que no soy el único con un pasado interesante —dijo Androl con voz queda—. Lord Algarin de la Casa Pendaloan.

Emarin se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó.

—Fanshir tenía un libro sobre las familias nobles de Tear —repuso Androl, que se refería a uno de los soldados Asha'man que había sido un estudioso antes de ir a la Torre—. Incluía una anotación muy curiosa. Una casa con una historia de varones a los que aquejaba un problema innombrable; el más reciente había sido causa de vergüenza para la casa años atrás.

—Entiendo. En fin, supongo que el hecho de que sea un noble no cae muy de sorpresa.

—Uno que tiene experiencia con las Aes Sedai —continuó Androl— y que las trata con respeto, a pesar de lo que hicieron a su familia, o tal vez precisamente por ello. Y es nada menos que el que actúa así, ojo. Uno a quien no le importa servir a las órdenes de los que llamaríais chicos granjeros y que simpatiza con ciudadanos rebeldes. Si me lo permites, amigo mío, ésa no es una actitud corriente entre tus compatriotas. No me extrañaría nada que tú también tuvieras un pasado interesante.

—Estás en lo cierto, lo reconozco. —Emarin sonrió—. Serías magnífico en el Juego de las Casas, Androl.

—Lo dudo —negó Androl, que torció el gesto—. La última vez que probé a hacerlo, casi… —Enmudeció.

—¿Qué?

—Prefiero no decirlo. —Androl había enrojecido. No iba a explicar— ese periodo de su vida. «Luz, si sigo así la gente pensará que soy un cuentista, como Nalaam».

Emarin se volvió hacia la ventana para contemplar la lluvia que golpeaba el cristal.

—El éxito de la rebelión de Knoks duró poco tiempo, si no recuerdo mal. Al cabo de dos años la línea familiar del noble se había restablecido y los disidentes fueron expulsados o ejecutados.

—Sí —confirmó Androl en voz queda.

—Así que más vale que aquí hagamos un trabajo mejor —comentó Emarin—. Soy tu hombre, Androl. Todos lo somos.

—No. Somos los hombres de la Torre Negra. Os lideraré, si es preciso, pero esto no es por mí ni por ti ni por cualquiera de nosotros como individuo. Sólo estaré al frente hasta que Logain regrese.

«Si es que regresa —pensó—. Los accesos a la Torre Negra ya no funcionan.

¿Estará intentando volver y se ha encontrado con que le es imposible entrar?»

—Muy bien. ¿Qué hacemos? —preguntó Emarin.

Fuera retumbó un trueno.

—A ver, déjame pensar. —Androl recogió la pieza de cuero y las herramientas—. Dame una hora.

—Lo siento —le dijo en voz queda Jesamyn a Talmanes—. No puedo hacer nada. Esta herida sobrepasa con creces mis conocimientos.

Talmanes asintió con la cabeza mientras volvía a colocarse el vendaje. La piel a todo lo largo del costado se había puesto negra, como si hubiese sufrido una terrible congelación.

La Allegada lo miró con el entrecejo fruncido. Era una mujer de cabello rubio y aspecto joven, aunque con las encauzadoras lo de calcular la edad podía resultar muy engañoso.

—Me sorprende que aún podáis caminar —le dijo ella.

—No sé si a esto se lo puede llamar caminar —contestó Talmanes mientras regresaba renqueando hacia donde estaban los soldados.

Todavía era capaz de moverse sin ayuda la mayor parte del tiempo, cojeando, pero los lapsos de desmayo ahora eran más frecuentes.

Guybon discutía con Dennel, que seguía señalando el mapa y gesticulando. Había una neblina de humo tan densa en el aire que muchos de los hombres se habían atado pañuelos en la cara para taparse la nariz. Parecían una banda de puñeteros Aiel.

—… hasta los trollocs están retirándose de esa barriada —insistió Guybon—. Hay demasiado fuego.

—Los trollocs se están retirando hacia las murallas por toda la ciudad —replicó Dennel—. Van a dejar que la ciudad arda toda la noche. El único sector que no está en llamas es donde se encuentra la puerta de los Atajos. Allí han derribado todos los edificios para crear un cortafuego.

—Utilizaron el Poder Único —dijo Jesamyn a la espalda de Talmanes—. Lo percibí. Hermanas Negras. Yo sugeriría no ir en esa dirección.

Jesamyn era la única Allegada que quedaba; las otras habían caído. Jesamyn no tenía suficiente fuerza en el Poder para abrir un acceso, pero eso no significaba que no fuese útil. Talmanes había visto cómo quemaba a seis trollocs que habían abierto una brecha en sus líneas.

Se había pasado sentado durante esa escaramuza, superado por el dolor. Por suerte, Jesamyn le había dado unas hierbas para masticar. La medicina le había hecho sentirse más confuso, pero el dolor se hizo más controlable. Era como si su cuerpo estuviera atrapado en un torno y lo estuvieran aplastando poco a poco, pero al menos podía sostenerse de pie.

—Tomaremos la ruta más rápida —dijo Talmanes—. La barriada que no está en llamas se encuentra muy cerca de los dragones, demasiado; no voy a correr el riesgo de que los Engendros de la Sombra descubran a Aludra y sus armas.

«Eso, si es que no las han descubierto ya», añadió para sus adentros.

Guybon le asestó una mirada furiosa, pero la operación era de la Compañía. El capitán de la guardia andoreña era bienvenido, pero no formaba parte de la estructura de mando.

La fuerza de Talmanes continuó a través de la oscura ciudad, todos atentos a posibles emboscadas. Aunque sabían más o menos la ubicación del almacén, llegar a él era problemático. Muchas calles grandes estaban bloqueadas con los escombros, el fuego o el enemigo. Sus soldados tenían que avanzar a paso de tortuga a través de callejones y callejas tan serpenteantes que incluso Guybon y los otros hombres de Caemlyn tenían dificultad para no desviarse de la dirección hacia donde querían ir.

Su ruta pasó bordeando una parte de la ciudad que ardía con un fuego tan abrasador que probablemente estaba derritiendo los adoquines. Talmanes contempló aquellas llamas hasta que los ojos se le secaron y después condujo a sus hombres dando rodeos más amplios.

Poco a poco, se aproximaron al almacén de Aludra. Dos veces toparon con trollocs que merodeaban en busca de refugiados para matarlos. Acabaron con ellos cuando los ballesteros que quedaban cayeron sobre uno y otro grupo antes de que las bestias tuvieran ocasión de responder.

Talmanes se quedó de pie para observar, pero dudaba que fuera capaz de seguir luchando. Esa herida lo había debilitado demasiado. Luz, ¿por qué habría dejado su caballo atrás? Qué equivocación. En fin, los trollocs lo habrían espantado, de todos modos.

«Mis ideas empiezan a dar vueltas sobre lo mismo. —Señaló con la espada hacia un callejón que cruzaba la calle. Los exploradores corrieron con premura hacia allí y miraron en una y otra dirección antes de hacer la señal de vía libre—. Casi no puedo pensar. Ya falta poco para que la oscuridad me lleve».

Antes se ocuparía de proteger los dragones. Tenía que hacerlo.

A trompicones, Talmanes salió del callejón a una calle que le resultaba familiar. Se encontraban cerca. Las construcciones ardían a un lado de la calle, y las estatuas semejaban pobres almas atrapadas en llamas. El fuego rugía a su alrededor y el blanco mármol se iba ennegreciendo poco a poco.

Al otro lado de la calle reinaba el silencio y no había fuego. Las sombras arrojadas por las estatuas se agitaban y danzaban como juerguistas que observaran arder a sus enemigos. El aire estaba cargado de un opresivo olor a humo. Esas sombras —y las estatuas en llamas— parecían entrar en la mente confusa de Talmanes. Criaturas de sombras danzantes. Bellezas moribundas, consumidas por una

enfermedad en la piel que la oscurecía, que se deleitaba con ella mientras mataba el espíritu…

—¡Estamos cerca! —dijo Talmanes.

Se obligó a seguir adelante, arrastrando los pies. No podía retrasar a los demás ahora. «Si el fuego alcanza el almacén…»

Llegaron a un trozo de terreno quemado; el fuego había pasado por allí y se había alejado, al parecer. Un almacén grande de madera se alzaba antes en aquel solar, pero se había venido abajo. Ahora las vigas y los tablones ardían sin llama, amontonados entre escombros y cadáveres de trollocs a medio quemar.

Los hombres se reunieron a su alrededor, en silencio. El único sonido era el chisporroteo de las llamas. Un sudor frío resbaló por el rostro de Talmanes.

—Hemos llegado demasiado tarde —susurró—. Se los han llevado, ¿verdad? Los dragones habrían provocado explosiones si se hubiesen quemado. Los Engendros de la Sombra llegaron, se apoderaron de los dragones e incendiaron el almacén.

Alrededor de Talmanes, miembros de la Compañía se dejaron caer de rodillas al suelo, exhaustos.

«Lo siento, Mat —pensó—. Lo intentamos. Nosotros…»

Un repentino estampido, semejante a un trueno, retumbó por toda la ciudad y estremeció a Talmanes de pies a cabeza. Los hombres miraron hacia arriba.

—Luz —musitó Guybon—. ¿Los Engendros de la Sombra están utilizando los dragones?

—Tal vez no.

Talmanes sintió una oleada de energía por todo el cuerpo y echó a correr otra vez. Sus hombres cerraron filas a su alrededor.

Cada zancada le producía una sacudida de dolor en el costado; dejó atrás la calle de las estatuas, con las llamas a su derecha y el frío silencio a su izquierda.

¡BOOM!

Esas explosiones no sonaban lo bastante fuertes para ser los dragones. ¿Sería posible que hubiera una Aes Sedai? Jesamyn parecía haberse animado al oírlas y corría junto a los hombres con la falda remangada. A dos calles de distancia del almacén, el grupo dobló una esquina a toda velocidad y se topó con una gran fuerza de rugientes Engendros de la Sombra.

Talmanes gritó con una sorprendente ferocidad y enarboló la espada con las dos manos. El fuego de la herida se le había extendido por todo el cuerpo; hasta los dedos le ardían. Se sentía como si se hubiese convertido en una de esas estatuas destinadas a abrasarse con la ciudad.

Descabezó a un trolloc antes de que la bestia se diera cuenta de que lo tenía encima, y después se lanzó contra la siguiente criatura que estaba a continuación. El ser retrocedió con una levedad grácil; el rostro que se volvió hacia él carecía de ojos

y la capa no se movía con el aire. Los labios pálidos se entreabrieron para emitir un gruñido.

Talmanes se sorprendió a sí mismo al echarse a reír. ¿Y por qué no? Luego sus hombres decían que no tenía sentido del humor. Adoptó la pose de *Flores de manzano al viento* y arremetió violentamente hacia adelante con una fuerza y una rabia equiparables al fuego que lo estaba consumiendo.

Era obvio que el Myrddraal lo sabía en desventaja. Incluso estando en plena forma, Talmanes habría necesitado ayuda para combatir contra él. El ser se movía como una sombra, pasando de una pose a otra, mientras la terrible espada arremetía como una flecha hacia Talmanes. Sin duda el Fado pensaba que sólo tenía que hacerle un pequeño corte.

Lo alcanzó en la mejilla, tocándole la piel con la punta de la espada, y abrió limpiamente un chirlo en la carne. Talmanes se echó a reír y golpeó el arma con su espada; el Fado se quedó boquiabierto por la sorpresa. Así no era como se suponía que los hombres reaccionaban, sino que tendría que tambalearse por el dolor abrasador, gritar al saber que su vida se había acabado.

—¡Ya me han dado con una de vuestras puñeteras espadas, hijo de una cabra! —gritó Talmanes sin dejar de atacar una y otra vez.

El herrero golpea la hoja. Qué pose tan poco elegante. Encajaba a la perfección con su estado de ánimo.

El Myrddraal dio un traspié. Talmanes hizo un movimiento amplio hacia atrás, con suavidad, desviando la espada hacia el costado; la hoja cercenó el pálido brazo del ser a la altura del hombro. El miembro se retorció en el aire y el arma del Fado se soltó de los dedos convulsos. Talmanes giró con ímpetu e impulsó la espada en golpe de través con las dos manos, de forma que descabezó limpiamente al Fado.

Una rociada de sangre oscura se esparció en el aire y el ser se desplomó mientras se llevaba la mano que le quedaba al ensangrentado cuello cortado. Talmanes se quedo de pie junto a él; de repente la espada le pesaba demasiado para sostenerla. Le resbaló de las manos y tintineó al caer en los adoquines. Dio un traspié y perdió el equilibrio; cayó de bruces, pero una mano lo sostuvo desde atrás.

—¡Luz! —exclamó Melten, con la vista fija en el cuerpo caído—. ¿Otro?

—He descubierto el secreto para derrotarlos —susurró Talmanes—. Sólo hay que estar muerto. —Rió su broma, aunque Melten se quedó mirándolo, desconcertado.

A su alrededor, docenas de trollocs se desplomaban en el suelo, retorciéndose. Estaban vinculados con el Fado. La Compañía se reunió alrededor de Talmanes. Había algunos soldados heridos, y otros habían caído para siempre. Todos se sentían exhaustos; aquella tropa de trollocs podría haber acabado con ellos.

Melten recogió la espada de Talmanes y la limpió, pero el noble notó que le costaba sostenerse de pie, así que la enfundó y mandó a un hombre que le llevara un

lanza trolloc para apoyarse en ella.

—¡Eh, los ahí abajo, en la calle! —llamó una voz a lo lejos—. ¡Quienesquiera que seáis, gracias!

Talmanes avanzó renqueante, con Filger y Mar reconociendo el terreno sin necesidad de recibir la orden. La calle estaba oscura y atestada con los trollocs que se habían desplomado hacía unos instantes, así que Talmanes tardó un poco en pasar por encima de los cadáveres y ver quién le había hablado.

Alguien había levantado una barricada al final de la calle. Había gente encima de ella, incluida una persona que sostenía una antorcha en alto. Llevaba el cabello peinado con trencillas y lucía un sencillo vestido marrón con un delantal blanco. Era Aludra.

—Soldados de Cauthon —dijo la mujer, poco o nada impresionada—. Anda que no os habéis tomado con calma venir a buscarme.

En una mano sostenía un cilindro de cuero corto y grueso, aunque más largo que el puño de un hombre y con una oscura mecha recortada en un extremo. Talmanes sabía que explotaban después de prenderlos y lanzarlos. La Compañía los había utilizado con anterioridad, pero arrojándolos con hondas. No eran tan devastadores como los dragones, pero sí lo bastante poderosos.

—Aludra, ¿tenéis los dragones? —gritó Talmanes—. Por favor, decidme que los habéis salvado.

Ella resopló con desdén e hizo un gesto a unas personas para que retiraran una parte de la barricada a fin de que entraran los hombres de la Compañía. Parecía que había varios centenares —puede que varios miles— de vecinos con ella, llenando la calle. Cuando le abrieron paso, el noble vio algo maravilloso: un centenar de dragones descansaban allí detrás.

Los tubos de bronce iban instalados en pequeños carros de madera —las cureñas — para componer una única pieza tirada por dos caballos. Pensándolo bien, eran bastante maniobrables. Talmanes sabía que las cureñas se podían anclar al suelo para aguantar el retroceso, y los dragones se disparaban una vez que se había desatado a los caballos. Allí había gente suficiente para hacer lo que los caballos de trabajo tendrían que haber hecho, de haberlos tenido.

—¿Pensabais que los abandonaría? —replicó Aludra—. Esta gente no está entrenada para dispararlos, pero puede tirar de un carro tan bien como cualquiera.

—Tenemos que sacarlos de aquí —dijo Talmanes.

—¿Acabáis de tener esa revelación? Como si yo no hubiera estado intentándolo. ¿Qué os pasa en la cara? —preguntó Aludra, extrañada.

—Una vez comí un queso muy fuerte y no me sentó bien. Desde entonces la tengo así.

Aludra lo miró ladeando la cabeza. «A lo mejor si sonriera más cuando bromeo

los demás entenderían a qué me refiero», pensó Talmanes, distraído. Por supuesto, eso generaba la pregunta de si él quería que la gente lo entendiera. A menudo resultaba más divertido al contrario. Además, sonreír era tan vulgar… ¿Qué había de sutileza en eso? Y…

A decir verdad le estaba costando trabajo enfocar la vista. Parpadeó al mirar a Aludra, cuyo semblante mostraba preocupación a la luz de la antorcha.

—¿Qué le pasa a mi cara? —Talmanes se llevó una mano a la mejilla. Sangre. El Myrddraal. Vaya—. No es más que un corte.

—¿Y las venas?

—¿Qué venas? —inquirió.

Y entonces notó la mano. Zarcillos de oscuridad, como hiedra que creciera debajo de la piel, se habían extendido por la muñeca y cruzaban a través del dorso de la mano hacia los dedos, que parecían oscurecerse mientras los miraba.

—Oh, eso —dijo—. Me estoy muriendo, por desgracia. Terriblemente trágico. No tendréis por casualidad un poco de brandy, ¿verdad?

—Yo…

—¡Milord! —llamó una voz.

Talmanes parpadeó y luego se obligó a dar media vuelta, apoyado en la lanza.

—Dime, Filger.

—Más trollocs, milord. ¡A montones! Ocupan las calles detrás de nosotros.

—Estupendo. Poned la mesa. Espero que tengamos suficiente vajilla. Sabía que tendríamos que haber mandado a la doncella a recoger el juego de cinco mil setecientas treinta piezas de servicio de mesa.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Aludra.

—Rayos y truenos, mujer, ¿tengo aspecto de encontrarme bien? ¡Guybon! Han bloqueado la vía de retirada. ¿A qué distancia estamos de las puertas?

—¿De la puerta este? Tal vez media hora de marcha —respondió el capitán andoreño—. Tenemos que seguir bajando la colina.

—Pues pongámonos a ello, entonces. Coged a los exploradores e id en cabeza. ¡Dennel, asegúrate de que esos vecinos están organizados para tirar de los dragones! Estad preparados para montar las armas.

—Talmanes —dijo Aludra, que se acercó a él—, nos quedan pocas reservas de huevos de dragón y de pólvora. Los suministros se traen de Baerlon. Si ponéis a funcionar hoy los dragones… Unos cuantos disparos de cada dragón es lo único que puedo ofreceros.

—Los dragones no están pensados para crear unidades de primera línea por sí solos, milord —añadió Dennel—. Es necesario tener respaldo para impedir que el enemigo se acerque demasiado y los destruya. Podemos manejar esos dragones, pero no resistiremos mucho sin infantería.

—Y es por eso por lo que corremos —contestó Talmanes. Se volvió, dio un paso, y estaba tan mareado que faltó poco para que se cayera—. Y creo que… Creo que necesitaré un caballo…

Moghedien dio un paso y entró en la plataforma de piedra que flotaba en medio de un mar. El agua, cristalina y azul, se rizaba con el soplo intermitente de la brisa, pero no había olas. Tampoco había tierra a la vista.

Moridin se hallaba al borde de la plataforma, con las manos enlazadas a la espalda. Delante de él el mar ardía. El fuego no echaba humo, pero era abrasador, y el agua que había cerca siseaba y borbotaba. Un suelo de piedra en mitad de un mar interminable. Agua que ardía. A Moridin le gustaba crear lo imposible y lo impensable en sus fragmentos de sueños.

—Siéntate —le dijo Moridin sin volverse.

Ella obedeció y eligió una de las cuatro sillas que aparecieron colocadas de repente cerca del centro de la plataforma. El cielo, de un intenso color azul, estaba despejado y el sol había recorrido unas tres cuartas partes del arco hacia su cenit. ¿Cuánto hacía que Moghedien no había visto el sol en el *Tel'aran'rhiod*? Últimamente, la omnipresente tormenta negra ocultaba el cielo. Aunque, claro, esto no era del todo el *Tel'aran'rhiod*, ni el sueño de Moridin, sino una mezcla de los dos. Como un cobertizo provisional levantado a un lado del mundo del sueño. Una burbuja de realidades incorporadas.

Moghedien llevaba un vestido negro y dorado con un encaje en las mangas que evocaba vagamente una tela de araña. Sólo vagamente. Mejor no abusar del tópico.

Mientras se sentaba, intentó transmitir control y aplomo. Antes lo habría logrado con facilidad. Ahora, dominar ese estado de ánimo era como tratar de atrapar vilanos volanderos, con el resultado de verlos alejarse de su mano girando en el aire. Moghedien apretó los dientes, furiosa consigo misma. Era una Elegida. Había hecho llorar a reyes. Había hecho temblar a ejércitos. Su nombre había sido utilizado por las madres para asustar a sus hijos durante generaciones. Y ahora…

Se llevó la mano al cuello y tocó el colgante que llevaba puesto. Aún estaba a salvo. Sabía que lo estaba, pero tocarlo le proporcionaba tranquilidad.

—No te acostumbres demasiado a sentirte cómoda con eso —advirtió Moridin.

Un soplo de viento pasó junto a él y rizó la prístina superficie del océano. En ese viento Moghedien oyó débiles gritos.

—Aún no has sido perdonada del todo. Esto es un periodo de prueba. Puede que le entregue la trampa mental a Demandred cuando fracases la próxima vez.

—La tiraría a un lado, con hastío —respondió ella con un resoplido desdeñoso—. Demandred sólo ansía una cosa: enfrentarse a al'Thor. Todo lo que no lo conduzca hacia su meta carece de importancia para él.

—Lo subestimas —contestó Moridin con suavidad—. El Gran Señor se siente complacido con Demandred. Mucho. Tú, por el contrario…

Moghedien se hundió en la silla al revivir las torturas padecidas. Un dolor como pocos seres en este mundo habían conocido. Un dolor que sobrepasaba lo que un cuerpo sería capaz de soportar. Aferró la *cour'souvra* y abrazó el *Saidar*. Hacerlo le proporcionó cierto alivio.

Antes, encauzar en el mismo cuarto en el que estaba la *cour'souvra* había sido atroz. Ahora que era ella la que llevaba puesto el colgante en lugar de Moridin, ya no ocurría así. «No es un simple colgante —pensó mientras cerraba los dedos alrededor de la joya—. Es mi propia alma». ¡Así la tragara la Sombra! Jamás había imaginado que ella, precisamente ella, se vería sometida a uno de esos artilugios. ¿Era o no era la araña, cauta en todo cuanto hacía?

Alzó la otra mano y la cerró sobre la que sujetaba el colgante. ¿Y si se caía? ¿Y si se lo apropiaba otro? No lo perdería. No podía perderlo.

«¿En esto me he convertido? —Se sintió asqueada—. Tengo que recuperarme. De algún modo». Se obligó a soltar la trampa mental.

La Última Batalla ya estaba encima; los trollocs entraban en enormes hordas en países meridionales. Era una nueva Guerra de la Sombra, pero sólo ella y los otros Elegidos conocían los secretos más profundos del Poder Único. Los que se había visto forzada a entregar a esas horribles mujeres…

«No, no pienses en ello». El dolor, el sufrimiento, el fracaso.

En esta guerra no se enfrentaban a Cien Compañeros ni a Aes Sedai con siglos de experiencia y práctica. Demostraría su valía, y los errores del pasado se olvidarían.

Moridin seguía contemplando con fijeza las llamas inverosímiles. Los únicos sonidos eran el crepitar del fuego y el burbujeo del agua que había junto a las llamas. Él acabaría explicando el propósito de haberla convocado, ¿verdad? Últimamente Moridin se comportaba de un modo cada vez más raro. Quizá la locura estaba apoderándose de su mente otra vez. Hubo un tiempo en que el hombre conocido como Moridin —o Ishamael, o Elan Morin Tedronai— se habría deleitado en poseer la *cour'souvra* de una de sus rivales. Habría ideado castigos, se habría emocionado con el dolor que le causaría.

Algo de eso había habido al principio; después… había perdido el interés. Pasaba más y más tiempo solo contemplando las llamas, cavilando. Los castigos que les había aplicado a Cyndane y a ella eran como si realizara una tarea rutinaria.

Le parecía más peligroso tal como era ahora.

Un acceso hendió el aire justo al lado de la plataforma.

—¿En serio tenemos que hacer esto un día sí y otro no, Moridin? —preguntó Demandred mientras lo cruzaba para entrar en el Mundo de los Sueños. Apuesto y alto, tenía el cabello negro azabache y la nariz prominente. Echó una ojeada a

Moghedien y reparó en el colgante que llevaba al cuello antes de seguir hablando—. Tengo cosas importantes que hacer y me has interrumpido.

—Hay gente que debes conocer, Demandred —respondió Moridin sin alterar la voz—. A menos que el Gran Señor te haya nombrado Nae'blis sin informarme, harás lo que se te diga que hagas. Tus juguetes pueden esperar.

La expresión de Demandred se ensombreció, pero no protestó más. Dejó que el acceso se cerrara y luego se apartó a un lado y bajó la vista al mar. Frunció el entrecejo. ¿Qué había en el agua? Moghedien no había mirado y se llamó necia para sus adentros por no haberlo hecho. ¿Adónde había ido a parar su cautela?

Demandred se acercó a una de las sillas que había cerca de ella, pero no se sentó. Siguió de pie, contemplando a Moridin por detrás. ¿Qué había estado haciendo Demandred? Durante el periodo en el que Moridin la había tenido sujeta a la trampa mental, Moghedien había estado a sus órdenes, pero nunca había encontrado respuesta a la incógnita de Demandred.

La estremeció otro escalofrío al pensar en aquellos meses en manos de Moridin. «Me vengaré».

—Has liberado a Moghedien —comentó Demandred—. ¿Y qué ha pasado con la tal… Cyndane?

—No es asunto tuyo —repuso Moridin.

A Moghedien no se le había pasado por alto que Moridin todavía llevaba colgada la trampa mental de Cyndane. Cyndane. Significaba «última oportunidad» en la Antigua Lengua, pero la verdadera naturaleza de la mujer era un secreto que Moghedien había descubierto. Moridin en persona había rescatado a Lanfear del *Sindhol*, liberándola de las criaturas que se regalaban los sentidos absorbiendo su capacidad para encauzar.

A fin de rescatarla y, por supuesto, para castigarla, Moridin la había matado. Eso había permitido al Gran Señor recuperar su alma y colocarla dentro de un cuerpo nuevo. Brutal, pero muy efectivo. Justo el tipo de solución que prefería el Gran Señor.

Moridin seguía absorto en las llamas y Demandred lo estaba en él, así que Moghedien aprovechó la ocasión para levantarse de la silla y acercarse al borde de la plataforma flotante de piedra. El agua estaba completamente clara y, a través de ella, distinguió personas con gran nitidez. Flotaban con las piernas encadenadas a algo que había en las profundidades y con los brazos atados a la espalda. Se mecían como algas.

Había millares y todos miraban hacia arriba, al cielo, con los ojos muy abiertos, aterrados. Estaban sujetos a un estado perpetuo de ahogamiento. Muertos no; no se les permitía morir, pero boqueaban de forma constante para coger aire y sólo encontraban agua. Mientras observaba, Moghedien vio algo oscuro que ascendía,

tiraba de uno de ellos hacia abajo y lo arrastraba a las profundidades. La sangre emergió como un capullo rojo al florecer; la reacción de los otros fue debatirse con más desesperación.

Moghedien sonrió. Le sentaba bien ver que había otros, aparte de ella, que sufrían. Tal vez sólo fueran ficciones, pero cabía la posibilidad de que se tratara de gente que le había fallado al Gran Señor.

Se abrió otro acceso al borde de la plataforma y una mujer desconocida lo cruzó. Tenía unos rasgos tremendamente desagradables, con la nariz prominente pero al mismo tiempo bulbosa, y ojos pálidos con estrabismo. Llevaba un vestido que parecía de buena confección, de seda amarilla, pero lo único que lograba era resaltar su fealdad.

Moghedien esbozó una sonrisa despectiva y regresó a su silla. ¿Por qué admitía Moridin a una extraña en una de sus reuniones? Esa mujer encauzaba; debía de ser una de esas inútiles que se hacían llamar Aes Sedai en la era actual.

«Vale, sí —pensó mientras se sentaba—, es poderosa». ¿Cómo se le había pasado por alto que existía una con ese talento entre las Aes Sedai? ¿Sus informadoras le habían señalado casi de inmediato a esa tiparraca ligera de cascos, la maldita Nynaeve, y sin embargo no se fijaban en semejante adefesio?

—¿Es ella a quien quieres presentarnos? —inquirió Demandred, con las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo, con fastidio.

—No —contestó Moridin, como distraído—. Ya conocéis a Hessalam.

¿Hessalam? Significaba… «sin redención» en la Antigua Lengua. La mujer sostuvo la mirada de Moghedien con orgullo, y en su actitud había algo que resultaba familiar.

—Tengo cosas de las que ocuparme, Moridin —dijo la recién llegada—. Más vale que esto sea…

Moghedien dio un respingo. Esa voz…

—No me hables ese tono —la interrumpió Moridin sin volverse, sin alzar la voz —. No lo uses con ninguno de nosotros. En la actualidad, incluso Moghedien goza de más aprecio que tú.

—¿Graendal? —preguntó Moghedien, espantada.

—¡No pronuncies ese nombre! —espetó Moridin volviéndose hacia ella mientras el agua hirviente borboteaba con más fuerza—. Ha sido despojada de él.

Graendal —Hessalam— se sentó sin mirar de nuevo a Moghedien. Sí, la forma de comportarse de esa mujer resultaba inconfundible. Era ella.

Faltó poco para que Moghedien soltara una risita de regocijo. Graendal siempre se había valido de su aspecto para impresionar y conseguir lo que quería. Bueno, ahora también causaría impresión, pero de otra forma. ¡Perfecto! Esa mujer tenía que estar retorciéndose por dentro. ¿Qué había hecho para merecer semejante castigo? La

reputación de Graendal —su autoridad, las leyendas que se contaban de ella— todo iba unido a su belleza. ¿Y ahora qué? ¿Tendría que empezar a buscar las personas más horrendas para tenerlas como sus juguetes, las únicas que podrían competir con su fealdad?

Esta vez Moghedien se echó a reír. Fue una risa queda, pero Graendal la oyó. La mujer le lanzó una mirada asesina que podría haber prendido fuego a todo el océano por sí misma.

Moghedien le devolvió una mirada sosegada, sintiéndose más segura de sí misma ahora. Resistió el impulso de acariciar la *cour'souvra*. «Lanza lo que quieras, Graendal —pensó—. Ahora estamos en las mismas condiciones. Veremos quién acaba primero esta carrera».

Un soplo de viento más fuerte pasó y las aguas empezaron a rizarse alrededor ellos, aunque la plataforma en sí permanecía firme. Moridin dejó que se apagara su ira y, cerca, se mecieron olas. Moghedien distinguió cuerpos, poco más que sombras oscuras, dentro de esas olas. Algunos estaban muertos. Otros luchaban para llegar arriba, despojados de las cadenas; pero, a medida que se acercaban a la superficie y al aire, algo volvía a tirar de ellos hacia abajo.

—Ahora somos pocos —dijo Moridin—. Nosotros cuatro y quien ha recibido el mayor castigo somos los únicos que quedamos. Por definición, eso nos hace los más fuertes.

«Algunos de nosotros lo somos —pensó Moghedien—. A uno de nosotros lo mató al'Thor, Moridin, y necesitó la mano del Gran Señor para volver a la vida». ¿Por qué no se había castigado nunca a Moridin por su fracaso? En fin, más valía no pararse a pensar en la equidad de las decisiones del Gran Señor.

—Aun así, somos muy pocos.

Moridin movió una mano, y un umbral de piedra apareció al borde de la plataforma. No era un acceso, sino una puerta. Se encontraban en un fragmento de sueños de Moridin; él lo controlaba. La puerta se abrió y un hombre la cruzó y salió a la plataforma.

De cabello oscuro, el hombre tenía rasgos saldaeninos: nariz ligeramente ganchuda y ojos rasgados. Era apuesto y alto, y Moghedien lo reconoció.

—¿El cabecilla de esos Aes Sedai novatos? Conozco a este hombre, Mazri…

—Ese nombre se ha descartado —la atajó Moridin—. Igual que cada uno de nosotros, al ser Elegidos, descartamos lo que éramos y el nombre por el que nos llamaban los hombres. A partir de este momento, él será conocido sólo como M'Hael. Uno de los Elegidos.

—¿Elegido? —Hessalam pareció atragantarse con la palabra—. ¿Este… pequeño? Él… —Enmudeció.

No les competía debatir si uno era Elegido o no. Entre ellos podían discutir, e

incluso maquinar si lo hacían con precaución. Pero cuestionar al Gran Señor… Eso no estaba permitido. Nunca.

Hessalam no dijo nada más. Moridin no osaría llamar «Elegido» a ese hombre si el Gran Señor no lo hubiera decidido así. No había nada que discutir. Sin embargo, Moghedien se estremeció. Se decía que Taim… es decir, M'Hael, era fuerte, tal vez tanto como el resto de ellos, pero encumbrar a alguien de la era actual, con toda su ignorancia… Le daba mucha rabia pensar que al tal M'Hael se lo consideraría su igual.

—Advierto el desafío en vuestra mirada —dijo Moridin, que los observaba a los tres—, aunque sólo uno de vosotros ha sido tan necio para empezar a expresarlo en voz alta. M'Hael se ha ganado su recompensa. Demasiados de los nuestros se lanzaron a contiendas con al'Thor cuando se lo suponía débil. En cambio, M'Hael se ganó la confianza de Lews Therin y después se encargó del entrenamiento de sus armas. Él es el artífice de una nueva generación de Señores del Espanto para la causa de la Sombra. ¿Qué resultados podéis mostrar los tres del trabajo que habéis realizado desde que fuisteis liberados?

—Sabrás de los frutos que he cosechado, Moridin —repuso Demandred en voz baja—. Los contemplarás en fanegas y manadas. Tú recuerda mi petición: me enfrentaré a al'Thor en el campo de batalla. Su sangre me pertenece, es mía y de nadie más.

Les sostuvo la mirada de uno en uno hasta llegar a M'Hael. Parecía que había familiaridad entre ellos. No era la primera vez que se encontraban.

«Habrá competencia entre ése y tú, Demandred —pensó Moghedien—. Quiere a al'Thor casi tanto como tú».

Últimamente Demandred había cambiado. Antes, siempre y cuando muriera, le habría traído sin cuidado quién mataba a Lews Therin. ¿Por qué motivo insistía en ser el brazo ejecutor?

—Moghedien —dijo Moridin—, Demandred tiene planes para la guerra inminente. Tú vas a ayudarlo.

—¿Ayudarlo? Yo…

—¿Tan pronto se te olvidan las cosas, Moghedien? —La voz de Moridin no podía ser más suave—. Harás lo que se te ordene. Demandred quiere que estés pendiente de uno de los ejércitos que ahora carece de la adecuada supervisión. Pronuncia una sola palabra de protesta y te encontrarás con que el dolor que has soportado hasta ahora no es más que una sombra del verdadero sufrimiento.

Moghedien se llevó la mano a la *cour'souvra* que llevaba colgada al cuello. Al mirar los ojos del hombre notó que toda sensación de autoridad se evaporaba.

«Te odio —pensó—. Te odio más por hacerme esto delante de los otros».

—Tenemos encima los días finales —habló Moridin mientras se volvía hacia

ellos—. En estas horas os haréis merecedores de vuestras últimas recompensas. Si tenéis rencores, dejadlos atrás. Si tenéis conspiraciones, llevadlas a cabo. Haced vuestras últimas jugadas, porque esto… Esto es el fin.

Talmanes yacía boca arriba y contemplaba el oscuro cielo. Allá en lo alto, las nubes parecían reflejar luz de abajo, la de una ciudad moribunda. Eso no era normal. La luz siempre llegaba de arriba, ¿verdad?

Se había caído del caballo a poco de ponerse en marcha hacia la puerta de la ciudad. Eso lo recordaba; casi siempre. Costaba mucho pensar con el dolor. Oyó personas que se gritaban entre sí.

«Debería… Debería haberme burlado más de Mat —pensó, y un atisbo de sonrisa se insinuó en sus labios—. Qué momento más absurdo para pensar cosas así. Tengo que… Tengo que encontrar los dragones. ¿O ya los hemos encontrado?»

—¡Os estoy diciendo que las puñeteras cosas no funcionan así! —Era la voz de Dennel—. No son puñeteras Aes Sedai sobre ruedas. No podemos crear un muro de fuego. Podemos lanzar rodando estas bolas de metal entre los trollocs, pero…

—Explotan. —La voz de Guybon—. Podemos usar las que sobran como digo yo.

Los ojos de Talmanes se cerraron.

—Las bolas explotan, sí —dijo Dennel—. Pero antes tenemos que dispararlas. No serviría de mucho ponerlas en hilera y dejar que los trollocs tropiecen con ellas.

Una mano sacudió a Talmanes por el hombro.

—Lord Talmanes —dijo Melten—, no es deshonroso ponerle fin ahora. Sé que el dolor es muy fuerte. Que el último abrazo de la madre os acoja en su seno.

Una espada empezó a deslizarse en su vaina. Talmanes se armó de valor.

Entonces descubrió que realmente, verdaderamente, no quería morir.

Se obligó a abrir los ojos y alzó una mano para detener a Melten, que se erguía sobre él. Jesamyn rondaba cerca, cruzada de brazos y con aire preocupado.

—Ayúdame a incorporarme —dijo Talmanes.

Melten vaciló, pero enseguida hizo lo que le había pedido.

—No deberíais estar de pie —intervino Jesamyn.

—Es mejor que acabar decapitado con honor —rezongó Talmanes, que apretó los dientes por el dolor. Luz, ¿era ésa su mano? Estaba tan oscura que parecía que se hubiera calcinado con el fuego—. ¿Qué… qué está pasando?

—Nos han acorralado, milord —informó Melten, sombrío y con mirada solemne. Ya los daba a todos por muertos—. Dennel y Guybon discuten sobre el emplazamiento de los dragones para plantar cara por última vez. Aludra está calibrando las cargas.

Talmanes, finalmente de pie, se apoyó en Melten. Delante de él, dos mil almas se amontonaban en una gran plaza. Se apretaban unos contra otros como hombres en

territorio agreste que buscan calor en una fría noche. Dennel y Guybon habían instalado los dragones en un semicírculo combado hacia afuera que apuntaba hacia el centro de la ciudad, con los refugiados detrás. La Compañía estaba asignada ahora a manejar los dragones; se necesitaban tres pares de manos para hacer funcionar cada uno de ellos. Casi todos los soldados de la Compañía habían recibido algo de entrenamiento en su manejo.

Los edificios cercanos se habían prendido fuego, pero la luz hacía cosas raras. ¿Por qué no llegaba a las calles? Estaban demasiado oscuras. Como si se hubieran pintado. Como…

Parpadeó para quitar las lágrimas de los ojos causadas por el dolor, y entonces lo comprendió. Los trollocs llenaban las calles como tinta que fluyera hacia el semicírculo de dragones que los apuntaba.

De momento, algo contenía a las bestias. «Esperan estar reunidos todos para cargar», pensó Talmanes.

Gritos y gruñidos llegaron de atrás. Talmanes giró sobre sí mismo y tuvo que asirse al brazo de Melten cuando el mundo pareció dar un bandazo. Esperó a que la sensación pasara. El dolor… De hecho, el dolor se estaba mitigando. Como llamas que se quedaran sin carbón nuevo. Se habían dado un banquete con él, pero ya no quedaba mucho de lo que alimentarse.

A medida que las cosas dejaban de moverse, Talmanes vio qué era lo que emitía los gruñidos. La plaza en la que se hallaban lindaba con la muralla de la ciudad, pero los vecinos y los soldados habían mantenido la distancia con la muralla porque el adarve estaba recubierto de trollocs, como con una gruesa capa de mugre. Los seres enarbolaban armas y las agitaban en el aire y rugían a la gente allá abajo.

—Arrojan lanzas a todo el que se acerca demasiado —explicó Melten—. Habíamos esperado alcanzar la muralla y seguir a lo largo de ella hasta la puerta, pero no es posible; no con esas bestias ahí arriba arrojando una lluvia de muerte sobre nosotros. Todas las rutas están cortadas.

Aludra se acercó a Guybon y a Dennel.

—Puedo poner cargas debajo de los dragones —les dijo; en voz baja, pero no tanto como debería haber sido—. Esas cargas los destruirán, pero pueden herir a la gente de un modo muy desagradable.

—Hazlo —contestó el capitán andoreño casi en un susurro—. Lo que perpetrarán los trollocs será mucho peor, y no podemos permitir que los dragones caigan en manos de la Sombra. Por eso están esperando. Sus cabecillas confían en que una carga repentina les dé tiempo para superarnos y apoderarse de las armas.

—¡Se mueven! —gritó un soldado situado junto a los dragones—. ¡Luz, ya vienen!

La oscura mugre de Engendros de la Sombra bulló en las calles. Dientes, uñas,

garras, ojos demasiado humanos. Los trollocs avanzaban por todos los lados, ansiosos de matanza. Talmanes se esforzó por inhalar aire.

En las murallas, los gritos sonaron excitados.

«Estamos rodeados —pensó el noble—. Acorralados contra la muralla, atrapados en una red. Nos…»

Acorralados contra la muralla.

—¡Dennel! —gritó Talmanes para hacerse oír por encima del estruendo.

El capitán de dragones se volvió en la línea, donde esperaban hombres con yesca prendida para lanzar la andanada que tenían.

Talmanes respiró hondo de modo que los pulmones le ardieron.

—Me dijiste que podías derrumbar un baluarte enemigo con sólo unos pocos disparos.

—¡Por supuesto! —gritó Dennel en respuesta—. Pero no intentamos entrar… —Dejó la frase en el aire, sin acabar.

«Luz —pensó Talmanes—. Estamos tan exhaustos… Tendríamos que habernos dado cuenta de esto».

—¡Vosotros, los del centro, la escuadra de Ryden, girad los dragones ciento ochenta grados! —gritó Talmanes—. ¡Los demás, quedaos en la misma posición y disparad a los trollocs que atacan! ¡Moveos, moveos, moveos!

Los dragoneros reaccionaron al instante, Ryden y sus hombres giraron con frenesí las armas mientras las ruedas chirriaban. Los otros dragones empezaron a disparar con una pauta de tiro que alcanzó todas las calles que daban a la plaza. Los estampidos eran ensordecedores y los refugiados gritaron y se taparon los oídos. Sonaba como el fin del mundo. Cientos, miles de trollocs cayeron en charcos de sangre a medida que los huevos explotaban en medio de la horda. La plaza se llenó de humo blanco que salía de las bocas de los dragones.

Los refugiados, ya aterrorizados por lo que acababan de presenciar, chillaron cuando los dragones de Ryden se volvieron hacia ellos y la mayoría se tiró al suelo por el miedo, dejando despejado el camino. Un camino que dejaba expuesta la muralla infectada de trollocs. La línea de dragones de Ryden se curvó hacia adentro como una taza, en formación inversa a la de los que disparaban a los trollocs que había detrás, de modo que los tubos apuntaban al mismo sector de la muralla.

—¡Dadme una de esas malditas yescas! —bramó Talmanes, que alargó la mano.

Uno de los dragoneros obedeció y le pasó un tizón con la punta roja brillante. Se apartó de Melten, decidido a sostenerse por sí solo de momento.

Guybon se acercó. La voz del hombre sonaba débil en los oídos ensordecidos de Talmanes.

—Esas murallas se han alzado durante cientos de años. Mi pobre ciudad. Mi pobre, pobre ciudad.

—Ya no es vuestra ciudad —repuso Talmanes, que levantó el ardiente tizón en el aire, bien alto, desafiante frente a un muro rebosante de trollocs y una ciudad en llamas a su espalda—. Es suya.

Talmanes bajó con fuerza el tizón y dejó en el aire un rastro rojo. Su señal fue la chispa que encendió un rugido de fuego draconiano que retumbó por toda la plaza.

Los trollocs —o sus trozos, al menos— saltaron por el aire. La muralla explotó bajo ellos como un montón de piezas de un juego de construcciones que unos niños hubieran derribado de una patada al pasar corriendo. Talmanes se tambaleó; la vista se le oscurecía y atisbó el derrumbe de la muralla hacia afuera. Cuando se desplomó, inconsciente, el suelo pareció temblar por la fuerza de su caída.

1



Hacia el este soplo el viento

La Rueda del Tiempo gira, y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene en mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en las Montañas de la Niebla. El viento no fue un inicio, pues no existen ni comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

Descendiendo de los altísimos picos y discurriendo sobre colinas desoladas, el viento sopló hacia el este y pasó por un lugar llamado Bosque del Oeste, un paraje en el que antaño prosperaban pinos y cedros. Allí, el viento encontró poco más que una densa maleza enmarañada y alguno que otro roble imponente. Los árboles tenían un aspecto enfermizo, con la corteza cayéndose a trozos y las ramas agostadas. En otro sitio, el suelo estaba cubierto con una alfombra marrón creada por las agujas de pino caídas. En ninguna de las esqueléticas ramas del Bosque del Oeste brotaban yemas.

El viento sopló hacia el norte y al este a través de maleza que chascaba y crujía con sus sacudidas. Era de noche, y unos zorros escuálidos recorrían el terreno reseco en una búsqueda infructuosa de presas o carroña. No sonaba el canto de las aves migratorias y —lo más relevante— no se oía el aullido de los lobos en toda la zona.

El viento dejó atrás el bosque y pasó por Embarcadero de Taren. O lo que quedaba de él. Había sido un pueblo bonito, conforme a las pautas de la región. Edificios oscuros que se alzaban sobre cimientos de piedra rojiza, una calle adoquinada construida en la entrada de la comarca llamada Dos Ríos.

Hacía mucho que no salía humo de los edificios incendiados, y en la villa quedaba poco que pudiera reconstruirse. Perros asilvestrados de ojos hambrientos que buscaban carne entre los escombros levantaron la vista cuando el viento pasó por encima de ellos.

El viento cruzó el río hacia el este. Allí, grupos de refugiados equipados con antorchas caminaban a lo largo de la calzada de Baerlon a Puente Blanco a pesar de lo avanzado de la hora. Ofrecían un aspecto lamentable con las cabezas agachadas y los hombros hundidos. Algunos tenían la tez cobriza de los domani; sus ropas raídas revelaban las penalidades sufridas a consecuencia de cruzar las montañas con escasas

vituallas para el camino. Otros llegaban de lugares más lejanos. Taraboneses de mirada acosada por encima de los velos sucios. Granjeros con sus esposas, procedentes del norte de Ghealdan. Todos habían oído rumores de que en Andor había comida. Que en Andor había esperanza.

Hasta el momento no habían encontrado ninguna de las dos cosas.

El viento sopló hacia el este a lo largo del río que serpenteaba entre granjas sin cosechas. Entre praderas sin pasto. Entre huertas sin fruta en los árboles.

Pueblos abandonados. Árboles que parecían huesos limpios de carne, con cuervos apiñados en las ramas. Conejos muertos de hambre —y a veces otros animales de caza mayor— escarbaban en la tierra para mordisquear la hierba seca. Y, por encima de todo, las omnipresentes nubes que oprimían la tierra. A veces, aquel manto nuboso hacía difícil saber si era de día o de noche.

Conforme se aproximaba a la gran urbe de Caemlyn, el viento viró hacia el norte, lejos de la ciudad en llamas —anaranjada, roja y violeta— que vomitaba humo negro hacia las ávidas nubes en lo alto. La guerra había llegado a Andor en medio de la quietud de la noche. Los refugiados que iban llegando no tardaban en descubrir que habían marchado hacia el peligro. No era de extrañar. El peligro se encontraba en todas direcciones. El único modo de evitar ir hacia él habría sido quedarse quieto.

En su camino hacia el norte, el viento dejó atrás gente sentada junto a las calzadas —tanto viajeros solitarios como pequeños grupos— con una expresión desesperanzada en los ojos. Algunos se tumbaban, hambrientos, y alzaban la vista hacia aquellas nubes que rebullían y retumbaban. Otros seguían adelante; hacia qué, era algo que ignoraban. A la Última Batalla, al norte, significara lo que significara eso. La Última Batalla no era esperanza. La Última Batalla era muerte. Pero al menos era un sitio en el que estar, un lugar al que ir.

Con la penumbra de la caída de la tarde, muy lejos ya de Caemlyn, el viento llegó a una vasta concentración de personas acampadas en el norte. Ese amplio espacio abierto rompía la uniformidad del paisaje salpicado de bosques, pero estaba abarrotado de tiendas, como un tronco podrido cubierto de moho. Decenas de miles de soldados, que consumían con rapidez la madera de los alrededores, aguardaban junto a fogatas de campamento.

El viento sopló entre ellos y a su paso agitó el humo de las lumbres en los rostros de los soldados. Las gentes allí concentradas no transmitían la misma sensación de desesperanza que los refugiados, pero sí denotaban aprensión. Veían la tierra enferma. Sentían las nubes suspendidas en lo alto. Lo sabían.

Sabían que el mundo se estaba muriendo. Los soldados miraban las llamas fijamente y observaban cómo se consumía la madera. Lo que antes había estado vivo ahora se deshacía en polvo, ascua a ascua.

Una compañía de hombres inspeccionaba piezas de armadura que habían

empezado a oxidarse a despecho de estar bien engrasadas. Un grupo de Aiel vestidos de blanco —antiguos guerreros que se negaban a empuñar de nuevo las armas a pesar de haber cumplido su *toh* de servidumbre— llenaban recipientes con agua. Un corro de criados asustados, convencidos de que el nuevo día traería la guerra entre la Torre Blanca y el Dragón Renacido, organizaba depósitos de provisiones dentro de las tiendas sacudidas por el viento.

Hombres y mujeres susurraban la verdad en la noche: «Ha llegado el fin. Ha llegado el fin. Todo acabará. Ha llegado el fin».

Una risa rasgó el aire.

De una tienda grande, situada en el centro del campamento, se derramaba una cálida luz por el borde del faldón de la entrada y por debajo de los laterales.

Dentro, Rand al'Thor, el Dragón Renacido, reía con la cabeza echada hacia atrás.

—Y entonces ¿qué hizo ella? —preguntó cuando se apagó su risa.

Se sirvió una copa de vino tinto y llenó otra para Perrin, al que la pregunta había hecho enrojecer. «Se ha endurecido —reflexionó Rand para sus adentros—. Pero, de algún modo, no ha perdido esa inocencia suya. No del todo». Lo cual le parecía maravilloso. Un milagro, como descubrir una perla dentro de una trucha. Perrin era fuerte, pero esa fuerza no lo había quebrantado.

—Bueno, ya conoces a Marin —contestó su amigo—. No sé cómo lo hace, pero se las arregla para mirar incluso a Cenn como si éste fuera una criatura necesitada de cuidados maternales. ¡Mira que encontrarnos tirados en el suelo a Faile y a mí, como dos jovenzuelos estúpidos…! En fin, creo que no sabía bien si reírse de nosotros o mandarnos a la cocina a fregar platos. Separados, claro, para que no nos metiéramos en más líos.

Rand sonrió e intentó imaginarse la escena. Perrin —el fornido y corpulento Perrin—, tan débil que apenas era capaz de caminar. La imagen resultaba incongruente. Rand habría querido pensar que su amigo exageraba, pero Perrin no tenía de mentiroso ni un pelo. Qué extraño que un hombre pudiera cambiar tanto sin que su esencia cambiara lo más mínimo.

—En fin —continuó Perrin tras beber un poco de vino—, Faile me ayudó a levantarme del suelo y me montó en mi caballo, tras lo cual ambos avanzamos pavoneándonos con aire importante. Yo no hice gran cosa, Rand. La lucha la llevaron a cabo los demás. A mí me habría resultado difícil llevarme una copa a los labios. —Calló y los ojos dorados adquirieron una expresión ausente—. Tendrías que sentirte orgulloso de ellos, Rand. Si Dannil no hubiese estado allí, o no hubiera estado tu padre o el padre de Mat, sin todos ellos, yo no habría logrado ni la mitad de lo que se consiguió. Ni una décima parte.

—Lo creo.

Rand contempló su copa de vino. A Lews Therin le había gustado mucho el vino.

Una parte de Rand, esa parte distante, la de los recuerdos del hombre que había sido en otro tiempo, se sintió disgustada por la mala cosecha. Pocas uvas del mundo actual podían igualar los caldos favoritos de la Era de Leyenda. Al menos, no los que él había probado.

Dio un pequeño sorbo y después dejó la copa a un lado. Min aún dormía en otra parte de la tienda que quedaba separada por una cortina. Los sucesos ocurridos en los sueños lo habían despertado, y Rand se había alegrado de que Perrin fuera a visitarlo y así no pensar en lo que había visto.

«Mierin»… No. No permitiría que esa mujer lo distrajera. Probablemente lo que había visto tenía ese propósito.

—Ven, acompáñame —le propuso a Perrin—. Tengo que comprobar algunas cosas para mañana.

Salieron a la noche. Varias Doncellas echaron a andar ajustando su paso al de ellos. Rand se encaminó hacia Sebban Balwer, que ahora estaba a su disposición porque Perrin había accedido a que el hombrecillo le prestara sus servicios de forma temporal. Lo cual le parecía bien a Balwer, que tendía a acercarse hacia quienes ostentaban más poder.

—Rand, ya te había contado todo esto con anterioridad. Me refiero al asedio de Dos Ríos y el combate… ¿Por qué has vuelto a preguntarme eso otra vez? —inquirió Perrin.

—Antes te había preguntado por lo ocurrido, Perrin. Me interesé por lo que había acontecido, pero no por la gente que tuvo que vivirlo. —Miró a Perrin y creó un globo de luz para ver mientras caminaban en la noche—. He de acordarme de las personas. No hacerlo es un error que he cometido a menudo en el pasado.

El aire arremolinado llevaba el olor de las lumbres encendidas en el cercano campamento de Perrin, así como el sonido de las forjas donde los herreros trabajaban en las armas. Rand estaba enterado de la noticia: el redescubrimiento del proceso para crear armas forjadas con el Poder. Los hombres de Perrin trabajaban muchas más horas de lo normal agotando hasta la extenuación a sus dos Asha'man a fin de fabricar todas las que fuera posible.

Rand le había dejado todos los Asha'man de los que podía prescindir, aunque sólo fuera porque —tan pronto como se habían enterado— se le habían presentado docenas de Doncellas para exigir puntas de lanza forjadas con el Poder.

«Es simple lógica, Rand al'Thor —le había explicado Beralna—. Sus herreros tardan lo mismo en hacer cuatro puntas de lanza que en hacer una espada». Y había torcido el gesto al pronunciar la palabra «espada», como si le supiera a agua de mar.

Él nunca había probado el agua de mar, pero Lews Therin sí. En otro tiempo, saber cosas como ésa lo había hecho sentirse muy incómodo. Ahora había aprendido a aceptar esa parte de él.

—¿Puedes creer lo que nos ha ocurrido? —preguntó Perrin—. Luz, a veces me pregunto cuándo va a presentarse el hombre al que pertenecen todas estas ropas tan elegantes para pillarme por sorpresa y empezar a gritarme, tras lo cual me mandará a limpiar los establos por tener muchas ínfulas.

—La Rueda gira según sus designios, Perrin. Nos hemos convertido en aquello en que debíamos convertirnos.

Perrin asintió con la cabeza mientras avanzaban por el camino flanqueado por tiendas y alumbrado por el brillo del globo de luz que flotaba por encima de la mano de Rand.

—¿Qué… se siente? —preguntó Perrin—. Me refiero a esos recuerdos que has adquirido.

—¿Alguna vez has tenido un sueño que recordaras con claridad meridiana al despertarte? No uno que se desvaneciera enseguida, sino que se mantuviera en tu mente a lo largo de todo el día.

—Sí —contestó Perrin con un extraño tono reservado—. Sí, puedo decir que lo he tenido.

—Pues así es —repuso Rand—. Recuerdo ser Lews Therin, recuerdo haber hecho lo que él hizo, como alguien que recuerda lo acaecido en un sueño. Era yo quien llevaba a cabo esas cosas, pero no por ello tienen por qué gustarme, ni pensar que repetiría esos actos si mi mente estuviera despierta. Lo cual no cambia el hecho de que, en el sueño, parecían ser correctos.

Perrin asintió con la cabeza.

—Soy yo y soy él —añadió Rand—. Pero al mismo tiempo, no lo soy.

—Bueno, aún te veo como el de siempre —comentó Perrin, aunque Rand captó una ligera vacilación en la palabra «veo». ¿Había estado Perrin a punto de decir «huelo»?—. No has cambiado tanto.

Rand no creía ser capaz de explicárselo a Perrin sin parecer un demente. La persona en la que se convertía cuando asumía la responsabilidad inherente al Dragón Renacido… No era un simple acto, no era una simple máscara.

Era quien era. No había cambiado, no se había transformado. Simplemente lo había aceptado.

Lo cual no significaba que conociera todas las respuestas. A despecho de los cuatrocientos años de recuerdos alojados en su cerebro, todavía le preocupaba lo que tenía que hacer. Lews Therin no había sabido cómo sellar la Perforación. El intento de hacerlo había conducido al desastre. La infección, el Desmembramiento, todo a causa de una prisión imperfecta con sellos que ahora estaban quebradizos y se desmenuzaban.

Una respuesta seguía llegándole. Una respuesta peligrosa. Una que Lews Therin ni siquiera había contemplado.

¿Y si la respuesta no era confinar otra vez al Oscuro? ¿Y si la respuesta, la respuesta definitiva, era otra cosa? Algo más permanente.

«Sí —pensó Rand para sus adentros por enésima vez—. Pero ¿es posible?»

Con las Doncellas desplegándose en abanico delante de ellos, llegaron a la tienda en la que trabajaban los escribientes de Rand, y Perrin y él entraron.

—Milord Dragón —saludó Balwer, que hizo una rígida reverencia desde donde se encontraba junto a una mesa llena de mapas y montones de papeles.

El reseco hombrecillo colocó los documentos con nerviosismo; llevaba una chaqueta marrón, muy grande para él, y un codo nudoso se asomaba por un agujero en la manga.

—Informa —ordenó Rand.

—Roedran vendrá —empezó Balwer con su voz fina y precisa—. La reina de Andor lo ha mandado llamar, prometiéndole accesos creados por esas Allegadas que tiene a su cargo. Nuestro espía en la corte de Roedran dice que el rey está furioso por necesitar la ayuda de la reina para poder asistir, pero insiste en que ha de acudir a esta reunión… aunque sólo sea para que no parezca que lo dan de lado.

—Excelente. ¿Elayne no sabe lo de tus espías? —preguntó Rand.

—¡Milord! —exclamó Balwer, indignado en apariencia.

—¿Ya has determinado quién entre nuestros escribientes espía para ella?

—Nadie está… —empezó a barbotar el hombrecillo.

—Ha de tener a alguien, Balwer —lo interrumpió Rand, sonriente—. Después de todo, fue ella la que me enseñó cómo hacer estas cosas. Da igual. Pasado mañana mis intenciones se pondrán de manifiesto para todos. No habrá necesidad de andar con secretos.

«Ninguno, salvo los que guardo en lo más profundo de mi corazón».

—Supongo que eso significa que todo el mundo estará aquí para la reunión, ¿verdad? —preguntó Perrin—. Me refiero a todos los dirigentes importantes, como los de Tear e Illian.

—La Amyrlin los persuadió para que vinieran —intervino Balwer—. Guardo copias aquí de los intercambios que ha habido entre ellos si desean verlos, milores.

—Sí, los quiero —contestó Rand—. Envíalos a mi tienda. Les echaré un vistazo esta noche.

El temblor de tierra ocurrió de repente. Los escribientes sujetaron los montones de papeles al tiempo que gritaban y los muebles caían al suelo a su alrededor. Fuera, los gritos de los hombres apenas se oían con el ruido de árboles rompiéndose y el estruendoso repiqueteo del metal. La tierra gimió y sonó un retumbo lejano.

Rand sentía como si estuviera sufriendo un espasmo muscular.

A lo lejos, los truenos sacudieron el cielo como una promesa de algo por venir. Los temblores amainaron. Los escribientes siguieron sujetando los montones de

papeles, como si temieran que se cayeran si los soltaban.

«Ya está aquí —pensó Rand—. No estoy preparado. No lo estamos. Pero de todos modos ya está aquí».

Llevaba muchos meses temiendo ese día. Desde que los trollocs habían aparecido en medio de la noche, desde que Lan y Moraine lo habían sacado de Dos Ríos, había temido lo que tenía que llegar.

La Última Batalla. El final. Descubrió que no tenía miedo ahora que había llegado el momento. Estaba preocupado, sí, pero no asustado.

«Voy por ti», pensó Rand.

—Avisad a la gente —indicó a sus escribientes—. Poned anuncios advirtiéndolo. Los temblores de tierra se repetirán. Habrá tormentas. Tormentas terribles. Se producirá un Desmembramiento y no podremos evitarlo. El Oscuro intentará convertir en polvo este mundo.

Los escribientes asintieron con la cabeza mientras se lanzaban miradas preocupadas unos a otros a la luz de las lámparas. Perrin parecía absorto, pero también hizo un leve gesto de asentimiento, como para sí mismo.

—¿Más noticias? —preguntó Rand.

—Es posible que la reina de Andor esté tramando algo esta noche, milord —apuntó Balwer.

—«Algo» no es un término muy descriptivo, Balwer —objetó Rand.

El secretario hizo un gesto mohíno.

—Lo siento, milord. Aún no tengo nada más para vos; sólo recibí esta nota. A la reina Elayne la despertaron algunos de sus consejeros hace un rato. No cuento con nadie que esté lo bastante cerca para saber por qué.

Rand frunció el entrecejo y apoyó la mano en la espada de Laman que llevaba a la cintura.

—Es posible que se trate de planes para mañana —sugirió Perrin.

—Cierto —convino Rand—. Infórmame si descubres algo, Balwer. Gracias, haces un buen trabajo aquí.

El secretario se irguió, con la cabeza bien alta. En los últimos días —unos días tan sombríos— todos buscaban algo útil de lo que ocuparse. Balwer era el mejor en lo que hacía, y se sentía seguro de su habilidad. Sin embargo, no estaba de más que se lo confirmara la persona para quien trabajaba, sobre todo si esa persona era nada menos que el Dragón Renacido.

Rand salió de la tienda, seguido por Perrin.

—Te preocupa eso —dijo Perrin—. Lo que quiera que fuera que despertó a Elayne.

—No la habrían despertado sin tener un buen motivo —susurró Rand—. En especial si se tiene en cuenta su estado.

Embarazada. Embarazada de sus hijos. ¡Luz! Acababa de enterarse. ¿Por qué no se lo había dicho ella misma?

La respuesta era sencilla: Elayne percibía las emociones de Rand igual que él sentía las de ella. Tenía que haber notado cómo se había sentido recientemente. Antes del Monte del Dragón. Cuando…

En fin, que no habría querido que afrontara su embarazo cuando se encontraba en semejante estado. Además, tampoco había puesto fácil que dieran con él.

Con todo, había sido impactante.

«Voy a ser padre», pensó, no por primera vez. Sí, Lews Therin había tenido hijos, y Rand los recordaba, así como el amor que sentía por ellos. Pero no era lo mismo.

Él, Rand al'Thor, sería padre. Eso, siempre y cuando ganara la Última Batalla.

—No la habrían despertado sin tener una buena razón —continuó—. Me preocupa, pero no por lo que pueda haber ocurrido, sino por la distracción potencial. Mañana será un día importante. Si la Sombra tiene la más ligera idea de cuán importante es, intentará todo cuanto esté a su alcance para impedir que nos reunamos y aunemos esfuerzos.

—Tengo gente cerca de Elayne —comentó Perrin mientras se rascaba la barba—. Gente a mi servicio que está al tanto de lo que pasa.

—Vayamos a hablar con esas personas —propuso Rand—. Tengo muchas cosas que hacer esta noche, pero… No puedo dejar pasar por alto esta oportunidad de descubrir algo.

Los dos se encaminaron hacia el cercano campamento de Perrin; la guardia personal de Rand apretó el paso y los siguió como sombras con velos y lanzas.

Había demasiado silencio esa noche. Egwene, en su tienda, escribía una carta a Rand. No estaba segura de si la enviaría; enviarla no era importante. Escribirla le servía para ordenar las ideas y determinar qué quería decirle.

Gawyn entró de nuevo en la tienda, con la mano posada en la espada y envuelto en la susurrante capa de Guardián.

—¿Te vas a quedar esta vez o vas a marcharte de inmediato? —le preguntó ella mientras mojaba la pluma.

—No me gusta esta noche, Egwene. —Miró hacia atrás—. Se nota algo raro.

—El mundo está en vilo, Gawyn, a la espera de los acontecimientos de mañana. ¿Mandaste recado a Elayne, como te pedí?

—Sí, pero no estará despierta. Es muy tarde para ella.

—Veremos.

Poco después llegaba un mensajero del campamento de Elayne con una breve carta plegada. Egwene la leyó y sonrió.

—Ven —le dijo a Gawyn al tiempo que se ponía de pie y recogía varias cosas.

Agitó una mano y se abrió un acceso en el aire.

—¿Vamos a Viajar allí? —preguntó Gawyn—. Hay un corto trecho.

—Recorrer un corto trecho requiere que la Amyrlin emplace a la reina de Andor —respondió Egwene mientras Gawyn cruzaba el acceso antes que ella y comprobaba la seguridad al otro lado—. A veces no quiero hacer algo que dé pie a que la gente se haga preguntas.

«Siuan habría hecho cualquier cosa por tener esta habilidad», pensó Egwene mientras cruzaba el acceso. ¿Cuántas otras confabulaciones habría hilado esa mujer si hubiese podido visitar a otros tan deprisa, tan sigilosamente y con tanta facilidad?

Al otro lado, Elayne se hallaba de pie, al calor de un buen brasero. La reina llevaba puesto un vestido de color verde claro; tenía el vientre cada vez más hinchado por los bebés que llevaba dentro. Se acercó presurosa hacia Egwene y le besó el anillo. Birgitte se encontraba a un lado de los faldones de la entrada de la tienda, cruzada de brazos. Vestía una chaqueta corta de color rojo y un pantalón ancho en azul cielo; la dorada trenza le caía sobre el hombro.

Gawyn miró a su hermana y enarcó una ceja.

—Me sorprende verte despierta —le dijo.

—Estoy esperando que me traigan un informe —contestó Elayne, que hizo un gesto a Egwene para que se sentara con ella en un par de sillas mullidas que había junto al brasero.

—¿Algo importante? —se interesó Egwene.

—Jesamyn ha olvidado otra vez informar desde Caemlyn. Le di órdenes estrictas de que enviara a alguien cada dos horas y ya ves lo que tarda. Luz, probablemente no ocurra nada, pero de todos modos envié a Serinia a la zona de Viaje para que comprobara que todo iba bien. Espero que no os importe.

—Tienes que descansar —dijo Gawyn, que se cruzó de brazos.

—Muchas gracias por el consejo, que pasaré por alto como hice cuando Birgitte dijo lo mismo. Madre, ¿de qué queríais hablar?

Egwene le tendió la carta que había estado escribiendo.

—¿Para Rand? —preguntó Elayne.

—Tienes una perspectiva de él diferente de la mía. Dime qué te parece esta carta. Es posible que no se la envíe. Aún no lo he decidido.

—El tono es… enérgico —comentó Elayne.

—Es a lo único que parece responder.

—Quizás —opinó Elayne tras leer unos segundos la carta— deberíamos dejarle hacer lo que quiere, simplemente.

—¿Romper los sellos? ¿Liberar al Oscuro? —respondió ella.

—¿Y por qué no?

—¡Luz, Elayne!

—Es lo que ha de ocurrir, ¿no es así? —inquirió Elayne—. Quiero decir que el Oscuro va a escapar. De hecho, prácticamente ya está libre.

—Hay una diferencia entre tocar el mundo y estar libre. —Egwene se frotó las sienes—. En realidad, el Oscuro nunca estuvo libre en el mundo durante la Guerra del Poder. La Perforación le permitió tocarlo, pero se volvió a sellar antes de que pudiera escapar. Si el Oscuro hubiera entrado en el mundo, la propia Rueda se habría roto. Toma, te traigo esto para que lo veas.

Egwene sacó un montón de notas de su portafolio. Los apuntes los habían recopilado a toda prisa las bibliotecarias del decimotercer depósito.

—No digo que no debamos romper los sellos —agregó Egwene—. Lo que digo es que, con esto, no podemos correr el riesgo de seguir un proyecto insensato de Rand.

Elayne sonrió con cariño.

«Luz, está locamente enamorada —pensó Egwene—. Puedo confiar en ella, ¿verdad?» No era fácil saberlo con la Elayne de la actualidad. La estratagema de la reina con las Allegadas…

—Por desgracia no hemos descubierto nada pertinente con tu biblioteca *ter'angreal* —agregó. La estatuilla del sonriente hombre barbudo casi había ocasionado un disturbio en la Torre, pues todas las hermanas querían leer los miles de libros que contenía—. Parece que todos fueron escritos antes de que la Perforación se abriera. Seguirán buscando, pero estas notas recogen todo cuanto hemos podido reunir respecto a los sellos y la prisión del Oscuro. Si rompiéramos los sellos en el momento equivocado, me temo que significaría el fin de todas las cosas. Mira, lee esto. —Le tendió una página a Elayne.

—¿*El Ciclo Karaethon*? —preguntó Elayne con curiosidad—. «Y la luz desfallecerá y no habrá amanecer, en tanto el cautivo clama». ¿El cautivo es el Oscuro?

—Eso creo —dijo Egwene—. Las Profecías nunca son claras. Rand se propone entablar la Última Batalla y romper los sellos de inmediato, pero es una idea atroz. Nos aguarda una guerra larga. Liberar al Oscuro ahora reforzaría las filas de la Sombra y a nosotros nos debilitaría.

»Si hay que hacerlo, y aún no sé si es necesario, deberíamos esperar hasta el último instante posible. Como mínimo, deberíamos discutirlo. Rand estaba en lo cierto respecto a muchas cosas, pero también se ha equivocado en otras. Ésta no es una decisión que se le deba permitir que tome exclusivamente él.

Elayne revolvió las páginas y de pronto se detuvo en una de ellas.

—«Su sangre nos traerá la Luz…» —Frotó la hoja con el pulgar, como absorta en sus pensamientos—. «Esperad la Luz». ¿Quién añadió esta nota?

—Es el ejemplar que poseía Doniella Alievin de la traducción de Termendal de *El*

Ciclo Karaethon —explicó Egwene—. Doniella puso sus propias notas y han sido objeto de tanta discusión entre estudiosos como las propias Profecías. Era una Soñadora, ¿sabes? La única Amyrlin que sepamos que lo ha sido. Antes que yo, claro.

—Sí —dijo Elayne.

—Las hermanas que recogieron estos apuntes para mí llegaron a la misma conclusión que yo —añadió Egwene—. Puede que llegue el momento de romper los sellos, pero ese momento no es al principio de la Última Batalla, piense lo que piense Rand. Debemos esperar el momento oportuno y, como Vigilante de los Sellos, es responsabilidad mía elegirlo. No pondré al mundo en peligro por una de las estratagemas histriónicas de Rand.

—Tiene cierta vena de juglar —comentó Elayne, otra vez con cariño—. Tu exposición es buena, Egwene. Platéasela a él. Te escuchará. Es sensato, y es posible convencerlo.

—Veremos. De momento, yo…

Egwene percibió de pronto una ráfaga de alarma en Gawyn. Se volvió hacia él para mirarlo. Fuera se oía el galope de un caballo. No es que Gawyn tuviera el oído más fino que ella, pero su trabajo era estar pendiente de cosas así.

Egwene abrazó la Fuente Verdadera, lo que ocasionó que Elayne hiciera otro tanto. Birgitte ya había abierto los faldones de la entrada, con la mano en la espada.

Fuera, una mensajera rendida y con los ojos desorbitados se bajó de un salto de la silla. Entró en la tienda tambaleándose mientras Birgitte y Gawyn se situaban junto a Elayne de inmediato, vigilantes, en caso de que se acercara demasiado. No lo hizo.

—Caemlyn está siendo atacada, majestad —dijo la mujer, jadeante.

—¡Qué! —Elayne se incorporó de golpe—. ¿Cómo? ¿Acaso Jarid Sarand se ha lanzado por fin…?

—Trollocs —farfulló la mensajera—. Empezó poco antes del crepúsculo.

—¡Imposible! —Elayne asió a la mensajera por el brazo y la sacó de la tienda casi a rastras. Egwene fue tras ellas con rapidez—. Han transcurrido casi seis horas desde que empezó a anochecer —le dijo a la mensajera—. ¿Por qué no hemos sabido nada hasta ahora? ¿Qué ha pasado con las Allegadas?

—De eso no sé nada, majestad —contestó la mensajera—. El capitán Guybon me mandó que viniera a buscaros lo antes posible. Acaba de llegar por el acceso.

La zona de Viaje no se encontraba lejos de la tienda de Elayne. Ya había una multitud agrupada allí, pero hombres y mujeres abrieron paso a la Amyrlin y a la reina. En cuestión de segundos las dos habían llegado a primera línea.

Hombres con las ropas ensangrentadas salían por el acceso caminando fatigosamente y tirando de una especie de carros pequeños cargados con las nuevas armas de Elayne, los dragones. Muchos parecían a punto de desplomarse. Olían a

humo y tenían la piel tiznada de hollín. No pocos cayeron inconscientes cuando los hombres de Elayne se acercaron para ayudarlos con los carros, que, tal como saltaba a la vista, estaban pensados para que fueran tirados por caballos.

Más accesos se abrieron cerca cuando Serinia Sedai y algunas de las Allegadas más fuertes —Egwene no quería pensar en ellas como las Allegadas de Elayne— abrieron otros. Los refugiados entraron por ellos como las aguas de un río que se desbordan de forma repentina.

—Ve —le dijo a Gawyn mientras tejía un acceso que comunicaba con las zonas de Viaje en el cercano campamento de la Torre Blanca—. Manda venir a tantas Aes Sedai como sea posible despertar. Dile a Bryne que prepare a sus soldados, dile que hagan lo que Elayne ordene y mándalos por accesos a las afueras de Caemlyn. Mostraremos solidaridad con Andor.

Gawyn asintió con la cabeza y entró por el acceso. Egwene lo cerró después y se reunió con Elayne, cerca del agrupamiento de soldados heridos y confusos. Sumeko, de las Allegadas, se había hecho cargo de organizar la Curación para que se atendiera primero a los que corrían un peligro inmediato.

El aire estaba cargado de humo. Mientras Egwene se acercaba deprisa hacia Elayne avistó algo a través de uno de los accesos: Caemlyn en llamas.

«¡Luz!» Se quedó conmocionada un instante, y luego reanudó la marcha. Elayne hablaba con Guybon, comandante de la Guardia Real. El apuesto hombre parecía que se mantenía de pie de puro milagro, con las ropas y los brazos manchados con un alarmante montón de roja sangre.

—Amigos Siniestros mataron a dos de las mujeres que dejasteis para enviaros mensajes, majestad —le decía a Elayne con voz cansada—. Otra cayó en la lucha. Pero recobramos los dragones. Una vez que… escapamos… —Parecía afligido por algo—. Una vez que escapamos por el agujero abierto en la muralla, descubrimos que varias bandas de mercenarios se abrían paso alrededor de la ciudad hacia la puerta que lord Talmanes había dejado con soldados para defenderla. Por casualidad, se encontraban lo bastante cerca para ayudarnos en la huida.

—Hicisteis un buen trabajo —dijo Elayne.

—Pero la ciudad…

—Hicisteis un buen trabajo —repitió Elayne con voz firme—. Recobrasteis los dragones y rescatasteis a toda esta gente. Me ocuparé de que se os recompense por ello, capitán.

—Dad vuestra recompensa a los hombres de la Compañía, majestad. Han sido ellos quienes lo han conseguido. Y, por favor, si pudieseis hacer algo por lord Talmanes… —Señaló al hombre caído que varios miembros de la Compañía acababan de transportar a través del portal.

Elayne se arrodilló junto a él y Egwene se reunió con ella. Al principio Egwene

creyó que Talmanes estaba muerto, con la piel oscurecida como por la vejez. Entonces el hombre inhaló con dificultad.

—Luz —dijo Elayne, que Ahondaba el cuerpo postrado del hombre—. Jamás había visto algo así.

—Lo causan las hojas forjadas en Thakan’dar —dijo Guybon.

—Esto nos supera —le dijo Egwene a Elayne mientras empezaba a incorporarse—. Yo… —Dejó la frase en el aire al oír algo por encima de los gemidos de los soldados y el chirrido de las ruedas.

—¿Egwene? —preguntó con suavidad Elayne.

—Haz lo que puedas por él —contestó.

De pie ya, se alejó deprisa. Se abrió paso entre la aturdida multitud siguiendo la voz. ¿Era…? Sí, allí. Encontró un acceso abierto al borde de la zona de Viaje por el que salían Aes Sedai vestidas con variedad de atuendos y corrían presurosas hacia los heridos. Gawyn había hecho bien su encargo.

Nynaeve preguntaba, en un tono de voz bastante alto, quién estaba al frente de aquel desbarajuste. Egwene se acercó a ella por un lado y al asirla por el brazo la sorprendió.

—Madre, ¿qué es todo eso de que Caemlyn arde en llamas? —preguntó—. Yo…

Enmudeció al ver a los heridos. Se puso tensa, y después intentó ir hacia ellos.

—Hay alguien a quien tienes que ver antes —dijo. La condujo hacia donde yacía Talmanes.

Nynaeve inhaló bruscamente. Luego se arrodilló y apartó a Elayne a un lado con suavidad. Acto seguido Ahondó a Talmanes y se quedó paralizada, con los ojos desorbitados.

—Nynaeve, ¿puedes…? —empezó a decir Egwene.

Una explosión de tejidos brotó de Nynaeve como la luz de un sol saliendo entre las nubes de forma repentina. Nynaeve tejió los Cinco Poderes juntos en una columna radiante y seguidamente la dirigió al interior del cuerpo de Talmanes.

Egwene la dejó centrada en lo que hacía. Quizá sería suficiente, aunque el noble parecía perdido. Quisiera la Luz que viviera. La había impresionado en el pasado. Parecía justo el tipo de hombre que la Compañía —y Mat— necesitaban.

Elayne se encontraba cerca de los dragones y hacía preguntas a una mujer con el cabello tejido en trencillas. Debía de ser Aludra, la creadora de los dragones. Egwene se acercó a las armas y posó los dedos en uno de los largos tubos de bronce. Le habían pasado informes sobre ellos, por supuesto. Algunos hombres decían que eran como Aes Sedai, forjados con metal y activados con el polvo explosivo de los fuegos de artificios.

El torrente de refugiados seguía saliendo del acceso; muchos de ellos eran gente de la ciudad.

«Luz —se dijo Egwene para sus adentros—, son muchos. No podemos albergar a toda Caemlyn aquí, en Merrilor».

Elayne acabó la conversación que sostenía y dejó a Aludra para que inspeccionara los dragones. Al parecer, la mujer no estaba dispuesta a descansar durante la noche y a ocuparse de ellos por la mañana. Elayne se encaminó hacia el acceso.

—Los soldados dicen que el aérea fuera de la ciudad es segura —comentó Elayne al pasar por delante de Egwene—. Voy a echar una ojeada.

—Elayne… —dijo Birgitte, que llegó por detrás.

—¡Vamos a ir! Venga.

Egwene dejó que la reina se ocupara de eso y regresó para supervisar el trabajo. Romanda se había puesto al frente de las Aes Sedai y estaba organizando a los heridos en grupos separados, dependiendo de la gravedad de las heridas.

Mientras supervisaba la caótica mezcla, Egwene reparó en un par de personas que se mantenían algo apartadas. Eran una mujer y un hombre illianos, a juzgar por su aspecto.

—¿Qué queréis vosotros?

La mujer se arrodilló delante de ella. Era de tez clara y cabello oscuro; había firmeza en sus rasgos y su porte, a pesar de tener una constitución alta y delgada.

—Soy Leilwin —dijo con un acento inconfundible—. Acompañaba a Nynaeve Sedai cuando se dio el aviso para la Curación. La seguimos aquí.

—Eres seanchan —musitó Egwene, sobresaltada.

—He venido para serviros, Sede Amyrlin.

Seanchan. Egwene todavía asía el Poder Único. Luz, no todos los seanchan que conocía eran peligrosos para ella; aun así, no correría riesgos. Al ver a algunos miembros de la Guardia de la Torre que entraban por uno de los accesos, Egwene señaló a la pareja seanchan.

—Llevaos a éstos a algún lugar seguro y vigiladlos. Me ocuparé de ellos después.

Los soldados asintieron. El hombre fue a regañadientes; la mujer sin resistirse. No tenía capacidad de encauzar, así que no era una *damane* liberada. Lo que, sin embargo, no significaba que no fuera una *sul'dam*.

Egwene regresó con Nynaeve, que seguía de rodillas al lado de Talmanes. Había desaparecido el tono enfermizo de la piel del noble, que ahora estaba pálida.

—Llevadlo a descansar a algún sitio —instruyó Nynaeve en tono cansado a varios miembros de la Compañía que habían observado la Curación y aguardaban—. He hecho todo lo que he podido. —Miró a Egwene mientras los hombres se llevaban al noble.

»Luz —susurró—, esto me ha dejado extenuada, incluso con mi *angreal*. Me sorprende que Moraine lo consiguiera con Tam, años atrás. —En la voz de la mujer parecía haber una nota de orgullo.

Había querido sanar a Tam, pero le había sido imposible; aunque, claro, por aquel entonces Nynaeve no sabía lo que hacía. Había recorrido un largo, largo camino desde aquel día.

—¿Es cierto, madre, lo que dicen de Caemlyn? —preguntó, levantándose.

Egwene asintió con la cabeza.

—Va a ser una noche muy larga —manifestó Nynaeve, que miró a los heridos que seguían saliendo por los accesos.

—Y mañana un día aún más largo —respondió Egwene—. Venga, coliguémonos. Te prestaré mi fuerza.

—Madre… —Nynaeve parecía consternada.

—Eres mejor Curadora que yo. —Egwene sonrió—. Seré la Amyrlin, Nynaeve, pero sigo siendo Aes Sedai. Sirviente de todos. Mi fuerza te será útil.

Nynaeve asintió con un cabeceo y se coligaron. Las dos se reunieron con el grupo de Aes Sedai que Romanda había organizado para Curar a los refugiados con las peores heridas.

—Faile ha estado organizando mi red de espías —le explicó Perrin a Rand mientras los dos se dirigían presurosos hacia el campamento de Perrin—. Tal vez esté reunida con ellos esta noche. Te lo advierto: no estoy seguro de que le agrades.

«Sería necia si le cayera bien —pensó Rand—. Probablemente sabe lo que voy a exigiros antes de que esto haya acabado».

—Bueno, supongo que sí le gusta el hecho de que te conozca —agregó Perrin—. Su prima es una reina, después de todo. Creo que todavía le preocupa que te vuelvas loco y me hagas daño.

—La locura ya ha llegado —repuso Rand—. Y la tengo controlada. En cuanto a hacerte daño, probablemente tu mujer tiene razón. No creo que pueda evitar hacérselo a quienes me rodean. Ha sido una lección dura de aprender.

—Das a entender que estás loco —dijo Perrin.

De nuevo tenía la mano posada en el martillo mientras caminaban. Lo llevaba al costado aunque era grande; era evidente que había tenido que hacer una funda especial para él. Un trabajo de forja impresionante. Rand tenía intención de preguntarle si era una de las armas forjadas con el Poder que sus Asha'man habían estado creando.

—Pero no lo estás, Rand —prosiguió Perrin—. A mí no me lo parece. En absoluto.

Rand sonrió y un pensamiento revoloteó al filo de su mente.

—Estoy loco, Perrin. Mi demencia son estos recuerdos, estos impulsos. Lews Therin intentó imponerse. Yo era dos personas que luchaban por controlarme. Y una de ellas estaba completamente perturbada.

—Luz —susurró Perrin—. Qué cosa más horrible.

—No fue agradable, no. Pero… ahí está el quid de la cuestión, Perrin. Cada vez estoy más convencido de que necesitaba esos recuerdos. Lews Therin era un buen hombre. Yo era un buen hombre. Pero las cosas salieron mal. Me volví demasiado arrogante, di por hecho que podía hacerlo todo yo solo. Tenía que recordar eso. Sin la locura, sin esos recuerdos, podría haberme lanzado de nuevo al ataque solo.

—¿Así que vas a trabajar con los otros? —preguntó Perrin, que desvió la vista hacia el lugar donde Egwene y los otros miembros de la Torre Blanca estaban acampados—. Esto va pareciendo cada vez más un montón de ejércitos reunidos para combatir unos contra otros.

—Haré que Egwene entre en razón —contestó Rand—. Estoy bien, Perrin. Hemos de romper los sellos. No sé por qué se niega a hacerlo.

—Ahora es la Amyrlin. —Perrin se frotó la mejilla—. Es la Vigilante de los Sellos, Rand. Su deber es asegurarse de que se los maneja como es debido.

—En efecto. Y tal es la razón por la que la persuadiré de que mis intenciones son procedentes.

—¿Estás seguro de que hay que romperlos, Rand? ¿Absolutamente seguro?

—Dime una cosa, Perrin. Si un arma o una herramienta de metal se hacen pedazos, ¿podrías volver a unirlas en una pieza de forma que funcionaran correctamente?

—Bueno, puede hacerse —repuso Perrin—. Pero es mejor no hacerlo. La estructura del acero… En fin, que casi siempre es mejor volver a forjarla. Fundirla y empezar de cero.

—Pues con esto es lo mismo. Los sellos están rotos, como una espada. No podemos parchear los trozos. No funcionará. Hay que retirar los fragmentos y hacer algo nuevo que los reemplace. Algo mejor.

—Rand, es la argumentación más razonable que cualquiera ha hecho sobre este tema. ¿Se lo has explicado así a Egwene?

—Ella no es un herrero, amigo mío. —Rand sonrió.

—Es lista, Rand. Más que cualquiera de nosotros. Lo entenderá si se lo explicas bien.

—Veremos. Mañana —contestó Rand.

Perrin dejó de andar; el brillo del orbe creado por Rand con el Poder le alumbraba la cara. Su campamento, al lado del de Rand, albergaba una fuerza tan numerosa como cualquier otra acampada allí. A Rand aún le parecía increíble que Perrin hubiera reunido a tantos, incluidos los Capas Blancas, nada menos. Los espías de Rand le habían informado que todos los del campamento de Perrin parecían serle leales. Incluso las Sabias y las Aes Sedai que estaban con él daban la impresión de sentirse más inclinadas a hacer lo que Perrin decía que a no hacerlo.

Tan cierto como el viento y el cielo, Perrin se había convertido en un rey. Una clase de rey diferente de él; un rey de su pueblo que vivía entre los suyos. Él no podía seguir el mismo camino. Perrin podía permitirse ser un hombre. Él tenía que ser algo más durante un poco más de tiempo. Debía ser un símbolo, una fuerza con la que todo el mundo podía contar.

Era terriblemente agotador. No todo era cansancio físico, sino algo más profundo. Ser lo que la gente necesitaba resultaba agobiante, lo iba desgastando con la tenaz constancia del río que hiende una montaña. Al final, el río ganaría siempre.

—Te apoyo en esto, Rand —le dijo Perrin—. Pero quiero que me prometas que no dejarás que la cosa llegue a mayores. No me enfrentaré a Elayne. Ir contra las Aes Sedai será peor aún. No podemos permitirnos pelear entre nosotros.

—No habrá pelea.

—Prométemelo. —El gesto de Perrin se endureció tanto que uno habría podido partir piedras con él—. Prométemelo, Rand.

—Te lo prometo, amigo mío. Iremos todos unidos a la Última Batalla.

—Eso bastará, entonces.

Perrin entró en su campamento e hizo un saludo con la cabeza a los centinelas. Hombres de Dos Ríos ambos, Reed Soalen y Kert Wagoner. Saludaron a Perrin y luego miraron a Rand e hicieron una reverencia un tanto torpe.

Reed y Kert. Los conocía a los dos; Luz, los había admirado de pequeño, pero ya se había acostumbrado a que la gente que había conocido antaño lo tratara como a un desconocido. Notó como si la carga de la responsabilidad de ser el Dragón Renacido le pesara un poco más.

—Milord Dragón —saludó Kert—. ¿Estamos…? Quiero decir… —Tragó saliva con esfuerzo y miró al cielo y las nubes, que parecían avanzar despacio sobre ellos a pesar de la presencia de Rand—. El panorama no parece bueno, ¿verdad?

—Las tormentas suelen ser malas, Kert —contestó Rand—. Pero Dos Ríos sobrevive a ellas. Y volverá a hacerlo.

—Pero… —siguió Kert—. Tiene mala pinta. La Luz me abrase, vaya si la tiene.

—Será lo que haya que ser. La Rueda gira según sus designios. —Rand miró hacia el norte—. No temáis, Kert, Reed —añadió con suavidad—. Todas las Profecías están a punto de cumplirse. Este momento ya fue visto, y las pruebas que pasaremos se conocen. No vamos a ellas desprevenidos.

No les había prometido que vencerían y tampoco que sobrevivirían, pero los dos hombres se pusieron más erguidos y asintieron con la cabeza, sonrientes. A la gente le gustaba saber que había un plan. Saber que había alguien que controlaba las cosas tal vez fuera el mejor consuelo que Rand podía ofrecerles.

—Dejad ya de molestar al lord Dragón con vuestras preguntas —dijo Perrin—. Ocupaos de vigilar bien esta posición. Nada de echar cabezadas, Kert, y nada de jugar

a los dados.

Los dos hombres volvieron a saludar cuando Perrin y él entraron en el campamento. Allí había más animación que en los otros campamentos de Campo de Merrilor. Parecía que las hogueras brillaban un poco más, que las risas sonaban con algo más de fuerza. Era como si la gente de Dos Ríos se las hubiera arreglado para, de algún modo, llevar la comarca consigo.

—Los lideras bien —comentó Rand en voz baja mientras caminaba deprisa al lado de su amigo.

Perrin señaló con un gesto de la cabeza a los que se encontraban fuera, bajo la noche.

—No tendrían que necesitarme para que les dijera lo que han de hacer, y no hay más que decir.

Sin embargo, cuando llegó un mensajero corriendo al campamento, Perrin tomó las riendas de inmediato. Llamó al delgaducho joven por su nombre y, al fijarse en el rostro enrojecido y las piernas temblorosas del chico —estaba asustado por Rand—, Perrin lo asió del brazo y se lo llevó a un lado para hablar con él en voz baja, pero firme. Luego lo mandó buscar a lady Faile y regresó junto a Rand.

—Tengo que hablar con Rand otra vez —manifestó.

—Pero si estás hablando con…

—Necesito al verdadero Rand, no al hombre que ha aprendido a hablar como una Aes Sedai.

—Soy yo de verdad, Perrin —protestó con un suspiro—. Soy más yo mismo de lo que lo he sido hace muchísimo tiempo.

—Sí, vale, pues no me gusta hablar contigo cuando todas tus emociones están encubiertas.

Un grupo de hombres de Dos Ríos pasó a su lado y saludó. Sintió una punzada de heladora frialdad al ver a aquellos hombres y saber que jamás volvería a ser uno de ellos. Era una sensación que se le hacía más cuesta arriba cuando se trataba de hombres de Dos Ríos. Pero se esforzó por estar más… relajado por bien de Perrin.

—Bien, ¿qué pasa? —preguntó—. ¿Qué te dijo el mensajero?

—Estabas preocupado con razón —contestó Perrin—. Rand, Caemlyn ha caído. La han invadido trollocs.

Rand notó que el semblante le cambiaba y el gesto se le endurecía.

—No te ha sorprendido —comentó Perrin—. Estás preocupado, pero no sorprendido.

—No, no lo estoy —admitió—. Imaginé que atacarían en el sur. He recibido informes de avistamientos de trollocs allí, y estoy casi seguro de que Demandred está involucrado en ello. Nunca se ha sentido a gusto sin un ejército a sus órdenes. Pero Caemlyn… Sí, un movimiento ofensivo muy inteligente. Te dije que intentarían

distraernos. Si consiguen que Andor se retire y atraen sus fuerzas hacia allí, mi alianza será mucho más frágil.

Perrin echó una ojeada hacia donde se levantaba el campamento de Elayne, al lado del de Egwene.

—¿Y no sería positivo para ti que Elayne se fuera? Está en el bando contrario de este enfrentamiento.

—No hay otros bandos, Perrin. Sólo hay uno, con desacuerdo en el camino que debemos seguir. Si Elayne no se encuentra aquí para formar parte de la asamblea, minará todo lo que intento lograr. Probablemente ella es la más poderosa de todos los dirigentes.

Por supuesto, Rand la sentía a través del vínculo. Ese aguijonazo de alarma que percibía en ella le revelaba que ya había recibido la información sobre el ataque. ¿Debería ir a reunirse con ella? Quizá podría mandar a Min. Se había levantado y se alejaba de la tienda donde la había dejado. Y… Parpadeó. Aviendha. También estaba allí, en Merrilor. Unos instantes antes no estaba, ¿verdad? Perrin lo miraba, pero no se molestó en borrar la expresión conmocionada que reflejaba su rostro.

—No podemos dejar que Elayne se marche —dijo Rand.

—¿Ni siquiera para proteger su reino? —inquirió Perrin con incredulidad.

—Si los trollocs ya han tomado Caemlyn, es demasiado tarde para que Elayne haga algo que merezca la pena. Las fuerzas de Elayne se enfocarán en la evacuación. Ella no tiene que estar presente para que esa tarea se lleve a cabo, pero sí es necesario que se quede aquí. Mañana por la mañana.

¿Cómo podía asegurarse de que se quedara? Elayne no reaccionaba bien a cualquier cosa que se le dijera que hiciese; era algo que les ocurría a todas las mujeres. Pero si él daba a entender…

—Rand, ¿y si mandamos a los Asha’man? ¿A todos ellos? Podríamos presentar batalla en Caemlyn.

—No —se opuso, aunque decirlo era doloroso—. Perrin, si de verdad la ciudad ha sido invadida, y voy a enviar hombres para asegurarme de que es así, entonces está perdida. Volver a controlar esas murallas costaría un esfuerzo excesivo, al menos en este momento. No podemos permitir que esta coalición se desarticule antes de que yo tenga ocasión de forjar la unión. Mantenernos unidos nos protegerá. Si cada uno de nosotros sale corriendo para apagar incendios en sus países, entonces habremos perdido. Tal es la finalidad de este ataque.

—Supongo que tienes razón… —comentó Perrin mientras toqueteaba el martillo.

—Ese asalto podría poner nerviosa a Elayne, empujarla a actuar. —Rand sopesó distintas acciones posibles—. Quizás esto la haga sentirse más inclinada a aceptar mi plan. Sería estupendo.

Perrin frunció el entrecejo.

«Con qué rapidez he aprendido a utilizar a otros», se dijo Rand. Había aprendido a reír otra vez. Había aprendido a aceptar su destino y a marchar hacia él con una sonrisa. Había aprendido a sentirse en paz con quien había sido y con lo que había hecho.

Ese conocimiento no le impediría que utilizara los instrumentos que le habían dado. Los necesitaba. Los necesitaba a todos. Ahora la diferencia era que veía a la gente como era, no como unas herramientas que podía usar. Eso se dijo a sí mismo.

—Sigo pensando que deberíamos hacer algo para ayudar a Andor —insistió Perrin mientras se rascaba la barba—. ¿Cómo crees que entraron sin ser vistos?

—Por una puerta de los Atajos —respondió Rand, absorto.

—Bueno —murmuró Perrin—, dijiste que los trollocs no pueden Viajar a través de los accesos. ¿Crees que habrán aprendido a solucionar eso?

—Quiera la Luz que no sea así —deseó con fervor—. Los únicos Engendros de la Sombra a los que lograron hacer pasar a través de los accesos eran los *gholam*, y Aginor no era tan estúpido para crear más que unos pocos seres de ésos. No, apostaría incluso contra Mat que lo han hecho a través de la puerta de los Atajos de Caemlyn. ¡Creía que ella tendría esa puerta vigilada!

—Pues si fue por una puerta de los Atajos, podemos hacer algo al respecto —dijo Perrin—. No podemos tener trollocs campando por sus respetos en Andor; si se marchan de Caemlyn, los tendremos en la retaguardia y será un desastre. Pero si entran por un único sitio, quizá podríamos interrumpir la invasión con un ataque a ese punto.

Rand esbozó una sonrisa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Perrin.

—Yo al menos tengo una excusa para saber y entender cosas que ningún joven de Dos Ríos debería saber ni entender.

—Ve y tírate al Manantial —contestó Perrin con un resoplido de sorna—. ¿De verdad crees que es Demandred?

—Es exactamente el tipo de maniobra que él haría. Separa a tus enemigos y luego aplástalos de uno en uno. Es una de las estrategias de guerra más antiguas.

El propio Demandred la había descubierto en los escritos antiguos. Ignoraban todo sobre las guerras cuando la Perforación se abrió por primera vez. Oh, habían pensado que lo entendían, pero era la comprensión de un estudioso que revisa algo antiguo y polvoriento.

De todos los que se habían incorporado a las filas de la Sombra, la traición de Demandred pareció la más trágica. Ese hombre habría podido ser un héroe. Tendría que haberlo sido.

«Eso también es culpa mía —pensó Rand—. Si le hubiera echado una mano en lugar de esbozar una sonrisa de suficiencia, si lo hubiera felicitado en lugar de

competir con él… Si entonces hubiera sido el hombre que soy ahora…»

Eso ya daba igual. Tenía que pensar en Elayne. Lo que debía hacer era enviar ayuda para evacuar la ciudad, Asha'man y Aes Sedai leales que abrieran accesos y liberaran a tanta gente como les fuera posible… Y asegurarse de que, por el momento, los trollocs permanecieran en Caemlyn.

—En fin, supongo que esos recuerdos tuyos sirven para algo, pues —comentó Perrin.

—¿Sabes lo que me da que pensar y no dejo de darle vueltas, Perrin? —susurró en voz baja Rand—. ¿Lo que me provoca escalofríos, como si me rozara el aliento gélido de la propia Sombra? La infección es lo que me volvió loco y lo que me dio recuerdos de mi vida anterior. Me llegaron como susurros de Lews Therin. Pero la locura es lo que me da las claves que necesito para vencer. ¿No te das cuenta? Si salgo victorioso, será la propia infección la que conduzca al Oscuro a su caída.

Perrin soltó un suave silbido.

«Mi redención —pensó Rand—. Cuando intenté esto la última vez, mi locura nos destruyó. Esta vez, nos salvará».

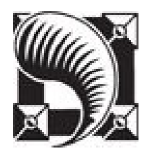
—Ve con tu esposa, Perrin —dijo, alzando la vista al cielo—. Ésta será la última noche que viviremos algo semejante a la paz antes del final. Investigaré y veré hasta qué punto van mal las cosas en Andor. —Miró a su amigo—. No olvidaré mi promesa. La unión ha de anteponerse a todo lo demás. La última vez fui derrotado precisamente por tirarla por la borda.

Perrin asintió con un cabeceo y apoyó la mano en el hombro de Rand.

—Que la Luz te ilumine —deseó.

—Y a ti, amigo mío.

2



La elección de un Ajah

Pevara hizo cuanto le fue posible para fingir que no estaba aterrorizada. Si esos Asha'man la conocieran se habrían dado cuenta de que permanecer sentada, sin moverse y callada, no era propio de ella. Se retrotrajo a los tiempos de entrenamiento básico Aes Sedai: aparentar que tenía controlada la situación cuando lo que sentía era todo lo contrario.

Hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Canler y Emarin se habían retirado para visitar a los chicos de Dos Ríos y asegurarse de que siempre se movieran de aquí para allá en parejas. Lo cual volvía a dejarlos solos a Androl y a ella. El hombre bregaba en silencio con las correas de cuero mientras la lluvia seguía cayendo fuera; utilizaba dos agujas para hacer las puntadas, cruzándolas por los agujeros de un lado al otro. Lo hacía con la concentración de un maestro del oficio.

Pevara se levantó y se aproximó despacio a Androl; el Asha'man alzó la vista bruscamente cuando la tuvo casi al lado. Pevara contuvo una sonrisa; puede que no diera esa impresión, pero sabía moverse en silencio cuando era preciso.

Miró por la ventana. Cada vez llovía más y cortinas de agua azotaban los cristales.

—Después de muchas semanas de amenazar con descargarse una tormenta en cualquier momento, por fin ha llegado —comentó.

—Esas nubes tenían que romper antes o después —dijo Androl.

—No parece una lluvia natural —respondió, con las manos cruzadas a la espalda. Le llegaba la frialdad a través del cristal—. No mengua ni arrecia, sino que es la misma lluvia tormentosa, constante e ininterrumpida. Muchos relámpagos, pero pocos truenos.

—¿Creéis que es uno de esos incidentes? —preguntó el hombre.

No tuvo que aclarar a lo que se refería con «incidentes». A principios de la semana, la gente corriente de la Torre —ninguno de los Asha'man— había empezado a estallar en llamas. De pronto se prendían fuego, de forma inexplicable. Habían perdido alrededor de cuarenta personas. Todavía había muchos que echaban la culpa a algún Asha'man malintencionado, aunque los hombres habían jurado que no había nadie cerca que estuviera encauzando.

Pevara sacudió la cabeza mientras seguía con la mirada a un grupo de gente que pasaba por la calle embarrada caminando de forma trabajosa. Ella había sido una de

las que, al principio, habían creído que las muertes eran obra de un Asha’man que se había vuelto loco. Ahora daba por sentado que dichos incidentes y otras singularidades se debían a algo mucho peor.

El mundo estaba desintegrándose.

Tenía que ser fuerte. Ella misma había discurrido el plan de llevar allí a las mujeres para vincular a esos hombres, aunque lo había sugerido Tarna. No iba a permitir que descubrieran lo perturbador que le resultaba estar atrapada allí y enfrentarse a enemigos con potencial para hacer que una persona se pasara a la Sombra en contra de su voluntad. Sus únicos aliados eran hombres como los que, hacía sólo unos meses, ella habría perseguido con diligencia y habría amansado sin el menor remordimiento.

Tomó asiento en la banqueta que Emarin había utilizado un rato antes.

—Me gustaría hablar de ese «plan» que estáis fraguando —le dijo.

—No estoy seguro de haber fraguado uno todavía, Aes Sedai.

—Quizá yo podría hacer algunas sugerencias.

—No me opondré a oírlas —respondió Androl. Entonces estrechó los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Esa gente de fuera. No reconozco a nadie, y…

Pevara se volvió hacia la ventana. La única iluminación que alumbraba la lluviosa noche —un suave y discontinuo fulgor rojo anaranjado— procedía de los edificios. Los transeúntes aún se movían muy despacio calle abajo, entrando y saliendo de la luz procedente de las ventanas.

—La ropa que llevan no está mojada —susurró Androl.

Con un escalofrío, Pevara se dio cuenta de que el Asha’man tenía razón. El hombre que iba al frente del grupo se cubría la cabeza con un sombrero de ala ancha y baja, pero la prenda no rompía la cortina de lluvia ni goteaba. El aguacero no parecía que tocara el rústico atuendo del hombre. Y el vestido de la mujer que iba junto a él no se movía nada con el ventarrón. Pevara se fijó entonces en uno de los hombres más jóvenes, que llevaba una mano hacia atrás como si tirara de las riendas de un animal… Pero ningún animal lo seguía…

Pevara y Androl observaron en silencio el paso de las figuras hasta que estuvieron demasiado lejos en la noche para poder verlas. Las apariciones de muertos se estaban haciendo cada vez más frecuentes.

—¿Decíais que teníais una sugerencia? —preguntó Androl. La voz sonó temblorosa.

—Eh… Sí. —Pevara apartó la vista de la ventana merced a un gran esfuerzo—. Hasta el momento, la fijación de Taim ha sido con las Aes Sedai. Tiene en su poder a todas mis hermanas. Yo soy la última que queda.

—Queréis decir que os prestáis a servir de cebo.

—Vendrán por mí —respondió—. Sólo es cuestión de tiempo.

Androl toqueteó la correa de cuero y pareció complacido con el resultado.

—Deberíamos sacaros de aquí a hurtadillas —le dijo a Pevara.

—Vaya. —Pevara enarcó las cejas—. He sido ascendida a la posición de doncella necesitada de protección, ¿verdad? Cuán valiente sois.

—¿Sarcasmo? —El hombre se había puesto colorado—. ¿De una Aes Sedai? Nunca habría imaginado semejante cosa.

—Ay, Androl —repuso ella riendo—. No sabéis nada sobre nosotras, ¿verdad?

—¿Sinceramente? No. He evitado a las de vuestra clase casi toda mi vida.

—Bueno, si se tiene en cuenta vuestra… predisposición innata, quizá fue una decisión juiciosa.

—Antes no podía encauzar.

—Pero lo sospechabais. Acudisteis aquí para aprender.

—Sentía curiosidad —respondió él—. Era algo que nunca había intentado hacer.

«Interesante —pensó Pevara—. Entonces, ¿es eso lo que os motiva, talabartero? ¿Lo que os ha hecho ir a la deriva de un lugar a otro?»

—Sospecho —dijo en voz alta— que nunca habéis intentado saltar por un acantilado. Que uno no haya hecho algo no siempre es una razón para intentarlo.

—De hecho, he saltado de un acantilado. De varios.

Ella lo miró y arqueó una ceja.

—Los Marinos lo hacen —explicó Androl—. Se tiran al océano. Cuanto más valientes son, más alto es el acantilado que eligen para saltar. Y de nuevo habéis cambiado el tema de conversación, Pevara Sedai. Tenéis mucha destreza en ese terreno.

—Gracias.

—La razón de que sugiriera sacaros de aquí a escondidas —dijo, levantando un dedo—, es porque ésta no es vuestra batalla. No tenéis por qué caer aquí.

—¿Y no será porque deseáis libraros de una Aes Sedai para que deje de meterse en vuestros asuntos?

—Acudí a vos en busca de ayuda —contestó Androl—. No quiero librarme de vos; os utilizaré sin ningún problema. Sin embargo, si murieseis aquí, lo haríais en una lucha que no es la vuestra. No es justo.

—Dejadme explicaros una cosa, Asha'man —dijo Pevara al tiempo que se inclinaba hacia adelante—. Ésta sí es mi lucha. Si la Sombra se apodera de esta torre, tendrá consecuencias terribles para la Última Batalla. He aceptado responsabilizarme de vos y de los vuestros; no renunciaré a ese compromiso por las buenas.

—¿Cómo que habéis aceptado «responsabilizaros» de nosotros? ¿Qué significa eso?

«Ah, quizá no debí hablar de ello». Sin embargo, si iban a ser aliados tal vez él

debería saberlo.

—La Torre Negra necesita orientación —explicó.

—¿Así que ésa es la razón de vincularnos? —inquirió Androl—. ¿Para… meternos en un corral, como garañones a los que domar?

—No seáis necio. Seguro que reconoceréis el valor de la experiencia de la Torre Blanca.

—No sé si afirmaría tal cosa —respondió Androl—. Con la experiencia llega una determinación de aferrarse a los procedimientos propios, de eludir experiencias nuevas. Todas las Aes Sedai dais por sentado que la forma en que se han hecho las cosas es el único modo de hacerlas. Bien, pues, la Torre Negra no dejará que la sometáis. Somos capaces de cuidar de nosotros mismos.

—Y hasta ahora lo habéis hecho maravillosamente bien, ¿no?

—Eso ha sido un golpe bajo —reprochó él en voz queda.

—Tal vez lo ha sido —admitió—. Lo siento.

—Vuestras motivaciones no me sorprenden —continuó Androl—. Lo que os proponíais al venir aquí resultaba evidente hasta para el soldado más débil. La pregunta que quiero haceros es: ¿por qué, de todas las mujeres que hay en la Torre Blanca, mandaron hermanas Rojas a vincularnos?

—¿Y quién mejor? Nos hemos dedicado toda la vida a tratar con hombres capacitados para encauzar.

—Vuestro Ajah está condenado a desaparecer.

—¿De veras?

—Su razón de existir es que deis caza a hombres que encauzan —dijo Androl—. Para amansarlos. Para… deshaceros de ellos. Bien, pues, la Fuente está limpia.

—Eso es lo que todos vosotros decís.

—Lo está, Pevara. Todo llega y todo pasa, y la Rueda gira. Hubo un tiempo en que la Fuente era pura, y había de volver a serlo algún día. Ha ocurrido.

«¿Y la forma en que miras a las sombras, Androl? —pensó Pevara—. ¿Es eso una indicación de pureza? ¿Y el modo en que Nalaam masculla en idiomas desconocidos? ¿Crees que no nos hemos dado cuenta de esas cosas?»

—Tenéis dos opciones como Ajah —prosiguió el hombre—. Podéis seguir dándonos caza, sin hacer caso de la evidencia de que la Fuente está limpia, o podéis renunciar a pertenecer al Ajah Rojo.

—Tonterías. De todos los Ajahs, el Rojo debería ser vuestro principal aliado.

—¡El único propósito de que exista es nuestra destrucción!

—Existe para asegurarse de que hombres capaces de encauzar no se hagan daño a sí mismos ni se lo hagan sin querer a quienes los rodean. ¿No os parece que también es uno de los propósitos de la Torre Negra?

—Supongo que puede serlo en parte. El único propósito que se me dijo es que

habíamos de convertirnos en armas para el Dragón Renacido, pero evitar que buenos hombres se hagan daño sin el entrenamiento adecuado también es importante.

—Entonces, podemos converger en esa idea, ¿o no?

—Me gustaría creer que tal cosa es posible, Pevara, pero he visto la forma en que vos y las vuestras nos miráis. Nos veis como… Como una mancha que hay que limpiar o como veneno que hay que embotellar.

Pevara negó con la cabeza.

—Si lo que decís es verdad y la Fuente está limpia, entonces los cambios llegarán, Androl. El Ajah Rojo y los Asha'man trabajarán juntos en un propósito común y crecerán con el tiempo. Estoy dispuesta a trabajar con vosotros ahora, aquí.

—A contenernos.

—A guiaros. Por favor, confiad en mí.

Él la observó a la luz de las numerosas lámparas del cuarto. El rostro varonil era sincero. Pevara comprendió el motivo de que otros lo siguieran a pesar de que era el más débil de todos. Poseía una extraña mezcla de pasión y humildad. Ojalá no fuera un… Bueno… Lo que era.

—Me gustaría poder creeros —dijo Androl, que desvió la mirada—. Sois distinta de las otras, lo admito. No parecéis Roja.

—Creo que descubriríais que hay más diversidad entre nosotras de lo que suponéis. No es un único motivo lo que lleva a una mujer a elegir el Rojo.

—Aparte de la androfobia, queréis decir.

—Si os odiáramos, ¿habríamos venido con la intención de vincularos?

Eso era una evasiva, a decir verdad. Aunque ella no sintiera aversión hacia los hombres, había muchas Rojas que sí; cuando menos, muchas los miraban con desconfianza. Albergaba la esperanza de cambiar eso.

—A veces las motivaciones de las Aes Sedai son extrañas —dijo Androl—. Eso lo sabe todo el mundo. En cualquier caso, por diferente que vos seáis de muchas de vuestras hermanas, he visto esa mirada en vuestros ojos. —Meneó la cabeza—. No creo que hayáis venido para ayudarnos. Como tampoco creo que las Aes Sedai que cazaban hombres encauzadores pensaran realmente que los estaban ayudando. Y como tampoco creo que el verdugo piense que le hace un favor al reo al matarlo. El solo hecho de que haya que hacer ciertas cosas no convierte en amigo a quien las lleva a cabo, Pevara Sedai. Lo siento.

Retomó el trabajo con las piezas de cuero, cerca de la luz de una linterna que había en la mesa.

Pevara notó que su irritación iba en aumento. Había estado a punto de conseguirlo. Le caían bien los hombres; a menudo había pensado que podía ser ventajoso tener Guardián. ¿Es que ese necio era incapaz de ver la mano que se le tendía a través del abismo?

«Tranquilízate, Pevara —pensó—. No llegarás a ninguna parte si te domina la ira». Necesitaba tener a ese hombre de su parte.

—Eso va a ser una silla, ¿no? —dijo.

—Sí.

—Escalonáis las puntadas.

—Es mi método —contestó él—. Sirve para prevenir rasgaduras con el estiramiento. Además, me parece que queda bonito así.

—Usáis un buen hilo de lino, ¿verdad? ¿Encerado? ¿Y utilizáis un cincel de costura de una cabeza o de dos? No lo vi bien.

—¿Sabéis algo de talabartería? —le preguntó, al tiempo que la miraba con aire desconfiado.

—Por mi tío —repuso—. Me enseñó algunas cosas. Me dejaba trabajar en su taller cuando era pequeña.

—Quizá lo conozca.

Se quedó callada. A pesar de todos los comentarios de Androl respecto a que era buena para llevar una conversación hacia donde quería, había dirigido la que sostenían ahora hacia donde no quería ir.

—¿Y bien? —insistió él—. ¿De dónde es vuestro tío?

—De Kandor.

—¿Sois kandoresa? —inquirió, sorprendido.

—Pues claro que lo soy. ¿Es que no lo parezco?

—Es sólo que me creía capaz de reconocer cualquier acento —contestó Androl mientras tensaba un par de puntadas—. He estado allí. A lo mejor sí conozco a vuestro tío.

—Está muerto. Asesinado por Amigos Siniestros.

Androl se quedo callado.

—Lo siento —dijo después.

—De eso hace ya más de cien años. Echo de menos a mi familia, pero todos habrían muerto a estas alturas aunque los Amigos Siniestros no los hubieran matado. Todos los que conocía allí están muertos.

—En tal caso, mi pesar es más profundo. De verdad.

—Pasó ya hace mucho —manifestó Pevara—. Los recuerdo con cariño, sin que me importune el dolor. ¿Y qué me decíais de vuestra familia? ¿Tenéis hermanos? ¿Sobrinas, sobrinos?

—Unos pocos de cada.

—¿Los veis alguna vez?

Androl la miró de nuevo antes de hablar.

—Intentáis meterme en una conversación amistosa para demostrar que no os sentís incómoda teniéndome cerca. Pero he visto el modo en que vosotras, las Aes

Sedai, miráis a personas de mi misma condición.

—Yo no…

—Decid que no os parecemos repulsivos.

—No creo que lo que hacéis sea…

—Una respuesta directa, Pevara.

—Muy bien, de acuerdo. Los hombres que encauzan me hacen sentir incómoda. Vos provocáis que sienta picazón por todas partes, y va en aumento cuanto más tiempo llevo aquí, rodeada por vosotros.

Androl asintió con aire satisfecho por haber conseguido que lo admitiera.

—Sin embargo —prosiguió Pevara—, me siento así porque es algo que se ha ido arraigando en mí a lo largo de décadas. Lo que hacéis es tremendamente anormal, pero vos no me desagradáis. Sois un hombre que intenta hacer las cosas lo mejor posible, y no puedo pensar que eso sea causa de desagrado. En cualquier caso, estoy dispuesta a dejar atrás mis inhibiciones por el bien de todos.

—Es más de lo que había esperado, supongo. —Androl miró hacia los cristales de la ventana contra los que repiqueteaba la lluvia—. La infección está limpia. De modo que ya no es anormal que un hombre encauce. Ojalá… Cómo me gustaría poder demostrároslo, mujer. —Volvió la vista— hacia ella de repente. —¿Cómo se crea uno de esos círculos que habéis mencionado?

—Bueno, en realidad nunca lo he llevado a cabo con un encauzador, por supuesto —manifestó Pevara—. Leí algunas cosas antes de venir aquí, pero gran parte de los expedientes que tenemos se basan en meros rumores. Son tantas las cosas que se han perdido… Veamos, para empezar, debéis poneros al filo de abrazar la Fuente, y después tenéis que abriros a mí. Así es como se establece la coligación.

—De acuerdo. Vos no estáis asiendo la Fuente, sin embargo.

Era realmente injusto que un hombre supiera si una mujer asía el Poder Único o no. Pevara abrazó la Fuente y se hinchió del dulce néctar que era el *Saidar*.

Buscó el contacto con Androl para coligarse con él igual que lo hacía con una mujer. Era así como se suponía que debía empezar, según las anotaciones. Pero no se parecía en nada. El *Saidin* era un torrente, y lo que había leído era cierto: no le era posible hacer nada con los flujos.

—Funciona; mi poder fluye hacia vos —musitó Androl.

—Sí, pero cuando un hombre y una mujer se coligan es él quien ha de asumir el control. Debéis poneros al frente.

—¿Cómo? —preguntó Androl.

—Lo ignoro. Yo intentaré pasaros la iniciativa ahora. Vos debéis controlar los flujos.

Él la miró y Pevara se preparó para pasarle el control. No obstante, de algún modo, fue él quien lo asió. Pevara se encontró atrapada en la tempestuosa coligación,

atraída bruscamente como si le tiraran del pelo y la arrastraran.

La fuerza casi hizo que le castañetearan los dientes, y la sensación fue como si le estuvieran arrancando la piel. Cerró los ojos, hizo una profunda inhalación, y se obligó a no resistirse. Había hecho aquello porque quería; porque podía ser útil. Pero no pudo evitar sentir un instante de pánico.

Estaba coligada con un encauzador, una de las cosas más temibles que conocía. Ahora él tenía control sobre ella, por completo. El poder de Pevara fluyó a través de ella y se derramó en Androl, que dio un respingo.

—Cuánto… —susurró el hombre—. Luz, sois muy fuerte.

Pevara se permitió sonreír. La coligación iba unida a una avalancha de percepción. Percibió las emociones de Androl. Estaba tan asustado como ella. Y era muy… íntegro. Pevara había imaginado que estar coligada con él sería terrible debido a la locura, pero no percibía nada que se le pareciera.

Empero, el *Saidin*… Ese fuego líquido con el que Androl se debatía, como una serpiente que intentaba consumirlo. Pevara se echó hacia atrás.

¿Estaba infectado? No podía negarlo con certeza. El *Saidin* era tan diferente, tan ajeno a ella… Informes fragmentados sobre los primeros días describían la infección como una mancha de aceite sobre un río. Bien, alcanzaba a ver un río; más bien un arroyo. Por lo visto, Androl había sido sincero con ella y tenía muy poca fuerza. No percibió mancha de infección; claro que tampoco sabía qué tenía que buscar.

—Me pregunto… —empezó a decir Androl—. Me pregunto si podría abrir un acceso con este poder.

—Los accesos ya no funcionan en la Torre Negra.

—Lo sé, pero aun así percibo que lo tengo al alcance, un poco más allá de las puntas de los dedos —explicó él.

Pevara abrió los ojos y lo miró. Sentía la sinceridad dentro del círculo, pero crear un acceso requería muchísimo Poder Único, al menos para una mujer. Androl debía de poseer una magnitud demasiado débil para ese tejido. ¿Sería necesario un nivel de fuerza diferente para un hombre?

Utilizando de algún modo su poder mezclado con el de él, Androl adelantó una mano. Pevara lo sintió tirar del Poder Único a través de ella; trató de mantener la compostura, pero no le gustaba que él tuviera el control. ¡No podía hacer nada!

—Androl, soltadme —dijo.

—Es maravilloso… —susurró él al tiempo que se ponía de pie, desenfocados los ojos—. ¿Es esto lo que se siente, siendo uno de los otros? ¿Los que tienen fuerza en el Poder?

Absorbió más poder de Pevara y lo utilizó. Los objetos del cuarto empezaron a alzarse en el aire.

—¡Androl!

Pánico. Era el mismo pánico que había experimentado cuando supo que sus padres habían muerto. No había vuelto a sentir un terror así hacía más de un siglo, desde que se sometió a la prueba para obtener el chal.

El hombre tenía el control de su poder para encauzar. Un control absoluto. Pevara empezó a jadear e intentó conectar con él. No podía utilizar el *Saidar* mientras él no lo soltara y se lo pasara; pero también podía usarlo contra ella. Imágenes del hombre valiéndose de la fuerza de ella para atarla con Aire pasaron veloces por su mente. No estaba en su mano romper la coligación. Sólo podía hacerlo él.

De pronto, Androl fue consciente de lo que pasaba y se le desorbitaron los ojos. El círculo se desvaneció como un parpadeo y Pevara recobró su poder. Sin pensarlo, arremetió. Aquello no volvería a pasar. El control lo tendría ella. Los tejidos surgieron antes de que se diera cuenta de lo que hacía.

Androl cayó de rodillas mientras echaba la cabeza hacia atrás y con una mano barría la superficie de la mesa, tirando herramientas y trozos de cuero al suelo. El hombre soltó un grito ahogado.

—¿Qué habéis hecho? —dijo, jadeante.

—Taim dijo que podíamos elegir a cualquiera de vosotros —farfulló Pevara a la par que se daba cuenta de lo que había hecho.

Lo había vinculado. En cierto modo, lo que le había hecho él, pero a la inversa. Trató de calmar los latidos desenfrenados del corazón. Una percepción del hombre brotó en el fondo de su mente, semejante a la experimentada cuando estaban unidos en el círculo, pero más personal. Más íntima.

—¡Taim es un monstruo! —gruñó él—. Vos lo sabéis. ¿Aceptáis lo que dice que podéis hacer y lo lleváis a cabo sin mi permiso?

—Yo… Yo…

Androl apretó los dientes y Pevara notó algo de inmediato. Algo ajeno, algo extraño. Era como mirarse a sí misma. Como sentir sus emociones volviendo a ella una y otra y otra vez en un giro interminable.

Su yo, su esencia, mezclada con la de él durante lo que parecía una eternidad. Sabía lo que significaba ser él, pensar como él. Vio la vida del hombre en un abrir y cerrar de ojos, se quedó absorta en sus recuerdos. Emitió un grito ahogado y cayó de rodillas delante del hombre.

La sensación casi se disipó; no del todo, pero perdió intensidad. El proceso era como haber nadado cien leguas a través de agua hirviente y emerger en ese momento habiendo olvidado lo que era tener sensaciones normales.

—Luz… —susurró—. ¿Qué ha pasado?

Androl yacía de espaldas en el suelo. ¿Cuándo se había caído? El hombre parpadeó y miró el techo.

—He visto hacerlo a alguno de los otros. Algunos Asha’man vinculan a sus

esposas.

—¿Me habéis vinculado? —inquirió, horrorizada.

Androl gimió y rodó sobre el costado.

—Vos me lo hicisteis primero.

Espantada, Pevara se dio cuenta de que aún podía sentir las emociones de él. Su esencia. Incluso podía comprender parte de lo que estaba pensando. No los pensamientos en sí, sino ciertas sensaciones que eran producto de esos pensamientos.

Androl sentía desconcierto, preocupación y… curiosidad. Curiosidad respecto a la nueva experiencia. «¡Estúpido!»

Pevara había confiado en que, de algún modo, los dos vínculos se hubieran anulado el uno al otro. Pero no había ocurrido así.

—Tenemos que poner fin a esto —dijo la mujer—. Os liberaré, lo juro. Solamente… liberadme.

—No sé cómo hacerlo —contestó Androl; se puso de pie y respiró hondo—. Lo siento.

Decía la verdad.

—Lo del círculo fue una mala idea —comentó Pevara.

Androl le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie, pero ella no la aceptó y se incorporó por su cuenta.

—Me parece que fue una mala idea vuestra antes que mía.

—En efecto —admitió ella—. Fue mía antes, pero puede que sea una de las peores que he tenido. —Se sentó—. Hemos de reflexionar sobre lo ocurrido, hallar el modo de…

La puerta de la tienda se abrió de golpe.

Androl giró velozmente sobre los talones al tiempo que Pevara abrazaba la Fuente. Androl empuñó el troquelador como si fuese un arma. También había asido el Poder Único. Pevara percibía esa fuerza ardiente dentro de él; débil por su escaso poder, como un pequeño chorro de magma, pero aun así abrasadora. Percibió el temor reverencial del hombre. Así que experimentaba lo mismo que ella. Abrirse al Poder Único era como ver por primera vez, como si el mundo cobrara vida.

Por fortuna, ni el arma improvisada ni el Poder Único eran necesarios. El joven Evin se encontraba en el umbral; la lluvia le resbalaba por las mejillas. Cerró la puerta y se dirigió presuroso hacia el banco de trabajo de Androl.

—Androl, es… —Se quedó paralizado al verla a ella.

—Evin, estás solo —dijo Androl.

—He dejado a Nalaam para que vigile —explicó, jadeante—. Era importante, Androl.

—No debemos quedarnos solos nunca, Evin —lo reprendió Androl—. Jamás. Siempre en parejas. Sea cual sea la emergencia que surja.

—Lo sé, lo sé. Lo lamento. Es que… la noticia, Androl… —Echó una ojeada hacia Pevara.

—Habla —instó Androl.

—Welyn y su Aes Sedai han regresado —informó Evin.

Pevara percibió la tensión repentina que experimentaba Androl.

—¿Es aún… uno de nosotros? —preguntó luego.

Evin negó con la cabeza.

—Es uno de ellos —confirmó, descompuesto el semblante—. Probablemente Jenare Sedai también lo es. No la conozco lo suficiente para estar seguro. Sin embargo, Welyn… Sus ojos ya no son los de antes y ahora sirve a Taim.

Androl gimió. Welyn había salido con Logain. Androl y los otros habían abrigado la esperanza de que, aunque hubieran capturado a Mezar, Logain y Welyn estuvieran libres y siguieran siendo los de siempre.

—¿Y Logain? —susurró Androl.

—No ha venido —respondió el muchacho—. Pero Welyn dice que Logain regresará pronto. Y que se ha reunido con Taim y han resuelto sus diferencias. Welyn no deja de prometer que Logain llegará mañana para demostrarlo. Androl, se acabó. Ahora hemos de admitirlo. Lo han atrapado.

Pevara percibió que Androl coincidía con el chico; y también notó su espanto, espejo del que experimentaba ella misma.

Aviendha se movió a través de los oscuros campamentos en silencio.

Tantos grupos. Debía de haber al menos unas cien mil personas reunidas allí, en Campo de Merrilor. Todas esperando. Como cuando uno inhalaba y contenía la respiración antes de dar un gran salto.

Los Aiel la vieron, pero Aviendha no se acercó a ellos. Los habitantes de las tierras húmedas no repararon en ella, excepto un Guardián que la vio mientras bordeaba el campamento de las Aes Sedai. En aquel campamento había mucho movimiento y actividad. Había ocurrido algo, aunque Aviendha sólo captó fragmentos deslavazados. Algo de un ataque trolloc en algún sitio.

Oyó lo suficiente para determinar que el ataque se había producido en Andor, en la ciudad de Caemlyn. Había preocupación por si los trollocs abandonaban la ciudad y empezaban a arrasar todo el país.

Tenía que saber algo más; ¿danzarían las lanzas esa noche? A lo mejor Elayne compartía con ella todo lo que sabía. Se alejó en silencio del campamento Aes Sedai. Pisar sin hacer ruido en aquellas tierras húmedas, con sus plantas exuberantes, presentaba retos distintos de los de la Tierra de los Tres Pliegues. Allí, el terreno seco a menudo era polvoriento, lo cual amortiguaba el ruido de los pasos. Aquí, una ramita seca podía encontrarse escondida, inexplicablemente, debajo de la hierba húmeda.

Intentó no pensar lo agostada que le parecía esa hierba. Antaño, habría considerado una vegetación exuberante aquellas plantas de tonos pardos. Ahora, sabía que no deberían tener una apariencia tan desvaída y tan… mustia.

Plantas marchitas. Pero ¿qué estaba pensando? Meneó la cabeza y se deslizó, entre las sombras, fuera del campamento Aes Sedai. Se planteó regresar a hurtadillas y sorprender al Guardián —que se encontraba oculto en una grieta tapizada de musgo marchito que había en un antiguo edificio derruido, desde donde vigilaba el perímetro del campamento Aes Sedai—, pero descartó enseguida la idea. Quería reunirse con Elayne y preguntarle los detalles del ataque.

Se aproximó a otro campamento ajetreado, situado al resguardo de las ramas desnudas de un árbol —ignoraba qué clase de árbol era, pero las ramas se extendían mucho a lo ancho y a lo alto— y se deslizó dentro del perímetro vigilado. Un par de habitantes de las tierras húmedas, vestidos de blanco y rojo, se hallaban de «guardia» cerca de una fogata. No captaron su presencia en absoluto, si bien pegaron un brinco y enarbolaron las picas hacia unos matorrales situados a sus buenos treinta pies de distancia cuando un animal los hizo crujir al meterse en ellos.

Aviendha meneó la cabeza con desdén y pasó de largo sin que la vieran.

Adelante. Tenía que seguir adelante. ¿Y qué pasaba con Rand al’Thor y sus planes para el día siguiente? Eran otras preguntas que quería hacerle a Elayne.

Los Aiel precisaban una meta para seguir adelante una vez que Rand al’Thor dejara de necesitarlos. Eso era muy obvio a raíz de sus visiones. Tenía que encontrar una forma de darle eso a su pueblo. Quizá deberían regresar a la Tierra de los Tres Pliegues. Pero… no. No. Se le rompía el corazón, pero debía admitir que si los Aiel hacían eso se dirigirían a sus tumbas. Tal vez su desaparición como pueblo no fuera inmediata, pero llegaría. El mundo cambiante, con nuevos aparatos y nuevas formas de combatir, superaría a los Aiel, y los seanchan jamás los dejarían en paz. Contando con mujeres encauzadoras, no. Y con ejércitos llenos de lanzas que podrían invadirlos en cualquier momento, tampoco.

Se acercaba una patrulla. Aviendha se echó por encima un poco de la maleza parda que había caída para camuflarse y yació junto a un arbusto muerto, totalmente inmóvil. Los guardias pasaron a dos palmos de ella.

«Podríamos atacar a los seanchan ahora —pensó—. En mi visión, los Aiel esperaron casi una generación para atacar, y dejaron que los seanchan reforzaran su posición».

Los Aiel ya hablaban de los seanchan y el inevitable enfrentamiento que acabaría por llegar. Los seanchan forzarían que ocurriera, susurraba todo el mundo. Excepto que, en su visión, habían pasado los años sin que los seanchan atacaran. ¿Por qué? ¿Qué los habría frenado?

Aviendha se incorporó y cruzó a hurtadillas el sendero por el que los guardias

habían pasado. Sacó el cuchillo y lo clavó en el suelo. Lo dejó allí, justo al lado de un farol colgado de un poste, claramente visible incluso para los ojos de un habitante de las tierras húmedas. Luego se deslizó entre las sombras de la noche y se ocultó detrás de la tienda grande, que era a donde se dirigía.

Se agachó y practicó la respiración silenciosa a fin de tranquilizarse a través de la cadencia rítmica. Dentro de la tienda se oían voces apagadas, ansiosas. No sería correcto escuchar a escondidas.

Cuando la patrulla pasó otra vez, se puso de pie. Cuando los oyó gritar al descubrir su cuchillo, se deslizó alrededor de la tienda hacia los faldones de la entrada. Allí, evitando llamar la atención de los guardias, ahora distraídos por la conmoción de hallar allí un arma, alzó uno de los faldones y entró.

Al fondo de la amplia tienda había gente sentada a una mesa alumbrada por una lámpara. Estaban tan absortos en la conversación que no la vieron, así que se acomodó cerca de unos cojines y esperó.

Era muy difícil no oír lo que hablaban, ahora que se encontraba tan cerca.

—¡… hemos de enviar de vuelta a nuestras fuerzas! —barbotó un hombre—. La caída de la capital es un símbolo, majestad. ¡Un símbolo! No podemos abandonar Caemlyn, o toda la nación se hundirá en el caos.

—Subestimáis la fortaleza del pueblo andoreño —repuso Elayne.

Parecía mantener un perfecto control, mostraba una gran firmeza; el cabello rubio rojizo brillaba con intensidad a la luz de la lámpara. Varios de sus comandantes de combate se hallaban detrás de ella, como dando autoridad y estabilidad a la reunión. Aviendha se sintió complacida al ver un brillo fogoso en los ojos de su primera hermana.

—He estado en Caemlyn, lord Lir —prosiguió Elayne—. Y he dejado una pequeña fuerza de soldados allí para que vigile y dé aviso si los trollocs abandonan la ciudad. Nuestros espías utilizan accesos para deambular a escondidas por la ciudad con la misión de descubrir dónde tienen a los cautivos los restantes trollocs. Cuando lo sepamos, organizaremos operaciones de rescate si los trollocs siguen ocupando la ciudad.

—Pero ¿y la propia ciudad? —empezó a gritar lord Lir.

—Caemlyn está perdida, Lir —espetó lady Dyelin—. Seríamos unos necios si intentáramos organizar cualquier tipo de ataque ahora.

Elayne asintió con la cabeza a lo dicho por la noble.

—He celebrado una conferencia con las otras Cabezas Insignes y están de acuerdo con mi valoración. De momento, los refugiados que han huido están a salvo. Los he enviado a Puente Blanco, con guardias. Si aún hubiera gente viva dentro de Caemlyn, intentaremos rescatarla a través de accesos, pero no asignaré todas mis fuerzas a lanzar un ataque general contra las murallas de Caemlyn.

—Pero…

—Tomar la ciudad ahora sería un esfuerzo infructuoso —lo interrumpió Elayne con dureza—. ¡Sé muy bien el daño que se le puede infligir a un ejército que asalte esas murallas! Andor no se desmoronará por la pérdida de una ciudad, por importante que sea esa urbe. —Su rostro semejaba una máscara y su voz sonaba fría como un buen acero templado.

»Los trollocs acabarán abandonando la ciudad —prosiguió—. No ganan nada manteniendo la ocupación. Se morirían de hambre, como poco. Una vez que salgan, podremos combatirlos, y lo haremos en un terreno más propicio. Si lo deseáis, lord Lir, podéis visitar la ciudad vos mismo y comprobar que lo que digo es cierto.

—Creo que lo haré —asintió Lir, ceñudo el gesto.

—Entonces, tomad nota de mi plan. Empezaremos enviando exploradores antes de que acabe la noche para que intenten descubrir grupos de civiles a los que rescatar, y… Aviendha, por la piedra cagada de una jodida cabra, ¿se puede saber qué puñetas estás haciendo?

Dejando la tarea de arreglarse las uñas con su segundo cuchillo, Aviendha alzó la vista. «¿Piedra cagada de una jodida cabra?» Eso era nuevo. Elayne siempre se sabía unas maldiciones muy interesantes.

Los tres Cabezas Insignes sentados a la mesa se incorporaron de un brinco, tirando las sillas; trastabillando, llevaron la mano a la espada. Elayne permanecía sentada en su sitio, todavía con los ojos y la boca abiertos de par en par.

—Es una mala costumbre —admitió Aviendha mientras se guardaba el cuchillo en la bota—. Llevaba las uñas demasiado largas, pero no debería haberlo hecho en tu tienda, Elayne. Lo siento. Espero no haberte ofendido.

—No me refiero a las malditas uñas, Aviendha —repuso Elayne—. ¿Cómo…? ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no te anunciaron los guardias?

—Es que no me vieron —contestó—. No quería armar un lío, y los habitantes de las tierras húmedas pueden ser muy quisquillosos. Pensé que quizá me negaran el paso, como ahora eres la reina.

Sonrió mientras decía la última frase. Elayne tenía mucho honor; la forma de convertirse en una cabecilla entre los habitantes de las tierras húmedas distaba de ser la correcta (las costumbres allí eran muy atrasadas), pero Elayne había llevado bien las cosas y había conquistado el trono. Aviendha no se habría sentido más orgullosa de una hermana de lanza que hubiera tomado a un jefe de clan como *gai'shain*.

—¿No te…? —Empezó Elayne. De repente sonrió—. Atravesaste todo el campamento hasta mi tienda, en el centro, y luego te colaste dentro y te sentaste a cinco pies de mí. Y nadie te vio.

—No quería meter jaleo.

—Tienes un modo extraño de no hacerlo.

Los compañeros de Elayne no reaccionaron con tanta calma. Uno de los tres, el joven lord Perival, miró en derredor con ojos preocupados, como si buscara otros intrusos.

—Mi reina —dijo Lir—, ¡debemos castigar esta brecha en la seguridad! Encontraré a los hombres que fueron negligentes y me encargaré de que reciban…

—Calma —pidió Elayne—. Yo hablaré con mis guardias y les sugeriré que mantengan los ojos un poco más abiertos. Aun así, vigilar la entrada de la tienda es una precaución absurda. Lo ha sido siempre, ya que alguien puede abrirse paso por detrás cortando la lona.

—¿Y echar a perder una buena tienda? —argumentó Aviendha, que hizo un gesto de desagrado con los labios—. Sólo si tuviéramos una enemistad por derramamiento de sangre, Elayne.

—Lord Lir, si queréis, podéis ir a inspeccionar la ciudad. Desde una distancia segura, se entiende —propuso Elayne mientras se levantaba—. Si alguno de los demás desea acompañarlo, puede hacerlo. Dyelin, te veré por la mañana.

—De acuerdo.

Los lores saludaron por turno, tras lo cual abandonaron la tienda sin dejar de mirar con desconfianza a Aviendha. Dyelin se limitó a menear la cabeza antes de ir tras ellos, y Elayne mandó a sus comandantes de combate que fueran a coordinar la exploración de la ciudad. Lo cual dejó a Elayne y a Aviendha solas en la tienda.

—Luz, Aviendha —dijo Elayne mientras la abrazaba—. Si la gente que quiere verme muerta tuviera la mitad de tu destreza…

—¿He hecho algo indebido?

—¿Aparte de entrar a hurtadillas en mi tienda como un asesino?

—Pero tú eres mi primera hermana… —empezó Aviendha—. ¿Tendría que haberme anunciado? Pero no estamos debajo de un techo. ¿O es que entre los habitantes de las tierras húmedas una tienda se considera un techo, como en un dominio? Lo siento, Elayne. ¿Tengo *toh* contigo? Sois un pueblo con reacciones tan imprevisibles que resulta difícil saber lo que os ofende y lo que no.

Elayne se echó a reír.

—Aviendha, eres una joya. Una joya total y verdadera. Luz, qué alegría tenerte aquí. Necesitaba ver un rostro amigo esta noche.

—¿Caemlyn ha caído? —preguntó.

—Casi. —El semblante de Elayne adquirió una expresión más y más fría—. Fue la condenada puerta de los Atajos. Pensé que era segura… La tenía poco menos que tapada con ladrillos, con cincuenta guardias en la puerta y las hojas de *Avendesora* quitadas y puestas ambas en la parte exterior.

—Alguien dentro de Caemlyn los dejó pasar, entonces.

—Amigos Siniestros. Una docena de miembros de la guardia… Tuvimos la suerte

de que un hombre sobrevivió a la traición y logró escapar. Luz, no sé por qué tenía que sorprenderme. Si están en la Torre Blanca, también están en Andor. Pero éstos eran hombres que habían vuelto la espalda a Gaebril y que parecían leales. Esperaron todo este tiempo para traicionarnos ahora.

Aviendha hizo una mueca, pero acercó una silla para reunirse con Elayne en la mesa, en lugar de sentarse en el suelo. Su primera hermana prefería sentarse de ese modo. Tenía el vientre hinchado por los bebés que crecían en él.

—Mandé a Birgitte con los soldados a la ciudad para ver qué más se podía hacer —explicó Elayne—. Pero hemos hecho todo cuanto ha sido posible esta noche. La ciudad está vigilada y los refugiados han sido atendidos. Luz, ojalá pudiera hacer algo más. Lo peor de ser reina no son las cosas que una debe hacer, sino las que no puede hacer.

—Les presentaremos batalla bien pronto —dijo Aviendha.

—Sí, muy pronto. —Los ojos de Elayne echaban chispas—. Les daré fuego e ira, les pagaremos con la misma moneda por los incendios que desataron sobre mi pueblo.

—Te oí decir a esos hombres que no atacaríais la ciudad.

—No. No les daré la satisfacción de que defiendan mis propias murallas contra mí. Le he dado una orden a Birgitte; los trollocs acabarán abandonando Caemlyn, de eso no nos cabe duda. Birgitte se ocupará de acelerar esa partida a fin de poder combatir contra ellos fuera de la ciudad.

—No dejar que el enemigo elija el campo de batalla —convino Aviendha al tiempo que asentía con la cabeza—. Buena estrategia. ¿Y… el encuentro con Rand?

—Asistiré a la reunión. Debo hacerlo, y lo haré. Más le vale no hacer teatro y dejarse de evasivas. Mis súbditos mueren, mi ciudad está envuelta en llamas, el mundo se encuentra a dos pasos del borde del precipicio. Me quedaré sólo hasta la tarde; después de eso, regreso a Andor. —Vaciló. —¿Vendrás conmigo?

—Elayne… —empezó Aviendha—. No puedo dejar a mi pueblo. Ahora soy una Sabia.

—¿Fuiste a Rhuidean?

—Sí. —Aunque le dolía guardar secretos no dijo nada de las visiones— que había tenido allí.

—Excelente, yo… —Alguien interrumpió a Elayne.

—Majestad —llamó el guardia de la puerta desde fuera—. Una mensajera para vos.

—Que pase.

El guardia retiró el faldón de la entrada para que pasara una joven de la Guardia Real con el galón de mensajero en la chaqueta. Saludó con una florida reverencia quitándose el sombrero con una mano mientras le tendía una carta con la otra.

Elayne la tomó, pero no la abrió. La mensajera se retiró.

—Quizás aún podamos luchar juntas, Aviendha —dijo Elayne—. Si me salgo con la mía, tendré Aiel conmigo cuando reclame Andor. Los trollocs en Caemlyn presentan una seria amenaza para todos nosotros; incluso si expulso a la fuerza principal, la Sombra puede seguir soltando Engendros de la Sombra a través de esa puerta de los Atajos.

»Estoy pensando que, mientras mis ejércitos luchan contra el cuerpo principal de trollocs en el exterior de Caemlyn (antes habré de encontrar el modo de hacer inhabitable la ciudad para los Engendros de la Sombra), enviaré una fuerza menor a través de un acceso para que se apodere de la puerta de los Atajos. Si pudiéramos contar con la ayuda de los Aiel para conseguirlo…

Mientras hablaba, abrazó la Fuente —Aviendha vio el brillo que la— envolvía — y con gesto ausente abrió la carta rompiendo el sello con un hilo de Aire.

Aviendha enarcó una ceja.

—Lo siento —dijo Elayne—, he llegado a un punto del embarazo en el que puedo volver a encauzar sin fallos y no dejo de buscar excusas para hacerlo.

—No pongas en peligro a los bebés —aconsejó Aviendha.

—No voy a hacer tal cosa. Eres tan pesada como Birgitte. Al menos aquí no hay nadie que tenga leche de cabra. Min dice… —Dejó sin terminar la frase mientras movía los ojos de lado a lado y leía la carta. Su expresión se ensombreció y Aviendha se preparó para recibir una mala noticia.

—Oh, ese hombre… —farfulló Elayne.

—¿Rand?

—Creo que un día de éstos voy a estrangularlo.

Aviendha tensó la mandíbula.

—Si te ha ofendido…

Elayne le dio vuelta a la carta.

—Insiste en que regrese a Caemlyn para cuidar de mi pueblo. Me da una docena de razones para hacerlo, e incluso llega a decir que «me libera de mi obligación» de reunirme con él mañana.

—No debería insistirte en nada.

—Sobre todo de un modo tan enérgico —convino Elayne—. Luz, qué inteligente por su parte. Es obvio que intenta obligarme a que me quede. Hay un toque de *Daes Dae'mar* en esto.

—Hablas como si te sintieras orgullosa —insinuó Aviendha con cierta vacilación —. ¡Y sin embargo deduzco que esta carta está a un paso de ser insultante!

—Estoy orgullosa —confirmó Elayne—. Y enfadada con él. Pero orgullosa porque sabe cómo enfurecerme así. ¡Luz! Aún podremos hacer de ti un rey, Rand. ¿Por qué me quiere a su lado en la reunión con tanto empeño?

—¿Es que entonces no sabes lo que planea?

—No. Obviamente tiene relación con todos los gobernantes. Pero asistiré, aun cuando es muy probable que tenga que hacerlo sin haber dormido nada esta noche. Me reúno con Birgitte y con mis otros comandantes dentro de una hora a fin de repasar los planes para echar a los trollocs de Caemlyn y después destruirlos.

Tras aquellos ojos suyos aún ardía un fuego. Elayne era una verdadera guerrera, tanto como la que más, de cuantas había conocido Aviendha.

—He de encontrarme con él —le dijo a Elayne.

—¿Esta noche?

—Esta noche. La Última Batalla empezará pronto.

—En lo que a mí concierne, empezó en el momento en que esos malditos trollocs pisaron Caemlyn —rezongó Elayne—. La Luz nos asista. Ya ha empezado.

—Entonces llegará el día de morir —manifestó Aviendha—. Muchos de nosotros despertaremos de este sueño. Puede que no haya otra noche para Rand y para mí. En parte, vine a verte para hablarte de esto.

—Tienes mi bendición —respondió Elayne en voz queda—. Eres mi primera hermana. ¿Has pasado tiempo con Min?

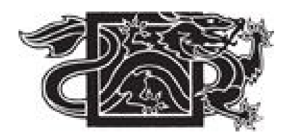
—No lo suficiente, y, en otras circunstancias, remediaría esa omisión de inmediato. Pero no queda tiempo.

Elayne asintió con la cabeza.

—Creo que se siente mejor respecto a mí —comentó Aviendha—. Me hizo un gran honor al ayudarme a comprender el último paso para convertirme en una Sabia. Quizá sería oportuno adaptar algunas costumbres. No lo hemos hecho mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Me gustaría hablar con ella y que tú estuvieras, si queda tiempo.

—Puedo disponer de unos minutos entre reunión y reunión. Mandaré a buscarla.

3



Un lugar peligroso

Lord Logain y Taim han solventado sus diferencias, desde luego —dijo Welyn, que estaba sentado en la sala común de La Gran Reunión. Llevaba campanillas en las oscuras trenzas y sonreía de oreja a oreja. Siempre había sonreído mucho; más de la cuenta—. A los dos les preocupaba la división que estábamos sufriendo y convinieron en que no era bueno para la moral. Tenemos que centrarnos en la Última Batalla. No es el momento de pelear.

Androl se encontraba junto a la puerta, con Pevara a su lado. Era sorprendente la rapidez con que ese edificio —otrora un almacén— se había transformado en una taberna. Lind había hecho bien su trabajo. Había un mostrador bastante decente y banquetas, y, a pesar de que las mesas y las sillas repartidas por la sala eran disparejas, allí cabían docenas de personas sentadas. También tenía una biblioteca con un número considerable de libros, aunque era muy exigente en cuanto a permitir usarlos según a quién. En el segundo piso, Lind planeaba montar comedores privados y dormitorios para los visitantes que recibiera la Torre Negra. Eso, si es que Taim empezaba a permitir otra vez la entrada de visitantes.

La sala estaba bastante llena y entre la muchedumbre había un gran número de reclutas nuevos, hombres que aún no habían entrado en la creciente disputa ni se habían decantado por un bando u otro, ya fueran Taim y sus hombres, o los partidarios de Logain.

Oyendo hablar a Welyn, Androl sintió escalofríos. Su Aes Sedai, Jenare, se encontraba sentada a su lado y tenía posada la mano en el brazo de Welyn con gesto afectuoso. Y ese ser con el rostro y la voz de Welyn no era el mismo hombre.

—Nos encontramos con el lord Dragón —prosiguió Welyn—, que inspeccionaba las Tierras Fronterizas a fin de preparar el ataque de la humanidad contra la Sombra. Ha reunido a todas las naciones bajo su bandera. No hay nadie que no lo apoye, aparte de los seanchan, desde luego, pero a ésos se los ha hecho retroceder.

»Ha llegado el momento, y muy pronto seremos llamados a la lucha. Tenemos que estar volcados una última vez en nuestras habilidades. La Espada y el Dragón se otorgarán con prodigalidad en las próximas dos semanas. Trabajad duro y seremos las armas que acabarán con el dominio del Oscuro en este mundo.

—Dijiste que Logain venía —demandó una voz—. ¿Por qué no ha vuelto aún?

Androl se volvió. Jonneth Dowtry se encontraba cerca de la mesa de Welyn.

Cruzado de brazos y con una mirada fulminante clavada en Welyn, Jonneth ofrecía una imagen intimidante. El hombre de Dos Ríos solía comportarse de manera amistosa y era fácil olvidar que era más alto que cualquiera de ellos y que tenía brazos de oso. Vestía la chaqueta negra de Asha'man, aunque no lucía ningún alfiler en el cuello alto, a pesar de que era tan fuerte en el Poder Único como cualquier Dedicado.

—¿Por qué no está aquí? —demandó Jonneth—. Dijiste que habías regresado con él, que Taim y él habían hablado. Bien, pues ¿dónde está?

«No presiones, muchacho —pensó Androl—. ¡Deja que piense que creemos sus mentiras!»

—Llevó al M'Hael a visitar al lord Dragón —respondió Welyn—. Ambos deberían estar de vuelta por la mañana o al día siguiente, como muy tarde.

—¿Por qué necesitaba Taim que Logain le mostrara el camino? —insistió con cabezonería Jonneth—. Podría haber ido él solo.

—Ese chico es un necio —susurró Pevara.

—Es honesto —repuso Androl en voz baja—, y quiere respuestas veraces. Estos chicos de Dos Ríos son un buen grupo, gente llana y cabal. Sin embargo, no son muy duchos en subterfugios.

Pevara guardó silencio, pero Androl percibió que estaba considerando la idea de encauzar y acallar a Jonneth con alguna mordaza de Aire. No era un pensamiento serio, sino simple antojo, pero aun así lo percibía. ¡Luz! ¿Qué se habían hecho el uno al otro?

«Está dentro de mi cabeza —pensó—. Tengo una Aes Sedai metida en la cabeza».

Pevara se quedó paralizada y después lo miró.

Androl buscó el vacío, ese viejo truco de soldado que ayudaba a encontrar la lucidez antes de la batalla. El *Saidin* también estaba allí, por supuesto. No hizo intención de asirlo.

—¿Qué es lo que habéis hecho? —le susurró Pevara—. Os siento, pero percibir vuestros pensamientos es más difícil.

Bueno, al menos ya era algo.

—Jonneth —llamó Lind desde el otro lado de la sala, de forma que interrumpió la siguiente pregunta que iba a hacer a Welyn—, ¿no le has oído decir que ha viajado mucho? Está agotado. Deja que se beba la cerveza y descanse un rato antes de que lo atosigues para que cuente más cosas.

Jonneth la miró con aire dolido. Welyn sonrió mientras el joven se retiraba y salía de la sala. Welyn siguió hablando de lo bien que hacía las cosas el lord Dragón y de lo muy necesario que cada uno de ellos iba a ser.

Androl soltó el vacío y se sintió más relajado. Echó una ojeada en torno a la sala en un intento de juzgar quiénes, de los que se encontraban allí, eran dignos de

confianza. Le caían bien muchos de esos hombres y quedaban bastantes que no estaban del todo con Taim, pero aun así no podía confiar en ellos. Taim tenía ahora un control completo en la Torre, y las lecciones privadas con él y con sus elegidos eran codiciadas por los recién llegados. Sólo se podía contar con que los chicos de Dos Ríos lo apoyaran de un modo u otro en su causa, y la mayoría de ellos, aparte de Jonneth, eran demasiado inexpertos para que resultaran de utilidad.

Evin se había reunido con Nalaam al otro lado de la sala, y Androl le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que siguiera a Jonneth bajo la tormenta. Nadie debía estar solo. Hecho esto, Androl escuchó las fanfarronadas de Welyn y advirtió que Lind se desplazaba entre la multitud para dirigirse hacia él.

Lind Taglien era una mujer baja, de cabello oscuro; llevaba el vestido cubierto con un precioso bordado. Siempre la había visto como un modelo de lo que la Torre Negra podría llegar a ser. Civilizada. Educada. Importante.

Los hombres le abrían paso; sabían que en su posada no debían derramar la bebida ni provocar peleas. Un hombre con dos dedos de frente no querría despertar la ira de Lind. Era bueno que dirigiera el establecimiento de un modo tan estricto. En una población llena de encauzadores varones, una simple reyerta de taberna podía llegar a ser potencialmente peligrosa. Mucho.

—¿Te incomoda esto tanto como a mí? —le preguntó Lind en voz queda cuando llegó a su lado—. ¿No era Welyn quien, hace sólo unas pocas semanas atrás, hablaba de que habría que procesar y ejecutar a Taim por algunas de las cosas que había hecho?

Androl no contestó. ¿Qué podía decir? ¿Que sospechaba que el hombre al que conocían como Welyn estaba muerto? ¿Que toda la Torre Negra no sería más que esos monstruos de ojos anormales, sonrisas falsas y almas muertas?

—No creo lo que cuenta de Logain —añadió Lind—. Aquí está pasando algo, Androl. Voy a hacer que Frask lo siga esta noche para ver dónde…

—No —la interrumpió Androl—. No lo hagas.

Frask era su marido, un hombre al que se había contratado para ayudar a Henre Haslin a enseñar el arte de luchar con espada en la Torre Negra. Taim pensaba que la lucha con espada no tenía la menor utilidad para los Asha'man, pero el lord Dragón había insistido en que los hombres recibieran clases. La mujer lo miró.

—No estarás diciendo que crees…

—Digo que corremos un gran peligro ahora, Lind, y no quiero que Frask lo empeore. Hazme un favor. Toma nota de qué más dice Welyn esta noche. Tal vez me podría venir bien saber algo de lo que cuente.

—De acuerdo —accedió la mujer, aunque su tono era escéptico.

Androl hizo una seña con la cabeza a Nalaam y a Canler; éstos se levantaron y se encaminaron hacia la puerta. Fuera, la lluvia descargaba con fuerza en la azotea y en

el porche. Welyn seguía hablando y los hombres escuchaban. Sí, era increíble que hubiera cambiado de bando tan deprisa, y eso debería levantar algunas sospechas. Pero mucha gente lo respetaba y la forma en que sonaba ligeramente «falso» no era perceptible a menos que uno lo conociera bien.

—Lind —dijo Androl cuando se disponía a salir.

Ella se volvió a mirarlo.

—Deberías… cerrar el local a cal y canto esta noche. Y tal vez Frask y tú deberíais bajar a la bodega con algunas provisiones, ¿de acuerdo? ¿Es sólida la puerta de la bodega?

—Sí —contestó ella—. Para lo que va a servir…

Tanto daba el grosor que tuviera una puerta si se presentaba alguien blandiendo el Poder Único.

Nalaam y Canler los alcanzaron y Androl se volvió para salir, pero se topó con un hombre que estaba detrás de él en el umbral, alguien a quien no había oído acercarse. La lluvia goteaba de la chaqueta de Asha'man con la Espada y el Dragón en el cuello. Atal Mishraile había sido del grupo de Taim desde el principio. No tenía la mirada vacua; su maldad era innata. Alto, con el cabello rubio y largo, sonreía de un modo que el gesto nunca se reflejaba en sus ojos.

Pevara pegó un brinco al verlo y Nalaam maldijo al tiempo que asía el Poder Único.

—Vamos, vamos —dijo una voz—. No hay por qué montar una disputa.

Mezar se adelantó a través de la lluvia para ponerse junto a Mishraile. El bajo domani tenía el pelo canoso y cierto aire de sabiduría a pesar de la transformación.

Androl lo miró a los ojos y fue igual que si miraran una caverna profunda. Un sitio donde la luz jamás había brillado.

—Hola, Androl —dijo Mezar, que puso una mano en el hombro de Mishraile, como si los dos hubieran sido amigos de siempre—. ¿Por qué iba Lind a tener miedo y a encerrarse en la bodega? Sin duda, la Torre Negra es el lugar más seguro que pueda haber, ¿no?

—No me fío de una noche oscura y tormentosa —repuso Androl.

—Una idea juiciosa —contestó Mezar—. Y, sin embargo, vas a pasarla por alto al salir ahí afuera. ¿Por qué no te quedas en un lugar cálido? Nalaam, me gustaría oír una de tus historias. Quizá podrías contarme la vez que tu padre y tú visitasteis Shara, ¿sí?

—Esa historia no es buena —contestó Nalaam—. Ni siquiera sé si la recuerdo muy bien.

Mezar rió y Androl oyó a Welyn ponerse de pie detrás de él.

—¡Ah, aquí estáis! Les estaba contando que ibais a hablar de las defensas en Arafel.

—Entrad y escuchad —dijo Mezar—. Esto será importante para la Última Batalla.

—Puede que vuelva luego —repuso Androl con frialdad—. Una vez que haya acabado mi otro trabajo.

Los dos se sostuvieron la mirada. A un lado, Nalaam aún asía el Poder Único. Era tan fuerte como Mezar, pero no podría enfrentarse a él y a Mishraile, sobre todo en una sala atestada de gente que probablemente se pondría de parte de los dos Asha'man de pleno derecho.

—No pierdas el tiempo con el paje, Welyn —dijo Coteren desde atrás.

Mishraile se apartó para dejar sitio al tercer recién llegado. El hombre corpulento, de ojos pequeños como cuentas, plantó la mano con fuerza en el torso de Androl y lo empujó a un lado mientras pasaba.

—Oh, espera. Ya no puedes hacer de paje, ¿verdad?

Androl entro en el vacío y asió la Fuente.

De inmediato, las sombras empezaron a moverse por la sala. Se alargaron.

¡No había bastante luz! ¿Por qué no encendían más lámparas? La oscuridad invitaba a que las sombras entraran y a que él pudiera verlas. Éstas eran reales, cada una de ellas un zarcillo de oscuridad que se extendía hacia él. Para tirar de él y envolverlo, destruirlo.

«Oh, Luz. Estoy loco. Estoy loco…»

El vacío se hizo añicos y las sombras —afortunadamente— retrocedieron. Se descubrió tiritando, reculando hasta la pared, jadeante. Pevara lo observaba con gesto inexpresivo, pero Androl percibía su preocupación.

—Oh, por cierto —dijo Coteren. Era uno de los lameculos de Taim con más influencia—. ¿Te has enterado ya?

—¿Que si me he enterado de qué? —se las arregló Androl para responder, con esfuerzo.

—Te han degradado, paje —contestó Coteren mientras señalaba el alfiler de la espada—. Órdenes de Taim. A partir de hoy vuelves a ser soldado, Androl.

—Oh, sí —dijo Welyn desde el centro de la sala—. Lamento que se me haya olvidado mencionarlo. Me temo que el lord Dragón lo ha aprobado. Nunca debiste ser ascendido, Androl. Lo siento.

Androl llevó la mano al cuello de la chaqueta, hacia el alfiler prendido en él. No tendría que importarle; ¿qué significaba en realidad?

Pero sí que importaba. Se había pasado toda la vida buscando. Había sido aprendiz de una docena de profesiones diferentes. Había combatido en rebeliones, había navegado por dos mares. Y siempre buscando, buscando algo que era incapaz de definir.

Lo había encontrado cuando viajó a la Torre Negra.

Se sobrepuso al miedo. ¡Así se abrasaran las sombras! Volvió a asir el *Saidin* y el Poder fluyó en él. Se irguió, quedando cara a cara con Coteren.

El hombre, más corpulento, sonrió y asió también el Poder Único. Mezar se unió a él y, en el centro de la sala, Welyn hizo otro tanto. Nalaam susurraba para sí, preocupado, mientras movía los ojos de un lado a otro. Canler asió el *Saidin* con aire resignado.

Todo cuanto Androl era capaz de absorber —todo el Poder Único que podía reunir— fluyó en su interior. Era una cantidad minúscula comparada con los otros. Era el más débil de la sala; hasta los reclutas más nuevos podían absorber más que él.

—Así que al final vas a intentarlo, ¿verdad? —preguntó con suavidad Coteren—. Les pedí que te dejaran, porque sabía que antes o después lo intentarías. Quería tener esa satisfacción, paje. Vamos. Ataca. Veamos qué sabes hacer.

Androl trató de hacer lo único que podía: crear un acceso. Para él, eso era algo más allá de los tejidos. Era algo entre él y el Poder, algo íntimo, algo instintivo.

En ese momento, tratar de abrir un acceso era como intentar escalar por un muro de cristal de cien pies de alto con sólo las uñas para agarrarse. Saltó, bregó, lo intentó. No ocurrió nada. Lo sentía tan, tan cerca… Si lograra empujar sólo un poquito más, podría…

Las sombras se alargaron. De nuevo, el pánico hizo presa en él. Prietos los dientes, Androl subió la mano al cuello de la chaqueta y se arrancó el alfiler. Lo arrojó a los pies de Coteren y cayó con un tintineo en el entarimado del suelo.

Después, enterrando la vergüenza bajo una montaña de determinación, soltó el Poder Único y apartó a Mezar de un empujón para salir a la noche. Nalaam, Canler y Pevara lo siguieron anhelantes.

—Androl… —dijo Nalaam—. Lo siento.

Retumbó un trueno. Caminaban chapoteando por los charcos de la calle de tierra.

—No importa —contestó.

—A lo mejor tendríamos que haber luchado —añadió Nalaam—. Algunos de los chicos que había allí nos habrían respaldado; no los tienen a todos en el bolsillo. Una vez, padre y yo luchamos contra seis Sabuesos del Oscuro… Por la Luz sobre mi tumba, vaya si lo hicimos. Si sobrevivimos a eso, podemos vérnoslas con unos cuantos perros Asha'man.

—Nos habrían masacrado —sentenció Androl.

—Pero…

—¡Nos habrían masacrado! —gritó Androl—. No hay que dejarles que escojan el campo de batalla, Nalaam.

—Pero ¿habrá una batalla? —preguntó Canler, que alcanzó a Androl y se puso al otro lado.

—Tienen a Logain —contestó—. No harían las promesas que están haciendo de

no ser así. Todo, nuestra rebelión, nuestra posibilidad de unificar la Torre Negra, morirá si lo perdemos a él.

—Así que…

—Así que vamos a rescatarlo —anunció Androl sin dejar de andar—. Esta noche.

Rand trabajaba a la luz suave y regular de una esfera de *Saidin*. Antes del Monte del Dragón había empezado a eludir este tipo de uso común del Poder Único. Asirlo lo ponía enfermo, y utilizarlo le había revuelto el estómago cada vez más.

Eso había cambiado. El *Saidin* formaba parte de él y ya no tenía por qué temerlo, ahora que la infección había desaparecido. Y lo más importante: tenía que dejar de pensar en él —y en sí mismo— como una mera arma.

Trabajaría con esferas de luz siempre que fuera posible. Y se proponía estar con Flinn para aprender a Curar. No tenía mucha habilidad para ello, pero aunque fuera poca podría salvar la vida de alguien herido. Con demasiada frecuencia había utilizado esta maravilla —este regalo— para destruir o para matar. No era de extrañar que la gente lo mirara con miedo. ¿Qué diría Tam de ello?

«Supongo que puedo preguntarle», pensó ociosamente mientras escribía una nota en un trozo de papel para acordarse. Todavía le costaba trabajo acostumbrarse a la idea de que Tam estuviera allí, justo un campamento más allá. Había cenado con él unas horas antes. Había sido extraño, pero no más de lo que sería que un rey invitara a su padre, de un pueblo rural, a «cenar». Se habían reído los dos con la idea, y eso le había hecho sentirse mucho mejor.

Rand había dejado que Tam regresara al campamento de Perrin en lugar de verlo recibiendo honores y riquezas. Tam no quería ser aclamado como el padre del Dragón Renacido. Quería ser lo que había sido siempre: Tam al'Thor, un hombre responsable con el que se podía contar desde cualquier punto de vista, pero no un señor noble.

Rand retomó el documento que tenía delante. Los escribientes de Tear le habían aconsejado respecto al lenguaje adecuado, pero había sido él mismo quien lo había escrito; no confiaba en ninguna otra mano —ni en ningunos otros ojos— respecto a este documento.

¿Estaba siendo demasiado cauteloso? Sus enemigos no podían trabajar contra algo que desconocían. Se había vuelto muy desconfiado desde que Semirhage había estado a punto de capturarlo. Eso lo reconocía. Sin embargo, había guardado secretos durante tanto tiempo que resultaba difícil sacarlos a la luz.

Empezó por la parte superior del documento para repasarlo. Una vez, tiempo atrás, Tam había enviado a Rand a examinar el cercado para ver si tenía desperfectos. Rand lo hizo; pero, cuando hubo regresado, Tam volvió a encargarle la misma tarea.

No fue hasta pasar por tercera vez cuando Rand había encontrado el poste que había que reemplazar. Aún ignoraba si Tam sabía lo del poste defectuoso o si su

padre sólo había actuado con la prudencia inherente a su carácter.

El documento en el que trabajaba ahora era mucho más importante que un cercado. Volvería a releerlo una docena de veces esa noche en busca de problemas que no había previsto.

Lo malo era que le costaba trabajo concentrarse. Las mujeres se traían algo entre manos. Las sentía a través del núcleo de emoción en el fondo de su mente. Eran cuatro, ya que Alanna seguía allí, en algún punto del norte. Las otras tres habían estado cerca juntas durante toda la noche; ahora se dirigían hacia su tienda y no andaban lejos. ¿Qué tramaban? Si…

Un momento. Una de ellas se había separado de las otras. Casi había llegado. ¿Aviendha?

Rand se puso de pie, caminó hacia la entrada de la tienda y levantó los faldones.

Ella se quedó petrificada justo en la entrada, como si hubiese tenido intención de meterse a hurtadillas en la tienda. Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

De repente, sonaron gritos en la noche. Por primera vez, Rand se dio cuenta de que sus hombres no estaban en la entrada montando guardia. No obstante, las Doncellas se encontraban acampadas cerca de su tienda y parecía que le gritaban a él. No con gozo, como habría sido de esperar. Eran insultos. Tremendos. Algunas gritaban sobre lo que le harían en ciertas partes del cuerpo cuando lo pillaran.

—¿A qué viene esto? —murmuró.

—No lo dicen en serio —explicó Aviendha—. Es un símbolo para ellas porque me apartas de sus filas, pero ya las había dejado yo para unirme a las Sabias. Es… una cosa de las Doncellas. De hecho, es una muestra de respeto. Si no les gustaras, no habrían actuado así.

Aiel tenían que ser.

—Un momento, ¿y cómo te he apartado de ellas? —preguntó luego, extrañado.

Aviendha lo miró a los ojos, pero tenía las mejillas encendidas. ¿Aviendha sonrojada? Eso sí que era inesperado.

—Deberías haberlo entendido ya —le dijo ella—. Si hubieses prestado atención a lo que te dije sobre nosotros…

—Lamentablemente, tienes un alumno que es un completo zopenco.

—Pues entonces ese alumno tiene suerte de que haya decidido ampliar mis lecciones de adiestramiento. —Se acercó un paso a él—. Hay muchas cosas que aún tengo que enseñarte. —La rojez de las mejillas se hizo más intensa.

Luz. Era preciosa. Pero también lo era Elayne… Y también Min… Y…

Era estúpido. Un idiota redomado.

—Aviendha, te amo, te quiero de verdad. ¡Pero hay un problema, maldita sea! Os amo a las tres. No creo que pueda aceptar esto y elegir…

Inesperadamente, ella se echó a reír.

—Eres un zoquete, ¿verdad, Rand al’Thor?

—Con mucha frecuencia. Pero ¿eso qué…?

—Somos primeras hermanas, Rand al’Thor, Elayne y yo. Cuando la conozcamos mejor, más a fondo, Min lo será también. Las tres compartimos todo.

¿Primeras hermanas? Debería haberlo sospechado, tras aquella extraña vinculación. Se llevó una mano a la cabeza. *Te compartiremos,* le habían dicho.

Dejar a cuatro mujeres vinculadas con sus sufrimientos ya era bastante malo, pero ¿a tres mujeres que lo amaban? ¡Luz, él no quería causarles dolor!

—Dicen que has cambiado —comentó Aviendha—. Han sido tantos a los que se lo he oído decir en tan corto tiempo desde mi regreso que casi me harté de oír hablar de ti. Bueno, puede que la expresión de tu rostro sea sosegada, pero no ocurre lo mismo con tus emociones. ¿Tan terrible te parece estar con nosotras tres?

—Lo deseo, Aviendha. Y debería avergonzarme por ello. Pero el dolor…

—Lo has abrazado, ¿cierto?

—Lo que temo no es mi dolor, sino el vuestro.

—¿Es que somos tan débiles, pues, que no podemos soportar lo que puedes soportar tú?

Esa mirada en sus ojos era perturbadora.

—Pues claro que no lo sois —contestó Rand—. Mas ¿cómo puedo aceptar el dolor de quienes amo?

—El dolor es nuestro y somos nosotras quienes decidimos aceptarlo —argumentó ella al tiempo que alzaba la barbilla—. Rand al’Thor, tu decisión es sencilla, aunque te empeñas en hacerla difícil. Elige sí o no. Pero ¡cuidado! Es a las tres o a ninguna. No permitiremos que te interpongas entre nosotras.

Rand vaciló y después —sintiéndose un redomado libertino— la besó. Detrás, las Doncellas —que él no se había dado cuenta de que observaban la escena— empezaron a gritar insultos con más fuerza, aunque ahora se les notaba una alegría incongruente. Se apartó y sostuvo la cara de Aviendha en el hueco de la mano.

—Sois unas malditas estúpidas. Las tres.

—Entonces está bien. Somos tus iguales. Deberías saber que ahora soy una Sabia.

—En tal caso, quizá no seamos iguales —le contestó Rand—, porque yo acabo de empezar a comprender qué poca sabiduría poseo.

Aviendha resopló con desdén.

—Basta de hablar y llévame al lecho.

—¡Luz! Un poco atrevido, ¿no? ¿Es ése el modo Aiel de hacer las cosas?

—No. —Ella se sonrojó otra vez—. Es que… No soy muy experta en estas lides.

—Vosotras lo decidisteis, ¿no es así? Me refiero a cuál de las tres vendría a mí, ¿no?

Ella vaciló antes de asentir con la cabeza.

—Y yo nunca voy a tener ocasión de elegir, ¿verdad?

Esta vez Aviendha meneó la cabeza para negar.

Rand se echó a reír y la atrajo hacia sí. Al principio la notó tensa, pero enseguida se fundió con él.

—Entonces, ¿voy a tener que luchar con ellas primero? —Señaló con un gesto hacia las Doncellas.

—Eso es sólo para la boda, si decidimos que eres merecedor de casarte, varón ignorante. Y serán nuestras familias, no miembros de nuestra asociación. No hiciste mucho caso de las lecciones, ¿cierto?

Rand bajó la vista hacia ella.

—Bueno, me alegra no tener que luchar. No estoy seguro de cuánto tiempo tenemos y confiaba en poder dormir un rato esta noche. Aun así… —Dejó la frase sin acabar al mirarla a los ojos—. No voy a dormir nada, ¿a que no?

Ella negó de nuevo con la cabeza.

—En fin. Al menos esta vez no tendré que preocuparme de que te quedes congelada hasta morir.

—No. Pero podría ser que me muriera de aburrimiento, Rand al’Thor, si no dejas de divagar.

Lo asió por el brazo y con suavidad, pero con firmeza, tiró de él hacia el interior de la tienda; los gritos de las Doncellas se hicieron más estruendosos, más insultantes y más entusiastas.

—Sospecho que la razón es algún tipo de *ter’angreal* —dijo Pevara.

Estaba agachada agazapada con Androl en el cuarto trasero de uno de los almacenes generales de la Torre Negra, y no encontraba muy cómoda esa postura. El cuarto olía a polvo, grano y madera. La mayoría de los edificios de la Torre Negra eran nuevos y ése no era una excepción, con las tablas de cedro del suelo todavía recientes.

—¿Conocéis un *ter’angreal* que impida abrir accesos? —preguntó Androl.

—Específicamente, no. —Pevara buscó una postura más cómoda—. Pero es algo aceptado que lo que sabemos sobre los *ter’angreal* constituye sólo una pequeña parte de lo que se sabía antaño. Debe de haber miles de tipos distintos de *ter’angreal*, y si Taim es un Amigo Siniestro, tendrá acceso a los Renegados, que seguramente le explicarán el uso y la interpretación de cosas que nosotros sólo imaginamos.

—Así que tenemos que encontrar ese *ter’angreal* —dijo Androl—. Bloquearlo o, al menos, deducir cómo funciona.

—¿Y escapar? —añadió Pevara—. ¿Todavía no habéis llegado a la conclusión de que huir sería una mala alternativa?

—Bueno… sí —admitió Androl.

Ella se concentró y logró captar vislumbres de lo que el hombre pensaba. Había oído decir que el vínculo con el Guardián permitía una conexión empática. Él… Sí, en verdad deseaba poder abrir accesos. Se sentía inerme sin ellos.

—Es mi Talento —dijo Androl a regañadientes; sabía que ella acabaría por dar con la razón—. Puedo hacer accesos. Al menos, podía.

—¿De veras? ¿Con vuestro nivel de fuerza en el Poder Único?

—¿Queréis decir con la casi total falta de ella? —preguntó.

Pevara percibía un poco de lo que él pensaba. Aunque aceptaba su debilidad, le preocupaba que eso lo hiciera poco apto para dirigir a los demás. Era una mezcla curiosa de autoestima e inseguridad.

—Sí —continuó Androl—. Viajar requiere mucha fuerza en el Poder Único, pero soy capaz de abrir accesos grandes. Antes de que las cosas dejaran de funcionar, el acceso más grande que llegué a hacer tenía treinta pies de ancho.

—Sin duda estáis exagerando —comentó Pevara mientras parpadeaba.

—Os lo demostraría, si fuera posible.

Parecía sincero. O decía la verdad o su convencimiento se debía a la locura. La Aes Sedai permaneció callada, sin saber muy bien cómo plantear aquello.

—No importa —dijo él—. Sé que… me pasan cosas raras. Nos ocurre a casi todos. Podéis preguntar a los otros lo de mis accesos. Hay una razón por la que Coteren me llama paje. Se debe a que lo único en lo que soy bueno es en facilitar que la gente se desplace de un lugar a otro.

—Es un Talento extraordinario, Androl. Estoy segura de que a la Torre le encantaría estudiarlo. Me pregunto cuánta gente nacería con ese Talento, pero no se supo nunca porque los tejidos de Viajar eran desconocidos.

—No pienso ir a la Torre Blanca, Pevara —afirmó, y puso énfasis en la palabra «Blanca».

Ella cambió de tema.

—Echáis de menos Viajar y, sin embargo, no queréis dejar la Torre Negra. Por lo tanto, ¿qué importancia tiene ese *ter'angreal*?

—Los accesos serían… útiles.

—Pero si no vamos a ir a ninguna parte… —protestó Pevara.

—Os sorprenderíais —dijo él.

Alzó la cabeza para asomarse por el borde del alféizar y echar un vistazo al callejón. Fuera lloviznaba; por fin había cesado el aguacero. Sin embargo, el cielo seguía oscuro. El alba aún tardaría unas pocas horas en llegar.

—He estado… experimentando —prosiguió—. Probando algunas cosas que no creo que nadie más haya intentado nunca.

—Dudo que haya algo que no se haya intentado nunca —comentó ella—. Los Renegados tienen acceso al conocimiento de eras.

—¿Creéis de verdad que uno podría estar metido en esto?

—¿Por qué no? Si os preparaseis para la Última Batalla y quisierais aseguraros de que vuestros enemigos no pudieran presentar resistencia, ¿dejaríais que una nueva hornada de encauzadores se entrenaran juntos, se enseñaran unos a otros y se hicieran fuertes?

—Sí —dijo en un susurro—. Lo haría, y después me apoderaría de ellos.

Pevara cerró la boca. Probablemente tenía razón. Hablar de los Renegados inquietaba a Androl; ella percibía sus pensamientos con más claridad que antes.

Ese vínculo no era normal. Tenía que librarse de él. Y, después, no le importaría vincularlo de nuevo como era debido.

—No estoy dispuesto a responsabilizarme por esta situación, Pevara. —Androl echó otro vistazo al callejón—. Vos me vinculasteis primero.

—Después de que traicionasteis la confianza que había depositado en vos al ofreceros formar el círculo.

—Yo no os hice daño. ¿Qué esperabais que pasara? —preguntó él—. ¿El propósito del círculo no era que uniéramos nuestros poderes?

—Esta discusión no tiene sentido.

—Eso lo decís porque la estáis perdiendo.

Androl hablaba con tranquilidad; y también la sentía. Pevara empezaba a darse cuenta de que Androl era la clase de hombre que no se irritaba con facilidad.

—Lo digo porque es verdad. ¿No estáis de acuerdo?

Pevara percibió su regocijo porque veía cómo tomaba ella el control de la conversación. Y… aparte de regocijo, de hecho parecía impresionado. Estaba cavilando que tenía que aprender a hacer lo que ella hacía.

La puerta que daba al cuarto se abrió con un leve chirrido y Leish se asomó. Era una mujer de cabello blanco, redonda y agradable, una combinación rara con el hosco Asha'man Canler, con quien estaba casada. Le hizo un gesto a Pevara con la cabeza para indicar que había pasado media hora y después cerró la puerta. Según se afirmaba, Canler la había vinculado haciendo de ella una especie de… ¿qué? ¿Una Guardiana?

Todo iba al revés con esos hombres. Pevara suponía que era comprensible vincular a la mujer de uno, aunque sólo fuera para tener la tranquilidad de saber dónde andaba cada cual, pero le parecía mal utilizar el vínculo para una tarea tan mundana. Aquello era algo para Aes Sedai y Guardianes, no para maridos y esposas.

Androl la observaba; saltaba a la vista que intentaba descubrir lo que pensaba, aunque esos pensamientos eran lo bastante complejos para que no le resultara fácil. Qué hombre tan extraño, este Androl Genhald. ¿Cómo lograba mezclar tan bien la determinación con la inseguridad, como dos hilos entretejidos? Hacía lo que era preciso hacer, y entretanto no dejaba de preocuparle que quizá no fuera él quien

debería hacerlo.

—Yo tampoco me entiendo —dijo él.

También era exasperante. ¿Cómo se le daba tan bien comprender lo que ella pensaba? Ella todavía tenía que escudriñar para discernir los pensamientos del hombre.

—¿Podéis pensar eso otra vez? —preguntó Androl—. No lo he pillado.

—Majadero —masculló Pevara.

Androl sonrió y luego volvió a atisbar por la ventana.

—Aún no es hora —dijo Pevara.

—¿Estáis segura?

—Sí. Y si seguís asomándoos quizá lo asustéis cuando venga.

Androl se acuclilló de nuevo de mala gana.

—Bien, cuando venga, debéis dejar que sea yo quien tenga el control —dijo Pevara.

—Deberíamos coligarnos.

—No. —No se pondría de nuevo en sus manos. No después de lo ocurrido la ultima vez. Se estremeció y Androl le lanzó una mirada.

»Hay muy buenas razones para no coligarnos —continuó—. Lo digo sin ánimo de ofenderos, Androl, pero vuestra habilidad no es lo bastante grande para que merezca la pena intentarlo. Más vale que seamos dos. Debéis aceptarlo. En un campo de batalla, ¿qué preferiríais tener? ¿Un soldado? ¿O dos, uno de ellos sólo un poco más experimentado, al que podríais mandar distintas tareas y servicios?

Él lo pensó y luego suspiró.

—Muy bien, de acuerdo —aceptó después—. Habláis con sensatez.

—Siempre lo hago. —Pevara se incorporó—. Es la hora. Preparaos.

Se situaron cada uno a un lado de la puerta que conducía al callejón. Estaba abierta una rendija a propósito, con el recio candado de fuera colgando como si alguien hubiera olvidado cerrarlo.

Aguardaron en silencio y Pevara empezó a preocuparse por si había calculado mal. Androl se reiría con ganas por ello, y…

La puerta se abrió del todo. Dobser asomó la cabeza, seducido por el comentario despreocupado de Evin respecto a haber birlado una botella de vino del cuarto trasero tras descubrir que Leish había olvidado cerrar la puerta. Según Androl, Dobser era un bebedor empedernido, y Taim lo había golpeado más de una vez hasta dejarlo sin sentido por pasarse con el vino.

Pevara percibía la reacción de Androl hacia el hombre. Tristeza. Una tristeza profunda, aplastante. Dobser tenía la oscuridad en el fondo de los ojos.

Pevara atacó con rapidez; ató a Dobser con Aire e interpuso un escudo entre el confiado Asha'man y la Fuente. Androl levantó con esfuerzo un garrote, pero no era

necesario. A Dobser se le desorbitaron los ojos cuando se elevó en el aire; Pevara enlazó las manos a la espalda y lo miró con gesto crítico.

—¿Estáis segura de esto? —preguntó Androl con suavidad.

—Demasiado tarde para planteárselo —contestó mientras desataba los tejidos de Aire—. Los informes parecen coincidir. Cuanto más dedicada a la Luz es una persona antes del cambio, más dedicada será a la Sombra tras su caída. Así pues…

Así pues ese hombre, que siempre había sido tan poco entusiasta, tendría que resultar más fácil de quebrantar, sobornar o convertir que otros. Eso era importante, ya que los lacayos de Taim probablemente se darían cuenta de lo que había ocurrido tan pronto como…

—¡Dobser! —llamó una voz. Dos figuras se perfilaron en el vano de la puerta—. ¿Tienes el vino? No es menester vigilar la parte de delante; la mujer no está…

Welyn y otro de los favoritos de Taim, Leems, se encontraban en la puerta.

Pevara reaccionó al instante y lanzó tejidos a los dos hombres mientras creaba un hilo de Energía. Ellos rechazaron sus intentos de escudarlos —era muy difícil meter un escudo entre la Fuente y una persona que asía el Poder Único—, pero las mordazas se ciñeron en su sitio y evitaron que gritaran.

Sintió Aire envolviéndose a su alrededor, un escudo que intentaba colocarse entre la Fuente y ella. Lo deshizo con Energía, cortando los tejidos merced a suponer dónde debían de estar.

Leems retrocedió a trompicones, al parecer sorprendido al ver que sus tejidos se desvanecían. Pevara se lanzó hacia adelante mientras tejía otro escudo y lo colocaba entre él y la Fuente al tiempo que arremetía con el cuerpo contra el hombre, empujándolo contra la pared. La distracción funcionó, y el escudo lo dejó aislado del Poder Único.

Lanzó un segundo escudo a Welyn, pero él la golpeó con sus propios hilos de Aire, que tiraron de ella hacia atrás a través de cuarto. Pevara tejió Aire al tiempo que se golpeaba contra la pared con un gruñido. La vista se le emborronó, pero mantuvo asido aquel hilo de Aire y, de forma instintiva, lo lanzó hacia adelante y asió el pie de Welyn cuando el Asha’man trataba de salir corriendo del edificio.

Sintió temblar el suelo al caer alguien en él. Welyn había tropezado, ¿no? Aturdida, aún no veía con claridad.

Se sentó erguida; le dolía todo el cuerpo, pero se aferró a los hilos de Aire que había tejido como mordazas. Si los soltaba, los hombres de Taim podrían gritar. Y, si lo hacían, ella moriría. Todos morirían. O algo peor.

Parpadeó para librarse de las lágrimas de dolor que le desbordaban los ojos y encontró a Androl de pie junto a los dos Asha’man, con el garrote en las manos. Al parecer, los había dejado sin sentido a los dos, sin poder confiar en unos escudos que no veía. Menos mal, ya que su segundo escudo no se había colocado bien. Ahora lo

puso en su sitio.

Dobser seguía colgado donde ella lo había dejado, ahora con los ojos aún más desorbitados. Androl la miró.

—¡Luz! Pevara, eso ha sido increíble. ¡Habéis dejado fuera de combate a dos Asha'man prácticamente sin ayuda!

Ella sonrió con satisfacción y, aún atontada, le tendió la mano a Androl y le permitió que la ayudara a ponerse de pie.

—¿Y en qué creéis que emplea su tiempo el Ajah Rojo, Androl? ¿En estar sentado y protestar sobre los hombres? Nos entrenamos para luchar contra encauzadores.

Percibió el respeto de Androl mientras él se afanaba en tirar de Welyn, meterlo en el edificio y cerrar la puerta; después oteó por la ventana para comprobar que nadie había visto nada. Se apartó enseguida y encauzó para crear una luz.

Pevara inhaló y levantó una mano para apoyarse en la pared. Androl la observó intensamente.

—Hemos de llevaros a uno de los otros para la Curación —dijo.

—Me pondré bien. Sólo me he dado un golpe en la cabeza y estoy aturdida, pero se me pasará.

—Dejadme que os mire —pidió Androl, que se acercó con la luz flotando a su lado. Pevara le permitió que se entretuviera un momento examinándole los ojos y tanteándole la cabeza en busca de chichones. Le acercó la luz a los ojos—. ¿Os duele si la miráis?

—Sí —admitió al tiempo que apartaba la vista.

—¿Náuseas?

—Un poco.

Él gruñó y entonces sacó un pañuelo del bolsillo y lo mojó con agua de su petaca. Adoptó una expresión concentrada y la luz se apagó. El pañuelo sonó al escurrirlo y se lo tendió. Estaba helado.

—Sostenedlo contra la herida —le dijo—. Decidme si empezáis a sentiros adormilada. Podría empeorar vuestro estado si os dormís.

—¿Estáis preocupado por mí? —preguntó divertida, e hizo lo que le decía.

—Es más bien… ¿Cómo era eso que me dijisteis antes? ¿Cuidar de nuestros activos?

—Sí, seguro. —Pevara apretó el helado vendaje contra la cabeza—. ¿De modo que también tenéis conocimientos de medicina de campaña?

—Una vez estuve de aprendiz con una Mujer Sabia de una ciudad —contestó Androl con aire ausente mientras se arrodillaba para atar a los hombres caídos.

Pevara agradeció poder soltar los tejidos de Aire con los que los sujetaba, pero mantuvo los escudos.

—¿Una Mujer Sabia tomó de aprendiz a un hombre? —inquirió, sin salir de su asombro.

—Al principio no —confesó él—. Es… una larga historia.

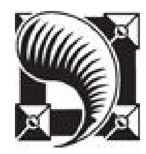
—Excelente; una historia larga impedirá que me quede dormida hasta que los otros vengan a buscarnos.

Emarin y los demás habían recibido instrucciones de salir y dejarse ver a fin de establecer una coartada para el grupo en caso de que la desaparición de Dobser llamara la atención.

Androl la miró y acercó la luz. Después se encogió de hombros y siguió con lo que estaba haciendo.

—Todo comenzó cuando perdí a un amigo por las fiebres durante una temporada de pesca del cazón en Mayene. Cuando regresé al continente, empecé a pensar que podríamos haber salvado a Sayer si cualquiera de nosotros hubiera sabido qué hacer. Así que fui a buscar a alguien que pudiera enseñarme…

4



Las ventajas de un vínculo

Y eso es todo —acabó Pevara, que estaba sentada contra la pared.

Androl percibía sus emociones. Se encontraban sentados en el almacén, donde habían luchado contra los hombres de Taim y esperaban a Emarin, el cual afirmaba ser capaz de hacer hablar a Dobser. Androl no tenía experiencia en llevar a cabo un interrogatorio. El olor a grano había cambiado a un hedor rancio. A veces se estropeaba de repente.

Pevara había recobrado la tranquilidad, tanto por fuera como por dentro, conforme hablaba del asesinato de su familia a manos de unos viejos conocidos.

—Aún los odio —dijo—. Soy capaz de pensar en mi familia sin sentir dolor, pero a los Amigos Siniestros… los detesto. Al menos he tenido la satisfacción de una pequeña venganza, ya que el Oscuro no los preservó. Se pasaron toda la vida siguiéndolo con la esperanza de tener un sitio en su nuevo mundo, y todo para que la Última Batalla llegara mucho después de que hubieran muerto. Supongo que los que siguen vivos no van a obtener mucho más. Una vez que ganemos la Última Batalla, él tomará sus almas. Espero que los atormente por los siglos de los siglos.

—¿Tan segura estáis de que vamos a vencer? —preguntó Androl.

—Pues claro que venceremos. No es una incógnita, Androl. No podemos permitirnos hacer del resultado algo incierto.

—Tenéis razón —dijo él, que asintió con la cabeza—. Continuad.

—No hay más que decir. Qué raro se me hace haber contado lo ocurrido al cabo de todos estos años. Pasó bastante tiempo hasta que pude hablar de ello.

El silencio se adueñó del cuarto. Dobser colgaba de las ataduras, de cara a la pared, con los oídos taponados con los tejidos de Pevara. Los otros dos seguían inconscientes. Androl les había atizado con fuerza, y se proponía no dejar que volvieran en sí en mucho tiempo.

Pevara los había escudado, pero no podía mantener tres escudos a la vez si los hombres trataban de liberarse. Por lo general, para mantener escudado a un hombre las Aes Sedai usaban más de una hermana, así que mantener a tres sería imposible para una única encauzadora, tanto si era fuerte como si no. Podía atar los escudos, pero Taim había hecho que los Asha’man practicaran la forma de librarse de un escudo atado.

Sí, era mejor asegurarse de que los otros dos no se despertaran. Por muy

conveniente que fuera degollarlos sin más, Androl no tenía estómago para hacerlo. En cambio, dirigió un minúsculo hilo de Energía y Aire para tocar los párpados de ambos. Tuvo que valerse de un único tejido, y muy débil, pero se las arregló para tocar todos los ojos. Si los párpados se entreabrían una mínima rendija, lo notaría. Eso sería suficiente para ponerlo sobre aviso.

Pevara seguía pensando en su familia. Lo que había dicho era verdad: odiaba a los Amigos Siniestros. A todos ellos. Era un odio controlado, no desenfrenado, pero seguía siendo intenso después de tantos años.

Androl jamás lo habría imaginado en esa mujer que parecía tener una sonrisa pronta. Notaba que sufría. Y que, por extraño que pareciera, se sentía… sola.

—Mi padre se suicidó —dijo Androl, sin tener intención de hacerlo.

Ella lo miró.

—Mi madre fingió durante años que había sido un accidente —prosiguió Androl —. Fue en el bosque. Saltó al vacío desde un risco. La noche anterior se había sentado a hablar con ella para explicarle lo que iba a hacer.

—¿Y no intentó detenerlo? —preguntó Pevara, horrorizada.

—No. Sólo unos pocos años antes de que encontrara el último abrazo de la madre, conseguí sonsacarle algunos detalles. Ella le tenía miedo. Fue un golpe terrible para mí, porque él siempre había sido tan afable… ¿Qué cambió en esos últimos años para que ella lo temiera? —Androl se volvió hacia Pevara—. Me contó que mi padre veía cosas en las sombras. Que había empezado a volverse loco.

—Ah…

—Me preguntasteis por qué había venido a la Torre Negra. Queríais saber por qué pedí que me hicieran la prueba. Bien, pues, esto que soy responde a una de mis preguntas. Me dice quién fue mi padre y por qué hizo lo que creía que tenía que hacer.

»Ahora es cuando comprendo las señales. El negocio iba muy bien. Padre descubría canteras de piedra y vetas metalíferas donde nadie más daba con ellas. Los hombres lo contrataban para que encontrara depósitos valiosos para ellos. Era el mejor. Extraordinariamente bueno. Al final yo veía… eso en él, Pevara. Sólo tenía diez años, pero lo recuerdo. El miedo en sus ojos. Ahora sé lo que temía. —Vaciló antes de seguir—. Mi padre saltó por aquel precipicio para salvar la vida a su familia.

—Lo siento —susurró Pevara.

—Saber lo que soy, lo que él era, me ayuda.

Había empezado a llover otra vez y las gotas, gruesas, golpeaban las ventanas como chinarros. La puerta que daba a la tienda se abrió y Emarin se asomó, por fin. Vio a Dobser colgado en el aire y pareció aliviado. Entonces vio a los otros y se llevó un sobresalto.

—¿Qué habéis hecho vosotros dos?

—Lo que hubo de hacerse —repuso Androl mientras se ponía de pie—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Ha faltado poco para que me enfrentara otra vez con Coteren —dijo Emarin sin quitar la vista de los dos Asha'man cautivos—. Creo que apenas nos queda tiempo, Androl. No hemos hecho caso de sus provocaciones, pero Coteren parecía irritado, más de lo que es normal en él. No creo que vaya a soportarnos mucho más.

—De todos modos, estos cautivos han puesto en marcha la cuenta atrás —comentó Pevara, que apartó a Dobser para hacerle hueco a Emarin—. ¿Estáis seguro de que podéis hacer hablar a este hombre? Yo he intentado interrogar a Amigos Siniestros en otras ocasiones, y suele ser difícil quebrantarlos.

—Ah, pero él no es un Amigo Siniestro —contestó Emarin—. Es Dobser.

—No creo que sea realmente él —intervino Androl mientras observaba al hombre que flotaba sostenido por las ataduras—. No acepto que se pueda obligar a alguien a servir al Oscuro.

Percibió que Pevara estaba en desacuerdo con él; creía de verdad que era eso lo que había ocurrido, que era factible Trasmutar a cualquiera con capacidad de encauzar, según le había explicado. Los textos antiguos lo mencionaban.

La idea le provocó a Androl ganas de vomitar. ¿Forzar a alguien a ser malvado? Eso no podía ser posible. El destino llevaba a las personas de un lado para otro, las ponía en posiciones terribles que a veces les costaba la vida y a veces la cordura. Pero la elección de servir al Oscuro o a la Luz… Sin duda ésa era una opción que no podía quitársele a una persona.

La sombra que vio en el fondo de los ojos de Dobser fue prueba suficiente para Androl. El hombre al que había conocido ya no estaba, había perecido, y en el cuerpo habían metido a algún otro ser, algo perverso. Un alma nueva. Tenía que ser eso.

—Sea lo que sea —dijo Pevara—, soy escéptica en cuanto a que seas capaz de obligarlo a hablar.

—La mejor persuasión —contestó Emarin, con las manos enlazadas a la espalda— es aquella que no es forzada. Pevara Sedai, si sois tan amable de soltar los tejidos que le tapan los oídos… Pero quitad sólo el mínimo, como si el tejido se hubiese soltado y estuviera cayéndose. Quiero que «escuche a hurtadillas» lo que estoy a punto de decir.

Ella accedió a hacer lo que le pedía. O eso al menos fue lo que supuso Androl. Estar vinculados por partida doble no significaba que pudieran ver los tejidos del otro. Sin embargo, sí percibía la ansiedad de la mujer. Pensaba en los Amigos Siniestros a los que había interrogado, y anhelaba… algo. ¿Una herramienta que podría utilizar contra ellos?

—Creo que podremos ocultarnos en mi heredad —comentó Emarin en un tono altanero.

Androl parpadeó. El hombre se mostraba más pagado de sí mismo, más orgulloso, más… autoritario. La voz sonaba potente, displicente. Así, de golpe y sopetón, se había convertido en un noble.

—A nadie se le pasará por la cabeza buscarnos allí —prosiguió Emarin—. Os aceptaré como mis asociados. En cuanto a los inferiores a nosotros, como el joven Evin, por ejemplo, puedo emplearlos como sirvientes. Si jugamos bien nuestras cartas, levantaremos otra torre que rivalice con la Torre Negra.

—Yo… no sé hasta qué punto sería aconsejable hacer tal cosa —le siguió el juego Androl.

—A callar —espetó Emarin—. Te pediré tu opinión cuando lo crea oportuno. Aes Sedai, la única forma de rivalizar con la Torre Blanca y la Torre Negra es crear un lugar donde hombres y mujeres encauzadores trabajen juntos. Una… Torre Gris, por así decirlo.

—Qué idea tan interesante.

—Simple sentido común —remató Emarin, que se volvió hacia el cautivo—. ¿No puede oír lo que hablamos?

—Ya os lo he dicho —respondió Pevara, que añadió para sus adentros «que puede».

—Entonces, liberadlo. Quiero hablar con él.

Pevara hizo lo que le pedía, aunque con cierta vacilación. Dobser cayó al suelo, y logró mantenerse de pie a duras penas. Se tambaleó un instante, inestable, y de inmediato echó una ojeada hacia la salida.

Emarin se llevó una mano hacia la espalda, sacó algo del cinturón y lo tiró al suelo. Era una bolsa pequeña. Al caer tintineó.

—Maese Dobser —dijo Emarin.

—¿Qué es? —preguntó el otro, que se agachó con cautela y recogió la bolsa. Miró dentro y los ojos se le abrieron de par en par.

—La remuneración —contestó Emarin.

—¿Por hacer qué? —inquirió Dobser, entrecerrando los ojos.

—Me habéis malinterpretado, maese Dobser —dijo Emarin—. No os estoy pidiendo nada, os lo doy como disculpa. Mandé a Androl aquí para pediros ayuda, y parece que se ha… excedido con las instrucciones que recibió. Simplemente deseo hablar con vos. No era mi intención veros envuelto en Aire y atormentado.

Dobser miró en derredor con desconfianza.

—¿De dónde has sacado un dinero así, Emarin? ¿Qué te hace pensar que puedes empezar a dar órdenes? Sólo eres un soldado… —Miró de nuevo el contenido de la bolsa.

—Veo que nos entendemos —repuso Emarin sonriente—. ¿Mantendréis en secreto mi tapadera, entonces?

—Yo… —Dobser frunció el entrecejo y miró a Welyn y a Leems, que yacían inconscientes en el suelo.

—Sí —dijo Emarin—. Lo de ésos va a ser un problema, ¿verdad? ¿Qué os parece si entregamos a Androl a Taim y le echamos la culpa de esto?

—¿Androl? —repitió Dobser con un resoplido desdeñoso—. ¿El paje? ¿Dejar fuera de combate a dos Asha'man? Nadie se lo tragaría. Nadie.

—Muy cierto, maese Dobser —convino Emarin.

—Entrégale a la Aes Sedai —dijo Dobser, señalando con el dedo hacia ella.

—Lamentablemente, la necesito. Un desastre, eso es lo que tenemos aquí. Una pura chapuza.

—Bueno, tal vez podría hablar al M'Hael en tu favor —propuso Dobser—. Ya sabes, aclararlo.

—Sería un gesto muy de agradecer —contestó Emarin, que acercó una silla que había junto a la pared y a continuación puso otra enfrente. Se sentó e hizo un gesto con la mano para que Dobser hiciera lo propio—. Androl, haz algo útil. Encuentra algo de beber para maese Dobser y para mí. Té. ¿Te gusta con azúcar?

—No. De hecho, oí decir que aquí había vino por alguna parte… —dijo Dobser.

—Vino, Androl. —Emarin chasqueó los dedos.

«En fin —pensó Androl—, será mejor que interprete mi papel». Hizo una reverencia, lanzó una bien calculada mirada feroz a Dobser, y fue a buscar unas copas y vino del almacén. Cuando regresó, Dobser y Emarin charlaban de forma amistosa.

—Entiendo —decía Emarin—. Me ha costado tanto trabajo encontrar la ayuda adecuada dentro de la Torre Negra… La necesidad de preservar mi identidad es imperativa, ¿sabes?

—Me doy cuenta, milord —contestó Dobser—. Vaya, si cualquier otro supiera que hay un Gran Señor de Tear en nuestras filas, el peloteo no tendría fin, eso puedo asegurarlo. Y al M'Hael, bueno, no le haría gracia que hubiera alguien con tanta autoridad aquí. ¡Ni pizca!

—Entonces, es comprensible que haya de mantener las distancias —explicó Emarin, que alargó una mano y aceptó la copa de vino que Androl le sirvió.

«¿Un Gran Señor de Tear?», pensó Androl, divertido. Dobser parecía que se lo estaba tragando igual que tragaba un licor fuerte.

—¡Y todos nosotros pensando que lisonjeabais a Logain porque erais estúpido! —dijo Dobser.

—Ay, qué carga he de llevar. Si hubiera pasado mucho tiempo cerca de él, Taim no habría tardado ni un momento en darse cuenta de quién soy. Así que me vi forzado a ir con Logain. Él y ese tipo, el Dragón, salta a la vista que ambos son granjeros y no reconocerían a un hombre de alta cuna.

—Os diré, milord, que yo sospechaba algo —afirmó Dobser.

—Como yo imaginaba —contestó Emarin, que tomó un sorbito de vino—. Para demostrar que no está envenenado —explicó antes de pasarle la copa a Dobser.

—No hacía falta, milord —protestó Dobser—. Confío en vos. —Vació de un trago la copa—. Si uno no puede fiarse de todo un Gran Señor, entonces, ¿en quién puede uno confiar?

—Muy cierto.

—Os diré una cosa —empezó Dobser mientras alargaba la copa y la meneaba para que Androl se la llenara otra vez—. Necesitaréis otra excusa mejor para manteneros alejado de Taim. Lo de seguir a Logain ya no va a funcionar.

Emarin dio un largo trago de su copa de vino con aire pensativo.

—Taim lo tiene en su poder. Entiendo —dijo luego—. El hecho de que Welyn y los otros hayan aparecido habla por sí mismo.

—Sí. —Dobser dejó que Androl le llenara la copa—. Pero Logain es uno de los fuertes. Cuesta mucho esfuerzo y tiempo Trasmutar a un hombre como él. Cuestión de fuerza de voluntad, ¿comprendéis? Se tardará un día o dos en Trasmutarlo. Sea como sea, también podríais presentaros a Taim como quien sois, explicarle lo que os proponéis. Él lo entenderá. No deja de repetir que los hombres son más útiles para él si no tiene que someterlos a la Trasmutación. Sin embargo, con Logain no hay vuelta de hoja, hay que Trasmutarlo. Un proceso horroroso. —Dobser se estremeció con un escalofrío.

—Entonces iré a hablar con él, maese Dobser. ¿Por casualidad no querrías responder por mí? Te… resarciré por el esfuerzo.

—Claro, claro, ¿por qué no? —Apuró el vino y luego, tambaleándose, se puso de pie—. Habrá ido a comprobar cómo va Logain. Siempre lo hace a esta hora de la noche.

—¿Y dónde tiene a Logain? —preguntó Emarin.

—En los cuartos secretos —repuso Dobser—. En los cimientos que estamos construyendo. ¿Sabéis el sector oriental, donde el derrumbamiento hizo toda esa excavación adicional? Bueno, no hubo tal derrumbe, sólo fue una excusa para ocultar el trabajo extra que se estaba haciendo. Y… —Dobser se calló, vacilante.

—Y vale ya —intervino Pevara, que volvió a atar al hombre con Aire y le tapó los oídos. Se cruzó de brazos y miró a Emarin—. Estoy impresionada.

Emarin abrió los brazos en un gesto de humildad y concretó:

—Siempre he tenido el don de hacer que los hombres se sientan a gusto. A decir verdad, no sugerí elegir a Dobser porque creyera que era fácil sobornarlo. Lo elegí por sus… en fin, sus limitados poderes cognitivos.

—Claro. Que alguien haya sido Trasmutado para que sirva a la Sombra no hace que sea menos estúpido —dijo Androl—. Pero, si podías hacer esto, ¿por qué tuvimos que reducirlo, para empezar?

—Es cuestión de controlar la situación, Androl —contestó Emarin—. A un hombre como Dobser uno no debe hacerle frente en su elemento, rodeado de amigos más inteligentes que él. Hay que asustarlo, hacer que se estremezca, y después ofrecerle un modo de zafarse de la situación apurada. —Emarin vaciló y miró a Dobser—. Además, no creo que quisiéramos correr el riesgo de que fuera a Taim, que sin duda sería lo que habría hecho si lo hubiésemos abordado en privado, sin la amenaza de la violencia.

—¿Y ahora? —preguntó Pevara.

—Ahora —contestó Androl—, les damos algo a los tres que los mantenga dormidos hasta Bel Tine. Vamos a buscar a Nalaam, a Canler, a Evin y a Jonneth. Esperamos a que Taim acabe su visita para ver cómo va Logain, entramos a la fuerza, lo rescatamos y libramos a la Torre del dominio de la Sombra.

Se quedaron callados un momento. El cuarto estaba alumbrado por una única lámpara titilante. La lluvia salpicaba la ventana.

—En fin —rompió el silencio Pevara—, mientras no sea muy difícil la tarea que nos propones, Androl…

Rand abrió los ojos en el sueño, sorprendido de algún modo por haberse quedado dormido. Por fin Aviendha lo había dejado dar una cabezada. En realidad, lo más probable era que ella también estuviera echando un sueño. Parecía estar tan cansada como él. Más, quizá.

Se levantó y se puso de pie en un prado de hierba muerta. Había sentido su preocupación, y no sólo a través del vínculo, sino por el modo en que se había aferrado a él. Aviendha era una luchadora, una guerrera, pero hasta un guerrero necesitaba algo a lo que asirse de vez en cuando. La Luz sabía que a él también le pasaba.

Miró en derredor. Aquello no se parecía al *Tel'aran'rhiod*; no del todo. El campo muerto se extendía a lo lejos en todas direcciones; hasta el infinito, presumiblemente. Aquél no era el verdadero Mundo de los Sueños. Era un fragmento de sueño, un mundo creado por un Soñador o un caminante de sueños poderoso.

Rand echó a andar y, aunque no había árboles, las hojas muertas crujieron al pisarlas. Seguramente habría podido impulsarse de vuelta a sus propios sueños. Aunque nunca había sido tan bueno como muchos de los Renegados en caminar por los sueños, eso sí era capaz de hacerlo. La curiosidad lo empujó a seguir adelante.

«No tendría que encontrarme aquí —pensó—. Puse salvaguardias». ¿Cómo había llegado a ese lugar y quién lo había creado? Sospechaba de alguien. Había una persona que utilizaba los fragmentos de sueño a menudo.

Rand percibió una presencia cercana. Siguió adelante, sin volverse, pero sabía que alguien caminaba a su lado ahora.

—Elan —saludó Rand.

—Lews Therin. —Elan aún llevaba su cuerpo más reciente, el hombre alto y apuesto que vestía de negro y rojo—. Esto se muere, y el polvo sofocará todo muy pronto. El polvo… y luego, nada.

—¿Cómo has eludido mis salvaguardias?

—Lo ignoro —admitió Moridin—. Sabía que, si creaba este sitio, te reunirías aquí conmigo. No puedes mantenerte alejado de mí. El Entramado no lo permitirá. Nos atraemos el uno al otro, tú y yo. Una y otra y otra vez. Dos barcos amarrados en la misma playa que se golpean entre sí con cada nueva marea.

—Poético —comentó Rand—. Por fin has soltado a Mierin de su correa, por lo que he visto.

Moridin se paró y Rand hizo una pausa y lo miró. La ira del hombre parecía irradiar de él en oleadas de calor.

—¿Acudió a ti? —demandó Moridin.

Rand no contestó.

—No finjas que sabías que aún vivía. No lo sabías, no podías saberlo.

Rand siguió callado. Sus sentimientos respecto a Lanfear —o comoquiera que se llamara ahora— eran complicados. Lews Therin la había despreciado, pero Rand la había conocido primero como Selene, y le había caído bien; al menos hasta que intentó matar a Egwene y a Aviendha.

Pensar en ella lo llevó a pensar en Moraine y le hizo albergar esperanzas que no debería alentar.

«Si Lanfear vive todavía… ¿Estará viva también Moraine?»

Se volvió a mirar a Moridin con tranquila confianza.

—Liberarla ahora no tiene sentido —dijo—. Ya no tiene poder alguno sobre mí.

—Sí, te creo —contestó Moridin—. No lo tiene, pero creo que siente cierto… rencor hacia la mujer que elegiste. ¿Cómo se llama? La que se considera Aiel pero lleva armas encima…

Rand no reaccionó al intento de irritarlo.

—De todos modos, Mierin te odia ahora —continuó Moridin—. Creo que te culpa por lo que le ha ocurrido. Deberías llamarla Cyndane. Se le ha prohibido utilizar el nombre que eligió para sí misma.

—Cyndane… —repitió Rand, como si probara la palabra—. ¿«Última oportunidad»? Veo que el humor de tu señor va en aumento.

—No se pretendía que resultara humorístico —dijo Moridin.

—No, supongo que no. —Rand contempló el infinito paisaje de hierba y hojas muertas—. Me cuesta trabajo pensar que te tenía tanto miedo en esos primeros días. ¿Invadías mis sueños por entonces, o me llevabas a uno de estos fragmentos de sueño? Nunca llegué a imaginarlo.

Moridin no dijo nada.

—Recuerdo una vez… —agregó Rand—. Sentado junto al fuego, rodeado de pesadillas que recordaban el *Tel'aran'rhiod*. No habrías podido arrastrar del todo a alguien al Mundo de los Sueños y, sin embargo, no soy caminante de sueños, con capacidad para entrar por mí mismo.

Moridin, como muchos de los Renegados, por lo general había entrado al *Tel'aran'rhiod* en persona, lo cual era peligroso. Algunos decían que entrar en persona era un acto perverso, un acto que te hacía perder parte de tu humanidad. También te hacía más poderoso.

Moridin no dio ninguna pista sobre lo que había ocurrido esa noche. Rand guardaba un recuerdo borroso de aquellos días del viaje a Tear. Recordaba tener visiones por la noche; visiones de sus amigos o de su familia que intentaban matarlo. Moridin… Es decir, Ishamael, había tirado de él contra su voluntad hacia sueños que se entrecruzaban en el *Tel'aran'rhiod*.

—Estabas loco aquellos días —susurró Rand, que miró a Moridin a los ojos. Casi podía ver el fuego ardiendo en ellos—. Aún lo estás, ¿no es cierto? Sólo que lo controlas. Nadie puede servirle sin estar, al menos, un poco trastornado.

—Mófate cuanto quieras, Lews Therin. —Moridin adelantó un paso—. El fin asoma por el horizonte. Todo se entregará a la gran asfixia de la Sombra para que sea aplastado, despedazado, estrangulado.

Rand también adelantó un paso y los dos se encontraron frente a frente. Eran igual de altos.

—Te odias a ti mismo —susurró Rand—. Lo percibo dentro de ti, Elan. Otrora lo servías por el poder; ahora lo haces porque su victoria, y con ella el final de todas las cosas, es la única liberación que tendrás jamás. Prefieres no existir a continuar siendo tú. Has de saber que él no te soltará. Jamás. A ti no.

Moridin hizo un gesto de desprecio y mofa.

—Me dejará que te mate antes de que esto acabe, Lews Therin. A ti y a la del cabello rubio, y a la Aiel, y a la pequeña de cabello moreno.

—Te comportas como si esto fuera una contienda entre tú y yo, Elan —lo interrumpió Rand.

Moridin echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas.

—¡Pues claro que lo es! ¿Es que todavía no te has dado cuenta? ¡Por toda la sangre derramada, Lews Therin! Se trata de nosotros dos. Igual que en eras pasadas, una y otra vez, luchamos uno contra el otro. Tú y yo.

—No. Esta vez no. No me enfrentaré a ti. Tengo una batalla más importante que librar.

—No intentes…

La luz del sol irrumpió cegadoramente entre las nubes en lo alto. En el Mundo de los Sueños casi nunca había sol, pero ahora bañó el espacio que rodeaba a Rand.

Moridin reculó a trompicones. Alzó la vista hacia la luz y después miró a Rand y estrechó los ojos.

—No creas que… No creas que voy a dejarme embaucar con tus sencillos trucos, Lews Therin. Weiramon estaba trastornado por lo que le hiciste, pero no es algo difícil, asiendo el *Saidin*, escuchar cómo se aceleran los latidos del corazón de la gente.

Rand forzó su voluntad. Las resecas hojas muertas empezaron a transformarse a sus pies, verdearon de nuevo, y los brotes de hierba se abrieron paso entre las hojas. El verdor se fue extendiendo a partir de él como pintura derramada, y las nubes en lo alto se evaporaron.

Los ojos de Moridin se desorbitaron más aún. Se tambaleó al contemplar el cielo a medida que las nubes se batían en retirada… Rand sentía su estupor… Porque estaban en el fragmento de sueño de Moridin.

Sin embargo, para introducir a otra persona en él, tenía que colocarlo cerca del *Tel'aran'rhiod*. Esas reglas se aplicaban. También había algo más, algo relacionado con la conexión entre ellos dos…

Rand caminó hacia adelante con los brazos alzados a los costados. La hierba se extendió en oleadas, flores rojas brotaron en el suelo y pareció que la tierra se ponía colorada. La tormenta encalmó, las nubes oscuras se evaporaron con el calor de la luz.

—¡Cuéntaselo a tu señor! —ordenó Rand—. Dile que esta batalla no es como las otras. Dile que estoy cansado de secuaces, que se acabaron para mí los triviales movimientos de peones. ¡Dile que voy por ÉL!

—Esto no es posible. —Moridin temblaba de manera evidente—. Esto no… —Miró a Rand un instante, de pie bajo el sol cegador, y después desapareció.

Rand soltó la respiración contenida. La hierba murió a su alrededor, las nubes volvieron con rapidez, la luz del sol se apagó. Aunque Moridin se había marchado, mantener la transformación del paisaje era difícil. Rand se encorvó, jadeante, y empezó a recuperarse del esfuerzo.

Allí, algo podía hacerse real a fuerza de desearlo. Ojalá las cosas fueran tan sencillas en el mundo real.

Cerró los ojos y se sacó de allí para dormir el poco tiempo que quedaba antes de que tuviera que levantarse. Levantarse y salvar el mundo. Si podía.

Pevara se acuclilló al lado de Androl bajo la noche lluviosa. Tenía la capa completamente empapada. Sabía un par de tejidos que habrían sido útiles para eso, pero no se atrevía a encauzar. Los otros y ella se verían abocados a un enfrentamiento con Aes Sedai Trasmutadas y mujeres del Ajah Negro, porque, si ella encauzaba, lo percibirían.

—Definitivamente tienen vigilada la zona —susurró Androl.

Un poco más adelante, el terreno se fragmentaba en una amplia secuencia de zanjas y obras de albañilería que semejaba un laberinto. Ésos eran los cimientos de los sótanos de lo que acabaría convirtiéndose en la Torre Negra propiamente dicha. Si Dobser tenía razón, otros cuartos subterráneos se habían construido en los sótanos, cámaras ocultas —ya— terminadas —que seguirían siendo secretas mientras la Torre se construía.

Un par de Asha'man de Taim charlaban a poca distancia. Aunque intentaban aparentar despreocupación, el mal tiempo frustraba su empeño. ¿Quién querría estar fuera en una noche como ésa? A despecho del brasero que ardía y daba luz, así como un tejido de Aire que los protegía para que la lluvia no los tocara, su presencia era sospechosa.

Guardias. Pevara intentó comunicar el pensamiento a Androl.

Funcionó. Notó la sorpresa del hombre cuando la idea se entrometió en las suyas.

Algo le llegó de vuelta, poco claro. *Deberíamos aprovechar nuestra ventaja*.

Sí, contestó ella. La siguiente idea era demasiado compleja, sin embargo, así que la transmitió en un quedo susurro:

—¿Cómo no os habíais percatado antes de que Taim dejaba vigilancia en las obras de los cimientos por la noche? Si en realidad existen esos cuartos secretos, entonces lo que se hace en ellos también se llevaría a cabo por la noche.

—Taim decretó el toque de queda —susurró Androl—. Permite que lo pasemos por alto sólo cuando le conviene a él, como para el regreso de Welyn esta noche. Además, este sector es peligroso, con esas zanjas y esos agujeros. Sería una buena razón para poner guardias, salvo…

—Salvo porque Taim no es exactamente el tipo de hombre al que le importe que un niño o dos se rompan el cuello mientras curiosean —acabó Pevara.

Androl asintió con la cabeza.

Los dos esperaron bajo la lluvia al tiempo que contaban cada respiración, hasta que tres llamaradas salieron de la noche y golpearon a los guardias directamente en la cabeza. Los dos Asha'man se desplomaron como sacos de grano. Nalaam, Emarin y Jonneth habían hecho su trabajo a la perfección. Rapidez al encauzar; con suerte, no se habría percatado nadie o se pensaría que era obra de los hombres de Taim que hacían guardia.

«Luz —se dijo para sus adentros Pevara—. Androl y los otros realmente son armas». No se había parado a pensar que Emarin y los otros llevarían a cabo ataques letales. Eso se salía por completo de su experiencia como Aes Sedai. Las Aes Sedai ni siquiera mataban a falsos Dragones si podían evitarlo.

—Amansar mata —dijo Androl sin dejar de mirar al frente—. Aunque lo haga despacio.

Luz. Sí, puede que su vinculación les diera ventaja, pero también era muy

inconveniente. Tendría que practicar escudar sus pensamientos.

Emarin y los otros salieron de las sombras y se reunieron con Pevara y Androl junto al brasero. Canler se quedó atrás con los otros chicos de Dos Ríos, listo para dirigirlos desde la Torre Negra en un intento de escapar si algo salía mal esa noche. Era lógico dejarlo a él, a despecho de sus protestas. Tenía familia.

Arrastraron los cadáveres hacia la oscuridad, pero dejaron encendido el brasero. Alguien que buscara a los guardias vería que la luz seguía allí, si bien la noche era tan neblinosa y lluviosa que tendría que acercarse más para darse cuenta de que los guardias habían desaparecido.

Aunque protestaba con frecuencia porque los otros lo seguían, Androl tomó la iniciativa de inmediato y mandó a Nalaam y a Jonneth a vigilar en el perímetro de los cimientos. Jonneth llevaba su arco, aunque sin encordar debido a la humedad de la noche. Esperaban que dejara de llover y que él pudiera utilizarlo cuando no fuera posible correr el riesgo de encauzar.

Androl, Pevara y Emarin se deslizaron por una de las cuestas embarradas hasta los huecos de los cimientos que se habían excavado. El barro salpicó a Pevara cuando llegó al final, pero ya estaba empapada, y la lluvia arrastró la suciedad.

Habían hecho los cimientos con piedras colocadas para formar muros entre estancias y pasillos; ahí abajo, el sitio se convertía en un laberinto que recibía un continuo flujo de agua caída del cielo. Por la mañana, a los soldados Asha'man los pondrían a drenar los cimientos.

¿*Cómo encontramos la entrada*?, transmitió Pevara.

Androl se arrodilló con una minúscula esfera de luz flotando sobre la mano. Gotas de lluvia pasaban a través de la luz a semejanza de meteoritos que destellaran durante un instante y se desvanecieran. El hombre metió los dedos en el agua embalsada en el suelo. Alzó la cabeza y señaló.

—Fluye hacia allí —susurró—. Va hacia algún sitio. Ahí es donde encontraremos a Taim.

Emarin emitió un quedo gruñido de apreciación. Androl alzó una mano indicando a Jonneth y a Nalaam que bajaran a los cimientos con ellos, y luego se puso en cabeza y avanzó pisando con suavidad.

Tú. Mueves. Bien. Silencio, transmitió Pevara.

Entrenado para explorar, transmitió él a su vez. *En bosques. Montañas de la Niebla*.

Pero ¿cuántos oficios había tenido ese hombre en su vida? A Pevara le preocupaba. Una vida como la que él había llevado indicaba insatisfacción con el mundo, impaciencia. La forma en que hablaba sobre la Torre Negra, sin embargo… La pasión con la que estaba dispuesto a luchar… Eso indicaba algo diferente. No era sólo por lealtad a Logain. Sí, Androl y los otros respetaban a Logain, pero para ellos

representaba algo mucho más grande. Un lugar donde hombres como ellos fueran respetados.

Una vida como la de Androl podría indicar un hombre que no se comprometía ni estaría satisfecho nunca, pero también podía indicar otra cosa: un hombre que buscaba. Un hombre que sabía que la vida que quería para él existía en alguna parte. Sólo tenía que encontrar ese lugar.

—¿Os enseñan a analizar así a la gente en la Torre Blanca? —le preguntó Androl en un susurro cuando se detuvo junto a un umbral y desplazó la luz hacia adentro y luego indicó a los otros que los siguieran con un gesto de la mano.

No, transmitió Pevara, que procuraba practicar ese método de comunicación para hacer más sencillas las ideas. *Es algo que una mujer aprende tras su primer siglo de vida*.

Él transmitió un regocijo tenso. Entraron en una serie de estancias sin acabar, ninguna de ellas techada, antes de llegar a un sector de tierra en el que no se había hecho ningún tipo de trabajo. Había algunos barriles que contenían brea, pero los habían movido a un lado y habían retirado los tablones sobre los que solían descansar. Allí se abría un agujero en el suelo. El agua corría por el borde del agujero y caía en la oscuridad. Androl se arrodilló y escuchó, tras lo cual hizo un asentimiento de cabeza a los demás antes de deslizarse por el agujero. El ruido de un chapoteo llegó un segundo después.

Pevara fue tras él y cayó a corta distancia del hombre. Sentía la frialdad del agua en los pies, pero ya estaba empapada. Androl se encorvó, los condujo por debajo de un saliente de tierra y al llegar al otro lado se puso erguido. Allí habían abierto una zanja para contener el agua de lluvia. Pevara calculó que habían estado directamente encima de ese punto cuando se deshicieron de los guardias.

Dobser tenía razón, transmitió mientras los demás avanzaban chapoteando a su espalda. *Taim construye cámaras y túneles secretos*.

Cruzaron la zanja y siguieron adelante. Un poco más abajo en el túnel, el grupo llegó a una intersección donde las paredes de tierra estaban apuntaladas como los pozos mineros. Los cinco se reunieron allí para mirar en una y otra dirección. Dos caminos.

—Ese camino va hacia arriba —susurró Emarin, señalado a la izquierda—. ¿Quizás a otra entrada de estos túneles?

—Probablemente tendríamos que bajar más —opinó Nalaam—. ¿No os parece?

—Sí —convino Androl, que se chupó el dedo y luego lo levantó—. El viento sopla hacia la derecha. Iremos hacia allí primero. Tened cuidado. Habrá otros guardias.

El grupo descendió por los túneles. ¿Cuánto tiempo llevaba Taim trabajando en ese complejo subterráneo? No parecía ser muy extenso —no habían pasado por otras

bifurcaciones—, pero aun así era impresionante.

Androl se paró de repente y los demás se detuvieron enseguida. Una voz gruñona resonaba en el túnel, aunque demasiado bajo para entender lo que decía; al sonido lo acompañaba el parpadeo de una luz en las paredes. Pevara abrazó la Fuente y preparó tejidos. Si encauzaba, ¿lo notaría alguien de los que estaban en el subterráneo? Era obvio que también Androl dudaba; encauzar arriba para matar a los guardias ya había sido algo más que sospechoso. Si los hombres de Taim que se encontraban allí abajo percibían que alguien usaba el Poder Único…

La figura se aproximaba y la luz la iluminó.

Al lado de Pevara sonó un leve crujido cuando Jonneth tensó su arco de Dos Ríos, ahora encordado. Apenas había espacio en el túnel para el arco. Jonneth disparó con un seco chasquido y el aire silbó. El refunfuño se cortó y la luz cayó.

El grupo avanzó con dificultad y encontró a Coteren desplomado en el suelo, con una mirada vidriosa en los ojos y la flecha clavada en el pecho. La linterna parpadeaba en el suelo, a su lado. Jonneth recobró su flecha y la limpió en la ropa del hombre muerto.

—Por eso sigo llevando el arco, maldito hijo de cabra.

—Mirad —dijo Emarin al tiempo que señalaba una puerta maciza—. Coteren estaba de guardia.

—Preparaos —susurró Androl, que abrió la puerta de un empujón.

Detrás encontraron una fila de burdas celdas construidas en la pared de tierra, todas ellas más pequeñas que un tabuco techado y excavado en la tierra, con una puerta encajada en la abertura del hueco. Pevara se asomó a una, pero se hallaba vacía. En el cubículo no había espacio suficiente para que un hombre se pusiera de pie dentro; tampoco había luz. Estar encerrado en esas celdas significaba encontrarse atrapado en la oscuridad, comprimido en un espacio semejante a una tumba.

—¡Luz! —exclamó Nalaam—. ¡Androl, está aquí! ¡Es Logain!

Los otros se apresuraron a reunirse con él, y Androl forzó la cerradura con una habilidad sorprendente. Abrieron la puerta de la celda y Logain salió rodando con un gemido. Tenía un aspecto horrible, cubierto de mugre. Antes, ese cabello rizoso y oscuro y el rostro firme debían de haberlo hecho parecer apuesto, pero ahora se lo veía tan débil como un mendigo enfermo.

Tosió y luego se incorporó de rodillas con ayuda de Nalaam. Androl se arrodilló de inmediato, pero no por reverencia. Miró a Logain a los ojos mientras Emarin le daba al cabecilla Asha’man su petaca para que bebiera.

¿*Y bien*?, transmitió Pevara.

Es él, respondió Androl con una oleada de alivio que se transmitió a través del vínculo. *Aún es él.*

Lo habrían dejado marchar si lo hubiesen Trasmutado, razonó Pevara por la

misma vía. Cada vez se sentía más cómoda con ese método de comunicación.

Quizá. A menos que esto sea una trampa, repuso Androl antes de hablar en voz alta:

—Milord Logain.

—Androl. —La voz de Logain sonaba raposa—. Jonneth. Nalaam. ¿Y una Aes Sedai? —Observó a Pevara. Para tratarse de un hombre que, por lo visto, llevaba padeciendo días o tal vez semanas de encarcelamiento, parecía estar muy lúcido—. Os recuerdo. ¿A qué Ajah pertenecéis, mujer?

—¿Acaso importa? —respondió ella.

—Mucho. —Logain intentó ponerse de pie. Estaba demasiado debilitado y Nalaam tuvo que sostenerlo—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Ésa es una historia para contar una vez que estéis a salvo, milord —dijo Androl. Se asomó a la puerta—. Pongámonos en marcha. Aún tenemos por delante una noche difícil. Yo…

Androl se quedó inmóvil, y luego cerró la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pevara.

—Alguien encauza —dijo Jonneth—. Con mucha fuerza.

Fuera, en el túnel, sonaron gritos amortiguados por la puerta y las paredes de tierra.

—Alguien ha debido de encontrar a los guardias —dijo Emarin—. Milord Logain, ¿podéis luchar?

Logain intentó sostenerse por sí solo y enseguida se le doblaron las piernas. Su gesto era determinado, pero Pevara percibió la decepción de Androl. A Logain le habían dado horcaria; o eso, o simplemente estaba demasiado agotado para encauzar. No era de sorprender. Pevara había visto mujeres en mejor estado que el de Logain e incapaces de alcanzar la Fuente por sentirse demasiado exhaustas.

—¡Atrás! —gritó Androl, que se apartó a un lado de la puerta, contra la pared de tierra. La puerta explotó con una oleada de fuego y destrucción.

Pevara no esperó a que los escombros y el polvo se asentaran; tejió Fuego y lanzó una columna demoledora hacia el corredor. Sabía que se enfrentaba a Amigos Siniestros o algo peor. Los Tres Juramentos no impedían actuar en semejante situación.

Oyó gritos, pero algo desvió el fuego. De inmediato, un escudo trató de interponerse entre ella y la Fuente. Lo rechazó, aunque por poco, y se agachó hacia un lado al tiempo que tomaba aire con ansiedad.

—Quienesquiera que sean, son fuertes —dijo.

Una voz impartió órdenes a lo lejos y levantó eco en los túneles.

Jonneth se arrodilló al lado de Pevara, apartándose, y exclamó:

—¡Luz, es la voz de Taim!

—No podemos aguantar aquí —dijo Logain—. Androl, un acceso.

—Lo estoy intentando. ¡Luz, lo estoy intentando! —se desesperó Androl.

—¡Bah, me he visto en peores sitios! —manifestó Nalaam mientras dejaba a Logain sentado contra la pared. Se unió a los otros en el umbral y lanzó tejidos corredor abajo. Las paredes laterales se sacudieron con explosiones y se desprendió tierra suelta del techo.

Pevara se plantó de un salto en el umbral al tiempo que lanzaba un tejido, y a continuación se arrodilló junto a Androl. El hombre miraba al frente, sin ver, el rostro convertido en una máscara de concentración. Pevara notó la determinación y la frustración palpitando a través del vínculo. Lo asió de la mano.

—Podéis hacerlo —susurró.

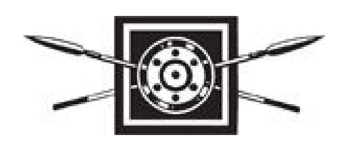
El umbral saltó en pedazos y Jonneth se echó hacia atrás con el brazo quemado. El suelo tembló, las paredes empezaron a desmoronarse.

El sudor le goteaba a Androl por las sienes. El hombre apretó los dientes, la cara se le puso roja y los ojos se le desorbitaron. Por el umbral entraba un humo tan denso que hizo toser a Emarin en tanto que Nalaam Curaba a Jonneth.

Androl gritó y Pevara lo percibió casi en lo alto de aquel muro que había en su mente. ¡Casi estaba allí! Podía…

Un tejido golpeó con violencia el cuarto. Se produjo una ondulación en la tierra, y el techo, sometido a tanta tensión, acabó por ceder. Llovió tierra sobre ellos y todo se volvió negro.

5



Presentar una petición

Rand al'Thor despertó en su tienda y respiró hondo. Dejando a Aviendha sumida en un profundo sueño, salió de debajo de las mantas y se puso una bata. El aire olía a humedad.

De paso, le recordó las mañanas de su juventud, cuando se levantaba antes del alba para ordeñar a la vaca a la que habría que ordeñar otra vez al final del día. Con los ojos cerrados, recordó el ruido que hacía Tam —que ya se había levantado— al cortar postes nuevos para el cercado. Recordó el aire frío, y ponerse las botas pateando con los pies, y lavarse la cara con el agua dejada junto a la cocina para que se calentara.

En una mañana cualquiera, un granjero podía abrir la puerta de su casa y asomarse a un mundo todavía flamante. Reciente y escarchado. Las primeras llamadas indecisas de las aves. La luz del sol rompiendo por el horizonte, como el bostezo matutino del mundo.

Rand se acercó a los faldones de la entrada de la tienda y los apartó; saludó con un gesto de la cabeza a Katerin, una Doncella baja de cabello rubio, que estaba de guardia. Contempló un mundo que distaba mucho de ser flamante. Éste era un mundo viejo y cansado, como un buhonero que hubiera viajado a la Columna Vertebral del Mundo, ida y vuelta, a pie. Las tiendas abarrotaban Campo de Merrilor, las lumbres soltaban columnas de humo hacia el cielo matutino, todavía oscuro.

Había hombres trabajando por todas partes. Soldados que engrasaban la armadura. Herreros que afilaban puntas de lanza. Mujeres que preparaban plumas para hacer penachos de flechas. Se servían desayunos en carretas de avituallamiento a hombres que deberían haber dormido mejor de lo que lo habían hecho. Todos sabían que vivían los últimos momentos antes de que la tormenta estallara.

Rand cerró los ojos. Sentía la tierra como a través de un débil vínculo de Guardián. Debajo de sus pies las larvas reptaban bajo la superficie. Las raíces de la hierba seguían extendiéndose muy, muy despacio, buscando nutrientes. Los árboles esqueléticos no estaban muertos, porque el agua se filtraba a través de ellos: estaban aletargados. En un árbol cercano había posada una bandada de azulejos, así llamados por el color del plumaje. Los pájaros no piaron ni lanzaron llamadas para saludar la llegada del alba. Se apiñaban unos contra otros, como si buscaran calor.

El mundo aún seguía vivo. Vivo como un hombre que se aferra con la punta de


los dedos al borde de un precipicio. Rand abrió los ojos.

—¿Mis escribientes han regresado de Tear?

—Sí, Rand al’Thor —contestó Katerin.

—Que se avise a los otros dirigentes —instruyó Rand—. Me reuniré con ellos dentro de una hora en el centro del campo, donde ordené que no se instalaran tiendas.

La Doncella se marchó para transmitir su orden y quedaron de guardia otras tres Doncellas que había cerca. Rand soltó los faldones de la entrada; al volverse, dio un brinco al ver a Aviendha —tan desnuda como cuando su madre la trajo al mundo— de pie en la tienda.

—Es muy difícil acercarse a ti a hurtadillas, Rand al’Thor —dijo ella con una sonrisa—. El vínculo te da demasiada ventaja. He de moverme muy despacio, como un lagarto por la noche, para que cuando percibas dónde estoy no haya una variación muy grande.

—¡Por la Luz, Aviendha! ¿Por qué tienes que acercarte a mí a hurtadillas, para empezar?

—Por esto —dijo, tras lo cual saltó hacia adelante, lo agarró por la cabeza y lo besó con el cuerpo pegado al suyo.

Rand se relajó y dejó que el beso se prolongara.

—No me sorprende —murmuró en torno a los labios de ella— que esto sea mucho más divertido ahora que no tengo que preocuparme por si me congelo trocito a trocito mientras lo hago.

—No deberías referirte a ese suceso, Rand al’Thor —dijo Aviendha al tiempo que se retiraba.

—Pero…

—He pagado mi *toh*, y ahora soy primera hermana de Elayne. No me recuerdes una vergüenza que está olvidada.

¿Vergüenza? ¿Por qué tenía que sentirse avergonzada de eso justo ahora, cuando…? Rand meneó la cabeza. Era capaz de sentir respirar a la tierra, de sentir un escarabajo en una hoja a media legua de distancia, pero a veces era incapaz de comprender a los Aiel. O quizás era sólo a las mujeres.

En este caso, probablemente era ambas cosas.

Aviendha vaciló y se paró junto al barril de la tienda que contenía agua dulce.

—Supongo que no tenemos tiempo para tomar un baño —dijo luego.

—Oh, ¿ahora te gustan los baños?

—Los he aceptado como una parte de la vida —repuso ella—. Si voy a vivir en las tierras húmedas, entonces adoptaré algunas de sus costumbres. Cuando no sean absurdas. —Su tono revelaba que consideraba como tales la mayoría de ellas.

—¿Qué pasa? —preguntó Rand, que se acercó a ella.

—¿Pasar?

—Hay algo que te incomoda, Aviendha. Lo veo, lo noto en ti.

Ella lo observó con expresión crítica. Luz, qué hermosa era.

—Era mucho más fácil manejarte antes de que recibieras la antigua sabiduría de tu yo anterior, Rand al'Thor —le dijo.

—¿En serio? —preguntó, sonriente—. Tú no te comportabas así por entonces.

—Eso ocurrió cuando era inocente como una niña, sin experiencia en la ilimitada capacidad de Rand al'Thor para ser frustrante. —Metió las manos en el agua y se lavó la cara—. Menos mal; de haber sabido algo de lo que me esperaba contigo, a lo mejor me habría vestido de blanco para no quitármelo jamás.

Rand sonrió; luego encauzó y tejió Agua de forma que sacó el líquido del barril en un chorro. Aviendha se retiró un paso y observó con curiosidad.

—Parece que ya no te molesta la idea de que un hombre encauce —comentó él mientras removía el agua en el aire y la calentaba con un hilo de Fuego.

—Ya no hay motivo para que me moleste. Si fuera a sentirme incómoda cuando encauzases, me estaría comportando como un hombre que se niega a olvidar un episodio vergonzoso de una mujer después de que ella haya cumplido con su *toh*. —Lo miró con fijeza.

—Ni se me ocurre que alguien pueda ser tan grosero —dijo Rand, que se quitó la bata y se acercó a ella—. Ven. Ésta es una reliquia de esa «antigua sabiduría» que por lo visto te parece tan frustrante.

Acercó el agua, que estaba a una temperatura perfecta, y la dejó caer sobre ellos en una densa y rápida rociada. Aviendha dio un respingo y se aferró a su brazo. Puede que se empezara a sentir más cómoda con las costumbres de las tierras húmedas, pero el agua todavía despertaba en ella una sensación incómoda y reverente.

Rand agarró un poco de jabón con Aire y lo mezcló con el agua para después lanzar un torbellino de burbujas que les envolvió el cuerpo y les tiró del cabello hacia arriba, de forma que retorció el de Aviendha como una columna antes de dejarlo caer con suavidad sobre los hombros de la mujer.

Rand usó otra rociada de agua caliente para quitar el jabón y después secó gran parte del agua dejándolos húmedos, pero no empapados. Volvió a echar el agua en el barril y, con un punto de renuencia, soltó el *Saidin*. Aviendha jadeaba.

—Eso… Eso ha sido totalmente estúpido e irresponsable —dijo cuando pudo hablar.

—Gracias. —Rand cogió una toalla y se la echó por el aire—. Seguro que la mayoría de las cosas que hacíamos durante la Era de Leyenda te parecerían estúpidas e irresponsables. Eran otros tiempos, Aviendha. Había muchos más encauzadores y nos entrenaban desde temprana edad. No necesitábamos saber cosas como las artes militares o cómo matar. Habíamos eliminado el dolor, el hambre, el sufrimiento, la guerra. En cambio, usábamos el Poder Único para cosas que podrían parecer

corrientes.

—Suponíais que habíais eliminado la guerra —dijo Aviendha con un gesto desdeñoso—. Os equivocabais. Y esa ignorancia os debilitó.

—En efecto. Sin embargo, no sé si habría querido cambiar las cosas. Fueron muchos años buenos. Buenas décadas, buenos siglos. Creíamos vivir en el paraíso. Quizás esa idea fuera nuestra perdición. Queríamos que nuestra vida fuera perfecta, así que hacíamos caso omiso de las imperfecciones. Los problemas se agravaron por falta de atención, y puede que la guerra hubiera sido inevitable aunque la Perforación no hubiera ocurrido. —Se secó con una toalla.

—Rand —Aviendha se acercó a él—, hoy te haré una petición.

Posó la mano en su brazo. La piel de la palma era áspera, encallecida por su época como Doncella. Aviendha no sería jamás una delicada dama, como las de las cortes de Cairhien o de Tear. A Rand le parecía muy bien eso. Las de ella eran manos que sabían lo que era el trabajo.

—¿Qué petición? —preguntó—. No sé si hoy sería capaz de negarte algo, Aviendha.

—Aún no estoy segura de lo que será.

—No te entiendo.

—No tienes que entender. Y tampoco tienes que prometerme que aceptarás. Creía que debía advertírtelo, ya que uno no debe tender una emboscada a su amante. Mi petición te exigirá cambiar los planes que tienes, quizá de un modo drástico, y será importante.

—Está bien…

Ella asintió con la cabeza, tan inescrutable como siempre, y empezó a recoger la ropa para vestirse.

En su sueño, Egwene caminó alrededor de una columna de roca cristalizada. Casi parecía un pilar de luz. ¿Qué significaría? No sabía interpretarlo.

La visión cambió y encontró una esfera. El mundo, supo de algún modo. Agrietándose. Frenética, lo ató con cuerdas en un intento de mantenerlo en una pieza. Podía evitar que se rompiera, pero le costaba mucho esfuerzo…

Se difuminó en el sueño y ella se despertó con un sobresalto. Abrazó la Fuente al instante y tejió una luz. ¿Dónde se encontraba?

Llevaba un camisón y estaba acostada en la cama, de vuelta en la Torre Blanca. No en sus aposentos, que todavía seguían en malas condiciones a raíz del ataque de los asesinos. En su estudio tenía un pequeño dormitorio, y se había acostado allí.

La cabeza le palpitaba de dolor. Recordaba vagamente tener los ojos cansados y llorosos la noche antes, mientras escuchaba en su tienda de Campo de Merrilor los informes sobre la caída de Caemlyn. En algún momento, a altas horas de la noche,

Gawyn había insistido en que Nynaeve hiciera un acceso a la Torre Blanca para que Egwene pudiera descansar en una cama, en lugar de un jergón en el suelo.

Rezongando para sus adentros, se levantó. Probablemente Gawyn había tenido razón, aunque Egwene recordaba haberse sentido muy enfadada por el tono de voz que había empleado. Nadie lo había llamado al orden, ni siquiera Nynaeve. Se frotó las sienes. El dolor de cabeza no era tan malo como los que había sufrido cuando Halima la había estado «cuidando», pero era bastante fuerte. Sin duda, ésa era la forma en que el cuerpo mostraba su protesta por la falta de sueño que había acumulado en las últimas semanas.

Un poco más tarde —aseada, vestida y sintiéndose un poco mejor— abandonó el cuarto y encontró a Gawyn sentado al escritorio de Silviana; examinaba un informe sin hacer caso de la novicia que estaba plantada cerca de la puerta.

—Silviana te colgaría en la ventana atado por los dedos gordos de los pies si te viera haciendo eso —dijo con sequedad.

Gawyn se incorporó de un brinco.

—No es un informe de su montón de papeles —protestó—. Son las últimas noticias de mi hermana sobre Caemlyn. Lo han traído para ti por un acceso, hace unos pocos minutos.

—¿Y lo estás leyendo?

—Así me abrase, Egwene —dijo, abochornado—. Es mi hogar. No vino sellado. Pensé que…

—Está bien, Gawyn —lo interrumpió con un suspiro—. Veamos qué dice.

—No es gran cosa —contestó con una mueca mientras le tendía el informe.

Hizo un gesto con la cabeza a la novicia, que salió disparada al pasillo. Poco después, la muchacha regresaba con una bandeja en la que llevaba peritas de agua arrugadas, pan y una jarra de leche.

Egwene se sentó ante su escritorio del estudio para desayunar, aunque se sintió culpable cuando la novicia se marchó. El grueso de los soldados y de las Aes Sedai de la Torre estaba acampado en tiendas en Campo de Merrilor mientras ella comía fruta, aunque estuviera pasada, y dormía en una cama cómoda.

Con todo, la argumentación de Gawyn había sonado sensata. Si todos pensaban que se encontraba en su tienda de Campo de Merrilor, entonces unos asesinos potenciales atacarían allí. Después de estar a punto de morir a manos de los asesinos seanchan, Egwene veía con buenos ojos tomar más precauciones. Sobre todo las que la ayudaban a disfrutar de una buena noche de sueño.

—La mujer seanchan —dijo Egwene con la mirada fija en la taza—. La que estaba con el illiano. ¿Hablaste con ella?

Gawyn asintió con un cabeceo.

—He puesto a varios guardias de la Torre a vigilar a la pareja —explicó—.

Nynaeve responde por ellos, en cierto modo.

—¿En cierto modo?

—Dedicó a la mujer algunos epítetos, todos variantes de «cabeza hueca», pero dijo que probablemente no te haría daño de forma intencionada.

—Maravilloso —rezongó Egwene.

En fin, no vendría mal tener una seanchan que quisiera hablar. Luz. ¿Y si tuviera que combatir contra ellos y contra los trollocs al mismo tiempo?

—No seguiste tu propio consejo —dijo luego, al reparar en los ojos enrojecidos de Gawyn cuando él se sentó en la silla que había enfrente del escritorio.

—Alguien tenía que vigilar la puerta. Pedir que viniera la guardia para eso habría descubierto a todo el mundo que no estabas en Campo de Merrilor.

Egwene dio un mordisco al pan —¿con qué lo habían hecho?— y echó un vistazo al informe. Gawyn tenía razón, pero no le gustaba la idea de que él estuviera sin dormir en un día tan complicado como el que les esperaba. El vínculo de Guardián lo ayudaba sólo hasta cierto punto.

—Así que es cierto que la ciudad está perdida —dijo—. Las murallas rotas, el palacio tomado. Parece que los trollocs no quemaron toda la ciudad. Gran parte, pero no la totalidad.

—Sí. Pero es obvio que Caemlyn está perdido —contestó Gawyn.

—Lo siento. —Egwene notaba la tensión de él a través del vínculo.

—Mucha gente escapó, pero no es fácil calcular la población que había antes del ataque, con tantos refugiados. Es probable que hayan muerto cientos de miles.

Egwene exhaló. Tanta gente… Víctimas tan numerosas como un gran ejército aniquiladas en una noche. Y eso probablemente sólo era el principio de la brutalidad que se avecinaba. ¿Cuántos habrían muerto en Kandor hasta ese momento? A saber.

En Caemlyn se guardaba gran parte de los suministros del ejército andoreño. Se le revolvía el estómago al pensar en semejante multitud —centenares de miles— avanzando a trompicones por el campo para alejarse de la ciudad en llamas. Con todo, esa idea era menos aterradora que la amenaza de hambruna para las tropas de Elayne.

Redactó una nota para Silviana en la que le pedía que enviara a todas las hermanas lo bastante fuertes para proporcionar la Curación a los refugiados, y que abrieran accesos para llevarlos a Puente Blanco. A lo mejor ella podía despachar víveres allí, aunque la Torre Blanca ya andaba muy justa.

—¿Has visto la nota al pie? —preguntó Gawyn.

No la había visto. Frunció el entrecejo y leyó una frase escrita al final de la página con la letra de Silviana. Rand al’Thor había emplazado a todos para que se reunieran con él a las…

Alzó la vista al viejo reloj de pie que había en el despacho. La reunión empezaba

al cabo de media hora. Gimió y entonces empezó a engullir el resto del desayuno. No era digno comer así, pero que la Luz la abrasara si iba a reunirse con Rand teniendo el estómago vacío.

—Voy a estrangular a ese chico —dijo mientras se limpiaba la cara—. Venga, pongámonos en marcha.

—Podríamos llegar los últimos, ¿no? —sugirió Gawyn—. Dejarle claro que a nosotros no nos da órdenes.

—¿Y darle ocasión de que se reúna con todos los demás sin estar yo presente para objetar lo que él tenga que decir? No me gusta, pero ahora mismo es Rand el que empuña las riendas. Todo el mundo está intrigado y quiere saber qué piensa hacer.

Creó un acceso de vuelta a su tienda, en el rincón que había dejado aislado para el Viaje. Gawyn y ella cruzaron y entraron en la tienda y el clamor de Campo de Merrilor. Fuera, la gente gritaba; con un lejano estruendo de cascos, las tropas galopaban y trotaban mientras tomaban posiciones en la zona de reunión. ¿Era Rand consciente de lo que había hecho allí? Agrupar soldados así, dejándolos nerviosos e inseguros, era como echar un puñado de fuegos de artificio en un caldero puesto a la lumbre. Al final, las cosas empezarían a explotar.

Egwene tenía que controlar el caos. Salió de la tienda seguida por Gawyn, que se situó a su izquierda, y relajó el semblante. El mundo necesitaba una Amyrlin.

Silviana esperaba fuera, ataviada para la ocasión con la estola roja, como si fueran a una asamblea en la Antecámara de la Torre.

—Ocúpate de esto una vez que la reunión haya dado comienzo —le dijo Egwene al tiempo que le tendía la nota.

—Sí, madre —respondió la mujer, que se situó detrás de Egwene y a su derecha.

A Egwene no le hacía falta mirar atrás para saber que Silviana y Gawyn actuaban como si el otro no existiera, de forma deliberada.

En el sector occidental del campamento, Egwene se encontró con varias Aes Sedai que discutían entre ellas. Cruzó a través del grupo y el silencio se hizo a su paso. Un mozo de cuadra la esperaba con su caballo *Tamiz*, un irascible tordo castrado. Montó y miró a las Aes Sedai.

—Sólo Asentadas —les dijo.

Lo cual provocó multitud de quejas tranquilas y ordenadas, todas y cada una de ellas expresadas con un punto de autoridad Aes Sedai. Todas creían tener derecho a asistir a la asamblea. Egwene las miró fijamente y, poco a poco, las mujeres se conformaron. Eran Aes Sedai; sabían que reñir no era digno de ellas.

Las Asentadas se reunieron y Egwene contempló Campo de Merrilor mientras esperaba. Era una extensa área triangular de pastizales shienarianos que dos ríos convergentes —el Mora y el Erinin— limitaban por dos lados, mientras que un bosque limitaba el tercero. Un afloramiento rocoso —de unos cien pies de altura y

paredes arriscadas—, conocido como Alcor Dashar, rompía la uniformidad de la pradera; y en el lado arafelino del Mora, lo hacían los Altos de Polov, una extensa loma de cima plana, con vertientes graduales en tres de los lados y una más pronunciada en la parte del río. Al suroeste de los Altos de Polov había un área de ciénagas y, cerca, la zona de los bajos del río Mora, conocida como Vado de Hawal, un lugar de cruce bien situado entre Arafel y Shienar.

Cerca había un *stedding* Ogier, enfrente de unas ruinas antiguas situadas al norte. Egwene les había presentado sus respetos poco después de su llegada, pero Rand no había invitado a los Ogier a la reunión.

Los ejércitos estaban convergiendo. Banderas fronterizas llegaron del oeste, donde se hallaba el campamento de Rand. El estandarte de Perrin ondeaba entre ellas. Qué extraño que Perrin tuviera una bandera propia.

Por el sur, la procesión de Elayne hacía su recorrido hacia el lugar de encuentro, justo en el centro de Campo de Merrilor. La reina cabalgaba a la cabeza de los suyos. Su palacio había ardido, pero ella mantenía la cabeza bien erguida, con entereza. Entre Perrin y Elayne, los tearianos y los illianos —Luz, ¿quién había permitido que esos ejércitos acamparan tan cerca uno del otro?— marchaban en columnas separadas, compuestas ambas por casi todas sus fuerzas.

Egwene se dijo que más valía que se diera prisa. Su presencia apaciguaría a los dirigentes, puede que incluso evitara problemas. No les gustaría encontrarse tan cerca de tantos Aiel, de los cuales estaban representados todos los clanes, excepto el Shaido. Todavía ignoraba si apoyaban a Rand o a ella. Algunas de las Sabias parecían haber prestado oídos a sus peticiones, pero no había recibido confirmación de compromisos.

—Mirad —dijo Saerin, que se había acercado a Egwene—, ¿invitasteis a los Marinos?

—No —negó Egwene, también con la cabeza—. Creí que no era muy probable que se pusieran en contra de Rand.

A decir verdad, después de la reunión que había tenido con las Detectoras de Vientos en el *Tel'aran'rhiod*, no había querido meterse otra vez en las corrientes peligrosas que era negociar con ellas. Le daba miedo que un día, al despertarse, descubriera que había cedido en una transacción no sólo a su primogénito, sino incluso la mismísima Torre Blanca.

Hicieron toda una exhibición al aparecer a través de accesos —cerca del campamento de Rand— Señoras de las Olas y Maestros de Espadas ataviados con sus ropas de vivos colores, como orgullosos monarcas.

«Luz —pensó Egwene—. Me pregunto desde hace cuánto tiempo no tenía lugar una reunión a esta escala». Casi todas las naciones estaban representadas, y aún más si se tenía en cuenta a los Marinos y a los Aiel. Sólo faltaban Murandy, Arad Doman

y las tierras ocupadas por los seanchan.

La última Asentada montó por fin y se situó junto a ella. Ansiosa de ponerse en marcha, pero sin querer hacerlo patente, Egwene inició un trote lento hacia el punto de reunión. Los soldados de Bryne formaron filas para escoltarla haciendo sonar con fuerza las pisadas y sosteniendo las picas bien altas. Los tabardos blancos lucían el blasón de la Llama de Tar Valon, pero no eclipsaban a las Aes Sedai. El modo en que marchaban hacía que resaltaran más las mujeres que iban en el centro. Otros ejércitos contaban con el número de tropas. La Torre Blanca tenía algo mejor.

Todos los ejércitos convergieron en el punto de reunión, el centro del campo, donde Rand había ordenado que no se montaran tiendas. Tantos ejércitos juntos en un terreno propicio para una carga. Más valía que nada saliera mal.

Elayne sentó precedente al apartarse del grueso de sus fuerzas a mitad de camino de llegar allí y continuar con una guardia más reducida de unos cien hombres. Egwene hizo lo propio. Otros dirigentes empezaron a avanzar poco a poco del mismo modo, dejando a sus séquitos formando un amplio círculo en torno al campo central.

El sol brilló sobre Egwene al aproximarse al centro. No pudo menos que reparar en el enorme y perfecto círculo abierto en las nubes encima del campo. Rand influía en las cosas de modos extraños. No necesitaba ninguna bandera ni anuncio alguno para que fuera evidente que estaba presente. Las nubes se apartaban y el sol brillaba dondequiera que él estuviera.

Sin embargo, no había llegado aún al centro. Egwene se reunió con Elayne.

—Lo siento, Elayne —dijo, no por primera vez.

La mujer de cabello dorado mantuvo la vista al frente.

—La ciudad se ha perdido, pero la ciudad no es el reino —dijo—. Hemos de celebrar esta reunión, pero hemos de hacerlo rápido para que pueda volver a Andor. ¿Dónde está Rand?

—Haciendo las cosas con calma —dijo Egwene—. Siempre ha sido así.

—He hablado con Aviendha —informó Elayne; el bayo que montaba pateó y resopló—. Pasó la noche con él, pero él no le dijo lo que se propone hacer hoy.

—Rand mencionó algo sobre hacer requerimientos —comentó Egwene mientras observaba a los dirigentes reunidos con sus séquitos. Darlin Sisnera, rey de Tear, era el primero. La apoyaría, a pesar de que le debía la corona a Rand. La amenaza de los seanchan aún lo inquietaba mucho. El hombre de mediana edad, de cabello oscuro y barba puntiaguda, no era muy apuesto, pero se mostraba sereno y seguro de sí mismo. Montado en su caballo, saludó a Egwene con una leve inclinación de cabeza. Ella alargó la mano con el anillo.

El monarca vaciló, pero después desmontó y se acercó para inclinar de nuevo la cabeza y besarle el anillo.

—Que la Luz os ilumine, madre.

—Me alegro de veros aquí, Darlin.

—Siempre que se mantenga vuestra promesa. Los accesos a mi país llegado el momento, si tal cosa se requiriera.

—Se hará.

Él volvió a hacerle una reverencia y miró a un hombre que cabalgaba hacia Egwene desde el otro lado. Gregorin era su igual en muchos aspectos, pero no en todos. Rand había nombrado a Darlin administrador de Tear, pero los Grandes Señores le habían pedido que fuera coronado rey. Gregorin seguía siendo sólo un administrador. El hombre alto había perdido peso recientemente; la cara redonda —con la acostumbrada barba illiana— empezaba a tener hundidas las mejillas. No esperó a que Egwene lo instara a hacerlo; desmontó, le tomó la mano e hizo una reverencia con floritura antes de besarle el anillo.

—Me complace que los dos hayáis dejado a un lado las diferencias para uniros a mí en este esfuerzo —dijo Egwene, de forma que logró que dejaran de lanzarse miradas feroces el uno al otro.

—Las intenciones del lord Dragón son… inquietantes —manifestó Darlin—. Me eligió para dirigir Tear porque me opuse a él cuando creí que era necesario. Creo que atenderá a razones si le expongo nuestras discrepancias.

Gregorin soltó un resoplido desdeñoso.

—El lord Dragón es perfectamente razonable. Tenemos que ofrecerle una razón de peso, y creo que accederá a discutirlo.

—Mi Guardiana ha de hablar con los dos —indicó Egwene—. Atended, por favor, lo que tiene que deciros. Vuestra colaboración no caerá en el olvido.

Silviana hizo avanzar a su montura y se acercó a Gregorin para hacer un aparte con él. No había nada importante que decirles, pero Egwene había temido que esos dos acabaran tirándose puntadas el uno al otro. Las instrucciones de Silviana eran mantenerlos separados.

Darlin la miró con expresión perspicaz. Parecía entender lo que estaba haciendo, pero no protestó y montó en su caballo.

—Parecéis preocupado, rey Darlin —dijo Egwene.

—La hondura de algunas viejas rivalidades es mayor que las profundidades del océano, madre. Casi pensaría que esta reunión es obra del Oscuro con la esperanza de que acabemos destruyéndonos entre nosotros y que así le hagamos el trabajo.

—Lo comprendo. Tal vez sería mejor que advirtieseis a vuestros hombres, si es que no lo habéis hecho ya, claro, para que no haya «accidentes» el día de hoy.

—Una juiciosa sugerencia. —Hizo una reverencia y retrocedió.

Los dos estaban de su parte, como Elayne. Ghealdan estaría de parte de Rand, si lo que Elayne había dicho sobre la reina Alliandre era cierto. Ghealdan no era tan poderoso para que Alliandre la preocupara, pero los fronterizos eran otra historia.

Rand parecía haberlos ganado para su causa.

Todas sus banderas ondeaban por encima de los respectivos ejércitos, y cada dirigente se encontraba presente a excepción de la reina Ethenielle, que se hallaba en Kandor tratando de organizar a los refugiados que huían de su reino. Había dejado un contingente numeroso para esta reunión —incluido su primogénito, Antol—, con lo que ponía de manifiesto que lo que ocurriera allí era tan importante para la supervivencia de Kandor como luchar en la frontera.

Kandor. La primera víctima de la Última Batalla. Se decía que todo el reino estaba en llamas. ¿Sería Andor el siguiente? ¿Dos Ríos?

«Mantente firme», se exhortó.

Era terrible tener que considerar quién apoyaba a quién, pero era su obligación hacerlo así. Rand no podía dirigir personalmente la Última Batalla, como sin duda querría hacer. Su misión sería luchar con el Oscuro; no tenía ni la presencia de ánimo ni el tiempo necesario para actuar también como comandante general. Egwene se proponía que la Torre Blanca saliera de esta reunión designada como la mano que lideraría a las fuerzas agrupadas contra la Sombra, y no renunciaría a su responsabilidad respecto a los sellos.

¿Hasta dónde podía confiar en el hombre en que Rand se había convertido? No era el Rand con el que había crecido. Era más parecido al Rand que había conocido en el Yermo de Aiel, sólo que más seguro de sí mismo. Y quizá más astuto. Había adquirido una gran habilidad en el Juego de las Casas.

Ninguno de esos cambios en él eran cosas terribles, suponiendo que aún fuera posible razonar con él.

«¿Es ésa la bandera de Arad Doman?», pensó, sorprendida. No era una bandera cualquiera, sino la del rey, lo cual indicaba que el monarca cabalgaba con las fuerzas que acababan de llegar al campo. ¿Habría ascendido por fin Rodel Ituralde al trono, o Rand había elegido a otro? La insignia del rey domani ondeaba al lado de la de Davram Bashere, tío de la reina de Saldaea.

—Luz. —Gawyn acercó su caballo al de ella—. Esa bandera…

—La veo. Tendré que presionar a Siuan para que me diga si sus informadores le han notificado quién ha subido al trono. Me temía que los domani cabalgaran a la batalla sin un cabecilla.

—No me refería a los domani, sino a eso.

Egwene siguió con la mirada lo que señalaba Gawyn. Otro contingente se aproximaba avanzando con aparente prisa bajo el estandarte del Toro Rojo.

—Murandy —dijo Egwene—. Qué curioso. Por fin Roedran ha decidido unirse al resto del mundo.

Los recién llegados murandianos ofrecían un espectáculo mayor de lo que probablemente merecían. Al menos su atuendo era bonito: túnicas amarillas y rojas

sobre cota de malla; yelmos de latón con alas amplias. En los anchos cinturones se veía el emblema del toro embistiendo. Mantuvieron las distancias con los andoreños y dieron un rodeo por detrás de las fuerzas Aiel para acercarse desde el noroeste.

Egwene miró hacia el campamento de Rand. Aún no había señales del Dragón.

—Ven —dijo mientras tocaba con los talones a *Tamiz* para que echara a andar hacia la fuerza murandiana.

Gawyn se situó a su lado y Chubai encabezó una tropa de veinte soldados como guardia personal.

Roedran era un hombre corpulento envuelto en rojo y oro; Egwene casi podía oía los gemidos del caballo del monarca con cada paso que daba. Tenía el cabello ralo, más blanco que negro, y la observó con una inesperada mirada perspicaz. El rey de Murandy era poco más que gobernante de una ciudad, Lugard, pero los informes de Egwene apuntaban que ese hombre no lo estaba haciendo mal en cuanto a expandir su dominio. Disponiendo de unos pocos años, seguramente podría tener un reino al que llamar suyo.

Roedran levantó una mano carnosa para detener su procesión. Egwene refrenó al caballo y esperó a que el monarca se aproximara a ella como era de rigor. Él no lo hizo.

Gawyn masculló una maldición. Egwene dejó que una sonrisa se le dibujara en los labios. Los Guardianes podían ser útiles, aunque sólo fuera para expresar lo que una no debía hacer. Por fin, taloneó al caballo para que avanzara.

—Así que sois la nueva Amyrlin. —Roedran le echó un vistazo—. Una andoreña.

—La Amyrlin no tiene nacionalidad —repuso Egwene con frialdad—. Despierta mi curiosidad que os encontréis aquí, Roedran. ¿Cuándo os envió una invitación el Dragón?

—No lo hizo. —Roedran llamó con un gesto de la mano a un copero para que le sirviera vino—. Pensé que iba siendo hora de que Murandy dejara de estar excluida de los acontecimientos.

—¿Y a través de qué accesos llegasteis? Seguro que no cruzasteis Andor para llegar hasta aquí.

Roedran vaciló.

—Vinisteis desde el sur —dijo Egwene mientras lo observaba con una mirada escrutadora—. Por Andor. ¿Elayne os mandó llamar?

—No me mandó nada —espetó Roedran—. La maldita reina me prometió que si apoyaba su causa anunciaría una proclamación de intenciones prometiendo no invadir Murandy. —Se calló, vacilante—. Además, tenía curiosidad por ver a este falso Dragón. Todo el mundo parece haber perdido el juicio en lo referente a él.

—Sabéis lo que va a tratarse en esta reunión, ¿verdad?

—Pues de disuadir a este hombre para que ponga freno a su afán de conquistas, o

algo por el estilo —respondió él al tiempo que meneaba la mano en un gesto displicente.

—No está mal. —Egwene se echó hacia adelante—. He oído que la consolidación de vuestro reinado va por buen camino, y que es posible que Lugard ejerza verdadera autoridad en Murandy por primera vez.

—Sí —respondió Roedran, que se sentó más erguido en la silla—. Eso es verdad.

Egwene se inclinó un poco más.

—Sois bienvenido —dijo con suavidad—. Y no hay de qué —añadió con una sonrisa, como si hablara con segundas.

Hizo dar media vuelta a *Tamiz* y se alejó, seguida por su séquito.

—Egwene, ¿de verdad acabas de hacer lo que parece? —le preguntó en voz baja Gawyn, que había puesto su caballo a la altura del de ella.

—¿Te parece que está preocupado? —preguntó Egwene a su vez.

—Mucho —contestó Gawyn tras mirar hacia atrás.

—Excelente.

Gawyn cabalgó en silencio un momento y entonces esbozó una amplia sonrisa.

—Eso ha sido absolutamente malvado.

—Es tan groseramente zafio como decían de él los informes —dijo Egwene—. Que pase unas cuantas noches en vela preguntándose de qué forma ha estado moviendo la Torre Blanca los hilos de su reino. Si me siento especialmente vengativa, amañaré unos cuantos secretos para que los descubra. Bien, pues, ¿dónde se ha metido ese pastor? Tiene la audacia de exigir que todos nos…

Dejó la frase sin acabar cuando lo vio acercarse al punto de reunión. Caminaba a través de un pastizal marchito, vestido de rojo y oro. Un fardo enorme flotaba en el aire a su lado, sostenido por tejidos que eran invisibles para ella.

La hierba reverdecía a sus pies.

Era una transformación paulatina. Allí donde pisaba, el césped se recobraba y se extendía a partir de él como una suave oleada de luz colándose por los postigos. Los hombres se echaban hacia atrás; los caballos pateaban el suelo. En cuestión de minutos, todo el círculo de tropas se encontraba sobre hierba revivida.

¿Cuánto hacía que no veía un prado verde? Egwene, que había contenido la respiración, soltó el aire despacio. Parte de la penumbra debida al cielo plomizo hacía desaparecido.

—Daría un buen puñado de dinero por saber cómo hace eso —masculló entre dientes.

—¿Algún tejido? —sugirió Gawyn—. Yo he visto Aes Sedai que hacían brotar flores en invierno.

—No sé de ningún tejido que tenga un alcance tan grande —contestó Egwene—. La sensación es de ser tan… natural. Ve a ver si consigues descubrir qué es lo que

hace. A lo mejor una de las Aes Sedai con Guardianes Asha'man te revela la verdad.

Gawyn asintió con un cabeceo y se marchó disimuladamente.

Rand caminaba con tranquilidad, con decisión. El fardo de tela que transportaba con Aire empezó a desenrollarse delante de él. Grandes franjas de lona ondearon en el aire y se trenzaron unas con otras dejando tras de sí largas estelas. Mástiles de madera y postes de metal salieron del enorme envoltorio y Rand los asió con hilos de Aire invisibles y los hizo girar.

En ningún momento cambió el ritmo del paso. No miró el torbellino de tela, madera y hierro mientras la lona ondulaba delante de él como un pez de las profundidades. Pequeños terrones se levantaron del suelo. Algunos soldados brincaron.

«Se ha convertido en todo un experto en dar un espectáculo», pensó Egwene mientras los postes giraban y se metían en los agujeros del suelo. Amplias bandas de tela se envolvieron alrededor de los postes y se ataron. En cuestión de segundos, un pabellón gigantesco estaba montado; la bandera del Dragón ondeaba a un extremo y la bandera con el antiguo símbolo Aes Sedai lo hacía en el otro.

Rand no se detuvo al llegar al pabellón, y los laterales de lona se apartaron para dejarlo pasar.

—Cada uno de vosotros puede traer a cinco acompañantes —anunció mientras entraba.

—Silviana, Saerin, Romanda, Lelaine —dijo Egwene—. Gawyn será el quinto cuando regrese.

Las Asentadas que se quedaban atrás soportaron en silencio la decisión. No podían protestar porque eligiera a su Guardián para protección y a su Guardiana para tener apoyo. Las otras tres que había elegido estaban consideradas por la mayoría de las hermanas entre las más influyentes en la Torre, y de las cuatro en total había dos Aes Sedai de Salidar y dos partidarias de la Torre Blanca.

Los otros dirigentes permitieron que Egwene entrara antes que ellos. Todos eran conscientes de que ese enfrentamiento era, en el fondo, entre Rand y ella. O, más bien, entre el Dragón y la Sede Amyrlin.

Dentro del pabellón no había sillas, aunque Rand tenía colgadas esferas de luz en los rincones, y un Asha'man dejó una mesa pequeña en el centro. Egwene hizo un recuento rápido. Trece esferas luminosas.

Rand se encontraba de cara a ella, con los brazos en la espalda, asiendo con la única mano el otro antebrazo, como había tomado por costumbre hacer. Min se hallaba a su lado, con una mano en el brazo de Rand.

—Madre —empezó él al tiempo que hacía una inclinación de cabeza.

Así que fingiría un trato de respeto. Egwene respondió con un saludo semejante.

—Lord Dragón —dijo.

Los otros dirigentes y sus reducidos séquitos entraron a continuación, muchos haciéndolo con timidez, hasta que llegó Elayne y el pesar reflejado en su rostro se aligeró cuando él le dirigió una cálida sonrisa. Esa cabeza hueca todavía estaba impresionada con Rand, complacida por el modo en que había logrado intimidar a todos para que acudieran allí. Elayne lo consideraba una cuestión de orgullo cuando él lo hacía bien.

«¿Y tú no sientes orgullo en cierta medida? —se preguntó a sí misma—. Rand al'Thor, otrora un simple chico de pueblo y casi tu prometido, es ahora el hombre más poderoso del mundo. ¿No te sientes orgullosa de lo que ha hecho?»

Un poco, quizá.

Entraron los fronterizos, encabezados por el rey Easar de Shienar, y en ellos no había nada de timidez. A continuación, los domani, dirigidos por un hombre mayor que Egwene no conocía.

—Alsalam —le susurró Silviana con aparente sorpresa—. Ha regresado.

Egwene frunció el entrecejo. ¿Por qué ninguno de sus informadores le había dicho que Alsalam había aparecido? Luz. ¿Sabía Rand que la Torre Blanca había intentado tomarlo bajo su custodia? Ella misma no había descubierto ese hecho hasta pocos días atrás, enterrado en un montón de papeles de Elaida.

Entró Cadsuane, y Rand la saludó con un gesto de la cabeza, como dándole permiso. Ella no llevaba cinco acompañantes, pero tampoco parecía que Rand quisiera incluirla entre los cinco de Egwene. Eso le pareció un molesto precedente. Perrin entró con su esposa y se quedaron a un lado. Él cruzó los brazos, gruesos como troncos; llevaba su nuevo martillo colgado del cinturón. Era más fácil de entender que Rand. Estaba preocupado, pero confiaba en Rand. Y Nynaeve también, maldita fuera. Se situó cerca de Perrin y de Faile.

Los jefes de clan Aiel y las Sabias entraron en gran número; aquello de «llevar cinco acompañantes» dicho por Rand, seguramente significaba que eran cinco por cada jefe de clan. Algunas Sabias, incluidas Sorilea y Amys, se dirigieron hacia el lado del pabellón donde se encontraba Egwene.

«La Luz las bendiga», pensó Egwene, y soltó la respiración que había contenido. Los ojos de Rand se posaron un breve instante en las mujeres, y Egwene captó una leve tensión en los labios del hombre. Estaba sorprendido de que no lo apoyaran todos los Aiel, del primero al último.

El rey Roedran de Murandy fue uno de los últimos en presentarse en la tienda, y Egwene reparó en algo curioso cuando el monarca hizo su entrada. Varios Asha'man de Rand —uno de ellos arafelino— se desplazaron para situarse detrás de Roedran. Otros, próximos a Rand, adoptaron una actitud tan alerta como gatos que han visto merodear cerca a un lobo.

Rand se acercó al hombre —más grueso y más bajo— y lo miró a los ojos desde

su altura. Roedran tartamudeó algo incomprensible y después empezó a enjugarse la frente con un pañuelo. Rand siguió mirándolo con fijeza.

—¿Qué ocurre? —demandó Roedran—. Sois el Dragón Renacido, según dicen. Que yo sepa, no os…

—Silencio —instó Rand al tiempo que alzaba un dedo.

Roedran enmudeció de inmediato.

—Así me abrase la Luz —dijo Rand—. Tú no eres él, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó Roedran.

Rand le dio la espalda e hizo un gesto con la mano para que los Asha'man dejaran de estar en alerta. Así lo hicieron, aunque de mala gana.

—Estaba convencido de que… —empezó Rand; luego sacudió la cabeza—. ¿Dónde estás?

—¿Quién? —inquirió Roedran, casi con voz chillona.

Rand no le hizo caso. Los faldones de la entrada al pabellón por fin habían dejado de abrirse y no quedaba nadie por entrar.

—Bien —dijo Rand—. Ya estamos todos aquí. Gracias por venir.

—Como si hubiésemos tenido otra opción —refunfuñó Gregorin. Lo acompañaban cinco nobles illianos, todos miembros del Consejo de los Nueve—. Nos encontramos atrapados entre vos y la Torre Blanca, vaya si lo estamos. Así la Luz nos abrase.

—A estas alturas sabréis que Kandor ha caído y que Caemlyn ha sido tomada por la Sombra —continuó Rand—. Por otro lado, los últimos malkieri que quedan se defienden del ataque en el desfiladero de Tarwin. Se nos viene encima el fin.

—Entonces, ¿qué hacemos plantados aquí, Rand al'Thor? —demandó el rey Paitar de Arafel. Al hombre mayor sólo le quedaba una estrecha franja de cabello canoso en la cabeza, pero aún tenía unos hombros anchos y resultaba intimidante—. ¡Acabemos con esta representación y pongámonos en marcha, hombre! Nos espera la batalla.

—Os prometo que tendréis lucha, Paitar —repuso suavemente Rand—. Toda cuanta seáis capaz de soportar, y después, más. Hace tres mil años me enfrenté en batalla a las fuerzas del Oscuro. Contábamos con las maravillas de la Era de Leyenda, con Aes Sedai capaces de hacer cosas que os darían vértigo, con *ter'angreal* que permitían volar a la gente y hacerla inmune a los golpes. Y, aun así, ganamos por los pelos. ¿Os habéis planteado eso? Nos enfrentamos a la Sombra más o menos en la misma situación de entonces, con Renegados que no han envejecido. Sin embargo, nosotros no somos los mismos de antes. Ni por asomo.

El silencio se adueñó del pabellón. Los faldones ondearon con la brisa.

—¿Qué quieres decir con eso, Rand al'Thor? —inquirió Egwene, que se cruzó de brazos—. ¿Que estamos condenados?

—Digo que necesitamos un plan y presentar un frente unido —contestó Rand—. Eso es lo que no hicimos la última vez y casi nos costó la guerra. Cada cual pensaba que sabía hacerlo mejor que los demás. —Le sostuvo la mirada a Egwene—. En aquellos tiempos, todos, hombres y mujeres, se consideraban el mejor de los líderes. Un ejército de generales. Fue eso por lo que estuvimos a punto de perder. Eso, lo que provocó la infección. Y el Desmembramiento. Y la locura. Yo fui tan culpable como cualquier otro. Tal vez el que más.

»No permitiré que ocurra de nuevo. ¡No voy a salvar este mundo sólo para que sea destruido una segunda vez! No moriré por las naciones sólo para que se revuelvan unas contra otras en el momento en que haya caído el último trolloc. Estáis haciendo planes para eso. Así me abrase la Luz, ¡sé que los estáis haciendo!

Habría sido fácil perderse las miradas feroces que intercambiaron Gregorin y Darlin, o la expresión de codicia con que Roedran observaba a Elayne. ¿Qué naciones quedarían destrozadas por este conflicto y cuáles se ofrecerían —por puro altruismo — a ayudar a sus vecinos? ¿Cuánto tardaría el altruismo en transformarse en avaricia, en la ocasión de apoderarse de otro trono?

Muchos de los gobernantes que estaban allí eran personas decentes. Pero hacía falta ser algo más que una persona decente para poseer tanto poder y no ir más lejos. Incluso Elayne había engullido otro país cuando se le presentó la ocasión. Y volvería a hacerlo. Era la naturaleza de los dirigentes, la naturaleza de las naciones. En el caso de Elayne, incluso parecía apropiado, ya que Cairhien, bajo su mandato, se encontraría en mejor posición que antes.

¿Cuántos pensarían lo mismo? ¿Que ellos, por supuesto, gobernarían mejor o sabrían reinstaurar el orden en otros reinos?

—Nadie quiere la guerra —dijo Egwene, con lo que atrajo sobre sí la atención de la multitud—. Sin embargo, creo que lo que intentas hacer aquí supera tus competencias, Rand al'Thor. No puedes cambiar la naturaleza humana ni puedes acomodar el mundo a tu capricho. Deja que la gente dirija sus vidas y elija su camino.

—No lo haré, Egwene —contestó Rand.

Había fuego en sus ojos, como el que había visto en ellos cuando Rand buscó por primera vez atraer a los Aiel a su causa. Sí, esa emoción parecía muy propia de Rand, la frustración porque la gente no entendiera el mundo tan bien como él creía que lo entendía.

—Pues no veo qué más puedes hacer —le dijo Egwene—. ¿Nombrarías un emperador, alguien que nos gobierne a todos? ¿Te convertirías en un tirano, Rand al'Thor?

Él no espetó una réplica. Extendió la mano hacia un lado, y uno de sus Asha'man le puso en ella un papel enrollado. Rand lo asió y lo colocó en la mesa. Utilizó el Poder para desenrollarlo y para sujetarlo en el tablero.

El ingente documento estaba escrito con letras apretadas y menudas.

—Lo llamo la Paz del Dragón —anunció con voz suave Rand—. Y es una de las tres cosas que os voy a requerir. El precio que os pediré como pago a cambio de mi vida.

—Déjame que vea eso.

Elayne alargó la mano hacia el papel y fue obvio que Rand soltó el tejido, puesto que ella pudo recogerlo de la mesa antes que cualquiera de los otros sorprendidos gobernantes.

—Fija las fronteras de vuestras naciones en sus posiciones actuales —explicó Rand, de nuevo con los brazos a la espalda—. Prohíbe que un país ataque a otro y exige la apertura de una gran escuela en cada capital, financiadas en su totalidad y abiertas a aquellos que deseen aprender.

—Hace algo más que eso —intervino Elayne, que seguía con un dedo el escrito a medida que lo leía—. El ataque a otro país o iniciar una disputa fronteriza tendrá como consecuencia la intervención obligada de las otras naciones del mundo en defensa del país atacado. ¡Luz! Restricciones arancelarias para prevenir la estrangulación de economías, barreras en matrimonios entre dirigentes de naciones a menos que las dos líneas de gobierno estén claramente separadas, disposiciones para quitarle las tierras a un lord que dé inicio a un conflicto… Rand, ¿de verdad esperas que firmemos esto?

—Sí.

La manifiesta indignación de los dirigentes fue inmediata, aunque Egwene se mantuvo tranquila y lanzó unas cuantas miradas a las otras Aes Sedai. Las hermanas parecían preocupadas. Y con razón; y eso sólo era parte del «precio» de Rand.

Los gobernantes murmuraban; todos deseaban echar un vistazo al documento, pero no querían acercarse a Elayne y mirar por encima de su hombro. Menos mal que Rand lo había previsto, y versiones más pequeñas del documento se distribuyeron entre los dirigentes.

—¡Pero a veces existen buenas razones para llegar a un conflicto! —opinó Darlin mientras leía su copia del documento—. Como disponer de una zona de contención entre el propio país y un vecino agresivo.

—¿Y qué pasa si hay súbditos nuestros que viven fuera de nuestras fronteras? —añadió Gregorin—. ¿No tendríamos la posibilidad legal, merced a un mandato de naciones, que nos permitiera intervenir y protegerlos si están oprimidos? ¿Y si alguien como los seanchan reclama territorios que son nuestros? ¡Prohibir la guerra es ridículo!

—Estoy de acuerdo —convino Darlin—. ¡Lord Dragón, deberíamos tener el mandato de naciones que nos permitiera defender una tierra que es legítimamente nuestra!

—Yo estoy más interesada en oír sus otros dos requerimientos —dijo Egwene para cortar las discusiones.

—Ya sabes cuál es uno de ellos —apuntó Rand.

—Los sellos.

—Firmar este documento no tendría relevancia para la Torre Blanca, por supuesto —continuó Rand, haciendo caso omiso del comentario—. No veo cómo podría prohibiros que ejercieseis influencia en las naciones. Sería una estupidez.

—Ya es una estupidez —repuso Elayne.

Egwene pensó que Elayne no estaba tan orgullosa de él ahora.

—Y, mientras haya juegos políticos en los que participar —prosiguió Rand, dirigiéndose a Egwene—, las Aes Sedai los dominarán. De hecho, este documento os beneficia. La Torre Blanca siempre ha pensado que la guerra es, según decís, un acto sin visión de futuro. A cambio, exijo otra cosa de vosotras. Los sellos.

—Soy su Guardiana.

—Sólo de nombre. Acaban de descubrirse, y están en mi poder. Que me haya dirigido antes a ti para hablarte de ellos, sólo ha sido por respeto a tu título tradicional.

—¿Hablarme? No hiciste una petición. No hiciste un requerimiento. Viniste, me dijiste lo que ibas a hacer y te marchaste.

—Tengo los sellos —repitió Rand—. Y los romperé. No permitiré que nada ni nadie, ni siquiera tú, se interponga entre mi obligación con este mundo y yo.

Alrededor de ellos seguían las discusiones sobre el documento, dirigentes que hablaban en voz baja con confidentes y vecinos. Egwene avanzó hasta ponerse delante de Rand al otro lado de la pequeña mesa, sin que de momento nadie les hiciera caso a ninguno de los dos.

—No los romperás si te lo impido, Rand.

—¿Y por qué ibas a querer impedírmelo, Egwene? Dame una sola razón de por qué sería una mala idea hacerlo.

—¿Una única razón aparte de que eso dejaría al Oscuro libre de entrar en el mundo?

—No ocurrió eso durante la Guerra del Poder —objetó Rand—. Podría tocar el mundo, pero el hecho de que la Perforación quede abierta no lo dejará libre. No de inmediato.

—¿Y cuál fue entonces el precio de permitirle que lo tocara? ¿Cuál es ahora? Horrores, atrocidades, destrucción. Sabes lo que le está pasando al mundo. Los muertos caminan. La extraña distorsión del Entramado. ¡Eso es lo que pasa con los sellos simplemente debilitados! ¿Qué pasaría si se rompen? Sólo la Luz lo sabe.

—Es un riesgo que debemos correr.

—No estoy de acuerdo. Rand, no sabes qué ocasionará desbloquear los sellos, no

sabes si así podría escapar. No sabes lo cerca que estuvo de salir cuando la Perforación quedó asegurada por última vez. ¡Romper esos sellos podría destruir el propio mundo! ¿Y si nuestra única esperanza radica en el hecho de que esta vez hay barreras que obstaculizan su entrada, que no está completamente liberado?

—No funcionará, Egwene.

—Eso no lo sabes con seguridad. ¿O sí lo sabes?

—Muchas cosas en la vida no son seguras —contestó él, vacilante.

—De modo que no lo sabes. Bien, yo he estado buscando, leyendo, escuchando. ¿Has leído las obras de quienes han estudiado sobre esto, que han meditado sobre ello?

—Especulaciones de Aes Sedai.

—¡Es la única información que tenemos, Rand! Abre la prisión del Oscuro y podría perderse todo. Hemos de ser más cautos. ¡Para eso existe la Sede Amyrlin, esto es parte de por qué se fundó la Torre Blanca, para empezar!

Rand se quedó pensativo. Luz. Estaba reflexionando. ¿Conseguiría llegar hasta él?

—No me convence, Egwene —contestó Rand con suavidad—. Si voy a enfrentarme a él y los sellos no están rotos, mi única opción será realizar otra solución imperfecta. Un parche, algo peor incluso que la última vez… a causa de que los sellos viejos y debilitados están ahí y sólo estaré echando otra capa de yeso encima de unas grietas profundas. ¿Quién sabe cuánto durarán los sellos esta vez? Dentro de unos pocos siglos, podríamos estar enzarzados de nuevo en la misma batalla.

—¿Tan malo es eso? —inquirió Egwene—. Al menos es seguro. Sellaste la Perforación la última vez. Sabes cómo hacerlo.

—Podemos acabar afectados de nuevo por la infección.

—Esta vez estamos advertidos. No, no sería lo ideal. Pero, Rand… ¿de verdad tenemos que correr ese riesgo? ¿Poner en peligro el destino de todo ser vivo? ¿Por qué no tomar el camino fácil, el camino conocido? Restaura los sellos otra vez. Apuntala la prisión.

—No, Egwene. —Rand retrocedió—. ¡Luz! ¿Se trata de eso? Quieres que el *Saidin* vuelva a contaminarse. Vosotras, las Aes Sedai… ¡Os sentís amenazadas por la posibilidad de que hombres capaces de encauzar puedan socavar vuestra autoridad!

—Rand al’Thor, no te atrevas a llegar a ese nivel de estupidez.

Él le sostuvo la mirada. Los dirigentes no parecían estar prestando atención a su conversación a pesar de que el mundo dependía de ella. Escudriñaban el documento de Rand y mascullaban con indignación. Quizá tal era su finalidad, distraerlos con el documento y después lanzarse a la verdadera pelea.

Muy despacio, la ira se borró del semblante del hombre; alzó la mano para tocarse

la cabeza.

—Por la Luz, Egwene. Todavía consigues, como la hermana que nunca tuve, enredarme hasta armarme un lío y conseguir que me enfurezca contigo y que al mismo tiempo te quiera.

—Por lo menos soy consecuente —le contestó.

Ahora hablaban en voz baja, inclinados sobre la mesa el uno hacia el otro. A un lado, Perrin y Nynaeve probablemente se encontraban lo bastante cerca para oírlos, y Min se había unido a ellos. Gawyn había regresado, pero se mantenía a distancia. Cadsuane se dio la vuelta y miró en otra dirección… de un modo en exceso exagerado. Estaba atenta a lo que decían.

—No planteo este argumento por una absurda esperanza de que la infección se repita —manifestó Egwene—. Me conoces lo suficiente para saber que no caería en eso. De lo que se trata es de proteger a la humanidad. No me entra en la cabeza que estés dispuesto a poner en peligro todo por una remota posibilidad.

—¿Una remota posibilidad? Hablamos de entrar en la oscuridad en lugar de dar comienzo a otra Era de Leyenda. Podríamos tener paz y acabar con el sufrimiento. O podríamos tener otro Desmembramiento. Luz, Egwene, no estoy seguro de poder restaurar los sellos o de hacer otros nuevos a tal propósito. El Oscuro debe de estar preparado para ese plan.

—¿Y tú tienes otro?

—Te lo he estado explicando. Romper los sellos viejos para librarnos de la obturación defectuosa e intentarlo de nuevo de otro modo.

—El precio del fracaso es el propio mundo, Rand. —Egwene se quedó pensativa —. Aquí hay algo más. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Rand pareció vacilar y, por un instante, le recordó al muchacho al que antaño había sorprendido en cierta ocasión acercándose a hurtadillas con Mat para arramblar con algunos pastelillos de la señora Cauthon.

—Voy a acabar con él, Egwene.

—¿Con quién?

—Con el Oscuro.

Ella se apartó bruscamente hacia atrás, estupefacta.

—Lo siento, ¿qué has…?

—Que voy a acabar con él —repitió Rand con vehemencia al tiempo que se echaba hacia adelante un poco más—. Voy a matar al Oscuro. Jamás tendremos verdadera paz mientras él siga aquí, al acecho. Desgarraré la prisión para abrirla, entraré y me enfrentaré a él. Construiré una prisión nueva si es preciso, pero antes voy a intentar poner fin a esto. Para proteger el Entramado, la Rueda, de una vez por todas.

—¡Luz, Rand, estás loco!

—Sí. Eso es parte del precio que he de pagar. Por suerte. Sólo un hombre que estuviera sonado se atrevería a intentar esto.

—Me opondré a esa acción, Rand —susurró ella—. No dejaré que nos arrastres a todos al desastre. Atiende a razones. La Torre Blanca debería dirigirte, guiarte en esto.

—Ya sé lo que la Torre Blanca entiende por dirección y guía, Egwene. Lo he vivido. Dentro de un arcón, maltratado y golpeado a diario.

Los dos se miraron fijamente, sosteniéndose la mirada. Cerca, continuaban otras discusiones.

—A mí no me importa firmar esto —dijo Tenobia—. Me parece bien.

—¡Bah! —gruñó Gregorin—. A los fronterizos os trae sin cuidado todo lo relacionado con la política del sur. ¿Queréis firmarlo? Bien, me alegro por vos. Yo, sin embargo, no encadenaré mi país a la pared.

—Curioso —comentó Easar. El sosegado hombre meneó la cabeza de forma que el blanco mechón atado en la coronilla se meció—. Que yo sepa, no es vuestro país, Gregorin. A menos que presupongáis que el lord Dragón morirá, y que Mattin Stepaneos no exigirá que le sea devuelto su trono. Puede que esté conforme con que el lord Dragón lleve la Corona de Laurel, pero no vos, de eso estoy seguro.

—¿No es un sinsentido todo esto? —preguntó Alliandre—. Los seanchan son ahora nuestra preocupación, ¿o no? No podrá haber paz mientras ellos estén aquí.

—Sí —convino Gregorin—. Los seanchan y esos malditos Capas Blancas.

—Nosotros lo firmaremos —dijo Galad.

De algún modo, la copia oficial del documento había acabado en manos del capitán general de los Hijos de la Luz. Egwene no lo miró. Resultaba difícil no quedarse mirándolo. Amaba a Gawyn, no a Galad, pero… Vaya, que no era fácil dejar de mirarlo.

—Mayene también lo firmará —manifestó Berelain—. La voluntad del lord Dragón me parece totalmente justa.

—Pues claro que los firmaríais —resopló con desdén Darlin—. Milord Dragón, este documento parece redactado para proteger más los intereses de algunas naciones que los de otras.

—Quiero saber cuál es su tercer requerimiento —intervino Roedran—. No me importa nada el tema de los sellos; son asuntos de Aes Sedai. Adelantó que había tres requerimientos, y hasta ahora sólo hemos oído dos de ellos.

—El tercero y último requerimiento —dijo Rand, que había enarcado una ceja—, lo último que tendréis que pagarme a cambio de mi vida en las laderas de Shayol Ghul, es esto: yo dirigiré vuestros ejércitos en la Última Batalla. Total y absolutamente. Haréis lo que os mande, iréis a donde diga que vayáis, lucharéis donde os ordene.

Aquello desencadenó un estallido de discusiones aún mayor que el anterior. Obviamente era el requisito menos desmedido de los tres. Si bien era imposible por razones que Egwene ya había determinado.

Los dirigentes lo veían como un ataque a su soberanía. En medio del jaleo, Gregorin miró ceñudo a Rand, sin apenas respeto. Gracioso, puesto que era el que tenía menos autoridad de todos los presentes. Darlin meneó la cabeza; por su parte, Elayne estaba furiosa.

Los que se hallaban de parte de Rand, sobre todo los fronterizos, argüían con los que protestaban.

«Están desesperados —pensó Egwene—. Los están invadiendo». Probablemente pensaban que, si se entregaba el mando al Dragón, se pondrían en marcha de inmediato para defender las Tierras Fronterizas. Darlin y Gregorin jamás accederían a eso. Sintiendo el aliento de los seanchan en el cogote, nunca. Luz, qué desbarajuste.

Egwene prestó atención a las discusiones con la esperanza de que el guirigay pusiera nervioso a Rand. En otros tiempos puede que hubiera sido así. Ahora se quedó en silencio y observó, con los brazos cruzados a la espalda. En su rostro había una expresión serena, aunque Egwene estaba cada vez más convencida de que sólo era una máscara. Ya había visto arranques de su genio. Desde luego se controlaba mucho más ahora, lo cual no significaba en absoluto que no tuviera emociones.

Egwene se sorprendió esbozando una sonrisa. Por mucho que protestara de las Aes Sedai, por mucho que insistiera en que no dejaría que lo controlaran, actuaba cada vez más como una de ellas. Egwene se preparó para hablar y controlar la situación, pero algo cambió en la tienda. Una… sensación en el aire. Fue como si Rand atrajera su mirada hacia él. Fuera sonaba algo, ruidos que no lograba identificar. ¿Era un débil crujido? ¿Qué estaba haciendo Rand?

Las discusiones enmudecieron. Los dirigentes, uno a uno, se volvieron hacia él. Fuera, el brillo del sol perdió intensidad, y Egwene agradeció que hubiera creado las esferas de luz.

—Os necesito —les dijo en voz queda Rand—. El mundo os necesita. Discutís. Sabía que lo haríais, pero ya no tenemos tiempo para discusiones. Sabed esto: no podéis disuadirme de mis planes. No podéis obligarme a que os obedezca. Ni la fuerza de las armas ni ningún tejido del Poder Único puede obligarme a que me enfrente al Oscuro por vosotros. He de hacerlo por propia voluntad.

—¿De verdad os jugaríais el mundo a cara o cruz por esto, lord Dragón? —preguntó Berelain.

Egwene sonrió. La ligera de cascos ya no parecía tan segura de haber elegido bien de parte de quién estaba.

—No tendré que hacerlo —contestó Rand—. Firmaréis el documento. No hacerlo significa la muerte.

—Eso es extorsión —barbotó Darlin.

—No.

Rand sonrió hacia los Marinos, los cuales, situados al lado de Perrin, apenas habían abierto la boca. Se habían limitado a leer el documento y a hacer asentimientos de cabeza entre ellos, como si estuvieran impresionados.

—No, Darlin —prosiguió—. No es extorsión. Es un acuerdo. Yo tengo algo que vosotros necesitáis. A mí. Mi sangre. Mi vida. Todos hemos sabido eso desde el principio; las Profecías lo exigen. Como necesitáis eso de mí, os lo venderé a cambio de un legado de paz que equilibre el legado de destrucción que le dejé al mundo la última vez.

Recorrió con la mirada la asamblea y la detuvo brevemente en todos y cada uno de los dirigentes. Egwene percibió la determinación de Rand casi como algo físico. Quizás era su naturaleza *ta'veren*, o tal vez sólo se debía a la importancia del momento. La presión creció dentro del pabellón de tal modo que costaba trabajo respirar.

«Va a conseguirlo —pensó Egwene—. Protestarán, pero se doblegarán a sus exigencias».

—No —dijo en voz alta, rompiendo la pesadez del aire—. No, Rand al'Thor, no permitiremos que nos coacciones para que firmemos tu documento, para que tengas exclusivo control de esta batalla. Y eres un redomado estúpido si piensas que voy a creer que dejarás que el mundo, tu padre, tus amigos, todos aquellos a los que amas, la humanidad entera, acaben masacrados por los trollocs si te desafiamos.

Él le sostuvo la mirada y, de repente, Egwene no se sintió tan segura como antes. Luz, no se negaría, ¿verdad? ¿Sacrificaría el mundo?

—¿Osáis llamar estúpido al lord Dragón? —demandó Narishma.

—A la Amyrlin no se le puede hablar de ese modo —intervino Silviana, que se puso al lado de Egwene.

Las discusiones se reanudaron, esta vez con más fuerza. Rand no apartó los ojos de los de ella, y Egwene vio reflejarse en el rostro del hombre un destello de ira. El griterío aumentó, la tensión creció. Malestar. Cólera. Odios ancestrales que volvían a estallar avivados por el terror.

Rand tenía la mano apoyada en la espada que llevaba últimamente —la que tenía la vaina adornada con dragones— y el otro brazo doblado hacia atrás.

—Cobraré mi precio, Egwene —gruñó.

—Exige lo que quieras, Rand. No eres el Creador. Si vas a la Última Batalla con esa actitud insensata, estaremos muertos todos en cualquier caso. Si te combato, entonces hay una posibilidad de que te haga cambiar de opinión.

—La Torre Blanca siempre ha sido una lanza en mi garganta —espetó Rand—. Siempre, Egwene. Y ahora tú te has convertido en una de ellas.

Le sostuvo la mirada. Por dentro, sin embargo, Egwene empezaba a no sentirse tan segura. ¿Y si las negociaciones se rompían? ¿De verdad dirigiría a sus soldados a luchar contra los de Rand?

Se sintió como si hubiera tropezado con una piedra al borde de un precipicio y estuviera inclinándose hacia el vacío. ¡Tenía que haber un modo de detener aquello, de salvar la situación!

Rand dio media vuelta. Si salía del pabellón, sería el fin.

—¡Rand! —llamó.

Él se paró.

—No voy a ceder, Egwene —dijo, volviéndose hacia ella.

—No hagas esto. No lo tires todo por la borda.

—No puede evitarse.

—¡Claro que se puede! ¡Lo único que tienes que hacer es dejar de comportarte como un testarudo cabeza hueca por una vez en tu vida, así te abrase la Luz!

Egwene se echó hacia atrás. ¿Cómo era posible que le hubiera hablado así, como si volvieran a estar en Campo de Emond, en aquellos tiempos de adolescentes?

Rand se quedó mirándola en silencio un instante.

—Bueno, tú también podrías dejar de comportarte como una redomada mocosa consentida y engreída por una vez en tu vida, Egwene. —Alzó los brazos—. ¡Rayos y centellas! Esto ha sido una pérdida de tiempo.

Casi, casi, tenía razón. Egwene no se percató de que alguien nuevo entraba en el pabellón. Pero Rand sí se dio cuenta y giró sobre sí mismo a la vez que los faldones de la entrada se abrían y dejaban pasar la luz. Miró con el entrecejo fruncido al intruso.

El ceño desapareció tan pronto como vio a la persona que entraba.

Moraine.

6



Un don natural

El pabellón volvió a quedarse en silencio. Perrin detestaba los alborotos, y los efluvios que irradiaban las personas no eran mucho mejores. Frustración, cólera, temor. Terror.

Gran parte de eso iba dirigido a la mujer que se había parado a la entrada del pabellón.

«Mat, bendito botarate —pensó Perrin, que sonrió de oreja a oreja—. Lo has conseguido. Realmente lo has conseguido».

Por primera vez desde hacía cierto tiempo, pensar en Mat hizo que el remolino de colores apareciera en sus ojos. Vio a Mat cabalgando por una calzada polvorienta al tiempo que intentaba arreglar algo que sostenía en las manos. Perrin apartó la imagen. ¿Adónde iría Mat ahora? ¿Por qué no había regresado con Moraine?

Qué más daba. Moraine había vuelto. ¡Luz, Moraine! Perrin dio un paso con intención de ir hacia ella para darle un abrazo, pero Faile lo agarró por la manga. Miró hacia donde su mujer dirigía la vista.

Rand. Se había quedado pálido. Se apartó de la mesa dando trompicones y, como si se hubiera olvidado de todo lo demás, se abrió paso hacia Moraine. Alargó la mano con vacilación y le tocó la cara.

—Por la tumba de mi madre —susurró Rand, que cayó de rodillas ante ella—. ¿Cómo?

Moraine sonrió y le puso una mano en el hombro.

—La Rueda gira según sus designios, Rand. ¿Has olvidado eso?

—Yo…

—No según los tuyos, Dragón Renacido —añadió ella con suavidad—. No según los de cualquiera de nosotros. Quizás algún día girará destejiéndose de la existencia. No creo que ese día sea hoy, ni ningún día cercano.

—¿Quién es esta mujer? —dijo Roedran—. ¿Y de qué tonterías habla? Yo…

Enmudeció cuando algo invisible le dio un papirotazo haciendo que pegara un brinco. Perrin miró a Rand y entonces reparó en la sonrisa que afloraba a los labios de Egwene. Captó el olor a satisfacción en ella a pesar de haber tanta gente dentro del pabellón.

Nynaeve y Min, que se encontraban cerca, olían a estupefacción. Quisiera la Luz

que Nynaeve continuara así durante un poco más de tiempo. Gritarle a Moraine no sería precisamente una ayuda en ese momento.

—No habéis respondido a mi pregunta —dijo Rand.

—Sí lo he hecho —contestó Moraine con cariño—. Sólo que no es la respuesta que querías oír.

Rand seguía arrodillado; entonces echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas.

—¡Luz, Moraine! No habéis cambiado, ¿verdad?

—Todos cambiamos día a día —repuso ella con una sonrisa—. Últimamente, yo más que algunos. Ponte de pie. Soy yo quien debería estar arrodillada ante ti, lord Dragón. Todos deberíamos estarlo.

Rand se incorporó y se apartó para que Moraine pudiera pasar hacia el centro del pabellón. Perrin captó otro olor y sonrió al ver a Thom Merrilin entrar casi a hurtadillas en la tienda, detrás de ella. El viejo juglar le guiñó un ojo a Perrin.

—Moraine —dijo Egwene, que se adelantó—, la Torre Blanca te da la bienvenida con los brazos abiertos. Tus servicios no han caído en el olvido.

—Mmmmm… Sí, debería pensar que haber descubierto una futura Amyrlin dirá mucho en mi favor. Es un alivio, ya que antes me creía condenada a la neutralización, cuando no a la ejecución.

—Las cosas cambian.

—Evidentemente. —Moraine inclino la cabeza—. Madre. —Pasó delante de Perrin y le dio un apretón en el brazo; los ojos le chispeaban.

Uno a uno, los dirigentes fronterizos sostuvieron las espadas en las manos e hicieron una reverencia o una inclinación de cabeza en su dirección. Todos parecían conocerla personalmente. Muchos de los otros gobernantes que estaban en el pabellón aún parecían desconcertados, aunque era evidente que Darlin sabía quién era. Él parecía más… pensativo que confuso.

Moraine vaciló un instante al lado de Nynaeve. En ese momento a Perrin le fue imposible captar el olor de Nynaeve, y eso le pareció ominoso. «Oh, Luz… Va a pasar…»

Nynaeve estrechó a Moraine con un fuerte abrazo.

Moraine se quedó paralizada de momento, con los brazos colgados a los costados, oliendo claramente a estar muda de asombro. Por fin, respondió al abrazo de una forma un tanto maternal, dándole palmaditas en la espalda.

Nynaeve la soltó, se apartó de ella y se limpió una lágrima que se le desbordaba de un ojo.

—No se os ocurra contarle esto a Lan —gruñó.

—Ni en sueños lo haría —contestó Moraine, que siguió adelante para detenerse en el centro del pabellón.

—Qué mujer tan insufrible —rezongó Nynaeve mientras se enjugaba una lágrima

del otro ojo.

—Moraine —dijo Egwene—, has venido justo en el momento oportuno.

—Tengo un don natural para eso.

—Bien, pues —siguió Egwene mientras Rand regresaba a la mesa—. Rand… El Dragón Renacido… ha decidido usar este mundo como chantaje para conseguir sus demandas, y se niega a cumplir con su deber a menos que accedamos a sus caprichos.

Moraine frunció los labios y tomó el tratado de la Paz del Dragón que Galad había dejado encima de la mesa. Lo repasó con la mirada.

—Pero ¿quién es esta mujer? —insistió Roedran—. ¿Y por qué nos…? ¡Dejad de hacer eso!

Alzó una mano como si le hubiesen dado una bofetada con un hilo de Aire, y luego dirigió una mirada furiosa a Egwene. No obstante, en esta ocasión el único que olía a satisfacción era el Asha’man que se encontraba más cerca de Perrin.

—Buen tiro, Grady —susurró.

—Gracias, lord Perrin.

Grady sólo la conocía por lo que se contaba sobre ella, por supuesto, pero las historias relacionadas con Moraine se habían difundido entre los que seguían a Rand.

—¿Y bien? —preguntó Egwene.

—«Y llegará a acaecer que lo que los hombres han construido se hará pedazos y la Sombra se cernirá sobre el Entramado de las Eras, y el Oscuro abatirá de nuevo su mano sobre el mundo humano. Las mujeres sollozarán y los hombres se arredrarán cuando la tierra se desgarre como una tela gastada. Nada permanecerá en pie ni nada perdurará…» —susurró Moraine.

Se oyó el rebullir de pies de los presentes. Perrin miró con gesto interrogante a Rand.

—«Pero habrá uno que nacerá para enfrentarse a la Sombra —continuó Moraine—. ¡Nacerá como nació antes y nacerá otra vez, en el correr del tiempo infinito! El Dragón renacerá, y habrá gemidos y rechinar de dientes en la hora de su renacer. ¡Con sayales y cenizas vestirá a la gente, y con su venida volverá a desmembrarse el mundo y romperá todas las ataduras y vínculos!»

«Como el alba desencadenada nos cegará y quemará, y, sin embargo, será el Dragón Renacido quien pelee con la Sombra en la Última Batalla y será su sangre la que nos traerá la Luz. Derramad vuestras lágrimas, oh pueblos del mundo. ¡Llorad por vuestra salvación!»

—Aes Sedai, perdonad, pero eso es muy ominoso —dijo Darlin.

—Al menos será una salvación —repuso Moraine—. Decidme, majestad. Esa profecía os ordena derramar lágrimas. ¿Lloráis porque vuestra salvación llega con tanto dolor y pesadumbre? ¿O, en cambio, lloráis por vuestra salvación? ¿Por el hombre que sufrirá por vos? ¿Por el único que sepamos de cierto que no saldrá ileso

de esta lucha?

Se volvió hacia Rand.

—Esas demandas son injustas —protestó Gregorin—. ¡Nos exige que mantengamos nuestras fronteras tal como son ahora!

—«Matará a su gente con la espada de la paz, y los destruirá con la hoja» —continuó citando Moraine.

«Es *El Ciclo Karaethon* —se dijo para sus adentros Egwene—. He oído antes esas palabras».

—Los sellos, Moraine. Planea romperlos —manifestó en voz alta—. Desafía la autoridad de la Sede Amyrlin.

Moraine no pareció sentirse sorprendida. Perrin sospechaba que había estado escuchando fuera antes de entrar. Era muy propio de ella.

—Oh, Egwene, ¿lo has olvidado? —le preguntó Moraine—. «La torre impoluta se rompe e hinca la rodilla ante el símbolo olvidado…»

Egwene enrojeció.

—«No podemos tener salud ni nada bueno puede crecer, pues la tierra es una con el Dragón Renacido y él es uno con la tierra —recitó Moraine—. Alma de fuego, corazón de piedra…»

Se volvió hacia Gregorin.

—«Altivo conquista y obliga a los altivos a doblegarse…»

Se dirigió a los fronterizos.

—«Conmina a las montañas a que se arrodillen…»

Viró hacia los Marinos.

—«A los mares a que le abran paso…»

Miró a Perrin, y luego a Berelain.

—«Y al propio firmamento a que le rinda pleitesía…»

Y después, a Darlin.

—«Ojalá el corazón de piedra recuerde el llanto…»

Y, por último, a Elayne.

—«Y el alma de fuego, el amor». No podéis oponeros a esto. Ninguno de vosotros puede. Lo siento. ¿Pensáis acaso que ha llegado a esto por sí solo, sin ayuda? —Sostuvo en alto el documento—. El Entramado es equilibrio. No es el bien ni es el mal, no es la sabiduría ni es la necedad. Para el Entramado esas cosas no importan; pero, aun así, encontrará el equilibrio. La era anterior acabó con un Desmembramiento, y así, la próxima empezará con paz… Aun cuando sea preciso hacérosla tragar como se le da una medicina a un niñito que grita.

—¿Puedo hablar? —Una Aes Sedai con chal marrón adelantó un paso.

—Puedes —repuso Rand.

—Este documento está muy bien pensado, lord Dragón. —La Marrón era una

mujer fornida, con un estilo más directo de lo que Perrin esperaría de una mujer de su Ajah—. Pero veo un gran fallo en él, uno al que se ha hecho alusión antes. Mientras los seanchan queden exentos de cumplirlo, no servirá para nada. No habrá paz mientras ellos sigan con sus conquistas.

—Cierto, es un problema —dijo Elayne, cruzada de brazos—. Pero no el único. Rand, entiendo lo que intentas hacer, y lo aprecio en lo que vale. Lo cual no cambia el hecho de que el documento es fundamentalmente insostenible. Para que un tratado de paz funcione, ambas partes deben seguir queriendo que haya paz por los beneficios que conlleva.

»Esto no da soluciones para arreglar las disputas. Porque surgirán. Siempre lo hacen. Un documento de este tipo debe ofrecer el modo de resolver esos conflictos; hace falta establecer el modo de castigar una infracción que evite que los otros países entren en una guerra a gran escala. Sin ese cambio, las pequeñas querellas que surjan irán creciendo y la tensión aumentará con el paso de los años hasta que exploten.

»Tal como está redactado, es poco menos que exigir a las naciones que se lancen sobre el primero que rompa la paz. Pero no impide que pongan un régimen títere en el reino caído, o incluso en otro reino. Con el tiempo, me temo que este tratado se invalidará. ¿De qué sirve si sólo es válido sobre el papel? El resultado final de esto será la guerra. Un conflicto a gran escala, arrollador. Por cada año de paz que haya, habrá otro de destrucción mayor una vez que todo se venga abajo.

Rand apoyó los dedos en el documento.

—Estableceré la paz con los seanchan —dijo—. Añadiremos una disposición al documento. Si sus gobernantes no firman, entonces el documento queda invalidado. ¿Estarías de acuerdo en ese caso?

—Eso soluciona el problema menor —repuso Elayne con suavidad—, pero no el mayor, Rand.

—Aún hay un asunto de más importancia —manifestó una voz.

Perrin se volvió, sorprendido. ¿Aviendha? Ella y los otros Aiel no habían participado en la discusión. Sólo habían observado. Perrin casi se había olvidado de su presencia.

—¿Tú también? —dijo Rand—. ¿Entras a caminar en mis fragmentos de sueño, Aviendha?

—No seas infantil, Rand al'Thor —repuso la mujer mientras se acercaba y ponía el índice en el documento—. Has incurrido en *toh*.

—Os he dejado fuera —protestó Rand—. Confío en ti, y en todos los Aiel.

—¿Los Aiel no están incluidos en el documento? —inquirió Easar—. ¡Luz, cómo hemos pasado eso por alto!

—Es un insulto —puntualizó Aviendha.

Perrin frunció el entrecejo. El olor de la mujer denotaba algo muy serio. De

cualquier otro Aiel, habría esperado que a continuación de ese efluvio se cubriera con el velo y enarbolara una lanza.

—Aviendha —dijo Rand con una sonrisa—, los demás están a punto de colgarme por incluirlos en él, ¿y tú lo estás porque os he dejado fuera?

—Exijo que cumplas con mi petición —dijo ella—. Es ésta: pon a los Aiel en tu documento, en tu «Paz del Dragón». De otro modo, te abandonaremos.

—Tú no hablas por todos ellos, Aviendha. No puedes…

Todas las Sabias presentes en el pabellón se adelantaron para situarse detrás de Aviendha, como a una. Rand parpadeó.

—Aviendha es la representante de nuestro honor —manifestó Sorilea.

—No seas necio, Rand al'Thor —añadió Melaine.

—Esto es algo que concierne a las mujeres —agregó Sarinde—. No estaremos satisfechas hasta que se nos trate igual que a los habitantes de las tierras húmedas.

—¿Acaso hacer eso está fuera de nuestro alcance? —inquirió Amys—. ¿Nos insultas con la implicación de que somos más débiles que los demás?

—¡Estáis todos locos! —exclamó Rand—. ¿Os dais cuenta de que esto os prohibiría luchar entre vosotros?

—No prohibiría que lucháramos. Prohibiría que lo hiciéramos sin una causa.

—La guerra es vuestro propósito en la vida —manifestó Rand.

—Si crees eso, Rand al'Thor, en verdad te he entrenado muy mal —contestó Aviendha con voz gélida.

—Ella habla con sabiduría —intervino Rhuarc, que se adelantó para situarse al frente de los asistentes—. Nuestro propósito era prepararnos para cuando nos necesitaras en esta Última Batalla. Nuestro propósito era ser lo bastante fuertes para sobrevivir hasta que llegara ese momento. Necesitaremos otro propósito. He enterrado enemistades de sangre por ti, Rand al'Thor. No las reiniciaré. Ahora tengo amigos a los que preferiría no matar.

—Qué locura —se quejó Rand mientras meneaba la cabeza—. De acuerdo, os incluiré en el documento.

Aviendha parecía satisfecha, pero algo incomodaba a Perrin. No entendía a los Aiel… Luz, no entendía a Gaul, con quien estaba desde hacía tanto tiempo. Con todo, se había dado cuenta de que a los Aiel les gustaba estar haciendo algo. Incluso cuando holgazaneaban estaban alerta. Mientras otros hombres jugaban a los naipes o a los dados, a menudo los Aiel se entretenían haciendo algo de utilidad, en silencio.

—Rand —Perrin, se adelantó y lo asió por el brazo—, ¿me concedes un momento?

Rand vaciló, pero después asintió con la cabeza e hizo un gesto con la mano.

—Ahora estamos aislados, no nos oyen. ¿Qué ocurre?

—Bueno, acabo de darme cuenta de algo. Los Aiel son como herramientas.

—Cierto…

—Y las herramientas que no se utilizan se oxidan —continuó Perrin.

—Que es la razón por la que luchan unos contra otros —convino Rand al tiempo que se frotaba la frente—. Para mantener a punto sus habilidades. Por ese motivo los eximí. ¡Luz, Perrin! Creo que esto va a ser un desastre. Si los incluimos en este documento…

—Creo que ya no te queda otra opción. Los demás jamás firmarán si dejas fuera a los Aiel.

—De todos modos no sé si van a firmarlo. —Rand contempló con anhelo el papel que descansaba en la mesa—. Era un sueño tan maravilloso, Perrin. Un sueño bueno para la humanidad. Creí que lo había conseguido. Justo hasta que Egwene me puso en evidencia, pensé que me había salido bien la jugada.

Era una suerte que otros no pudieran oler las emociones de Rand, o todos los presentes habrían sabido que jamás se habría negado a ir contra el Oscuro. En el rostro no se le reflejaba nada, pero por dentro Perrin sabía que había estado tan nervioso como un muchacho en su primer esquileo.

—Rand, ¿es que no lo ves? —le dijo—. La solución.

Rand lo miró con el entrecejo fruncido.

—Los Aiel —dijo Perrin—. La herramienta que necesita que se le dé utilidad. Un tratado que necesita que velen por su cumplimiento…

Rand vaciló y entonces sonrió de oreja a oreja.

—Eres un genio, Perrin.

—Si tiene que ver con la forja, supongo que sé un par de cosas, sí.

—Pero esto… Esto no tiene que ver con la forja, Perrin…

—Ya lo creo que sí. —¿Cómo era posible que Rand no lo viera?

Rand se volvió, sin duda anulando el tejido. Se acercó al documento y lo recogió para tendérselo a uno de sus escribanos, situados al fondo del pabellón.

—Quiero que se añadan dos provisiones. Primera, este documento no tendrá validez si no lo firma por los seanchan la Hija de las Nueve Lunas o la emperatriz. Segundo… Los Aiel, todos los clanes a excepción de los Shaido, han de estar incluidos en el documento como custodios del mantenimiento de la paz y mediadores de disputas entre naciones. Cualquier nación puede acudir a ellos si cree que sus derechos están siendo atropellados, y los Aiel, no ejércitos enemigos, se encargarán de enmendar el agravio y restablecer el equilibrio. Podrán perseguir a criminales a través de fronteras entre naciones. Estarán sujetos a las leyes de las naciones en las que residan en ese momento, pero no serán súbditos de esa nación.

Se volvió hacia Elayne.

—Ahí tienes tus tropas encargadas del cumplimiento del tratado, Elayne —le dijo —. El modo de impedir que las pequeñas tensiones crezcan.

—¿Los Aiel? —preguntó ella con escepticismo.

—¿Accederíais a este arreglo, Rhuarc? —preguntó Rand—. ¿Bael, Jheran, el resto de vosotros? Protestabais por haberos dejado sin propósito, y Perrin os ve como una herramienta que necesita que se le dé uso. ¿Aceptáis esta responsabilidad? ¿Prevenir la guerra, castigar a quienes actúen mal, trabajar con los dirigentes de las naciones para que se cumpla la ley y se haga justicia?

—¿Justicia como la entendemos nosotros, Rand al'Thor, o como la ven ellos? —inquirió Rhuarc.

—Habrá de ser siguiendo el dictado de la conciencia de los Aiel —dijo Rand—. Si os llaman, tendrán que saber que contarán con vuestra justicia. Esto no funcionaría si los Aiel se convirtieran en simples instrumentos. Vuestra autonomía será lo que haga esto eficaz.

Gregorin y Darlin empezaron a protestar, pero Rand los acalló con una mirada. Perrin asintió para sí, cruzado de brazos. Sus protestas eran más débiles ahora que las de antes. El pabellón olía a… reflexión en muchos de ellos.

«Lo ven como una oportunidad —comprendió—. Consideran a los Aiel unos salvajes y creen que será fácil manipularlos una vez que Rand falte». Sonrió al imaginar el chasco que se llevarían si intentaban ir por ese camino.

—Esto es muy repentino —contestó Rhuarc.

—Bienvenido al banquete —comentó Elayne, que todavía lanzaba miradas asesinas a Rand—. Prueba la sopa. —Lo extraño era que olía a orgullo. Qué mujer tan rara.

—Te lo advierto, Rhuarc —continuó Rand—. Habréis de cambiar las costumbres. Los Aiel tendrán que actuar juntos en estos asuntos; los jefes y las Sabias habrán de celebrar consejo para tomar las decisiones entre todos. Un clan no podrá participar en una batalla mientras otros clanes estén en desacuerdo y luchen por el bando contrario.

—Hablaremos de ello —dijo Rhuarc, que hizo un gesto con la cabeza a los otros jefes Aiel—. Esto significará un final para los Aiel.

—Y también un comienzo —le respondió Rand.

Los jefes de clan Aiel y las Sabias se reunieron en un aparte y hablaron en voz baja. Aviendha se rezagó, preocupada, mientras Rand miraba al vacío. Perrin le oyó susurrar algo en voz tan baja que, a pesar de su fino oído, casi no entendió lo que decía.

—… ahora tu sueño… cuando despiertes de esta vida, dejaremos de existir…

Los escribanos, con efluvios de estar frenéticos, se adelantaron para empezar a trabajar en la redacción de las dos provisiones añadidas al documento. La mujer llamada Cadsuane observaba todo lo que acontecía con aire severo.

Olía a estar orgullosa en extremo.

—Añadid otra provisión —ordenó Rand—. Los Aiel pueden pedir a otras

naciones que los ayuden en el cumplimiento de su tarea si deciden que el número de sus fuerzas no es suficiente. Indicad métodos formales por los que las naciones pueden solicitar ayuda a los Aiel para reparación de agravios o permiso para atacar a una nación enemiga.

Los escribientes asintieron con la cabeza y trabajaron con más empeño.

—Actúas como si esto estuviera decidido —intervino Egwene, que no quitaba los ojos de Rand.

—Oh, dista mucho de estarlo —dijo Moraine—. Rand, tengo que hablar contigo sobre algo.

—¿Algo que me gustará? —preguntó él.

—Sospecho que no. Dime, ¿por qué has de dirigir los ejércitos tú? Viajarás a Shayol Ghul, donde sin duda te será imposible ponerte en contacto con nadie.

—Alguien ha de tener el mando, Moraine.

—En cuanto a eso, creo que todos estarán de acuerdo.

Rand echó los brazos hacia atrás; olía a preocupación.

—Me he hecho responsable de esta gente, Moraine. Quiero ver que se ocupan de ellos, que las brutalidades de esta batalla se minimizan.

—Me temo que es una razón insuficiente para liderar una batalla —le indicó Moraine en voz queda—. Tú no luchas para preservar a tus tropas: luchas para vencer. Ese cabecilla no tiene por qué ser tú, Rand. No deberías ser tú.

—No quiero que esta batalla se convierta en un enredo, Moraine. Si supieras los errores que cometimos la última vez, la confusión que puede resultar cuando todos piensan que tienen el mando. La batalla es un torbellino, pero aun así se necesita a alguien que tenga autoridad máxima para tomar decisiones y mantenerlo todo coordinado.

—¿Y qué me dices de la Torre Blanca? —preguntó Romanda, que se acercó, casi apartando a empujones a la gente para situarse junto a Egwene—. Tenemos los recursos para viajar de forma eficaz entre frentes de batalla, mantenemos la serenidad en momentos en que otros se vendrían abajo, y gozamos de la confianza de todas las naciones.

La última frase hizo que Darlin enarcara una ceja.

—La Torre Blanca parece la elección óptima, lord Dragón —intervino Tenobia.

—No —dijo Rand—. La Amyrlin es muchas cosas, pero líder de una guerra… No creo que sea una elección acertada.

Cosa extraña, Egwene no dijo nada. Perrin la observó. Creía que habría saltado a la primera oportunidad de dirigir la batalla.

—Debería ser uno de nosotros —opinó Darlin—. Elegido por quienes irán a combatir aquí.

—Supongo —dijo Rand—. Siempre y cuando sepáis todos quién tiene el mando,

cederé en ese punto. Sin embargo, debéis acceder a mis otras demandas.

—¿Insistes en que tienes que romper los sellos? —inquirió Egwene.

—No os preocupéis, madre —dijo Moraine, sonriente—. No va a romperlos.

El semblante de Rand se ensombreció.

Egwene sonrió.

—Los vais a romper vos —le dijo Moraine a Egwene.

—¿Qué? —exclamó Egwene—. ¡Pues claro que no!

—Sois la Vigilante de los Sellos, madre —apuntó Moraine—. ¿No habéis oído lo que he dicho antes? «Y llegará a acaecer que lo que los hombres han construido se hará pedazos y la Sombra se cernirá sobre el Entramado de las Eras, y el Oscuro abatirá de nuevo su mano sobre el mundo humano…» Se hará pedazos —repitió con énfasis—. Ha de ocurrir.

Egwene parecía alterada.

—Lo habéis visto, ¿verdad? —susurró Moraine—. ¿Qué habéis Soñado, madre?

Egwene no contestó al principio.

—¿Qué visteis? —insistió Moraine al tiempo que se acercaba a ella.

—Algo que crujía bajo sus pies —respondió Egwene, sosteniendo la mirada de la Aes Sedai—. A medida que avanzaba, los pies de Rand pisaban los fragmentos de la prisión del Oscuro. Lo vi a él, en otro Sueño, descargándole tajos para abrirla. Pero en ningún momento vi que lo consiguiera, Moraine.

—Los fragmentos estaban allí —dijo Moraine—. Los sellos se habían roto.

—Los Sueños están sujetos a interpretación.

—Vos sabéis la verdad de éste. Hay que cumplirlo, y los sellos son vuestros. Los romperéis cuando llegue el momento. Rand, lord Dragón Renacido, es el momento de que se los entreguéis.

—Esto no me gusta, Moraine —repuso él.

—Entonces, nada ha cambiado mucho, ¿verdad? —preguntó ella, como a la ligera —. Creo que os habéis resistido a menudo a hacer lo que se supone que debéis hacer. Sobre todo si soy yo quien os lo hace notar.

Rand se quedó en silencio un momento y después se echó a reír mientras metía la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacó tres discos de *cuendillar*, todos marcados en el centro por una línea sinuosa. Los dejó en la mesa.

—¿Cómo sabrá ella cuándo es el momento? —inquirió.

—Lo sabrá —afirmó Moraine.

Egwene olía a escepticismo, y Perrin la comprendía muy bien. Moraine siempre había creído en el tejido del Entramado y en el sometimiento a los giros de la Rueda. Perrin no lo veía así. Se figuraba que cada cual seguía su camino y confiaba en sus fuerzas para hacer lo que fuera preciso hacer. El Entramado no era algo, lo único, de lo que depender.

Egwene era Aes Sedai, y al parecer pensaba que debía ver las cosas como Moraine. O eso, o estaba dispuesta a mostrarse de acuerdo para tener los sellos en su poder.

—Los romperé cuando crea que debo hacerlo —afirmó, a la par que los cogía.

—Entonces vas a firmar.

Rand recogió el documento mientras los escribanos protestaban por la precipitación con la que habían tenido que trabajar. Uno de ellos gritó al tiempo que alargaba la mano hacia la arena, pero Rand hizo algo con el Poder Único que secó la tinta al instante, mientras ponía el tratado delante de Egwene.

—Lo haré —confirmó ella, que alargó la mano para pedir una pluma.

Leyó con cuidado las provisiones, con las otras hermanas observando por encima de su hombro. Todas asintieron a la par.

Egwene estampó su firma.

—Y ahora, los demás —dijo Rand, que se volvió para calibrar las reacciones.

—Luz, es mucho más inteligente ahora —le susurró Faile a Perrin—. ¿Te das cuenta de lo que ha hecho?

—¿Qué? —preguntó Perrin mientras se rascaba la barba.

—Trajo consigo a todos los que sabía que lo apoyarían —susurró Faile—. Los fronterizos, que firmarían prácticamente cualquier cosa para conseguir ayuda para sus naciones. Arad Doman, a la que había ayudado más recientemente. Los Aiel… Bueno, vale, ¿quién sabe lo que harán los Aiel en un momento dado? Pero la idea sigue siendo válida.

»Luego deja que Egwene reúna a los otros. Es un movimiento genial, Perrin. De ese modo, siendo Egwene la que encabeza esa coalición contra él, lo único que tiene que hacer es convencerla a ella. Una vez que consigue que Egwene cambie de postura, los otros parecerían necios si se quedaran aparte.

Y, en efecto, mientras los dirigentes empezaban a firmar —Berelain en primer lugar, con afán—, los que habían apoyado a Egwene comenzaron a rebullir con nerviosismo. Darlin se adelantó y tomó la pluma. Vaciló un instante, pero luego firmó.

El siguiente fue Gregorin. A continuación, los fronterizos, uno tras otro, seguidos por el rey de Arad Doman. Incluso Roedran, que aún parecía considerar aquello un fiasco, estampó su firma. A Perrin le pareció curiosa esa reacción.

—Vocifera mucho —le dijo a Faile—, pero sabe que esto es beneficioso para su reino.

—Sí —convino ella—. En parte ha hecho el papel de bufón para despistarlos a todos, para que lo desestimaran. El documento acota las fronteras actuales de las naciones para que permanezcan tal como están —dijo Faile—. Eso es un gran regalo para alguien que intenta estabilizar su jefatura. Pero…

—¿Pero…?

—Los seanchan —musitó Faile—. Si Rand los persuade, ¿eso les permite conservar los países que tienen ahora? ¿Les permite conservar las mujeres que son *damane*? ¿Les permite que le pongan uno de esos collares a cualquier mujer que traspase su frontera?

El silencio se hizo en el pabellón; tal vez Faile había hablado en voz más alta de lo que era su intención. A veces a Perrin le costaba trabajo recordar lo que la gente corriente podía o no podía oír.

—Me ocuparé de los seanchan —dijo Rand.

Se encontraba de pie junto a la mesa, observando cómo firmaban el tratado los gobernantes, los cuales hablaban con los consejeros que los habían acompañado y después estampaban su firma.

—¿Cómo? —quiso saber Darlin—. Ellos no quieren hacer las paces con vos, lord Dragón. Creo que convertirán este documento en un escrito carente de sentido.

—Cuando hayamos acabado aquí, iré a su encuentro —contestó Rand sin alzar la voz—. Firmarán.

—¿Y si no lo hacen? —demandó Gregorin.

Rand apoyó la mano en la mesa, con los dedos extendidos.

—Tal vez tenga que destruirlos. O, al menos, destruir su capacidad de combate en un futuro cercano.

El pabellón volvió a quedarse en silencio.

—¿Podríais hacer eso? —preguntó Darlin.

—No estoy seguro —reconoció Rand—. Si lo logro, cabe la posibilidad de que el esfuerzo me deje debilitado en un momento en el que necesito toda mi energía. Luz, quizá sea la única elección que tenga. Una elección terrible, cuando los dejé la última vez… No podemos darles opción a atacarnos por la retaguardia mientras combatimos contra la Sombra. —Meneó la cabeza y Min se adelantó para asirle el brazo—. Hallaré la forma de negociar con ellos. De algún modo la hallaré.

La firma del documento prosiguió. Algunos hacían la rúbrica con mucha floritura; otros, de un modo más informal. Rand decidió que Perrin, Gawyn, Faile y Gareth Bryne firmaran también. Daba la impresión de que quería que cualquiera de los presentes que pudiera ascender a una posición de liderazgo plasmara su firma en el documento.

Por último, sólo quedó Elayne. Rand le tendió la pluma.

—Esto que me pides es algo muy difícil para mí, Rand —dijo ella, cruzada de brazos y con el dorado cabello reluciente bajo la luz de las esferas.

¿Por qué se había puesto oscuro fuera? A Rand no parecía que eso le preocupara, pero Perrin temía que las nubes hubieran consumido el cielo. Una señal de peligro, el que ahora se quedaran allí donde Rand las había mantenido a raya.

—Sé que lo es —convino Rand—. Quizá te dé algo a cambio…

—¿Qué?

—La guerra —dijo Rand; se volvió hacia los dirigentes—. Queríais que uno de vosotros dirigiera la Última Batalla. ¿Aceptaríais a Andor y a su reina en ese papel?

—Es demasiado joven —argumentó Darlin—. E inexperta. Sin intención de ofenderos, majestad.

Alsalam soltó un resoplido desdeñoso.

—Quién fue hablar, Darlin —dijo—. ¡La mitad de los monarcas presentes llevan en el trono un año o menos!

—¿Y los fronterizos? —preguntó Alliandre—. Han combatido contra la Llaga toda su vida.

—Nos están invadiendo —dijo Paitar, que negó con la cabeza—. Uno de nosotros no puede coordinar esto. Andor es una elección tan buena como cualquier otra.

—Andor sufre una invasión también —apuntó Darlin.

—Todos estáis siendo invadidos o lo estaréis muy pronto —intervino Rand—. Elayne Trakand es líder hasta la médula. Me enseñó gran parte de lo que sé sobre el liderazgo. Ha aprendido tácticas de un gran capitán, y estoy seguro de que contará con todos los grandes capitanes para que la aconsejen. Alguien tiene que liderar. ¿La aceptáis para ese cometido?

Los demás accedieron de mala gana con cabeceos. Rand se volvió hacia Elayne.

—De acuerdo, Rand —dijo ella—. Me encargaré de esto y firmaré el documento, pero más te vale encontrar la forma de encargarte de los seanchan. Quiero ver el nombre de su dirigente en este documento. Ninguno de nosotros estará a salvo hasta que estampe su firma en él.

—¿Y qué pasa con las mujeres retenidas por los seanchan? —preguntó Rhuarc—. Admitiré, Rand al’Thor, que nuestra intención era declarar un enfrentamiento sangriento a esos invasores en cuanto otras batallas más apremiantes se hubieran ganado.

—Si la cabecilla lo firma, pediré comerciar con mercancías para recuperar a esas encauzadoras que han secuestrado. Intentaré persuadirlos de que devuelvan las tierras que ocupan y regresen a su país.

—¿Y si se niegan? —preguntó Egwene, y meneó la cabeza—. ¿Dejarás que lo firmen sin ceder en esos puntos? Son miles las mujeres esclavizadas, Rand.

—No podemos derrotarlos —intervino Aviendha, que habló en voz queda. Perrin la miró. Olía a frustración, pero también a determinación—. Si vamos a la guerra contra ellos, caeremos.

—Aviendha tiene razón —ratificó Amys—. Los Aiel no lucharán contra los seanchan.

Rhuarc, sin salir de su asombro, las miró a las dos una y otra vez.

—Han hecho cosas horribles —convino Rand—, pero hasta el momento, las tierras que han ocupado se han beneficiado de un liderazgo fuerte. Si no hay más remedio, me conformaré con que se queden las tierras que tienen, siempre y cuando no se extiendan más. En cuanto a las mujeres… Lo hecho, hecho está. Primero vamos a preocuparnos del propio mundo, y después haremos lo que se pueda por quienes están cautivas.

Elayne sostuvo el documento unos segundos, quizá para dar dramatismo al momento, y luego se inclinó y agregó su rúbrica al pie del escrito con una floritura.

—Está hecho —dijo Moraine mientras Rand recogía el tratado—. Esta vez tendréis paz, lord Dragón.

—Antes tenemos que sobrevivir —dijo él, que sostuvo el documento con aire reverente—. Ahora os dejaré para que llevéis a cabo los preparativos para la batalla. Yo he de llevar a cabo algunas tareas, incluidos los seanchan, antes de viajar a Shayol Ghul. Sin embargo, tengo una petición que haceros. Hay un querido amigo que nos necesita…

Relámpagos encrespados desgarraban el cielo encapotado. A pesar de la lobreguez, el sudor le corría a Lan por el cuello y le empapaba el cabello debajo del yelmo. Hacía años que no se había puesto uno; la mayor parte del tiempo compartido con Moraine había sido necesario pasar inadvertidos, y los yelmos eran cualquier cosa menos discretos.

—¿Es muy… grave la situación? —preguntó Andere. Estaba recostado en una piedra; torció el gesto y se apretó el costado.

Lan contempló la batalla. Los Engendros de la Sombra volvían a agruparse en una masa ingente. Casi daba la impresión de que los monstruos se fundieran entre sí y se movieran a la par, como una oscura y enorme fuerza de aullante odio miasmático tan denso como el aire, el cual parecía retener el calor y la humedad, como un mercader que atesorara hermosas alfombras.

—Mucho —contestó Lan.

—Lo sabía. —Andere respiraba con jadeos y la sangre se resbalaba— entre los dedos. —¿Y Nazar?

—Cayó —dijo Lan. El hombre de cabello canoso había muerto en la misma pelea que casi había acabado con Andere. El rescate llevado a cabo por Lan no había sido lo bastante rápido—. Lo vi destripar a un trolloc mientras la bestia lo mataba.

—Que el último abrazo de la madre… —Andere se contrajo por el dolor. —Que el…

—Que el último abrazo de la madre le dé la bienvenida al hogar —musitó Lan.

—No me miréis así, Lan —dijo Andere—. Todos sabíamos lo que iba a ser esto cuando… cuando nos reunimos con vos.

—Por eso intenté impedíroslo.

—Yo… —empezó Andere, fruncido el entrecejo.

—Paz, Andere. —Lan se incorporó—. Lo que pretendía era egoísta. Vine a morir por Malkier. No tenía derecho a negar ese privilegio a otros.

—¡Lord Mandragoran!

El príncipe Kaisel se acercó al trote, con la otrora magnífica armadura manchada de sangre y llena de abolladuras. El príncipe kandorés aún parecía demasiado joven para aquella batalla, pero se había mostrado tan impávido como cualquier veterano canoso. —Están formando otra vez.

Lan caminó a través del terreno rocoso hacia donde un mozo de cuadra sujetaba a *Mandarb*. El semental negro tenía cortes en los flancos infligidos por armas trollocs. Gracias a la Luz, eran superficiales. Lan posó una mano en el cuello del caballo mientras *Mandarb* resoplaba. Cerca, su portaestandarte, un hombre calvo llamado Jophil, enarboló la bandera de Malkier, la Grulla Dorada. Era el quinto portaestandarte desde el día anterior.

Las fuerzas de Lan habían tomado el desfiladero en la carga inicial y obligaron a los Engendros de la Sombra a retroceder antes de que lograran salir al valle. Era más de lo que Lan había esperado conseguir. El desfiladero era un trecho largo y angosto de terreno rocoso, enclavado entre escarpaduras y picos.

Mantener esa posición no requería ninguna estrategia sagaz. Uno se plantaba, y moría o mataba… mientras aguantara.

Lan dirigía una tropa de caballería. No era la fuerza ideal para ese tipo de tarea —la caballería actuaba mejor donde pudiera desdoblarse y tuviera espacio para cargar—, pero el paso por el desfiladero de Tarwin era lo bastante estrecho para que sólo un reducido número de trollocs lo cruzara al mismo tiempo. Eso le daba una oportunidad a Lan. Al menos, era más difícil para los trollocs aprovechar la ventaja de ser mucho más numerosos. Tendrían que pagar cara cada yarda que avanzaran; la cuenta del carnicero, como decían sus hombres.

Los cadáveres trollocs habían creado lo que parecía una alfombra de pieles a lo largo del cañón. Cada vez que habían intentado abrirse paso a través de la garganta, los hombres de Lan habían resistido con lanzas y picas, espadas y flechas, matando con el tiempo a millares y dejándolos amontonados para que sus semejantes treparan por encima. Pero cada choque también reducía el número de las tropas de Lan.

Cada ataque obligaba a sus hombres a retroceder un poco más. Hacia la boca del desfiladero. En esos momentos se encontraban a menos de un centenar de pies de la salida.

Lan notaba que la fatiga se iba apoderando de él.

—¿Y nuestras fuerzas? —le preguntó Lan al príncipe Kaisel.

—Unos seis mil todavía están en condiciones de cabalgar, Dai Shan.

Menos de la mitad de los que habían empezado el día antes.

—Decidles que monten.

—¿Vamos a retirarnos? —Kaisel parecía conmocionado.

Lan se volvió hacia él.

Kaisel palideció. A Lan le habían dicho que su mirada podía poner nervioso a cualquier hombre; Moraine solía bromear afirmando que era capaz de hacer que las piedras bajaran la vista si las miraba fijamente, y que tenía la paciencia de un roble. Bueno, él no se sentía tan seguro de sí mismo como la gente creía, pero ese muchacho tendría que haber sabido que no debía preguntar si se estaban retirando.

—Por supuesto —contestó—, y después vamos a atacar.

—¿Atacar? —exclamó Kaisel—. ¡Estamos a la defensiva!

—Nos barrerían. —Lan se subió a la silla de *Mandarb*—. Estamos cansados, agotados hasta casi la extenuación. Si nos quedamos aquí y esperamos a que nos ataquen otra vez, caeremos sin que tengamos tiempo de soltar un gemido.

Lan sabía ver cuándo se había llegado al final.

—Transmitid las órdenes —le dijo al príncipe Kaisel—. Saldremos del paso poco a poco. Reunid al resto de las tropas en la llanura, montadas y preparadas para atacar a los Engendros de la Sombra cuando salgan del desfiladero. Una carga hará mucho más daño; no sabrán qué se les ha venido encima.

—¿Y no nos rodearán y nos rebasarán si abandonamos el paso? —pregunto Kaisel.

—Es lo mejor que podemos hacer con los recursos que tenemos.

—¿Y luego?

—Y luego acabarán abriéndose paso, fraccionarán nuestra fuerza en partes y nos superarán.

Kaisel permaneció sentado en silencio un momento y después asintió con la cabeza. De nuevo, Lan se quedó impresionado. Había dado por sentado que el muchacho había ido con él en busca de la gloria de la batalla, para luchar junto al Dai Shan y barrer a sus enemigos. Pero no. Kaisel era un fronterizo hasta la médula. No había ido en busca de la gloria. Había ido porque debía hacerlo. «Buen chico».

—Dad la orden ya. Los hombres se alegrarán de volver a montar en sus caballos.

Demasiados se habían visto obligados a luchar a pie por la falta de maniobrabilidad en los estrechos confines del desfiladero. Kaisel transmitió las órdenes, que se propagaron entre los hombres como un fuego otoñal. Lan vio a Andere montar en la silla, ayudado por Bulen.

—Andere —dijo Lan, que taloneó a *Mandarb* para ir hacia él—, no estás en condiciones de cabalgar. Ve con los heridos al campamento de retaguardia.

—¿Para quedarme tumbado y que así los trollocs puedan descuartizarme con más facilidad después de acabar con todos los demás? —Andere se inclinó hacia adelante

en la silla con un leve tambaleo, y Bulen lo miró, preocupado. Andere lo despidió con un gesto de la mano y se obligó a sentarse derecho—. Ya hemos movido la montaña, Lan. Retiremos a un lado esta pluma y acabemos de una vez.

Lan no tenía argumentos contra eso. Mandó iniciar la retirada a los hombres que estaban delante de él en el paso. Los hombres se reunieron a su alrededor y retrocedieron despacio hacia la llanura.

Los trollocs aullaron y ulularon con excitación. Sabían que, una vez que estuvieran fuera de los muros de piedra que restringían sus movimientos, ganarían la batalla con facilidad.

Lan y su reducida fuerza abandonaron los angostos confines del desfiladero, los que iban a pie corriendo hacia los caballos que tenían atados cerca de la boca del cañón.

Los trollocs —por una vez— no necesitaron que los Myrddraal los azuzaran. Las pisadas sonaron como un apagado retumbo en el suelo rocoso.

A varios centenares de yardas del desfiladero, Lan sofrenó a *Mandarb* y lo hizo dar media vuelta. Andere condujo con dificultad a su caballo al lado del de Lan y se les unieron otros jinetes que formaron largas líneas de caballería. Bulen trotó para situarse al otro lado de Lan.

La acometida de Engendros de la Sombra se acercaba a la boca del desfiladero, una fuerza de miles de trollocs que enseguida irrumpiría en terreno abierto e intentaría arrasarlos.

Las fuerzas de Lan permanecían alineadas en silencio a su alrededor. Muchos eran hombres mayores, los últimos que quedaban de su reino desaparecido. Esa fuerza que se las había arreglado para taponar la quebrada ahora parecía minúscula en medio de la inmensa llanura.

—Bulen —llamó Lan.

—¿Sí, lord Mandragoran?

—Dijiste que me habías fallado una vez, hace años.

—Sí, milord. Lo…

—Cualquier fallo por tu parte está olvidado —dijo Lan, sin desviar los ojos del frente—. Me siento orgulloso de haberte dado tu *hadori*.

Kaisel se acercó al trote y saludó a Lan con una inclinación de cabeza.

—Estamos preparados, Dai Shan.

—Es mejor así —dijo Andere, crispado el gesto y todavía con la mano apretando la herida, apenas capaz de permanecer en la silla.

—Es lo que ha de ser —dijo Lan. No era un argumento en contra. No del todo.

—No, es algo más, Lan —insistió Andere—. Malkier es como un árbol que perdió las raíces comidas por la carcoma y con las ramas marchitándose poco a poco. Prefiero arder en un suspiro.

—Yo preferiría cargar —intervino Bulen con voz firme—. Preferiría cargar ahora y que nos aplasten. Muramos en un ataque, con las espadas señalando al hogar.

Lan asintió con un cabeceo, se volvió en la silla y alzó la espada bien alta por encima de la cabeza. No pronunció discursos. Eso ya lo había hecho. Los hombres sabían lo que iba a continuación. Una carga más, cuando todavía les quedaba algo de fuerza, tendría algún significado. Unos cuantos Engendros de la Sombra más que no entrarían en tierras civilizadas. Menos trollocs que matarían a los que no podrían defenderse.

El enemigo parecía interminable. Una horda babeante, atronadora, sin línea de combate ni disciplina. La encarnación de la cólera, de la destrucción. Miles de millares. Irrumpieron por la boca del desfiladero como aguas desbordadas que han roto la represa que las contenía, como un aluvión.

La reducida tropa de humanos era una piedrecilla en el camino ante ellos.

Los hombres, alzando las espadas en silencio, hicieron un último saludo a Lan.

—¡Adelante! —gritó Lan.

«Ahora, mientras se despliegan. Causaremos más daño». Taconeó a *Mandarb* y dirigió la carga.

Andere galopaba a su lado, asido a la perilla de la silla con las dos manos. Ni siquiera intentó empuñar un arma; se habría caído del caballo si lo hubiera hecho.

Nynaeve se encontraba demasiado lejos para que Lan la percibiera a través de vínculo, pero a veces las emociones muy intensas podían hacerse notar a pesar de la distancia. Intentó proyectar seguridad en caso de que le llegara. Orgullo por sus hombres. Amor por ella. Deseó con todas sus fuerzas que fueran esas cosas las últimas que recordara de él.

«La espada será mi brazo…»

Cascos retumbando en el suelo. Los trollocs delante aullando con deleite al comprender que su presa había transformado una retirada en una carga de hombres que se lanzaban a sus garras.

«Mi pecho será el escudo…»

Lan oía una voz, la de su padre, pronunciando esas palabras. Pero eso era una estupidez, por supuesto. Él era un bebé cuando Malkier había caído.

«Que las Siete Torres defiendan…»

Nunca había visto las Siete Torres plantándole cara a la Llaga. Sólo había oído relatos.

«Y que a la oscuridad detengan…»

Los cascos de los caballos se estaban convirtiendo en un ruido atronador. Tan fuerte… Más de lo que habría creído posible. Se mantuvo erguido, con la espada enfilada hacia adelante.

«Caídos los demás, resistiré».

Los trollocs alzaron las lanzas en posición horizontal conforme la distancia entre las dos fuerzas oponentes se reducía.

«*Al Chalidholara Malkier*».

Por mi amada tierra, Malkier.

Era el juramento que prestaba un soldado malkieri en su primer destino en la frontera.

Él lo había hecho con el corazón.

—¡*Al Chalidholara Malkier*! —gritó Lan—. ¡Prestas las lanzas!

¡Luz, qué estruendo el de los cascos! ¿De verdad podían hacer tanto ruido seis mil jinetes? Volvió la cabeza para mirar a los que iban tras él.

Al menos eran diez mil los que cabalgaban en esa carga.

«¿Cómo?»

Espoleó a *Mandarb* a pesar de la sorpresa.

—¡Adelante la Grulla Dorada!

Voces, gritos, exclamaciones de energía y gozo.

El aire, delante y a la izquierda, se abrió con un súbito tajo vertical. Un acceso con una anchura de tres docenas de pasos —el más grande que Lan había visto nunca — se abrió como si lo hiciera en el mismísimo sol. Al otro lado, una cegadora brillantez se derramó hacia afuera, explotó hacia afuera. Jinetes a la carga, con armadura completa, irrumpieron por el acceso y se situaron a los flancos de Lan. Sobre ellos ondeaba la bandera de Arafel.

Más accesos. Tres. Cuatro. Una docena. Cada uno surgió en el campo de forma coordinada, lanzando jinetes a la carga, con las lanzas en ristre y las banderas de Saldaea, Shienar y Kandor flameando. En cuestión de segundos, la carga de Lan con seis mil se había convertido en otra de cien mil.

Los trollocs de las primeras líneas gritaron y algunos dejaron de correr. Otros se mantuvieron parados en el sitio, con las lanzas inclinadas para empalar a los caballos que se aproximaban. Amontonándose detrás de ellos —sin poder ver con claridad lo que ocurría al frente— otras bestias enfurecidas empujaban con afán hacia adelante mientras blandían enormes espadas de hojas semejantes a guadañas y hachas de guerra de doble filo.

Los trollocs situados en primera línea, con las picas inclinadas, explotaron.

En alguna parte, detrás de Lan, los Asha'man empezaron a lanzar tejidos que desgarraron la tierra y destruyeron por completo las primeras líneas de trollocs. Cuando los cadáveres se desplomaron en el suelo, las líneas medias se encontraron expuestas, afrontando un vendaval de cascos, espadas y lanzas.

Lan se lanzó blandiendo la espada a diestro y siniestro, mientras *Mandarb* chocaba con los rugientes trollocs y se abría paso entre ellos. Andere se echó a reír.

—¡Atrás, necio! —le gritó Lan al tiempo que descargaba tajos con la espada a los

trollocs cercanos—. Dirige a los Asha'man hacia nuestros heridos. ¡Que protejan el campamento!

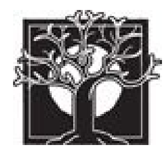
—¡Quiero veros sonreír, Lan! —gritó Andere, aferrado a la silla del caballo—. ¡Dadle más emoción a esa cara pétrea por una vez en vuestra vida! ¡Seguro que esto lo merece!

Lan observó la batalla que jamás pensó que ganaría, vio una lucha prometedora en lugar de una posición donde plantar cara por última vez, y no pudo contenerse. No sólo sonrió. Prorrumpió en carcajadas.

Andere obedeció su orden y cabalgó para buscar Curación y organizar las líneas de retaguardia.

—Jophil —llamó Lan—, ¡alza bien alto mi estandarte! ¡Malkier sigue vivo hoy!

7



Planes de batalla

Elayne salió del pabellón una vez acabada la reunión y se encontró en medio de una docena de árboles, más o menos. No eran simples árboles: eran altísimos, saludables, de enorme ramaje. Unos árboles bellísimos de centenares de pies de alto, con troncos imponentes. Se quedó paralizada y boquiabierta, y la situación habría resultado embarazosa de no ser porque todos los demás estaban haciendo lo mismo. Miró a un lado, donde Egwene se había quedado parada y con la boca abierta de par en par mirando los gigantescos árboles. El sol aún brillaba en el cielo, pero la sombra proyectada sobre la zona por las verdes hojas explicaba la razón de que la luz hubiera menguado dentro del pabellón.

—Estos árboles… —empezó Perrin mientras avanzaba un paso y apoyaba la mano en la gruesa corteza estriada—. He visto antes Grandes Árboles como éstos. Dentro de un *stedding*.

Elayne abrazó la Fuente. El brillo del *Saidar* estaba allí, otra fuente cálida junto con la del sol. Absorbió el Poder y le hizo gracia constatar que la mayoría de las mujeres que encauzaban habían hecho lo mismo que ella en el momento en que se mencionó la palabra *stedding*.

—Bien, pues dondequiera que Rand se encuentre ahora —dijo Egwene, cruzada de brazos—, no puede hacer aparecer un *stedding* así como así. —Por lo visto la idea le resultaba confortante.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Elayne.

—Se dirigió hacia allí —dijo Perrin, que movió la mano hacia los árboles—. Y desapareció.

La gente caminaba entre los enormes troncos; soldados de varios campamentos doblaban el cuello hacia atrás para contemplarlos. Elayne oyó a un shienariano hablar con lord Agelmar a poca distancia:

—Los vimos crecer, milord. Brotaron del suelo; tardaron menos de cinco minutos en hacerse así de grandes. Lo juro, milord. Que jamás vuelva a empuñar la espada si lo que digo no es cierto.

—Muy bien —dijo Elayne, que soltó la Fuente—. Pongámonos a ello. Hay naciones en llamas. ¡Mapas! ¡Necesitamos mapas!

Los otros gobernantes se volvieron hacia ella. En la reunión, estando Rand allí, pocos habían hecho objeciones a su elección para que los dirigiera Elayne. Así era

como ocurrían las cosas estando él cerca; una persona se veía arrastrada en la corriente de la voluntad de Rand.

Ahora muchos parecían disgustados de que estuviera por encima de ellos. Lo mejor sería no dejar que empezaran a darle vueltas al tema.

—¿Dónde está maese Norry? —preguntó a Dyelin—. ¿Podríamos…?

—Yo tengo mapas, majestad. —Gareth Bryne salió del pabellón con Siuan a su lado.

Parecía estar más canoso de lo que ella recordaba; vestía uniforme blanco de corte severo, con el símbolo de la Llama de Tar Valon en el pecho. Le dedicó una respetuosa reverencia, pero no se acercó demasiado a ella. Ese uniforme dejaba claro a quién debía lealtad; lo mismo que ocurría con la mano protectora de Siuan, posada en el brazo del hombre.

Elayne lo recordaba de pie, con la misma expresión tranquila, detrás de su madre. Sin ir nunca más allá de sus competencias, siempre protegiendo a la reina. La misma reina que lo había excluido. Aquello no había sido culpa de Elayne, pero en el rostro de Bryne captaba la brecha abierta en la confianza del hombre.

Lo pasado, pasado estaba, y ella no podía remediar lo ocurrido. Mirar al futuro era lo que tenía a su alcance.

—Si disponéis de mapas de esta zona y de los campos de batalla potenciales y nos los podéis entregar, lord Bryne, nos encantaría verlos. Me interesan mapas del área entre esta posición y Caemlyn, un mapa detallado de Kandor y vuestros mejores mapas de las otras naciones de las Tierras Fronterizas. —Dirigido a los gobernantes, añadió—: ¡Llamad a vuestros comandantes y consejeros! Hemos de reunirnos de inmediato con los otros grandes capitanes para hablar de las actuaciones que hemos de emprender a continuación.

No tardaron mucho, aunque la confusión era generalizada cuando dos docenas de facciones diferentes se ponían a trabajar. Los criados abrieron los laterales del pabellón y Elayne ordenó a Sumeko que reuniera a las Allegadas y a los guardias para recoger mesas y algunas sillas de su campamento a través de un acceso. También ordenó que les llevaran informes específicos de lo que estaba ocurriendo en el desfiladero de Tarwin, lugar al que Rand había pedido que acudiera el grueso de los ejércitos fronterizos para rescatar a Lan. Los dirigentes y los grandes capitanes se habían quedado atrás para encargarse de la planificación.

Poco después, Elayne y Egwene estaban examinando los detallados mapas de Bryne, que tenían extendidos encima de cuatro mesas. Los dirigentes se quedaron detrás para que las cabecillas deliberaran.

—Es un gran trabajo esto, Bryne —dijo lord Agelmar.

El shienariano era uno de los cuatro grandes capitanes que quedaban. Bryne era otro de ellos. Los dos restantes —Davram Bashere y Rodel Ituralde— se encontraban

al final de otra mesa a fin de hacer correcciones en un mapa de la parte occidental de las Tierras Fronterizas. Ituralde tenía bolsas en los ojos, y las manos le temblaban a veces. Por lo que Elayne había oído, Ituralde había pasado por una experiencia terrible en Maradon de la que había sido rescatado hacía muy poco tiempo. De hecho, a Elayne le sorprendía que estuviera allí.

—Muy bien —se dirigió a la asamblea—. Hemos de luchar. Pero ¿cómo? ¿Dónde?

—Tres grandes fuerzas de Engendros de la Sombra han invadido tres lugares: Caemlyn, Kandor y el desfiladero de Tarwin —dijo Bryne—. El desfiladero no debería quedar desprotegido, dando por hecho que nuestros ejércitos sean suficientes para ayudar a lord Mandragoran a estabilizar la zona. La consecuencia más probable de nuestro ataque de hoy allí será que los Engendros de la Sombra se retiren al otro lado del paso. Mantener al enemigo inmovilizado allí es una tarea poco idónea para encomendárselo sólo a la caballería pesada malkieri. Quizá sería conveniente enviarle algunas compañías de piqueros. Si sigue manteniendo cerrada esa brecha, podemos dedicar la mayoría de nuestras fuerzas a combatir en Andor y Kandor.

—Sí —asintió Agelmar—. Sería viable si le diéramos al Dai Shan el apoyo adecuado. Pero no podemos correr el riesgo de dejar que Shienar acabe invadido como ha ocurrido con Kandor. Si lanzan una ofensiva a través de la Llaga…

—Estamos preparados para una batalla prolongada —intervino el rey Easar—. La resistencia de Kandor y la oposición de Lan en el desfiladero nos han dado el tiempo que necesitábamos. Los nuestros se están retirando a las fortalezas. Podemos aguantar, incluso si perdemos el desfiladero.

—Palabras valerosas, majestad —dijo Bryne—. Pero sería mejor si no tuviéramos que poner a prueba a los shienarianos con eso. Planeemos mantener el desfiladero con las fuerzas que hagan falta.

—¿Y Caemlyn? —preguntó Elayne.

Ituralde asintió con la cabeza.

—Una fuerza enemiga tan adentrada tras nuestras líneas, con una puerta de los Atajos como vía para recibir refuerzos… —dijo—. Eso es un problema.

—Los informes de esta mañana temprano indican que, de momento, no se han movido —les comunicó Elayne— Han incendiado extensas zonas de la ciudad, pero otras ni siquiera las han tocado. Y, ahora que han tomado la ciudad, han puesto a los trollocs a apagar los incendios.

—Al final tendrán que marcharse —opinó Bryne—. Pero sería aconsejable que los desalojáramos, mejor antes que después.

—¿Y por qué no plantearnos un asedio? —sugirió Agelmar—. Creo que el grueso de nuestros ejércitos debería ir a Kandor. No permitiré que el Trono de las Nubes y las Tres Cámaras de Comercio caigan como ocurrió con las Siete Torres.

—Kandor ha caído ya —dijo con suavidad el príncipe Antol.

Los grandes capitanes miraron al primogénito de la reina kandoresa. Era un hombre alto que solía guardar silencio, pero ahora habló con audacia.

—Mi madre combate por nuestro país —prosiguió—, pero es una lucha de represalia y vindicación. Kandor arde, y me parte el corazón saberlo, pero eso no podemos evitarlo. Prestad a Andor la máxima atención; es demasiado importante tácticamente para pasarlo por alto, y no querría ver caer otra nación como ha ocurrido con la mía.

Los demás asintieron con la cabeza.

—Sabio consejo, alteza —alabó Bashere—. Gracias.

—Y tampoco olvidéis Shayol Ghul —apuntó Rhuarc desde el perímetro, donde se había quedado junto a Perrin, algunas Aes Sedai y otros cuantos jefes Aiel.

Los grandes capitanes se volvieron hacia Rhuarc, como si se hubieran olvidado de que estaba allí.

—El *Car'a'carn* atacará pronto Shayol Ghul —continuó Rhuarc—. Necesitará lanzas a su espalda cuando lo haga.

—Las tendrá —afirmó Elayne—. Aunque eso significa tener cuatro frentes de batalla. Shayol Ghul, el desfiladero de Tarwin, Kandor y Caemlyn.

—Centrémonos primero en Caemlyn —opinó Ituralde—. No me gusta la idea de poner cerco allí. Hemos de expulsar a los trollocs. Si nos limitamos a sitiarlos, les proporcionará más tiempo para reforzar sus efectivos a través de la puerta de los Atajos. Tenemos que sacarlos ya, pero como más nos convenga a nosotros.

Agelmar asintió con un gruñido, sin apartar la vista del mapa de Caemlyn que un ayudante había puesto en la mesa.

—¿Podemos cortar esa entrada? —preguntó luego—. ¿Reconquistar la puerta de los Atajos?

—Lo he intentado —contestó Elayne—. Esta mañana enviamos tres fuerzas por separado a través de un acceso hasta el sótano donde está la puerta, pero la Sombra está alerta y atrincherada. Ninguna de las fuerzas ha regresado. No sé si podemos volver a tomar esa puerta de los Atajos, o siquiera destruirla.

—¿Y si lo intentamos desde el otro lado? —sugirió Agelmar.

—¿El otro lado? ¿Os referís desde dentro de los Atajos? —preguntó Elayne.

Agelmar asintió con la cabeza.

—Nadie viaja por los Atajos —comentó Ituralde, horrorizado.

—Los trollocs lo hacen —argumentó Agelmar.

—Yo he estado dentro —intervino Perrin, que se acercó a la mesa—. Y lo siento, milores, pero no creo que tomar la puerta de los Atajos desde el otro lado pueda hacerse. Por lo que he entendido, no podemos destruirla, ni siquiera con el Poder Único. Ni podríamos protegerla desde dentro, con el Viento Negro allí. Nuestra mejor

opción es hacer, de algún modo, que esos trollocs salgan de Caemlyn y después defender este lado de la puerta. Si está debidamente protegida, la Sombra nunca podrá utilizarla contra nosotros.

—Muy bien. Se considerarán otras opciones —dijo Elayne—. Sin embargo, se me ocurre que podríamos mandar aviso a la Torre Negra para que vengan sus Asha'man. ¿Cuántos hay?

Perrin se aclaró la garganta antes de hablar:

—Creo que sería aconsejable que tuvieseis cuidado con ese lugar, majestad. Algo raro pasa allí.

—¿Qué «algo»? —preguntó Elayne, fruncido el entrecejo.

—Lo ignoro —contestó Perrin—. Hablé con Rand de ello, y estaba preocupado. Me dijo que iba a investigar. Sea como sea… tened cuidado.

—Siempre lo tengo —repuso Elayne, absorta—. Bien, pues, ¿cómo podemos hacer salir a esos trollocs de Caemlyn?

—A lo mejor podemos ocultar una numerosa fuerza de asalto en Bosque de Braem; está aquí, a unas cincuenta leguas al norte de Caemlyn. —Bryne lo señaló en el mapa—. Si una pequeña compañía de soldados llegara a las puertas de la ciudad y lograra que los trollocs salieran en su persecución de vuelta al bosque, como carnada en la trampa… Siempre me preocupó que un ejército invasor utilizara Bosque de Braem como cobertura de una base para atacar la ciudad. Jamás imaginé que consideraría la idea desde el otro lado.

—Interesante. —Agelmar examinó el mapa del terreno que rodeaba— Caemlyn. —Parece un plan muy prometedor.

—¿Y qué pasa con Kandor? —preguntó Bashere—. El príncipe tiene razón en cuanto a que el país está perdido, pero no podemos dejar, sin más, que los trollocs penetren en otras tierras.

—Todo este asunto va a ser difícil —abundó Ituralde al tiempo que se rascaba la mejilla—. Tres ejércitos trollocs que dividen nuestra atención entre ellos. Sí, cada vez veo más claro que el movimiento correcto es centrarse en uno de ellos y mandar fuerzas con tácticas dilatorias contra los otros dos.

—El ejército de la Sombra en Caemlyn es, casi con toda probabilidad, el más pequeño, ya que el tamaño de la puerta de los Atajos ha restringido su entrada en la ciudad.

—Cierto —convino Bashere—. La oportunidad de obtener una victoria rápida en uno de los frentes de batalla es mayor en Caemlyn. Deberíamos atacar duramente, con la fuerza de asalto más numerosa que tengamos. Si conseguimos vencer en Andor, se reducirá el número de frentes en los que habremos de combatir, y eso sería muy ventajoso.

—Sí —convino Elayne—. Reforzaremos las tropas de Lan, pero decidle que su

misión será mantener esa posición todo el tiempo que sea posible. Situaremos una segunda fuerza en la frontera de Kandor con el propósito de retrasar también los avances allí, y quizá que se haga una retirada paulatina, según requieran las circunstancias. Mientras se mantienen esos dos frentes, podemos centrar toda la atención y nuestro ejército más numeroso en vencer a los trollocs en Caemlyn.

—Bien, me gusta —dijo Agelmar—. Pero ¿qué fuerza situamos en Kandor? ¿Qué ejército puede frenar a los trollocs sin que requiera una gran participación de tropas?

—¿La Torre Blanca? —preguntó Elayne—. Si enviamos a las Aes Sedai a Kandor, pueden frenar el avance trolloc a través de la frontera. Eso nos dejará al resto de nosotros para concentrarnos en Caemlyn.

—Sí, me gusta —dijo Bryne.

—¿Y qué pasa con el cuarto frente de batalla? —inquirió Ituralde—. Con Shayol Ghul. ¿Sabe alguien lo que el lord Dragón planea allí?

Nadie respondió.

—Los Aiel se ocuparán de sus necesidades —intervino Amys desde detrás de los jefes de clan—. No tenéis que preocuparos por nosotros. Haced vuestros planes de guerra y nosotros haremos los nuestros.

—No —dijo Elayne.

—Elayne, nosotros… —empezó Aviendha.

—Esto es precisamente lo que Rand quería evitar que ocurriera —la interrumpió con firmeza—. Los Aiel colaborarán con el resto de la coalición. La batalla de Shayol Ghul podría ser la más importante de todas. No permitiré que haya un grupo que se permita el lujo de mantenerse aislado de los demás y combatir solo. Aceptaréis nuestra ayuda.

«Y nuestra dirección», añadió para sus adentros Elayne. Los Aiel eran excelente guerreros, pero había ciertas cosas que no querrían admitir. Como la utilidad de la caballería, por ejemplo.

Era obvio que a los Aiel no les gustaba la perspectiva de tener un comandante de las tierras húmedas. Estaban encrespados, con los ojos entrecerrados.

—Los Aiel son excelentes tropas irregulares —intervino Bryne, mirándolos—. Luché contra vosotros en la Nieve Sangrienta, y sé lo mortíferos que podéis ser. Sin embargo, si el lord Dragón ataca Shayol Ghul, es muy probable que necesitemos tomar el valle y después conservarlo durante el tiempo que le lleve a él luchar contra el Oscuro. No sé cuánto tardará, pero podría durar horas. Días. Decidme, ¿alguna vez habéis consolidado y combatido en una prolongada guerra defensiva?

—Haremos lo que sea preciso hacer —contestó Rhuarc.

—Rhuarc, vosotros mismos insististeis en firmar la Paz del Dragón —le recordó Elayne—. Insististeis en formar parte de la coalición. Espero que estéis a la altura y cumpláis la palabra dada. Haréis lo que se os ordene.

Las preguntas de Bryne y de Ituralde los habían enfurecido, pero que se les dijera de forma directa lo que tenían que hacer no les dejó otra que dar marcha atrás. Rhuarc asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo el jefe Aiel—. Tengo *toh*.

—Cúmplelo prestando atención y ofreciendo tu opinión —contestó Elayne—. Si vamos a luchar en cuatro frentes distintos a la vez, va a hacer falta mucha coordinación. —Miró a los generales reunidos—. Se me ocurre algo. Tenemos cuatro frentes de batalla y cuatro grandes capitanes.

—Lo que no es por casualidad —asintió Bashere.

—Bueno, podría serlo.

—No existen las casualidades, alteza —argumentó Bashere—. Si he aprendido algo viajando con el lord Dragón, ha sido eso. Nosotros somos cuatro, y cuatro los frentes de batalla. Cada uno de nosotros se encargará de un frente, con la reina Elayne coordinándonos y supervisando la marcha de la guerra en su conjunto.

—Yo iré a Malkier —decidió Agelmar—. Casi todos los fronterizos luchan allí ahora.

—¿Y Kandor? —preguntó Elayne.

—Si las Aes Sedai van a combatir allí, también lo haré yo —anunció Bryne—. Mi deber es para con la Torre Blanca.

«No quiere combatir en Andor —pensó Elayne—. No quiere luchar a mi lado. Quiere dejar clara la ruptura».

—Entonces, ¿quién viene a Andor conmigo? —preguntó.

—Iré yo —se ofreció Bashere.

—Así pues, yo iré a Shayol Ghul —dijo Ituralde a la par que asentía con la cabeza—. Luchar junto a los Aiel. Algo que, a decir verdad, jamás imaginé que llegaría a ver.

—Bien. —Elayne acercó una silla—. Metámonos a fondo con ello y pongámonos con los detalles. Necesitamos un centro estratégico donde yo pueda trabajar, y Caemlyn está perdida. De momento, utilizaré Merrilor. Es un lugar céntrico y hay espacio de sobra para mover tropas y suministros por todo el campo. Perrin, ¿crees que podrías ocuparte de la logística de este campamento? ¿Establecer una zona de Viaje y organizar a los encauzadores para que ayuden con las comunicaciones y operaciones de suministro?

Perrin asintió con la cabeza.

—Los demás —continuó Elayne— pongámonos a dividir detalladamente las fuerzas y a desarrollar los planes. Hemos de discurrir un planteamiento sólido para sacar a esos trollocs de Caemlyn a fin de combatirlos en terreno abierto.

Horas más tarde, Elayne salió del pabellón; en la mente le daban vueltas detalles

de tácticas, necesidades de suministro y emplazamientos de tropas. Cuando parpadeaba, todavía veía mentalmente mapas cubiertos con las apretadas acotaciones de Gareth Bryne.

Los otros asistentes a la reunión empezaron a alejarse hacia sus respectivos campamentos a fin de poner en marcha los planes de batalla. El cielo había ido oscureciéndose, y hubo que encender faroles alrededor del pabellón. Elayne recordaba de forma vaga que les habían llevado comida y también cena durante la reunión. No había comido nada, ¿verdad? Había muchas cosas que hacer, simplemente.

Saludó con un gesto de la cabeza a los dirigentes que pasaron a su lado diciéndole adiós. La mayoría de los planes preliminares se habían desarrollado. Al día siguiente, Elayne conduciría a sus tropas a Andor y empezaría la primera etapa del contraataque contra la Sombra.

El suelo era suave y mullido por la espesa y verde hierba. La influencia de Rand permanecía allí a pesar de que él se hubiera marchado. Mientras Elayne examinaba aquellos imponentes árboles, Gareth Bryne salió del pabellón y se detuvo a su lado.

Ella se volvió, sorprendida de que el hombre no se hubiera marchado ya. Los únicos que quedaban eran los criados y la guardia de Elayne.

—Lord Bryne…

—Sólo quería deciros que me siento orgulloso —manifestó él en voz baja—. Lo habéis hecho bien ahí dentro.

—Casi no he tenido nada que agregar.

—Habéis agregado liderazgo. No sois un general, Elayne, y nadie espera que lo seáis. Pero cuando Tenobia ha protestado sobre dejar expuesta Saldaea, vos habéis desviado su atención de vuelta a lo que era importante. Había mucha tensión, pero nos habéis mantenido unidos, suavizando resentimientos, evitando que nos enzarzáramos unos con otros. Buen trabajo, majestad. Muy buen trabajo.

Ella sonrió. Luz, era muy difícil no esbozar una sonrisa radiante con esas palabras. No era su padre, pero, en muchos sentidos, era lo más parecido a uno que había tenido.

—Gracias. Y, Bryne, la corona se disculpa por…

—Ni una palabra de eso —la interrumpió él—. La Rueda gira según sus designios. No culparé a Andor por lo que me ocurrió. —Hubo una ligera vacilación —. Pero voy a quedarme con la Torre Blanca, Elayne.

—Lo comprendo.

Bryne le hizo una reverencia y se encaminó al sector del campamento de Egwene. Birgitte se acercó por detrás de Elayne.

—¿Volvemos a nuestro campamento, pues? —preguntó la mujer.

—Yo…

Elayne se calló al oír algo. Era un sonido débil, aunque de algún modo resultaba profundo y poderoso. Frunció el entrecejo y caminó hacia él, con la mano levantada para que Birgitte se callara cuando empezó a preguntarle qué ocurría.

Cruzando por hierba verde y campanillas florecidas, las dos dieron la vuelta al pabellón siguiendo el sonido, que se hacía más y más fuerte. Una canción. Una bellísima canción, distinta de cuantas Elayne había oído y que la hizo temblar con su impresionante sonoridad.

La bañaba, la envolvía, vibraba a través de ella. Un canto gozoso, un canto de temor reverencial y asombro, aunque no entendía las palabras. Se acercó a un grupo de seres altísimos —a semejanza de los propios árboles— que estaban de pie, con los ojos cerrados y las manos en los troncos nudosos de los árboles que Rand había hecho crecer.

Había tres docenas de Ogier de diversas edades, desde aquellos con cejas tan blancas como nieve recién caída, hasta otros tan jóvenes como Loial. Él se encontraba entre los demás, con una sonrisa curvándole los labios mientras cantaba.

Perrin, cruzado de brazos, estaba cerca con su esposa.

—Lo que habéis dicho de ir a buscar a los Asha'man me ha dado que pensar… Si necesitamos aliados, ¿qué tal los Ogier? Iba a ver si conseguía dar con Loial; pero, antes de que tuviera tiempo de ponerme en marcha, los encontré entre estos árboles.

Elayne asintió con la cabeza. El canto de los Ogier alcanzó el *crescendo* final y después se apagó; los Ogier inclinaron la cabeza. Durante unos instantes, todo fue paz.

Por fin, un anciano Ogier abrió los ojos y se volvió hacia Elayne. La barba blanca, que colgaba hasta muy abajo del pecho, nacía debajo del albo bigote caído a ambos lados de la boca. Se adelantó, seguido por otros ancianos de ambos sexos. Loial iba entre ellos.

—Sois la reina —dijo el anciano Ogier, que le hizo una reverencia—. La que dirige esta andadura. Yo soy Haman, hijo de Dal, nieto de Morel. Hemos venido para que nuestras hachas colaboren en vuestra lucha.

—Me alegra esa noticia —contestó Elayne, que respondió al saludo haciendo una ligera inclinación de cabeza—. Tres docenas de Ogier agregarán fortaleza a nuestras tropas.

—¿Tres docenas, joven? —Haman soltó una risa retumbante—. El Gran Tocón no se ha reunido ni ha estado debatiendo durante tanto tiempo para mandaros tres docenas de los nuestros. Los Ogier combatirán junto a los humanos. Todos nosotros. Hasta el último que está capacitado para sostener un hacha o un cuchillo largo.

—¡Maravilloso! —exclamó Elayne—. Sacaré un gran partido de vosotros.

Una Ogier de avanzada edad sacudió la cabeza antes de comentar:

—Cuánta precipitación. Cuánta prisa. Sabed esto, joven: había algunos que os

habrían dejado, a vosotros y al mundo, solos ante la Sombra.

—¿De verdad lo habríais hecho? —Elayne parpadeó, conmocionada—. ¿Dejarnos… solos? ¿Para combatir?

—Algunos abogaron por tomar esa decisión —confirmó Haman.

—Yo misma adopté esa postura —aclaró la mujer—. Planteé el argumento en contra, aunque en realidad no creía que fuera acertado.

—¿Qué? —exclamó Loial, que se adelantó dando trompicones. Aquello parecía nuevo para él—. ¿De verdad no lo creías?

—Los árboles no crecerán si el Oscuro se apodera de este mundo —le respondió la mujer mientras se volvía a mirarlo.

—Pero ¿por qué lo…? —empezó a preguntar Loial, perplejo.

—Una argumentación ha de tener oposición para demostrar su validez, hijo mío —explicó ella—. Quien debate de verdad, aprende la profundidad de su compromiso merced al antagonismo. ¿Acaso no aprendiste que los árboles desarrollan raíces más fuertes cuando los vientos soplan entre sus ramas? —La Ogier meneó la cabeza, aunque parecía cariñosa—. Lo cual no significa que tuvieras que abandonar el *stedding* cuando lo hiciste. Solo, no. Por fortuna, eso ya se ha arreglado.

—¿Arreglado? —preguntó Perrin.

—Bueno, verás, Perrin —empezó Loial, que se había puesto colorado—. Ahora estoy casado.

—¡Pero si nunca hablaste de ello!

—Todo ha ocurrido muy deprisa. Pero me he casado con Erith, ¿sabes? Está allí. ¿Has oído cómo canta? ¿No es preciosa su canción? Estar casado no es tan malo, Perrin. ¿Por qué no me lo dijiste? Creo que estoy encantado con ello.

—Me alegro por ti, Loial —los interrumpió Elayne. Los Ogier eran capaces de hablar largo y tendido andándose por las ramas si uno no tenía cuidado—. Y gracias, a todos vosotros, por uniros a nosotros.

—Quizás haya valido la pena sólo por estos árboles —comentó Haman—. A lo largo de toda mi vida, los hombres únicamente han cortado Grandes Árboles. Ver en cambio que alguien los hace crecer… Tomamos la decisión correcta. Sí, sí, lo hicimos. Los otros tendrán que ver esto…

Loial le hizo una señal a Perrin con la mano, al parecer con intención de ponerse al día.

—Permíteme que hable con él un momento, Loial —dijo Elayne mientras conducía a Perrin hacia el centro del bosquecillo.

Faile y Birgitte se unieron a ellos y Loial esperó donde estaba; parecía distraído con los imponentes árboles.

—Tengo una tarea que quiero asignarte —dijo en voz baja Elayne—. La pérdida de Caemlyn amenaza con poner a nuestros ejércitos en una crisis de abastecimiento.

A pesar de las protestas por el precio de los víveres, hemos estado alimentando a todo el mundo, al igual que hemos ido estableciendo almacenes para la batalla inminente. Esos almacenes ya no existen.

—¿Y qué hay de Cairhien? —preguntó Perrin.

—Todavía tiene algo de comida. Igual que la Torre Blanca y Tear. Baerlon está bien aprovisionado de metales y pólvora. Tengo que saber qué podemos obtener de las otras naciones y descubrir cuál es su situación en cuanto a víveres. Será una tarea enorme coordinar almacenes y raciones para todos los ejércitos. Me gustaría que hubiera una persona encargada de la totalidad.

—¿Y habéis pensado en mí? —dijo Perrin.

—Sí.

—Lo siento, Elayne, pero Rand me necesita.

—Rand nos necesita a todos.

—A mí más —insistió Perrin—. Él me dijo que Min lo había visto. Sin mí en la Última Batalla, morirá. Además, tengo pendientes algunas luchas que debo acabar.

—Me ocuparé yo —se ofreció Faile.

Elayne se volvió hacia ella, fruncido el entrecejo.

—Mi deber es encargarme de los asuntos del ejército de mi esposo —explicó Faile—. Sois su señora, majestad, de modo que vuestras necesidades son las suyas. Facilitadme accesos lo bastante grandes para que pasen carretas, dadme tropas que protejan mis movimientos, y proporcionadme acceso a los registros del intendente general que yo os pida de cualquiera de los grupos de la coalición. Me ocuparé de llevar a cabo la tarea.

Era lógico y racional, pero no era lo que Elayne necesitaba. ¿Hasta dónde podía confiar en esa mujer? Faile había demostrado lo hábil que era en cuestiones políticas. Eso era my útil, pero ¿se consideraba realmente parte de Andor? Elayne la miró con intensidad.

—No hay nadie mejor a quien podáis confiar esta tarea, Elayne —dijo Perrin—. Faile se encargará de que se lleve a cabo.

—Perrin, en esto hay implicado un tema distinto —argumentó Elayne—. ¿Podemos hablar en privado un momento?

—Se lo contaré a ella en cuanto hayamos acabado, majestad —adelantó Perrin—. Yo no le oculto nada a mi esposa.

Faile sonrió.

Elayne los miró a los dos y luego soltó un quedo suspiro.

—Egwene acudió a mí durante los preparativos para la contienda. Hay cierto… objeto importante para la Última Batalla que es necesario llevar a su destino.

—El Cuerno de Valere —adivinó Perrin—. Aún lo tenéis, espero.

—Sí, en efecto. Oculto en la Torre. Lo sacamos de la bóveda de seguridad justo a

tiempo. Anoche, alguien forzó la entrada de esa bóveda. Sólo lo sé porque colocamos algunas salvaguardias. La Sombra sabe que tenemos el Cuerno, Perrin, y los esbirros del Oscuro lo buscan. No pueden utilizarlo; está vinculado a Mat hasta que él muera. Pero, si los seguidores consiguen apoderarse de él, el Oscuro podrá impedir que Mat lo use. O, lo que es peor, hacer que lo maten y entonces podrían tocarlo ellos.

—Lo que queréis es encubrir su traslado valiéndoos de los envíos de suministros a fin de ocultar adónde lo mandáis.

—Preferiríamos entregárselo a Mat de inmediato —dijo Elayne—. Pero a veces Mat puede ser… difícil. Albergaba la esperanza de que estuviera aquí, en la reunión.

—Está en Ebou Dar —informó Perrin—. Haciendo algo relacionado con los seanchan.

—¿Te lo dijo él? —inquirió Elayne.

—No exactamente. —Perrin parecía sentirse incómodo—. Nosotros tenemos… cierta clase de conexión. A veces veo dónde se encuentra y lo que está haciendo.

—Ese hombre no está nunca donde se lo necesita —rezongó Elayne.

—Y, sin embargo, siempre acaba llegando a dondequiera que haga falta —comentó Perrin.

—Los seanchan son el enemigo —dijo Elayne—. Mat no parece entender eso, a juzgar por lo que ha hecho. Luz, espero que ese hombre no se busque problemas…

—Haré una cosa —propuso Faile—. Me haré cargo del Cuerno de Valere. Me ocuparé de que le llegue a Mat, descuidad.

—No es mi intención ofenderos a ninguno de los dos —dijo Elayne—, pero no acabo de decidirme a confiarle esto a alguien a quien no conozco bien. Es por lo que acudí a ti, Perrin.

—Pues va a ser un problema, Elayne. Si realmente están vigilantes para dar con el Cuerno, lo que esperarán es que Egwene y tú se lo entreguéis a alguien a quien conocéis bien. Elegid a Faile. No existe ninguna persona en el mundo en quien confíe más, pero no sospecharán de ella puesto que no tiene una relación directa con la Torre Blanca.

Elayne asintió lentamente con la cabeza.

—De acuerdo —dijo luego—. Os avisaré del modo en que se enviará. De momento, empezad con los envíos de suministros para establecer precedente. Hay demasiada gente que sabe lo del Cuerno. Después de que os lo entreguemos, haremos seis envíos sospechosos desde la Torre Blanca y sembraremos los rumores oportunos. Esperaremos que la Sombra dé por hecho que el Cuerno va en uno de esos envíos. Quiero que esté donde nadie lo espere, al menos hasta que podamos ponerlo en manos de Matrim.

—Cuatro frentes de batalla, lord Mandragoran —repitió Bulen—. Eso es lo que

dicen los mensajeros: Caemlyn, Shayol Ghul, Kandor y aquí. Quieren que se intente frenar a los trollocs aquí y en Kandor mientras tratan de derrotar primero a los que están en Andor.

Lan respondió con un gruñido mientras conducía a *Mandarb* alrededor de un apestoso cúmulo de trollocs muertos. Los cadáveres hacían las veces de parapetos ahora que sus cinco Asha'man los habían amontonado como oscuras y sangrientas lomas delante de la Llaga, donde se agrupaban los Engendros de la Sombra.

La peste era horrible, por supuesto. Muchos de los guardias junto a los que pasaba en sus rondas habían echado ramitos de matas aromáticas en las hogueras para soportar el hedor.

El crepúsculo se avecinaba llevando consigo las horas más peligrosas de la jornada. Por suerte, las nubes negras que cubrían el cielo hacían tan oscuras las noches que los trollocs tenían problemas para ver algo. Sin embargo, un momento favorable para ellos era el anochecer, esas horas en las que la visibilidad para los humanos era deficiente, pero no ocurría lo mismo con la de los Engendros de la Sombra.

La enérgica arremetida fronteriza había empujado a los trollocs de vuelta a la boca del desfiladero. Lan recibía refuerzos de manera continua con piqueros y otras ayudas de tropas de a pie para mantener la posición. En conjunto, las perspectivas ahora eran mucho mejores que el día anterior.

Aunque aún eran sombrías, no obstante. Si lo que Bulen había dicho era cierto, su ejército estaría estacionado allí como una fuerza dilatoria. Lo cual significaba menos tropas para él de las que le habría gustado tener. Aun así, comprendía las tácticas adoptadas.

Lan pasó a la zona donde los lanceros shienarianos cuidaban de sus caballos. Una figura apareció entre ellos y se acercó hacia Lan a caballo. El rey Easar era un hombre de complexión compacta, con un mechón de cabello blanco atado en la coronilla; acababa de llegar de Campo de Merrilor tras un largo día de desarrollar planes de batalla. Lan inició una reverencia a caballo, pero se detuvo cuando el rey Easar se la hizo a él.

—Majestad… —dijo Lan, extrañado.

—Agelmar ha traído sus planes para este frente de batalla, Dai Shan —explicó Easar, que se puso al trote a su lado—. Le gustaría repasarlos con nosotros. Es importante que estéis aquí; combatiremos bajo la bandera de Malkier. Todos hemos estado de acuerdo en hacerlo así.

—¿Y Tenobia? —preguntó Lan, genuinamente sorprendido.

—En su caso, hizo falta un poco de estímulo. Se amoldó a nuestra opinión. También me han avisado que la reina Ethenielle dejará Kandor y vendrá aquí. Las Tierras Fronterizas luchan juntas en esta batalla, y lo hacemos con vos al frente.

Siguieron cabalgando bajo la luz menguante; hilera tras hilera de lanceros saludaban a Easar. Los shienarianos eran la mejor caballería pesada del mundo, y habían luchado —y muerto— sobre esas rocas incontables veces en defensa de las tierras exuberantes del sur.

—Iré —accedió Lan—. El peso de lo que me habéis confiado iguala al de tres montañas.

—Lo sé —contesto Easar—. Pero os seguiremos, Dai San. Hasta que el cielo se desgarre en pedazos, hasta que las rocas se escindan bajo los pies, y hasta que la propia Rueda deje de girar. O, así lo quiera la Luz, hasta que a la última espada le sea concedida la paz.

—¿Y qué pasa con Kandor? Si la reina viene aquí, ¿quién dirigirá esa batalla?

—La Torre Blanca cabalga para luchar contra los Engendros de la Sombra que hay allí —informó Easar—. Enarbolasteis la Grulla Dorada. Nosotros juramos venir en vuestra ayuda, y así lo hemos hecho. —Vaciló y el timbre de su voz se hizo más sombrío—. Kandor ya no tiene salvación, Dai Shan. La reina lo ha admitido. El trabajo de la Torre Blanca no es recuperar el país, sino contener a los Engendros de la Sombra para que no ocupen más territorio.

Dieron media vuelta y cabalgaron entre las filas de lanceros. A los hombres se les exigía pasar las horas crepusculares a pocos pasos de sus monturas, y se mantenían ocupados cuidando de la armadura, las armas y los caballos. Todos los hombres llevaban una espada larga, a veces dos, envainada a la espalda, y todos sujetaban al cinto mazas y dagas. Los shienarianos no contaban únicamente con sus lanzas; un enemigo que pensara inmovilizarlos al no dejarles espacio para cargar, enseguida descubriría que podían ser muy peligrosos en la lucha a corta distancia.

La mayoría de los hombres vestían tabardos amarillos encima de la armadura, adornados con el Halcón Negro. Saludaron, recta la espalda y serios los rostros. En verdad, los shienarianos eran gente circunspecta. Era lo que pasaba si se vivía en las Tierras Fronterizas.

Lan vaciló, aunque enseguida habló alzando la voz:

—¿Por qué nos lamentamos?

Los soldados que estaban cerca se volvieron hacia él.

—¿No es esto para lo que nos hemos adiestrado? —gritó Lan—. ¿No es éste nuestro propósito, el de nuestras propias vidas? Esta guerra no es motivo de pesar. Otros hombres tal vez hayan sido indulgentes consigo mismos, pero no es nuestro caso. Estamos preparados, y por ello éste es un momento de gloria.

»¡Que haya risas! ¡Que haya gozo! Aclamemos a los caídos y brindemos por nuestros antepasados porque nos enseñaron bien. Si morís mañana, a la espera de vuestro renacimiento, sentíos orgullosos. ¡Tenemos encima la Última Batalla y nosotros estamos preparados!

Lan no sabía muy bien qué lo había hecho decir aquello, pero sus palabras desencadenaron una salva de vítores.

—¡Dai Shan! ¡Dai Shan! ¡La Grulla Dorada!

Vio que algunos de los hombres escribían la breve arenga a fin de pasársela a los demás.

—Tenéis alma de líder, Dai Shan —dijo Easar mientras cabalgaban.

—No es eso —argumentó Lan, con la vista al frente—. Es que no soporto la autocompasión. Hay demasiados hombres que actúan como si estuvieran preparándose la mortaja.

—Un tambor sin la membrana —empezó Easar en voz queda al tiempo que sacudía las riendas—. Una bomba sin palanca. Y sin voz una canción. Aun así me pertenece. Aun así.

Lan se volvió, fruncido el entrecejo, pero el rey no dio explicación por la poesía. Si sus súbditos eran circunspectos, el monarca lo era más. Easar tenía profundas heridas que no quería compartir. Lan lo entendía; él había hecho lo mismo.

Esa noche, sin embargo, sorprendió a Easar sonriendo mientras pensaba lo que quiera que le hubiera hecho evocar la poesía.

—¿Eso era de Anasai de Ryddingwood? —preguntó Lan.

—¿Conocéis la obra de Anasai? —Easar parecía sorprendido.

—Era una de las preferidas de Moraine Sedai. Sonaba como si fuera de ella.

—Todas las poesías las escribió como elegías —expuso Easar—. Ésta era para su padre. Anasai dejó instrucciones de que se podía leer, pero no en voz alta, excepto cuando fuera indicado hacerlo así. Aunque no explicó lo que consideraba indicado.

Llegaron a las tiendas de mando y desmontaron. Pero, no bien acababan de poner los pies en el suelo, cuando los cuernos empezaron a dar el toque de alarma. Los dos hombres reaccionaron y Lan se llevó la mano a la espada en un gesto automático.

—¡Vayamos con lord Agelmar! —gritó Lan mientras los hombres empezaban a chillar y sonaba el tintineo del equipamiento—. Si vais a combatir bajo mi bandera, entonces aceptaré de buen grado el papel de cabecilla.

—¿Sin albergar duda alguna? —preguntó Easar.

—¿Qué soy yo? —preguntó Lan mientras subía a la silla—. ¿Un pastor de algún pueblo olvidado? Cumpliré con mi deber. Si los hombres son tan necios de darme la responsabilidad del mando, yo también les explicaré qué responsabilidades tienen ellos.

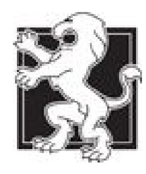
Easar asintió con la cabeza y saludó mientras las comisuras de los labios se le curvaban con otra sonrisa. Lan le devolvió el saludo y después taconeó a *Mandarb* a través del centro del campamento. Los hombres apostados en el perímetro encendían hogueras; los Asha’man habían creado accesos a uno de los muchos bosques moribundos del sur para que los soldados recogieran leña. Si al final las cosas se

hacían a su modo, Lan estaba decidido a que esos cinco encauzadores nunca malgastarían su fuerza matando trollocs. Eran mucho más útiles en otras cosas.

Narishma saludó a Lan al pasar a su lado. Lan no sabía con certeza que los grandes capitanes hubieran elegido a propósito Asha'man fronterizos para que estuvieran a sus órdenes, pero no creía que fuera pura casualidad. Tenía al menos uno de cada nación fronteriza, incluso uno nacido de padres malkieri.

«Luchamos juntos».

8



Esa ciudad consumida despacio por el fuego

Montada en su yegua *Sombra de Luna*, una alazana tostada de los establos reales, Elayne Trakand cabalgó a través de un acceso que ella misma había abierto.

Esos establos estaban ahora en manos de los trollocs y, a esas alturas, los compañeros de cuadra de *Sombra de Luna* a buen seguro que habían acabado en calderos. Elayne no quería pensar con detenimiento sobre qué —o quiénes más— habría terminado dentro de esos mismos calderos. Mantuvo un gesto resuelto en el semblante. Sus tropas no verían en su reina una expresión de incertidumbre.

Había elegido ir a una colina situada a unos mil pasos al noroeste de Caemlyn, fuera del alcance de los arcos, pero lo bastante cerca para ver la ciudad. Varias bandas de mercenarios habían acampado en esas colinas durante las semanas que siguieron a la Guerra de Sucesión. Ahora, o se habían unido a los ejércitos de la Luz o se habían disuelto, convirtiéndose en ladrones o forajidos errantes.

La avanzadilla de guardias ya había asegurado la zona, y el capitán Guybon saludó mientras los miembros de la Guardia Real —tanto hombres como mujeres— se situaban alrededor del caballo de Elayne. El aire todavía olía a humo, y ver Caemlyn humeando a semejanza del Monte del Dragón fue como echar un puñado de amargura al revoltijo de emociones que le atenazaba el estómago.

La otrora orgullosa urbe estaba muerta, una pira que arrojaba cientos de columnas de humo hacia las nubes del cielo tormentoso. Ese humo le recordaba las quemas primaverales, cuando los granjeros prendían fuego a los campos en una labor de desbroce previa a la siembra. No había reinado ni cien días en Caemlyn, y la ciudad ya estaba perdida.

«Si los dragones pueden causar ese destrozo a una ciudad —pensó mientras observaba el agujero que Talmanes le había hecho al lienzo de muralla más cercano —, el mundo habrá de evolucionar. Todo lo que conocemos sobre el arte de la guerra cambiará».

—¿Cuántos creéis que hay? —le preguntó al hombre que cabalgaba a su lado.

Talmanes sólo había disfrutado de un día de descanso tras la terrible experiencia que casi le había costado la vida. Probablemente debería haberse quedado en Merrilor; desde luego, no podría luchar en primera línea en un futuro próximo.

—Es imposible calcularlo puesto que están escondidos en la ciudad, majestad —contestó, respetuoso—. Decenas de miles, aunque es probable que no lleguen a los centenares de miles.

El hombre se ponía nervioso cuando la tenía cerca, y lo manifestaba con un estilo muy cairhienino: hablarle con un respeto exageradamente florido. De él se decía que era uno de los oficiales de mayor confianza de Mat; Elayne habría supuesto que, a esas alturas, Mat habría echado a perder al noble mucho más. Pero Talmanes no había dicho ni una sola palabra malsonante. Lástima.

Otros accesos se abrieron cerca en la hierba amarillenta, y sus fuerzas los cruzaron llenando los campos y coronando las colinas. Tenía a su mando un ejército grande de guerreros, entre ellos muchos de los *siswai'aman*, para reforzar a su Guardia Real y a los soldados del ejército regular andoreño al mando de Birgitte y del capitán Guybon. Un segundo destacamento Aiel —compuesto por Doncellas, Sabias y los restantes guerreros— había sido elegido para viajar con Rand al norte, a Shayol Ghul.

Sólo unas pocas Sabias —las que viajaban con Perrin— habían ido con Elayne, bien que a ella le habría gustado contar con más encauzadoras. Aun así, disponía de la Compañía y de sus dragones, que compensarían el hecho de que sus únicas encauzadoras eran las Allegadas, muchas de las cuales eran débiles en el Poder.

Perrin y su numerosa hueste la acompañaban. Eso incluía la Guardia Alada de Mayene, la caballería ghealdana, los Capas Blancas —Elayne aún no había llegado a una conclusión en cuanto a lo que pensaba sobre eso último— y una compañía de arqueros de Dos Ríos dirigida por Tam. Completando su ejército estaba el grupo que se hacía llamar la Guardia del Lobo; la mayoría de sus componentes eran refugiados convertidos en soldados, de los cuales algunos habían recibido entrenamiento de combate. Y, por supuesto, tenía al mariscal Bashere y a su Legión del Dragón.

Elayne había aprobado el plan de Bashere para la batalla en Caemlyn.

«Tenemos que llevar la lucha al bosque —había explicado él—. Los arqueros serán mortíferos descargando andanadas a los trollocs cuando se aproximen. Si esos chicos saben moverse por el bosque tan bien como se me ha dicho que pueden hacer, seguirán siendo igual de peligrosos cuando retrocedan».

Los Aiel también serían mortíferos en un bosque, donde los trollocs no podrían aprovechar su superioridad numérica contra sus oponentes. Bashere cabalgaba cerca de ella. Al parecer, Rand le había indicado de forma específica que estuviera pendiente de ella. Como si no fuera suficiente con Birgitte, que se sobresaltaba cada vez que Elayne se movía.

«Más le vale a Rand mantenerse a salvo para que pueda decirle lo que pienso de él», pensó mientras Bashere se acercaba conversando con Birgitte en voz baja. El mariscal tenía las piernas arqueadas y un bigote espeso. No le hablaba como un

hombre debería hacerlo al dirigirse a una reina… Claro que la reina de Saldaea era su sobrina, y quizá por ello se sentía muy cómodo en presencia de la realeza.

«Es el primero en la línea de sucesión al trono», se recordó para sus adentros. Trabajar con él le ofrecería ocasiones para afianzar más sus lazos con Saldaea. Todavía le gustaba la idea de ver a uno de sus descendientes en ese trono. Se llevó la mano al vientre. Ahora los bebés daban patadas y codazos con mucha frecuencia. Nadie le había dicho que sería tan parecido a… En fin, a tener una indigestión. Por desgracia, Melfane, contra todo pronóstico, había encontrado algo de leche de cabra.

—¿Qué novedades hay? —preguntó cuando Birgitte y Bashere se pusieron a su altura mientras Talmanes se apartaba con su caballo para dejarles hueco.

—Han llegado los informes de los exploradores que están en la ciudad —respondió el mariscal.

—Bashere tenía razón —añadió Birgitte—. Los trollocs están controlados y los incendios casi se han apagado. Alrededor de la mitad de la ciudad sigue en pie. Gran parte de ese humo que ves se debe a las lumbres de cocinar, no a edificios incendiados.

—Los trollocs son estúpidos —dijo Bashere—, pero los Semihombres no. Los trollocs habrían saqueado de buen grado toda la ciudad y le habrían prendido fuego de punta a punta, pero de seguir así corrían el peligro de que todo se les escapara de las manos. En cualquier caso, lo cierto es que ignoramos lo que la Sombra planea hacer en la ciudad, pero así al menos les queda la opción de intentar mantenerla ocupada durante un tiempo, si les interesara.

—¿Y no será eso lo que se proponen hacer? —preguntó Elayne.

—No lo sé, sinceramente —contestó Bashere—. Ignoramos qué objetivos tienen. ¿Este ataque a Caemlyn era para desatar el caos e infundir miedo a nuestros ejércitos o su intención era ocupar una plaza fuerte y conservarla a largo plazo, como base desde la que hostigar a nuestras fuerzas? Antaño, durante la Guerra de los Trollocs, los Fados mantuvieron ocupadas ciudades con ese propósito.

Elayne asintió con la cabeza.

—Perdón, majestad —dijo una voz.

Elayne se volvió y vio a uno de los hombres de Dos Ríos que se acercaba a ellos. Era uno de los cabecillas, el segundo de Tam.

«Dannil —pensó—. Se llama así».

—Majestad —repitió Dannil; titubeó un poco, pero de hecho hablaba con cierto refinamiento—, lord Ojos Dorados tiene a sus hombres situados en el bosque.

—Lord Talmanes, ¿tenéis los dragones en posición? —preguntó Elayne.

—Casi —contestó el cairhienino—. Perdón, majestad, pero dudo que los arcos hagan falta una vez que esas armas disparen. ¿Estáis segura de que no queréis empezar con los dragones?

—Tenemos que incitar a los trollocs a entrar en batalla —repuso Elayne—. La disposición que presenté a grandes rasgos funcionará mejor. Bashere, ¿qué pasa con mi plan para la ciudad en sí?

—Creo que todo está casi a punto, pero quiero comprobarlo —dijo Bashere mientras se atusaba el bigote con los nudillos—. Esas encauzadoras vuestras han hecho un buen trabajo con los accesos, y Mayene nos proporcionó el aceite. ¿Seguro que queréis seguir adelante con algo tan drástico?

—Sí.

Bashere esperó a que ampliara la respuesta, tal vez a que ofreciera una explicación. Cuando no ocurrió así, se alejó para impartir las últimas órdenes. Elayne hizo dar media vuelta a *Sombra de Luna* para cabalgar por las filas de soldados situados allí, en las primeras líneas, apostados cerca del bosque. Poco podía hacer ella ahora, en esos últimos instantes, mientras sus comandantes daban órdenes, pero al menos la verían cabalgando con seguridad. Allí por donde pasaba, los hombres alzaban más alto las picas y levantaban la barbilla.

Elayne mantenía la vista en la ciudad que el fuego consumía lentamente. No apartaría los ojos, no permitiría que la ira la controlara, sino que se serviría de ella.

Bashere regresó a su lado poco después.

—Hecho. Los sótanos de muchos edificios que siguen en pie se han llenado de aceite. Talmanes y los otros están en sus puestos. Una vez que vuestra Guardiana regrese con la noticia de que las Allegadas están listas para abrir otra tanda de accesos, procederemos.

Elayne asintió y retiró la mano del vientre cuando vio que Bashere la miraba. No se había dado cuenta de que la tenía puesta de nuevo, como si lo sujetara.

—¿Qué opináis de que vaya a entrar en batalla estando embarazada? ¿Que es un error?

—No —dijo el hombre al tiempo que negaba también con la cabeza—. Sólo demuestra lo desesperada que es nuestra situación. Eso hará pensar a los soldados. Los hará más conscientes de la realidad. Además…

—¿Qué?

—Quizá les recuerde que no todo se está muriendo en el mundo —dijo a la par que se encogía de hombros.

Elayne se volvió y contempló la lejana ciudad. Los granjeros quemaban sus campos en primavera a fin de prepararlos para la nueva vida. Tal vez era la dolorosa etapa por la que Andor pasaba ahora.

—Decidme —continuó Bashere—, ¿vais a revelar a los hombres que gestáis al hijo del lord Dragón?

«A los hijos», rectificó Elayne para sus adentros.

—Presuponéis algo que puede ser cierto o no serlo, lord Bashere —le dijo luego.

—Tengo esposa y una hija. He reparado en la expresión que hay en vuestros ojos cuando miráis al lord Dragón. Ninguna mujer embarazada pondría la mano en el vientre con esa actitud reverencial mientras mira a un hombre que no es el padre de la criatura.

Elayne apretó los labios con fuerza.

—¿Por qué lo ocultáis? —preguntó Bashere—. He oído lo que algunos de los hombres piensan. Hablan de otro hombre, un Amigo Siniestro llamado Mellar, el otrora capitán de las mujeres de vuestra guardia. Yo me doy cuenta de que los rumores son falsos, pero otros no son tan perspicaces. Podríais poner fin a esos rumores si quisierais.

—Los hijos de Rand se convertirían en blancos para abatir —argumentó ella.

—Ah… —Bashere se atusó de nuevo el bigote.

—Si no estáis de acuerdo con el razonamiento, Bashere, hablad con franqueza. No soporto a la gente servil.

—Yo no lo soy, mujer —replicó él, enojado—. Pero, sea como sea, dudo mucho que vuestro hijo pudiera ser un objetivo mayor de lo que lo es ya. ¡Sois un alto mando de los ejércitos de la Luz! Creo que vuestros hombres merecen saber por qué están luchando.

—No es algo que les concierna —contestó Elayne—. Ni a vos.

Bashere la miró y enarcó una ceja.

—¿El heredero del reino no es algo que concierna a sus súbditos? —inquirió con voz inexpresiva.

—Creo que os estáis extralimitando, mariscal.

—Tal vez —dijo él—. Quizás el haber pasado mucho tiempo con el lord Dragón ha cambiado mi forma de hacer las cosas. Ese hombre… Uno nunca sabía qué estaba pensando. La mitad del tiempo quería conocer mi opinión, por rigurosa que pudiera ser. La otra mitad, parecía que iba a partirme en dos sólo por comentar que el cielo estaba un poco oscuro. —Bashere meneó la cabeza—. Sólo os pido que lo penséis un poco, majestad. Me recordáis a mi hija. Podría haber hecho algo similar, y éste sería el consejo que le daría. Vuestros hombres lucharán con más arrojo si saben que estáis gestando al heredero del Dragón Renacido.

«Hombres —pensó Elayne—. Los jóvenes intentan impresionarme con cualquier tontería peligrosa que se les ocurre. Los mayores creen que todas las mujeres jóvenes necesitan que alguien les dé una charla».

Volvió la vista de nuevo hacia la ciudad al tiempo que Birgitte se acercaba a caballo; la mujer le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Los sótanos estaban llenos de aceite y brea.

—Prendedlo —ordenó Elayne en voz alta.

Birgitte agitó una mano. Las Allegadas abrieron más accesos y, a través de ellos,

los hombres arrojaron antorchas encendidas a los sótanos de Caemlyn. A no mucho tardar, el humo que se alzaba sobre la ciudad se volvía más oscuro, más ominoso.

—Apagar eso no va a ser cosa de coser y cantar —susurró Birgitte—. No con el tiempo seco que hemos tenido. La ciudad entera será pasto de las llamas y arderá como un pajar.

El ejército se reunió para mirar la ciudad, sobre todo los miembros de la Guardia Real y los soldados andoreños. Algunos saludaron como se haría ante la pira de un héroe caído. Elayne rechinó los dientes.

—Birgitte, haz correr la voz entre mis guardias reales —dijo—. Los hijos que llevo en el vientre son del Dragón Renacido.

La sonrisa de Bashere se hizo más pronunciada.

«¡Qué hombre tan insufrible!» Birgitte también sonreía cuando fue a divulgar la noticia. Ella también era insufrible.

Le pareció que los hombres de Andor adoptaban una pose más erguida, más orgullosa, mientras veían arder su capital. Por las puertas empezaron a salir trollocs a montones que huían de los incendios. Elayne se aseguró de que las bestias vieran a su ejército y después gritó:

—¡Hacia el norte! —Hizo volver grupas a *Sombra de Luna*—. Caemlyn ha muerto. Vamos al bosque. ¡Que nos sigan los Engendros de la Sombra!

Androl se despertó con tierra en la boca. Gimió e intentó rodar sobre sí mismo, pero descubrió que estaba inmovilizado de algún modo. Escupió, se lamió los labios y parpadeó para abrir los ojos encostrados.

Estaba tirado en el suelo junto a Jonneth y Emarin, contra una pared de tierra y atado con cuerdas. Recordó… ¡Luz! El techo se había venido abajo.

¿*Pevara*?, transmitió. Increíble lo natural que empezaba a parecerle ese método de comunicación.

La respuesta le llegó en forma de una sensación de aturdimiento por parte de la mujer. El vínculo le revelaba que ella se encontraba cerca, seguramente atada también. Androl no tenía contacto con el Poder Único; quiso asirlo, pero chocó contra un escudo. Las ataduras que lo inmovilizaban se hallaban sujetas a una especie de argolla que había en el suelo detrás de él, entorpeciéndole los movimientos.

Androl ahogó el pánico con esfuerzo. No veía a Nalaam. ¿Dónde estaba? El grupo yacía atado en una amplia cámara y el aire olía a tierra húmeda. Seguían bajo tierra, en una parte del complejo secreto de Taim.

«Si el techo se desplomó —pensó Androl—, es muy probable que las celdas se destruyeran». Eso explicaba por qué los habían atado y no encerrado tras los barrotes.

Alguien sollozaba.

Se volvió con esfuerzo y vio a Evin cerca, también atado. El muchacho lloraba,

sacudido por temblores.

—Tranquilo, Evin —susurró Androl—. Hallaremos el modo de salir de ésta.

Evin lo miró conmocionado. Al joven lo habían atado de forma diferente, sentado y con las manos a la espalda.

—Androl, lo siento.

Androl sintió como si tuviera retortijones.

—¿Por qué, Evin? —preguntó.

—Llegaron justo después de que el resto de vosotros os marcharais. Querían a Emarin, creo. Para Trasmutarlo. Al no encontrarlo allí, empezaron a hacer preguntas. Me lo sacaron, Androl. Me vengo abajo enseguida. Lo siento…

Así que Taim no había descubierto a los guardias muertos.

—No es culpa tuya, Evin.

Sonaron unos pasos cerca. Androl fingió estar inconsciente, pero alguien le pegó una patada.

—Te he oído hablar, paje —dijo Mishraile, que agachó la cabeza de cabello dorado para acercarse a él—. Voy a disfrutar matándote por lo que le hiciste a Coteren.

Androl abrió los ojos y vio a Logain doblado sobre sí mismo, sostenido entre Mezar y Welyn. Lo arrastraron cerca y lo dejaron caer con brusquedad en el suelo. Logain bulló y gimió mientras lo ataban. Los dos se incorporaron y uno escupió a Androl antes de ir hacia Emarin.

—No —dijo Taim desde algún lugar, cerca—. El siguiente es el joven. El Gran Señor exige resultados. Logain está tardando mucho.

—¡No! —gritó Androl al tiempo que se retorcía—. ¡No! ¡Maldito seas, Taim! ¡Déjalo en paz! ¡Tómame a mí!

Taim se erguía cerca, con las manos enlazadas a la espalda, vestido con un uniforme negro parecido al de los Asha’man, pero ribeteado en plata. No lucía alfileres en el cuello de la chaqueta. Se volvió hacia Androl e hizo una mueca burlona.

—¿A ti? ¿Voy a llevarle al Gran Señor un hombre que es incapaz de encauzar lo suficiente para romper una piedrecilla? Debería haberte sacrificado hace tiempo.

Taim siguió a los otros dos, que arrastraban al frenético Evin. Androl les gritó y chilló hasta quedarse ronco. Se llevaron al chico a algún sitio, al otro lado de la cámara —que era muy grande—, y Androl no los veía desde la posición donde lo tenían atado. Androl echó la cabeza hacia atrás y la recostó en el suelo; cerró los ojos. Lo que no impidió que oyera los gritos de terror del pobre Evin.

—Androl… —susurró Pevara.

—Silencio. —A la orden articulada por Mishraile le siguieron un golpe y un gemido de Pevara.

En verdad empiezo a odiar a ese individuo, le transmitió la mujer.

Androl no respondió.

Se tomaron el trabajo de sacarnos del cuarto derrumbado, continuó Pevara. *Recuerdo parte de ello, antes de que me escudaran y me dejaran inconsciente de un golpe. Parece que ha pasado menos de un día desde entonces. Supongo que Taim no ha alcanzado su cuota de Señores del Espanto Trasmutados a la Sombra*.

Lo transmitió, casi, con ligereza.

Detrás de ellos, los gritos de Evin cesaron.

¡*Oh, Luz! ¿Ése era Evin? ¿Qué ha ocurrido*?, comunicó Pevara, desaparecido por completo el matiz irónico.

Lo están Trasmutando, le comunicó Androl. *La fuerza de voluntad tiene algo que ver con resistirse. Por eso a Logain aún no han conseguido Trasmutarlo*.

La preocupación de Pevara era una sensación cálida a través del vínculo. ¿Serían todas las Aes Sedai como ella? Él había dado por sentado que esas mujeres no tenían emociones, pero Pevara experimentaba un amplio abanico de ellas, si bien estaba presente un control casi inhumano que se imponía por encima de las emociones que la afectaban. ¿Otro resultado de décadas de preparación?

¿*Cómo escapamos*?, comunicó ella.

Estoy intentando desanudar las ataduras. Tengo los dedos entumecidos.

Desde aquí veo el nudo. Es bastante grueso, pero podría guiaros.

Androl asintió con la cabeza y se pusieron a ello. Pevara describía las vueltas del nudo mientras que él intentaba torcer los dedos alrededor de las lazadas. No consiguió asirlas lo suficiente para tirar; entonces trató de sacar las manos retorciéndolas entre las ataduras, pero la cuerda estaba demasiado apretada.

Para cuando aceptó la derrota, tenía los dedos insensibles por la falta de circulación.

Así no va a funcionar, transmitió.

Creo que nuestros escudos podrían estar atados y he estado intentando empujar el mío, contestó Pevara. *Cabe la posibilidad de que ceda. Los escudos atados fallan a veces*.

Androl transmitió que estaba de acuerdo, aunque no por ello dejó de sentirse frustrado. ¿Cuánto aguantaría Evin?

El silencio parecía zaherirlo. ¿Por qué no se oía nada? Entonces percibió algo. Alguien encauzaba. ¿Eran trece hombres? Luz. Si había también trece Myrddraal, la situación era desesperada. Aun en el caso de que consiguieran escapar, ¿qué harían? No podían enfrentarse a tantos.

¿*Qué parte del acantilado elegisteis*?, transmitió Pevara.

¿*Qué*?

Dijisteis que cuando vivíais con los Marinos ellos saltaban de acantilados para

demostrar su valor. Cuanto más alto el acantilado, más valeroso era el saltador. ¿Qué acantilado elegisteis?

El más alto, admitió él.

¿Por qué?

Pensé que, ya que uno decide saltar desde un acantilado, tanto da elegir el más alto. ¿Para qué, si no, aceptar el reto si no es para alcanzar la mayor recompensa?

Pevara le hizo llegar su aprobación.

Escaparemos, Androl. De algún modo lo lograremos.

Él asintió y empezó a hurgar de nuevo en el nudo.

Unos instantes después, los compinches de Taim regresaron. Evin se agachó junto a Androl. En el fondo de los ojos del joven acechaba algo diferente, algo terrible. El chico sonrió.

—Bueno, pues, en realidad no ha sido tan malo como suponía que sería, Androl.

—Oh, Evin…

—No te preocupes por mí —contestó el chico mientras ponía una mano en el hombro de Androl—. Estoy estupendamente bien. Se acabó el miedo, se acabaron las preocupaciones. No deberíamos habernos resistido todo este tiempo. Somos la Torre Negra. Hemos de trabajar juntos.

«Tú no eres mi amigo —se dijo Androl para sus adentros—. Puede que tengas su cara, pero Evin… Oh, Luz. Evin ha muerto».

—¿Dónde está Nalaam? —le preguntó Androl.

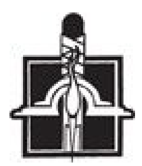
—Murió en el desprendimiento, me temo. —Evin meneó la cabeza y se inclinó un poco hacia Androl—. Planean matarte, Androl, pero creo que puedo convencerlos de que merece la pena Trasmutarte, en lugar de eso. Al final me lo agradecerás.

La cosa horrible que se adivinaba en el fondo de los ojos de Evin sonrió y dio unas palmaditas a Androl en el hombro, tras lo cual se incorporó y empezó a hablar con Mezar y Welyn.

Detrás de ellos, Androl vio un atisbo de trece sombras que se deslizaban hacia donde estaba Emarin y lo arrastraban para Trasmutarlo a continuación. Fados, con capas que no se movían.

Androl pensó cuán afortunado había sido Nalaam al morir aplastado en el derrumbe.

9



Morir bien

Lan partió en dos la cabeza del Myrddraal, desde la crisma hasta el cuello. Hizo retroceder a *Mandarb* para apartarse del Fado, que se retorció violentamente mientras moría, de forma que las convulsiones zarandearon ambos trozos del cráneo desde el cuello. Una pútrida sangre negra se desparramó en la piedra regada ya con sangre una docena de veces.

—¡Lord Mandragoran!

Lan se volvió hacia la llamada. Uno de sus hombres señaló hacia atrás, donde se encontraba el campamento. Un chorro de brillante luz roja ascendía hacia el cielo.

«¿Ya es mediodía?», pensó Lan, que alzó la espada para ordenar la retirada a sus malkieri. Era el turno de las tropas kandoresas y arafelinas de entrar en combate; enseguida empezaron a disparar andanada tras andanada de flechas sobre la masa de trollocs.

El hedor era tremendo. Lan y sus hombres se alejaron a galope de las líneas del frente y pasaron junto a dos Asha'man y una Aes Sedai, Coladara, que había insistido en quedarse como consejera del rey Paitar; los tres encauzaron para prender fuego a los cadáveres. Eso dificultaría más el avance de la siguiente oleada de Engendros de la Sombra.

Los ejércitos de Lan habían seguido con su brutal trabajo de contener a los trollocs en el desfiladero, como brea que impedía que las rociadas de olas entraran en una barca que hacía agua. El ejército combatía en rotaciones cortas, una hora cada vez. Las hogueras y los Asha'man alumbraban el camino en la noche, sin dar a los Engendros de la Sombra la oportunidad de avanzar.

Después de dos días de agotadoras batallas, Lan sabía que esa táctica acabaría favoreciendo a los trollocs. Los humanos los estaban matando a carretadas, pero la Sombra llevaba años creando huestes de engendros. Cada noche, los trollocs se alimentaban de los muertos; no tenían que preocuparse por el problema de obtener suministros.

Lan se obligó a no encorvar los hombros mientras cabalgaba alejándose del frente para dejar sitio al siguiente grupo de sus tropas, pero habría querido tumbarse y dormir durante días. A pesar del gran número de efectivos que le había proporcionado el Dragón Renacido, a todos los hombres se les exigía que hicieran varios turnos en

las primeras líneas del frente cada día. Lan siempre hacía unos cuantos más de los requeridos.

Encontrar el momento de dormir no era fácil para sus hombres, ya que también debían ocuparse del equipo, de recoger leña para las hogueras y de transportar suministros a través de los accesos. Observó a los que, junto a él, dejaban el frente atrás, y barajó ideas para hacer algo que les diera ánimos y brío. Cerca, el leal Bulen se iba doblando en la silla. Tendría que ocuparse de que ese hombre durmiera más, o…

Bulen se cayó de la montura.

Lan soltó una maldición, refrenó a *Mandarb* y desmontó de un salto. Corrió junto a Bulen y descubrió que el hombre tenía los ojos abiertos, mirando sin ver el cielo. También vio una enorme herida en el costado, donde la cota de malla estaba rota como una vela a la que el viento ha azotado más de la cuenta. Bulen se había tapado la herida poniéndose el tabardo encima de la armadura. Lan no había visto cuándo le habían dado y tampoco lo había visto cubrirse la herida.

«¡Necio!», pensó Lan mientras tocaba el cuello del hombre con los dedos.

No había pulso. Estaba muerto.

«¡Necio! —repitió Lan para sus adentros, e inclinó la cabeza—. Querías seguir a mi lado, ¿verdad? Por eso ocultaste la herida. Temías que muriera ahí fuera mientras a tú regresabas para la Curación.

»O era por eso, o es que no querías usar la fuerza de los encauzadores. Sabías que se les está exigiendo hasta el límite».

Prietos los dientes, Lan cogió en brazos el cadáver de Bulen y se lo cargó al hombro. Lo echó sobre el caballo del hombre y lo ató, atravesado en la silla. Parados a corta distancia, Andere y el príncipe Kaisel —que solía cabalgar con Lan junto con su pelotón de cien jinetes— observaban con gesto solemne. Consciente de los ojos de los hombres posados en él, Lan apoyó la mano en el hombro del cadáver.

—Combatiste bien, amigo mío —dijo—. Se cantarán elogios en tu honor durante generaciones. Que halles cobijo en la mano del Creador, y que el último abrazo de la madre te acoja en su seno. —Se volvió hacia los otros—. ¡No lo lloraré! ¡Llorar a los muertos es para quienes se lamentan, y yo no lamento lo que hacemos aquí! Bulen no habría podido tener una muerte mejor. No lloraré por él, ¡lo vitorearé!

Sujetando las riendas del caballo de Bulen, montó en la silla de *Mandarb* y se irguió, orgulloso. No dejaría que advirtieran su fatiga. Ni su pesar.

—¿Alguno de vosotros ha visto caer a Bakh? —preguntó a quienes cabalgaban cerca de él—. Llevaba una ballesta atada a la grupa de su caballo. Siempre llevaba esa cosa consigo. Juro que si se ha disparado con ella aunque sea sin querer, haré que los Asha’man lo cuelguen por los dedos gordos de los pies en lo alto de un despeñadero.

—Murió ayer cuando la espada se le quedó enganchada en la armadura de un trolloc. La soltó e intentó asir la otra, pero dos trollocs más lo desmontaron del caballo. Creí que había muerto entonces e intentaba llegar hasta él, cuando lo vi incorporarse con esa condenada ballesta y acertarle a un trolloc justo en el ojo, a dos pies de distancia; el virote le traspasó limpiamente el cráneo. El segundo trolloc lo hizo trizas, pero no antes de que consiguiera clavarle en el cuello el cuchillo de la bota. Te recuerdo, Bakh. Moriste bien.

Lan asintió con la cabeza. Cabalgaron en silencio unos segundos y entonces el príncipe Kaisel añadió:

—Ragon. También murió bien. Cargó con su caballo directamente contra un grupo de treinta trollocs que se nos echaban encima por el flanco.

—Sí, Ragon era un loco —dijo Andere—. Soy uno de los hombres que salvó. —Sonrió—. Sí que murió bien. Luz, y tanto que sí. Por supuesto, la mayor locura que he visto estos últimos días es lo que hizo Kragil cuando luchaba con ese Fado. ¿Alguno de vosotros lo vio…?

Para cuando llegaron al campamento, los hombres reían y ensalzaban a los caídos. Lan se apartó de ellos y llevó a Bulen hasta donde estaban los Asha'man. Vio a Narishma, que abría un acceso para una carreta de suministros.

—Lord Mandragoran… —dijo, saludándolo con una ligera inclinación de cabeza.

—Necesito dejarlo en algún sitio frío —contestó Lan mientras desmontaba—. Cuando esto haya terminado y Malkier haya sido reivindicado, querremos que haya un sitio apropiado para los valerosos caídos. Hasta entonces, no permitiré que se lo queme ni que se lo deje para que se pudra. Fue el primer malkieri que volvió con el rey de Malkier.

Narishma asintió con un cabeceo y las campanillas arafelinas tintinearon al final de las trenzas del hombre. Hizo pasar a la carreta y luego alzó la mano para que las demás se detuvieran. Cerró ese acceso y abrió uno en lo alto de una montaña.

A través del acceso sopló un viento helador. Lan bajó a Bulen del caballo. Narishma se acercó para ayudarlo, pero Lan le hizo un gesto para apartarlo y gruñó al aupar el cadáver para echárselo al hombro. Cruzó por el acceso a la nieve y al mordiente aire en las mejillas, que fue como si alguien se las hubiera cortado con un cuchillo.

Soltó a Bulen en el suelo, se arrodilló y le quitó el *hadori* de la cabeza, con suavidad. Lo llevaría él a la batalla —para que así Bulen pudiera seguir luchando— y después volvería a ponérselo al cadáver, cuando la batalla hubiese terminado. Una antigua tradición malkieri.

—Lo hiciste bien, Bulen —susurró Lan—. Gracias por no perder la fe en mí.

Se puso de pie haciendo crujir la nieve y salió por el acceso con el *hadori* en la mano. Narishma dejó que el acceso se cerrara y Lan preguntó por la ubicación de la

montaña —en caso de que el Asha’man pereciera en el conflicto— para poder localizar a Bulen.

No podrían conservar así los cadáveres de todos los malkieri, pero era mejor uno que ninguno. Lan enrolló el *hadori* de cuero en la empuñadura de la espada, justo debajo de los gavilanes, y lo ató bien apretado. Le pasó las riendas de *Mandarb* a un mozo de cuadra y, levantando el índice delante de la nariz del animal, lo miró con fijeza a los brillantes ojos.

—Ni un mordisco más a los mozos de cuadra —reprendió al semental.

Hecho esto, Lan fue en busca de lord Agelmar. Encontró al comandante hablando con Tenobia, fuera del sector saldaenino del campamento. Cerca, hombres con los arcos preparados y situados en filas de doscientos vigilaban el cielo. Ya se habían dado varios ataques de Draghkar. Mientras Lan se acercaba, el suelo empezó a temblar y a retumbar.

Los soldados no gritaron. Estaban acostumbrados a eso. La tierra gemía.

La roca pelada del suelo se partió cerca de Lan, que saltó hacia atrás, alarmado, mientras las sacudidas proseguían, y vio unas minúsculas hendeduras que aparecían en la piedra, unas fracturas finas. En esas grietas había algo que estaba muy, muy mal. Eran demasiado oscuras, demasiado profundas. Aunque el área seguía sacudiéndose, se acercó y las observó con detenimiento intentando distinguirlas en detalle en medio del estruendo del terremoto.

Parecían grietas abiertas a la nada. Atraían la luz, la absorbían. Era como si mirara fracturas en la naturaleza de la propia realidad.

Las sacudidas cesaron. La oscuridad dentro de las grietas persistió durante unos segundos y después desapareció; las fracturas diminutas se convirtieron en hendiduras corrientes en la piedra. Cauteloso, Lan se arrodilló y las inspeccionó atentamente. ¿Había visto lo que creía? ¿Qué significaría?

Con un escalofrío, se puso de pie y siguió su camino.

«No son sólo los hombres los que están cada vez más cansados —pensó—. La madre se está debilitando».

Se apresuró a través del campamento saldaenino. De todos los que luchaban en el desfiladero, los saldaeninos eran los que tenían el campamento mejor cuidado, dirigido por las manos severas de las esposas de los oficiales. Lan había dejado a la mayoría de los malkieri no combatientes en Fal Dara, y las otras fuerzas habían ido con pocas personas que no fueran guerreros.

No era así como hacían las cosas los saldaeninos. Aunque normalmente no entraban en la Llaga, en los demás casos las mujeres acompañaban a sus esposos. Todas sabían luchar con cuchillos y defenderían su campamento hasta la muerte si llegaba el caso. Habían sido muy útiles en la tarea de reunir y distribuir víveres y atender a los heridos.

Tenobia discutía tácticas con Agelmar otra vez. Lan los oyó y vio que el gran capitán shienariano accedía a sus demandas con un cabeceo. El problema no era que la mujer no entendiera las cosas, sino que era demasiado atrevida. Quería que lanzaran un ataque en la Llaga para trasladar la lucha con los trollocs al territorio donde esos monstruos se reproducían.

Por fin reparó en Lan.

—Lord Mandragoran —saludó, mirándolo. Era una mujer bastante guapa, con fuego en los ojos y largo cabello negro—. ¿Vuestra última misión de combate ha tenido éxito?

—Han muerto más trollocs —dijo Lan.

—Libramos una batalla gloriosa —comentó ella con orgullo.

—He perdido a un buen amigo.

Tenobia se quedó callada y después lo miró a los ojos, tal vez buscando emoción en ellos. Lan no denotó ninguna. Bulen había muerto bien.

—Los hombres que combaten tienen gloria —dijo Lan—, pero la batalla en sí no es la gloria. Es lo que es, simplemente. Lord Agelmar, me gustaría hablar con vos.

Tenobia se apartó y Lan hizo un aparte con Agelmar. El viejo general miró a Lan con agradecimiento. Tenobia los observó un momento y después se alejó acompañada por dos guardias que la siguieron a toda prisa.

«En algún momento irá a combatir ella misma si no vigilamos sus pasos —pensó Lan—. Tiene la cabeza llena de cantares de gesta y relatos de juglares».

¿Acaso no acababa él de animar a sus hombres a contar esos mismos relatos? No. Había una diferencia; él percibía una diferencia. Enseñar a los hombres a aceptar que podrían morir y a venerar el honor de los caídos… Eso era diferente de entonar canciones sobre lo maravilloso que era luchar en el frente de la batalla.

Por desgracia, era preciso combatir para entender la diferencia. Quisiera la Luz que Tenobia no hiciera nada irreflexivo. Lan había visto muchos jóvenes con esa mirada en los ojos. En esos casos, la solución era trabajar con ellos durante unas cuantas semanas e instruirlos hasta el agotamiento de forma que sólo pensaran en dormir, no en la «gloria» que algún día alcanzarían. Dudaba que esa solución fuera apropiada para una reina.

—Se ha ido haciendo más temeraria desde que Kalyan se casó con Ethenielle —explicó lord Agelmar en voz baja mientras Lan y él caminaban a lo largo de las líneas de vanguardia y saludaban con la cabeza a los soldados con los que se cruzaban—. Creo que él sabría cómo quitarle esas ideas de la cabeza, aunque fuera sólo de forma pasajera. Pero ahora, sin estar él ni Bashere pendientes de ella… —Suspiró—. En fin, dejando eso a un lado, ¿qué necesitáis de mí, Dai Shan?

—Los hombres están luchando —contestó Lan—. Pero me preocupa lo cansados que están. ¿Podremos seguir frenando a los trollocs?

—Tenéis razón; el enemigo acabará abriéndose paso a la fuerza —se mostró de acuerdo Agelmar.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Seguiremos luchando aquí —contestó Agelmar—. Y luego, una vez que no seamos capaces de contenerlos, nos retiraremos para ganar tiempo.

—¿Retirarnos? —Lan se puso tenso.

Agelmar asintió con la cabeza.

—Estamos aquí para demorar a los trollocs —dijo después el general shienariano —. Eso lo conseguiremos aguantando en esta posición durante un tiempo, y después nos retiraremos a través de Shienar, poco a poco.

—No he venido al desfiladero de Tarwin para retirarme, Agelmar.

—Dai Shan, esas palabras me llevan a pensar que habéis venido aquí a morir.

Lo cual no era más que la verdad.

—No abandonaré Malkier en manos de la Sombra por segunda vez, Agelmar. Vine al desfiladero, y los malkieri me siguieron hasta aquí, para demostrar al Oscuro que no nos había vencido. De hecho, irnos después de haber conseguido afianzarnos en una posición…

—Dai Shan —lord Agelmar habló en voz más baja, sin dejar de caminar—, respeto vuestra decisión de combatir. Todos la respetamos; vuestro viaje hacia aquí, solo, fue el acicate que movió a miles. Puede que no fuera ése vuestro propósito, pero sí era el que la Rueda tejió para vos. La determinación de un hombre, centrada en lo que es justo, es algo que no se toma a la ligera. Sin embargo, llega un momento en que uno relega sus anhelos para dar prioridad a lo que tiene más importancia.

Lan se detuvo y miró al anciano general.

—Cuidad lo que decís, lord Agelmar —advirtió—. Casi da la impresión de que me estáis llamando egoísta.

—Lo estoy haciendo, Lan. Y lo sois —repuso Agelmar.

Lan no se inmutó.

—Vinisteis para dar la vida por Malkier —prosiguió el general—. Eso, en sí mismo, es un gesto noble. No obstante, teniendo encima la Última Batalla, también es un despilfarro, una estupidez. Os necesitamos. Los hombres morirán por vuestra tozudez.

—No les pedí que me siguieran. ¡Luz! Hice todo lo posible para impedírselo.

—El deber es más pesado que una montaña, Dai Shan.

Esta vez sí que Lan acusó el golpe. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie lograba provocarle esa reacción con unas simples palabras? Recordó enseñar ese mismo concepto a un joven, allá en Dos Ríos. Un pastor, desconocedor del mundo, atemorizado por el destino que el Entramado le había deparado.

—El sino de algunos hombres es morir y eso los atemoriza —añadió Agelmar—.

El de otros es vivir y dirigir, y para ellos es una carga. Si lo que queréis es seguir luchando aquí hasta que caiga el último hombre, podéis hacerlo, y ellos morirán cantando la gloria de la batalla. O podríais hacer lo que ambos necesitamos que hagáis: retirarnos cuando no tengamos más remedio, adaptarnos y continuar reteniendo a la Sombra para retardar su avance. Hasta que otros ejércitos tengan la posibilidad de enviarnos refuerzos.

»Contamos con una fuerza que tiene una movilidad excepcional. Cada ejército os ha enviado su mejor cuerpo de caballería. He visto nueve mil jinetes de la caballería ligera saldaenina realizar maniobras complejas con total precisión. Aquí podemos hacerle daño a la Sombra, pero ha quedado demostrado que su número de efectivos es demasiado grande. Más de lo que jamás imaginé que sería. Les haremos más daño al irnos retirando. Encontraremos la forma de castigarlos con cada paso que demos atrás. Sí, Lan. Me nombrasteis comandante general de campo. Y éste es el consejo que os doy. No ocurrirá hoy, o puede que no ocurra durante otra semana, pero al final tendremos que retroceder.

Lan siguió caminando en silencio. Antes de que tuviera oportunidad de formular una respuesta, vio estallar en el aire una luz azul. La señal de emergencia desde el desfiladero. Las unidades que acababan de rotar para actuar en el campo de batalla necesitaban ayuda.

«Lo pensaré», dijo Lan para sus adentros a los razonamientos del general. Desechando la fatiga, corrió hacia las hileras de caballos donde el mozo habría conducido a *Mandarb*.

No tenía por qué participar en esa salida. Acababa de regresar de cumplir un turno, pero de todos modos decidió ir. Se sorprendió llamando a voces a Bulen para que preparara su caballo, y se sintió como un estúpido. Luz, cómo se había acostumbrado a la ayuda de ese hombre.

«Agelmar tiene razón —pensó mientras los mozos de cuadra se peleaban por ensillar a *Mandarb*, el cual, percibiendo el estado de ánimo de su amo, se mostró inquieto—. Me seguirán. Como hizo Bulen. Los conduciré a la muerte en nombre de un reino desaparecido… Y yo marcharé también a la misma muerte… ¿Qué diferencia hay entre actuar así y el proceder de Tenobia?»

Poco después galopaba de vuelta a las líneas defensivas y allí se encontró con que los trollocs casi se habían abierto paso. Se unió a la concentración de tropas y, esa noche, aguantaron. A la larga no lo conseguirían. Y entonces ¿qué? Entonces… abandonaría otra vez Malkier y haría lo que debía hacerse.

El ejército de Egwene se había reunido en el sector meridional de Campo de Merrilor. Estaba previsto que Viajaran a Kandor después de que el contingente de Elayne hubiera accedido a Caemlyn. Los ejércitos de Rand aún no habían entrado en

Thakan'dar, sino que se habían desplazado a áreas temporales de estacionamiento, en la zona septentrional de Campo de Merrilor, donde era más fácil aprovisionarse de suministros. Él afirmaba que no era el momento adecuado para lanzar su ataque; quisiera la Luz que estuviera haciendo progresos con los seanchan.

Desplazar a tanta gente era un tremendo quebradero de cabeza. Las Aes Sedai creaban accesos en una extensa hilera, como puertas situadas a un lado de un gran salón de banquetes. Los soldados se apelotonaban a la espera de que llegara su turno de pasar. Muchas de las encauzadoras más fuertes se abstenían de colaborar; al cabo de poco tendrían que encauzar en combate, y la creación de accesos sólo les haría consumir la fuerza tan necesaria para la importante tarea que había dado comienzo.

Ni que decir tiene que los soldados abrieron paso a la Amyrlin. Con las unidades de vanguardia en su puesto y un campamento establecido al otro lado, había llegado el momento de que cruzara ella. Había pasado toda la mañana reunida con la Antecámara para repasar los informes sobre los suministros y el reconocimiento del terreno. Se alegraba de haber permitido que la Antecámara desempeñara un papel importante en la guerra. Las Asentadas tenían un montón de sabiduría que ofrecer; muchas de ellas habían vivido bastante más de un siglo.

—No me gusta tener que esperar tanto —comentó Gawyn, que cabalgaba a su lado.

Ella lo miró en silencio antes de responder.

—La organización del despliegue militar del general Bryne merece mi confianza, como también la de la Antecámara —comentó mientras pasaban a caballo entre los Compañeros Illianos, todos ellos equipados con reluciente armadura y con las Nueve Abejas de Illian cinceladas en el peto.

Los hombres saludaron, los rostros ocultos tras los yelmos cónicos con visera de barras. Egwene no estaba muy convencida de la conveniencia de tenerlos en su ejército —serían más leales a Rand que a ella—, pero Bryne había insistido en ello. Había dicho que su fuerza, aunque muy numerosa, carecía de un grupo de elite, como era el de los Compañeros.

—Sigo diciendo que deberíamos haber partido antes —insistió Gawyn mientras los dos cruzaban el acceso y salían a la frontera de Kandor.

—Sólo han sido unos pocos días.

—Unos pocos días mientras Kandor ardía.

Egwene percibía la frustración de Gawyn. También notaba que la amaba, apasionadamente. Ahora era su esposo. Los había casado Silviana en una ceremonia sencilla celebrada la noche anterior. Todavía resultaba extraño que Egwene hubiera autorizado su propia boda. Cuando uno era la mayor autoridad, ¿qué otra cosa podía hacer?

De camino al campamento instalado en la frontera kandoresa, Bryne salió a su

encuentro a la par que impartía órdenes concisas a las patrullas de exploradores. Cuando llegó a donde estaba Egwene, se bajó del caballo, hizo una profunda reverencia y le besó el anillo. Después volvió a montar y continuó su camino. Se mostraba muy respetuoso, si se tenía en cuenta que, como quien dice, lo habían obligado a dirigir este ejército. Por supuesto, él había planteado sus condiciones, que se habían aceptado, así que, tal vez, también Bryne había impuesto su voluntad en esa negociación. Dirigir los ejércitos de la Torre Blanca había sido una oportunidad para él; a ningún hombre le gustaba que lo retiraran como si echaran a pastar a un caballo viejo. Para empezar, el gran capitán no tendría que encontrarse allí.

Vio que Siuan cabalgaba al lado de Bryne y sonrió con satisfacción.

«Son muy fuertes los vínculos que lo unen a nosotras».

Egwene recorrió con la mirada las colinas de la frontera sudoriental de Kandor. A pesar de la ausencia de verdor —como ocurría ahora en casi todas las partes del mundo—, la tranquila serenidad no daba indicios de que el país ardía, más allá de esas elevaciones. La capital, Chachin, había quedado reducida a poco más que escombros. Antes de retirarse para unirse a la lucha con los otros fronterizos, la reina Ethenielle había traspasado las operaciones de rescate a Egwene y la Antecámara. Ellas habían hecho todo cuanto estaba en su mano, enviando exploradores a través de accesos a lo largo de las principales calzadas a fin de buscar refugiados y llevarlos hasta un sitio seguro; si es que quedaba algún lugar que pudiera considerarse así.

El principal ejército trolloc había dejado las ciudades envueltas en llamas y ahora avanzaba en dirección sudeste, hacia las colinas y el río que formaban la frontera de Kandor con Arafel.

Silviana cabalgó hasta llegar a la altura de Egwene y se situó en el lado opuesto de Gawyn, a quien sólo se dignó lanzar una mirada feroz antes de besar el anillo de Egwene. En verdad esos dos tendrían que dejar de actuar como el perro y el gato; se estaba haciendo irritante soportar semejante comportamiento.

—Madre —saludó la Guardiana.

—Silviana.

—Hemos recibido información actualizada de Elayne Sedai.

Egwene se permitió sonreír. Su Guardiana y ella —cada una por su lado— habían tomado por costumbre llamar a Elayne por su título de la Torre Blanca, en lugar de su título regio.

—¿Y…?

—Sugiere que establezcamos un emplazamiento donde se pueda trasladar a los heridos para la Curación.

—Habíamos hablado de mandar a las Amarillas de un campo de batalla a otro —argumentó Egwene.

—A Elayne Sedai le preocupa exponer a las Amarillas a un ataque —respondió

Silviana—. Quiere un hospital de campaña.

—Eso sería más eficaz, madre —intervino Gawyn mientras se frotaba el mentón —. Buscar a los heridos tras una batalla es un asunto feo, brutal. No sé qué opinión me merece que se envíe a las hermanas a peinar el campo de batalla, a través de cadáveres. Esta guerra podría alargarse semanas, incluso meses, si los grandes capitanes están en lo cierto. Con el tiempo, la Sombra empezará a eliminar Aes Sedai en el campo de batalla.

—Elayne Sedai es muy… insistente —añadió Silviana.

El rostro de la Guardiana era una máscara impasible y el tono de voz, firme; sin embargo, también se las ingeniaba para transmitir un fuerte desagrado. Silviana era muy diestra en eso.

«Colaboré en poner a Elayne al frente de los ejércitos —se recordó Egwene—. Rehusar su indicación sentaría un mal precedente. Como también lo haría obedecerla». Con suerte, conseguirían mantener su amistad a lo largo del transcurso de la guerra.

—Elayne Sedai demuestra tener mucha cordura —dijo en voz alta—. Dile a Romanda que hay que hacerlo así. Que todo el Ajah Amarillo se agrupe para realizar Curaciones, pero no en la Torre Blanca.

—¿Perdón, madre? —se extrañó Silviana.

—Por los seanchan —explicó Egwene. Tenía que sofocar a esa sierpe que alentaba y se retorcía en lo más profundo de su ser cada vez que pensaba en ellos—. No correré el riesgo de que a las Amarillas las ataquen estando solas y cansadas por realizar la Curación. La Torre Blanca está desprotegida y es un objetivo para el enemigo… Si no por parte de los seanchan, entonces por la Sombra.

—Un razonamiento válido —comentó Silviana, aunque se le notaba reticencia en la voz—. Entonces, ¿dónde? Caemlyn ha caído y las Tierras Fronterizas pasan por una situación muy comprometida. ¿En Tear?

—Ni hablar —rechazó Egwene. Aquél era territorio de Rand, y parecía demasiado evidente—. Envía respuesta a Elayne con una sugerencia. Tal vez la Principal de Mayene tendría a bien proporcionarnos un edificio adecuado, uno muy grande. —Egwene dio golpecitos con los dedos en el costado de la silla de montar—. Envía a las Aceptadas y a las novicias con las Amarillas. No quiero a esas mujeres en el campo de batalla, pero su fuerza se puede utilizar en la Curación.

Coligada con una Amarilla, hasta la más débil de las novicias podría colaborar con un mínimo de Poder y salvar vidas. Muchas se sentirían defraudadas; se imaginaban a sí mismas matando trollocs. Bueno, pues, éste sería un modo de que lucharan sin andar estorbando, ya que no estaban adiestradas para combatir.

Egwene miro hacia atrás. Aún tardaría mucho en cesar el tránsito a través de los accesos.

—Silviana, transmite mis palabras a Elayne Sedai —instruyó Egwene—. Gawyn, hay algo que quiero hacer.

Encontraron a Chubai supervisando la instalación de un campamento de mando en un valle situado al este del río que hacía de frontera entre Kandor y Arafel. Avanzarían hacia la región montuosa de las colinas para salirles al paso a los trollocs que se aproximaban, desplegando fuerzas hostigadoras en los valles adyacentes, con arqueros en las cimas de las colinas, junto con las unidades defensivas. El plan sería atacar duramente a los trollocs cuando intentaran tomar las colinas a fin de causarles el mayor daño posible. Las unidades de hostigamiento podrían golpear los flancos del enemigo mientras los defensores mantenían las colinas todo el tiempo que fuera posible.

Las probabilidades de que al final los obligaran a retirarse de esas colinas eran muchas, y asimismo los harían retroceder a través de la frontera con Arafel, pero en las amplias llanuras arafelinas sacarían mucho más partido de sus cuerpos de caballería. Las fuerzas de Egwene, como las de Lan, tenían a su cargo la tarea de demorar y ralentizar la marcha de los trollocs hasta que Elayne derrotara a los que había en el sur. De ser posible, aguantarían hasta que pudieran llegarles refuerzos.

Chubai saludó y los condujo a una tienda que ya estaba instalada cerca. Egwene desmontó e hizo intención de entrar, pero Gawyn le puso una mano en el brazo. Egwene suspiró, asintió con la cabeza y dejó que él entrara primero.

En el interior, sentada en el suelo sobre las piernas dobladas, se encontraba la seanchan a la que Nynaeve llamaba Egeanin, aunque la mujer insistía en que la llamaran Leilwin. Tres miembros de la Guardia de la Torre los vigilaban a ella y a su esposo illiano.

Leilwin alzó la vista al entrar Egwene, y de inmediato se incorporó sobre las rodillas y realizó una grácil reverencia, de forma que tocó el suelo de la tienda con la frente. Su esposo hizo lo mismo que ella, aunque pareció hacerlo más a desagrado. Quizá no sabía disimular tan bien como ella.

—Salid —ordenó Egwene a los tres guardias.

Ellos no discutieron, aunque se retiraron despacio, a regañadientes. Como si ella no fuera capaz de arreglárselas con su Guardián contra dos personas que no encauzaban. Hombres…

Gawyn se situó a un lado de la tienda para dejarla hablar con los dos prisioneros.

—Nynaeve me ha dicho que eres una persona en quien se puede confiar hasta cierto punto —le dijo a Leilwin—. Oh, siéntate. Nadie se inclina tan bajo en la Torre Blanca, ni siquiera el último sirviente.

Leilwin se sentó, pero mantuvo baja la mirada.

—He fracasado de forma estrepitosa en la tarea que se me encomendó y, al hacerlo, he puesto en peligro incluso al Entramado.

—Cierto, los *a'dam*. Estoy enterada. ¿Te gustaría tener una oportunidad de saldar esa deuda? —preguntó Egwene.

La mujer se inclinó de nuevo hasta poner la frente en el suelo. Egwene suspiró, pero antes de que tuviera ocasión de ordenar a la mujer que se levantara, Leilwin habló:

—Por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento, juro serviros y protegeros, Amyrlin, cabeza de la Torre Blanca. Por el Trono de Cristal y la sangre de la emperatriz, me someto a vos para obedecer todas vuestras órdenes y para anteponer vuestra vida a la mía. Por la Luz, que así sea. —Dicho esto, besó el suelo.

Egwene la miró sin salir de su asombro. Sólo un Amigo Siniestro incumpliría un juramento con aquél. Por supuesto, no había mucha diferencia entre cualquier seanchan y un Amigo Siniestro.

—¿Quieres decir que no estoy bien protegida? —le preguntó—. ¿O que necesito otro servidor?

—Sólo quiero saldar mi deuda —respondió Leilwin.

En la voz de la mujer Egwene percibió cierta dureza, cierta amargura. Eso sonaba a autenticidad. A esa mujer no le gustaba humillarse de esa manera. Egwene se cruzó de brazos, preocupada.

—¿Qué puedes contarme del ejército seanchan, de sus armas y su fuerza, y de los planes de la emperatriz?

—Sé algunas cosas, Amyrlin, pero yo era capitana de barco —contestó Leilwin —. Lo que sé está relacionado con la flota armada seanchan, y eso no os servirá de mucho.

«Por supuesto», pensó Egwene. Miró a Gawyn, que se encogió de hombros.

—Por favor —dijo la seanchan con suavidad—, permitid que os pruebe mi utilidad de algún modo. Me queda muy poco de mí misma. Ni siquiera mi nombre me pertenece.

—Primero me hablarás de los seanchan —contestó Egwene—. No me importa si crees que es irrelevante. Cualquier cosa que me cuentes podría ser de utilidad. —O podría revelar que Leilwin era una mentirosa, lo cual sería igualmente útil—. Gawyn, tráeme una silla. Voy a escuchar lo que tenga que decir esta mujer. Después, veremos…

Rand examinó el montón de mapas, notas e informes. Estaba de pie, con el brazo doblado a la espalda; una única lámpara ardía en el escritorio. Metida dentro de cristal, la llama danzaba al llegarle los remolinos de aire que se colaban en la tienda, donde se encontraba solo.

¿Estaría viva la llama? Se alimentaba, se movía por sí misma. Uno podía extinguirla, así que, en cierto modo, respiraba. ¿Qué significaba estar vivo?

¿Podría vivir una idea?

«Un mundo sin el Oscuro. Un mundo sin maldad».

Rand miró de nuevo los mapas y lo que vio lo dejó impresionado: Elayne se preparaba bien. No había asistido a las reuniones donde se planificaba cada batalla. Estaba concentrado en el norte. En Shayol Ghul. Su destino. Su tumba.

Odiaba el modo en que esos mapas de batallas, con notas para formaciones y grupos, reducían la vida de los hombres a garabatos en un papel. Números y estadísticas. Oh, admitía que la claridad —la distancia— era esencial para un comandante de campo. De todos modos, lo odiaba.

Allí, ante él, había una llama viva y, sin embargo, allí también había hombres que estaban muertos. Ahora que no podía dirigir en persona la guerra, confiaba en no tener que acercarse a mapas como aquél. Sabía que ver esos preparativos lo afligiría por los soldados que no podía salvar.

Un escalofrío repentino le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies y el vello de los brazos se le puso de punta; era un ostensible estremecimiento, mezcla de excitación y terror. Una mujer estaba encauzando.

Rand alzó la cabeza y vio a Elayne inmóvil en la entrada de la tienda.

—¡Luz! —exclamó ella—. ¡Rand! ¿Qué haces aquí? ¿Es que intentas matarme de un susto?

Él se volvió, posados los dedos en los mapas de batallas, y la miró encandilado. Ahora sí que había vida allí. Mejillas arreboladas, cabello dorado con una pincelada de miel y rosa, ojos que ardían como una hoguera. El vestido de color carmesí mostraba la hinchazón del vientre por los bebés que cobijaba. Luz, qué hermosa era.

—Rand al'Thor, ¿vas a hablarme o sólo quieres seguir comiéndome con los ojos? —preguntó ella.

—Si no puedo comerte con los ojos a ti, ¿a quién se lo puedo hacer?

—No me sonrías de ese modo, pastor —le dijo—. Así que colándote en mi tienda a hurtadillas, ¿eh? En serio, ¿qué va a decir la gente?

—Dirá que quería verte. Además, no me he colado a hurtadillas. Los guardias me han dejado pasar.

—Pues no me lo han dicho —argumentó ella al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Les he pedido que no lo hicieran.

—En tal caso, por intención y propósito, te has colado aquí a todos los efectos. —Elayne pasó cerca de él. Olía maravillosamente bien—. En serio, Rand, como si Aviendha no fuera suficiente…

—No quería que los soldados del ejército regular me vieran —aclaró Rand—. Me preocupaba que mi presencia alborotara tu campamento. Les he pedido a los guardias que no mencionaran que estaba aquí. —Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro—. Tenía que verte otra vez, antes de que…

—Ya me viste en Merrilor.

—Elayne…

—Lo siento. —Se volvió hacia él—. Me alegra verte y me hace feliz que hayas venido. Lo que pasa es que no me entra en la cabeza cómo encajas en todo esto. Cómo encajamos en todo esto.

—No lo sé. Nunca lo he entendido. Lo siento.

Elayne suspiró y se sentó en la silla que había junto al escritorio.

—Supongo que está bien descubrir que hay algo que no puedes solucionar con sólo mover la mano.

—Hay muchas cosas que no puedo solucionar, Elayne. —Miró el escritorio, y los mapas—. Tantas…

«No pienses en eso», se exhortó para sus adentros.

Se arrodilló delante de ella, con lo que se ganó un gesto de sorpresa de Elayne que se mantuvo hasta que le puso la mano en el vientre, al principio con inseguridad.

—No lo sabía —musitó—. No lo supe hasta hace poco, la noche anterior a la reunión. ¿Es cierto lo que se dice? ¿Gemelos?

—Sí.

—Así que Tam será abuelo. Y yo seré…

¿Cómo se suponía que tenía que reaccionar un hombre a esa noticia? ¿Como si el mundo se volviera del revés? Rand ya había tenido sorpresas de sobra en la vida. Era como si no pudiera dar dos pasos sin que el mundo sufriera cambios a su alrededor.

Pero esto… Esto no era una sorpresa. Comprendió que muy dentro de él había abrigado la esperanza de ser padre algún día. Y había ocurrido. Era una cálida sensación. Había algo que iba bien en el mundo, aunque otras muchas cosas hubieran ido mal.

Hijos. Sus hijos. Cerró los ojos e inhaló hondo, disfrutando la idea.

No los conocería. Los dejaría huérfanos antes incluso de que nacieran. Claro que Janduin también lo había dejado huérfano, y él había salido bien. Sólo algunas carencias en refinamiento, aquí y allá.

—¿Cómo vas a llamarlos?

—Si uno es chico, había pensado ponerle Rand.

Rand se quedó callado mientras tocaba el vientre de Elayne. ¿Había sido eso un movimiento? ¿Una patada?

—No —susurró luego—. No le pongas mi nombre a ninguno de ellos, Elayne, por favor. Deja que vivan sus vidas. Mi sombra ya es bastante larga tal como es.

—De acuerdo.

Rand alzó los ojos para mirar los de ella y la encontró sonriéndole con cariño. Elayne le puso la mano en la mejilla.

—Serás un buen padre.

—Elayne…

—Ni una palabra de eso —advirtió mientras levantaba un dedo—. Nada de hablar de muerte ni del deber.

—No podemos cerrar los ojos a lo que ocurrirá.

—Tampoco tenemos que estar hablando siempre de ello —dijo ella—. Te enseñé muchas cosas sobre ser un monarca, Rand. Parece que olvidé una lección. Es bueno hacer planes para las peores contingencias posibles, pero no hay que regodearse en ello. No debes obsesionarte con ello. Un monarca ha de tener esperanza por encima de todo.

—Yo tengo esperanza. Esperanza para el mundo, para ti, para todos los que han de luchar. Eso no cambia el hecho de que haya aceptado mi propia muerte.

—Basta ya. Se acabó hablar de eso. Esta noche disfrutaré de una cena tranquila con el hombre que amo.

Rand suspiró, pero se puso de pie y se sentó en la silla que había junto a la de ella, mientras Elayne llamaba a los guardias apostados en la entrada de la tienda para que les llevaran la cena.

—¿Podemos al menos hablar de tácticas? —preguntó Rand—. Estoy realmente impresionado por lo que has hecho aquí. Dudo que yo hubiera sido capaz de hacerlo mejor.

—Los grandes capitanes hicieron la mayor parte.

—He visto tus anotaciones —apuntó Rand—. Bashere y los otros son unos generales maravillosos, incluso geniales, pero sólo piensan en sus batallas específicas. Alguien tiene que coordinarlos, y tú lo has hecho de maravilla. Tienes talento para ello.

—No, no es así —objetó Elayne—. Lo que tengo es una vida entera siendo la heredera del trono de Andor, recibiendo entrenamiento para guerras que podrían ocurrir. Dales las gracias al general Bryne y a mi madre por lo que ves en mí. ¿Has encontrado algo en mis anotaciones que querrías cambiar?

—Hay más de ciento cincuenta millas entre Caemlyn y Bosque de Braem, donde planeas emboscar a la Sombra —comentó Rand—. Es una maniobra arriesgada. ¿Y si tus fuerzas se ven superadas antes de llegar al bosque?

—Todo depende de que ellos lleguen antes que los trollocs al bosque. Nuestras fuerzas hostigadoras utilizarán las monturas más fuertes y rápidas que haya disponibles. Será una carrera durísima, de eso no cabe duda, y los caballos estarán casi reventados para cuando lleguen al bosque. Pero esperamos que, también para entonces, ellos estén en malas condiciones, cosa que facilitará nuestro trabajo.

Hablaron de tácticas y el ocaso dio paso a la noche. Los criados llegaron con la cena, sopa de verduras y jabalí. Rand habría querido mantener en secreto su presencia, pero eso sería imposible ahora, sabiéndolo los criados.

Se sentó para cenar y se dejó llevar por la conversación con Elayne. ¿Qué campo de batalla corría más peligro? ¿A cuál de los grandes capitanes debería apoyar ella cuando estuvieran en desacuerdo, cosa que ocurría a menudo? ¿Cómo organizaría todo el trabajo con el ejército de Rand, que aún esperaba la llegada del momento adecuado para atacar Shayol Ghul?

La conversación le recordó a Rand el tiempo que habían pasado juntos en Tear, donde, entre sesiones de aleccionamiento político, se habían robado besos en la Ciudadela. Se había enamorado de ella durante esos días. Con verdadero amor. No la admiración de un muchacho que al caerse de un muro se encuentra con una princesa… Por aquel entonces sabía tan poco del amor como sabía de la guerra un granjero que blandía una espada.

Su amor nació de las cosas que habían compartido. Con Elayne podía hablar de política y de la gran carga que era gobernar. Ella lo comprendía. Lo comprendía de verdad. Y mejor que cualquiera de las personas que conocía. Elayne sabía lo que era tomar decisiones que cambiaban la vida de miles de personas. Sabía lo que era estar al servicio del pueblo, como si uno fuera propiedad de la nación. A Rand le parecía extraordinario que, aunque habían estado separados a menudo, la relación de complicidad entre los dos se hubiera mantenido intacta. De hecho, parecía haberse fortalecido ahora que Elayne era reina. Ahora que compartían los hijos que se gestaban en su vientre.

—Has hecho una mueca —dijo Elayne.

Rand alzó la vista de la sopa. La cena de Elayne estaba a medio acabar; la había hecho hablar muchísimo. De todas formas parecía que no quería más, porque sostenía en las manos una taza de té.

—¿Que he hecho qué? —preguntó Rand.

—Una mueca. Cuando he mencionado a los contingentes que combaten por Andor has hecho un gesto de dolor, aunque sólo un instante.

No era de sorprender que lo hubiera notado; había sido Elayne la que le había enseñado a estar atento a los leves —aunque reveladores— cambios de expresión de aquellos con quienes hablaba.

—Todas esas personas luchan en mi nombre. Tanta gente que ni siquiera conozco morirá por mí.

—Ésa ha sido siempre la carga de un dirigente en tiempos de guerra.

—Tendría que ser capaz de protegerlos —se dolió Rand.

—Si crees que puedes proteger a todo el mundo, Rand al’Thor, es que eres mucho menos listo de lo que aparentas.

Rand la miró a los ojos.

—No creo que pueda hacerlo —dijo—, pero sus muertes son un peso en mi conciencia. Me siento como si tuviera que ser capaz de hacer más, ahora que he

recobrado esos recuerdos. Él intentó quebrantarme, pero fracasó.

—¿Fue eso lo que ocurrió aquel día en la cumbre del Monte del Dragón?

No había hablado de aquello con nadie. Acercó más la silla a la de Elayne.

—Allí arriba —empezó—, me di cuenta de que había estado pensando demasiado en la firmeza. Quería ser duro, mucho. Al empeñarme tanto en conseguirlo, corrí el riesgo de perder la capacidad de sentir. Estaba equivocado. Para alzarme con la victoria he de tener sentimientos. Eso, por desgracia, significa que tengo que aceptar que sus muertes me causarán sufrimiento.

—¿Y ahora recuerdas a Lews Therin? —susurró Elayne—. ¿Todo lo que él sabía? ¿No es que te comportes con afectación, dándote esos aires?

—Soy él. Siempre lo he sido. Ahora lo recuerdo todo.

Elayne, con los ojos muy abiertos, exhaló con fuerza.

—Qué gran ventaja —dijo luego.

De todos los que sabían de cierto que había sido Lews Therin, sólo ella había reaccionado así. Qué mujer tan maravillosa.

—Tengo todos esos conocimientos y, sin embargo, no me dan respuesta a lo que he de hacer. —Se puso de pie y empezó a caminar por la tienda—. Tendría que ser capaz de solucionarlo, Elayne. Nadie más tendría que morir por mí. Ésta es mi lucha. ¿Por qué han de pasar por semejante sufrimiento todos los demás?

—¿Es que nos niegas el derecho a luchar? —inquirió ella al tiempo que se sentaba erguida.

—No, claro que no. No podría negarte nada. Sólo me gustaría que, de algún modo… De algún modo pudiera hacer que todo esto parara. ¿Acaso mi sacrificio no es suficiente?

Elayne se puso de pie y lo agarró del brazo. Rand se volvió hacia ella.

Entonces lo besó.

—Te amo —dijo Elayne—. Eres un rey. Pero si intentaras negar a las buenas gentes de Andor el derecho a defenderse a sí mismas, el derecho a estar presentes en la Última Batalla…

Los ojos le llameaban y tenía las mejillas enrojecidas. ¡Luz! Sus comentarios la habían enfurecido realmente.

Nunca estaba seguro de lo que ella iba a decir o cómo iba a reaccionar a algo, y eso lo excitaba. Como la excitación de contemplar un espectáculo de flores nocturnas sabiendo que lo que ocurriría sería maravilloso, pero sin tener idea de la forma exacta que adoptaría esa belleza.

—Ya he dicho que no te negaría el derecho a luchar —repitió.

—No se trata sólo de mí, Rand. Son todos. ¿Es que no puedes entenderlo?

—Supongo que sí.

—Bien.

Elayne volvió a sentarse y bebió un sorbo de té. Torció el gesto.

—¿Se ha estropeado? —preguntó él.

—Sí, pero ya me he acostumbrado. No obstante, casi es peor así que no beber nada, tal y como se estropea todo.

Rand se acercó a ella y le quitó la taza de los dedos. La sostuvo un momento en la mano, pero sin encauzar.

—Te he traído algo. Olvidé mencionarlo.

—¿Té?

—No, no tiene nada que ver con el té.

Le devolvió la taza y Elayne dio un sorbo. Abrió los ojos como platos.

—Está riquísimo —manifestó—. ¿Cómo lo has hecho?

—Yo no he hecho nada. Es el Entramado.

—Pero…

—Soy *ta'veren*. A mi alrededor pasan cosas, cosas impredecibles. Durante mucho tiempo hubo equilibrio. En una ciudad, alguien descubría un gran tesoro debajo de la escalera de forma inesperada. En la siguiente que visitaba, la gente descubría que sus monedas eran falsas, que se las había colado un espabilado falsificador.

»La gente moría de formas horribles; otros se salvaban de pura chiripa. Muertes y nacimientos. Matrimonios y discordias. Una vez vi una pluma bajar flotando del cielo, caer con la punta del cálamo en el barro y quedarse clavada allí. Con las diez siguientes que cayeron ocurrió lo mismo. Todo era aleatorio. Dos caras de una moneda arrojada al aire.

—Este té no es nada aleatorio.

—Sí, claro que lo es —afirmó Rand—. Pero ¿sabes? Sólo me toca una de las caras de la moneda estos días. Hay otro que tiene la del lado malo. El Oscuro inocula horrores en el mundo causando muerte, locura, maldad. Pero el Entramado… El Entramado es el equilibrio. Por lo cual actúa a través de mí para compensar con una cara los efectos de la otra. Cuanto más se afana el Oscuro en procurar el mal, más poderoso se hace el efecto que surge a mi alrededor.

—La hierba nueva —dijo Elayne—. Las nubes que se retiran. Los alimentos que no se estropean…

—Sí.

Bueno, algunos otros trucos hacían su servicio de vez en cuando, pero eso no lo mencionó. Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita pequeña.

—Si lo que dices es cierto, entonces nunca puede haber sólo bien en el mundo —repuso Elayne.

—Pues claro que sí.

—¿Y eso no lo equilibraría el Entramado?

Rand vaciló. Esa línea de razonamiento se acercaba mucho a la forma en que

había empezado a pensar antes del Monte del Dragón: que no había opciones, que su vida estaba planificada de antemano.

—Mientras nos importen los demás, el bien existirá —declaró—. El Entramado no tiene que ver con las emociones, ni siquiera está relacionado con el bien ni con el mal. El Oscuro es una fuerza ajena que ejerce influencia en él de forma arbitraria, con violencia.

Y él pondría fin a eso. Si podía.

—Toma. Es el regalo que mencioné antes. —Le tendió la bolsita a Elayne.

Ella lo miró con curiosidad. Desató el cordel atado a la boca de la bolsa y sacó una pequeña estatuilla de una mujer. Estaba de pie, con un chal echado por los hombros, aunque no tenía aspecto de Aes Sedai. El rostro era el de una mujer madura, entrada en años, con un aire de sabiduría y una sonrisa en los labios.

—¿Un *angreal*? —preguntó Elayne.

—No, una Simiente.

—¿Una… Simiente?

—Tú posees el Talento de crear *ter'angreal* —explicó Rand—. Crear *angreal* requiere un proceso diferente. Se empieza con uno de estos objetos, hechos para atraer tu Poder e infundirlo en otra cosa. Lleva tiempo realizarlo, y te debilitará durante varios meses, así que no deberías intentarlo mientras estemos en guerra. Pero cuando lo encontré, olvidado, pensé en ti. Había estado dándole vueltas, sin que se me ocurriera qué podía darte.

—Oh, Rand, yo también tengo algo para ti.

Se dirigió presurosa hacia un cofre de marfil para joyas que había en una mesa de campaña y sacó un objeto pequeño de él. Era una daga de hoja corta y roma, con la empuñadura confeccionada con asta de ciervo y forrada con hilo de oro.

Rand contempló la daga con gesto inquisitivo.

—Sin ánimo de ofender, pero por su aspecto parece un arma de mala calidad, Elayne —comentó luego.

—Es un *ter'angreal*, algo que podría serte de utilidad cuando vayas a Shayol Ghul. Llevando esa daga encima, la Sombra no puede verte.

Elayne alzó la mano para acariciarle la cara. Él puso la suya encima de la de ella.

Permanecieron juntos hasta bien avanzada la noche.

10



El manejo de los dragones

Perrin cabalgaba a lomos de *Recio*. Detrás iba la caballería ligera de las fuerzas de Elayne: Capas Blancas, mayenienses, ghealdanos, así como jinetes de la Compañía de la Mano Roja. Sólo una pequeña parte de sus ejércitos. De eso se trataba.

Avanzaron en diagonal hacia los trollocs acampados fuera de Caemlyn. La ciudad aún ardía lentamente; el plan de Elayne con el aceite había hecho salir a las criaturas en su mayor parte, pero algunos trollocs todavía defendían las murallas desde el adarve.

—Arqueros, ¡disparad! —gritó Arganda.

La voz del primer capitán ghealdano se perdería en el fragor de la carga, los resoplidos de los caballos, la trápala de cascos a galope tendido. Pero de todos modos habría suficientes soldados que oirían la orden de disparar y el resto sabría qué hacer.

Perrin se inclinó sobre su montura y esperó que no fuera necesario emplear el martillo en esa incursión. Hicieron una pasada por delante de los trollocs al tiempo que lanzaban flechas y después volvieron grupas dándole la espalda a la ciudad.

Perrin miró hacia atrás mientras cabalgaba y tuvo la satisfacción de ver caer a montones de trollocs. La Compañía iba a continuación de la caballería de Perrin, y el grupo se aproximó lo bastante para disparar flechas.

Después fueron las flechas trollocs —gruesas y negras, casi como lanzas— las que salieron disparadas de arcos enormes. Algunos jinetes de Perrin cayeron, pero el ataque había sido rápido.

Los trollocs no abandonaron su posición fuera de las murallas de la ciudad. Los jinetes aflojaron la marcha; Arganda alcanzó a Perrin y miró hacia atrás.

—Siguen sin cargar —dijo el ghealdano.

—En ese caso, volveremos a caer sobre ellos una y otra vez —repuso Perrin—. Hasta que no aguanten.

—Los ataques prosiguen, majestad —informó el mensajero que había entrado a caballo a través de un acceso abierto por un par de Allegadas en el bosque donde estaba acampado el resto del ejército de Elayne—. Lord Ojos Dorados me manda

transmitiros que seguirán durante todo el día si es necesario.

Ella asintió con un cabeceo y el mensajero cabalgó de vuelta por donde había llegado. El Bosque de Braem estaba aletargado, con los árboles desnudos de hojas como si fuera invierno.

—Es un trabajo pesado ir y venir para transmitirme noticias —arguyó Elayne, descontenta—. Ojalá hubiéramos podido hacer funcionar esos *ter'angreal*. Aviendha dice que con uno se puede ver a través de la distancia, y con el otro, hablar también a distancia. Pero, como dice Lini, mucho querer y desear hace a los pies tropezar. Aun así, si pudiera ver la batalla con mis propios ojos…

Birgitte no dijo nada. Con la mirada fija al frente, la Guardiana de cabello rubio no dio la menor señal de haber oído el comentario.

—Después de todo sé defenderme —continuó Elayne—, como ya he demostrado en varias ocasiones.

Ninguna respuesta. Los dos caballos caminaban despacio, el uno junto al otro, los cascos pisando la mullida tierra. El campamento a su alrededor se había preparado de forma que pudiera desmontarse a la carrera. Las «tiendas» de los soldados no eran más que toldos de lona sujetos con cuerdas tensadas entre árboles. El único mobiliario de campaña era el que había en su pabellón y en el de batalla. Las Allegadas tenían un grupo preparado para abrir accesos por los que Elayne y sus comandantes se desplazarían hacia el interior de la espesura.

Casi todos los efectivos de Elayne esperaban preparados para entrar en acción, como un arco tensado con la flecha encajada en la cuerda. Sin embargo, Elayne no estaba dispuesta a combatir contra los trollocs en sus términos. A juzgar por los informes, algunos de sus pelotones todavía seguían en lo alto de las murallas. Así, un ataque directo los conduciría a un desastre porque les caería una lluvia mortífera desde las almenas.

Acabaría haciéndolos salir. Si era preciso tener paciencia, que así fuera.

—He decidido —siguió hablándole a Birgitte— que haré una rápida visita de ida y vuelta allí para echar un vistazo al ejército trolloc. Desde una distancia segura, claro. Podría…

Birgitte buscó debajo de la camisa y sacó el disco plateado, con una rosa en el haz, que llevaba al cuello; había sido una de las copias imperfectas del medallón en forma de cabeza de zorro que Elayne había creado, y funcionaba igual. Mat tenía el original y dos copias. Mellar había escapado con otra copia.

—Intenta hacer algo así —dijo Birgitte sin quitar la vista del frente—, y te cargaré al hombro como haría un borracho con una camarera en una noche de pendencias y tumulto, y te traería de vuelta al campamento. Te juro por la Luz que lo haré, Elayne.

—Recuérdame —replicó ceñuda— por qué, exactamente, te di uno de esos

medallones.

—No estoy segura. Fue una demostración de previsión extraordinaria y de instinto de supervivencia, diría yo. Una conducta completamente atípica en ti.

—Eso, Birgitte, no me parece ni mucho menos justo.

—¡Lo sé! Es tremendamente injusto que haya de ocuparme de ti. No sabía si te habrías dado cuenta. ¿Todas las Aes Sedai jóvenes son tan temerarias como tú o es que me ha tocado el garbanzo negro?

—Deja de quejarte —rezongó Elayne, aunque no perdió la sonrisa mientras respondía con un gesto de la cabeza a los hombres que saludaban a su paso—. Empiezo a pensar que habría sido mejor elegir un Guardián entrenado en la Torre. Así al menos no tendría que aguantar tanta frescura.

—No creo que entiendas a los Guardianes ni la mitad de bien de lo que tú crees, Elayne —le dijo Birgitte con hilaridad.

Elayne lo dejó estar. Pasaron junto a la zona de Viaje, donde Sumeko y las otras Allegadas facilitaban las idas y venidas de mensajeros entre los campos de batalla y el campamento. De momento, funcionaba el acuerdo que Elayne tenía con ellas.

En el bolsillo del vestido, Elayne llevaba la respuesta oficial de Egwene —de la Sede Amyrlin— respecto a las Allegadas y el arreglo que habían hecho con Elayne. Casi podía sentir la irritación que irradiaba de la carta, pero se enmascaraba tras el lenguaje oficial diciendo estar de acuerdo en que aquél no era el momento para debatir tales cosas.

Elayne iba a tener que trabajar ese asunto más a fondo. Egwene acabaría comprendiendo la lógica de permitir que las Allegadas trabajaran en Andor, bajo la supervisión de Elayne. Justo a continuación de la zona de Viaje vio a un shienariano cansado que aceptaba un odre de agua de uno de los hombres de Dos Ríos. Un hombre con el mechón de pelo en la coronilla, parche en un ojo y rasgos familiares.

—¿Ino? —preguntó, sin salir de su asombro, mientras sofrenaba a *Sombra de Luna*.

El hombre se sobresaltó y casi se tiró encima el agua que bebía.

—¿Elayne? —preguntó a su vez, y se limpió la frente con la manga—. He oído que ahora sois la jodida reina. Supongo que es lo que tenía que pasar, siendo la puñetera heredera del trono… Perdón. La heredera del trono, nada de puñetera. —El shienariano hizo una mueca como si le doliera algo.

—Puedes decir tantos juramentos como quieras, Ino —repuso ella con sequedad —. Nynaeve no anda por aquí. ¿Qué haces en el Bosque de Braem?

—La Amyrlin. Quería un puñetero mensajero y me tocó a mí. Ya he entregado el jodido mensaje de Egwene a vuestros comandantes. Total, para lo que va a servir… Hemos establecido las jodidas posiciones de combate y hemos empezado a explorar Kandor. Está todo hecho una mierda. ¿Queréis los detalles?

—Ya me informarán mis comandantes, Ino —le dijo Elayne con una sonrisa—. Anda, suelta tu arma y date un respiro, hijo del calentón de un pastor.

El comentario hizo que a Ino se le saliera por boca y nariz el agua que estaba bebiendo. Elayne sonrió. Había oído decir esa imprecación a un soldado el día anterior y todavía ignoraba la razón de que se considerara tan soez. Pero había surtido el efecto deseado.

—Yo… De darme un jodido baño, nada —respondió Ino—. Eh… majestad. Ya he tenido mis cinco minutos de descanso. Los trollocs podrían atacar pronto el puñetero Kandor, y no dejaré que los otros luchen sin mí.

La saludó, llevándose el puño al pecho, e hizo una reverencia antes de regresar a toda prisa a la zona de Viaje.

—Lástima —se lamentó Birgitte—. Era un buen compañero de taberna. Me habría gustado que se quedara un poco más.

Elayne vio que Birgitte miraba el culo a Ino y, a través del vínculo, percibió en ella una reacción que no tenía nada que ver con tomar unos tragos. Elayne enrojeció.

—No hay tiempo para eso ahora. Para ninguna de las dos cosas —aclaró, poniendo énfasis en «ninguna».

—Sólo miraba —contestó Birgitte con fingido candor—. Supongo que deberíamos ir a oír los informes de los otros campos de batalla.

—Deberíamos, sí —repuso Elayne con firmeza.

Birgitte no manifestó su enfado, pero Elayne lo notaba. Birgitte detestaba los planes de batalla, cosa que a Elayne le chocaba viniendo de una mujer que había luchado en miles de batallas, una heroína que había salvado incontables vidas durante algunos de los grandes momentos de la historia.

Llegaron al pabellón de batalla, una de las pocas tiendas completas que llevaba el ejército. Dentro encontraron a Bashere conferenciando con varios de los comandantes: Abell Cauthon, Gallenne y Trom, el comandante segundo de los Capas Blancas. Galad, al igual que Perrin, se hallaba con las fuerzas hostigadoras que había en Caemlyn. A Elayne le sorprendió que Trom le resultara agradable, mucho más que Galad, a decir verdad.

—¿Y bien? —preguntó a los reunidos.

—Majestad —saludó Trom, con una reverencia.

Al hombre no le hacía gracia que fuera Aes Sedai, pero lo disimulaba bien. Los otros presentes en el pabellón saludaron también, aunque Bashere se limitó a hacer un amistoso gesto con la mano antes de señalar los mapas de los campos de batalla.

—Han llegado informes de todos los frentes —dijo el mariscal—. Refugiados de Kandor acuden en tropel a la Amyrlin y a sus soldados, y eso incluye un número considerable de combatientes. Soldados de casas o guardias de mercaderes, en su mayor parte. Las fuerzas de lord Ituralde todavía esperan al lord Dragón antes de

penetrar en Shayol Ghul. —Bashere se atusó el bigote—. Una vez que haya entrado en ese valle, ya no habrá posibilidad de retirada.

—¿Y el ejército fronterizo? —preguntó Elayne.

—Aguantando —contestó Bashere, que señaló otro mapa en el que aparecía Shienar. Elayne se preguntó, distraída, si Ino habría querido estar luchando con el resto de los suyos en el desfiladero—. El último mensajero dijo que temían verse desbordados y que se estaba considerando una retirada controlada.

—¿Tan mal están las cosas? —Elayne frunció el entrecejo—. Se supone que iban a aguantar hasta que yo acabara con los trollocs en Andor y nos uniéramos a ellos. Ése era el plan.

—Sí, lo era —convino Bashere.

—Ahora vais a decirme que un plan, en la guerra, sólo dura hasta que se desenvaina la primera espada —adivinó Elayne—. ¿O, quizás, hasta que se dispara la primera flecha?

—Hasta que se enarbola la primera lanza —masculló Bashere entre dientes.

—Sé que ocurre eso con los planes —continuó Elayne, que plantó un dedo en el mapa—. Pero también sé que lord Agelmar es lo bastante bueno como general para contener a una caterva de trollocs, sobre todo con los ejércitos fronterizos respaldándolo.

—Se mantienen de momento —repitió Bashere—. Pero todavía los presionan con mucha fuerza. —Alzó una mano para cortar la protesta de— Elayne. —Sé que os preocupa la posible retirada, pero mi consejo es que no intentéis desautorizar a Agelmar. Su reputación como gran capitán es merecida, y se encuentra allí, mientras que nosotros estamos lejos. Él sabrá lo que hay que hacer.

—Sí —accedió Elayne tras respirar hondo—. Tenéis razón. Ved si Egwene puede enviarles tropas. Entretanto, nosotros tenemos que ganar la batalla aquí cuanto antes. —Combatir en cuatro frentes iba a agotar los efectivos con rapidez.

Ella no sólo contaba con luchar en terreno conocido, sino que también tenía todo a su favor. Si los otros ejércitos conseguían aguantar firmes mientras ella borraba del mapa a los trollocs de Andor, podría reunirse con Lan y Agelmar y convertir en victoria el estancamiento en el desfiladero. Desde allí, podría reforzar a Egwene y reclamar Kandor.

Su ejército era la pieza primordial de toda la operación. Si ella no vencía en Andor, los otros ejércitos no tendrían refuerzos a los que recurrir. Los efectivos de Lan e Ituralde menguarían de forma gradual hasta desaparecer, aniquilados en guerras de desgaste. Puede que Egwene tuviera una oportunidad, dependiendo de lo que la Sombra lanzara contra su posición. Elayne no quería saberlo.

—Necesitamos que los trollocs carguen contra nosotros. Ahora —dijo.

Bashere asintió con la cabeza.

—Organizad el acoso —instruyó Elayne—. Golpeadlos con andanadas constantes de flechas. Dejadles claro que, si no cargan, vamos a reducirlos a nada.

—¿Y si regresan al interior de la ciudad? —preguntó Trom—. Los incendios están perdiendo fuerza.

—Entonces, ni que queramos ni que no, sacaremos a escena esos dragones para arrasar Caemlyn. No podemos esperar más.

Androl hizo un esfuerzo por mantenerse despierto. La bebida que le habían hecho tragar lo tenía adormilado. ¿Para qué serviría?

«Tiene algo que ver con encauzar», pensó Androl, aturdido. El Poder Único no estaba a su alcance, aunque no lo habían escudado. ¿Qué clase de bebida le hacía algo así a un hombre?

El pobre Emarin yacía atado, sollozante. Aún no habían conseguido Trasmutarlo, pero a medida que pasaban las horas el noble parecía más y más próximo a claudicar. Androl se estiró y giró la cabeza. Apenas distinguía a los trece hombres que Taim había estado utilizando para el proceso. Se desplomaron al sentarse en torno a una mesa en la estancia poco iluminada. Se notaba que estaban exhaustos.

Androl recordó que Taim había chillado el día anterior. Había clamado contra sus hombres porque, según él, su trabajo iba muy lento. Habían empleado demasiada fuerza con los primeros hombres y mujeres que habían Trasmutado, y ahora, al parecer, les estaba costando mucho más trabajo conseguirlo.

Pevara dormía. La infusión la había dejado sin sentido. A Androl lo habían obligado a tomársela después de dársela a ella, pero casi como si fuera una ocurrencia de último momento. La mayor parte del tiempo parecía que se hubieran olvidado de él. De hecho, Taim se había enfurecido cuando descubrió que sus secuaces le habían dado la infusión a Pevara. Por lo visto su intención era que la siguiente en ser sometida a la Trasmutación fuera ella, y el proceso requería que la víctima pudiera encauzar.

—¡Soltadme!

Androl se volvió hacia la nueva voz. Abors y Mishraile metían a alguien a la fuerza por la puerta, una mujer de estatura baja y piel cobriza. Era Toveine, una de las Aes Sedai que Logain había vinculado.

Cerca, Logain —con los ojos cerrados como si lo hubiera golpeado una multitud de hombres furiosos— rebulló.

—¿Qué hacéis? —demandó Toveine—. ¡Luz! Yo…

Enmudeció de golpe cuando Abors la amordazó. El hombre de gruesas cejas era uno de los que se habían unido a Taim por voluntad propia, antes de que empezaran con la Trasmutación.

A pesar del aturdimiento, Androl intentó soltarse las manos de las ataduras. Las

cuerdas estaban atadas más prietas que antes. Eso era. Evin se había dado cuenta de que los nudos se habían aflojado un poco y había vuelto a atarlos.

Qué impotente se sentía. Qué inútil. Detestaba esa sensación. Si había algo a lo que Androl había dedicado su vida era a no ser nunca un inepto que no servía para nada. Saber siempre algo sobre la situación.

—Trasmutadla a ella la siguiente —ordenó la voz de Taim.

Androl se retorció y dobló el cuello. Taim se encontraba sentado a la mesa. Le gustaba permanecer allí para las Trasmutaciones, pero no miraba a Toveine. Acariciaba algo que tenía en las manos. Una especie de disco…

Se puso de pie de repente y se guardó el objeto en una bolsita atada a la cintura.

—Las otras protestan que están agotadas de tanto Trasmutar. Bien, pues, si Trasmutan a ésta, ella se unirá a sus filas y contribuirá con su fuerza. Mishraile, tú vienes conmigo. Ha llegado el momento.

Mishraile y otros cuantos se reunieron con Taim; habían estado de pie donde Androl no alcanzaba a verlos. Taim se dirigió a la puerta.

—Quiero a esa mujer Trasmutada cuando regrese —advirtió.

Lan galopaba a través del suelo rocoso; cabalgaba hacia el desfiladero por lo que le parecía la centésima vez, aunque llevaba luchando allí menos de una semana.

El príncipe Kaisel y el rey Easar lo alcanzaron y cabalgaron a sus flancos, a galope tendido.

—¿Qué ocurre, Dai Shan? —preguntó a voces Kaisel—. ¿Otro ataque? ¡No he visto la señal de emergencia!

Lan se inclinó hacia adelante, sombrío, bajo la tenue luz del crespúsculo; hogueras alimentadas con cadáveres y madera ardían a ambos lados del sector por el que encabezaba la carga de varios cientos de malkieri. Quemar cadáveres era difícil, pero no sólo necesitaban la luz: querían privar a los trollocs de algunas comidas.

Lan oyó algo al frente, algo que lo horrorizó. Algo que había estado temiendo que ocurriera.

Explosiones.

Los lejanos estallidos sonaban como peñascos chocando unos contra otros. Cada uno de ellos hacía que el aire ondeara.

—¡Luz! —La reina Ethenielle de Kandor se unió al grupo a lomos de su castrado blanco y le gritó a Lan—: ¿Es eso lo que creo que es?

Él asintió con la cabeza. Enemigos encauzadores.

Ethenielle llamó a su séquito gritando algo que Lan no entendió. La reina era una mujer regordeta y madura, con un aire muy de matrona para ser fronteriza. En su séquito iba lord Baldhere —su Portador de la Espada—, así como su nuevo marido, el canoso Kalyan Ramsin.

Se aproximaban al desfiladero, donde los guerreros combatían para contener a las bestias. Un grupo de jinetes kandoreses que se encontraban cerca de las hogueras, en el frente, salieron lanzados al aire con violencia.

—¡Lord Mandragoran!

Una figura con chaqueta negra les hizo señales con la mano. Narishma se apresuró a reunirse con ellos, acompañado por su Aes Sedai. Lan siempre tenía a un encauzador en las primeras líneas, pero les había dado órdenes de no luchar. Los necesitaba frescos para las emergencias.

Como la de ahora.

—¿Encauzadores? —preguntó Lan mientras refrenaba un poco a *Mandarb*.

—Señores del Espanto, Dai Shan —respondió Narishma, jadeante—. Puede que haya hasta dos docenas.

—Veinte encauzadores o más —dijo Agelmar—. Se abrirán paso a través de nosotros con tanta facilidad como una espada tajaría a un lechazo.

Lan recorrió con la mirada el paisaje lúgubre que antaño fuera su hogar. Un hogar que nunca había conocido.

Tendría que abandonar Malkier. Admitirlo era como si un cuchillo se retorciera dentro de él, pero lo haría.

—Ya tenéis vuestra retirada, lord Agelmar —dijo—. Narishma, ¿tus encauzadores pueden hacer algo?

—Podemos intentar cortar sus tejidos desde el aire si nos acercamos a galope todo lo que podamos —contestó el Asha'man—. Pero será duro, tal vez imposible, estando como están utilizando sólo hilos de Fuego y Tierra. Además, siendo ellos tantos… En fin, que nos convertiremos en sus blancos. Me temo que acabarían liquidándonos…

Un estallido cercano sacudió la tierra; *Mandarb* se encabritó y estuvo a punto de derribar a su jinete. Lan, casi cegado por el estallido de luz, se debatió para controlar al animal.

—¡Dai Shan! —gritó la voz de Narishma.

Lan parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos.

—¡Ve ante la reina Elayne! —bramó Lan—. Trae de vuelta encauzadoras para cubrir nuestra retirada. Nos harán pedazos sin ellas. ¡Muévete, hombre!

Agelmar ordenaba a voces la retirada y hacía que los arqueros se adelantaran para disparar a los encauzadores con el propósito de obligarlos a que se pusieran a cubierto. Lan desenvainó la espada y galopó para llevar de vuelta a los jinetes.

«La Luz nos guarde», pensó, mientras se desgañitaba y rescataba lo que podía de su caballería. El desfiladero estaba perdido.

Elayne esperaba en el Bosque de Braem, comida por los nervios.

Era una fronda antigua, de las que parecían tener alma propia. Los vetustos

árboles eran sus dedos nudosos que salían de la tierra para tocar el aire.

Costaba mucho no sentirse insignificante en un bosque como el de Braem. Aunque muchos de los árboles estaban desnudos de hojas, Elayne notaba un millar de ojos observándola desde la profundidad de la fronda. Se sorprendió recordando los cuentos que le relataban de pequeña, historias del bosque lleno de bandoleros, algunos buenos, otros con el corazón tan retorcido como el de los Amigos Siniestros.

«De hecho…», pensó Elayne, al recordar una de esas historias. Se volvió hacia Birgitte.

—Confiaba en que no te hubieran contado ése —dijo Birgitte con una mueca.

—¡Asaltaste a la reina de Aldeshar! —exclamó Elayne.

—Lo hice con mucha cortesía —repuso Birgitte—. No era una buena reina. Muchos aseguraban que no era la legítima soberana.

—¡Es cuestión de principios!

—Eso es exactamente por lo que lo hice. —Birgitte se puso ceñuda—. Al menos… Creo que lo era…

Elayne no continuó con el tema. Birgitte reaccionaba siempre con ansiedad cuando se daba cuenta de que sus recuerdos de vidas pasadas se estaban borrando de su memoria. A veces no se acordaba de nada sobre sus vidas anteriores; en otras ocasiones, ciertos incidentes regresaban a ella de golpe y de nuevo desaparecían un momento después.

Elayne iba a la cabeza de la unidad de retaguardia, que, en teoría, sería la que causaría el daño más grave al enemigo.

Crujieron hojas secas cuando una mensajera, falta de aliento, llegó de la zona de Viaje.

—Vengo de Caemlyn, majestad —dijo la mujer con una reverencia desde su caballo—. Lord Aybara ha conseguido entablar batalla con los trollocs. Vienen hacia aquí.

—Luz, se han tragado el anzuelo —exclamó Elayne—. Ahora nos toca hacer los preparativos. Ve a descansar un poco; vas a necesitar de toda tu fuerza dentro de poco.

La mensajera asintió con la cabeza y se alejó a galope. Elayne transmitió las nuevas a Talmanes, a los Aiel y a Tam al’Thor.

Al oír algo en la espesura, Elayne levantó una mano para interrumpir el informe que le daba una de sus guardias reales. *Sombra de Luna* avanzó, nerviosa, entre los hombres agazapados en los matorrales que había alrededor de Elayne. Ninguno habló. Daba la impresión de que los soldados casi ni respiraban.

Elayne abrazó la Fuente. El Poder la inundó y con él la dulzura de un mundo más vital. El bosque moribundo parecía tener más colorido con el abrazo del *Saidar*. Sí.

Había algo coronando las colinas a corta distancia. Sus soldados, millares de ellos, fustigando a caballos llevados al borde de la extenuación, se aproximaban al bosque a gran velocidad. Elayne recurrió al visor de lentes para atisbar la agitada masa de trollocs que los perseguía como oleadas negras que inundaban una tierra ya ensombrecida.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Arqueros, adelante!

Los hombres de Dos Ríos salieron entre el sotobosque que había delante de Elayne y formaron justo al límite de la primera línea de árboles. Era una de las unidades más pequeñas de su ejército; pero, si los informes sobre su destreza no eran exageraciones, resultarían tan útiles como una fuerza de arqueros tres veces más numerosa.

Unos cuantos hombres de los más jóvenes empezaron a encajar flechas en los arcos.

—¡Aguantad! —gritó Elayne—. Los que vienen hacia aquí son de los nuestros.

Tam y sus cabecillas repitieron la orden. Los hombres bajaron los arcos con nerviosismo.

—Majestad —dijo Tam, que se acercó a su montura—. Los chicos pueden alcanzarlos desde esta distancia.

—Nuestros soldados están aún demasiado cerca —contestó Elayne—. Hemos de esperarlos para atacar por los flancos.

—Perdón, milady, pero ningún hombre de Dos Ríos echaría a perder un disparo como éste. Esos jinetes están a salvo, y los trollocs tienen sus propios arcos —arguyó Tam.

Tenía razón en eso último. Algunos trollocs estaban haciendo un alto en la persecución para sacar sus enormes arcos de madera negra. Los hombres de Perrin cabalgaban con la espalda expuesta al alcance de las flechas enemigas, y había algunos que tenían esas flechas con negros penachos clavadas en las extremidades o en partes de sus monturas.

—Disparad —dijo Elayne.

—¡Arqueros, disparad! —repitió Birgitte mientras cabalgaba a lo largo de la línea.

Tam bramó la orden a los que estaban cerca.

Elayne bajó el visor de lentes cuando una brisa sopló a través del bosque haciendo chasquear hojas secas y sacudiendo ramas esqueléticas. Los hombres de Dos Ríos tensaron los arcos. ¡Luz! ¿De verdad podían disparar a tanta distancia y hacerlo con puntería? Los trollocs estaban a centenares de pasos.

Las flechas volaron alto, como halcones lanzados desde sus perchas. Había oído a Rand referirse a su arco y alguna vez ella había visto utilizar un arco largo de Dos Ríos, pero esto… Tantas flechas alzándose en el aire con una precisión increíble…

Las saetas trazaron un arco en el cielo y empezaron a caer, sin quedarse corta ni una sola. Se precipitaron sobre las filas enemigas, sobre todo en las de los arqueros trollocs. Unas pocas flechas negras rezagadas surcaron el aire, pero los hombres de Dos Ríos habían roto sus líneas con destreza.

—Eso sí que es una demostración de tiro con arco —manifestó Birgitte, que regresaba al trote—. Una excelente.

Los hombres de Dos Ríos dispararon más tandas en una rápida sucesión mientras los jinetes de Perrin entraban en el bosque.

—¡Ballesteros! —ordenó Elayne a la par que desenvainaba la espada y la alzaba bien alto—. ¡Adelante la Legión del Dragón!

Los hombres de Dos Ríos retrocedieron entre los árboles y los ballesteros ocuparon su posición. Elayne contaba con dos escuadrones de ese cuerpo pertenecientes a la Legión del Dragón, y Bashere los había instruido bien. Formaron en filas, unas de pie para disparar las armas mientras las otras recargaban estando de rodillas. La muerte desatada sobre los trollocs llegó como una onda demoledora y provocó una sacudida en la horda que se acercaba cuando miles se desplomaron muertos.

Elayne apuntó con la espada a los trollocs. Los hombres de Dos Ríos habían trepado a las ramas de la primera línea de árboles y dispararon flechas desde allí. Su puntería no era tan precisa desde la precariedad de esa posición, pero tampoco era necesario. Los trollocs se enfrentaban a la muerte que les llegaba del frente y de arriba, y las criaturas empezaron a trompicar con sus muertos.

«Vamos…», pensó Elayne.

Los trollocs avanzaron con denuedo para llegar hasta los arqueros. Un gran contingente de las criaturas se separó de la fuerza principal y se dirigió hacia el este. La calzada que rodeaba el Bosque de Braem se encontraba en esa dirección y tenía sentido que los trollocs la tomaran para después avanzar por ella y rodear a las fuerzas de Elayne. O eso pensarían los Fados.

—¡Retroceded al interior del bosque! —ordenó Elayne al tiempo que hacía señales con la espada—. ¡Deprisa!

Los ballesteros dispararon una última andanada y después desaparecieron en la fronda abriéndose paso por el sotobosque. Los hombres de Dos Ríos bajaron al suelo y se desplazaron con cautela entre los árboles. Elayne dio media vuelta y avanzó a un trote prudencial. A corta distancia hacia el interior del bosque, llegó junto a la formación de una compañía ghealdana de Alliandre, equipada con picas y alabardas.

—Iniciad la retirada tan pronto como ataquen —les gritó Elayne—. ¡Queremos atraerlos más adentro del bosque!

Había que llevarlos a todos hacia lo profundo de la fronda, donde los *siswai'aman* esperaban su llegada.

Los soldados asintieron con la cabeza. Elayne pasó al lado de la reina Alliandre, que montaba a caballo rodeada de una guardia reducida. La soberana de cabello oscuro le hizo una reverencia a Elayne desde su montura. Sus hombres habían pedido a su reina que se uniera a Berelain en el hospital de Mayene, pero Alliandre se había negado en redondo. Quizá ver a Elayne dirigir en persona a sus tropas había incitado a la mujer a tomar esa decisión.

Elayne los dejó atrás al mismo tiempo que los primeros trollocs irrumpían en la fronda, gruñendo y aullando. Para ellos, luchar en la espesura les resultaba más difícil. Los humanos sabían aprovechar mejor los escondrijos que ofrecía el bosque a fin de emboscar a los corpulentos trollocs que avanzaban a toda velocidad, como arietes, por entre la espesura, y atacarlos por detrás para ensartarlos o para cortarles los jarretes. Unidades de arqueros y ballesteros en movimiento podían dispararles desde cubierto, y si actuaban bien, los trollocs nunca sabrían de qué dirección llegaban las flechas.

Elayne conducía a la Guardia Real hacia la calzada, cuando oyó explosiones lejanas y gritos de trollocs. Los honderos habían empezado a lanzar los tronadores de Aludra contra las bestias a través de los árboles. Fogonazos de luz se reflejaban en los oscuros troncos.

Elayne llegó a la calzada justo a tiempo de ver un hervidero de trollocs que, dirigidos por varios Myrddraal con sus capas negras, se desbordaba por ella. Podrían rodear por los flancos a la fuerza de Elayne con rapidez, pero la Compañía de la Mano Roja ya había instalado los dragones en la calzada. Talmanes, con las manos enlazadas a la espalda y encaramado en un montón de cajas, observaba a su unidad. El estandarte de la Mano Roja —la palma de una mano ensangrentada sobre campo blanco ribeteado en rojo— ondeaba tras él, en tanto que Aludra voceaba distancias, impartía instrucciones y barbotaba alguna que otra maldición cuando los dragoneros cometían errores o se movían con demasiada lentitud.

Delante de Talmanes se alineaba casi un centenar de dragones en formación de combate de cuatro filas a lo ancho de la amplia vía y repartidos por el campo en torno a la calzada. Elayne se encontraba demasiado lejos para oírle dar la orden de disparar. Y quizá fue mejor estar a esa distancia, porque el retumbo atronador que siguió la sacudió como si el propio Monte del Dragón hubiese decidido entrar en erupción. *Sombra de Luna* se encabritó y relinchó, y Elayne tuvo que esforzarse para evitar que el animal la desmontara. Por fin, taponó las orejas de la montura con un tejido de Aire mientras los dragoneros hacían rodar las armas para apartarlas y dejar que la segunda fila abriera fuego.

Elayne se tapó los oídos al tiempo que tranquilizaba a *Sombra de Luna*. Birgitte seguía debatiéndose con su aterrorizada montura y por fin decidió desmontar de un salto y dejarla ir, pero Elayne apenas le prestaba atención. Escudriñaba a través del

humo que atestaba la calzada. La tercera línea de dragones rodaba para adelantarse y disparar.

A pesar de tener tapados los oídos, sintió temblar el suelo y sacudirse los árboles con el estampido. A continuación avanzó la cuarta fila, y en esta ocasión fueron sus huesos los que traquetearon. Elayne inhaló y exhaló para calmar los latidos del corazón y esperó que el humo aclarara.

En primer lugar vislumbró a Talmanes, bien erguido en su puesto. La primera línea de dragones había regresado a su posición tras recargar las armas. Las otras tres filas se apresuraban a recargar sus dragones metiendo la pólvora y las enormes esferas de metal con el atacador.

Una fuerte brisa proveniente del oeste despejó el humo lo bastante para que Elayne viera… Dio un respingo.

Millares de trollocs yacían en fragmentos humeantes, muchos arrojados fuera de la calzada. Brazos, piernas, mechones de áspero pelaje, trozos esparcidos en agujeros de unos dos pasos de ancho abiertos en el suelo. Donde antes había muchos miles de trollocs ahora sólo quedaba sangre, añicos de huesos y humo. Muchos de los árboles estaban destrozados, los troncos hechos astillas. De los Myrddraal que iban al frente no quedaba ni rastro; habían sido borrados del mapa.

Los dragoneros bajaron las varillas llamadas botafuegos con las que se aplicaba la mecha encendida, pero no dispararon esa carga. Unos cuantos trollocs supervivientes, cerca de su retaguardia, se escabulleron a trompicones y entraron en el bosque.

Elayne miró a Birgitte y sonrió. La Guardiana contemplaba la escena con aire solemne mientras varias mujeres de la guardia corrían tras su montura para devolvérsela.

—¿Y bien? —preguntó Elayne, quitándose los tapones de los oídos.

—Creo… —empezó Birgitte—. Creo que esas cosas son sucias. Y escandalosas. E imprecisas. Y jodidamente efectivas.

—Sí —convino Elayne con orgullo.

Birgitte sacudió la cabeza. Su montura había vuelto con ella y la Guardiana montó de nuevo.

—Yo solía pensar que un hombre y su arco eran la combinación más peligrosa que este mundo llegaría a conocer, Elayne —dijo—. Ahora, como si no fuera suficiente con los hombres que encauzan abiertamente y los seanchan que utilizan encauzadoras para combatir, tenemos esas cosas. No me gusta el camino que lleva esto. Si cualquier muchacho con un tubo de metal puede destruir todo un ejército…

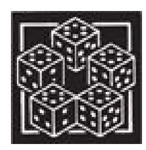
—¿Es que no te das cuenta? —inquirió Elayne—. No habrá más guerras. Ganaremos ésta y después habrá paz, como se propone Rand que ocurra. ¡Nadie salvo los trollocs combatirán sabiendo que se enfrenta a armas como éstas!

—Tal vez. —Birgitte sacudió la cabeza—. Quizá tengo menos fe que tú en la

sensatez de la gente.

Elayne resopló con desdén y alzó la espada en dirección a Talmanes; el hombre desenvainó la suya y respondió de igual forma. Se había dado el primer paso para destruir aquel ejército trolloc.

11



Solo un mercenario mas

Soy consciente de que ha habido… desacuerdos entre nosotras en el pasado —dijo Adelorna Bastine, que cabalgaba al lado de Egwene a través del campamento. Era una mujer delgada, de aspecto regio; los ojos rasgados y el cabello oscuro revelaban su procedencia saldaenina—. Lamentaría que nos hubieseis considerado enemigas.

—No lo hice —repuso Egwene con cautela—. Ni lo hago.

No preguntó a qué se refería Adelorna al utilizar ese plural. Era Verde, y Egwene había sospechado durante un tiempo que era Capitán General, nombre que las Verdes daban a la cabeza de su Ajah.

—Eso está bien. Algunas mujeres del Ajah se han comportado de un modo absurdo. Se las ha… puesto al corriente sobre sus equivocaciones. No encontraréis más resistencia entre quienes deberían haberos apreciado más que nadie, madre. Pasara lo que pasara, dejémoslo atrás.

—Sí, dejémoslo —se mostró de acuerdo Egwene.

«Ahora, después de todo lo ocurrido, ¿las Verdes intentan que actúe como si hubiese pertenecido a su Ajah?», pensó, divertida.

Bien, pues, se valdría de ellas. Había temido que su relación con ese Ajah no tuviera arreglo. Elegir a Silviana como su Guardiana había tenido por resultado que muchas decidieran tratarla como a una enemiga. Egwene había oído rumores respecto a que muchas pensaban que habría elegido el Rojo como su Ajah a despecho de que, además de tener Guardián, también se había casado con él.

—Si no es indiscreción, ¿se debe a algún incidente en particular el que se haya… tendido este puente para salvar nuestras diferencias?

—Hay quienes ignoran deliberadamente lo que hicisteis durante la invasión seanchan, madre —dijo Adelorna—. Demostrasteis tener el espíritu de una guerrera. De un general. Eso es algo de lo que el Ajah Verde no puede hacer caso omiso. De hecho, debemos tomarlo como un ejemplo. Así se ha decidido y así lo han resuelto quienes dirigen el Ajah.

La implicación era obvia. Adelorna era la cabeza del Ajah Verde. Decirlo abiertamente no sería apropiado, pero facilitar a Egwene esa información daba la medida de su confianza y respeto.

«Si hubieseis ascendido desde nuestro Ajah —quería decir aquello—, habríais

sabido quién lo dirige. Habríais sabido nuestros secretos. Ahora os entrego esos conocimientos». También había un fondo de gratitud. Egwene había salvado la vida a Adelorna durante el asalto seanchan a la Torre Blanca.

La Amyrlin no pertenecía a ningún Ajah y, de hecho, Egwene era el mejor ejemplo de ello, más que cualquiera de sus predecesoras en el cargo, porque nunca había llegado a formar parte de ninguno de ellos. Con todo, ese gesto de Adelorna era conmovedor. Puso la mano en el brazo de la Verde en un gesto de agradecimiento y después le dio permiso para marcharse.

Gawyn, Silviana y Leilwin se habían apartado a un lado, como Egwene les había mandado después de que Adelorna le pidiera sostener una conversación en privado. Esa seanchan… Egwene vacilaba entre mantenerla cerca para vigilarla o mandarla lejos, muy lejos.

Al final resultó que la información de Leilwin sobre los seanchan había sido útil. Hasta donde ella podía juzgar, Leilwin le había dicho la verdad. De momento, la mantendría cerca, aunque sólo fuera por la frecuencia con que se le ocurrían nuevas preguntas sobre los seanchan. Leilwin actuaba más como una guardia personal que como una prisionera. Como si ella pudiera confiar su seguridad a una seanchan, nada menos. Egwene meneó la cabeza y siguió cabalgando entre las tiendas y las hogueras del ejército. La mayoría estaban vacías, ya que Bryne tenía a los hombres en formación de combate porque esperaba que los trollocs llegaran en el transcurso de una hora.

Egwene encontró a Bryne organizando sus mapas y documentos con aire tranquilo en una tienda próxima al centro del campamento. Yukiri estaba allí, cruzada de brazos. Egwene desmontó y entró en la tienda. Bryne alzó la vista con brusquedad.

—¡Madre! —exclamó el hombre de un modo que la hizo pararse en seco.

Bajó la vista al suelo. Había un agujero en la lona del piso de la tienda, y había estado a punto de pisar en él.

Era un acceso. El otro lado parecía estar abierto en el aire y desde allí arriba se divisaba el ejército trolloc que cruzaba las colinas. Durante la última semana habían tenido lugar muchas escaramuzas, y los arqueros y los jinetes habían hecho una escabechina con los trollocs que marchaban en bloque hacia las colinas y la frontera con Arafel.

Egwene observó a través de aquel acceso del suelo. Estaba muy alto, fuera del alcance de tiro de los arcos, pero mirar a los trollocs a través de aquel agujero le producía vértigo.

—No sé si considerar esto brillante o increíblemente temerario —le dijo a Bryne.

Él sonrió y volvió a sus mapas.

—Ganar guerras tiene mucho que ver con la información, madre —le contestó a Egwene—. Si vemos exactamente lo que están haciendo, como por ejemplo por

dónde intentan rodearnos y cómo les llegan fuerzas de reserva, podemos prepararnos. Esto es mejor que vigilar desde una atalaya. Debería habérseme ocurrido hace muchísimo tiempo.

—La Sombra cuenta con Señores del Espanto que encauzan, general —dijo Egwene—. Atisbar por este acceso podría conduciros a morir carbonizado. Eso sin contar con los Draghkar. Si una bandada de esos seres entrara volando a través de este agujero…

—Los Draghkar son Engendros de la Sombra, y tengo entendido que morirían si pasan a través de un acceso —argumentó Bryne.

—Supongo que tenéis razón —admitió Egwene—, pero entonces os encontraríais con una bandada de Draghkar muertos aquí dentro. En cualquier caso, los encauzadores pueden atacar a través del acceso.

—Correré el riesgo. La ventaja que ofrece es increíble.

—Con todo, preferiría que utilizaseis exploradores que vigilaran a través del acceso, en lugar de hacerlo vos —insistió Egwene—. Sois un integrante muy importante para nuestros ejércitos, uno de los más valiosos. Es imposible evitar los riesgos, pero procurad reducirlos al máximo, por favor.

—Sí, madre.

Egwene examinó los tejidos y después miró a Yukiri.

—Me ofrecí voluntaria, madre —dijo la mujer antes de que Egwene tuviera ocasión de preguntar por qué una Asentada acababa realizando un simple servicio de accesos—. Nos mandó llamar para preguntar si crear un acceso como éste, horizontal en lugar de vertical, era posible. Me pareció una incógnita interesante.

A Egwene no le sorprendió que hubiera enviado el recado a las Grises. Entre ellas empezaba a afianzarse la idea de que, igual que las Amarillas se especializaban en tejidos de Curación y las Verdes en tejidos de batalla, las Grises deberían hacerlo en tejidos de Viaje. Por lo visto consideraban que Viajar era parte de su vocación como mediadoras y embajadoras.

—¿Puedes mostrarme nuestras líneas? —pidió Egwene.

—Desde luego, madre.

Yukiri cerró el acceso y abrió otro para que Egwene contemplara desde arriba las líneas de batalla de su ejército mientras formaban en posiciones defensivas en las colinas.

En verdad esto era más eficaz que los mapas. Ningún mapa podía trasladar completamente la configuración del terreno o el modo en que se desplazaban las tropas. Egwene tenía la sensación de estar mirando una réplica exacta del paisaje en miniatura.

De repente la asaltó el vértigo. Se encontraba de pie al borde de una caída de centenares de pies. La cabeza le dio vueltas y retrocedió un paso al tiempo que hacía

una profunda inhalación.

—Hay que poner una cuerda alrededor de esto —dijo—. Alguien podría pisar fuera del borde.

«O precipitarse de cabeza al vacío mientras observa», pensó.

—Envié a Siuan a buscar algo así —se mostró de acuerdo Bryne. Entonces vaciló —. Aunque no le hizo ninguna gracia que se lo encargara a ella, de modo que es posible que regrese con algo inservible por completo.

—No dejo de darle vueltas al asunto —intervino Yukiri—. ¿No habría un modo de crear un acceso como éste, pero haciéndolo de forma que sólo dejara pasar la luz a través? Como una ventana. Uno podría estar de pie encima y mirar hacia abajo sin miedo a caer a través de ella. Con los tejidos adecuados, podría hacerse de forma que fuera invisible desde el otro lado…

«¿De pie en ella? Luz. Tendría que estar loco quien lo hiciera».

—Lord Bryne, vuestras líneas defensivas parecen muy sólidas —dijo Egwene.

—Gracias, madre.

—También tienen ciertas deficiencias.

Bryne alzó la cabeza de los mapas. Otros hombres habrían reaccionado mal a la crítica, pero él no lo hizo. Quizá se debía a la larga práctica de vérselas con Morgase.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Habéis situado a las tropas en la formación habitual —adujo Egwene—. Los arqueros delante y en las colinas, para frenar el avance del enemigo. La caballería pesada para cargar, golpear y, a continuación, retirarse. Piqueros para mantener la posición, caballería ligera para proteger nuestros flancos y evitar que nos rodeen.

—Las estrategias de batalla más fiables a menudo son aquellas que han demostrado su eficacia con el paso del tiempo —comentó Bryne—. Tendremos un gran contingente, con todos esos Juramentados del Dragón, pero aun así nos siguen superando mucho en número. No podemos ser más agresivos de lo que hemos sido aquí.

—Sí, claro que podéis —lo contradijo Egwene con calma. Le sostuvo la mirada —. Esta batalla no se parece a ninguna de las que hayáis dirigido hasta ahora, general. Disponéis de una gran ventaja que no estáis teniendo en cuenta.

—¿Os referís a las Aes Sedai?

«Pues claro que me refiero a ellas, puñetas», pensó. Luz, había pasado demasiado tiempo con Elayne.

—Sí os he tenido en cuenta, madre —contestó Bryne—. Mi plan es que las Aes Sedai sean un cuerpo de reserva que ayude a las compañías en la retirada para poder rotar turnos de tropas descansadas.

—Con todo respeto, lord Bryne, acepto que vuestros planes son sensatos y, por supuesto, algunas de las Aes Sedai deberían encargarse de esa tarea. No obstante, la

Torre Blanca no se ha preparado y entrenado durante miles de años para quedarse al margen de la Última Batalla como un cuerpo de reserva —replicó, poniendo énfasis a lo último.

Bryne asintió con la cabeza y extrajo un puñado de documentos que había debajo de todo el montón.

—He considerado otras posibilidades más… dinámicas, pero no quería extralimitarme en mis atribuciones. —Le tendió los documentos.

Egwene les echó una ojeada y enarcó una ceja. Luego sonrió.

Mat no recordaba haber visto nunca tantos gitanos alrededor de Ebou Dar. Carretas pintadas en tonos llamativos crecían como setas de colores vivos en un campo, por lo demás, pardo. Eran tan numerosas que habrían bastado para crear una puñetera ciudad. ¿Una ciudad de gitanos? Eso sería como… Como una ciudad de Aiel. Tan fuera de lugar la una como la otra.

Taconeó a *Puntos* para ponerlo al trote. Claro que, en realidad, había una ciudad Aiel; así que, tal vez, algún día también habría una ciudad Tuatha'an. Comprarían todos los tintes de colores vivos y todas las demás personas del mundo tendrían que vestir de marrón. No habría peleas en la ciudad, así que sería aburrida hasta el hartazgo. ¡Pero tampoco habría una sola cacerola con un puñetero agujero en el culo en un radio de treinta leguas!

Mat sonrió y dio unas palmaditas a *Puntos*. Había tapado la *ashandarei* lo mejor posible para que pareciera un simple bastón de caminante atado con una correa al costado del caballo. Dentro del fardo que llevaba colgado en las alforjas iba su sombrero, junto con todas sus chaquetas bonitas. A la que llevaba puesta le había quitado las puntillas. Una lástima, pero no quería que alguien lo reconociera.

Se había enrollado a la cabeza una venda de forma que le tapaba la cuenca del ojo que le faltaba. A medida que se aproximaba a la puerta de Dal Eira, se puso en fila junto a las otras personas que esperaban recibir permiso para entrar. Tenía que hacerse pasar por un mercenario más que estaba herido e iba a la ciudad en busca de refugio o tal vez de trabajo.

Se aseguró de ir agachado en la silla. Mantener la cabeza baja: un buen consejo en el campo de batalla y cuando uno entraba en una ciudad donde la gente lo conocía. Allí no podía ser Matrim Cauthon. Matrim Cauthon había dejado a la reina de esa ciudad atada, y había acabado asesinada. Muchos sospecharían que él era el asesino. Luz, hasta él habría sospechado de sí mismo. Beslan lo odiaría, y a saber qué sentiría Tuon por él, ahora que llevaban un tiempo separados.

Sí, más valía permanecer callado y con la cabeza agachada. Cuando llegara a la puerta, tantearía el terreno para saber dónde se metía. Es decir, si es que alguna vez llegaba al principio de esa condenada fila. ¿Desde cuándo había que hacer cola para

entrar en una ciudad?

Por fin llegó a la puerta. El aburrido soldado que estaba de guardia tenía una jeta tan fea que parecía que le hubieran atizado con una pala, además de llevarla pringada de tierra; mejor habría estado encerrado bajo llave dentro de un cobertizo. Miró a Mat de arriba abajo.

—¿Has prestado los juramentos, viajero? —preguntó el guardia con el cansino acento seanchan, arrastrando las palabras.

Al otro lado de la puerta, un soldado distinto indicó a la siguiente persona en la fila, con un movimiento de la mano, que se acercara.

—Sí, claro que los he prestado —contestó Mat—. Presté los juramentos al gran imperio seanchan y a la propia emperatriz, así viva para siempre. Soy un pobre mercenario que está de viaje, y en otro tiempo fui servidor de la casa Haak, una familia noble de Murandy. Perdí el ojo en un enfrentamiento con bandidos en el Bosque Cha-Valitas, hace dos años, al proteger a una chiquilla que encontré abandonada en la espesura. La crie como si fuera hija mía, pero…

El soldado le hizo un gesto con la mano para que se marchara. Parecía que ese tipo no había prestado la menor atención. Mat consideró la posibilidad de no moverse del sitio por principio. ¿Por qué esos soldados obligaban a la gente a hacer una cola tan larga que le daba tiempo a inventar una historia como tapadera para después no oírla siquiera? Eso podía ofender a un hombre, aunque no a Matrim Cauthon, que siempre estaba de buen talante y nunca se enfadaba. Pero habría otros que sí, seguro.

Refrenando la irritación, siguió adelante. Bien, sólo tenía que llegar a la taberna adecuada. Lástima que el establecimiento de Setalle hubiera dejado de ser una opción válida. Eso tenía…

Mat se quedó rígido en la silla, aunque *Puntos* continuó avanzando sin prisa, a su paso. Mat acababa de echar una rápida ojeada al otro guardia de la puerta. ¡Era Petro, el hombre forzudo del espectáculo ambulante de Valan Luca!

Mat miró hacia otro lado y volvió a sentarse inclinado en la silla, tras lo cual lanzó un vistazo rápido por encima del hombro. Y tanto que era Petro. Esos brazos largos y ese cuello grueso como un tronco de árbol eran inconfundibles. Petro no era un hombre alto, pero sí tan ancho que un ejército entero habría podido cobijarse a su sombra. ¿Qué hacía de vuelta en Ebou Dar? ¿Por qué llevaba un uniforme seanchan? Mat estuvo a punto de dar media vuelta para hablar con él, ya que siempre habían mantenido un trato amistoso, pero el uniforme seanchan hizo que se lo replanteara.

En fin, al menos su suerte no lo había abandonado. Si le hubiera tocado con Petro en lugar del guardia con el que había hablado, lo habría reconocido, seguro. Mat soltó la respiración que había estado conteniendo y desmontó para llevar a *Puntos* por las riendas. La ciudad estaba abarrotada y no quería que el caballo empujara a alguien y lo tirara. Además, *Puntos* llevaba bastantes bultos para que pareciera un caballo de

carga… Para el ojo inexperto de quien no supiera nada de caballos, se entiende. Asimismo, si iba a pie tal vez llamaría menos la atención.

Quizá tendría que haber empezado a buscar en una taberna del Rahad. Allí siempre era fácil enterarse de los rumores que corrían, aparte de ser un sitio donde se jugaba a los dados. También era el lugar donde sería más fácil acabar con un cuchillo clavado en las tripas, y eso ya era mucho decir en Ebou Dar. En el Rahad la gente tenía tanta propensión a sacar los cuchillos y empezar a matarse, como a dar los buenos días por la mañana.

No fue al Rahad. Ahora le parecía diferente. Había soldados apostados en la entrada. Generaciones de sucesivos dirigentes de Ebou Dar habían permitido que los problemas en el barrio del Rahad fueran a peor, sin intervenir, pero los seanchan no eran de la misma opinión.

Mat les deseó suerte. El Rahad había rechazado todas las invasiones hasta entonces. Luz. Rand debería haberse escondido allí, en lugar de ir a luchar en la Última Batalla. Los trollocs y los Amigos Siniestros habrían ido a darle caza allí, y el Rahad los habría dejado a todos inconscientes en un callejón, con los bolsillos vueltos del revés y los zapatos vendidos por cuatro cobres. Mat captó un fugaz atisbo de Rand afeitándose, pero rechazó la imagen con contundencia.

Se fue abriendo camino con el hombro por un atestado puente que cruzaba un canal, sin perder de vista las alforjas pero, hasta el momento, ni un solo cortabolsas había hecho intención de arramblar con ellas. Con una patrulla seanchan en cada esquina, para Mat quedaba claro el porqué. Mientras se cruzaba con un hombre que pregonaba las noticias del día, un tipo con indicios de estar al tanto de los rumores y compartirlos a cambio de un poco de dinero, Mat se sorprendió a sí mismo sonriendo. Le sorprendía lo familiar que le resultaba esa ciudad, incluso lo cómodo que se sentía en ella. Le había gustado vivir allí. Aunque guardaba un vago recuerdo de haber protestado por tener ganas de irse —probablemente después de que se le viniera encima la pared, ya que Matrim Cauthon no era de los que protestaban cada dos por tres—, ahora se daba cuenta de que el tiempo pasado en Ebou Dar estaba entre las mejores épocas de su vida. Había partidas de cartas y de dados a montones en esa ciudad.

Tylin. Qué puñetas, ése sí que había sido un juego divertido. Ella siempre había sabido sacar lo mejor de él, una y otra vez. Ojalá que la Luz pusiera en su camino montones de mujeres que supieran hacer eso, aunque no en una rápida sucesión, y siempre y cuando él supiera dónde estaba la puerta de atrás. Tuon era una de ellas. Ahora que lo pensaba, era muy probable que nunca necesitara otra. Era de armas tomar, y a un hombre le bastaba y le sobraba con ella. Sonrió de nuevo y le dio palmaditas en el cuello a *Puntos*. En justa correspondencia, el caballo resopló a Mat en el cogote.

Era curioso que ese sitio le pareciera más su hogar que Dos Ríos. Sí, los ebudarianos eran susceptibles, pero en todas partes cocían habas. De hecho, cuanto más lo pensaba, Mat descubría que nunca había conocido a gente que no fuera quisquillosa por una cosa o por otra. A los fronterizos no había quien los entendiera, y lo mismo pasaba con los Aiel, aunque eso último holgaba decirlo. Luego estaban los cairhieninos y sus extraños juegos. Y los tearianos y sus ridículas jerarquías. Los seanchan y su… «seanchanismo».

Era la pura verdad. Todo el mundo, aparte de Dos Ríos y —en menor medida— Andor, estaba jodidamente chiflado. Y un hombre debía estar preparado para eso.

Siguió adelante, procurando ser afable para no encontrarse con un cuchillo en la barriga. El aire olía a centenares de confites y dulces distintos, y el chachareo de la multitud era un apagado rumor en sus oídos. Los ebudarianos aún vestían con sus atuendos coloridos; quizás era la razón de que los gitanos hubieran ido allí, atraídos por los intensos colores, como soldados atraídos por la cena. Sea como fuere, las ebudarianas lucían vestidos con corpiños ajustados y adornados con puntillas que dejaban ver buena parte del busto, y no era que él los mirara. Debajo de las faldas, recogidas a un lado o por delante con ese fin, asomaban enaguas de colores. A eso nunca le había encontrado sentido. ¿Por qué poner las prendas de colores vivos debajo? Y, si se hacía, ¿por qué tomarse tantas molestias para taparlas y después hacer lo contrario y recoger hacia arriba la ropa de fuera?

Los hombres llevaban chalecos largos, también de colores vivos, tal vez para disimular las manchas de sangre cuando alguien los acuchillaba. Era absurdo tirar un buen chaleco sólo porque el tipo que lo llevaba puesto moría asesinado por preguntar qué tal tiempo hacía. Sin embargo, mientras Mat seguía avanzando por la ciudad se topó con menos duelos de lo que había esperado. Nunca habían sido tan frecuentes en esa parte de la ciudad como en el Rahad, pero algunos días casi no se podían dar dos pasos sin pasar al lado de dos hombres con los cuchillos empuñados. Ese día no vio ni siquiera uno.

Algunos ebudarianos —a menudo se los identificaba por el tono aceitunado de la piel— paseaban vestidos con ropas seanchan. Todo el mundo era muy cortés. Tanto como un crío de seis años que acaba de oírte decir que tienes en la cocina una tarta de manzana recién hecha.

La ciudad era la misma, pero diferente. Como una imagen que, comparada con la que uno guarda en el recuerdo, le parece «desvaída» uno o dos tonos. Y no se debía sólo a la ausencia de barcos de los Marinos en el puerto. Era por los seanchan, obviamente. Habían implantado normas desde que él se había marchado. ¿De qué clase?

Mat condujo a *Puntos* a un establo que parecía bastante respetable. Una rápida ojeada a los animales albergados en él le reveló que allí los cuidaban bien, y había

bastantes que eran muy buenas monturas. La prudencia aconsejaba elegir un establo con buenos caballos, aunque costara un poco más.

Dejó a *Puntos*, recogió su fardo y usó la *ashandarei*, todavía bien envuelta, como un bastón de caminante. Encontrar una buena taberna resultaba tan complicado como elegir un buen vino. Uno quería alguna que fuera antigua, pero que no estuviera en malas condiciones. Limpia, pero no demasiado; una taberna impecable era aquella que no se había utilizado de verdad. Mat no soportaba ese tipo de establecimientos donde la gente se sentaba en silencio alrededor de una mesa para tomar té, y que acudía allí básicamente para que la vieran.

No, una buena taberna estaba desgastada y usada, como un buen par de botas. También era resistente, de nuevo como lo eran unas buenas botas. Siempre y cuando la cerveza no supiera como unas buenas botas, uno había dado con el premio gordo. Los mejores establecimientos para obtener información se encontraban en el Rahad, pero llevaba una ropa demasiado buena para hacer una visita a ese barrio, y no quería toparse con lo que quiera que los seanchan estuvieran haciendo allí.

Se asomó a una posada llamada La Flor de Invierno e inmediatamente dio media vuelta y se marchó. Guardias de la Muerte de uniforme. No quería correr el albur de toparse con Furyk Karede. La siguiente posada estaba alumbrada en demasía, mientras que la de más allá le pareció demasiado oscura. Tras una hora aproximadamente de búsqueda —y sin haber visto duelo alguno— empezó a perder la esperanza de encontrar el sitio adecuado. Entonces oyó el tintineo de dados en un cubilete.

Al principio, pegó un brinco al creer que esos condenados dados sonaban en su cabeza. Por suerte, eran dados normales y corrientes. Benditos y maravillosos dados. El sonido dejó de oírse un momento después, arrastrado por el viento entre las gentes que ocupaban las calles. Con la mano en la bolsa del dinero y el fardo echado al hombro, se abrió paso entre la multitud al tiempo que mascullaba disculpas. En un callejón cercano vio un letrero colgado de una pared.

Se dirigió hacia allí y leyó las palabras «La Gresca Anual» estampadas en cobre sobre el rótulo. Tenía un dibujo de gente aplaudiendo, y del interior salía el sonido de los dados mezclado con el olor a vino y a cerveza. Mat entró. Un seanchan carirredondo se encontraba justo al lado de la puerta, recostado en la pared con aparente desinterés y una espada al cinto. Dirigió a Mat una mirada desconfiada. Bueno, Mat no conocía a ningún vigilante de taberna que no echara esa mirada a cualquier hombre que entrase. Mat alzó la mano para tocar el ala del sombrero como saludo al hombre, pero, claro está, no lo llevaba puesto. Maldición. A veces se sentía desnudo sin él.

—¡Jame! —gritó una mujer desde el interior del local—. No estarás mirando mal a los clientes otra vez, ¿verdad?

—Sólo a los que se lo merecen, Kathana —respondió el tipo, con el cansino acento seanchan—. Y seguro que éste entra en esa clase.

—Soy un humilde viajero que busca jugar una partida de dados y beber un poco de vino —afirmó Mat—. Nada más. Desde luego, no busco jaleo.

—¿Y por eso llevas una media pica? —inquirió Jame—. ¿Envuelta así?

—Oh, déjalo ya —dijo la mujer, Kathana. Había cruzado la sala y agarró a Mat por la manga de la chaqueta para tirar de él hacia el mostrador. Era baja, de cabello oscuro y tez blanca. No era mucho mayor que él, pero tenía un inequívoco aire maternal—. No le hagáis caso. No arméis jaleo y no se verá obligado a apuñalaros, mataros o cualquier variante entre lo uno y lo otro.

Hizo que Mat se sentara en una banqueta del mostrador y empezó a trajinar detrás del mostrador. La sala estaba poco iluminada, pero el ambiente era amistoso. La partida de dados se jugaba a un lado; un rato de esparcimiento sano, porque la gente reía y daba palmadas en la espalda a los amigos por una derrota asumida con buen humor. Allí no había miradas de angustia de hombres que se jugaban su última moneda.

—Os hace falta comer —manifestó Kathana—. Tenéis el aspecto de quien no ha tomado un buen plato de algo sustancioso durante una semana. ¿Cómo perdisteis el ojo?

—Era un guardia de un lord en Murandy —contestó—. Lo perdí en una emboscada.

—Eso es una mentira, y gorda —contestó Kathana, que soltó con fuerza un plato delante de él lleno de lonchas de cerdo, bañadas con salsa—. Aunque mejor que la mayoría. Además, la habéis dicho con seguridad. Casi os he creído. Jame, ¿quieres comer?

—¡Tengo que vigilar la puerta! —contestó él a voces.

—Luz, hombre. ¿Es que esperas que alguien se la lleve? Ven aquí.

Jame rezongó, pero se dirigió al mostrador y se sentó en una banqueta, al lado de Mat. Kathana puso una jarra de cerveza delante de él y el hombre se la llevó a los labios, con la mirada fija al frente.

—Te estoy vigilando —le dijo en voz baja a Mat.

Mat no estaba seguro de estar en la taberna adecuada para él, pero tampoco sabía con seguridad si podría escabullirse con la cabeza en su sitio a no ser que se comiera lo que había en el plato, como le había dicho la mujer. Lo probó; sabía bastante bueno. Ella se había apartado y movía un dedo mientras sermoneaba a un hombre sentado a una de las mesas. Parecía de las que sermonearían a un árbol por crecer en el sitio equivocado.

«A esta mujer nunca se le debería permitir estar en la misma habitación que Nynaeve —pensó Mat—. Al menos, estando yo para que me chillen».

Kathana regresó, ajetreada. Lucía un Cuchillo de Esponsales al cuello, aunque Mat no miró más de unos pocos segundos debido a ser un hombre casado. Kathana llevaba la falda recogida por un costado, al estilo de las plebeyas ebudarianas. Mientras ella regresaba al mostrador y preparaba un plato de comida para Jame, Mat se fijó en que el hombre la miraba con cariño y llegó a una conclusión.

—¿Lleváis mucho tiempo casados los dos? —preguntó.

Jame lo miró en silencio unos instantes.

—No —contestó por fin—. No hace mucho tiempo que estoy a este lado del océano.

—Supongo que tiene sentido —dijo Mat, que echó un trago a la cerveza que tenía delante.

No era mala, si se tenía en cuenta lo horrible que sabía casi todo últimamente. Ésa sólo sabía un poco mal.

Kathana se acercó a los hombres que jugaban a los dados y exigió que comieran más, porque estaban pálidos. Lo asombroso era que ese tipo, Jame, no pesara como dos caballos juntos. No obstante, ella hablaba un poco, así que quizá podría sonsacarle la información que necesitaba.

—Parece que ya no hay tantos duelos como antes —comentó cuando la mujer pasaba delante de él.

—Eso es por una norma seanchan —contestó Kathana—, de la nueva emperatriz, así viva para siempre. No ha prohibido los duelos por completo, y menos mal que no lo hizo. Los ebudarianos no se sublevarán por algo tan nimio como ser conquistados, pero quitarles los duelos… Entonces sí que se habría montado una buena. Sea como sea, ahora los duelos han de llevarse a cabo teniendo como testigo a un oficial del gobierno. Uno no puede batirse en duelo sin responder un centenar de preguntas y pagar unos honorarios. Eso está quitándole toda la gracia a la cosa.

—Ha salvado vidas —argumentó Jame—. Los hombres aún pueden matarse con sus cuchillos si están decididos a hacerlo. Sólo tienen que darse tiempo para tranquilizarse y pensar.

—Los duelos no tienen nada que ver con pensar —replicó Kathana—. Pero supongo que eso significa que no he de preocuparme de que te corten tu bonita cara en la calle.

Jame resopló con guasa y posó la mano en la espada. Mat reparó por primera vez en que la empuñadura tenía marcas de la garza, aunque no alcanzaba a ver si también las tenía la hoja. Antes de que Mat tuviera ocasión de hacer otra pregunta, Kathana se alejó y empezó a chillar a unos hombres que habían derramado cerveza en la mesa. Parecía ser de las que no podían permanecer en un mismo sitio mucho tiempo.

—¿Cómo está el tiempo por el norte? —preguntó Jame, todavía mirando al frente.

—Deprimente —repuso Mat con sinceridad—. Como en todas partes.

—Los hombres dicen que es la Última Batalla —apuntó Jame.

—Lo es.

Jame soltó un quedo gruñido.

—Pues, en ese caso, sería un mal momento para entrometerse en política, ¿no te parece?

—¡Y tanto! La gente tendría que dejar de entretenerse con esos jueguecitos y echar una ojeada al cielo, puñetas.

—Muy cierto. —Jame lo miró—. Deberías hacer caso de lo que dices.

«Luz —pensó Mat—. Debe de creer que soy un espía o algo parecido».

—Nunca elegiría meterme en eso —contestó—. A veces la gente sólo escucha lo que quiere oír.

Se comió otro trozo de carne, que sabía todo lo bien que uno podía esperar. Comer en la actualidad era como ir un a un baile donde sólo había chicas feas. Pero esa carne, sin embargo, estaba entre las mejores de las malas que había tenido la desgracia de comer últimamente.

—Un hombre listo debería reconocer la verdad —comentó Jame.

—Para eso hay que encontrarla antes —dijo Mat—. Lo cual es más difícil de lo que la mayoría de los hombres creen.

Detrás de ellos, Kathana resopló con sorna al pasar, afanosa.

—La «verdad» es algo de lo que los hombres discuten en el mostrador cuando están demasiado ebrios para recordar cómo se llaman. Lo cual significa que la compañía no es buena. Yo no le daría demasiada importancia a eso, viajero.

—Me llamo Mandevwin —dijo Mat.

—Sí, seguro. —Kathana lo miró entonces—. ¿Os han dicho alguna vez que deberíais llevar sombrero? Iría muy bien con que os falte un ojo.

—¿De veras? —exclamó Mat con sequedad—. ¿También dais consejos sobre modas además de hacer comer a la clientela?

La mujer le dio un golpe en la cabeza con el trapo de limpiar.

—Acabaos la comida —instruyó.

—Mira, amigo —dijo Jame, volviéndose hacia él—. Sé qué eres y por qué estás aquí. Esa venda falsa del ojo no me engaña. Llevas cuchillos arrojadizos metidos en las mangas y otros seis en el cinturón, que yo cuente. Nunca he conocido un hombre con un ojo que pueda lanzar bien ni una judía seca. Ella no es un blanco tan fácil como vosotros, forasteros, creéis. No pasarás nunca al palacio, cuanto menos entre su guardia personal. ¿Por qué no vas a buscarte un trabajo decente?

Mat se quedó mirando boquiabierto al hombre. ¿Creía que era un asesino? Mat subió la mano a la cara y se quitó el vendaje para dejar a la vista el agujero donde antes tenía el ojo.

Jame lo miró de hito en hito.

—¿Es que hay asesinos que van por Tuon? —preguntó con calma.

—No uséis su nombre así —advirtió Kathana, que empezó a pegarle otra vez con el trapo.

Mat alargó la mano hacia atrás, sin mirar, y asió la punta del trapo. Sostuvo la mirada de Jame con el único ojo, sin inmutarse.

—¿Hay asesinos que van por Tuon? —repitió, de nuevo con calma.

Jame asintió con la cabeza antes de hablar.

—La mayoría de los forasteros ignoran cómo se hacen las cosas. Varios han pasado por la posada. Sólo uno admitió la razón por la que había venido aquí. Me ocupé de que su sangre humedeciera la tierra polvorienta del recinto de duelos.

—En ese caso, te considero amigo mío —dijo Mat, que se puso de pie. Hurgó en el fardo, sacó el sombrero y se lo puso—. ¿Quién está detrás de eso? ¿Quién los ha hecho venir y ha puesto precio a su cabeza?

Cerca, Kathana observó el sombrero y asintió con satisfacción. Entonces vaciló y estrechó los ojos para mirarle el rostro.

—Esto no es lo que crees —contestó Jame—. No está alquilando a los mejores asesinos. Son forasteros, así que no se los contrata para que tengan éxito.

—Me importa un pimiento lo jodidamente probables que sean las posibilidades de tener éxito. ¿Quién los contrata?

—Es demasiado importante para que tú le…

—¿Quién? —repitió Mat en un susurro.

—El general Lunal Galgan —dijo Jame—. Jefe de los ejércitos seanchan. No acabo de situarte, amigo. ¿Eres un asesino o has venido a dar caza a asesinos?

—No soy un jodido asesino. —Mat tiró del borde del ala del sombrero para ajustarlo mejor y recogió el fardo—. Jamás mato a un hombre a menos que lo pida a voces… A voces, y que grite tan alto que me dé cuenta de que es imposible no acceder a su petición. Si te acuchillo, amigo, sabrás lo que se te viene encima, y sabrás por qué. Eso te lo prometo.

—Jame —susurró Kathana—. Es él.

—¿De qué hablas? —preguntó Jame, mientras Mat pasaba junto a él al tiempo que levantaba la *ashandarei* tapada y se la apoyaba en el hombro.

—¡Es el que han estado buscando los guardias! —contestó Kathana. Miró a Mat —. ¡Luz! A todos los soldados de Ebou Dar se les ha advertido que estén atentos por si ven vuestra cara. ¿Cómo pasasteis por las puertas de la ciudad?

—Suerte —dijo Mat, que acto seguido salió al callejón.

—¿A qué esperas? —preguntó Moraine.

Rand se volvió hacia ella. Estaban en la tienda de mando de Rand, en Shienar. Se

olía el humo de campos en llamas, incendiados por las tropas de Lan y de lord Agelmar a medida que se retiraban del desfiladero.

Quemaban tierras que preferirían defender. Una táctica desesperada, pero buena. Era el tipo de táctica que Lews Therin y los suyos habían dudado en utilizar en la Era de Leyenda, al menos al principio. Entonces habían pagado un alto precio.

Los fronterizos no habían sido tan reacios.

—¿Por qué estamos aquí? —insistió Moraine, que se acercó a él. Unas Doncellas guardaban la tienda desde dentro; era mejor que el enemigo no descubriera que Rand se hallaba allí—. Deberías estar en Shayol Ghul ahora mismo. Ése es tu destino, Rand al'Thor. No estas luchas menores.

—Mis amigos mueren aquí.

—Creía que habías superado esas debilidades.

—La compasión nunca es una debilidad.

—¿No lo es? ¿Y si al perdonar enemigos por compasión les dieras opción a matarte? ¿Entonces qué, Rand al'Thor?

No tenía respuesta a eso.

—No puedes ponerte en peligro —continuó Moraine—. Y sin tener en cuenta si estás de acuerdo o no en que la compasión en sí misma puede ser una debilidad, actuar con desatino a causa de ella sí que lo es.

A menudo había pensado en el momento en que había perdido a Moraine. Había sido una experiencia muy dolorosa, y todavía se deleitaba con su regreso. Sin embargo, a veces había olvidado lo… insistente que podía ser.

—Me moveré contra el Oscuro cuando sea el momento, pero no antes —fue la respuesta de Rand—. Tiene que pensar que estoy con los ejércitos, que estoy esperando apoderarme de más terreno antes de caer sobre él. Hemos de convencer a sus comandantes de que envíen a sus tropas hacia el sur, o en caso contrario nos arrollarán en Shayol Ghul una vez que yo entre.

—No importará —dijo Moraine—. Te enfrentarás a él y habrá llegado el momento de obrar con determinación. Todo gira en torno a ese instante, Dragón Renacido. Todos los hilos del Entramado están tejidos alrededor de vuestro encuentro, y los giros de la Rueda te empujan hacia él. No digas que no lo notas.

—Lo noto.

—Entonces, ve.

—Aún no.

Ella hizo una profunda inhalación.

—Testarudo como siempre —dijo luego.

—Y es bueno que lo sea. La testarudez es lo que me ha traído hasta aquí. —Rand vaciló y luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacó algo brillante y plateado, una moneda de un marco de Tar Valon—. Toma —dijo, tendiéndoselo—.

Lo he estado reservando.

—No puede ser… —empezó, frunciendo los labios.

—¿La misma? No. Aquélla se perdió hace mucho tiempo, me temo. La he llevado encima como algo simbólico, casi sin ser consciente de lo que hacía.

Ella aceptó la moneda y la giró entre los dedos. Todavía la examinaba cuando las Doncellas miraron con gesto de alerta hacia la entrada de la tienda. Un segundo después, Lan levantaba el faldón y entraba flanqueado por dos hombres malkieri. Los tres podrían haber sido hermanos, por las expresiones sombrías en los rostros endurecidos.

Rand adelantó un paso y posó la mano en el hombro de Lan. Éste no parecía cansado —era imposible que una piedra lo pareciera— pero sí rendido. Rand conocía esa sensación.

Lan lo saludó con un gesto de la cabeza y luego miró a Moraine.

—¿Habéis estado discutiendo?

Moraine se guardó el marco y su rostro adoptó un gesto impasible. Rand no sabía cómo interpretar la interacción entre esos dos desde el regreso de Moraine. Se mostraban civilizados, pero había una distancia entre ellos que Rand no había esperado ver. Lan se volvió hacia él.

—Deberías hacer caso a Moraine —le dijo—. Se ha estado preparando para estos días más tiempo del que llevas vivo. Deja que te guíe.

—Quiere que abandone este campo de batalla y que ataque de inmediato en Shayol Ghul, en lugar de intentar combatir a esos encauzadores para que puedas recuperar de nuevo el desfiladero —repuso Rand.

—En ese caso, quizá tendrás que hacer lo que ella… —dijo Lan tras una ligera vacilación.

—No —lo interrumpió Rand—. Vuestra posición aquí es desesperada, viejo amigo. Yo puedo hacer algo, y por eso lo haré. Si no logramos frenar a esos Señores del Espanto, os harán retroceder hasta Tar Valon.

—He oído contar lo que hiciste en Maradon —repuso Lan—. No rechazaré un milagro aquí si ese milagro está decidido a encontrarnos.

—Lo de Maradon fue un error —manifestó Moraine con sequedad—. No puedes permitirte el lujo de ponerte en peligro, Rand.

—Tampoco puedo permitirme el lujo de no hacerlo. ¡No voy a quedarme sentado mientras mueren personas! No si tengo oportunidad de protegerlas.

—Los fronterizos no necesitan que se los proteja —intervino Lan.

—No, pero no conozco a ninguno que rehusaría una espada cuando alguien se la ofrece en tiempo de necesidad —respondió Rand.

Lan buscó sus ojos y le sostuvo la mirada, tras lo cual asintió con la cabeza.

—Haz lo que puedas —dijo luego.

Rand hizo un gesto de asentimiento a las dos Doncellas, que respondieron de igual forma.

—Pastor —dijo Lan.

Rand enarcó una ceja.

Lan lo saludó con el brazo cruzado sobre el pecho y una inclinación de cabeza. Rand respondió del mismo modo.

—Hay algo para ti allí en el suelo, Dai Shan —le indicó.

Lan frunció el entrecejo y se dirigió hacia el montón de mantas apiladas. No había mesas en esa tienda. Lan se arrodilló y recogió una brillante corona plateada, delgada, pero fuerte.

—La corona de Malkier —susurró Lan—. ¡Estaba perdida!

—Mis forjadores hicieron lo que pudieron basándose en dibujos antiguos —explicó Rand—. La otra es para Nynaeve; creo que le sentará bien. Siempre has sido un rey, amigo mío. Elayne me enseñó a gobernar, pero tú… Tú me enseñaste a soportar con entereza el peso de la responsabilidad. Gracias. —Se volvió hacia Moraine—. Mantén un espacio despejado para mi vuelta.

Acto seguido asió el Poder Único y abrió un acceso. Atrás dejó a Lan arrodillado, con la corona en las manos; las Doncellas lo siguieron a un campo negro. Los tallos quemados crujieron bajo las botas; el humo dibujaba espirales en el aire.

Las Doncellas buscaron refugio de inmediato en una pequeña depresión del campo y se acurrucaron contra la tierra ennegrecida, preparadas para capear la tormenta.

Porque, desde luego, se estaba gestando una. Los trollocs se arremolinaban en una ingente masa delante de Rand, aplastando a su paso la tierra y las granjas en ruinas. La rápida corriente del río Mora pasaba cerca de allí, y en esa zona se encontraban las primeras tierras cultivadas al sur del desfiladero de Tarwin. Las tropas de Lan las habían quemado antes, como preparativo a la retirada río abajo, adelantándose al avance trolloc.

Había decenas de miles de bestias allí. Puede que más. Rand alzó los brazos, apretó el puño e hizo una profunda inhalación. En la bolsa que llevaba colgada del cinturón guardaba un objeto familiar. El hombrecillo gordo con la espada, el *angreal* que había recuperado en los pozos de Dumai no hacía mucho. Había vuelto allí a echar un último vistazo para buscarlo y lo encontró enterrado en el barro. En Maradon le había hecho un buen servicio. Nadie sabía que lo tenía, y eso era importante.

Pero lo que se preparaba allí no era consecuencia de simples trucos. Los trollocs gritaron cuando se levantó un vendaval y los torbellinos empezaron a arremolinarse con furia en torno a Rand. Aquello no era consecuencia de encauzar; todavía no.

Era él mismo, Rand. Su presencia allí. Enfrentándose a… él.

Los mares se rizaban cuando corrientes opuestas chocaban entre sí. La intensidad de los vientos aumentaba cuando el aire caliente y el aire frío se mezclaban. Y cuando la Luz se enfrentaba a la Sombra… se gestaban tormentas. Rand gritó, provocando que su naturaleza avivara la tempestad. El Oscuro constreñía el mundo con el propósito de sofocarlo. El Entramado necesitaba estabilidad. Necesitaba equilibro.

Necesitaba al Dragón.

La intensidad del viento aumentó, los rayos hendieron el aire, polvo negro y tallos quemados fueron arrastrados hacia lo alto y giraron en el torbellino. Rand encauzó por fin cuando los Myrddraal obligaron a los trollocs a que lo atacaran; las bestias cargaron contra el viento, y Rand dirigió los rayos.

Era mucho más fácil dirigir que controlar. Con la tormenta en marcha no necesitaba forzar las chispas eléctricas, sólo tenía que estimularlas.

Los rayos destruyeron los primeros grupos de trollocs, cientos de descargas eléctricas en rápida sucesión. El acre olor a carne quemada no tardó en unirse a los tallos de cereales abrasados que giraban en la tormenta. Rand gritó en tanto que los trollocs seguían avanzando. Puertas de la Muerte aparecieron a su alrededor, accesos que se deslizaron a través del terreno, tan veloces como tejedores de agua en un remanso, mientras arrasaban a los trollocs. Los Engendros de la Sombra no sobrevivían al Viaje.

Al tiempo que Rand atacaba a los trollocs que intentaban llegar hasta él, vientos tempestuosos giraron a su alrededor. ¿El Oscuro se creía señor de aquel lugar? ¡Iba a enterarse de que esta tierra ya tenía un rey! Y vería que la lucha no…

Un escudo intentó cortar el contacto de Rand con la Fuente. Él rió y giró sobre sí para localizar el origen del escudo.

—¡Taim! —gritó, aunque la tormenta ahogó su voz—. ¡Esperaba que vinieras!

Era la lucha que Lews Therin le había exigido constantemente, una lucha que Rand no se había atrevido a iniciar. No hasta ese momento, no hasta que tuviera control. Hizo acopio de fuerza, pero entonces lo golpeó otro escudo, y otro.

Rand absorbió más Poder Único y siguió hasta llegar casi al tope de lo que podía absorber a través del *angreal* de hombrecillo gordo. Siguieron cayendo escudos sobre él como moscas picadoras. Ninguno era lo bastante fuerte para cortar su conexión con la Fuente, pero eran docenas.

Rand recobró la calma. Buscó la paz, la paz de la destrucción. Él era vida, pero también era muerte. Era la manifestación de la propia tierra.

Atacó y acabó con un Señor del Espanto oculto en los escombros de un edificio quemado que había cerca. Se enfocó en el Fuego y lo dirigió contra un segundo, al que redujo a cenizas y a la nada.

No veía los tejidos de las mujeres que había allí fuera; sólo sentía los escudos.

Demasiado débiles. Cada cual por sí solo era demasiado débil, y, sin embargo sus

ataques lo preocupaban. Habían aparecido con demasiada rapidez, al menos tres docenas de Señores del Espanto, todos y cada uno de ellos con el único propósito de cortarle la conexión con la Fuente. Aquello era peligroso, que estuvieran allí, esperándolo. Era la razón de que los encauzadores hubieran castigado a Lan con tanta saña: hacer que él saliera a descubierto.

Rand rechazó los ataques, pero ninguno de ellos era una amenaza seria en cuanto a escudarlo. Una única persona no podía aislar a alguien que estuviera absorbiendo tanto *Saidin* como él. Tendría que…

Lo vio venir antes de que ocurriera. Los otros ataques eran ardides, tapaderas.

«¡Allí!» Un escudo cayó con fuerza sobre él, pero Rand tuvo el tiempo justo para prepararse. Encauzó Energía en la tempestad tejiendo por instinto gracias a los recuerdos de Lews Therin y rechazó el escudo. Lo apartó, pero fue incapaz de destruirlo.

¡Luz! Eso debía de ser un círculo completo. Rand gruñó cuando el escudo se deslizó más y más cerca de él; creaba un dibujo brillante en el cielo, inmóvil a despecho de la tempestad. Rand se resistió con su propio arranque de Energía y Aire, y lo contuvo como si se tratara de un cuchillo que pendiera sobre su garganta.

Perdió el control de la tempestad.

Los rayos se descargaron a su alrededor. Los otros encauzadores tejieron para intensificar la tormenta… No intentaron controlarla, porque no lo necesitaban. Que estuviera fuera de control los beneficiaba, ya que en cualquier momento podía descargarse sobre él.

Rand bramó de nuevo, esta vez con más fuerza, con más determinación:

—¡Te venceré, Taim! ¡Al final haré lo que debería haber hecho hace meses!

Pero no dejó que la rabia, la insensatez, lo empujaran a un enfrentamiento. Había aprendido la lección: no caería en lo mismo.

No era ése el lugar. Allí no debía luchar. Si lo hacía, perdería.

Rand arremetió con una oleada de fuerza y empujó el escudo de Taim; aprovechó el momentáneo respiro para tejer un acceso. Sus Doncellas lo cruzaron de inmediato, y Rand, agachando la cabeza contra el viento, las siguió de mala gana.

Salió a la tienda de Lan, donde Moraine había hecho lo que le había pedido: mantener un espacio abierto para él. Cerró el acceso y dejó de oírse el viento, el ruido se amortiguó.

Jadeante, con el sudor corriéndole por la cara, Rand apretó el puño. Allí, de nuevo con el ejército de Lan, la tempestad estaba lejos, aunque Rand la oía retumbar y unos ligeros golpes de viento sacudieron la tienda.

Rand tuvo que esforzarse para no caer de rodillas en el suelo. Hizo varias inhalaciones profundas. Con dificultad, logró que los latidos acelerados del corazón bajaran a un ritmo más lento y dio a su rostro una expresión sosegada. ¡Quería luchar,

no huir! ¡Podría haber vencido a Taim!

Y, al hacerlo, se habría debilitado tanto que el Oscuro se habría apoderado de él con facilidad. Se obligó a aflojar el puño y consiguió controlar las emociones.

Alzó la vista hacia el rostro tranquilo, avisado, de Moraine.

—¿Era una trampa? —preguntó ella.

—Más que una trampa, un campo de batalla bien preparado, con centinelas —contestó Rand—. Saben lo que hice en Maradon. Deben de tener equipos de Señores del Espanto preparados para Viajar allí a dondequiera que aparezca para atacarme.

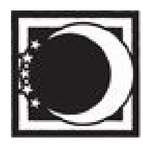
—¿Has visto que esa actuación era un error? —preguntó Moraine.

—Un error… no. Algo inevitable, sí.

No podía luchar esa guerra personalmente. No esta vez.

Tendría que encontrar otro modo de proteger a los suyos.

12



Fragmento de un instante

Birgitte corría a través del bosque acompañada por un grupo de treinta Aiel, todos equipados con arco. Hacían ruido —era algo que no podían evitar—, pero los Aiel hacían menos de lo que deberían. Saltaban encima de árboles caídos y corrían con agilidad a lo largo del tronco o encontraban piedras en las que pisar. Esquivaban ramas que colgaban, se agachaban, se movían.

—Aquí —dijo en voz baja al doblar en la hendidura de una colina.

Por suerte, la cueva seguía allí aunque oculta por enredaderas. Un pequeño regato corría junto a ella. Los Aiel se metieron en el agua, que borró todo rastro de su paso.

Dos de ellos siguieron por la trocha de animales de caza; se alejaron haciendo mucho más ruido al rozar con todas las ramas con las que se encontraban. Birgitte se reunió con los que se habían escondido en la caverna. Estaba oscuro dentro y olía a moho y a tierra.

¿Se había escondido ella en esa cueva siglos atrás, cuando vivía en ese bosque siendo salteadora de caminos? Lo ignoraba. Rara vez recordaba cualquiera de sus vidas pasadas, a veces sólo vislumbres fugaces de los años intermedios de su vida en el Mundo de los Sueños, antes de verse anormalmente arrastrada de vuelta al mundo real por Moghedien.

Contemplaba aquello con una sensación de náusea. Estaba bien renacer con la mente en blanco. Pero ¿que sus recuerdos —su propio yo— le fueran arrebatados? Si perdía la memoria del tiempo pasado en el Mundo de los Sueños, ¿olvidaría por completo a Gaidal? ¿Se olvidaría de sí misma?

Apretó los dientes. «Es la Última Batalla, necia —pensó—. ¿Qué importa eso?»

Pero le importaba. Una pregunta había empezado a obsesionarla. ¿Y si al haberla sacado a la fuerza del Mundo de los Sueños había quedado disociada del Cuerno? Ignoraba si tal cosa era posible. No recordaba lo suficiente para saberlo.

Pero, si había ocurrido eso, entonces había perdido a Gaidal para siempre.

Fuera crujieron hojas y chascaron ramitas. El estrépito era tal que Birgitte habría jurado que un millar de soldados marchaban por el bosque; pero sabía que el pelotón de trollocs constaba sólo de cincuenta bestias. Aun así, cincuenta superaban con creces a su grupo. No se preocupó. Aunque a Elayne le decía que no sabía mucho sobre tácticas de guerra, ese escondite en un bosque con un equipo de compañeros bien entrenados… Era algo que ya había hecho antes. Docenas de veces. Puede que

centenares, aunque los recuerdos eran tan borrosos que no podía afirmarlo con certeza.

Cuando los trollocs casi habían pasado del todo, los Aiel y ella salieron del escondite. Los seres habían empezado a bajar por la trocha marcada a propósito por los otros Aiel un rato antes; Birgitte los atacó por detrás y derribó a varios con flechas antes de que el resto hubiera reaccionado.

Los trollocs no eran fáciles de matar. A menudo había que acertarles con dos o tres flechas para frenarlos. En fin, eso ocurría sólo cuando no se acertaba a dar en un ojo o en la garganta. Ella nunca fallaba. Monstruo tras monstruo cayeron por disparos de su arco. Los trollocs habían empezado a bajar la cuesta que había un poco más adelante de la cueva, lo cual significaba que cada uno que los Aiel o ella mataran era otro cuerpo que los demás tenían que saltar para llegar hasta ellos.

De cincuenta pasaron a ser treinta en cuestión de segundos. Al tiempo que esos treinta corrían hacia arriba, la mitad de los Aiel sacaron las lanzas y se enzarzaron con ellos mientras Birgitte y los otros daban unos cuantos pasos cuesta abajo y flanqueaban a los trollocs.

Los veinte se redujeron a diez, que intentaron huir. A pesar del entorno boscoso, era fácil localizarlos, aunque hacerlo así significara darles en las piernas o en la parte posterior del cuello, malhiriéndolos para después rematarlos con lanzas.

Diez de los Aiel se ocuparon de ellos clavando una lanza en cada uno para asegurarse de que estaban muertos. Otros recogieron flechas. Birgitte hizo un gesto a Nichil y a Ludin, dos de los Aiel, y ambos se le unieron para explorar los alrededores.

Se movía por la zona con seguridad. Esa fronda le resultaba familiar, y no sólo por vidas pasadas que ya no recordaba. Durante los siglos vividos en el Mundo de los Sueños, Gaidal y ella habían pasado años y años en ese bosque. Recordó las caricias de Gaidal en su cuello. Su cuello.

«No puedo perder esto —pensó al tiempo que contenía el pánico—. Luz, no puedo, Por favor…» No sabía lo que le estaba pasando. Recordaba algunas cosas, una simple discusión por… ¿Por qué? Lo había perdido. A la gente no se la podía desvincular del Cuerno, ¿verdad? Puede que Hawkwing lo supiera. Tendría que preguntárselo. A no ser que ya se lo hubiera preguntado…

«¡Así me abrase!»

Un movimiento en el bosque la hizo pararse en seco. Se agazapó junto a una roca, con el arco por delante de ella. La maleza crujió muy cerca. Nichil y Ludin habían desaparecido con el primer ruido. Luz, qué buenos eran. Aunque escondidos cerca, tardó unos instantes en localizarlos.

Alzó un dedo, con el que se señaló a sí misma, y después señaló hacia adelante. Ella exploraría; ellos serían su cobertura.

Birgitte se movió en silencio. Iba a enseñarles a esos Aiel que no eran los únicos

que sabían cómo evitar ser detectados. Además, ese bosque era suyo. No permitiría que la dejara en evidencia una pandilla de habitantes del desierto.

Se movió con sigilo, evitando los quebradizos matorrales de espino. ¿No había más de esos matorrales últimamente? Parecían ser de las pocas plantas que no se habían secado del todo. El suelo tenía un olor a rancio que no debería haber en un bosque, aunque lo superaba el hedor a muerte y podredumbre. Pasó cerca de otro grupo de trollocs caídos. La sangre estaba seca. Llevaban varios días muertos.

Elayne había ordenado a sus tropas que llevaran de vuelta a sus muertos. Miles y miles de trollocs se desplazaban por ese bosque como escarabajos. Elayne quería que sólo encontraran los cadáveres de los suyos con la esperanza de que eso les infundiera miedo.

Birgitte se movió hacia el ruido. A la luz menguante del día, vio largas sombras. Trollocs que olisqueaban el aire.

Las criaturas siguieron abriéndose paso a través del bosque. No tenían más remedio que evitar las calzadas donde una emboscada con los dragones podría resultar mortífera. El plan de Elayne de formar equipos como el de Birgitte tenía el propósito de empujar a grupos de trollocs hacia el interior de la fronda para reducir su número.

Por desgracia, ese grupo era demasiado numeroso para que su equipo le saliera al paso. Birgitte se retiró e hizo una seña a los Aiel para que la siguieran, y regresaron en silencio hacia el campamento.

Esa noche, tras su fracaso con el ejército de Lan, Rand se refugió en sus sueños.

Buscó su valle de paz y apareció en medio de una arboleda de cerezos en flor cuyo perfume impregnaba el aire. Con esas hermosas flores de un intenso color rosa en el interior de la corola y blanco por el borde de los pétalos, casi parecía que los árboles estuvieran en llamas.

Rand vestía la ropa sencilla de Dos Ríos. Tras meses de ropajes regios de llamativos colores y tejidos finos, los amplios pantalones de paño y la camisa de lino le resultaban cómodos. Calzaba botas fuertes, como las que había gastado en la adolescencia. Le ajustaban como no lo haría ninguna bota nueva, por bien hecha que estuviera.

Ahora ya no dejaban que llevara botas viejas. Si tenían el más leve asomo de desgaste, uno u otro sirviente las hacía desaparecer.

Rand se encontraba en las colinas de su sueño e hizo aparecer un bastón normal, tras lo cual echó a andar pendiente arriba. Aquél no era un lugar real; ya no. Lo había creado de la memoria y el deseo, mezclando de algún modo reminiscencias de algo familiar con cierta posibilidad de explorar. El aire tenía un olor a frescura, a hojas caídas y a savia. Entre los matorrales se movían animales. El grito de un halcón se

oyó a lo lejos.

Lews Therin había sabido cómo crear fragmentos de sueño como ése. A pesar de no ser un Soñador, casi todos los Aes Sedai de aquella era habían hecho uso del *Tel'aran'rhiod* de un modo u otro. Una de las cosas que aprendían era a escindir un sueño para sí mismos, un lugar seguro dentro de su mente, más controlado que los sueños normales. Aprendían a entrar en un fragmento como ése mientras meditaban, a la par que, de algún modo, le proporcionaban al cuerpo un descanso tan real como si durmieran.

Lews Therin había sabido hacer esas cosas y más. Por ejemplo, cómo llegar a la mente de alguien si entraban en su fragmento de sueño. Cómo darse cuenta si alguien invadía sus sueños. Cómo mostrar sus sueños a otros. A Lews Therin le había gustado saber cosas, como un viajero que desea llevar en las alforjas un ejemplar de todo lo que es útil.

Lews Therin rara vez había utilizado esas herramientas. Las había dejado almacenadas en algún rincón de la mente, cogiendo polvo. ¿Las cosas habrían ido de un modo distinto si cada noche hubiera dedicado un rato a deambular por un tranquilo valle como ése? Rand lo ignoraba. Y, a decir verdad, ese valle había dejado de ser seguro. Llegó cerca de una caverna que había a su izquierda. Esa cueva no era obra suya. ¿Otro intento de Moridin de atraerlo? Rand pasó de largo, sin mirar.

El bosque ya no parecía tan vivo como hacía unos segundos. No había practicado con esto lo suficiente; así pues, a medida que caminaba, la fronda empezó a volverse gris, como si se destiñera.

La caverna reapareció. Rand se detuvo delante de la boca. Un aire frío, húmedo, con olor a moho, llegó hasta él y le heló la piel. Desechó el bastón y entró en la caverna. Al entrar en la oscuridad tejió una esfera de luz blanca azulada y la dejó flotando a un lado de la cabeza. La claridad se reflejaba en la piedra húmeda y brillaba en protuberancias y hendiduras alisadas.

En las profundidades de la caverna sonó el eco de jadeos, seguido por gritos ahogados. Y… chapoteos. Rand continuó adelante, aunque para entonces ya había imaginado de qué se trataba aquello. Había empezado a preguntarse si ella volvería a intentarlo.

Al final del túnel llegó a una pequeña cámara de unos diez pasos de ancho, donde la piedra se hundía bajo un estanque de agua clara, perfectamente circular. La profundidad azul parecía extenderse hacia abajo sin interrupción.

Una mujer vestida de blanco se debatía para mantenerse a flote en el centro. La tela del vestido ondeaba en el agua y formaba un círculo. Tenía el rostro y el cabello mojados. Rand la estaba mirando cuando, de repente, agitándose en el agua cristalina, la mujer jadeó y se hundió.

Boqueando, emergió al cabo de unos instantes.

—Hola, Mierin —dijo con suavidad Rand.

Apretó el puño. No iba a saltar al agua para rescatarla. Estaba en un fragmento de sueño y ese estanque, de hecho, podía ser de agua, pero lo más probable era que representara algo diferente.

Su llegada pareció mantenerla a flote, y sus vigorosos manoteos y movimientos se volvieron más eficaces.

—Lews Therin —dijo ella mientras se limpiaba la cara con una mano, entre jadeos.

¡Luz! ¿Dónde había quedado su estado de paz y tranquilidad? Volvió a sentirse como un chiquillo, un muchacho que pensaba que Baerlon era la urbe más grande de cuantas se habían construido jamás. Sí, la cara de la mujer era diferente, pero las caras habían dejado de tener importancia para él. Ella seguía siendo la misma persona.

De todos los Renegados, sólo Lanfear había elegido su nuevo nombre. Siempre había querido tener uno así.

Él recordó. Recordó. Se vio a sí mismo entrando en fiestas magníficas, con ella del brazo. Oía su risa mezclada con la música. Y las noches pasadas a solas los dos. No habría querido recordar hacer el amor a otra mujer, sobre todo a una de las Renegadas, pero no podía escoger y seleccionar lo que había en su mente.

Esos recuerdos se mezclaban con los suyos propios, de cuando la había deseado como lady Selena. Una lujuria estúpida, juvenil. Ya no sentía nada de eso, pero los recuerdos permanecían.

—Puedes liberarme, Lews Therin —dijo Lanfear—. Me tiene en su poder. ¿Es que he de suplicar? ¡Me tiene en su poder!

—Juraste lealtad a la Sombra, Mierin —contestó Rand—. Ésta es tu recompensa. ¿Esperas que te compadezca?

Algo oscuro ascendió en el agua y se enroscó alrededor de las piernas de la mujer para, acto seguido, tirar otra vez de ella hacia el abismo. A pesar de lo que había dicho, Rand se sorprendió dando un paso adelante, como si fuera a saltar a la charca.

Se contuvo. Tras luchar largo y tendido, por fin se sentía de nuevo un único ser, completo e intacto. Eso lo fortalecía, pero en su paz alentaba una debilidad, la debilidad que siempre había temido. La que Moraine había visto en él, y con razón: la de la compasión.

Él necesitaba ese sentimiento. Igual que un yelmo necesitaba un agujero por el que ver. De ambas cosas podía sacar provecho un enemigo. Admitía que era cierto.

Lanfear salió a la superficie escupiendo agua y con aspecto de indefensión.

—¿He de suplicar? —repitió.

—No te creo capaz de hacerlo.

Ella bajó los ojos.

—¡Por favor…! —susurró después.

A Rand se le revolvieron las tripas. Él mismo había luchado en la oscuridad buscando la Luz. Se había dado a sí mismo una segunda oportunidad; ¿es que no iba a dársela a ella?

¡Luz! Dudó al recordar lo que había sentido en el momento de asir el Poder Verdadero. Ese tormento y esa excitación, ese poder y ese horror. Lanfear se había entregado al Oscuro, pero, en cierto modo, Rand también lo había hecho.

La miró a los ojos, hurgando en ellos, reconociéndolos. Por último, Rand meneó la cabeza.

—Has perfeccionado este tipo de engaño, Mierin. Pero no lo suficiente.

La expresión de la mujer se ensombreció. En un visto y no visto, el estanque desapareció y fue reemplazado por un suelo de piedra. Lanfear se sentó en él, cruzada de piernas, con el vestido blanco plateado. Con un rostro nuevo, pero sin dejar de ser ella.

—Así que has vuelto —dijo de un modo que no sonaba muy complacido—. Bueno, ya no habré de tratar con un simple pastor. Lo cual tiene más pros que contras.

Rand resopló con sorna y entró en la cámara. Mierin seguía prisionera; se percibía una oscuridad a su alrededor, como una cúpula de sombras, y se mantuvo fuera de ella. Sin embargo, el estanque —el acto de ahogarse— había sido mero teatro. Por arrogante que fuera, era muy capaz de fingir fragilidad cuando la situación lo requería. Si hubiera podido aceptar antes como propios los recuerdos de Lews Therin, esa mujer no lo habría engañado con tanta facilidad en el Yermo.

—En ese caso no me dirigiré a ti como una damisela necesitada del auxilio de un héroe —dijo Lanfear, que siguió con la mirada los pasos de Rand alrededor de la cámara—. Lo haré como a un igual, para pedir asilo.

—¿Un igual? —Rand se echó a reír—. ¿Desde cuándo has considerado a alguien tu igual, Mierin?

—¿Te trae sin cuidado mi cautividad?

—Lo lamento —contestó Rand—, pero no más de lo que lo lamenté cuando juraste servir a la Sombra. ¿Sabías que yo estaba allí, cuando lo manifestaste? No me viste, porque no quería que me vieras, pero te estaba observando. Luz, Mierin, juraste matarme.

—¿Crees que lo decía en serio? —preguntó ella, que se volvió para mirarlo a los ojos.

¿Lo fue…? No, no era su intención. Entonces no. Lanfear no mataba a quienes pensaba que podían serle de utilidad, y ella siempre lo había considerado útil.

—Hubo un tiempo en que compartimos algo especial —manifestó la mujer—. Eras mi…

—¡Era un adorno que lucías! —espetó Rand. Respiró hondo en un intento de sosegarse. Luz, qué difícil resultaba conseguirlo estando ella cerca—. El pasado, pasado está. No tiene importancia para mí, y de buen grado te ofrecería una segunda oportunidad para volver a la Luz. Por desgracia, te conozco. Vuelves a hacer lo mismo. Juegas con todos nosotros, incluido el Oscuro. La Luz te trae sin cuidado. A ti sólo te importa tu poder, Mierin. ¿De verdad quieres que crea que has cambiado?

—No me conoces tan bien como crees —repuso ella sin dejar de seguirlo con la mirada mientras él recorría el perímetro de su prisión—. Nunca me conociste.

—Entonces, demuéstramelo. —Rand se paró—. Muéstrame tu mente, Mierin. Ábrela por completo para mí. Dame control sobre ti aquí, en este lugar de sueños domeñados. Si en tus intenciones no hay doblez, te liberaré.

—Lo que me pides está prohibido.

Rand rompió a reír.

—¿Y cuándo te ha detenido eso a ti? —le preguntó a la mujer.

Ella se quedó pensativa, como si se lo estuviera planteando; en verdad debía de estar preocupada por su cautividad. En otro tiempo, semejante sugerencia la habría hecho reír. Puesto que aquél era, de forma ostensible, un sitio donde Rand tenía todo el control, si le daba permiso él podría ahondar en su mente y despojarla de todo fingimiento.

—Yo… —empezó Lanfear.

Él avanzó un paso, hasta el borde de la prisión. Ese temblor en la voz de la mujer… parecía real. La primera emoción genuina que dejaba ver.

«Luz —pensó al tiempo que escudriñaba su mirada—. ¿De verdad va a hacerlo?»

—No puedo —dijo Lanfear—. No puedo —repitió, esta vez en un susurro.

Rand exhaló. Descubrió que la mano le temblaba. Qué cerca. ¡Qué cerca de la Luz, como una gata salvaje en la noche, al acecho, acercándose y apartándose del granero iluminado! Se sorprendió al notar que estaba enfadado; y más que antes. ¡Ella siempre acababa haciendo lo mismo! Coqueteando con lo que era correcto, pero eligiendo siempre su propio camino.

—Hemos terminado, Mierin —dijo Rand al tiempo que daba media vuelta, dispuesto a salir de la cámara—. Para siempre.

—¡Me has malinterpretado! —gritó ella—. ¡Siempre lo haces! ¿Acaso tú te mostrarías a alguien de esa forma? Yo no puedo hacerlo. Me han abofeteado demasiadas veces aquellos en quienes debería haber podido confiar. Me han traicionado quienes deberían haberme amado.

—¿Ahora vas a culparme a mí por esto? —replicó Rand, que se había dado la vuelta de nuevo para mirarla.

Ella no apartó la vista. Estaba sentada con aire imperioso, como si la prisión fuera un trono.

—En verdad lo recuerdas así, ¿no es cierto? —preguntó Rand—. ¿Crees que te traicioné por ella?

—Dijiste que me amabas.

—Jamás dije tal cosa. Jamás. No podía decirlo. Ignoraba lo que era amar. Siglos de vida y no lo descubrí hasta que la conocí. —Vaciló antes— de continuar; habló en voz tan baja que no levantó eco en la pequeña cámara. —Jamás lo has sentido, ¿verdad? Por supuesto. ¿Cómo podrías amar? Tu corazón ya tiene dueño: el poder que ambicionas con tantas ansias. No queda sitio para nada más.

Rand se dejó llevar.

Y lo hizo como Lews Therin nunca había sido capaz de hacerlo. Incluso después de descubrir a Ilyena, incluso después de comprender cómo lo había utilizado Lanfear, se había aferrado al odio y al desprecio.

«¿Esperas que te compadezca?», le había preguntado.

Y ahora era justamente eso lo que sentía. Compasión por una mujer que jamás había conocido el amor, una mujer que no se permitiría conocerlo. Compasión por una mujer que no era capaz de estar de parte de nadie que no fuera ella.

—Yo… —susurró de nuevo Lanfear.

Rand alzó la mano y entonces se abrió a ella. Sus intenciones, su mente, su ser… Todo apareció en un remolino de color, de emociones y de poder a su alrededor.

Los ojos de Lanfear se abrieron de par en par mientras el remolino danzaba delante de ella, como imágenes sobre una pared. No podía ocultar nada. Ella vio sus motivaciones, sus deseos, sus anhelos para el género humano. Vio sus intenciones. Ir a Shayol Ghul, matar al Oscuro. Dejar tras de sí un mundo mejor del que había dejado la última vez.

No temió revelar esas cosas. Había tocado el Poder Verdadero y, en consecuencia, el Oscuro sabía lo que había en su corazón. Allí no había sorpresas, al menos nada que debería haberlo sido.

Aun así, Lanfear se sorprendió. Se quedó boquiabierta al ver la verdad… La verdad de que, en lo más hondo, no era de Lews Therin la esencia que daba vida a Rand. Era la del pastor criado por Tam. Sus vidas revisadas en unos instantes, sus recuerdos y sus sentimientos puestos al descubierto.

Por último, le mostró su amor por Ilyena… como un cristal brillante colocado en una repisa donde admirarlo. Después, su amor por Min, por Aviendha, por Elayne. Como una ardiente hoguera, cálido, reconfortante, apasionado.

No había amor por Lanfear en lo que mostró de sí mismo. Ni una brizna. También había aplastado el desprecio que Lews Therin sentía por ella. Y así, para él, Lanfear no era nada en realidad.

Ella soltó un grito ahogado. El brillo que envolvía a Rand se desvaneció.

—Lo siento —dijo él—. Lo que dije era en serio. He terminado contigo, Mierin.

Mantén la cabeza agachada mientras dure la tormenta que se avecina. Si salgo victorioso en esta batalla, ya no tendrás motivos para temer por tu alma. No quedará nadie que quiera atormentarte.

Una vez más, le dio la espalda y se dirigió a la salida de la cueva. Atrás quedó Lanfear, sumida en el silencio.

La llegada del crepúsculo en el Bosque de Braem iba acompañada por el olor de hogueras ardiendo sin llama en sus agujeros y los sonidos de hombres que gemían entre dientes mientras se acomodaban para echar un sueño intranquilo, con la espada al alcance de la mano. En el aire estival había un frío impropio de la estación.

Perrin caminó a través del campamento, entre los hombres que tenía a su mando. La lucha había sido dura en ese bosque. Los suyos estaban haciendo daño a los trollocs, pero, por la Luz, siempre parecía haber más Engendros de la Sombra para reemplazar a los que habían caído.

Después de comprobar que los suyos se habían alimentado como era debido, que se habían organizado los turnos de guardia y que los hombres sabían qué hacer si se despertaban en plena noche por un ataque de los Engendros de la Sombra, fue a buscar a los Aiel. A las Sabias en particular. Casi todas ellas se habían reunido para ir con Rand cuando emprendiera la marcha contra Shayol Ghul —de momento, seguían esperando esa orden—, pero unas pocas se habían quedado con Perrin, incluida Edarra.

Ella y las otras Sabias no se hallaban sujetas a sus órdenes. Y, sin embargo, al igual que Gaul, seguían con él cuando sus compañeros se habían ido a otro sitio. Perrin no les había preguntado la razón de que actuaran así. Tenerlas con él le era útil, y por ello les estaba agradecido.

Los Aiel lo dejaron entrar en su perímetro. Encontró a Edarra sentada junto al fuego bien rodeado de piedras para evitar que una chispa perdida saltara del hoyo. Esas frondas, secas como estaban, podían salir ardiendo con tanta facilidad como un granero lleno de paja de la última siega.

Ella lo miró mientras se sentaba a su lado. La Aiel parecía joven, pero olía a paciencia, curiosidad y control. Sabiduría. No le preguntó por qué había ido a verla. Esperó a que él hablara.

—¿Eres una caminante de sueños? —preguntó Perrin.

Ella lo observó en la noche; Perrin tuvo la clara sensación de que aquélla no era una pregunta que un hombre —o un forastero— debería hacer.

Por lo tanto, se sorprendió cuando ella respondió:

—No.

—¿Sabes mucho sobre ello? —inquirió.

—Algo.

—Necesito saber cómo entrar físicamente en el Mundo de los Sueños. No sólo en mi sueño, sino con mi cuerpo físico. ¿Has oído hablar de ello?

Ella inhaló con brusquedad.

—No pienses en eso, Perrin Aybara. Es maligno.

Perrin frunció el entrecejo. La fuerza en el Sueño del Lobo —en el *Tel'aran'rhiod* — era un tema delicado. Cuanto más fuerte entrara Perrin en el sueño —cuanto más sólido fuera allí— más fácil le resultaba cambiar las cosas, manipular ese mundo.

No obstante, implicaba un riesgo. Al entrar con demasiada fuerza en el sueño se exponía a disociarse de su cuerpo, dormido en el mundo real.

Eso, al parecer, no le preocupaba a Verdugo. Verdugo era fuerte allí. Muy, muy fuerte; el hombre estaba físicamente en el sueño. De eso Perrin tenía cada vez más certeza.

«Nuestra contienda no acabará hasta que tú seas la presa, Verdugo —pensó Perrin —. Cazador de lobos. Acabaré contigo».

—En muchos aspectos todavía eres un niño, por mucho honor que hayas obtenido —rezongó Edarra sin quitarle ojo; aunque no le hacía gracia, Perrin se había acostumbrado a que las mujeres que tenían uno o dos años más que él lo trataran así —. Ninguna caminante de sueños te enseñará a hacer eso. Es maligno.

—¿Por qué lo es?

—Entrar en el Mundo de los Sueños en persona te arrebata parte de lo que te hace humano. Lo que es más, si uno muere en ese sitio mientras se halla físicamente en él, ocurre que muere para siempre. Sin más renacimientos, Perrin Aybara. Tu hilo en el Entramado podría terminar para siempre, y tú, destruido. Eso no es algo que deberías plantearte hacer.

—Los seguidores de la Sombra lo hacen, Edarra —argumentó Perrin—. Corren esos riesgos para dominar. Tenemos que aceptar exponernos a los mismos peligros para detenerlos.

Edarra soltó un quedo siseo mientras meneaba la cabeza.

—No te cortes un pie por miedo a que una serpiente vaya a morderlo, Perrin Aybara. No cometas un terrible error porque te atemoriza algo que parece peor. Es todo cuanto tengo que decir respecto a este tema.

La Sabia se puso de pie y lo dejó sentado junto al fuego.

13



Lo que ha de hacerse

El ejército se dividió delante de Egwene para dejarle paso; cabalgaba hacia las colinas del sudeste de Kandor, donde al cabo de poco entablarían batalla con el enemigo que avanzaba hacia ellos. Encabezaba una fuerza de cien Aes Sedai, muchas de ellas pertenecientes al Ajah Verde. Las revisiones tácticas de Bryne habían sido rápidas y eficaces. Contaba con algo mejor que arqueros para romper la carga del enemigo, algo más destructivo que la caballería pesada para ocasionar un daño considerable.

Había llegado el momento de hacer uso de ese recurso.

Otras dos fuerzas más pequeñas de Aes Sedai se encaminaban hacia los flancos del ejército. Puede que esas colinas hubieran sido exuberantes y verdes en otros tiempos: ahora estaban amarillentas y pardas, como agostadas por el sol. Intentó ver las ventajas de ello. Al menos el suelo era firme y no perdería pie. Y, aunque los relámpagos surcaban de vez en cuando el cielo, no parecía probable que lloviera.

Los trollocs que avanzaban hacia ellos parecían extenderse sin fin en ambas direcciones. Aunque el ejército de Egwene era enorme, de repente parecía muy pequeño. Por suerte, Egwene tenía una ventaja: al ejército trolloc lo impulsaba la necesidad de seguir moviéndose hacia adelante. Los ejércitos trollocs se desmoronaban cuando no avanzaban constantemente. Empezarían a enzarzarse entre ellos. Se les acabaría la comida.

El ejército de Egwene era una barrera en su camino. Y un cebo. Los Engendros de la Sombra no podían permitirse que un contingente tan grande anduviera suelto y, en consecuencia, Egwene los conduciría en la dirección marcada por ella.

Sus Aes Sedai llegaron al frente del campo de batalla. Bryne había dividido su ejército en unidades numerosas, con mucha movilidad, para caer sobre los trollocs dondequiera y cuandoquiera que denotaran vulnerabilidad.

La formación ofensiva de las tropas de Bryne pareció desconcertar a los trollocs. Al menos, así fue como Egwene interpretó el movimiento inseguro de sus filas, la agitación, el aumento del ruido. Los trollocs rara vez tenían que preocuparse de ponerse a la defensiva. Los trollocs atacaban, los humanos se defendían. Los humanos se preocupaban. Los humanos eran comida.

Egwene coronó la colina y contempló la llanura que era territorio de Kandor,

donde la ingente masa de trollocs estaba reunida; sus Aes Sedai se colocaron en una larga línea a ambos lados de Egwene. Detrás, entre los hombres del ejército parecía haber incertidumbre. Sabían que Egwene y las otras eran Aes Sedai, y ningún hombre se sentía cómodo habiendo cerca encauzadoras.

Egwene se llevó una mano al costado y sacó algo largo, blanco y fino de una funda de piel que llevaba atada al cinturón. Era una vara estriada, el *sa'angreal* de Vora. El contacto en su mano le resultaba cómodo, familiar. Aunque sólo había utilizado ese *sa'angreal* una vez, la sensación era como si entre la vara y ella hubiera una relación de pertenencia en ambas direcciones. Durante la batalla contra los seanchan, ésa había sido su arma. Por primera vez había comprendido por qué un soldado llegaba a sentir un vínculo con su espada.

El brillo del Poder parpadeó a todo lo largo de la línea de mujeres, como una hilera de linternas que se hubieran encendido. Egwene abrazó la Fuente y sintió el Poder Único fluir en ella como una cascada que al inundarla le hubiera abierto los ojos. El mundo se tornó más hermoso, y el olor a aceite en las armaduras y a hierba pisoteada se hizo más intenso.

En el abrazo del *Saidar* vislumbraba el indicio de los colores que la Sombra no quería que advirtieran. No todo el pasto estaba muerto; había pequeños rastros verdes donde las briznas de hierba se aferraban a la vida. Debajo había topillos; ahora percibía con facilidad las ondulaciones en la tierra. Comían raíces moribundas y luchaban por sobrevivir.

Con una amplia sonrisa, dirigió el Poder Único a través de la vara estriada. En aquel torrente se hallaba sobre un mar de fuerza y energía por el que se desplazaba en una embarcación solitaria, aprovechando el viento. Por fin los trollocs se pusieron en movimiento. En la carga se alzó un gran rugido acompañado por el golpeteo de armas, chasquidos de dientes, hedor y ojos que eran demasiado humanos. Quizá los Myrddraal habían visto a las Aes Sedai en primera línea y habían tomado la decisión de atacar y destruir a las encauzadoras humanas.

Las otras mujeres esperaron la señal de Egwene. No habían formado un círculo, ya que esa coligación funcionaba mejor para crear un chorro de Poder preciso y proyectado hacia un punto determinado. Lo cual no era el objetivo de ese día. El objetivo era destruir, simplemente.

Una vez que los trollocs se encontraron a mitad de camino de las colinas, Egwene dio inicio a la ofensiva. Siempre había sido fuerte en la Tierra, algo poco habitual, así que arremetió con el tejido más sencillo y destructivo. Lanzó hilos de Tierra a lo ancho de un extenso frente contra el suelo que pisaban los trollocs y después tiró hacia arriba. Con ayuda del *sa'angreal* de Vora, le costó tan poco esfuerzo y resultó tan fácil como lanzar un puñado de piedrecillas al aire.

Respondiendo a su señal, todas las mujeres de la fila crearon tejidos. El aire titiló

con hilos relucientes. Puros torrentes de fuego, de tierra levantándose, de golpes de viento que lanzaban a los trollocs unos contra otros y los hacían trompicar y caer.

Los trollocs que Egwene había lanzado al aire se precipitaron al suelo, muchos de ellos sin piernas o sin pies. Hubo más huesos rotos y trollocs chillando de dolor cuando sus compañeros cayeron sobre ellos. Egwene dejó que la segunda línea tropezara con los caídos y después atacó de nuevo. Esta vez no se centró en la tierra, sino en el metal.

Metal en armaduras, en armas y en muñecas. Hizo añicos hachas y espadas, cotas y alguno que otro peto. Aquello lanzó los fragmentos metálicos a una velocidad mortífera. El aire enrojeció con las salpicaduras de sangre. Las siguientes filas intentaron frenar para evitar la rociada de fragmentos de metal, pero los que iban detrás llegaban con mucha velocidad para detenerse en seco. Así pues, empujaron a sus compañeros hacia la zona de muerte y los pisotearon.

Asimismo, Egwene acabó con la siguiente oleada mediante explosiones de metal. Era más trabajoso que reventar la tierra, pero también se hacía menos notoria la maniobra para las filas que iban detrás, por lo que podía seguir matándolos sin que se dieran cuenta de lo que hacían al empujar a los compañeros que marchaban delante.

Entonces Egwene retomó el tejido con el que provocaba un estallido de tierra. Tenía algo de estimulante utilizar el poder de las cosas en su estado original y urdir tejidos en sus formas más básicas. En ese momento —lisiando, destruyendo, ocasionando la muerte al enemigo— sintió que era una con la propia tierra. Sintió que estaba realizando un trabajo necesario, el trabajo que esa tierra anhelante había esperado largo tiempo que se hiciera. La Llaga, y los Engendros de la Sombra que generaba, eran una enfermedad. Una infección. Y ella —inflamada con el Poder Único, como un haz radiante de muerte y castigo— era el fuego cauterizador que la sanaría.

Los trollocs intentaban con todas sus fuerzas abrirse paso a pesar de los tejidos de las Aes Sedai, pero con ello sólo conseguían poner a más de los suyos al alcance de la Torre Blanca. Las Verdes, mostrándose a la altura de su reputación, soltaban tejido tras tejido de destrucción contra los trollocs, pero los otros Ajahs también lo hacían bien.

El suelo temblaba y el aire atronaba con los aullidos de los moribundos. Los cuerpos se desgarraban. La carne se carbonizaba. No pocos soldados de las primeras líneas vomitaron con la cruenta escena. Y las Aes Sedai seguían machacando filas de trollocs. Unas hermanas específicas buscaron a los Myrddraal, como se les había ordenado. La propia Egwene acabó con uno de ellos arrancándole la cabeza sin ojos con un tejido de Fuego y Aire. Cada Fado que mataban se llevaba consigo pelotones de trollocs vinculados a ellos.

Egwene redobló su ataque. Alcanzó una hilera con un tejido de explotar la tierra y

a continuación arremetió con un tejido de Aire sobre los cuerpos que caían, empujándolos hacia el suelo sobre las filas que había detrás. Abrió agujeros en la tierra e hizo que explotaran piedras en el suelo. Masacró trollocs durante lo que le parecieron horas. Por fin, el contingente de Engendros de la Sombra se desmoronó y los trollocs retrocedieron a pesar del castigo de los Myrddraal. Egwene hizo una profunda inhalación —empezaba a sentirse desmadejada— y acabó con más Fados. Por último, también ellos huyeron lejos de las colinas.

Ella se tambaleó en la silla y bajó el *sa'angreal*. No sabía muy bien cuánto tiempo había pasado. Los soldados que estaban cerca miraban fijamente, con los ojos muy abiertos. Ese día no habían tenido que derramar sangre.

—Ha sido impresionante —manifestó Gawyn, que detuvo su caballo junto al de Egwene—. Era como si estuvieran atacando las murallas de una ciudad e intentaran acercar las escalas de asalto, sólo que sin haber murallas ni escalas.

—Volverán —dijo Egwene con cansancio—. Sólo hemos matado un pequeño porcentaje de su contingente.

Al día siguiente, o al otro a más tardar, volverían a intentarlo. Quizá con nuevas tácticas. Puede que lanzaran oleadas separadas de atacantes para hacer más difícil a las Aes Sedai matar a un gran número de una sola vez.

—Los hemos sorprendido —continuó Egwene—. Volverán con más fuerza la próxima vez. De momento, por esta noche, hemos aguantado.

—No sólo habéis aguantado, Egwene —le contestó Gawyn con una sonrisa—. Los habéis hecho huir. Que yo sepa, no ha habido ningún ejército que haya recibido semejante paliza.

El resto del ejército parecía estar de acuerdo con las afirmaciones de Gawyn, porque empezaron a lanzar vítores al tiempo que alzaban las armas. Egwene mantuvo controlada la fatiga y guardó la vara estriada. Cerca, otras Aes Sedai bajaron estatuillas, brazaletes, broches, anillos y varas. Habían vaciado el depósito de la Torre Blanca de todos los *angreal* y *sa'angreal* —los pocos que tenían— y los habían distribuido entre las hermanas que estarían en el frente del campo de batalla. Al final de cada día se recogerían para entregárselos a las mujeres encargadas de la Curación.

Las Aes Sedai hicieron dar media vuelta a los caballos y cabalgaron de regreso entre el ejército que no dejaba de vitorear. Por desgracia, el tiempo para lamentaciones también llegaría. Las Aes Sedai no podían luchar todas las batallas. Por ahora, sin embargo, Egwene estaba conforme con dejar que los soldados disfrutaran de la victoria, porque era de las mejores. De esas que no dejaban bajas en las propias filas.

—El lord Dragón y sus exploradores han empezado a hacer un reconocimiento de Shayol Ghul. —Bashere señaló hacia uno de los mapas sombreados—. Nuestra

resistencia en Kandor y Shienar está obligando a la Sombra a desviar más y más tropas hacia esas batallas. Dentro de poco, las Tierras Malditas serán las más vacías, a excepción de una fuerza reducida de defensores. Entonces él podrá atacar con más facilidad.

Elayne asintió con un cabeceo. Percibía a Rand en alguna parte, en el fondo de la mente. Estaba preocupado por algo, aunque se encontraba demasiado lejos para captar algo más preciso. De vez en cuando él la visitaba en su campamento de Bosque de Braem, pero ahora se hallaba en otro de los frentes de batalla.

—La Amyrlin podrá aguantar en Kandor, habida cuenta del número de encauzadoras que tiene —prosiguió Bashere—. Ella no me preocupa.

—Pero sí estáis preocupado por los fronterizos —se adelantó Elayne.

El mariscal asintió con la cabeza.

—Quizá lord Mandragoran podría dar marcha atrás a la retirada si contara con más Aes Sedai o Asha’man —insinuó después Bashere.

De los que no podía prescindir ni de uno solo. Ella le había enviado algunas Aes Sedai del ejército de Egwene para ayudarlo con la retirada inicial, y había servido. Pero si ni siquiera Rand había conseguido repeler a los Señores del Espanto que estaban allí…

—Lord Agelmar sabrá qué hacer —dijo Elayne—. Si la Luz quiere, podrá alejar a los trollocs de las zonas más pobladas.

—Una retirada así —gruñó Bashere—, casi una derrota aplastante, por lo general no ofrece ocasiones de encauzar la trayectoria de la batalla. —Bashere señaló hacia el mapa de Shienar.

Elayne lo estudió con atención. La dirección que apuntaba el avance del enemigo indicaba que el camino de los trollocs no iba a evitar las tierras habitadas: Fal Dara, Mos Shirare, Fal Moran… Y, con los Señores del Espanto, las murallas de las ciudades no servirían de nada.

—Enviad a Lan y a los lores de Shienar una misiva —dijo en voz queda—, con órdenes de incendiar Fal Dara y Ankor Dail, así como Fal Moran y pueblos como Medo. De todos modos ya están quemando todas las granjas que pueden. Que saquen a la gente de las ciudades y evacuen a los civiles a Tar Valon.

—Qué pena —susurró Bashere.

—Es lo que hay que hacer, ¿verdad?

—Sí —admitió el mariscal.

Luz, qué desbarajuste.

«Bueno, ¿y qué esperabas? ¿Orden y simplicidad?»

Unos pasos en las hojas secas anunciaron la llegada de Talmanes con uno de sus comandantes. El cairhienino parecía estar irritado. Todo el mundo lo estaba. Una semana de batalla era sólo el principio, pero el entusiasmo de la lucha comenzaba a

agotarse. Ahora venía el verdadero trabajo de la guerra. Días de combate o a la espera de combatir, noches pasadas con la espada a mano mientras se dormía.

Elayne había empezado por la mañana un millar de pasos más al sur, pero la retirada constante a través del bosque los había mantenido en movimiento, y su ubicación actual en el bosque era ideal. Había tres pequeños arroyos de fácil acceso, espacio para que acampara un gran número de tropas, y los árboles en lo alto de la colina hacían las veces de torres de vigilancia. Lástima que al día siguiente tuvieran que dejar aquel lugar.

—Los trollocs controlan todo el sector meridional del bosque —dijo Bashere, que se atusó el bigote con los nudillos—. Eluden los calveros. Eso significa que nuestra caballería no podrá operar con eficacia.

—Los dragones son prácticamente inútiles aquí, majestad —comentó Talmanes, tras entrar en la tienda—. Ahora que los trollocs no asoman el hocico por las calzadas nos cuesta mucho esfuerzo causarles algún daño. Es casi imposible maniobrar las cureñas de los dragones en el bosque. Y, cuando conseguimos hacer un disparo, derribamos más árboles que Engendros de la Sombra.

—¿Y qué hay de esos…? ¿Cómo los llama Aludra?

—¿Sus dientes de dragón? Es mejor munición —dijo Talmanes—. El dragón dispara un montón de trozos de metal, en lugar de una bola. Tiene una dispersión amplia y funciona relativamente bien dentro del bosque, pero insisto en que los dragones hacen tan poco daño que no merece la pena ponerlos en peligro para conseguir apenas nada.

—Creo que el bosque ya nos ha hecho todo el servicio que era posible —opinó Bashere mientras movía algunas marcas de trollocs en los mapas—. Hemos menguado sus efectivos, pero están aprendiendo, y ahora no salen de las frondas espesas e intentan rodearnos.

—¿Sugerencias?

—Retirarnos —contestó Bashere—. Dirigirnos hacia el este.

—¿Hacia el Erinin? No hay ningún puente tan al norte —argumentó Talmanes.

—Cierto —admitió Bashere—. Por eso imagino que sabéis lo que os voy a pedir. Tenéis una compañía de hombres que saben construir puentes. Enviadlos con algunos de vuestros dragones para protegerlos y haced que construyan puentes flotantes con balsas, justo al este de donde estamos. Los demás no andaremos muy lejos. El terreno abierto de allí dará a nuestra caballería y a los dragones la ocasión de hacer más daño. Podemos contar con el Erinin para frenar a los trollocs, sobre todo después de que prendamos fuego a los puentes. Unos cuantos dragones instalados allí deberían retrasar su avance. Continuaremos hacia el este, en dirección al Alguenya, y repetiremos el proceso. Entonces estaremos en la calzada que va a Cairhien. Nos encaminaremos hacia el norte y, cuando encontremos un sitio adecuado para

plantarles cara, y creo que conozco justo ese sitio, pararemos y haremos frente a la Sombra con Cairhien a nuestra espalda.

—No pensaréis de verdad que tendremos que recorrer toda esa distancia —dijo Elayne.

Bashere miró el mapa con los ojos entrecerrados, como si viera a través del papel la tierra que representaba.

—Estamos armando mucho lío con esta batalla, pero no la controlamos —dijo en voz muy baja—. Vamos cabalgando en ella como lo haría un hombre a lomos de una montura desbocada. No sé cuándo dejará de galopar. La desviaré, la dirigiré hacia matorrales de espinos. Pero no puedo pararla. No mientras no dejen de venir trollocs.

Elayne frunció la frente. No podía permitirse una retirada interminable; tenía que derrotar a esos Engendros de la Sombra tan pronto y de forma tan rotunda como fuera posible para poder agrupar los efectivos que le quedaran con los ejércitos de Lan y de Egwene a fin de forzar la retirada de las invasiones por el norte.

Ésa sería la única forma de vencer. De otro modo, daría igual lo que Rand fuera capaz de hacer contra el Oscuro.

Luz, qué desbarajuste.

—Adelante —ordenó.

Perrin se apoyó el martillo en el hombro y escuchó las órdenes de Elayne que el sudoroso y joven mensajero le transmitía. Una brisa suave sopló entre las ramas del bosque que tenía detrás. Allí combatían los Ogier. Le había preocupado que se negaran a poner en peligro los árboles, pero su modo de luchar… Luz, Perrin no había visto nunca ferocidad que igualara a la de los Ogier.

—Estas tácticas no son malas —dijo Tam al leer las órdenes—. La reina tiene buena cabeza para el arte de la guerra.

Perrin despidió con un gesto de la mano al mensajero; pasó junto a Galad y varios de sus comandantes Capas Blancas que conferenciaban cerca.

—Se deja aconsejar por quienes saben de tácticas —contestó Perrin—, y no interfiere.

—A eso me refería, muchacho —repuso Tam con una sonrisa—. Tener el mando no es haber de decir siempre a la gente lo que debe hacer. A veces se trata de saber cuándo apartarse para dar paso a la gente que sabe lo que hace.

—Sabias palabras, Tam. —Perrin se volvió hacia el norte—. Te sugiero que las sigas, ya que ahora eres tú quien tiene el mando.

Perrin veía a Rand. Los colores se arremolinaron. Rand hablaba con Moraine en una cumbre rocosa e inhóspita que le era desconocida. Estaban casi listos para la invasión de Shayol Ghul. Perrin notó que el tirón hacia Rand se hacía más fuerte. Rand iba a necesitarlo al cabo de poco.

—Perrin, ¿qué tontería es ésa de tener el mando? —preguntó Tam.

—Tú diriges nuestras fuerzas, Tam. Los hombres trabajan juntos ahora; deja que Arganda, Gallenne y Galad te ayuden.

A corta distancia, Grady tenía abierto un acceso a través del cual empezaban a trasladar a los heridos de las escaramuzas más recientes para la Curación. Berelain dirigía el hospital que se abría al otro lado, instalado por el Ajah Amarillo en Mayene. El aire que llegaba del otro lado era cálido.

—No sé si me harán caso, Perrin —adujo Tam—. Sólo soy un granjero.

—Pues bien que te han hecho caso antes.

—Eso es porque viajábamos por territorio agreste —comentó Tam—. Y tú siempre andabas cerca. Respondían a mis órdenes a través de tu autoridad. —Se frotó el mentón—. Tengo la sensación, por la forma en que miras hacia el norte, de que no tienes intención de permanecer aquí mucho más tiempo.

—Rand me necesita —dijo con suavidad Perrin—. Así me abrase, Tam, detesto no poder hacerlo, pero me es imposible combatir a vuestro lado aquí, en Andor. Rand ha de tener alguien que le guarde las espaldas, y… En fin, he de hacerlo yo. De algún modo lo sé.

Tam asintió con la cabeza.

—Vayamos a hablar con Arganda o Gallenne para decirles que tienen el mando de nuestros hombres —le dijo a Perrin—. De todos modos, la reina Elayne da casi todas las órdenes, y…

—¡Hombres! —gritó Perrin hacia los soldados agrupados.

Arganda consultaba algo con Gallenne y ambos se volvieron hacia él, al igual que los miembros de la Guardia del Lobo que se encontraban cerca, y también Galad y sus Capas Blancas. El joven Bornhald observaba a Perrin con gesto sombrío. Últimamente, ése cada vez actuaba de un modo más imprevisible. Quisiera la Luz que Galad hubiera conseguido que no tocara el brandy.

—¿Todos aceptáis mi autoridad como otorgada por la corona de Andor? —les preguntó Perrin.

—Por supuesto, lord Ojos Dorados —respondió Arganda—. Creía que eso estaba demostrado.

—Yo, en virtud de mi derecho, otorgo a Tam al’Thor el título de lord —declaró Perrin—. Lo proclamo administrador de Dos Ríos en nombre de su hijo, el Dragón Renacido. Está investido de toda mi autoridad, que es la autoridad del propio Dragón. Si no sobrevivo a esta batalla, Tam es mi sucesor.

El silencio se apoderó del campamento. Luego, los hombres asintieron con la cabeza y varios saludaron a Tam. Éste dejó escapar un gemido tan quedo que Perrin no creía que cualquiera de los otros lo hubiera oído.

—¿Es demasiado tarde para llevarte ante el Círculo de Mujeres y que te den una

charla? —preguntó Tam—. ¿Quizás una buena tunda en el trasero y una semana de acarrear agua para la viuda al'Thon?

—Lo siento, Tam. Neald, intenta abrir un acceso a la Torre Negra.

El joven Asha'man adoptó una expresión concentrada.

—Todavía no funciona, lord Ojos Dorados —dijo, tras intentarlo sin éxito.

Perrin sacudió la cabeza. Sabía por los informes del campo de batalla de Lan que miembros de la Torre Negra combatían por la Sombra. Algo había ocurrido allí, algo terrible.

—Bien, pues entonces, a Merrilor —dijo Perrin.

Neald asintió con la cabeza y se concentró.

Mientras el Asha'man hacía su trabajo, Perrin se volvió hacia los hombres.

—Detesto tener que dejaros, pero noto esa llamada que tira de mí hacia el norte. He de ir con Rand, y no hay más que decir. Intentaré volver. Si no puedo… En fin, quiero que sepáis que me siento orgulloso de vosotros. De todos. Seréis bien recibidos en mi hogar cuando todo esto haya acabado. Abriremos uno o dos barriles del mejor brandy de maese al'Vere. Recordaremos a los que hayan caído y contaremos a nuestros hijos lo que vivimos cuando las nubes se tornaron negras y el mundo empezó a morir. Les explicaremos que plantamos cara, codo con codo, y así no hubo resquicio por el que la Sombra pudiera filtrarse.

Alzó *Mah'alleinir* hacia ellos y aceptó sus vítores. No porque los mereciera, sino porque ellos sí que eran dignos de alabanza.

Neald abrió un acceso. Perrin echó a andar hacia él, pero se detuvo cuando alguien lo llamó. Frunció el entrecejo al ver a Dain Bornhald que se acercaba presuroso hacia él.

Perrin apoyó la mano en el martillo, receloso. Ese hombre le había salvado la vida luchando contra los trollocs y contra un compañero Capa Blanca, pero se daba cuenta de que despertaba aversión en él. Puede que no lo creyera responsable de la muerte de su padre, pero eso no significaba que Perrin le cayera bien, o que lo soportara siquiera.

—Querría hablar contigo un momento, Aybara —dijo Bornhald al tiempo que echaba una ojeada a Gaul, que se encontraba cerca—. En privado.

Con un gesto de la mano, Perrin indicó a Gaul que se alejara. El Aiel, aunque de mala gana, lo hizo. Perrin se apartó con Bornhald del acceso abierto.

—¿De qué se trata? Si es por tu padre…

—Luz, déjame hablar —dijo; apartó la mirada—. No quiero decir esto. Detesto tener que decirlo. Pero tienes que saberlo. Así me abrase la Luz, tienes que saberlo.

—¿Saber qué?

—Aybara —empezó de nuevo Bornhald, que hizo una profunda inhalación—, no fueron trollocs los que mataron a tu familia.

Perrin se estremeció con una sensación mezcla de sorpresa y conmoción.

—Lo siento —se disculpó Bornhald, que de nuevo desvió los ojos—. Fue Ordeith. Tu padre lo insultó. Despedazó a la familia y echamos la culpa a los trollocs. Yo no los maté, pero tampoco dije lo que había ocurrido. Había tanta sangre…

—¿Qué? —Perrin asió al Capa Blanca por el hombro—. Pero si dijeron… Me refiero a… —¡Luz, ya había pasado por esto y lo había dejado atrás!

La expresión en los ojos de Bornhald cuando se encontraron con los de Perrin hizo que todo emergiera de nuevo. El dolor, el horror, la pérdida, la furia. Asió la muñeca de Perrin y le apartó la mano de un tirón.

—Sé que es un mal momento para contarte esto —continuó Bornhald—. Pero no podía seguir guardándolo en secreto. Es que… Podemos morir. Luz, es posible que todos muramos. Tenía que hablar, tenía que contártelo.

Se apartó con brusquedad y regresó junto a los otros Capas Blancas, alicaído. Perrin se quedó quieto en el mismo sitio mientras todo su mundo se desmoronaba.

Después volvió a rehacerlo. Ya se había enfrentado a eso; había llorado a su familia. Ya había pasado, había quedado atrás.

Podía seguir adelante y lo haría. Pero Ordeith… Padan Fain… Eso no hacía sino aumentar los horribles crímenes de ese hombre. Él se ocuparía de que pagara por ello de un modo u otro.

Se acercaba al acceso para Viajar y buscar a Rand, cuando Gaul se reunió con él.

—Voy a un lugar al que tú no puedes ir, amigo mío —dijo en voz queda Perrin; el dolor empezaba a disminuir—. Lo siento.

—Vas a ir al sueño dentro de otro sueño —declaró Gaul, que a continuación bostezó—. Resulta que estoy cansado.

—Pero…

—Voy contigo, Perrin Aybara. Mátame si no quieres que te acompañe.

Perrin no se atrevió a presionarlo más, así que accedió con un cabeceo.

Echó una ojeada atrás y volvió a levantar el martillo. En ese momento captó un atisbo a través del otro acceso, el que conducía a Mayene y que Grady mantenía abierto. Al otro lado, dos figuras vestidas de blanco observaban a Gaul. Éste alzó una lanza hacia ellas. ¿Qué sería para dos guerreras tener que quedarse al margen durante el transcurso de la Última Batalla? Quizá Rand tendría que haber intentado que los *gai'shain* quedaran liberados de sus juramentos durante unas cuantas semanas.

En fin, era probable que hacer tal cosa le hubiera granjeado la enemistad del primero al último de los Aiel. Que la Luz protegiera al habitante de las tierras húmedas que se atreviera a tratar de alterar o forzar el *ji'e'toh*.

Perrin agachó la cabeza para cruzar el acceso y salió a la zona de Viaje de Campo de Merrilor. Desde allí, Gaul y él se aprovisionaron de suficientes víveres y agua para un largo viaje, tanto como se atrevieron a cargar.

Perrin empleó gran parte de la media hora que estuvieron allí en convencer al Asha'man de Rand para que le dijera adónde había ido su cabecilla. Por fin, el renuente Naeff abrió un acceso para los dos. Dejaron Merrilor atrás y salieron a lo que parecía ser la Llaga. Sólo que las rocas estaban frías.

El aire olía a muerte, a desolación. La fetidez sorprendió a Perrin y pasaron minutos antes de que fuera capaz de distinguir otros efluvios diferentes de aquel hedor. Vio a Rand un poco más adelante, al borde de una ladera arriscada, con los brazos a la espalda. Un grupo de consejeros, comandantes y guardias —incluidas Moraine, Aviendha y Cadsuane— permanecía detrás de él. En ese momento, sin embargo, Rand se encontraba solo al borde de la cresta.

Distante, delante de ellos, se alzaba el pico de Shayol Ghul. Perrin tuvo un escalofrío. Estaba lejos, si bien para Perrin era inequívoca la determinación en la expresión de Rand mientras contemplaba el pico.

—Luz —dijo Perrin—. ¿Ha llegado el momento?

—No —susurró Rand—. Sólo es una prueba para comprobar si él me percibe.

—¿Perrin? —inquirió sorprendida Nynaeve desde la ladera, a su espalda.

Se notaba que había estado hablando con Moraine y, por una vez, en su efluvio no se advertía un punto de resentimiento. Algo había ocurrido entre esas dos mujeres.

—Sólo lo necesito un momento —dijo Perrin mientras subía para reunirse con Rand al borde del risco.

Allí había algunos Aiel, y Perrin no quería que ellos, sobre todo alguna Sabia, oyera lo que iba a pedirle a Rand.

—Tienes un momento y más, Perrin —dijo Rand—. Es mucho lo que te debo. ¿Qué quieres?

—Bueno…

Perrin miró de reojo hacia atrás, a Moraine y a Nynaeve. ¿Esas dos serían capaces de intentar detenerlo? Probablemente. Las mujeres siempre trataban de impedir que un hombre hiciera lo que debía, como si les preocupara que se rompiera el cuello. Daba igual si era la Última Batalla.

—Dime, Perrin —lo animó Rand.

—Rand, necesito entrar en el Sueño del Lobo.

—¿En el *Tel'aran'rhiod*? Perrin, ignoro lo que haces allí, no me has contado casi nada. Imaginé que sabías cómo…

—Sé cómo entrar allí de una forma —lo interrumpió en un susurro, para que las Sabias y los otros que había detrás no lo oyeran—. El modo sencillo. Necesito algo distinto. Tú sabes cosas, recuerdas cosas. ¿Hay algo en ese centenario cerebro tuyo que recuerde cómo entrar en el Mundo de los Sueños en carne y hueso?

Rand se puso muy serio.

—Es peligroso lo que me pides —objetó.

—¿Tanto como lo que estás tú a punto de hacer?

—Quizá. —Rand frunció el entrecejo—. Si lo hubiera sabido entonces, cuando… En fin, digamos que habría algunos que dirían que lo que pides es muy, muy maligno.

—No lo es, Rand —argumentó Perrin—. Sé cuando algo es malo por el olor. Esto no es maligno. Es, simple y llanamente, estúpido.

—¿Y aun así me lo pides? —sonrió Rand.

—Ya no quedan buenas opciones, Rand. Más vale hacer algo desesperado que no hacer nada.

Rand no contestó.

—Mira —añadió Perrin—, hemos hablado de la Torre Negra varias veces. Sé que ese asunto te preocupa.

—Tendré que ir allí. —La expresión de Rand se había ensombrecido—. Y, sin embargo, salta a la vista que es una trampa.

—Creo que sé, en parte, qué tiene la culpa de lo que ocurre. Hay alguien a quien he de enfrentarme y no puedo derrotarlo si no lo hago en igualdad de condiciones. Allí, en el sueño.

—La Rueda gira según sus designios —musitó Rand al tiempo que asentía despacio con la cabeza—. Tendremos que salir de las Tierras Malditas. No se debe entrar en el sueño desde…

Dejó la frase en el aire y entonces hizo algo para crear un tejido. Se abrió un acceso a su lado. Tenía algo que lo hacía diferente de los accesos normales.

—Ya entiendo —dijo Rand—. Los mundos se están aproximando, comprimiéndose. Lo que otrora estuvo separado, ya no lo está. Este acceso te conducirá al sueño. Ten cuidado, Perrin. Si mueres en ese sitio estando físicamente en él, puede tener… consecuencias trascendentes. A lo que te enfrentas podría ser peor que la propia muerte. Sobre todo ahora, en este momento.

—Lo sé. Me hará falta contar con una salida. ¿Podrías encargar a uno de tus Asha'man que hiciera uno de estos accesos una vez al día, al amanecer? Digamos, en… ¿la zona de Viaje de Merrilor?

—Es peligroso —susurró Rand—. Pero lo haré.

Perrin inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Si la Luz quiere, volveremos a vernos —añadió Rand, que le tendió la mano—. Cuida de Mat. Para ser sincero, no estoy seguro de lo que intenta hacer, pero tengo el presentimiento de que será peligroso en extremo para todos los involucrados.

—Al contrario que nosotros —bromeó Perrin, que asió por el antebrazo a Rand —. A ti y a mí se nos ha dado mucho mejor ir por caminos seguros.

—Que la Luz te proteja, Perrin Aybara —dijo Rand con una sonrisa.

—Y a ti, Rand al'Thor.

Perrin vaciló, y entonces se dio cuenta de lo que pasaba. Se estaban despidiendo.

Dio un abrazo a Rand y luego miró a Nynaeve y a Moraine.

—Vosotras dos, cuidad de él —dijo Perrin al tiempo que rompía el abrazo—. ¿Me habéis oído?

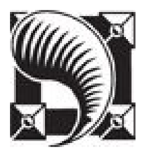
—Oh, ¿así que quieres que cuide de Rand ahora? —replicó Nynaeve, puesta en jarras—. Creo que nunca he dejado de hacerlo, Perrin Aybara. No creas que no os he oído cuchichear a los dos. Vas a hacer algo estúpido, ¿verdad?

—Es lo que hago siempre —repuso Perrin, que alzó una mano para despedirse de Thom—. Gaul, ¿estás seguro de que quieres venir conmigo?

—Lo estoy —afirmó el Aiel, que desató sus lanzas y escudriñó a través del acceso abierto por Rand.

Sin más, tras cargar cada cual con un pesado fardo, entraron en el Mundo de los Sueños.

14



Dosis de horcaria

Luz… —le susurró Perrin a Gaul mientras recorría con la mirada el paisaje—. Se está muriendo.

El cielo negro, agitado y palpitante del Sueño del Lobo no era algo nuevo, pero la tormenta que se había estado anunciando durante meses por fin había llegado. El viento soplaba racheado, moviéndose primero hacia aquí y luego hacia allá en pautas que no eran normales. Perrin se cerró la capa y después la sujetó con un pensamiento al imaginar ataduras que la mantenían en su sitio.

Una pequeña burbuja de calma que se extendió a su alrededor a partir de él desvió los peores embates del viento. Era más fácil de lo que había esperado, como si hubiera intentado recoger un pesado trozo de roble y hubiera resultado ser tan ligero como pino.

El paisaje parecía menos real de lo que era habitual allí. De hecho, los vientos violentos allanaban las colinas como una erosión a gran velocidad. En otros sitios, la tierra se combaba y formaba ondulaciones rocosas y nuevas vertientes. Fragmentos de arena saltaban al aire y se desmenuzaban. La propia tierra se estaba deshaciendo.

Asió a Gaul por el hombro —*cambio*— y los dos se desplazaron a otro lugar. Perrin sospechaba que antes estaban demasiado cerca de Rand. De hecho, al aparecer en una conocida pradera al sur —donde otrora cazaba con *Saltador*— descubrieron que la tormenta era mucho menos fuerte.

Escondieron los pesados fardos, cargados de comida y agua, entre los arbustos de una densa maleza. Perrin ignoraba si podrían sobrevivir con la comida y el agua que encontraran en el sueño, pero no quería tener que descubrirlo a la fuerza. Lo que habían llevado debería durarles una semana más o menos, y, siempre y cuando tuvieran un acceso esperándolos, se sentía cómodo —o al menos conforme— con los riesgos que correrían allí.

El paisaje no se desmoronaba igual que el que se encontraba cerca de Shayol Ghul. No obstante, si observaba un sector durante el tiempo suficiente, captaba fragmentos de… Bueno, todo lo que el viento arrastraba hacia arriba. Tallos de gramíneas muertas, trozos de tronco de árbol, pegotes de barro y esquirlas de piedra; todo era arrastrado hacia aquellas negras nubes glotonas.

Según las leyes del Sueño del Lobo y remontándose a lo que él recordaba, había cosas que se rehacían después de haberse roto. Y lo comprendió. Ese lugar se estaba

consumiendo poco a poco, como le ocurría al mundo de vigilia. Ahí, simplemente, era más fácil darse cuenta.

Las rachas del viento los azotaban, pero no eran tan fuertes para que Perrin necesitara mantenerlas a raya. Eran como las del inicio de una tormenta, justo antes de que comenzara a llover y a descargarse los rayos. Los heraldos de una destrucción que se avecinaba.

Gaul se había cubierto la cara con el *shoufa* y miraba en derredor con desconfianza. Sus ropas habían cambiado de color para mimetizarse con la hierba.

—Tienes que ser muy cuidadoso aquí, Gaul —le dijo Perrin—. Pensamientos triviales que te vengan a la cabeza pueden hacerse realidad.

Gaul asintió con un cabeceo y después, vacilante, se bajó el velo.

—Seguiré las instrucciones y actuaré en conformidad.

Era buena señal que las ropas de Gaul no cambiaran demasiado conforme avanzaban a través del campo.

—Tú intenta mantener la mente despejada —aconsejó Perrin—. Libre de pensamientos. Actúa por instinto y haz lo que te diga.

—Cazaré como un *gara* —contestó Gaul a la par que asentía con la cabeza—. Mis lanzas son tuyas, Perrin Aybara.

Perrin siguió adelante, preocupado de que Gaul, de manera casual, se desplazara a algún sitio al pensar en él. Sin embargo, el Aiel apenas se dejaba llevar por los efectos del Sueño del Lobo. La ropa le cambiaba un poco cuando se sobresaltaba, el velo le tapaba el rostro sin que él lo tocara, pero eso parecía ser todo.

—Veamos —empezó Perrin—. Voy a hacer algo que nos trasladará a la Torre Negra. Vamos a la caza de una presa muy peligrosa, un hombre llamado Verdugo. ¿Te acuerdas de lord Luc?

—¿El *cacareítos*? —preguntó Gaul.

Desconcertado, Perrin arrugó la frente.

—Es un ave que vive en la Tierra de los Tres Pliegues —explicó Gaul—. No vi mucho a ese hombre, aunque me pareció un fanfarrón. Mucho cacarear, pero luego era un cobarde.

—Bueno, eso era una fachada —contestó Perrin—. Y, en cualquier caso, es una persona muy diferente en el sueño… Aquí es un predador llamado Verdugo que caza lobos y hombres. Es poderoso. Si decide matarte, puede aparecer detrás de ti en un abrir y cerrar de ojos e imaginarte atrapado por enredaderas e incapaz de moverte. Estarás inmovilizado mientras te corta la garganta.

Gaul se echó a reír.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Perrin.

—Actúas como si eso fuera algo nuevo —contestó Gaul—. Sin embargo, en el primer sueño, allí adonde voy estoy rodeado de mujeres y hombres que podrían

atarme en el aire con sólo pensarlo y matarme en cualquier momento. Me he acostumbrado a sentirme indefenso estando cerca de algunas personas, Perrin Aybara. Así ocurre en el mundo con todo.

—No obstante, si encontramos a Verdugo —dijo Perrin muy serio—, un tipo de cara cuadrada, ojos que no parecen estar del todo vivos y que viste ropas de cuero oscuro, quiero que no te acerques a él. Deja que yo luche con él.

—Pero…

—Dijiste que harías lo que te mandara, Gaul. Esto es importante. Mató a *Saltador*, y no quiero que te mate a ti también. Tú no lucharás con Verdugo.

—Está bien —se avino Gaul—. Lo juro. No danzaré las lanzas con ese hombre a menos que tú lo ordenes.

Perrin suspiró al imaginar a Gaul inmóvil, sin enarbolar sus lanzas y dejando que Verdugo lo matara por ese juramento. Luz, pero qué irritables podían ser los Aiel.

—Puedes luchar contra él si te ataca —le dijo a Gaul—, pero sólo como un medio para escapar. No lo persigas. Y, si estoy luchando yo con él, mantente alejado. ¿Entendido?

Gaul asintió con la cabeza. Perrin posó la mano en el hombro del Aiel y —*cambio*— se desplazaron en dirección a la Torre Negra. Perrin no había estado allí nunca, así que tenía que hacer suposiciones e intentar dar con ella. El primer *cambio* resultó fallido, ya que los desplazó a un sector de Andor donde las colinas herbosas parecían danzar en el agitado viento. Perrin habría preferido saltar de una cumbre de colina a otra, pero no creía que Gaul estuviera preparado para eso. De modo que, en lugar de hacerlo así, tendría que utilizar el *cambio* para desplazarse.

Tras cuatro o cinco intentos, Perrin llevó a ambos a un lugar desde el que divisó una cúpula traslúcida, ligeramente purpúrea, que se alzaba a lo lejos.

—¿Qué es eso? —preguntó Gaul.

—Nuestro objetivo. Eso es lo que impide que Grady y Neald creen accesos a la Torre Negra.

—Igual que nos pasó en Ghealdan.

—Sí.

Contemplar aquella cúpula le trajo a Perrin recuerdos muy vívidos de lobos muriendo, pero los rechazó. Recuerdos como ésos podían conducirlo a uno a pensamientos triviales. Se permitió experimentar una ira ardiendo en estado latente, como la calidez de su martillo, pero nada más.

—Sigamos —dijo Perrin, que de nuevo indujo un *cambio* que los trasladó junto a la cúpula. Parecía de cristal—. Tira de mí para sacarme si me desplomo —instruyó a Gaul, tras lo cual dio un paso a través de la barrera.

Fue como si chocara contra algo increíblemente frío que absorbía su fuerza. Dio un traspié, pero mantuvo la mente fija en su objetivo: Verdugo. El cazador de lobos.

El asesino de *Saltador*.

Perrin se enderezó a medida que recuperaba las fuerzas. Estaba siendo más fácil que la última vez; desde luego, acceder físicamente al Sueño del Lobo lo hacía más fuerte. No tenía que preocuparse de sumirse demasiado en el sueño dejando que su cuerpo pereciera en el mundo real.

Se movió despacio a través de la barrera, como si pasara a través de agua, y pisó al otro lado. Tras él, Gaul, con una expresión de curiosidad en el rostro, alargó la mano y dio un golpecito en la cúpula con el dedo índice.

De inmediato se desplomó en el suelo, desmadejado como un muñeco de trapo. Las lanzas y las flechas cayeron y rebotaron en el suelo; él se quedó totalmente inmóvil, sin respirar siquiera. Perrin alargó la mano hacia él y atravesó despacio la cúpula con el brazo para aferrar a Gaul por una pierna y tirar de él hacia sí.

Una vez que estuvo al otro lado, Gaul boqueó e inhaló aire, tras lo cual rodó sobre sí mismo al tiempo que gemía. Sujetándose la cabeza, se sentó. Perrin le recogió las flechas y las lanzas sin decir palabra.

—Va a ser una buena experiencia para conseguir que nuestro *ji* aumente —comentó el Aiel. Se puso de pie y se frotó el brazo sobre el que había caído al suelo—. ¿Las Sabias dicen que es maligno venir a este lugar como hemos hecho nosotros? Me parece que disfrutarían trayendo a los hombres aquí para darles una lección.

Perrin lo miró. No se había dado cuenta de que el Aiel lo había oído hablar con Edarra sobre el Sueño del Lobo.

—¿Qué he hecho para merecer tu lealtad, Gaul? —preguntó Perrin, casi más a sí mismo que al Aiel.

—No tiene nada que ver con que tú hicieras algo —dijo Gaul riendo.

—¿Qué quieres decir? Te saqué de aquella jaula. Por eso me has seguido.

—Por eso empecé a seguirte. Pero no es por lo que he continuado a tu lado. Vamos, ¿no decías que es peligrosa la pieza de caza tras la que vamos?

Perrin asintió y Gaul se veló el rostro. Caminaron bajo la cúpula en dirección a la estructura que había dentro. Había una buena tirada desde el límite de la cúpula hasta el centro, pero Perrin no quería saltar y que lo pillaran por sorpresa, de modo que siguieron a pie a través del paisaje de praderas extensas salpicadas de arboledas.

Caminaron alrededor de una hora antes de que avistaran las murallas. Altas e imponentes, parecían las de una urbe importante. Perrin y Gaul se encaminaron hacia allí; el Aiel exploraba con gran recelo, como si esperara que le dispararan una flecha en cualquier momento. Sin embargo, en el Sueño del Lobo, esos muros no estarían vigilados. De estar allí, Verdugo se encontraría merodeando, al acecho, en el mismísimo centro de la cúpula. Y probablemente habría tendido una trampa.

Perrin apoyó la mano en el hombro de Gaul y ambos se desplazaron al adarve de la muralla en un instante. Gaul, agazapado, avanzó con sigilo a uno de los puestos de

guardia cubiertos y echó un vistazo dentro. Perrin fue hacia el lado interior de la muralla y se asomó. La Torre Negra no era tan imponente como daba a entender su aspecto desde fuera. Era un pueblo de chozas y casas pequeñas. Más allá de esas construcciones se extendía un gran edificio en obras.

—Son arrogantes, ¿no crees? —preguntó una voz femenina.

Sobresaltado, Perrin dio un brinco y giró sobre sí mismo al tiempo que el martillo aparecía en sus manos y disponía un muro de ladrillos a su alrededor como protección. Una mujer de estatura baja y cabello plateado se encontraba junto a él, muy erguida, como si intentara parecer más alta de lo que era. Llevaba un vestido blanco ceñido al talle con un cinturón de plata. Perrin no reconocía su rostro, pero sí identificó su olor.

—Cazadora lunar —dijo, casi con un gruñido—. Lanfear.

—Ya no se me permite utilizar ese nombre —contestó ella mientras daba golpecitos en la muralla con un dedo—. Él es muy estricto con los nombres.

Perrin retrocedió mientras echaba ojeadas a un lado y a otro. ¿Trabajaría con Verdugo? Gaul salió del puesto de guardia y se quedó completamente inmóvil al verla. Perrin alzó una mano para que no hiciera nada; se preguntó si conseguiría saltar hasta donde estaba Gaul y desaparecer los dos antes de que la mujer atacara.

—¿Cazadora lunar? —inquirió Lanfear—. ¿Así es como los lobos me llaman? No es correcto, ni mucho menos. Yo no cazo la luna. La luna es mía ya. —Se inclinó hacia adelante, con los brazos apoyados en el parapeto, que le llegaba al torso.

—¿Qué quieres? —demandó Perrin.

—Venganza —susurró ella. Entonces lo miró—. Lo mismo que tú, Perrin.

—¿Esperas que crea que tú también quieres ver muerto a Verdugo?

—¿Verdugo? ¿Ese huérfano, recadero de Moridin? No me interesa. Mi venganza será contra otro.

—¿Quién?

—El que fue causa de mi encarcelamiento —contestó en voz queda, con apasionamiento. De repente alzó la vista al cielo, los ojos se le abrieron en un gesto de alarma, y desapareció.

Perrin se pasó el martillo de una mano a otra mientras Gaul se acercaba agazapado e intentando vigilar en todas direcciones a la vez.

—¿Qué era ésa? —susurró—. ¿Una Aes Sedai?

—Peor —contestó Perrin con una mueca—. ¿Los Aiel tenéis un nombre para Lanfear?

Gaul dio un respingo.

—No sé qué quiere —continuó Perrin—. Nunca he sabido encontrarle sentido a lo que hace. Con un poco de suerte, sólo se habrán cruzado nuestros caminos y ella seguirá con lo que sea que se traiga entre manos.

No creía que fuera ése el caso, y menos después de que los lobos le hubieran advertido que Cazadora lunar lo quería a él.

«Luz, como si no tuviera ya bastantes problemas».

Hizo un *cambio* que los trasladó a ambos al pie la de muralla y siguieron adelante.

Toveine se arrodilló al lado de Logain. Androl tuvo que ver cómo la mujer le acariciaba la mejilla, gesto que le hizo abrir los ojos a Logain, y entonces él la miró, horrorizado.

—No pasa nada —dijo Toveine con dulzura—. Deja de resistirte. Relájate Logain. Ríndete.

La Trasmutación en ella había sido fácil. Por lo visto, vinculados con trece Semihombres, a los encauzadores varones les resultaba más sencillo Trasmutar a mujeres encauzadoras y viceversa. Por eso estaban teniendo tantos problemas con Logain.

—Lleváoslo —ordenó Toveine, que señaló a Logain—. Acabemos con esto de una vez por todas. Merece la paz de la recompensa del Gran Señor.

Los esbirros de Taim se llevaron a rastras a Logain. Androl observó la escena con desesperación. Saltaba a la vista que Taim consideraba a Logain un trofeo. Si lo Trasmutaban, el resto de la Torre Negra se entregaría fácilmente. Muchos de los chicos aceptarían voluntariamente su suerte si Logain se lo ordenaba.

«¿Cómo puede seguir resistiendo?», pensó Androl. Al señorial Emarin lo habían reducido a un despojo sollozante después de sólo dos sesiones, si bien aún no habían conseguido Trasmutarlo. Logain había soportado casi una docena y todavía aguantaba.

Eso cambiaría, porque ahora Taim contaba con mujeres. Poco después de la Trasmutación de Toveine habían llegado otras, unas hermanas del Ajah Negro encabezadas por una mujer terriblemente fea que hablaba con autoridad. Las otras Rojas que habían llegado con Pevara se les habían unido.

Una preocupación somnolienta le llegó a Androl a través del vínculo con Pevara. Estaba despierta, pero atiborrada de esa infusión que impedía encauzar. Androl tenía la mente relativamente lúcida. ¿Cuánto hacía que lo habían obligado a beber las sobras de la taza que antes le habían dado a Emarin?

Logain… no aguantará mucho más. La transmisión de Pevara tenía un deje de fatiga y creciente resignación. *¿Qué van…*? Se interrumpió y las ideas se embarullaron. *¡Así me abrase! ¿Qué van a hacer*?

Logain gritó de dolor. Era la primera vez que hacía algo así. Era una mala señal. Junto al umbral, Evin observa la sesión. Miró hacia atrás de repente y dio un brinco, como sobresaltado por algo.

«Luz —pensó Androl—. ¿Podría ser… demencia, causada por la infección? ¿Todavía sigue ahí?»

Androl reparó por primera vez que lo tenían escudado, cosa que nunca hacían con los cautivos a menos que estuvieran dejando que los efectos de la dosis de horcaria se disiparan para poder hacer la Trasmutación.

La idea le provocó un ataque de pánico. ¿El siguiente sería él?

Androl, transmitió Pevara. *Tengo una idea*.

¿*Qué idea*?

Androl empezó a toser a través de la mordaza. Evin dio un brinco y luego se acercó a él con un odre y echó agua en la mordaza. Abors —uno de los esbirros de Taim— estaba arrellanado contra la pared. Era él quien mantenía su escudo. Echó una ojeada a Androl, pero algo al otro lado de la estancia atrajo su atención.

Androl tosió más fuerte, así que Evin le desató la mordaza y le dio media vuelta para que se apoyara en el costado y pudiera escupir el agua.

—Calla —advirtió Evin al tiempo que miraba de reojo a Abors, que se encontraba demasiado lejos para oír lo que decía—. No hagas que se enfaden contigo, Androl.

La Trasmutación de un hombre a la Sombra no era perfecta. Si bien la lealtad cambiaba, no ocurría lo mismo con todo. Aquello que estaba en la cabeza de Evin se había apoderado de sus recuerdos, su personalidad y —quisiera la Luz que fuera así— sus fallos.

—¿Los has convencido? —susurró Androl—. ¿De que no me maten?

—¡Sí! —exclamó Evin, que se agachó y lo miró con una expresión enloquecida en los ojos—. No dejaban de repetir que no sirves para nada puesto que no puedes encauzar bien, pero ninguno de ellos hace accesos para que la gente vaya de aquí para allá. Les dije que tú lo harías. Porque lo harás, ¿verdad?

—Por supuesto —aseguró Androl—. Es mejor que morir.

—Han dejado de darte tu dosis de horcaria —asintió Evin—. Te llevarán a continuación, después de Logain. A M’Hael por fin le han enviado mujeres nuevas del Gran Señor, mujeres que no están cansadas de encauzar todo el tiempo. Con ellas, además de Toveine y las Rojas, ahora todo irá mucho más rápido. M’Hael debería tener a Logain al final del día.

—Les serviré —contestó—. Lo juro por el Gran Señor.

—Eso está bien, Androl. Pero no podemos soltarte hasta que hayas sido Trasmutado. M’Hael no se conformará sólo con un juramento. No pasará nada. Les dije que te Trasmutarías sin problemas. Lo harás, ¿verdad? ¿No te resistirás?

—No lo haré.

—Gracias al Gran Señor —musitó Evin, relajado.

«Oh, Evin. Nunca fuiste muy listo».

—Evin, no debes perder de vista a Abors —cuchicheó Androl—. Lo sabes, ¿no?

—Ahora soy uno de ellos, Androl —contestó el chico—. No tengo que preocuparme por ellos.

—Me alegro —susurró Androl—. Entonces, lo que le oí decir sobre ti no debe de tener importancia.

Evin rebulló. Esa mirada en sus ojos… Era de miedo. La infección se había limpiado. Jonneth, Emarin y los otros Asha'man nuevos nunca tendrían que sufrir la locura.

Se manifestaba de formas diversas en según qué Asha'man y se agudizaba a un ritmo diferente en cada cual. No obstante, lo más habitual era el miedo. Llegaba en oleadas; ya había empezado a consumir a Evin cuando tuvo lugar la limpieza. Androl había visto Asha'man a los que habían tenido que sacrificar cuando la infección los superó. Conocía bien esa mirada en los ojos de Evin. Aunque el chico estaba Trasmutado, seguía afectado por la locura. Siempre sería así.

—¿Y qué es lo que dice? —preguntó Evin.

—No le hizo gracia que te Trasmutaran. Cree que le arrebatarás su puesto.

—Oh.

—Evin… a lo mejor está planeando matarte. Ten cuidado.

—Gracias, Androl. —Evin se puso de pie y se alejó dejando a Androl con la mordaza quitada.

No es posible… que eso funcione, transmitió Pevara, adormilada.

La mujer no había vivido con ellos suficiente tiempo. No había visto lo que podía hacer la locura, y no sabía vislumbrarla en los ojos de los Asha'man. Normalmente, cuando uno de ellos llegaba a ese punto, lo encerraban hasta que se sobreponía a la crisis. Si eso no funcionaba, Taim añadía algo a su copa de vino y ya no despertaba.

Si no se los paraba, acabarían entrando en una espiral de destrucción. Matarían a los que tenían cerca, empezando por aquellos a los que tendrían que haber amado.

Androl conocía esa locura. Sabía que también anidaba dentro de él.

«Cometes un error, Taim —pensó—. Utilizas a nuestros amigos contra nosotros, pero nosotros los conocemos mejor que tú».

Evin atacó a Abors con un estallido de Poder. Un instante después, el escudo de Androl caía.

Androl abrazó la Fuente. No era muy fuerte, pero tenía suficiente Poder para quemar unas pocas cuerdas. Se liberó de las ataduras y vio que tenía las manos manchadas de sangre, tras lo cual evaluó la situación del recinto. Hasta ese momento no había podido verlo del todo.

Era más grande de lo que había imaginado, del tamaño de un salón del trono pequeño. Un amplio estrado circular dominaba uno de los extremos y lo coronaban un doble círculo de Myrddraal y mujeres. Lo recorrió un escalofrío cuando vio a los Fados. Luz, qué espantosa era aquella mirada sin ojos.

Los exhaustos hombres de Taim —los Asha'man que no habían logrado Trasmutar a Logain— se encontraban junto a la pared del fondo. Logain estaba en el estrado, atado y repantigado en una silla, en el centro del doble círculo. Como en un trono. La cabeza de Logain se inclinó hacia un lado; tenía los ojos cerrados. Parecía que musitaba algo.

Furioso, Taim se había vuelto hacia Evin, que forcejeaba con Mishraile al lado del cadáver de Abors. Los dos asían el Poder Único y luchaban en el suelo; Evin empuñaba un cuchillo.

Androl se acercó a Emarin dando trompicones y estuvo a punto de irse de bruces al suelo cuando las piernas le fallaron. ¡Luz! Estaba muy débil, pero se las arregló para quemar las ataduras de Emarin y a continuación las de Pevara. Ella meneó la cabeza en un intento de despejar la mente. Emarin hizo un ligero asentimiento en señal de gratitud.

—¿Puedes tejer? —susurró Androl.

De momento Taim tenía toda la atención volcada en la pelea de Evin.

—La infusión que nos dan… —Emarin negó con la cabeza.

Androl siguió conectado al Poder Único. Las sombras empezaban a alargarse a su alrededor.

«¡No! —pensó—. ¡Ahora no!»

Un acceso. ¡Necesitaba un acceso! Absorbió Poder Único y creó el tejido de Viajar. Sin embargo, como antes, chocó con una especie de barrera, como un muro que le impedía abrir el acceso. Frustrado, trató de abrir uno en un punto más próximo. Tal vez la distancia influía en algo. ¿Podría abrir el acceso al almacén de Canler, encima de ellos?

De nuevo forcejeó con ese muro, luchó con todas sus fuerzas. Empujó, acercándose un poco más; casi podía hacerlo… Notó como si estuviera ocurriendo algo.

—Por favor —susurró—. Ábrete, por favor. Tenemos que salir de aquí…

Evin cayó víctima de un tejido de Taim.

—¿Qué ha pasado aquí? —bramó Taim.

—No lo sé —contestó Mishraile—. ¡Evin nos atacó! Estuvo hablando con el paje, y…

Los dos se volvieron con rapidez hacia Androl. Él dejó de intentar abrir un acceso y en cambio, llevado por la desesperación, lanzó un tejido de Fuego a Taim.

Taim sonrió. Para cuando la lengua de fuego de Androl llegó a él, desapareció en un tejido de Aire y Agua que la disipó.

—Eres perseverante —dijo Taim, que estampó a Androl contra la pared con un tejido de Aire.

Androl soltó un grito ahogado. Emarin se puso de pie a trancas y barrancas, pero

un segundo tejido de Aire lo derribó también a él. Aturdido, Androl sintió que lo alzaban en el aire y halaban de él a través de la estancia.

La mujer fea vestida de negro salió del círculo de Aes Sedai y se acercó a Taim.

—Vaya, M’Hael —dijo—. Ni por asomo controlas este sitio como afirmabas.

—Cuento con herramientas deficientes —argumentó Taim—. ¡Se me debería haber proporcionado mujeres mucho antes!

—Llevaste a tus Asha’man al agotamiento —replicó ella—. Malgastaste su fuerza. Seré yo quien dirija este sitio ahora.

Taim permaneció en el estrado, junto a la forma desmadejada de Logain, las encauzadoras y los Fados. Pareció sopesar a la mujer, quizás una de las Renegadas, una amenaza mayor que cualquier otra persona presente en la estancia.

—Y crees que así funcionará, ¿verdad? —preguntó Taim.

—Cuando el Nae’blis sepa la chapucería que…

—¿El Nae’blis? Moridin no me preocupa. Ya le he proporcionado un presente al Gran Señor. Ve con cuidado, porque gozo de su favor. Tengo las llaves en mi poder, Hessalam.

—Quieres decir… ¿De verdad lo conseguiste? ¿Las robaste?

Taim sonrió. Luego se volvió de nuevo hacia Androl, que estaba suspendido en el aire y se debatía sin éxito. No lo habían escudado. Lanzó otro tejido a Taim, pero el hombre lo paró con indiferencia.

Androl no merecía siquiera el trabajo de escudarlo. Taim lo soltó de los tejidos de Aire, y Androl se dio un fuerte golpe contra el suelo. Gruñó.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí preparándote, Androl? —preguntó Taim—. Me avergüenzas. ¿Es eso lo mejor que sabes hacer cuando intentas matar?

Androl se incorporó de rodillas con esfuerzo. Percibía el dolor y la preocupación de Pevara a su espalda, la mente de la mujer entorpecida por la horcaria. Delante de él, Logain estaba sentado en su trono, inmovilizado y rodeado de enemigos. Casi inconsciente, tenía los ojos cerrados.

—Hemos acabado aquí —dijo Taim—. Mishraile, mata a estos cautivos. Atraparemos a los que están arriba y los llevaremos a Shayol Ghul. El Gran Señor me ha prometido más recursos por el trabajo que he realizado allí.

Los esbirros de Taim se acercaron. Androl alzó la vista desde donde estaba arrodillado. La oscuridad se intensificó todo en derredor, sombras moviéndose en las sombras. La oscuridad… lo aterrorizaba. Tenía que soltar el *Saidin*, tenía que hacerlo. Y, sin embargo, no pudo.

Tenía que empezar a tejer.

Taim lo miró y, sonriendo, tejió fuego compacto.

«¡Sombras por todos sitios!»

Androl se aferró al Poder.

«¡Los muertos vienen por mí!»

Llevado por el instinto, urdió el tejido que mejor sabía hacer. Un acceso. Chocó con el muro, ese maldito muro.

«Qué cansancio. Sombras… Las sombras me llevarán».

Una fina barra de luz blanca y candente salió disparada de los dedos de Taim, apuntada directamente a Androl. Éste gritó, se esforzó al máximo adelantando las manos y colocando el tejido en su sitio. Golpeó el muro y notó que lo empujaba.

Un acceso del diámetro de una moneda se abrió delante de Androl, que atrapó el fuego compacto dentro del pequeño orificio.

Taim frunció la frente, y en la estancia se hizo el silencio cuando los sorprendidos Asha'man dejaron de urdir los tejidos. En ese momento, la puerta del cuarto explotó hacia adentro.

Canler, asiendo el Poder Único, entró al tiempo que lanzaba un grito. Lo seguían unos veinte muchachos de Dos Ríos que habían ido a la Torre Negra para entrenarse.

—¡Nos atacan! —gritó Taim mientras abrazaba la Fuente.

La cúpula parecía estar centrada sobre el edificio en obras en el que Perrin se había fijado. Eso no auguraba nada bueno; con esas cimentaciones y agujeros, Verdugo tendría sitios de sobra donde esconderse y tenderle una emboscada.

Una vez que llegaron al pueblo, Perrin señaló una edificación de buen tamaño. Tenía dos plantas y estaba construida como una posada, con un sólido techo de madera.

—Voy a llevarte allí —susurró Perrin—. Ten tu arco preparado. Grita si ves que alguien intenta acercarse a mí a hurtadillas, ¿de acuerdo?

Gaul asintió con la cabeza. Perrin realizó un *cambio* y los dos aparecieron sobre el tejado; Gaul se apostó junto a la chimenea. La ropa del Aiel se mimetizó con el color de los ladrillos de arcilla, y él se mantuvo agachado, con el arco presto. No tendría el alcance de un arco largo, pero desde allí resultaría mortífero.

Perrin bajó a la calle flotando y se posó con suavidad en el suelo a fin de no hacer ruido. Se agachó y —*cambio*— se trasladó al costado de una construcción que había un poco más adelante. Otro *cambio*, y se encontró en la esquina del último edificio de la calle, antes de la excavación, y entonces miró hacia atrás. Gaul, muy bien escondido allí arriba, levantó los dedos: había seguido el desplazamiento de Perrin.

A partir de allí, Perrin avanzó arrastrándose con sigilo; no quería desplazarse con el *cambio* a un sitio que no alcanzaba a ver desde donde se encontraba. Llegó al borde del primer agujero, profundo y oscuro, de los cimientos; se asomó y vio un suelo de tierra. El viento aún soplaba y allí abajo el polvo se levantaba en remolinos que habrían borrado las posibles huellas que hubiera podido haber.

Se incorporó un poco para quedarse agachado y empezó a desplazarse alrededor

del perímetro de la gran cimentación. ¿Dónde estaría el centro exacto de la cúpula? Imposible saberlo, pues era demasiado grande. Siguió adelante, aunque anduvo con cien ojos.

Estaba tan pendiente de los agujeros de la cimentación que casi se topó con los guardias. La risa queda de uno de ellos fue lo que lo puso en guardia y se desplazó haciendo un *cambio* al otro lado de los cimientos; cayó de rodillas, con un arco largo de Dos Ríos en las manos. Recorrió con la vista los alrededores del lugar, ahora lejano, del que acababa de llegar.

«Estúpido», se recriminó, ahora que por fin los veía. Los dos hombres estaban apoltronados en una casucha construida al lado de los cimientos. La choza era el tipo de estructura en la que uno esperaría que comieran los trabajadores. Perrin miró en derredor con ansiedad, pero Verdugo no surgió de repente de un escondrijo para atacarlo, y los dos guardias no habían advertido su presencia.

No alcanzaba a distinguir con claridad muchos detalles, por lo que de nuevo hizo un *cambio* y se encontró de vuelta muy cerca de donde había estado antes. Saltó al agujero de los cimientos y creó un saliente de tierra en la pared excavada para subirse a él mientras echaba un vistazo a la casucha desde el borde del agujero.

Sí, eran dos hombres. Unos tipos con chaquetas negras. Asha'man. Creyó reconocerlos por haberlos visto inmediatamente después del episodio en los pozos de Dumai, donde habían rescatado a Rand. Le serían leales, ¿no? ¿Acaso Rand le había enviado ayuda?

«Así la Luz lo abrase —rezongó para sus adentros—. ¿Es que es incapaz de no andarse con rodeos con la gente?»

Claro que incluso los Asha'man podían ser Amigos Siniestros. Perrin se planteó salir del agujero y hacerles frente.

—Herramientas rotas —dijo Lanfear con desinterés.

Perrin sufrió un sobresalto y masculló un juramento al verla a su lado en el saliente, mirando a los hombres.

—Los han Trasmutado —continuó ella—. Siempre he pensado que es un desperdicio. Se pierde algo en la transformación, y nunca servirán tan bien como lo harían si cambiaran por propia voluntad. Oh, serán leales, desde luego, pero la luz ha desaparecido. La propia motivación, la chispa de ingenio que hace a la gente lo que es.

—Baja la voz —instó Perrin—. ¿Trasmutados? ¿A qué te refieres? ¿Es eso que…?

—Trece Myrddraal y trece Señores del Espanto. —Lanfear hizo un gesto mezcla de mofa y desprecio—. Qué rudimentario. Qué derroche.

—No entiendo.

Lanfear suspiró y habló como si se lo estuviera explicando a un niño:

—Dándose las circunstancias adecuadas, a los que encauzan se los puede Trasmutar en servidores de la Sombra por la fuerza. M'Hael ha estado teniendo problemas aquí por hacer que el proceso funcionara con lo que disponía. Necesita mujeres si quiere Trasmutar con facilidad encauzadores varones para que sirvan a la Sombra.

«Luz», pensó Perrin. ¿Sabía Rand que eso podía ocurrirle a la gente? ¿Planeaban hacer lo mismo con él?

—Yo tendría cuidado con esos dos —comentó Lanfear—. Son fuertes en el Poder.

—En tal caso, deberías hablar en voz más baja —susurró Perrin.

—Bah. Es sencillo controlar el sonido en este sitio. Podría gritar tan fuerte como me fuera posible y ellos no lo oirían. Están bebiendo, ¿no te has dado cuenta? Se han traído vino. Y están aquí físicamente, por supuesto. Dudo que su líder les haya advertido de los peligros que implica hacer eso.

Perrin observó a los guardias. Los dos daban sorbos de vino y se reían. Mientras los observaba, el primero se desplomó de costado, y a continuación ocurrió lo mismo con el otro. Ambos se cayeron de las sillas al suelo.

—¿Qué has hecho?

—Poner horcaria en el vino —respondió Lanfear.

—¿Por qué me ayudas? —demandó él.

—Te tengo aprecio, Perrin.

—¡Eres una de las Renegadas!

—Lo era. Ese… privilegio me ha sido arrebatado. El Oscuro descubrió que planeaba ayudar a Lews Therin para que venciera. Ahora, yo…

Enmudeció de golpe y volvió a alzar la vista hacia el cielo. ¿Qué vería en esas nubes? Algo que hizo que se le demudara el semblante. Desapareció un instante después.

Perrin trató de decidir qué hacer. Por supuesto, no se fiaba de ella. Sin embargo, era muy buena en el Sueño del Lobo. Se las había arreglado para aparecer a su lado sin hacer el más mínimo ruido. Algo que era más difícil de lo que parecía. Tenía que evitar mover el aire cuando llegaba, tenía que calcular con precisión dónde iba a aparecer para no hacer ruido, y tenía que impedir el frufrú de la ropa.

Con un sobresalto, Perrin cayó en la cuenta de que esta vez Lanfear había enmascarado incluso su olor. Sólo había captado ese aroma —la suave fragancia de la dama de noche— después de que había empezado a hablar con él.

Indeciso, salió gateando del agujero y se acercó a la choza. Los dos hombres dormían. ¿Qué le ocurría a una persona que se dormía en el sueño? Lo normal sería que eso los hiciera volver al mundo de vigilia, pero ésos estaban allí en persona.

Le recorrió un escalofrío al pensar qué efecto habría tenido en ellos.

—¿Trasmutados?

¿Era ésa la palabra que había utilizado ella? Luz. No era justo. Tampoco el Entramado lo era siempre, reconoció mientras registraba la choza con rapidez.

Encontró el clavo de sueños en el suelo, debajo de la mesa. El objeto de metal plateado parecía una estaca larga de tienda de campaña, con dibujos grabados de arriba abajo. Era similar al otro que había visto, pero no exactamente igual. Lo sacó del suelo y esperó, con la mano en el martillo, que Verdugo fuera por él.

—No está aquí —dijo Lanfear.

—¡Por la Luz! —Perrin había dado un brinco al tiempo que enarbolaba el martillo—. ¿Por qué no dejas de aparecer tan de repente, mujer?

—Me está buscando —contestó ella, que echó otra ojeada al cielo—. Se supone que no puedo hacer esto y empieza a sospechar algo. Si me encuentra, lo sabrá con certeza y me destruirá. Me hará arder, cautiva, durante toda la eternidad.

—¿Esperas que sienta lástima por ti, una de las Renegadas? —espetó Perrin.

—Elegí a mi señor —respondió ella, que lo observó con atención—. Éste es el precio que he de pagar… a menos que halle un modo de librarme de ello.

—¿Qué?

—Creo que tú eres quien tiene más opciones —dijo—. Necesito que venzas, Perrin, y tengo que estar a tu lado cuando lo hagas.

Él resopló con sorna.

—No has aprendido trucos nuevos, ¿verdad? —dijo después—. Ve a otra parte con tus ofertas, que a mí no me interesan.

Dio vueltas al clavo con los dedos. Nunca había llegado a entender cómo funcionaba el otro.

—Tienes que girarlo por la cabeza. —Lanfear extendió la mano.

Perrin la observó, sin dárselo.

—¿No crees que habría podido quedármelo si hubiera querido? —preguntó, divertida—. ¿Quién tumbó a los cachorros de M’Hael para ayudarte?

Él vaciló, pero después le tendió el clavo. Lanfear pasó el pulgar desde la punta hasta la mitad del clavo, y algo chascó dentro. Luego subió los dedos y giró la cabeza. En el exterior, la tenue pared violeta se contrajo y desapareció. Hecho esto, le tendió el clavo a Perrin.

—Vuelve a girarlo para que aparezca el campo de nuevo. Cuanto más lo gires, más grande se hará. Luego, para fijarlo, desliza el dedo al contrario de como lo hice yo. Dondequiera que lo instales tendrá repercusiones en el mundo de vigilia, como en este mundo, e impedirá incluso a tus aliados que entren o salgan. Se puede cruzar con una llave, pero no sé cuál es para este clavo.

—Gracias —dijo de mala gana Perrin. A sus pies, uno de los hombres dormidos gruñó y dio media vuelta para tenderse de costado.

—¿De verdad no hay… no hay un modo de que resistan para que no los

Trasmuten? ¿No pueden hacer nada para evitarlo?

—Una persona puede resistir un poco de tiempo. Sólo un poco. Al final, hasta los más fuertes caen. Si es un hombre que se enfrenta a mujeres, ellas lo quebrantan con rapidez.

—No tendría que poder hacerse —manifestó Perrin mientras se arrodillaba—. Nadie tendría que ser capaz de obligar a un hombre a alinearse con la Sombra. Cuando se nos arrebata todo lo demás, debería quedarnos esa opción.

—Oh, pueden elegir —dijo Lanfear, que empujó con el pie a uno de ellos, con gesto ausente—. Podrían haber optado por el amansamiento. Así habrían acabado con su punto débil y habría sido imposible que los Trasmutaran.

—Pues de opción sólo tiene el nombre.

—Esto es la urdimbre del Entramado, Perrin Aybara. No todas las opciones han de ser buenas. A veces tienes que escoger el mal menor y capear el temporal.

Perrin le asestó una mirada severa.

—¿Quieres dar a entender que eso es lo que hiciste tú? —le preguntó a la mujer —. ¿Que te uniste a la Sombra porque era la opción «menos mala»? Te uniste a la Sombra por poder. Todo el mundo lo sabe.

—Piensa lo que quieras, lobezno —contestó Lanfear con un destello de dureza en los ojos—. He sufrido por mis decisiones. Por lo que he hecho en mi vida, he soportado dolor, angustia, tormento. Mi sufrimiento va más allá de lo que eres capaz de concebir.

—Y de todos los Renegados, tú fuiste la que eligió su destino y lo aceptó de mejor gana.

—¿Crees que es verídico lo que cuentan unos relatos de hace tres mil años? —Lanfear resopló con sorna.

—Mejor darles crédito a esas historias que a lo que afirme alguien como tú.

—Como quieras. —De nuevo miró a los dos hombres dormidos en el suelo—. Si te ayuda a comprender, lobezno, deberías saber que muchos piensan que hombres como éstos mueren cuando ocurre la Trasmutación. Y que entonces otra cosa invade el cuerpo. Al menos, hay gente que cree que es así. —Dicho esto, desapareció.

Perrin suspiró, se guardó el clavo de sueños, y con un *cambio* regresó al tejado. Tan pronto como apareció, Gaul giró velozmente al tiempo que tensaba la cuerda del arco.

—¿Eres tú, Perrin Aybara?

—Sí, soy yo.

—Me pregunto si debería pedirte que lo pruebes —insinuó Gaul, sin aflojar la cuerda del arco—. Me parece que en este sitio uno puede cambiar de apariencia con facilidad.

—La apariencia no lo es todo —dijo Perrin con una sonrisa—. Sé que tienes dos

gai'shain, una a la que quieres y otra a la que no. A ninguna de ellas parece satisfacerle actuar como verdaderas *gai'shain*. Si sobrevivimos a esto, una podría casarse contigo.

—Sí, una podría hacerlo —convino Gaul, que bajó el arco—. Aunque lo más probable es que tenga que tomar a las dos o a ninguna. Quizá sea un castigo por hacerles dejar las lanzas, aunque la elección de que lo hicieran no fue mía, sino de ellas. —Meneó la cabeza—. La cúpula ha desaparecido.

—Así es. —Perrin sostuvo en alto el clavo de los sueños.

—¿Cuál es nuestra siguiente tarea?

—Esperar. —Perrin se sentó en el tejado—. Y ver si la desaparición de la cúpula llama la atención de Verdugo.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces iremos a otro sitio donde es posible que lo encuentre. —Perrin se frotó el mentón—. O, lo que es lo mismo, donde haya lobos a los que él pueda matar.

—¡Te oímos! —gritó Canler a Androl en medio de la lucha—. ¡Así me abrase si no es verdad! ¡Estábamos en mi tienda, ahí arriba, y te oímos hablar, suplicando! Decidimos que teníamos que atacar. Ahora o nunca.

Estallaban tejidos a través de la estancia. La tierra saltaba por los aires y el Fuego salía disparado desde la gente de Taim, en el estrado, hacia los hombres de Dos Ríos. Los Fados cruzaron la sala esquivando tejidos, con las capas sin moverse y desenvainando espadas.

Androl se apartó a trompicones de Canler con la cabeza agachada y fue hacia Pevara, Joneth y Emarin, que se encontraban a un extremo. ¿Que Canler lo había oído? El acceso que había hecho, justo antes de que Taim lo alzara en el aire. Debía de haberse abierto, tan pequeño que ni siquiera lo había visto.

Podía hacer accesos otra vez. Pero sólo unos muy pequeños. ¿De qué servía eso?

«Sirvió para detener el fuego compacto de Taim», pensó. Llegó junto a Pevara y los otros. Ninguno de los tres se encontraba en condiciones de luchar. Tejió un acceso y arremetió contra el muro, lo empujó para…

Algo cambió.

El muro desapareció.

Androl se sentó un momento, pasmado. En sus oídos retumbaban los estallidos y explosiones de la sala. Canler y los otros luchaban bien, pero los chicos de Dos Ríos se enfrentaban a Aes Sedai bien entrenadas y tal vez a una de las Renegadas. Iban cayendo uno tras otro.

El muro había desaparecido.

Androl se levantó despacio y regresó al centro de la sala. Taim y los suyos luchaban desde el estrado; los tejidos procedentes de Canler y sus chicos empezaban

a ir a menos.

Androl miró a Taim y experimentó un arrollador e imperioso arranque de cólera. La Torre Negra les pertenecía a ellos, a los Asha’man, no a ese hombre.

Ya era hora de que los Asha’man reclamaran lo que era suyo.

Androl rugió al tiempo que alzaba las manos y tejía un acceso. El Poder penetró a raudales en él. Sus accesos se abrían siempre en su sitio, con precisión, de golpe y más deprisa que los de cualquier otro, además de alcanzar un tamaño mayor de lo que un encauzador con su fuerza en el Poder debería ser capaz de hacer.

El que creó en ese momento tenía el tamaño de una carreta grande. Poniéndose delante de los encauzadores de Taim, lo abrió en el preciso instante en que soltaban la siguiente oleada de tejidos mortíferos.

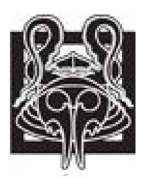
La extensión del acceso sólo tenía unos pocos pasos de distancia, y conducía justo detrás de sus enemigos.

Los tejidos creados por las mujeres y los hombres de Taim impactaron en el acceso abierto, del que sólo veían una neblina que flotaba en el aire delante de Androl, y… los alcanzaron a ellos por la espalda.

Los tejidos acabaron con sus creadores, abrasando Aes Sedai, matando Asha’man y los pocos Myrddraal que quedaban. Combatiendo contra el agotamiento, Androl gritó más alto y abrió pequeños accesos en las ataduras de Logain para sesgarlas. Abrió otro acceso directamente en el suelo, debajo de la silla de Logain, y la trasladó de la sala a un lugar alejado de la Torre Negra, uno que, así lo quisiera la Luz, sería un sitio seguro.

La mujer llamada Hessalam huyó. Cuando salía con precipitación a través de un acceso creado por ella, Taim la siguió con otros dos. Los demás no fueron tan listos… Un instante después Androl abría un nuevo acceso a todo lo ancho del suelo, y el resto de las mujeres y de Asha’man se precipitaron a plomo en una caída de centenares de pies.

15



Con una soga al cuello

El palacio de Tarasin de Ebou Dar distaba mucho de ser el edificio más difícil de allanar de todos aquellos en los que Mat había entrado a hurtadillas.

Se agarró a una cornisa de mármol con una mano mientras que con la otra se encajaba el sombrero en la cabeza para que no se le cayera; la *ashandarei* la llevaba atada a la espalda con una correa. El fardo lo había dejado abajo, en los jardines. El aire nocturno era fresco al contacto con el sudor que le corría por la cara.

Arriba, en el balcón, sonaba un tintineo metálico al compás de los pasos de un par de Guardias de la Muerte. Rayos y truenos. ¿Es que esos tipos nunca se quitaban la armadura? Parecían escarabajos. Casi no los distinguía. El balcón estaba resguardado con una ornamentada celosía de hierro forjado para impedir que la gente viera desde abajo a quienes se encontraban dentro, pero Mat se hallaba lo bastante cerca para atisbar a los guardias que se movían en el balcón.

Luz, cuánto tiempo llevaban allí. A Mat empezó a dolerle el brazo. Los dos hombres hablaban en murmullos. Quizás iban a sentarse a tomar un poco de té. Sacarían un libro y se pondrían a leer hasta bien entrada la noche. Tuon debería despedir a esos dos, en serio. ¡Allí fuera podría haber asesinos!

Por fin, gracias a la Luz, los dos se marcharon. Mat intentó contar hasta diez antes de auparse, pero sólo llegó a siete. Abrió uno de los paneles que no tenían echado el pestillo y pasó con dificultad por encima de la barandilla del balcón.

Mat exhaló despacio; tenía los brazos doloridos. El palacio —a pesar de esos dos guardias— no era ni de lejos tan inexpugnable como en su momento lo había sido la Ciudadela de Tear, y él se había colado en ella. Por supuesto, en el palacio tenía otra ventaja: había vivido en él, y había entrado y salido a su antojo. Casi todo el tiempo. Se rascó el cuello y tocó el pañuelo que llevaba atado. Durante un instante tuvo la impresión de que era una cinta que lo ceñía como una cadena.

El padre de Mat tenía costumbre de citar un refrán: No cabalgues nunca sin saber adónde vas. No había un hombre más honrado que Abell Cauthon y todo el mundo lo sabía, pero había otros —como los de Embarcadero de Taren— de los que uno no podía fiarse más allá de donde alcanzaban con un escupitajo. Abell siempre había dicho que en el negocio caballar uno debía estar preparado para cabalgar, y siempre tenía que saber en qué dirección iba a ir.

En los dos meses que había vivido en ese palacio, Mat había descubierto todas las salidas, todos los pasadizos y resquicios, todas las ventanas que no encajaban bien. Qué celosías de balcón se abrían con facilidad, cuáles solían estar bien cerradas. Si uno podía salir a hurtadillas, también podía colarse de rondón. Descansó un momento en el balcón, pero no entró en la habitación a la que daba. Se encontraba en la tercera planta, donde se alojaban los invitados. Podría haber intentado escabullirse por allí, pero los entresijos de un edificio siempre estaban mejor guardados que el pellejo. Mejor ir por fuera.

Hacerlo así implicaba no mirar mucho abajo. Menos mal que la fachada del palacio no presentaba dificultades para escalarla: construcción de sillería y madera con multitud de sitios a los que agarrarse. Recordaba haber reprendido a Tylin por eso en una ocasión.

Mientras el sudor le resbalaba por la frente como hormigas que bajaran por una cuesta, salió a gatas a la celosía, se aupó y empezó a subir hacia la cuarta planta. De vez en cuando, la *ashandarei* le golpeaba las piernas por detrás. La brisa llevaba olor a mar. Las cosas siempre olían mejor si uno estaba en un lugar alto. A lo mejor era porque las cabezas olían mejor que los pies.

«Qué idea tan estúpida», se dijo para sus adentros. Cualquier cosa valía para no pensar en la altura. Al impulsarese en un saliente de la obra de sillería, le resbaló un pie y dio un bandazo. Tras inhalar y exhalar varias veces, continuó trepando.

Allí. Un poco más arriba estaba el balcón de Tylin. Esos aposentos tenían varios, por supuesto; se dirigió hacia el del dormitorio, no al que correspondía a la sala de estar. Ése daba a la plaza de Mol Hara y, si trepaba por allí, destacaría tanto como una mosca en un pastel blanco.

Miró de nuevo hacia arriba, al balcón resguardado por el arabesco de la celosía de hierro. Siempre se había preguntado si sería capaz de subir hasta allí. Ni que decir tiene que sí había considerado escabullirse por él hasta la plaza.

En fin, no era tan necio para intentar de nuevo una cosa así, eso por descontado. Sólo esa vez, y a regañadientes. Matrim Cauthon siempre iba con cuidado para no partirse el cuello. No habría sobrevivido tanto tiempo si hubiera corrido riesgos absurdos, ni que tuviera suerte ni que no. Si Tuon quería vivir en una ciudad donde el general de sus ejércitos estaba intentando que la asesinaran, eso era cosa de suya.

Asintió para sus adentros. Escalaría hasta allí, le explicaría en un tono de voz racional que debía abandonar la ciudad y que ese general Galgan la traicionaba. Después se iría tranquilamente para continuar con la búsqueda de alguna partida de dados. Para eso había ido a la ciudad, después de todo. Si Rand había ido al norte, donde se concentraban los trollocs, entonces él quería encontrarse lo más lejos posible de ese hombre. Le daba lástima Rand, pero cualquier persona en su sano juicio se daría cuenta de que su elección era la mejor. El remolino de colores empezó

a formarse, pero Mat lo rechazó.

Racional. Sería muy racional.

Mascullando maldiciones, sudoroso y con las manos doloridas, Mat se aupó al balcón de la cuarta planta. Allí uno de los pestillos de la celosía estaba suelto, igual que cuando él vivía en el palacio. Sólo tuvo que hurgar un poco con un pequeño gancho de alambre para tener libre acceso al interior. Entró en el balcón resguardado, se quitó la *ashandarei* y se tumbó de espaldas en el suelo, jadeando como si acabara de llegar a Tear corriendo todo el camino desde Andor.

Tras unos pocos minutos, se puso de pie y se asomó por el panel abierto a la calle, cuatro pisos más abajo. Se sentía muy satisfecho de la escalada.

Recogió la *ashandarei* y se dirigió a las puertas del balcón. Sin duda Tuon se habría trasladado allí, a los aposentos de Tylin. Eran los mejores de palacio. Forzó las puertas con un chasquido. Sólo echaría un vistazo y…

Algo salió disparado de las sombras hacia él y se clavó en la puerta, justo encima de su cabeza.

Mat se tiró al suelo y rodó sobre sí mismo al tiempo que empuñaba un cuchillo con una mano y sostenía la *ashandarei* con la otra. La puerta se abrió con un chirrido, impulsada por la fuerza del virote hincado en la madera.

Selucia se asomó un instante después. Llevaba afeitado el lado derecho de la cabeza, y la otra mitad tapada con tela. La piel era de un tono cremoso, pero cualquier hombre que creyera que era frágil y delicada descubriría enseguida su error. Selucia podría enseñar un par de cosas a la piel seca de un pez lija respecto a ser dura y áspera. Le apuntaba con una pequeña ballesta.

—¡Lo sabía! —exclamó Mat, que sonrió a la mujer—. Eres su guardia personal. Siempre lo has sido.

—¿Qué estáis haciendo aquí, necio? —Selucia tenía fruncido el entrecejo.

—Oh, salí a dar un paseo. —Mat se levantó y enfundó el cuchillo—. Se dice que el aire nocturno es bueno para la salud. La brisa del mar. Esa clase de cosas.

—¿Habéis escalado hasta aquí? —preguntó Selucia, que se asomó por el balcón, como si buscara una cuerda o una escala.

—¿Qué? No me digas que vosotros no escaláis normalmente. Es muy bueno para los brazos. Ayuda a mejorar el agarre.

Ella le dirigió una mirada de exasperación y Mat no pudo evitar sonreír. Si Selucia estaba alerta a la aparición de asesinos, entonces Tuon tenía que encontrarse bien. Señaló con la cabeza la ballesta, que seguía apuntándole.

—¿Vas a…?

Ella suspiró y bajó el arma.

—Muchas gracias —dijo Mat—. Podrías sacarle el ojo a un tipo con esa cosa, y en otro momento no me habría importado, pero últimamente ando un poco corto de

ojos.

—¿Qué os pasó? —preguntó Selucia con sequedad—. ¿Jugasteis a los dados con un oso?

—¡Selucia! —Mat pasó a su lado y entró en el dormitorio—. Casi has hecho un chiste. Creo que, con un pequeño esfuerzo, quizá conseguiríamos que desarrollaras un poco tu sentido del humor. Sería algo tan inesperado, que te exhibiríamos en una feria ambulante y cobraríamos dinero para que la gente te viera. «Venid a ver a la maravillosa *so'jhin* risueña. Sólo dos cobres, esta noche…»

—Os jugaste el ojo en alguna apuesta, ¿a que sí?

Mat tropezó y abrió la puerta. Se echó a reír. ¡Luz! Eso se acercaba mucho a la verdad.

—Muy lista —dijo.

«Fue una apuesta que gané —pensó—. Da igual lo que pueda parecer». Matrim Cauthon era el único hombre que se había jugado a los dados el premio mayor, que era el destino del mundo, nada menos. Por supuesto, la próxima vez que buscaran a otro, algún estúpido héroe, que ocupara su lugar. Como Rand o Perrin. Esos dos rebosaban tanto heroísmo que prácticamente les escurría de la boca y les resbalaba barbilla abajo. Reprimió las imágenes que empezaban a formarse en su mente. ¡Luz! Tenía que dejar de pensar en esos dos.

—¿Dónde está ella? —preguntó Mat tras recorrer con la mirada el dormitorio.

Las sábanas estaban arrugadas —puso todo su empeño en no imaginar cintas rosa atadas en aquella cabecera—, pero a Tuon no se la veía por ninguna parte.

—Fuera.

—¿Fuera, dices? ¿En mitad de la noche?

—Sí. Una hora en la que sólo hay visitas de asesinos. Tenéis suerte de que me fallara la puntería, Matrim Cauthon.

—No te preocupes por eso, puñetas. Eres su guardia personal.

—No sé a qué os referís. —Selucia hizo desaparecer la pequeña ballesta entre sus ropas—. Soy *so'jhin* de la emperatriz, así viva para siempre. Soy su Voz y su Palabra de la Verdad.

—Estupendo —aprobó Mat mientras miraba la cama—. Eres el señuelo que la sustituye, ¿verdad? Acostada en su cama. ¿Con una ballesta preparada por si los asesinos intentan colarse a hurtadillas?

Selucia no dijo nada.

—Bien, ¿dónde está? —demandó Mat—. ¡Maldita sea, mujer! Esto es serio. ¡El general Galgan ha contratado hombres para que la maten!

—¿Estáis preocupado por eso? —preguntó Selucia—. ¿En serio?

—Pues claro que lo estoy, puñetas.

—No hay motivo para preocuparse por Galgan —repuso Selucia—. Es un militar

demasiado bueno para comprometer nuestros esfuerzos actuales por estabilizar la situación. Krisa es la que sí tendría que preocuparos. Ha traído tres asesinos de Seanchan. —Selucia miró la puerta del balcón, y Mat reparó por primera vez en una mancha del suelo que podría haber sido sangre—. Hasta el momento he cazado dos. Lástima. Di por sentado que erais el tercero.

Lo miró como si considerara que él, contra toda lógica, podría ser ese asesino.

—Estás completamente loca —dijo Mat, que se colocó el sombrero y recogió la *ashandarei*—. Voy con Tuon.

—Ése ya no es su nombre. Ahora se llama Fortuona, así viva para siempre. No os dirigiréis a ella por ninguno de esos nombres, sino como Excelsa Señora o Altísima Señora.

—La llamaré como jodidamente me plazca —replicó Mat—. ¿Dónde está?

Selucia lo miró con detenimiento.

—No soy un asesino.

—No creo que lo seáis. Intento decidir si ella querrá que os diga dónde se encuentra.

—Soy su esposo, ¿verdad?

—Chitón. Habéis intentado ahora mismo convencerme de que no sois un asesino, ¿y ahora salís con ésas? Qué necio. Está en los jardines de palacio.

—¿En mitad…?

—… de la noche, sí —lo interrumpió Selucia—. Lo sé. No siempre presta oídos a la prudencia. —En su voz se notó un atisbo de exasperación—. Tiene todo un pelotón de Guardias de la Muerte con ella.

—Me da igual si tiene al mismísimo Creador en persona —espetó Mat, que se encaminó de vuelta al balcón—. Iré allí, la sentaré en mis rodillas y le explicaré unas cuantas cosas.

Selucia lo siguió y se apoyó en la puerta para mirarlo con escepticismo.

—Bueno, tal vez no la sentaré —dijo Mat, que miraba los jardines, allá abajo, a través de celosía abierta—. Pero sí le explicaré, con lógica, por qué no puede salir a deambular por ahí de noche. Al menos, se lo mencionaré. Rayos y centellas. Estamos muy alto, ¿verdad?

—La gente normal utiliza la escalera.

—Todos los soldados de esta ciudad me buscan. Creo que Galgan intenta hacerme desaparecer.

Selucia frunció los labios.

—Así que no lo sabíais, ¿verdad? —le preguntó Mat.

Ella vaciló, pero luego negó con la cabeza.

—No sería inverosímil que Galgan estuviera alerta a vuestra llegada. El Príncipe de los Cuervos sería un competidor en circunstancias normales. Él es general de

nuestros ejércitos, pero ésa es una tarea que a menudo se le asigna al Príncipe de los Cuervos.

Príncipe de los Cuervos.

—No me lo recuerdes, puñetas —pidió Mat—. Creía que ése era mi título cuando estaba casado con la Hija de las Nueve Lunas. ¿No ha cambiado al ascender ella al trono?

—No —dijo Selucia—. Aún no.

Mat asintió con la cabeza y suspiró al contemplar de nuevo el descenso que le esperaba por la fachada de palacio. Pasó una pierna por encima de la barandilla.

—Hay otro camino —informó Selucia—. Venid, antes de que os rompáis la crisma. Aún no sé qué es lo que ella quiere de vos, pero dudo que esté incluido que os precipitéis a vuestra muerte.

Con alivio, Mat se bajó de la barandilla del balcón y siguió a Selucia al dormitorio. La mujer abrió un armario y luego descorrió el fondo, que daba a un oscuro pasadizo encerrado entre la madera y la piedra del palacio.

—Pero qué puñetas… —Mat metió la cabeza dentro—. ¿Esto ya estaba aquí antes?

—Sí.

—Puede que fuera así como esa cosa entró —masculló Mat—. Hay que clausurar esto con tablas, Selucia.

—He hecho algo mejor. Cuando la emperatriz duerme, así viva para siempre, lo hace en el ático. Nunca duerme en esta habitación. No hemos olvidado con qué facilidad mataron a Tylin.

—Eso está bien. —Mat tuvo un escalofrío—. Encontré a esa cosa que la asesinó. No volverá a degollar a nadie. Tylin y Nalesean se echarán un buen baile para celebrarlo. Adiós, Selucia. Gracias.

—¿Por lo del pasadizo? —preguntó ella—. ¿O por no mataros con la ballesta?

—Por no dirigirte a mí por el jodido título de Alteza, como Musenge y los otros —rezongó Mat.

Entró en el pasadizo y encontró un farol colgado en la pared. Lo encendió con su pedernal y su yesca.

A su espalda, Selucia se echó a reír.

—Pues si eso os molesta, Cauthon, os espera una vida irritante por demás. Sólo hay una forma de dejar de ser Príncipe de los Cuervos, y es encontraros con una soga al cuello. —Cerró la puerta del armario.

«Pero qué mujer tan agradable», pensó Mat con sorna. Casi prefería aquellos días en que ni siquiera le dirigía la palabra. Meneando la cabeza, empezó a bajar por el pasadizo y entonces cayó en la cuenta de que Selucia no le había dicho adónde conducía exactamente.

Rand caminó a través del campamento de Elayne, en la linde oriental del Bosque de Braem, acompañado por un par de Doncellas. El campamento estaba oscuro por la proximidad de la noche, pero eran pocos los que dormían. Hacían los preparativos para levantar el campamento a la mañana siguiente y desplazar el ejército hacia el este, en dirección a Cairhien.

Sólo una escolta de dos Doncellas esa noche. Casi se sentía desprotegido; y pensar que hubo un tiempo en el que cualquier número de guardias, por pocos que fueran, le parecía excesivo… El inevitable girar de la Rueda había cambiado su percepción, tan cierto como que las estaciones cambiaban.

Iban por un camino alumbrado por linternas que, obviamente, había sido una trocha de animales. Ese campamento no llevaba allí suficiente tiempo para que se hubieran marcado caminos. Unos ruidos quedos rompían la quietud de la noche: suministros que se cargaban en carros, hojas de espadas que se afilaban con piedras de amolar, raciones que se distribuían entre los hambrientos soldados…

Los hombres no alzaban la voz ni se llamaban unos a otros. No sólo porque fuera de noche, sino porque las fuerzas de la Sombra se encontraban en el bosque, cerca, y los trollocs tenían un oído muy fino. Mejor acostumbrarse a hablar en voz baja, sin gritar de un lado del campamento al otro. Las linternas tenían una pantalla opaca que se corría a discreción a fin de dar poca luz, y el fuego de las lumbres de cocinar se mantenía muy bajo.

Rand salió del camino, cargado con un fardo alargado, y, cruzando a través de la susurrante hierba del claro, anduvo hasta la tienda de Tam. Sería una visita rápida. Respondió con un cabeceo a los soldados que lo saludaban a su paso. Se impresionaban al verlo, pero no se sorprendían de que anduviera por el campamento. Elayne había puesto al corriente a sus ejércitos de sus anteriores visitas.

«Yo soy la mano que dirige estos ejércitos —le había dicho ella cuando se separaron la última vez—, pero tú eres el corazón que los mueve. Los reuniste, Rand. Combaten por ti. Deja que te vean cuando vienes, por favor».

Así que lo hacía. Ojalá pudiera protegerlos mejor, pero lo único que podría hacer sería cargar con ese peso. Al final había resultado que el secreto no estaba en endurecerse hasta casi quebrarse. No estaba en volverse insensible, sino en seguir adelante aguantando el sufrimiento, igual que con las heridas que tenía en el costado, y aceptar el dolor como una parte de sí mismo.

Dos hombres de Campo de Emond hacían guardia delante de la tienda de Tam. Rand les respondió con un cabeceo cuando ellos se pusieron firmes e hicieron un saludo. Ban al’Seen y Dav al’Thone; en otros tiempos jamás habría creído que los vería cuadrarse para saludarlo. Y además lo hacían bien.

—Se os ha confiado una tarea muy seria, soldados —les dijo Rand—. Tan

importante como cualquiera en este campo de batalla.

—¿Defender Andor, milord? —preguntó Dav, desconcertado.

—No. Velar por mi padre. Aseguraos de hacerlo bien. —Dejando a las Doncellas fuera, entró en la tienda.

Tam, inclinado sobre una mesa de campaña, inspeccionaba unos mapas. Rand sonrió. Era la misma expresión que tenía antaño cuando examinaba una oveja que se había quedado enganchada en un matorral.

—Por lo visto piensas que necesito que cuiden de mí —dijo Tam.

Rand llegó a la conclusión de que responder a ese comentario sería tanto como entrar en un local donde se reúnen arqueros y retar a cualquiera que estuviera allí a que le disparara. Así pues, dejó el paquete en la mesa. Tam miró el fardo alargado y a continuación tiró de la envoltura; la tela se soltó y reveló debajo una majestuosa espada con la vaina lacada en negro y ornamentada con dos dragones enroscados, uno rojo y el otro dorado.

Tam alzó los ojos hacia Rand con expresión interrogante.

—Tú me diste tu espada —contestó Rand—. Como no he podido devolvértela, ésta es para reemplazarla.

Tam desenvainó el arma y la miró con los ojos muy abiertos.

—Es un regalo demasiado bueno, hijo.

—Nada es demasiado bueno para ti —susurró Rand—. Nada.

Tam meneó la cabeza mientras volvía a envainar la espada.

—Acabará olvidada en un baúl, como la otra. Jamás debí llevar esa espada a casa. Te volcaste demasiado en esa espada. —Se movió para devolverle el arma, pero Rand le sujetó la mano.

—Por favor —dijo—. Un maestro espadachín merece tener un arma apropiada. Quédatela. Así no me sentiré culpable. Bien sabe la Luz que cualquier cargo de conciencia que pueda quitarme será una ayuda en los días venideros.

—Eso es jugar sucio, Rand —le reprochó Tam con una mueca de dolor.

—Lo sé. Últimamente he pasado mucho tiempo con indeseables de todo tipo. Reyes, administradores, lores y damas.

Aunque a regañadientes, Tam se quedó el arma.

—Considérala una muestra de agradecimiento del mundo entero —pidió Rand—. Si no me hubieses enseñado la llama y el vacío hace años… Luz, padre. Ahora no estaría aquí. Habría muerto, de eso no me cabe duda. —Rand bajó la mirada hacia la espada—. Imagina. Si no te hubieras empeñado en hacer de mí un buen arquero, jamás habría aprendido lo que me ha mantenido cuerdo en los malos momentos.

Tam resopló por la nariz.

—La llama y el vacío no tienen nada que ver con disparar un arco —dijo.

—Sí, lo sé. Son una técnica de la esgrima.

—Tampoco tienen nada que ver con las espadas —refutó Tam, que se sujetó el arma en el cinturón.

—Pero…

—La llama y el vacío tienen que ver con la concentración —dijo Tam—. Y con la serenidad de espíritu. Si pudiera, se lo enseñaría a todas y cada una de las personas de esta tierra, fueran o no fueran soldados. —La expresión de su rostro se suavizó—. Pero, Luz, ¿qué estoy haciendo? ¿Dándote una charla? A ver, dime, ¿dónde conseguiste esta arma?

—La encontré.

—Es la mejor espada que he visto en mi vida. —Tam volvió a sacarla y examinó los pliegues del metal—. Es antigua. Y se ha usado. Mucho. Se la ha cuidado bien, desde luego, pero no se guardó en un estuche para exhibirla como un trofeo en la vitrina de un cabecilla militar. La han blandido hombres. Han matado con ella.

—Perteneció a… un alma gemela.

Tam alzó los ojos y buscó su mirada.

—Bueno, entonces supongo que podría probarla —dijo luego—. Vamos.

—¿Ahora, de noche?

—No hace tanto que ha anochecido —argumentó Tan—. Es una buena hora. El campo de entrenamiento no estará abarrotado.

Rand enarcó una ceja, pero se apartó cuando Tam rodeó la mesa y salió de la tienda. Lo siguió, y las Doncellas fueron tras ellos. Su padre los condujo a un campo de prácticas cercano donde se entrenaban unos cuantos Guardianes a la luz de linternas colgadas de pértigas.

Cerca del astillero de las armas para práctica, Tam desenvainó la espada nueva y ejecutó varias poses. Aunque tenía el pelo canoso y el rostro con arrugas alrededor de los ojos, Tam al’Thor se movía como una cinta de seda al viento. Rand nunca había visto luchar a su padre, ni siquiera entrenarse. A fuer de ser sincero, le costaba un poco imaginar al afable Tam al’Thor matando nada aparte de un urogallo para espetarlo en la lumbre.

Ahora lo vio. Alumbrado por la luz titilante de una linterna, Tam al’Thor se sumergió en las poses de lucha con espada como quien se pone un par de botas cómodas. Curiosamente, a Rand le sorprendió sentirse celoso. No de su padre, de forma específica, sino de cualquiera con la capacidad de experimentar la paz de la práctica con la espada. Rand alzó la mano y después el muñón del otro brazo para mirarlos. Muchas de las poses requerían el uso de las dos manos. Luchar como estaba haciendo Tam no era lo mismo que luchar con espada corta y escudo, como hacían muchos hombres de la infantería. Esto era algo más. Él podía luchar, pero jamás podría volver a hacer eso. Lo mismo que un hombre al que le faltara un pie no podría bailar.

Tam terminó con *La liebre encuentra su madriguera* y envainó el arma en un único y grácil movimiento. La luz anaranjada de la linterna se reflejó en la hoja cuando se metía en la funda.

—Espléndida —dijo Tam—. Luz, el peso, la elaboración… ¿Está forjada con el Poder?

—Eso creo —contestó Rand.

Nunca había tenido ocasión de luchar con ella.

Tam bebió un vaso de agua que le ofrecía un chico de servicio. Unos cuantos reclutas novatos corrían en formación con picas a lo lejos; practicaban hasta bien entrada la noche. Cada momento de entrenamiento era valioso, sobre todo para quienes no se encontraban con frecuencia en las primeras líneas de combate.

«Reclutas nuevos —pensó Rand, que los siguió con la mirada—. Ellos también son un peso en mi conciencia. Todos los que luchan lo son».

Hallaría el modo de derrotar al Oscuro. Si no lo conseguía, esos hombres habrían luchado en vano.

—Estás preocupado, hijo —comentó Tam mientras devolvía la copa al muchacho.

Rand se tranquilizó, encontró la paz, y se volvió hacia Tam. Evocó, de sus recuerdos antiguos, algo leído en un libro. *La llave del liderazgo radica en el suave vaivén de las olas*. Era imposible encontrar quietud en cualquier extensión de agua si bajo la superficie había agitación. De igual modo, no habría serenidad y concentración en un grupo a menos que el cabecilla poseyera esa paz interior.

Tam lo observaba, pero no hizo alusión a la repentina máscara de control que Rand había adoptado. En cambio, alargó la mano hacia un lado y asió una de las equilibradas espadas de prácticas, hechas de madera, que había en el astillero. Se la lanzó a Rand, que la atrapó en el aire sin mover el brazo que tenía doblado a la espalda.

—Padre —empezó en un tono de advertencia al ver que Tam cogía otra de las espadas de entrenamiento—, no es una buena idea.

—He oído que te has convertido en todo un espadachín —contestó Tam, que dio unos cuantos golpes en el aire con la espada de prácticas para probar el equilibrio—. Me gustaría ver qué eres capaz de hacer. Llámalo orgullo paternal.

Rand suspiró y levantó el otro brazo para mostrar el muñón. La gente tendía a desviar los ojos de él, como si viera un Hombre Gris. No les gustaba la idea de que su Dragón Renacido estuviera mutilado.

Nunca les decía lo cansado que estaba, por dentro. Tenía el cuerpo machacado, como una piedra de molino que llevara generaciones funcionando. Todavía tenía aguante suficiente para realizar su trabajo, y lo haría. Pero… Luz, qué cansado se sentía a veces. Cargar con las esperanzas de millones de personas era más agotador que mover una montaña.

Tam no le dio importancia alguna al muñón. Sacó un pañuelo y se lo envolvió alrededor de una mano, tras lo cual lo ató utilizando los dientes.

—No podré asir nada con esa mano —dijo, moviendo de nuevo la espada en el aire—. Será un combate justo. Vamos, hijo.

La voz de Tam rebosaba autoridad, la autoridad de un padre. Era el mismo tono que utilizaba antaño para que Rand saliera de la cama y fuera a limpiar el cobertizo de ordeño.

Rand no podía desobedecer esa voz, no la voz de Tam. Estaba integrada en él. Suspiró y adelantó un paso.

—Ya no necesito la espada para luchar. Tengo el Poder Único.

—Lo cual sería importante si el hecho de que nos entrenemos ahora tuviera algo que ver con luchar.

Rand frunció la frente. ¿Qué…?

Tam arremetió contra él.

Rand paró el ataque con un golpe lateral desganado. Tam realizó *Plumas al viento* girando la espada y descargando un segundo golpe. Rand retrocedió y paró otra vez. Algo se removió dentro de él, como un entusiasmo. Cuando Tam atacó por segunda vez, Rand levantó la espada y —de forma instintiva— unió las manos.

Sólo que ya no tenía una de ellas para asir el pomo. Lo cual hizo débil el agarre, y cuando Tam golpeó de nuevo casi lo desarmó.

Rand apretó los dientes y retrocedió. ¿Qué habría dicho Lan si hubiera visto esa actuación chapucera de uno de sus alumnos?

«¿Y qué iba a decir? Diría: “Rand, no te metas en combates a espada. No puedes ganarlos. Ya no”».

En el siguiente ataque, Tam amagó a la derecha y acto seguido giró y golpeó a Rand en el muslo con un golpe contundente. Rand retrocedió, dolorido. Así que Tam lo había golpeado, y fuerte. Era evidente que no se estaba reprimiendo.

¿Cuánto hacía que Rand había practicado con alguien que buscara hacerle daño? Había demasiada gente que lo trataba con si fuera de cristal. Lan nunca había hecho eso.

Rand se lanzó a la lucha e hizo un intento con *El jabalí baja corriendo la montaña*. Dominó a Tam durante unos instantes, pero entonces la espada de Tam impactó de lleno en la suya y a punto estuvo otra vez de desarmarlo. Las espadas largas, diseñadas para los maestros, no eran fáciles de estabilizar de forma correcta sin tener ambas manos.

Rand gruñó e intentó de nuevo situarse en una postura a dos manos y otra vez falló. A esas alturas ya había aprendido a hacer frente a lo que había perdido; al menos en la vida normal. No había dedicado tiempo a practicar desde que la Renegada lo había mutilado, aunque había pensado hacerlo.

Se sentía como una silla a la que le falta una pata. Podía guardar el equilibrio —con esfuerzo— pero no demasiado bien. Luchó, probó pose tras pose, pero resistió a duras penas los ataques de Tam.

No podía hacerlo. Hacerlo bien, se entiende. Entonces, ¿por qué molestarse? En ese tipo de actividad no estaba bien capacitado. Practicar no tenía sentido. Se volvió, con la frente empapada de sudor, y tiró la chaqueta a un lado. Lo intentó una vez más y avanzó con cuidado por la hierba pisoteada, pero Tam volvió a ganarle la partida y estuvo a punto de hacer que diera con sus huesos en el suelo.

«¡Esto es absurdo! ¿Por qué luchar con una mano? ¿Por qué no encontrar otro modo? ¿Por qué…?»

Tam estaba haciéndolo.

Rand siguió luchando a la defensiva, pero centró la atención en Tam. Su padre tenía que haber practicado la lucha con una mano; Rand lo notaba en sus movimientos, en la forma en que no intentaba —por instinto— seguir asiendo la empuñadura con la mano vendada. Pensándolo bien, también él tendría que haber practicado con una mano. Muchas heridas podían inutilizarle una mano a cualquiera, y algunas poses se centraban en ataques a los brazos. Lan le había dicho que practicara empuñar la espada invirtiendo las manos. Tal vez luchar con una sola habría sido lo siguiente.

—Libérate, hijo —dijo Tam.

—¿Liberarme de qué?

—De todo.

Tam atacó velozmente arrojando sombras en la luz de la linterna, y Rand buscó el vacío. Toda emoción se consumió en la llama dejándolo vacío y pleno a la vez.

El siguiente ataque casi le abrió la cabeza. Rand soltó una imprecación y adoptó la pose de *La garza en los juncos*, como Lan le había enseñado, con la espada arriba para parar el siguiente golpe. Una vez más, esa mano que le faltaba trató de asir la empuñadura. ¡Uno no podía olvidar años de entrenamiento en una noche!

Liberarse.

El viento sopló a través del campo llevando consigo olores de una tierra moribunda. Musgo, moho, putrefacción.

El musgo estaba vivo. El moho era algo vivo. Para que un árbol se pudriera, tenía que haber una proliferación de la vida.

Un hombre con una sola mano seguía siendo un hombre, y si esa mano sostenía una espada, ese hombre seguía siendo peligroso.

Tam inició *El halcón localiza la liebre*, una pose muy agresiva. Cargó contra Rand blandiendo la espada en un golpe lateral. Rand vio los siguientes instantes antes de que ocurrieran. Se vio a sí mismo levantando la espada en la postura adecuada para parar, una pose que requería que expusiera la espada a un mal equilibrio, ahora

que no tenía la otra mano. Vio a Tam descargar un tajo en la espada para torcerla en el agarre de Rand. Vio llegar el siguiente ataque para darle en el cuello.

Tam se detendría antes de golpear. Rand perdería el combate de entrenamiento.

Liberarse.

Rand cambió el agarre de su espada. No pensó por qué lo hacía: hizo lo que parecía correcto. Cuando Tam se acercó, Rand alzó el brazo izquierdo para estabilizar la mano mientras giraba la espada hacia un lado. Tam golpeó, el arma se deslizó sobre la espada de Rand, pero no lo desarmó.

El golpe de revés llegó, como se veía venir, pero dio a Rand en el codo, el del brazo inútil. Aunque no tan inútil, después de todo. Paró de forma efectiva la espada, aunque la vibración del golpe le produjo a Rand un espasmo de dolor en el brazo.

Tam se paró en seco, con los ojos muy abiertos, primero por la sorpresa de que le hubiera parado el ataque, y después con evidente preocupación por haber descargado un fuerte golpe en el brazo de su hijo. Probablemente le había fracturado el hueso.

—Rand, yo… —dijo.

Rand dio un paso atrás, dobló el brazo herido hacia la espalda, y levantó la espada. Inhaló los olores intensos de un mundo herido, pero no muerto.

Atacó. *El martín pescador se zambulle entre las ortigas*. Rand no eligió la pose: ésta surgió. Tal vez se debía a su postura, con la espada en alto y el otro brazo doblado hacia atrás. Eso lo condujo con facilidad a la pose ofensiva.

Tam paró, cauteloso, y se desplazó un paso de lado, a la hierba marchita. Rand lanzó el golpe lateral y, siguiendo el movimiento con agilidad, adoptó la siguiente pose. Dejó de intentar contener sus reacciones instintivas y su cuerpo se adaptó al desafío. A salvo en el vacío, no necesitó preguntarse cómo.

El combate prosiguió en serio ahora. Las espadas resonaban con golpes secos y Rand mantenía el brazo a la espalda y «percibía» cómo sería su siguiente golpe. No luchaba tan bien como solía hacer antes. Eso era imposible; había algunas poses que ya no era capaz de realizar, y no podía golpear con mucha fuerza, como hacía antaño.

Estuvo a la altura de Tam. Hasta cierto punto. Cualquier espadachín vería cuál de ellos era mejor mientras combatían. O, al menos, se daría cuenta de quién tenía ventaja. Tam la tenía allí. Él era más joven y más fuerte, pero Tam eran tan… sólido. Había practicado la esgrima con una sola mano. A Rand no le cabía la menor duda.

No le importaba. Esa concentración… La había echado de menos. Con tantas cosas de las que ocuparse, tanto por lo que preocuparse, no había encontrado el momento de dedicarse a hacer algo para sí mismo, algo tan sencillo como un combate de prácticas. Ahora lo había encontrado y se volcó en ello.

Durante un rato dejó de ser el Dragón Renacido. Ni siquiera era un hijo con su padre. Era un alumno con su maestro.

En cuanto a eso, recordó que por muy bueno que uno hubiera llegado a ser, por

mucho que hubiera evocado cosas de antaño, todavía le quedaba mucho por aprender.

Siguieron practicando. Rand no contaba quién ganaba qué intercambio; sólo luchaba y disfrutaba la paz que le proporcionaba. Por fin, se sintió exhausto, pero de la forma buena, no de esa forma de cansancio que había empezado a experimentar últimamente. Era el agotamiento de un buen trabajo hecho.

Sudoroso, Rand alzó la espada de prácticas hacia Tam para indicar que él había terminado. Tam dio un paso atrás y levantó su espada. El hombre mayor exhibía una sonrisa.

Cerca, al lado de las linternas, un puñado de Guardianes aplaudió. No era un público numeroso —sólo seis hombres—, pero Rand no había reparado en ellos. Las Doncellas levantaron las lanzas en un saludo.

—Ha sido un gran peso, ¿verdad? —preguntó Tam.

—¿El qué? —inquirió Rand.

—Esa mano perdida con la que has estado cargando.

Rand bajó la vista al muñón.

—Sí. Creo que es eso lo que ha sido.

El pasaje secreto de Tylin conducía a los jardines y se abría en un agujero muy estrecho, no muy lejos de donde Mat había empezado la escalada. Salió a gatas, se sacudió el polvo de hombros y rodillas, y después echó la cabeza hacia atrás para mirar el balcón, allá arriba. Había escalado a las alturas del palacio y después había descendido gateando a través de sus entrañas. Quizás había en ello alguna lección. Tal vez era que Matrim Cauthon debería buscar pasajes secretos antes de decidirse a escalar un jodido edificio de cuatro plantas.

Salió con pasos quedos al jardín. Las plantas no estaban muy sanas. Los helechos habrían tenido que ser más frondosos y verdes, y los árboles se hallaban tan desnudos como una Doncella en la tienda de vapor. No era de extrañar. Toda la tierra se amustiaba más deprisa que un muchacho en Bel Tine sin pareja para el baile. Mat tenía casi la certeza de que la culpa de que pasara eso era de Rand. De Rand o del Oscuro. Mat podría seguirle la pista a cualquier puñetero problema que hubiera tenido en su vida y lo llevaría al uno o al otro. Esos malditos colores…

El musgo seguía vivo. Mat nunca había oído que el musgo se utilizara en un jardín, pero habría jurado que allí lo habían hecho crecer en piedras, creando dibujos. Quizá, cuando todo lo demás se murió, los jardineros echaron mano de lo que pudieron encontrar.

Tuvo que buscar un rato, asomándose entre arbustos secos y parterres más que muertos, hasta que dio con Tuon. Había esperado encontrarla sentada tranquilamente, absorta en sus pensamientos, pero tendría que haber sabido que eso era mucho imaginar.

Mat se acuclilló al lado de un helecho, sin que lo viera la docena, más o menos, de Guardias de la Muerte que formaba un círculo alrededor de Tuon mientras ella realizaba una serie de posturas de lucha. La alumbraba un par de linternas que irradiaban un extraño y constante brillo azul. Algo ardía dentro, pero no era una llama normal.

La luz se reflejaba en la piel suave y tersa que tenía el matiz de una buena tierra de cultivo. Llevaba un *a'solma* claro, un ropaje con la falda abierta en los costados, de forma que dejaba ver unas mallas azules debajo. Tuon tenía una constitución menuda; en cierta ocasión, él había cometido el error de dar por sentado que eso significaba que era frágil. En absoluto.

Llevaba la cabeza afeitada como era indicado, ahora que ya no se veía obligada a esconderse. Le sentaba bien, por extraño que pudiera parecer. Se movió en el fulgor azul, pasando por toda una secuencia de posturas de lucha cuerpo a cuerpo, con los ojos cerrados. Parecía estar combatiendo con su propia sombra.

Mat prefería un buen cuchillo —o, mejor aún, su *ashandarei*— a luchar con las manos desnudas. Cuanta más distancia hubiera entre él y el tipo que intentara matarlo, mejor. Tampoco parecía que Tuon necesitara eso. Observándola, se dio cuenta de lo afortunado que había sido la noche que la capturó. Desarmada era mortífera.

¿La amaba?

La pregunta, que despertó en Mat una sensación incómoda, llevaba semanas rascando al filo de su mente como una rata que intentara llegar al grano. Se suponía que no era la clase de pregunta que Matrim Cauthon debería hacerse. A Matrim Cauthon sólo le importaba la chica que tuviera en sus rodillas y la siguiente tirada de dados. Cuestiones sobre temas como el amor era mejor dejárselas a los Ogier, que tenían tiempo para sentarse y ver crecer los árboles.

Se había casado con ella. Eso era algo casual, ¿no? Las jodidas serpientes le habían dicho que lo haría. Ella también había pronunciado las palabras que la unían a él. Todavía no sabía por qué. ¿Tendría que ver con esos augurios de los que solía hablar? Su noviazgo había sido más un juego que una historia de amor. A Mat le gustaban los juegos, y siempre había jugado para ganar. La mano de Tuon había sido el premio. Ahora que ya la había ganado, ¿qué hacía con ella?

Moviéndose como un junco al viento, Tuon siguió con la serie de poses. Una inclinación hacia allí, luego un movimiento ondulante hacia allá. Los Aiel llamaban «la danza» a la batalla, y «danzar las lanzas», a luchar. ¿Qué pensarían de esta disciplina? Tuon se movía con la misma gracilidad que cualquier Aiel. Si la batalla era una danza, gran parte de ella se ejecutaba con la música de una tumultuosa taberna. Esto otro se realizaba con la melodía acompasada de un maestro cantor.

Algo se movió un poco más allá de Tuon, a su espalda. Mat se puso en tensión.

Ah, sólo era un jardinero. Un tipo de aspecto corriente, con un gorro en la cabeza y pecas en la cara. De esos que apenas llamaban la atención. Mat dejó de pensar en él y se echó hacia adelante otro poco para ver mejor a Tuon. Sonrió ante su belleza.

«¿Por qué hay un jardinero fuera, a estas horas? —pensó—. Debe de ser un tipo raro».

Mat le echó otro vistazo al hombre, pero le costó trabajo localizarlo. El jardinero pasó de pronto entre dos miembros de la Guardia de la Muerte. No pareció que a los soldados les importara. Tampoco debería importarle a él. Debían de confiar en el hombre…

Mat buscó debajo de una manga y sacó un cuchillo. Lo alzó sin pararse a pensar por qué. Al hacerlo, rozó con la mano una de las ramas, con suavidad.

Tuon abrió los ojos de pronto y, pese a la tenue luz, los clavó en Mat. Vio el cuchillo en su mano, a punto de salir lanzado por el aire.

Y entonces miró hacia atrás.

Mat lanzó el cuchillo y el arma reflejó la luz azul en sus giros por el aire. Pasó a menos de un dedo de distancia de la barbilla de Tuon y alcanzó al jardinero en el hombro cuando el hombre enarbolaba un cuchillo suyo. El hombre soltó un grito ahogado y se tambaleó hacia atrás. Mat habría preferido acertarle en la garganta, pero no había querido correr el riesgo de herir a Tuon.

En lugar de hacer lo que habría sido razonable, que era apartarse, Tuon saltó hacia el hombre al tiempo que lanzaba dos golpes con las manos dirigidos al cuello del tipo. Esa reacción hizo sonreír a Mat. Por desgracia, ella estaba un poco desequilibrada y el asesino tuvo el tiempo justo para conseguir retroceder y escabullirse entre los desconcertados Guardias de la Muerte. La segunda daga de Mat se clavó en el suelo, detrás del pie del asesino, mientras éste se desvanecía en la noche.

Un instante después, tres hombres —cada uno de ellos con un peso más o menos semejante al de un edificio pequeño— se precipitaron sobre él y le aplastaron la cara contra el suelo seco. Uno le pisó la muñeca y otro le arrebató la *ashandarei*.

—¡Alto! —gritó Tuon—. ¡Soltadlo! ¡Id tras el otro, estúpidos!

—¿Qué otro, majestad? —preguntó uno de los guardias—. No había nadie más.

—Entonces, ¿de quién es esta sangre? —inquirió Tuon al tiempo que señalaba la mancha oscura en el suelo que el asesino había dejado—. El Príncipe de los Cuervos vio lo que vosotros no visteis. ¡Registrad la zona!

Los Guardias de la Muerte se quitaron de encima de Mat con lentitud. Él dejó escapar un gemido. Pero ¿con qué se alimentaban esos tipos? ¿Con ladrillos? No le gustaba que lo llamaran «Alteza», pero un poco de respeto no habría estado mal. Es decir, si con ello hubiera evitado que se sentaran encima de él.

Se puso de pie y extendió la mano hacia un avergonzado Guardia de la Muerte.

La cara del tipo tenía más cicatrices que piel. Le tendió a Mat la *ashandarei* y después salió en pos de sus compañeros para ayudarlos en el registro del jardín.

Tuon se cruzó de brazos; era evidente que no estaba amedrentada.

—Así que decidiste retrasar presentarte ante mí para reincorporarte, Matrim.

—¿Retrasar… qué? Vine a prevenirte, no a reincorporarme ni a presentarme ante nadie, puñetas. Soy mi propio dueño.

—Puedes pensar lo que gustes —contestó Tuon, que miró hacia atrás, donde los Guardias de la Muerte golpeaban los matorrales—. Pero no debes ausentarte. Eres importante para el imperio, y me eres de utilidad.

—Maravilloso —rezongó él.

—¿Quién o qué era eso? —preguntó Tuon en voz queda—. No vi al hombre hasta que tú llamaste mi atención. Estos guardias son lo mejor del imperio. He visto a Daruo atrapar una flecha en pleno vuelo con la mano desnuda, y vi una vez a Barrin impedir que un hombre se acercara demasiado a mí porque sospechaba que era un asesino con la boca llena de veneno. Tenía razón.

—A los tipos como ése se los conoce como Hombres Grises —dijo Mat con un escalofrío—. Hay algo en ellos que los hace peculiarmente corrientes. Tanto, que resulta difícil reparar en ellos, fijarse con atención.

—Hombres Grises —repitió Tuon, distraída—. Más mitos que se hacen realidad. Como vuestros trollocs.

—Los trollocs son reales, Tuon. Jodidamente rea…

—Pues claro que lo son —lo interrumpió ella—. ¿Por qué no iba a creer que son reales? —Le asestó una mirada desafiante, como retándolo a que mencionara las veces que los había llamado «mitos»—. Lo de los Hombres Grises parece ser real también. No hay otra explicación al hecho de que mis guardias permitieran que éste pasara.

—Me fío de los Guardias de la Muerte —comentó Mat, que se frotó el hombro donde uno de ellos le había plantado la rodilla—. Pero no sé, Tuon. El general Galgan está tramando que te asesinen; podría estar colaborando con el enemigo.

—Galgan no va en serio en lo de matarme —contestó ella con indiferencia.

—¿Estás chiflada?

—¿Y tú eres imbécil? —replicó Tuon—. Sólo contrata asesinos de esta tierra, no asesinos de verdad.

—Ese Hombre Gris es de aquí —recalcó él.

Aquello la hizo reflexionar.

—¿Con quién apostaste el ojo? —inquirió después Tuon.

¡Luz! ¿Es que todo el mundo le iba a hacer esa pregunta?

—Tuve una mala racha —contestó—. Salí con vida de ella, que es lo único que importa.

—Mmmmm… ¿Y la salvaste? ¿A la que fuiste a rescatar?

—¿Y cómo sabes tú eso?

—He decidido no ser celosa —dijo ella sin responder a la pregunta—. Tienes suerte. Te sienta bien que te falte un ojo. Antes eras demasiado guapo.

¿Demasiado guapo? Luz. ¿Y qué quería decir con eso?

—Me alegro de verte, por cierto —dijo Mat. Se quedó esperando unos instantes —. Por lo general, cuando alguien le dice a uno algo así, la costumbre es contestar que también te alegras de verlo.

—Ahora soy la emperatriz —repuso Tuon—. Yo no hago cumplidos a los demás, y que la gente retorne no es motivo de alegría para mí. Su retorno está previsto, ya que me sirve.

—Sabes cómo hacer que un hombre se sienta querido. En fin, sé lo que sientes por mí.

—¿Y qué es lo que siento?

—Miraste hacia atrás.

—Había olvidado que eres un especialista diciendo cosas que no tienen sentido, Matrim —dijo ella al tiempo que meneaba la cabeza.

—Cuando me viste con una daga en la mano —explicó él—, como si fuera a arrojártela, no llamaste a tus guardias. No temiste que hubiera venido a matarte. Miraste hacia atrás para ver a qué o a quién apuntaba. Creo que es el gesto más cariñoso que un hombre podría recibir de una mujer. A menos que quieras sentarte en mis rodillas un ratito…

Ella no contestó. Luz, qué fría parecía. ¿Las cosas iban a ser diferentes ahora que era emperatriz? No podía haberla perdido ya, ¿verdad?

Furyk Karede, el capitán de la Guardia de la Muerte, llegó poco después, seguido por Musenge. La expresión de Karede era la de un hombre que ha encontrado su casa envuelta en llamas. Los otros Guardias de la Muerte lo saludaron y parecieron encogerse ante él.

—Emperatriz, mis ojos están bajos —manifestó Karede, que se tendió boca abajo en el suelo, delante de ella—. Me sumaré a quienes os han fallado para acabar con nuestra vida ante vos tan pronto como haya llegado un nuevo pelotón que se encargue de protegeros.

—Vuestras vidas me pertenecen —contestó Tuon—, y no les pondréis fin a menos que os dé permiso. Este asesino no era un ser concebido de forma natural, sino una creación de la Sombra. No habéis perdido prestigio. El Príncipe de los Cuervos os enseñará cómo percibir la presencia de esa clase de criaturas para que no os vuelvan a sorprender otra vez.

Mat estaba bastante seguro de que los Hombres Grises eran concebidos por sus progenitores como cualquiera. Claro que también era el caso de los trollocs y los

Fados. Sin embargo, no creía conveniente aclarárselo a Tuon. Además, otra parte de las órdenes impartidas le llamó la atención.

—¿Qué has dicho que voy a hacer? —preguntó.

—Enseñarles —repuso Tuon con suavidad—. Eres el Príncipe de los Cuervos. Será parte de tus funciones.

—Tenemos que hablar de esto —dijo Mat—. Que todo el mundo me llame «Alteza» no va conmigo, Tuon. Me niego.

Ella no contestó. Esperó mientras los hombres de la Guardia de la Muerte procedían con el registro de los jardines y no hizo intención de regresar a palacio.

Por fin, Karede se acercó otra vez.

—Excelsa Señora, no hay rastro de esa criatura en los jardines, pero uno de mis hombres ha encontrado sangre en el muro. Sospecho que el asesino ha huido a la ciudad.

—No es probable que vuelva a intentarlo esta noche, sabiendo que estamos alertas —manifestó Tuon—. No propaguéis lo ocurrido entre los soldados rasos ni entre los guardias. Informad a mi Voz de que nuestra estratagema ha dejado de ser eficaz, y que tendremos que discurrir otra nueva.

—Sí, emperatriz. —Karede hizo otra profunda reverencia.

—De momento, despejad el perímetro y aseguradlo. Voy a pasar un rato con mi consorte, que ha requerido que «lo haga sentirse querido».

—Eso no es exactamente lo… —empezó Mat mientras los miembros de la Guardia de la Muerte se perdían en la oscuridad.

Tuon observó a Mat unos instantes y a continuación empezó a desnudarse.

—¡Luz! ¿Hablabas en serio? —exclamó Mat.

—No voy a sentarme en tus rodillas —aclaró Tuon al tiempo que sacaba un brazo del vestido y dejaba al aire los senos—. Aunque quizá te permita que te sientes en las mías. Esta noche me has salvado la vida. Eso te hace acreedor a un privilegio especial. Se…

Su frase quedó interrumpida cuando Mat la atrajo hacia sí y la besó. La sorpresa hizo que se pusiera tensa.

«En el jodido jardín —pensó Mat, taciturno—. Con soldados todo en derredor y lo bastante cerca para oír lo que decimos». Bueno, pues si Tuon esperaba que tener gente cerca haría que Matrim Cauthon se sintiera violento, se iba a llevar una sorpresa.

Apartó los labios e interrumpió el beso. Tenía el cuerpo de ella apretado contra el suyo y lo complació descubrir que estaba falta de aliento.

—No pienso ser tu juguete —advirtió Mat con severidad—. No lo permitiré, Tuon. Si tu intención es que las cosas sean así, me marcharé. Hablo en serio. A veces puede que haga el tonto. Con Tylin lo hice, de eso no cabe duda. Pero no voy a pasar

por eso contigo.

Ella alzó la mano para tocarle la cara con una ternura sorprendente.

—No habría pronunciado las palabras que pronuncié si te hubiera visto sólo como un juguete. De todos modos, un hombre al que le falta un ojo ya no lo es. Has vivido la batalla; cualquiera que te vea ahora lo sabrá. No te confundirán con un tonto, y yo no necesito un juguete. Lo que sí tendré en cambio será un príncipe.

—¿Y me amas? —preguntó, aunque le costó decirlo.

—Una emperatriz no ama —contestó ella—. Lo lamento. Estoy contigo porque los augurios así lo determinan, y de ese modo, contigo, daré un heredero a los seanchan.

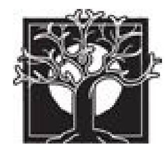
Mat experimentó una sensación rara, de desaliento.

—Sin embargo —continuó Tuon—, quizás admita que me… alegra verte.

«En fin, supongo que tendré que conformarme con eso. Por ahora».

Volvió a besarla.

16



Un silencio estridente

Loial, hijo de Arent, nieto de Halan, siempre había tenido el secreto deseo de ser impetuoso.

Los humanos lo fascinaban, y eso no lo ocultaba. Estaba bastante seguro de que la mayoría de sus amigos lo sabían, aunque no podría jurarlo. Lo sorprendía la cantidad de cosas que los humanos no escuchaban. Él podía tirarse un día entero hablando con ellos para después descubrir que sólo habían oído una parte de lo dicho. ¿Creerían que alguien se pondría a hablar sin que su intención fuera que otros lo escucharan?

Loial prestaba atención cuando ellos hablaban. Cada palabra que los humanos pronunciaban le revelaba más cosas sobre ellos. Los humanos eran como el relámpago. Un destello, un estallido, potencia y energía. Y, de pronto, se acabó. ¿Qué se sentiría?

Precipitación. De ella se podían aprender cosas. Empezaba a preguntarse si no habría aprendido demasiado bien esa lección en particular.

Caminaba por un bosque de árboles silenciosos en exceso, con Erith a su lado y otros Ogier alrededor de ambos. Todos llevaban hachas al hombro o empuñaban cuchillos largos, de camino al frente de batalla. Las orejas se le movían a Erith; no era una Cantora de Árboles, pero percibía que los árboles no se sentían bien.

Era horrible, realmente espantoso. Loial no habría podido explicar la sensación que percibía de una arboleda saludable del mismo modo que habría sido incapaz de explicar la sensación del viento en su piel. Había una percepción de algo correcto —como la fragancia de la lluvia matinal— en los árboles saludables. No era un sonido, pero se apreciaba como una melodía. Cuando les cantaba, se sumergía en esa percepción.

Estos árboles no transmitían tal percepción. Si se acercaba a ellos, tenía la impresión de que oía algo. Un silencio estridente. No era un sonido, sino una sensación.

Un poco más adelante, la lucha proseguía con furia. Las fuerzas de la reina Elayne se retiraban con cautela hacia el este, dejando atrás la espesura. Casi habían llegado al límite del Bosque de Braem; una vez que hubieran salido de él, marcharían hacia los puentes, los cruzarían y les prenderían fuego. A continuación los soldados lanzarían descargas destructivas a los trollocs que intentaran cruzar el río tras ellos por sus propios puentes. Bashere confiaba en reducir de forma considerable el

número de efectivos del enemigo en el Erinin, antes de proseguir hacia el este.

Loial estaba seguro de que todo eso sería un montón de información fascinante para su libro, una vez que lo escribiera. Si es que tenía ocasión de escribirlo. Aplastó las orejas contra el cráneo conforme los Ogier empezaron con su canto de guerra. Unió su voz a las de los demás, agradecido de que el canto —la llamada a sangre y muerte— tapara el silencio dejado por los árboles.

Echó a correr al mismo tiempo que los otros, con Erith a su lado. Loial se situó al frente, con el hacha enarbolada por encima de su cabeza. Los pensamientos se borraron de su mente a medida que crecía su rabia contra los trollocs. No sólo mataban árboles. Les arrebataban la paz.

La llamada a sangre y muerte.

Gritando la canción, Loial atacó a los trollocs con el hacha; Erith y los otros Ogier se unieron a él y frenaron lo peor de la acometida de la fuerza trolloc lanzada por el flanco. No había encabezado la carga Ogier a propósito. Pero lo hizo, a pesar de todo.

Descargó el hacha en el hombro de un trolloc con cabeza de carnero y le cercenó el brazo. El ser chilló y cayó de rodillas; Erith aprovechó para patearle la cara, derribándolo hacia atrás de manera que se desplomó a los pies de un trolloc que iba detrás.

Loial no dejó de cantar; la llamada a sangre y muerte. ¡Que la oyeran! ¡Que la oyeran! Hachazo tras hachazo. Cortar la madera muerta, de eso se trataba, nada más. Una madera muerta, podrida, horrible. Erith y él se encontraron al lado del Mayor Haman, quien —con las orejas echadas hacia atrás— ofrecía un aspecto absolutamente fiero. El apacible Mayor Haman. Él también sentía cólera.

Una línea de Capas Blancas asediados —a quienes los Ogier habían liberado del acoso— retrocedió a trompicones para dejar paso a los Ogier.

Loial cantó y luchó y bramó y mató descargando tajos a los trollocs con un hacha destinada a cortar leña, no carne y hueso. Trabajar con madera era un asunto respetuoso. Aquello otro era… Era acabar con malas hierbas. Plantas venenosas. Plantas estranguladoras.

Perdiéndose en la llamada a sangre y muerte, siguió descargando hachazos contra los trollocs. Los seres empezaron a sentir miedo. Loial vio terror en los ojos malvados, y disfrutó con ello. Estaban acostumbrados a luchar contra humanos, que eran más pequeños que ellos.

Bien, pues que lucharan con alguien de su misma talla. Gruñeron mientras la línea Ogier los obligaba a retroceder. Loial asestaba golpe tras golpe y cortaba brazos y torsos. Se abrió paso entre dos trollocs con rasgos de oso, arremetiendo a su alrededor con el hacha, gritando de rabia… Ahora la rabia era por lo que los trollocs les habían hecho a los Ogier. Ellos tendrían que estar disfrutando de la paz de los *steddings*.

Deberían tener la posibilidad de construir, cantar y crecer.

No podían hacerlo. ¡Por culpa de esas bestias, de esas… malas hierbas, no podían! Los Ogier se veían forzados a matar. Los trolloc habían hecho destructores de los constructores. Obligaban a los Ogier y a los humanos a ser como ellos. La llamada a sangre y muerte.

Bien, pues, la Sombra vería lo peligrosos que podían ser los Ogier. Lucharían y matarían. Lo harían mejor de lo que cualquier humano, trolloc o Myrddraal podrían imaginar.

Por el miedo que Loial veía en los trollocs —en sus ojos aterrorizados— parecía que empezaban a darse cuenta.

—¡Luz! —exclamó Galad mientras retrocedía de lo más encarnizado del combate en el frente de batalla—. ¡Luz bendita!

El ataque Ogier era terrible y glorioso. Las criaturas luchaban con las orejas echadas hacia atrás, los ojos desorbitados, las caras anchas, planas como yunques. Parecían transformados, desaparecida por completo su habitual placidez. Se abrían paso a golpes de hacha entre las filas de trollocs, a los que mataban a tajos y cuchilladas. La segunda hilera de Ogier —compuesta en su mayoría por mujeres que blandían cuchillos largos— acababa con cualquier trolloc que conseguía pasar la primera línea.

Galad había pensado que los trollocs eran aterradores por la mezcla de rasgos humanos y de animales, pero los Ogier lo perturbaban aún más. Los trollocs eran simplemente horribles, pero los Ogier eran amables, de voz suave, bondadosos. Verlos enfurecidos, gritando aquel canto terrible y atacando con hachas casi tan largas como alto era un hombre… ¡Luz!

Galad hizo un ademán a los Hijos para que retrocedieran; se agachó para evitar el encontronazo con un trolloc que fue a chocar contra un árbol, a corta distancia. Algunos de los Ogier agarraban por los brazos a los trollocs heridos y se los quitaban de en medio lanzándolos por el aire. Muchos Ogier estaban empapados en sangre hasta la cintura, cortando y cercenando como carniceros que estuvieran preparando la carne. De vez en cuando, uno de ellos caía; pero, aunque iban sin armadura, al parecer tenían una piel dura.

—¡Luz! —dijo Trom, que se acercó a Galad—. ¿Habías visto alguna vez cosa igual?

Galad negó con la cabeza. Era la respuesta más sincera que se le ocurría.

—Si tuviéramos un ejército de ésos… —comentó Trom.

—Son Amigos Siniestros —intervino Golever, que se había reunido con los dos —. Engendros de la Sombra, sin duda.

—Los Ogier son tan Engendros de la Sombra como yo —espetó Galad con

sequedad—. Mira, están masacrando a los trollocs.

—Y en cualquier momento se volverán contra nosotros —afirmó Golever—. Mirad…

No acabó la frase y escuchó la canción Ogier que era su canto de guerra. Un grupo grande de trollocs emprendió la huida y corrió hacia atrás pasando alrededor de los Myrddraal, que proferían maldiciones. Los Ogier no los dejaron ir. Encolerizados, los gigantescos constructores persiguieron a los trollocs cercenando piernas con las hachas y derribándolos con tajos en medio de surtidores de sangre y gritos de dolor.

—¿Y bien? —preguntó Trom.

—Quizá… —empezó Golever—. Quizá es un ardid de alguna clase. Para ganarse nuestra confianza.

—No seas necio, Golever —espetó Trom.

—No soy…

Galad impuso silencio levantando la mano.

—Recoged a nuestros heridos. Dirijámonos hacia el puente.

Rand dejó que el remolino de colores se difuminara en su vista.

—Casi ha llegado el momento de que parta —dijo.

—¿A la batalla? —preguntó Nynaeve.

—No, a reunirme con Mat. Está en Ebou Dar.

Había regresado del campamento de Elayne, en Merrilor. Todavía le daba vueltas a la conversación con Tam. *Libérate*. No era fácil, ni mucho menos. Y, sin embargo, era como si hablar con su padre le hubiera quitado un peso de encima. *Libérate*. Parecía haber algo profundo en esa palabra pronunciada por su padre, algo más que lo obvio.

Rand meneó la cabeza. No podía permitirse el lujo de dedicar tiempo a pensamientos así. La Última Batalla tenía que ocupar toda su atención.

«He sido capaz de acercarme mucho sin hacerme notar —pensó mientras toqueteaba la daga con mango de cuerno de ciervo que llevaba metida en el cinturón—. Parece que es verdad. El Oscuro no percibe mi presencia cuando llevo esto encima».

Antes de lanzar su ataque contra el Oscuro, tenía que hacer algo respecto a los seanchan. Si lo que Thom decía era cierto, Mat podría ser la clave. Los seanchan tenían que sumarse a la Paz del Dragón. Si no lo hacían…

—Ésa es una expresión que recuerdo —dijo una voz suave—. Consternación. Te sale muy bien, Rand al'Thor.

Él se volvió hacia Moraine. Detrás de ella, en la mesa de su tienda, los mapas que Aviendha había enviado con un mensajero mostraban posiciones donde su ejército podría reunirse en la Llaga.

Moraine se acercó a él.

—¿Sabes que solía pasarme horas cavilando, en un intento de descubrir lo que esa mente tuya estaba tramando? Es un milagro que no me arrancara hasta el último pelo de la cabeza de pura frustración.

—Fui un necio por no confiar en ti —dijo Rand.

Ella se echó a reír. Era una risa suave, la de una Aes Sedai con un perfecto control de sí misma.

—Confiabas lo suficiente —dijo luego—. Lo cual hacía más frustrante que no lo compartieras.

Rand respiró hondo. El aire en Merrilor era más agradable que en otros sitios. Había persuadido a la tierra de allí para que reviviera. La hierba crecía. Las flores brotaban.

—Tocones de árbol y hombres —le dijo a Moraine—. En Dos Ríos hay de ambos, y es igual de improbable que los unos o los otros se muevan del sitio cuando se plantan.

—Quizás estás exagerando demasiado —contestó Moraine—. No fue meramente la tozudez lo que te empujó a actuar así; fue la voluntad de demostrarte a ti mismo y demostrarles a todos que eras capaz de hacer esto tú solo. —Le rozó el brazo—. Pero no puedes hacerlo solo, ¿verdad que no?

Rand negó con la cabeza. Alargó la mano hacia *Callandor*, que llevaba sujeta a la espalda con un correaje, y la tocó. Ya estaba desvelado el último secreto de la espada. Era una trampa, una muy astuta, porque esa arma no era un *sa'angreal* que se utilizaba sólo con el Poder Único, sino también con el Poder Verdadero.

Había tirado la llave de acceso, pero a la espalda llevaba algo tan, tan tentador… El Poder Verdadero, la esencia del Oscuro, era lo más delicioso que jamás había tocado. Con *Callandor* podría absorberlo a una magnitud tal como ningún hombre había logrado jamás. Debido a que *Callandor* carecía de las medidas de seguridad que la mayoría de los *angreal* y *sa'angreal* tenían, no había manera de saber qué cantidad de uno u otro Poder era capaz de absorber y pasar al encauzador.

—Ahí está de nuevo esa expresión —murmuró Moraine—. ¿Qué te traes entre manos, Rand al'Thor, Dragón Renacido? ¿Por fin puedes abrirte lo suficiente para contármelo?

—¿Has iniciado esta conversación para sonsacarme ese secreto? —inquirió él, mirándola a los ojos.

—Tienes muy buena opinión de mi talento como conversadora.

—Una respuesta que no dice nada.

—Sí —admitió Moraine—. Pero ¿me permites señalar que lo hiciste tú primero para eludir mi pregunta?

Rand retrocedió un poco en la conversación y se dio cuenta de que, en efecto,

acababa de hacer lo mismo.

—Voy a matarlo —contestó entonces—. No voy a limitarme a sellar la prisión del Oscuro, sino que voy a acabar con él.

—Me había dado la impresión de que habías madurado mientras estuve ausente —dijo Moraine.

—Sólo Perrin ha madurado —comentó él—. Mat y yo simplemente hemos aprendido a fingir que lo hemos hecho. —Vaciló—. Aunque a Mat no se le da muy bien.

—Es imposible matar al Oscuro —sentenció Moraine.

—Creo que puedo hacerlo —argumentó Rand—. Recuerdo lo que hizo Lews Therin, y hubo un momento, un fugaz instante… Puede ocurrir, Moraine. Confío más en mi capacidad para hacer eso que en poder confinar al Oscuro.

Lo cual era cierto, aunque no estaba realmente convencido de ser capaz de lograr ninguna de las dos cosas.

Preguntas. Tantas preguntas. ¿No debería tener algunas respuestas a esas alturas?

—El Oscuro es parte de la Rueda —adujo Moraine.

—No. El Oscuro está fuera del Entramado —replicó Rand—. No es parte de la Rueda en absoluto.

—Pues claro que sí, Rand. Somos los hilos que componen la sustancia del Entramado, y el Oscuro nos afecta. No puedes matarlo. Es una empresa descabellada.

—Ya he hecho cosas absurdas otras veces. Y volveré a hacerlas. A veces, Moraine, me da la impresión de que toda mi vida, todo lo que he hecho, ha sido ir dando palos de ciego. Así pues, ¿qué importa otro reto imposible más?

—Has madurado mucho —dijo Moraine mientras apretaba los dedos con los que le aferraba el brazo—. Pero aún eres un joven, nada más, ¿no es cierto?

Rand controló de inmediato las emociones y no replicó a la pulla con otra. El modo más seguro de que a uno lo tomaran por inmaduro era actuar como tal. Se irguió, bien recta la espalda, y habló con suavidad:

—He vivido más de cuatro siglos —repuso—. Tal vez sigo siendo joven, como lo somos todos, comparados con la perpetuidad de la Rueda. Dicho lo cual, soy una de las personas de más edad que aún vive.

—Precioso. —Moraine sonrió—. ¿Eso funciona con los demás?

Él vaciló. Entonces, curiosamente, se sorprendió a sí mismo sonriendo.

—Con Cadsuane funcionó muy bien —contestó.

—Ésa… —Moraine resopló con desdén—. Bueno, conociéndola, dudo que la embaucaras tan bien como das por sentado. Puede que albergues los recuerdos de un hombre de cuatro siglos de edad, Rand al’Thor, pero eso no te convierte en una persona longeva. De otro modo, Matrim Cauthon sería el patriarca de todos nosotros.

—¿Mat? ¿Por qué él?

—Bah, no importa —dijo Moraine—. Es algo que se supone que no debo saber. En el fondo, sigues siendo un pastor inocente. Y no querría que fueras de otro modo. Con toda su sabiduría y todo su poder, Lews Therin no podría hacer lo que debes hacer tú. Y ahora, si eres tan amable, tráeme un poco de té.

—Sí, Moraine Sedai —contestó, y de inmediato echó a andar hacia la tetera que había en el fuego. Se paró en seco y luego se volvió para mirarla.

Ella lo observaba con un gesto de picardía.

—Sólo probaba a ver si aún funcionaba —dijo.

—Nunca te he servido un té —protestó Rand que volvió junto a ella—. Que yo recuerde, las últimas semanas que pasamos juntos era yo quien te daba órdenes.

—En efecto. Piensa en lo que he dicho respecto al Oscuro. Pero antes quiero preguntarte otra cosa. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Por qué vas a Ebou Dar?

—Por los seanchan —contestó Rand—. He de intentar ponerlos de nuestra parte, como prometí a los demás.

—Si no recuerdo mal, nunca prometiste que lo intentarías. Prometiste que lo conseguirías —argumentó Moraine.

—Con promesas de «intentar» algo no se llega muy lejos en las negociaciones políticas, por sinceras que sean.

Rand alzó la mano ante sí, con el brazo extendido y los dedos hacia arriba, y miró a lo lejos, entre los faldones levantados de la entrada a la tienda. Como si se preparara para aferrar las tierras meridionales. Hacerse con ellas, reclamarlas como suyas, protegerlas…

El Dragón del brazo brilló, dorado y carmesí.

—«Una vez el Dragón, para el recuerdo perdido». —Rand alzó el otro brazo, que acababa en el muñón, cerca de la muñeca—. «Dos veces el Dragón… por el precio que ha de pagar».

—¿Qué harás si la cabecilla seanchan rehúsa tu propuesta de nuevo? —preguntó Moraine.

Él no le había dicho que la emperatriz hubiera rechazado su proposición la primera vez. A Moraine no era necesario contarle las cosas. Las descubría, y punto.

—Lo ignoro —contestó Rand con suavidad—. Si no se unen a la lucha, Moraine, no venceremos. Si no se adhieren a la Paz del Dragón, entonces no hemos conseguido nada.

—Has dedicado demasiado tiempo a ese pacto —opinó Moraine—. Te ha distraído de tu objetivo. El Dragón no trae la paz, sino la destrucción. No puedes cambiar eso con un trozo de papel.

—Veremos. Gracias por el consejo. Ahora y siempre. No creo que lo haya dicho suficientes veces. Estoy en deuda contigo, Moraine.

—Bueno, aún me tomaría una taza de té —dijo ella.

Rand la miró con incredulidad. Luego rompió a reír y fue hacia la tetera para servirle una taza.

Moraine alzó la taza de té que Rand le había llevado antes de marcharse. Se había convertido en un dirigente de muchas naciones desde que los dos se habían separado, y era tan humilde ahora como la primera vez que lo había visto en Dos Ríos. Quizá más.

«Humilde en su trato conmigo, tal vez —pensó—. Cree que puede matar al Oscuro. Lo cual no es indicativo de un hombre humilde». Rand al'Thor, qué mezcla tan extraña de modestia y orgullo. ¿Por fin había conseguido el equilibrio correcto? A despecho de lo que le había dicho a Rand, sus actos hacía ella ese día habían demostrado que no era un muchacho, sino un hombre.

Un hombre podía cometer errores. A menudo, eran del tipo más peligroso.

—La Rueda gira según sus designios —murmuró para sí.

Dio un sorbo de té. Preparado por el propio Rand, no por cualquier otra persona, era tan delicioso y aromático como lo había sido en tiempos mejores. Ni el más ligero rastro de la sombra del Oscuro.

Sí, la Rueda giraba según sus designios. A veces, Moraine habría querido que esos giros fueran más fáciles de entender.

—¿Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer? —preguntó Lan mientras se volvía sobre la silla de *Mandarb*.

Andere asintió con la cabeza. Él mismo había transmitido la noticia a los gobernantes, y desde ellos había pasado a sus generales y comandantes. Sólo en el último momento se había informado a los soldados.

Entre ellos habría Amigos Siniestros. Siempre los había. Era imposible exterminar las ratas de una ciudad, por muchos gatos que llevaras allí. Si la Luz quería, esas instrucciones habrían llegado demasiado tarde para que las ratas pusieran sobre aviso a la Sombra.

—En marcha —ordenó Lan al tiempo que taconeaba las costillas de *Mandarb*.

Andere alzó el estandarte bien alto, la bandera de Malkier, y galopó a su lado. Se le unieron sus tropas de Malkier. Muchos de ellos sólo llevaban un pequeño porcentaje de sangre malkieri y eran fronterizos de otras naciones. Con todo, habían elegido cabalgar bajo su bandera y habían adoptado el uso del *hadori*.

Miles y miles de jinetes cabalgaban con él, mientras los cascos resonaban y levantaban la suave tierra. Había sido una larga y dura retirada para su ejército. Los trollocs los superaban en número y representaban una seria amenaza si rodeaban a sus hombres. La caballería de Lan tenía mucha movilidad, pero había un tope en la

velocidad que podía imponerse a los soldados de a pie, mientras que los trollocs avanzaban deprisa. Más deprisa de lo que la gente era capaz de marchar, sobre todo con esos Fados azuzándolos. Por fortuna, los incendios de los campos estaban obstaculizando el avance del ejército de la Sombra. Sin ese entorpecimiento, probablemente los hombres de Lan no habrían conseguido escapar.

Lan se agachó sobre la silla cuando empezaron las explosiones de los Señores del Espanto. A su izquierda cabalgaba el Asha'man Deepe, atado a la silla debido a que le faltaba una pierna. Una bola de fuego crepitó en el aire y trazó una curva que descendía hacia Lan; Deepe adoptó una expresión concentrada y lanzó las manos hacia adelante. La bola de fuego estalló en el aire, por encima de ellos.

Ascuas encendidas cayeron como lluvia carmesí, dejando un rastro de humo. Una le cayó a *Mandarb* en el cuello, y Lan la apartó de un manotazo con la mano enguantada. El caballo no pareció haber notado nada.

Allí el suelo era de arcilla oscura. El terreno comprendía onduladas colinas cubiertas de hierba seca, afloramientos rocosos y sotos de árboles deshojados. La retirada se realizaba a lo largo de la orilla del Mora; el río impediría que los trollocs los rodearan por el flanco occidental.

En el aire se alzaba humo en dos puntos distintos del horizonte: Fal Dara y Fal Moran. Las dos urbes más grandes de Shienar incendiadas por sus propios habitantes, así como las tierras de sus granjas, sus huertos y sus árboles frutales, todo lo que podría proporcionar sustento a los trollocs invasores.

Defender las ciudades no había sido una opción. Lo cual significaba que había que destruirlas.

Era hora de devolver el golpe. Lan dirigió una carga al centro de la horda, y los trollocs aprestaron las picas para hacer frente a la carga de las caballerías malkieri y shienariana. Lan bajó su lanza y la colocó en posición a lo largo del cuello de *Mandarb*. Se echó hacia adelante, levantado sobre los estribos; sujetándose con las rodillas, confió en que los encauzadores —ahora tenía catorce, tras recibir los refuerzos enviados por Egwene— hicieran su parte.

El suelo estalló delante de los trollocs. La primera línea de las criaturas se rompió.

Lan eligió a su blanco, un enorme trolloc con cabeza de jabalí que gritaba a sus compañeros que huían de las explosiones. Lan lo ensartó por el cuello con la lanza; el arma se quebró y *Mandarb* tiró al trolloc a un lado mientras pisoteaba a una de las bestias acobardadas que había cerca. El clamor de la caballería dio paso a un choque estruendoso cuando los jinetes arremetieron con fuerza, dejando que el impulso y el peso de las monturas los llevaran al interior del grueso de los trollocs.

Una vez que frenaron, Lan le echó la lanza a Andere, que la atrapó con destreza en el aire. La guardia de Lan avanzó y él desenvainó la espada. *El leñador desmocha*

el árbol joven. *Flores de manzano al viento*. Los trollocs eran blancos fáciles cuando se iba a caballo; la altura de las bestias les ponía el cuello, los hombros y el rostro justo al nivel adecuado.

Era un trabajo rápido, brutal. Deepe estaba atento a posibles ataques de los Señores del Espanto, para contrarrestarlos. Andere se acercó al lado de Lan.

El estandarte de Lan era un imán para los Engendros de la Sombra. Empezaron a rugir y a bramar, y Lan oyó dos palabras trollocs repetidas una y otra y otra vez en su lenguaje. *Murdru Kar. Murdru Kar. Murdru Kar*. Atacó con la espada y derramó la sangre de las bestias fríamente, sumido en el vacío.

Le habían arrebatado Malkier dos veces ya. Jamás notarían su sensación de derrota, de pérdida, al abandonar su patria de nuevo, esta vez por propia elección. Pero, por la Luz, que los acercaría mucho a sentirlo. Su espada atravesándoles el torso sabría hacerlo mejor.

La batalla se sumió en el caos, como ocurría en tantas otras. Los trollocs entraron en un estado de frenesí; el ejército de Lan había pasado los últimos cuatro días sin combatir con las bestias. Sólo se había retirado, y por fin había conseguido tener cierto control de su repliegue, lo suficiente para evitar combates, al menos, gracias a los incendios provocados.

Cuatro días sin entrar en conflicto, y ahora aquel ataque sin cuartel. Era la primera pieza del plan.

—¡Dai Shan! —llamó alguien.

El príncipe Kaisel. Señaló hacia donde los trollocs habían conseguido dividir la guardia de Lan. Su estandarte se estaba yendo al suelo.

Andere. El caballo del hombre cayó, derribado, mientras Lan espoleaba a *Mandarb* entre dos trollocs. El príncipe Kaisel y un puñado de soldados se unieron a él.

Lan no podía seguir a caballo, o corría el riesgo de pisotear a su amigo. Desmontó de un salto, llegó al suelo y se agachó para esquivar la arremetida lateral de un trolloc. Kaisel cortó una pierna de la bestia por la rodilla.

Lan pasó corriendo junto al trolloc que caía. Vio su estandarte y un cuerpo al lado. Vivo o muerto, no lo sabía, pero había un Myrddraal con una oscura espada enarbolada para descargarla contra el hombre.

Llegó en medio de una ráfaga de aire y remolinos de acero. Paró la hoja de Thakan'dar con un golpe propio; en el ardor de la lucha pisoteó su estandarte. Dentro del vacío, no había tiempo para pensar. Sólo había instinto y acción. Había…

Había un segundo Myrddraal que surgió detrás del caballo caído de Andere. Así pues, era una trampa. Echar abajo el estandarte y atraer su atención.

Los dos Fados atacaron, uno por cada lado. El vacío no se tambaleó. Una espada no podía sentir miedo y, en ese momento, Lan era la espada. *La garza extiende las*

alas. Asestó tajos todo en derredor, parando las armas enemigas con la suya, atrás y adelante. Los Myrddraal eran como agua fluyendo, pero Lan era el propio viento. Giró entre las cuchillas enemigas, rechazando el ataque a la derecha y a continuación a la izquierda.

Los Fados empezaron a maldecir con rabia. El que estaba a su izquierda se precipitó sobre él con una mueca de desprecio en los pálidos labios. Lan se apartó a un lado y después detuvo la estocada de la criatura y le cortó el brazo por el codo. Continuó el golpe grácil, que se desplazó en un arco lateral hacia donde Lan sabía que el otro Fado lo atacaría, y le cercenó la mano por la muñeca.

Las dos armas de Thakan'dar tintinearon al caer al suelo. Los Fados se quedaron petrificados, estupefactos, durante un segundo. Lan descabezó a uno de un tajo que segó el cuello, luego se retorció y hundió la espada a través de la garganta del otro. *Guijarros negros en la nieve*. Retrocedió un paso y sacudió la espada a un lado para limpiar la hoja de la mortífera sangre. Ambos Fados se desplomaron; sacudidos por convulsiones, se golpearon uno al otro de forma automática, y la sangre oscura manchó la tierra.

Al menos ciento cincuenta trollocs que había cerca se desplomaron al suelo, retorciéndose. Eran los que habían estado vinculados a los dos Fados. Lan pasó por encima de Andere para no pisarlo y lo sacó del barro. El hombre parpadeó, aturdido; un brazo le colgaba en un ángulo raro. Lan se lo cargó al hombro, levantó el estandarte empujando el astil hacia arriba con el pie, y lo asió con la otra mano.

Regresó a toda prisa hacia *Mandarb* —el área a su alrededor estaba ahora vacía de trollocs— y le entregó el estandarte a uno de los hombres del príncipe Kaisel.

—Ocúpate de que lo limpien y después enarbólalo —ordenó.

Colocó a Andere atravesado encima de la silla, montó y limpió la espada en el sudadero del caballo. El hombre no parecía mortalmente herido. A su espalda oyó susurrar el príncipe Kaisel:

—¡Por mis antepasados! Había oído que era bueno, pero… ¡Luz!

—Con eso bastará. Retirémonos —dijo Lan mientras recorría con la vista el campo de batalla y soltaba el vacío—. Envía la señal, Deepe.

El Asha'man obedeció y lanzó un destello de luz roja al aire. Lan hizo volver grupas a *Mandarb* y señaló con la espada hacia el campamento. Las tropas se reunieron a su alrededor. Esa acometida estaba pensada desde el principio para que fuera un ataque rápido y enseguida retirarse. Ni siquiera habían mantenido una línea de combate compacta. Algo difícil de lograr con una carga de caballería.

Al iniciarse el repliegue de sus hombres llegaron las tropas saldaeninas y arafelinas en rápidas oleadas a fin de romper las líneas trollocs y proteger la retirada. *Mandarb* estaba empapado en sudor; transportar dos hombres equipados con armadura no era tarea fácil para el caballo, y más después de una carga. Lan dejó que

Mandarb aflojara el paso en cuanto estuvieron a una distancia en la que no había riesgo de sufrir daño directo.

—Deepe, ¿cómo está Andere? —preguntó Lan cuando llegaron a la línea de retaguardia.

—Tiene unas cuantas costillas rotas, y también un brazo, además de una herida en la cabeza —informó Deepe—. Me sorprendería que ahora mismo fuera capaz de contar hasta diez sin ayuda, pero he visto casos peores. Le haré la Curación para la herida de la cabeza; lo demás puede esperar.

Lan asintió con un gesto y se paró. Uno de sus guardias —un hombre hosco llamado Benish que usaba el velo tarabonés, aunque llevaba un *hadori*— ayudó a bajar a Andere de *Mandarb*; lo sostuvieron de pie al lado del caballo de Deepe. El Asha’man tullido se inclinó hacia un lado merced a las correas que lo mantenían sujeto a la silla; puso la mano en la cabeza de Andere y se concentró.

La expresión aturdida desapareció de los ojos de Andere, sustituida por otra de ser consciente de lo que pasaba. Y entonces comenzó a soltar maldiciones.

«Se pondrá bien», pensó Lan, que volvió la vista hacia el campo de batalla. Los Engendros de la Sombra se replegaban. Empezaba a caer la noche.

El príncipe Kaisel se acercó a Lan a medio galope.

—La bandera saldaenina lleva la franja roja de la reina —dijo—. Vuelve a cabalgar con ellos, Lan.

—Es su soberana. Puede hacer lo que le plazca.

—Deberíais hablar con ella —sugirió Kaisel—. No está bien, Lan. Otras mujeres del ejército saldaenino empiezan a cabalgar también con ellos.

—He visto mujeres saldaeninas entrenándose —contestó Lan sin apartar la vista del campo de batalla—. Si tuviera que apostar en una competición entre una de ellas y un hombre de cualquier ejército del sur, apostaría por la saldaenina, sin lugar a dudas.

—Pero…

—Esta guerra es todo o nada. Si pudiera reunir a todas las mujeres de la Tierras Fronterizas y ponerles una espada en la mano, lo haría. Por ahora, me conformaré con no hacer nada estúpido… como prohibir luchar a unas entrenadas y apasionadas combatientes. Sin embargo, si decidís actuar con temeridad, sois libre de decirles lo que pensáis. Prometo daros un buen entierro una vez que me dejen quitar vuestra cabeza de la pica donde la tengan clavada.

—Eh… Sí, lord Mandragoran —dijo Kaisel.

Lan sacó el visor de lentes y oteó el campo.

—Lord Mandragoran, ¿de verdad creéis que este plan funcionará? —preguntó Kaisel.

—Hay demasiados trollocs —contestó—. Los cabecillas de los ejércitos del

Oscuro los han estado criando durante años, haciendo que se reproduzcan como malas hierbas. Los trollocs comen muchísimo; para ir tirando, cualquiera de ellos necesita más comida que un hombre.

»A estas alturas, deben de haber acabado con todo lo que hubiera en la Llaga que pudiera sustentarlos. Los seguidores de la Sombra emplearon toda la comida que tuvieron a su disposición para crear este ejército, contando con que los trollocs podrían alimentarse con los cadáveres de los caídos.

En efecto, ahora que la batalla se había interrumpido, los trollocs pululaban por el campo embebidos en la horripilante tarea de rebuscar comida. Preferían la carne humana, pero no harían ascos a la de sus propios compañeros caídos. Lan había pasado cuatro días corriendo delante del ejército de esas bestias, con lo que no les había proporcionado cadáveres con los que darse un festín.

Habían conseguido llevar a cabo el repliegue sólo merced a los incendios de Fal Dara y Fal Moran, así como otras ciudades de Shienar occidental. El minucioso registro de esas ciudades en busca de comida había retrasado el avance de los trollocs y había permitido que el ejército de Lan se diera un respiro y organizara la retirada.

Los shienarianos no habían dejado nada comestible en ninguna de las ciudades cercanas. Cuatro días sin comer. Los trollocs no tenían organizado un servicio regular de abastecimiento; comían lo que se encontraban. Estaban muertos de hambre, famélicos. Lan los observó con el visor de lentes. Muchos no esperaron siquiera las ollas de cocinar. Tenían mucho más de animal que de ser humano.

«Y tienen más de criatura de la Sombra que de animal», pensó Lan, que bajó el visor. Su plan había sido morboso, pero quisiera la Luz que también fuera eficaz: que sus hombres lucharan significaba que habría bajas. Bajas que en ese momento eran el cebo para la batalla de verdad.

—Ahora —susurró.

Lord Agelmar también se dio cuenta de que había llegado el momento. Los cuernos sonaron y una ráfaga de luz amarilla ascendió en el aire. Lan hizo que *Mandarb* diera media vuelta y el caballo resopló ante la orden. Estaba cansado, pero Lan también lo estaba. Los dos podrían aguantar otra batalla. Tenían que hacerlo.

—¡*Tai'shar Malkier*! —bramó Lan, que apuntó al frente con la espada y condujo a sus tropas de vuelta al campo de batalla.

Los cinco ejércitos fronterizos convergieron en la desbaratada horda de Engendros de la Sombra. Las formaciones de trollocs se habían roto por completo para disputar por los cadáveres.

Conforme Lan se acercaba a ellos, oyó a los Myrddraal gritar en un intento de obligar a los trollocs a reorganizar la formación. Demasiado tarde. Muchas de las famélicas bestias ni siquiera alzaron la vista hasta que tuvieron a los ejércitos casi encima.

Cuando las tropas de Lan atacaron esta vez, el efecto fue muy diferente al anterior. Antes el ataque se había visto frenado por las cerradas formaciones de los trollocs, y sólo habían conseguido penetrar una docena de pasos antes de verse obligados a echar mano a las espadas y las hachas. Esta vez, los trollocs estaban desperdigados. Lan hizo una señal a los shienarianos para que atacaran primero; su formación era tan cerrada que habría costado trabajo hallar un hueco de más de dos pasos entre los caballos.

Eso no dejaba espacio para que los trollocs corrieran o esquivaran la acometida. Los jinetes los pisotearon en medio de la atronadora trápala de cascos y el estruendo metálico de las bardas; ensartaron trollocs con las lanzas, dispararon arcos de caballería, arremetieron con espadas de empuñadura a dos manos. Parecía haber una agresividad especial en los shienarianos al atacar, protegidos con los yelmos abiertos por delante y armadura de placas planas.

Lan condujo a su caballería cabalgando a campo traviesa detrás de los shienarianos para matar a cualquier trolloc que sobreviviera a la embestida inicial. Una vez que finalizó su pasada, los shienarianos se desplazaron a la derecha para agruparse a fin de hacer otra pasada, pero los arafelinos entraron a continuación y mataron a más Engendros de la Sombra que intentaban rehacer una formación. Tras ellos llegaron los saldaeninos a través, como habían hecho los malkieri, y entonces los kandoreses arremetieron desde la otra dirección.

Sudoroso, cansado el brazo de la espada, Lan se preparó de nuevo. Sólo entonces se dio cuenta de que el propio príncipe Kaisel portaba el estandarte de Malkier. El muchacho era joven, pero tenía buen corazón. Aunque era un poco tonto respecto a las mujeres.

«Luz, todos lo somos, de un modo u otro», pensó. A pesar de la distancia, las emociones de Nynaeve a través del vínculo lo reconfortaban. No percibía mucho debido a la distancia, pero parecía decidida.

Cuando Lan iniciaba la segunda acometida, el suelo empezó a explotar debajo de sus hombres. Por fin los Señores del Espanto se habían dado cuenta de lo que ocurría y habían regresado al frente de batalla. Lan dirigió a *Mandarb* alrededor de un cráter que se abrió en el suelo justo delante de él, y una rociada de tierra le dio en el torso. La aparición de los Señores del Espanto era la señal de interrumpir los ataques; deseaba arremeter, asestar un fuerte castigo al enemigo y luego retirarse. Sin embargo, para luchar contra los Señores del Espanto tendría que recurrir a todos sus encauzadores, algo que no deseaba hacer.

—¡Rayos y truenos! —maldijo Deepe cuando Lan esquivaba otra explosión—. ¡Lord Mandragoran!

Lan miró hacia atrás. Deepe frenaba a su caballo.

—Sigue adelante, hombre —dijo Lan, que sofrenó a *Mandarb*.

Hizo una señal a sus tropas para que siguieran cabalgando, aunque el príncipe Kaisel y la guardia de Lan en el campo de batalla se pararon con él.

—Oh, Luz —susurró Deepe, que se concentró.

Lan examinó el entorno. A su alrededor los trollocs yacían muertos o moribundos, aullando o simplemente gimoteando. A su izquierda, una horda de Engendros de la Sombra se agrupaba tardíamente en formación. Lo conseguirían en poco tiempo, y si los otros y Lan no se movían se encontrarían solos en el campo.

Deepe tenía la mirada prendida en una figura encaramada en lo alto de lo que parecía ser una máquina de asedio; tenía la base plana y medía unos veinte pies de alto. Un grupo de trollocs la empujaba hacia adelante, rodando sobre enormes ruedas de madera.

Sí, había alguien allí arriba. Varias figuras. Bolas de fuego empezaron a caer hacia los fronterizos que huían a galope, y del cielo se descargaron rayos. De repente, Lan se sintió como una diana en un campo de entrenamiento de arqueros.

—¡Deepe!

—¡Es el M'Hael! —informó Deepe.

Hacía más o menos una semana que Taim no colaboraba con el ejército enemigo, pero ahora había vuelto, al parecer. Era imposible saberlo con seguridad a causa de la distancia, aunque, por el modo en que el hombre lanzaba tejidos en una rápida sucesión, parecía estar furioso por algo.

—¡Cabalgad! —gritó Lan.

—Podría darle —dijo Deepe—. Podría…

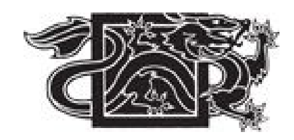
Lan vio un destello de luz y, de repente, *Mandarb* se encabritó. Lan maldijo e intentó parpadear para borrar la imagen que persistía en las retinas de los ojos. Algo le había pasado en los oídos, porque tampoco funcionaban bien.

Mandarb corcoveó y brincó, tembloroso. A Lan le costó mucho trabajo controlar al animal, pero una descarga como ésa, tan cerca, habría puesto nervioso a cualquier caballo. Un segundo destello acabó con Lan en el suelo. Dio una voltereta, gruñendo, pero algo —en lo más hondo de su ser— sabía lo que tenía que hacer. Cuando fue consciente de sus actos, ya estaba de pie, aturdido, espada en mano. Gimió al tiempo que se tambaleaba.

Unas manos lo asieron y tiraron de él para subirlo a la silla. El príncipe Kaisel, con el rostro ensangrentado por la batalla, sujetaba las riendas. La guardia de Lan se aseguró de que aguantara en la silla mientras se alejaban a galope.

Lan vislumbró el cadáver de Deepe, retorcido y hecho pedazos, mientras huían.

17



Mayor, mas curtido

Resultó infructuosa —dijo una voz que llegó a través del amodorramiento de Mat.

Algo le raspaba la cara a Mat. Era el peor colchón en el que había dormido en toda su vida. Iba a leerle la cartilla al posadero hasta que le devolviera su dinero.

—Es muy difícil perseguir al asesino —continuó esa voz molesta—. La gente que se cruza con él no lo recuerda. Si el Príncipe de los Cuervos tuviera información sobre cómo hay que rastrearlo, me gustaría mucho que nos los dijera.

¿Por qué dejaba el posadero que esa gente entrara en su habitación? Empezó a emerger de un maravilloso sueño relacionado con Tuon, en el que no había nada que le preocupara. Abrió el ojo, con cara de sueño, y se encontró mirando un cielo encapotado en lugar del techo de una posada.

«Pero qué puñetas», pensó con un gemido. Se habían quedado dormidos en el jardín. Se sentó y descubrió que estaba completamente desnudo a excepción del pañuelo atado al cuello, con sus ropas y las de Tuon extendidas debajo de ellos. Había tenido la cara apoyada en un manojo de hierbajos.

Sentada a su lado y sin preocuparse por estar completamente desnuda, Tuon hablaba con un miembro de la Guardia de la Muerte. Musenge se había reclinado sobre una rodilla y tenía la cabeza agachada, con la cara hacia el suelo. Pero… ¡aun así!

—¡Luz! —exclamó al tiempo que alargaba la mano hacia sus ropas.

Tuon se encontraba sentada en su camisa y le asestó una mirada enfadada cuando Mat intentó sacarla de un tirón.

—Enaltecido Señor —le dijo el guardia a Mat, todavía mirando al suelo—. Saludos en vuestro despertar.

—Tuon, ¿por qué te quedas ahí sentada? —demandó Mat, que por fin había conseguido sacar la camisa de debajo del delicioso trasero.

—Como mi consorte, puedes llamarme Fortuona o majestad —dijo ella con severidad—. Detestaría tener que mandar que te ejecutaran antes de que me dieras un hijo, ya que empiezo a tenerte cariño. En lo que respecta a este hombre, es de la Guardia de la Muerte. Han de protegerme a todas horas. A menudo los tengo conmigo cuando me baño. Es su obligación y tiene la cabeza agachada.

Mat empezó a vestirse con precipitación.

Ella hizo otro tanto, aunque no tan deprisa como a Mat le habría gustado. No le hacía gracia que un guardia se comiera a su esposa con los ojos. El sitio donde habían dormido estaba bordeado de pequeños abetos azules, una rareza en el sur; quizá se cultivaban porque eran exóticos. Aunque las agujas empezaban a amarillear, proporcionaban cierta intimidad. Más allá de los abetos había otro círculo de árboles, melocotoneros, le parecieron a Mat, aunque no habría podido asegurarlo por la falta de hojas.

Fuera del jardín empezaban a oírse los sonidos apagados de una ciudad que despertaba, y en el aire había un tenue olor a las agujas de los abetos. La temperatura era lo bastante cálida para dormir fuera sin que resultara incómodo; no obstante, Mat se alegraba de estar vestido.

Un oficial de la Guardia de la Muerte se acercó justo cuando Tuon acababa de vestirse. El guardia, que hizo crujir las agujas secas al pisarlas, se inclinó ante ella.

—Emperatriz, es posible que hayamos atrapado a otro asesino. No es el ser de anoche, ya que no tiene heridas, pero intentaba entrar en palacio a hurtadillas. Hemos pensado que quizá querríais verlo antes de que empecemos con el interrogatorio.

—Traedlo —ordenó Tuon mientras daba tironcitos al vestido para colocarlo bien —. Y que venga el general Karede.

El oficial se retiró y se cruzó con Selucia, que se encontraba cerca del camino que llevaba al claro. La mujer se acercó y se situó al lado de Tuon. Mat se caló el sombrero y se puso al otro lado de Tuon, con la contera de la *ashandarei* apoyada en la hierba muerta.

Mat sintió lástima por ese pobre necio al que habían sorprendido intentando colarse en palacio. Puede que fuera un asesino, pero también podía tratarse de un mendigo o cualquier otro tonto en busca de emociones. O podría ser…

El Dragón Renacido.

Mat soltó un quedo gemido. Sí, era Rand al que conducían por el camino. Rand parecía mayor, más curtido que la última vez que lo había visto en persona. Por supuesto, lo había visto hacía poco en esas puñeteras visiones. Aunque había aprendido a dejar de pensar en Rand para evitar el remolino de colores, todavía fallaba de vez en cuando.

Fuera como fuese, ver a Rand en persona era diferente. Hacía… Luz, ¿cuánto tiempo hacía? «La última vez que lo vi con mis propios ojos fue cuando me mandó a Salidar a buscar a Elayne». Parecía que hubiera pasado toda una eternidad desde entonces. Fue antes de que viajara a Ebou Dar, antes de que viera al *gholam* por primera vez. Antes de Tylin. Antes de Tuon.

Mat frunció el entrecejo cuando condujeron a Rand ante Tuon con los brazos atados a la espalda. Ella habló con Selucia moviendo los dedos en su lenguaje de las manos. Rand tenía una expresión serena y no parecía preocupado en lo más mínimo.

Vestía una bonita chaqueta en rojo y negro, camisa blanca debajo y pantalón negro. Nada de oro ni de joyas. Y ninguna arma.

—Tuon —empezó Mat—, ése es…

Tuon dejó de hablar con Selucia, se volvió un poco y vio a Rand.

—¡*Damane*! —gritó, interrumpiendo a Mat—. ¡Que vengan mis *damane*! ¡Corre, Musicar! ¡¡Deprisa!!

El Guardia de la Muerte retrocedió a trompicones y luego echó a correr llamando a gritos a las *damane* y al oficial general Karede.

Rand observó la marcha del hombre con aire despreocupado, pese a estar atado.

«Anda, fíjate, si parece un rey», pensó Mat, distraídamente.

Claro que lo más probable era que Rand estuviera loco. Eso explicaría por qué se había acercado a Tuon de esa manera, como si tal cosa. O era eso, o Rand planeaba matarla. Las ataduras no representaban el menor obstáculo para un encauzador.

«Qué puñetas. ¿Cómo es posible que me encuentre en esta situación?», pensó Mat. ¡Había hecho todo cuanto estaba en su mano para evitar a Rand!

Rand le sostuvo la mirada a Tuon. Mat hizo una profunda inhalación y luego se puso delante de ella de un salto.

—Vamos a ver, Rand, mantengamos la calma.

—Hola, Mat —dijo Rand con voz agradable. ¡Luz, vaya si estaba loco!—. Gracias por traerme hasta ella.

—¿Traerte hasta…?

—¿A qué viene esto? —demandó Tuon.

—Yo no… —Mat se volvió hacia ella—. De verdad, no es más que…

La mirada de Tuon podría haber horadado agujeros en el acero.

—Esto es obra tuya —le dijo a Mat—. Viniste, me sedujiste para despertar mi afecto, y luego lo trajiste aquí. ¿Es así?

—No es culpa de él —intervino Rand—. Nosotros dos teníamos que reunirnos otra vez. Sabes que es cierto.

Mat se interpuso entre ambos, y alzó una mano en una y otra dirección.

—¡Vamos a ver! Vale ya, los dos. ¡Escuchad!

Algo asió a Mat y lo alzó en el aire.

—¡Deja de hacer eso, Rand! —gritó.

—No soy yo —contestó Rand, que adoptó una mirada de concentración—. Ah. Estoy escudado.

Colgando en el aire, Mat se tanteó el pecho. El medallón. ¿Qué había sido de su medallón?

Miró a Tuon. Durante un fugaz instante, ella pareció sentirse avergonzada y buscó en el bolsillo del vestido. Sacó algo plateado en la mano, quizá con intención de usar el medallón como protección contra Rand.

«Brillante», pensó Mat con un gemido. Se lo había quitado mientras estaba dormido y él no se había dado cuenta. Y las copias tampoco las tenía en el bolsillo.

Los tejidos de Aire lo bajaron al suelo, junto a Rand; Karede había regresado con una *sul’dam* y una *damane*. Los tres tenían el rostro arrebatado, como si hubieran corrido a toda velocidad. La *damane* era la que había encauzado.

Tuon miró a Rand y a Mat y después empezó a gesticular usando el lenguaje de manos con Selucia; los movimientos eran bruscos.

—Muchísimas gracias por esto —rezongó Mat a Rand—. Qué amigo tan jodidamente bueno eres.

—Yo también me alegro de verte —contestó Rand con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Ya estamos como siempre. —Mat soltó un suspiro—. Has vuelto a meterme en un buen lío. Como haces cada vez que nos vemos.

—¿De veras?

—Sí. En Rhuidean y en el Yermo, en la Ciudadela de Tear… Y de vuelta en Dos Ríos. ¿No te das cuenta de que si me he venido al sur, en lugar de unirme a tu fiestecita con Egwene en Merrilor, ha sido para escaparme?

—¿Crees que habrías podido evitar reunirte conmigo? —preguntó Rand con una sonrisa—. ¿De verdad crees que el Entramado te lo habría permitido?

—Al menos debía intentarlo, puñetas. Sin intención de ofender, Rand, pero vas a volverte loco y todo eso. Me pareció una buena idea que alguno de tus amigos no estuviera cerca de ti. Así tendrías que matar a uno menos. Ya me entiendes, para ahorrarte molestias. Por cierto, ¿qué has hecho con la mano?

—¿Y qué has hecho tú con el ojo?

—Un pequeño accidente con un sacacorchos y trece posaderos furiosos. ¿Y la mano?

—La perdí al capturar a una de las Renegadas.

—¿Capturar? Te estás ablandando.

—Ahora me dirás que tú lo has hecho mejor —resopló Rand con sorna.

—Maté a un *gholam* —dijo Mat.

—Liberé a Illian de Sammael.

—Me casé con la emperatriz de los seanchan.

—Mat, ¿de verdad intentas competir con el Dragón Renacido jactándote de lo que has hecho? —Hizo una pausa breve—. Además, limpié el *Saidin*. Yo gano.

—Bah, tampoco es para tanto —dijo Mat.

—¿Que no es para tanto? Es el hecho más importante que ha tenido lugar desde el Desmembramiento.

—Bah. Tú y tus Asha’man ya estáis chiflados —argumentó Mat—, por lo cual, ¿qué más da? —Miró de lado—. Estás estupendo, por cierto. Últimamente te has

cuidado más.

—De modo que sí te importa.

—Pues claro que me importa —rezongó Mat, que volvió la vista hacia Tuon—. Me refiero a que tienes que mantenerte con vida, ¿cierto? Ir a sostener ese pequeño duelo con el Oscuro y salvarnos a todos, ¿no? Es estupendo saber que lo encaras con buen ánimo.

—Es agradable oír eso —dijo Rand con una sonrisa—. ¿No va a haber chanzas sobre mi chaqueta?

—¿Qué? ¿Chanzas? ¿Aún te escuece que te tomara un poco el pelo hace un par de años?

—¿Tomarme el pelo? Estuviste semanas sin querer hablar conmigo.

—Eh, un momento. No fue para tanto —repuso Mat—. Recuerdo bien aquello.

Rand meneó la cabeza, como desconcertado. Un jodido desagradecido, eso es lo que era. Él había ido a recoger a Elayne, como Rand le había pedido, ¿y así se lo agradecía? Sí, vale, se había desviado un poco después de aquello. Pero aun así lo hizo, ¿verdad?

—De acuerdo —dijo en voz baja Mat mientras se debatía con las ataduras de Aire que lo sujetaban—. Conseguiré que los dos salgamos de este lío, Rand. Estoy casado con ella. Deja que hable yo, y…

—Hija de Artur Hawkwing —se dirigió Rand a Tuon—. El tiempo avanza hacia el fin de las cosas. La Última Batalla ha empezado y los hilos se están tejiendo. Dentro de poco empezará mi prueba final.

Tuon adelantó un paso mientras Selucia tejía unas pocas palabras más con los dedos.

—Seréis conducido a Seanchan, Dragón Renacido —dijo. La voz de Tuon sonaba firme, tranquila.

Mat sonrió. Luz, qué buen papel hacía como emperatriz.

«Pero no tenía por qué birlarme los medallones», pensó. Iba a decirle una cuantas cosas al respecto. Eso, si sobrevivía. Ella no ordenaría que lo ejecutaran, ¿o sí?

De nuevo, forcejeó con los lazos invisibles que lo sujetaban.

—¿De veras? —preguntó Rand.

—Os habéis entregado vos mismo —dijo Tuon—. Es un augurio. —Casi parecía pesarosa—. No pensaríais que iba a permitir que os marcharais, ¿verdad? He de llevaros encadenado como un dirigente que se me opuso… Al igual que he hecho con otros que encontré aquí. Pagáis el precio por el olvido de vuestros antepasados. Tendríais que haber recordado vuestros juramentos.

—Entiendo —dijo Rand.

«Vaya, pues tampoco se le da nada mal hablar como un rey», pensó Mat. Luz, pero ¿con qué clase gente se había rodeado? ¿Qué había sido de las camareras guapas

y los soldados dispuestos a correr juergas?

—Decidme una cosa, emperatriz —continuó Rand—. ¿Qué habríais hecho todos vosotros si al regresar a estas costas hubieseis encontrado que los ejércitos de Artur Hawkwing aún gobernaban? ¿Y si no se trata de que hayamos olvidado los juramentos, sino que nos hemos mantenido fieles a nuestros principios? Entonces, ¿qué?

—Os habríamos recibido como hermanos —respondió Tuon.

—¿En serio? ¿Y os habríais inclinado ante el trono de aquí? El trono de Hawkwing. Si ese imperio siguiera en pie, estaría gobernado por sus herederos. ¿Habríais intentado dominarlos? ¿O por el contrario habríais aceptado su supremacía sobre vosotros?

—Pero no es el caso —argumentó Tuon, si bien parecía estar intrigada por lo que decía Rand.

—No, no lo es.

—Según vuestra argumentación, sois vosotros quienes debéis someteros a nuestro imperio —razonó ella con una sonrisa.

—No he sido yo quien ha dado pie a tal argumentación —repuso Rand—, pero admitámoslo así. ¿Con qué derecho reclamáis estas tierras como vuestras?

—Con el de ser los únicos herederos legítimos de Artur Hawkwing.

—¿Y por qué tiene importancia tal cosa?

—Éste es su imperio. Es el único que lo unificó, el único líder que lo gobernó con gloria y grandeza.

—Ahí es donde os equivocáis —refutó Rand con voz suave—. ¿Aceptáis que soy el Dragón Renacido?

—Debéis de serlo —respondió ella despacio, como si recelara de una trampa.

—Entonces habréis de aceptarme por el que soy y lo que soy —continuó Rand, ahora en un tono crecientemente alto y tajante, como el toque de batalla de un cuerno —. Soy Lews Therin Telamon, el Dragón. Yo goberné estas tierras, unificadas durante la Era de Leyenda. Yo era el cabecilla de todos los ejércitos de la Luz. Yo llevaba el anillo de Tamyrlin. Yo era Primero entre los Siervos, el de mayor rango en la jerarquía de los Aes Sedai, con poder para invocar los Nueve Cetros del Dominio. —Rand avanzó un paso.

»Me debían lealtad y fidelidad la totalidad de los diecisiete generales de la Puerta del Alba. ¡Fortuona Athamen Devi Paendrag, mi autoridad excede la vuestra!

—Artur Hawkwing…

—¡Mi autoridad excede la de Hawkwing! Si reclamáis vuestro derecho a gobernar en nombre de quien conquistó, entonces tenéis que doblegaros ante mi reclamación previa. Yo conquisté antes que Hawkwing, aunque no necesitara espada para conseguirlo. ¡Los seanchan estáis en mi tierra merced a mi indulgencia, porque

os lo permito!

Un trueno retumbó a lo lejos. Mat se sorprendió al sentir la sacudida de un escalofrío. Luz, sólo era Rand. Sólo Rand… ¿O no?

Tuon retrocedió con los ojos desorbitados y los labios entreabiertos. El espanto se reflejaba en su semblante, como si acabara de presenciar la ejecución de sus propios padres.

Alrededor de los pies de Rand empezaba a crecer hierba verde. Los guardias que se encontraban cerca retrocedieron de un brinco, llevando la mano a la espada, mientras una franja de vida se extendía desde Rand. Las briznas marrones y azules recobraban el color como si les hubieran echado pintura por encima y después, como si se estiraran tras un largo sueño, se ponían erguidas.

El verdor tapizó todo el claro del jardín.

—¡Sigue escudado! —gritó la *sul'dam*—. ¡Excelsa Señora, sigue escudado!

Mat se estremeció otra vez y entonces percibió algo. Muy bajito, fácil de pasar inadvertido.

—¿Estás cantando? —le susurró a Rand.

Sí… era indudable. Rand estaba cantando entre dientes, muy, muy bajito. Mat siguió el ritmo con el pie.

—Juro que he oído esa tonada en algún sitio, hace tiempo… ¿Es *Dos doncellas al borde del agua*?

—Así no me ayudas —susurró Rand—. Chitón.

Rand siguió con el cántico. El verdor se propagó a los árboles, y las ramas de los abetos adquirieron un aspecto más saludable. En los otros árboles —que, en efecto, eran melocotoneros— empezaron a brotar hojas y crecieron muy deprisa a medida que se inundaban de vida.

Girando sobre sus talones, los guardias miraban en derredor en un intento de ver todos los árboles a la vez. Selucia estaba encogida. Tuon permanecía erguida, sin quitar los ojos de Rand. Cerca, las asustadas *sul'dam* y *damane* debían de haber perdido la concentración, porque las ataduras que inmovilizaban a Mat desaparecieron.

—¿Negáis mi supremacía? —demandó Rand—. ¿Negáis que mi derecho sobre estas tierras precede al vuestro en miles de años?

—Yo… —Tuon respiró hondo y lo miró, desafiante—. Desmembrasteis la tierra, la abandonasteis. Claro que niego vuestra potestad.

Detrás de ella, las flores crecieron de golpe en los árboles, como fuegos de artificio rosa y blancos. El estallido de color los rodeó. Los pétalos saltaron hacia afuera al crecer y las flores se soltaron de los árboles, se esparcieron en el aire y giraron en remolinos por el claro.

—Os he permitido vivir cuando podría haberos destruido en un instante —le dijo

Rand a Tuon—. Y lo he hecho porque habéis mejorado la vida de quienes están bajo vuestro dominio, aunque no estáis libre de culpa por el modo en que habéis tratado a algunos. Vuestro gobierno es tan endeble como una hoja de papel. Mantenéis esta tierra con la fuerza del acero y las *damane*, pero entretanto el fuego calcina vuestro país de origen.

»No he venido aquí a destruiros. Vengo a ofreceros la paz, emperatriz. Me he presentado aquí sin ejércitos, sin violencia. He venido porque creo que me necesitáis, como yo os necesito a vos. —Rand dio un paso y, quién lo habría imaginado, hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza mientras extendía la mano hacia ella—. Os tiendo la mano como oferta de alianza. La Última Batalla ha empezado. Uníos a mí y luchad.

Se hizo el silencio en el claro. El viento dejó de soplar y el retumbo del trueno cesó. Los pétalos flotaron con suavidad hasta caer en la hierba, ahora verde. Rand permaneció en la misma postura, con la mano tendida. Tuon miraba esa mano como si fuera una víbora. Mat se dirigió hacia ella con premura.

—Buen truco —le dijo a Rand en un quedo murmullo—. Un truco fantástico.

Llegó junto a Tuon y la asió por los hombros para hacer que se volviera hacia él. Cerca, Selucia parecía estupefacta. Karede no se encontraba en mejor estado que la mujer. Ninguno de los dos sería de mucha ayuda.

—Vamos a ver —le dijo Mat con suavidad a Tuon—. Es un buen tipo. Un poco seco a veces, pero puedes fiarte de su palabra. Si te está ofreciendo un tratado, lo cumplirá.

—Ha sido una exhibición impresionante en verdad —dijo Tuon con suavidad; un leve temblor la estremecía—. ¿Qué es él?

—Que me aspen si lo sé. Escúchame, Tuon. Rand y yo crecimos juntos. Respondo por él.

—Hay una oscuridad en ese hombre, Matrim. Lo vi la última vez que él y yo nos reunimos.

—Mírame, Tuon. Mírame.

Ella alzó los ojos y lo miró.

—A Rand le puedes confiar el propio mundo —dijo Mat—. Y, si no te fías de él, fíate de mí. Él es nuestra única elección. No queda tiempo para llevarlo a Seanchan.

»He estado en la ciudad suficiente tiempo para echar una rápida ojeada a tus fuerzas. Si quieres luchar en la Última Batalla y reconquistar tu país, vas a necesitar una base estable aquí, en Altara. Acepta su oferta. Él sólo reclama esta tierra. Bien, pues, consigue un compromiso de mantener tus fronteras como son ahora y que ese acuerdo se comunique a los demás. Es posible que estén de acuerdo. Así te quitarías de encima un poco de presión. A no ser, claro, que quieras luchar contra los trollocs, las naciones de estas tierras, y los rebeldes de Seanchan al mismo tiempo.

—Nuestras fuerzas. —Tuon parpadeó.

—¿Qué?

—Has dicho mis fuerzas, pero son nuestras fuerzas. Ahora eres uno de nosotros, Matrim.

—Bueno, visto así, supongo que lo soy. Escucha, Tuon, tienes que hacerlo. Por favor.

Ella se volvió y miró a Rand, arrodillado en medio de un mosaico de flores de melocotón que parecían haberse extendido en círculo a su alrededor. Ni una sola había caído encima de él.

—¿Cuál es vuestra oferta? —preguntó Tuon.

—La paz. —Rand se puso de pie, todavía con la mano tendida—. La paz para un centenar de años. Más tiempo, si está en mi mano conseguirlo. He persuadido a los otros dirigentes para que firmen un tratado y trabajen en equipo en la lucha contra los ejércitos de la Sombra.

—Quiero que mis fronteras se mantengan como están —dijo Tuon.

—Altara y Amadicia serán vuestras.

—Y Tarabon y el llano de Almoth también —apuntó Tuon—. Ahora están ocupadas por mis fuerzas. Vuestro tratado no me expulsará de ellas. ¿Queréis la paz? Habréis de concederme eso.

—Tarabon y la mitad del llano de Almoth —cedió Rand—. La mitad que ya está ocupada por vuestro ejército.

—Tendré a todas las mujeres que encauzan a este lado del Océano Aricio y serán mis *damane* —continuó Tuon.

—No forcéis vuestra suerte, emperatriz —repuso Rand con sequedad—. Dejaré que hagáis lo que queráis en Seanchan, pero os exigiré que renunciéis a cualquier *damane* que hayáis apresado estando en esta tierra.

—Entonces no hay acuerdo —dijo Tuon.

Mat contuvo el aliento.

Rand vaciló y empezó a bajar la mano.

—El destino del propio mundo podría depender de esto, Fortuona. Por favor.

—Si es tan importante, entonces podéis acceder a mi demanda —replicó ella con firmeza—. Nuestra propiedad nos pertenece. ¿Queréis un trato? Entonces lo tendréis con esta cláusula: conservamos las *damane* que ya tenemos. A cambio, os dejaré marchar en libertad.

—Negociar con vos es tan difícil como con un Marino —dijo Rand, que torció el gesto.

—Quiero creer que lo es más —repuso ella sin denotar emoción en la voz—. El mundo es vuestra carga, Dragón, no la mía. Yo cuido de mi imperio. Necesitaré, y mucho, a esas *damane*. Elegid ya. Según vos mismo habéis dicho, no os queda

mucho tiempo.

La expresión de Rand se ensombreció; luego tendió la mano hacia ella.

—Que así sea. La Luz me perdone, pero que así sea. También tendré que cargar con este peso. Podéis quedaros con las *damane* que ya tenéis, pero no apresaréis a ninguna de mis aliadas mientras se libra la Última Batalla. Si apresarais posteriormente a cualquiera que no se encontrara en vuestra propia tierra, se considerará incumplimiento del tratado y un ataque a las otras naciones.

Tuon adelantó un paso y estrechó la mano de Rand. Mat, que había contenido la respiración, soltó el aire de golpe.

—Tengo documentos que habéis de revisar y firmar —dijo Rand.

—Selucia se ocupará de ellos —contestó Tuon—. Matrim, ven conmigo. Hemos de preparar al imperio para la guerra.

Tuon se alejó por el camino con pasos controlados, aunque Mat sospechaba que quería alejarse de Rand cuanto antes. La entendía muy bien.

Fue en pos de ella, pero se detuvo al pasar junto a Rand.

—Por lo visto tú también tienes un poco de la Suerte del Oscuro —le susurró—. No puedo creer que haya funcionado.

—¿Quieres que te sea sincero? —comentó Rand con suavidad—. Yo tampoco. Gracias por interceder.

—No hay de qué. Por cierto, yo salvé a Moraine. Rumia eso mientras resuelves cuál de los dos ha ganado.

Mat siguió a Tuon. A su espalda sonó la risa del Dragón Renacido.

18



Sentirse desaprovechado

Gawyn se encontraba en un campo cercano al sector donde las Aes Sedai se habían enfrentado a los trollocs por primera vez. Habían salido de las colinas y se habían internado más en las llanuras de Kandor. Todavía frenaban el avance trolloc e incluso se las ingeniaban para hacer retroceder al principal contingente del enemigo unos pocos centenares de pasos. En general, teniendo todo en cuenta, la batalla iba mejor de lo que habría cabido esperar.

Llevaban una semana combatiendo allí, en esa planicie kandoresa sin nombre. El campo estaba removido y roturado como si lo hubieran preparado para la siembra. Había tantos cadáveres allí —casi todos de Engendros de la Sombra— que ni siquiera el hambre insaciable de los trollocs había podido engullirlos todos.

Gawyn, con la espada empuñada en una mano y el escudo asido con la otra, se situó delante del caballo de Egwene. Su labor era acabar con los trollocs que consiguieran pasar a través de los ataques de las Aes Sedai. Prefería combatir sosteniendo la espada con ambas manos, pero contra los trollocs hacía falta el escudo. Algunos de los otros pensaban que era estúpido por utilizar la espada. Ellos preferían picas o alabardas, cualquier cosa que sirviera para mantener a los trollocs a distancia.

Sin embargo, no era posible sostener un verdadero duelo con una pica; el piquero era como un ladrillo de un muro grande. Más que soldado era una barrera. Con una alabarda era mejor —al menos tenía una hoja que requería cierta destreza para utilizarla—, pero no había nada que diera la misma sensación que una espada. Cuando Gawyn combatía con ella, controlaba la lucha.

Un trolloc —con los rasgos faciales mezcla de hombre y carnero— resopló y fue hacia él. Ése era más humano que la mayoría, incluida una boca tremendamente humana con dientes ensangrentados. El ser blandía una maza que lucía el emblema de la Llama de Tar Valon en el mango, robada de algún miembro caído de la Guardia de la Torre. Aunque era un arma para manejar con dos manos, la criatura la utilizaba con una sin dificultad.

Gawyn fintó hacia un lado y levantó el escudo hacia la derecha para detener el golpe que llegaba. El escudo se sacudió con repetidos impactos. Uno, dos, tres. El método de ataque trolloc más habitual era golpear fuerte, golpear rápido y dar por sentado que el oponente se vendría abajo.

Muchos lo hacían. Trastabillaban o los brazos se les dormían por los golpes

repetidos. Ahí radicaba el valor de los muros de piqueros y las líneas de alabarderos. Bryne utilizaba ambos, así como un nuevo e improvisado tipo de línea de frente con medias picas y medias alabardas. Gawyn había leído sobre armas de ese tipo en libros de historia. El ejército de Bryne las usaba para desjarretar a los trollocs. Las líneas de piqueros los mantenían apartados y entonces los alabarderos pasaban entremedias y les cortaban las piernas.

Gawyn hizo una finta lateral; el trolloc no estaba preparado para un movimiento tan repentino. El ser giró —demasiado despacio— y Gawyn, ejecutando *Torbellino en la montaña*, le cercenó por la muñeca la mano armada. Mientras la criatura gritaba, Gawyn giró sobre sí mismo y hundió la espada en el estómago de otro trolloc que había atravesado la línea defensiva de las Aes Sedai.

Sacó la espada del cuerpo de un tirón y la envainó en el cuello del primer trolloc. La bestia muerta se deslizó de la hoja al caer al suelo. Era el cuarto al que Gawyn mataba ese día. Limpió con cuidado la espada en el trapo ensangrentado que llevaba atado a la cintura.

Echó un vistazo hacia Egwene para comprobar que estaba bien. Montada, utilizaba el Poder Único para despedazar tanda tras tanda de trollocs. Las Aes Sedai participaban por turnos, y en el campo de batalla sólo había una pequeña parte de ellas a la vez. Usar tan pocas Aes Sedai al mismo tiempo requería que los soldados afrontaran la peor parte del ataque, pero de ese modo las Aes Sedai siempre llegaban descansadas a la batalla. Su trabajo era deshacer grupos de trollocs, romper líneas y dejar que los soldados se dedicaran a las restantes criaturas desperdigadas.

Con las Aes Sedai evitando que los trollocs se organizaran en formaciones de combate, la lucha —aunque penosa— se desarrollaba bien. No habían tenido que retroceder desde que habían dejado atrás las colinas, y habían frenado allí de forma eficiente el avance trolloc durante una semana.

Montada en un ruano castrado, al lado de Egwene, Silviana hacía todo lo posible para impedir que los trollocs llegaran demasiado cerca. El terreno entre ellos tres y las criaturas estaba destrozado a causa de los ataques de Silviana, cuyas violentas embestidas habían creado depresiones semejantes a trincheras por todo el campo. A pesar de ello, alguno que otro trolloc conseguía arrastrarse a través de los obstáculos y llegaba hasta Gawyn.

Gawyn vio movimiento en la zanja más próxima y avanzó. Dentro había agazapado un trolloc con cabeza de lobo. Le gruñó y subió con dificultad por la pared de la trinchera.

El agua desbordada en la pendiente.

El trolloc cayó de espaldas en la zanja y Gawyn limpió la hoja de la espada en el trapo manchado de sangre. Cinco. No estaba mal para alguien en turnos de dos horas, como él. A menudo las Aes Sedai conseguían repeler a los trollocs, y él acababa al

lado de Egwene. Por supuesto, ese día la acompañaba Silviana —siempre iban al frente de dos en dos— y Gawyn tenía casi el convencimiento de que la Guardiana dejaba que se colara algún trolloc de vez en cuando para mantenerlo ocupado.

Una repentina serie de explosiones cercanas lo hizo retroceder y mirar hacia atrás. El relevo había llegado. Gawyn alzó la espada en dirección a Sleete mientras el hombre ocupaba su posición con el Guardián de Piava Sedai para proteger el área.

Gawyn se reunió con Egwene y Silviana, que abandonaban el campo de batalla. Percibía el creciente agotamiento de Egwene. Se estaba esforzando demasiado con su insistencia en hacer demasiados turnos.

Cruzaron la hierba pisoteada y pasaron junto a un grupo de Compañeros Illianos que cargaban para entrar en la refriega. Gawyn no tenía una vista lo bastante buena del conjunto de la batalla para saber dónde se los necesitaba de forma específica. Los observó marchar con un poco de envidia.

Sabía que Egwene lo necesitaba. Ahora más que nunca. Los Fados entraban a hurtadillas en el campamento de noche y llevaban consigo armas con hojas forjadas en Thakan'dar para arrebatarles la vida a las Aes Sedai. Él montaba guardia personalmente cuando Egwene dormía, contando con que ella lo libraría de la fatiga cuando el cansancio lo superara. Aprovechaba para dormir mientras ella se reunía con la Antecámara de la Torre.

Insistía en que Egwene durmiera cada noche en una tienda distinta. De vez en cuando, la convencía para Viajar a Mayene y a las camas que había en el palacio. Hacía días que no habían ido allí. Su argumentación de que Egwene debía comprobar cómo marchaban las Amarillas e inspeccionar el trabajo de Curación iba perdiendo consistencia. Rosil Sedai estaba realizando un buen trabajo allí y lo tenía todo controlado.

Gawyn y las dos mujeres siguieron internándose en el campamento. Algunos soldados —los que no se encontraban de servicio— hacían una reverencia, en tanto que otros se dirigían presurosos hacia el frente. Gawyn observó a algunos de esos últimos. Demasiados jóvenes; demasiado inexpertos.

Otros eran Juramentados del Dragón, y a saber qué pensar de esa gente. Entre ellos había Aiel, lo cual tenía sentido, ya que todos los Aiel le parecían básicamente Juramentados del Dragón. Pero también había Aes Sedai entre sus filas. No veía con buenos ojos la decisión de esas mujeres.

Gawyn meneó la cabeza y siguió adelante. El campamento era enorme, aunque virtualmente apenas había en él los habituales seguidores de campamento. La comida se transportaba a diario a través de accesos en carretas, algunas de ellas tiradas por esas máquinas metálicas de Cairhien, tan poco fiables. Cuando las carretas se marchaban, iban cargadas con ropa para lavar, armas para reparar y botas para remendar.

Todo ello contribuía a que el funcionamiento del campamento fuera eficaz; sin embargo, era un sitio que no estaba muy ocupado ya que casi todo el mundo pasaba muchas horas en el frente, luchando. Todo el mundo menos él.

Gawyn sabía que lo necesitaban y que lo que hacía era importante, pero no podía menos que sentirse desaprovechado. Era uno de los mejores espadachines del ejército y pasaba en el campo de batalla unas pocas horas al día para matar sólo alguno que otro trolloc tan estúpido como para cargar contra dos Aes Sedai. Lo que él hacía era más acabar con su sufrimiento que luchar con ellos.

Egwene se despidió de Silviana con un gesto de la cabeza y luego condujo a su caballo hacia la tienda de mando.

—Egwene… —empezó Gawyn.

—Sólo quiero comprobar cómo va todo —contestó ella con calma—. Elayne tendría que haber enviado nuevas órdenes.

—Necesitas dormir.

—Parece que lo único que hago estos días es dormir.

—Cuando combates en el frente debes de valer por un millar de soldados —dijo él—. Si fuera preciso que durmieras veintidós horas al día para mantenerte en buena forma a fin de que protegieras a los hombres durante dos, te sugeriría que lo hicieras. Por suerte, eso no es necesario, y tampoco hace falta que te exijas tanto como lo haces.

Gawyn percibió la irritación de Egwene a través de vínculo, pero ella la sofocó.

—Tienes razón, por supuesto. —Lo miró—. Y no tendrías que sorprenderte si lo admito.

—No me sorprendí.

—Puedo notar tus emociones, Gawyn.

—Eso se debía a otra cosa totalmente diferente —dijo él—. Me he acordado de algo que Sleete dijo hace unos pocos días, una chanza que no había pillado hasta ahora. —La miró con aire inocente.

Eso, por fin, le reportó una sonrisa de Egwene. Un asomo, pero le bastaba. Últimamente no sonreía apenas. Muy pocos de ellos lo hacían.

—Además —añadió Gawyn mientras le cogía las riendas y la ayudaba a desmontar cuando llegaron a la tienda de mando—, nunca le he dado demasiada importancia al hecho de que un Guardián puede, por supuesto, pasar por alto los Tres Juramentos. Me pregunto cuán a menudo tal cosa les ha parecido ventajosa a las hermanas.

—Espero que no haya sido con mucha frecuencia —dijo Egwene.

Una respuesta muy diplomática. En la tienda de mando encontraron a Gareth Bryne observando a través de su ya habitual acceso en el suelo; lo mantenía abierto una Gris discreta que Gawyn no conocía. Bryne se volvió hacia su escritorio lleno de

mapas, donde Siuan intentaba poner orden. Hizo unas anotaciones en uno de los mapas mientras asentía para sí mismo, y después se dio la vuelta para ver quién había entrado.

—Madre —saludó Bryne, que tomó la mano de Egwene y le besó el anillo.

—La batalla parece que marcha bien —comentó ella, que saludó con un gesto de la cabeza a Siuan—. Hemos aguantado aquí, y parece que tenéis planes para avanzar, ¿cierto?

—No podemos quedarnos en este sitio para siempre perdiendo el tiempo, madre —contestó Bryne—. La reina Elayne me ha pedido que considere la posibilidad de adentrarnos más en Kandor, y creo que es un acierto esa sugerencia. Me preocupa la posibilidad de que los trollocs retrocedan hacia las colinas y refuercen su posición. ¿Os habéis fijado en que se están llevando más cuerpos del frente de batalla cada noche?

—Sí.

Gawyn percibió el descontento de Egwene; le habría gustado que las Aes Sedai tuvieran fuerza para quemar los cadáveres trollocs con el Poder Único a diario.

—Están haciendo acopio de comida —continuó Bryne—. Puede que decidan desplazarse hacia el este para rodearnos. Tenemos que mantenerlos ocupados aquí, lo cual podría llevarnos a lanzar una ofensiva en esas colinas. Normalmente resultaría muy costosa, pero ahora… —Meneó la cabeza y se acercó de nuevo a observar a través del acceso el frente de batalla—. Vuestras Aes Sedai dominan este campo de batalla, madre. Jamás había visto algo así.

—Tal es la razón de que la Sombra haya intentado todo cuanto está a su alcance para abatir a la Torre Blanca —contestó ella—. Lo sabía. La Torre Blanca tiene capacidad para dirigir esta guerra.

—Tendremos que estar atentos a la aparición de los Señores del Espanto —intervino Siuan mientras rebuscaba entre los papeles.

Informes de exploradores, suponía Gawyn. Conocía poco a Siuan Sanche a pesar de haberle perdonado la vida, pero Egwene solía hablar de su avidez por tener información.

—Sí. Vendrán —dijo Egwene.

—La Torre Negra —apuntó Bryne, ceñudo—. ¿Confiáis en lo que ha dicho lord Mandragoran?

—Le confiaría mi vida —fue la respuesta de Egwene.

—Asha’man luchando a favor del enemigo. ¿Por qué no ha hecho algo al respecto el Dragón Renacido? Luz, si todos los Asha’man que quedan se unen a la Sombra…

Egwene meneó la cabeza.

—Bryne, quiero que preparéis jinetes y los mandéis al área adyacente a la Torre Negra, donde aún pueden abrirse accesos —ordenó luego—. Ordenad que cabalguen

sin descanso hasta llegar a donde acampan las hermanas en el exterior de la Torre Negra.

—¿Quieres que ataquen? —preguntó Gawyn, animado.

—No. Tienen que retroceder hasta donde puedan abrir accesos y que se reúnan con nosotros. No podemos permitirnos más retrasos. Las quiero aquí. —Dio golpecitos en la mesa con el dedo.

»Taim y sus Señores del Espanto vendrán. Han estado alejados de este frente de batalla y se han centrado en lord Mandragoran. Dejémosles dominar su frente de batalla mientras nosotros tenemos éste. Elegiré más hermanas para que vayan con el ejército fronterizo. Antes o después habremos de enfrentarnos a ellos.

Gawyn no dijo nada, pero apretó los labios. Que hubiera menos hermanas significaba más trabajo para Egwene y las otras.

—Y ahora tengo que… —continuó Egwene, aunque dejó sin acabar la frase al fijarse en la expresión de Gawyn—. Supongo que tengo que dormir. Si se me necesita para algo, que vayan a buscarme a… Por la Luz, no sé dónde voy a dormir hoy. ¿Gawyn?

—He preparado las cosas para que duermas en la tienda de Maerin Sedai. Entra de servicio en el próximo turno, así que tendrás varias horas de sueño ininterrumpido.

—A menos que se me necesite —le recordó Egwene, que se dirigió hacia los faldones de la entrada.

—Por supuesto —contestó Gawyn, siguiéndola fuera de la tienda, aunque antes les hizo a Bryne y a Siuan un gesto negativo con la cabeza.

Bryne sonrió y asintió de igual modo. En el campo de batalla, había pocas cosas que en realidad requirieran la atención de la Amyrlin. A la Antecámara de la Torre se le había entregado la supervisión directa de los ejércitos.

Fuera, Egwene suspiró y cerró los ojos. Gawyn la rodeó con el brazo y dejó que se recostara en él. Fue un momento que duró apenas unos segundos antes de que ella se apartara para ponerse erguida y adoptar el semblante de la Amyrlin.

«Tan joven y cuánto se le exige», pensó Gawyn.

Claro que Egwene no era mucho más joven que el propio al’Thor. A Gawyn le complació —y también lo sorprendió un poco— comprobar que el hecho de pensar en ese hombre no despertaba su ira. Al’Thor contendería su propia batalla. En realidad, lo que hiciera ese hombre no era de su incumbencia.

Condujo a Egwene al sector del Ajah Verde del campamento; los Guardianes que vigilaban el perímetro los saludaron con respetuosas inclinaciones de cabeza. Maerin Sedai tenía una tienda grande. A la mayoría de las Aes Sedai se les había permitido llevar todo el equipamiento y mobiliario que quisieran siempre y cuando fueran capaces de abrir el acceso para trasladarlo y se sirvieran de sus propios Guardianes para transportarlo. Si el ejército tenía que moverse deprisa, esas cosas se

abandonarían. Muchas Aes Sedai habían preferido llevar consigo poco equipaje, pero otras… En fin, que no estaban acostumbradas a la austeridad. Maerin era una de ésas. Pocas habían cargado con tanto como ella.

Leilwin y Bayle Domon esperaban fuera de la tienda. Habían sido ellos los encargados de informar a Maerin Sedai que se iba a tomar prestada su tienda y que no tenía que decirle a nadie que Egwene iba a utilizarla. El secreto se descubriría de todos modos si alguien preguntaba por ahí, ya que no se habían ocultado al dirigirse hacia la tienda; sin embargo si alguien preguntaba dónde dormía la Amyrlin, llamaría la atención. Era lo mejor que Gawyn podía hacer para protegerla, ya que Egwene no quería Viajar a diario para dormir en otro lugar.

A Egwene se le agrió el humor en cuanto vio a Leilwin.

—Dijiste que querías tenerla cerca —apuntó Gawyn en voz baja.

—No me gusta que sepa dónde duermo. Si sus asesinos vienen al campamento buscándome, podría ser ella la que los condujera hasta mí.

Gawyn contuvo el impulso de discutir. Egwene era una mujer astuta, perspicaz, pero demostraba una absoluta incapacidad de razonar en todo lo relacionado con los seanchan. Él, por otro lado, sí que confiaba en Leilwin. Parecía una persona que decía lo que tuviera que decir sin andarse con dobleces.

—Estaré pendiente de ella —prometió.

Egwene respiró hondo y recobró la compostura, tras lo cual se encaminó hacia la tienda y pasó junto a Leilwin sin pronunciar palabra. Gawyn no la siguió adentro.

—La Amyrlin parece decidida a que no le proporcione servicio alguno —le dijo Leilwin con aquel modo de arrastrar las palabras que siempre revelaba a los seanchan.

—No se fía de ti —contestó con franqueza Gawyn.

—¿Es que la promesa de una persona tiene tan poco valor a este lado del océano? —inquirió Leilwin—. Le presté un juramento que nadie rompería, ni siquiera un muyami.

—Un Amigo Siniestro rompería cualquier juramento.

—Empiezo a pensar que la Amyrlin cree que todos los seanchan lo somos —dijo la mujer al tiempo que le asestaba una fría mirada.

—La golpeasteis y la encerrasteis para convertirla en un animal al que había que llevar atado con una correa —adujo Gawyn, que se encogió de hombros.

—Yo no hice tal cosa —replicó Leilwin—. Si un panadero hace un pan malo, ¿darías por sentado que todos ellos tienen el propósito de envenenarte? Bah. No digas nada. ¿De qué sirve discutir? Si no puedo prestarle ningún servicio, entonces te serviré a ti. ¿Has comido hoy, Guardián?

Gawyn vaciló. ¿Cuándo había sido la última vez que había comido algo? Por la mañana… No, estaba demasiado ansioso de incorporarse a la lucha. El estómago le

sonó de forma ruidosa.

—Sé que no la dejarás sola —dijo Leilwin—, y menos si la custodia una seanchan. Vamos, Bayle. Hay que traerle a este tonto algo de comida para que no se desmaye si vienen unos asesinos.

Echó a andar y su corpulento esposo illiano la siguió. El tipo le asestó a Gawyn una mirada por encima del hombro que habría curtido el cuero.

Gawyn suspiró y se sentó en el suelo. Del bolsillo sacó tres anillos negros; seleccionó uno y volvió a guardar los otros dos en el bolsillo.

Hablar de asesinos siempre le recordaba los anillos que les había quitado a los seanchan que habían ido a matar a Egwene. Los anillos eran *ter'angreal*. Había sido gracias a ellos que esos Puñales Sanguinarios se habían movido tan deprisa, además de hacer posible que se camuflaran en las sombras.

Alzó el anillo hacia la luz. No se parecía a ningún *ter'angreal* de los que él había visto, pero un objeto del Poder podía tener el aspecto de cualquier cosa. Los anillos estaban hechos con una clase de piedra negra y pesada que le resultaba desconocida. La parte exterior tenía talladas espinas, si bien la superficie interior —el lado que tocaba la piel— era suave.

Le dio vueltas al anillo entre los dedos. Sabía que debería llevárselo a Egwene. También sabía lo que la Torre Blanca hacía con los *ter'angreal*; guardarlos bajo llave por miedo a experimentar con ellos. Pero ahora libraban la Última Batalla. Si había un momento en el que arriesgarse, era ahora o nunca…

«Decidiste permanecer a la sombra de Egwene, Gawyn —pensó—. Decidiste que la protegerías, que harías lo que necesitara que hicieras». Ella estaba ganando la guerra; ella y las Aes Sedai. ¿Iba a permitirse sentir tantos celos de Egwene como los había tenido de al'Thor?

—¿Es eso lo que creo que es?

Gawyn levantó la cabeza bruscamente mientras cerraba el puño en torno al anillo. Leilwin y Bayle Domon habían ido a la tienda del comedor y regresaban con un cuenco para él. Por el olor, debía de ser guiso de cebada otra vez. Los cocineros le ponían tanta pimienta que el sabor era casi nauseabundo. Gawyn sospechaba que lo hacían para que las motitas negras de la pimienta ocultaran las picaduras de los gorgojos.

«No debo actuar como si estuviera haciendo algo sospechoso —comprendió al instante—. No debo permitir que vaya a contárselo a Egwene».

—¿Esto? —preguntó mientras sostenía el *ter'angreal* en alto—. Es uno de los anillos que recuperamos de los asesinos seanchan que intentaron matar a Egwene. Supusimos que era una especie de *ter'angreal*, aunque la Torre Blanca nunca había tenido noticias de uno así.

Leilwin soltó un quedo bufido.

—Ésos sólo los otorga la emperatriz, así viva… —Se interrumpió e hizo una profunda inhalación—. Sólo se entregan a alguien a quien se designa como Puñal Sanguinario. Sólo alguien que ha entregado su vida a la emperatriz tiene permiso para llevar tal anillo. Que tú te pusieras uno sería una gran equivocación.

—Por suerte, no me lo he puesto —contestó Gawyn.

—Esos anillos son peligrosos —continuó Leilwin—. No sé mucho sobre ellos, pero se dice que matan a quienes los utilizan. No dejes que tu sangre toque el anillo o lo activarás, cosa que probablemente sea letal, Guardián. —Le tendió el cuenco de guisado y se alejó.

Domon no la siguió. El illiano se rascó la corta barba.

—Mi mujer no es siempre la mujer más servicial —le dijo a Gawyn—. Pero es fuerte y lista. Harías bien en prestar atención a sus palabras.

—Para empezar —contestó Gawyn mientras se guardaba el anillo en el bolsillo—, Egwene nunca me permitiría llevarlo. —Lo cual era muy cierto. Si supiera de su existencia—. Dile a tu mujer que agradezco su advertencia. Debería preveniros de que el asunto de los asesinos aún es un tema espinoso para la Amyrlin. Os sugeriría que evitaseis hablar de los Puñales Sanguinarios o de sus *ter'angreal*.

Domon asintió con la cabeza y luego fue en pos de Leilwin. Gawyn sólo experimentó un ligero remordimiento por el engaño. En realidad no había dicho nada que no fuera verdad. Pero no quería que Egwene empezara a hacer preguntas incómodas.

Ese anillo y sus iguales representaban algo. No eran el camino del Guardián. Estar junto a Egwene, atento a cualquier peligro para ella: Ése sí era el camino del Guardián. Para influir en el curso de la batalla debía servirla, no cabalgar como un héroe.

Se repitió lo mismo una y otra vez mientras comía el guisado. Para cuando hubo acabado la cena, casi se había convencido de que creía en ello.

Aun así, no le habló a Egwene de los anillos.

Rand recordaba la primera vez que había visto a un trolloc. No cuando las criaturas habían atacado su granja en Dos Ríos. La primera vez que los había visto de verdad. Durante la era anterior.

«Llegará el día en que ya no existirán», pensó mientras tejía Fuego y Aire para crear un muro explosivo de llamas que pareció rugir al cobrar vida en medio de un hatajo de trollocs. Cerca, los hombres de la Guardia del Lobo de Perrin alzaron las armas en un gesto agradecido. Rand contestó con un gesto de la cabeza. De momento, en ese combate iba disfrazado con los rasgos de Jur Grady.

Hubo un tiempo en que los trollocs no eran un azote para el mundo. Podían volver a ese estado. Si él mataba al Oscuro, ¿ocurría de inmediato tal cosa?

Las llamas de su muro de fuego hicieron que el sudor le corriera por la frente. Absorbió con cuidado del *angreal* del hombrecillo gordo —no debía parecer demasiado poderoso— y acabó con otro grupo de trollocs en el campo de batalla, allí, justo al oeste del río Alguenya. Las fuerzas de Elayne habían cruzado el Erinin y la campiña hacia el este, y esperaban a que se construyeran los puentes a través del Alguenya. Esos puentes casi estaban acabados, pero entretanto una vanguardia de trollocs los había alcanzado y el ejército de Elayne se había situado en formaciones defensivas para contenerlos hasta que pudieran cruzar el río.

Rand se alegraba de poder ayudar. El verdadero Jur Grady descansaba en el campamento de Kandor, agotado por realizar Curaciones. Un rostro conveniente que Rand podía llevar sin llamar la atención de los Renegados.

Era satisfactorio oír los gritos de los trollocs mientras se quemaban. Le había gustado ese sonido, cerca del final de la Guerra del Poder. Siempre le había producido la sensación de estar haciendo algo provechoso.

No había sabido qué eran los trollocs la primera vez que los vio. Oh, claro que estaba enterado de los experimentos de Aginor. Lews Therin lo había llamado demente en más de una ocasión. No lo había entendido; fueron muchos los que no lo entendieron. A Aginor le fascinaban en exceso sus trabajos de laboratorio. Demasiado. Lews Therin había cometido el error de dar por sentado que Aginor, al igual que Semirhage, se deleitaba torturando por la mera tortura en sí.

Y entonces habían llegado los Señores del Espanto.

Los monstruos seguían ardiendo, con los miembros retorcidos.

Con todo, a Rand le preocupaba que esas… «cosas» pudieran ser humanos renacidos. Aginor había utilizado seres humanos para crear los trollocs y los Myrddraal. ¿Era ésa la suerte que corrían algunos? ¿Renacer como mutaciones perversas? La idea le revolvía el estómago.

Echó un vistazo al cielo. Las nubes empezaban a dispersarse, como ocurría siempre allí donde él se encontrara. Podría obligarlas a no hacerlo, pero… no. Los hombres necesitaban la Luz, y tampoco podía combatir allí demasiado tiempo, no fuera a resultar obvio que uno de los Asha'man era demasiado fuerte para el rostro que tenía.

Rand dejó que llegara la luz.

Por todo el campo de batalla, cerca del río, la gente empezó a mirar hacia el cielo cuando los rayos del sol cayeron sobre ellos mientras las nubes oscuras se retiraban.

«Se acabó esconderse», pensó Rand mientras retiraba la Máscara de Espejos y alzaba la mano, prieto el puño, por encima de su cabeza. Tejió Aire, Fuego y Agua y creó una columna de luz que se extendió a partir de él hasta gran altura, en el cielo. Los soldados prorrumpieron en vítores a todo lo ancho y largo del frente de batalla.

No haría saltar las trampas que el Oscuro tenía esperándolo. Se movió a través de

un acceso, de vuelta a Merrilor. Nunca estaba mucho tiempo en cualquiera de los frentes, pero siempre revelaba su presencia antes de marcharse. Dejaba que las nubes se abrieran en lo alto para demostrar que había estado allí y luego se iba.

Min lo esperaba en la zona de Viaje de Merrilor. Rand miró hacia atrás al tiempo que el acceso se cerraba, dejando que la gente combatiera sin él. Min le puso una mano en el brazo. Las Doncellas de su guardia esperaban también allí; aunque de mala gana, dejaban que luchara solo porque sabían que su presencia lo delataría.

—Pareces triste —dijo Min con suavidad.

Una brisa caliente soplaba desde algún punto del norte. Los soldados que se encontraban cerca lo saludaron. La mayor parte de los que tenía allí eran domani, tearianos y Aiel. Constituían la fuerza de asalto que, conducida por Rodel Ituralde y el rey Darlin, sería la encargada de asaltar y conservar en su poder el valle de Thakan'dar mientras él luchaba con el Oscuro.

Casi había llegado el momento. La Sombra lo había visto luchando en todos los frentes. Se había unido a la lucha de Lan, a la de Egwene y a la de Elayne por turnos. A esas alturas, la Sombra había enviado a casi todos sus ejércitos a combatir al sur. El momento de que Rand atacara Shayol Ghul estaba muy cerca. Miró a Min.

—Moraine dice que soy un necio por participar en esos combates —comentó—. Dice que incluso correr un pequeño riesgo que me ponga en peligro no merece lo que logro.

—Es probable que tenga razón —opinó Min—. A menudo la tiene. Pero yo te prefiero como la persona que haría algo así. Ésa es la persona capaz de derrotar al Oscuro: el hombre que no puede quedarse sentado haciendo planes mientras otros mueren.

Rand la rodeó por la cintura con el brazo. Luz, ¿qué habría hecho sin ella?

«Me habría venido abajo durante los meses de oscuridad… —pensó—. Seguro que habría caído».

Por encima del hombro de Min, Rand vio que se acercaba una mujer de cabello gris. Detrás de ella, una mujer más menuda vestida de azul se detuvo y dio la vuelta —intencionadamente— en dirección contraria. Cadsuane y Moraine evitaban encontrarse en el campamento. Le pareció captar en los ojos de Moraine un asomo de mirada fulminante cuando vio que Cadsuane se le había adelantado y se dirigía hacia él.

Cadsuane se acercó a Rand y se puso a caminar a su alrededor mientras lo miraba de arriba abajo. Asintió con la cabeza varias veces, como para sí.

—¿Intentando discernir si estoy capacitado para la empresa? —le preguntó Rand sin dejar que la voz delatara sus emociones, en este caso la irritación.

—Nunca lo he puesto en duda —contestó ella—. Incluso antes de descubrir que habías nacido, nunca dudé si sería capaz de hacer de ti el hombre que hacía falta que

fueras. Dar vueltas a las cosas, al menos de esa forma, es de necios. ¿Tú lo eres, Rand al'Thor?

—Es una pregunta imposible de responder —manifestó Min—. Si dice que lo es, entonces se convierte en un necio. Si dice que no, entonces implica que no aspira a una sabiduría mayor.

—Bah. Has leído demasiado, muchacha. —Cadsuane lo dijo de un modo que sonó afectuoso. Se volvió hacia Rand—. Espero que le regales algo bonito.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Has estado regalando cosas a la gente —contestó Cadsuane—, como si te prepararas para morir. Eso es corriente en la gente mayor o en hombres que van a una batalla y no creen que ganarán. Una espada a tu padre, un *ter'angreal* para la reina de Andor, una corona para Lan Mandragoran, joyas para la chica Aiel. ¿Y para ésta? —Señaló con un gesto de la cabeza a Min.

Rand se puso en tensión. En cierta medida, había sabido lo que estaba haciendo, pero oírla a ella explicándolo resultaba desconcertante.

La expresión de Min se ensombreció y apretó los dedos de la mano posada en su brazo.

—Da un paseo conmigo —pidió Cadsuane—. Solos tú y yo, lord Dragón. —Lo miró—. Si me haces el favor.

Min volvió la vista hacia Rand, pero él le dio unas palmadas en el hombro y asintió con la cabeza.

—Me reuniré contigo en la tienda —le dijo a la joven.

Ella suspiró, pero se retiró. Cadsuane ya había echado a andar por el camino. Rand tuvo que dar varias zancadas para alcanzarla. Probablemente la mujer disfrutó al ver que se daba prisa.

—A Moraine Sedai le preocupa cada vez más tu retraso —dijo Cadsuane.

—¿Y tú qué piensas?

—Pues, que en parte tiene razón. Sin embargo, tu plan no me parece que sea del todo una idiotez. Aun así, no debes retrasarlo mucho más.

Rand no dijo a propósito cuándo daría la orden de atacar Shayol Ghul. Quería que todos hicieran conjeturas. Si nadie de su entorno sabía cuándo atacaría, entonces había muchas posibilidades de que el Oscuro tampoco lo supiera.

—En cualquier caso —continuó ella—, no he venido a hablar de tu retraso. Me parece que Moraine Sedai tiene controlada tu… educación en esa materia. A mí me preocupa mucho más otra cosa.

—¿Y cuál es?

—Que creas que vas a morir. Que renuncies a tanto y lo hagas de un modo tan evidente. Que ni siquiera te plantees sobrevivir.

Rand hizo una profunda inhalación. Detrás lo seguía un grupo de Doncellas. Pasó

delante de las Detectoras de Vientos, apiñadas en su pequeño campamento y hablando del Cuenco de los Vientos. Los miraron a los dos con semblantes plácidos.

—Deja que vaya al encuentro de mi destino, Cadsuane —dijo Rand—. He abrazado la muerte. La aceptaré cuando llegue.

—Eso me complace —contestó ella—, y no creas ni por un momento que, llegado el caso, no intercambiaría tu vida por el mundo.

—Eso lo has dejado muy claro desde el principio. Así pues, ¿por qué preocuparse ahora? Esta batalla me costará la vida. Así ha de ser.

—No debes dar por hecho que morirás —insistió Cadsuane—. Aunque sea casi inevitable, no debes aceptarlo como totalmente inevitable.

—Elayne no deja de repetir eso mismo.

—Entonces, ha dicho algo sensato al menos una vez en su vida. Un promedio mejor de lo que yo había imaginado en ella.

Rand se negó a replicar al comentario, y Cadsuane esbozó una sonrisa. La complacía ver cómo se controlaba ahora. Por eso lo pinchaba cada dos por tres.

¿Es que nunca iban a acabar las pruebas?

«No —pensó—. No hasta la última. Y es la más importante».

Cadsuane se detuvo en el camino obligándolo a que hiciera lo mismo.

—¿Tienes también un regalo para mí?

—Se los estoy dando a los que me importan.

La respuesta consiguió que la sonrisa se acentuara más en el rostro de la mujer.

—Nuestros intercambios no siempre han sido cordiales, Rand al'Thor.

—Ésa sería una forma de exponerlo.

—Sin embargo —continuó, mirándolo a los ojos—, te confesaré que estoy complacida. Has salido bien.

—Entonces, ¿tengo tu permiso para salvar al mundo?

—Sí. —Ella miró hacia arriba, donde bullían las nubes grises.

Empezaban a abrirse por Rand, que no hizo nada para encubrir su presencia ni para mantener a raya a las nubes.

—Sí —repitió Cadsuane—, tienes mi permiso. Siempre y cuando lo hagas pronto. La oscuridad aumenta.

Como para darle la razón, se produjo un sordo retumbo en el suelo. Últimamente era algo que se repetía cada vez con más frecuencia. El campamento se sacudió y los hombres se tambalearon con gesto receloso.

—Cuando yo entre, habrá Renegados —dijo Rand—. Alguien tendrá que hacerles frente. Mi intención es pedirle a Aviendha que dirija la resistencia contra ellos. No le vendría mal tu ayuda.

—Haré cuanto esté en mi mano —confirmó Cadsuane, que asintió con la cabeza.

—Lleva a Alivia —instruyó Rand—. Es fuerte, pero me preocupa ponerla con

otras. No entiende de límites como debería.

Cadsuane asintió de nuevo en silencio y, por la expresión de su mirada, Rand se preguntó si no habría planeado ya ocuparse de eso.

—¿Y la Torre Negra? —preguntó ella.

Rand apretó los dientes. La Torre Negra era una trampa. Sabía que lo era. Taim quería atraerlo hacia allí, a un sitio donde no podría escapar a través de un acceso.

—He enviado a Perrin para que ayude —informó.

—¿Y tu decisión de ir en persona?

«Tengo que ayudarlos. De algún modo he de hacerlo. Dejé que Taim los reclutara. No puedo dejarlos en sus manos…»

—Todavía no sabes con seguridad qué hacer —adivinó Cadsuane; la voz denotó insatisfacción—. Te arriesgarías, nos arriesgarías a todos, al meterte en esa trampa.

—Yo…

—Están libres. —Cadsuane dio media vuelta y echó a andar—. Taim y los suyos han sido expulsados de la Torre Negra.

—¿Qué? —demandó Rand al tiempo que la asía del brazo.

—Que tus hombres se han liberado por sí solos —contestó Cadsuane—. No obstante, por lo que me han contado, sufrieron un duro castigo al hacerlo. Son pocas personas las que lo saben. Es muy probable que la reina Elayne no pueda servirse de ellos durante un tiempo. Desconozco los detalles.

—¿Dices que se liberaron ellos mismos?

—Sí.

«Lo consiguieron. O lo consiguió Perrin».

Rand se regocijó con la noticia, pero lo acometió un sentimiento de culpa. ¿Cuántos habían perecido? ¿Habría podido salvarlos si hubiese ido? Ya hacía días que estaba enterado de su situación apurada; sin embargo, los había abandonado a su suerte por seguir el consejo de Moraine, que había insistido en que era una trampa que él no podía permitirse el lujo de hacer saltar.

Y ahora ellos habían escapado de esa trampa.

—Me habría gustado haber sabido cómo sonsacarte una respuesta respecto a qué te proponías conseguir allí —dijo Cadsuane. Suspiró al tiempo que meneaba la cabeza—. Aún hay grietas en ti, Rand al'Thor, pero habrá que conformarse.

Dicho lo cual, se marchó.

—Deepe era un buen hombre —dijo Antail—. Sobrevivió a la caída de Maradon. Estaba en la muralla cuando la hicieron saltar por los aires, pero vivió y siguió luchando. Al final, los Señores del Espanto vinieron por él y con una explosión remataron el trabajo. Deepe pasó los últimos instantes de su vida lanzándoles tejidos. Murió bien.

Los soldados malkieri alzaron las copas hacia Antail en un saludo a los caídos. Lan también levantó la suya aunque estaba fuera del corro de hombres reunidos alrededor de la hoguera. Ojalá Deepe hubiera seguido sus órdenes. Meneó la cabeza y bebió un sorbo de vino. Aunque era de noche, los hombres de Lan seguían haciendo turnos para estar despiertos en caso de que se produjera un ataque.

Lan giró la copa entre los dedos mientras pensaba en Deepe. Se dio cuenta de que le resultaba imposible experimentar ira por lo que el hombre había hecho. Deepe había querido matar a uno de los encauzadores de la Sombra más peligrosos. De habérsele presentado una oportunidad similar, Lan no creía que él la hubiera rechazado.

Los hombres siguieron con los brindis por los caídos. Se había convertido en una ceremonia que se repetía todas las noches, y esa práctica se había extendido por la totalidad de los campamentos fronterizos. A Lan le parecía alentador el hecho de que los hombres hubieran empezado a tratar a Antail y a Narishma como compañeros. Los Asha'man se mostraban distantes por lo general, pero la muerte de Deepe había forjado un vínculo entre los encauzadores y los soldados. Ahora la batalla les había pasado factura a todos ellos al cobrarse la vida de sus compañeros. Los hombres habían visto a Antail apenado por la pérdida de su amigo, y lo habían invitado a que hiciera un brindis por él.

Lan se alejó de la hoguera y caminó por el campamento. Se paró en las hileras de caballos estacados para comprobar cómo estaba *Mandarb*. El semental aguantaba bien a pesar de tener una herida grande en el flanco izquierdo, donde no volvería a crecerle el pelo en la cicatriz que le quedaría; sin embargo, parecía que se le estaba curando bien. Los mozos todavía hablaban en voz baja de cuando el caballo herido había aparecido en medio de la noche, tras el combate en el que Deepe había muerto. Ese día habían sido muchos los jinetes que habían perdido la vida o que habían sido derribados del caballo. Muy pocas monturas habían logrado escapar de los trollocs para encontrar el camino de vuelta al campamento. Lan palmeó a *Mandarb* en el cuello.

—Pronto descansaremos, amigo mío —le susurró al animal—. Te lo prometo.

Mandarb resopló en la oscuridad; cerca, varios caballos respondieron con más resoplidos.

—Crearemos un hogar —continuó Lan—. Derrotada la Sombra, Nynaeve y yo reclamaremos Malkier. Haremos que los campos renazcan, que el agua de los lagos se limpie. Crecerán verdes pastos. Ya no habrá más trollocs contra los que luchar. Unos niños montarán a tus lomos, viejo amigo. Podrás pasar los días en paz, comiendo manzanas y eligiendo la yegua que quieras.

Hacía mucho tiempo que Lan no pensaba en el futuro con el más mínimo atisbo de esperanza. Resultaba curioso que ahora lo hiciera en ese lugar, en esa guerra. Era

un hombre curtido, duro. A veces, tenía la impresión de que compartía más cosas en común con las piedras y la tierra que con los hombres que reían sentados junto al fuego.

En eso se había convertido. En la persona que tenía que ser, el hombre que algún día viajaría de vuelta a Malkier para defender el honor de su familia. Rand al’Thor había empezado a agrietar ese caparazón, y luego el amor de Nynaeve lo había resquebrajado por completo.

«Me pregunto si Rand se dio cuenta alguna vez», pensó. Sacó la almohaza y la estregó por el pelaje de *Mandarb*. Lan sabía lo que era haber sido elegido, desde pequeño, para morir. Sabía lo que era que alguien señalara hacia la Llaga y le dijera que allí sacrificaría su vida. Luz, vaya si lo sabía. Probablemente Rand al’Thor nunca sabría cuán similares eran los dos.

Almohazó a *Mandarb* durante un rato a pesar de estar cansado hasta la médula. Quizá tendría que haber dormido. Nynaeve le habría dicho que durmiera. Se imaginó la conversación entre ellos y esbozó una sonrisa. Ella habría ganado, aduciendo que un general necesitaba dormir y que había mozos de cuadra más que de sobra para ocuparse de los caballos.

Pero Nynaeve no estaba allí, así que siguió cepillado a *Mandarb*.

Alguien se acercó a la hilera de caballos atados. Por supuesto, Lan oyó las pisadas mucho antes de que la persona llegara. Lord Baldhere cogió un cepillo del puesto de los mozos, saludó con un gesto de la cabeza a uno de los guardias que había, y se dirigió hacia su montura. Sólo entonces reparó en Lan.

—Lord Mandragoran —saludó.

—Lord Baldhere —contestó Lan al kandorés, acompañando las palabras con un gesto de la cabeza.

El Portador de la Espada de la reina Ethenielle era un hombre delgado, con alguno que otro mechón blanco en el cabello, por lo demás negro. Aunque Baldhere no era uno de los grandes capitanes, sí era un buen comandante y había servido bien a Kandor desde la muerte de su soberano. Muchos habían dado por sentado que la reina se casaría con él. Lo cual, por supuesto, era una estupidez; para Ethenielle era como un hermano. Además, cualquiera que prestara un poco de atención se daría cuenta de que Baldhere tenía una clara preferencia por los hombres.

—Siento molestaros, Dai Shan —le dijo a Lan—. No caí en la cuenta de que aquí podría haber otra persona. —Hizo intención de retirarse.

—Casi había acabado —contestó Lan—. No cambiéis de idea por mí y haced lo que hayáis venido a hacer.

—Los mozos son buenos en su trabajo —manifestó Baldhere—. No he venido para inspeccionar su labor. En ocasiones he notado que hacer algo sencillo y rutinario me ayuda a pensar.

—No sois el único que se ha dado cuenta de eso. —Lan siguió cepillando a *Mandarb*.

Baldhere rió entre dientes y se quedó callado un momento antes de hablar de nuevo.

—Dai Shan, ¿os preocupa lord Agelmar?

—¿En qué sentido?

—A mí me parece que se está exigiendo demasiado —dijo Baldhere—. Está tomando algunas decisiones que… me tienen desconcertado. No es que las opciones para la batalla sean malas. Simplemente me resultan demasiado agresivas.

—Estamos en guerra. No me parece que se pueda ser demasiado agresivo cuando el propósito es derrotar al enemigo —repuso Lan.

Baldhere guardó silencio de nuevo, pensativo.

—Desde luego —asintió después—. Sin embargo, ¿habéis reparado en la pérdida de los dos escuadrones de caballería de lord Yokata?

—Fue una maniobra desafortunada, pero a veces se cometen errores.

—Éste no es un error que lord Agelmar debería haber cometido. Ya ha pasado por situaciones como ésta con anterioridad, Dai Shan. Debió darse cuenta.

Todo había sucedido durante un reciente ataque contra los trollocs. Los Asha'man estaban prendiendo fuego a Fal Eisen y la campiña del entorno. Siguiendo las órdenes de Agelmar, Yokata había dirigido a su caballería en un movimiento envolvente alrededor de una gran colina para atacar el flanco derecho del ejército trolloc que avanzaba hacia los Asha'man. Realizando el clásico movimiento de tenaza, Agelmar debía enviar más caballería contra el flanco izquierdo enemigo, y los Asha'man volverían hacia atrás para salirles al paso a los trollocs de frente.

Sin embargo, los líderes de la Sombra vieron venir la maniobra. Antes de que Agelmar y los Asha'man tuvieran ocasión de actuar, un numeroso contingente de trollocs habían llegado por la cima de la colina para caer sobre el flanco derecho de Yokata, en tanto que los demás atacaban a Yokata de frente, rodeando así a la caballería.

En el asalto murieron todos los componentes de los dos escuadrones. Inmediatamente después, los trollocs se lanzaron contra los Asha'man, que se salvaron por los pelos.

—Lord Agelmar está cansado, Dai Shan —concluyó Baldhere—. Lo conozco. Jamás habría cometido semejante error si hubiese estado alerta y despejado.

—Baldhere, cualquiera podría haber tenido una equivocación así.

—Lord Agelmar es uno de los grandes capitanes. Debería enfocar la batalla de un modo diferente de como lo hacen los hombres corrientes.

—¿Estáis seguro de que no esperáis demasiado de él? —preguntó Lan—. Agelmar es un hombre, nada más. Todos lo somos, a fin de cuentas.

—Yo… A lo mejor tenéis razón —admitió Baldhere, con la mano en la espada, como si estuviera preocupado. No llevaba el arma de Ethenielle, por supuesto; sólo lo hacía cuando ella actuaba en cumplimiento de sus funciones como reina—. Supongo que todo se reduce a una intuición, Lan. Una sensación de inquietud. Agelmar parece estar muy cansado, y me preocupa que ese agotamiento esté afectando su capacidad para hacer planes. Sólo os pido que lo observéis, por favor.

—Lo haré —accedió Lan.

—Gracias. —Baldhere parecía menos preocupado ahora que cuando se había acercado.

Lan dio a *Mandarb* una última palmadita, dejó a Baldhere atendiendo a su montura, y caminó por el campamento hasta la tienda de mando. Entró en ella; la tienda estaba alumbrada y bien vigilada, aunque a los soldados que estaban de guardia no se les permitía ver con claridad los mapas de batalla.

Lan rodeó los paños colgados que tapaban la entrada y saludó con un cabeceo a los dos comandantes shienarianos, subordinados de Agelmar, a quien ayudaban en su sanctasanctórum. Uno de ellos estudiaba los mapas extendidos en el suelo. Agelmar no se hallaba presente. Un cabecilla tenía que dormir en algún momento.

Lan se puso en cuclillas para mirar el mapa. Tras la retirada del día siguiente, por lo visto llegarían a un sitio llamado Manantiales de Sangre, nombre que le venía por el modo en que las rocas que había debajo del agua le daban al río una tonalidad roja. En Manantiales de Sangre tendrían una ligera ventaja en cuanto a altitud merced a las colinas adyacentes, y Agelmar quería lanzar una ofensiva contra los trollocs con arqueros, en colaboración con formaciones de caballería. Y, por supuesto, habría más incendios en los campos.

Lan apoyó una rodilla en el suelo para echar un vistazo a las notas de Agelmar sobre qué ejército combatiría en qué lugar y cómo dividiría los ataques. Era una táctica ambiciosa, pero Lan no vio nada en particular que le pareciera preocupante.

Mientras examinaba el mapa sonaron los faldones de la entrada y Agelmar entró hablando en voz baja con lady Ells de Saldaea. Se paró al ver a Lan y se disculpó en un susurro por cortar la conversación. Se acercó a él.

A Agelmar no se le notaba que estuviera agotado, pero Lan había aprendido a buscar las señales de cansancio más allá de la apariencia de un hombre. Ojos enrojecidos. Aliento con olor a vellorita, una planta que se masticaba para mantener la mente despejada cuando uno llevaba demasiado tiempo sin descansar. Agelmar estaba fatigado, pero también lo estaba cualquiera en el campamento.

—¿Aprobáis lo que veis, Dai Shan? —preguntó mientras ponía rodilla en tierra a su lado.

—Es un plan muy agresivo para una retirada.

—¿Acaso podemos permitirnos otro tipo de maniobra? —preguntó Agelmar—.

Dejamos una franja de tierras quemadas a nuestro paso, estamos destruyendo Shienar casi con tanta contundencia como si la Sombra hubiera ocupado el país. Haré que se derrame sangre trolloc para apagar esas cenizas.

Lan asintió con la cabeza.

—¿Baldhere ha hablado con vos? —inquirió Agelmar.

Lan alzó la cabeza con brusquedad y Agelmar esbozó una sonrisa lánguida.

—¿Me equivoco al suponer que su conversación versaba sobre la pérdida de Yokata y de sus hombres? —tanteó el general.

—No.

—Fue un error, es cierto —admitió Agelmar—. Me preguntaba si alguien se encararía conmigo a causa de ello. Baldhere es uno de los que creen que jamás debí cometer semejante equivocación.

—Le parece que os estáis exigiendo demasiado.

—Es bueno en tácticas, pero no sabe tanto como cree —comentó Agelmar—. Tiene la cabeza llena de relatos sobre grandes capitanes. Tengo defectos, Dai Shan. Éste no será el único error que cometa. Los veré, como he visto éste, y aprenderé de ellos.

—Aun así, quizá deberíais procurar dormir un poco más.

—Estoy perfectamente, lord Mandragoran. Conozco mis límites; he estado pendiente toda la vida para reconocerlos. Esta batalla me exigirá el máximo de mi capacidad, me llevará hasta esos límites, y he de dejar que sea así.

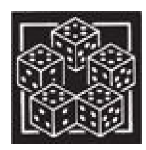
—Pero…

—Sustituidme o dejadme estar —lo interrumpió Agelmar—. Prestaré oídos a los consejos, porque no soy necio, pero no permitiré que se cuestione cada decisión que tome.

—De acuerdo. —Lan se puso de pie—. Confío en vuestro buen hacer y entender.

Agelmar asintió con la cabeza y bajó la vista a los mapas. Seguía trabajando en sus planes cuando por fin Lan se marchó para acostarse.

19



Elegir un parche

Elayne encontró a Bashere paseando por la margen oriental del río.

Las riberas eran de los pocos sitios que todavía parecían seguir vivos. En la actualidad había tantas cosas inánimes… Árboles en los que no brotaban hojas, hierba que no crecía, animales que se amontonaban en las madrigueras y se negaban a moverse.

Los ríos seguían fluyendo. Lo cual daba una sensación de vida, aunque las plantas estuvieran pardas.

El Alguenya era uno de esos grandes ríos engañosos que a primera vista parecían tranquilos, plácidos, pero que te podían arrastrar bajo el agua hasta ahogarte. Recordaba que una vez, durante una partida de caza que habían realizado a lo largo del río, Bryne había aprovechado esa circunstancia para que Gawyn aprendiera algo al respecto. También se había dirigido a ella. Puede que a ella en primer lugar, aunque siempre había tenido cuidado de no excederse con la heredera del trono.

«Hay que tener cuidado con las corrientes —había dicho—. Las corrientes fluviales son una de las cosas más peligrosas que existen bajo la Luz, pero sólo porque los hombres las subestiman. La superficie parece tranquila porque nada opone resistencia a la corriente. Nada quiere oponérsele. Los peces se dejan llevar por ella y los hombres se mantienen lejos. Todos excepto los necios que quieren probarse a sí mismos».

Elayne bajó por la pedregosa orilla hacia Bashere. Sus guardias se quedaron atrás; Birgitte no se encontraba con ella en ese momento. Se hallaba ocupada con las compañías de arqueros, unas millas río abajo, donde se dedicaban a machacar a los trollocs que construían balsas para cruzar el río. Los arqueros de Birgitte y los dragones de Talmanes estaban llevando a cabo un trabajo excepcional en cuanto a reducir el número de trollocs que había allí, pero aun así sólo era cuestión de tiempo que el vasto ejército de la Sombra cruzara en masa el Alguenya.

Elayne había sacado a su ejército de Andor hacía una semana, y Bashere y ella se sentían satisfechos con la evolución de las cosas. Hasta que descubrieron la trampa.

—Sorprendente, ¿verdad? —preguntó ella al llegar junto a Bashere, que paseaba por la margen del río.

El hombre la miró y asintió con la cabeza.

—Allá, en casa, nosotros no tenemos nada que se parezca a esto —le comentó el

mariscal después.

—¿Y el Arinelle?

—No se vuelve tan caudaloso hasta después de salir de Saldaea —respondió el mariscal con aire ausente—. Esto casi parece un océano que hubiera entrado aquí, separando una orilla de la otra. Me hace sonreír la idea de lo que los Aiel debieron de pensar al verlo la primera vez que cruzaron la Columna.

Los dos guardaron silencio unos minutos.

—¿La situación es mala? —preguntó por fin Elayne.

—Lo es. Debería haberme dado cuenta, así me abrase. Tendría que haberlo visto venir.

—No podéis planearlo todo, Bashere.

—Con todo mi respeto —respondió él—, eso es exactamente lo que se supone que debería hacer.

La marcha hacia el este desde el Bosque de Braem se había llevado a cabo según lo planeado. Quemar los puentes a través del Erinin y el Alguenya había servido para eliminar un gran número de trollocs que habían intentado cruzarlos tras ellos. Elayne se encontraba ahora en la calzada que subía río arriba hasta la ciudad de Cairhien. Bashere había planeado organizar el enfrentamiento final con los trollocs en las colinas que se alzaban a lo largo de la calzada que se extendía veinte leguas al sur de Cairhien.

La Sombra había sido más astuta y les había ganado por la mano. Los exploradores habían localizado un segundo ejército de trollocs justo al norte de su posición actual, en marcha hacia el este, de camino a la propia ciudad de Cairhien. Elayne había dejado la urbe sin defensores para completar su ejército. Ahora sólo estaba llena a rebosar de refugiados, tan abarrotada como lo había estado Caemlyn.

—¿Cómo lo han hecho? —preguntó ella—. Esos trollocs no pueden haber llegado aquí desde el desfiladero de Tarwin.

—No, no ha habido tiempo suficiente para eso —convino Bashere.

—¿Otra puerta de los Atajos?

—Tal vez. Tal vez no —contestó Bashere.

—Entonces, ¿cómo? —inquirió Elayne—. ¿De dónde ha venido ese ejército?

Ese ejército trolloc se hallaba lo bastante cerca de Cairhien para llamar a las puertas de la ciudad. ¡Luz!

—Cometí el error de pensar como un humano —dijo Bashere—. Conté con la velocidad de marcha de los trollocs, pero no calculé hasta qué punto los azuzarían los Myrddraal ni hacia dónde. Un error estúpido. El ejército del bosque debió de dividirse en dos, y una mitad debió de tomar la ruta hacia el nordeste a través de los bosques, en dirección a Cairhien. Es lo único que se me ocurre.

—Nos hemos desplazado tan rápido como ha sido posible —argumentó Elayne

—. ¿Cómo han podido adelantársenos?

Su ejército contaba con los accesos. No era posible trasladarlo todo, ya que no había suficientes encauzadoras para mantener los accesos abiertos durante largos periodos. Sin embargo, sí se trasladaban las carretas de suministros, los heridos y los seguidores de campamento. Todo ello les permitía avanzar a la velocidad de soldados entrenados para la marcha.

—Nos hemos movido todo lo rápido que podíamos de un modo seguro —apuntó Bashere—. Un comandante humano nunca habría empujado a sus fuerzas a avanzar a un paso de marcha tan veloz. El terreno por el que han pasado tiene que haber sido terrible, con todos esos ríos, los bosques, las ciénagas… ¡Luz! Tienen que haber pedido millares de trollocs por el agotamiento durante una marcha así. Los Fados corrieron el riesgo y ahora nos tienen pillados en una maniobra de tenaza. La ciudad también acabará destruida.

—No permitiré que eso ocurra —dijo por fin Elayne, tras unos instantes de silencio—. Otra vez no. No si puedo evitarlo.

—¿Tenemos otra opción?

—Sí —contestó Elayne—. Bashere, sois una de las mentes militares más privilegiadas que ha conocido el mundo. Tenéis unos recursos como ningún hombre ha tenido jamás: los dragones, las Allegadas, los Ogier deseosos de combatir… Podéis conseguir que todo eso funcione. Sé que podéis.

—Demostráis tener una fe en mí sorprendente considerando que me conocéis hace muy poco tiempo.

—Rand confía en vos —repuso Elayne—. Incluso en sus peores días, Bashere, cuando miraba con expresión sombría a casi todos los que lo rodeaban, se fiaba de vos.

—Existe un modo de hacerlo. —Bashere parecía preocupado.

—¿Cómo?

—Marchamos y atacamos a los trollocs que están cerca de Cairhien lo más rápido que podamos. Deben de estar cansados; tienen que estarlo. Si conseguimos derrotarlos con rapidez, antes de que la horda del sur nos alcance, podríamos tener una oportunidad. Será difícil. La fuerza del norte probablemente tiene intención de asaltar y ocupar la ciudad para después utilizarla contra nosotros mientras los trollocs del sur llegan.

—¿Podríamos abrir accesos dentro de la ciudad y defenderla?

—Lo dudo, con encauzadoras que están tan cansadas como las nuestras —contestó Bashere—. Aparte de eso, necesitamos destruir a los trollocs del norte, no sólo resistir contra ellos. Si les damos tiempo para descansar, se recuperarán del agotamiento de la marcha, se reunirán con los trollocs del sur y entonces recurrirán a los Señores del Espanto para destruir Cairhien como quien revienta con un golpe una

manzana pasada. No, Elayne. Tenemos que atacar y aplastar a ese ejército del norte mientras está debilitado; sólo entonces tendremos posibilidades de resistir contra el del sur. Si fracasamos, nos aplastarán entre los dos.

—Es el riesgo que hemos de correr —manifestó Elayne—. Ocupaos de los planes, Bashere. Haremos que funcionen.

Egwene entró en el *Tel'aran'rhiod*.

El Mundo de los Sueños había sido siempre peligroso, impredecible. Últimamente, lo era más aún. La grandiosa ciudad de Tear se reflejaba de un modo extraño en el sueño, con los edificios deteriorados como si hubiesen sufrido la erosión de cien años de tormentas. La muralla de la ciudad tenía ahora poco más diez pies de altura, con la parte de arriba redondeada y pulida por el viento. Los edificios del interior se habían deshecho dejando los cimientos y fragmentos de piedra erosionada, como muñones.

Estremecida por el panorama, Egwene se volvió hacia la Ciudadela. La Roca, al menos, seguía siendo como antes. Alta, fuerte, inalterada por la acción demoledora de los vientos. Eso la confortó.

Se trasladó al corazón de la Ciudadela. Las Sabias la esperaban. Eso también era reconfortante. Incluso en un tiempo de cambios y tempestades, ellas eran tan resistentes con la propia Roca. Amys, Bair y Melaine hablaban, y oyó parte de su conversación antes de que advirtieran su llegada.

—Lo vi igual que lo vio ella —decía Bair—. Aunque fue a través de los ojos de mis propios descendientes. Creo que todas lo veremos ahora si regresamos por tercera vez. Debería ser un requisito hacerlo.

—¿Tres visitas? —preguntó Melaine—. Eso sí que traería un cambio. Todavía no sabemos si la segunda visita mostraría eso o la visión previa.

Consciente de estar escuchando sin que supieran que se encontraba allí, Egwene se aclaró la garganta. Dejaron de hablar de inmediato y se volvieron hacia ella.

—No era mi intención entrometerme —dijo Egwene mientras caminaba entre las columnas y se reunía con ellas.

—No pasa nada —contestó Bair—. Deberíamos haber tenido cuidado con lo que hablábamos. Fuimos nosotras quienes te invitamos a que vinieras a reunirte aquí, después de todo.

—Me alegra verte, Egwene al'Vere —dijo Melaine con una sonrisa afectuosa. A la mujer se le notaba un estado de gestación tan avanzado que debía de estar a punto de dar a luz—. Según los informes, tu ejército ha ganado mucho *ji*.

—Vamos bien —contestó Egwene, que se sentó en el suelo con ellas—. Vosotras tendréis oportunidad de ganarlo también, Melaine.

—El *Car'a'carn* lo va retrasando —dijo Amys, ceñuda—. Las lanzas están cada

vez más impacientes. Deberíamos atacar al Cegador de la Vista.

—Le gusta hacer preparativos y planes —comentó Egwene. Vaciló antes de proseguir—. No puedo quedarme mucho con vosotras. Tengo una reunión con él hoy, más tarde.

—¿Sobre qué? —inquirió Bair, que se echó hacia adelante, con curiosidad.

—Lo ignoro. Encontré una carta suya en el suelo de mi tienda. Dice que quiere verme, pero no como el Dragón y la Amyrlin, sino como viejos amigos.

—Dile que no debe perder el tiempo —instruyó Bair—. Pero ahora hay algo que tenemos que hablar contigo.

—¿De qué se trata? —quiso saber Egwene, interesada.

—¿Habías visto algo como esto? —preguntó Melaine, concentrada.

Unas fisuras surcaron la piedra del suelo en el que estaban sentadas. La Sabia imponía su voluntad en el Mundo de los Sueños para crear algo específico a fin de que Egwene lo viera.

Al principio, Egwene se sintió confusa. ¿Grietas en la roca? Pues claro que era algo que había visto antes. Y últimamente, con los terremotos sacudiendo la tierra con tanta frecuencia, probablemente era más habitual.

Había algo diferente en esas fisuras. Egwene se inclinó hacia adelante y advirtió que las grietas parecían abiertas a la nada. Una profunda negrura. Tanto, que no era natural.

—¿Qué es? —preguntó.

—Los nuestros han informado de haber visto estas grietas —dijo Amys en voz baja—. Los que luchan en Andor y los que están en las Tierras Malditas. Aparecen como fracturas en el propio Entramado. Se mantienen así de oscuras durante unos instantes, luego se desvanecen y dejan grietas corrientes.

—Es una mala señal, muy peligrosa —declaró Bair—. Hemos enviado a los nuestros a preguntar en las Tierras Fronterizas, donde lucha Lan Mandragoran. Por lo visto, la aparición de esas fisuras es algo casi habitual allí.

—Aparecen con más frecuencia cuando combaten los Señores del Espanto —añadió Amys—. Cuando utilizan el tejido conocido como fuego compacto.

Egwene contempló aquella negrura y la sacudió un escalofrío.

—El fuego compacto debilita el Entramado —dijo—. Durante la Guerra del Poder llegó un momento en el que incluso a los Renegados les dio miedo usarlo porque existía el peligro de deshacer el propio mundo.

—Debemos informar de lo que ocurre a todos nuestros aliados —opinó Amys—. Nadie debe utilizar ese tejido.

—Las Aes Sedai ya lo tienen prohibido —informó Egwene—. Pero les haré saber que nadie se plantee siquiera romper esa regla.

—Una sabia medida —dijo Melaine—. Para ser unas personas con tantas reglas

que seguir, he descubierto que las Aes Sedai son muy competentes a la hora de saltarse las directrices si la situación se lo permite.

—Confiamos en nuestras mujeres. Los Juramentos las conducen; si no, su propia sabiduría debe guiarlas. Si Moraine no hubiera estado dispuesta a saltarse esta regla, Perrin estaría muerto. Al igual que lo estaría Mat si Rand no hubiese hecho caso omiso de ella. Sin embargo, hablaré con las mujeres.

El fuego compacto la incomodaba. No por el hecho de que existiera o por lo que hacía. Su peligrosidad era única. Y, no obstante, ¿qué era lo que Perrin le había dicho en el sueño?

Sólo es un tejido…

No parecía justo que la Sombra tuviera acceso a un arma como ésa, una que deshacía el Entramado cuando se utilizaba. ¿Cómo iban a enfrentarse a una cosa así, como podían hacerle frente?

—No es la única razón por la que te hemos hecho venir, Egwene al'Vere —dijo Melaine—. ¿Has visto los cambios en el Mundo de los Sueños?

—La tormenta es peor aquí —contestó ella al tiempo que asentía con la cabeza.

—En el futuro, no vamos a visitar este lugar a menudo —advirtió Amys—. Hemos tomado esa decisión. Y, a despecho de nuestras protestas sobre él, el *Car'a'carn* está preparando sus ejércitos para ponerse en movimiento. No tardaremos en marchar con él al dominio de la propia Sombra.

—Así que ya ha llegado. —Egwene asintió despacio con la cabeza.

—Estoy orgullosa de ti, pequeña —dijo Amys.

A Egwene le pareció que Amys, la Amys dura como las piedras, tenía los ojos llorosos. Las Sabias se pusieron de pie y Egwene las abrazó por turno.

—Que la Luz os cobije, Amys, Melaine, Bair —les dijo—. Transmitid mi cariño a las demás.

—Lo haremos, Egwene al'Vere. Que encuentres agua y sombra, ahora y siempre —respondió Bair.

Una tras otra desaparecieron de Tear. Egwene hizo una profunda inhalación y miró hacia arriba. El edificio crujía como un barco en medio de la tempestad. La propia roca parecía moverse a su alrededor.

Había amado ese sitio; no la Ciudadela, sino el *Tel'aran'rhiod*. Le había enseñado muchas cosas. Pero, mientras se preparaba para partir, sabía que era tan peligroso como un río durante una inundación. Por querido y conocido que le pareciera, ella no podía arriesgarse a entrar allí. No mientras la Torre Blanca la necesitara.

—Y adiós a ti también, viejo amigo —le dijo al aire—. Hasta que sueñe otra vez.

Se indujo a despertar.

Gawyn esperaba junto a la cama, como siempre. Otra vez se encontraban en la Torre, Egwene completamente vestida, en el cuarto anexo a su estudio. Aún no había

caído la noche, pero la petición de las Sabias para que se reuniera con ellas no era algo que había querido pasar por alto.

—Ya está aquí —informó Gawyn en voz baja al tiempo que miraba hacia la puerta del estudio.

—Pues, entonces, reunámonos con él.

Egwene se levantó de la cama y se arregló la falda. Luego hizo un gesto con la cabeza a Gawyn y salieron del cuarto para reunirse con el Dragón Renacido.

Rand sonrió al verla. Esperaba dentro con dos Doncellas a las que Egwene no conocía.

—¿De qué se trata? —le preguntó Egwene con aire cansado—. ¿Quieres convencerme de que rompa los sellos?

—Te has vuelto muy cínica —observó Rand.

—Las dos últimas veces que nos hemos reunido trataste de enfurecerme de forma intencionada. ¿Es raro que espere que ocurra lo mismo?

—No quiero que te pongas furiosa. Toma. —Sacó algo del bolsillo. Era una cinta del pelo. La sostuvo en alto, ofreciéndosela—. Siempre parecías deseosa de poder trenzarte el cabello.

—¿Con eso quieres decir que soy una chiquilla? —exclamó ella, exasperada.

Gawyn le puso la mano en el hombro en un gesto reconfortante.

—¿Qué? ¡No! —Rand suspiró—. Luz, Egwene. Deseo reconciliarme. Eres como una hermana para mí. No tuve hermanos. O, al menos, el que tengo no me conoce. Sólo te tengo a ti. Por favor. No quiero sacarte de quicio.

Durante un instante pareció el que había sido largo tiempo atrás. Un muchacho inocente, serio. La frustración que sentía Egwene se desvaneció.

—Rand, estoy muy ocupada. Todos lo estamos. No hay tiempo para cosas así. Tus ejércitos están impacientes.

—Su momento no tardará en llegar —dijo Rand con una voz que pareció endurecerse—. Antes de que esto haya acabado, se preguntarán por qué estaban tan ansiosos y recordarán con nostalgia estos días tranquilos de la espera. —Todavía sostenía la cinta en la mano, ahora apretada—. Es que no… No quería ir a mi batalla habiendo acabado nuestro último encuentro con una discusión, aunque fuera una importante.

—Oh, Rand.

Egwene se acercó y cogió la cinta. Lo abrazó. Luz, pero qué difícil había sido tratar con él últimamente… Aunque, a decir verdad, había pensado lo mismo de sus padres de vez en cuando.

—Tienes mi apoyo —añadió—. Eso no significa que vaya a hacer con los sellos lo que dijiste, pero tienes mi apoyo.

Egwene lo soltó. No dejaría que las lágrimas le humedecieran los ojos. Aunque

aquello pareciera la despedida final para ellos.

—Un momento —dijo Gawyn—. ¿Un hermano? ¿Tienes un hermano?

—Soy hijo de Tigraine —contestó Rand encogiéndose de hombros—. Nací después de que viajara al Yermo y se convirtiera en Doncella.

Gawyn parecía estupefacto, aunque Egwene ya se lo había imaginado hacía siglos.

—¿Eres hermano de Galad? —preguntó Gawyn.

—Medio hermano —dijo Rand—. Aunque probablemente no sea algo que tenga mucha importancia para un Capa Blanca. Tenemos la misma madre. Su padre, como el tuyo, era Taringail, pero el mío era un Aiel.

—Creo que Galad te sorprendería —dijo Gawyn en voz queda—. Pero entonces, Elayne…

—No es que quiera explicarte la historia de tu propia familia, pero entre Elayne y yo no existe ningún vínculo de sangre. —Rand se volvió hacia Egwene—. ¿Puedo verlos? Los sellos, me refiero. Antes de ir a Shayol Ghul me gustaría mirarlos una última vez. Prometo que no les haré nada.

De mala gana, ella los sacó de una bolsa que llevaba colgada a la cintura, donde solía guardarlos. Gawyn, que todavía no había salido de su asombro, fue hacia la ventana y la abrió para que entrara luz en la estancia. La Torre Blanca, tan silenciosa, daba la sensación de quietud. Sus ejércitos habían partido con sus dueñas y señoras a la guerra.

Egwene desenvolvió el primer sello y se lo tendió a Rand. No le daría todos al mismo tiempo. Por si acaso. Confiaba en su palabra; después de todo era Rand, pero… Por si acaso.

Rand alzó el sello y lo miró fijamente, como si buscara la sabiduría en esa línea sinuosa.

—Yo los creé —susurró—. Los hice para que nunca se rompieran. Pero mientras los creaba sabía que al final se malograrían. Todo acaba fallando cuando él lo toca…

Egwene sacó otro de los sellos y lo sostuvo con cautela. Sólo faltaría que se rompiera por accidente. Los guardaba envueltos y la bolsa rellena con tela; le preocupaba que se le rompieran llevándolos encima, pero Moraine había afirmado que sería ella quien los rompería.

Aquello le parecía absurdo, pero lo que había leído, las cosas que Moraine había dicho… En fin, si llegaba el momento de romperlos, habría que tenerlos a mano. Así que los llevaba encima… Cargaba con la muerte potencial del mundo.

De repente, Rand se quedó blanco como el papel.

—Egwene —dijo—, esto no me engaña.

—¿El qué?

Él la miró.

—Es una falsificación. Por favor, no pasa nada. Dime la verdad. Hiciste una copia y me la has dado.

—No he hecho nada de eso —protestó ella.

—Oh… Oh, Luz. —Rand alzó de nuevo el sello—. Es falso.

—¿Qué? —Egwene le arrebató el sello de la mano y lo tocó. No notó nada extraño—. ¿Cómo estás tan seguro?

—Los hice yo —le recordó Rand—. Conozco mi obra, mi trabajo artesanal. Éste no es uno de los sellos. Es… Luz, alguien se ha apoderado de ellos.

—¡Los he tenido conmigo en todo momento desde que me los diste! —exclamó Egwene.

—Entonces es que ocurrió antes —susurró Rand—. No los examiné con cuidado después de reunirlos. De algún modo él sabía dónde los había guardado. —Tomando el otro que tenía Egwene, meneó la cabeza—. Tampoco es el original. —Cogió el tercero—. Ni éste tampoco. —Miró a Egwene.

»Él los tiene, Egwene. A saber cómo los sustrajo y los ha recuperado. El Oscuro tiene las llaves de su prisión.

Que la gente no lo mirara tanto era algo que Mat había deseado casi toda su vida. Le lanzaban miradas ceñudas por un problema que, aparentemente, había ocasionado —un problema que en realidad no era culpa suya— y miradas desaprobadoras cuando él iba por ahí con toda inocencia y con toda la intención de ser lo más agradable posible. Todos los chicos birlaban un pastel de vez en cuando. No había nada malo en ello, sino que era algo de esperar; o casi.

La vida cotidiana había sido más dura con Mat que con otros chicos. Sin ningún motivo, todo el mundo lo observaba con mucha más atención de lo normal. Perrin podría haberse pasado todo el día robando pasteles y la gente sólo le habría sonreído, quizás hasta le habría revuelto el cabello. A Mat lo perseguían con la escoba.

Cuando entraba en un sitio para jugar a los dados, atraía las miradas. La gente lo observaba como haría con un tramposo —aunque nunca lo había sido— o con la envidia reflejada en los ojos. Sí, siempre había imaginado que sería fantástico que nadie estuviera pendiente de él. Vamos, eso sería algo que celebrar a lo grande.

Ahora que se había cumplido ese deseo, resultaba que lo ponía enfermo.

—Puedes mirarme —protestó—. En serio. ¡No pasa nada, maldita sea!

—Perdería prestigio, tendría los ojos bajos —contestó la criada mientras amontonaba telas en la mesa baja que había pegada a la pared.

—¡Ya los tienes bajos! Están mirando el jodido suelo, ¿no es así? Quiero que los levantes.

La seanchan siguió con su tarea. Era de piel clara, con pecas en los pómulos; no estaba mal, aunque en la actualidad él prefería matices más oscuros. Con todo, no le

habría importado que esa chica le hubiera sonreído. ¿Cómo ibas a hablar con una mujer si ni siquiera podías intentar que sonriera?

Entraron más criados, baja la vista, cargados con más rollos de tela. Mat se hallaba en los que, al parecer, eran «sus» aposentos en palacio. Tenía más habitaciones de las que jamás necesitaría. A lo mejor Talmanes y algunos chicos de la Compañía podrían instalarse con él para que el palacio no diera esa sensación de estar tan vacío.

Mat se acercó a la ventana. Abajo, en la plaza de Mol Hara, se estaba organizando un ejército. Iban a tardar más de lo que él deseaba. Galgan —al que Mat había conocido brevemente, y no confiaba en ese tipo por mucho que Tuon dijera que no pretendía que los asesinos contratados tuvieran éxito— reunía las tropas seanchan de las fronteras, pero con una lentitud excesiva. Y todo porque le preocupaba perder el llano de Almoth con la retirada.

Bueno, pues, más valía que atendiera a razones. Mat no tenía muchos motivos para que ese tipo le cayera bien, pero si se retrasaba con la preparación de la marcha…

—Enaltecido Señor… —dijo la criada.

Mat se dio la vuelta y enarcó una ceja. Con los últimos rollos de tela había entrado un grupo de jóvenes *da'covale* de ambos sexos; Mat se puso colorado. Casi no llevaban puesto nada encima, y lo que llevaban era transparente. Bueno, podía mirar a las chicas, ¿verdad? No llevarían esa ropa si lo que se pretendía era que un hombre no las mirara. ¿Qué pensaría de eso Tuon?

«Ella no es mi dueña —pensó con firmeza—. No voy a ser como cualquier marido».

La criada de las pecas —era *so'jhin* y llevaba la mitad de la cabeza afeitada— hizo un gesto a una persona que había entrado detrás de los *da'covale*, una mujer de mediana edad que llevaba el cabello oscuro recogido en moño, sin afeitar ninguna parte de la cabeza. Era achaparrada, con el cuerpo en forma de campana y de aspecto maternal, más bien de abuela.

La recién llegada lo observó. ¡Por fin alguien que lo miraba! Claro que sería mejor si no lo hiciera con la expresión de quien examina caballos en el mercado.

—Negro por su nueva clase social —dijo la mujer al tiempo que daba una palmada—. Verde por su herencia. Un verde bosque oscuro, con moderación. Que alguien me traiga una variedad de parches para el ojo, y que alguien queme ese sombrero.

—¿Qué? —exclamó Mat. Los sirvientes se amontonaron a su alrededor y empezaron a desvestirlo—. Eh, un momento. ¿Qué pasa aquí?

—Vuestro nuevo vestuario, Enaltecido Señor —repuso la mujer—. Me llamo Nata, y seré vuestra modista personal.

—No vas a quemar mi sombrero —dijo Mat—. Inténtalo, y ya veremos qué tal se te da volar desde el cuarto piso. ¿Me has entendido?

La mujer vaciló antes de hablar.

—Sí, Enaltecido Señor. No queméis esas ropas —dio la contraorden a los criados —. Guardadlas por si hiciesen falta. —Lo dijo como si dudara que fuera a ocurrir tal cosa.

Mat abrió la boca para protestar más y entonces una de las jóvenes *da'covale* abrió una caja. Dentro brillaban joyas. Rubíes, esmeraldas, gotas de fuego… Mat se quedó sin respiración. ¡Allí había una fortuna!

Era tal su estupefacción que casi ni se percató de que los sirvientes lo estaban desnudando. Tiraron de la camisa, y Mat los dejó hacer. Y que no les permitiera que le quitaran el pañuelo del cuello no se debía a que fuera tímido. La rojez de las mejillas no tenía nada que ver con que le quitaran los pantalones. Sólo era por la sorpresa con las joyas.

Entonces uno de los jóvenes *da'covale* hizo intención que quitarle la ropa interior.

—Estarías muy raro sin dedos —gruñó Mat.

El *da'covale* alzó la vista y lo miró con los ojos desorbitados, pálido el semblante. De inmediato bajó la vista otra vez, hizo una reverencia y se retiró hacia atrás. Mat no era tímido, pero lo de la ropa interior era pasarse de la raya.

Nata chasqueó la lengua. Sus criados empezaron a echar por encima a Mat finas telas negras y verde oscuro, tanto que casi parecía negro también.

—Os prepararemos ropajes para demostraciones militares, asistencias a la corte, actos privados, y comparecencias cívicas. Los…

—No —la interrumpió Mat—. Sólo ropas militares.

—Pero…

—Estamos ya en la puñetera Última Batalla, mujer. Si sobrevivimos a esto, podrás hacerme una jodida gorra para días festivos. Hasta entonces, estamos en guerra y no necesito nada más.

Ella asintió con la cabeza.

De mala gana, Mat se puso con los brazos en cruz y dejó que lo envolvieran con tela y le tomaran medidas. Si tenía que aguantar que lo llamaran «Enaltecido Señor» y «Alteza», entonces al menos se aseguraría de ir vestido de un modo razonable.

A decir verdad, ya empezaba a cansarse de las mismas ropas de siempre. No parecía que sastres y costureras seanchan utilizaran mucha puntilla, lo cual era una lástima, pero Mat no quería corregir a la mujer en lo tocante a su trabajo. No protestaría por tan poca cosa. A nadie le caían bien los protestones, y a él al que menos.

Mientras se encargaban de las medidas, un sirviente se acercó con una caja pequeña forrada con terciopelo, en la que se exhibían varios parches para el ojo. Mat

vaciló antes de elegir; algunos iban adornados con gemas, otros con dibujos pintados.

—Ése —dijo.

Señaló el parche menos recargado. Era negro, con sólo dos pequeños rubíes de talla fina y alargada, colocados en uno y otro extremo del parche, a derecha e izquierda. Se lo pusieron mientras los otros sirvientes acababan de tomarle las medidas.

Hecho lo cual, la modista y sus criados lo vistieron con un atuendo que la mujer había llevado consigo. Al parecer, no iban a permitirle ponerse otra vez sus ropas usadas mientras esperaba a que estuviera confeccionada la nueva indumentaria.

La primera prenda de su nueva vestimenta era bastante simple: una túnica de seda de calidad. Mat habría preferido pantalón, pero la túnica era cómoda. No obstante, la cubrieron con una vestidura amplia y de tejido más rígido. También era de seda, en verde oscuro, completamente bordada con dibujos de volutas. Las mangas eran pesadas y voluminosas, así como lo bastante grandes para que cupiera dentro un caballo.

—¡Creía haber dicho que se me diera ropa de guerrero! —gritó.

—Éste es un uniforme militar de gala para un miembro de la familia imperial, Alteza —informó Nata—. Muchos os verán como un forastero y, aunque nadie cuestione vuestra lealtad, a nuestros soldados les vendría bien veros como Príncipe de los Cuervos primero y como un extraño después. ¿No os parece?

Los sirvientes continuaron vistiéndolo; le abrocharon un fajín ornamentado y le pusieron brazales con el mismo diseño, por debajo de las enormes mangas. Eso estaba bien, suponía Mat, ya que el fajín le ceñía el ropaje a la cintura, de forma que no daba la misma sensación de ser voluminoso.

Por desgracia, la siguiente prenda del atuendo era la más ridícula de todas. Una pieza de paño tieso y pálido que se apoyaba en los hombros y bajaba por el pecho y por la espalda como un tabardo, con los costados abiertos, pero que se acampanaba hacia afuera por ambos lados un pie como poco, de manera que lo hacían parecer inhumanamente ancho. Eran como hombreras de armadura pesada, sólo que hechas de tela.

—A ver —dijo Mat—. Esto no será una especie de broma que le gastáis a un hombre sólo porque es un recién llegado, ¿verdad?

—¿Broma, Enaltecido Señor? —preguntó Nata.

—No es posible que vosotros…

Mat dejó la frase en el aire cuando alguien pasó por delante de su puerta. Otro comandante. El hombre llevaba una vestimenta muy parecida a la suya, sólo que menos adornada y con hombreras menos anchas. No era una armadura de la familia imperial, sino una armadura de gala para alguien de la Sangre. Aun así, era casi tan desmesurada como la suya.

El hombre se detuvo y le hizo una reverencia a Mat, tras lo cual siguió andando.

—Así me abrase —masculló Mat.

Nata dio una palmada y los sirvientes empezaron a cubrir de gemas a Mat. En su mayor parte eran rubíes, y eso hizo que Mat se sintiera incómodo. Tenía que ser una coincidencia, ¿verdad? No sabía qué pensar de ir cubierto de todas esas gemas. A lo mejor podría venderlas. De hecho, si pudiera apostarlas en una mesa de juego, probablemente acabaría siendo dueño de Ebou Dar…

«Tuon ya posee Ebou Dar —comprendió—. Y yo me he casado con ella». Asimiló la idea de que era rico. Muy rico.

Se sentó para que le esmaltaran las uñas mientras reflexionaba sobre lo que significaba todo aquello. Oh, hacía tiempo que no tenía que preocuparse por el dinero, ya que siempre podía jugar para conseguir más. Esto era diferente. Si ya poseía todo, ¿qué sentido tenía jugar? La conclusión no sonaba nada divertida. Se suponía que la gente no debía darle así las cosas a uno. Se suponía que eras tú el que debía encontrar el modo de conseguirlas por ti mismo, con ingenio, suerte o destreza.

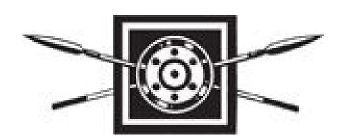
—Así me abrase —repitió; bajó los brazos a los costados cuando acabó el proceso de esmaltarle las uñas—. Soy un jodido noble.

Suspiró y, cogiendo su sombrero de las manos de un sobresaltado sirviente que pasaba por allí con sus ropas viejas, se lo encasquetó en la cabeza.

—Enaltecido Señor —dijo Nata—, por favor perdonad mi atrevimiento, pero es mi deber aconsejaros en cuanto a moda, si sois tan amable. Ese sombrero parece… muy fuera de lugar con el uniforme.

—¿Y a quién le importa? —replicó Mat, que salió de la habitación. ¡Casi tuvo que cruzar la puerta de costado!—. Si voy a ir haciendo el ridículo, también puedo hacerlo a mi estilo. Que alguien me indique dónde se reúnen los jodidos generales. He de calcular el número de efectivos que tenemos.

20



Dentro de Thankan’dar

Un poco más tarde, el día de su reunión con Rand, Egwene sostuvo el *sa’angreal* de Vora ante sí y tejió Fuego. Los filamentos se unieron y diminutas cintas brillantes formaron un tejido complejo en el aire delante de ella. Casi podía sentir irradiar el brillo sobre ella de forma que le daba a la piel un intenso tono anaranjado.

Terminó el tejido, y una abrasadora bola de fuego, grande como un peñasco, trazó un arco en el aire, chisporroteando y rugiendo, y se precipitó en la lejana cumbre de una colina como un meteoro. El estallido hizo saltar por el aire a los trollocs que manejaban arcos y desperdigó los cadáveres.

Romanda abrió un acceso al lado de Egwene. Romanda era una de las Amarillas que habían insistido en quedarse en el frente para proporcionar Curación de emergencia. Ella y su pequeño grupo habían sido inestimables a la hora de salvar vidas.

Ese día, sin embargo, no tendrían oportunidad de Curar. Los trollocs se habían retirado a las colinas, como Bryne había anunciado que harían. Tras un día y medio de descanso, muchas de las Aes Sedai se habían recuperado. No con toda su capacidad —no después de toda una semana de combate agotador—, pero sí lo suficiente.

Gawyn atravesó el acceso de un salto nada más abrirse, con la espada enarbolada. Egwene fue tras él, junto con Romanda, Lelaine, Leane, Silviana, Raemassa y un puñado de Guardianes y soldados. Salieron a la misma cumbre que Egwene acababa de despejar. La negra tierra calcinada todavía se notaba caliente bajo los pies; el olor a carne quemada flotaba en el aire.

Esa colina estaba en el mismo centro del ejército trolloc. Todo en derredor, Engendros de la Sombra gateaban por aquí y por allá en busca de un sitio seguro. Romanda mantuvo el acceso abierto y Silviana empezó a tejer Aire para crear una cúpula de viento contra las flechas. Las demás empezaron a lanzar tejidos hacia afuera.

Los trollocs reaccionaban con lentitud; habían estado esperando allí, en esas colinas, preparándose para descender en tropel a los valles cuando el ejército de Egwene entrara. Normalmente, aquello habría sido un desastre. Los trollocs podían disparar desde arriba andanadas de proyectiles a las tropas de Egwene, y su caballería se habría encontrado en desventaja al intentar ascender por esas colinas. Las cumbres

habrían proporcionado a trollocs y Fados una mejor perspectiva para localizar puntos débiles en las fuerzas de Egwene, y actuar en consecuencia.

Pero Egwene y sus comandantes no estaban dispuestos a dar esa ventaja al enemigo. Las bestias se dispersaban a medida que la batalla se volvía contra ellos, con las Aes Sedai ocupando las cumbres de las colinas. Algunas de las criaturas intentaron cargar ladera arriba para retomar su posición, pero otras ponían pies en polvorosa para salvar la vida. La caballería pesada de Egwene llegó a continuación por los valles como un retumbo de truenos. Lo que en otro momento había sido una posición muy eficaz para los trollocs se convirtió en una franja de muerte: con los arqueros trollocs arrasados por las Aes Sedai, la caballería pesada podía matar sin que prácticamente la importunaran.

Eso abrió paso a la infantería, que marchó en formación para empujar a los trollocs hacia atrás y acorralarlos contra las laderas a fin de que las Aes Sedai pudieran matarlos en grupos. Por desgracia, los trollocs se habían acostumbrado a enfrentarse al Poder Único. O se debía a eso, o los Myrddraal se habían vuelto más concienzudos a la hora de azuzarlos.

Poco después, más grupos coordinados de trollocs cargaron contra las cumbres mientras que otros se las ingeniaban para presentar resistencia al ataque de la infantería.

«Bryne tiene razón —pensó Egwene mientras arrasaba un contingente de bestias que casi había logrado llegar hasta ella—. Los Fados vuelven a vincular a los trollocs». Los Engendros de la Sombra se habían mostrado indecisos en cuanto a usar esa táctica recientemente, ya que la muerte de un Fado haría que cayeran todos los trollocs unidos a él por ese vínculo. No obstante, Egwene sospechaba que era la única forma que tenían de conseguir que los trollocs treparan hacia una muerte casi segura en esas colinas.

Si conseguía encontrar al Myrddraal vinculado a los trollocs que se hallaban cerca, podría pararlos con un tejido de Fuego bien dirigido. Desafortunadamente, los Fados eran astutos y habían empezado a esconderse entre los trollocs.

—Se están acercando —dijo Lelaine, jadeante.

—Retrocedemos —anunció Egwene.

Entraron por el acceso de Romanda, seguidas por sus Guardianes. Romanda fue la última y cruzó de un salto al tiempo que un grupo de trollocs alcanzaba la cima. Una de las bestias, una monstruosidad con rasgos de oso y cubierta de una espesa pelambrera, cruzó a trompicones tras ella.

El ser se desplomó muerto de inmediato y una tenue voluta de humo se alzó de su cadáver. Sus compañeros aullaron y gruñeron al otro lado. Egwene miró a las otras mujeres y después, encogiéndose de hombros, lanzó una llamarada directamente a través del acceso. Unos cuantos cayeron muertos, retorciéndose, mientras que otros

se escabullían con precipitación aullando y tirando las armas.

—Eso resulta eficaz —apuntó Leane mientras cruzaba los brazos y enarcaba una ceja impecable hacia el acceso.

Estaban en mitad de la Última Batalla y esa mujer todavía encontraba tiempo para arreglarse la cara cada mañana.

El acceso los había llevado de vuelta al campamento, que ahora estaba casi vacío. Con las tropas de reserva formadas y listas para moverse cuando hiciera falta, los únicos soldados que permanecían en el campamento eran una fuerza de quinientos hombres que guardaba la tienda de mando de Bryne.

Egwene todavía llevaba colgada al costado la bolsita con los sellos falsos. Las palabras de Rand la habían conmocionado profundamente. ¿Cómo iban a recuperar los sellos? Si los esbirros de la Sombra los rompían en el momento equivocado, sería una catástrofe.

¿Los habrían roto ya? ¿El mundo lo notaría? A Egwene la abrumaba un terror que no la abandonaba. Y, sin embargo, la guerra proseguía y a ella no le quedaba otro remedio que continuar luchando. Se les ocurriría un modo de recuperar los sellos, si podían. Rand había jurado que lo intentaría, pero a ella no se le ocurría qué podría hacer.

—Con qué empeño luchan —comentó Gawyn.

Egwene se dio la vuelta y lo vio a corta distancia; escrutaba el frente de batalla con el visor de lentes. A través del vínculo, Egwene percibía en él una gran añoranza. Ella sabía que, sin hombres a los que dirigir como había hecho con los Cachorros, Gawyn se sentía inútil en esos combates.

—Los trollocs van vinculados a los Myrddraal para que los Fados tengan más control sobre ellos —dijo Egwene.

—Sí, pero ¿por qué esa denodada resistencia? —inquirió Gawyn, sin dejar de mirar por el visor—. Esta tierra los trae sin cuidado. Es evidente que las colinas las tienen perdidas y, aun así, luchan desaforadamente. Los trollocs son primitivos en la lucha: combaten y vencen o se dispersan y se retiran. No defienden tierras. Y eso es lo que están intentando hacer aquí. Es como… Como si los Fados pensaran que, después de una derrota aplastante como ésta, estuvieran manteniendo una buena posición.

—A saber por qué los Fados hacen lo que hacen —comentó Lelaine, cruzada de brazos y sin dejar de observar a través del acceso todavía abierto.

Egwene se volvió y miró también a través de él. La cumbre estaba ahora vacía, solitaria en mitad de la batalla, algo que resultaba chocante. Los soldados se habían abalanzado contra los trollocs en el pequeño valle que había entre las colinas, y la lucha era brutal allí abajo. Oyó gruñidos, gritos, tintineo metálico. Las picas ensangrentadas se alzaron en el aire cuando un grupo de hombres se vio forzado a

retroceder y los alabarderos se adelantaron en un intento de frenar a los trollocs.

Los Engendros de la Sombra estaban sufriendo unas bajas tremendas. Era muy extraño; Bryne había esperado que se retiraran.

—Algo va mal —dijo Egwene mientras el vello de los brazos se le ponía de punta. De momento, la preocupación por los sellos quedó relegada. Su ejército se encontraba en peligro—. Reunid a las Aes Sedai y que el ejército se retire.

Las otras mujeres la miraron como si se hubiera vuelto loca. Gawyn salió disparado hacia la tienda de mando para transmitir sus órdenes, sin dudar.

—Madre —empezó Romanda mientras dejaba que el acceso se cerrara—, ¿qué os…?

Algo hendió el aire al otro extremo del campamento de guerra de Egwene, en el lado opuesto al campo de batalla: una línea de luz larga, más que la de cualquier acceso que Egwene hubiera visto en su vida. Era casi tan ancha como el propio campamento.

La línea de luz giró sobre sí misma y se abrió a un lugar que no era el sur de Kandor. Por el contrario, era un sitio de helechos y árboles con un penacho de ramas colgantes en lo alto; aunque estaban parduscos y agostados como todo lo demás, seguían teniendo un aspecto extraño y desconocido.

Un ejército inmenso aguardaba en silencio en aquel insólito paisaje. Encima ondeaban miles de banderas adornadas con símbolos que Egwene no supo identificar. Los soldados de infantería llevaban unas ropas que les llegaban a la altura de la rodilla y que parecían ser algún tipo de armadura acolchada y reforzada por una cota con un diseño de grandes cuadrados. Otros lucían un tipo de protección diferente, una especie de cota metálica que daba la impresión de estar hecha con monedas unidas entre sí.

Muchos empuñaban hachas, aunque su aspecto era muy extraño. Los mangos, largos y finos, se engrosaban al final como un bulbo, mientras que las cabezas eran finas y estrechas, casi como picos. Los asideros de las armas —desde los astiles de las lanzas de armas hasta las empuñaduras de las espadas— tenían un diseño armónico y estructurado. Suaves y sin mantener un ancho uniforme, estaban hechos con algún tipo de madera roja en la que se habían pintado puntos de vivos colores por los lados.

Egwene captó todo aquello en cuestión de segundos al tiempo que su mente buscaba algún indicio que apuntara la procedencia de esa extraña fuerza. No encontró nada con lo que relacionarla hasta que percibió que encauzaban. El brillo del *Saidar* rodeó a centenares de mujeres —todas ellas a caballo— que lucían vestidos extraños confeccionados totalmente con una seda negra y tiesa. Los vestidos no iban ceñidos a la cintura, sino que se ajustaban bastante a los hombros para después caer sueltos y anchos. Largos y rectangulares colgantes de multitud de colores, semejantes a borlas,

pendían de cordones por la parte delantera, justo debajo del cuello. Todas las mujeres llevaban la cara tatuada.

—Soltad el Poder —ordenó Egwene mientras ella misma lo hacía—. ¡No dejéis que os detecten!

Se lanzó hacia un lado, seguida de Lelaine, que dejó de estar envuelta en el brillo dorado del *Saidar*.

Romanda hizo caso omiso de Egwene y masculló una maldición. Empezó a tejer un acceso para escapar.

Una docena de tejidos que creaban fuego salieron disparados de repente y se descargaron en la zona donde se encontraba Romanda. La mujer ni siquiera tuvo oportunidad de gritar. Egwene y las otras mujeres corrieron de forma precipitada a través del campamento mientras los tejidos del Poder Único destruían tiendas, consumían suministros y prendían fuego por doquier.

Egwene llegó a la tienda de mando justo cuando Gawyn salía a trompicones. Lo agarró y tiró de él hacia el suelo en el mismo momento en que una bola de fuego pasaba justo por encima de sus cabezas para después ir a estrellarse contra un montón de tiendas cercanas.

—¡Luz! —exclamó Gawyn—. ¿Quién nos ataca?

—Sharaníes. —Fue Lelaine la que respondió, jadeante; estaba agazapada junto a ellos.

—¿Estás segura? —susurró Egwene.

Lelaine asintió con la cabeza.

—Los informes de los cairhieninos antes de la Guerra de Aiel son numerosos, aunque no muy esclarecedores. No les permitieron ver mucho, pero lo que atisbaron se parecía mucho a ese ejército.

—¿Ejército? —dijo Gawyn, que se estiró hacia un lado y miró entre las tiendas hacia la fuerza que marchaba a través del acceso de una anchura tan fuera de lo normal—. ¡Maldición! —barbotó mientras se echaba hacia atrás—. ¡Son millares!

—Demasiados para hacerles frente —convino Egwene, que barajaba ideas con frenesí buscando una salida—. Es imposible, estando como estamos atrapados entre ellos y los trollocs. Hemos de replegarnos.

—Acabo de transmitir la orden a Bryne de que retire a las tropas —dijo Gawyn —. Pero…, Egwene, ¿qué vamos a hacer? ¡Tenemos a los trollocs delante y a ese ejército detrás! Luz. ¡Nos machacarán entre los dos!

Bryne reaccionaría con prontitud. Ya debía de haber enviado un mensajero a través de un acceso a los capitanes del frente.

«Oh no…» Egwene agarró a Gawyn y tiró de él para apartarlo de la tienda de mando justo cuando notó que alguien encauzaba dentro. Lelaine gritó y se zambulló hacia el otro lado.

Las mujeres sharaníes reaccionaron instantáneamente al sentir que alguien encauzaba. El suelo saltó en pedazos debajo de la tienda y la destruyó con una explosión sobrecogedora. Jirones de lona volaron por el aire entre piedras y pegotes de tierra.

Egwene cayó hacia atrás y Gawyn la arrastró hacia un carro volcado y con una rueda rota que había recibido el impacto del estallido; la carga, leña para la lumbre, se había desparramado. Gawyn empujó a Egwene hacia un hueco resguardado, justo debajo del borde del carro, al lado del montón de leña volcada. Se acurrucaron allí, aunque en la madera titilaban algunas llamas y el suelo que tenían delante estaba incendiado. El calor era agobiante, pero no insoportable.

Egwene se acurrucó en el suelo y parpadeó para aliviar los ojos, que le escocían por el humo; buscó alguna señal de Lelaine. O de… ¡Luz! Siuan y Bryne se encontraban dentro de esa tienda, junto con Yukiri y muchos oficiales de su personal de mando.

Gawyn y Egwene se resguardaron cuando empezaron a caer bolas de fuego sobre el campamento, desgarrando la tierra. Las sharaníes atacaban contra cualquier señal de movimiento; varias criadas que corrían cerca fueron inmoladas en un instante.

—Estate preparada para correr una vez que los impactos cesen —dijo Gawyn.

Los impactos disminuyeron; pero, conforme lo hacían, unos jinetes con armadura sharaní cargaron a través del campamento. Aullaban y ululaban mientras apuntaban con los arcos a cualquiera que veían; cayeron docenas de personas con flechas en la espalda. Después de eso, las tropas sharaníes avanzaron a través del campamento en formaciones cerradas. Egwene esperó en tensión sin dejar de pensar, buscando un modo de escabullirse de allí.

No se le ocurrió nada. Gawyn tiró de ella más hacia atrás, le frotó hollín en la cara y le hizo un gesto para que se mantuviera agachada, tras lo cual, echó su capa de Guardián por encima de los dos. Con el humo de la madera quemándose cerca, quizá no los verían.

El corazón empezó a latirle deprisa a Egwene. Gawyn le puso algo en la cara; era un pañuelo que había mojado con agua de su odre. Él se puso otro y respiró a través de la tela húmeda. Egwene sujetó el suyo, pero casi no respiraba. Esos soldados se encontraban demasiado cerca.

Uno de ellos se volvió hacia el carro y miró el montón de leña; pero, cuando echó un vistazo a través del humo en su dirección, no pareció que viera nada. Egwene contempló en silencio la capa de Guardián. Con sus colores cambiantes los hacía casi invisibles si tenían cuidado de no moverse.

«¿Por qué no tengo yo una de estas capas? —pensó, enfadada—. ¿Por qué han de ser sólo para los Guardianes?»

Los soldados estaban muy ocupados sacando de su escondrijo a los criados. A los

que echaban a correr, los mataban con flechas disparadas por arcos que tenían un alcance extraordinario. A los sirvientes que se movían más despacio los rodeaban y los obligaban a ponerse en el suelo.

Egwene anhelaba abrazar la Fuente, hacer algo. Descargar una tormenta de rayos y fuego sobre esos invasores. Todavía llevaba encima el *sa'angreal* de Vora. Podría… Rechazó de plano ese pensamiento. El enemigo los rodeaba, y la rápida reacción de las encauzadoras indicaba que iban a la caza de Aes Sedai. Si tejía aunque sólo fuera durante un instante, la matarían antes de que tuviera ocasión de escapar. Se acurrucó junto a Gawyn, debajo de su capa, y esperó que ninguna de las encauzadoras sharaníes pasara lo bastante cerca para detectar su habilidad. Podría usar un tejido que ocultaba esa capacidad, pero tendría que encauzar antes para usarlo. ¿Se atrevería a intentarlo?

Estuvieron escondidos una hora larga. Si la capa de nubes no hubiera sido tan densa que envolvía al mundo en un perpetuo crepúsculo, los habrían descubierto a buen seguro, con capa o sin ella. Estuvo a punto de gritar en cierto momento, cuando unos cuantos soldados sharaníes echaron baldes de agua en el montón de leña para sofocar el fuego y los empaparon a los dos.

No consiguió divisar tropas ni nada de su propio ejército, aunque se temía lo peor. Las encauzadoras sharaníes y una gran parte del ejército enemigo se movían con rapidez a través del campamento en dirección al frente de batalla. Con Bryne y la Amyrlin desaparecidos, y con la fuerza invasora llegando por detrás por sorpresa…

Egwene se sintió enferma. ¿Cuántos estaban muriendo y cuántos habían muerto ya? Gawyn la asió por el brazo al sentirla rebullir y después meneó la cabeza en un gesto de negación al tiempo que articulaba unas palabras en silencio. «Espera hasta la noche».

«¡Están muriendo!», respondió de igual modo.

«No puedes ayudarlos».

Era cierto. Dejó que él la abrazara; envuelta en su olor familiar se tranquilizó. Mas ¿cómo podía esperar sin hacer nada mientras soldados y Aes Sedai que dependían de ella eran exterminados brutalmente? ¡Luz, una gran parte de la Torre Blanca se encontraba allí fuera! Si su ejército caía y esas mujeres con él…

«Soy la Sede Amyrlin —se dijo con firmeza para sus adentros—. Seré fuerte. Sobreviviré. Mientras yo esté viva, la Torre Blanca resiste».

Pero dejó que Gawyn siguiera abrazándola.

Aviendha se arrastró por la roca como un lagarto de invierno buscando calor. Las yemas de los dedos, aunque encallecidas, empezaban a arderle por el intenso frío. En Shayol Ghul lo hacía, y soplaba un aire que olía como si saliera de una tumba.

Rhuarc gateó a su izquierda, y un Soldado de Piedra llamado Shaen, a su derecha.

Los dos llevaban la cinta roja de los *siswai'aman* ceñida a la frente. No sabía qué pensar respecto a que Rhuarc, un jefe de clan, se hubiera puesto esa cinta. Nunca la había mencionado, como si la cinta de la cabeza no existiera. Lo mismo ocurría con todos los *siswai'aman*. Amys se arrastró a la derecha de Shaen. Por una vez, nadie había hecho objeciones a que las Sabias se unieran a la avanzadilla de exploradores. En un lugar como aquél, en un momento como el presente, los ojos de alguien que encauzaba podrían ver cosas que unos ojos normales no captarían.

Aviendha avanzó un poco más sin hacer ruido a despecho de los collares que llevaba. En esas rocas no crecían plantas, ni siquiera líquenes ni moho. Para entonces, se habían internado bastante en las Tierras Malditas. Casi hasta donde una persona podía hacerlo.

Rhuarc llegó a la cresta primero y Aviendha vio que se ponía tenso. Ella llegó la siguiente y, manteniéndose pegada a la roca para no ser vista, se asomó por el borde. Se quedó sin respiración.

Había oído contar historias sobre ese sitio. De la inmensa fragua cercana a la base de la ladera y del arroyo negro que pasaba al lado. Esa agua se había envenenado hasta el punto de que mataría a cualquiera que la tocara. Las forjas que salpicaban el valle parecían heridas abiertas que enrojecían la niebla que las envolvía. Siendo una joven Doncella, había escuchado con los ojos muy abiertos lo que una anciana señora del techo contaba de las criaturas que trabajaban en las forjas de la Sombra, criaturas que no estaban muertas ni vivas. Silenciosas y horrendas, aquellas cosas bestiales se movían con pasos carentes de vida, como las agujas de un reloj.

Los forjadores no prestaban atención a las jaulas llenas de humanos cuya sangre se derramaría para templar las hojas recién forjadas. Para ellos, los cautivos eran igual que trozos de hierro. Aunque Aviendha se encontraba demasiado lejos para oír los sollozos de los humanos, los percibía. Apretó los dedos sobre las rocas.

Shayol Ghul dominaba el valle; las negras laderas se elevaban hacia el cielo como un cuchillo aserrado. Los declives estaban cuarteados con hendiduras, como la piel de un hombre al que hubieran azotado un centenar de veces y cada incisión dejada por los latigazos expulsara vapor. A lo mejor ese vapor creaba la bruma que flotaba suspendida sobre el valle. La neblina bullía y se agitaba, como si el valle fuera una copa que contuviera líquido.

—Qué sitio tan horrible —susurró Amys.

Aviendha nunca había oído un timbre tan atemorizado en la voz de la mujer. Eso la hizo estremecer casi tanto como el viento cortante que les sacudía la ropa. Golpes lejanos de los trabajadores de la herrería resonaban en el aire. Una columna de humo negro se elevaba de la forja más cercana y no se disipaba. Ascendía como un cordón umbilical hasta las nubes allá arriba, las cuales descargaban rayos con una frecuencia espantosa.

Sí, Aviendha había oído contar historias sobre aquel sitio. Esas historias no habían logrado transmitir toda la verdad. Era imposible describir un lugar así. Había que experimentarlo en persona.

Un roce sonó detrás y, en cuestión de segundos, Rodel Ituralde se arrastraba hacia arriba hasta situarse al lado de Rhuarc. Para ser un hombre de las tierras húmedas, se movía en silencio.

—¿Tan impaciente estabas que no pudiste esperar nuestro informe? —preguntó Rhuarc en voz muy baja.

—Ningún informe puede expresar lo que los ojos de un hombre pueden ver —contestó Ituralde—. No prometí que esperaría atrás. Os dije que siguierais adelante. Y lo hicisteis.

Alzó el visor de lentes procurando hacer sombra con la mano sobre el metal, aunque probablemente no era necesario con esas nubes tan densas.

Rhuarc frunció el entrecejo. Él y los otros Aiel que habían viajado al norte habían accedido a seguir al general de las tierras húmedas, pero no les hacía maldita la gracia. Pero tanto daba. No tenían que sentirse a gusto para hacer lo que debían hacer. La comodidad era la mayor asesina de los hombres.

«Ojalá sea suficiente —pensó Aviendha mientras volvía la vista hacia el valle—. Suficiente para mi pueblo. Suficiente para Rand y para la tarea que debe llevar a cabo».

Ver el fin de su pueblo le había revuelto el estómago y la había horrorizado, pero también le había abierto los ojos. Si el fin de los Aiel era el sacrificio requerido para que Rand se alzara con la victoria, ella lo haría. Gritaría y maldeciría el nombre del mismísimo Creador, pero pagaría ese precio. Cualquier guerrero lo haría. Mejor que un pueblo desapareciera que el mundo cayera en poder de la Sombra.

Quisiera la Luz que no se llegara a eso. Quisiera la Luz que sus decisiones sobre la Paz del Dragón sirvieran como amparo y cobijo para los Aiel. No dejaría que la posibilidad del fracaso la detuviera. Lucharían. Despertar del sueño era siempre una posibilidad cuando se danzaban las lanzas.

—Interesante —susurró Ituralde, todavía observando con el visor de lentes—. ¿Qué propones tú, Aiel?

—Que debemos crear una distracción —contestó Rhuarc—. Podemos bajar por la ladera, justo al este de la fragua, liberar a esos cautivos y hacer añicos ese sitio. Con ello conseguiremos que los Myrddraal dejen de recibir armas nuevas y mantendrá la atención del Oscuro en nosotros, en vez de tenerla en el *Car'a'carn*.

—¿Cuánto tardará el Dragón? —preguntó Ituralde—. ¿Qué creéis vosotros, Aiel? ¿Cuánto tiempo le damos para salvar el mundo?

—Él luchará —dijo Amys—. Entrará en la montaña, combatirá con el Cegador de la Vista. Tardará todo lo que sea menester en una lucha así. ¿Unas cuantas horas,

quizá? No he visto ningún duelo que durara mucho más, ni siquiera entre dos hombres muy diestros.

—Supongamos, pues, que va a durar más que un duelo normal —dijo Ituralde con una sonrisa.

—No soy estúpida, Rodel Ituralde —repuso fríamente Amys—. Dudo que la lucha del *Car'a'carn* sea un combate con lanzas y escudos. Sin embargo, cuando limpió la Fuente, ¿no se produjo en el espacio de un solo día? Quizá lo de hoy sea similar.

—Quizá —dijo Ituralde—. O quizá no. —Bajó el visor y miró a los Aiel—. ¿Para cuál de esas posibilidades preferís hacer planes?

—Para la peor —respondió Aviendha.

—Así que hacemos planes para todo el tiempo que el Dragón necesite, sea el que sea. Días, semanas, meses, años… Dure lo que dure.

Rhuarc asintió despacio con la cabeza antes de preguntar a Ituralde:

—¿Qué sugieres tú?

—El paso al valle es angosto —dijo Ituralde—. Los informes de los exploradores sitúan a la mayoría de los Engendros de la Sombra fuera de la Llaga, más allá de ese paso. Hasta ellos pasan el menor tiempo posible en este lugar dejado de la mano de la Luz. Si conseguimos cerrar el paso y apoderarnos de este valle, destruyendo a esos forjadores y a los pocos Fados que hay ahí abajo, podríamos defender este lugar durante siglos. Vosotros, Aiel, sois buenos en tácticas de ataque y retirada. Así me abrase, pero lo sé por propia experiencia. Vosotros atacáis la forja, y nosotros nos centramos en cerrar el paso.

—Es un buen plan —aprobó Rhuarc, que asintió con un gesto.

Los cuatro bajaron del risco hasta donde esperaba Rand —vestido de— rojo y oro —con los brazos a la espalda; lo acompañaba una escolta de veinte Doncellas y seis Asha'man, además de Nynaeve y Moraine. Rand parecía muy preocupado por algo —Aviendha percibía su ansiedad—— aunque debería haberse sentido complacido. Había convencido a los seanchan para que se sumaran a la lucha. ¿Qué era lo que lo había alterado así durante su encuentro con Egwene?

Rand se volvió y miró hacia arriba, al pico de Shayol Ghul. Mientras lo contemplaba con fijeza, sus emociones cambiaron. Parecía un hombre que estuviera mirando un manantial en la Tierra de los Tres Pliegues y saboreara la idea de llegar al agua fresca. Aviendha sentía su expectación e impaciencia. También percibía temor, por supuesto. Ningún guerrero había logrado jamás librarse por completo del miedo. Él lo controlaba, lo superaba con el anhelo de dar comienzo a la lucha, de ponerse a prueba.

Hombres o mujeres no podían conocerse de verdad a sí mismos hasta que las circunstancias los llevaban al límite absoluto. Hasta que danzaban las lanzas con la

muerte y sentían que brotaba la sangre y manchaba el suelo, y hundían el arma hasta el corazón palpitante de un adversario. Eso era lo que Rand al'Thor deseaba, y ella lo entendía muy bien. Era extraño darse cuenta, después de tanto tiempo, cuán parecidos eran los dos.

Se acercó a Rand y él se movió para ponerse a su lado, con el hombro rozando el de ella. No la rodeó con el brazo y Aviendha no le asió la mano. Ni él era dueño de ella, ni ella era dueña de él. El hecho de ponerse de forma que ambos miraban en la misma dirección significaba para ella mucho más de lo que podría haberlo hecho cualquier otro gesto.

—Sombra de mi corazón —susurró él mientras miraba a sus Asha'man que abrían un acceso—, ¿qué ves?

—Una tumba —contestó.

—¿La mía?

—No. La de tu adversario. El lugar donde fue enterrado una vez y el lugar en el que volverá a sumirse en el letargo.

Algo en las sensaciones que percibía en Rand se endureció. Ella lo identificó como su resolución.

—Tienes intención de matarlo —susurró—. ¿Al propio Cegador de la Vista?

—Sí.

Aviendha esperó.

—Otros me han dicho que soy un necio por pensar tal cosa —dijo Rand.

Sus escoltas cruzaron el acceso para regresar a Merrilor.

—Ningún guerrero debería entrar en combate sin plantearse llevar esa batalla hasta el final —contestó ella. Vaciló tras haberlo dicho; se le ocurrió algo más.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Rand.

—Bueno, la mayor victoria sería tomar a tu enemigo como *gai'shain*.

—Dudo que él accediera a eso —repuso Rand.

—No bromees —le dijo al tiempo que le propinaba un codazo en el costado, por lo que se ganó un gruñido—. Es algo que has de tener en cuenta, Rand al'Thor. ¿Cuál es el mejor camino del *ji'e'toh*? ¿Es igual confinar al Oscuro que tomarlo como *gai'shain*? Siendo así, ése sería el camino correcto.

—No estoy seguro de que me importe qué es «correcto» esta vez, Aviendha.

—Un guerrero debe tener en cuenta siempre el *ji'e'toh* —replicó ella con severidad—. ¿Es que no te he enseñado nada? No hables de ese modo o me avergonzarás de nuevo delante de las Sabias.

—Había esperado que, considerando cómo ha progresado nuestra relación, hubiéramos acabado con las regañinas, Aviendha.

—¿Creías que por tener una relación más íntima conmigo se acabarían las reconvenciones? —preguntó, desconcertada—. Rand al'Thor, he estado con esposas

de las tierras húmedas, y he visto que ellas…

Él meneó la cabeza y encabezó la marcha a través del acceso; Aviendha lo siguió. Rand parecía divertido, y eso era bueno. Parte de la ansiedad que tenía se había desvanecido. Pero, en verdad, lo que habían dicho no era un chiste. Los habitantes de las tierras húmedas no tenían un sentido del humor normal. A veces no tenían ni la menor idea de lo que era o no era gracioso.

Al otro lado del acceso, entraron en un campamento formado por muchos grupos. Rand tenía a su mando a las Doncellas y a los *siswai'aman*, así como a la mayoría de las Sabias.

Justo fuera del límite del campamento Aiel se encontraban las Aes Sedai. Rand tenía a sus órdenes a unas tres docenas de esas mujeres, todas las que le habían jurado lealtad personalmente, y la mayoría estaban vinculadas con encauzadores de Rand, lo que significaba otras dos docenas de Asha'man de diferentes rangos.

También contaba con Rodel Ituralde y su fuerza, compuesta principalmente por domani. Su rey, con la rala barba y el lunar de adorno en la mejilla, también cabalgaba con ellos, pero había delegado el mando del ejército en el gran capitán. El monarca hizo un gesto e Ituralde se acercó para informarle. Alsalam parecía sentirse incómodo estando Rand cerca, y no había ido a ninguna de las excursiones cuando iba el Dragón. Aviendha aprobaba tal arreglo, pues no tenía plena confianza en el tal Alsalam.

Fuera de las tiendas Aiel acampaba otro gran contingente militar: el ejército teariano, incluida la fuerza de elite conocida como los Defensores de la Ciudadela, dirigida por un hombre llamado Rodrivar Tihera. Su rey también estaba con ellos, y por lo general se lo consideraba la máxima autoridad —aparte de Rand— entre sus ejércitos agrupados.

Los tearianos serían una parte clave en los planes de Rodel Ituralde. Por mucho que irritara a Aviendha admitirlo, Ituralde tenía razón. Los Aiel no eran una fuerza defensiva y, aunque podrían conservar el valle en su poder, harían mejor servicio actuando en maniobras ofensivas.

Los tearianos serían perfectos para defender el terreno. Tenían compañías de piqueros bien entrenados y todo un batallón de ballesteros con unas ballestas equipadas con un nuevo tipo de cranequín y caja, una mejora que los herreros acababan de conocer. Se habían pasado la semana anterior convirtiendo el equipamiento al nuevo estilo.

Sólo había otro grupo en las tropas de Rand, y era el más desconcertante para Aviendha. Un gran número de Juramentados del Dragón. Acampaban juntos y enarbolaban una nueva bandera con la imagen del dragón encima del antiguo símbolo de los Aes Sedai. El grupo estaba formado por civiles, soldados, guerreros, lores, damas y algunas Aes Sedai y sus Guardianes. Procedían de todas las naciones,

incluida la Aiel, y sólo compartían un vínculo común: haber dejado a un lado lealtades y haber roto ataduras y vínculos para combatir en la Última Batalla. Aviendha había oído rumores molestos respecto a que muchos de los Aiel que había entre ellos eran *gai'shain* que habían dejado a un lado el blanco, afirmando que volverían a llevarlo cuando hubieran ganado el Tarmon Gai'don.

Se decía que la llegada de Rand rompería todos los vínculos de los hombres. Se rompían juramentos cuando se acercaba él, y cualquier lealtad o alianza se convertía en algo secundario que se relegaba ante la necesidad de servirlo en este último combate por la humanidad. Una parte de ella quería calificar de necios a esos habitantes de las tierras húmedas, pero quizá sería precipitado por su parte utilizar tal calificativo. Una Sabia tenía que ver las cosas con mejores ojos.

Ahora que estaban al otro lado del acceso, Aviendha se permitió por fin soltar el *Saidar*. El mundo perdió color a su alrededor, la sensación de vida y prodigio se evaporó. Cada vez que soltaba el Poder Único se sentía un poco vacía al dejar atrás el gozo y la emoción.

Ituralde y Rhuarc fueron a reunirse con el rey Darlin para hablar de sus planes de batalla. Aviendha se reunió con Rand, que se dirigía a su tienda.

—La daga funciona —dijo él; bajó la mano y tocó la funda negra que protegía una daga deslustrada—. Artham. Oí hablar de estos objetos antaño, en la Era de Leyendas, pero nadie creó uno. Me pregunto quién se las arreglaría para conseguirlo por fin…

—¿Estás seguro de que funciona? —preguntó Aviendha—. Él podría haber estado vigilándote, pero sin revelar su presencia.

Rand sonrió antes de responder.

—Elayne parecía pesarosa cuando me la dio. Creo que una parte de ella deseaba conservarla porque así habría podido maldecir por el nombre del Oscuro sin atraer su atención.

—¿Acaso es éste un momento para frivolidades? —Aviendha lo miró— ceñuda.

—Si alguna vez ha hecho falta reírse, es justo ahora —repuso Rand, aunque la risa parecía haberlo abandonado. Esa ansiedad suya había reaparecido al llegar a la tienda.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó.

—Ellos tienen los sellos —reveló Rand.

—¿Qué?

—Sólo lo sabe Egwene, pero es verdad. Los robaron, quizá de mi escondrijo, quizá después de que se los entregué a Egwene.

—Entonces están rotos.

—No. Yo lo notaría. Creo que deben de estar esperando. Tal vez sepan que al romperlos me despejarían el camino para forjar de nuevo su prisión. Los romperán

justo en el peor momento para nosotros, dejarán que el Oscuro toque el mundo, y quizá le den la fuerza necesaria para superarme mientras me enfrento a él…

—Hallaremos un modo de impedirlo —dijo Aviendha con firmeza.

Él la miró y le sonrió.

—Siempre la guerrera…

—Por supuesto. —¿Qué otra cosa iba a ser ella?

—Tengo otra preocupación. Los Renegados intentarán atacarme cuando entre a luchar con él. El Oscuro no puede verme, no sabe dónde estoy, y por ello envía a sus tropas a los distintos frentes de batalla. La Sombra presiona muchísimo a Lan, intenta destruirlo… Presiona a Elayne en Cairhien casi con tanto empeño con a él. Sólo Egwene parece estar teniendo cierto éxito.

»Me busca en cada uno de esos frentes, envía a sus monstruos en cantidades ingentes. Cuando ataquemos Shayol Ghul, hemos de ser capaces de defender el valle contra sus ejércitos. Sin embargo, los Renegados vendrán a través de accesos. Defender el paso del valle no los detendrá. Ni a ellos ni a los Señores del Espanto, hombres o mujeres. Mi batalla con el Oscuro los atraerá como ocurrió con la limpieza de la Fuente, sólo que de un modo mucho más apremiante. Vendrán con fuego y rayos, y matarán.

—Nosotros también.

—Con ello cuento —dijo Rand—. Pero no puedo permitirme el lujo de llevarte conmigo al interior de la caverna, Aviendha.

Ella experimentó una sensación de vacío, de vértigo, aunque lo atacó, lo atravesó y lo dejó morir.

—Lo suponía. Pero no se te ocurra mandarme a un lugar seguro, Rand al’Thor. No se te…

—No osaría hacerlo —la atajó él—. Temería por mi vida si lo intentara siquiera… Además, en estos momentos no hay ningún lugar que sea seguro. No puedo llevarte conmigo a la caverna porque vas a hacer falta en el valle, atenta a la llegada de los Renegados y los sellos. Te necesito, Aviendha. Os necesitaré a las tres para vigilar, para ser mis manos, mi corazón, durante esta batalla. Voy a mandar a Min con Egwene. Sé que allí va a pasar algo, estoy seguro. Elayne luchará en el sur, y tú… A ti te necesito en el valle de Thakan’dar, protegiéndome las espaldas.

»Dejaré órdenes a los Asha’man y a las Aes Sedai, Aviendha. Ituralde dirigirá nuestras tropas, pero tú liderarás a nuestros encauzadores en Shayol Ghul. Debes impedir que el enemigo entre en la caverna detrás de mí. Tú eres mi lanza en esta batalla. Si llegan hasta mí mientras me hallo ahí dentro, estaré inerme. Lo que tengo que hacer requerirá todo cuanto hay en mí… Toda la concentración, cada brizna de poder que tengo. Seré como un niñito abandonado en tierras agrestes, indefenso contra las bestias salvajes.

—¿Y qué diferencia hay entre eso y como eres por lo general, Rand al’Thor?

Él rió otra vez. Era una grata sensación que los dos fueran capaces de ver y sentir esa risa.

—Creí oírte decir que no era un momento para frivolidades —comentó Rand.

—Alguien tiene que seguir dándote clases de humildad —contestó Aviendha—. No debes pensar que eres muy importante sólo porque vayas a salvar el mundo.

Él se echó a reír otra vez y la condujo hacia la tienda donde se encontraba Min. Nynaeve y Moraine también esperaban allí, una con gesto de enfado en el semblante, y la otra con aire sereno. Nynaeve tenía un aspecto muy extraño con el cabello demasiado corto para tejer una trenza. Ese día se había peinado con el cabello echado hacia arriba y sujeto detrás. Moraine estaba sentada en una piedra grande, callada, con *Callandor* —la Espada que no Es una Espada— en su regazo y una mano posada en la empuñadura con gesto protector.

—Deberíais haberme llevado contigo, Rand —dijo Nynaeve, cruzada de brazos.

—Tenías trabajo que hacer —respondió él—. ¿Has intentado lo que te he dicho?

—Repetidas veces —contestó Nynaeve—. No hay forma de evitar el defecto, Rand. No puedes utilizar *Callandor*, sería demasiado peligroso.

Rand se acercó a Moraine, alargó la mano y la mujer levantó *Callandor* para que él la asiera. Rand la alzó ante sí y miró a través de la cristalina sustancia. El arma empezó a emitir un suave brillo.

—Min, tengo un encargo para ti —susurró—. Egwene va bien en su frente de batalla y me da la sensación de que en ese frente va a estar la clave. Quiero que vayas y las tengas vigiladas a ella y a la emperatriz seanchan, a quien he pedido que vaya a unirse a ese campo de batalla cuando sus fuerzas estén listas.

—¿Vas a hacer que los seanchan se unan a Egwene en el frente? —preguntó Moraine, horrorizada—. ¿Es una decisión sensata?

—A estas alturas ya no soy capaz de diferenciar la sensatez de la imprudencia —dijo Rand—. Pero estaré más tranquilo si hay alguien vigilando a esas dos facciones. Min, ¿querrás hacerlo?

—Había esperado que… —Min apartó la vista.

«Esperaba que la llevara a la caverna», pensó Aviendha. Pero él no podía hacer tal cosa, desde luego.

—Lo siento, Min, pero te necesito —dijo Rand.

—Lo haré.

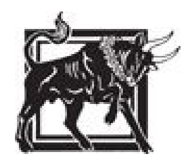
—Rand, ¿vas a llevar *Callandor* para atacarlo? —inquirió Nynaeve—. El defecto del arma… Mientras estás encauzando en esa… cosa, cualquiera puede tomarte bajo su control. Pueden utilizarte y pueden absorber Poder Único a través de *Callandor* hacia ti hasta que te consuma, dejándote desvalido mientras que ellos dispondrían de una fuerza capaz de demoler montañas, arrasar ciudades.

—Me la llevaré.

—¡Pero es una trampa! —gritó Nynaeve.

—Sí. —La voz de Rand denotaba cansancio—. Una trampa en la que he de entrar y dejar que se cierre sobre mí. —De repente rió con ganas, echando la cabeza hacia atrás—. ¡Como siempre! ¿Por qué habría de sorprenderme? Haz correr la voz, Nynaeve. Díselo a Ituralde, a Rhuarc, al rey Darlin. ¡Mañana invadimos Shayol Ghul y lo reclamamos como nuestro! ¡Si hemos de meter la cabeza en la boca del león, asegurémonos de que se ahoga con nuestra carne!

21



Un error que no debe pasarse por alto

Siuan movió el hombro en círculos e hizo una mueca de dolor al sentir un fortísimo pinchazo.

—Yukiri —gruñó—, todavía tienes que pulir ese tejido tuyo.

La menuda Gris masculló una maldición y se incorporó. Había estado agachada junto a un soldado que había perdido la mano. No había usado la Curación con él, sino que lo había dejado para sanadoras más convencionales que usaban vendajes. Gastar energía para Curar a ese hombre sería un despilfarro, ya que no podría volver a luchar nunca. Tenían que reservar la fuerza para soldados que pudieran reincorporarse a la batalla.

Era un razonamiento brutal. En fin, vivían tiempos brutales. Siuan y Yukiri se dirigieron al siguiente soldado en la hilera de heridos. El hombre que había perdido la mano sobreviviría sin la Curación. Probablemente. Tenían a las Amarillas en Mayene, pero su energía se había consumido en Curar a las Aes Sedai que habían sobrevivido a la huida y a soldados que aún estaban en condiciones de luchar.

Por todo el improvisado campamento, instalado en suelo arafelino al este del vado del río, los soldados lloraban y gemían. Tantos heridos, y Siuan y Yukiri se encontraban entre las pocas Aes Sedai que aún tenían algo de fuerza para Curar. Casi todas las demás se habían esforzado hasta el límite del agotamiento para abrir accesos por los que evacuar al ejército atrapado entre dos fuerzas atacantes.

Los sharaníes atacaban con agresividad, pero asegurarse el control del campamento de la Torre Blanca los había tenido ocupados durante un rato, y eso les había dado tiempo a ellas para facilitar la huida de su ejército. Al menos, parte de él.

Yukiri realizó el Ahondamiento al siguiente hombre y después asintió con la cabeza. Siuan se arrodilló y empezó un tejido de Curación. Nunca había sido muy buena en eso, e incluso con un *angreal* le costaba un esfuerzo ímprobo. Logró sacar al soldado del borde de la muerte al Curarle el costado. El hombre soltó un jadeo, pues gran parte de la energía para la Curación provenía de su propio cuerpo.

Siuan se tambaleó y acabó por caer de rodillas, exhausta. ¡Luz, tenía tan poca estabilidad como una noble en su primer día a bordo de un barco!

Yukiri la miró y alargó la mano para pedirle el *angreal*, una pequeña flor de piedra.

—Ve a descansar, Siuan —dijo.

Siuan apretó los dientes, pero le entregó el *angreal*. El Poder Único la abandonó y ella soltó un profundo suspiro, aliviada y entristecida a partes iguales por la pérdida de la belleza del *Saidar*.

Yukiri se acercó al siguiente soldado. Siuan se tumbó donde estaba; su cuerpo protestó por las numerosas contusiones y dolores. Los sucesos de la batalla eran un vago recuerdo para ella. Se acordaba del joven Gawyn Trakand irrumpiendo en la tienda de mando y gritando que Egwene quería que el ejército iniciara la retirada.

Bryne había actuado con rapidez, y había arrojado una orden escrita a través del acceso del suelo. Era su nuevo método de transmitir órdenes: el astil de una flecha —con una nota y una cinta larga atadas a él— que caía desde un acceso en lo alto. Esos astiles no tenían punta, sino una pequeña piedra para darles peso.

Antes de que apareciera Gawyn, Bryne se había mostrado muy inquieto. No le gustaba cómo se estaba desarrollando la batalla. La forma en que los trollocs se movían lo había puesto sobre aviso de que la Sombra planeaba algo. Siuan no dudaba de que él ya tenía preparada la orden de retirada cuando había llegado la de Egwene.

Entonces se produjeron explosiones en el campamento. Y Yukiri empezó a gritarles que saltaran por el agujero del suelo. ¡Luz, ella había imaginado que la mujer se había vuelto loca! Lo bastante, al parecer, para salvarles la vida a todos los que se hallaban en la tienda.

«Así me abrase si voy a quedarme tendida aquí como un pez de la captura del día anterior tirado en la cubierta», pensó mientras contemplaba el cielo. Se obligó a incorporarse y echó a andar a través del nuevo campamento.

Yukiri afirmaba que su tejido no era tan inaudito y poco de fiar como decía ella, pero Siuan nunca había oído hablar de él a nadie. Un enorme colchón de Aire pensado para resguardar a alguien que hubiera caído desde una gran altura. Realizarlo había atraído la atención de las encauzadoras sharaníes —¡sharaníes, nada menos!—, pero ellos habían huido. Bryne, Yukiri, ella y unos pocos ayudantes. Así se abrasara, pero habían escapado, aunque recordar la caída todavía la hacía encogerse. ¡Y Yukiri no dejaba de repetir que creía que el tejido podía ser el secreto que conduciría a descubrir cómo volar! Estúpida mujer. Había una buena razón para que el Creador no hubiera dado alas a las personas.

Encontró a Bryne a un extremo del nuevo campamento, sentado en un tocón, exhausto. Tenía dos mapas de batalla extendidos en el suelo, delante de él.

«Estúpido hombre —pensó—. Arriesgar la vida por un par de trozos de papel».

—… según los informes —decía el general Haerm, el nuevo comandante de los Compañeros Illianos—. Lo siento, milord. Los exploradores no se atreven a acercarse demasiado al antiguo campamento.

—¿Alguna señal de la Amyrlin? —preguntó Siuan.

Tanto Bryne como Haerm negaron con la cabeza.

—Seguid buscando, joven —le dijo a Haerm al tiempo que movía el índice. Él enarcó una ceja al oír que lo llamaba «joven». Maldito rostro, por ser tan juvenil—. Lo digo en serio. La Amyrlin está viva. Encontradla, ¿me habéis oído?

—Eh… Sí, Aes Sedai.

El hombre mostró cierto respeto, pero no el suficiente. Esos illianos no sabían cómo tratar a una Aes Sedai.

Bryne despidió al oficial con un ademán y, por una vez, parecía que no había nadie esperando para hablar con él. Seguramente era que todo el mundo estaba demasiado exhausto. Su «campamento» parecía más el de un cúmulo de refugiados de un terrible incendio que el de un ejército. La mayoría de los hombres se habían envuelto en sus capas y se habían dormido. Los soldados eran mejores que los marineros para dormirse cuando y dondequiera pudieran hacerlo.

Los comprendía perfectamente; ella ya estaba agotada antes de que los sharaníes aparecieran. Y ahora se sentía muerta de cansancio. Tomó asiento en el suelo, junto a Bryne.

—¿Aún te duele el brazo? —le preguntó él, que empezó a frotarle el hombro.

—Ya notas que sí —rezongó.

—Sólo quería ser agradable, Siuan.

—No creas que se me ha olvidado que tengo amoratado el brazo por culpa tuya.

—¿Mía? —dijo Bryne, que parecía divertido.

—Me empujaste a través del agujero.

—Porque no parecías dispuesta a moverte.

—Estaba a punto de saltar. A punto casi.

—Seguro, no me cabe duda.

—Es culpa tuya —insistió Siuan—. Tropecé. Y no pretendía tropezar. Y el tejido de Yukiri… Qué cosa tan horrible.

—Funcionó —le recordó Bryne—. Dudo que haya mucha gente que pueda contar que se ha precipitado desde una altura de trescientos pasos y ha sobrevivido a la caída.

—Esa mujer estaba demasiado ansiosa —rezongó Siuan—. Probablemente anhelaba hacernos saltar, ya sabes. Toda esa cháchara sobre Viajar y tejidos de movimiento… —Dejó la frase sin acabar, en parte por el enfado que sentía consigo misma. El día ya había ido bastante mal para que encima ella acaparara a Bryne con su monserga, dándole la murga—. ¿Cuántos hemos perdido? —No es que fuera un tema mucho mejor, pero necesitaba saberlo—. ¿Tenemos ya información sobre eso?

—Casi uno de cada dos soldados —respondió en voz baja Bryne.

Peor de lo que Siuan había esperado.

—¿Y las Aes Sedai? —preguntó.

—Nos quedan alrededor de doscientas cincuenta. Aunque hay un número de ellas afectadas con la conmoción ocasionada por la pérdida de sus Guardianes.

Con eso, lo ocurrido alcanzaba la categoría de desastre. ¿Ciento veinte Aes Sedai muertas en cuestión de horas? La Torre Blanca necesitaría muchísimo tiempo para recuperarse de esa pérdida.

—Lo siento, Siuan —dijo Bryne.

—Bah, la mayoría me trataba como desperdicios de peces, de todos modos. No me soportaban como Amyrlin, se rieron cuando fui derrocada, e hicieron de mí una criada cuando regresé.

Bryne asintió con la cabeza, sin dejar de frotarle el hombro. Él percibía su tristeza, a despecho de sus palabras. Había buenas mujeres entre las víctimas. Muchas buenas hermanas.

—Ella está ahí fuera —insistió Siuan, pertinaz—. Egwene nos sorprenderá, Bryne. Ya lo verás.

—Si lo veo dejará de ser una sorpresa, ¿no?

—Qué tonto —rezongó ella.

—Tienes razón. En ambas cosas. —Bryne hablaba con solemnidad—. Creo que Egwene nos sorprenderá. Y también soy tonto.

—Bryne…

—Lo soy, Siuan. ¿Cómo no me di cuenta de que estaban entreteniéndonos? Querían mantenernos ocupados hasta que la nueva fuerza se reuniera. Los trollocs retrocedieron hasta esas colinas. Un movimiento defensivo. Los trollocs no usan tácticas de defensa. Di por sentado que intentaban tendernos una emboscada, nada más, y que tal era la razón de que estuvieran recogiendo cadáveres y preparándose para esperar. Si los hubiera atacado antes, esto podría haberse evitado. Fui demasiado precavido.

—Un hombre que piensa todo el día que no ha salido a pescar por el tiempo tormentoso, acaba perdiendo tiempo cuando el cielo se despeja.

—Un sabio proverbio, Siuan. Pero entre los generales hay otro, escrito por Fogh el Incansable: «Si no aprendes de tus derrotas, acabarás sometido a ellas». No entiendo cómo he dejado que esto ocurra. ¡Me entrenaron y me preparé para no caer en algo así! No es un simple error que pueda pasar por alto, Siuan. El propio Entramado está en juego.

Se frotó la frente. A la tenue luz del ocaso Bryne parecía un hombre mayor, con el rostro arrugado, las manos débiles. Con un suspiro, se encorvó.

Siuan se encontró sin saber qué decir.

Los dos se quedaron sentados, en silencio.

Lyrelle esperaba fuera de las puertas de la llamada Torre Negra. Hubo de recurrir

a todo el entrenamiento adquirido para no delatar la frustración que sentía.

Toda aquella expedición había sido un desastre desde el principio. Para empezar, la Torre Negra les había negado la entrada hasta que las Rojas hubieran acabado lo que habían ido a hacer allí, y a eso le había seguido el problema con los accesos. Y a eso, tres burbujas malignas, dos intentos de Amigos Siniestros para asesinarlas a todas, y la advertencia de la Amyrlin respecto a que la Torre Negra se había unido a la Sombra en la lucha.

Lyrelle había enviado a casi todas sus mujeres a combatir junto a Lan Mandragoran en cumplimiento de la insistente orden de la Amyrlin. Ella se había quedado con unas pocas hermanas para vigilar la Torre Negra. Y ahora… Ahora, esto. ¿Qué pensar de ello?

—Os aseguro —dijo el joven Asha’man— que el peligro ha pasado. Expulsamos al M’Hael y a los otros que se habían aliado con la Sombra. Todos los demás caminamos bajo la Luz.

Lyrelle se volvió hacia sus compañeras. Una representante de cada Ajah, junto con el apoyo —que pidió desesperadamente por la mañana, cuando los Asha’man hicieron su primer contacto con ella— en forma de otras treinta hermanas. Ellas aceptaron el liderazgo de Lyrelle allí, aunque a regañadientes.

—Tenemos que hablarlo entre nosotras —dijo, tras lo cual despidió al joven Asha’man con un gesto de la cabeza.

—¿Qué hacemos? —preguntó Myrelle. La Verde había estado con ella desde el principio, una de las pocas que Lyrelle no había mandado lejos, en parte porque quería tener cerca a los Guardianes de la mujer—. Si algunos de sus miembros combaten por la Sombra…

—Los accesos se pueden abrir otra vez —razonó Seaine—. Algo ha cambiado en este sitio en los días transcurridos desde que percibimos que se encauzaba dentro.

—No me fío —dijo Myrelle.

—Hemos de saber con certeza qué pasa —contestó Seaine—. No podemos abandonar la Torre Negra sin vigilancia en plena Última Batalla. Tenemos que ocuparnos de estos hombres, sea de un modo u otro.

Los hombres de la Torre Negra afirmaban que sólo unos pocos de ellos se habían unido a la Sombra, y que el encauzamiento había sido el resultado de un ataque del Ajah Negro.

La irritó oírles utilizar esas palabras: el Ajah Negro. Durante siglos, la Torre Blanca había negado la existencia de Amigas Siniestras en sus filas. Por desgracia, la verdad había salido a la luz. Lo cual no significaba que Lyrelle quisiera oír a unos hombres haciendo uso de ese apelativo con tanta despreocupación. Sobre todo si eran individuos como ésos.

—Si hubieran querido atacarnos, lo habrían hecho cuando no podíamos escapar

por accesos —conjeturó Lyrelle—. De momento, supondré que han depurado los… problemas entre sus filas. Como tuvo que hacer la propia Torre Blanca.

—Entonces, ¿entramos? —preguntó Myrelle.

—Sí. Vinculamos a los hombres que se nos prometieron, y les sacaremos la verdad si las cosas están poco claras.

A Lyrelle le preocupaba que el Dragón Renacido hubiera rehusado que tomaran a los Asha'man del rango más alto, pero ella había ideado un plan cuando había llegado allí por primera vez. Todavía podía funcionar. Primero pediría una demostración de encauzamiento entre los hombres, y vincularía al que notara que era más fuerte. Entonces haría que ese hombre le dijera quiénes, entre los que estaban entrenándose, eran los que tenían más talento, para que sus hermanas pudieran vincularlos.

A partir de ahí… En fin, esperaba que haciéndolo así contendrían a la mayoría de esos hombres. Luz, qué desastre. ¡Hombres con habilidad para encauzar caminando por ahí con todo descaro! No daba crédito a esa fábula de que la infección se había limpiado. Por supuesto, esos… hombres afirmarían tal cosa.

—A veces me gustaría retroceder en el tiempo y darme de bofetadas por aceptar este encargo —masculló Lyrelle.

Myrelle rió. Jamás se tomaba las cosas con la seriedad que debería. Lyrelle se sentía irritada por haberse perdido las oportunidades que sin duda se habían presentado en la Torre Blanca durante su larga ausencia. Reunificación, batalla contra los seanchan… Ésos eran los momentos en que una mujer podía demostrar su capacidad de liderazgo y ganar renombre por ser fuerte.

Las oportunidades surgían en tiempos de inestabilidad y agitación. Unas oportunidades ahora perdidas para ella. Luz, cómo detestaba esa idea.

—¡Entraremos! —gritó a los muros que enmarcaban la puerta que tenía ante sí. Luego, en voz más baja, les dijo a sus mujeres—: Abrazad el Poder Único y tened cuidado. No sabemos qué puede ocurrir ahí.

Llegado el caso, sus mujeres podrían igualar a un número superior de Asha'man poco entrenados. Cosa que no tendría por qué pasar, desde luego. Lo más probable era que los hombres estuvieran locos. Así que, quizá, dar por sentado que razonarían con lógica sería imprudente.

Las grandes puertas se abrieron para que su grupo pasara. El hecho de que los hombres de la Torre Negra hubieran elegido acabar las murallas alrededor del recinto antes de construir la torre decía mucho de ellos.

Dio con las rodillas en los flancos de su caballo para que avanzara, y Myrelle y los demás la siguieron con un ruido de cascos. Lyrelle abrazó la Fuente y utilizó el nuevo tejido que le descubriría si había un hombre encauzando cerca. Sin embargo, no era el joven con el que había hablado hacía poco quien las recibió en las puertas.

—¿Qué es esto? —preguntó Lyrelle cuando Pevara Tazanovni se acercó a ella.

Conocía a la Asentada Roja, aunque no muy bien.

—Me han pedido que os acompañe —respondió Pevara con voz alegre—. Logain creyó que un rostro familiar conseguiría que os sintieseis más cómodas.

Lyrelle refrenó un gesto de sorna. Las Aes Sedai no tenían que mostrarse animadas. Las Aes Sedai debían mostrarse tranquilas, imperturbables y —llegado el caso— severas. Un hombre debería mirar a una Aes Sedai y preguntarse de inmediato qué habría hecho mal y cómo podría arreglarlo.

Pevara se puso a su lado y cabalgaron hacia el interior del recinto de la Torre Negra.

—Logain, que es quien está al frente ahora, os manda saludos —continuó Pevara —. Resultó gravemente herido en los ataques y todavía no se ha recuperado del todo.

—¿Se pondrá bien?

—Oh, desde luego. Debería estar levantado y en forma dentro de un día o dos. Lo necesitarán para liderar a los Asha'man cuando se unan a la Última Batalla, supongo.

«Lástima», pensó Lyrelle. Habría sido más fácil controlar a la Torre Negra sin un falso Dragón al frente de los hombres. Mejor habría sido que hubiera muerto.

—Estoy segura de que su ayuda será útil —dijo Lyrelle—. Sin embargo, su liderazgo… En fin, ya veremos. Dime, Pevara, me han contado que vincular a un hombre que encauza es distinto de vincular a un hombre normal. ¿Has pasado por ese proceso?

—Sí —contestó Pevara.

—Entonces, ¿es cierto que a los hombres corrientes se los puede obligar a obedecer, pero a esos Asha'man no?

Pevara sonrió con aire nostálgico.

—Ah, ¿qué se sentiría si fuera así? —comentó luego—. No, el vínculo no puede obligar a los Asha'man. Tendréis que utilizar otros medios más ingeniosos.

La cosa no pintaba bien.

—¿Y hasta qué punto son obedientes? —preguntó Aledrin desde el otro lado.

—Depende del hombre, supongo.

—Si no se los puede obligar, ¿obedecerán a su Aes Sedai en batalla? —inquirió Lyrelle.

—Probablemente —fue la respuesta de Pevara, aunque sonaba algo ambigua por el modo en que lo dijo—. He de deciros algo a todas. La misión a la que fui enviada, la misma que vosotras perseguís, es una empresa descabellada. Una pérdida de tiempo.

—No me digas —repuso Lyrelle sin alterarse. No iba a fiarse de una Roja después de lo que le habían hecho a Siuan—. ¿Y cómo es eso?

—Hubo un tiempo en que era como tú —contestó Pevara—. Dispuesta a vincular a todos los Asha'man en un intento de controlarlos. Mas ¿cabalgarías hasta una

ciudad y seleccionarías a cincuenta hombres de allí, a capricho, y los vincularías como Guardianes? Vincular Asha'man por el mero hecho de hacerlo es estúpido. Así no se los controlará. Creo que algunos Asha'man serían unos Guardianes excelentes, pero, como muchos hombres, otros no lo serán. Sugiero que abandonéis vuestro plan de vincular a cuarenta y siete exactamente y que toméis a aquellos que estén más dispuestos a ello. Tendréis mejores Guardianes.

—Interesante consejo —dijo Lyrelle—. Pero, como has mencionado, los Asha'man harán falta en el frente de batalla. No hay tiempo. Queremos los cuarenta y siete más fuertes.

Pevara suspiró, pero no añadió nada más mientras pasaban junto a varios hombres de chaqueta negra con dos alfileres prendidos en el cuello alto. A Lyrelle se le puso carne de gallina, una sensación como si unos insectos se le metieran debajo de la piel. Hombres que encauzaban.

Lyrelle conocía la opinión de Lelaine respecto a que la Torre Negra era vital para los planes de la Torre Blanca. Pues ella no le pertenecía a Lelaine. Era su propia dueña, y además Asentada por méritos propios. Si conseguía hallar el modo de poner a la Torre Negra bajo su autoridad directa, tal vez entonces podría, por fin, escapar del dominio de Lelaine.

Aunque sólo fuera por eso, habría merecido la pena vincular Asha'man. Luz, cómo iba a disfrutarlo. De algún modo, tenían que conseguir controlar a todos esos hombres. A estas alturas, el Dragón sería inestable al estar volviéndose loco, contaminado por la infección que el Oscuro había dejado en el *Saidin*. ¿Sería posible manipularlo a él para que dejara que se vinculara al resto de los hombres?

«Sin tener control a través del vínculo… sería muy peligroso». Se imaginó entrando en batalla con dos o tres docenas de Asha'man vinculados y obligados a hacer su voluntad. ¿Cómo podría conseguirlo?

Llegaron a la línea de hombres con chaqueta negra que esperaban a las afueras del pueblo. Lyrelle y los otros se acercaron a ellos, y Lyrelle hizo un rápido recuento. Cuarenta y siete hombres, incluido uno que estaba delante de los demás. ¿Qué se traían entre manos?

El que estaba al frente avanzó un poco. Era un hombre robusto, de mediana edad, y por su aspecto daba la impresión de haber pasado una dura experiencia hacía poco. Tenía bolsas debajo de los ojos y el semblante demacrado. Sin embargo, caminaba con firmeza y le sostuvo la mirada con impasibilidad. Le hizo una reverencia.

—Bienvenida, Aes Sedai —dijo.

—¿Y tú eres…?

—Androl Genhald —contestó—. Me han hecho portavoz de vuestros cuarenta y siete hasta que hayan sido vinculados.

—¿Nuestros? Veo que ya habéis olvidado las condiciones estipuladas. Nos tienen

que entregar a todos los soldados o Dedicados que queramos, y no pueden negarse.

—Sí, en efecto. Eso es así. Por desgracia, todos los hombres en la Torre Negra, aparte de éstos, o ya han ascendido al rango de Asha'man o los han llamado por asuntos urgentes. Los otros, por supuesto, acatarían las órdenes del Dragón si se encontraran aquí. Nos aseguramos de que quedaran cuarenta y siete para vos. De hecho, son cuarenta y seis. A mí ya me ha vinculado Pevara Sedai, ¿comprendéis?

—Esperaremos hasta que los demás regresen —dijo fríamente Lyrelle.

—Lamentablemente, no creo que regresen dentro de poco. Si vuestra intención es sumaros a la Última Batalla, tendréis que hacer vuestra selección enseguida.

Lyrelle estrechó los ojos para mirar al hombre y luego volvió la vista hacia Pevara, que se encogió de hombros.

—Esto es un ardid —le dijo a Androl—. Y, además, pueril.

—A mí me pareció astuto —replicó Androl con un timbre frío—. Digno de una Aes Sedai, podría decirse. Se os prometió que cualquier miembro de la Torre Negra, a excepción de quienes tienen el rango de Asha'man, accederían a vuestra petición. Y lo harán. Cualquiera de aquellos a quienes podáis hacer tal petición.

—Y sin duda habréis elegido a los más débiles entre todos vosotros.

—A decir verdad, elegimos a quienes se ofrecieron voluntarios. Son buenos hombres, del primero al último. Son los que querían ser Guardianes.

—El Dragón Renacido tendrá noticia de esto.

—Por lo que sé —dijo Androl—, va a emprender camino a Shayol Ghul en cualquier momento. ¿Pensáis ir hasta allí sólo para exponerle vuestra protesta?

Lyrelle apretó los labios con fuerza.

—Y otra cosa, Aes Sedai —agregó Androl—. El Dragón Renacido nos ha enviado un mensaje hoy mismo. Nos insta a aprender una última lección: no debemos considerarnos armas, sino hombres. Bien, pues, los hombres tienen derecho a elegir su destino, mientras que las armas no. Aquí tenéis a vuestros hombres, Aes Sedai. Respetadlos.

Androl hizo otra reverencia y se alejó. Pevara vaciló un instante antes de dar la vuelta a su caballo para ir tras él. Lyrelle vio algo en el rostro de la mujer cuando miraba al hombre.

«De modo que se trata de eso —pensó—. No es mucho mejor que una Verde. Habría esperado otro tipo de conducta en alguien de su edad».

Lyrelle estuvo tentada de rechazar esa manipulación, de ir a la Amyrlin y protestar por lo que había ocurrido. Pero las noticias procedentes del frente de batalla de la Amyrlin eran confusas. Algo sobre la aparición inesperada de un ejército. Y no se daban detalles.

Desde luego, a la Amyrlin no le haría gracia oír protestas en aquel momento. Y por supuesto, admitió para sus adentros Lyrelle, ella estaba deseando acabar el asunto

con la Torre Negra.

—Que cada una tome dos —les dijo a sus compañeras—. Unas pocas tomaremos sólo uno. Faolain y Theodrin, estáis en ese grupo reducido. Daos prisa, todas vosotras. Quiero irme de aquí lo antes posible.

Pevara alcanzó a Androl cuando el hombre entraba en una de las cabañas.

—Luz, había olvidado lo frías que podemos ser algunas de nosotras —dijo.

—Oh, no sé. He oído comentar que algunas no sois tan retorcidas —contestó él.

—Ten cuidado con ellas, Androl —advirtió mientras miraba hacia atrás—. Muchas os verán sólo como una amenaza o como una herramienta que utilizar.

—Recuerda que a ti te ganamos para nuestra causa —dijo Androl.

Entraron en un cuarto donde Canler, Jonneth y Emarin los esperaban con tazas de té caliente. Los tres empezaban a recuperarse de la batalla, Jonneth con más celeridad. Emarin era el que tenía peores cicatrices, la mayoría emocionales. A él, al igual que a Logain, lo habían sometido al proceso de Trasmutación. En ocasiones, Pevara lo había visto quedarse mirando al vacío, con el miedo a algo horrible plasmado en el semblante.

—Vosotros tres no deberíais estar aquí —les dijo, puesta en jarras enfrente de Emarin y de los otros dos—. Sé que Logain os prometió un ascenso, pero todavía lleváis sólo la espada en el cuello de la chaqueta. Si cualquiera de esas mujeres os viera, os tomaría como Guardianes.

—No nos verán —aseguró Jonneth entre risas—. ¡Androl nos sacaría de aquí a través de un acceso antes de darnos tiempo a soltar una maldición!

—Bien, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó Canler.

—Lo que Logain quiera que hagamos —repuso Androl.

Logain había… cambiado desde la terrible experiencia por la que había pasado. Androl le había confiado a Pevara que se había vuelto más retraído, más sombrío. Apenas hablaba. Todavía parecía decidido a acudir a la Última Batalla, pero de momento reunía a los hombres y examinaba con minuciosidad cosas que habían encontrado en los aposentos de Taim. A Pevara le preocupaba que la Trasmutación lo hubiera quebrantado anímicamente.

—Cree que podría haber algo en esos mapas de batalla que ha encontrado en las habitaciones de Taim —explicó Emarin.

—Iremos a donde Logain decida que podemos ser de más utilidad —contestó Androl. Una respuesta directa, aunque tampoco aclaraba nada.

—¿Y qué pasa con el lord Dragón? —preguntó Pevara con cautela.

Percibió la incertidumbre de Androl. El Asha'man Naeff había llegado hasta ellos llevando noticias e instrucciones; y, junto con ellas, algunas implicaciones. El Dragón Renacido había sabido que las cosas no iban bien en la Torre Negra.

—Nos dejó solos a propósito —dijo Androl.

—¡Habría venido si hubiera podido hacerlo! —afirmó Jonneth—. Os lo prometo.

—Nos dejó para que escapáramos o para que cayéramos valiéndonos por nuestros propios medios —señaló Emarin—. Se ha vuelto un hombre duro. Puede que cruel.

—Qué más da —dijo Androl—. La Torre Negra ha aprendido a sobrevivir sin él. ¡Luz! Siempre ha sobrevivido sin él. Casi no tiene nada que ver con nosotros. Fue Logain quien nos dio esperanza. Es Logain quien tendrá mi lealtad.

Los otros hicieron un gesto de asentimiento. Pevara supo que allí estaba ocurriendo algo importante.

«De todos modos no habrían podido apoyarse en él para siempre —pensó—. El Dragón Renacido morirá en la Última Batalla». Hubiera sido de forma intencionada o no, les había dado la oportunidad de convertirse en sus propios dueños.

—No obstante, me tomaré muy a pecho su última orden —afirmó Androl—. No seré sólo un arma. La Fuente está limpia de infección. No lucharemos para morir, sino para vivir. Porque tenemos una razón para vivir. Haced correr la voz entre los demás y juremos ratificar a Logain como nuestro cabecilla. Y luego, a la Última Batalla. No como partidarios del Dragón Renacido ni como títeres de la Sede Amyrlin, sino como la Torre Negra. Hombres independientes que son dueños de su destino.

—Somos dueños de nuestro destino —susurraron los otros tres mientras asentían con la cabeza.

22



Wyld

Egwene se despertó con un sobresalto cuando Gawyn le tapó la boca con la mano. Se puso en tensión al resurgir los recuerdos como la luz del sol al amanecer. Los dos seguían escondidos debajo del carro roto; el aire aún olía a madera quemada. El entorno cercano estaba oscuro como carbón. Se había hecho de noche.

Miró a Gawyn y asintió con la cabeza. ¿De verdad se había quedado dormida? No lo habría creído posible en tales circunstancias.

—Voy a intentar escabullirme y crear una distracción —susurró él.

—Iré contigo.

—Si voy solo haré menos ruido.

—Es evidente que nunca has intentado pillar por sorpresa a alguien de Dos Ríos, Gawyn Trakand. Te apuesto cien marcos de Tar Valon a que soy la que mete menos ruido de los dos.

—Sí, pero si llegas a una docena de pasos de una de sus encauzadoras te localizará aunque te muevas con mucho sigilo —susurró Gawyn—. Han estado patrullando por todo el campamento, sobre todo por el perímetro.

Egwene frunció el entrecejo. ¿Cómo sabía él eso?

—Has ido a explorar el terreno. —Era una afirmación.

—Un poco —susurró Gawyn—. No me vieron. Están rebuscando en las tiendas y capturan a todos los que encuentran. No podremos seguir escondidos aquí mucho más tiempo.

Gawyn no tendría que haberse ido sin contar primero con ella.

—Hemos de…

Gawyn se puso tenso y Egwene enmudeció y escuchó. Pies que se arrastraban. Los dos se echaron más hacia atrás y vieron a diez o doce cautivos a los que conducían hacia un espacio abierto, cerca de donde se alzaba antes la tienda de mando. Los sharaníes pusieron antorchas sujetas en postes alrededor de los prisioneros. Unos cuantos eran soldados a los que habían golpeado a tal punto que apenas podían hablar. También había cocineros y trabajadores. Los habían azotado y tenían los pantalones raídos. A todos les habían quitado la camisa.

Alguien les había tatuado en la espalda un símbolo que Egwene no identificó. Al menos, creía que eran tatuajes. Por el aspecto, podrían habérselo hecho marcándolos a fuego.

Mientras agrupaban a los cautivos, alguien gritó cerca. Al cabo de unos minutos, un guardia sharaní de piel oscura se acercó arrastrando a un joven mensajero que al parecer había encontrado escondido en el campamento. Le desgarró la camisa y lo empujó al suelo; el chico sollozó. Los sharaníes llevaban una extraña vestidura que tenía recortada en la espalda una abertura grande en forma de rombo. Egwene vio que el guardia tenía una marca en la piel de la espalda, un tatuaje que apenas se distinguía en la oscura piel. La ropa del guardia era muy ceremonial, con una túnica amplia y rígida, sin mangas, que casi le llegaba a las rodillas. Debajo llevaba camisa de mangas largas, con la forma de rombo recortada.

Otro sharaní, éste casi completamente desnudo, salió de la oscuridad. Vestía un pantalón desgarrado, y no llevaba camisa. En lugar de un tatuaje en la espalda, tenía tatuajes a todo lo ancho de los hombros; se extendían cuello arriba, como enredaderas sinuosas, antes de subir y rodear la mandíbula y las mejillas. Daban la impresión de ser un centenar de manos sarmentosas, largos dedos con garras que le sujetaran la cabeza desde abajo.

Ese hombre se acercó al muchacho mensajero. Los otros guardias rebulleron; no se sentían cómodos con ese tipo, fuera quien fuera. El hombre levantó una mano e hizo una mueca desdeñosa.

En la espalda del chico ardió de repente una marca tatuada igual a la de los otros cautivos. Salió humo y el chico gritó de dolor. Gawyn hizo una ahogada inhalación, conmocionado. El hombre de los tatuajes que le subían hacia la cara… Ese hombre encauzaba.

Varios guardias murmuraron. Egwene casi entendía lo que decían, pero hablaban con un acento muy fuerte. El encauzador espetó algo de un modo que parecía un perro salvaje. Los guardias retrocedieron, y el encauzador se alejó y desapareció en la oscuridad, al acecho.

«¡Luz!», pensó Egwene.

Un rumor en la oscuridad anunció la aparición de dos mujeres con los anchos vestidos de seda. Una tenía la piel más clara y, después de observar desde su escondrijo, Egwene comprobó que algunos de los guardias también tenían la tez más clara. Por lo visto no todos los sharaníes eran de piel oscura, como los que había visto hasta entonces.

Las mujeres tenían un rostro precioso. Delicado. Egwene se encogió hacia atrás. Por lo que había visto horas antes, probablemente esas dos eran encauzadoras. Si se acercaban demasiado a ella percibirían su capacidad para encauzar.

Las dos mujeres inspeccionaron a los cautivos. A la luz de las linternas, Egwene distinguió tatuajes en las caras de las mujeres, aunque no eran tan inquietantes como los de los hombres. Los de ellas semejaban hojas tatuadas desde la nuca hacia adelante, pasando debajo de las orejas y extendiéndose como flores que se abrían en

las mejillas. Las dos mujeres susurraron entre sí, y de nuevo Egwene tuvo la sensación de que casi entendía lo que decían. Si pudiera urdir un filamento del tejido para oír…

«Idiota», pensó. La muerte sería el resultado de encauzar allí.

Otras personas se agruparon alrededor de los cautivos. Egwene contuvo la respiración. Un centenar, dos centenares de personas se acercaban. No hablaban apenas; los sharaníes parecían gente callada, solemne. Muchos de los que se acercaban llevaban la espalda de las ropas abiertas, de forma que se veían tatuajes. ¿Serían símbolos del estatus social?

Egwene había imaginado que cuanto más importante era alguien, más intrincados eran los tatuajes. Sin embargo, los oficiales —tenía que suponer que lo eran por los yelmos empenachados, las finas capas de seda y las doradas armaduras hechas con lo que parecían monedas unidas a través de los agujeros que tenían en el centro— sólo llevaban abiertos huecos pequeños que dejaban ver tatuajes diminutos en la zona baja de los hombros.

«Han quitado trozos de armadura para mostrar los tatuajes», pensó Egwene. No combatirían así, con la piel expuesta a sufrir heridas. Debía de ser algo que se hacía en ciertas ocasiones precisas.

Los últimos que se unieron a la multitud —a quienes condujeron a primera fila— eran los más raros de todos. Dos hombres y una mujer a lomo de asnos, los tres vestidos con preciosas faldas de seda, y los animales cubiertos con cadenas de oro y plata. Plumas de intensos colores se mecían en los complejos tocados que lucían aquellos tres. Iban desnudos de cintura para arriba, incluida la mujer, a excepción de las joyas y los collares que les cubrían gran parte del torso. La espalda iba al aire, y la cabeza afeitada justo en la nuca para que se les viera el cuello. No tenían tatuajes.

Así pues, ¿un tipo de nobles señores? No obstante, los tres tenían una expresión vacía, ausente. Iban inclinados hacia adelante, la mirada baja, la tez macilenta. Los brazos eran muy delgados, casi esqueléticos. Tan frágiles… ¿Qué les habían hecho a esas personas?

Aquello no tenía sentido. Los sharaníes era sin duda un pueblo tan desconcertante como los Aiel, puede que más.

«Pero ¿por qué vienen ahora? —pensó Egwene—. ¿Por qué, tras siglos y siglos de aislamiento, por fin deciden invadirnos?»

Las coincidencias no existían; si eran de tal magnitud, no. Habían aparecido para atacar a su ejército por sorpresa, y lo habían hecho en complicidad con los trollocs. Se centró en captar todo lo posible de aquello. Cualquier cosa en la que se fijara sería de vital importancia. Ahora no podía ayudar a su ejército —quisiera la Luz que al menos algunos de sus componentes se las hubieran arreglado para huir— así que intentaría descubrir todo lo posible.

Gawyn le dio suaves empujones con el codo. Egwene lo miró y percibió su preocupación por ella.

«¿Ahora?», articuló en silencio mientras señalaba hacia ellos. Tal vez, estando todos pendientes de… lo que quiera que estuviera ocurriendo, ellos dos podrían escabullirse. Empezaron a echarse hacia atrás, arrastrándose en silencio.

Una de las encauzadoras dijo algo. Egwene se quedó inmóvil. ¡La había detectado!

No. No. Egwene respiró hondo e intentó calmar los desaforados latidos del corazón, que parecía dispuesto a salírsele del pecho. La mujer les decía algo a los otros. A Egwene le pareció entender «ya está» con aquel acento tan marcado.

El grupo de gente se arrodilló. El trío enjoyado agachó más la cabeza. Y entonces, cerca de los cautivos, el aire se… «combó».

Egwene no habría sabido describirlo de otro modo. Se deformó y… Y dio la impresión de rasgarse y reverberar como hacía por encima de una calzada un día caluroso. Algo se concretó a partir de esa perturbación: un hombre alto con reluciente armadura.

No llevaba yelmo y tenía el cabello oscuro, la tez blanca y la nariz un poco aguileña. Era un hombre muy apuesto, sobre todo con esa armadura. Parecía estar hecha toda ella con plateadas monedas imbricadas, pulidas con un brillo tal que los rostros de quienes rodeaban al hombre se reflejaban en ellas, como en un espejo.

—Lo habéis hecho bien —anunció a los que se inclinaban ante él—. Podéis levantaros. —En la voz se advertía algún indicio del acento sharaní, pero no era tan acusado.

El hombre apoyó la mano en el pomo de una espada que llevaba a la cintura mientras los demás se ponían de pie. De la oscuridad que había más allá de los reunidos salió un grupo de encauzadores que avanzaron lentamente. Agacharon la cabeza ante el recién llegado en una especie de reverencia. Él se quitó un guante, alargó la mano y, con un gesto displicente, le rascó la cabeza a uno de los hombres como haría un noble con su perro de caza favorito.

—Así que éstos son los nuevos *inacal* —conjeturó el hombre—. ¿Alguno de vosotros sabe quién soy?

Los cautivos se encogieron de miedo y, aunque los sharaníes se habían puesto de pie, ellos había sido lo bastante listos para seguir tirados en el suelo. Ninguno respondió.

—Suponía que no —dijo el hombre—. Aunque uno nunca sabe si su fama ha trascendido de manera inesperada. Decidme si sabéis quién soy. Decidlo, y os dejaré libres.

No hubo respuesta.

—Bien, ahora escucharéis y recordaréis —dijo el hombre. Soy Bao, el Wyld. Soy

vuestro salvador. He salido a través de la más profunda desventura y me he encumbrado para aceptar mi gloria. He venido en busca de lo que me fue arrebatado. Recordad eso.

Los cautivos se acobardaron más; era evidente que no sabían qué hacer. Gawyn tiró a Egwene de la manga e hizo una señal hacia atrás, pero ella no se movió. Había algo en ese hombre…

Él irguió la cabeza de repente. Observó con intensidad a las encauzadoras y luego miró en derredor, escudriñando la oscuridad.

—¿Alguno de vosotros, *inacal,* conoce al Dragón? —preguntó, aunque parecía distraído—. Hablad. Decidme.

—Yo lo he visto —dijo uno de los soldados cautivos—. Varias veces.

—¿Y hablaste con él? —preguntó Bao, que se apartó unos pasos de los cautivos.

—No, gran señor —contestó el soldado—. Las Aes Sedai eran las que hablaban con él. Yo no.

—Sí. Me temía que no serías de ninguna utilidad —dijo Bao—. Servidores, nos están vigilando. No habéis registrado el campamento tan bien como afirmabais. Percibo cerca una encauzadora.

Egwene sintió una punzada de alarma. Gawyn tiró de su brazo con intención de escapar, pero si corrían los apresarían con toda seguridad. ¡Luz! Ella…

La multitud se volvió al oír un ruido repentino cerca de una de las tiendas caídas. Bao alzó una mano y Egwene oyó un chillido furioso en la oscuridad. Unos instantes después, Leane flotaba a través de la multitud de sharaníes, atada con Aire y con los ojos desorbitados. Bao la acercó hacia él sujeta con tejidos que Egwene no podía ver.

El corazón seguía latiéndole con fuerza. Leane estaba viva. ¿Cómo había conseguido permanecer oculta? ¡Luz! ¿Qué podía hacer por ella?

—Ah —dijo Bao—. Una de esas… Aes Sedai. ¿Y tú? ¿Has hablado con el Dragón?

Leane no respondió. Tuvo mucho mérito que mantuviera una expresión impasible.

—Impresionante —dijo Bao, que acercó la mano y le rozó la mejilla con los dedos.

Levantó la otra mano, y los cautivos empezaron a retorcerse y a gritar. Estallaron en llamas en medio de gritos agónicos. Egwene tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para no abrazar la Fuente al ver aquello. Para cuando acabó la masacre, estaba llorando, aunque no recordaba haber empezado.

Los sharaníes rebulleron.

—No os sintáis disgustados —les dijo Bao—. Sé que os ha costado mucho esfuerzo capturar algunos vivos para mí, pero habrían sido unos malos *inacal*. No fueron educados para serlo, y durante esta guerra no tenemos tiempo para enseñarles.

Matarlos ahora es un acto misericordioso comparado con lo que habrían tenido que soportar. Además, esta… Aes Sedai, servirá para nuestro propósito.

La máscara de Leane se había resquebrajado y, a pesar de la distancia, Egwene advirtió la expresión de odio. Bao todavía le sujetaba la barbilla con los dedos.

—Eres una preciosidad —dijo—. Por desgracia, la belleza carece de importancia. Has de entregar un mensaje en mi nombre, Aes Sedai, a Lews Therin. El que se proclama el Dragón Renacido. Dile que he venido a matarlo, y después reclamaré este mundo para mí. Tomaré lo que originalmente debería haber sido mío. Dile eso. Dile que me has visto y descríbeme para él. Él sabrá quién soy.

Del mismo modo que aquí lo esperaban a él con profecías, igual que lo colmaron de gloria, la gente de mi tierra me esperaba a mí. He cumplido sus profecías. Él es falso, y yo soy verdadero. Dile que por fin me resarciré por los agravios. Ha de presentarse ante mí para que luchemos. Si no lo hace, mataré y destruiré. Me apoderaré de los suyos. Esclavizaré a sus hijos y tomaré a sus mujeres para mí. Uno por uno, romperé, destruiré y dominaré todo lo que ha amado. El único modo de evitarlo es que venga y se enfrente a mí.

Dile esto, pequeña Aes Sedai. Dile que un viejo amigo espera. Soy Bao, el Wyld. El que Sólo Responde ante la Tierra. El Matadragón. En otro tiempo me conocía por un nombre que he desechado: Barid Bel.

«¿Barid Bel? —pensó Egwene mientras el recuerdo de las lecciones en la Torre Blanca volvían a ella—. Barid Bel Medar… Demandred».

La tormenta en el Sueño del Lobo era muy inestable. Perrin pasó horas vagando por las Tierras Fronterizas y visitando manadas de lobos, mientras corría a lo largo de cauces secos y a través de colinas quebradas.

Gaul había aprendido muy deprisa. No aguantaría ni un momento contra Verdugo, desde luego, pero al menos había aprendido a conservar la ropa sin cambios, si bien el velo todavía subía de golpe para taparle la cara cuando se sobresaltaba.

Los dos saltaban a través de Kandor dejando borrones en el aire al desplazarse de cumbre en cumbre. La tormenta era fuerte a veces, y otras, se debilitaba. En ese momento, Kandor estaba sumido en una quietud fantasmagórica. El herboso paisaje de las tierras altas aparecía sembrado de todo tipo de desechos. Tiendas, techumbres, la vela de un gran barco, incluso un yunque de herrero, depositado con la cola hundida en la embarrada ladera de una colina.

La tormenta, tremendamente peligrosa, podía levantarse en cualquier parte en el Sueño del Lobo y hacer añicos ciudades y bosques. Había encontrado sombreros tearianos que habían volado todo el camino hasta Shienar.

Perrin hizo un alto en una cumbre para descansar, y Gaul apareció junto a él al instante. ¿Cuánto tiempo llevaban buscando a Verdugo? Unas cuantas horas, por un

lado. Por el otro… ¿cuánto terreno habían recorrido? Habían vuelto a los depósitos de vituallas tres veces para comer. ¿Significaba eso que había pasado un día?

—Gaul, ¿cuánto tiempo crees tú que llevamos con esto?

—No sé decirte, Perrin Aybara —contestó Gaul. Buscó el sol, aunque no había allí—. Hace bastante. ¿Tendremos que parar y dormir?

Ésa era una buena pregunta. De repente a Perrin le sonó el estómago y preparó una comida de carne curada y un trozo de pan. Le dio una parte a Gaul. ¿La comida recreada a voluntad los sustentaría en el Sueño del Lobo o simplemente desaparecería una vez consumida?

Era lo segundo. La comida desapareció incluso mientras Perrin la comía. Tendrían que depender de los suministros que habían llevado y quizá conseguir más del Asha'man de Rand durante la apertura diaria de ese portal. De momento, se desplazó con un *cambio* hasta donde tenían las reservas y sacó un poco de carne curada, tras lo cual regresó al norte con Gaul.

Mientras se acomodaban en la falda de la colina para comer otra vez, se sorprendió dándole vueltas al tema del clavo de sueños. Lo llevaba consigo, colocado en posición de letargo, como Lanfear le había enseñado. Ahora no creaba una cúpula, pero podía hacer una cuando él quisiera.

Lanfear casi se lo había dado. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué se burlaba de él?

Mordió un trozo de carne seca. ¿Estaría Faile a salvo? Si la Sombra descubría lo que estaba haciendo su esposa… En fin, ojalá pudiera comprobar cómo le iba.

Echó un largo trago de agua del odre y luego buscó en la distancia a los lobos. Allí arriba, en las Tierras Fronterizas, los había a centenares. Quizás a millares. Saludó a los que se encontraban cerca, enviándoles su olor mezclado con su imagen. Las docenas de respuestas que llegaron no eran con palabras, sino que su mente las interpretaba como tales.

¡*Joven Toro*! Era un lobo llamado *Ojos Blancos*. *La Última Cacería ya está aquí*. *¿Nos dirigirás tú*?

Últimamente muchos le hacían esa pregunta, y Perrin no sabía cómo interpretarla.

¿Por qué necesitáis que os lidere yo?

Será por tu llamada, respondió *Ojos Blancos*. *Por tu aullido*.

No entiendo qué quieres decir, transmitió Perrin. *¿No podéis cazar vosotros mismos*?

Esta presa no, Joven Toro.

Perrin meneó la cabeza. Una respuesta igual a otras que había recibido.

Ojos Blancos, transmitió. *¿Has visto a Verdugo? ¿El asesino de lobos? ¿Os ha acechado aquí*?

Perrin dirigió aquella pregunta en la distancia y algunos de los otros lobos contestaron. Conocían a Verdugo. Su imagen y su efluvio se habían transmitido entre

muchos lobos, igual que los de Perrin. Ninguno lo había visto recientemente, pero el tiempo era algo extraño para los lobos. Perrin no estaba seguro de cuán próximo era en realidad ese «recientemente».

Mordió un trozo de carne curada y se sorprendió a sí mismo emitiendo un quedo gruñido. Lo cortó. Había alcanzado la paz con su lobo interior, pero eso no significaba que fuera a permitirle entrar en la casa para que dejara un rastro de barro con las patas.

Joven Toro, transmitió otro lobo. Era una hembra de edad, *Curva de Arco*. *Cazadora lunar camina de nuevo en los sueños. Te busca*.

Gracias, contestó. *Lo sé. La evitaré*.

¿Evitar a la luna? Eso es difícil, Joven Toro. *Difícil*, respondió la loba.

Curva de Arco tenía razón en eso.

Ahora mismo he visto a La que busca corazones. Lleva otro olor nuevo, pero es ella, transmitió *Pasos*, un lobo joven de pelambre negra.

Otros lobos transmitieron la misma idea. *La que busca corazones* se encontraba en el Sueño del Lobo. Algunos la habían visto al este, mientras que otros decían que se la había visto al sur.

¿Y qué pasaba con Verdugo? ¿Dónde se encontraba si no estaba cazando lobos? Perrin se sorprendió de nuevo emitiendo un gruñido.

La que busca corazones. Debía de ser una de las Renegadas, aunque no reconocía las imágenes de esa mujer transmitidas por los lobos. Era alguien antiguo, de otra era, pero también los recuerdos de los lobos se remontaban a tiempos remotos, si bien a menudo las cosas que recordaban eran fragmentos de fragmentos que sus antepasados habían visto.

—¿Alguna novedad? —preguntó Gaul.

—Otra de las Renegadas está aquí —gruñó Perrin—. Haciendo algo en el este.

—¿Eso nos incumbe a nosotros?

—Todo lo que hagan los Renegados nos incumbe.

Perrin se puso de pie, se agachó y tocó a Gaul en el hombro. *Cambio*. Se trasladaron hacia donde *Pasos* les había indicado. La posición no era precisa, pero una vez que Perrin llegó allí encontró unos lobos que habían visto a *La que busca corazones* en su camino a las Tierras Fronterizas el día anterior. Transmitieron a Perrin entusiastas saludos y preguntaron si iba a liderarlos.

Hizo caso omiso de sus preguntas y pidió que precisaran dónde había sido vista *La que busca corazones*. Era en Merrilor.

Cambio. Perrin apareció allí. Una extraña niebla flotaba en el paisaje. Los grandes árboles que Rand había hecho crecer se reflejaban allí, y las puntas de las altísimas copas atravesaban la bruma.

Las tiendas salpicaban el paisaje como champiñones. Las tiendas de los Aiel eran

muchas, y entre ellas las lumbres de cocinar brillaban en la niebla. Ese campamento llevaba allí el tiempo suficiente para manifestarse en el Sueño del Lobo, aunque los faldones de las tiendas cambiaban y los petates desaparecían en un parpadeo, con la insustancialidad de aquel lugar.

Perrin condujo a Gaul entre las ordenadas hileras de tiendas y líneas de caballos estacados. Se pararon de golpe al oír un sonido. Alguien mascullaba. Perrin utilizó el truco que había visto usar a Lanfear, creando a su alrededor una bolsa de… algo invisible, pero que apagaba el sonido. Era extraño, pero lo hizo creando una barrera sin aire. ¿Por qué iba a apagar eso el sonido?

Gaul y él avanzaron con sigilo hacia la lona de una tienda. La que era de Rodel Ituralde, uno de los grandes capitanes, a juzgar por el estandarte. Dentro, una mujer con pantalón revolvía papeles que había en una mesa y que no dejaban de desaparecer entre sus dedos.

Perrin no la reconoció, si bien le resultaba tremendamente familiar. Desde luego, su aspecto no era lo que habría esperado de una de las Renegadas, con esa enorme frente, la nariz bulbosa, los ojos desiguales y el cabello ralo. No entendía sus maldiciones, aunque captaba el significado por el tono con que las mascullaba.

Gaul lo miró y Perrin bajó la mano al martillo, pero vaciló. Atacar a Verdugo era una cosa, pero ¿a una Renegada? Estaba bastante seguro de su habilidad para resistir tejidos allí, en el Sueño del Lobo. Aun así…

La mujer maldijo de nuevo cuando el papel que leía desapareció. Entonces alzó la vista.

La reacción de Perrin fue inmediata. Creó un muro fino como papel entre ellos, con la cara que daba hacia la mujer mostrando una réplica exacta del paisaje que Perrin tenía detrás, mientras que el lado que daba hacia él era transparente. Ella lo miró directamente, pero no lo vio y se dio la vuelta.

A su lado, Gaul soltó un suave suspiro de alivio.

«¿Cómo he hecho eso?», pensó Perrin. No era algo que hubiera practicado; simplemente le había parecido lo adecuado.

La que busca corazones —tenía que ser ella— movió los dedos, y la tienda se dividió en dos por encima de ella y la lona colgó hacia abajo. Se elevó en el aire y se dirigió hacia la negra tempestad que bramaba en el cielo.

—Espera aquí y estate atento a cualquier peligro —le susurró Perrin a Gaul.

El Aiel asintió con la cabeza y Perrin siguió, cauteloso, a *La que busca corazones*, elevándose asimismo en el aire con un pensamiento. Trató de crear otro muro entre la mujer y él, pero era demasiado difícil mantener la imagen correcta mientras se movía. En cambio, mantuvo la distancia y colocó un muro pardo verdoso entre ambos con la esperanza de que si a la Renegada se le ocurría echar un vistazo hacia atrás se le pasara por alto esa pequeña rareza.

La mujer empezó a desplazarse con más rapidez y Perrin se obligó a mantener su ritmo. Miró hacia abajo y el resultado fue que el estómago se le revolvió al ver el paisaje de Merrilor menguando allá abajo. Entonces oscureció y desapareció en la negrura.

No pasaron a través de las nubes. Cuando el suelo se desvaneció, también lo hicieron ellas, y los dos entraron en algún sitio negro. Puntitos de luz surgieron alrededor de Perrin. La mujer, un poco más arriba, se detuvo y quedó flotando en el aire durante unos segundos antes de salir disparada hacia la derecha.

Perrin la siguió de nuevo, y se coloreó —la piel, la ropa, todo— en negro para camuflarse. La mujer se aproximó a uno de los puntitos de luz; mascullaba entre dientes. Con la sensación de que tenía que oír lo que la mujer decía, Perrin corrió el albur de acercar más, aunque sospechaba que el atronador golpeteo del corazón en el pecho lo delataría.

—¿… quitármelo? —decía la Renegada—. ¿Crees que me importa? Dame un rostro de piedra quebradiza, ¿qué me importa a mí? Ocuparé tu lugar, Moridin. Será mío. Esta cara servirá para que me subestimen. Así te abrases.

Perrin frunció el entrecejo. No encontraba mucho sentido a lo que la mujer decía.

—Seguid y lanzad vuestros ejércitos contra ellos, necios —siguió hablando consigo misma—. Yo ganaré la batalla. Un insecto puede tener mil patas, pero sólo tiene una cabeza. Destruye la cabeza y te habrás alzado con la victoria. Lo único que tú haces es cortar las patas, estúpido necio. Estúpido, arrogante, insufrible necio. Tendré lo que me corresponde, tendré…

Se calló y entonces giró sobre sí. Perrin, asustado, se volvió de inmediato al suelo. Por suerte, funcionó; no había sabido si lo haría, allá arriba, en el lugar de las luces. Gaul dio un brinco y Perrin respiró hondo.

—Vayamos…

Una bola de fuego ardiente se estrelló en el suelo, junto a él. Perrin maldijo y rodó sobre sí mismo al tiempo que se refrescaba con un soplo de aire e imaginaba el martillo en la mano.

La que busca corazones llegó al suelo en una oleada de energía, con el poder ondulando a su alrededor.

—¿Quién eres? —demandó—. ¿Quién eres? Te…

Enfocó la vista de repente en Perrin al verlo del todo por primera vez, ya que la negrura había desaparecido de sus ropas.

—¡Tú! —chilló—. ¡Tú tienes la culpa de esto!

Alzó las manos; los ojos casi parecían resplandecer con odio. Perrin olía la emoción a pesar del fuerte viento. La mujer lo atacó con una barra de luz al rojo blanco, pero Perrin hizo que el chorro se desviara a su alrededor.

La mujer lo miró de hito en hito. Siempre hacían lo mismo. ¿Es que no se daban

cuenta de que allí nada era real excepto lo que uno creía que era real? Perrin desapareció y reapareció detrás de ella con el martillo enarbolado. Entonces vaciló. ¿A una mujer?

Ella giró sobre sus talones con rapidez al tiempo que gritaba y la tierra se desgarraba debajo de Perrin. Él saltó hacia el cielo, y el aire que lo rodeaba trató de apresarlo, pero hizo lo mismo que había hecho antes y creó un muro de vacío, de nada. No había aire que lo agarrara. Conteniendo la respiración, desapareció y reapareció de nuevo en el suelo, e hizo surgir delante de él parapetos de tierra para detener las bolas de fuego que se precipitaban en su dirección.

—¡Te quiero muerto! —chilló la mujer—. Deberías estar muerto. ¡Mis planes eran perfectos!

Perrin desapareció dejando tras de sí una estatua de sí mismo. Él apareció al lado de la tienda, donde Gaul observaba atento, con la lanza enarbolada. Perrin hizo aparecer un muro entre la mujer y ellos y la coloreó de forma que los ocultara; después creó una barrera que aislara el sonido.

—Ahora no puede oírnos —dijo Perrin.

—Eres muy fuerte aquí —comentó Gaul, pensativo—. Muy fuerte. ¿Las Sabias están enteradas de esto?

—Todavía soy un cachorro comparado con ellas.

—Tal vez. Yo no las he visto y ellas no hablan de este sitio con los hombres. —Gaul meneó la cabeza—. Mucho honor, Perrin Aybara. Tienes mucho honor.

—Debería haberla golpeado, sin más —dijo Perrin.

En ese mismo momento *La que busca corazones* destruyó la estatua y se acercó a los restos con aire desconcertado. Se dio la vuelta y miró a uno y otro lado, frenética.

—Sí —convino Gaul—. Un guerrero que no ataca a una Doncella es un guerrero que niega el honor a esa mujer. Por supuesto, un honor mayor para ti sería…

Sería tomarla prisionera. ¿Podría hacerlo? Perrin inhaló despacio y después se desplazó detrás de la Renegada e imaginó enredaderas que la envolvían y la inmovilizaban. La mujer le dirigió improperios, desgarró las enredaderas con cuchillos invisibles y alargó la mano hacia él al tiempo que Perrin se trasladaba con un *cambio* hacia un lado.

Pisó trozos helados de escarcha en los que no había reparado, y ella giró hacia él de inmediato y lanzó otra descarga de fuego compacto.

«Muy lista», pensó Perrin, que consiguió por los pelos desviar el haz de luz. El fuego compacto alcanzó la colina que había detrás, de manera de horadó un agujero que la atravesó de parte a parte.

La que busca corazones mantuvo el tejido entre gruñidos, con el espantoso rostro descompuesto. El tejido volvió hacia Perrin, que apretó los dientes y lo mantuvo a raya. Esa mujer era muy fuerte, empujaba con tenacidad pero, por fin, lo soltó.

—¿Cómo… es posible… que puedas…? —dijo ella, jadeante.

Perrin le llenó la boca de horcaria. Era difícil hacerlo; cambiar algo directamente sobre una persona era siempre más complicado. Sin embargo, eso era mucho más sencillo que intentar transformarla en un animal o algo por el estilo. La Renegada se llevó una mano a la boca mientras una expresión de pánico asomaba a sus ojos. Empezó a escupir y a toser; luego, desesperada, abrió un acceso junto a ella.

Perrin gruñó e imaginó cuerdas que se tendían hacia ella, pero la Renegada las destruyó con un tejido de Fuego; debía de haber escupido toda la horcaria. La mujer se lanzó a través del acceso y Perrin provocó un *cambio* para trasladarse justo delante, listo para saltar tras ella. Se frenó de golpe cuando la vio entrar en medio de un enorme ejército de trollocs y Fados en plena noche. Muchos miraron el acceso con ansiedad.

Perrin se echó hacia atrás al tiempo que *La que busca corazones* se llevaba una mano a la boca con gesto estupefacto y al toser echaba más horcaria. El acceso se cerró.

—Debiste matarla —dijo Lanfear.

Perrin se volvió y vio a la mujer cerca, cruzada de brazos. El cabello le había cambiado de plateado a castaño oscuro. De hecho, el rostro también le había cambiado, de manera que se parecía un poco más a como había sido antes, cuando él la había visto por primera vez unos dos años atrás.

No contestó y guardó el martillo en las correas.

—Eso es una debilidad, Perrin —dijo Lanfear—. En cierto momento me pareció encantador en Lews Therin, pero eso no significa que deje de ser una debilidad. Tienes que superarlo.

—Lo superaré —espetó—. ¿Qué estaba haciendo allí arriba, con los puntos de luz?

—Invadiendo sueños —contestó Lanfear—. Estaba aquí en carne y hueso. Eso le da a uno ciertas ventajas, sobre todo cuando juega con sueños. Esa mujerzuela. Cree que conoce este sitio, pero ha sido mío siempre. Mejor habría sido que la hubieras matado.

—Es Graendal, ¿verdad? ¿O era Moghedien?

—Graendal —respondió Lanfear—. Aunque, también en su caso, no debemos usar tal nombre para ella. Se le ha dado otro: Hessalam.

—Hessalam —repitió Perrin, como si saboreara el nombre—. No lo conozco.

—Significa «sin redención».

—¿Y cuál es tu nuevo nombre, por el que se supone que tengo que llamarte ahora?

La pregunta provocó que Lanfear se ruborizara.

—Da igual —dijo ella—. Eres diestro aquí, en el *Tel'aran'rhiod*. Mucho mejor de

lo que Lews Therin llegó a serlo nunca. Siempre pensé que yo gobernaría a este lado, que sólo un hombre capaz de encauzar sería digno de mí. Pero el poder que has desplegado tú… Creo que podría aceptarlo como un sustitutivo.

Perrin gruñó. Gaul se había acercado a través del pequeño claro entre las tiendas de campaña, con la lanza enarbolada y la cara tapada con el *shoufa*. Perrin le hizo un gesto con la mano para que se alejara. Probablemente Lanfear no sólo era mucho mejor en el Sueño del Lobo que Gaul, sino que todavía no había hecho nada que fuera expresamente amenazador.

—Si me has estado observando, sabrás que estoy casado, y muy felizmente —dijo Perrin.

—Eso he visto.

—Entonces deja de mirarme como a un costillar de ternera colgado en un puesto del mercado —gruñó Perrin—. ¿Qué hacía aquí Graendal? ¿Qué es lo que quiere?

—No estoy segura —repuso Lanfear a la ligera—. Siempre tiene en marcha tres o cuatro intrigas a la vez. No la subestimes, Perrin. Aquí no es tan diestra como otros, pero es peligrosa. Es una luchadora, a diferencia de Moghedien, que huirá siempre que tenga ocasión de hacerlo.

—Lo tendré en cuenta —dijo Perrin, que se acercó al lugar donde la Renegada había escapado a través de un acceso. Rozó con la punta del pie la tierra donde el acceso había cortado el suelo.

—Tú podrías hacer eso, ¿sabes? —dijo Lanfear.

—¿El qué? —Perrin se volvió hacia ella.

—Entrar y salir del mundo de vigilia. Sin necesitar la ayuda de alguien como Lews Therin —dijo la mujer.

A Perrin no le gustó el timbre desdeñoso de Lanfear al pronunciar ese nombre.

—Yo no encauzo. Supongo que podría imaginar ser capaz de…

—Eso no funcionaría —dijo ella—. Hay ciertos límites a lo que puedes hacer aquí, por muy fuerte que seas mentalmente. La capacidad de encauzar no es algo corporal, sino que está relacionado con el alma. Sin embargo, hay modos para que alguien como tú se mueva físicamente entre mundos. El que llamas Verdugo lo hace.

—No es un Hermano Lobo.

—No, pero es algo similar. Sinceramente, no sé con seguridad si alguien más ha tenido su capacidad antes que él. El Oscuro hizo… algo a ese tal Verdugo cuando capturó su alma. O sus almas. Sospecho que Semirhage podría habernos contado algo más. Lástima que esté muerta.

Lanfear no olía a sentir ni pizca de lástima. Miró al cielo, pero sin preocupación; estaba tranquila.

—No parece que te preocupe tanto como antes que te localicen —apuntó Perrin.

—Mi anterior señor está… ocupado. Esta última semana que he pasado

observándote, rara vez he notado sus ojos en mí.

—¿Una semana? —preguntó Perrin, conmocionado—. Pero…

—El tiempo transcurre de forma rara aquí —dijo ella—. Y las barreras del propio tiempo se están debilitando. Cuanto más cerca te encuentras de la Perforación, más distorsión sufre el tiempo. Para quienes se aproximan a Shayol Ghul en el mundo real, será también muy acentuado. Por cada día que transcurra para ellos puede que pasen tres o cuatro para los que están más alejados.

¿Una semana? ¡Luz! ¿Cuántas cosas habían sucedido fuera? ¿Quién seguía vivo y quién había muerto mientras él estaba de caza? Debería esperar en la zona de Viaje a que se abriera su acceso. Pero, a juzgar por la oscuridad que había visto a través del acceso de Graendal, era de noche. El portal de huida para él podía tardar horas en abrirse.

—Podrías abrir un acceso para mí —dijo Perrin—. Un paso al otro lado y luego para regresar. ¿Querrás hacerlo?

Lanfear lo pensó mientras caminaba junto a una tienda y pasaba los dedos por la lona hasta que desapareció.

—No —dijo después.

—Pero…

—Debes aprender a hacerlo por ti mismo si vamos a estar juntos.

—No vamos a estar juntos —contestó él con rotundidad.

—Necesitas este poder por ti mismo y para ti mismo —dijo, pasando por alto lo que él había dicho—. Eres débil mientras estés atrapado en uno de los dos mundos; ser capaz de venir aquí cuando quieras te dará un gran poder.

—Es que el poder no me importa, Lanfear.

La siguió con la mirada mientras ella paseaba. Era guapa. No tanto como Faile, claro. Pero era hermosa.

—¿Ah, no? —Lanfear se volvió para mirarlo—. ¿Nunca has pensado en lo que podrías hacer con más fuerza, más poder, más autoridad?

—Eso no me tentará para…

—¿Y salvar vidas? —preguntó ella—. ¿Evitar que los niños pasen hambre? ¿Impedir que los débiles sufran abusos, acabar con la iniquidad, recompensar con honor? ¿Poder para animar a los hombres a que sean sinceros unos con otros?

Él meneó la cabeza.

—Podrías hacer tanto bien, Perrin Aybara —dijo Lanfear; se acercó a él, le tocó la mejilla y deslizó los dedos hacia abajo, por la barba.

—Dime cómo hacer lo que hace Verdugo —pidió Perrin al tiempo que le apartaba la mano—. ¿Cómo se mueve entre los mundos?

—No puedo explicártelo —dijo ella, y dio media vuelta—. Es una habilidad que nunca he tenido que aprender. Yo utilizo otros métodos. Quizá puedas sacárselo a él a

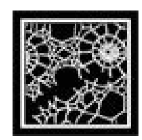
golpes. Yo que tú me daría prisa, suponiendo que quieras detener a Graendal.

—¿Detenerla?

—¿Es que no te has dado cuenta? —Lanfear se volvió otra vez para mirarlo—. El sueño que estaba invadiendo no era el de alguien de este campamento. El espacio y el tiempo no cuentan en los sueños. Ese sueño que tú la viste invadir era de… Davram Bashere. El padre de tu esposa.

Dicho lo cual, Lanfear desapareció.

23



Al límite del tiempo

Gawyn tiró a Egwene del hombro, con ansiedad. ¿Por qué no se movía? Quienquiera que fuera ese hombre de la armadura hecha con discos plateados tenía capacidad para detectar encauzadoras. Había localizado a Leane en la oscuridad; podía hacer lo mismo con Egwene. Luz, seguramente lo haría, tan pronto como tuviera un momento para detectarla.

«Voy a echármela al hombro si no se mueve —pensó—. Que la Luz me asista, lo haré, por mucho ruido que hagamos. De todos modos nos van a capturar si…»

El que decía llamarse Bao se marchó llevando a remolque a Leane; la Aes Sedai seguía atada con Aire. Los demás lo siguieron en masa y atrás quedaron los horribles restos carbonizados de los otros cautivos.

—¿Egwene? —susurró.

Ello lo miró con una fuerza heladora en los ojos, y asintió con la cabeza. ¡Luz! ¿Cómo podía estar tan calmada cuando él llevaba los dientes prietos por miedo a que empezaran a castañetearle?

Tumbados sobre el estómago, gatearon retorciéndose hacia atrás hasta salir de debajo del carro. Egwene miró en la dirección por la que se habían ido los sharaníes. La sensación de frío control irradiaba en la mente de Gawyn a través del vínculo. Oír el nombre de ese tipo era la causa de que ella hubiera reaccionado así, primero con una brusca punzada de conmoción, seguida por una inexorable determinación. ¿Cómo era ese nombre? Barid… algo. A Gawyn le parecía haberlo oído antes.

Quería sacar a Egwene de esa trampa mortal. Puso la capa de Guardián por encima de los hombros de ella.

—El mejor camino de salida es directamente hacia el este —susurró—. Alrededor de la tienda comedor, o lo que quede de ella, y después hacia el perímetro del campamento. Tienen un puesto de vigilancia instalado junto a lo que era nuestra zona de Viaje. Para evitarlo, daremos un rodeo hacia el norte.

Ella asintió con un cabeceo.

—Yo iré delante para explorar, y tú me sigues —dijo Gawyn—. Si veo algo, tiraré una piedra hacia atrás, en tu dirección. Estate atenta por si suena al caer, ¿de acuerdo? Cuenta hasta veinte y luego sígueme despacio.

—Pero…

—Tú no puedes ir por delante, no sea que topemos con alguna de esas

encauzadoras. Tengo que ir yo primero.

—Llévate al menos la capa —susurró ella.

—No pasará nada —aseguró, tras lo cual se escabulló antes de que ella continuara haciendo objeciones.

Notó la punzada de irritación a través del vínculo y sospechó que le caería una buena regañina cuando hubieran salido de aquel apuro. En fin, si vivían lo suficiente para que ocurriera tal cosa, aceptaría la reprimenda de buena gana.

Una vez que estuvo a corta distancia de ella, se puso uno de los anillos de los Puñales Sanguinarios. Lo había activado con su sangre, como Leilwin había dicho que era preciso hacer.

También le había dicho que podría matarlo.

«Eres un necio, Gawyn Trakand» —pensó mientras una sensación de hormigueo le recorría el cuerpo. Aunque había usado el *ter'angreal* sólo una vez con anterioridad, sabía que su figura se había vuelto imprecisa y oscura. Si alguien miraba en su dirección, los ojos se deslizarían sobre él hacia otra parte. Funcionaba muy bien en las sombras. Por una vez, se alegraba de que esas nubes ocultaran la luz de la luna y las estrellas.

Siguió adelante, con cuidado. Esa misma noche, horas antes, había probado por primera vez el anillo mientras Egwene dormía, y había podido pasar a pocos pasos de centinelas que tenían linternas. Uno había mirado directamente hacia él, pero no lo había visto. Con tanta oscuridad era casi invisible.

El *ter'angreal* también le permitía moverse con más rapidez. No era grande el cambio, pero sí perceptible. Estaba deseoso de poner a prueba esa capacidad en un duelo. ¿A cuántos de esos sharaníes podría derrotar él solo llevando uno de estos anillos? ¿A una docena? ¿Dos?

«Y funcionaría justo hasta que una de las encauzadores te asara», se dijo Gawyn para sus adentros. Recogió unas cuantas piedrecillas del suelo para tirarlas hacia atrás, en dirección a Egwene, si veía a una de las encauzadoras.

Rodeó la tienda comedor, siguiendo el camino que había explorado antes. Era importante seguir recordándose a sí mismo que debía ser cauteloso; la otra vez, el poder del *ter'angreal* lo había vuelto demasiado temerario. Era una experiencia excitante saber con qué facilidad podía moverse.

Se había dicho que no utilizaría los anillos, pero eso había sido durante la batalla, cuando sintió la tentación de conseguir que su nombre fuera conocido. Esto era diferente. Era para proteger a Egwene. Se permitiría una excepción por esa razón.

Nada más hubo contado hasta veinte, Egwene echó a andar en la oscuridad. No era tan buena en cuanto a moverse con sigilo como Nynaeve o Perrin, pero era de Dos Ríos, y todos los chiquillos de Campo de Emond aprendían a moverse por el

bosque sin espantar la caza.

Puso toda su atención en el camino que tenía ante sí y tanteó con los dedos de los pies —se había descalzado— para evitar pisar hojas y malas hierbas secas. Moverse así era un hábito muy arraigado en ella y lo hacía sin pensar; lo cual, por desgracia, le dejaba libre la mente.

Uno de los Renegados dirigía a los sharaníes. Por lo que él había dicho, había sacado la conclusión de que todo el país lo respaldaba. Hecho que era tan malo como lo de los seanchan. Peor aún. Los seanchan capturaban y utilizaban Aes Sedai, pero no mataban a la gente corriente con esa indiferencia.

Ella tenía que sobrevivir para escapar. Tenía que llevar la información a la Torre Blanca. Las Aes Sedai tendrían que enfrentarse a Demandred. Quisiera la Luz que hubiera escapado el número suficiente en la batalla de horas antes para poder hacerlo.

¿Por qué Demandred había mandado llamar a Rand? Todo el mundo sabía dónde encontrar al Dragón Renacido.

Llegó a la tienda comedor y empezó a rodearla con sigilo. Había guardias charlando a corta distancia. Ese acento sharaní tenía un timbre extrañamente monótono, como si la gente no sintiera emoción alguna. Era como si… Como si la entonación, la música del lenguaje, hubiera desaparecido. Una música en la que Egwene nunca había reparado aunque siempre estaba presente.

Los que hablaban eran hombres, así que probablemente no tenía que preocuparse de que percibieran su habilidad. Aun así, Demandred lo había hecho con Leane; quizás él tenía algún *ter'angreal* para tal propósito. Cosas así existían.

De todos modos, dio un amplio rodeo a los guardias y siguió a través de lo que había sido su campamento, en medio de la oscuridad. Pasó entre tiendas caídas, todavía con el olor de fuegos ardiendo sin llama impregnando el aire, y cruzó un camino que había tomado casi todas las noches mientras recogía los informes de las tropas. Era perturbador constatar la rapidez con la que una podía pasar de una posición de poder a tener que escabullirse del mismo campamento como una rata. Encontrarse de repente imposibilitada para encauzar cambiaba muchas cosas.

«Mi autoridad no se basa en mi poder para encauzar —se dijo a sí misma—. Mi fuerza radica en el control, el entendimiento y el cuidado. Huiré de este campamento y seguiré luchando».

Repitió para sus adentros esas palabras para combatir la progresiva sensación de impotencia, de desesperación por tantas muertes, de cosquilleo entre los omóplatos, como si alguien la estuviera vigilando desde la oscuridad. Luz, pobre Leane.

Algo golpeó la tierra, cerca de ella. A la primera, la siguieron otras dos piedrecillas. Al parecer, Gawyn no se fiaba de lanzar una sola. Se movió más deprisa hacia los restos de una tienda cercana, medio quemada y con la otra mitad de la lona colgando de los mástiles del armazón.

Se agachó. En ese momento se fijó en un cuerpo medio quemado que yacía en el suelo, a escasas pulgadas de ella. Con el destello en el cielo de un relámpago en las nubes agitadas, vio que era un shienariano, aunque vestía el símbolo de la Torre Blanca en la camisa. Yacía tendido boca arriba, inmóvil, con un ojo mirando sin ver el cielo; el otro lado la cabeza estaba abrasado hasta dejar a la vista el cráneo.

Una luz apareció en la dirección hacia la que se había dirigido. Esperó en tensión mientras dos guardias sharaníes se acercaban llevando una linterna. No hablaban entre ellos. Al girar para dirigirse hacia el sur en su ruta, vio que las armaduras tenían símbolos grabados en el espaldar que imitaban los tatuajes que había visto en los hombres horas antes. Esas marcas eran muy extravagantes, por lo cual —si no se equivocaba en sus conjeturas— los soldados debían de ser de rango bajo.

El sistema la incomodaba. A una persona se le podían añadir más tatuajes, pero sabía que no había forma de quitarlos. El hecho de que cuanto más intrincados fueran los tatuajes más baja era la posición de una persona implicaba algo: la gente podía caer en desgracia, pero no podía ascender una vez que hubiera caído a una posición más baja o hubiera nacido en esa posición.

Sintió a la encauzadora detrás de ella instantes antes de que un escudo se interpusiera violentamente entre ella y la Fuente.

Egwene reaccionó de inmediato. No dio ocasión a que el terror se apoderara de ella; asió el cuchillo que llevaba en el cinturón y giró velozmente hacia la mujer que sentía aproximarse por detrás. Egwene arremetió con el arma, pero un tejido de Aire le sujetó el brazo con fuerza; otro le llenó la boca, amordazándola.

Egwene se revolvió y empujó, pero otros tejidos la asieron y la levantaron en el aire. El cuchillo cayó de los dedos crispados.

Un globo de luz apareció cerca, un suave halo azul, mucho más débil que el de una linterna. Lo había creado una mujer de piel oscura y rasgos muy refinados. Delicados. Nariz pequeña. Cuerpo esbelto. La mujer, que estaba agazapada, se incorporó y Egwene vio que era bastante alta, casi tanto como un hombre.

—Eres una conejita peligrosa —dijo la mujer con el fuerte e inexpresivo acento que dificultaba la comprensión de lo que decía.

Daba énfasis en las palabras donde no correspondía, y pronunciaba muchos sonidos de un modo raro. Llevaba tatuajes en la cara, como ramas delicadas que provenían de la nuca y avanzaban hacia las mejillas. También lucía uno de esos vestidos en forma acampanada, de seda negra y rígida.

La mujer se tocó el brazo donde el cuchillo de Egwene casi le había dado.

—Sí —dijo—. Muy peligrosa. Pocos Ayyad habrían empuñado una daga con tanta rapidez, en lugar de intentar asir la Fuente. Te han entrenado bien.

Egwene forcejeó con las ataduras. No sirvió de nada. Estaban apretadas. El corazón empezó a latirle muy deprisa, pero sabía que no debía dejar que el pánico la

dominara; el pánico no la salvaría. Se obligó a mantener la calma.

«No —pensó—. No, el pánico no me salvará, pero… podría alertar a Gawyn». Percibía su preocupación ahí fuera, en algún sitio en la oscuridad. No sin esfuerzo, permitió que el terror la asaltara, dejando a un lado todo su meticuloso entrenamiento Aes Sedai. No le resultó tan fácil como había esperado.

—Te mueves en silencio, conejita —dijo la sharaní mientras la inspeccionaba—. Jamás habría podido seguirte si no hubiese sabido de antemano que te movías en esta dirección. —Caminó alrededor de Egwene con expresión de curiosidad—. Presenciaste el pequeño espectáculo de Wyld de principio a fin, ¿no es cierto? Muy valiente. O estúpida.

Egwene cerró los ojos y se centró en su terror. Su pánico. Tenía que atraer a Gawyn. Tanteó mentalmente y abrió el prieto nudo de emociones que guardaba en un lugar recóndito de su mente. Su miedo a que la capturaran de nuevo los seanchan.

Lo sentía. El *a'dam* en el cuello. El nombre. Tuli. Un nombre de animal de compañía.

Era más joven entonces, pero no se había sentido más impotente de lo que se sentía ahora. Volvería a pasar. La reducirían a nada. Le arrebatarían su propia esencia. Antes muerta. ¡Oh, Luz! ¿Por qué no habría muerto?

Había jurado que nunca volverían a capturarla así. Empezó a respirar con rapidez, ahora incapaz de controlar el terror.

—Vamos, vamos —dijo la sharaní. Parecía divertida, aunque el tono era tan inexpresivo que Egwene no habría podido afirmarlo—. No es para tanto, ¿verdad? Tengo que decidir. ¿Qué será más provechoso para mí? ¿Entregarte a él o guardarte para mí? Mmmmm…

Alguien encauzó con fuerza, de repente, en el extremo opuesto del campamento, por donde Demandred se había marchado. La sharaní miró hacia allí, pero no dio muestras de estar alarmada.

Egwene sentía a Gawyn acercándose. Estaba tremendamente preocupado. Su mensaje había logrado su propósito, pero no acudía lo bastante deprisa y se encontraba más lejos de lo que ella había esperado. ¿Qué pasaba? Ahora que lo había dejado salir de su escondrijo, el miedo la superaba, la golpeaba con fuerza e insistencia.

—Tu hombre… —dijo la sharaní—. Tienes uno de ésos. ¿Qué nombre les dais? Curioso que dependáis de la protección de un hombre. Claro que vosotras nunca alcanzáis todo vuestro potencial en estas tierras, según me han contado. Lo prenderán. He mandado que vayan por él.

Como Egwene se había temido. ¡Luz! Había arrastrado a Gawyn a aquello. Había conducido al ejército al desastre. Apretó los ojos con fuerza. Había llevado a la Torre Blanca a su destrucción.

Sus padres serían brutalmente asesinados. Dos Ríos ardería.

Tendría que haber sido más fuerte.

Tendría que haber sido más lista.

«No».

Los seanchan no habían conseguido quebrantarla, y éstos tampoco lo lograrían. Egwene abrió los ojos y le sostuvo la mirada a la sharaní a la suave luz azul. Luchó con las emociones para dominarlas y alcanzar la serenidad; la impasibilidad Aes Sedai la envolvió.

—Eres… muy peculiar —susurró la sharaní, sin apartar los ojos de los de Egwene.

Tan fascinada estaba la mujer que no se dio cuenta cuando una sombra se movió detrás de ella. Una sombra que no podía ser Gawyn, ya que todavía lo percibía a lo lejos.

Algo se descargó contra la cabeza de la mujer desde atrás. La sharaní se desplomó y cayó redonda al suelo. La esfera azul se apagó al instante y Egwene quedó libre. Se agazapó al tiempo que tanteaba con los dedos hasta dar con el cuchillo.

Una figura se acercó a ella. Egwene empuñó el cuchillo y se preparó para abrazar la Fuente. Aunque atrajera la atención al hacerlo, no iban a apresarla otra vez.

Pero ¿quién era?

—Chis… —musitó la figura.

—¿Leilwin? —preguntó al reconocer la voz.

—Otros habrán notado que esta mujer encauzaba —dijo la seanchan—. Vendrán a ver qué estaba haciendo. ¡Tenemos que irnos!

—Me has salvado —susurró Egwene—. Me has rescatado.

—Me tomo muy en serio mis juramentos —dijo Leilwin. Luego, tan bajo que Egwene apenas oyó las palabras, añadió—: Quizá demasiado en serio. Qué augurios tan horribles esta noche…

Se movieron con rapidez a través del campamento hasta que Egwene percibió que Gawyn se aproximaba.

—Gawyn —llamó en voz baja.

Y de repente estuvo allí mismo, justo a su lado.

—Egwene… ¿Con quién te has encontrado?

Leilwin se puso tensa y a continuación emitió un siseo entre los dientes. Algo parecía haberla alterado muchísimo. A lo mejor estaba enfadada porque Gawyn se hubiera acercado a ella a hurtadillas. Si era por eso, entonces Egwene compartía su enfado. ¡Tanto presumir de su capacidad para moverse con sigilo y no sólo se había dejado sorprender por una encauzadora, sino que ahora también lo había hecho Gawyn! ¿Cómo era posible que un chico de ciudad fuera capaz de moverse tan bien que no lo había oído acercarse?

—No me he encontrado con nadie —susurró Egwene—. Leilwin me encontró a mí… y me ha sacado de un buen aprieto.

—¿Leilwin? —Gawyn escudriñó la oscuridad.

Egwene notó su sorpresa y su desconfianza.

—Tenemos que movernos —dijo la seanchan.

—Eso no voy a discutírtelo —contestó Gawyn—. Casi estamos fuera. Hemos de desviarnos un poco hacia el norte, sin embargo. He dejado unos cadáveres justo a la derecha.

—¿Cadáveres? —preguntó Leilwin.

—Una media docena de sharaníes se me echaron encima —dijo Gawyn.

«¿Media docena?» pensó Egwene. Él lo había dicho como si no tuviera importancia.

Aquél no era precisamente el mejor sitio para ponerse a discutir. Se reunió con los dos encaminándose hacia el perímetro del campamento, con Leilwin dirigiéndolos en una dirección específica. Cada ruido o grito del campamento hacía que Egwene se encogiera, preocupada de que alguien hubiera encontrado alguno de los cadáveres. De hecho, casi pegó un brinco que la habría hecho llegar a las nubes tormentosas allá arriba cuando alguien habló en la oscuridad.

—Sois vosotras, ¿sí?

—Lo somos, Bayle —contestó en voz baja Leilwin.

—¡Por mi anciana madre! —exclamó entre dientes Bayle Domon, que se acercó a ellas—. ¿La has encontrado? Mujer, vuelves a sorprenderme. —Vaciló—. Querría que me hubieses dejado ir contigo.

—Esposo, eres un hombre tan valiente y tan resuelto como cualquier mujer querría tener en su tripulación. Pero te mueves con el mismo sigilo que un oso cargando a través de un río.

Él gruñó, pero se unió al grupo para salir del perímetro del campamento en silencio y con cautela. Tras haber pasado unos diez minutos, Egwene decidió por fin abrazar la Fuente. Gozando la sensación, abrió un acceso y Rasó hasta la Torre Blanca.

Aviendha corrió con el resto de los Aiel a través de accesos. Irrumpieron como una inundación en el valle de Thakan’dar. Dos oleadas desbordándose desde lados opuestos del valle.

Aviendha no empuñaba una lanza; no la necesitaba porque ella era una lanza.

La acompañaban dos hombres de chaqueta negra, cinco Sabias, la mujer llamada Alivia y diez de las Aes Sedai leales a Rand con sus Guardianes. Ninguno, a excepción de Alivia, había reaccionado bien a que Aviendha los comandara. A los Asha’man no les gustaba tener que responder ante ninguna mujer, a las Sabias no les

gustaba recibir órdenes de Rand, y las Aes Sedai aún pensaban que las encauzadoras Aiel eran sus inferiores. En cualquier caso, todos ellos obedecieron la orden.

Rand le había susurrado en un momento de tranquilidad que los vigilara a todos por si entre ellos hubiera Amigos Siniestros. Esa advertencia no había estado dictada por el miedo, sino por su sentido práctico. La oscuridad podía filtrarse en cualquier sitio.

En el valle había trollocs y algunos Myrddraal, pero no habían previsto ese ataque. Los Aiel se aprovecharon de su descuido y la matanza dio comienzo. Aviendha condujo a su grupo de encauzadores hacia la fragua, aquel enorme edificio de techo gris. Los forjadores de la Sombra interrumpieron su inexorable movimiento y mostraron un mero atisbo de desconcierto.

Aviendha lanzó un tejido de Fuego contra uno de ellos y lo descabezó. El cuerpo se volvió piedra y después empezó a desmoronarse.

Su acción pareció una señal para los demás encauzadores, y por todo el valle los forjadores de la Sombra empezaron a estallar. Se decía que eran guerreros terribles cuando se los provocaba, que tenían una piel en la que las espadas rebotaban. Puede que eso no fuera más que un rumor, ya que, en realidad, pocos Aiel habían danzado las lanzas con un forjador de la Sombra.

Aviendha no tenía ningún interés en descubrir si aquello era verdad. Dejó que su equipo acabara con el primer grupo de forjadores de la Sombra e intentó no darle muchas vueltas a la muerte y la destrucción que esas… cosas habían causado durante sus vidas antinaturales.

Los Engendros de la Sombra intentaron organizar una defensa, con algunos de los Myrddraal gritando y azotando a sus trollocs para que cargaran y desbarataran el ataque Aiel, lanzado sobre ellos en un amplio frente. Habría sido más fácil detener la corriente de un río con un puñado de ramitas. Los Aiel no se frenaron y los Engendros de la Sombra que intentaron poner resistencia acabaron muertos, a menudo atravesados por multitud de lanzas o flechas.

Casi todos los trollocs dieron media vuelta y huyeron ante el griterío atronador de los Aiel. Aviendha y sus encauzadores llegaron a las forjas y a los corrales donde los cautivos sucios y de mirada apagada habían estado esperando la muerte.

—¡Deprisa! —les dijo Aviendha a los Guardianes que la acompañaban.

Los hombres abrieron a la fuerza los corrales, mientras Aviendha y los demás atacaban a los últimos forjadores de la Sombra. Al morir —desmoronándose en piedra y polvo— dejaron caer en el suelo rocoso cuchillas Thakan'dar a medio terminar.

Aviendha alzó la vista hacia arriba, a la derecha. Un sendero largo y serpentino conducía hasta las fauces de la caverna, en la ladera de la montaña que se elevaba hacia el cielo, imponente. La abertura estaba muy oscura. Parecía una trampa para

tentar a la luz a entrar a fin de atraparla y no soltarla jamás.

Aviendha urdió Fuego y Energía y soltó el tejido en el aire. Un instante después, se abría un acceso en el arranque del sendero hacia lo alto de Shayol Ghul. Lo cruzaron cuatro personas. Una mujer con vestido azul, de estatura baja, pero sobrada de voluntad. Un hombre mayor de cabello blanco y envuelto en una capa multicolor. Una mujer de amarillo que llevaba el oscuro cabello corto adornado con una serie de gemas engarzadas en oro.

Y un hombre alto, con el cabello del color de las brasas. Vestía la chaqueta roja y dorada, pero debajo llevaba una sencilla camisa de Dos Ríos. Lo que había sido y en lo que se había convertido, combinados en uno. Iba armado con dos espadas, como un shienariano. Una que parecía de cristal y que llevaba sujeta a la espalda. La otra era la espada del Asesino del Árbol, el rey Laman, colgada a la cintura. Esa última la llevaba por ella. Qué hombre más tonto.

Aviendha lo saludó levantando una mano y él respondió de la misma manera. Ese gesto sería la única despedida entre ellos dos si él fracasaba en su misión o ella moría mientras llevaba a cabo la suya. Con una última mirada, giró sobre sus talones y fue a poner en marcha la tarea que tenía encomendada.

Dos de sus Aes Sedai se habían coligado y crearon un acceso para que los Guardianes sacaran de allí a los prisioneros y los pusieran a salvo. A muchos hubo que empujarlos para que se movieran. Avanzaron a trompicones, con la mirada casi tan vacía como la de los ojos de los forjadores de la Sombra.

—Registrad también dentro de la forja —indicó Aviendha al tiempo que hacía un gesto a unos cuantos Guardianes.

Los hombres irrumpieron a la carga en el edificio, seguidos de sus Aes Sedai. Tejidos del Poder Único sacudieron el edificio cuando encontraron a más forjadores de la Sombra, y los dos Asha'man se apresuraron a entrar también.

Aviendha recorrió con la mirada el valle. La batalla se había convertido en un espectáculo feo; había más Engendros de la Sombra en el paso angosto que conducía fuera del valle. Ésos habían tenido más tiempo para prepararse y avanzar en formación. Ituralde conducía a sus fuerzas hacia allí, detrás de los Aiel, para asegurar los sectores del valle que ya estaban tomados.

«Paciencia», se exhortó Aviendha para sus adentros. Su tarea no era unirse a esa batalla que se avecinaba, sino proteger la retaguardia de Rand mientras él subía el sendero y entraba en la Fosa de la Perdición.

Había una cosa que la preocupaba. ¿Los Renegados podrían Viajar directamente al interior de la caverna? A Rand no parecía preocuparle eso, pero también estaba muy distraído con lo que tenía que hacer. A lo mejor debería reunirse con él y…

Frunció el entrecejo mientras miraba hacia el cielo. ¿Por qué se estaba poniendo más oscuro?

A gran altura, el sol lucía en un cielo turbulento. Se veían nubes de tormenta dispersas, algunas de un color muy negro y otras de un blanco radiante. Sin embargo, no era una nube lo que había empezado a oscurecer el sol de repente, sino algo sólido y negro que se deslizaba sobre él y lo cubría progresivamente.

Aviendha sintió un escalofrío y se puso temblar a medida que la luz se apagaba. Y se hizo la oscuridad, una profunda y absoluta oscuridad.

Por todo el campo de batalla los soldados alzaron la vista con sorpresa, incluso con sobrecogimiento. Había llegado el fin del mundo.

Alguien encauzó de repente desde el otro extremo del ancho valle. Aviendha giró sobre sus talones con rapidez, sacudiéndose de encima la estupefacción. A corta distancia, el suelo quedó sembrado de ropas desgarradas, armas caídas y cadáveres. Toda la lucha se llevaba a cabo en la boca del valle, lejos de donde se encontraba ella, donde los Aiel intentaban rechazar a los Engendros de la Sombra para hacerlos regresar al paso.

Aunque Aviendha no distinguía gran cosa a través de la oscuridad, se daba cuenta de que los soldados contemplaban el cielo con fijeza. Incluso los trollocs parecían sobrecogidos. Pero entonces la densa negrura empezó a desplazarse en el cielo, de manera que primero dejó a la vista el borde del astro y a continuación, gradualmente, el sol. ¡Luz! El fin no se les venía encima.

La batalla en la boca del valle se reanudó, pero saltaba a la vista que se estaba complicando. Hacer que los trollocs se retiraran por los angostos confines del paso era como intentar empujar a un caballo a través de una estrecha brecha en la pared. Imposible, a menos que uno empezara a excavar.

—¡Allí! —señaló Aviendha hacia el costado del valle, detrás de las líneas Aiel—. Percibo que una mujer está encauzando.

—Luz, y qué poderosa es —susurró Nesune.

—¡Círculo! —gritó Aviendha—. ¡Ya!

Los demás se coligaron y le cedieron el control del círculo. El Poder —un Poder inimaginable— la colmó. Fue como si lo hubiese absorbido en una inhalación, sólo que todavía podría aspirar más aire, llenarse, expandirse, chisporrotear con energía. Era una tormenta, un vasto mar de Poder Único.

Adelantó las manos ante sí para lanzar un tejido burdo, sólo a medio formar. Aquello era casi demasiado poder para que ella fuera capaz de darle forma. Aire y Fuego saltaron de sus manos con un chisporroteo, una columna tan ancha como un hombre, con los brazos extendidos. El fuego irradió como una llamarada densa, caliente, casi líquida. No era fuego compacto —ella no caería en eso— aunque sí muy peligroso, sin embargo. El aire contuvo el fuego en una concentrada masa de destrucción.

La columna salió disparada a través del campo de batalla y derritió la piedra sobre

la que pasaba e incendió los cadáveres. Una franja enorme de niebla desapareció con un siseo y el suelo se sacudió cuando la columna roturó como un arado la pared del lado del valle donde la encauzadora enemiga —Aviendha sólo podía pensar que era una de las Renegadas por— la fuerza de la mujer —había estado atacando las últimas filas de Aiel.

Aviendha soltó el tejido; tenía la piel cubierta de sudor. Una ardiente columna de humo negro se elevaba de la pared del valle. Roca fundida resbalaba vertiente abajo. Aviendha se quedó muy quieta, alerta, a la espera. De hecho, el Poder Único que había dentro de ella empezó a «presionar», como si intentara escapar de su interior. ¿Eso se debería quizás a que parte de la energía que utilizaba procedía de varones? Nunca, hasta ese momento, el Poder Único había dado la impresión de querer destruirla.

Sólo tuvo una mínima advertencia; un fugaz instante de encauzar con frenesí al lado opuesto del valle, seguido de un fortísimo golpe de viento.

Aviendha hendió el viento por el centro con un tejido invisible del tamaño de un gran árbol del bosque. A continuación contraatacó con otro chorro de fuego, esta vez más controlado. No, no osaría utilizar fuego compacto. Rand le había advertido sobre eso. Hacerlo podría agrandar la Perforación, romper la estructura de la realidad en un punto donde esa membrana ya estaba debilitada.

Su enemiga no tenía esa restricción. El siguiente ataque de la mujer llegó en forma de una barra de luz como acero incandescente que pasó de largo junto a Aviendha por un pelo —taladrando el aire a un dedo de su cabeza— antes de dar en la forja que tenía detrás. El fuego compacto cortó una ancha franja de piedra y ladrillo de la pared y el edificio se desplomó con estruendo.

«¡Por qué poco!», pensó Aviendha al tiempo que se tiraba al suelo.

—¡Dispersaos! —ordenó a los otros—. ¡No le deis blancos fáciles!

Encauzó de forma que agitó el aire para crear una tormenta de polvo y escombros delante de ellos. Luego utilizó el tejido para encubrir que abrazaba el Poder Único y ocultarse de su enemiga. Se escabulló, agazapada, hacia un resguardo cercano donde protegerse: un montón de escoria y fragmentos de hierro rotos que esperaban para ser fundidos.

El fuego compacto golpeó de nuevo y dio en el suelo de piedra donde Aviendha había estado un momento antes. Perforó la roca con la facilidad con que una lanza atravesaría un melón. Todos los compañeros de Aviendha se habían puesto a cubierto y seguían proporcionándole su fuerza. Qué poder. Distraía la atención. Calculó la fuente de los ataques.

—Estad preparados para seguirme —dijo a los otros, y entonces creó un acceso al punto del que había salido el tejido—. ¡Venid detrás, pero buscad resguardo de inmediato!

Saltó a través del acceso en medio de un frufrú de faldas, henchida de Poder Único que era como un trueno contenido y controlado de algún modo. Salió a una vertiente desde la que se dominaba la batalla. Allá abajo, Doncellas y hombres combatían contra los trollocs; era como si los Aiel estuvieran refrenando una enorme inundación negra. Aviendha no perdió más tiempo que el justo para echar una rápida ojeada. Excavó el suelo con un tejido de Tierra primario, arrancó un trozo de roca del tamaño de un caballo y lo alzó en el aire. La barra de luz que se dirigió hacia ella un segundo después dio en la gran roca.

El fuego compacto era una lanza difícil de manejar. A veces cortaba, pero si chocaba con un objeto —o una persona, por ejemplo— el resultado era que todo ese objeto o persona destellaba y se evaporaba. El fuego compacto borró de la existencia la roca de Aviendha en medio de un destello, dejando motitas de polvo brillante que enseguida desaparecieron. Detrás de Aviendha, hombres y mujeres de su círculo cruzaron por el acceso de un salto y se pusieron a cubierto.

Ella apenas tuvo tiempo para reparar en que, cerca, habían aparecido grietas en la roca de la ladera. Grietas que parecían abrirse a la oscuridad. Mientras le desaparecía de las retinas la imagen de la barra de luz lanzó una abrasadora columna de fuego. Esta vez acertó a dar en carne, abrasando a una esbelta mujer de piel cobriza ataviada con un vestido rojo. Otras dos mujeres que había cerca maldijeron y huyeron precipitadamente. Aviendha les lanzó un segundo ataque.

Una de las dos —la más fuerte— creó un tejido con tal destreza y rapidez que Aviendha apenas lo captó. El tejido se abrió delante de su columna de fuego y el resultado fue una explosión de vapor abrasador. El fuego de Aviendha se extinguió y ella dio un respingo, cegada de forma pasajera.

Su instinto de guerrera tomó el control. Oculta por la nube de vapor, se tiró al suelo de rodillas y luego rodó de lado sobre sí misma al tiempo que cogía un puñado de piedras y las arrojaba lejos de ella para crear una distracción.

Funcionó. Parpadeaba para librarse de las lágrimas que le empañaban la vista cuando una barra de luz incandescente se descargó hacia el ruido de las piedras. Las grietas negras se extendieron más.

Aviendha apartó el vapor con un tejido de Aire mientras seguía parpadeando. Veía lo suficiente para distinguir dos formas oscuras agachadas junto a las rocas, cerca. Una se volvió hacia ella, soltó un respingo al ver los tejidos de ataque que Aviendha estaba creando, y entonces desapareció.

No había acceso. La persona dio la impresión de plegarse sobre sí misma, y Aviendha no percibió que hubiera encauzado. Sí notó algo diferente, algo… tenue. Una especie de temblor en el aire que no era del todo físico.

—¡No! —gritó la segunda mujer, que sólo era un borrón en los ojos llorosos de Aviendha—. ¡No lo…!

A Aviendha se le aclaró la vista justo lo suficiente para distinguir los rasgos de la mujer —una cara alargada y cabello oscuro— a la par que su tejido la alcanzaba. Los miembros de la encauzadora se desgajaron del cuerpo. Un brazo que ardía sin llama salió lanzado al aire creando un remolino de humo antes de caer cerca con un golpe.

Aviendha tosió y luego soltó el círculo.

—¡Curación! —pidió mientras hacía un esfuerzo para ponerse de pie.

Bera Harkin llegó la primera y un tejido de Curación dejó temblorosa a Aviendha. Jadeó y la piel enrojecida y los ojos chamuscados quedaron sanados. Con un cabeceo se lo agradeció a Bera, a quien ahora veía con claridad.

Delante de ella, Sarene —una Aes Sedai con el rostro en forma de lágrima y numerosas trencillas oscuras— se acercó con su Guardián, Vitalien, pegado a ella, a los cadáveres que Aviendha había dejado. La mujer meneó la cabeza.

—Duhara y Falion. Ahora Señoras del Espanto.

—¿Es que hay diferencia entre Señoras del Espanto y el Ajah Negro? —preguntó Amys.

—Por supuesto —dijo Sarene con voz sosegada.

Cerca, los demás todavía abrazaban el Poder Único, esperando otro ataque. Aviendha no creía que se produjera. Había oído ese respingo de sorpresa, había notado el pánico en el modo en que la última mujer —la más fuerte de las tres— había huido. Quizá no había previsto enfrentarse tan pronto a una resistencia tan fuerte.

Sarene le dio una patada al brazo que había pertenecido a Falion.

—Habría sido mejor atraparlas vivas para interrogarlas. Estoy segura de que habríamos descubierto la identidad de esa tercera mujer. ¿Alguien la ha reconocido?

Los miembros del grupo movieron la cabeza en un gesto de negación.

—No era ninguna de la lista del Ajah Negro que habían escapado —dijo Serene, que enlazó el brazo al de su Guardián—. Tenía un rostro muy particular, bulboso y carente de cualquier cualidad atractiva. Estoy segura de que la recordaría.

—Era poderosa —dijo Aviendha—. Muy poderosa.

Habría sugerido que era una Renegada, pero la mujer que habían visto no era Moghedien, sin lugar a dudas, y tampoco coincidía con la descripción de Graendal.

—Nos dividiremos en tres círculos —añadió—. Bera dirigirá uno de ellos, y Amys y yo, los otros. Sí, podemos hacer círculos más grandes que trece ahora, pero parece un despilfarro. No necesito tanto poder para matar. Uno de nuestros grupos atacará a los trollocs, ahí abajo. Los otros dos evitarán encauzar y se ocultarán cerca, vigilando. De ese modo podemos inducir a la encauzadora enemiga a pensar que seguimos unidos en un gran círculo, y los otros dos pueden acometerla por los lados cuando venga a atacar.

Amys sonrió. Era una táctica básica de asalto de las Doncellas. No parecía

sentirse molesta por seguir las órdenes de Aviendha ahora que el enfado por el atrevimiento de Rand se le había pasado. Si acaso, ella y las otras cuatro Sabias parecían sentirse orgullosas.

Mientras el equipo de Aviendha obedecía sus órdenes, ella percibió que encauzaban más en el campo de batalla. A Cadsuane y a las que la seguían les gustaba considerarse fuera de las órdenes de Rand. Luchaban mientras otro grupo de Aes Sedai y Asha'man mantenía accesos abiertos para que pasaran por ellos los ejércitos domani y teariano.

Demasiada gente encauzando por todas partes. Iba a ser difícil ubicar un ataque de cualquiera de los Renegados.

—Tenemos que establecer zonas de Viaje —dijo Aviendha—. Y mantener el más estricto control respecto a quién va a encauzar y dónde. De ese modo, podremos saber en un instante, cuando notemos encauzar, si algo va mal. —Se llevó la mano a la cabeza—. Esto va a ser muy difícil de organizar.

Cerca, la sonrisa de Amys se ensanchó.

«Ahora tienes el mando tú, Aviendha —parecía decir esa sonrisa—. Y eres tú la que ha de soportar los dolores de cabeza inherentes al liderazgo».

Rand al'Thor, el Dragón Renacido, se dio la vuelta y dejó a Aviendha y a Ituralde con su batalla. Él tenía otra distinta que acometer.

Por fin, había llegado el momento.

Se acercó al pie de la montaña de Shayol Ghul. Arriba, un agujero negro horadado en la pared de la montaña, el único camino de acceso a la Fosa de la Perdición. Moraine se reunió con él mientras se ajustaba el chal; los flecos siguieron agitándose, sacudidos por el viento.

—Recuerda que esto no es la Perforación, no es la prisión del Oscuro. Esto es simplemente el lugar donde su influjo es más fuerte. Aquí es él quien tiene el control.

—Su influjo se nota ya en todo el mundo, en mayor o menor medida —dijo Rand.

—Y, en consecuencia, aquí ha de ser mayor.

Rand asintió y puso la mano en la daga que tenía en el cinturón.

—No encaucéis hasta que ataquemos directamente al Oscuro —dijo—. De ser posible, evitaré un enfrentamiento como el que tuvimos durante la limpieza del *Saidin*.

Nynaeve asintió con un cabeceo. Llevaba las joyas de los *angreal* y *ter'angreal* sobre el vestido amarillo, uno mucho más hermoso de lo que ella habría podido permitirse en sus tiempos de Zahorí en Campo de Emond. Rand la veía muy rara sin la trenza; ahora el cabello apenas le llegaba a los hombros. De algún modo la hacía parecer mayor, y no tendría que ser así. La trenza era un símbolo de madurez en Dos Ríos. ¿Por qué aparentaba ser mayor sin ella?

Thom se acercó a Rand y escudriñó con los ojos entrecerrados el agujero en la pared rocosa.

—Creo que yo no entraré con vosotros —dijo.

Moraine lo miró y frunció los labios.

—Alguien tiene que guardar la entrada a la cueva, esposa —dijo Thom—. Ese saliente que está justo al lado de la boca de la caverna tiene una vista excelente del campo de batalla. Puedo observar cómo se desarrolla la lucha abajo, y tal vez componer una buena balada o dos.

Rand sonrió al ver la chispa de humor que asomó a los ojos de Thom. Estaban al mismo límite del tiempo y Thom Merrilin seguía encontrando el modo de hacerlo sonreír a uno.

En lo alto, las oscuras nubes giraban con el pico de Shayol Ghul de eje. La negrura asaltó al sol y lo cubrió de forma progresiva hasta hacer que el astro desapareciera, cubierto por completo en un eclipse total.

Las fuerzas de Rand se detuvieron y contemplaron el cielo con terror; incluso los trollocs hicieron un alto mientras gruñían y ululaban. Pero el sol salió lentamente de su cautividad, y la feroz batalla se reanudó allá abajo, en el valle. Anunciaba sus intenciones, pero la daga lo ocultaría a los ojos del Oscuro. Si la Luz quería, los cabecillas de la Sombra se centrarían en la batalla y darían por sentado que el Dragón esperaría el resultado del enfrentamiento antes de atacar.

—¿Ahora? —preguntó Nynaeve, que observaba el sendero estrecho y pedregoso que conducía a la caverna.

Rand asintió en silencio y encabezó la marcha hacia arriba. Se levantó un fuerte viento que zarandeó a los cuatro mientras ascendían por el sendero. Rand había elegido a propósito su indumentaria. La chaqueta roja, con garzas doradas en el cuello y con bordados en oro de zarzas espinosas entrelazadas en una línea a lo largo de las mangas y alrededor de los puños, era exacta a una de las que Moraine le había preparado para la recepción en Fal Dara.

La camisa blanca, atada con cintas por la pechera, estaba confeccionada en Dos Ríos. *Callandor* a la espalda, y la espada de Laman a la cadera. Había pasado mucho tiempo desde que no llevaba esa última, pero le había parecido apropiado.

Las ráfagas de aire lo azotaban, amenazando con precipitarlo desde las alturas. Siguió adelante de todos modos, empujando contra el viento, ascendiendo la empinada cuesta, con los dientes apretados para aguantar el dolor del costado. Allí el tiempo parecía carecer de sentido, y Rand experimentó la sensación de llevar días caminando cuando llegó al tramo llano que había delante de la boca de la caverna, desde donde se volvió para contemplar el valle.

Allí abajo sus fuerzas parecían tan frágiles, tan insignificantes… ¿Serían capaces de aguantar el tiempo que hiciera falta?

—Rand… —dijo Nynaeve, que lo tomó del brazo—, quizá deberías descansar.

Él se miró el costado, siguiendo la mirada de ella. La herida, esa vieja herida, se había vuelto a abrir. Notaba sangre dentro de la bota. Le había resbalado por el flanco y pierna abajo, y cuando Rand dio un paso dejó una huella ensangrentada detrás.

Su sangre en las rocas…

Nynaeve se llevó una mano a la boca.

—Tenía que ser así, Nynaeve —dijo Rand—. No puedes evitarlo. La profecía no dice nada acerca de que sobreviva a esto. Siempre me ha parecido extraño, ¿y a ti? ¿Por qué se menciona la sangre pero no lo que viene a continuación? —Meneó la cabeza y después desenvainó *Callandor* de la funda—. Moraine, Nynaeve, ¿me prestaréis vuestra fuerza y os uniréis a mí en círculo?

—¿Quieres que una de nosotras lo dirija para que así puedas usarla sin riesgo? —sugirió Moraine, vacilante.

—En mis planes no he incluido la seguridad —dijo Rand—. Un círculo, por favor.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada. Mientras fuera él quien dirigiera el círculo, otro podría atacar y controlarlo. A ninguna le gustaba la petición, eso era obvio. Rand no estaba seguro de si debería sentirse complacido por el hecho de que esas dos hubieran empezado a llevarse bien; quizá, por el contrario, tendría que preocuparse por si hacían un frente común contra él.

Tal reflexión parecía una idea propia de días más normales. Días más fáciles. Esbozó una sonrisa irónica, pero sabía que el gesto no se reflejaba en sus ojos. Moraine y Nynaeve le prestaron su fuerza y él la aceptó. Thom besó a Moraine y después los tres se volvieron para mirar la oquedad que tenían delante. Llevaba hacia abajo, al corazón de la montaña y al foso abrasador que era lo más próximo a la morada del Oscuro que este mundo conocía.

Las sombras proyectadas por el sol al reaparecer oscurecieron la caverna alrededor de Rand. El viento tiraba de él; notaba el pie caliente con su propia sangre.

«No saldré vivo de aquí», pensó. Ya le daba igual. Sobrevivir no era su meta. No lo había sido desde hacía tiempo.

Lo que quería era hacerlo bien. Tenía que hacerlo bien. ¿Era el momento oportuno? ¿Lo había planeado bien, con acierto?

HA LLEGADO EL MOMENTO. ES HORA DE EMPRENDER LA TAREA.

La voz habló con la inexorabilidad de un terremoto y las palabras vibraron a través de Rand. Más que un sonido en el aire —mucho más— las palabras fueron dichas como si se transmitieran de un alma a otra. Moraine dio un respingo y los ojos se le desorbitaron.

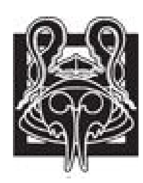
A Rand no lo pilló por sorpresa. Ya había oído esa voz antes, en otra ocasión, y se dio cuenta de que había estado esperando oírla. O, al menos, había confiado en que

así ocurriera.

—Gracias —susurró Rand.

Luego, dejando huellas de sangre a su paso, echó a andar hacia el interior del reino del Oscuro.

24



No hacer caso de los augurios

Fortuona, emperatriz del imperio seanchan, observó a su esposo mientras él impartía órdenes a sus fuerzas. Estaban formadas fuera de palacio, en Ebou Dar, y ella se encontraba sentada en un recargado trono móvil, equipado con varas largas en la parte inferior para que cargara con él una docena de soldados.

El trono le prestaba grandeza, pero también daba una impresión engañosa de entorpecimiento. Un asesino daría por descontado que no podría moverse con rapidez llevando el atuendo de gala, con los pliegues del vestido de seda colgándole por delante y cayendo hacia el suelo. Se sorprendería, pues, de que fuera capaz de liberarse de las prendas exteriores con tanta facilidad como chasquear los dedos.

—Ha cambiado, Altísima Señora —le dijo Beslan—. Y, sin embargo, no lo ha hecho. Ya no sé qué pensar de él.

—Es lo que la Rueda nos ha enviado —repuso Fortuona—. ¿Ya habéis pensado qué haréis?

Beslan seguía con los ojos mirando al frente. Era impetuoso, y a menudo se dejaba llevar por las emociones, pero no era distinto de los otros altaraneses. Eran gente apasionada y se estaban convirtiendo en una valiosa incorporación al imperio ahora que habían sido debidamente adiestrados.

—Haré lo que se me ha sugerido —contestó Beslan, que enrojeció.

—Muy acertado —dijo Fortuona.

—Así perdure el trono para siempre —deseó Beslan—. Y así vuestra respiración sea igual de duradera, Altísima Señora.

Hizo una reverencia y se retiró como era debido. Fortuona podía ir a la guerra, pero era a Beslan a quien correspondía gobernar aquellas tierras. Habría querido tomar parte en la batalla, pero ahora comprendía que allí hacía falta.

Selucia lo siguió con la mirada y asintió con la cabeza en un gesto de aprobación.

«Ése se está convirtiendo en un recurso valioso a medida que aprende el comedimiento apropiado», indicó con el lenguaje de las manos.

Fortuona no dijo nada. Lo que había expresado Selucia implicaba una cosa, algo que a Fortuona le habría pasado inadvertido de no ser por la larga relación entre ellas. Beslan estaba aprendiendo. Otros, sin embargo…

Matrim, reunido con los comandantes seanchan, empezó a barbotar improperios y

montó un escándalo. Fortuona no oía con claridad qué era lo que lo había sacado de sus casillas. ¿Qué había hecho al unirse a él?

«He hecho caso de los augurios», pensó.

Lo pilló lanzando una mirada hacia ella antes de ponerse a despotricar otra vez. Habría que enseñarle a contenerse, pero conseguirlo… No iba a ser fácil. Bastante más difícil de lo que había sido enseñar a Beslan. Al menos Selucia no le hacía censuras en voz alta. Ahora era su Palabra de la Verdad, aunque ella se daba cuenta de que para Selucia ocupar esa posición le estaba crispando los nervios. Preferiría seguir siendo su Voz, nada más. Quizá los augurios le mostrarían a otra persona adecuada para ser su Palabra de la Verdad.

¿*En serio vamos a hacer lo que dice él*?, transmitió Selucia.

Este mundo es un caos, contestó Fortuona. No era una respuesta directa. No quería dar ninguna en ese momento. Selucia descifraría el significado.

Los seanchan solían decir «así viva para siempre» respecto a la emperatriz. Para algunos, era un tópico o un mero ritual de lealtad. Para Fortuona siempre había significado mucho más. Esa frase resumía la fortaleza del imperio. Una emperatriz tenía que ser astuta, fuerte y hábil si quería sobrevivir. Sólo los más fuertes merecían sentarse en el Trono de Cristal. Si uno de sus hermanos o un miembro de la Alta Sangre, como Galgan, se las arreglaba para matarla, entonces su muerte sería beneficiosa para el imperio, porque obviamente ella habría sido demasiado débil para dirigirlo.

Así viviera para siempre. Así tuviera la fuerza necesaria para vivir para siempre. Así fuera lo bastante fuerte para conducirlos a la victoria. Ella pondría orden en este mundo. Ésa era su meta.

Matrim cruzó con paso airado el recinto donde había formado el ejército, a diez pasos del trono. Vestía un uniforme de gran general del imperio, aunque no lo llevaba bien. Seguía enganchándose los amplios ropajes con cosas. El traje de gala de un gran general estaba pensado para dar autoridad a quien lo llevaba, para resaltar su elegancia mientras la tela ondeaba en respuesta a sus movimientos cuidadosos. En Matrim era como envolver en seda a un caballo de carreras y esperar que galopara. Tenía una especie de galanura, pero no era la elegancia de la corte.

Comandantes de rango inferior fueron tras él. Matrim desconcertaba a la Sangre. Y eso estaba bien, ya que los mantenía inseguros, sin saber qué esperar de él. Pero también representaba el desorden con sus modales volubles y sus constantes desplantes a la autoridad. Ella representaba el orden, y se había casado con el mismísimo caos. ¿En qué habría estado pensando?

—Pero ¿y qué pasa con los Marinos, Alteza? —dijo el general Yulan, que se detuvo al lado de Matrim y enfrente de Fortuona.

—Dejad de preocuparos por los jodidos Marinos —espetó Matrim—. Si

pronunciáis otra vez la palabra «Marinos» os colgaré por las uñas de los dedos de los pies en uno de esos *raken* en los que revoloteáis y os mandaré de vuelta a Shara.

—Alteza, yo… —Yulan parecía perplejo.

No terminó la frase porque Matrim lo interrumpió al gritar:

—¡Savara, en cabeza marchan los piqueros, no la caballería, lerda amante de cabras! Me da igual si la caballería cree que puede hacerlo mejor. ¡Es lo que la caballería piensa siempre! ¿Qué sois, una jodida Gran Señora teariana? ¡Pues os nombraré miembro honorario si seguís con esa idea!

Matrim se alejó airadamente hacia Savara, que permanecía en su caballo cruzada de brazos y con un gesto de desagrado plasmado en el oscuro semblante. Yulan, al que había dejado atrás, parecía totalmente desconcertado.

—¿Cómo se cuelga a alguien por las uñas de los dedos de los pies? —se preguntó en voz tan baja que Fortuona apenas oyó lo que decía—. No creo que eso sea posible. Las uñas se romperían. —Y se alejó meneando la— cabeza.

Al lado de Fortuona, Selucia movió los dedos: *Cuidado. Se acerca Galgan*.

Fortuona se preparó para lo que se avecinaba al ver acercarse a caballo al capitán general Galgan. Vestía armadura negra en lugar de un uniforme como el de Matrim, y sabía llevarla bien. Dominante, casi imponente, era su mayor rival y su mejor baza. Cualquier hombre en su posición sería un rival para ella, desde luego. Así eran las cosas; como debían ser.

Matrim jamás sería un rival. Todavía no sabía qué pensar de eso. Una parte de ella —pequeña, pero no carente de fuerza— pensaba que tendría que repudiarlo por esa misma razón. ¿No era el Príncipe de los Cuervos un medio de que la emperatriz comprobara si se mantenía fuerte al representar una constante amenaza para ella? *Sa'rabat shaiqen nai batain pyast*. Una mujer era más ingeniosa con un cuchillo al cuello. Un proverbio que decía Varuota, su tataratatarabuela.

Odiaría tener que librarse de Matrim. No podía hasta que estuviera embarazada de él, de todos modos. Sería no hacer caso de los augurios.

Qué hombre tan extraño era. Cada vez que pensaba que sabía lo que iba a hacer, resultaba que no era así.

—Altísima Señora —dijo Galgan—, estamos casi listos.

—El Príncipe de los Cuervos está descontento con los retrasos —contestó ella—. Teme que llegaremos demasiado tarde a la batalla.

—Si el Príncipe de los Cuervos tiene realmente ciertos conocimientos sobre ejércitos y batallas —empezó Galgan en un tono que indicaba que no creía posible tal cosa—, se dará cuenta de que mover un contingente de este tamaño requiere un gran esfuerzo.

Hasta la llegada de Matrim, Galgan había sido el miembro de la Sangre de más alto rango en esas tierras, aparte de la propia Fortuona. No le gustaría ser destituido

de repente. Hasta entonces, Galgan había dirigido sus ejércitos, y la intención de Fortuona era que siguiera haciéndolo. Unas horas antes, ese mismo día, Galgan le había preguntado a Matrim cómo reuniría a sus tropas, y Matrim lo había interpretado como una invitación a que lo hiciera. El Príncipe de los Cuervos andaba a zancadas de aquí para allá dando órdenes, pero no temía el mando. No del todo; Galgan podría detenerlo con una palabra.

No lo hizo. Era obvio que deseaba ver cómo se le daba a Matrim dirigir. Galgan lo observaba con los ojos entrecerrados. No sabía bien cómo encajaba el Príncipe de los Cuervos en la estructura de mando. Fortuona todavía tenía pendiente tomar una decisión sobre eso.

Cerca, un golpe de viento levantó algo de polvo y dejó a la vista el pequeño cráneo de un roedor que asomaba en la tierra. Otro augurio. Últimamente su vida estaba saturada de ellos.

Aquél era un augurio de peligro, desde luego. Era como si paseara a través de una pradera de pastos altos y espesos y pasara entre *lopar* acechantes y agujeros excavados como trampas para los incautos. El Dragón Renacido se había arrodillado ante el Trono de Cristal, y el augurio de las flores de melocotonero —el augurio más poderoso de cuantos conocía— lo había acompañado.

Las tropas en marcha pasaron por delante, con los oficiales gritando órdenes y marcando el paso. Las llamadas de los *raken* parecían estar sincronizadas con el sonido de las pisadas. Eso era lo que dejaría por una guerra desconocida en tierras de las que apenas sabía nada. Sus dominios quedarían virtualmente indefensos, al mando de un extraño cuya lealtad era de nuevo cuño.

Un gran cambio. Sus decisiones podían acabar con su reinado y, por supuesto, con el propio imperio. Matrim no entendía eso.

«Llama a mi consorte», indicó dando golpecitos con los dedos en los reposabrazos del trono.

Selucia transmitió la orden a un mensajero. Poco después, Matrim se acercaba a lomos de su caballo. Había rechazado el regalo de uno nuevo, y con razón. Tenía mejor ojo para los caballos que la mujer que ostentaba el cargo de caballerizo mayor. De todos modos… *Puntos*. Qué nombre tan estúpido.

Fortuona se puso de pie. De inmediato, quienes se encontraban cerca se inclinaron. Galgan desmontó y se puso de rodillas. Todos los demás se postraron en el suelo. Que la emperatriz se pusiera de pie significaba una intervención del Trono de Cristal.

—Rayos y centellas —dijo Matrim—. ¿Más reverencias? ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer? Pues si a vosotros no se os ocurre ninguna, a mí se me vienen a la cabeza unas cuantas docenas.

A un lado, Fortuona vio sonreír a Galgan. Creía que sabía lo que se proponía

hacer. Pues se equivocaba de medio a medio.

—Te doy por nombre Knotai, porque eres el que trae la destrucción a los enemigos del imperio. Que tu nuevo nombre sea el único por el que se te conozca a partir de hoy y hasta la eternidad, Knotai. Proclamo que a Knotai, Príncipe de los Cuervos, se le otorga el rango de Portador de la Vara de nuestros ejércitos. Que se haga saber mi voluntad.

Portador de la Vara. Significaba que, si Galgan caía, Matrim tomaría el mando. Galgan había dejado de sonreír. Ahora tendría que estar alerta y tener los ojos bien abiertos, no fuera a ser que Matrim lo eliminara y se hiciera con el control.

Fortuona se sentó.

—¿Knotai? —dijo Knotai.

Ella le asestó una mirada abrasadora.

«Contén la lengua, por una vez —pensó, deseando que le llegara a él—. Por favor».

—No está mal —dijo Knotai, que hizo volver grupas a su caballo y se alejó al trote.

Galgan montó de nuevo.

—Tendrá que aprender a arrodillarse —masculló el general, tras lo cual taconeó al caballo.

Era una ofensa mínima, deliberada y calculada. Galgan no le había hablado directamente a ella, sino fingiendo que no era más que un comentario para sí mismo. Había eludido llamarla Altísima Señora.

Eso bastó para que Selucia emitiera un quedo gruñido y moviera los dedos haciéndole una pregunta.

No, respondió Fortuona, *lo necesitamos*.

Una vez más Knotai no parecía darse cuenta de lo que ella había hecho y el riesgo inherente en ello. Galgan tendría que consultar con él los planes de batalla; al Portador de la Vara no se lo podía dejar fuera de las reuniones, ya que tenía que estar preparado para tomar el control en cualquier momento. Galgan tendría que escuchar su consejo e incorporarlo.

Había apostado por su príncipe en aquello con la esperanza de que volviera a manifestar la imprevista genialidad en batalla que tanto había impresionado a Furyk Karede.

Es una decisión audaz, dijo Selucia. *Pero ¿y si fracasa*?

No fracasaremos, porque esto es el Tarmon Gai'don, respondió Fortuona.

El Entramado había puesto a Knotai ante ella, la había empujado en sus brazos. El Dragón Renacido había visto y había dicho la verdad sobre ella, pues, a pesar de la ilusión de orden, su reinado era como una pesada roca en equilibrio sobre el punto más pequeño. Estaba realizando un gran esfuerzo al reinar en naciones muy poco

acostumbradas a la disciplina. Tenía que correr grandes riesgos para traer el orden al caos.

Confiaba en que Selucia lo viera así y no la denunciara públicamente. Desde luego necesitaba encontrar una nueva Voz o nombrar a otra persona su Palabra de la Verdad. Tener a una misma persona para ambos papeles empezaba a suscitar críticas en la corte. Lo…

De pronto, Knotai regresó a galope, sujetándose el sombrero.

—¡Tuon!

¿Por qué le cuesta tanto entender lo de los nombres?, preguntó Selucia con los dedos. Fortuona casi pudo leer el suspiro en aquellos movimientos.

—Knotai, puedes acercarte —dijo.

—Me alegro, puesto que ya estoy aquí. Tuon, hemos de ponernos en marcha ya. Los exploradores acaban de regresar. El ejército de Egwene está en apuros.

Yulan llegó a caballo detrás de Knotai, desmontó y se postró en el suelo.

—Levántate. ¿Es eso cierto? —le preguntó Fortuona.

—El ejército de las *marath'damane* ha sufrido una grave derrota —dijo Yulan—. Los Puños del Cielo que han regresado lo han descrito con detalle. Los ejércitos de esa Amyrlin están desperdigados, sumidos en el caos y replegándose a toda prisa.

Galgan se había parado cerca para recibir a un mensajero que, sin duda, le daba una información parecida. El general la miró.

—Deberíamos ponernos en marcha para apoyar la retirada de Egwene —dijo Knotai—. No sé lo que es un Portador de la Vara, pero por la forma en que reacciona todo el mundo, creo que significa que tengo el mando de los ejércitos.

—No. Eres el tercero. Detrás de mí. Detrás de Galgan.

—Entonces puedes ordenar que nos pongamos en marcha ahora mismo —dijo Knotai—. ¡Tenemos que ir! Egwene está recibiendo una paliza.

—¿Cuántas *marath'damane* hay allí? —preguntó Fortuona.

—Hemos estado observando ese ejército —contestó Yulan—. Hay centenares. Todas las que quedan de la Torre Blanca. Están exhaustas, hostigadas por una fuerza nueva, una que no he sabido identificar.

—Tuon… —advirtió Matrim.

Un gran cambio. Así que esto era lo que significaba el augurio del Dragón. Su ejército podría atacar por sorpresa y todas esas *damane* serían suyas. Cientos y cientos. Con esa fuerza, podría aplastar la resistencia a su reinado en Seanchan.

Era la Última Batalla. El mundo dependía de sus decisiones. ¿De verdad era mejor apoyar a esas *marath'damane* en su lucha desesperada ahí o debería replegarse a Seanchan, asegurar su imperio allí y después derrotar a los trollocs y a la Sombra con el poderío del imperio?

—Diste tu palabra —dijo en voz queda Knotai.

—Firmé un tratado. Cualquier tratado puede romperse, sobre todo por la emperatriz.

—Algunas emperatrices podrían hacer algo así —contestó Knotai—. Pero tú no. ¿Verdad? Luz, Tuon. Le diste tu palabra.

El orden en una mano —algo conocido, algo que sabía calibrar— y el caos en la otra. El caos en forma de un hombre tuerto que conocía el rostro de Artur Hawkwing.

¿No acababa de decirle a Selucia que apostaría por él?

—Unas palabras escritas en un papel no pueden imponer limitaciones a la emperatriz —dijo—. No obstante… En este caso, el motivo por el que firmé el tratado sigue siendo válido y real. Protegeremos este mundo en los días oscuros, y destruiremos a la Sombra de raíz. General Galgan, desplazaréis a nuestras fuerzas para proteger a esas *marath'damane*, ya que requeriremos su ayuda en la lucha contra la Sombra.

—Bien. —Knotai se relajó—. ¡Yulan, Galgan, hagamos planes! Y mandad venir a esa mujer, Tylee. Parece la única general con la cabeza en su sitio entre todos los puñeteros altos mandos reunidos aquí. Y…

Siguió hablando mientras cabalgaba dando órdenes que en realidad tendría que haber dejado que impartiera Galgan. Éste se quedó mirando a Fortuona desde su caballo; la expresión en el semblante del general era indescifrable. Seguro que consideraba un grave error lo que acababa de hacer, pero ella… tenía los augurios de su parte.

Esas funestas nubes negras habían sido compañeras de Lan desde hacía mucho tiempo. Para ser sincero, estaba hastiado de verlas a diario expandiéndose hasta el infinito en todas direcciones al tiempo que retumbaban como los gruñidos del estómago de una bestia hambrienta.

—Parece que las nubes están más bajas hoy —dijo Andere desde su caballo, que marchaba al lado de *Mandarb*—. Algunos rayos se descargan en tierra y eso no ocurre todos los días.

Lan asintió en silencio. Andere tenía razón; aquello pintaba mal. Lo cual no cambiaba nada. Agelmar había elegido el lugar para la batalla a lo largo del fragoroso río que corría por su flanco occidental, de manera que los protegía por ese lado. Unas colinas cercanas proporcionaban posiciones adecuadas para los arqueros; Andere y él esperaban en lo alto de una de esas colinas.

Frente a ellos, los trollocs se agrupaban para lanzar el ataque. No tardarían en hacerlo. Más cerca, Agelmar había situado a la caballería pesada en los valles para lanzar ataques por los flancos una vez que los trollocs cargaran, con la caballería ligera detrás de las colinas para, llegado el momento, apoyar la retirada de la caballería pesada. Agelmar no dejaba de rezongar por no tener piqueros, aunque la

falta de tropas de infantería era precisamente lo que había facilitado que sus repliegues tuvieran éxito.

«Para lo que ha servido», pensó Lan, abatido, mientras estudiaba el mar casi infinito de trollocs. Sus tropas habían elegido con cuidado cuándo y dónde entablar batallas y cuándo y dónde replegarse. Habían matado decenas de miles y habían perdido sólo miles mientras dejaban Shienar quemada a su paso, sin nada que sustentara a los trollocs en su avance. Al parecer, todo eso no había servido de mucho.

Estaban perdiendo la guerra. Sí, habían retrasado el avance de los trollocs, pero no con suficiente contundencia ni durante bastante tiempo. Dentro de poco se encontrarían atrapados y los destruirían al no contar con la ayuda del ejército de Elayne, que pasaban apuros tan graves como ellos.

El cielo oscureció. Lan alzó la vista con rapidez. Las nubes seguían allí, pero mostraban un aspecto mucho más ominoso. La tierra quedó cubierta por una oscuridad más profunda.

—Maldición —exclamó Andere, que miró hacia arriba—. ¿El Oscuro se habrá tragado el sol de algún mundo? Tendremos que llevar linternas para luchar, aunque sea mediodía.

Lan se llevó la mano al peto; debajo de la armadura guardaba la carta de Nynaeve, cerca del corazón.

«¡Luz! Ojalá su lucha vaya mejor que la mía». Ese día, más temprano, ella y Rand habían entrado en la Fosa de la Perdición.

Al otro lado del campo de batalla, los cansados encauzadores, apartando los ojos del aterrador cielo oscuro, lanzaron luces que flotaron en el aire. No era que con ellas se viera gran cosa, pero tendrían que arreglárselas. Pero en ese momento la oscuridad empezó a retirarse y la luz volvió poco a poco, aunque el día seguía nublado, como venía siendo habitual.

—Reúne a la Guardia Real de Malkier —dijo Lan.

Así era como llamaban a su grupo los componentes de la guardia personal que lo protegía. Era una antigua denominación malkieri para la guardia del rey en la batalla. Lan aún no sabía qué pensar sobre el hecho de que el príncipe Kaisel, oriundo de Kandor, se considerara uno de ellos.

Muchos de los malkieri de Lan tenían poca ascendencia malkieri de verdad; habían llegado a él más como un honor que por otra cosa. Lo del príncipe era diferente. Lan les había preguntado, a él y a sus compañeros, si sería correcto que juraran lealtad a un rey extranjero, por mucha amistad que hubiera entre sus reinos.

—Malkier representa las Tierras Fronterizas en esta guerra, Dai Shan —fue la única respuesta que recibió.

Un rayo se descargó cerca; el retumbo del trueno alcanzó a Lan como algo físico.

Mandarb apenas acusó el impacto de la onda sonora. El animal empezaba a acostumbrarse a ellos. La Guardia Real se reunió y Andere asió el estandarte de Lan y ató la contera del astil a la bolsa de cuero —sujeta con correones al arzón de la silla — para poder llevarlo sin privarse de manejar la espada.

Llegaron las órdenes de Agelmar para ellos. Lan y sus hombres estarían inmersos en el meollo del combate. Una vez que los trollocs arremetieran, la caballería pesada atacaría los flancos para frenar el impulso de la carga enemiga. Lan y sus hombres atacarían a las criaturas de frente.

Como Lan prefería. Agelmar sabía que no debía andarse con contemplaciones respecto a él. Lan y sus tropas defenderían el centro del terreno que llevaba a las colinas y obligarían a los trollocs a luchar de tal modo que los arqueros podrían lanzar andanada tras andanada contra las filas de retaguardia. La mayoría de las fuerzas de hostigamiento quedarían en reserva para prevenir que el enemigo rodeara su flanco derecho en una maniobra envolvente; tenían el río a la izquierda, un elemento disuasorio natural para los trollocs. Era un buen plan, si es que cualquier plan podía considerarse bueno frente a una superioridad numérica tan abrumadora. Con todo, que Lan pudiera ver, Agelmar no estaba cometiendo errores. El gran capitán se quejaba últimamente de tener sueños abrumadores; pero, habida cuenta de la guerra que contendían, Lan se habría preocupado más si el hombre no hubiera soñado con muerte y batallas.

Los trollocs empezaron a moverse.

—¡Adelante! —gritó Lan al tiempo que el toque de trompetas sonaba en el aire, acompañado por el fragor de los truenos.

A corta distancia de las murallas de Cairhien, Elayne cabalgaba a lomos de *Sombra de Luna* a lo largo de las líneas de vanguardia; el ejército había formado conforme a los planes de batalla de Bashere, pero ella estaba preocupada.

Lo habían conseguido. Una rápida marcha río arriba, a lo largo de la calzada, para llegar a Cairhien antes que el ejército trolloc. Elayne había situado a su ejército en la parte más al norte de la urbe para enfrentarse al contingente que llegaba de esa dirección. También había dejado algunos dragones y una compañía de arqueros río abajo, para retardar el avance de los trollocs que intentaran cruzar el río por allí; tenían que retirarse rápidamente hacia el norte cuando se hiciera imposible impedir que el enemigo cruzara.

Derrotar al ejército que tenían delante; después, hacer frente al que iba detrás. Era su única posibilidad. Las Allegadas estaban exhaustas, pues Elayne había necesitado muchos accesos para mover a sus hombres. La fatiga de las encauzadoras significaba que Elayne no podría contar con ellas en este combate. A las mujeres habría que pedirles que se esforzaran un poco más para crear pequeños accesos a Mayene para

mandar a los heridos a fin de que recibieran la Curación.

El ejército de Elayne era algo más grande que el de los Engendros de la Sombra, pero sus tropas se hallaban agotadas. En pleno estado de ansiedad ante la inminente batalla, algunos hombres se desplomaban en las líneas y las picas caían hacia adelante. Incluso los que aguantaban firmes tenían los ojos enrojecidos. No obstante, aún contaban con los dragones de Aludra. Eso sería suficiente.

Elayne había pasado en vela la noche anterior buscando unas palabras que infundieran ánimo, algo que decir ese día que tuviera significado. ¿Qué decía una cuando todo llegaba a su fin?

Detuvo a *Sombra de Luna* delante de la línea de soldados andoreños. Sus palabras llegarían, transportadas por tejidos, a todo el ejército. Se sorprendió al ver que algunos Aiel se acercaban para oír lo que iba a decir. No habría imaginado que las palabras de una reina de las tierras húmedas pudieran interesarles.

Abría la boca para hablar cuando el sol empezó a oscurecerse.

Elayne se quedó helada, con la vista alzada hacia el cielo, estupefacta. Las nubes se habían abierto sobre el ejército —a menudo ocurría cuando ella se encontraba cerca, una forma en que el vínculo con Rand se manifestaba— y por ello había esperado un cielo despejado y luz para esta batalla.

El sol seguía brillando allí arriba, pero empezaba a apagarse. Algo sólido y oscuro pasaba delante de él y lo estaba tapando.

Todos los hombres del ejército miraban hacia el cielo y alzaban el dedo al tiempo que la oscuridad los iba engullendo. ¡Luz! No era fácil contener el temblor.

Oyó gritos en el ejército. Lamentos, voces inquietas, gritos de abatimiento. Elayne hizo un esfuerzo para recobrar la seguridad y taloneó a la yegua para que avanzara unos pasos.

—Éste es el lugar donde os prometo que venceremos —anunció, aumentando la potencia de la voz con el Poder Único para que se proyectara a través del campo—. Aquí es donde os digo que los días continuarán, que la tierra se recuperará. Éste es el momento en el que os aseguro que la luz volverá, que la esperanza sobrevivirá y que seguiremos viviendo.

Hizo una pausa. Detrás del ejército, había gente en el adarve de las murallas de la ciudad de Cairhien: niños, mujeres y personas mayores que iban armados con cuchillos de cocina y ollas para arrojarlos desde allí si los trollocs destruían el ejército y atacaban la ciudad. Apenas había quedado tiempo para ponerse en contacto con ellos; una fuerza mínima de soldados guardaba la ciudad. Ahora, las figuras lejanas de los refugiados se acurrucaron, apiñadas entre sí, a medida que la oscuridad engullía el cielo.

Esas murallas ofrecían una seguridad engañosa; tenían poca importancia cuando el enemigo contaba con Señores del Espanto. Elayne debía derrotar rápidamente al

ejército trolloc, no refugiarse y permitir que al enemigo le llegara el refuerzo de un contingente mayor desde el sur.

—¡Se supone que debo daros seguridad! —les gritó a los hombres—. ¡Pero no puedo! No os diré que el mundo sobrevivirá, que la Luz prevalecerá. Hacerlo eliminaría la responsabilidad.

»¡Afrontar esto es nuestro deber! Nuestra sangre, la que se derramará hoy. Hemos venido aquí a luchar. ¡Si no lo hacemos, entonces la tierra morirá! La Luz caerá ante la Sombra. Hoy no es un día de hacer promesas vanas. ¡Nuestra sangre! Nuestra sangre es el fuego que alienta dentro de nosotros. Hoy nuestra sangre debe llevarnos a derrotar a la Sombra.

Hizo que la yegua se girara. Los hombres habían apartado la vista de la oscuridad del cielo para mirarla a ella. Tejió una luz a gran altura por encima de su cabeza y atrajo su atención.

—¡Nuestra sangre es nuestra pasión! —gritó—. Gran parte de lo que he oído decir en mis ejércitos está relacionado con la resistencia. ¡No podemos limitarnos a resistir! Tenemos que demostrarles nuestra cólera, nuestra rabia, por todo lo que han hecho. No hemos de resistir. ¡Hoy tenemos que destruir!

»Nuestra sangre es nuestra tierra. ¡Este lugar es nuestro y así lo afirmamos! Por nuestros padres y por nuestros hijos.

»Nuestra sangre es nuestra vida. Hemos venido a darla. Por todo el mundo otros ejércitos están siendo obligados a replegarse. Nosotros no retrocederemos. Nuestro deber es derramar nuestra sangre, morir avanzando. ¡No nos quedaremos de brazos cruzados, no!

»¡Si queremos tener de nuevo la Luz, debemos hacerla nuestra! ¡Tenemos que reclamarla y expulsar a la Sombra! Lo que pretende el Oscuro es desmoralizaros para ganar esta batalla antes de que empiece. ¡Pues no le daremos esa satisfacción! Destruiremos sus ejércitos, primero el que tenemos delante, y a continuación el que vendrá por detrás. Y, desde allí, llevaremos nuestra sangre, nuestra vida, nuestro fuego, nuestra pasión, a los otros que combaten. ¡Desde allí irradiará y se extenderá la victoria y la Luz!

Para ser sincera, no sabía qué clase de respuesta esperaba de su discurso. Había leído todos los importantes, en particular los pronunciados por reinas de Andor. Siendo más joven, había imaginado a los soldados aplaudiendo y gritando; la respuesta a su actuación que recibía un juglar en una ruidosa taberna.

En cambio, los hombres alzaron las armas hacia ella. Desenvainaron espadas, levantaron picas y después empezaron a golpear el suelo con ellas. Los Aiel soltaron algunos «hurra», pero los andoreños la miraron con solemnidad. No les había inspirado ardor, sino determinación. Parecía una emoción más sincera. Hicieron caso omiso de la oscuridad del cielo y volvieron la mirada hacia su objetivo.

—Ha sido un discurso realmente bueno, Elayne —dijo Birgitte, que se había acercado a pie hasta ella—. ¿Cuándo lo has cambiado?

Elayne enrojeció al pensar en el discurso que había preparado con tanto esmero y que había aprendido de memoria repitiéndoselo media docena de veces a Birgitte. Había sido un trabajo sobre cosas hermosas, con referencias a lo que las reinas habían dicho durante siglos.

Había olvidado hasta la última palabra al llegar la oscuridad, y en cambio éste le había salido a borbotones.

—Vamos —dijo al tiempo que miraba hacia atrás. El ejército trolloc estaba llegando enfrente del suyo—. Tengo que moverme a mi posición.

—¿A tu posición? —repitió Birgitte—. Te refieres a que tienes que volver a la tienda de mando, supongo.

—No voy a ir allí —dijo Elayne, que hizo volver grupas a *Sombra de Luna*.

—¡Rayos y centellas, no harás eso! Yo…

—Birgitte —espetó Elayne—, soy yo quien tiene el mando y tú estás a mis órdenes. Obedecerás.

Birgitte retrocedió como si hubiese recibido una bofetada.

—Bashere está en la tienda de mando —dijo Elayne—. Soy una de las pocas encauzadoras con algo de fuerza que le quedan al ejército, y así me evisceren y me descuarticen si permito que me dejéis sentada y fuera de la batalla. Con mi habilidad puede que en esta batalla valga como un millar de soldados.

—Los bebés…

—Aunque Min no hubiera tenido esa visión, insistiría en combatir. ¿Crees que los niños de esos soldados no están en peligro? ¡Muchos de ellos se encuentran asomados a esas murallas! Si fracasamos aquí, serán masacrados. No, no voy a mantenerme fuera de peligro. Y no, no me quedaré atrás esperando sentada. ¡Si crees que tu deber como mi Guardiana es impedírmelo entonces romperé este jodido vínculo aquí y ahora y te mandaré a cualquier otro sitio! ¡No voy a pasarme la Última Batalla repantigada en un sillón bebiendo leche de cabra!

Birgitte se quedó callada y Elayne percibió su estupefacción a través del vínculo.

—Luz —consiguió por fin decir la mujer—. No voy a impedírtelo. Pero ¿aceptarás al menos mantenerte apartada durante las primeras andanadas de flechas? Puedes ser de más utilidad ayudando a las líneas cuando se debiliten.

Permitió que Birgitte y sus guardias la condujeran de vuelta a una ladera, cerca de los dragones de Aludra. Talmanes, Aludra y sus equipos esperaban con más ansiedad y entusiasmo que las tropas regulares. También estaban cansados, pero la verdad era que apenas habían participado durante las batallas del bosque y la retirada. Ese día era su oportunidad para destacar.

El plan de batalla de Bashere era tan complejo como cualquiera en los que Elayne

había participado. El grueso del ejército se encontraba situado casi a una milla al norte de la ciudad, más allá de las ruinas de extramuros, fuera de las murallas. Las líneas del ejército se extendían al este del Alguenya, a lo ancho de una ladera que bajaba en pendiente hasta las llanuras a través de una calzada de acceso a las puertas de Jangai, todo el trecho hasta las ruinas de la casa capitular de los Iluminadores.

Filas de soldados de infantería —en su mayoría andoreños y cairhieninos, aunque también había ghealdanos y Capas Blancas— avanzaron formando un arco, como una media luna, a través del frente de las fuerzas de Elayne. Seis escuadrones de dragones rodaron cuesta arriba a la cima de la colina que había detrás de la infantería.

Los trollocs no llegarían a la ciudad sin derrotar a este ejército. Estean tenía la caballería de la Compañía situada en un flanco, en tanto que la Guardia Alada de Mayene cubría el otro. El resto de la caballería quedaba en reserva.

Elayne esperó con paciencia, observando los preparativos del ejército trolloc. Su mayor preocupación era que se limitaran a esperar allí la llegada de sus compañeros que llegaban del sur para atacar a Elayne al mismo tiempo. Menos mal que no ocurrió eso; al parecer tenían órdenes de tomar la ciudad y era lo que se proponían hacer.

Los informes de los exploradores de Bashere indicaban que el segundo ejército estaba a poco más que un día de marcha, y podría llegar al día siguiente por la mañana si marchaba deprisa. Elayne disponía hasta entonces para derrotar a esta fuerza del norte.

«Vamos —pensó Elayne—. Moveos».

Por fin los trollocs empezaron a avanzar. Bashere y Elayne contaban con que usaran su táctica habitual: el número abrumador y la fuerza bruta. Y, en efecto, los trollocs cargaron en masa. Su objetivo sería arrollar a los defensores destrozando sus líneas.

Las tropas de Elayne aguantaron firmes, sabiendo lo que iba a continuación. Los dragones empezaron a rugir, cada uno de ellos como innumerables martillos que golpeaban con precisión en el mismo instante. Elayne se encontraba a sus buenos cien pasos de ellos, y aun así sintió la imperiosa necesidad de taparse los oídos. Nubes ondulantes de humo blanco empezaron a llenar el cielo por encima de los dragones a medida que éstos disparaban.

Los primeros disparos —pocos— se quedaron cortos, pero Aludra y sus hombres se valían de esos disparos para ajustar el alcance. Después de eso, los huevos de dragón cayeron en medio de los trollocs, los hicieron saltar por el aire y destrozaron las líneas. El suelo salpicado de sangre quedó sembrado de miles de trozos de cuerpos desmembrados. Por primera vez, a Elayne le dieron miedo aquellas armas.

«Luz, Birgitte tenía razón desde el principio», pensó al imaginar lo que sería equipar con dragones una posición fortificada. Normalmente, en la guerra, un hombre podía depender al menos de una cosa: que su destreza se enfrentaría a la de su

enemigo. Espada contra espada. Si para los trollocs ya era terrible el castigo de los dragones, entonces ¿qué sería para los hombres tener que afrontar esa clase de poder?

«Nos aseguraremos de que eso no pase», se dijo para sus adentros. Rand había hecho bien en obligarlos a aceptar ese tratado de paz.

Los dragoneros tenían un buen entrenamiento, y la velocidad con que cargaban de nuevo las armas era impresionante. Cada equipo disparó tres veces antes de que los trollocs alcanzaran las líneas del frente. Elayne no había presenciado el intercambio de flechas —estaba demasiado centrada en los dragones—, pero sí vio que unas saetas de plumas negras habían alcanzado algunas de sus líneas y había hombres caídos que sangraban.

Los trollocs chocaron contra las primeras líneas de ballesteros y piqueros de Elayne, los cuales ya se retiraban para dar paso a los alabarderos. Nadie usaba espadas y mazas contra los trollocs; al menos, no cuando se iba a pie, si podían evitarlo.

—Vámonos —dijo Elayne, que taconeó a *Sombra de Luna*.

Birgitte la siguió; Elayne sentía su forzada resignación. Bajaron de la colina a través de algunas unidades de reserva y entraron en batalla.

Rodel Ituralde casi había olvidado lo que era tener a su disposición recursos adecuados.

Había pasado cierto tiempo desde que había dirigido legiones de hombres y escuadrones de arqueros. Por una vez, sus hombres no estaban medio muertos de hambre, y disponía de Curadores, flecheros y buenos herreros listos para atender a sus tropas y reparar el equipo durante la noche. ¡Qué maravilla poder pedir algo —por inusitado que fuera— y que alguien lo localizara y se lo llevara, a menudo antes de una hora!

A pesar de todo eso, iba a perder. Se enfrentaba a innumerables huestes de enemigos, Señores del Espanto por docenas, e incluso alguno de los Renegados. Había llevado a su ejército dentro de ese valle sin salida, tomando la joya de las tierras del Oscuro, su mismísimo reposapiés: la montaña negra. Y ahora el sol había desaparecido, aunque las Aes Sedai decían que la oscuridad pasaría.

Ituralde dio una chupada a la pipa mientras cabalgaba a lo largo de la cresta que bordeaba el valle por el norte. Sí, iba a perder. Pero con esos recursos lo haría con estilo.

Siguió a lo largo de la cresta y llegó a una posición por encima del paso por el que se entraba a Thakan'dar. El valle, ubicado en el corazón de las Tierras Malditas, se extendía de este a oeste, con Shayol Ghul en el lado occidental, y el paso, en el oriental. Sólo se podía llegar a ese lugar estratégico tras horas de una ascensión muy dura; o de un modo tan sencillo y rápido como cruzar un simple acceso. Muy

práctico, eso. Y era perfecto para hacer un reconocimiento de sus defensas.

El paso a Shayol Ghul era como un cañón angosto y largo, más alto que ancho, con la zona alta inaccesible desde el lado oriental salvo a través de un acceso. Con uno, él podía subir y mirar desde arriba el cañón, que tenía una anchura suficiente para que marcharan cincuenta hombres en fondo. Un cuello de botella perfecto. Y podía situar arqueros allí arriba para disparar a quienes llegaran por el paso.

Por fin, el sol empezó a salir —como una gota de acero fundido— por detrás de la negrura que lo había cubierto por completo. Así que las Aes Sedai no se habían equivocado. Con todo, esos agitados nubarrones negros regresaron de inmediato, como si quisieran consumir todo el firmamento.

Puesto que Shayol Ghul se encontraba en las Tierras Malditas, el aire era lo bastante frío para que Ituralde llevara puesta una capa de invierno hecha de grueso paño de lana, y el vaho de la respiración salía en volutas delante de él. Sobre el valle flotaba la niebla, más tenue que cuando las forjas estaban en funcionamiento.

Dejó atrás la boca del cañón y regresó junto a un grupo de gente que había ido con él. Las Detectoras de Vientos y otros Marinos de alto rango esperaban allí, abrigados con largos chaquetones que habían obtenido mediante astutos tratos —como era habitual en ellos— antes de viajar al norte. Por debajo asomaban sus coloridas ropas habituales. Tanto esas ropas como los numerosos adornos que lucían en el rostro, creaban un extraño contraste con las prendas de abrigo de un color marrón apagado.

Ituralde era domani. Había tenido tratos comerciales con los Marinos más que de sobra; si resultaban ser la mitad de tenaces en batalla de lo que lo eran en las negociaciones, estaría contentísimo de tenerlos con él.

La mujer que se hallaba al frente era nada menos que Zaida din Parede Ala Negra, la Señora de los Barcos. Era una mujer de estatura baja, tez oscura y mechones grises entremezclados en el corto cabello negro.

—Las Detectoras de Vientos os envían un mensaje, Rodel Ituralde —dijo la mujer—. El ataque ha comenzado.

—¿El ataque?

—El Desencadenador de Temporales —repuso Zaida, que alzó la vista al cielo, donde las oscuras nubes retumbaban y se arremolinaban—. El Padre de las Tormentas. Podría destruiros con la fuerza de su ira.

—Pero vosotros podéis encargaros de eso, ¿no?

—Las Detectoras de Vientos ya se están enfrentando a él con el poder del Cuenco de los Vientos —confirmó Zaida—. De no ser así, ya nos habría destruido a todos con tempestades.

La mujer seguía contemplando el cielo, como hacían muchos de sus compañeros. Ituralde sólo tenía unos cien Marinos, sin contar las Detectoras de Vientos. Casi todos

los demás trabajaban con los equipos de abastecimiento, distribuyendo por turnos flechas, alimentos y demás equipamiento a los cuatro frentes de batalla. Parecían muy interesados en las carretas de vapor, aunque él no imaginaba por qué. Esos artefactos no tenían ni punto de comparación con un buen tiro de caballos.

—Enfrentándose al Oscuro, ráfaga por ráfaga —continuó Zaida—. Se cantará sobre este día. —Miró de nuevo a Ituralde—. Debéis proteger al Coramoor —le dijo con severidad, como si lo reprendiera.

—Cumpliré con mi misión —contestó él mientras seguía adelante—. Y vosotros ocupaos de cumplir la vuestra.

—Este trato se cerró hace mucho tiempo, Rodel Ituralde —le dijo la mujer a su espalda.

Él asintió con la cabeza y continuó a lo largo de la cresta. Los hombres situados en los puestos de vigilancia saludaron a su paso. Mejor dicho, lo hicieron los que no eran Aiel. Tenía un montón de Aiel allí arriba, donde darían buen uso a sus arcos. Pondría al grueso de sus tearianos abajo, donde se sacaría el máximo provecho del uso de las picas y las alabardas. Defenderían el camino a Shayol Ghul.

Un cuerno Aiel sonó a lo lejos; era la señal de uno de los exploradores. Los trollocs habían entrado en el paso. Había llegado la hora.

Galopó de vuelta a lo largo de la cresta hacia el valle, seguido por otros oficiales y el rey Alsalam. Cuando llegaron al punto donde había establecido su puesto de vigilancia principal, una posición aventajada desde la que alcanzaba a divisar millas hacia el paso, Ituralde sacó su visor de lentes.

Allí se movían sombras. Segundos después distinguía hordas de trollocs que cargaban con frenesí, hostigados. Durante un momento fue como si estuviera otra vez en Maradon viendo a sus hombres —buenos hombres— caer uno tras otro. Arrasados en las fortificaciones de la colina, demolidos en las calles de la ciudad. La explosión de la muralla.

Un acto desesperado tras otro. Matar a todos los que pudiera, como un hombre apuñalando lobos entre gritos mientras ellos lo hacen pedazos, con la esperanza de llevarse alguno consigo a la oscuridad definitiva.

La mano que sostenía el visor tembló. Se obligó a volver al presente y a sus defensas actuales. Era como si hubiera estado toda su vida librando batallas perdidas. Eso pasaba factura. De noche, oía acercarse a los trollocs. Resoplando, husmeando el aire, pateando adoquines con las pezuñas. Pesadillas recurrentes de Maradon.

—Calma, viejo amigo —dijo el rey Alsalam, que cabalgaba a su lado.

El monarca tenía una voz tranquilizadora. Siempre había sido capaz de sosegar a los demás. Ituralde estaba convencido de que los mercaderes de Arad Doman lo habían elegido por ese motivo. A veces las tensiones alcanzaban cotas altas cuando se debatía sobre comercio y guerra; los domani contemplaban ambos temas como si

fueran la misma bestia. Pero Alsalam… Era capaz de tranquilizar a un mercader frenético que acabara de perder toda su flota en alta mar.

Ituralde asintió con un cabeceo. La defensa de ese valle. Tenía que mantener la mente en ese objetivo. Aguantaría, no dejaría que los trollocs salieran del paso a Thakan'dar. Así se abrasara, resistiría durante meses si el Dragón Renacido lo necesitaba. Cualquier otra batalla, todas las batallas que la humanidad había entablado así como las que ahora disputaba serían irrelevantes si él perdía allí. Había llegado el momento de sacar de la manga hasta el último truco que conocía, hasta la última y más desesperada estrategia. Allí, hasta la más mínima dilación podría proporcionarle a Rand al'Thor el tiempo que necesitaba.

—Recordad a los hombres que se mantengan firmes abajo —dijo mientras observaba a través del visor—. Preparad los troncos.

Los ayudantes despacharon las órdenes a través de un acceso hasta los pelotones involucrados. Esa terrible fuerza trolloc seguía avanzando; los monstruos empuñaban espadas enormes, lanzas de armas con la hoja retorcida y perchas de captura (una vara larga con un gancho ahorquillado en la punta) para desmontar a los jinetes. Bramaban a través del paso, y en el cielo los relámpagos saltaban entre las nubes.

«Primero los troncos», pensó Ituralde.

Cuando los trollocs llegaron a la mitad del paso, los Aiel situados a ambos lados prendieron fuego a montones de troncos apilados y engrasados —en la actualidad había tantos árboles muertos en los bosques que Ituralde no había tenido problemas para recogerlos y transportarlos a través de los accesos— y los soltaron, dejándolos caer.

Cientos de troncos en llamas se precipitaron por las paredes del paso y chocaron contra los trollocs. Los troncos engrasados prendieron la carne. Las bestias aullaban, chillaban y gritaban dependiendo del gañote que tuvieran. Ituralde alzó el visor de lentes y los observó; sintió una profunda satisfacción.

Eso era nuevo. En el pasado, nunca había experimentado esa emoción al ver morir a sus enemigos. Oh, se había sentido complacido cuando su plan funcionaba. Y, a decir verdad, la finalidad de combatir era ver a los otros muertos y a los propios hombres vivos, pero no había habido disfrute en ello. Cuanto más se luchaba, más se veía al enemigo como si fuera uno mismo. Las banderas cambiaban, pero los soldados rasos eran más o menos iguales. Querían ganar, pero por lo general estaban más interesados en una buena comida, una manta para dormir y botas sin agujeros.

Esto era diferente. Ituralde quería verlos muertos. Lo ansiaba. Sin esas bestias, jamás se habría visto abocado a sufrir la pesadilla de Maradon. Sin esas bestias, la mano no le temblaría cuando los cuernos de guerra sonaban. Lo habían destrozado.

Y, a cambio, él los destrozaría a su vez.

Los trollocs se abrían paso a través del revoltijo de troncos con gran dificultad.

Había muchos quemados y los Myrddraal tenían que azotarlos para que no dejaran de avanzar. Muchos parecían querer comerse la carne de los caídos. El olor fétido les abría el apetito. Cuerpos asados. Para ellos era como el aroma de pan recién hecho.

Los Fados consiguieron que siguieran adelante, pero los trollocs llegaron enseguida a la siguiente defensa de Ituralde. Idear qué hacer allí había sido un quebradero de cabeza. En la sólida roca no se podían clavar estacas o excavar trincheras, a menos que se forzara a los encauzadores hasta el agotamiento. Podría haber hecho montones de piedras o de tierra, pero los trollocs eran grandes y unos montones que frenarían a hombres eran menos efectivos contra ellos. Además, mover tanta tierra y piedra habría significado quitar trabajadores que construían verdaderas fortificaciones en el valle. Ya había aprendido que en una guerra defensiva lo que uno quería era que las fortificaciones fueran cada vez mejores. De ese modo, uno duraba más, ya que impedía que el enemigo cobrara impulso.

Al final, la solución había sido sencilla: espinos.

Recordó que en Arad Doman había enormes espinos resecos y muertos. Su padre había sido granjero y siempre protestaba por los matorrales de espinos. Bien, pues, si había algo que a la humanidad no le faltaba eran plantas resecas. Y otra era la mano de obra. Eran millares los que habían acudido a la llamada del Dragón, y la mayoría de esos Juramentados del Dragón apenas tenía experiencia en la batalla.

Con todo, los pondría a combatir llegado el momento. Por ahora, sin embargo, los había enviado a cortar enormes espinos. Los habían colocado a través del paso, atados unos con otros en montones de veinte pies de grosor y ocho de alto. Las balas de espinos habían sido relativamente fáciles de colocar —pesaban mucho menos que piedras o tierra— y, no obstante, amontonadas como estaban, los trollocs no podrían moverlas empujándolas sin más. Las primeras filas lo intentaron al llegar a ellas, con el único resultado de que las espinas de cinco pulgadas se les clavaron. Los monstruos que iban detrás empujaban para seguir adelante, y lo que consiguieron fue que las primeras filas se revolvieran con rabia y se enfrentaran a ellos.

Todo lo cual condujo a que las fuerzas trolloc se quedaran paradas en el paso, a merced de Ituralde.

Pero él no se sentía inclinado a la clemencia con esas criaturas.

Ituralde dio la señal y el Asha'man que estaba con él —Awlsten, uno— de los que habían servido a sus órdenes en Maradon —lanzó un llameante e intenso destello rojo al cielo. A lo largo de los lados, en lo alto del paso, aparecieron más Aiel y empezaron a tirar rocas grandes y más troncos en llamas que rodaron pared abajo sobre los Engendros de la Sombra que habían quedado atrapados. A continuación llovieron flechas y piedras, cualquier cosa que pudieran lanzar, disparar o arrojar a los que se encontraban en el paso.

La mayoría de esos ataques de los hombres de Ituralde tuvieron lugar bastante

dentro del paso, en el centro del grueso de trollocs. El resultado fue que la mitad retrocedió y salió por pies mientras los demás trataban de correr hacia adelante para escabullirse, empujando a los suyos contra los espinos.

Algunos trollocs llevaban escudo e intentaron protegerse de la mortífera lluvia. Cada vez que se agrupaban en formación defensiva y empezaban a crear un muro de escudos por encima de ellos, los encauzadores de Ituralde atacaban y los hacían pedazos.

No podía poner muchos encauzadores en ese trabajo, pues la mayoría se había desplazado al valle para hacer accesos por los que transportar suministros y estar alerta a la aparición de encauzadores enemigos. Ya habían tenido un segundo enfrentamiento con Señores del Espanto. Aviendha y Cadsuane Sedai tenían controladas esas operaciones.

Algunos trollocs disparaban flechas a los defensores apostados arriba, pero sus bajas aumentaron a medida que los Engendros de la Sombra que iban delante intentaban abrirse paso a tajos a través de la barrera de espinos. Era un trabajo lento y pesado.

Ituralde observó, con absoluta frialdad, que los Myrddraal azotaban a las bestias hasta provocar una estampida. Eso tuvo por resultado que los que se afanaban en cortar los espinos acabaron empalados y arrollados por los que corrían.

La sangre empezó a fluir a raudales hacia atrás, en dirección al extremo oriental del paso, e hizo que los trollocs resbalaran. Las bestias empujaron a las primeras cinco o seis líneas y rompieron las púas de los espinos en los cuerpos de los que estaban allí.

Les llevó casi una hora conseguir atravesar la barrera. Atrás dejaron miles de muertos mientras avanzaban en oleadas, y entonces se encontraron con una segunda barrera de púas, más gruesa y más alta que la primera. Ituralde había colocado siete en el paso, a intervalos. La segunda era la más grande, y obtuvo el efecto deseado. Verla hizo que los trollocs que iban a la cabeza se frenaran en seco, y a continuación dieron media vuelta y echaron a correr en dirección contraria.

La consecuencia fue un caos en masa. Los trollocs de detrás gritaban y chillaban, empujando hacia el frente. Los que se encontraban delante, gruñían y aullaban mientras trataban de abrirse paso entre los espinos. Algunos se quedaban quietos, aturdidos. Entretanto, seguían cayendo flechas, rocas y troncos llameantes.

—Precioso —susurró Alsalam.

Ituralde se dio cuenta de que el brazo ya no le temblaba. Bajó el visor de lentes.

—Vayámonos —dijo.

—¡La batalla no ha terminado! —protestó el rey.

—Sí lo ha hecho. —Ituralde dio media vuelta—. De momento.

A su espalda, confirmando sus palabras, todo el ejército trolloc salió por pies —

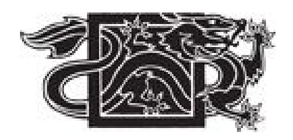
Iturалde oyó cómo ocurría— y los Engendros de la Sombra huyeron hacia el este por el paso, alejándose del valle.

«Hemos resistido un día», pensó Ituralde. Los trollocs volverían al día siguiente e irían mejor preparados. Más escudos y mejores armas delante para cortar espinos.

Seguirían derramando sangre. Lo pagarían caro.

Él se aseguraría de que fuera así.

25



Retazos rápidos

Siuan soltó un suspiro largo y aliviado cuando la Amyrlin —echando fuego por los ojos— atravesó el acceso y entró en el campamento con Doesine, Saerin y otras cuantas Asentadas.

Bryne cruzó el acceso detrás de ellas y se apresuró a reunirse con Siuan.

—¿Qué se ha decidido? —preguntó ella.

—Defenderemos la posición, de momento —dijo Bryne—. Son órdenes de Elayne, y la Amyrlin es de la misma opinión.

—Nos superan en número —apuntó Siuan.

—Lo mismo que les ocurre a los demás. —Bryne miró hacia el oeste.

Los sharaníes habían pasado los últimos días reuniendo a sus fuerzas y habían acampado a una o dos millas del ejército de Egwene, que estaba estacionado de espaldas al anchuroso río que era la frontera entre Kandor y Arafel.

Las tropas de la Sombra todavía no se habían embarcado en una ofensiva a gran escala, sino que habían enviado algún grupo de asalto de vez en cuando a través de accesos mientras esperaban que el ejército trolloc más pequeño los alcanzara. Por desgracia, los trollocs ya habían llegado. El contingente de Egwene habría podido retirarse de nuevo a través de accesos, pero Siuan admitió para sus adentros que poco iban a conseguir haciendo eso. Al final tendrían que hacer frente a las fuerzas enemigas.

Bryne había elegido ese lugar en la punta sudoriental de Kandor porque el terreno les daba cierta ventaja, aunque fuera pequeña. El río que corría de norte a sur por la frontera oriental de Kandor era caudaloso, pero había un vado a menos de un cuarto de milla desde las colinas que se extendían de este a oeste, a lo largo de la frontera meridional de Kandor. El ejército de la Sombra se dirigiría hacia el vado para entrar en Arafel. Al estacionar sus fuerzas en el vado y en las colinas desde las que se divisaba éste, Bryne podía trabar batalla con el ejército invasor desde dos direcciones. Si la presión contra su ejército se hacía insostenible, podrían replegarse a través del vado a la orilla arafelina del río, con la barrera del agua dejando en desventaja a los trollocs frente a ellos. Era una pequeña ventaja, pero a veces en batalla eran las cosas pequeñas las que definían su curso.

En las llanuras al oeste del río, la Sombra situaba a sus ejércitos de sharaníes y trollocs en formación. Ambos se movieron a través del campo hacia las acosadas Aes

Sedai y las tropas al mando de Bryne.

A corta distancia, Egwene supervisaba el campamento. Luz, era un alivio saber que la Amyrlin había sobrevivido. Siuan lo había predicho, pero aun así… Luz. Era estupendo ver la cara de Egwene.

Si en verdad era la suya. Aquélla era la primera vez que la Amyrlin había regresado al campamento tras la dura experiencia que había vivido, pero había celebrado varias reuniones con las Asentadas en ubicaciones secretas. Siuan todavía no había tenido ocasión de hablar con ella de tú a tú.

—Egwene al'Vere —llamó Siuan a la Amyrlin—, ¡dime dónde nos vimos por primera vez!

Los otros la miraron y fruncieron el entrecejo por su temeridad. Egwene, sin embargo, pareció comprenderlo.

—En Fal Dara —dijo—. Me ataste con Aire en el viaje que hicimos río abajo desde allí, como parte de una lección sobre el Poder que jamás he olvidado.

Siuan soltó un segundo suspiro de alivio, en esta ocasión más profundo. Nadie había estado en esa lección que les había impartido a Egwene y a Nynaeve en el barco. Pero, por desgracia, Siuan le había hablado de ello a Sheriam, Maestra de las Novicias y hermana del Ajah Negro. En fin, a pesar de todo, creía que esa joven era realmente Egwene. Imitar los rasgos de una persona era fácil, pero sonsacarle sus recuerdos era otro cantar.

Aun así, por si acaso, Siuan se había asegurado de mirarla a los ojos. Se había comentado lo ocurrido en la Torre Negra. Myrelle había mencionado los hechos compartidos con sus nuevos Guardianes. Algo muy oscuro.

Decían que uno lo notaba con mirarles los ojos. Así que habría visto el cambio en Egwene si eso le hubiese ocurrido a ella, ¿verdad?

«Si no lo notamos, entonces ya estamos perdidos», pensó. Tendría que confiar en la Amyrlin, como había hecho tantas otras veces antes.

—Que se reúnan las Aes Sedai —ordenó Egwene—. Comandante Bryne, tenéis vuestras órdenes. Resistiremos junto a este río hasta que las pérdidas sean tan absolutamente intolerables que… —No terminó la frase—. ¿Cuánto tiempo llevan ésos ahí?

Siuan alzó la vista hacia los exploradores *raken* que pasaban por encima de ellos.

—Toda la mañana. Tenéis su carta.

—Puñetero hombre —rezongó Egwene. El mensaje del Dragón Renacido, despachado a través de Min Farshaw, era breve:

Los seanchan se unen a la lucha contra la Sombra.

Había mandado a Min para que se quedara con ellos por razones que la mujer no había explicado con claridad. Bryne le había dado tareas de inmediato. Trabajaría con los jefes de intendencia como escribiente.

—¿Confiáis en la palabra del Dragón Renacido respecto a los seanchan, madre? —preguntó Saerin.

—No lo sé. De todos modos formad nuestras líneas de batalla, pero no perdáis de vista a esas cosas de ahí arriba, por si acaso atacan.

Cuando Rand entró en la caverna algo cambió en el aire. Fue entonces cuando el Oscuro percibió la presencia de su rival, y se sorprendió. La daga había hecho bien su trabajo.

Rand encabezó la marcha, con Nynaeve a la izquierda y Moraine a la derecha. La caverna conducía hacia abajo y en ese descenso perdieron la altitud que habían ganado antes. El pasadizo le resultaba familiar a Rand por el recuerdo de otro, en otra era.

Era como si la caverna los engullera y los obligara a bajar hacia los fuegos que había en el fondo. El techo, irregular por las estalactitas semejantes a dientes, parecía inclinarse más y más a medida que avanzaban, bajando pulgada a pulgada con cada paso. No era que se moviera, y la caverna tampoco se estrechaba de forma gradual. Cambiaba, simplemente; el techo estaba más alto en cierto momento, y al siguiente era más bajo.

La caverna, cual unas fauces, se cerraba sobre su presa poco a poco. Rand rozó la punta de una estalactita con la cabeza, y Nynaeve se agachó al tiempo que miraba hacia arriba y mascullaba una maldición.

—No —dijo Rand, deteniéndose—. No iré hasta ti de rodillas, Shai'tan.

La caverna retumbó. Los oscuros límites parecieron presionar hacia adentro para empujar a Rand. Él se mantuvo inmóvil, como si fuera una pieza del engranaje atascada y el resto de la maquinaria se esforzara para que siguieran girando las manecillas del reloj. Rand aguantó firme.

Las rocas temblaron y luego retrocedieron. Rand dio un paso y exhaló el aire al disminuir la presión. Lo que había empezado no podía pararse ahora. Retardar el avance ponía en tensión a ambos, a él y al Oscuro; su adversario estaba atrapado en esa inevitabilidad tanto como él. El Oscuro no existía dentro de Entramado, pero aun así el Entramado lo afectaba.

Detrás de Rand, donde había estado parado, quedó una mancha de sangre en el suelo.

«Tendré que actuar con rapidez —pensó—. No puedo morir desangrado hasta que la batalla haya llegado a su fin».

El suelo tembló una vez más.

—Sí, eso es —susurró Rand—. Voy por ti. No soy un cordero que conducen al sacrificio, Shai'tan. Esta vez yo soy el cazador.

El temblor del suelo casi sonó como una risa. Una risa horrible. Rand no hizo

caso de la mirada preocupada de Moraine, que caminaba a su lado.

Siguieron bajando. Una sensación extraña se abrió paso en la mente de Rand. Una de las mujeres se hallaba en peligro. ¿Era Elayne o Aviendha? No estaba seguro. La perversa deformación de aquel lugar afectaba el vínculo. Él se movía a través del tiempo de un modo diferente de como lo hacían ellas, por lo que Rand perdía la percepción de dónde se encontraban. Sólo le llegaba que una sentía dolor.

Rand gruñó y aceleró el paso. Si el Oscuro les había hecho daño… ¿No tendría que haber más luz allí? Dependían del brillo de *Callandor*, a través de la cual él absorbía *Saidin*.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Rand; su voz levantó ecos—. ¿La roca fundida al final del camino?

—El fuego se ha consumido, Lews Therin —dijo una voz desde la oscuridad que había más adelante.

Rand se detuvo, pero enseguida avanzó de nuevo con *Callandor* ante sí; el brillo del arma iluminó una figura con la cabeza agachada e inclinada sobre una rodilla al borde de la luz; sostenía una espada ante sí, con la punta apoyada en el suelo.

Tras la figura había… Nada. Oscuridad.

—Rand —dijo Moraine, que posó la mano en su brazo—, el Oscuro asoma al borde de la prisión que lo confina. No toques esa negrura.

La figura se puso de pie y se volvió; el rostro de Moridin, ahora familiar, reflejó el brillo de *Callandor*. A su lado, en el suelo, yacía un despojo, algo que parecía un caparazón. Rand no habría sabido describirlo de otro modo. Era como el exoesqueleto que algunos insectos dejaban atrás cuando crecían, sólo que tenía la forma de un hombre. Un hombre sin ojos. ¿Uno de los Myrddraal?

Siguiendo la mirada de Rand, Moridin echó un vistazo al caparazón.

—Es un mero vehículo que mi señor ya no necesitaba —dijo; en el blanco de los ojos del hombre flotaban *saa* que rebotaban, se movían, se agitaban con enloquecido vigor—. Ha traído al mundo lo que está detrás de mí.

—Detrás de ti no hay nada.

Moridin levantó la espada delante de la cara en un saludo.

—Exactamente. —Los globos oculares estaban casi negros del todo.

Con un gesto de la mano, Rand indicó a Moraine y a Nynaeve que se mantuvieran atrás unos cuantos pasos mientras él se acercaba.

—¿Pides que nos batamos en duelo? ¿Aquí? ¿Ahora? Elan, sabes que lo que hago es inevitable. Retrasarme no sirve de nada.

—¿De nada, Lews Therin? —Moridin se echó a reír—. Si te debilito aunque sólo sea un poco, ¿no será más fácil la tarea para mi señor? Oh, sí. Ya lo creo que voy a interponerme en tu camino. Y, si venzo, entonces ¿qué? No tienes asegurada la victoria. Nunca la has tenido.

Vuelvo a ganar, Lews Therin…

—Podrías apartarte —dijo Rand mientras alzaba el arma. El negro acero de la espada de Moridin refractó la luz de *Callandor*—. Si mi victoria no está asegurada, tampoco lo está tu caída. Déjame pasar. Por una vez, haz la elección que sabes que deberías tomar.

Moridin se echó a reír.

—¿Ahora? —preguntó—. ¿Ahora me suplicas que vuelva a la Luz? Se me ha prometido el olvido eterno. Por fin la nada, la destrucción de mi ser. El final. ¡No me arrebatarás eso, Lews Therin! ¡Por mi tumba que no lo harás!

Moridin avanzó blandiendo la espada.

Lan ejecutó *Los pétalos del cerezo besan el estanque*, un movimiento nada fácil estando a lomos de un caballo, ya que no era una pose para ir en silla de montar. La espada alcanzó el cuello de un trolloc y penetró en la piel del ser apenas una pulgada. Fue suficiente para que una rociada de la fétida sangre saltara al aire. La criatura con cabeza de toro dejó caer la percha de captura que empuñaba y alzó las manos al cuello al tiempo que emitía un gorgoteo mitad grito y mitad gemido.

Lan hizo recular a *Mandarb* al ver a un segundo trolloc acercarse por el costado. Le cortó el brazo mientras giraba. El monstruo se tambaleó a causa de golpe y Andere lo atravesó desde atrás.

Andere acercó su caballo a *Mandarb*; por encima del estruendo de la batalla, Lan oía a su amigo jadear. ¿Cuánto tiempo llevaban combatiendo allí, en el frente de batalla? Los brazos le pesaban como plomo.

—¡Lan! —gritó Andere—. ¡Siguen llegando!

Lan asintió en silencio e hizo recular de nuevo a *Mandarb* cuando un par de trollocs se abrieron paso entre los cadáveres para atacar. También esos dos llevaban perchas de captura. No era algo insólito en los trollocs; comprendían que los hombres a pie eran mucho menos peligrosos para ellos que los que iban a caballo. Aun así, le hizo pensar a Lan si no estarían intentando capturarlo.

Andere y él dejaron que las bestias avanzaran y atacaran mientras dos miembros de la Guardia Real se aproximaban por un lado para distraer su atención. Los trollocs siguieron avanzando hacia Lan y él se lanzó hacia adelante blandiendo la espada de forma que cortó en dos el astil de ambas perchas.

Los monstruos no se detuvieron y alargaron las manos bestiales para desmontarlo. Lan olió el apestoso aliento de los monstruos mientras hincaba la espada en la garganta de uno. ¡Con qué lentitud movía los músculos! Más le valía que Andere estuviera en posición.

El caballo de Andere se acercó a galope y chocó contra el flanco protegido por coraza del segundo trolloc, al que derribó de costado. Al caer, los dos guardias

montados lo mataron con las hachas de mango largo.

Esos hombres estaban ensangrentados, como lo estaba Andere. Y él mismo. Recordaba vagamente haber recibido esa herida en el muslo. Se sentía tan cansado… No se hallaba en condiciones de luchar.

—Nos retiramos —anunció de mala gana—. Que otros se ocupen de esta posición de momento.

Lan y sus hombres dirigían la caballería pesada en la punta de la batalla, presionando a los trollocs en una formación triangular para avanzar a través de ellos y empujarlos hacia los lados a fin de que los ataques por los flancos los machacaran.

Los otros asintieron con la cabeza y Lan notó el alivio en ellos mientras se replegaba con los cincuenta y tantos hombres de la Guardia Real. Se retiraron, y un grupo de shienarianos avanzó para sustituirlos en su posición. Lan limpió la espada y la envainó. En lo alto retumbó un relámpago. Sí, las nubes parecían estar más bajas ese día. Como si fueran una mano que apretara poco a poco sobre los hombres mientras morían.

Cerca, restallaron relámpagos en el aire, uno tras otro. Lan hizo girarse a *Mandarb* con brusquedad. Ese día había habido muchos relámpagos, pero los últimos se habían descargado demasiado seguidos. Olió humo en el aire.

—¿Señores del Espanto? —preguntó Andere.

Lan asintió con la cabeza mientras los ojos buscaban a los atacantes. Lo único que vio fueron las líneas de hombres combatiendo, la tumultuosa masa de trollocs avanzando en oleadas. Tenía que buscar un sitio más alto.

Lan señaló una de las colinas y taconeó a *Mandarb* en esa dirección. Miembros de la retaguardia lo vieron pasar y alzaron la mano al tiempo que saludaban con un «Dai Shan». Tenían las armaduras manchadas de sangre. A lo largo del día las tropas de reserva habían rotado al frente para más tarde volver de nuevo a retaguardia.

Mandarb subió despacio colina arriba. Lan palmeó al animal, tras lo cual desmontó y anduvo penosamente al lado del semental. Paró en la cima para observar la batalla. Los ejércitos fronterizos creaban hendiduras a semejanza de púas que ponían un toque de plata y color en el mar de trollocs.

Tantos. Los Señores del Espanto habían salido de nuevo en su gran plataforma, la máquina tirada por docenas de trollocs que la llevaban rodando a través del campo de batalla. Necesitaban altura para ver dónde dirigir sus ataques. Lan apretó los dientes al descubrir una serie de descargas que caían sobre los kandoreses y lanzaban los cuerpos al aire abriendo una brecha en sus líneas.

Los encauzadores de Lan atacaron en respuesta arrojando rayos y fuego a los trollocs que avanzaban para impedir que entraran a raudales por la brecha de la línea fronteriza. Eso funcionaría durante muy poco tiempo. Ellos tenían muchos menos Aes Sedai y Asha'man que Señores del Espanto tenía la Sombra.

—Luz —dijo el príncipe Kaisel, que cabalgó hacia él—. Dai Shan, si abren brechas suficientes en nuestras líneas…

—Las reservas están en camino. Allí —dijo Andere, señalando.

Seguía montado y Lan tuvo que adelantar unos pasos para rodearlo y mirar hacia donde indicaba. Un grupo de jinetes shienarianos se dirigía a las líneas sobre las que caían los rayos.

—Y allí también —señaló Kaisel hacia el oeste.

Un grupo de arafelinos cabalgaba hacia el mismo sitio. Las dos fuerzas se enredaron al confluir en el mismo punto para tapar la brecha.

Empezaron a descargarse rayos del cielo que cayeron sobre la plataforma de los Señores del Espanto. Estupendo. Narishma y Merise habían recibido instrucciones de estar atentos a la aparición de Señores del Espanto e intentar matarlos. Quizá eso distraería al enemigo. Lan enfocó la atención en otra cosa.

¿Por qué se había enviado a dos grupos de reserva a tapar la misma brecha? Cualquiera de las dos unidades era lo bastante grande para encargarse de ese cometido; con tantos hombres, lo que hacían era estorbarse entre ellos. ¿Un error?

Aunque reacio, porque no quería hacer trabajar al caballo tan pronto otra vez, subió a la silla de *Mandarb*. Comprobaría ese error.

En el Sueño del Lobo, Perrin y Gaul se detuvieron en la cumbre de una colina desde la que se veía un valle con una montaña al fondo. Encima de ésta, las nubes negras giraban en un vórtice terrible que no acababa de tocar el pico de la mole.

Vientos racheados azotaban el valle con violencia, y Perrin se vio obligado a crear una burbuja de calma alrededor de los dos con la que desviar los residuos. Allá abajo captó retazos rápidos de una enorme batalla. Aiel, trollocs y hombres con armadura aparecían en el Sueño del Lobo como si salieran de un remolino de humo y polvo, y durante segundos enarbolaban armas que se desintegraban a mitad de un golpe. Millares de ellos.

Muchos lobos se encontraban allí, por todas partes. Esperaban… algo. Algo que no sabían explicarle a Perrin. Tenían un nombre para Rand, el Exterminador de la Sombra. A lo mejor estaban allí para presenciar lo que iba a hacer.

—¿Perrin…? —llamó Gaul.

—Por fin está aquí —contestó en voz baja—. Ha entrado en la Fosa de la Perdición.

Rand iba a necesitarlo en algún momento de ese enfrentamiento. Por desgracia, no podía quedarse allí aguardando: tenía un trabajo que hacer. Con ayuda de los lobos, Gaul y él habían encontrado a Graendal cerca de Cairhien. Ella había hablado con algunas personas en sus sueños. ¿Amigos Siniestros infiltrados en los ejércitos, tal vez?

«Antes había entrado en los sueños de Bashere —pensó Perrin—. O eso es lo que Lanfear aseguraba». No se fiaba de ella.

En cualquier caso, había encontrado a Graendal ese mismo día, hacía unas horas, y él se disponía a atacarla cuando de repente la mujer desapareció. Sabía cómo seguir el rastro de alguien en el sueño del lobo cuando lo hacía con un *cambio*, y la había seguido hasta allí, a Thakan'dar.

El olor de Graendal desapareció bruscamente en mitad del valle, allá abajo. La Renegada debía de haber Viajado de vuelta al mundo real. Perrin no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado en el Sueño del Lobo; Gaul y él todavía tenían comida, pero la sensación era de que hubieran transcurrido días y días. Lanfear había dicho que cuanto más cerca estuviera de Rand, más se distorsionaría el tiempo. Respecto a eso, al menos, tenía la posibilidad de comprobar si era cierto.

¡*Él está aquí, Joven Toro*!, llegó la transmisión, repentina y urgente, de un lobo llamado *Amanecer*, allí en el valle. ¡*Verdugo está entre nosotros! ¡Deprisa*!

Perrin emitió un gruñido, asió a Gaul por el hombro sin decir palabra y… *Cambio*. Aparecieron en el sendero rocoso que llevaba a un gran agujero en la pared de la montaña, la entrada a la caverna que descendía a la mismísima Fosa de la Perdición.

Un lobo yacía cerca, con una flecha en el costado y olor a muerte. Otros aullaban a corta distancia. El horrible viento lo zarandeó; Perrin agachó la cabeza contra el violento empuje, con Gaul a su lado.

Dentro, Joven Toro, transmitió un lobo. *Dentro de la boca de la oscuridad*.

Sin atreverse a pensar lo que estaba haciendo, Perrin penetró como un torbellino en una angosta cámara llena de rocas puntiagudas que brotaban del suelo y del techo. Un poco más adelante, algo brillante emitía ondas a través del espacio a intervalos regulares. Perrin alzó una mano para tapar la luz y captó vagamente las figuras que había al fondo de la cámara.

Dos hombres trabados en una lucha.

Dos mujeres que parecían paralizadas.

Y, justo a pocos pasos de Perrin, Verdugo, que tensaba la cuerda de un arco hacia la mejilla.

Perrin rugió, con el martillo empuñado, y… *Cambio*. Apareció justo entre Verdugo y Rand. Golpeó la flecha en el aire con el martillo una fracción de segundo después de salir disparada. Los ojos de Verdugo se desorbitaron por la sorpresa; un instante después, el hombre desaparecía.

Cambio. Perrin se desplazó junto a Gaul y asió al hombre por el brazo. *Cambio*. Los dos aparecieron donde Verdugo estaba antes y Perrin captó el aroma de su ubicación.

—Ten cuidado —advirtió a Gaul.

Cambio. Se trasladaron ambos hacia el olor de la ubicación del hombre.

Aparecieron en medio de un grupo de gente. Eran Aiel, nada menos, sólo que en lugar de llevar el *shoufa* normal tenían unos extraños velos rojos.

El *cambio* no había llevado a Perrin y a Gaul lejos; era una especie de pueblo, lo bastante cerca para que el pico de Shayol Ghul fuera visible en la distancia.

Los velos rojos atacaron. A Perrin no lo sorprendió mucho encontrar Aiel en el lado de la Sombra. Amigos Siniestros los había en todos los pueblos. Sin embargo, ¿por qué identificar su adhesión a la Sombra con el color de los velos?

Perrin giró el martillo en un amplio círculo y mantuvo a raya a un grupo de esos Aiel, entonces, con un *cambio*, apareció detrás de ellos y le aplastó la cabeza a uno. Gaul se convirtió en un remolino de lanzas y ropas pardas, esquivando y haciendo quiebros alrededor de los velos rojos, lanceando y después desapareciendo… Y después reapareciendo y lanceando otra vez. Sí, había aprendido muy deprisa, más de lo que —al parecer— habían hecho esos velos rojos, porque no conseguían seguirle el ritmo. Perrin golpeó a otro en la rótula y después buscó a Verdugo.

Allí. Se encontraba en un montículo, observando. Perrin miró a Gaul, que, entre saltos, le hizo un rápido asentimiento con la cabeza. Quedaban ocho velos rojos, pero…

La tierra bajo los pies de Gaul empezó a moverse hacia arriba y explotó al tiempo que Gaul saltaba. Perrin se las arregló para proteger a su amigo creando una plancha de acero por debajo de él a fin de desviar el impacto, pero le faltó poco… Gaul cayó de pie al suelo, tembloroso, y Perrin se vio obligado a llegar hasta él con un *cambio* y atacar al velo rojo que se lanzaba sobre él por detrás.

—¡Ten cuidado! —le gritó a Gaul—. ¡Al menos uno de estos tipos encauza!

Luz. Por si fuera poco que hubiera Aiel luchando por la Sombra… además, encauzadores. Hombres Aiel encauzadores. ¡Luz!

Perrin arremetía contra otro cuando Verdugo apareció allí, con una espada en una mano y un largo cuchillo de caza en la otra, de los que un cazador utilizaría para desollar a su presa.

Gruñendo, Perrin se lanzó a la lucha y los dos empezaron una extraña danza. Uno atacaba al otro, que desaparecía para reaparecer cerca antes de atacar también. Giraron en derredor; uno hacía *cambio*, a continuación lo hacía el otro, cada cual intentando llevar la delantera. Perrin falló por poco un golpe demoledor contra Verdugo, y entonces casi acabó con una hoja de acero en las tripas.

Gaul estaba demostrando ser muy útil, porque Perrin lo habría pasado muy mal si hubiera tenido que enfrentarse a Verdugo y los velos rojos solo. Por desgracia, Gaul poco podía hacer aparte de distraer a sus adversarios y lo estaba pasando mal para lograr eso simplemente.

Cuando una columna de fuego de uno de los velos rojos casi lo alcanzó, Perrin

tomó una decisión. *Cambio*. Apareció junto a Gaul y… casi recibió un lanzazo en el hombro. Perrin transformó la lanza en tela, que se dobló contra su piel.

Gaul se llevó un susto al ver a Perrin y luego abrió la boca. Perrin no le dio tiempo para decir nada. Asió a su amigo del brazo y, con un *cambio*, ambos salieron del allí. Desaparecieron justo cuando una gran llamarada brotaba a su alrededor.

Reaparecieron frente a la entrada de la Fosa de la Perdición. La chaqueta de Perrin humeaba. Gaul sangraba por un muslo. ¿Cuándo había ocurrido?

¿*Estáis ahí*?, transmitió Perrin con urgencia.

Aquí estamos, Joven Toro, fue la respuesta de docenas de lobos.

¿*Vas a dirigirnos, Joven Toro? ¡La Última Batalla*!

Estate atento con Cazadora lunar, Joven Toro. Te sigue al acecho, como un león en la hierba alta.

Os necesito, envió a los lobos. *Verdugo está aquí. ¿Querréis luchar por mí contra él y los hombres que están con él*?

Es la Última Batalla, transmitió uno al tiempo que muchos otros aceptaban ayudarlo. Aparecieron en las laderas de Shayol Ghul. Perrin olía su cautela; no les gustaba ese sitio. Era un lugar al que los lobos no iban, ni en el mundo de vigilia ni en el sueño.

Apareció Verdugo. O iba por Perrin porque había deducido que estaría protegiendo esa posición o se proponía retomar su ataque a Rand. Fuera lo uno o lo otro, Perrin lo vio de pie en el saliente de arriba, mirando desde allí el valle… Una figura oscura con un arco y una capa negra agitada por los vientos tempestuosos. Abajo, entre polvo y sombras, la batalla proseguía con furia. Miles y miles de personas que morían, mataban, luchaban en el mundo real, y aquí no eran más que fantasmas.

—Ven y ponme a prueba —susurró Perrin, que asía el martillo con fuerza—. Descubrirás que esta vez soy un adversario distinto.

Verdugo alzó el arco y disparó. La flecha se dividió y se convirtió en cuatro, luego en dieciséis, y después en una lluvia de flechas lanzadas hacia Perrin.

Él gruñó y acometió contra la columna de aire que Verdugo había creado para parar el viento. La columna se disolvió y el feroz vendaval atrapó las flechas en el remolino.

Verdugo apareció delante de Perrin, de nuevo empuñando espada y cuchillo. Perrin saltó hacia él al tiempo que los velos rojos aparecían cerca. Los lobos y Gaul se ocuparon de ellos. Esta vez, Perrin se centraría en su enemigo. Atacó con un rugido y le quitó la espada de un golpe para acto seguido acometer contra la cabeza del hombre.

Verdugo retrocedió y creó brazos de piedra que brotaron del suelo —lanzando al aire esquirlas y fragmentos de roca— para asirlo. Perrin se concentró y los brazos de

piedra se hicieron pedazos, de vuelta al suelo. Captó el penetrante efluvio de sorpresa en Verdugo.

—Estás aquí en persona —masculló.

Perrin saltó hacia él e hizo un *cambio* en mitad del salto para llegar al hombre más rápido. Verdugo paró el golpe con un escudo que apareció en su brazo. Aunque lo desvió, *Mah'alleinir* dejó una gran abolladura en él.

Verdugo desapareció para aparecer de nuevo cinco pasos detrás, al borde del camino que subía hacia la caverna.

—Cuánto me alegro de que hayas venido a cazar, lobezno. Se me prohibió que te buscara, pero ahora estás aquí. Desollé al maestro; ahora, al cachorro.

Perrin se abalanzó contra Verdugo en un salto, como los que utilizaba para ir de colina en colina, tan veloz que su figura se desdibujó en un borrón. Chocó con el hombre, y los dos salieron lanzados fuera de la repisa que había delante de la entrada a la Fosa de la Perdición; cayeron dando tumbos y vueltas docenas de pies hacia el suelo.

El martillo de Perrin estaba en el cinturón —aunque él no recordaba haberlo puesto allí—, pero no quería golpear a ese hombre con el martillo. Quería sentir a Verdugo al estrellarle el puño en la cara. El puñetazo llegó a su destino, pero de repente el rostro de Verdugo se había vuelto duro como piedra.

En ese momento, la lucha dejó de ser de cuerpo contra cuerpo y pasó a ser de voluntad contra voluntad. Mientras caían juntos, Perrin imaginó que la piel del otro hombre se volvía blanda y cedía al puñetazo y los huesos se tornaban quebradizos y se rompían. En respuesta, Verdugo imaginó su piel como granito.

El resultado fue que la mejilla de Verdugo se tornó dura como roca, pero, de todos modos, Perrin la resquebrajó. Cayeron al suelo y se separaron al rodar sobre sí mismos. Cuando Verdugo se puso de pie, la mejilla derecha parecía la de una estatua que hubiera golpeado un martillo, con finas grietas abriéndose en la piel.

Hilillos de sangre empezaron a manar de esas fisuras y a Verdugo se le desorbitaron los ojos por la sorpresa. Se llevó una mano a la cara y tocó la sangre. La piel volvió a ser normal otra vez y aparecieron unos puntos como si los hubiera dado un cirujano experto. Uno no podía curarse a sí mismo en el Sueño del Lobo.

Verdugo miró a Perrin con una mueca de desprecio y después atacó. Los dos se desplazaron atrás y adelante, envueltos en agitados remolinos de polvo que formaban las caras y los cuerpos de gente luchando para sobrevivir en otro lugar, en otro mundo. Perrin chocó contra dos de esas figuras fugaces y *Mah'alleinir* dejó una estela de polvo cuando arremetió con él. Verdugo se echó hacia atrás al tiempo que creaba viento para apartarlo y acto seguido respondió al ataque con extraordinaria rapidez.

Perrin se convirtió en lobo sin pensarlo siquiera, y la espada de Verdugo pasó por

encima de su cabeza. Joven Toro saltó sobre el hombre y lo lanzó hacia atrás a través de una imagen de dos Aiel luchando entre sí. Explotaron en arena y polvo. Otros se formaron a los lados y después desaparecieron llevados por el viento.

La fragorosa tempestad era un rugido a los oídos de Joven Toro, y el polvo del suelo le entraba en los ojos. Esquivó al hombre en un quiebro y luego se lanzó a su garganta. *Qué dulce será paladear la sangre de este dos patas en la boca*. Hubo un *cambio* y Verdugo desapareció.

Joven Toro se convirtió en Perrin, con el martillo presto, agazapado en el suelo junto a fragmentos de combates, a gente cambiante.

«Cuidado —se recordó—. Eres un lobo, pero eres más hombre». Con un sobresalto reparó en que algunas de esas imágenes no eran del todo humanas. Vio un par de ellas que tenían una apariencia claramente serpentina, aunque desaparecieron muy deprisa.

«¿Este lugar refleja otros mundos?», se preguntó, al no encontrar otra explicación a aquellos fantasmas.

Verdugo se lanzó sobre él de nuevo, prietos los dientes. El martillo de Perrin se puso caliente y la pierna le dolió donde le habían Curado la herida recibida durante su último enfrentamiento con Verdugo. Bramó y dejó que la espada de su adversario se acercara, que le rozara la mejilla, al tiempo que descargaba su propia arma en el costado del hombre.

Verdugo desapareció.

Perrin acabó el recorrido del golpe y, por un instante, dio por sentado que había golpeado al hombre. Pero no, el martillo apenas había rozado a Verdugo antes de que desapareciera. El hombre había estado preparado, esperando el *cambio*. Perrin sintió que le corría sangre entre el pelo de la barba, hacia la barbilla; el roce de la cuchilla le había abierto un tajo en la mejilla, casi en el mismo sitio donde él había descargado el golpe en la cara de Verdugo.

Husmeó el aire mientras giraba sobre sí mismo en un intento de captar el efluvio de la ubicación de Verdugo. ¿Adónde había ido? No notaba nada.

Verdugo no se había trasladado a otro lugar del Sueño del Lobo. Sabía que Perrin podía seguirlo. En cambio, debía de haber vuelto al mundo de vigilia. Perrin aulló al comprender que había perdido a su presa. Su parte de lobo clamó por la cacería perdida, y él tuvo que realizar un gran esfuerzo para recobrar el control.

Fue un olor lo que se lo devolvió. Pelambre quemada. El olor iba acompañado de aullidos de dolor.

Cambio. Perrin se encontró de vuelta en lo alto del camino. En el suelo yacían lobos quemándose y muriendo en medio de cadáveres de velos rojos. Dos de los hombres aún estaban de pie, espalda contra espalda, y su reacción incongruente fue bajarse los velos. Tenían los dientes afilados en punta y sonrieron, casi de forma

demencial, mientras encauzaban. Quemando un lobo tras otro. Gaul se había visto obligado a refugiarse detrás de una roca y las ropas le humeaban. Olía a dolor.

A los dos encauzadores sonrientes no parecía importarles que sus compañeros yacieran a su alrededor en el suelo, sangrando hasta morir. Perrin caminó hacia ellos. Uno alzó una mano y soltó un chorro de fuego. Perrin lo deshizo en humo y después lo apartó caminando directamente hacia él; el humo negro se arremolinó en torno a él y luego fluyó hacia los lados.

El otro Aiel también encauzaba e intentó que el suelo se rompiera debajo de Perrin, pero él sabía que la roca no se partiría, que resistiría los tejidos. Y lo hizo. Perrin no veía los tejidos, pero sabía que la tierra —de repente mucho más sólida— se negaba a ceder como se le ordenaba.

El primer Aiel echó mano de la lanza con un gruñido, y Perrin lo agarró por el cuello.

Ansiaba aplastarle la garganta a ese tipo. Había perdido a Verdugo otra vez, y los lobos habían muerto a manos de esos dos. De nuevo se contuvo. Verdugo… Verdugo merecía algo peor que la muerte por lo que había hecho. No sabía nada de esos hombres y no estaba seguro de que si los mataba allí no lo haría de forma definitiva, sin renacimiento.

A su entender, todo el mundo, incluidos seres como ésos, deberían tener una segunda oportunidad. El velo rojo al que tenía asido se debatía e intentó envolverlo con tejidos de Aire.

—Eres idiota —dijo en voz baja Perrin. Miró al otro—. Y tú también.

Los dos parpadearon y después lo miraron, y en los ojos asomó una expresión cada vez más alelada. Uno de ellos empezó a babear. Perrin meneó la cabeza. Verdugo no los había entrenado ni poco ni mucho. Hasta Gaul, después de… ¿Cuánto tiempo había pasado? Fuera el tiempo que fuera, Gaul sabía que no debía dejarse sorprender de ese modo en manos de alguien capaz de cambiar hasta su capacidad mental.

Perrin tenía que seguir pensando en ellos como unos simples para mantener la transformación. Se arrodilló entre los lobos para ver a cuáles podía ayudar. Se imaginó vendajes en las heridas de los que estaban sufriendo. En ese lugar sanarían pronto. Los lobos parecían capaces de hacerlo. Habían perdido a ocho de los suyos, y Perrin aulló por ellos. Los otros se le unieron, pero no había pesar en sus sensaciones. Habían combatido. A eso habían ido allí.

Después Perrin examinó a los velos rojos caídos. Todos habían muerto. Gaul se acercó cojeando y sujetándose un brazo quemado. Era una herida grave, pero no mortal.

—Tengo que sacarte de aquí —le dijo Perrin—, y que te hagan la Curación. No sé qué hora será, pero creo que deberíamos ir a Merrilor y esperar a que se abra el

acceso.

—He matado a dos de ésos, Perrin Aybara —dijo Gaul con una ancha sonrisa—. Uno encauzaba. Creía haber ganado mucho honor, y entonces apareces tú y tomas dos cautivos. —Meneó la cabeza—. Bain se reiría todo el camino de vuelta a la Tierra de los Tres Pliegues si hubiera visto esto.

Perrin se volvió hacia sus dos cautivos. Matarlos allí le parecía cruel en extremo, pero soltarlos significaba que volverían a combatir; quizá matarían más lobos, más amigos.

—No creo que éstos sigan el *ji'e'toh* —dijo Gaul—. Y, de todos modos, ¿tomarías a un encauzador como *gai'shain*? —Lo sacudió un fuerte escalofrío.

—Mátalos y acaba de una vez —dijo Lanfear.

Perrin la miró. No se había sobresaltado cuando la mujer habló; podría decirse que se había acostumbrado al modo en que ella aparecía y desaparecía. Sin embargo, le resultaba molesto.

—Si los mato aquí, ¿será acabar para siempre con ellos?

—No. No funciona así con los humanos.

¿Debería fiarse de ella? En lo relacionado con ese caso, se dio cuenta de que sí le creía. ¿Por qué iba a mentir? Aun así, matar a unos hombres desarmados… Allí eran poco más que unos bebés, a su modo de ver.

«No —pensó al recordar a los lobos muertos—. Nada de unos bebés. Son mucho más peligrosos».

—A esos dos los han Trasmutado —dijo la mujer, que cruzó los brazos y los señaló con la barbilla—. Muchos han empezado su vida estos días, pero esos dos tienen los dientes afilados. Los atraparon y los Trasmutaron.

Gaul masculló algo. Parecía una maldición, pero también tenía un tono reverente. Era algo en la Antigua Lengua, y Perrin no entendió el significado. Tras mascullar aquello, Gaul alzó al aire una lanza. Olía a sentirse agradecido.

—Le escupisteis al ojo y él os utilizó, hermanos míos. Atroz…

«Trasmutados», pensó Perrin. Como esos hombres de la Torre Negra. Frunció el entrecejo, se acercó a ellos y le sostuvo la cabeza a uno con las manos. ¿Podría volver ese hombre a la Luz? Si había sido posible obligarlo a ser perverso, ¿podría volver a ser el de antes?

Perrin dio con algo vasto al intentar entrar en la mente de esos hombres. Su voluntad rebotó y salió despedida como una ramita utilizada para tratar de golpear una puerta de hierro. Perrin trastabilló hacia atrás.

Miró a Gaul e hizo un gesto de negación.

—No puedo hacer nada por ellos.

—Lo haré yo —dijo el Aiel—. Son hermanos.

De mala gana, Perrin asintió en silencio y Gaul degolló a los dos hombres. Era

mejor así. Con todo, verlo fue como si se desgarrara por dentro. Detestaba lo que la lucha hacía con la gente, lo que le hacía a él. El Perrin de meses atrás no habría podido quedarse allí y mirar. Luz… Si no lo hubiera hecho Gaul, lo habría hecho él. Sabía que sí.

—Qué chiquillo eres a veces —dijo Lanfear, todavía cruzada de brazos, sin dejar de mirarlo.

Suspiró y luego lo tomó del brazo. La oleada helada de la Curación lo recorrió de la cabeza a los pies. La herida de la mejilla se cerró.

Perrin inhaló hondo y luego señaló hacia Gaul con la barbilla.

—No soy tu chica de los recados, lobezno —dijo ella.

—¿Quieres convencerme de que no eres una enemiga? —replicó él—. Sería una buena forma de empezar a conseguirlo.

Ella suspiró y a continuación hizo un gesto impaciente a Gaul para que se acercara. El Aiel lo hizo, renqueando, y Lanfear lo Curó.

Un retumbo lejano sacudió la caverna, detrás de ellos. Lanfear miró hacia allí y estrechó los ojos.

—No puedo quedarme aquí —dijo. Y desapareció.

—No sé qué pensar de ésa —comentó Gaul; se frotó el brazo donde la tela de la manga estaba quemada, pero la piel volvía a estar intacta—. Creo que juega con nosotros, Perrin Aybara, pero no sé a qué juego.

Perrin mostró su conformidad con un gruñido.

—Ese Verdugo… volverá —dijo Gaul.

—Estoy pensando, a ver qué se me ocurre hacer sobre eso. —Perrin se llevó la mano a la cintura, donde había atado con cuerdas el clavo de sueños al cinturón. Lo desató—. Quédate aquí vigilando —le encargó a Gaul, y entró en la caverna.

Perrin pasó junto a aquellas piedras que semejaban dientes. Era difícil abstraerse de la sensación de que se acercaba lentamente hacia la boca de un Sabueso del Oscuro. La luz al fondo de la pendiente era cegadora, pero Perrin creó a su alrededor una burbuja ahumada, como un cristal translúcido. Distinguió a Rand y a alguien más; ambos luchaban con espadas al borde de una profunda sima.

No. No era una sima. Perrin se quedó boquiabierto. El mundo entero parecía acabar allí, como si la caverna se abriera a una vasta nada. Un vacío eterno, como la negrura de los Atajos, sólo que aquello parecía tirar de él hacia sí. De él y de todo lo demás. Se había acostumbrado a la tumultuosa tormenta de fuera, así que no había notado el viento en el túnel. Ahora que prestaba atención, sentía a través de la caverna la corriente que lo arrastraba hacia aquel agujero.

Al mirar esa abertura, supo que nunca había entendido de verdad lo que era negrura. Eso lo era. Eso era la nada. El fin absoluto de todo. Otra oscuridad era amedrentadora por lo que podía ocultar. Esa oscuridad era diferente; si te envolvía,

dejabas de ser. Total y definitivamente.

Perrin reculó a trompicones, aunque el viento que soplaba túnel abajo no era fuerte. Sólo… constante, una corriente fluyendo hacia ninguna parte. Perrin asió el clavo de los sueños y se obligó a apartarse de Rand. Cerca había alguien, una mujer arrodillada, con la cabeza inclinada, como resistiendo contra una enorme fuerza que viniera de aquella nada. ¿Moraine? Sí, y la que estaba a su derecha, también de rodillas, era Nynaeve.

El velo entre mundos era muy fino allí. Si podía ver a Nynaeve y a Moraine quizás ellas podrían oírlo.

Se acercó a Nynaeve.

—Nynaeve, ¿me oyes?

Ella parpadeó y volvió la cabeza. ¡Sí, lo oía! Al parecer, sin embargo, no lo veía. Ella miró en derredor, desconcertada, mientras se aferraba al diente de piedra que salía del suelo como si en ello le fuera la vida.

—¡Nynaeve! —gritó.

—¿Perrin? —susurró la mujer, que miró de nuevo a un lado y a otro—. ¿Dónde estás?

—Voy a hacer algo, Nynaeve —dijo—. Algo que imposibilitará crear accesos a este lugar. Si quieres Viajar a esta zona o desde ella, tendrás que crear el acceso fuera, delante de la caverna. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, todavía buscándolo en derredor. Por lo visto, aunque el mundo real se reflejaba en el Sueño del Lobo, no funcionaba igual a la inversa. Perrin hundió el clavo en el suelo y lo activó como Lanfear le había enseñado; creó la cúpula púrpura alrededor de la propia caverna, nada más. Regresó corriendo al túnel y salió a través del cristalino muro purpúreo para reunirse con Gaul y los lobos.

—Luz —dijo Gaul—. Estaba a punto de ir a buscarte. ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Tanto? —repitió Perrin.

—Has estado ahí dentro casi dos horas.

Perrin meneó la cabeza.

—Es la Perforación, que juega con nuestra percepción del tiempo —dijo—. Bueno, al menos con ese clavo de sueños a Verdugo no le será fácil llegar hasta Rand.

Después de que Verdugo hubiera utilizado el clavo de sueños contra él, era satisfactorio usar el *ter'angreal* contra ese hombre. Perrin había creado la burbuja protectora justo lo bastante grande para que cupiera dentro de la caverna y guareciera a Rand, la Perforación y quienes se hallaban con él. La colocación significaba que los límites de la cúpula estaban dentro de roca salvo allí delante, en la boca de la caverna.

Verdugo no podría saltar al centro de la caverna y atacar; tendría que entrar por allí. O eso, o habría de encontrar la forma de excavar a través de la roca, cosa que Perrin suponía que era posible allí, en el Sueño del Lobo. No obstante, hacerlo así lo

retrasaría, y eso era lo que Rand necesitaba.

Necesito que protejáis este lugar, transmitió Perrin a los lobos reunidos, muchos de los cuales todavía lamían sus heridas. *El Exterminador de la Sombra combate dentro, a la caza de la presa más peligrosa que este mundo ha conocido. No debemos permitir que Verdugo llegue hasta él*.

Vigilaremos este lugar, Joven Toro, transmitió uno. *Otros se reúnen. No dejaremos que pase*.

¿*Podríais hacer esto*? Perrin transmitió una imagen de lobos situados a intervalos en las Tierras Fronterizas para transmitir mensajes entre ellos con rapidez. Había miles y miles deambulando por la zona.

Perrin se sentía orgulloso de cómo había comunicado sus ideas. No había transmitido nada con palabras ni imágenes, sino como un concepto mezclado con efluvios y con un indicio de instinto. Teniendo a los lobos situados como había transmitido, podrían comunicarse con él a través de esa red casi de forma instantánea si Verdugo regresaba.

Podemos hacerlo, afirmaron los lobos.

Perrin asintió con la cabeza e hizo un gesto a Gaul.

—¿No nos quedamos? —preguntó el Aiel.

—Están pasando demasiadas cosas —dijo Perrin—. El tiempo transcurre muy despacio aquí. No quiero que la guerra nos pase de largo.

Además, todavía quedaba pendiente el asunto de lo que Graendal estaba haciendo.

26



Consideraciones

No me gusta luchar al lado de esos seanchan —susurró Gawyn, que se había acercado a Egwene.

Tampoco le gustaba a ella, y sabía que Gawyn lo percibía a través del vínculo. Pero ¿qué iba decir? No podía rechazar a los seanchan. La Sombra había llevado a los sharaníes para que combatieran bajo su bandera. En consecuencia, ella tendría que utilizar lo que tuviera a su disposición. Cualquier cosa.

Sintió picor en el cuello mientras cruzaba el campo hacia el lugar de reunión, más o menos a una milla al este del vado, en Arafel. Bryne ya había desplegado casi todas sus fuerzas en el vado. Se veían Aes Sedai en lo alto de las colinas, justo al sur del vado, y debajo de ellas, en las laderas, grandes escuadrones de arqueros y piqueros. Las tropas se sentían más descansadas. Los días que el ejército de Egwene había pasado replegándose habían servido para aliviar parte de la presión de la guerra, a despecho de los intentos del enemigo de hacerlos entrar en combate.

Las oportunidades que tenía Egwene dependían de que los seanchan se unieran a la batalla y se enzarzaran con los encauzadores sharaníes. Se le hizo un nudo en el estómago. Una vez había oído que en Caemlyn hombres sin escrúpulos metían juntos en un foso a perros hambrientos y apostaban cuál sobreviviría a la subsiguiente lucha. La sensación que tenía con esto de ahora era la misma. Las *damane* seanchan no eran mujeres libres; no podían elegir luchar o no. Por lo que había visto de los encauzadores varones sharaníes, eran poco más que animales.

Ella tendría que estar combatiendo a los seanchan con toda su alma, no aliarse con ellos. Su instinto se rebelaba a medida que se aproximaba a la concurrencia seanchan. La cabecilla había exigido esta audiencia con Egwene. Quisiera la Luz que fuera breve.

Egwene había recibido informes sobre la tal Fortuona, así que sabía a qué atenerse. La diminuta emperatriz se encontraba en una pequeña plataforma, observando los preparativos para la batalla. Lucía un vestido reluciente con una cola que se extendía tras ella a una distancia absurda y que llevaban entre ocho *da'covale*, esos sirvientes con ropas tan horriblemente inmodestas. Varios miembros de la Sangre esperaban con cautelosa afectación, reunidos en grupos. Guardias de la Muerte, imponentes con sus armaduras casi negras, permanecían como peñascos alrededor de la emperatriz.

Egwene se acercó, rodeada de sus propios soldados y gran parte de la Antecámara de la Torre. Al principio Fortuona había intentado que Egwene fuera a visitarla a su campamento. Por supuesto, ella se había negado. Tuvieron que pasar horas de negociaciones hasta llegar a un acuerdo. Las dos irían a esa posición en Arafel, y las dos estarían de pie en lugar de sentadas para que de ese modo ninguna diera la impresión de estar por encima de la otra. Con todo, a Egwene la irritó encontrar a la mujer esperando. Había querido arreglar el encuentro de forma que ambas llegaran al mismo tiempo.

Fortuona les dio la espalda a los preparativos para la batalla y miró a Egwene. Al parecer, muchos informes de Siuan eran falsos. Sí, Fortuona tenía aspecto aniñado con su cuerpo delgado y sus rasgos delicados. Pero tales similitudes eran secundarias. Ninguna niña tenía unos ojos tan perspicaces, tan calculadores. Egwene revisó sus expectativas. Había imaginado a Fortuona como una adolescente malcriada, producto de una vida mimada.

—He considerado si sería apropiado dirigirme a vos en persona, con mi propia voz —dijo Fortuona.

Cerca, varios miembros de la Sangre seanchan —con las uñas pintadas y las cabezas afeitadas parcialmente— emitieron un grito ahogado. Egwene hizo caso omiso de ellos. Se encontraban cerca de varias parejas de *sul'dam* y *damane*. Si permitía que esas parejas atrajeran su atención, posiblemente acabaría perdiendo los estribos.

—Yo también he considerado si sería apropiado hablar con alguien que ha cometido tantas atrocidades como vos.

—He decidido hablar con vos —continuó Fortuona, pasando por alto el comentario de Egwene—. Creo que, durante un tiempo, sería mejor que no os viera como una *marath'damane*, sino como una reina entre la gente de estas tierras.

—No —dijo Egwene—. Me veréis como lo que soy, mujer. Lo exijo.

Fortuona apretó los labios.

—Muy bien —repuso por fin—. He hablado con *damane* antes. Entrenarlas ha sido una de mis aficiones. Veros como tal no viola el protocolo, ya que la emperatriz puede hablar con sus mascotas.

—Entonces yo hablaré directamente con vos también —contestó Egwene, que mantuvo el gesto impasible—. Puesto que la Amyrlin preside muchos juicios, ha de acostumbrarse a hablar con asesinos y violadores a fin de dictar sentencia contra ellos. Creo que os sentiríais como en casa en su compañía, aunque sospecho que ellos os encontrarían repulsiva.

—Veo que no va a ser una alianza fácil.

—¿Acaso esperabais lo contrario? Mantenéis cautivas a mis hermanas. Lo que habéis hecho con ellas es peor que matarlas. Las habéis torturado, habéis quebrantado

su voluntad. La Luz sabe que habría preferido que las mataseis en lugar de hacerles eso.

—No era de esperar que entendieseis lo que es necesario hacer —repuso Fortuona, que volvió la mirada hacia el campo de batalla—. Sois *marath'damane*, y es… natural que busquéis lo mejor para vos o, más bien, lo que creéis que es lo mejor.

—Completamente natural, desde luego —contestó con suavidad Egwene—. Y por ello insisto en que me veáis como soy, porque represento la prueba máxima de que vuestra sociedad y vuestro imperio se han construido basados en falsedades. Aquí estoy, una mujer que, como insistís, debería ser atada a la correa por el bien común. Y, sin embargo, no muestro ninguna de las tendencias peligrosas o agresivas que afirmáis que debería tener. Estoy libre de vuestros collares y, mientras lo esté, seré la prueba palpable de que mentís para cualquier hombre o mujer que respire.

Los otros seanchan murmuraron. Fortuona mantuvo el semblante impasible.

—Seríais mucho más feliz con nosotros —dijo la emperatriz.

—Oh, ¿de veras?

—Sí. Habláis de odiar el collar, pero si lo llevaseis veríais que tendríais una vida mucho más tranquila. No torturamos a nuestras *damane*. Las cuidamos y les permitimos llevar una vida de privilegios.

—No lo sabéis, ¿verdad? —preguntó Egwene.

—Soy la emperatriz. Mis dominios se extienden allende los mares, y los reinos bajo mi protección engloban todos los conocimientos y toda la sabiduría de la humanidad. Si hay cosas que yo no sepa, las saben gente de mi imperio, porque yo soy el imperio.

—Fascinante —dijo Egwene—. ¿Y vuestro imperio es consciente de que yo llevé uno de vuestros collares? ¿Sabe que hace tiempo me estuvieron entrenando vuestras *sul'dam*?

Fortuona se puso rígida y Egwene tuvo la satisfacción de recibir una mirada conmocionada de la mujer, aunque se recobró de inmediato.

—Estuve en Falme —continuó Egwene—. Fui una *damane* entrenada por Renna. Sí, llevé vuestro collar, mujer. Y no encontré paz en ello. Padecí dolor, humillación, terror.

—¿Por qué no se me había informado de esto? —inquirió Fortuona en voz alta mientras se volvía—. ¿Por qué nadie me lo dijo?

Egwene miró hacia la nobleza seanchan reunida. Fortuona parecía dirigirse a un hombre en particular, uno con ricos ropajes en negro y dorado y adornados con encaje blanco. Llevaba un parche negro sobre un ojo, a juego con la ropa, y las uñas de las dos manos pintadas con esmalte oscuro…

—¿Mat? —dijo Egwene, atragantada.

Él hizo una especie de saludo moviendo una mano a medias, con aire abochornado.

«Oh, Luz —pensó—. ¿En qué jaleo se ha metido ahora?» Barajó hipótesis a toda velocidad para sus adentros. Mat se estaba haciendo pasar por un noble seanchan. No debían de saber quién era en realidad. ¿Podría llegar a algún trato para salvarlo?

—Acércate —dijo Fortuona.

—Ese hombre no es… —empezó a decir Egwene, pero la mujer habló sin dejarla proseguir.

—Knotai, ¿sabías que esta mujer era una *damane* huida? La conocías desde la infancia, tengo entendido.

—¿Sabéis quién es? —preguntó Egwene.

—Por supuesto —repuso Fortuona—. Se llama Knotai, pero antes se llamaba Matrim Cauthon. No penséis que os servirá a vos, *marath'damane*, aunque crecieseis juntos. Ahora es el Príncipe de los Cuervos, una posición a la que ha llegado por su matrimonio conmigo. Sirve a los seanchan, al Trono de Cristal y a la emperatriz.

—Así viva para siempre —intervino Mat—. Hola, Egwene. Me alegra saber que escapaste de esos sharaníes. ¿Qué tal por la Torre Blanca? Sigue… blanca, supongo.

Egwene miró a Mat, a la emperatriz seanchan, y de nuevo a él. Por fin, sin saber qué otra cosa hacer, prorrumpió en carcajadas.

—¿Que te has casado? ¿Tú, Matrim Cauthon? —dijo luego.

—Los augurios lo pronosticaron —manifestó Fortuona.

—Habéis dejado que la atracción de un *ta'veren* os arrastrara demasiado cerca —declaró Egwene—. ¡Y, así, el Entramado os ha unido a él!

—Supersticiones absurdas —desdeñó Fortuona.

Egwene miró a Mat.

—Ser *ta'veren* nunca me ha servido de mucho —comentó Mat con acritud—. Supongo que debería estar agradecido al Entramado por no arrastrarme de las orejas a Shayol Ghul. Menuda ventaja.

—No has respondido mi pregunta, Knotai —insistió Fortuona—. ¿Sabías que esta mujer era una *damane* huida? De ser así, ¿por qué no me lo dijiste?

—No le di importancia —contestó él—. Y tampoco lo fue mucho tiempo, Tuon.

—Hablaremos de esto en otra ocasión —dijo con suavidad la mujer—. Y no será una conversación agradable. —Se volvió hacia Egwene—. Conversar con una antigua *damane* no es lo mismo que hablar con una recién capturada o una que ha sido libre siempre. Lo que ha pasado aquí se difundirá. Me habéis causado… molestias.

Egwene la miró, desconcertada. ¡Luz! Esa gente estaba completamente loca.

—¿Con qué propósito insististeis en que se celebrara esta reunión? El Dragón Renacido dijo que nos ayudaríais en la batalla. Entonces, hacedlo.

—Tenía que reunirme con vos —dijo Fortuona—. Sois mi oponente. He accedido a unirme a esta paz ofrecida por el Dragón, pero hay condiciones.

«Oh, Luz, Rand —pensó Egwene—. ¿Qué les has prometido?» Se preparó para lo que venía a continuación.

—Junto con acceder a luchar —dijo Fortuona—, reconoceré las fronteras soberanas de las naciones tal como están en la actualidad. No obligaremos a la obediencia a ninguna *marath'damane* salvo aquellas que entren en nuestro territorio vulnerando nuestras fronteras.

—¿Y esas fronteras son…?

—Como están trazadas en la actualidad, como le…

—Sed más específica —exigió Egwene—. Decídmelo de propia voz, mujer. ¿Qué fronteras?

Fortuona apretó los labios hasta reducirlos a una línea. Obviamente no estaba acostumbrada a que la interrumpieran.

—Controlamos Altara, Amadicia, Tarabon y el llano de Almoth.

—Tremalking —dijo Egwene—. ¿Abandonaréis Tremalking y las otras islas de los Marinos?

—No las incluí en la lista porque no pertenecen a vuestras tierras, sino al mar. No son de vuestra incumbencia. Además, no forman parte del acuerdo con el Dragón Renacido. No las mencionó.

—Tiene muchas cosas en la cabeza. Tremalking será parte del acuerdo conmigo.

—Ignoraba que estuviéramos haciendo un acuerdo —contestó con calma Fortuona—. Requeristeis nuestra ayuda. Podemos irnos en un momento si lo ordeno. ¿Cómo os iría contra ese ejército sin nuestro apoyo, que tan recientemente me suplicasteis que os prestara?

«¿Suplicar?», pensó Egwene.

—¿Os dais cuenta de lo que ocurrirá si perdemos la Última Batalla? El Oscuro rompe la Rueda, acaba con la Gran Serpiente, y es el fin de todas las cosas. Eso, si tenemos suerte. Si no la tenemos, el Oscuro reconstruirá el mundo conforme a su propia visión retorcida. Todo el mundo estará sometido a él en una eternidad de sufrimiento, subyugación y tormento.

—Soy consciente de eso —dijo Fortuona—. Actuáis como si esta batalla en particular, aquí, fuera decisiva.

—Si mi ejército acaba destruido, todo nuestro esfuerzo será puesto en peligro. Todo podría depender de lo que ocurra aquí.

—No estoy de acuerdo. Vuestro ejército no es vital. Está repleto de hijos de quebrantadores de juramentos. Combatís a la Sombra, y por ello os reconozco honor. Si perdieseis, yo regresaría a Seanchan y levantaría todo el poderío del Ejército Invencible y lo traería para acabar con este… horror. Seguiríamos ganando la Última

Batalla. Sería más difícil sin vosotros, y no querría desperdiciar vidas útiles o posibles *damane*, pero estoy segura de tener capacidad para enfrentarnos a la Sombra solos.

Le sostuvo la mirada a Egwene.

«Qué fría —pensó Egwene—. Está fingiendo. Es una bravata. Tiene que ser eso». Los datos de los informadores de Siuan decían que la patria de los seanchan se hallaba sumida en el caos. Una crisis de sucesión.

Quizá Fortuona creía en serio que el imperio podría vérselas con la Sombra por sí solo. Si era eso, estaba equivocada.

—Lucharéis junto a nosotros —dijo Egwene—. Aceptasteis el tratado con Rand, le disteis vuestra palabra, presumo.

—Tremalking es nuestra.

—¿Sí? ¿Y habéis colocado un cabecilla allí? ¿Uno de los Marinos que aprueba vuestra dominación?

Fortuona no contestó.

—Contáis con la lealtad de la mayor parte de las otras naciones que habéis conquistado. Para bien o para mal, los altaraneses y los amadicienses os siguen. Los taraboneses parecen inclinados a hacerlo también. Pero los Marinos… No tengo informes, ni uno solo, de que alguno de los suyos os apoye o de que vivan en paz bajo vuestro dominio.

—Las fronteras…

—Las fronteras que acabáis de mencionar, tal como existen en los mapas, muestran a Tremalking como nación de los Marinos. No es vuestra. Si en nuestro tratado se mantienen las fronteras tal como están, necesitaréis que haya un gobernante en Tremalking que os reconozca como soberana.

A Egwene se le antojaba un argumento débil. Los seanchan eran conquistadores. ¿Qué les importaba a ellos tener cualquier clase de legitimidad? Sin embargo, Fortuona pareció considerar sus palabras. Frunció el entrecejo en un gesto pensativo.

—Es un buen… argumento —admitió por fin—. No nos han aceptado. Muy bien, dejaremos en paz a Tremalking, pero agregaré una condición a nuestro acuerdo, igual que vos habéis hecho.

—¿Y cuál es esa condición?

—Una que anunciaréis a vuestra Torre y en todas las naciones —dijo Fortuona—. A cualquier *marath'damane* que desee venir a Ebou Dar para ser debidamente atada a la correa, se le debe permitir que lo haga.

—¿De verdad creéis que las mujeres querrán que les pongan ese collar? —Estaba loca. Tenía que estarlo.

—Pues claro que querrán —afirmó Fortuona—. En Seanchan, muy de vez en cuando, en nuestros registros se nos pasa por alto alguien con la capacidad de

encauzar. Cuando descubren lo que son, vienen a nosotros y exigen que se las ate a la correa, como debe ser. Vosotras no impediréis a nadie que acuda a nosotros. Tendréis que dejar que vengan.

—Nadie querrá, os lo prometo.

—En tal caso, no tendréis inconveniente en hacer tal proclamación —dijo Fortuona—. Enviaremos emisarias para instruir a vuestros pueblos sobre los beneficios de las *damane*. Nuestras instructoras irán en paz, porque nos atendremos al tratado. Creo que os sorprenderéis. Algunas comprenderán que es lo correcto.

—Haced lo que os plazca —repuso Egwene, divertida—. No quebrantéis las leyes y sospecho que la mayoría consentirá en permitir la visita de vuestras… emisarias. Yo no puedo hablar en nombre de todos los gobernantes.

—¿Y de las tierras que controláis? Me refiero a Tar Valon. ¿Accederéis a recibir a nuestras emisarias?

—Si no quebrantan las leyes, no les impediré que hablen —dijo Egwene—. Permitiría entrar a los Capas Blancas si fueran capaces de exponer sus ideas sin provocar altercados y desórdenes. Por la Luz bendita, mujer. No es posible que creáis que…

No acabó la frase al fijarse en Fortuona. Lo creía. Que ella supiera, lo creía.

«Al menos es sincera —pensó—. Lunática, pero sincera».

—¿Y las *damane* que retenéis ahora? —preguntó Egwene—. ¿Las dejaréis partir si quieren que se las libere?

—Ninguna que esté debidamente entrenada querría tal cosa.

—Esto ha de ser igual en ambos lados —argumentó Egwene—. ¿Y qué pasa si una muchacha descubre que puede encauzar? Si no quiere que la hagan *damane*, ¿dejaréis que salga de vuestros dominios y se una a nosotras?

—Eso sería como dejar suelto en una plaza a un *grolm* enfurecido.

—Dijisteis que la gente vería la verdad —dijo Egwene—. Si vuestro estilo de vida es firme, vuestros ideales sinceros, entonces la gente los aceptará por lo que son. Si no lo hacen, no deberíais forzarlos. Permitid que quien quiera irse se vaya libremente, y yo permitiré que vuestra gente hable en Tar Valon. ¡Luz! ¡Les proporcionaré alojamiento y manutención gratis, y me ocuparé de que se haga lo mismo en todas las ciudades!

Fortuona miró a Egwene.

—Muchas de nuestras *sul'dam* han venido a esta guerra con la perspectiva de tener la oportunidad de capturar nuevas *damane* entre aquellas que sirven a la Sombra. Esas sharaníes, por ejemplo. ¿Nos permitiríais quedárnoslas o dejaríais libres a vuestras hermanas de la Sombra, para que destruyeran o mataran?

—Para que se las juzgara y se las ejecutara, bajo la Luz.

—¿Por qué no dejar que se les diera un buen uso? ¿Por qué desperdiciar vidas?

—¡Lo que decís es una abominación! —manifestó Egwene, exasperada—. Ni siquiera el Ajah Negro se merece eso.

—Los recursos no deberían desecharse con tanta indiferencia.

—¿En serio? ¿No os dais cuenta de que cada una de vuestras *sul'dam*, vuestras preciadas instructoras, es también una *marath'damane*?

Fortuona se volvió bruscamente hacia ella.

—No propaguéis semejantes embustes.

—¿Embustes? ¿Queréis demostrarlo, Fortuona? Habéis dicho que vos misma entrenáis *damane*. De modo que sois *sul'dam*, deduzco. Poneos el *a'dam* al cuello. Os reto a hacerlo. Si estoy equivocada, no os hará nada. Si tengo razón, quedaréis sometida a su poder y quedará demostrado que sois una *marath'damane*.

Los ojos de Fortuona se desorbitaron por la cólera. Había hecho oídos sordos a sus pullas de llamarla criminal, pero esa acusación parecía haber calado hondo en ella. Así que Egwene se aseguró de hundir y retorcer el cuchillo en la herida un poco más.

—Sí —añadió—. Hagámoslo y veamos el verdadero calado de vuestro compromiso. Si se prueba que tenéis capacidad para encauzar, ¿haréis lo que afirmáis que harían otras? ¿Os pondréis vos misma el collar y lo cerraréis alrededor de vuestro cuello, Fortuona? ¿Obedeceréis vuestras propias leyes?

—Las he obedecido —repuso fríamente la mujer—. Sois una ignorante. Quizá sea cierto que las *sul'dam* podrían aprender a encauzar. Pero eso no es lo mismo que ser una *marath'damane*, del mismo modo que a un hombre que podría convertirse en asesino no se lo considera tal.

—Veremos, cuando más de los vuestros comprendan las mentiras que les han contado.

—Os quebrantaré yo misma —dijo en voz baja Fortuona—. Algún día, vuestra gente os traerá ante mí para entregaros. Sin ser consciente de ello, vuestra arrogancia os conducirá hasta mis fronteras. Estaré esperando.

—Me propongo vivir durante siglos —replicó Egwene con ira—. Veré derrumbarse vuestro imperio, Fortuona. Y gozaré con ello.

Alzó un dedo para darle golpecitos en el pecho a la mujer, pero Fortuona se movió con una rapidez increíble y le agarró la mano por la muñeca. Para ser tan menuda, desde luego era muy veloz.

En un gesto reflejo, Egwene abrazó la Fuente. Las *damane* que estaban cerca dieron un respingo y la luz del Poder Único irradió en torno a ellas.

Mat se interpuso entre las dos, las empujó para apartarlas y mantuvo una mano en el torso de cada una de ellas. De nuevo, el instinto indujo a Egwene a quitarle la mano del pecho con un hilo de Aire. El tejido se deshizo, por supuesto.

«¡Pero qué puñetas, eso sí que ha sido inoportuno!» Se le había olvidado que él se

encontraba allí.

—Seamos civilizados, señoras —dijo Mat, que primero miró a una y después a la otra—. No me obliguéis a poneros a las dos encima de las rodillas.

Egwene le lanzó una mirada abrasadora, pero Mat no bajó la suya. Intentaba desviar su ira hacia él, en lugar de Fortuona.

Egwene clavó los ojos en la mano de Mat apretada contra el pecho, incómodamente cerca de los senos. Fortuona también miraba esa misma mano.

Mat retiró las dos, pero se tomó su tiempo, y, aparentemente, con total y absoluta despreocupación.

—Los pueblos de este mundo os necesitan a ambas, y os necesitan objetivas, con la cabeza fría, ¿me habéis oído? Esto es más importante que cualquiera de nosotros. Cuando luchamos entre nosotros, es el Oscuro quien gana, y no hay más que hablar. Así que dejad de comportaros como unas crías.

—Hablaremos largo y tendido sobre esto por la noche, Knotai —dijo Fortuona.

—Me encanta charlar —contestó Mat—. Hay algunas palabras deliciosamente hermosas flotando por ahí. «Sonrisa». Ésa siempre me ha parecido una palabra bonita, ¿no te parece? O, tal vez, las palabras: «Prometo no matar a Egwene ahora mismo por intentar tocarme a mí, la emperatriz, así viva para siempre, porque, la jodida verdad sea dicha, la necesitamos durante las próximas dos semanas, más o menos». Miró a Fortuona de manera significativa.

—¿De verdad os habéis casado con él? —le dijo Egwene a Fortuona—. ¿En serio?

—Fue un suceso… inusitado —repuso Fortuona. La sacudió un escalofrío y luego asestó una mirada fulminante a Egwene—. Él es mío y no tengo intención de soltarlo.

—No parecéis de las que sueltan nada una vez que le habéis echado la mano. ¿Lucharéis o no?

—Lucharemos —respondió Fortuona—. Pero mi ejército no queda sometido al vuestro. Que vuestros generales nos envíen sugerencias. Las tomaremos en consideración. Pero es evidente que lo pasaréis muy mal defendiendo el vado contra el invasor sin que haya más de vuestras *marath'damane*. Os mandaré algunas de mis *sul'dam* y *damane* para proteger vuestro ejército. Eso es todo lo que haré de momento. —Echó a andar de vuelta hacia los suyos—. Vamos, Knotai.

—No sé cómo te has metido en esto —susurró Egwene a Mat—. Y tampoco quiero saberlo. Haré todo lo que pueda para ayudar a liberarte una vez que la lucha haya acabado.

—Es muy amable por tu parte, Egwene, pero puedo arreglármelas solo. —Y corrió en pos de Fortuona.

Eso era lo que decía siempre. Ella encontraría algún modo de ayudarlo. Meneó la cabeza y regresó a donde Gawyn la esperaba. Leilwin había declinado asistir a la

reunión, aunque Egwene había imaginado que disfrutaría viendo a gente de su patria.

—Habrá que mantener las distancias con ellos —dijo Gawyn en voz baja.

—Estoy de acuerdo.

—¿Aún sigues con la idea de luchar junto a los seanchan, a pesar de lo que han hecho?

—Mientras mantengan ocupados a los encauzadores sharaníes, sí. —Egwene miró hacia el horizonte… Hacia Rand y la terrible lucha en la que debía de estar enzarzado—. Nuestras opciones son escasas, Gawyn, y nuestros aliados disminuyen. De momento, cualquiera que esté dispuesto a matar trollocs es un amigo. Y no hay más que hablar.

La línea andoreña cedió y los trollocs irrumpieron a través de la brecha, gruñendo y exhalando un aliento apestoso que se condensaba en el frío aire. Los alabarderos de Elayne casi se empujaron unos a otros en su afán por escapar. Los primeros trollocs no les hicieron caso y siguieron adelante, pasando por encima de ellos, aullando para dejar sitio y que más bestias entraran a raudales por la brecha, como sangre oscura que manara de un tajo en la carne.

Elayne intentó hacer acopio de la poca fuerza que le quedaba. Sintió como si el *Saidar* fuera a escapársele en cualquier momento, pero a esas alturas de la batalla los hombres que luchaban y morían no podían estar más enteros que ella. Todos llevaban combatiendo la mayor parte del día.

Encontrando de algún modo la fuerza para tejer, achicharró a los primeros trollocs con bolas de fuego, con lo que consiguió que trompicara el flujo que manaba por la herida en las líneas humanas. Raudos rastros blancos en el aire —flechas disparadas por el arco de Birgitte— las siguieron. Los trollocs gorgotearon y se llevaron las manos a la garganta, donde las saetas los habían alcanzado.

Elayne lanzó ataque tras ataque desde la silla de su montura. Las manos cansadas se asían a la silla mientras los ojos, pesados como plomo, parpadeaban. Trollocs muertos que se desplomaban acabaron formando como una costra en la brecha abierta e impidieron que otros se introdujeran por ella. Tropas de reserva avanzaron a trompicones y recobraron terreno mientras obligaban a los trollocs a retroceder.

Elayne respiró hondo, temblorosa. ¡Luz! Se sentía como si la hubieran obligado a correr alrededor de Caemlyn cargada con sacos de plomo. Apenas era capaz de sostenerse sentada, cuanto menos de abrazar el Poder Único. Tenía la vista borrosa, y se le oscureció un poco más. Dejó de percibir sonidos. Y luego… oscuridad.

Lo primero que volvió fue el ruido. Gritos lejanos, golpes metálicos. Un apagado toque de cuerno. Los aullidos de los trollocs. Alguno que otro retumbo atronador de los dragones.

«Ya no disparan con tanta frecuencia», pensó. Aludra había cambiado el ritmo de

los disparos. Bashere haría regresar un sector de tropas para que descansaran. Los trollocs entrarían a montones por el hueco y los dragones los castigarían durante un corto tiempo. Cuando los trollocs intentaran gatear cuesta arriba para destruir los dragones, la caballería acudiría y los machacaría por los flancos.

Matarían un montón de trollocs. Ésa era su labor… Matar trollocs…

«Demasiado despacio —pensó—. Demasiado despacio…»

Elayne se encontraba en el suelo; el rostro preocupado de Birgitte parecía flotar sobre ella.

—Oh, Luz —farfulló Elayne—. ¿Me he caído?

—Te cogimos a tiempo —rezongó Birgitte—. Te desplomaste en nuestros brazos. Vamos, regresamos a retaguardia.

—Yo…

Birgitte la miró con una ceja enarcada, como esperando que empezara a discutir o a argumentar alguna disculpa.

Era difícil discurrir estando allí tendida, a escasos pasos del frente de batalla. El *Saidar* se le había escapado, y probablemente ella sería incapaz de volver a abrazarlo aunque en ello le fuera la vida.

—Sí —dijo—. Debería… Debería comprobar qué hace Bashere.

—Una idea muy sensata —aprobó Birgitte, que llamó con un gesto a las mujeres de la guardia para que ayudaran a Elayne a subir a su montura. Vaciló un momento antes de añadir—: Lo has hecho muy bien, Elayne. Los soldados saben cómo has combatido. Para ellos ha sido importante verlo.

Iniciaron un rápido desplazamiento por las líneas de retaguardia. Estaban muy menguadas porque a la mayoría de los soldados ya los habían enviado al frente de batalla. Tenían que vencer antes de que llegara el segundo ejército trolloc, y eso significaba lanzar todo lo que tenían contra esa fuerza.

Aun así, Elayne se sorprendió al ver lo reducido del número de tropas que quedaban en reserva para rotar con las del frente y descansar. ¿Cuánto tiempo llevaban así?

Las nubes habían cubierto el cielo despejado que tan a menudo la acompañaba. Parecía una mala señal.

—Malditas nubes —mascullo—. ¿Qué hora es?

—Calculo que faltan un par de horas para el ocaso —dijo Birgitte.

—¡Luz! ¡Tendrías que haberme hecho volver al campamento hace horas, Birgitte!

La Guardiana le dirigió una mirada furibunda, y Elayne recordó vagamente los intentos de la mujer para que lo hiciera. En fin, no tenía sentido discutir por ello ahora. Empezaba a recobrar las fuerzas un poco, y se obligó a sentarse derecha, con la espalda bien recta, mientras se dirigía a caballo hacia el pequeño valle entre colinas, cerca de Cairhien, desde donde Bashere daba las órdenes de batalla.

Fue directamente a la tienda de mando montada en la yegua y no se bajó de la silla al llegar porque no sabía si las piernas la sostendrían.

—¿Está funcionando la estrategia? —le preguntó a Bashere.

—Supongo que ya no puedo contar con vos para seguir más tiempo en el frente, ¿verdad? —dijo el mariscal al verla.

—Estoy demasiado débil para encauzar de momento. Lo siento.

—Habéis aguantado más de lo debido. —Bashere hizo una anotación en los mapas—. Y menos mal. Tengo la impresión de que vuestra participación ha sido el único factor que ha impedido el derrumbe del flanco oriental. Tendré que enviar más tropas de respaldo en esa dirección.

—¿Está funcionando? —insistió ella.

—Id a ver —dijo Bashere al tiempo que señalaba con la barbilla hacia la ladera de la colina.

Elayne apretó los dientes, pero tocó con las rodillas los flancos de *Sombra de Luna* para que la yegua subiera hasta una posición estratégica desde donde tener a la vista el campo de batalla. Alzó el visor de lentes; los dedos le temblaban más de lo que le habría gustado que hicieran.

La fuerza trolloc había roto de nuevo la línea en arco de los defensores. El resultado natural de ello había sido que la infantería retrocedía y el arco se había invertido a medida que los trollocs presionaban hacia adelante. Aquello había hecho que los Engendros de la Sombra tuvieran la sensación de que estaban sacando ventaja, cosa que les impedía darse cuenta de la verdad.

Mientras presionaban el frente, la línea de infantería había empezado a girar hasta rodear a los trollocs por los flancos. Elayne se había perdido el momento más importante, cuando Bashere había ordenado atacar a los Aiel. El rápido movimiento envolvente para caer sobre los trollocs por detrás había funcionado como se esperaba.

Las fuerzas de Elayne tenían a los trollocs completamente rodeados. Un círculo enorme de Engendros de la Sombra combatía contra el ejército de Elayne, que los iba encerrando como un cepo más y más ceñido para agruparlos y estorbar sus movimientos y su capacidad de combate.

La maniobra funcionaba. Luz, funcionaba. Los Aiel atacaban los flancos de los trollocs por detrás y los estaban machacando. El lazo de la trampa se había ceñido sobre la presa.

¿Quiénes tocaban los cuernos? Los que sonaban eran cuernos trollocs.

Elayne escudriñó a los Engendros de la Sombra por el visor. Pero no distinguió a los que soplaban los cuernos. Localizó a un Myrddraal muerto cerca de las filas Aiel. Junto a los jinetes de la Compañía vio uno de los dragones de Aludra, sujeto a su cureña y tirado por un par de caballos. Habían estado situando las cureñas en la cumbre de diversas colinas para disparar desde allí a los trollocs.

—Elayne… —dijo Birgitte.

—Oh, lo siento —se disculpó ella. Bajó el visor y se lo tendió a su Guardiana—. Echa un vistazo. Todo va bien.

—¡Elayne!

Con un sobresalto, Elayne se dio cuenta de lo aterrada que estaba Birgitte. Siguiendo la mirada de la mujer, giró sobre sí misma, hacia el sur, más allá de las murallas de la ciudad. El sonido de los cuernos… Había sido tan apagado que Elayne no se había dado cuenta de que llegaba de atrás.

—Oh, no… —musitó al tiempo que alzaba el visor de lentes.

Allí, como una enorme mancha negra en el horizonte, se aproximaba el segundo ejército trolloc.

—Pero ¿no dijo Bashere que no llegarían aquí hasta mañana? —dijo Birgitte—. Como muy pronto.

—Eso ya da igual. De un modo u otro, los tenemos aquí. ¡Hemos de hacer preparativos para que esos dragones apunten hacia el lado contrario! ¡Despacha la orden a Talmanes, y encuentra a lord Tam al'Thor! Quiero a los hombres de Dos Ríos armados y listos. ¡Luz! Y a los ballesteros también. Tenemos que frenar el avance de ese segundo ejército de cualquier forma posible.

«Bashere —pensó—. Tengo que decírselo a Bashere».

Hizo volver grupas a *Sombra de Luna* con tal rapidez que casi se mareó. Intentó abrazar la Fuente, pero le fue imposible. Estaba tan cansada que incluso le costaba trabajo sujetar las riendas.

De algún modo consiguió descender la colina sin caerse de la yegua. Birgitte se había ido a impartir las órdenes dadas. Buena chica. Elayne entró al trote en el campamento y se encontró con una discusión en curso.

—¡… no quiero escuchar una sola palabra más! —gritaba Bashere—. ¡No voy a aguantar que se me insulte en mi propio campamento, hombre!

El objeto de su enfado era ni más ni menos que Tam al'Thor. El sosegado hombre de Dos Ríos se volvió hacia Elayne y la miró con los ojos como platos, como si lo sorprendiera verla allí.

—Majestad —dijo Tam—, me habían dicho que aún estabais en el campo de batalla.

Se volvió hacia Bashere, y el mariscal se puso colorado.

—No quería que le fueseis con…

—¡Basta! —Elayne hizo avanzar a *Sombra de Luna* y se interpuso entre los dos hombres. ¿Por qué discutía Tam, precisamente él, con el mariscal?—. Bashere, tenemos al segundo ejército trolloc casi encima.

—Sí —dijo el hombre, que hizo una profunda inhalación—. Acabo de enterarme. Luz, esto es un desastre, Elayne. Tenemos que retirarnos a través de accesos.

—Dejamos agotadas a las Allegadas en la retirada hacia aquí, Bashere —contestó Elayne—. La mayoría apenas tiene la fuerza suficiente para encauzar y calentar una taza de té, cuanto menos para abrir accesos. —«Luz, yo ni si quiera podría calentar el té». Hizo un esfuerzo para hablar con voz firme—. Hacerlo así era parte del plan.

—Yo… Eso es cierto —dijo Bashere. Miró el mapa—. Dejad que piense. La ciudad. Nos replegaremos a la ciudad.

—¿Y dar tiempo a los Engendros de la Sombra para descansar, reunirse y atacarnos? —preguntó Elayne—. Probablemente eso es lo que tratan de forzarnos a hacer.

—No veo otra opción —repuso Bashere—. La ciudad es nuestra única esperanza.

—¿La ciudad? —dijo Talmanes, jadeante por haber ido corriendo—. No es posible que estéis proponiendo que nos metamos en la ciudad.

—¿Por qué no? —preguntó Elayne.

—¡Majestad, nuestra infantería acaba de conseguir rodear al ejército trolloc! ¡Esos hombres están luchando a brazo partido! No nos quedan tropas de reserva y la caballería está exhausta. Nunca lograríamos retirarnos de esa batalla sin sufrir muchísimas bajas. Y luego los supervivientes estarían retenidos en la ciudad, atrapados entre dos ejércitos de la Sombra.

—Luz —susurró Elayne—. Es como si lo hubiesen planeado así.

—Creo que es lo que han hecho —intervino Tam en voz baja.

—No empecemos otra vez con lo mismo —bramó Bashere.

No parecía ser el mismo, aunque Elayne sabía que los saldaeninos a veces sacaban a relucir su mal genio. Bashere casi parecía una persona completamente distinta. Su esposa se había acercado a él, cruzada de brazos, y ambos le hacían frente a Tam.

—Habla, Tam. ¿Qué tienes que decir? —lo animó Elayne.

—Yo… —empezó Bashere, pero Elayne levantó la mano.

—Él lo sabía, majestad —dijo Tam sin alzar la voz—. Es lo único que tiene sentido. No ha estado utilizando a los Aiel para explorar.

—¿Qué? Pues claro que sí —replicó Elayne—. He leído los informes de los exploradores.

—Esos informes son falsos, o al menos están manipulados —manifestó Tam—. He hablado con Bael. Dice que ninguno de sus Aiel ha salido en misión de exploración en los últimos días de nuestra marcha. Dice que creía que mis hombres se estaban encargando de hacerlo, pero tampoco lo han hecho ellos. He hablado con Arganda, que creía que los Capas Blancas se ocupaban de eso, pero Galad dice que creía que eran los hombres de la Compañía.

—Ni hablar. Nosotros no teníamos esa misión —intervino Talmanes, fruncido el entrecejo—. Ninguno de mis hombres ha participado en un destacamento de

exploración.

Todos los ojos se volvieron hacia Bashere.

—¿Quién ha vigilado nuestra retaguardia, Bashere? —preguntó Elayne.

—Yo… —El hombre alzó la vista, de nuevo encolerizado—. ¡Tengo los informes en algún sitio! ¡Os los enseñé, y vos los aprobasteis!

—Todo es demasiado perfecto —dijo Elayne.

Sintió un repentino escalofrío que empezó en el centro de la espalda y se propagó por todo el cuerpo como un soplo de aire helado que le corriera por las venas. Les habían tendido una trampa, a la perfección. Encauzadoras llevadas a la extenuación, soldados trabados en una batalla muy reñida, un segundo ejército que se aproximaba en secreto un día antes de lo que los informes falsificados decían que lo haría…

Davram Bashere era un Amigo Siniestro.

—Bashere queda relevado del mando —anunció Elayne.

—Pero… —barbotó el mariscal. Su esposa le puso la mano en el brazo y asestó a Elayne una mirada abrasadora. Bashere alzó un dedo en dirección a Tam—. ¡Envié a hombres de Dos Ríos! Tam al'Thor tiene que ser el culpable. ¡Intenta desviar vuestra atención, majestad!

—Talmanes —dijo Elayne, con el frío penetrando hasta la médula de los huesos—, que cinco Brazos Rojos pongan a lord Bashere y a su esposa bajo vigilancia.

Bashere soltó una sarta de maldiciones. Elayne estaba sorprendida de mostrarse tan calmada. Tenía embotadas las emociones. Lo siguió con la mirada mientras lo sacaban a rastras de la tienda. No había tiempo que perder.

—Reunid a nuestros comandantes —les dijo a los otros—. Galad, Arganda… ¡Acabad con ese ejército trolloc al norte de la ciudad! Que se corra la voz entre los hombres. ¡Para ganar esta batalla hay que poner toda la carne en el asador! ¡Si no conseguimos aplastar a los trollocs en la próxima hora, moriremos aquí!

»Talmanes, esos dragones no serán de mucha utilidad contra los trollocs ahora que están rodeados, o correríais el riesgo de herir a nuestros hombres. Que Aludra desplace todas las cureñas de los dragones a la cumbre de la colina más alta para machacar al nuevo enemigo que se acerca desde el sur. Decidles a los Ogier que formen un cordón alrededor de la colina donde estén los dragones; no podemos permitir que causen daños a esas armas. Tam, pon a tus arqueros de Dos Ríos situados en las colinas de los alrededores. Y que la Legión del Dragón se sitúe en las primeras líneas, con los ballesteros en cabeza y la caballería pesada detrás. Si la Luz quiere, eso nos dará tiempo para acabar con los trollocs rodeados.

Con el tiempo justo. Por los pelos. ¡Luz! Si ese segundo ejército rodeaba a sus hombres…

Elayne respiró hondo y se abrió al *Saidar*. El Poder Único fluyó en ella, aunque sólo un hilillo. Podía fingir que no estaba agotada, pero su cuerpo sabía la verdad.

Los dirigiría, de todos modos.

27



Fuego amigo

Gareth Bryne caminaba a través del campamento instalado en el lado arafelino, a varios cientos de pasos de la frontera con Kandor, al este del vado, sin hacer caso de los soldados que saludaban a su paso. Siuan avanzaba junto a él con pasos apresurados y al otro lado iba un mensajero que le transmitía informes. Los seguía un enjambre de guardias y ayudantes cargados con mapas, tinta y papel.

Todo el maldito lugar ardía y se sacudía con explosiones del Poder. Una batahola de estruendo y desastre… Era como encontrarse en mitad de un desprendimiento de rocas.

Ya había dejado de molestarle el penetrante olor a humo. Al menos se habían apagado algunos fuegos; esas encauzadoras seanchan se habían situado junto al río y sacaban agua a raudales.

Cerca, un astillero de lanzas de armas se fue al suelo en medio de un estrépito metálico cuando una descarga de Poder Único alcanzó el campamento a corta distancia de donde estaban ellos. Bryne dio un traspié y una rociada de tierra los alcanzó; las piedrecillas chocaron ruidosamente contra el yelmo y el peto.

—Sigue hablando, hombre —espetó a Holcom, el mensajero.

—Eh… sí, señor. —El delgaducho mensajero tenía cara de caballo—. Las Aes Sedai del Rojo, del Verde y del Azul situadas en lo alto de las colinas están aguantando. Las del Gris se han replegado, y las del Blanco informan que están quedándose sin fuerzas.

—Las demás Aes Sedai también estarán casi agotadas —dijo Siuan—. No me sorprende que las Blancas sean las primeras en admitirlo. Para ellas no es motivo de vergüenza, sino simplemente otro hecho más que hay que tener en cuenta.

Bryne contestó con un gruñido y tampoco hizo caso de otra rociada de tierra que les cayó encima. Tenía que seguir adelante. Las tropas de la Sombra tenían ahora muchos accesos. Intentarían atacar sus centros de mando. Eso era lo que él haría, si estuviera en su lugar. El mejor contraataque a esa estrategia era no tener ningún centro de mando, al menos no uno que resultara fácil de localizar.

Bien mirado, la batalla marchaba conforme a lo planeado. A veces, cuando todo iba bien, uno se llevaba una sorpresa; en un campo de batalla lo normal era estar dispuesto a rehacer las tácticas de principio a fin, pasando por los intermedios. Pero, por una vez, todo marchaba como la seda.

Las Aes Sedai castigaban a los sharaníes desde las colinas situadas al sur del vado, castigo que se incrementaba con las constantes andanadas de flechas que disparaban arqueros situados justo debajo, en las laderas. Debido a ello, el comandante de la Sombra —nada menos que Demandred en persona— no podía destinar todas sus tropas a atacar a los defensores del río. Tampoco podía lanzar todas sus tropas contra las Aes Sedai —que de todos modos huirían con el Viaje—, por lo cual dedicarse él mismo a esa tarea de pleno sería ponerse en peligro a cambio de conseguir poco. Así pues, había dividido sus fuerzas, enviando a los trollocs al flanco derecho, hacia las colinas —sufrirían un número sustancial de bajas, pero así presionaría a las Aes Sedai— y haría avanzar a los sharaníes para que entablaran combate con el grueso de las tropas de la Torre Blanca, en el río.

Los seanchan tenían ocupada a la mayor parte de los encauzadores enemigos, pero eso no impedía que algunos lanzaran bolas de fuego al campamento de Bryne, al otro lado del río. No tenía sentido que él se preocupara por ser alcanzado. Allí estaba tan seguro como lo estaría en cualquier otro sitio, aparte, tal vez, de retirarse a la Torre Blanca. No soportaba la idea de estar a salvo en lugar seguro, en alguna estancia de algún sitio, a millas del campo de batalla.

«Luz —pensó—. Eso será probablemente lo que harán los comandantes en el futuro. Una posición de mando segura a la que sólo se podrá llegar a través de accesos». Pero un general tenía que palpar el discurrir de la batalla. Y eso no podía hacerse estando a millas de distancia.

—¿Cómo les van las cosas a los piqueros situados en cada una de las colinas? —demandó.

—Muy bien, milord —contestó Holcom—. Tan bien como puede esperarse tras horas de contener a los trollocs.

Bryne había colocado las líneas defensivas de los piqueros a media altura de las colinas; cualquier trolloc que se las arreglara para atravesar ese cordón caería con las flechas de los arqueros emplazados más arriba, todo ello sin necesidad de interrumpir la labor de las Aes Sedai.

—No obstante —prosiguió el mensajero—, los piqueros que defienden al Ajah Rojo a mitad de ladera necesitarán refuerzos pronto; han perdido un buen número de hombres en el último asalto.

—Tendrán que aguantar un poco más. Esas Rojas son lo bastante fieras para encargarse de los trollocs que consigan abrirse paso a través de las formaciones de piqueros. —Esperaba que sí. Otra explosión arrasó una tienda cercana—. ¿Y qué tal los escuadrones de arqueros que están arriba? —inquirió Bryne, apartando de una patada una alabarda caída.

—Algunos empiezan a andar cortos de flechas, milord.

En fin, sobre eso él poco podía hacer. Echó una ojeada hacia el vado, pero aquello

era un verdadero caos. Lo exasperaba estar tan cerca del combate y no saber cómo les iban las cosas a sus tropas.

—¿Alguien tiene información sobre lo que está ocurriendo en el vado? —gritó mientras se volvía hacia sus ayudantes—. ¡No puedo ver una maldita cosa aparte de cuerpos bregando y esas bolas de fuego cayendo atrás y adelante y cegándonos a todos!

—Esas mujeres seanchan encauzan como si tuvieran hierros candentes en… Quiero decir que se lo están haciendo pasar muy mal a los sharaníes, milord. —Holcom estaba pálido—. Nuestro flanco izquierdo ha sufrido bastantes bajas hace poco, pero al parecer ahora están contraatacando de forma admirable.

—¿No había puesto a Joni al mando de los lanceros allí?

—El capitán Shagrin ha muerto, milord —dijo otro mensajero que se había acercado; tenía un corte reciente en el cuero cabelludo—. Vengo de allí.

«Así me abrase». En fin, Joni siempre había querido caer en batalla. Bryne controló sus emociones.

—¿Quién tiene el mando ahora? —preguntó al mensajero.

—Ino Nomesta —respondió el hombre—. Consiguió que recobráramos el ánimo y nos organizó después de que Joni cayó, pero me manda para advertir que nos están presionando mucho ahora.

—¡Luz, Nomesta ni siquiera es oficial! —Aun así, había entrenado a— hombres de caballería pesada durante años y probablemente no había un hombre mejor que él sobre una silla de montar. —De acuerdo, regresa allí y dile que voy a enviaros refuerzos.

Bryne se volvió entonces hacia Holcom.

—Ve a buscar al capitán Denhold y dile que mande su escuadra de caballería en reserva a través del vado para reforzar nuestro flanco izquierdo. ¡Veamos qué pueden hacer esos illianos! ¡No podemos perder este río!

El mensajero salió a toda carrera.

«Tendré que hacer algo pronto para aliviar la presión sobre esas Aes Sedai», pensó Bryne.

—¡Annah! ¿Dónde estás? —llamó a gritos.

Dos soldados que estaban cerca fueron apartados de un empellón cuando una joven corpulenta —antes guardia de mercaderes y ahora soldado de infantería y mensajera a las órdenes del general Bryne— pasó entre ellos.

—¿Sí, milord?

—Annah, ve a preguntar a ese monstruo imperial de dirigente seanchan si es tan amable de prestarnos parte de su jodida caballería.

—¿He de hacerlo exactamente con esas palabras? —preguntó Annah con una sonrisa en los labios al tiempo que saludaba.

—Si lo haces, muchacha, te arrojaré por un precipicio y dejaré que Yukiri Sedai pruebe contigo unos cuantos tejidos suyos de caída por el aire. ¡Largo!

La mensajera esbozó una mueca burlona y salió disparada hacia la zona de Viaje para que la enviaran al campamento seanchan.

—Te estás volviendo un gruñón —dijo Siuan.

—Ejerces buena influencia en mí —espetó él.

Alzó la vista cuando una sombra pasó por encima, y se llevó la mano a la espada al esperar ver otra escuadrilla de Draghkar. Por el contrario sólo era una de esas bestias voladoras seanchan. Bryne se relajó.

Una bola de fuego derribó a la criatura del cielo. El animal cayó dando vueltas y moviendo las alas quemadas. Bryne maldijo y saltó hacia atrás cuando el monstruoso animal se estrelló en el sendero, un poco más adelante, por donde corría Annah la mensajera. Dando tumbos, el cadáver de la criatura rodó por encima de ella y chocó contra una de las tiendas de suministro que estaba llena de soldados y oficiales de intendencia. El jinete del *raken* cayó al suelo una fracción de segundo después.

Bryne recobró la compostura y corrió hacia allí. Se paró debajo de un sector de lona y postes de la tienda caídos que cubría el sendero. Dos de sus guardias encontraron a un soldado medio aplastado por un ala de la bestia muerta y lo sacaron. Siuan se arrodilló al lado, extrajo el *angreal* que llevaba en la bolsita, y realizó la Curación.

Bryne llegó a donde Annah había caído. La encontró aplastada donde la bestia había rodado al caer.

—¡Maldición! —Apartó pensamientos y emociones por la muchacha— muerta para plantearse qué hacer a continuación. —¡Necesito que alguien vaya a hablar con los seanchan!

De su séquito sólo quedaban en el campamento dos guardias y un escribiente. Necesitaba que los seanchan le dejaran algo más de su caballería; empezaba a tener la sensación de que era mucho lo que dependía de mantener seguras a las Aes Sedai de las colinas. Después de todo, la Amyrlin estaba allí arriba con ellas.

—Parece que tendremos que ir nosotros —dijo Bryne mientras se apartaba del cadáver de Annah—. Siuan, ¿estás lo bastante fuerte para abrir un acceso con ese *angreal*?

Ella se puso de pie y trató de disimular el agotamiento, pero él lo notó.

—Sí puedo, aunque será tan pequeño que tendremos que pasar gateando a través de él. No conozco bastante bien esta zona. Tendremos que regresar al centro de campamento.

—¡Así me abrase! —maldijo Bryne, que se volvió cuando una serie de explosiones sonaron en el río—. No hay tiempo para eso.

—Puedo ir a buscar a algún mensajero —se ofreció uno de los guardias.

El otro ayudaba al soldado que Siuan había Curado; el hombre se sostenía de pie a duras penas.

—No sé si quedan más mensajeros a los que recurrir —dijo Bryne—. Hagamos…

—Iré yo.

Bryne vio a Min Farshaw que se ponía de pie a corta distancia y se sacudía el polvo de la ropa. Casi había olvidado que había mandado a la joven ayudar como escribiente en uno de los regimientos de abastecimiento.

—No parece que pueda trabajar como escribiente aquí en un futuro próximo —añadió Min mirando la tienda de suministros caída—. Puedo correr tan bien como cualquiera de vuestros mensajeros. ¿Qué hago?

—Encuentra a la emperatriz seanchan —le indicó Bryne—. Su campamento se encuentra a unas pocas millas al norte de aquí, en el lado arafelino. Ve a la zona de Viaje; allí sabrán adónde han de enviarte. Dile a la emperatriz que tiene que enviarme algo de caballería. Nos hemos quedado sin nuestros escuadrones de reserva.

—Lo haré —repuso Min.

No era soldado. En fin, al parecer la mitad de los soldados de su ejército no lo habían sido hasta unas cuantas semanas atrás.

—Ve —le dijo con un sonrisa—. Apuntaré los días de trabajo en lo que me debes.

Ella se puso colorada. ¿Acaso creía que iba a dejar que una mujer olvidara su juramento? Le daba igual con quién estaba relacionada. Un juramento era un juramento.

Min corrió entre las líneas de retaguardia del ejército. En el campamento ya había más tiendas y carros —llevados desde los depósitos de Tar Valon o de Tear— para reemplazar los que se habían perdido durante el asalto inicial sharaní. Resultaron ser obstáculos que había que rodear mientras buscaba la zona de Viaje.

La zona era una serie de cuadrados marcados con cuerdas, numerados con tablones pintados que se habían puesto en el suelo. Cuatro mujeres con chales grises hablaban en voz baja mientras una de ellas mantenía abierto un acceso para un carro de suministros cargado de flechas. El apacible buey no alzó la vista cuando una bola de fuego semejante a un cometa cayó en el suelo, cerca, y arrojó piedras al rojo vivo al aire y sobre un montón de petates que empezaron a arder.

—Tengo que ir al campamento seanchan —les dijo Min a las Grises—. Órdenes de lord Bryne.

Una de las hermanas Grises, Ashmanaille, la miró. Se fijó en los pantalones ajustados y los rizos y luego frunció el entrecejo.

—¿Elmindreda? Dulce pequeña, ¿qué haces aquí?

—¿Dulce pequeña? —se extrañó una de las otras—. Es una escribiente, ¿verdad?

—Tengo que ir al ejército seanchan —repitió Min con la respiración agitada por

la carrera—. Órdenes de Bryne.

Esta vez parecieron oír lo que decía. Una de las mujeres suspiró.

—¿En el cuatro? —les preguntó a las otras.

—El tres, querida —repuso Ashmanaille—. Podría abrirse un acceso en el cuatro desde Illian en cualquier momento.

—El tres —dijo la primera, que se lo señaló a Min con un gesto de la mano. Un acceso pequeño se abrió en el aire allí—. Todos los mensajeros gatean —comentó—. Tenemos que conservar la fuerza, y los accesos han de hacerse todo lo razonablemente pequeños que sea posible.

«¿Y eso es razonable?», pensó Min, irritada, mientras corría hacia el pequeño agujero. Se puso a gatas y se metió casi arrastrándose.

Salió a un redondel de hierba que estaba quemado para marcar su localización. Cerca había un par de guardias seanchan con lanzas adornadas con borlas y los rostros ocultos tras los yelmos semejantes a cabezas de insectos. Min dio un paso para acercarse, pero uno de ellos alzó la mano.

—Soy mensajera del general Bryne —dijo.

—Los mensajeros nuevos esperan aquí —contestó uno de los guardias.

—¡Es urgente!

—Los mensajeros nuevos esperan aquí.

No le dieron más explicaciones, así que se cruzó de brazos, salió del círculo ennegrecido, por si acaso se abría otro acceso, y esperó. Desde allí veía el río y un gran campamento militar que se extendía a lo largo de la orilla.

«Los seanchan podrían cambiar el curso de la batalla —reflexionó—. Son tantos…» Allí se encontraba lejos de la batalla, unas cuantas millas al norte del campamento de Bryne, pero aun así estaba lo bastante cerca para ver los destellos de luz cuando los encauzadores creaban sus mortales tejidos.

Se sorprendió dándose golpecitos con los dedos en los brazos cruzados y se obligó a permanecer inmóvil. El ruido de las explosiones se oía como sordos golpetazos. Los sonidos llegaban después de los destellos de luz, como el trueno que sigue al rayo. ¿Por qué sería?

«¿Y eso qué más da?», pensó Min. Necesitaba caballería para Bryne. Al menos estaba haciendo algo útil. Había estado intentando prestar ayuda, echar una mano cada vez que alguien la necesitaba. Era sorprendente la cantidad de cosas que había que hacer en un campamento de guerra aparte de luchar. No eran trabajos que requirieran específicamente su colaboración, pero era mejor que estar sentada en Tear preocupada por Rand… O estar furiosa con él por prohibirle que fuera a Shayol Ghul.

«Allí habrías sido una carga, y lo sabes», se dijo a sí misma. Él no podía ocuparse de salvar el mundo y protegerla de los Renegados al mismo tiempo. A veces, era difícil no sentirse insignificante en un mundo de encauzadores como Rand, Elayne o

Aviendha.

Echó una ojeada a los guardias. Sólo uno tenía una imagen suspendida sobre su cabeza. Una piedra ensangrentada. Moriría al caer de algún sitio alto. Tenía la impresión de que habían pasado décadas desde que no veía algo esperanzador alrededor de la cabeza de una persona. Muerte, destrucción, símbolos de miedo y oscuridad.

—¿Y quién es ella? —preguntó una voz con el peculiar acento seanchan.

Una *sul'dam* se acercaba, una sin *damane*. La mujer llevaba un *a'dam* en una mano y se daba golpecitos en la palma de la otra con el collar plateado.

—Una nueva mensajera —explicó el guardia—. No había venido a través de los accesos hasta ahora.

Min hizo una profunda inhalación y empezó a decir:

—Me envía el general Bryne…

—Se suponía que tenía que mandarnos mensajeros que hubiéramos acreditado —la interrumpió la *sul'dam*. Tenía la piel oscura, y el cabello rizado le caía hasta los hombros—. La emperatriz, así viva para siempre, ha de estar protegida. Nuestro campamento ha de ser disciplinado. Cada mensajero debe estar fuera de sospecha, nada de dar oportunidades a asesinos.

—Yo no soy una asesina —replicó Min en tono frío.

—¿Y los cuchillos de las mangas? —preguntó la *sul'dam*.

Min dio un respingo.

—El modo en que los puños te caen lo hace evidente, pequeña —dijo la *sul'dam*, aunque no era mayor que Min.

—Una mujer sería estúpida si fuera por un campo de batalla sin algún tipo de arma —arguyó Min—. Dejad que transmita mi mensaje a uno de los generales. La otra mensajera murió cuando uno de vuestros *raken* recibió el impacto de una bola de fuego y cayó del cielo en nuestro campamento.

—Soy Catrona —dijo la *sul'dam*, que enarcó una ceja—. Y harás exactamente lo que yo te mande mientras estás en el campamento.

Se dio la vuelta e hizo un gesto a Min con la mano para que la siguiera.

Min caminó deprisa, aliviada, detrás de la mujer. El campamento seanchan era muy distinto del de Bryne. Tenía *raken* para llevar y traer mensajes e informes, por no mencionar que había una emperatriz a la que proteger. Lo habían instalado lejos de la contienda. También parecía más limpio que el de Bryne, el cual había sido arrasado casi por completo y reconstruido, aparte de que lo compartían gentes de muchos países y formación militar diferente. El campamento seanchan era homogéneo, lleno de soldados entrenados.

Al menos fue así como Min decidió interpretar su orden y su disciplina. Soldados seanchan formados en líneas, en silencio, a la espera de que los llamaran a la batalla.

Los sectores del campamento estaban marcados con postes y cuerdas, todo organizado de forma clara. Nadie iba y venía ajetreado. Los hombres caminaban con sosegada resolución o esperaban en la formación, en posición de descanso. Podrían criticarse cosas de los seanchan —y ella tenía varias cosas que añadir a «esa» conversación—, pero desde luego eran organizados.

La *sul'dam* la condujo a un sector del campamento donde varios hombres trabajaban haciendo anotaciones en grandes libros colocados en escritorios altos. Llevaban túnicas y tenían la cabeza medio afeitada, lo que los señalaba como sirvientes de rango alto. Muchachas jóvenes vestidas con ropa indecente llevaban bandejas laqueadas entre los escritorios y ponían en ellos finas tazas blancas con un humeante líquido casi negro.

—¿Hemos perdido algún *raken* hace un rato? —preguntó Catrona a los hombres —. Fue uno al que alcanzó en vuelo una *marath'damane* enemiga, y podría haberse estrellado en el campamento del general Bryne.

—Acaba de llegar un informe con esa noticia —dijo un sirviente al tiempo que hacía una inclinación de cabeza—. Me sorprende que ya os hayáis enterado.

La ceja enarcada de Catrona se arqueó un poco más mientras inspeccionaba a Min.

—¿No esperabais que fuese verdad? —inquirió Min.

—No —contestó la *sul'dam*, que con un movimiento de la mano envainó un cuchillo en la funda que le colgaba a un costado—. Sígueme.

Min respiró con alivio. En fin, había tratado con los Aiel; no creía posible que los seanchan fueran tan quisquillosos como ellos. Catrona encabezó la marcha a lo largo de otro sendero del campamento y Min empezó a ponerse muy nerviosa. ¿Cuánto tiempo hacía que Bryne le había mandado transmitir su petición? ¿Sería ya demasiado tarde?

Luz, mira que les gustaba a los seanchan tenerlo todo bien protegido. En cada intersección de senderos había dos soldados con lanzas que observaban, vigilantes, a través de aquellos espantosos yelmos. ¿No deberían estar todos esos hombres allí fuera, luchando? Por fin, Catrona la condujo a una especie de construcción que habían montado. No era una tienda. Tenía paredes que parecían de seda drapeada.

Los guardias de allí eran unos tipos grandes, con armaduras en negro y rojo y un aspecto avieso. Catrona pasó entre los dos mientras ellos saludaban. La mujer y Min entraron en la construcción, y Catrona hizo una reverencia. No hasta el suelo —al parecer, la emperatriz no se encontraba allí— pero sí muy pronunciada, ya que dentro había muchos miembros de la Sangre. Catrona le lanzó una mirada feroz.

—¡Inclínate, necia! —espetó.

—Creo que seguiré de pie —replicó Min, que se cruzó de brazos y miró a los comandantes que estaban dentro.

Delante de todos se erguía una figura conocida. Mat vestía ropajes seanchan de seda (ella había oído comentar que se encontraba en ese campamento), pero en la cabeza lucía su sombrero de siempre. Un parche le cubría un ojo. Así que su visión se había cumplido por fin, ¿eh?

—¡Min! —exclamó Mat al verla, y sonrió.

—Soy tonta de remate —dijo ella—. Podría haber dicho que te conocía y me habrían traído de inmediato aquí, sin tanto alboroto.

—No sé yo, Min. Les encanta eso de montar jaleo por cualquier cosa, ¿no es cierto, Galgan?

Un hombre de hombros anchos, con una fina cresta de cabello blanco en la cabeza, por lo demás pelada, miró a Mat como si no supiera qué pensar o qué responder.

—Mat —dijo Min, recordando su misión—, el general Bryne necesita caballería.

—No me cabe duda —respondió él con un gruñido—. Ha estado presionando mucho a sus tropas, incluso a las Aes Sedai. A ese hombre habría que darle una medalla aunque sólo fuera por lograr algo así. Jamás he visto a una de esas mujeres ceder un ápice ni para dar un paso y ponerse a resguardo si quien lo sugiere es un hombre, aunque esté cayéndole encima un chaparrón. ¿Primera legión, Galgan?

—Sí, servirá —dijo Galgan—. Siempre y cuando los sharaníes no se las ingenien para cruzar el vado.

—No lo harán —afirmó Mat—. Bryne ha montado una buena posición defensiva que castigará a la Sombra, con un poco de estímulo. *Laero lendhae an indemela*.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó Galgan, ceñudo.

Min tampoco lo había captado. ¿Algo sobre una bandera? Últimamente había estado estudiando la Antigua Lengua, pero Mat la hablaba muy deprisa.

—Hummm, ¿qué? ¿No lo habíais oído nunca? —se extrañó Mat—. Es un dicho del ejército caído de Kardia.

—¿Quién? —Se notaba que Galgan estaba desconcertado.

—No importa —dijo Mat—. Tylee, ¿te importaría conducir a tu legión al campo de batalla, suponiendo que el buen general lo apruebe?

—Sería un honor, Príncipe Cuervo —repuso una mujer que se encontraba cerca; llevaba peto, y el yelmo que sostenía bajo el brazo lucía cuatro plumas—. Estoy deseando ver las tácticas del tal Gareth Bryne más en directo.

Mat miró a Galgan, que se frotó el mentón mientras inspeccionaba los mapas.

—Id con vuestra legión, teniente general Khirgan, como sugiere el Príncipe Cuervo —ordenó el general.

—Y tenemos que vigilar a esos arqueros sharaníes —añadió Mat—. Van a desplazarse hacia el norte a lo largo del río para disponer de una posición más ventajosa desde la que disparar al flanco derecho de las tropas de Bryne.

—¿Cómo estáis tan seguro de eso?

—Porque es evidente —dijo Mat al tiempo que daba golpecitos con el dedo en el mapa—. Enviad un *raken* para aseguraros, si lo preferís.

Galgan vaciló, pero a continuación dio la orden. Min no sabía si todavía su presencia era necesaria, así que empezó a retirarse, pero Mat la asió por el brazo.

—Eh. Me vendría bien… eh… usarte, Min.

—¿Usarme? —inquirió con voz inexpresiva.

—Utilizar tus habilidades —aclaró Mat—. A eso me refería. Últimamente estoy teniendo problemas con las palabras, y al parecer sólo me salen tonterías. Sea como sea, podrías… Eh… Bueno, ya sabes…

—No veo nada nuevo a tu alrededor —dijo ella—, aunque supongo que por fin lo de un ojo en una balanza tiene sentido para ti.

—Sí. —Mat hizo una mueca como si le doliera algo—. Eso es jodidamente obvio. ¿Qué me dices de Galgan?

—Una daga incrustada a través de un cuervo.

—Qué jodienda…

—No creo que se refiera a ti —añadió Min—. Aunque no sé decirte por qué.

Galgan hablaba con nobles de segunda fila. Al menos, tenían más cabello que él, lo que en los seanchan indicaba un rango más bajo. Charlaban en voz muy baja, en susurros, y Galgan echaba ojeadas a Mat de vez en cuando.

—No sabe qué pensar de mí —comentó en voz queda Mat.

—Qué cosa más rara. No se me ocurre ninguna otra persona que haya reaccionado así contigo, Mat.

—Qué graciosa. ¿Estás segura de que esa daga no se refiere a mí? Los cuervos… En fin, los cuervos suelen estar relacionados conmigo, ¿verdad? Aunque sea a veces. Ahora soy el puñetero Príncipe de los jodidos Cuervos.

—No se trata de ti.

—El tipo intenta decidir cuándo asesinarme —susurró Mat, que observó a Galgan con los ojos entrecerrados—. Acaban de ponerme justo un escalón por debajo de él en la jerarquía del ejército, y le preocupa que quiera suplantarlo. Tuon dice que es un militar totalmente entregado a su trabajo, por lo cual esperará a que la Última Batalla haya acabado para atacarme.

—¡Es horrible!

—Lo sé. No jugará a las cartas conmigo antes. Confiaba en poder ganármelo. Ya sabes, perdiendo a propósito unas cuantas veces.

—No creo que pudieras conseguir eso.

—De hecho, discurrí hace siglos cómo perder, puñetas. —Parecía hablar muy en serio—. Tuon dice que sería una falta de respeto por parte de ese hombre que no intentara matarme. Están chiflados, Min. Están jodidamente chiflados.

—Estoy segura de que Egwene te ayudaría a escapar si se lo pides, Mat.

—Bueno, no he dicho que no sean divertidos. Sólo que están chiflados. —Se enderezó el sombrero—. Pero si otro cualquiera de ellos lo intenta…

Se interrumpió cuando los guardias situados en la puerta, fuera, cayeron de hinojos y luego se postraron del todo en el suelo. Mat suspiró.

—«Nombra a la Oscuridad y tendrás su ojo puesto en ti». *Yalu kazath d'Zamon patra Daeseia asa darshi*.

—¿Qué…? —preguntó Min.

—¿Tampoco conoces ese dicho? —se extrañó Mat—. ¿Es que la gente ya no lee?

La emperatriz seanchan entró por la puerta. A Min la sorprendió verla con un amplio pantalón plateado en vez de con un vestido. O… En fin, tal vez era un vestido. Min no distinguía si era una falda dividida para montar o si era un par de pantalones con perneras muy holgadas. La prenda de arriba era ajustada, de seda en color escarlata, y encima llevaba una especie de toga en color azul, abierta por delante y con una cola larguísima. Parecía la vestidura de una guerrera, una especie de uniforme.

Las personas que estaban en la estancia se pusieron de rodillas y después se inclinaron hasta tocar el suelo, incluso el general Galgan. Mat siguió erguido.

Rechinando los dientes, Min se postró sobre una rodilla. Después de todo, esa mujer era la emperatriz. Min no se inclinaría ante Mat ni los generales, pero lo correcto era mostrar respeto a Fortuona.

—¿Quién es esta mujer, Knotai? —preguntó la emperatriz con curiosidad—. Se tiene por alguien importante.

—Oh, bueno, no es más que la mujer del Dragón Renacido —repuso Mat como sin darle importancia.

Catrona, que estaba inclinada en el suelo a un lado de la estancia, emitió un sonido estrangulado. Alzó la vista y miró a Min con los ojos desorbitados.

«Luz, probablemente cree que me ha ofendido o algo por el estilo», pensó Min.

—Qué curioso. Eso la convertiría en tu igual, Knotai —dijo Fortuona—. Por supuesto, parece que tú has olvidado inclinarte de nuevo.

—Mi padre se sentiría mortificado —contestó Mat—. Siempre ha estado orgulloso de mi buena memoria.

—Vuelves a avergonzarme en público.

—No más de lo que me avergüenzo a mí mismo. —Sonrió y después vaciló, como si analizara lo que acababa de decir.

La emperatriz sonrió también, sin bien era una sonrisa claramente depredadora. Se internó en la estancia y la gente se levantó, por lo que Min hizo otro tanto. Mat empezó a empujarla de inmediato hacia la puerta.

—Espera, Mat —susurró ella.

—Tú sigue andando —la apuró—. No le des ocasión de decidir que quiere retenerte. —Y lo dijo como si se sintiera orgulloso de ello.

«Estás tan loco como ellos», pensó Min.

—Mat, una flor ensangrentada.

—¿Qué? —preguntó él sin dejar de empujarla.

—Una puñetera flor ensangrentada alrededor de su cabeza —repitió—. Una cala. El lirio de la muerte. Alguien va a intentar matarla muy pronto.

Mat se quedó paralizado. Fortuona se volvió bruscamente hacia ellos.

Min ni siquiera fue consciente de que los dos guardias se movían hasta que la tuvieron inmovilizada contra el suelo. Eran los de la armadura negra, aunque ahora que los tenía cerca vio que en realidad era verde oscuro.

«Idiota —pensó Min mientras le apretaban la cara contra el suelo—. Debí dejar que Mat me sacara de la estancia antes de hablar». No había cometido un error así (hablar de una de sus visiones en voz lo bastante alta para que otros la oyeran) desde hacía años. ¿En qué puñetas había estado pensando?

—¡Alto! —dijo Mat—. ¡Dejad que se levante!

Puede que a Mat lo hubieran ascendido a la Sangre, pero saltaba a la vista que los guardias no tenían ningún problema en hacer caso omiso de una orden directa de él.

—¿Cómo es que sabe eso, Knotai? —preguntó Fortuona, que se acercó a Mat. Parecía enfadada. Puede que decepcionada—. ¿Qué pasa aquí?

—No es lo que piensas, Tuon —dijo Mat.

«No, por favor, no lo…»

—Ella ve cosas —continuó Mat—. No hay por qué enfadarse. Es sólo una jugarreta del Entramado, Tuon. Min ve cosas alrededor de la gente, como pequeños dibujos. No quería decir nada con ese comentario. —Se echó a reír. Fue una risa forzada.

El silencio se apoderó de la estancia. Era tan intenso que Min oyó de nuevo las explosiones a lo lejos.

—Augur del Destino —susurró Fortuona.

De repente, los guardias se apartaron de ella. Min gimió y se sentó. Los guardias se habían adelantado para proteger a la emperatriz, pero uno, el que la había tocado, se quitó los guanteletes y los tiró al suelo. Luego se limpió la mano contra el peto, como si intentara limpiarse la piel de algo.

Fortuona no parecía asustada. Con los labios entreabiertos, se acercó a Min casi con aire reverente. La joven emperatriz alargó la mano y tocó a Min en la cara.

—Lo que ha dicho él… ¿es cierto?

—Sí —admitió a regañadientes Min.

—¿Qué ves a mi alrededor? —preguntó Fortuona—. Habla, Augur del Destino. ¡Interpretaré tus visiones y sabré si eres una vidente de verdad o falsa!

Aquello sonaba peligroso.

—Veo el lirio de la muerte, una cala manchada de sangre, como le he dicho a Mat —contestó—. Y tres barcos que navegan. Un insecto en la oscuridad. Luces rojas que se extienden a través de un campo que debería ser fértil y estar en sazón. Un hombre con dientes de lobo.

Fortuona inhaló el aire con brusquedad. Alzó la vista hacia Mat.

—Me has traído un gran regalo, Knotai. Tanto como para saldar tu castigo. Suficiente para que tengas crédito a tu favor. Qué grandioso regalo.

—Bueno, yo…

—Yo no le pertenezco a nadie —dijo Min—. Excepto, tal vez, a Rand, y él a mí.

Fortuona hizo caso omiso de ella y se puso de pie.

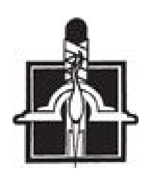
—Esta mujer es mi nueva *Soe'feia*. ¡La Augur del Destino, la Palabra de la Verdad! Mujer sagrada, aquella a la que no se puede tocar. Hemos sido bendecidos. Que se dé a conocer la nueva. ¡El Trono de Cristal no tenía una verdadera vidente desde hace más de tres siglos!

Min, estupefacta, siguió sentada en el suelo hasta que Mat la ayudó a ponerse de pie.

—¿Eso es algo bueno? —le preguntó ella en un susurro.

—Que me dejen la cara hecha papilla si lo sé —contestó él—. Pero ¿recuerdas lo que te he dicho sobre escapar de ella? Bueno, pues, probablemente ahora ya puedes olvidarte de hacerlo.

28



Demasiados hombre

Lord Agelmar nos mandó venir directamente aquí —le dijo el arafelino a Lan. El hombre no dejaba de echar ojeadas hacia el frente de batalla, donde sus compañeros combatían a la desesperada.

Allí, en Shienar, los truenos sacudían el campo de batalla. En el aire flotaba el acre hedor a carne quemada, así como el de pelambre. A los Señores del Espanto los traía sin cuidado que sus ataques mataran trollocs, siempre y cuando cayeran hombres también.

—¿Estás seguro? —preguntó Lan desde la silla de montar.

—Por supuesto, Dai Shan. —El hombre llevaba el cabello tejido en largas trencillas, y las campanitas que las adornaban estaban pintadas de rojo por alguna razón que Lan no entendía. Algo relacionado con las casas arafelinas y su modo de abordar la Última Batalla—. Que me den cien latigazos y me dejen al sol si miento. La orden me sorprendió, porque creía que mis hombres tenían que proteger los flancos. El mensajero no sólo dio la contraseña correcta, sino que mandé al hombre de vuelta a la tienda de mando para que se confirmara esa orden.

—Gracias, capitán.

Lan le indicó con un ademán que regresara con sus hombres. Miró a Andere y al príncipe Kaisel; ambos se encontraban cerca, con aire desconcertado. Lo habían oído interrogar al jefe del batallón kandorés antes que al capitán arafelino, y el hombre había hecho aseveraciones similares.

Lord Agelmar los habían mandado allí a ambos. Dos tropas de reserva, enviadas por separado, sin que ninguna de ellas supiera que la otra iba al mismo sitio. Una brisa fría sopló a través del río que Lan tenía a su derecha mientras daba media vuelta y cabalgaba hacia las líneas de retaguardia. El calor que desprendía el suelo amortiguó esa frialdad. Aquellas nubes parecían tan cercanas que daba la impresión de que si uno alzaba el brazo podría tocarlas.

—Lan, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Andere.

Kaisel y él trotaban en sus caballos a uno y otro lado de *Mandarb*.

—Demasiados hombres enviados a tapar la misma brecha en nuestras líneas —dijo en voz queda.

—Es un error fácil de cometer —adujo el príncipe Kaisel—. La posibilidad de

que los trollocs lograran penetrar a través de ella era real, ahora que los Señores del Espanto se han unido a la batalla. El general envió dos escuadrones en lugar de uno. Mejor estar seguro. Probablemente lo hizo a propósito.

No. Había sido una equivocación. Pequeña, pero equivocación al fin y al cabo. La maniobra correcta habría sido hacer retroceder a los soldados para estabilizar sus líneas de combate. Con un único escuadrón de caballería habría taponado la brecha para cerrar el paso a los trollocs e impedir que pasaran a través de ella. Dos unidades se podrían haber coordinado; pero, sin advertir a los diferentes capitanes, el riesgo era que chocaran unos contra otros… Que era lo que estaba pasando.

Lan meneó la cabeza y recorrió con la mirada el campo de batalla hasta que localizó el estandarte de la reina Ethenielle, a corta distancia. Se dirigió directamente hacia allí. La reina se encontraba con su guardia de honor y lord Baldhere a un lado, con la Espada de Kirukan enfundada y apoyada en el doblez de brazo para que la empuñadura apuntara hacia la soberana, como mandaba la tradición, si bien ella había elegido no participar en la lucha. Lan se había preguntado si Ethenielle seguiría el ejemplo de Tenobia en cuanto a eso, pero no tendría que habérselo planteado siquiera. La reina de Kandor era una mujer tranquila, imperturbable. Y, lo que era más importante, se había rodeado de consejeros tan serenos y flemáticos como ella.

Lord Ramsin —su nuevo esposo— hablaba con un grupo de sus comandantes. Lan se acercaba a caballo, cuando un tipo de aspecto furtivo y con ropas de explorador pasó junto él para despachar órdenes. Lord Agelmar no solía dar las órdenes a los escuadrones de uno en uno; su preocupación era la batalla en su conjunto. Indicaba a sus comandantes lo que quería que consiguieran, pero los detalles de cómo llevar a cabo tales objetivos los dejaba a su arbitrio.

Junto a la reina había una mujer fornida de rostro redondo, que hablaba tranquilamente con ella. Reparó en Lan e hizo un gesto con la cabeza. Lady Serailla era la Consejera Mayor de la reina. En el pasado, Lan y ella habían tenido sus… diferencias. Él la respetaba tanto como respetaría a alguien a quien de vez en cuando querría estrangular y tirar por un despeñadero.

—Dai Shan —saludó la reina con un movimiento de cabeza.

Ramsin, situado un poco más apartado, saludó con la mano. Retumbó un trueno. No llovía, y Lan no esperaba que lo hiciera a pesar de la intensa humedad.

—¿Estáis herido? —inquirió la reina—. Permitidme que mande llamar a una de las Curadoras.

—Se las necesita en otros sitios —respondió, lacónico, mientras los guardias de la soberana lo saludaban. Encima del peto los guardias llevaban un tabardo verde con la enseña del Caballo Rojo bordada en él, y en las lanzas ondeaban gallardetes verdes. Los yelmos tenían visera de barras, en contraposición con el casco malkieri, ancho y abierto del todo por delante, que llevaba Lan.

—¿Puedo pediros que prescindáis un momento de lord Baldhere, majestad? —solicitó Lan—. Tengo que preguntarle algo.

—No tenéis más que pedirlo, Dai Shan —contestó la reina Ethenielle, aunque lady Serailla lo miró con los ojos entrecerrados. Era evidente que se preguntaba qué necesitaba él del Portador de la Espada de la reina.

Baldhere se acercó a Lan y se cambió la Espada de Kirukan al otro brazo a fin de mantener la empuñadura del arma apuntando hacia su soberana. Era una mera formalidad, pero Baldhere era un hombre que respetaba esas normas. Andere y el príncipe Kaisel se unieron a ellos y Lan no les dijo que se retiraran.

—Lord Agelmar ha enviado una cuarta parte de nuestras tropas de reserva a cerrar una pequeña brecha en nuestras líneas —explicó Lan en voz lo bastante baja para que sólo los otros tres hombres lo oyeran—. No estoy seguro de que hicieran falta todas esas tropas.

—Acaba de ordenar a la caballería ligera saldaenina que se retire del flanco oriental y que cargue por sorpresa contra los trollocs del flanco izquierdo por el fondo de sus líneas, en un ataque relámpago —comentó Baldhere—. Dice que quiere dispersar la atención de los Señores del Espanto y aduce que haciéndoles creer que nuestras defensas están debilitadas los inducirá a cometer algún error.

—¿Y vuestra opinión? —preguntó Lan.

—Es una buena maniobra si el propósito es forzar que la batalla se prolongue —dijo Baldhere—. Por sí sola, no me preocuparía demasiado, siempre y cuando los saldaeninos puedan salir con el cuello intacto. No sabía nada de lo de las tropas de reserva. Eso nos deja muy desprotegidos por el este.

—Supongamos —empezó Lan con mucho tiento— que estuvieseis en condiciones de sabotear a todo el ejército. Supongamos que quisierais hacerlo, pero de manera sutil y artera para no levantar sospechas. ¿Qué haríais?

—Ponernos de espaldas al río —dijo Baldhere, despacio—. Defender una posición en terreno elevado, pero dejando abierta la posibilidad de que nos rodeen. Lanzarnos a un enfrentamiento destructivo y después dejar una brecha en nuestras defensas para que nuestras tropas queden divididas. Hacer que cada uno de esos pasos parezca racional.

—¿Y el siguiente paso? —preguntó Lan.

Baldhere reflexionó y su expresión se tornó preocupada.

—Habría que quitar a los arqueros de las colinas del este. El terreno es accidentado, de modo que los Engendros de la Sombra podrían aproximarse dando un rodeo para esquivar a nuestros exploradores, especialmente si todo el mundo tiene la atención puesta en las líneas del frente de batalla.

»Los arqueros los verían y darían la alarma, puede que consiguieran retener a los trollocs el tiempo suficiente para que llegaran otras tropas de reserva. Pero si se ha

retirado a los arqueros, y a las tropas de reserva orientales se les ha asignado una misión en tanto que el enemigo podría dar un rodeo por nuestro flanco oriental y atacar a nuestras líneas de retaguardia… Todo el ejército quedaría atrapado de espaldas al río. A partir de ahí, sólo sería cuestión de tiempo.

—Lord Mandragoran. —El príncipe Kaisel tocó con las rodillas al caballo para que se acercara. Miró en derredor, como avergonzado—. No doy crédito a mis oídos. ¡Es imposible que sospechéis que lord Agelmar nos está traicionando!

—No podemos permitirnos el lujo de dejar a nadie fuera de sospecha —respondió Lan con gravedad—. Una advertencia a la que tendría que haber prestado oídos con más atención. Quizá no sea nada. Quizá.

—Ya vamos a tener bastantes dificultades para salir de esta posición tal como están las cosas ahora —apuntó Andere, ceñudo—. Si nos dejamos atrapar con el río a la espalda…

—El plan original era utilizar la caballería ligera de reserva para cubrir la retirada —dijo Lan—. Primero se replegaría la infantería, que cruzaría el río a pie, y después podríamos mover a la caballería pesada a través de accesos. La corriente del río no es fuerte, y las monturas de la caballería ligera podrían vadearlo mientras que los trollocs no se atreverían. Al menos hasta que los obligaran. Era un plan bastante bueno.

A menos que se encontraran demasiado presionados por tropas de a pie para poder retroceder. De ocurrir así, todo se vendría abajo. Y, si los rodeaban, no habría modo alguno de que Lan pudiera sacar de la trampa a su ejército. No contaban con suficientes encauzadores para trasladar a todo el ejército. La única vía de huida sería dejar atrás a la infantería, abandonando a la mitad de su ejército para que fuera sacrificado. No, antes que permitir que ocurriera tal cosa, prefería morir.

—Todo lo que lord Agelmar ha estado haciendo últimamente ha sido un plan bastante bueno —intervino Baldhere con acaloramiento—. Lo bastante bueno para eludir sospechas, pero no lo bastante bueno para vencer. Lan…, le pasa algo raro. Lo conozco hace años. Por favor. Aún sigo pensando que está agotado, simplemente, pero lo cierto es que está cometiendo errores. Tengo razón, sé que la tengo.

Lan asintió con la cabeza. Dejó a lord Baldhere en su posición y, acompañado por su guardia, cabalgó hacia la tienda de mando, en las líneas de retaguardia.

La sensación de miedo que experimentaba Lan era como tener una piedra atascada en la garganta. Esas nubes parecían estar más bajas que nunca. Retumbaban. Los tambores del Oscuro reclamaban la vida de los hombres.

Para cuando Lan llegó a la tienda de mando llevaba tras de sí sus buenos cien hombres o más. Al acercarse, Lan vio a un joven mensajero shienariano —desarmado, con el largo mechón de la coronilla ondeando tras él mientras corría— que se dirigía hacia un caballo.

A una señal de Lan, Andere cabalgó hasta el joven y asió las riendas de su montura, deteniéndolo. El mensajero frunció el entrecejo.

—Dai Shan… —dijo cuando Lan se acercó.

—¿Vas a despachar órdenes de lord Agelmar? —preguntó al tiempo que desmontaba.

—Sí, milord.

—¿Qué órdenes?

—Para los arqueros kandoreses del este —contestó el mensajero—. La colina donde están se encuentra demasiado lejos de la parte principal de la batalla, y lord Agelmar cree que darían mejor servicio acercándose más para lanzar andanadas de flechas a esos Señores del Espanto.

Probablemente los arqueros pensarían que la caballería ligera saldaenina aún estaría por allí, mientras que los saldaeninos pensarían que los arqueros se quedarían en su posición, y las tropas de reserva pensarían que los dos permanecerían donde se habían desplegado antes.

Todavía cabía la posibilidad de que fuera una coincidencia. Agelmar había estaba trabajando muchísimo, o tenía algún plan magnífico que el resto de los generales no alcanzaba a ver. Nunca se debía acusar a un hombre de un delito castigado con pena de muerte, a menos que se estuviera dispuesto a hacer cumplir la sentencia uno mismo, en ese mismo momento, con su propia espada.

—Anula esa orden —dijo Lan con frialdad—. En cambio, envía a los exploradores saldaeninos a recorrer esas colinas orientales. Diles que estén atentos a cualquier señal de una fuerza de Engendros de la Sombra que avance a hurtadillas para caer sobre nosotros. Pon sobre aviso a los arqueros, que se preparen para disparar, y luego vuelve aquí y cuéntame qué ha pasado. Date prisa. Pero, aparte de los exploradores y los arqueros, no le digas a nadie lo que estás haciendo.

El joven parecía desconcertado, pero saludó. Agelmar era el comandante general de ese ejército, pero Lan —como Dai Shan— era el que tenía la última palabra en todas las órdenes, y la única autoridad mayor que la suya en ese campo de batalla era la de Elayne.

Lan hizo un gesto a un par de hombres de la Guardia Real. Washim y Geral eran malkieri a quienes había llegado a respetar mucho durante las semanas que habían combatido juntos.

«Luz, ¿sólo han pasado semanas? Parecen meses…»

Siguió adelante mientras los dos malkieri iban tras el mensajero para asegurarse de que hacía lo que le había ordenado. Lan reflexionaría sobre las ramificaciones de lo que estaba pasando sólo después de saber todos los hechos.

Sólo entonces.

Loial no sabía mucho sobre la guerra, pero no hacía falta saber mucho para darse cuenta de que el bando de Elayne estaba perdiendo.

Otros Ogier y él luchaban contra una horda de millares y millares de trollocs, el segundo ejército que había llegado del sur para aplastarlos dando un rodeo a la ciudad. Ballesteros de la Legión del Dragón flanqueaban a los Ogier y lanzaban andanadas de virotes tras haberse replegado del frente cuando los trollocs llegaron a sus líneas. El enemigo había dispersado a la caballería pesada, exhausta por la batalla que acababan de librar. Compañías de piqueros aguantaban a la desesperada contra aquella marea, y la Guardia del Lobo se aferraba a unas líneas que se desintegraban en la otra loma.

Había oído fragmentos de lo que ocurría en otros sectores del campo de batalla. Las tropas de Elayne habían aplastado la fuerza septentrional de trollocs y, mientras los Ogier combatían para proteger los dragones que disparaban desde una de las lomas, por encima de ellos, más y más soldados llegaban para unirse al nuevo frente. Iban ensangrentados, agotados y débiles.

Esta nueva fuerza trolloc los aplastaría a todos.

Los Ogier entonaban una canción doliente. Era el canto fúnebre que coreaban por los bosques que tenían que devastarse o por los Grandes Árboles que morían en una tormenta. Era un cántico de pérdida, de pesar, de inevitabilidad. Loial se unió a la estrofa final.

Todos los ríos dejan de fluir,
todos los cantos han de terminar,
todas las raíces acaban por morir,
todas las ramas se deben doblar…

Abatió a un trolloc que rugía, pero otro le clavó los dientes en la pierna. Su canción se interrumpió por el grito, y aferró al trolloc por el cuello. Jamás se había considerado fuerte —para la media Ogier, no— pero levantó al ser y lo arrojó contra sus compañeros que estaban detrás.

Caídos todo en derredor había hombres —seres tan frágiles— muertos. Le dolía la pérdida de esas vidas. Todos ellos habían tenido tan poco tiempo para vivir… Algunos, todavía vivos, seguían luchando. Sabía que se consideraban tan grandes como debían ser, pero allí en el campo de batalla —entre Ogier y trollocs— parecían niños que corrieran entre las piernas de sus mayores.

No. No lo vería de ese modo. Hombres y mujeres combatían con valentía y pasión. No, nada de niños, sino héroes. Con todo, verlos destrozados hacía que aplastara las orejas. Empezó a cantar de nuevo, más alto, y esta vez no era un canto doliente. Era una canción que no había cantado nunca, una canción de crecimiento, pero no como los cantos de árboles que le eran tan conocidos.

Cantaba a voz en grito, furioso, arremetiendo a su alrededor con el hacha. Por todas partes, la hierba se tornó verde, brotaron tallos y renuevos de vida. En las astas de las lanzas de armas de los trollocs empezaron a salir hojas; muchos de los monstruos gruñeron y tiraron las armas, asustados.

Loial siguió luchando. Esa canción no era un canto de victoria. Era una canción de vida. Loial no tenía intención de morir allí, en la ladera de esa loma.

¡Por la Luz, tenía que escribir un libro antes de dejar este mundo!

Rodeado de generales escépticos, Mat se encontraba en la construcción seanchan donde se reunían los mandos. Min acababa de volver después de que se la llevaran para vestirla con lujosos ropajes seanchan. Tuon también se había marchado para ocuparse de alguna tarea de emperatriz.

Mirando de nuevo los mapas, Mat tuvo otra vez ganas de barbotar improperios. Mapas, mapas y más mapas. Trozos de papel. La mayoría los habían trazado los escribientes de Tuon a la luz menguante del atardecer del día anterior. ¿Cómo estaba él seguro de que eran correctos? Una vez, Mat había visto a un artista callejero dibujar a una preciosa mujer en Caemlyn, de noche, y el retrato resultante se podría haber vendido sin problema como una representación exacta de Cenn Buie con vestido.

Cada vez era más de la opinión de que los mapas de batallas tenían la misma utilidad que un grueso chaquetón en Tear. Tenía que ver él mismo la batalla, no como otra persona creía que era. El mapa era demasiado simple.

—Voy a echar un vistazo al campo de batalla —declaró.

—¿Que vais a qué? —preguntó Courtani.

La oficial general seanchan era tan atractiva como un haz de palos sujetos con la armadura.

Mat suponía que debía de haberse comido algo muy agrio en alguna ocasión y que, al descubrir que la mueca resultante servía para espantar a los pájaros, había decidido adoptarla como algo permanente.

—Voy a echar un vistazo al campo de batalla —repitió Mat.

Se quitó el sombrero y alargó la mano por encima de la cabeza para coger la parte posterior del suntuoso y voluminoso uniforme seanchan. Tiró de la tela hacia adelante, incluidas las extrañas hombreras y demás, lo pasó todo por encima de la cabeza con un frufrú de seda y encaje, y luego lo tiró a un lado.

Con lo cual, por toda vestimenta se quedó con el pañuelo del cuello, el medallón y los extraños calzones negros y algo tiesos que los seanchan le habían dado. Min enarcó una ceja al verle el torso desnudo y consiguió sacarle los colores. Pero ¿qué más daba? Ella era la compañera de Rand, y eso la convertía prácticamente en una hermana suya. También se hallaba allí Courtani, pero Mat no estaba seguro de que

fuera una mujer. Tampoco estaba muy convencido de que fuera humana.

Mat hurgó debajo de la mesa un momento y sacó un envoltorio que había metido allí con anterioridad, tras lo cual se puso erguido. Min cruzó los brazos. Los ropajes nuevos le quedaban muy bonitos; era un vestido casi tan suntuoso como los que llevaba Tuon. El de Min era de brillante seda verde con bordados negros y mangas largas y abiertas, y tan amplias que uno podía meter la cabeza dentro. También le habían arreglado el cabello, adornándolo con trocitos de metal plateados y gotas de fuego engastadas. Había centenares de ellas. Si ese cargo de Augur del Destino no le iba bien, a lo mejor encontraba trabajo como uno de esos grandes candelabros de techo de varios brazos.

Estaba bastante atractiva con ese atuendo, de hecho. Qué curioso. Siempre había visto a Min casi como a un muchacho, pero ahora la encontraba fascinante. Tampoco era que la mirara tanto.

Los seanchan presentes en la estancia parecían anonadados porque se hubiera quedado de repente desnudo de cintura para arriba. Mat no entendía el porqué, ya que tenían sirvientes que llevaban mucha menos ropa. Luz, vaya si llevaban poca… Poquísima.

—Estoy tentada de hacer lo mismo que tú —rezongó Min, que agarró la pechera del vestido.

Mat se quedó petrificado y después se ahogó y tosió. Debía de haberse tragado una mosca o algo por el estilo.

—Así me abrase —dijo, y se puso la camisa que había sacado del envoltorio—. Te daré cien marcos de Tar Valon si lo haces, sólo con tal de poder contarlo.

Se ganó una mirada airada, a saber por qué. Había sido ella la que había hablado de ir andando por ahí como una jodida Doncella Aiel de camino a la tienda de vapor.

Min no lo hizo, y a él casi lo entristeció. Tenía que ir con cuidado cuando Min anduviera cerca. Estaba seguro de que una sonrisa en un lugar y momento inadecuados podría costarle una cuchillada, y no sólo por parte de ella, sino también de Tuon, y para él era más que suficiente que le clavaran cuchillos de uno en uno.

El medallón de cabeza de zorro descansaba sobre su pecho —gracias a la Luz que Tuon se lo había devuelto, así como las copias, de las que no había querido quedarse con ninguna— y el roce contra la piel resultaba reconfortante mientras se ponía la chaqueta, también sacada del envoltorio de ropa.

—¿Cómo habéis conservado esas prendas? —preguntó el capitán general Galgan —. Tenía la impresión de que os habían quemado vuestras antiguas ropas, Príncipe Cuervo.

Galgan tenía un aspecto ridículo con esa franja de cabello blanco en la cabeza, pero Mat no lo mencionó. Era la costumbre seanchan. El tipo podía resultar ridículo, pero no le cabía duda de que Galgan sabía estar en una batalla, tuviera el aspecto que

tuviera.

—¿Éstas? —dijo Mat señalando la chaqueta y la camisa—. No tengo ni idea. Las encontré ahí debajo. Estoy totalmente perplejo.

Se había sentido muy complacido al descubrir que los guardias seanchan, a pesar de su expresión imperturbable y de ir con la espalda tan recta que parecía que se hubieran tragado un palo, respondían a los sobornos como cualquier otra persona.

Todos excepto esos Guardias de la Muerte. Mat ya se había dado cuenta de que no debía intentarlo con ellos; la mirada feroz que le habían lanzado le había hecho pensar que, si volvía a intentarlo, acabaría con la cara metida en el barro. Tal vez sería mejor no volver a hablar siquiera con ninguno de ellos, ya que era evidente que todos y cada uno de ellos habían trocado su sentido del humor por una mandíbula de tamaño grande.

En un aprieto, sin embargo, sabía exactamente en quién podía fiar la seguridad de Tuon.

Mat echó a andar y de camino asió la *ashandarei* que tenía apoyada en la pared. Courtani y Min lo siguieron afuera. Era un fastidio que Tylee fuera tan buena en lo que hacía. Él habría preferido tenerla de compañera y en cambio enviar al frente a esa espantajo de Courtani. Quizá debería hacerlo. Alguno de los trollocs podría confundirla con uno de los suyos.

Por desgracia, tuvo que esperar a que un mozo de cuadra fuera a buscar a *Puntos*; lo cual, al parecer, había dado tiempo para que alguien alertara a Tuon, porque la vio acercarse. Bueno, ella había dicho que regresaría pronto, de todos modos, así que no tenía por qué esperar una discusión.

Min rebulló y masculló maldiciones contra la falda.

—¿Todavía le das vueltas a la idea de huir? —le preguntó Mat entre dientes sin dejar de mirar a Tuon mientras se acercaba.

—Sí —respondió Min con acritud.

—Aquí las camas son cómodas, ¿sabes? Y saben cómo tratar a un tipo, siempre y cuando no terminen decapitándolo. Aún no he descubierto qué impide que lo hagan.

—Maravilloso.

Mat se volvió hacia ella.

—¿Eres consciente de que si Rand estuviera aquí probablemente te pediría que te quedaras?

Ella le asestó una mirada feroz.

—Es verdad, Min. La puñetera verdad. Yo me encontraba presente cuando Rand los convenció para que se unieran a él y, te lo aseguro, estaba preocupado. Los seanchan y las Aes Sedai no se llevan muy bien, por si no te has dado cuenta.

—Eso es casi tan obvio como tu orgullo, Mat.

—Vaya. Y yo intentando ayudar. Te diré algo, Min. ¿Crees que Rand se sentiría

aliviado si alguien en quien confía tuviera a Tuon de la oreja, alguien que pudiera empujarla a no buscar pelea con las Aes Sedai ofreciéndole los «augurios» adecuados en el momento adecuado? Claro que puedes regresar al campamento para acarrear agua y llevar mensajes. Estoy seguro de que esa tarea sería exactamente igual de útil que la de estar vigilando a una soberana extranjera y animándola a confiar y a respetar al Dragón Renacido, y creando un puente de amistad entre ella y el resto de las naciones.

Min se quedó callada unos segundos.

—Te odio, puñetero Mat Cauthon —dijo luego.

—¡Así me gusta! —exclamó Mat, que alzó una mano para saludar a Tuon—. Y, ahora, veamos qué extremidad me corta por tirar al suelo sus lujosos atavíos.

—Qué lástima lo de esas ropas. Tenían un bonito bordado. A un hombre le venía bien un poco de bordado para no perder refinamiento. Aun así, no estaba dispuesto a ponerse un montón de ropa en una batalla. Se le daría mejor si intentara luchar mientras llevaba a *Puntos* cargado a la espalda.

Los otros hicieron las habituales reverencias y adulaciones cuando Tuon llegó, a pesar de que sólo hacía unos minutos que se había marchado. Mat le dirigió una inclinación de cabeza. Ella paseó la mirada de arriba abajo por la ropa que llevaba encima. ¿Por qué todo el mundo mostraba tanto desagrado por una buena camisa y una mejor chaqueta? No había elegido la deshilachada que se había puesto cuando visitó a Elayne. Ésa la había quemado.

—Altísima Señora —dijo Courtani; era de la Alta Sangre y podía dirigirse directamente a Tuon—. Así respiréis por siempre. El Príncipe Cuervo ha decidido que él en persona ha de visitar el campo de batalla, ya que juzga a nuestros mensajeros y generales faltos de talento.

Mat metió los pulgares en el cinturón sin dejar de mirar a Tuon cuando por fin un mozo de cuadra llegó con *Puntos*. Iba siendo hora, puñetas. ¿Es que el muchacho se había parado a comer en el camino, y tal vez había aprovechado para disfrutar con una actuación o dos de un juglar?

—Bien, ¿a qué esperamos? —inquirió Tuon—. Si el Príncipe de los Cuervos desea ver el campo de batalla, pienso que unos servidores leales del imperio tendrían que tropezarse unos con otros en su premura por conducirlo allí.

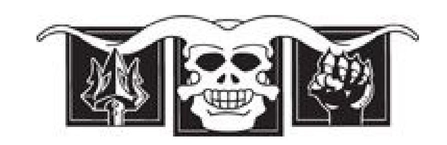
Courtani se quedó como si hubiese recibido una bofetada. Mat sonrió a Tuon y ella le respondió de igual modo. Luz, pero cuánto le gustaban esas sonrisas suyas.

—Entonces, ¿vienes también? —preguntó a Tuon.

—Desde luego. ¿Hay alguna razón por la que no debería ir?

—Ninguna. —Mat gimió para sus adentros—. Ni la más mínima, puñetas.

29



Perder una colina

¡Centrad la atención en los Fados! —gritó Egwene, a la vez que lanzaba un golpe de Aire hacia los trollocs que subían por la ladera.

Los Engendros de la Sombra habían abierto una brecha en las filas de piqueros que defendían la colina y entraban por ella a raudales. Acostumbrados ya a atacar a encauzadores, se agacharon, preparándose para lo que iba a pasar. Eso le dio a Egwene una buena vista del pelotón de trollocs y del Myrddraal que se escondía entre ellos, justo en el centro. Llevaba una capa marrón por encima de sus ropajes habituales y sostenía una percha de caza trolloc.

«No es de extrañar que tuviera dificultad en localizarlo», pensó Egwene, que destruyó al ser con un tejido de Fuego. El Semihombre se retorció y se sacudió en el fuego al tiempo que chillaba, con el rostro sin ojos vuelto hacia el cielo. El pelotón de trollocs también se desplomó.

Egwene sonrió con satisfacción, pero su gozo duró poco. A los arqueros casi no les quedaban flechas y las filas de piqueros estaban hechas trizas, además de saltar a la vista la fatiga de algunas Aes Sedai. Otra oleada de trollocs reemplazó a la que Egwene había destruido.

«¿Vamos a poder aguantar esto otro día más?», pensó.

Una compañía de lanceros montados se apartó de repente del flanco izquierdo del ejército de Bryne que combatía en el río. Ondeaba el estandarte de la Llama de Tar Valon; tenía que ser la unidad de caballería pesada de la que Bryne se sentía orgulloso. Los había agrupado con prisas, al mando del capitán Joni Shagrin, de una mezcla de veteranos curtidos de las caballerías de otros países y de los soldados de la Guardia de la Torre que querían unirse a esa fuerza de combate de elite.

Los lanceros dieron un rodeo a los sharaníes que tenían enfrente y cabalgaron a toda velocidad hacia las colinas donde se encontraban Egwene y las Aes Sedai, directamente a la retaguardia del ejército trolloc que atacaba aquella posición. Justo detrás de ellos, una segunda unidad de caballería cabalgaba tras el polvo de la primera, esta última exhibiendo un estandarte verde oscuro de Illian. Al parecer, el general les mandaba por fin un poco de ayuda para darles un respiro.

Pero… Un momento. Egwene frunció el entrecejo. Desde su posición aventajada veía que el flanco izquierdo del ejército principal se había quedado completamente desprotegido ahora.

«¿Qué está haciendo Bryne? ¿Alguna especie de… trampa para los sharaníes?»

Si se había planeado una maniobra envolvente, la trampa no se cerró. Por el contrario, una unidad de caballería sharaní cargó contra el flanco izquierdo expuesto de Bryne y empezó a ocasionar muchas bajas en los soldados de infantería que defendían esa posición en el río. Y entonces Egwene vio otro movimiento en el campo allí abajo que la horrorizó: un escuadrón de caballería sharaní aún más numeroso se había separado del flanco derecho enemigo y se echaba encima de la unidad de lanceros que había ido en su ayuda.

—Gawyn, que se avise a esos lanceros… ¡Es una trampa!

Pero no hubo tiempo para nada. En cuestión de segundos la caballería sharaní estaba matando lanceros de la Torre Blanca por detrás. Al mismo tiempo, las filas de retaguardia de los trollocs se volvieron para hacer frente a la carga de lanceros. Egwene vio que todos aquellos trollocs llevaban picas largas que atravesaron cuerpos de hombres y caballos. Las líneas delanteras de los lanceros cayeron en un ensangrentado montón y los trollocs avanzaron entre los cadáveres para derribar y arremeter con sus armas a los jinetes que venían detrás.

Egwene gritó y absorbió todo el Poder que fue capaz e intentó destruir la fuerza trolloc; las otras mujeres se unieron a ella. Fue una masacre en ambos bandos. Pero había demasiados trollocs y los lanceros se hallaban desprotegidos. En cuestión de minutos todo había acabado. Sólo unos pocos jinetes habían conseguido sobrevivir y Egwene los vio dirigirse a galope tendido hacia el río.

Estaba conmocionada. A veces, los ejércitos parecían moverse con el cabeceo pomposo de enormes barcos anclados al muelle, y entonces, en un instante, todo estallaba y compañías enteras habían perecido.

Apartó la vista de los cadáveres tirados allá abajo. Las posiciones de las Aes Sedai en las colinas corrían peligro. Cuando los trollocs volvieron la atención hacia su fuerza, Egwene dio órdenes de abrir accesos. Evacuó a los piqueros que se encontraban en la ladera a través de accesos mientras los arqueros seguían disparando flechas a los trollocs de abajo. Luego, Egwene y las restantes Aes Sedai descargaron destrucción sobre los trollocs durante el tiempo suficiente para que los arqueros se pusieran a salvo por los accesos.

Antes de desaparecer a través del último acceso de su colina, Egwene dirigió una última ojeada al campo de batalla. ¿Qué había pasado allí?

Meneó la cabeza mientras Gawyn se acercaba a ella, leal como siempre. No había tenido ocasión de desenvainar siquiera la espada en esa batalla. Y tampoco Leilwin; los dos parecían sostener una pequeña competición silenciosa sobre cuál de ellos actuaba mejor como protector, quedándose casi pegados a ella. A Egwene le había resultado irritante, pero era mejor que el aire taciturno y apesadumbrado de Gawyn en batallas previas.

Sin embargo, parecía pálido. Como si le rondara una enfermedad. ¿Habría dormido lo suficiente?

—Necesito que vayas al campamento y busques al general Bryne —dijo Egwene—. Quiero saber por qué se ha permitido que ocurra algo así. Y luego iré con nuestras tropas que defienden el vado y vengaré a los nuestros, que acaban de perder la vida aquí.

Los dos la miraron con el entrecejo fruncido.

—Egwene… —empezó Gawyn.

—Todavía tengo fuerza —lo interrumpió ella—. He estado usando el *sa'angreal* para evitar esforzarme demasiado. Los hombres que combaten en esa posición necesitan verme, y yo he de estar allí donde se me necesite mientras pueda. Llevaré todos los guardias que quieras.

Gawyn vaciló, miró a Leilwin y después, por fin, asintió con la cabeza.

Lan desmontó y le tendió las riendas a Andere, pasó junto a los soldados de guardia —que parecieron sorprendidos al verlo acompañado por tantos guardias, muchos de ellos ensangrentados— y fue hacia la tienda de mando. La tienda era poco más que un toldo, ya que estaba abierta por todos los lados; soldados entraban y salían como hormigas en un hormiguero. Ese día el aire era caliente allí, en Shienar. Lan no había recibido informes recientemente de los otros frentes de batalla, pero había oído que su situación desesperada no era la única en ese momento. Elayne luchaba en Cairhien; la Amyrlin en la frontera de Arafel.

Quisiera la Luz que sus ejércitos no lo estuvieran pasando tan mal como ellos. Dentro de la tienda, Agelmar tenía mapas en el suelo todo en derredor; los señalaba con un palo fino y movía fragmentos de piedras de colores mientras daba órdenes. Los corredores llegaban y actualizaban el progreso de la batalla. Los mejores planes de batalla sólo duraban hasta que se desenvainaba la primera espada, pero un buen general trabajaría las batallas como un alfarero trabajaba la arcilla, tomando los altibajos de los soldados y moldeándolos.

—¿Lord Mandragoran? —se sorprendió Agelmar al levantar la vista—. ¡Luz, hombre! Parecéis la mismísima Llaga. ¿Habéis mandado llamar a las Aes Sedai para que os Curen?

—Estoy bien —afirmó Lan—. ¿Cómo va la batalla?

—Me siento crecido —dijo Agelmar—. Si encontramos un modo de frenar a esos Señores del Espanto durante una hora o dos, creo que tenemos una buena posibilidad de hacer retroceder a los trollocs.

—Seguramente no —replicó Lan—. Hay muchísimos.

—No se trata de números —contestó Agelmar, que le hizo un gesto con la mano a Lan y señaló el mapa—. Aquí hay algo que pocos hombres entienden, Lan. Los

ejércitos pueden venirse abajo, y a veces lo hacen, aunque sus efectivos superen a los del adversario, aunque tengan más ventajas en el campo de batalla y una buena probabilidad de ganar.

»Cuando uno pasa tiempo ejerciendo el mando, empieza a ver a un ejército como un elemento único, una bestia inmensa con miles de extremidades. Eso es un error. Un ejército se compone de hombres o, en este caso, de trollocs, todos y cada uno de ellos en el frente, todos y cada uno de ellos aterrados. Ser soldado es controlar el terror. La bestia que llevamos dentro quiere escapar, nada más.

Lan se puso en cuclillas y examinó los mapas de batalla. La situación era muy parecida a la que él había visto, excepto que Agelmar todavía tenía a la caballería ligera saldaenina vigilando el flanco oriental en el mapa. ¿Un error? Él había comprobado por sí mismo que ya no se encontraban allí. ¿Los corredores no tendrían que haber avisado a Agelmar de que el mapa era incorrecto? ¿O él los estaba distrayendo de algún modo para que no se dieran cuenta?

—Hoy os enseñaré algo, Lan —dijo Agelmar en voz queda—. Os mostraré lo que el hombre más pequeño debe aprender en el patio de prácticas si quiere sobrevivir. Uno puede hacer que un enemigo más grande se desmorone si lo convence de que va a morir. Golpeadlo con la fuerza suficiente y huirá. Y no volverá, no vaya a ser que volváis a pegarle, incluso si uno sabe para sus adentros que está demasiado débil para volver a golpearlo.

—¿Es ése pues vuestro plan para hoy? —preguntó Lan.

—Los trollocs se desmoronarán si hacemos un despliegue de fuerza que los asuste —contestó Agelmar—. Sé que puede funcionar. Confío en poder abatir al cabecilla de esos Señores del Espanto. Si los trollocs suponen que están perdiendo, se darán a la fuga. Son unas bestias cobardes.

Oír a Agelmar explicarlo hacía que pareciera razonable. Quizás él no estaba viendo toda la situación en su conjunto. Quizá la genialidad de los grandes capitanes iba más allá de lo que otros eran capaces de imaginar. ¿Habría hecho mal al revocar la orden de desplazar a los arqueros?

El mensajero que Lan había enviado antes regresó a galope al centro de mando. Uno de los hombres de la Guardia Real de Lan también llegó sujetándose un brazo en el que llevaba clavada una flecha con penacho negro.

—¡Una fuerza enorme de Engendros de la Sombra! —anunció el mensajero—. ¡Viene del este! ¡Dai Shan, teníais razón!

«Sabían que debían venir por ese lado —pensó Lan—. Es imposible que se dieran cuenta de que el flanco lo teníamos desprotegido. Con esas colinas tapándoles la vista, no podían saberlo. Han venido demasiado deprisa. La Sombra debe de haber recibido aviso o tenía que saberlo de antemano». Miró a Agelmar.

—¡Imposible! —exclamó el general—. ¿Por qué pasa esto ahora? ¿Por qué los

exploradores no lo vieron?

—Lord Agelmar —intervino uno de sus comandantes—, enviasteis exploradores al este para vigilar el río, ¿recordáis? Tenían que inspeccionar el cruce para nuestras fuerzas. Dijisteis que los arqueros se… —El comandante se puso pálido—. ¡Los arqueros!

—Los arqueros siguen en sus posiciones —dijo Lan al tiempo que se incorporaba—. Quiero que las líneas del frente empiecen a replegarse. Sacad a los saldaeninos de la lucha, y que estén preparados para ayudar en la retirada a los soldados de infantería. Que los Asha'man retrocedan. Vamos a necesitar accesos.

—Lord Mandragoran —habló Agelmar—, este nuevo despliegue podría ser útil. Si nos partimos en dos y luego los aplastamos entre ambas fuerzas, podemos…

—Quedáis relevado de servicio, lord Agelmar —dijo Lan sin mirar al hombre—. Y, por desgracia, he de pedir que permanezcáis bajo vigilancia hasta que pueda evaluar lo ocurrido.

En la tienda de mando se hizo el silencio y todos los ayudantes, mensajeros y oficiales se volvieron hacia Lan.

—Vamos, Lan. Lo que decís suena como si me estuvieseis arrestando —dijo Agelmar.

—Lo estoy haciendo.

Lan llamó con un gesto a los hombres de la Guardia Real. Entraron en la tienda y tomaron posiciones para evitar que escapara alguien. Algunos hombres de Agelmar llevaron la mano a la espada, pero la mayoría parecían desconcertados y sólo apoyaron la mano en la empuñadura.

—¡Esto es un ultraje! —clamó Agelmar—. No seáis necio. No es el momento de…

—¿Y qué queréis que haga, Agelmar? —barbotó Lan—. ¿Dejar que acabéis con este ejército? ¿Dejar que la Sombra nos aniquile? ¿Por qué hacéis esto? ¿Por qué?

—Estáis reaccionando de forma exagerada, Lan —dijo Agelmar; era evidente que mantenía la calma con dificultad, y los ojos le ardían, coléricos—. ¿Qué ideas se os han pasado por la cabeza? ¡Luz!

—¿Por qué disteis la orden de quitar a los arqueros de las colinas orientales?

—¡Porque los necesitaba en otro sitio!

—¿Y eso tiene sentido? —demandó Lan—. ¿No me habéis dicho que vigilar ese flanco era vital?

—Yo…

—También retirasteis a los exploradores de esa posición. ¿Por qué?

—Ellos… Se…

Agelmar se llevó una mano a la cabeza con aire aturdido. Bajó la vista al mapa de batalla y abrió mucho los ojos.

—¿Qué os ocurre, Agelmar? —dijo Lan.

—No lo sé —respondió el hombre. Parpadeó y siguió mirando los mapas que había a sus pies. El rostro adoptó una expresión de espanto, los ojos se le desorbitaron y entreabrió los labios—. ¡Oh, Luz! ¿Qué he hecho?

—¡Transmitid mis órdenes! —instó Lan con urgencia a su Guardia Real—. Traed a lord Baldhere a la tienda de mando. Que vengan también la reina Ethenielle y el rey Easar.

—Lan, tenéis que traer a… —Agelmar enmudeció—. ¡Luz! No puedo —decirlo. ¡Empiezo a pensar lo que hay que hacer, y acuden a mi mente pensamientos erróneos! Sigo tratando de sabotear nuestro ejército. Por mi culpa estamos condenados—. Abrió mucho los ojos otra vez y alargó —la mano hacia la espada corta, que sacó de la vaina.

Lan la asió por la guarda y la virola, parándola justo antes de que Agelmar pudiera hundírsela en el estómago para acabar con su vida. La sangre brotó entre los dedos de Lan donde había rozado el aguzado filo de la hoja, justo debajo de la virola.

—Dejad que muera con honor —dijo Agelmar—. Yo… Nos he abocado a la destrucción. He hecho que perdiéramos esta guerra, Lan.

—La guerra no, sólo la batalla —adujo Lan—. Algo raro os ocurre. Una enfermedad, la fatiga o algo de la Sombra. Sospecho que descubriremos que alguien os ha estado manipulando la mente.

—Pero…

—¡Sois un soldado! —bramó Lan—. ¡Comportaos como tal!

Agelmar se quedó inmóvil. Buscó los ojos de Lan y luego asintió con la cabeza una vez. Lan apartó los dedos de la hoja y Agelmar la guardó en la vaina con un seco chasquido. El gran capitán se sentó con las piernas cruzadas en la postura tradicional de meditación shienariana, con los ojos cerrados.

Lan se apartó a largas zancadas mientras impartía órdenes. El príncipe Kaisel corrió hacia él; saltaba a la vista que estaba asustado.

—¿Qué está ocurriendo, lord Mandragoran?

—Compulsión, probablemente —dijo Lan—. Hemos sido como conejos en una trampa, con la cuerda cerrándose despacio, aunque bien ceñida, alrededor del cuello. ¡Que alguien me diga por favor si los Asha'man aún tienen fuerza suficiente para los accesos! ¡Y traedme noticias del flanco oriental! Esos arqueros necesitarán apoyo. Que el resto de las tropas de reservan vaya a cubrirlos.

El príncipe Kaisel, con los ojos muy abiertos y la mano en la espada, retrocedió al tiempo que las órdenes continuaban. Miró a lord Agelmar con el rostro demudado.

—¿De verdad hemos perdido? —le preguntó a Lan una vez que éste acabó de dar órdenes y los mensajeros corrían a transmitirlas.

—Sí, hemos perdido —dijo Lan.

—¡Lan! —gritó de repente Agelmar, que había abierto los ojos.

Lan se volvió hacia él.

—La reina Tenobia —explicó Agelmar—. La envié hacia el peligro sin comprender lo que hacía. ¡Quienquiera que me metiera esos planes en la cabeza la quiere muerta!

Lan masculló un juramento y salió disparado del campamento para subir a lo alto de la colina más cercana. Los exploradores que se encontraban allí le hicieron sitio cuando llegó arriba. Sacó el visor de lentes del cinturón, aunque no lo necesitaba. Localizó la bandera de la reina mientras recorría con la vista el campo de batalla.

Estaba rodeada. Fuera cual fuera la ayuda que había pensado que recibiría, no había sido enviada. Lan abrió la boca para dar órdenes, pero las palabras murieron en sus labios al ver a los trollocs lanzarse en tropel sobre la pequeña bandera blanca y plateada, donde ella había estado combatiendo. La enseña cayó, y en cuestión de segundos no quedaba ningún soldado vivo en ese sector del campo de batalla.

Mantener la frialdad. No podía hacer nada por Tenobia. Aquello ya no se trataba de salvar a personas individuales.

Tendría suerte si acababa el día con algo que se pareciera a un ejército.

Mat cabalgaba con Tuon hacia el sur, en dirección al campo de batalla, a lo largo de la ribera del río que era la frontera occidental de Arafel.

Por supuesto, a donde iba Tuon, también iba Selucia. Y, ahora, Min; Tuon quería tener junto a ella a su nueva Augur del Destino, en todo momento. Tuon no dejaba de preguntarle qué veía y Min seguía respondiendo de mala gana.

Mat había intentado que dijera que veía un sombrero flotando sobre su cabeza. Eso persuadiría a Tuon de que dejara de intentar deshacerse del suyo, ¿verdad? Mejor habría sido eso que Min explicando lo de ojo en la balanza, y la daga, y todas las otras puñeteras cosas que había visto sobre él.

A donde iba Tuon, también iba un centenar de Guardias de la Muerte. Y Galgan y Courtani, que se sentía recriminada por no haber actuado con suficiente rapidez para ayudar a Mat. Furyk Karede también iba con ellos, al mando de la Guardia de la Muerte. Que Karede estuviera cerca era tan agradable como encontrar la mano de otro hombre en tu bolsillo, pero era un buen soldado y Mat lo respetaba. Le encantaría poner juntos a Karede y a Lan en una competición de mantener fija la mirada. Podrían aguantar años.

—Necesito tener un panorama mejor —dijo Mat cuando estuvieron cerca, mientras recorría con la vista el campo de batalla—. Allí.

Hizo dar la vuelta a *Puntos* y cabalgó hacia una elevación bastante próxima al sector donde las fuerzas oponentes intercambiaban destrucción al borde del río. Tuon lo siguió sin decir palabra. Cuando llegaron allí, Selucia le asestó una mirada asesina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mat—. Había dado por sentado que estarías contenta de tenerme de vuelta. Así tienes a alguien más a quien mirar ceñuda.

—La emperatriz os seguirá a donde vayáis —contestó ella.

—Lo hará, sí. Y yo la seguiré a donde vaya ella, supongo. Espero que eso no nos conduzca a dar demasiadas vueltas. —Inspeccionó la batalla.

El río no era terriblemente ancho —tal vez unos cincuenta espanes— pero la corriente era rápida y profunda a ambos extremos del vado. El agua representaba una buena barrera, y no sólo para los trollocs. El vado, sin embargo, ofrecía un cruce fácil, con el agua a la altura de la rodilla y lo bastante ancho para que al menos veinte filas de jinetes cruzaran a la vez.

En la lejana mitad del ejército sharaní, un hombre montaba un reluciente caballo blanco. Mat casi no lo veía con el visor; la resplandeciente armadura del hombre no se parecía a ninguna que Mat hubiera visto, aunque la distancia dificultaba distinguir detalles concretos.

—Supongo que ése es nuestro Renegado, ¿no? —preguntó y señaló con la *ashandarei*.

—Parece que llama a gritos al Dragón Renacido —dijo Galgan.

La voz de Demandred retumbaba a través del campo de batalla en aquel momento, ampliada con el Poder Único. Exigía que el Dragón apareciera y se enfrentara a él en duelo. Mat observó al tipo por el visor de lentes.

—Conque Demandred, ¿eh? ¿Se le ha ido un poco la chaveta o qué?

En fin, Mat sabía de qué sector de la jodida batalla tenía que mantenerse alejado. No había firmado para luchar con Renegados. De hecho, que él recordara, no había firmado para nada. Se había visto forzado a seguir adelante cada paso del jodido camino. A la fuerza, por lo general, y siempre por una estúpida mujer u otra.

Egwene podría vérselas con Demandred o quizá podrían hacerlo los Asha'man. Rand había dicho que los Asha'man ya no se volvían locos, pero ésa era una promesa vana. Cualquier hombre que quisiera encauzar Poder Único ya estaba loco, en opinión de Mat. Añadirles más demencia sería como echar té en una taza que ya estaba llena.

Al menos las *damane* de Tuon tenían a esas encauzadoras sharaníes ocupadas. Sin embargo, era imposible hacerse una idea clara de lo que estaba pasando. Había demasiada confusión.

Mat apuntó de nuevo el visor de lentes hacia el sur, a lo largo del río, y frunció el entrecejo. Había un campamento militar instalado justo a unos pocos cientos de pasos al otro lado del vado, pero no era el arreglo desorganizado de las tiendas lo que le llamó la atención. Al extremo oriental del campamento había una numerosa unidad de jinetes y sus caballos que se limitaban a estar allí. Distinguió a una figura que caminaba a zancadas delante de las tropas y que parecía estar de muy mal humor.

Puede que hubiera perdido un ojo, pero Mat no tuvo dificultad en reconocer a Tylee.

Mat bajó el visor. Se frotó la mejilla, se ajustó el sombrero y se apoyó la *ashandarei* en el hombro.

—Dadme cinco minutos sólo, sin nadie más —dijo, tras lo cual taconeó a *Puntos* y lo puso a galope colina abajo esperando que Tuon lo dejara ir solo. Por una vez, le hizo caso, aunque al llegar al pie de la elevación se la pudo imaginar allí arriba, observándolo con esos ojos suyos tan curiosos. Era como si le pareciera interesante todo lo que él hacía.

Mat galopó a lo largo del río hacia la localización de Tylee. Resonaron explosiones, dolorosas al oído, que anunciaban que se había acercado al corazón de la batalla.

Mat condujo a *Puntos* hacia la izquierda con la rodilla y cabalgó hacia la general que paseaba con irritación.

—¡Tylee, necia cegada por la Luz! ¿Por qué estás plantada aquí en lugar de hacer algo útil?

—Alteza —saludó Tylee al tiempo que se arrodillaba—, nos dieron la orden de quedarnos aquí hasta que nos llamaran.

—¿Quién os dijo eso? Y ponte de pie.

—El general Bryne, alteza —contestó mientras se levantaba. Mat notó el enfado en el tono de voz, pero la mujer mantuvo el gesto controlado—. Dijo que sólo éramos una fuerza de reserva y que por ninguna circunstancia teníamos que movernos de aquí hasta que él diera la orden. Dijo que muchas vidas dependían de ello. Pero mirad, podéis verlo por vos mismo —dijo señalando hacia el río—. La batalla no va bien.

Mat había estado demasiado centrado en Tylee para ver el estado de las cosas al otro lado del agua, pero ahora hizo un amplio recorrido con la mirada por el combate.

Mientras que las *damane* aún parecían estar aguantando bien la lucha contra las encauzadoras sharaníes, las tropas regulares estaban claramente en un apuro. Los defensores del flanco izquierdo de Bryne, río abajo, se habían desmoronado por completo, y a los soldados los estaban acosando los sharaníes.

¿Dónde estaba la caballería? Se suponía que era para proteger los flancos. Y, como Mat había predicho, los arqueros sharaníes se habían movido hacia el campo de batalla y estaban lanzando flechas a la caballería de Bryne en el flanco derecho. Todo era como un furúnculo que se estaba apretando y las tropas de Bryne eran el grano a punto de reventar.

—Esto no tiene sentido, puñetas —dijo—. Está llevando esto hacia un desastre. ¿Dónde está el general ahora, Tylee?

—Lo ignoro, alteza, tengo gente que lo está buscando, pero hasta ahora no ha vuelto nadie. Pero tengo informes de que nuestro bando ha sufrido un gran revés justo

al sur de aquí. Dos grandes unidades de caballería del general Bryne han sido borradas del mapa por los sharaníes justo debajo de las colinas en la frontera. Se habla de que las habían enviado allí para relevar a las *marath'damane* que estaban en las colinas.

—Rayos y centellas. —Mat consideró esa información—. Muy bien. Tylee, no podemos seguir esperando aquí más tiempo. Esto es lo que haremos. Que el oficial general Makoti conduzca al segundo escuadrón hacia el centro. Tendrá que rodear a nuestras tropas que combaten allí y hacer retroceder a los sharaníes. Tú ve con el tercer escuadrón y da la vuelta alrededor del flanco derecho; encárgate de esos arqueros y de cualesquiera otros amantes de cabra que se crucen en vuestro camino. Voy a llevar al primer escuadrón hacia el flanco izquierdo para poner un parche a esas defensas. ¡Venga, Tylee, muévete!

—Sí, alteza. Pero no iréis a acercaros tanto a la batalla, ¿verdad?

—Oh, claro que sí. ¡Muévete, Tylee!

—Por favor, ¿puedo hacer una humilde sugerencia, alteza? Estáis sin protección; dejad que al menos os proporcione una armadura como es debido.

Mat lo pensó un momento y después estuvo de acuerdo en que su sugerencia era prudente.

«Un hombre puede acabar herido ahí fuera, con flechas volando y espadas arremetiendo». Tylee llamó a uno de sus oficiales que parecía ser de la misma talla que Mat. Hizo que el hombre se quitara la armadura, que tenía mucho colorido, con láminas imbricadas lacadas en verde, dorado y rojo, y perfiladas con plata. El oficial pareció divertido cuando Mat le tendió su chaqueta a cambio y le dijo que esperaba que se la devolvieran al final del día en las mismas condiciones que se la entregaba. Mat se puso la armadura, que le cubría el pecho, la parte posterior de los brazos, y la parte delantera de los muslos; era bastante cómoda. Cuando el oficial le tendió el yelmo, sin embargo, Mat no hizo caso y se limitó a encajarse mejor el sombrero de ala ancha mientras se volvía hacia Tylee.

—Alteza, una cosa más, las *marath'damane*…

—Yo me encargo personalmente de esas encauzadoras —dijo Mat.

Ella lo miró boquiabierta, como si pensara que estaba loco. Qué puñetas, probablemente lo estaba.

—¡Alteza! —llamó Tylee—. La emperatriz… —Enmudeció al ver la expresión de Mat—. Permitid al menos que mande unas *damane* para protegeros.

—Puedo cuidar de mí mismo, muchas gracias. Esas jodidas mujeres se interpondrían en mi camino, nada más. —Esbozó una sonrisa—. ¿Preparada, Tylee? Me gustaría mucho que esto hubiera acabado antes de que sea la hora de que me sirvan la jarra de cerveza que me tomo cuando voy a irme a la cama.

En respuesta, Tylee dio media vuelta y gritó:

—¡Monten!

¡Luz, vaya pulmones que tenía! Acto seguido, miles de traseros cayeron sobre las sillas de montar produciendo un sonido de palmadas que resonó a través de la legión, y todos los soldados se quedaron sentados, firmes, con la vista al frente. Había que reconocerles una cosa a los seanchan: entrenaban jodidamente bien a los soldados.

Tylee voceó una serie de órdenes y se volvió hacia Mat.

—A vuestras órdenes, alteza —dijo.

—¡*Los caba'drin*! —gritó Mat. Unas palabras que la mayoría de los reunidos no entendía y, sin embargo, de forma instintiva supieron que significaba «¡Adelante, caballería!».

Al tiempo que Mat taconeaba a *Puntos* para entrar en el agua del vado, con la *ashandarei* enarbolada por encima de la cabeza, oyó retumbar el suelo cuando el primer escuadrón cerró filas a su alrededor. Detrás, los estridentes cuernos seanchan lanzaban la llamada a la carga, cada cuerno con un tono ligeramente distinto del siguiente, de modo que se producía un sonido chirriante, discorde, que estaba pensado para que se oyera a grandes distancias. Más adelante, soldados de la Torre Blanca miraron hacia atrás al oír el ruido, y en los segundos que les llevó a Mat y a los seanchan cruzar el vado, los soldados se lanzaron a los lados para dejar paso a los jinetes.

Un corto viraje a la izquierda, y los seanchan se encontraron en cuestión de segundos con el regimiento de la caballería sharaní, que había estado triturando a los soldados de infantería de Egwene. La rapidez con que se aproximaron permitió a la vanguardia seanchan machacar con dureza a los sharaníes; las bien entrenadas monturas se empinaban en las patas traseras justo antes de descargar en el enemigo las patas delanteras. Los sharaníes y sus monturas cayeron. Muchos murieron aplastados cuando la caballería seanchan siguió en su implacable avance.

Los sharaníes parecían saber lo que se traían entre manos, pero ellos eran jinetes de caballería pesada, con pesadas armaduras y equipados con lanzas largas. El equipamiento perfecto para eliminar soldados de infantería con la espalda contra un muro, pero en desventaja contra una rapidísima caballería ligera en un espacio tan justo.

El primer escuadrón seanchan era una unidad especial de choque que utilizaba una amplia variedad de armas, y sus hombres estaban entrenados para trabajar en equipo. Lanzas arrojadas por los jinetes de primera línea con mortífera precisión a las viseras de los sharaníes, y de las que un número sorprendente pasaba a través de las barras y se clavaba en las caras. Empujando detrás iban jinetes que blandían a dos manos espadas con hojas curvas y acertaban a dar con ellas en el hueco vulnerable que separaba los yelmos de la parte alta del peto o, en otras ocasiones, arremetiendo los pechos vulnerables de las monturas sharaníes protegidas con bardas, que al caer

derribaban al suelo a sus jinetes. Otros seanchan usaban lanzas de armas con la hoja ganchuda para desmontar a los sharaníes de la silla mientras sus compañeros arremetían con mazas al enemigo, hundiendo armaduras hasta el punto de dificultar mucho los movimientos. Y cuando los sharaníes estaban en el suelo e intentaban incorporarse con dificultad, los rematadores caían sobre ellos; eran soldados equipados con armas ligeras cuyo trabajo era levantar las viseras de los yelmos de los caídos y clavar una fina daga en los ojos expuestos. Las lanzas de los sharaníes no servían para nada en tales circunstancias; de hecho, eran un estorbo, y muchos sharaníes murieron antes de poder tirar la lanza y desenvainar la espada.

Mat ordenó a uno de sus escuadrones de caballería que cabalgaran a lo largo del borde del agua hasta llegar al extremo izquierdo de la batalla, y que entonces girara alrededor de la caballería shienariana. Ya sin estar agobiada por la lanzas sharaníes, la infantería de la Torre Blanca, antes rodeada por el flanco izquierdo, pudo utilizar de nuevo las picas y las alabardas, y con la suma del esfuerzo del segundo y tercer escuadrón seanchan, las defensas se restablecieron poco a poco en el vado. Era un trabajo sucio y resbaladizo, ya que el suelo en varios cientos de pasos del río quedó machacado y se convirtió en una extensa zona de barro batido. Pero las fuerzas de la Luz aguantaron firmes, sin ceder terreno.

Mat se vio arrastrado a lo más intenso de la lucha, y la *ashandarei* no dejó de dar vueltas en ningún momento. Sin embargo, enseguida descubrió que su arma no era muy útil; unos cuantos movimientos amplios de vaivén hacia uno y otro lado dieron con carne vulnerable, pero casi todas las veces la cuchilla chocaba y rebotaba con la armadura de sus adversarios, y se vio obligado a agacharse y a hacer quiebros en la silla cada dos por tres para evitar que lo alcanzara una espada sharaní.

Mat avanzó poco a poco a través de la liza, y casi había llegado a las líneas de retaguardia de la caballería sharaní cuando se dio cuenta de que tres de sus compañeros ya no iban en las monturas. Algo muy extraño, porque no hacía ni un minuto que estaban en la silla. Otros dos se pusieron tensos y miraron en derredor, alertas. De repente, ambos estallaron en llamas y, chillando de dolor, se tiraron al suelo antes de quedar inmóviles. Mat miró a su derecha justo a tiempo de ver a un seanchan salir lanzado al aire cien pies hacia atrás por una fuerza desconocida.

Cuando se volvió, su mirada se encontró con la de una mujer bellísima. Iba ataviada con un extraño vestido de seda negra, de forma holgada y adornado con cintas blancas. Era una beldad de piel oscura, como Tuon, pero no había nada delicado en los pómulos altos y llamativos ni en la carnosa boca sensual de labios fruncidos haciendo un mohín. Hasta que se curvaron hacia arriba en una sonrisa; una sonrisa que no iba destinada a tranquilizarlo.

Mientras la mujer lo miraba fijamente, el medallón empezó a ponerse progresivamente frío y Mat soltó la respiración contenida.

Hasta ahora la suerte parecía estar con él, pero no quería presionarla demasiado, del mismo modo que uno no forzaría a su mejor caballo de carreras. Todavía iba a necesitar esa abundante suerte suya en días venideros.

Mat desmontó y caminó hacia ella al tiempo que la mujer daba un respingo y lo intentaba con otro tejido, abiertos los ojos de par en par por la sorpresa. Mat dio la vuelta a la *ashandarei* y la hizo girar de forma que la golpeó en las piernas con el astil y le hizo perder el equilibrio. Movió el astil, justo por debajo de la hoja, hacia la derecha y la golpeó en la parte posterior de la cabeza mientras caía.

La encauzadora se desplomó de bruces en el barro. Mat no tuvo tiempo de sacarla porque de repente se encontró frente a docenas de sharaníes. Diez soldados de Mat se colocaron a su alrededor y empujaron hacia adelante. Esos sharaníes sólo tenían espadas. Mat los mantuvo a raya haciendo girar astil y hoja, y tanto los seanchan como él lucharon con ferocidad.

El combate se convirtió en un remolino de armas arremetiendo, mientras su *ashandarei* lanzaba al aire pegotes de barro. Dos de los hombres de Mat levantaron a la mujer caída de bruces antes de que se asfixiara en el lodazal.

Mat siguió presionando hacia adelante.

Los hombres gritaron pidiendo refuerzos.

Paso a paso, aunque dados con cautela, avanzaron inevitablemente.

El suelo se estaba tiñendo de rojo.

Soldados sharaníes reemplazaban a los que morían, y los cadáveres de los caídos se hundían profundamente en el barro. A menudo los soldados eran tipos hoscos, pero todos esos sharaníes parecía que estuvieran personalmente decididos a acabar con él… Hasta que dejaron de llegar. Mat miró a su alrededor; sólo quedaban cuatro seanchan con él.

A despecho del caos del combate, Mat tuvo la sensación de ver las cosas con más claridad que antes. Y la pausa en la lucha le dio ocasión de actuar de nuevo como un comandante.

—Atad las manos a esa mujer a la espalda —dijo entre jadeos a los hombres que había a su alrededor—. Amordazadla y tapadle los ojos con trapos para que no hable ni vea nada. —Se limpió el sudor de la frente. Luz, podría llenar un segundo río de tanto que tenía—. Vamos a abrirnos paso de vuelta al vado con nuestra prisionera. Veré si puedo encontrar unas cuantas más de las jodidas *damane* que entren en batalla. Los sharaníes cometieron un error al dejar a una de sus encauzadoras sola en el campo de batalla. Pero salgamos de aquí antes de que aparezcan otras.

Mat sacudió la mano; se había roto una de las uñas y se había quebrado la delicada laca. Se volvió hacia un oficial seanchan, uno de los que habían combatido junto a él. El hombre tenía una expresión de asombro y arrobo, como si estuviera mirando al jodido Dragón Renacido en persona. Mat bajó la vista al suelo porque no

le gustaba esa expresión del hombre, pero suponía que no era peor que mirar el barro empapado de sangre y cubierto de cadáveres sharaníes. ¿Cuántos había matado él?

—Alteza… —empezó el oficial—. Poderoso Señor, ningún hombre al servicio del imperio osaría cuestionar a la emperatriz, asi viva para siempre. Pero, si un hombre hubiera puesto en duda algunas de sus decisiones, ya no lo haría. ¡Príncipe de los Cuervos!

Alzó la espada dando lugar a que los que tenía detrás lanzaran un vítor.

—Buscaos algunas malditas lanzas de armas —dijo Mat—. Esas espadas están casi inservibles para soldados de infantería en esta batalla. —Se arrancó con los dientes un trozo de la molesta uña rota y la escupió a un lado—. Lo habéis hecho bien, soldados. ¿Alguien ha visto mi caballo?

Puntos se encontraba cerca y, tomando las riendas de su montura, se dirigió de vuelta al vado. Incluso se las arregló para mantenerse apartado de otras peleas casi todo el tiempo. Ese capitán seanchan le recordaba más de lo debido a Talmanes, y Mat ya tenía bastante gente siguiéndolo de aquí para allí.

«Me pregunto si jugará a los dados», pensó, absorto, mientras entraba en el agua; sus botas eran buenas, pero todas acababan por calar, y los pies hicieron un ruido húmedo, casi un chapoteo, dentro de las medias mientras cruzaba el vado con *Puntos*. A lo lejos se produjo una conmoción a su derecha, en la orilla, cuando lo que parecía una reunión de Aes Sedai empezaron a encauzar hacia el campo de batalla. Pero él no tenía intención de meter la nariz en sus asuntos. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

Un poco más adelante, Mat vio a un hombre de pie junto a un árbol, vestido con pantalones amplios y una chaqueta de aspecto familiar. Se acercó a él y, tras una breve conversación, intercambió la ropa con él. Sintiéndose contento de haber recuperado su chaqueta de Dos Ríos, Mat subió a la silla, todavía con las piernas chorreado agua, y cabalgó de vuelta hacia donde había dejado a Tuon. Sus hombres habían llevado a la encauzadora sharaní, maniatada, amordazada y con los ojos vendados según sus órdenes. Luz, ¿qué iba a hacer con ella? Probablemente acabaría como *damane*.

Dejó a sus soldados y pasó entre los guardias —que ahora estaban situados en la base de la pequeña elevación— sin hacer más saludo que un leve cabeceo. El campo de batalla se extendía en su mente como era de verdad, no en pequeños dibujos en papel. Ahora veía el campo, oía a los hombres combatiendo, olía el aliento rancio del enemigo. Ahora era real para él.

—A la emperatriz le gustaría saber, con todo lujo de detalles, exactamente por qué habéis creído conveniente entrar en combate con tanta irresponsabilidad —dijo Selucia cuando él llegó a lo alto de la elevación—. Vuestra vida ya no os pertenece, Príncipe de los Cuervos. No podéis jugárosla como quizás hayáis hecho antes.

—Tenía que saber —dijo Mat mirando hacia abajo—. Tenía que tomarle el pulso a la batalla.

—¿Tomarle el pulso? —repitió Selucia.

Tuon hablaba a través de ella moviendo los dedos como una jodida Doncella Lancera. Mal asunto.

—Cada batalla tiene su propio pulso, Tuon —dijo Mat, todavía con la vista perdida a media distancia—. Nynaeve… A veces tomaba la muñeca de una persona para comprobar el ritmo del corazón, y desde ahí podía saber que algo no iba bien en los pies. Esto es lo mismo. Entra en combate, siente su movimiento. Entiéndelo…

Un sirviente con la cabeza medio afeitada se acercó a Tuon y les susurró algo a ella y a Selucia. Había llegado del vado.

Mat siguió mirando al vacío, recordando mapas, pero sobreponiéndoles el combate real: Bryne sin utilizar a Tylee en combate, exponiendo sus defensas del flanco izquierdo del vado, mandando a su caballería a una trampa.

La batalla se abrió a él y vio las tácticas, diez pasos por delante de lo que estaba ocurriendo. Era como leer el futuro, como lo que Min veía, sólo que con carne, sangre, espadas y tambores de guerra.

Mat emitió un gruñido.

—Gareth Bryne es un Amigo Siniestro —dijo luego.

—¿Que es qué? —farfulló Min.

—Esta batalla está a un paso de perderse —declaró Mat. Se volvió hacia Tuon—. Necesito control absoluto de nuestros ejércitos ahora mismo. Nada de discutir más con Galgan. Min, necesito que vayas a advertir a Egwene que ese Bryne está intentando perder la batalla. Tuon, será preciso que vaya ella en persona. Dudo que Egwene escuchara a cualquier otra persona.

Todos miraron a Mat con una expresión estupefacta; todos excepto Tuon, que le dirigió una de esas miradas suyas que hacían que el alma le temblara. Esas que lo hacían sentirse como si fuera un ratón que acaba de ser sorprendido en una estancia, por lo demás, inmaculadamente limpia. Esas que lo hacían sudar más de lo que había sudado en combate.

«Vamos —pensó—. No queda tiempo». Ahora lo veía, igual que un inmenso juego de guijas. Los movimientos de Bryne eran complejos y sutiles, pero el resultado final sería la destrucción del ejército de Egwene.

Él podía impedirlo. Pero tenía que actuar ya.

—Que así sea —dijo Tuon.

Sus palabras provocaron casi tanta sorpresa como el anuncio de Mat. El capitán general Galgan parecía como si prefiriera tragarse sus botas antes que tenerlo a él al mando. Min se encontró conducida por un grupo de sirvientes y soldados, y emitió una especie de gruñido de irritación.

Tuon acercó su montura al caballo de Mat.

—Me han contado —dijo en voz baja— que hace unos minutos, en la batalla, no sólo has reclamado una *marath'damane* para ti, sino que también has elevado a uno de nuestros oficiales a la Sangre baja.

—¿En serio? —preguntó Mat, pasmado—. No recuerdo haber hecho eso.

—Tiraste una de tus uñas a sus pies.

—Oh. Eso… Vale, puede que lo hiciera. Por casualidad. Y lo de la «encauzadora»… Maldita sea, Tuon. No era mi intención que ella… Supongo. Bueno, que puedes quedarte con ella.

—No, está bien que tengas una para ti —dijo Tuon—. No puedes entrenarla, por supuesto, pero hay muchas *sul'dam* que estarán deseosas de tener esa oportunidad. No es frecuente que un hombre capture personalmente a una *damane* en el campo de batalla. Es muy, muy poco frecuente. Aunque yo estoy enterada de tu particular ventaja, otros la desconocen. Esto aumentará muchísimo tu reputación.

Mat se encogió de hombros. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tal vez, si la *damane* le pertenecía, podría dejarla libre o algo por el estilo.

—Haré que se traslade al oficial al que has ascendido para que sea tu servidor personal —dijo Tuon—. Tiene un buen historial, quizá demasiado bueno. Se lo asignó a ese servicio en el vado porque se lo consideraba… una parte potencial de una facción que habría hecho movimientos contra nosotros. Ahora no deja de dedicarte alabanzas. Ignoro qué hiciste para que cambiara de opinión. Parece que posees una habilidad especial en ese campo.

—Esperemos que tenga también esa habilidad especial para convertir en victoria una derrota —rezongó Mat—. Esto va muy mal, Tuon.

—Nadie más lo cree. —Ella lo dijo con cuidado, en realidad sin discutir con él. Exponiendo un hecho.

—Tengo razón, de todas formas. Ojalá no la tuviera, pero la tengo. La tengo, maldita sea.

—Si no es así, perderé influencia.

—No la perderás —afirmó Mat, que encabezó la marcha de vuelta al campamento seanchan, unas cuantas millas al norte, a paso vivo—. Tal vez te lleve a una mala decisión de vez en cuando; pero, al final, ten la seguridad de que apostar por mí siempre es seguro.

30



El método del depredador

Consternados, Perrin y Gaul hicieron otra ronda por el campamento de Egwene; al menos, lo poco que de él se reflejaba en el Sueño del Lobo. Su ejército se había visto obligado a retroceder hacia el este, lejos, y las tiendas no llevaban puestas tiempo suficiente junto al río para reflejarse con fuerza en el Sueño del Lobo. Los lobos habían visto a Graendal allí, pero Perrin no había conseguido sorprenderla en lo que quiera que estuviese haciendo.

Ya eran tres veces las que Verdugo había intentado atacar en la Perforación, y los lobos le habían advertido a Perrin. Todas esas veces, Verdugo se había retirado antes de que él llegara. Ese hombre los estaba poniendo a prueba. Era el método del depredador, observar al rebaño para encontrar a los débiles.

Al menos su plan con los lobos había funcionado. El tiempo pasaba muy despacio en la Perforación y en consecuencia —necesariamente— se movía con mayor lentitud a medida que se acercaba a Rand. Eso le daba a Perrin una oportunidad de llegar a tiempo hasta él.

—Hemos de poner sobre aviso a los demás sobre Graendal —dijo Perrin, parado en el centro del campamento—. Debe de estar comunicándose con Amigos Siniestros en nuestros campamentos.

—¿Y si fuéramos a la Perforación? Allí conseguiste hablar con Nynaeve Sedai.

—Tal vez —dijo Perrin—. No sé si sería buena idea distraer a Nynaeve otra vez, si tenemos en cuenta lo que está haciendo.

Perrin se dio la vuelta y observó los petates que aparecían y desaparecían en el Sueño del Lobo. Gaul y él habían comprobado si en Merrilor estaba el acceso, pero no vieron ninguno. Si quería volver al mundo de vigilia tendría que acampar allí y esperar durante horas. Eso le parecía una gran pérdida de tiempo.

Ojalá supiera cómo realizar el *cambio* para volver al mundo real por sí mismo. Lanfear había dado a entender que tendría que ser capaz de averiguar cómo hacerlo, pero la única pista que tenía para descubrirlo residía en Verdugo. Perrin intentó recordar el momento en que el hombre había desaparecido con un *cambio*. ¿Había percibido él algo especial? ¿Un indicio de cómo hacía lo que hacía Verdugo?

Meneó la cabeza. Lo había pensado una y otra vez sin llegar a ninguna conclusión. Con un suspiro, lanzó una pregunta a los lobos.

¿Alguna señal de La que busca corazones?, proyectó esperanzado.

Los lobos le hicieron llegar su regocijo. Les había estado preguntando con demasiada frecuencia.

Entonces, ¿habéis visto campamentos de dos patas?, transmitió.

A eso recibió una respuesta vaga. Los lobos prestaban atención a los hombres sólo para evitarlos; en el Sueño del Lobo eso no tenía mucha importancia. Con todo, donde se congregaban hombres a veces las pesadillas campaban por sus respetos, por lo que los lobos habían aprendido a mantenerse a distancia.

A Perrin le habría gustado saber cómo iban las otras batallas. ¿Qué pasaba con el ejército de Elayne, con sus hombres, con lord y lady Bashere? Perrin se llevó a Gaul de allí; corrían con veloces zancadas, más que saltar de inmediato a un sitio. Perrin quería pensar.

Cuanto más tiempo permanecía en persona en el Sueño del Lobo, más tenía la sensación de que debería saber cómo regresar con un *cambio*. Su cuerpo parecía comprender que ese lugar no era natural para él. No había dormido allí a pesar de… ¿Cuánto tiempo había pasado? No tenía ni idea. Casi habían acabado con las raciones, aunque su impresión era que Gaul y él sólo llevaban unas cuantas horas en el Sueño del Lobo. Parte de esa sensación se debía a los frecuentes acercamientos a la Perforación para comprobar el clavo de sueños, pero en general era muy fácil perder la noción del tiempo.

También notaba un molesto cansancio que iba en aumento. No sabía si podría dormir en ese lugar. Su cuerpo quería descanso, pero había olvidado cómo encontrarlo. Le recordaba un poco cuando Moraine les había borrado la fatiga mientras huían de Dos Ríos, todo ese tiempo atrás. Dos años, ahora.

Dos años muy largos.

Lo siguiente que hicieron Perrin y Gaul fue inspeccionar el campamento de Lan. Era incluso más efímero que el de Egwene; utilizar el Sueño del Lobo para vigilancia no tenía sentido. Lan se movía con mucha caballería y los repliegues eran rápidos. Sus hombres y él no permanecían en un lugar el tiempo suficiente para que se reflejara en el Sueño del Lobo salvo de un modo muy, muy efímero. No había ni rastro de Graendal.

—*Aan'allein* —también se bate en retirada— dedujo Gaul mientras examinaba el rocoso terreno donde creían que estaba el campamento de Lan.

No había tiendas allí, sólo alguna aparición fugaz de círculos para dormir, marcados por un poste en el centro, donde los jinetes manearían los caballos. Gaul alzó la cabeza y recorrió el paisaje con la mirada, hacia el oeste.

—Si siguen retrocediendo desde aquí —comentó luego—, acabarán llegando de nuevo a Campo de Merrilor. Quizá sea ésa su meta.

—Quizá —dijo Perrin— Quiero visitar el frente de batalla de Elayne y…

Joven Toro, llamó un lobo. A Perrin le resultó de algún modo familiar la «voz».

Ella está aquí.

¿Aquí?, pro. *¿La que busca corazones*?

Ven.

Perrin agarró a Gaul por el brazo. *Cambio*. Aparecieron lejos, al norte. ¿Graendal estaba en Shayol Ghul? ¿Intentaba irrumpir en la caverna y matar a Rand?

Llegaron al saliente que se asomaba al valle. Gaul y él se tiraron de inmediato al suelo y se asomaron con cautela por el borde para inspeccionar el valle. Un viejo lobo canoso apareció al lado de Perrin. Conocía a ese lobo, estaba seguro; el olor le era familiar, pero no lograba ponerle nombre, y el lobo no había proyectado ninguno.

—¿Dónde? —susurró Perrin—. ¿Está ella dentro de la caverna?

No. Allí.

El lobo canoso proyectó una imagen de tiendas apiñadas en el valle, justo debajo de la entrada de la caverna. No la había vuelto a ver en ese valle desde la primera vez que Perrin la había sorprendido allí.

Las tropas de Ituralde habían permanecido en Thakan'dar el tiempo suficiente para que las tiendas se volvieran más y más estables en el Sueño del Lobo. *Cambio*. Con cuidado, Perrin se trasladó abajo. Gaul y el lobo se reunieron con él mientras Perrin avanzaba a hurtadillas dejándose conducir por la proyección del lobo.

Allí, proyectó el lobo señalando con el hocico una tienda grande que había en el centro. Perrin ya había visto a Graendal antes en esa tienda, la de Rodel Ituralde.

Perrin se quedó inmóvil cuando el faldón de la entrada se movió con un quedo susurro. Graendal salió. Su aspecto era como la vez anterior, con un gesto pétreo en el feo semblante.

Perrin creó un muro fino y pintado para que lo ocultara, pero no tendría que haberse molestado, pues Graendal creó de inmediato un acceso y salió al mundo de vigilia. Allí era de noche aunque, estando cerca de la Perforación, el tiempo transcurría a un ritmo tan extraño que podría no significar gran cosa para el resto del mundo.

Perrin veía la misma tienda, al otro lado del acceso, en la oscuridad, con dos guardias domani apostados delante. Graendal movió una mano y los dos se pusieron más firmes y la saludaron.

El acceso empezó a cerrarse a la par que Graendal se metía en la tienda. Perrin vaciló. *Cambio*. Se trasladó justo delante del acceso. Tenía un instante para tomar una decisión. ¿La seguía?

No. Debía mantenerse alerta a la aparición de Verdugo. Sin embargo, al estar tan cerca, notó algo… una conciencia. Pasar a través de ese acceso sería como…

Como despertar.

El acceso se cerró. Perrin sintió una punzada de pesar, pero sabía que su obligación era permanecer en el Sueño del Lobo. Podía decirse que allí Rand estaba

indefenso contra Verdugo; necesitaría su ayuda.

—Tengo que mandar aviso —dijo Perrin.

Supongo que yo podría llevar ese mensaje de tu parte, Joven Lobo, proyectó el lobo sin nombre.

Perrin se quedó paralizado y luego giró sobre sí mismo con rapidez.

—¡Elyas! —señaló.

Aquí soy Diente Largo, Joven Lobo, proyectó Elyas con regocijo.

—Creí oírte decir que no venías aquí.

Dije que evitaba venir. Este lugar es extraño y peligroso. Ya tengo cosas extrañas y peligros de sobra en el otro mundo, pero alguien tenía que vigilarte, estúpido cachorro. El lobo se sentó en las patas traseras.

Perrin sonrió. Los pensamientos de Elyas eran una extraña mezcla de lobo y humano. Su modo de proyectar era muy lobuno, pero el modo en que pensaba en sí mismo era demasiado personal, demasiado humano.

—¿Cómo va la lucha? —preguntó con ansiedad Perrin.

Gaul se situó cerca para vigilar, alerta, por si aparecían Graendal o Verdugo. El campo de batalla ante ellos —el área del valle— estaba tranquilo por una vez. Los vientos habían encalmado, el polvo del arenoso piso se agitaba en pequeños remolinos y ondas. Como agua.

No sé nada de los otros campos de batalla, proyectó Elyas. *Y nosotros, los lobos, nos mantenemos apartados de los dos patas. Luchamos aquí y allí, en la periferia de la batalla. Sobre todo, hemos atacado a los Degenerados y a los Nonacidos al otro lado del cañón, donde no hay dos patas excepto esos extraños Aiel*.

Es una lucha durísima. Exterminador de la Sombra debe hacer deprisa su trabajo. Hemos aguantado cinco días, pero es posible que no duremos mucho más.

Cinco días allí, en el norte. Tenía que haber pasado mucho más tiempo en el resto del mundo desde que Rand había entrado para enfrentarse con el Oscuro. El propio Rand estaba tan cerca de la Perforación que era probable que para él hubiesen pasado sólo horas, tal vez minutos. Perrin notaba cómo cambiaba el discurrir del tiempo cuando él se aproximaba a donde Rand combatía.

—Ituralde —dijo Perrin, al tiempo que se rascaba la barba—. Es uno de los grandes capitanes.

Sí. Algunos lo llaman «Pequeño Lobo», proyectó Elyas con un efluvio divertido.

—Bashere está con el ejército de Elayne —continuó Perrin—. Y Gareth Bryne está con Egwene. Agelmar se encuentra con los fronterizos y Lan.

No lo sé.

—Yo sí. Cuatro frentes de batalla. Cuatro grandes capitanes. Eso es lo que está haciendo esa mujer.

—¿Graendal? —preguntó Gaul.

—Sí —afirmó Perrin con creciente ira—. Les está haciendo algo, les cambia la mente, los pervierte. Le oí decir algo… Sí. Eso es, estoy seguro. En lugar de que sus propios ejércitos combatan contra los nuestros, planea hundir a los grandes capitanes. Elyas, ¿sabes cómo puede un hombre entrar y salir en persona del Sueño del Lobo?

Aun en el caso de que lo supiera, que no lo sé, no te enseñaría. ¿*Nadie te ha dicho que es algo terrible, peligroso, lo que haces*?, dijo Elyas con un gruñido.

—Muchos. ¡Luz! Tengo que poner sobre aviso a Bashere. Tengo…

—¡Perrin Aybara! —llamó Gaul, que señaló—. ¡Él está aquí!

Perrin giró sobre sus talones para ver un manchón oscuro desplazarse como el rayo hacia la entrada de la Fosa de la Perdición. Unos lobos gimieron y murieron. Otros aullaron e iniciaron la caza. Esta vez, Verdugo no retrocedió.

El método del depredador. Dos o tres arremetidas rápidas para determinar los puntos débiles y después un ataque total.

—¡Despierta! —llamó Perrin a Elyas mientras remontaba la cuesta—. ¡Advierte a Elayne, a cualquiera que puedas! Y, si no puedes, detén a Ituralde de algún modo. Los grandes capitanes están corrompidos. ¡Una de las Renegadas les controla la mente y no hay que fiarse de sus tácticas!

Lo haré, Joven Lobo, proyectó Elyas, y desapareció.

—¡Ve con Rand, Gaul! —bramó Perrin—. ¡Protege el camino que lleva hasta él! ¡No dejes que ninguno de esos velos rojos pase!

Perrin hizo aparecer el martillo en sus manos y, sin esperar respuesta —*cambio* —, se lanzó a enfrentarse con Verdugo.

Rand luchaba con Moridin, espada contra espada, delante de la negrura que era la esencia del Oscuro. De algún modo, la fría extensión era algo infinito y vacuo a la vez.

Rand estaba tan henchido de Poder Único que casi reventaba. Necesitaría esa fuerza en la lucha ulterior. De momento resistía en el combate de espada contra espada con Moridin. Manejaba *Callandor* como un arma física, luchaba como si lo hiciera con una espada hecha de luz parando y desviando las arremetidas de Moridin.

Cada paso que daba dejaba una huella de sangre en el suelo. Nynaeve y Moraine se aferraban a las estalagmitas como si algo las zarandeara, un viento que Rand no sentía. Nynaeve cerró los ojos. Moraine miraba fijamente al frente, como si estuviera decidida a no apartar la vista, costara lo que costara.

Rand desvió el último golpe de Moridin y las armas soltaron chispas. Durante la Era de Leyenda, él siempre había sido el mejor espadachín de los dos.

Ahora había perdido una mano, pero gracias a Tam eso ya no importaba, como anteriormente lo había hecho. Y también estaba herido. Ese sitio… Ese sitio cambiaba las cosas. Las rocas del suelo parecían moverse, y a menudo lo hacían

tropezar. El aire olía a cerrado y era seco, y a continuación era húmedo y con olor a moho. El tiempo se deslizaba alrededor de ellos como una corriente. Rand tenía la impresión de que podía verlo. Allí, cada golpe se alargaba instantes, mientras que fuera pasaban las horas.

Alcanzó a Moridin en el brazo y la sangre salpicó la pared.

—Mi sangre y la tuya —dijo Rand—. A ti te debo esta herida del costado, Elan. Creías ser el Oscuro, ¿no es verdad? ¿Te ha castigado por eso?

—Sí —gruñó Moridin—. Me hizo volver a la vida.

Moridin se lanzó arremetiendo con un violento golpe a dos manos. Rand retrocedió y detuvo el impacto con *Callandor*, pero había calculado mal la inclinación del suelo. O había sido eso, o la pendiente había cambiado para él. Rand dio un traspié y el impacto lo obligó a hincar una rodilla en tierra.

Espada contra espada. La pierna de Rand resbaló hacia atrás y rozó la negrura que tenía a su espalda y que esperaba como un estanque de tinta.

Todo se volvió negro.

En la cumbre de la loma, justo al norte de Cairhien, el lejano canto Ogier le resultaba muy reconfortante a Elayne, que estaba hundida en la silla de montar.

Las mujeres que había a su alrededor no se encontraban en mejores condiciones físicas que ella. Había reunido a todas las Allegadas que podían mantener asido el *Saidar* —por débiles o cansadas que estuvieran— y había formado dos círculos con ellas. Tenía doce en su círculo, pero la fuerza colectiva en el Poder en ese momento era poco más que la de una única Aes Sedai.

Elayne había dejado de encauzar con intención de dar un respiro a las mujeres para que se recuperaran. La mayoría se dobló sobre las sillas o se sentó en el suelo. Al frente se extendía una línea de combate irregular. Hombres que luchaban con desesperación delante de las lomas cairhieninas tratando de resistir contra la marea de trollocs.

Su victoria sobre el ejército trolloc del norte había sido efímera, pues ahora estaban dispersos, exhaustos y en serio peligro de acabar rodeados por el que había llegado del sur.

—Casi lo conseguimos —dijo Arganda a su lado al tiempo que meneaba la cabeza—. Casi lo logramos.

En el yelmo llevaba una pluma que había pertenecido a Gallenne. Elayne no había estado allí cuando el comandante mayeniense había caído.

Ésa era la parte frustrante: habían estado muy, muy cerca. A pesar de la traición de Bashere, a pesar de la llegada inesperada de la fuerza del sur, casi lo habían logrado. Si hubiera tenido más tiempo para situar a sus hombres, si ellos hubieran podido tomarse un pequeño respiro entre derrotar al ejército septentrional y luego dar

media vuelta para enfrentarse al meridional…

Pero no era ése el caso. Cerca, los orgullosos Ogier luchaban para proteger los dragones, pero también los iban desbordando poco a poco. Las antiguas criaturas habían empezado a desplomarse, derribados por los trollocs como árboles talados. Uno tras otro, sus cantos se cortaban.

Arganda se sujetaba el costado con la mano; tenía el semblante demacrado y apenas era capaz de hablar. A Elayne no le quedaban fuerzas para Curarlo.

—Esa Guardiana vuestra es una fiera en el campo de batalla, majestad. Sus flechas vuelan como la propia luz. Juraría que… —Arganda sacudió la cabeza—. Puede que nunca volviera a empuñar una espada, incluso si lo Curaban.

Habría que haberlo enviado con los otros heridos… a algún sitio. En realidad no había adónde llevarlo; las encauzadoras se hallaban demasiado agotadas para hacer accesos.

Los suyos se estaban desmoronando. Los Aiel combatían en grupos, los Capas Blancas se encontraban casi rodeados, y la situación de la Guardia del Lobo no era mucho mejor. La caballería pesada de la Legión del Dragón todavía luchaba, pero la traición de Bashere los había destrozado.

De vez en cuando, un dragón disparaba. Aludra había vuelto a subirlos a la cima de la loma más alta, pero les faltaba munición y las encauzadoras no tenían fuerza para abrir accesos a Baerlon para hacer acopio de más huevos de dragón. Aludra había disparado esquirlas metálicas de los trozos de armaduras hasta que la pólvora empezó a escasear. Ahora les quedaba sólo suficiente para alguno que otro disparo esporádico.

Los trollocs arremeterían contra sus líneas en cualquier momento como leones voraces y harían pedazos a su ejército. Elayne observaba desde la cima de una loma, protegida por diez mujeres de su guardia real. El resto había ido a combatir. Los trollocs abrieron brecha a través de los Aiel al este de su posición, cerca de la de los dragoneros. Las bestias cargaron loma arriba y mataron a los pocos Ogier defensores que había en ese lado, lanzando rugidos de victoria mientras los dragoneros desenvainaban sus sables y se disponían a defenderse con gesto sombrío.

Elayne no estaba dispuesta a dejar que le arrebataran los cañones. Hizo acopio de fuerza a través del círculo; a su alrededor las mujeres gimieron. Consiguió absorber sólo un hilillo de Poder, mucho menos de lo que esperaba, y dirigió Fuego a los trollocs que iban en cabeza.

Su ataque trazó un arco en el aire hacia los Engendros de la Sombra. Se sentía como si intentara detener una tormenta escupiendo al viento. Esa única bola de fuego alcanzó su meta.

La tierra explotó debajo, desgarrando la ladera y lanzando al aire docenas de trollocs.

Elayne dio un respingo, lo que causó que *Sombra de Luna* rebullera bajo ella. Arganda masculló una maldición.

Alguien cabalgó hacia ella en un gran caballo negro, como si hubiera surgido del humo. El hombre era alto y fornido y el oscuro cabello ondulado le caía hasta los hombros. Logain parecía estar más delgado de lo que ella recordaba de la última vez que lo había visto; tenía las mejillas hundidas, pero su rostro seguía siendo atractivo.

—Logain —dijo, sorprendida.

El Asha'man hizo un gesto brusco. Sonaron explosiones por todo el campo de batalla. Elayne se volvió para ver a más de un centenar de hombres de chaqueta negra que marchaban a través de un enorme acceso en lo alto de la loma donde se encontraba ella.

—Que esos Ogier retrocedan —dijo Logain. Su voz quebrada sonaba bronca. Esos ojos suyos ahora parecían más oscuros de lo que habían sido antaño—. Defenderemos esta posición.

Elayne parpadeó y después hizo un gesto de asentimiento a Arganda para que transmitiera la orden.

«Logain no debería darme órdenes a mí», pensó distraídamente. De momento, lo dejó estar.

Logain hizo dar la vuelta a su caballo y cabalgó al borde de la cumbre para observar al ejército. Sintiéndose entumecida, Elayne lo siguió. Los trollocs caían mientras los Asha'man organizaban ataques extraños, accesos que parecían trabados al suelo de algún modo. Salían en tromba y mataban Engendros de la Sombra.

—No estáis en buenas condiciones físicas —gruñó Logain.

Ella se obligó a hacer trabajar la mente. Los Asha'man estaban allí.

—¿Os ha enviado Rand?

—Nos hemos enviado nosotros solos —repuso Logain—. La Sombra ha estado planeando esta trampa desde hace mucho tiempo, según las notas que encontré en el estudio de Taim. Acabo de descifrarlas ahora mismo. —La miró—. Vinimos a vos primero. La Torre Negra está con el León de Andor.

—Tenemos que sacar a mi gente de ahí —dijo Elayne, obligando a su cerebro a pensar a través de la nube de fatiga. Su ejército necesitaba una reina—. ¡Por los pechos de una madre lactante! Esto va a pasarnos factura. —Probablemente perdería a la mitad de sus efectivos en la retirada. Mejor la mitad que todos ellos—. Empezaré a traer de vuelta a mis hombres en filas. ¿Podéis hacer suficientes accesos que nos conduzcan a un lugar seguro?

—Eso no será un problema —contestó Logain, absorto, con la mirada prendida en la zona baja de la ladera. Su rostro impasible habría impresionado a cualquier Guardián—. Pero será una matanza. No hay espacio para una buena retirada, y vuestras líneas se irán debilitando más y más a medida que las hagáis retroceder. Las

últimas filas acabarán arrolladas y perecerán.

—No veo que haya otra opción —espetó Elayne, exhausta.

¡Luz! Había llegado en su ayuda y ahí estaba ella, hablándole con brusquedad. «Basta ya». Se serenó y se sentó más erguida antes de añadir:

—Me refiero a que vuestra llegada, aunque os estoy muy agradecida por venir, no puede cambiar una batalla que está perdida hace tiempo. Cien Asha'man no conseguirán detener a cien mil trollocs por sí solos. Si pudiéramos situar mejor a nuestras líneas de combate y tener aunque sólo fuera un corto descanso para mis hombres… Pero no. Eso es imposible. Hemos de replegarnos… A menos que vos seáis capaz de hacer un milagro, lord Logain.

El hombre sonrió, tal vez porque ella se había dirigido a él con el título de «lord».

—¡Androl! —voceó Logain.

Un Asha'man de mediana edad se acercó presuroso, seguido por una Aes Sedai rellenita.

«¿Pevara?», pensó Elayne, demasiado agotada para encontrarle sentido. ¿Una Roja?

—Milord… —dijo el hombre llamado Androl.

—Necesito retrasar a ese ejército de trollocs el tiempo suficiente para que el ejército se reagrupe y se alinee, Androl. ¿Qué nos costará un milagro?

—Bueno, milord, eso depende —repuso Androl mientras se frotaba el mentón—. ¿Cuántas de esas mujeres que están sentadas ahí atrás pueden encauzar?

Fue como algo salido de la Era de Leyenda.

Elayne había oído contar los grandiosos logros realizados por grandes círculos de hombres y mujeres. A todas las mujeres de la Torre Blanca les daban clase sobre esas hazañas del pasado, historias de otros tiempos, de tiempos mejores. Tiempos en los que una mitad del Poder Único no había sido algo que temer y en los que las dos mitades de un todo habían trabajado juntas para crear maravillas increíbles.

No estaba segura de que esos días de leyenda hubieran vuelto realmente. Desde luego, las Aes Sedai de aquella era no habían estado tan agobiadas, tan desesperadas. Pero lo que hicieron ahora dejó a Elayne impresionada.

Se unió al círculo, con lo que quedó compuesto por un total de catorce mujeres y doce hombres. A ella apenas le quedaba fuerza que dar, pero su hilillo se sumó a un caudal cada vez mayor. Y, lo que era más importante, en un círculo debía haber al menos una mujer más que los hombres que lo formaban, y, ahora que ella se había unido a él, Logain podía entrar el último de todos y añadir su considerable fuerza al flujo.

A la cabeza del círculo estaba Androl, una elección extraña. Al estar dentro del círculo, Elayne percibía su relativa fuerza. Era extremadamente débil, más que

muchas mujeres a las que se rechazaba en la Torre y se les negaba el chal por su falta de talento innato.

Elayne y los demás se habían trasladado al otro extremo de la batalla. Los restantes Asha'man contenían la horda trolloc atacante mientras Androl se preparaba. Lo que quiera que hiciera, tendría que ser rápido. A Elayne todavía le costaba creer que pudiera hacerse algo. Incluso con todo ese poder, incluso con los trece hombres y las catorce mujeres trabajando juntos.

—Luz —susurró Androl, situado entre el caballo de Elayne y el de Logain—. ¿Es esto lo que se siente siendo uno de vosotros? ¿Cómo podéis manejar tanto Poder Único? ¿Cómo evitáis que os abrase, que os consuma?

Pevara apoyó la mano en su hombro en un gesto que era inequívocamente tierno. Elayne casi era incapaz de enlazar dos pensamientos en medio de su fatiga, pero aun así se quedó estupefacta. Nunca habría esperado ver en una Roja afecto por un hombre capaz de encauzar.

—Haced que los soldados retrocedan —dijo Androl en voz baja.

Elayne dio la orden, preocupada. El hombre que tenía al lado jamás había manejado este tipo de poder. Era algo que podía subírsele a alguien a la cabeza; ella había visto pasar eso. Quisiera la Luz que ese hombre supiera lo que hacía.

Los soldados y otros retrocedieron y pasaron junto al grupo de Elayne. Varios Ogier cansados hicieron una inclinación de cabeza a Elayne al pasar a su lado con los hombros encorvados, los brazos surcados de cortes. Los trollocs se lanzaron hacia adelante, pero los Asha'man que no estaban en el círculo rompieron el avance con tejidos del Poder Único.

No era suficiente. Aunque los Asha'man luchaban bien, los trollocs eran muchísimos. No podían contener esa marea. ¿Qué creía Logain que se podía hacer?

Androl sonrió abiertamente y sostuvo las manos delante de él, como si empujara contra una pared. Cerró los ojos.

—Hace tres mil años, el lord Dragón creó el Monte del Dragón para esconder su vergüenza. Su cólera todavía arde en él, abrasadora. Hoy… la traeré ante vos, majestad.

Un haz de luz que fácilmente tendría cien pies de alto hendió el aire. *Sombra de Luna* reculó, asustada, y Elayne frunció el entrecejo. ¿Por qué una columna de luz? ¿De qué iba a servir una…? El haz de luz empezó a retorcerse en el aire, rotando sobre sí mismo. Sólo entonces Elayne lo identificó como el inicio de un acceso. Un acceso gigantesco, lo bastante grande para tragarse edificios. ¡Podría haber trasladado toda un ala del palacio de Caemlyn a través de esa cosa!

El aire rieló delante de ellos, como ocurría siempre cuando se veía un acceso por detrás. Pero no veía adónde conducía. ¿Había un ejército esperando al otro lado?

Sí vio las expresiones en las babeantes caras trollocs cuando miraron la abertura.

Absoluto terror. Echaron a correr y de repente Elayne sintió un calor intenso, casi asfixiante.

Algo irrumpió por el acceso como una explosión, como si lo empujara una fuerza increíble. Una columna de lava abrasadora, llameante, de cien pies de diámetro. La columna se rompió cuando la lava se desplomó en una rociada sobre el campo de batalla para después fluir a borbotones formando un río. Los Asha'man que se hallaban fuera del círculo utilizaron tejidos de Aire para impedir que el río de lava retrocediera hacia el círculo y lo condujeron en la dirección correcta.

La corriente de fuego pasó por encima de las primeras filas de trollocs y consumió a las bestias, destruyendo centenares en un abrir y cerrar de ojos. La lava estaba a presión al otro lado del acceso; era la única forma en que Elayne podía explicar la fuerza con la que manaba del gigantesco acceso, reduciendo trollocs a cenizas, arrasando una ancha franja a través de su ejército.

Androl mantuvo abierto el acceso largos minutos mientras el ejército de la Sombra retrocedía. Los Asha'man situados a los lados utilizaban golpes de viento para empujar a los Engendros de la Sombra de vuelta al río incesante y progresivamente ancho. Para cuando Androl acabó, había creado una barrera ígnea de muerte entre el ejército de Elayne y el grueso del ejército trolloc, que ahora tenía las murallas septentrionales de Cairhien a sus espaldas.

Androl respiró hondo, cerró el acceso y después giró sobre sí mismo y creó otros dos en rápida sucesión, uno apuntando al sureste y el otro al suroeste.

La segunda y la tercera columnas de lava salieron a borbotones, en esta ocasión más pequeñas, ya que era obvio que Androl estaba debilitado. Aquéllas corrieron con fuerza sobre la tierra al este y al oeste de Cairhien quemando hierbajos marchitos y arrojando humo al aire. Parte del ejército trolloc había retrocedido, pero muchos de ellos habían perecido, encajonados entre la ciudad amurallada a un lado y la lava por los demás. Pasaría tiempo antes de que los Fados pudieran organizar a los supervivientes para reanudar los ataques a las fuerzas de Elayne.

Androl dejó que los accesos se cerraran. Se encorvó a punto de desplomarse, pero Pevara lo sujetó.

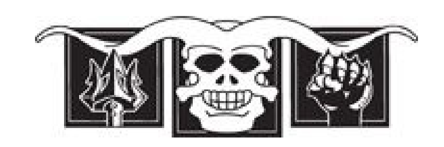
—Un milagro, milord —dijo en voz queda Androl, como si incluso le costara esfuerzo hablar—. Servido como se pidió. Eso los tendrá entretenidos unas cuantas horas. ¿Es tiempo suficiente?

—Lo es —dio Elayne—. Podremos reagruparnos, traer munición para los dragones y reunir a tantas Aes Sedai de Mayene como podamos para Curar a nuestros hombres y librarlos de la fatiga. Después podemos comprobar quién tiene fuerza suficiente para continuar y reponer nuestras filas con vistas a una batalla mucho más efectiva.

—¿Os proponéis seguir luchando? —preguntó Androl, sorprendido.

—Sí. Apenas me tengo en pie, pero sí. No podemos permitirnos dejar a esa horda de trollocs aquí, intacta. Vos y vuestros hombres nos habéis dado una ventaja con este margen de tiempo, Logain. Haremos buen uso de ello y de todo lo que tenemos para destruirlos.

31



Una tromba de agua

Egwene contempló a través del río la batalla que proseguía con furia entre sus fuerzas y el ejército sharaní. Había regresado al campamento en la orilla arafelina del vado. Ansiaba volver a unirse al combate contra la Sombra, pero también necesitaba hablar con Bryne sobre lo que había ocurrido en las colinas. Había ido a la tienda de mando, pero la había encontrado vacía.

El campamento siguió llenándose de Aes Sedai y de arqueros y piqueros supervivientes que llegaban de las colinas del sur a través de accesos. Las Aes Sedai se estaban arremolinando y hablaban entre ellas con cierto aire de urgencia. Todas parecían agotadas, pero era evidente, por las frecuentes ojeadas hacia la batalla que se libraba al otro lado del río, que ansiaban tanto como ella volver a unirse a los que combatían contra la Sombra.

Egwene llamó al mensajero apostado delante de la tienda de mando.

—Comunica a las hermanas que disponen de menos de una hora para descansar. Esos trollocs contra los que luchábamos regresarán pronto a la batalla en el río, ahora que hemos abandonado las colinas.

Movería a las Aes Sedai río abajo, a esta orilla, y después atacarían a los trollocs por encima del agua mientras se desplazaran a través de los campos para lanzarse sobre sus soldados.

—Diles a los arqueros que también vendrán con nosotras —añadió—. Y que saquen provecho a las flechas que les quedan hasta que podamos conseguirles otro aprovisionamiento.

El mensajero salió a la carrera y Egwene se volvió hacia Leilwin, que se hallaba cerca junto a su esposo, Bayle Domon.

—Leilwin, esas tropas de caballería al otro lado del río parecían seanchan. ¿Sabes algo sobre eso?

—Sí, madre, eran seanchan. Ese hombre que está allí… —señaló a un tipo con las sienes afeitadas que se encontraba junto a un árbol en la pendiente de la ribera del río, vestido con un pantalón voluminoso y, cosa incongruente, con una astrosa chaqueta marrón que por el aspecto parecía hecha en Dos Ríos— me dijo que una legión al mando de la teniente general Khirgan había venido del campamento seanchan y que el general Bryne los había llamado.

—También dijo que iban acompañados por el Príncipe de los Cuervos —intervino

Domon.

—¿Mat?

—Algo más que acompañarlos hizo, sí —añadió Domon—. Él dirigía uno de los escuadrones, el que dio un buen repaso a los sharaníes que atacaban nuestro flanco izquierdo. Llegó allí justo a tiempo, porque nuestros piqueros las estaban pasando moradas antes de que él apareciera con la caballería.

—Egwene —dijo Gawyn mientras señalaba.

Hacia el sur, unos cuantos centenares de pasos más abajo del vado, un reducido número de soldados salía del río con esfuerzo. Se habían quitado todo salvo la ropa interior y llevaban las espadas colgadas a la espalda. Se hallaban demasiado lejos para estar segura, pero uno de sus líderes le resultaba conocido a Egwene.

—¿Ése es Ino?

Egwene frunció el entrecejo y pidió su caballo con un gesto de la mano. Seguida por Gawyn y sus guardias, montó y galopó a lo largo del río hasta donde los hombres yacían junto a la orilla, jadeantes. La voz de uno de los hombres, maldiciendo, resonaba en el aire.

—¡Ino!

—¡Ya iba siendo hora de que viniera alguien, puñetas! —Ino se puso firme y la saludó con respeto—. ¡Madre, estábamos es un jodido aprieto ahí!

—Lo vi. —Egwene rechinó los dientes—. Estaba en las colinas cuando os atacaron. Hicimos cuanto pudimos, pero eran demasiados. ¿Cómo escapasteis?

—¿Que cómo puñetas salimos, madre? ¡Cuando los hombres empezaron a caer a nuestro alrededor y nos figuramos que estábamos en las últimas, salimos a todo galope de allí como si un puñetero relámpago nos hubiera caído de lleno en el maldito culo! ¡Llegamos al puto río zumbando, nos quedamos en cueros, saltamos al agua y nadamos como si nos fuera la maldita vida en ello, porque nos iba, madre, con el debido respeto!

Mientras Ino hablaba y blasfemaba, el mechón de la coronilla se le sacudía de lado a lado, y Egwene habría jurado que el ojo pintado en el parche adquiría un color rojo más intenso.

Ino hizo una profunda inhalación y prosiguió, algo más apaciguado.

—No lo entiendo, madre. Algún mensajero cabeza de cabra nos dijo que las Aes Sedai de las colinas se encontraban en apuros y que teníamos que ir por la jodida retaguardia de los trollocs y atacarlos. Yo dije que quién iba a cubrir el flanco izquierdo del río y, ya de paso, nuestros jodidos flancos cuando atacáramos a los trollocs, y él contestó que el general Bryne ya se había encargado de eso, que la caballería de reserva ocuparía nuestra posición en el río y los illianos cubrirían nuestros putos flancos. Y menuda protección eran, anda que… ¡Un condenado escuadrón, como si una puñetera mosca intentara repeler a un maldito halcón! Oh, y

nos estaban esperando, como si supieran que íbamos. No, madre, esto no puede ser culpa de Gareth Bryne, nos la ha jugado algún traidor revienta cabras y chupa leche ¡Con el debido respeto, madre!

—No puedo creerlo, Ino. Acaban de decirme que el general Bryne hizo venir a una legión de caballería seanchan. Puede que simplemente llegara tarde. Lo aclararemos todo cuando encontremos al general. Entretanto, lleva a tus hombres al campamento para que podáis descansar como es debido. La Luz sabe que os lo habéis ganado.

Ino asintió con la cabeza, y Egwene cabalgó de vuelta al campamento.

Usando el *sa'angreal* de Vora, Egwene tejió Aire y Agua, entrelazándolos. Un embudo de agua se alzó en el aire, sacado del río. Egwene lanzó el tornado de agua a los trollocs que empezaban a atacar el flanco izquierdo de su ejército en la orilla kandoresa del río. Su tromba de agua pasó a través de ellos. No era lo bastante fuerte para levantar a ninguno en el aire —Egwene carecía de la energía necesaria para conseguir tal cosa—, pero los arrastró hacia atrás, con las manos en la cara.

Detrás de ella y de las otras Aes Sedai situadas en la orilla arafelina del río, los arqueros disparaban andanadas de flechas al cielo. Ésas no oscurecían el cielo como le habría gustado a ella —no eran tantas—, pero derribaban más de un centenar de trollocs con cada tanda.

A un lado, Pylar y otras dos Marrones —todas ellas partidarias del uso de los tejidos de Tierra— hicieron que el suelo saltara en pedazos debajo de los trollocs lanzados a la carga. Desplegadas cerca de ella, Myrelle y un numeroso contingente de Verdes tejían bolas de fuego que lanzaban por encima del agua a los apretujados grupos de trollocs, muchos de los cuales siguieron corriendo un trecho considerable antes de desplomarse envueltos en llamas.

Los trollocs aullaban y rugían, pero continuaban su incesante avance contra los defensores en la orilla del río. En cierto momento, varias filas de caballería seanchan salieron de las líneas defensivas y atacaron de frente la violenta arremetida trolloc. Ocurrió tan deprisa que a muchos de los trollocs les fue imposible levantar siquiera las lanzas antes de que se produjera el contacto; grandes ringleras del enemigo de las primeras líneas cayeron. Los seanchan viraron hacia un lado y regresaron a su posición en el río.

Egwene siguió encauzando, obligándose a trabajar a pesar del agotamiento. Pero los trollocs no renunciaban; estaban furiosos y atacaban a los humanos con frenesí. Egwene oía los gritos claramente por encima del ruido del viento y el agua.

Así que los trollocs se habían enfurecido, ¿verdad? Bien, pues no sabrían lo que era cólera hasta que hubieran sentido la de la Sede Amyrlin. Egwene absorbió más y más Poder hasta llegar casi al límite de su habilidad. Dio calor a la tromba, de modo

que el agua hirviente quemó ojos, manos, corazones de trollocs. Se sorprendió chillando también, con el *sa’angreal* de Vora alzado ante sí como una lanza.

Transcurrió lo que a ella le parecieron horas. Finalmente, exhausta, permitió que Gawyn la convenciera para que se retirara un tiempo. Gawyn fue a buscar su caballo y, cuando regresó, Egwene miró al otro lado del río.

No cabía duda: el flanco izquierdo de su ejército había tenido que retroceder otros treinta pasos. Incluso con la ayuda de las Aes Sedai, estaban perdiendo la batalla.

Ya era muy tarde para buscar a Gareth Bryne.

Cuando Egwene y Gawyn regresaron al campamento, desmontó y le pasó las riendas del caballo a Leilwin encargándole que lo utilizara para ayudar a transportar a los heridos. Eran muchísimos a los que habían cargado a través del vado a terreno seguro, soldados ensangrentados que iban desplomados en los brazos de amigos.

Por desgracia, no tenía fuerza para Curar, cuanto menos para abrir un acceso por el que enviar a los heridos a Tar Valon o a Mayene. La mayoría de las Aes Sedai que no estaban ocupadas en la ribera del río tampoco parecían encontrarse en mejor estado.

—Egwene —susurró Gawyn—. Una amazona. Seanchan. Parece una noble.

«¿Alguien de la Sangre?», pensó Egwene, que se puso de pie y miró hacia donde apuntaba Gawyn. Al menos a él le quedaba bastante fuerza para seguir estando alerta. No alcanzaba a entender por qué cualquier mujer andaría por ahí, voluntariamente, sin un Guardián que la respaldara.

La mujer que se aproximaba llevaba delicadas sedas seanchan, y a Egwene se le revolvió el estómago al verla. Esas ricas galas eran posibles gracias a la existencia de encauzadoras esclavizadas, obligadas a la obediencia al Trono de Cristal. La mujer era de la Sangre, desde luego, ya que un contingente de Guardias de la Muerte la acompañaba.

«Tienes que ser muy importante para que…»

—¡Luz! —exclamó Gawyn—. ¿Ésa es Min?

Egwene se quedó boquiabierta. Lo era.

Min se acercó a caballo, ceñuda.

—Madre —saludó a Egwene al tiempo que inclinaba la cabeza en medio de sus guardias de oscura armadura y rostros pétreos.

—Min… ¿Te encuentras bien? —preguntó Egwene.

«Cuidado, no reveles demasiada información». ¿Era Min una cautiva? No podía haberse unido a los seanchan, ¿verdad?

—Oh, sí, estupendamente —repuso Min con acritud—. Me han mimado, me han metido en estos ropajes y me han ofrecido todo tipo de alimentos delicados… en cierto modo. Podría añadir que, entre los seanchan, delicado no significa necesariamente sabroso. Y tendríais que ver las cosas que beben, Egwene.

—Las he visto —dijo Egwene, que no pudo evitar que la voz le sonara fría.

—Oh. Sí. Supongo que sí. Madre, tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Bueno, depende de hasta dónde llegue vuestra confianza en Mat.

—Confío en su capacidad para buscar problemas —contestó Egwene—. Confío en su capacidad para encontrar bebida y juego, vaya a donde vaya.

—¿Y para dirigir un ejército?

Egwene vaciló. ¿Confiaba en su capacidad para eso?

Min se inclinó hacia adelante y echó una ojeada a los Guardias de la Muerte, que no parecían dispuestos a permitirle que se acercara más a Egwene.

—Egwene —dijo en voz baja—, Mat cree que Bryne está conduciendo a vuestro ejército a la destrucción. Dice que… Dice que cree que Bryne es un Amigo Siniestro.

Gawyn empezó a reírse.

Egwene se sobresaltó. De él habría esperado cólera, indignación.

—¿Gareth Bryne? ¿Un Amigo Siniestro? —dijo Gawyn—. Antes creería eso de mi propia madre que de él. Dile a Cauthon que se mantenga lejos del brandy real de su esposa; es evidente que ha tomado demasiado.

—Me siento inclinada a estar de acuerdo con Gawyn —empezó despacio Egwene.

Con todo, no podía hacer caso omiso de las irregularidades en la forma en que se había dirigido al ejército. Tenía que investigar eso.

—Mat siempre intenta cuidar de personas que no necesitan que cuiden de ellas —añadió—. Sólo trata de protegerme. Dile que agradezco su… advertencia.

—Madre —dijo Min—, parece estar seguro. Esto no es ninguna broma. Quiere que le deis el mando de vuestros ejércitos.

—Mis ejércitos —repitió con voz inexpresiva Egwene.

—Sí.

—En manos de Matrim Cauthon.

—Ummm… Sí. He de mencionar que la emperatriz le ha dado el mando de todas las fuerzas seanchan. Ahora es el Mariscal de Campo Cauthon.

Ta'veren. Egwene meneó la cabeza.

—Mat es buen estratega, pero que comande los ejércitos de la Torre Blanca… No, eso es inviable. Además, no puedo pasarle el mando de los ejércitos porque no lo tengo. Es la Antecámara de la Torre la que tiene autoridad sobre ellos. Y ahora ¿cómo podemos persuadir a esos caballeros que te rodean de que no corres peligro si me acompañas?

Aunque no quería admitirlo, Egwene necesitaba a los seanchan. No correría el riesgo de romper su alianza para salvar a Min, sobre todo porque no parecía correr un peligro inminente. Por supuesto, si los seanchan descubrían que Min había prestado

sus juramentos en Falme y después había huido…

—No os preocupéis por mí —repuso Min con una mueca—. Supongo que estoy mejor con Fortuona. Ella… está enterada de cierto talento que tengo, gracias a Mat, y puede que me permita ayudarla. Y a vos.

El comentario estaba cargado de significado. Los Guardias de la Muerte eran demasiado impávidos para mostrar alguna reacción al hecho de que Min se refiriera a la emperatriz por su nombre, pero sí pareció que se ponían tensos y que el gesto del rostro se endurecía.

«Ten cuidado, Min —pensó Egwene— Estás rodeada de cizaña espinosa de otoño».

A Min no parecía importarle.

—¿Al menos consideraréis lo que ha dicho Mat? —preguntó.

—¿Que Gareth Bryne es un Amigo Siniestro? —dijo Egwene; en realidad era absurdo—. Vuelve y dile a Mat que nos presente sus sugerencias en planes de batalla, si es preciso. De momento, tengo que buscar a mis comandantes para planear qué es lo siguiente que vamos a hacer.

«Gareth Bryne, ¿dónde estás?»

Una andanada de flechas negras se elevó casi invisible en el aire y después cayó como una gran ola al romper. Alcanzaron al ejército de Ituralde en la boca del paso al valle de Thakan'dar; algunas rebotaron en escudos, pero otras se clavaron en carne. Una cayó en lo alto del afloramiento rocoso donde se encontraba Ituralde, a escasas pulgadas de él.

Ituralde no se inmutó. Siguió erguido, recta la espalda, las manos enlazadas atrás. Sin embargo, murmuró:

—Estamos dejando que las cosas caigan un poco más cerca, ¿cierto?

Binde, el Asha'man que lo acompañaba esa noche, hizo una mueca como si le doliera algo.

—Lo siento, lord Ituralde.

Se suponía que él debía encargarse de mantener las flechas lejos. Y hasta el momento lo había hecho. Sin embargo, a veces adoptaba un gesto absorto y empezaba a mascullar algo de que «ellos» intentaban «asirle las manos».

—Espabila y mantente alerta —dijo Ituralde.

Tenía un fuerte dolor de cabeza. Esa noche lo habían acosado los sueños de nuevo; unos sueños tan reales… Había visto trollocs comiéndose viva a su familia, y él había sido demasiado pusilánime para salvarlos. Se había debatido y había llorado mientras devoraban a Tamsin y a sus hijos, pero al mismo tiempo se había sentido atraído por los aromas de la carne hirviendo y quemándose.

Al final del sueño, se había unido a los monstruos en su festín.

«Quítate eso de la cabeza», se exhortó. No era fácil hacerlo. Los sueños habían sido tan vívidos… Se había alegrado de que el ataque trolloc lo despertara.

Se habían estado preparando para eso. Sus hombres encendieron fogatas en las barricadas. Los trollocs habían logrado por fin abrirse paso entre sus fortificaciones de espinos, pero lo habían pagado muy caro. Ahora sus tropas combatían en la boca del paso conteniendo el embate de las oleadas enemigas para que no entraran en el valle.

Habían aprovechado bien el tiempo durante los días que los trollocs habían avanzado arduamente a través de las barreras hasta la boca del paso. La entrada al valle estaba ahora fortificada con una serie de parapetos de tierra a la altura del pecho. Esos terraplenes serían excelentes para que los ballesteros los utilizaran como resguardo, si las formaciones de piqueros se veían forzadas a retroceder demasiado.

De momento, Ituralde había dividido su ejército en grupos de unos tres mil hombres cada uno, a los que había organizado en formaciones de cuadro con picas, rozones y ballestas. Utilizaba a los ballesteros como escaramuzadores en el frente y en los flancos, y había creado una vanguardia de piqueros de unas seis líneas de fondo. Picas grandes, de veinte pies de largo. En Maradon había aprendido que uno quería mantenerse a distancia de los trollocs.

Las picas funcionaban maravillosamente bien. Las formaciones en cuadro de picas podían girar sobre sí mismas y luchar en todas direcciones en caso de que las rodearan. A los trollocs se los podía forzar a luchar en filas, pero esos cuadrados —aplicados debidamente— podrían romper su formación. Una vez que las líneas de los trollocs estuvieran desbaratadas, los Aiel podrían matar a placer.

Detrás de la formación de piqueros situó soldados de infantería con rozones y alabardas. A veces los trollocs conseguían abrirse paso entre las picas apartando a empujones las armas o haciéndolas caer con el peso de cadáveres. Entonces entraban en liza los hombres de los rezones —metiéndose entre los piqueros— y desjarretaban a los trollocs que iban delante. De ese modo los soldados de las primeras líneas tenían tiempo para retroceder y reagruparse mientras la siguiente tanda de soldados —más de a pie, con picas— avanzaba para enfrentarse a los trollocs.

Hasta ese momento la táctica funcionaba. Tenía tropas en una docena de esas formaciones de cuadro enfrentándose a los trollocs de noche. Luchaban a la defensiva, haciendo cuanto estaba en su mano para romper el implacable ímpetu de aquella marea de monstruos. Los trollocs se lanzaban contra los piqueros en un intento de abrirse paso a través de la formación, pero cada cuadrado operaba de forma independiente. A Ituralde no le preocupaban los trollocs que conseguían pasar a través de los soldados a costa de recibir un buen castigo, porque ya se encargarían de ellos los Aiel.

Ituralde tenía que mantener las manos enlazadas a la espalda para ocultar que le

temblaban. Nada había vuelto a ser igual después de lo de Maradon. Había aprendido, pero había pagado un precio muy alto por ese aprendizaje.

«Malditos dolores de cabeza —pensó—. Y malditos trollocs».

Tres veces había estado a punto de dar la orden de lanzar a sus ejércitos en un ataque directo, abandonando las formaciones en cuadro. Los imaginaba matando, haciendo una escabechina. No más tácticas dilatorias. Quería sangre.

Las tres veces se había contenido. No estaban allí para derramar sangre, sino para defender el valle. Para dar a ese hombre el tiempo que necesitaba en la caverna. De eso se trataba… ¿no? ¿Por qué últimamente le costaba tanto recordar eso?

Otra andanada de flechas trollocs cayó sobre los hombres de Ituralde. Los Fados habían estacionado algunos de ellos en lo alto de las paredes del paso, en lugares ocupados anteriormente por los arqueros de Ituralde. Conseguir que subieran allí debía de haber sido una ardua tarea, pues las paredes del paso era muy empinadas. ¿Cuántos se habrían matado al despeñarse intentándolo? A pesar de todo, a los trollocs no se les daba bien el tiro con arco, pero tampoco era necesario tener mucha puntería cuando se disparaba a un ejército.

Los alabarderos levantaron los escudos. No podían luchar mientras los sostenían así, pero los llevaban sujetos con correa a la espalda porque eran necesarios. El número de flechas se incrementó y cayeron a través del aire nocturno, ligeramente brumoso. La tormenta tronaba en lo alto, pero las Detectoras de Vientos volvían a estar volcadas en su labor de mantenerla alejada. Afirmaban que, en varias ocasiones, había faltado un pelo para que se desplomara sobre el ejército la destrucción total de la tormenta. En cierto momento, granizos del tamaño del puño de un hombre se habían precipitado durante un minuto antes de que ellas consiguieran controlar de nuevo el tiempo.

Si era eso lo que les esperaba si las Detectoras de Vientos no usaban el Cuenco, Ituralde estaba más que satisfecho de dejarlas con su trabajo. Al Oscuro lo traería sin cuidado cuántos trollocs destruía desencadenando una tempestad, un tornado o un huracán con tal de matar a los humanos que luchaban.

—¡Se están agrupando para otra acometida en la boca del paso! —gritó alguien en la noche.

Otras voces confirmaron el aviso. Ituralde escudriñó a través de la neblina con la ayuda de la luz de las fogatas. Los trollocs se reagrupaban, sí.

—Que se retiren la séptima y la novena compañías de infantería —ordenó—. Llevan ahí mucho tiempo. Sacad de reserva a la cuarta y la quinta y que ocupen posiciones en los flancos. Preparad más flechas. Y…

Dejó de hablar y frunció el entrecejo. ¿Qué hacían esos trollocs? Se estaban echando hacia atrás más de lo que era de suponer, metiéndose en la oscuridad del paso. No podían estar retirándose, ¿verdad?

Una oleada oscura salió de la boca del paso. Myrddraal. Cientos y cientos de ellos. Negras capas que no se movían a despecho de la brisa. Rostros sin ojos, labios torcidos en una mueca burlona, espadas negras. Las criaturas se movían como anguilas sinuosas, lustrosas.

No dieron tiempo para impartir órdenes ni para reaccionar. Fluyeron entre las formaciones en cuadro de los defensores, deslizándose entre las picas, golpeando con espadas mortíferas.

—¡Aiel! —bramó Ituralde—. ¡Que vengan los Aiel! ¡Todos ellos, y los encauzadores! ¡Todo el mundo excepto los que guardan la Fosa de la Perdición! ¡Moveos, moveos!

Los mensajeros salieron disparados, trompicándose. Ituralde observaba la escena con horror. Un ejército de Myrddraal. ¡Luz, era tan espantoso como sus pesadillas!

La séptima de infantería se vino abajo antes del ataque y la formación en cuadro se deshizo. Ituralde abrió la boca para ordenar que la fuerza de reserva principal —la que defendía su posición— fuera a ayudar. Necesitaba que la caballería saliera y quitara presión a la infantería.

No disponía de mucha caballería; había estado de acuerdo en que la mayoría de los jinetes serían necesarios en otros frentes. Pero contaba con alguna. Sería esencial en ese momento.

Sólo que…

Cerró los ojos con fuerza. Luz, qué cansado se sentía. Le costaba trabajo pensar.

Retirada antes del ataque, parecía decirle una voz. *Retira los Aiel, y después defiende tu posición aquí.*

—Retirada… —susurró—. Que se…

Había algo que parecía erróneo, muy erróneo en hacer eso. ¿Por qué su mente insistía en lo mismo?

«Capitán Tihera —intentó susurrar Ituralde—. Tenéis una orden». No le salían las palabras. Algo físico parecía mantenerle la boca cerrada.

Oía gritar a los hombres. ¿Qué era lo que ocurría? Docenas de ellos podían morir luchando contra un único Myrddraal. En Maradon había perdido a toda una compañía de arqueros —cien hombres— a manos de dos Fados que se habían introducido a hurtadillas en la ciudad por la noche. Sus compañías defensivas eran eficaces para vérselas con los trollocs, para desjarretarlos, para abatirlos.

Pero los Fados quebrarían esas formaciones en cuadro de piqueros como quien casca un huevo. Nadie estaba haciendo lo que tenía que hacerse.

—Milord Ituralde… —dijo el capitán Tihera—. Milord, ¿qué habéis dicho?

Si se retiraban, los trollocs los rodearían. Tenían que aguantar firmes.

Los labios de Ituralde se abrieron para dar la orden de retirada.

—Reti…

Lobos.

Aparecieron lobos en la niebla, como sombras, y saltaron sobre los Myrddraal entre gruñidos. Ituralde sufrió un sobresalto y giró velozmente sobre sus talones cuando un hombre vestido con pieles subió a lo alto del afloramiento rocoso.

Tihera retrocedió a trompicones al tiempo que llamaba a los guardias. El recién llegado saltó sobre Ituralde y lo empujó de lo alto de las rocas.

Ituralde no se defendió. Quienquiera que fuera ese hombre, él le estaba agradecido, y experimentó una gozosa victoria mientras caía. No había dado la orden de retirada.

Cayó al suelo, aunque no había mucha altura, y el golpe hizo que los pulmones expulsaran todo el aire. Los lobos lo cogieron con la boca por los brazos con mucho cuidado y tiraron de él hacia la oscuridad mientras su mente se sumía en la inconsciencia.

Egwene estaba sentada en el campamento en tanto que la batalla por la frontera de Kandor continuaba.

Su ejército contenía el avance trolloc.

Los seanchan combatían junto a sus tropas al otro lado del río.

Egwene tenía en la mano una pequeña taza de té.

Luz, era mortificante. Ella era la Amyrlin. Pero no le quedaba ni pizca de fuerza.

Todavía no había encontrado a Gareth Bryne, lo cual no era inesperado. Él se movía de aquí para allá. Silviana lo estaba buscando y pronto le llevaría noticias.

A las Aes Sedai les había encomendado llevar los heridos a Mayene. El sol se hundía despacio en el horizonte, como un párpado que no pudiera mantenerse abierto. A Egwene le temblaron las manos al alzar la taza. Todavía se oía la batalla. Al parecer, los trollocs pensaban combatir entrada la noche, machacando a los ejércitos humanos contra el río.

Gritos distantes se alzaban como las llamadas de una multitud furiosa, pero las explosiones de los encauzadores se habían espaciado.

Se volvió hacia Gawyn. No parecía cansado en absoluto, aunque su rostro tenía una palidez extraña. Egwene dio un sorbo de té y lo maldijo para sus adentros. No era justo, pero en ese momento lo que menos le importaba era la imparcialidad. Podía refunfuñar a costa de su Guardián. Para eso estaban, ¿no?

Sopló una brisa por el campamento. Egwene se encontraba a unos pocos cientos de pasos al este del vado, pero el aire olía a sangre. Cerca, un pelotón de arqueros tensó la cuerda de los arcos a la orden de su comandante y disparó una descarga de flechas. Instantes después, dos Draghkar de alas negras se precipitaban al suelo con sendos golpes apagados, justo al borde del campamento. Llegarían más a medida que oscureciera, porque les era más fácil ocultarse de noche contra el oscuro cielo.

Mat. Sentía una extraña sensación de mareo que le revolvía el estomago al pensar en él. Era tan fanfarrón… Un jaranero que echaba miradas lascivas a todas las mujeres hermosas que encontraba. Mira que tratarla como a un cuadro y no como a una persona. Era… Era…

Era Mat. Una vez, cuando ella tenía unos trece años, Mat había saltado al río para salvar a Kiem Lewin de ahogarse. Por supuesto, la chica no se estaba ahogando. Simplemente, un amigo le había hecho una aguadilla y Mat había llegado corriendo y se había echado al agua para sacarla. Los hombres de Campo de Emond le habían tomado el pelo durante meses a costa de eso.

La primavera siguiente, Mat había sacado a Jer al'Hune del mismo río y había salvado la vida al chico. Después de eso, la gente había dejado de reírse a costa de Mat durante un tiempo.

Así era Mat. Había rezongado y mascullado todo el invierno porque la gente se burlaba de él y había repetido que la próxima vez los dejaría ahogarse y se acabó. Pero, en el momento en que había visto a alguien en peligro, había vuelto a lanzarse de cabeza al agua. Egwene todavía recordaba a un Mat desgarbado saliendo del río dando traspiés y al pequeño Jer aferrado a él y boqueando con una expresión de puro terror en los ojos.

Jer se había hundido sin hacer ruido alguno. A Egwene nunca se le había ocurrido que pudiera pasar algo así. La gente que empezaba a ahogarse no chillaba ni escupía ni gritaba «socorro». Simplemente se hundía bajo el agua mientras parecía que todo iba bien y no pasaba nada. A menos que Mat estuviera cerca, vigilante.

«Vino a rescatarme a la Ciudadela de Tear», pensó. Claro que también había intentado salvarla de las Aes Sedai, poco dispuesto a creer que era la Amyrlin.

Así pues, ¿cuál de las dos cosas pasaba ahora? ¿Se estaba ahogando o no? Min le había preguntado hasta dónde llegaba su confianza en Mat.

«Luz, confío en él. Soy una necia, pero es así». Mat podía estar equivocado. A menudo lo estaba.

Pero, cuando tenía razón, salvaba vidas.

Egwene se obligó a incorporarse. Se tambaleó levemente y Gawyn se acercó a su lado. Ella le dio unas palmaditas en el brazo y luego se apartó. No dejaría que el ejército viera a su Amyrlin tan débil que tenía que apoyarse en alguien para no caer.

—¿Qué informes tenemos de los otros frentes de batalla?

—Hoy no hay gran cosa —contestó Gawyn, que frunció el entrecejo—. De hecho, todo ha estado muy tranquilo.

—Se supone que Elayne lucha en Cairhien —dijo Egwene—. Era una batalla importante.

—Estará demasiado ocupada para mandar información.

—Quiero que envíes a un mensajero por un acceso. Necesito saber cómo va la

batalla.

Gawyn asintió y se alejó deprisa. Cuando se hubo ido, Egwene caminó a un paso regular hasta que encontró a Silviana, que iba con un par de hermanas Azules.

—¿Y Bryne? —preguntó Egwene.

—Está en la tienda comedor —dijo Silviana—. Acaban de decírmelo. He enviado a un corredor para que le diga que permanezca allí hasta que lleguéis vos.

—Vamos.

Caminaron hacia la tienda, el espacio cubierto más grande —con mucho— del campamento, y lo vio nada más entrar. No estaba comiendo, sino de pie junto a la mesa de campaña del cocinero, con mapas extendidos encima. La mesa olía a las cebollas que probablemente habían cortado allí infinidad de veces. Yukiri tenía abierto un acceso en el suelo para mirar desde arriba el campo de batalla. Lo cerró al ver llegar a Egwene. No lo dejaban abierto mucho tiempo, ya que los sharaníes estaban pendientes de verlo abrirse y con tejidos preparados para lanzarlos a través de él.

—Reúne a la Antecámara de la Torre —le dijo Egwene a Silviana—. Que regresen todas las Asentadas que puedas encontrar. Que vengan todas aquí, a esta tienda, tan pronto como sea posible.

Silviana asintió; su rostro no denotaba ni asomo del desconcierto que debía de sentir. Se alejó presurosa y Egwene tomó asiento en la tienda.

Siuan no se encontraba allí; seguramente estaría ayudando con las Curaciones otra vez. Eso la tranquilizó, porque no le habría gustado intentar lo que iba a hacer teniendo a Siuan lanzándole miradas airadas. Tal como estaban las cosas, el que la preocupaba era Gawyn. Quería a Bryne como a un padre, y ya percibía a través del vínculo la ansiedad que lo atenazaba.

Iba a tener que enfocar aquello con mucha delicadeza, y no quería empezar hasta que la Antecámara hubiera llegado. No podía acusar a Bryne, pero tampoco podía pasar por alto la advertencia de Mat. Era un sinvergüenza, pero confiaba en él. La Luz la amparara, pero era la verdad. Le confiaría su vida. Y en el campo de batalla habían pasado cosas raras.

Las Asentadas se reunieron con relativa prontitud. Tenían a su cargo todo lo relacionado con la guerra, y se reunían a diario por las noches para recibir informes y explicaciones tácticas de Bryne y sus comandantes. A Bryne no pareció extrañarle que acudieran a verlo ahora; siguió con su tarea.

Muchas de las mujeres le dirigieron a Egwene miradas de curiosidad al entrar. Ella las saludó con un ligero gesto de cabeza en un intento de transmitir el peso de la Sede Amyrlin.

Por fin, llegaron suficientes Asentadas para que Egwene decidiera empezar. No debía perder más tiempo. Necesitaba descartar de la mente las acusaciones de Mat de

una vez por todas, o tenía que actuar de acuerdo con ellas.

—General Bryne —dijo—, ¿os encontráis bien? No nos ha sido fácil dar con vos.

Él alzo la vista y parpadeó. Tenía los ojos rojos.

—Madre —dijo; hizo una inclinación de cabeza a las Asentadas—. Estoy cansado, pero probablemente no más que vos. He recorrido todo el campo de batalla para atender todo tipo de detalles; ya sabéis cómo es esto.

Gawyn entró en ese momento con pasos precipitados.

—Egwene —dijo, pálido el semblante—. Problemas.

—¿Qué pasa?

—Yo… —Hizo una profunda inhalación—. El general Bashere se ha vuelto contra Elayne. ¡Luz! Es un Amigo Siniestro. La batalla se habría perdido de no ser porque los Asha'man llegaron en el último momento.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Bryne, que había alzado la vista de los mapas—. ¿Bashere, un Amigo Siniestro?

—Sí.

—Imposible —afirmó Bryne—. Fue compañero del lord Dragón durante meses. No lo conozco bien, pero… ¿un Amigo Siniestro? No puede ser.

—Es un tanto irrazonable de asumir… —opinó Saerin.

—Podéis hablar con la propia reina, si gustáis —contestó Gawyn con firmeza—. Lo he oído de sus propios labios.

El silencio se adueñó de la tienda. Las Asentadas se miraron unas a otras con gestos de preocupación.

—General —le dijo Egwene a Bryne—, ¿cómo es que enviasteis dos unidades de caballería a protegernos de los trollocs en las colinas, al sur de aquí, mandándolas a una trampa y dejando el flanco izquierdo del grueso del ejército desprotegido?

—¿Que cómo ha sido, decís, madre? —preguntó Bryne—. Era evidente que estabais a punto de ser arrolladas, cualquiera podía verlo. Sí, hice que abandonaran el flanco izquierdo, pero moví a las reservas illianas para cubrir esa posición. Cuando vi que la unidad de caballería sharaní se separaba para atacar el flanco derecho de Ino, envié a los illianos para interceptarla; era la maniobra correcta. ¡No sabía que habría tantos sharaníes! —Alzó la voz hasta hablar a gritos, pero se calló; le temblaban las— manos. —Cometí un error. No soy perfecto, madre.

—Eso fue algo más que un error —intervino Faiselle—. Acabo de volver de hablar con Ino y los otros supervivientes de esa masacre de la caballería. Ino dice que pudo oler la trampa tan pronto como sus hombres y él empezaron a galopar hacia las hermanas, pero que vos le habíais prometido ayuda.

—Ya os he dicho que le envié refuerzos, sólo que no esperaba que los sharaníes enviaran una fuerza tan grande. Además, lo tenía todo bajo control. Había pedido una legión de caballería seanchan para reforzar nuestras tropas; se suponía que debían

ocuparse de esos sharaníes. Los organicé al otro lado del río. ¡Pero no esperaba que tardaran tanto!

—Sí —dijo Egwene, endureciendo la voz—. Esos hombres, tantos miles de ellos, quedaron atrapados entre los trollocs y los sharaníes, sin posibilidad de escapar. Los perdisteis, y sin una buena razón que lo justifique.

—¡Tenía que sacar a las Aes Sedai de allí! —repuso Bryne—. Son nuestro recurso más valioso. Perdón, madre, pero vos me habéis insistido en cuanto a ese punto.

—Las Aes Sedai podrían haber esperado —declaró Saerin—. Yo estaba allí. Sí, necesitábamos salir, nos estaban presionando, pero aguantábamos, y podríamos haber aguantado más tiempo.

»Dejasteis que miles de buenos hombres murieran, general Bryne. ¿Y sabéis la peor parte? No era necesario. Dejasteis a todos esos seanchan aquí, al otro lado del vado, esperando vuestra orden de que atacaran. Pero esa orden no llegó nunca, ¿verdad, general? Los abandonasteis, igual que abandonasteis a nuestra caballería.

—Pero les ordené atacar; al final lo hicieron, ¿verdad? Envié un mensajero. Yo… Les…

—No. ¡De no ser por Mat Cauthon todavía seguirían esperando a este lado del río, general! —Egwene se apartó de él.

—Egwene. —Gawyn la tomó del brazo—. ¿Qué estás diciendo? Sólo porque…

Bryne se llevó una mano a la cabeza. Entonces se tambaleó, como si de repente las piernas hubieran perdido las fuerzas.

—No sé qué me pasa —susurró en un tono de voz que sonaba hueco—. No dejo de cometer errores, madre. No dejo de repetirme que son el tipo de errores de los que un hombre puede recuperarse. Y entonces cometo otro, y surgen más dificultades para contrarrestarlo.

—Sólo estáis cansado —dijo Gawyn con voz dolida, mirándolo—. Todos lo estamos.

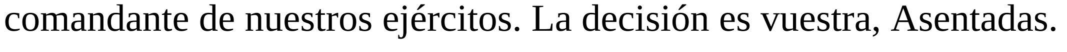
—No —negó Bryne en voz baja—. No, es algo más que eso. He estado cansado en otras ocasiones. Esto es como… Como si me fallara la intuición. Doy las órdenes y después veo los agujeros, los problemas. Yo…

—Compulsión —dijo Egwene con un escalofrío—. Alguien os ha Compelido. Están atacando a nuestros grandes capitanes.

Varias mujeres abrazaron la Fuente.

—¿Cómo es eso posible? —protestó Gawyn—. ¡Egwene, tenemos hermanas vigilando el campamento por si notan señales de que alguien encauza!

—No sé cómo ha pasado —repuso ella—. Quizá se pusieron hace meses para que saltara en el momento oportuno, o antes de que empezara la guerra. —Se volvió hacia las Asentadas—. Propongo que la Antecámara releve a Gareth Bryne como


comandante de nuestros ejércitos. La decisión es vuestra, Asentadas.

—Luz —musitó Yukiri—. Nosotras… ¡Luz!

—Ha de hacerse —dijo Doesine—. Es una maniobra muy sagaz, un modo de destruir nuestros ejércitos sin que nos diéramos cuenta de la trampa. Deberíamos haberlo previsto… Los grandes capitanes tendrían que haber estado mejor protegidos.

—¡Luz! —exclamó Faiselle—. ¡Tenemos que mandar aviso a lord Mandragoran y a las tropas de Thakan’dar! También podrían estar involucrados. Un intento de derrotar a nuestros ejércitos en los cuatro frentes a la vez, en un ataque coordinado.

—Me ocuparé de que se dé el aviso —dijo Saerin, que se dirigió hacia los faldones de la entrada—. De momento, coincido con la Amyrlin. Bryne tiene que ser relevado del mando.

Una tras otra, las demás asintieron. No era un voto formal en la Antecámara, pero serviría. Junto a la mesa, Gareth Bryne se sentó. Pobre hombre. Sin duda estaba conmocionado, preocupado.

De forma inesperada, Bryne sonrió.

—¿General? —preguntó Egwene.

—Gracias —dijo él con aire relajado.

—¿Por qué?

—Temía estar volviéndome loco, madre. No dejaba de repetirme que qué había hecho… Había dejado morir a millares de hombres… Pero no era yo. No era yo.

—Egwene —intervino Gawyn; también él disimulaba su dolor—. El ejército. Si Bryne ha sido obligado a conducirnos hacia el peligro, hemos de cambiar la estructura de mando de inmediato.

—Haced venir a mis comandantes —pidió Bryne—. Les cederé el control a ellos.

—¿Y si también han sido pervertidos? —preguntó Doesine.

—Estoy de acuerdo —convino Egwene—. Esto huele a uno de los Renegados, puede que Moghedien. Lord Bryne, si hubieseis caído en esta contienda, ella sabría que vuestros comandantes serían los siguientes en el mando. Tal vez tienen el mismo problema que vos, que les falle su intuición.

—¿Y en quién podemos confiar? —preguntó Doesine al tiempo que meneaba la cabeza—. Cualquier puñetero hombre a quien demos el mando podría haber sufrido Compulsión.

—Puede que tengamos que hacerlo nosotras —dijo Faiselle—. Llegar a un hombre que no puede encauzar sería más fácil que a una hermana, que nota si se encauza y percibiría a una mujer con la habilidad. Somos las que tenemos más probabilidad de permanecer limpias.

—Pero ¿quién de nosotras tiene conocimiento de tácticas de combate? —preguntó Ferane—. Me considero una persona lo bastante instruida para supervisar planes, pero ¿para hacerlos?

—Mejor nosotras que alguien a quien se pueda pervertir —insistió Faiselle.

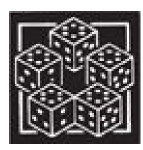
—No —declaró Egwene, que se levantó apoyándose en el brazo de Gawyn.

—Entonces, ¿qué? —inquirió Gawyn.

Egwene apretó los dientes. Sí. Entonces, ¿qué? Sabía de un único hombre que podía estar segura de que no sería Compelido, al menos no por Moghedien. Un hombre inmune a los efectos del *Saidar* y del *Saidin*.

—Tendremos que poner nuestros ejércitos al mando de Matrim Cauthon —dijo —. Y que la Luz vele por nosotros.

32



Una araña de flor amarilla

La *damane* mantenía abierto un agujero en el suelo para Mat desde el que se contemplaba el campo de batalla, allá abajo.

Mat se frotó el mentón, todavía impresionado a pesar de que había utilizado esos agujeros durante la última hora, más o menos, desde que contrarrestó la trampa que Bryne había puesto a los ejércitos de Egwene. Había enviado más escuadrones de caballería seanchan para reforzar ambos flancos de sus tropas en el río, y más *damane* para repeler los ataques de encauzadores sharaníes y detener el flujo de trollocs que presionaban contra los defensores.

Por supuesto, esto no era tan válido como estar abajo, en el campo de batalla. Quizá debería salir otra vez y combatir un poco más. Echó una ojeada a Tuon, que se encontraba sentada en el trono —uno enorme, de diez pies de alto— a un lado del pabellón de mando. Tuon lo estaba mirando y entrecerró los ojos, como si pudiera leerle los pensamientos.

«Es Aes Sedai —se dijo Mat—. Oh, no puede encauzar… Aún no se ha permitido aprender. Pero de todos modos es una puñetera Aes Sedai. Y me he casado con ella».

No obstante, también era increíble. Cada vez que Tuon daba órdenes, él sentía un estremecimiento; lo hacía con tanta naturalidad… Podría darles lecciones a Elayne y a Nynaeve. Tuon estaba preciosa en ese trono. Mat dejó que los ojos se le llenaran de ella, con lo que se ganó una mirada ceñuda, algo completamente injusto. Si un hombre no podía lanzar una mirada procaz a su esposa, entonces ¿a quién podía echársela?

Mat se volvió a mirar el campo de batalla.

—Buen truco —dijo al tiempo que se inclinaba para meter la mano a través de agujero.

Se hallaban a mucha altura. Si se caía, antes de estrellarse tendría tiempo para tararear tres estrofas de *Ella no tiene tobillos, que yo vea*. Puede que incluso pudiera repetir el estribillo.

—Ésta aprendió a hacerlo observando los tejidos de las Aes Sedai —dijo la *sul'dam* refiriéndose a su nueva *damane*.

Catrona, la *sul'dam*, casi se atragantó con las palabras «Aes Sedai». Mat la comprendía muy bien. Pronunciarlas debía de ser un mal trago para ella.

Mat no miró con demasiada intensidad a la *damane*, ni los tatuajes de ramas

florecientes que le marcaban las mejillas como unas manos que le rodearan la cara. Él era responsable de que la hubieran capturado. Era mejor eso que estar luchando por la Sombra, ¿no?

«Rayos y centellas —se dijo para sus adentros—. Menuda labor estás haciendo con vistas a convencer a Tuon de que no utilice *damane*, Matrim Cauthon, si tú capturas una…»

Era desconcertante lo pronto que la sharaní se había acomodado a su cautividad. Todas las *sul'dam* lo habían comentado. Apenas un momento de resistencia y, acto seguido, absoluta sumisión. Habían esperado que una *damane* recién capturada tardara meses en estar bien entrenada, y sin embargo aquélla estaba preparada en horas. Catrona había sonreído casi con satisfacción, como si fuera ella personalmente la responsable de la adaptación de la sharaní.

Ese agujero era extraordinario. Mat se encontraba justo al borde, mirando el mundo desde arriba, contando las compañías y los escuadrones mientras tomaba nota mentalmente de sus posiciones. Se preguntó qué habría hecho Classen Bayor con un acceso así. Tal vez la Batalla de Kolesar habría tenido un desenlace distinto. Nunca habría perdido a su caballería en la ciénaga, eso seguro.

Las fuerzas de Mat seguían conteniendo a las de la Sombra en la frontera oriental de Kandor, pero él no estaba contento con la situación actual. La naturaleza de la trampa de Bryne había sido sutil y tan difícil de detectar como una araña de flor amarilla agazapada en un pétalo. Así era como Mat lo había comprendido. Hacía falta ser un verdadero genio militar para poner al ejército en tan mala situación sin que pareciera estarlo. Ese tipo de cosas no ocurrían por casualidad.

Mat había perdido más hombres de los que quería contar. Su gente estaba sufriendo una gran presión contra el río, y Demandred —a despecho de que siguiera bramando por el Dragón Renacido— no dejaba de poner a prueba las defensas de Mat tratando de encontrar un punto débil, mandando un asalto de caballería pesada contra un lado, luego un ataque de arqueros sharaníes y una carga trolloc por el otro. En consecuencia, Mat tenía que mantener una vigilancia constante sobre los movimientos de Demandred para poder contrarrestarlos a tiempo.

La noche no tardaría en caer. ¿Se retiraría la Sombra? Los trollocs podían luchar en la oscuridad, pero probablemente esos sharaníes no. Mat dio otra tanda de órdenes, y los mensajeros galoparon a través de accesos para transmitirlas. Parecía que sólo habían pasado unos instantes cuando sus tropas, allá abajo, respondieron.

—Tan rápido… —musitó Mat.

—Esto cambiará el mundo —dijo el general Galgan—. Los mensajeros pueden responder al instante; los comandantes pueden observar las batallas y planear sobre la marcha.

Mat mostró su acuerdo con un gruñido.

—Sin embargo —replicó—, apuesto que habrá que esperar toda la puñetera noche para que llegue la cena de la tienda de comedor.

Cosa increíble, Galgan sonrió. Era como ver un peñasco partirse por la mitad.

—Decidme, general —intervino Tuon—. ¿Qué juicio os merecen las habilidades de nuestro consorte?

—Ignoro dónde lo encontrasteis, Altísima Señora, pero es un diamante de gran valor. Lo he observado estas últimas horas mientras rescataba a las fuerzas de la Torre Blanca. A pesar de su estilo poco… convencional, rara vez he visto un jefe de combate tan dotado como él.

Tuon no sonrió, pero Mat notó en sus ojos que se sentía complacida. Eran unos ojos bonitos. Y, de hecho, con Galgan comportándose de una forma menos hosca, a lo mejor no sería un lugar tan malo para vivir, después de todo.

—Gracias —dijo entre dientes a Galgan cuando los dos se inclinaron por el agujero para estudiar el campo de batalla allá abajo.

—Me considero un hombre sincero, mi príncipe —contestó Galgan, que se frotó la mejilla con un dedo calloso—. Serviréis bien al Trono de Cristal. Sería una lástima veros asesinado demasiado pronto. Me aseguraré de que los primeros que mande por vos estén poco entrenados, para que así podáis pararlos con facilidad.

Mat notó que se había quedado boquiabierto. El hombre decía aquello con absoluta franqueza, casi con afecto. ¡Como si estuviera planeando hacerle un favor al intentar asesinarlo!

—Los trollocs que están ahí —señaló un grupo de bestias, abajo— se retirarán enseguida.

—Estoy de acuerdo —convino Galgan.

—Tendremos que ver qué hace Demandred con ellos. —Mat se rascó el mentón —. Me preocupa que los sharaníes intenten meter a escondidas a algunas de sus *marath'damane* en nuestro campamento durante la noche. Demuestran una entrega extraordinaria a su causa. O una estúpida indiferencia por su supervivencia.

Las Aes Sedai y las *sul'dam* no eran precisamente apocadas, pero por lo general eran precavidas. Por el contrario, los encauzadores sharaníes eran cualquier cosa menos prudentes, sobre todo los hombres.

—Conseguidme algunas *damane* para que creen luces en el río —dijo Mat—. Que el campamento quede en aislamiento, con un círculo de *damane* separadas a intervalos, atentas a que alguien encauce. Nadie tiene que encauzar, ni siquiera para encender una puñetera vela.

—A las… Aes Sedai quizá no les guste eso —opinó el general Galgan.

También él titubeó antes de usar las palabras «Aes Sedai». Habían empezado a utilizar esa denominación en lugar de *marath'damane* por orden de Mat, orden que él había esperado que Tuon rescindiera. No lo había hecho.

Tylee entró en el recinto. Alta y con la cara marcada por una cicatriz, la mujer de tez oscura caminaba con la confianza de quien ha sido militar durante mucho tiempo. Llevaba la ropa manchada de sangre y la armadura abollada; se postró delante de Tuon. Su legión había recibido una paliza ese día, y probablemente ella se sentía como una alfombra después de que un ama de casa le hubiera dado una buena tunda con el sacudidor.

—Me preocupa nuestra posición aquí. —Mat volvió junto al agujero y se agachó para mirar abajo.

Como había pronosticado, los trollocs empezaban a retroceder.

—¿En qué sentido? —preguntó el general Galgan.

—Hemos exprimido a nuestras encauzadoras hasta la médula —explicó Mat—. Y tenemos el río a la espalda, una posición difícil de defender a largo plazo, sobre todo contra un ejército tan numeroso. Si encauzan algunos accesos y mueven parte del ejército sharaní a este lado del río durante la noche, podrían aplastarnos.

—Entiendo lo que decís. —Galgan meneó la cabeza—. Dada su impresionante potencia combativa, seguirán desgastándonos hasta que estemos tan débiles que podrán echarnos un lazo al cuello y apretarlo.

Mat miró directamente a Galgan.

—Creo que ha llegado el momento de que abandonemos esta posición —declaró.

—Estoy de acuerdo en que ésa parece ser la única medida razonable que podemos tomar. —El general asintió con la cabeza—. ¿Por qué no elegir un campo de batalla más conveniente para nosotros? ¿Vuestras amigas de la Torre Blanca aceptarían un repliegue?

—Veremos. —Mat se incorporó—. Que alguien vaya en busca de Egwene y las Asentadas.

—No vendrán —dijo Tuon—. Las Aes Sedai no se reunirán con nosotros aquí. Y dudo que esa Amyrlin acepte que yo vaya a su campamento con la protección que requeriría mi desplazamiento.

—Bien. —Mat movió la mano hacia el acceso en el suelo, que la *damane* estaba cerrando—. Usaremos un acceso y hablaremos a través de él, como si fuera una puerta.

Tuon no hizo objeciones, por lo que Mat envió mensajeros. Se tardó un poco en hacer los preparativos, pero a Egwene pareció gustarle bastante la idea. Tuon se entretuvo durante la espera haciendo que movieran el trono al otro extremo del recinto; Mat no tenía ni idea de por qué. Después empezó a darle la lata a Min.

—¿Y éste? —preguntó Tuon mientras un larguirucho miembro de la Sangre entraba y hacía una reverencia.

—Se casará pronto —respondió Min.

—Antes tienes que dar el augurio, y la interpretación después, si quieres —dijo

Tuon.

—Sé exactamente lo que significa ese augurio —protestó Min. Estaba instalada en un trono más pequeño al lado del de Tuon. Iba tan engalanada con delicadas telas y encajes que podrían haberla confundido con un ratón escondido en un fardo de seda —. A veces lo sé de inmediato y…

—Darás primero el augurio —la interrumpió Tuon sin cambiar el tono de voz—. Y te dirigirás a mí como Altísima Señora. Es un gran honor el que se te concede al poder hablar conmigo directamente. Que el comportamiento del Príncipe de los Cuervos no te sirva de modelo.

Min guardó silencio, pero no parecía acobardada. Había pasado demasiado tiempo cerca de Aes Sedai para dejarse amedrentar por Tuon. Eso le dio que pensar a Mat. Él ya tenía una ligera idea de lo que Tuon podría ser capaz si Min llegaba a disgustarla. La amaba. Luz, estaba muy seguro de que la amaba. Pero también se permitía tenerle un poco de miedo.

Tendría que estar pendiente para que Tuon no decidiera «educar» a Min.

—El augurio para ese hombre —dijo Min, que controlaba el tono de voz con cierta dificultad, al parecer— es una puntilla de encaje blanco ondeando en un estanque. Sé que significa su matrimonio en un futuro próximo.

Tuon asintió con la cabeza y movió los dedos hacia Selucia. El hombre del que hablaban pertenecía a la Sangre baja, un rango que no era lo bastante alto para hablar directamente con Tuon. Inclinó tanto la cabeza hacia el suelo al hacer la reverencia que parecía estar fascinado con escarabajos y tratar de recoger un espécimen.

—Lord Gokhan de la Sangre —dijo Selucia, poniendo voz a las palabras de Tuon — será trasladado al frente de batalla. Tiene prohibido casarse hasta que este conflicto acabe. Los augurios han hablado y vivirá bastante tiempo para encontrar una esposa, por lo cual estará protegido.

Min torció el gesto y abrió la boca, probablemente para hacer alguna objeción sobre que aquello no funcionaba así. Mat logró menear la cabeza cuando Min lo miró y ella dio marcha atrás.

Tuon hizo que entrara el siguiente. Era una joven soldado que no pertenecía a la Sangre. La mujer tenía la tez clara y un rostro que no era nada feo, si bien Mat no podía apreciar gran cosa de lo que había debajo de esa armadura. De hecho, las armaduras de los hombres y las de las mujeres no se diferenciaban gran cosa, lo cual era una pena. Mat le había preguntado a un armero seanchan si ciertas zonas del peto de las mujeres no deberían estar «realzadas», por así decir, y el armero lo había mirado como si fuera imbécil. Luz, esta gente no tenía sentido de la moralidad. Un tipo necesitaba saber si estaba luchando contra una mujer en el campo de batalla. Era lo lógico.

Mientras Min daba los augurios, Mat se sentó en su silla y puso los pies en la

mesa de los mapas a la vez que sacaba la pipa del bolsillo. Era bastante guapa, esa soldado, aunque no pudiera ver las partes importantes. Podría ser una buena pareja para Talmanes. Ese hombre dedicaba muy poco tiempo a mirar a las mujeres. Talmanes era tímido cuando había mujeres cerca, vaya si lo era.

Mat hizo caso omiso de las miradas de los que lo rodeaban cuando inclinó la silla hacia atrás, dejándola apoyada en dos patas; plantó bien los talones en la mesa y llenó la pipa. Qué susceptibles podían ser los seanchan.

No estaba seguro sobre la opinión que le merecía el hecho de que tantas mujeres seanchan fueran soldados. Muchas de ellas le recordaban a Birgitte, lo cual le parecía bien. Mat preferiría pasar una velada en la taberna con ella que con la mitad de los hombres que conocía.

—Serás ejecutada —dijo Tuon a través de Selucia, dirigiéndose a la soldado.

Faltó poco para que Mat se cayera de la silla. Agarró la mesa que tenía delante, y las patas de la silla golpearon con fuerza en el suelo.

—¿Qué? —demandó Min—. ¡No!

—Viste el signo del jabalí blanco —dijo Tuon.

—¡Pero no sé el significado!

—El jabalí es el símbolo de un Handoin, uno de mis rivales en Seanchan —explicó Tuon con paciencia—. El jabalí blanco es un augurio de peligro, quizá de traición. Esta mujer trabaja para él o lo hará en el futuro.

—¡No podéis ejecutarla!

Tuon parpadeó una vez y miró fijamente a Min. El recinto pareció oscurecerse, helarse. Mat se estremeció. No le gustaba cuando Tuon se ponía así. Esa mirada suya… Parecía la de otra persona. Una persona sin compasión. Una estatua tenía más vida en ella.

Cerca, Selucia movió los dedos hacia Tuon y ella los miró, tras lo cual asintió con la cabeza.

—Eres mi Palabra de la Verdad —le dijo a Min, aunque casi a regañadientes—. Puedes corregirme en público. ¿Ves un error en mi decisión?

—Sí, lo veo —contestó Min sin alterarse—. No usáis mi habilidad como deberíais.

—¿Y cómo debería hacerlo? —preguntó Tuon.

La soldado a quien había condenado a muerte seguía postrada en el suelo, tendida boca abajo. No había hecho objeción alguna; con su rango no podía dirigirse a la emperatriz. Pertenecía a una clase social tan baja que incluso hablarle a otra persona en presencia de Tuon sería un agravio.

—Lo que alguien «podría» hacer no es motivo para matar a esa persona —dijo Min—. No es mi intención faltaros al respeto; pero, si vais a matar gente por lo que yo os diga, no hablaré.

—Se te puede obligar a hacerlo.

—Intentadlo —replicó Min con voz queda. Mat dio un brinco. Maldición, Min mostraba un aire tan frío como el de Tuon un momento antes—. Veremos cómo os trata el Entramado, emperatriz, si torturáis a la portadora de augurios.

Entonces Tuon sonrió.

—Le estás tomando el gusto a esto —le dijo a Min—. Explícame lo que quieres, portadora de augurios.

—Os diré lo que veo —contestó Min—. Pero, de ahora en adelante, las interpretaciones, ya sean las mías o las que vos leáis en las imágenes, han de llevarse a cabo con discreción. Tratar esos temas entre las dos sería lo mejor. Podéis vigilar a alguien por algo que yo haya visto, pero no castigarlo a menos que lo sorprendáis haciendo algo. Dejad libre a esta mujer.

—Que así sea —asintió Tuon—. Eres libre —dio Voz a través de Selucia—. Vive siendo leal al Trono de Cristal. Se te estará vigilando.

La mujer se incorporó, hizo una profunda reverencia y después salió del recinto con la cabeza inclinada. Mat atisbó un hilillo de sudor que se deslizaba por un lado de la cara. Así que no era una estatua.

Se volvió a mirar a Tuon y a Min. Todavía estaban las dos con la mirada trabada. No había cuchillos, pero la sensación era como si alguien hubiera sido apuñalado. Ojalá Min aprendiera a mostrar un poco más de respeto. Uno de estos días iba a tener que sacarla a la rastra de la compañía de los seanchan, un paso por delante del verdugo; de eso no le cabía duda.

Un acceso se abrió de repente en el aire, en el lado del recinto donde Tuon había indicado que debería hacerse. De pronto se le ocurrió a Mat la razón de que se hubiera cambiado el trono de sitio. Si hubieran capturado a cualquiera de las *damane* o de los mensajeros que entraban en el puesto de mando y lo hubieran obligado a decir dónde se sentaba Tuon, una Aes Sedai podría haber abierto un acceso justo donde estuviera el trono y la habría partido en dos. Era tan improbable que daba risa —una Aes Sedai volaría antes que matar a alguien que no fuera un Amigo Siniestro—, pero Tuon no corría riesgos.

El acceso se abrió y dejó a la vista a las Asentadas de la Antecámara de la Torre reunidas en una tienda. Detrás de ellas, Egwene estaba acomodada en un gran sillón. El solio de la Sede Amyrlin, comprendió Mat. «Rayos y centellas… Ha hecho que vayan a buscarlo».

Egwene tenía aspecto de estar agotada, aunque se le daba bien ocultarlo. Las otras no se encontraban en mejor estado. Las Aes Sedai habían estado esforzándose hasta el límite. Si Egwene fuera un soldado, Mat no la habría mandado a la batalla. Rayos y centellas… Si tuviera un soldado con ese tono en la piel y esa mirada en los ojos, le habría ordenado al tipo que se fuera a la cama durante una semana.

—Sentimos curiosidad por saber el propósito de esta reunión —dijo Saerin con voz calmada.

Silviana ocupaba un sillón más pequeño, al lado de Egwene, y las otras hermanas se habían agrupado por Ajahs. Faltaban algunas, incluida una de las Amarillas, según las cuentas de Mat.

Tuon le hizo un gesto con la cabeza. Él tenía que dirigir la reunión. Él la saludó con una ligera inclinación del sombrero, por lo que se ganó que ella enarcara una ceja… a medias. El aire peligroso había desaparecido, aunque seguía siendo la emperatriz.

—Aes Sedai —saludó Mat mientras se ponía de pie; también saludó a las Asentadas tocándose el sombrero—. El Trono de Cristal agradece que hayáis entrado en razón y nos dejéis dirigir la jodida batalla.

A Silviana se le desorbitaron los ojos como si alguien acabara de darle un pisotón. Con el rabillo del ojo, Mat captó un atisbo de sonrisa en los labios de Tuon. Rayos y truenos, las dos ya tendrían que saber que no deberían animarlo de ese modo.

—Tan elocuente como siempre, Mat —dijo Egwene con sequedad—. ¿Todavía conservas tu mascota, el zorro?

—En efecto. Está acurrucado en su sitio, cómodo y calentito.

—Cuídalo bien —le aconsejó Egwene—. No querría verte sufrir la suerte de Gareth Bryne.

—Así que era Compulsión, ¿verdad? —preguntó Mat.

Egwene le había mandado aviso.

—Es lo que creemos que ha pasado —contestó Saerin—. Me han dicho que Nynaeve Sedai puede ver los tejidos en la mente de una persona, pero ninguna de nosotras sabe cómo hacerlo.

—Tenemos a nuestras Curadoras examinando a Bryne —dijo una fornida Aes Sedai domani—. De momento, no podemos fiarnos de ningún plan de batalla en el que él haya intervenido, al menos hasta que determinemos cuánto tiempo lleva dominado por la Sombra.

—Es lógico —contestó Mat—. Además, tenemos que retirar nuestras fuerzas del vado.

—¿Por qué? —demandó Lelaine—. Hemos logrado estabilizarnos aquí.

—No lo bastante bien —dijo Mat—. No me gusta este terreno y no deberíamos combatir donde no nos interesa hacerlo.

—No me gusta la idea de ceder una pulgada más a la Sombra —arguyó Saerin.

—El paso que cedemos ahora, puede aportarnos dos mañana —fue la respuesta de Mat.

El general Galgan se mostró de acuerdo con un murmullo, y Mat comprendió que acababa de citar a Hawkwing.

Saerin frunció el entrecejo. Al parecer las otras dejaban que fuera ella la que llevara la voz cantante en la reunión. Egwene, sentada detrás y con los dedos enlazados ante sí, apenas intervenía.

—Probablemente tendría que deciros que nuestro gran capitán no fue el único objetivo de la Sombra. Davram Bashere y lord Agelmar también intentaron conducir a sus respectivos ejércitos a la destrucción. Elayne Sedai hizo un gran trabajo en su batalla y destruyó un gran número de trollocs, pero lo consiguió sólo gracias a la llegada de la Torre Negra. Los fronterizos han sido aplastados, y han perdido casi dos tercios de sus efectivos.

Mat se quedó helado. ¿Dos tercios? ¡Luz! Los fronterizos se contaban entre las mejores tropas que tenía la Luz.

—¿Y Lan? —preguntó.

—Lord Mandragoran está vivo —contestó Saerin.

Bueno, eso ya era algo.

—¿Y qué ha pasado con el ejército de la Llaga?

—Lord Ituralde cayó en batalla —repuso Saerin—. Nadie parece saber con certeza qué le ocurrió.

—Todo esto estaba muy bien planeado —dijo Mat, cuya mente trabajaba a toda velocidad—. Rayos y centellas. Intentaban aplastar los cuatro frentes de batalla al mismo tiempo. No me puedo imaginar la cantidad de coordinación que haría falta…

—Como ya he comentado —intervino Egwene en voz queda—, debemos tener mucho cuidado. Mantén ese zorro tuyo cerca, a todas horas.

—¿Qué piensa hacer Elayne? —inquirió Mat—. ¿Sigue teniendo el mando de los ejércitos?

—En este momento Elayne Sedai se ocupa de ayudar a los fronterizos —repuso Saerin—. Nos ha explicado que podemos dar por perdida Shienar, y ha encargado a los Asha'man que trasladen el ejército de lord Mandragoran a un lugar seguro. Ella planea llevar mañana a su ejército a través de accesos para contener a los trollocs en la Llaga.

—No —contestó Mat, que negó con la cabeza—. Tenemos que agruparnos todos para presentar una defensa unificada. —Vaciló un momento—. ¿Podríamos traerla a través de uno de estos accesos? Al menos para estar en contacto con ella.

Las Aes Sedai no tuvieron nada que objetar a esa idea. Poco después, otro acceso se abría en la tienda donde estaban reunidas Egwene y las Asentadas. A pesar del hinchado vientre por el embarazo, Elayne avanzó a zancadas, con los ojos casi echando fuego. Detrás de ella, Mat atisbó soldados desmadejados que caminaban penosamente a través de un campo de batalla bajo un oscuro anochecer.

—Luz —dijo Elayne—. Mat, ¿qué es lo que quieres?

—¿Has ganado tu batalla? —le preguntó él.

—A duras penas, pero sí. Los trollocs han sido destruidos en Cairhien. La ciudad también está a salvo.

—Bien —aprobó Mat—. Necesito replegarnos de nuestra posición aquí.

—De acuerdo. Quizá podamos combinar vuestra fuerza con lo que queda de los fronterizos.

—Quiero hace algo más que eso, Elayne —declaró Mat, que se acercó—. Esta estratagema que organizó la Sombra… era muy astuta, Elayne. Jodidamente astuta. Estamos sangrando y casi destrozados. Ya no podemos permitirnos el lujo de combatir en varios frentes.

—Entonces, ¿qué?

—Un último reducto de resistencia —contestó con suavidad—. Todos nosotros, juntos, en un sitio donde el terreno nos favorezca.

Elayne guardó silencio y alguien le llevó una silla para que se sentara junto a Egwene. Mantenía la apostura de una reina, pero el cabello despeinado y la ropa quemada en varios sitios revelaban por lo que había pasado. Mat olía el humo procedente del campo de batalla, donde el acceso seguía abierto.

—Eso suena desesperado —dijo por fin Elayne.

—Porque lo estamos —apuntó Saerin.

—Deberíamos preguntar a nuestros comandantes… —Elayne dejó la frase sin acabar—. Si es que queda alguno del que se pueda esperar razonablemente que no está sometido a la Compulsión.

—Sólo hay uno —dijo Mat con gravedad mientras le sostenía la mirada—. Y te está diciendo que estamos acabados si seguimos como ahora. El plan anterior era muy bueno, pero después de los efectivos que hemos perdido hoy… Elayne, estamos muertos a menos que elijamos un lugar donde reunirnos, resistir y luchar.

Una última tirada de dados. Elayne permaneció pensativa un tiempo.

—¿Dónde? —preguntó por fin.

—¿Tar Valon? —sugirió Gawyn.

—No —replicó Mat—. Lo asediarían y seguirían adelante. No puede ser una ciudad donde nos quedaríamos atrapados. Lo que nos interesa es un territorio que funcione a nuestro favor, así como una tierra que no pueda alimentar a los trollocs.

—Bueno, un lugar en las Tierras Fronterizas debería servir para eso —dijo Elayne con una mueca—. El ejército de Lan ha quemado casi todas las ciudades y los campos por los que ha pasado para privar de recursos a los trollocs.

—Mapas —ordenó Mat con un gesto de la mano—. Que alguien me consiga mapas. Necesitamos una ubicación al sur de Shienar o Arafel. Algún lugar lo bastante cerca para que le resulte tentador a la Sombra, un sitio en el que pueda combatirnos a todos juntos…

—Mat, ¿y eso no le facilitará lo que quiere? —preguntó Elayne—. ¿Una ocasión

para aniquilarnos a todos?

—Sí —respondió con suavidad Mat mientras las Aes Sedai le mandaban mapas; tenían marcas, anotaciones que parecían hechas por la mano del general Bryne, a juzgar por lo que decían—. Tenemos que ser un objetivo tentador. Tenemos que atraerlos, combatirlos y, una de dos: derrotarlos o perecer en el intento.

Una lucha prolongada le vendría bien a la Sombra. Una vez que los trollocs suficientes llegaran a las tierras meridionales, no habría forma de pararlos. Tenían que ganar o perder con rapidez.

Una última tirada a los dados. Y tanto que sí.

Mat señaló un punto en los mapas, un sitio que Bryne tenía con anotaciones. Buen abastecimiento de agua, buen punto de confluencia de colinas y ríos.

—Este sitio… Merrilor. ¿Lo habéis estado utilizando como un depósito de abastecimiento?

Saerin soltó una suave risita.

—Así pues, regresamos a donde empezamos, ¿eh? —comentó.

—Tiene algunas fortificaciones pequeñas —informó Elayne—. Los hombres construyeron una empalizada a un lado, y podríamos ampliarla.

—Es lo que necesitamos —dijo Mat mientras imaginaba una batalla allí.

Merrilor los situaba donde los dos principales ejércitos trollocs podían confluir para intentar aplastar a los humanos entre ambos. Sería muy tentador. Pero el terreno sería maravilloso para que Mat lo utilizara…

Sí. Sería como la Batalla de la Angostura Priya. Si situaba arqueros a lo largo de esos riscos —no, mejor dragones— y si podía dar unos cuantos días de descanso a las Aes Sedai… La Angostura Priya. Allí había contado con la utilización de un gran río para coger en la trampa al ejército hamareano en la entrada del paso. Pero cuando hizo saltar la trampa, el maldito río se quedó seco; los hamareanos lo habían represado al otro lado de la Angostura. Pasaron por el lecho del río y escaparon sin dejar rastro.

«Ésa es una lección que nunca olvidaré», pensó.

—Este lugar servirá —dijo Mat, con la mano en el mapa—. ¿Elayne?

—Adelante —accedió ella—. Espero que sepas lo que haces, Mat.

Cuando dijo aquello, los dados empezaron a rodar en la cabeza de Mat.

Galad cerró los ojos de Trom. Había buscado en el campo de batalla al norte de Cairhien durante más de una hora hasta encontrarlo. Trom se había desangrado y sólo unos pocos pliegues de su capa seguían siendo blancos. Galad le quitó los galones de oficial del hombro —que sorprendentemente no se habían manchado— y se incorporó.

Estaba cansado hasta la médula. Echó a andar de vuelta a través del campo de

batalla y dejó atrás montones de muertos. Los grajos y los cuervos ya habían llegado y tapizaban el paisaje tras él. Una negrura ondulante, agitada, que cubría el suelo como moho. Había tantas aves carroñeras que desde lejos parecía como si el suelo se hubiera quemado.

De vez en cuando, Galad se cruzaba con hombres que, como él, buscaban amigos entre los muertos. Cosa sorprendente, había pocos saqueadores; en un campo de batalla había que estar alerta con esa clase de gente. Elayne había sorprendido a unos cuantos que intentaban escabullirse de Cairhien. Había amenazado con colgarlos.

«La guerra la ha endurecido —pensó Galad mientras regresaba al campamento andando con dificultad—. Eso está bien». De pequeña, a menudo tomaba decisiones guiada por el corazón. Ahora era una reina y actuaba como tal. En fin, ojalá estuviera en su mano poder enderezarla en cuanto a pautas de moral. No es que fuera mala persona, pero Galad querría que su hermana —al igual que otros monarcas— pudiera ver las cosas con la claridad que las veía él.

Empezaba a aceptar que no lo hicieran así. Empezaba a aceptar que no pasaba nada siempre y cuando intentaran hacerlo lo mejor posible. Lo que quiera que alentara en su interior que le permitía ver lo correcto de las cosas era, obviamente, un don de la Luz, y despreciar a otros porque no habían nacido con tal don era un error. Igual que sería un error despreciar a un hombre porque hubiera nacido con una sola mano y fuera, en consecuencia, peor espadachín.

Pasó por delante de muchos soldados vivos que se habían sentado en las escasas zonas del campo que no estaban manchadas de sangre o llenas de cadáveres. Esos hombres no parecían los vencedores de una batalla, a pesar de que la llegada de los Asha’man los había salvado del desastre. El truco de la lava le había dado al ejército de Elayne el respiro que necesitaba para reagruparse y atacar.

La batalla había sido rápida, pero brutal. Los trollocs no se rendían y tampoco se les podía permitir que abrieran una brecha y escaparan. Así que Galad y los otros habían seguido combatiendo, sangrando y muriendo mucho después de que resultara obvio que se alzarían con la victoria.

Los trollocs habían muerto. Los hombres que quedaban estaban sentados y contemplaban con fijeza los cadáveres que alfombraban el campo como si fueran incapaces de reaccionar ante la perspectiva de buscar a los escasos supervivientes entre los muchos millares de muertos.

El sol poniente y las nubes sofocantes enrojecían la luz y daban a los rostros un matiz como si estuvieran teñidos de sangre.

Galad llegó por fin a la alargada loma que había marcado la división entre los dos campos de batalla. La subió despacio, rechazando toda idea de lo agradable que sería tumbarse en una cama. O en un jergón, en el suelo. O en una piedra lisa, en un lugar apartado, donde echarse envuelto en la capa.

El aire fresco en lo alto de la loma lo pilló por sorpresa. Llevaba oliendo sangre y muerte tanto tiempo que ahora era el aire limpio lo que le olía raro. Sacudió la cabeza y siguió adelante pasando al lado de fronterizos que salían con paso cansino a través de accesos. Los Asha'man había ido al norte para contener a los trollocs a fin de que los ejércitos de lord Mandragoran pudieran escapar.

Por lo que Galad había oído, los ejércitos fronterizos habían quedado reducidos a una mínima parte de lo que eran antes. Quienes más habían sufrido por la traición de los grandes capitanes eran lord Mandragoran y sus hombres. Pensarlo ponía enfermo a Galad, porque la batalla de aquí no había sido un paseo para él ni para nadie de los que estaban con Elayne, sino una experiencia horrible, y a pesar de lo espantosa que había sido, a los fronterizos les había ido aún peor en la suya.

Le costó trabajo evitar que se le revolviera el estómago al contemplar desde lo alto de la loma el número ingente de aves carroñeras que habían acudido a darse un festín. Los esbirros del Oscuro caían y los esbirros del Oscuro se engullían a sí mismos.

Galad encontró por fin a Elayne. Las apasionadas palabras que dirigía a Tam al'Thor y a Arganda lo dejaron estupefacto.

—Mat tiene razón —decía—. El Campo de Merrilor es un buen campo de batalla. ¡Luz! Ojalá pudiera dar más tiempo a la gente para descansar. Tendremos sólo unos pocos días, una semana como mucho, antes de que los trollocs lleguen a Merrilor siguiendo nuestros pasos. —Meneó la cabeza—. Tendríamos que haberlo visto venir, tendríamos que haber sospechado el ataque de los sharaníes. Cuando todo parecía ir en su contra, por supuesto que era de esperar que el Oscuro se sacara unas cuantas cartas de la manga para ganar la partida.

El orgullo le exigía a Galad permanecer de pie mientras oía la conversación de Elayne con los otros comandantes. Sin embargo, por una vez, su orgullo no logró imponerse; Galad se sentó en una banqueta, inclinado hacia adelante.

—Galad —dijo Elayne—, te digo en serio que deberías dejar que uno de los Asha'man te aliviara la fatiga. Ese empeño de tratarlos como si fueran unos marginados es absurdo.

Galad se puso erguido.

—No tiene nada que ver con los Asha'man —espetó. Demasiado brusco y argumentador. Estaba cansado—. Este agotamiento me recuerda lo que hemos perdido hoy. Es una extenuación que mis hombres deben soportar, así que yo también lo haré, porque si no, olvidaré lo cansados que están y les exigiré más de lo debido.

Elayne lo miró con el entrecejo fruncido. Hacía mucho tiempo que a Galad había dejado de importarle si sus palabras la ofendían. Parecía que no podía opinar siquiera que hacía un día muy agradable o que su té estaba caliente sin que, de un modo u otro, se diera por ofendida.

Habría sido estupendo que Aybara no se hubiese ido. Ese hombre era un líder —uno de los pocos que Galad conocía— con quien podía hablar sin la preocupación de que pudiera ofenderlo. Quizá Dos Ríos sería un buen sitio para que un Capa Blanca se instalara.

Por supuesto, había una historia de ciertas hostilidades entre ellos. Tendría que trabajar en eso…

«Me he referido a mis compañeros como Capas Blancas —se dijo para sus adentros al cabo de un instante—. Así es como pienso en los Hijos ahora». Hacía mucho tiempo que no había hecho tal cosa de un modo inconsciente.

—Majestad —dijo Arganda.

Se encontraba al lado de Logain, el cabecilla de los Asha'man, y de Havien Nurelle, el nuevo comandante de la Guardia Alada. Talmanes, de la Compañía de la Mano Roja, subía penosamente con unos cuantos comandantes de los saldaeninos y de la Legión del Dragón. A corta distancia estaba sentado Haman, un Mayor de los Ogier; contemplaba fijamente el ocaso, con aire aturdido.

—Majestad —repitió Arganda—, soy consciente de que consideráis esto una gran victoria…

—Es que es una gran victoria —se adelantó Elayne—. Debemos persuadir a los hombres de que lo vean así. Hace menos de ocho horas, yo daba por hecho que todo nuestro ejército acabaría exterminado. Hemos vencido.

—Al precio de la mitad de nuestros efectivos —apuntó con suavidad Arganda.

—Seguiré considerando el resultado como una victoria —insistió Elayne—. Esperábamos una destrucción total.

—La única que ha sacado provecho hoy ha sido la muerte —comentó Nurelle en voz queda. Parecía angustiado.

—No —intervino Tam al'Thor—, ella tiene razón. Las tropas tienen que entender lo que se ha conseguido merced a la pérdida de tantas vidas. Hemos de enfocar esto como una victoria. Ha de recordarse así en los relatos, y a los soldados hay que convencerlos para que lo vean de ese modo.

—Eso es una mentira —dijo Galad, sorprendiéndose a sí mismo.

—No lo es —rebatió al'Thor—. Hoy hemos perdido muchos amigos. Luz, todos nosotros los hemos perdido. Sin embargo, que centremos la atención en la muerte es lo que el Oscuro quiere que hagamos. Os reto a que rebatáis mis palabras y digáis que me equivoco. Debemos mirar y ver Luz, no Sombra, o acabará engulléndonos a todos.

—Al vencer aquí —manifestó Elayne, que puso énfasis a propósito en la palabra «vencer»—, hemos ganado tiempo para darnos un respiro. Nos reuniremos en Merrilor, nos atrincheraremos allí y les plantaremos cara en ese último reducto.

—Luz —susurró Talmanes—. Vamos a pasar por lo mismo otra vez, ¿no es

cierto?

—Sí, lo es —admitió Elayne a regañadientes.

Galad volvió la vista hacia los campos de muerte y se estremeció.

—Merrilor será peor —dijo luego—. La Luz nos ampare… Va a ser mucho peor.

33



El tabaco del príncipe

Perrin perseguía a Verdugo por el cielo.

Saltó desde una nube tormentosa, entre negra y plateada, en pos de Verdugo, que era una imagen borrosa en el cielo encendido. El aire palpitaba con el ritmo de los relámpagos y los vientos huracanados. Uno tras otro, los olores asaltaban a Perrin sin lógica. Barro en Tear. Una empanada quemándose. Basura pudriéndose. Una cala.

Verdugo se detuvo en la nube que había más adelante, hubo un *cambio* y se volvió en un abrir y cerrar de ojos, con el arco listo para disparar. La flecha salió a tal velocidad que el aire chisporroteó, aunque Perrin se las arregló para desviarla con el martillo. Se paró en la misma nube tormentosa que Verdugo e imaginó tener suelo firme debajo; el vapor acuoso del nubarrón se volvió sólido.

Perrin cargó a través de la agitada niebla gris oscuro, que era la capa superior de la nube, y atacó. Chocaron con un ruido metálico, ya que Verdugo había hecho aparecer un escudo y una espada. El martillo de Perrin golpeó contra el escudo de forma rítmica, al compás del retumbo del trueno. Un golpe con cada restallido.

Verdugo dio media vuelta para huir, pero Perrin logró asirle el borde de la capa. Mientras Verdugo trataba de desplazarse con un *cambio*, Perrin imaginó a ambos inmóviles. Sabía que lo estaban. No era una posibilidad. Era, sencillamente.

Ambos se quedaron desdibujados durante un instante y luego volvieron a la nube. Verdugo gruñó al tiempo que blandía la espada hacia atrás y cortaba la punta de la capa, liberándose. Se dio la vuelta para ponerse frente a Perrin y se desplazó de lado, al acecho, empuñando la espada con precaución. La nube tembló bajo ellos y el destello de un relámpago fantasmagórico iluminó la vaporosa neblina a sus pies.

—Te estás volviendo cada vez más molesto, lobezno —dijo Verdugo.

—Nunca has luchado contra un lobo que pudiera defenderse atacándote —dijo Perrin—. Los has matado a distancia. Matar así es fácil. Ahora has intentado cazar una presa que tiene dientes, Verdugo.

Su adversario resopló con desdén.

—Eres como un muchacho que juega con la espada de su padre —se mofó luego—. Peligroso, pero completamente ignorante de por qué o cómo usar esa arma.

—Veremos quién… —empezó Perrin.

Pero Verdugo arremetió abalanzándose con la espada por delante. Perrin imaginó

la espada embotada, que el aire se volvía denso para frenarla y que la piel se tornaba lo bastante dura para desviar el arma.

Un segundo después, se encontraba cayendo en el aire.

«¡Necio!», se increpó. Se había centrado tanto en el ataque que no había estado preparado cuando Verdugo cambió la solidez del apoyo en la nube. Perrin la atravesó y salió al cielo, con el aire zarandeándole las ropas. Se preparó, a la espera de la lluvia de flechas que lo seguiría nube abajo. Verdugo era tan previsible…

No hubo flechas. Perrin siguió cayendo unos instantes y luego maldijo; giró sobre sí mismo para ver una densa andanada de flechas que ascendía desde el suelo. *Cambio*. Desapareció justo unos segundos antes de que pasaran a través de donde había estado.

Apareció en el aire desplazado cien pies hacia un lado, todavía cayendo. No se molestó en frenar la caída; llegó al suelo con la dureza del cuerpo incrementada para aguantar el impacto. El golpe resquebrajó el suelo y levantó una nubecilla de polvo.

La tormenta era mucho peor que antes. El suelo allí —se encontraban en alguna parte al sur, un lugar cubierto de arbustos y con enredaderas trepando por los troncos de los árboles— estaba agrietado y marcado de agujeros. Los relámpagos eran constantes, tanto que apenas podía contar tres sin ver un destello.

No caía lluvia, pero el paisaje se desmenuzaba. Colinas enteras se desintegraban de repente. La que se alzaba a la izquierda de Perrin se disolvió en una estela de tierra y arena como un enorme montón de polvo arrastrado por el viento.

Perrin saltó a través del cielo cargado de desechos, en busca de Verdugo. ¿Habría vuelto a Shayol Ghul mediante un *cambio*? No. Otras dos flechas hendieron el cielo volando hacia Perrin. Verdugo era muy bueno en lograr que el viento no afectara a las flechas.

Perrin las apartó de un manotazo y se lanzó hacia la dirección de donde habían llegado. Localizó a su adversario en un pico rocoso, azotado por el aire y con el suelo desmenuzándose a ambos lados de él.

Perrin bajó blandiendo el martillo. Verdugo se desplazó con un *cambio*, por supuesto, y el martillo golpeó la roca con un ruido semejante al de un trueno. Perrin gruñó. ¡Verdugo era tan rápido!

Él también lo era. Antes o después, alguno de los dos cometería un error. Y sería suficiente con uno.

Atisbó a Verdugo alejándose a saltos y lo siguió. Cuando Perrin se desplazó a la cumbre de la siguiente colina, las piedras se fracturaron tras él y el viento las arrastró hacia arriba. El Entramado se debilitaba. Por otro lado, su voluntad era mucho más fuerte ahora que se encontraba allí en persona. Ya no tenía que preocuparse por entrar en el sueño con excesiva intensidad y perderse a sí mismo en él. Había entrado con toda la fuerza que era posible.

En consecuencia, cuando Perrin se movía, el paisaje temblaba a su alrededor. El siguiente salto le mostró el mar más adelante. Había viajado hacia el sur mucho más lejos de lo que él había imaginado ¿Estarían en Illian? ¿O en Tear?

Verdugo llegó a la playa, donde el agua rompía contra las rocas; el viento había arrastrado la arena… si es que había habido arena antes. La tierra parecía estar volviendo a un estado primitivo, con la hierba arrancada de raíz y el suelo erosionado, dejando sólo piedra y olas rompientes.

Perrin aterrizó al lado de Verdugo. Por una vez no hubo *cambio*. Los dos estaban centrados en la lucha, en las arremetidas del martillo y la espada. Metal resonando contra metal.

Perrin estuvo a punto de acertar a descargar un golpe; el martillo pasó rozando la ropa de Verdugo. Oyó una maldición, pero un instante después Verdugo se volvía siguiendo el movimiento de la finta, con una gran hacha en la mano. Perrin se preparó y recibió el hachazo en el costado en el momento en que la piel se le endurecía.

El hacha no hizo que brotara sangre, ya que Perrin se había preparado para ello, pero sí llevaba un fuerte impulso en el movimiento. El golpe lanzó a Perrin por encima del mar.

Verdugo apareció sobre él un segundo después, zambulléndose con el hacha enarbolada. Perrin la paró con el martillo mientras caía, pero la fuerza del golpe lo empujó hacia abajo, al océano.

Ordenó al agua que retrocediera; el agua se retiró con rapidez burbujeando y bullendo como si la empujara un ventarrón. Perrin se puso derecho mientras caía y aterrizó en el fondo rocoso de la bahía, todavía húmedo; también se resquebrajó. El agua de mar se había alzado a su alrededor creando un muro circular de unos treinta pies de altura.

Verdugo se precipitó cerca, con un fuerte impacto. El hombre jadeaba por el esfuerzo del combate. Bien. En Perrin la fatiga se manifestaba con un intenso ardor en los músculos.

—Me alegro de que estuvieras allí —dijo Verdugo, que apoyó la espada en el hombro; el escudo había desaparecido—. Deseaba tanto que aparecieras y te inmiscuyeras cuando llegara a la caverna para matar al Dragón…

—¿Qué eres, Luc? —preguntó Perrin, cauteloso. *Cambio*. Se desplazó a un lado para mantener a Verdugo enfrente, en el círculo de piedra con muros de agua—. ¿Qué eres en realidad?

Verdugo se deslizó de lado sin dejar de hablar para tranquilizar a su presa —Perrin era consciente de ello— y que bajara la guardia.

—Lo he visto, ¿sabes? —comentó en voz baja—. Al Oscuro, al Gran Señor, como algunos lo llaman. Ambos nombres son burdos, casi insultantes. Eufemismos.

—¿De verdad crees que él te recompensará? —espetó Perrin—. ¿Cómo no te das

cuenta de que una vez que hayas hecho lo que quiere se deshará de ti, como ya lo ha hecho con tantos otros?

Verdugo se echó a reír.

—¿Acaso se deshizo de los Renegados cuando fracasaron y quedaron recluidos con él en la Perforación? —preguntó a su vez luego—. Podría haberlos matado a todos y condenar sus almas a un eterno tormento. ¿Lo hizo?

Perrin no contestó.

—El Oscuro no se deshace de herramientas útiles —dijo Verdugo—. Fállale y puede que te imponga un castigo, pero descartarte, nunca. Es como una señora de la casa con sus teteras rotas y sus ovillos de hilo enredados guardados en el fondo de cestos, esperando a que llegue el momento oportuno de que vuelvan a ser útiles. Ahí es donde te equivocas, Aybara. Un simple humano podría acabar con una herramienta que funciona bien por miedo a que llegue a amenazarlo. No es la forma de actuar del Oscuro. Me recompensará.

Perrin abrió la boca para contestar; creyéndolo distraído, Verdugo se desplazó con un *cambio* justo delante de él para atacarlo. Perrin desapareció y Verdugo sólo golpeó el aire. El hombre giró rápidamente sobre sus talones, con la espada hendiendo el aire, pero Perrin se había trasladado al lado opuesto con un *cambio*. Pequeñas criaturas marinas con muchos brazos ondulaban cerca de sus pies, desconcertadas por la repentina falta de agua. Algo más grande y oscuro nadaba en la oscura agua, detrás de Verdugo.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Perrin—. ¿Qué eres?

—Soy audaz. —Verdugo avanzó—. Y estoy cansado de tener miedo. —En esta vida hay depredadores y hay presas. A menudo, los propios depredadores se convierten en comida de otro. La única forma de sobrevivir es subir en la cadena alimentaria, convertirse en el cazador.

—¿Por eso matas lobos?

Verdugo exhibió una sonrisa peligrosa, con la cara en sombras. Con las nubes tormentosas en lo alto y las altas paredes de agua, estaba oscuro allí, en el fondo, si bien la extraña luz del Sueño del Lobo penetraba en aquel lugar, aunque fuera amortiguada.

—Los lobos y los hombres son los mejores cazadores de este mundo —dijo Verdugo con suavidad—. Mátalos y te encumbrarás por encima de ellos. No todos tenemos el… privilegio de crecer en un hogar acogedor con una cálida chimenea y las risas de unos hermanos.

Perrin y Verdugo aún giraban uno en torno al otro, las sombras mezcladas, los destellos de los rayos rielando a través del agua.

—Si supieras cómo ha sido mi vida aullarías —dijo Verdugo—. La desesperación, el dolor… Enseguida encontré mi camino. Mi poder. En este lugar soy

un rey.

Saltó a través del hueco abierto en el agua, tan veloz que su figura se tornó borrosa. Perrin se preparó para arremeter, pero Verdugo no sacó la espada. Chocó contra él y ambos atravesaron el muro de agua. El mar se agitó y burbujeó a su alrededor.

Oscuridad. Perrin creó luz haciendo de algún modo que las rocas que tenía a los pies brillaran. Verdugo le sujetaba la capa con una mano y con la otra lo atacaba en la oscura agua, la espada dejando una estela de burbujas pero moviéndose con tanta rapidez como en el aire. Perrin chilló, y de la boca salieron burbujas. Intentó parar el golpe, pero los brazos se le movieron con aletargados.

En ese instante, como si estuviera congelado el tiempo, Perrin intentó imaginar que el agua no lo estorbaba, pero su mente rechazaba la idea. No era natural. No podía ser.

Desesperado, con la espada de Verdugo casi a punto de herirlo, Perrin congeló el agua alrededor de los dos. Aquello casi lo aplastó, pero dejó inmovilizado a Verdugo un instante efímero mientras él se orientaba. Hizo desaparecer la capa para no arrastrar consigo a Verdugo y… *Cambio*.

Apareció en una playa pedregosa, al lado de una empinada ladera medio destruida por la fuerza del mar. Cayó a gatas, jadeando. El agua le chorreaba por la barba; sentía la mente… embotada. Le costaba trabajo pensar que el agua desaparecía para quedarse seco.

«¿Qué está ocurriendo?», pensó, tembloroso. A su alrededor, la tormenta bramaba, arrancaba corteza de los troncos de árboles cuyas ramas ya se habían desgajado. Estaba… demasiado cansado. Exhausto. ¿Cuánto hacía que no dormía? En el mundo real habían pasado semanas, pero no podían haber sido semanas también en el Sueño del Lobo. Era…

El mar burbujeó, agitado. Perrin se dio la vuelta. Había conservado el martillo de algún modo, y lo levantó para hacer frente a Verdugo.

Las aguas siguieron moviéndose, pero nada salió de ellas. De repente, a su espalda, la prominencia se partió en dos. Perrin sintió algo pesado que lo golpeaba con fuerza en el hombro, como un puñetazo. Cayó de rodillas al tiempo que se revolvía para mirar la elevación hendida por la mitad, con Verdugo de pie al otro lado, encajando otra flecha en la cuerda del arco.

Perrin hizo un *cambio*, desesperado; el dolor, con retraso, le abrasó el costado y le recorrió todo el cuerpo.

—Lo único que digo es que se están combatiendo batallas y nosotros no estamos allí —declaró Mandevwin.

—Siempre hay batallas combatiéndose en alguna parte —replicó Vanin, que se

echó hacia atrás y se apoyó en la pared exterior de un almacén en Tar Valon. Faile los oía a medias, con la mente en otra parte—. Nosotros ya hemos luchado lo nuestro. Y lo que yo digo es que estoy contento de haber escurrido el bulto de ésta en particular.

—La gente está muriendo —argumentó Mandevwin en tono desaprobador—. No es una batalla más, Vanin. ¡Es el Tarmon Gai'don!

—Lo cual significa que nadie nos paga —dijo el otro hombre.

—Pagar… —farfulló Mandevwin—. Por luchar en la Última Batalla… ¡Truhán!

Faile sonrió mientras observaba el registro de abastecimiento. Los dos Brazos Rojos haraganeaban en la puerta mientras sirvientes que llevaban en la ropa la Llama de Tar Valon cargaban la caravana de Faile. Detrás de ellos, la Torre Blanca se erguía sobre la ciudad.

Al principio se había sentido molesta por las bromas, pero el modo en que Vanin chinchaba al otro hombre le recordaba a Gilber, uno de los intendentes de su padre, allá en Saldaea.

—Venga, Mandevwin —continuó Vanin—, ¡pero si es que no pareces un mercenario ni por asomo! ¿Y si lord Mat te oyera?

—Lord Mat combatirá —contestó Mandevwin.

—Combate cuando tiene que hacerlo —dijo Vanin—. No es nuestro caso ahora. Mira, estos suministros son importantes, ¿sí? Y alguien tiene que protegerlos, ¿correcto? Pues aquí estamos nosotros.

—Es que no veo por qué este trabajo requiere nuestra presencia. Yo tendría que estar ayudando a Talmanes a dirigir la Compañía, y todos vosotros tendríais que estar protegiendo a lord Mat…

Faile sabía cómo acababa esa frase dejada en suspenso. Lo que todos pensaban: «Vosotros deberías estar protegiendo a lord Mat de esos seanchan».

Los soldados se habían tomado con calma la desaparición de Mat, y luego también su reaparición con los seanchan. Al parecer, esperaban esa clase de comportamiento de «lord» Matrim Cauthon. Faile tenía una tropa de cincuenta de los mejores hombres de la Compañía, incluido el capitán Mandevwin, el teniente Sandip, y varios Brazos Rojos que habían sido muy recomendados por Talmanes. Ninguno de ellos sabía que el verdadero propósito de su presencia era proteger el Cuerno de Valere.

De haber podido, tendría que haber llevado diez veces ese número de hombres. Tal como estaban las cosas, cincuenta hombres ya resultaba sospechoso. Esos cincuenta eran lo mejorcito de la Compañía, algunos sacados de posiciones de mando. Tendría que bastar con ellos.

«No vamos lejos —pensó Faile, que revisó la siguiente página del registro. Tenía que fingir que su interés eran los suministros—. ¿Por qué estoy tan preocupada?»

Sólo tenía que llevar el Cuerno de Valere a Merrilor, ahora que Cauthon había

aparecido por fin. Ya había estado encargada de tres caravanas desde distintas localidades y con los mismos guardias, de modo que su tarea actual no tendría por qué resultar sospechosa en lo más mínimo.

Había elegido a la Compañía a propósito. A los ojos de la mayoría eran simples mercenarios y, en consecuencia, las tropas menos importantes —y— menos dignas de confianza —del ejército. Sin embargo, a pesar de sus protestas respecto a él —puede que no lo conociera bien, pero el modo en que Perrin hablaba de su amigo le bastaba—, Mat sabía inspirar lealtad en sus hombres. Los que acababan a las órdenes de Mat eran como él. Intentaban escabullirse del deber y preferían jugar y beber que hacer algo útil, pero en un apuro lucharían como diez hombres cada uno de ellos.

En Merrilor, Cauthon tendría una buena excusa para ver qué tal les iba a Mandevwin y a sus hombres. Llegado ese momento, Faile le entregaría el Cuerno. Por supuesto, también iba acompañada por algunos miembros de *Cha Faile* como guardias. Quería tener con ella a otras personas en las que sabía con seguridad que podía confiar.

Cerca, Laras —la Maestra de las Cocinas de Tar Valon— salió del almacén agitando un dedo a varias chicas de la servidumbre. La mujer se dirigió hacia Faile, seguida de un joven desgarbado que cojeaba y que cargaba con un pequeño arcón desvencijado.

—Esto es para vos, milady. —Laras señaló el arcón—. La Amyrlin en persona lo incluyó en vuestro cargamento como una ocurrencia tardía. ¿Algo sobre un amigo suyo, de su ciudad natal?

—Es tabaco para Matrim Cauthon —dijo Faile con una mueca de desagrado—. Cuando supo que la Amyrlin tenía una provisión de tabaco de Dos Ríos, insistió en comprarlo.

—Tabaco, en momentos así. —Laras meneó la cabeza y se limpió los dedos en el delantal—. Recuerdo a ese muchacho. En mis tiempos conocí a uno o dos chicos como él, siempre deambulando a hurtadillas cerca de las cocinas, como un perro callejero buscando sobras. Alguien debería encontrarle algo útil que hacer.

—Estamos en ello —repuso Faile mientras el sirviente de Laras colocaba el arcón en su carreta. Se encogió cuando el chico lo soltó de golpe y luego se sacudió las manos.

Laras asintió con la cabeza y regresó al almacén. Faile apoyó los dedos en el arcón. Los filósofos afirmaban que el Entramado no tenía sentido del humor. El Entramado y la Rueda simplemente eran; les daba igual, no tomaban partido. Sin embargo, Faile no podía evitar pensar que, en alguna parte, el Creador la miraba con una sonrisa burlona. Se había marchado de casa con la cabeza llena de sueños arrogantes, una chica que se imaginaba a sí misma embarcada en la gran aventura de encontrar el Cuerno.

La vida se había encargado de echar abajo esas fantasías con una zancadilla, dejándola para que se incorporara por sus propios medios. Había madurado, había empezado a prestar atención a lo que era realmente importante. Y ahora… Ahora el Entramado, casi con una despreocupada indiferencia, dejaba caer el Cuerno de Valere en su regazo.

Retiró la mano adrede, negándose a abrir el arcón. Tenía la llave, que le había sido entregada por separado, y comprobaría si el Cuerno estaba realmente dentro del arcón. Pero no en ese momento. No hasta que estuviera sola y razonablemente segura de que no era peligroso hacerlo.

Se subió a la carreta y posó de nuevo los dedos en el arcón.

—Sigue sin gustarme —decía Mandevwin, junto al almacén.

—A ti no te gusta nada —contestó Vanin—. Mira, el trabajo que estamos haciendo es importante. Los soldados tienen que comer.

—Supongo que es verdad —admitió Mandevwin.

—¡Lo es! —añadió una nueva voz.

Harnan, otro Brazo Rojo, se reunió con ellos. Faile reparó en que ninguno de los tres movía un dedo para ayudar a los sirvientes a cargar la caravana.

—Comer es maravilloso —dijo Harnan—. Y, si hay alguien entendido en el tema, desde luego eres tú, Vanin.

Harnan era un hombre de constitución robusta, con un rostro ancho y un halcón tatuado en la mejilla. Talmanes tenía plena confianza en él, y lo describía como un veterano superviviente de la «Matanza de los Seis Pisos» y de Hinderstap, significaran lo que significaran esos nombres.

—Vaya, eso duele, Harnan —protestó Vanin desde atrás—. Eso duele y mucho.

—Lo dudo —repuso Harnan con una sonrisa—. Para que algo te duela mucho, cualquier ataque tendría que atravesar primero toda esa grasa para llegar al músculo. ¡Dudo incluso que las espadas trollocs sean lo bastante largas para lograrlo!

Mandevwin estalló en carcajadas, y los tres hombres se alejaron. Faile pasó las últimas páginas del registro y después empezó a bajar de la carreta para llamar a Setalle Anan. La mujer había estado actuando como su ayudante en esos viajes con caravanas. Mientras bajaba, sin embargo, reparó en que no eran los tres miembros de la Compañía los que se habían marchado. Sólo lo habían hecho dos de ellos. El grueso Vanin todavía seguía allí. Al verlo, se detuvo.

Vanin se alejó de inmediato hacia otros soldados que andaban por los alrededores. ¿La habría estado vigilando?

—¡Faile! ¡Faile! Aravine dice que ha terminado de comprobar los manifiestos por ti. Podemos irnos, Faile.

Olver se encaramó precipitadamente al pescante. Había insistido en unirse a la caravana, y los miembros de la Compañía la habían persuadido de que se lo

permitiera. Incluso Setalle había sugerido que sería conveniente llevárselo con ellos. Al parecer, les preocupaba que Olver encontrara de algún modo la forma de llegar hasta la batalla si no lo vigilaban continuamente. Aunque a regañadientes, Faile había accedido a que los acompañara como encargado de hacer recados.

—Muy bien, pues —dijo. Volvió a subir a la carreta—. Supongo que podemos partir.

Las carretas se pusieron en movimiento con lentitud. Faile se pasó todo el tiempo tratando de no mirar el arcón mientras salían de la ciudad.

Intentó distraerse para no pensar en él, pero eso sólo le trajo a la mente otra preocupación agobiante: Perrin. Sólo lo había visto brevemente durante un viaje a Andor para recoger suministros. Él le había advertido que podría tener otra misión, pero se mostró reacio a hablar de ella.

Ahora había desaparecido. Perrin había delegado el mando en Tam, nombrándolo administrador, había cruzado un acceso a Shayol Ghul y había desaparecido. Faile había preguntado a los que habían estado allí, pero nadie lo había visto desde su conversación con Rand.

Estaría bien, ¿verdad? Ella era hija y esposa de soldados; sabía que no había que preocuparse demasiado. Pero nadie podía evitar preocuparse un poco. Perrin había sido el que había sugerido que fuera ella la guardiana del Cuerno.

Se preguntó, abstraída, si no lo habría hecho para mantenerla lejos del frente de batalla. Tampoco era que le importara mucho si lo había hecho por eso, aunque jamás se lo diría a él. De hecho, cuando todo aquello hubiera acabado, le insinuaría que se sentía ofendida para ver cómo reaccionaba. A Perrin había que recordarle que ella no era de las que se ponían cómodas esperando que las mimaran, a pesar de que su verdadero nombre implicara lo contrario.

Faile condujo su carreta, que iba en cabeza, hasta el puente de Jualdhe para salir de Tar Valon. Cuando habían cruzado más o menos la mitad, el puente tembló. Los caballos patearon y sacudieron la cabeza mientras Faile los frenaba y miraba hacia atrás. La vista de edificios meciéndose en Tar Valon le hizo comprender que los temblores no eran sólo en el puente, sino que se trataba de un terremoto.

Los otros caballos se agitaban y relinchaban, y los temblores hacían traquetear las carretas.

—¡Tenemos que salir del puente, lady Faile! —gritó Olver.

—El puente es demasiado largo para que logremos llegar al otro extremo antes de que esto termine —contestó ella con calma. Y había vivido otros terremotos en Saldaea—. Tenemos más probabilidades de salir heridos con la precipitación de escapar, que si nos quedamos aquí. Este puente es una construcción Ogier. Probablemente estamos más seguros en él que pisando suelo firme.

De hecho, el terremoto pasó sin que una sola piedra se soltara del puente. Faile

consiguió controlar a los caballos y reanudó la marcha. Quisiera la Luz que la ciudad no hubiera sufrido muchos daños. Ignoraba si los terremotos eran frecuentes allí. Con el Monte del Dragón cerca, habría al menos temblores de vez en cuando, ¿no?

Con todo, el terremoto le preocupaba. La gente hablaba de que la tierra se estaba volviendo inestable, que los crujidos en el suelo parecían reflejar el desgarro del cielo por los relámpagos y los truenos. Ya le habían contado más de una vez lo de las fisuras a modo de telarañas que agrietaban las rocas, y de la pura negrura que se veía por esas fisuras, como si se abrieran a la propia eternidad.

Una vez que el resto de la caravana dejó atrás la ciudad, Faile condujo las carretas al lado de unas compañías de mercenarios que esperaban su turno para Viajar. Faile no podía permitirse el lujo de insistir en tener preferencia; tenía que evitar llamar la atención. Así pues, a pesar de tener los nervios de punta, se acomodó en el pescante para esperar.

Su caravana fue la última de la fila ese día. Por fin, Aravine se acercó a la carreta de Faile, y Olver se desplazó hacia un lado para hacerle sitio. Ella le dio palmaditas en la cabeza. Un montón de mujeres tenían esa reacción con Olver, y él parecía muy inocente la mayor parte del tiempo. Faile no estaba convencida; estrechó los ojos al mirar al chico mientras él se acurrucaba junto a Aravine. Parecía que Mat tenía una gran influencia en el crío.

—Estoy contenta con la carga, milady —dijo Aravine—. Con esa lona tendremos suficiente material para levantar tiendas sobre las cabezas de la mayoría de los hombres del ejército. Aunque todavía andamos cortos de cuero. Sabemos que la reina Elayne hace marchar deprisa a sus hombres y enseguida nos pedirán cuero para botas nuevas.

Faile asintió con gesto abstraído. Al frente, un acceso se abrió a Merrilor y alcanzó a ver los ejércitos, que aún estaban reagrupándose. Durante el último par de días habían vuelto despacio, renqueantes, para lamerse las heridas. Tres campos de batalla, tres desastres de grado diverso. Luz. La llegada de los sharaníes había sido devastadora, al igual que la traición de los grandes capitanes, incluido su propio padre. Los ejércitos de la Luz habían perdido bastante más de un tercio de sus fuerzas.

En Campo de Merrilor los comandantes deliberaban y sus soldados reparaban armaduras y armas, preparándose para lo que venía a continuación. Una batalla final.

—… también necesitaremos más carne —continuaba Aravine—. Deberíamos sugerir unas cuantas partidas de caza a través de accesos en los próximos días para ver qué encontramos.

Faile asintió de nuevo con la cabeza. Era un alivio contar con Aravine. Aunque ella todavía revisaba informes y visitaba a los oficiales de intendencia, la meticulosa atención de la mujer le facilitaba mucho el trabajo, como un buen sargento que se

aseguraría de que sus hombres estuvieran en forma antes de una inspección.

—Aravine, no has aprovechado los accesos para ir a ver a tu familia en Amadicia —dijo.

—Allí ya no queda nada para mí, milady.

Aravine se negaba admitir con obstinación que había sido una noble antes de que los Shaido la hicieran prisionera. En fin, al menos no actuaba como algunos de los antiguos *gai'shain*, con docilidad y sumisión. Si Aravine estaba decidida a dejar atrás su pasado, entonces Faile le daría con gusto la oportunidad de hacerlo. Era lo menos que le debía a esa mujer.

Mientras hablaban, Olver se bajó para ir a charlar con algunos de sus «tíos» entre los Brazos Rojos. Faile miró hacia un lado cuando Vanin pasó a caballo con otros dos exploradores de la Compañía. El hombre hablaba jovialmente con sus compañeros.

«Estás interpretando mal esa mirada de él —se dijo Faile—. No hay nada sospechoso en ese hombre; lo que pasa es que estás nerviosa a causa del Cuerno».

Aun así, cuando Harnan se acercó para ver si necesitaba algo —un miembro de la Compañía hacía eso cada media hora— le preguntó sobre Vanin.

—¿Vanin? —dijo Harnan desde el caballo—. Un buen tipo. A veces puede dar la tabarra charlando más de la cuenta, milady, pero que eso no os estropee el día. Es nuestro mejor explorador.

—Pues no entiendo cómo —replicó ella—. Me refiero a que no puede moverse con rapidez ni en silencio con ese volumen, ¿verdad?

—Os sorprendería, milady —contestó Harnan con una risa—. Me gusta tomarle el pelo, pero es realmente bueno.

—¿Alguna vez ha tenido problemas disciplinarios? —inquirió Faile, que procuró elegir las palabras con cuidado—. ¿Disputas? ¿Birlar cosas de las tiendas de otros hombres?

—¿Vanin? —Harnan se echó a reír—. Se tomará vuestro brandy si lo dejáis, y luego os devolverá la botella casi vacía. Y, para ser sincero, es posible que hubiera algunos hurtos en su pasado, pero que yo sepa no ha estado metido en ninguna pelea. Es un buen hombre. No tenéis que preocuparos por él.

¿Algunos hurtos en su pasado? Harnan, sin embargo, parecía no querer extenderse más sobre ese tema.

—Gracias —dijo, aunque siguió preocupada.

Harnan se llevó la mano a la cabeza en una especie de saludo y luego se alejó al trote. Pasaron tres horas más antes de que una Aes Sedai acudiera para tramitar el paso de la caravana. Berisha se acercó despacio, como si diera un paseo, al tiempo que revisaba de forma crítica la caravana. La otra Aes Sedai que trabajaba en la zona de Viaje ya había regresado a Tar Valon a esas horas, y el sol empezaba a bajar hacia el horizonte.

—Caravana con alimentos y lona —dijo Berisha mientras examinaba el registro de abastecimiento de Faile—. Con destino a Campo de Merrilor. Les hemos enviado siete caravanas hoy hasta este momento. ¿Por qué otra? Imagino que a los refugiados de Caemlyn les podría ir igual de bien este suministro.

—En el Campo de Merrilor va a tener lugar una gran batalla muy pronto —contestó Faile, que controló el genio con dificultad. A las Aes Sedai no les gustaba que se les hablara de ese modo—. Dudo que podamos proveerlos en exceso.

Berisha resopló con desdén.

—Digo que es demasiado —repitió la mujer, que parecía sufrir de insatisfacción crónica.

—La Amyrlin no es de la misma opinión —replicó Faile—. Un acceso, por favor. Se está haciendo tarde.

«Y si queréis hablar de despilfarro, ¿por qué no tenéis en cuenta que me hacéis recorrer todo el camino desde el centro de la ciudad hasta aquí y esperar, en lugar de enviarme directamente desde el recinto de la Torre Blanca?»

La Antecámara de la Torre quería una única zona de Viaje para tropas numerosas o movimientos de suministros a fin de mantener un control de quién entraba y salía de Tar Valon. Faile entendía que tomaran esa precaución, aunque a veces fuera frustrante.

La burocracia era la burocracia, y Berisha por fin adoptó un gesto de concentración previo a la apertura de un acceso. Pero, antes de que pudiera tejer el acceso, el suelo empezó a retumbar.

«Otra vez no», pensó Faile con un suspiro. En fin, era frecuente que se produjeran réplicas menos intensas después de un…

Una serie de afiladas puntas de cristal negro empezaron a hender el suelo a corta distancia y salieron hacia arriba unos diez o quince pies. Una alanceó al caballo de un Brazo Rojo y salpicó sangre en el aire mientras la punta atravesaba a ambos, bestia y hombre.

—¡Burbuja maligna! —gritó Harnan, cerca.

Otras puntas cristalinas —algunas del grueso de una lanza, otras anchas como una persona— brotaron del suelo. Faile, frenética, intentó controlar a los caballos de su carreta. Los animales patearon hacia un lado y giraron la carreta, a punto de volcarla, a la par que ella tiraba de las riendas.

A su alrededor se había desatado un caos. Las puntas irrumpían a través del suelo en grupos, cada una de ellas afilada como una navaja de afeitar. Una carreta se partió cuando los cristales destruyeron el lado izquierdo. Los víveres se desparramaron en la hierba muerta. Algunos caballos se encabritaron y otras carretas se volcaron. Las puntas de cristal siguieron brotando y aparecieron por todo el campo vacío. En el pueblo cercano, al final del puente de Tar Valon, se alzaron gritos.

—¡Acceso! —gritó Faile, que seguía forcejeando con los caballos—. ¡Hacedlo!

Berisha saltó hacia atrás cuando unas puntas salieron del suelo, cerca de sus pies. Pálido el semblante, la Aes Sedai les echó una mirada, y fue entonces cuando Faile advirtió que algo se movía dentro de los oscuros cristales. Algo que parecía humo.

Una punta salió a través del pie de Berisha. La mujer chilló y se arrodilló justo en el momento en que una línea de luz dividía el aire. Gracias a la Luz, la Aes Sedai mantuvo el tejido y —con lo que parecía una lentitud glacial— la línea luminosa rotó y se abrió un agujero lo bastante amplio para una carreta.

—¡A través del acceso! —gritó Faile, pero su voz se perdió en el tumulto.

Cerca, a su izquierda, surgieron cristales del suelo y le saltó tierra a la cara. Los caballos patalearon y después emprendieron galope. No queriendo perder el control por completo, Faile los condujo hacia el acceso. Justo antes de cruzarlo, sin embargo, tiró de las riendas hasta pararlos, encabritados.

—¡Por el acceso! —gritó a los otros.

De nuevo, la voz se perdió en la batahola. Por suerte, los Brazos Rojos respondieron a su llamada, cabalgaron a lo largo de la desordenada fila, aferraron las riendas de los caballos, y condujeron las carretas hacia el acceso. Otros hombres recogieron a los que habían caído al suelo.

Harnan pasó a galope tendido, cargado con Olver. Lo seguía Sandip, con Setalle Anan asida a él por la espalda. La frecuencia de la salida de los cristales aumentó. Uno surgió cerca de Faile, que, horrorizada, comprobó que los movimientos de esa especie de humo ondulante del interior tenían forma. Figuras de hombres y mujeres que gritaban, como si estuvieran atrapados dentro.

Se echó hacia atrás, espantada. A corta distancia, la última carreta que aún funcionaba atravesó el acceso traqueteando. Dentro de poco todo el campo estaría sembrado de cristales. Algunos miembros de la Compañía ayudaban a los heridos a subir a los caballos, pero dos cayeron cuando en los cristales empezaron a brotar puntas nuevas por los lados. Había que irse. Aravine pasó a su lado y asió las riendas que sostenía Faile para ponerla a salvo.

—¡Berisha! —gritó Faile.

La Aes Sedai estaba arrodillada al lado del portal; el sudor le corría por el demudado semblante. Faile saltó del pescante y asió a la mujer por el hombro mientras Aravine tiraba de la carreta a través del acceso.

—¡Vámonos! —le dijo Faile—. Yo te ayudaré.

La mujer se tambaleó y después cayó de lado, sujetándose el estómago. Faile advirtió con un sobresalto que salía sangre entre los dedos de la mujer. Berisha miró al cielo, abriendo y cerrando la boca, sin emitir sonido alguno.

—¡Milady! —Mandevwin llegó a galope del otro lado del acceso—. ¡Me da igual adónde lleva! ¡Tenemos que pasar!

—¿Qué…?

Enmudeció cuando Mandevwin la asió por la cintura y la alzó en vilo en el momento en que unos cristales estallaban cerca. El hombre galopó a través del acceso, sujetándola.

El acceso se cerraba de golpe un instante después.

Faile jadeaba cuando Mandevwin la soltó. Miró hacia donde había estado el acceso.

Las palabras del hombre finalmente cobraron sentido para ella. «Me da igual adónde lleva…» Él había visto algo que ella, en su afán por poner a todo el mundo a salvo, no había visto.

El acceso no conducía a Campo de Merrilor.

—¿Dónde…? —susurró Faile mientras se reunía con los demás.

Todos contemplaban de hito en hito el horrendo paisaje. Un calor abrasador, plantas cubiertas de motas oscuras, un hedor horrible en el aire.

Se encontraban en la Llaga.

Aviendha masticaba su ración, crujientes copos de avena mezclados con miel. Sabían bien. Estar cerca de Rand significaba que las reservas de comida no se estropeaban.

Alargó la mano hacia el odre de agua y vaciló. Últimamente bebía mucha agua. Rara vez se paraba a pensar en lo valiosa que era. ¿Ya había olvidado las lecciones que había aprendido durante su regreso a la Tierra de los Tres Pliegues para visitar Rhuidean?

«¡Luz! —pensó, llevándose el odre a los labios—. ¿Y a quién le importa? ¡Es la Última Batalla!»

Se encontraba sentada en el suelo de una tienda Aiel grande, en el valle de Thakan'dar. Cerca, Melaine comía su ración. La mujer estaba a punto de cumplir el periodo de gestación de los mellizos, y el vestido y el chal se ceñían sobre el vientre abultado. Del mismo modo que una Doncella tenía prohibido combatir si estaba embarazada, Melaine tenía prohibido realizar cualquier actividad peligrosa. Había ido voluntariamente a colaborar en el sitio de Curación de Berelain en Mayene, pero de forma regular comprobaba el progreso de la batalla. Muchos *gai'shain* habían ido a través de accesos para ayudar en lo que pudieran, aunque sólo fuera acarrear agua, o tierra para los parapetos que Ituralde había ordenado levantar para dar a los defensores cierta protección.

Un grupo de Doncellas que comían cerca charlaban con el lenguaje de signos. Aviendha podría haberlo leído, pero no lo hizo. Lo único que conseguiría sería despertar el deseo de poder sentarse con ellas. Se había convertido en Sabia y había renunciado a su vida anterior. Lo cual no significaba que hubiera purgado todos los

residuos de envidia. Así pues, limpió el cuenco de madera, lo guardó en la mochila, se puso de pie y salió de la tienda.

Fuera, la noche era fría. Faltaba alrededor de una hora para el amanecer y casi parecía la Tierra de los Tres Pliegues de noche. Aviendha alzó la vista hacia la montaña que dominaba el valle; a pesar de la oscuridad de la madrugada, alcanzaba a ver el agujero que llevaba a su interior.

Habían pasado muchos días desde que Rand había entrado. Ituralde había regresado al campamento la noche antes como aturdido y con una historia sobre haber estado retenido por lobos y por un hombre que afirmaba que Perrin Aybara lo había enviado para secuestrar al gran capitán. Ituralde había sido detenido y no había protestado.

Los trollocs no habían atacado el valle en todo el día. Los defensores todavía los retenían en el paso. La Sombra parecía esperar algo. Quisiera la Luz que no fuera otro ataque de Myrddraal. El último casi había acabado con la resistencia. Aviendha había reunido a los encauzadores una vez que los Seres de Cuencas Vacías habían entrado para matar a los humanos que defendían la boca del paso; debían de haberse dado cuenta de que exponerse en gran número era absurdo y huyeron a la seguridad del paso una vez que empezó el encauzamiento.

En cualquier caso, se sentía agradecida por ese raro momento de descanso y relativa paz entre los ataques. Contempló aquel agujero en la montaña, dentro de la cual combatía Rand. Se notaba una especie de pulsación fuerte procedente de su interior; oleadas de encauzamiento poderoso. Varios días en el exterior, mas ¿cuánto tiempo habría pasado dentro? ¿Un día? ¿Horas? ¿Minutos? Las Doncellas que protegían el sendero que subía por la ladera afirmaban que tras cuatro horas de servicio, habían bajado de la montaña para descubrir que habían transcurrido ocho.

«Tenemos que resistir —pensó Aviendha—. Tenemos que luchar. Darle todo el tiempo que podamos».

Al menos sabía que estaba vivo. Eso lo sentía. Y su dolor.

Apartó la vista.

Entonces reparó en algo. Una mujer encauzaba en el campamento. Era débil, pero Aviendha frunció el entrecejo. A esa hora y sin haber combate, encauzar sólo debería tener lugar en la zona de Viaje, y no se encontraba en esa dirección.

Mascullando entre dientes, echó a andar a través del campamento. Probablemente era de nuevo alguna de las Detectoras de Vientos que no estaba de servicio. Rotaban por turnos entrando y saliendo del grupo que usaba el Cuenco de los Vientos de forma constante para mantener a raya la tempestad. La tarea se llevaba a cabo en lo alto de la pared septentrional del valle, bien guardada por una numerosa fuerza de Marinos. Tenían que utilizar accesos para subir allí arriba y cambiar los turnos.

Cuando las Detectoras de Vientos no se hallaban de servicio con el Cuenco,

acampaban con el resto del ejército. Aviendha les había dicho una y otra vez que mientras estuvieran en el valle no tenían permiso para encauzar por motivos secundarios. ¡Cualquiera pensaría, tras todos los años que habían pasado sin dejar que las Aes Sedai descubrieran sus poderes, que tendrían más autocontrol! Si pillaba otra vez a una de ellas utilizando el Poder Único para calentarse el té, la enviaría a Sorilea para que le diera una lección. Se suponía que estaban en un campamento seguro.

Aviendha se quedó parada de golpe. El encauzamiento no procedía del pequeño círculo de tiendas donde acampaban las Detectoras de Vientos.

¿Había descubierto una incursión? Una Señora del Espanto o una Renegada probablemente darían por sentado que —en un campamento tan grande, lleno de Aes Sedai, Detectoras y Sabias— nadie se fijaría en un discreto encauzamiento aquí o allí. Aviendha se agazapó de inmediato junto a una tienda cercana y evitó la luz de un farol colgado de un poste. De nuevo percibió el encauzamiento, muy leve. Se deslizó con sigilo hacia allí.

«Si al final resulta que es alguien calentando agua para un baño…»

Avanzó entre las tiendas, a través de la tierra dura. Al aproximarse, se quitó las botas y las dejó atrás; desenvainó su daga. No podía correr el riesgo de abrazar la Fuente para no revelar su presencia a quienquiera que fuera.

El campamento no dormía en realidad. Los guerreros que no se encontraban de servicio tenían problemas para conciliar el sueño allí. La fatiga entre las lanzas, incluidas las Doncellas, empezaba a convertirse en un problema. Protestaban de sufrir pesadillas terribles.

Aviendha siguió adelante en silencio y se deslizó entre las tiendas, evitando las que tenían luz dentro. Ese lugar los perturbaba a todos, así que no la sorprendió lo de las pesadillas. ¿Cómo iban a dormir en paz tan cerca de la morada del Oscuro?

Lógicamente, sabía que el Oscuro no estaba cerca; en realidad no. La Perforación no era su «morada». No «vivía» en ese lugar; existía fuera del Entramado, en su prisión. Aun así, acostarse allí era como intentar dormir mientras un asesino apostado junto a tu cama y empuñando un cuchillo contemplaba el color de tu pelo.

«Allí», pensó, aflojando el paso. El encauzamiento se paró, pero Aviendha estaba cerca. Los ataques de Draghkar y la amenaza de los Myrddraal deslizándose en la noche habían llevado a los cabecillas a repartir a los oficiales por todo el campamento, en tiendas en las que no hubiera nada externo que indicara cuál pertenecía a un comandante y cuál a un soldado de infantería. Sin embargo, Aviendha sabía que esa tienda pertenecía a Darlin Sisnera.

Darlin tenía el mando oficial de ese campo de batalla, ahora que Ituralde había caído. No era un general, pero el ejército teariano constituía el grueso de la defensa con los Defensores de la Ciudadela, sus unidades de elite. Su comandante, Tihera, no era un buen estratega, pero sí un hombre muy sagaz. Darlin, Rhuarc y él habían

estado proyectando sus planes de batalla tras la caída de Ituralde…

En la oscuridad, Aviendha casi pasó por alto las tres figuras en cuclillas que estaban un poco más adelante, justo fuera de la tienda de Darlin. Se comunicaban con gestos entre sí, en silencio, y Aviendha apenas distinguía detalles de los tres, ni siquiera de sus ropas. Enarboló el cuchillo y entonces un relámpago hendió el cielo y facilitó que viera mejor a uno de ellos. El hombre llevaba velo. Aiel.

«Deben de haber percibido también a la intrusa», pensó mientras se acercaba con sigilo y alzaba una mano para que no atacaran.

—Sentí que se encauzaba cerca —susurró—, y no creo que sea de una de nuestras encauzadoras. ¿La habéis visto?

Los tres la miraban fijamente, como estupefactos, aunque no distinguió detalles de los rostros.

Entonces la atacaron.

Aviendha maldijo y saltó hacia atrás cuando sus lanzas arremetieron y un cuchillo salió lanzado en su dirección. ¿Aiel Amigos Siniestros? Se sintió como una tonta. Debería haberlo imaginado.

Buscó la Fuente para abrazarla. Si una Señora del Espanto se encontraba cerca, notaría que Aviendha encauzaba, pero eso no podía evitarlo. Tenía que sobrevivir al ataque de esos tres.

Sin embargo, cuando Aviendha intentó abrazar el Poder Único, algo encajó con un chasquido entre ella y la Fuente. Un escudo, con tejidos que no veía.

Uno de esos hombres podía encauzar. La reacción de Aviendha fue instintiva. Rechazó el pánico, dejó de esforzarse en llegar a la Fuente, y se arrojó contra el que estaba más cerca. Asió con la mano la lanza que arremetía —haciendo caso omiso del dolor cuando la moharra le dio en las costillas— y tiró de él hacia sí para hundirle el cuchillo en el cuello.

Uno de los otros barbotó una maldición y Aviendha se encontró de repente atada con tejidos de Aire, incapaz de hablar ni de moverse. La sangre le empapaba la blusa y el costado herido. En el suelo, el hombre al que había apuñalado daba boqueadas y se sacudía. Los otros dos no movieron un dedo para ayudarlo.

Uno de los Amigos Siniestros se adelantó, ágil, casi invisible en la oscuridad. Aproximó la cara para examinar la de ella y luego hizo un gesto con la mano al otro. Una suave luz apareció junto a ellos y le dio una vista más clara de ella… y viceversa. Llevaban velos rojos, pero ése se los había bajado para luchar. ¿Por qué? ¿Qué era esto? Ningún Aiel que ella conociera hacía algo así. ¿Serían Shaido? ¿Se habían unido a la Sombra?

Uno de los hombres hizo unos cuantos gestos al otro. Era lenguaje de signos, no como el lenguaje de signos de las Doncellas, pero algo similar. El otro hombre asintió con la cabeza.

Aviendha forcejeó con las ataduras invisibles. Su voluntad chocó contra el escudo y mordió la mordaza de Aire. El Aiel de la derecha —el más alto, probablemente el que mantenía el escudo— gruñó. Aviendha notaba como si estuviera clavando los dedos al borde de una puerta casi cerrada, con luz, calor y poder al otro lado. Esa puerta no se movió ni una pulgada.

El Aiel alto estrechó los ojos y la miró. Dejó que la luz que había creado se desvaneciera y los sumió en la oscuridad. Aviendha oyó que sacaba una lanza.

Sonó una suave pisada, cerca. Los velos rojos lo oyeron y se volvieron con rapidez; Aviendha miró lo mejor que podía, pero no logró distinguir a la persona recién llegada.

Los hombres permanecieron completamente inmóviles.

—¿Qué es esto? —preguntó una voz de mujer.

Cadsuane. Se acercó con una linterna en la mano. Aviendha recibió un brusco tirón cuando el hombre que mantenía los tejidos tiró de ella hacia atrás, hacia las sombras, y Cadsuane no pareció darse cuenta de su presencia. Cadsuane sólo vio al otro hombre, que estaba más cerca del camino.

El Aiel salió de las sombras. También se bajó el velo.

—Me pareció oír algo aquí, cerca de las tiendas, Aes Sedai —dijo.

Tenía un acento extraño, uno que no era del todo correcto. Sólo un poquito. Un habitante de las tierras húmedas jamás notaría la diferencia.

«Éstos no son Aiel —pensó Aviendha—. Son algo distinto». Su mente se debatía con el concepto. ¿Aiel que no eran Aiel? ¿Aiel varones que encauzaban?

«Los hombres que venían aquí, a Shayol Ghul», comprendió con horror. Entre los Aiel, los varones en los que se desarrollaba la capacidad de encauzar partían con la misión de intentar matar al Oscuro. Solos, viajaban a la Llaga. Nadie sabía lo que les ocurría después de eso.

Aviendha empezó a forcejear otra vez en un intento de hacer ruido —cualquier ruido— para alertar a Cadsuane. Sus esfuerzos fueron en vano. Colgaba atada en el aire, en la oscuridad, y Cadsuane no miraba en su dirección.

—Bien, ¿y encontraste algo? —le preguntó Cadsuane al hombre.

—No, Aes Sedai.

—Hablaré con los guardias —dijo ella con un timbre insatisfecho—. Debemos estar alerta. Si un Draghkar o, lo que es peor, un Myrddraal consigue introducirse a hurtadillas, podría matar a docenas antes de que se descubriera su presencia.

Cadsuane dio media vuelta para marcharse. Aviendha sacudió la cabeza, con lágrimas de frustración en los ojos. ¡Qué cerca había estado!

El velo rojo que había hablado con Cadsuane se internó de nuevo en las sombras y se dirigió hacia Aviendha, que, con el destello de un relámpago, sorprendió una sonrisa en sus labios, gesto que fue remedado por el que mantenía sus ataduras.

El velo rojo que estaba delante de Aviendha sacó una daga del cinturón y alzó el brazo hacia ella. Aviendha miró esa daga, impotente, cuando él la alzó hacia su cuello.

Percibió que alguien encauzaba.

Las ataduras que la sujetaban desaparecieron al instante y cayó al suelo. Aviendha aferró la mano con la que el hombre asía el arma y lo vio abrir mucho los ojos. Aunque abrazó la Fuente por una pura reacción instintiva, movió antes las manos. Retorció la muñeca del hombre, rompiendo huesos donde la mano se unía al brazo. Agarró la daga con la otra mano y se la hundió en un ojo cuando el hombre empezaba a gritar de dolor.

El grito se cortó en seco. El velo rojo cayó a sus pies, y ella miró con ansiedad hacia el que estaba a su lado, el que la había inmovilizado con tejidos. Yacía muerto en el suelo.

Jadeante, avanzó a trompicones hacia el cercano camino y encontró a Cadsuane.

—Qué sencillo es parar el corazón de un hombre —dijo la Aes Sedai, cruzada de brazos. Parecía descontenta—. Tan semejante a la Curación y, sin embargo, con un efecto opuesto. Quizá sea algo perverso, pero todas las veces que he intentado entender por qué es peor que abrasar a un hombre hasta calcinarlo con fuego, he fracasado.

—¿Cómo…? —empezó Aviendha—. ¿Cómo os disteis cuenta de lo que eran?

—Yo no soy una espontánea instruida a medias —replicó Cadsuane—. Me habría gustado acabar con ellos cuando llegué, pero antes de actuar tenía que asegurarme. Cuando ése amenazó tu vida, lo supe.

Aviendha hizo unas cuantas respiraciones para aquietar los latidos del corazón.

—Y, por supuesto, estaba el otro —añadió Cadsuane—. El que encauzaba. ¿Cuántos guerreros Aiel pueden encauzar y lo habéis mantenido en secreto? ¿Esto era una anomalía o vuestro pueblo ha estado encubriéndolos?

—¿Qué? ¡No! No los encubrimos. O no lo hacíamos.

Aviendha ya no estaba segura de lo que harían a partir de ahora que se había limpiado la Fuente. Desde luego, habría que dejar de enviar a los hombres encauzadores para que murieran luchando con el Oscuro.

—¿Estás segura? —insistió Cadsuane con voz impasible.

—¡Sí!

—Lástima. Eso nos habría sido de gran ayuda ahora. —Cadsuane meneó la cabeza—. No me habría sorprendido, después de descubrir lo de esas Detectoras de Vientos. ¿Así que éstos sólo eran Amigos Siniestros normales y corrientes, con uno entre ellos que había ocultado su capacidad de encauzar? ¿Qué se traían entre manos esta noche?

—Éstos no son en absoluto Amigos Siniestros normales —dijo Aviendha en voz

queda mientras examinaba los cuerpos.

Velos rojos. El hombre que podía encauzar llevaba los dientes afilados en punta, pero los otros dos, no. ¿Qué significaba eso?

—Hemos de alertar al campamento —siguió—. Es posible que estos tres consiguieran entrar sin que les dieran el alto. Muchos centinelas de las tierras húmedas evitan enfrentarse a los Aiel. Dan por hecho que todos nosotros servimos al *Car'a'carn*.

Para muchos habitantes de las tierras húmedas, un Aiel era un Aiel. Necios. Aunque… para ser sincera, Aviendha tenía que admitir que su primera reacción al ver Aiel había sido considerarlos aliados. ¿Cuándo había ocurrido ese cambio en ella? Menos de dos años atrás, si hubiera visto a un *algai'd'siswai* desconocido rondando por ahí, lo habría atacado.

Aviendha siguió su examen de los hombres muertos; un cuchillo en cada uno de ellos, lanzas y arcos. Nada que fuera revelador. Sin embargo, su mente le susurraba que estaba pasando algo por alto.

—La encauzadora —dijo de repente al tiempo que alzaba la cabeza—. Fue una mujer usando el Poder Único lo que me trajo hacia aquí, Aes Sedai. ¿Erais vos?

—Yo no encaucé hasta que maté a ese hombre —contestó Cadsuane, con el entrecejo fruncido.

Aviendha volvió a adoptar una pose de lucha, agazapada; aprovechando las sombras, avanzó. ¿Qué podría encontrar a continuación? ¿A Sabias que servían a la Sombra? Cadsuane la miró ceñuda mientras ella exploraba la zona un poco más adelante. Pasó junto a la tienda de Darlin, donde los soldados apostados en la entrada, pegados a las lámparas, arrojaban sombras que se agitaban en la lona. Pasó cerca de soldados en grupos compactos que caminaban por los caminos, sin hablar. Llevaban antorchas, con lo que se cegaban la vista en la noche.

Aviendha había oído comentar a oficiales tearianos que era estupendo no tener que preocuparse, por una vez, de que sus centinelas dieran cabezadas estando de servicio. Con los relámpagos y los tambores trollocs sonando a corta distancia, así como las incursiones esporádicas de Engendros de la Sombra intentando colarse en el campamento… Los soldados estaban alerta. El aire helado olía a humo, con otros hedores pútridos que llegaban de los campamentos trollocs.

Por fin dio por terminado el rastreo y desanduvo sus pasos para regresar; encontró a Cadsuane hablando con un grupo de soldados. Aviendha iba a aproximarse cuando sus ojos pasaron por una zona de oscuridad cercana, y los sentidos se le pusieron en alerta.

«Ese sombra oscura está encauzando».

Aviendha empezó a tejer de inmediato un escudo. La que se ocultaba en la oscuridad tejió Fuego y Aire hacia Cadsuane. Aviendha dejó sin acabar el tejido del

escudo y al instante arremetió con otro de Energía, cortando el tejido de la enemiga justo cuando lo lanzaba.

Oyó una maldición y un rápido tejido de Fuego brotó en su dirección. Aviendha se agachó en el instante que le venía encima siseando en el frío aire. La onda de calor pasó. Su enemiga salió de las sombras —fuera cual fuera el tejido que estuviera utilizando para camuflarse se había venido abajo—, y vio a una mujer con la que había luchado antes. La que tenía una cara casi tan fea como la de un trolloc.

La mujer corrió detrás de un grupo de tiendas justo antes de que el suelo explotara a su espalda, un tejido que Aviendha no había creado. Un segundo después, la mujer se «plegaba» de nuevo, como había hecho la otra vez, y desaparecía.

Aviendha permaneció alerta. Se volvió hacia Cadsuane, que se encaminaba hacia ella.

—Gracias —dijo la mujer de mala gana—. Por cortar ese tejido.

—Supongo que entonces quedamos en paz y estamos iguales —contestó Aviendha.

—¿Iguales? No, no por varios cientos de años, pequeña. Pero admito que agradezco tu intervención. —Frunció el entrecejo—. Ha desaparecido.

—Hizo lo mismo la otra vez.

—Un método de Viajar que desconocemos —dijo Cadsuane con gesto preocupado—. No vi flujos para hacerlo. ¿Quizás un *ter'angreal*? Lo…

Un destello de luz roja se elevó de las líneas delanteras del ejército. Los trollocs atacaban. Al mismo tiempo, Aviendha sintió encauzar en diferentes lugares alrededor del campamento. Uno, dos, tres… Giró sobre sí misma tratando de localizar cada uno de los sitios. Contó cinco.

—Encauzadores —dijo Cadsuane con brusquedad—. Docenas de ellos.

—¿Docenas? Percibo cinco.

—La mayoría son hombres, muchacha necia. —Cadsuane agitó una mano—. ¡Corre, ve a reunir a los demás!

Aviendha se alejó a toda prisa al tiempo que lanzaba la alarma. Ya hablaría con Cadsuane después por permitirse darle órdenes. Tal vez. Lo de tener unas palabas con Cadsuane a menudo terminaba dejándola a una con la sensación de ser una completa estúpida. Aviendha entró corriendo en el sector Aiel del campamento a tiempo de ver a Amys y a Sorilea poniéndose los chales mientras escudriñaban el cielo. Flinn salió a trompicones de una tienda cercana; tenía los ojos abotagados y parpadeó.

—¿Hombres? —preguntó—. ¿Encauzando? ¿Acaso han llegado más Asha'man?

—No es probable —contestó Aviendha—. Amys, Sorilea, necesito un círculo.

La miraron con las cejas enarcadas. Puede que ahora fuera una de ellas y que tuviera el mando por la autoridad del *Car'a'carn*, pero recordárselo a Sorilea podía terminar con ella enterrada en arena hasta el cuello. «Por favor», se apresuró a añadir.

—Lo que tú digas, Aviendha —contestó Sorilea—. Iré a hablar con los demás y te los mandaré, para que puedas tener tu círculo. Nosotras haremos dos, creo, como tú misma sugeriste. Así será mejor.

«Obstinada como Cadsuane, eso es que lo es», pensó Aviendha. Las dos podrían dar lecciones de paciencia a los árboles. Aun así, Sorilea no era fuerte con el Poder —de hecho, apenas encauzaba—, así que sería aconsejable coligarse con otras como ella sugería.

Sorilea empezó a llamar a las otras Sabias y Aes Sedai. Aviendha aguantó el retraso con ansiedad; ya se oían gritos y explosiones en el valle. Torrentes de fuego ascendían por el aire en un arco para después caer.

—Sorilea —dijo con suavidad a la anciana Sabia mientras las mujeres empezaban a formar los círculos—, hace unos minutos me atacaron en el campamento tres hombres Aiel. En la batalla que estamos a punto de librar es probable que tomen parte otros Aiel que combaten por la Sombra.

Sorilea se volvió con brusquedad y la miró a los ojos.

—Explícate.

—Creo que deben de ser los hombres que enviábamos a matar al Cegador de la Vista —dijo Aviendha.

Sorilea emitió un quedo resoplido.

—Si eso es cierto, pequeña —declaró luego—, entonces esta noche significará un gran *toh* para todos nosotros. *Toh* hacia el *Car'a'carn*, *toh* hacia la propia tierra.

—Lo sé.

—Avísame —dijo Sorilea—. Organizaré un tercer círculo; quizás haga que algunas de esas Detectoras de Viento que están libres se unan a él.

Aviendha asintió con la cabeza y luego aceptó el control del círculo cuando se lo pasaron. Tenía tres Aes Sedai que habían jurado lealtad a Rand y dos Sabias. Por orden suya, Flinn no se unió al círculo. Quería que estuviera atento a cualquier señal de hombres encauzando, listo para señalar dónde, y quizá formar parte del círculo haría imposible que él lo notara.

Se pusieron en marcha igual que una partida de hermanas de lanza. Pasaron junto a pequeños grupos de Defensores tearianos que se ponían los bruñidos petos encima del uniforme con mangas de rayas. En uno de ellos vio al rey Darlin dando órdenes a voces.

—Un momento —les dijo a las otras, y se acercó deprisa al teariano.

—¡… todos ellos! —decía Darlin a sus comandantes—. ¡No dejéis que las primeras líneas flaqueen! ¡No podemos dejar que esos monstruos se esparzan por el valle!

Al parecer lo había despertado el ataque, porque sólo llevaba puesto pantalón y camiseta. Un sirviente desaliñado le tendió la chaqueta a Darlin, pero el rey, distraído

por un mensajero, se dio la vuelta.

Cuando Darlin vio a Aviendha, le hizo una seña con la mano para que se acercara deprisa. El sirviente suspiró y bajó la chaqueta.

—Ya pensaba que habían renunciado a atacar esta noche —comentó el rey, que alzó la vista al cielo—. Bueno, ya es por la mañana. Los informes de los exploradores eran tan confusos que me siento como si me hubieran metido en un gallinero lleno de pollos enloquecidos y me hubieran dicho que cogiera al que tiene una única pluma negra.

—Esos informes —dijo Aviendha— ¿mencionan hombres Aiel luchando por la Sombra, y que posiblemente encaucen?

—¿Es cierto? —Darlin se había vuelto bruscamente hacia ella.

—Sí.

—Y los trollocs aprietan con todo lo que tienen para forzar su entrada en el valle —señaló Darlin—. Si esos Señores del Espanto Aiel empiezan a atacar a nuestras tropas, no tenemos ninguna posibilidad si vosotros no estáis allí para contenerlos.

—Vamos hacia allí —repuso Aviendha—. Mandad aviso a Amys y a Cadsuane para que abran accesos. Pero os prevengo. Sorprendí a una Señora del Espanto merodeando alrededor de vuestra tienda…

Darlin se puso pálido.

—Como Ituralde… —musitó—. Luz, no me han tocado. Lo juro. Yo… —Se llevó una mano a la cabeza—. ¿En quién vamos a confiar si ni siquiera podemos fiarnos de nuestra propia mente?

—Debemos hacer la danza de las lanzas lo más sencilla posible —contestó Aviendha—. Id con Rhuarc, reunid a vuestros cabecillas. Planead cómo os enfrentaréis a la Sombra juntos y no dejéis que un único hombre controle la batalla… Y, cuando pongáis en marcha los planes, no permitáis que se cambien.

—Eso podría conducirnos al desastre —arguyó Darlin—. Si no tenemos flexibilidad…

—¿Qué es necesario cambiar? —preguntó Aviendha, seria—. Resistimos. Con todo lo que tenemos, resistimos. No retrocedemos. No intentamos ninguna genialidad. Sólo resistimos.

—Mandaré que abran accesos para situar Doncellas en lo alto de esas pendientes —dijo Darlin al tiempo que asentía con la cabeza—. Pueden ocuparse de esos trollocs que disparan flechas a nuestros chicos. ¿Podéis vosotros encargaros de los encauzadores enemigos?

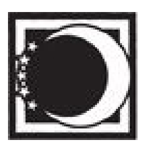
—Sí.

Aviendha regresó con su grupo y luego empezó a absorber Poder a través de ellas. Cuanto más Poder Único se absorbía, más difícil resultaba cortar ese flujo de la Fuente Verdadera. Su intención era absorber tanto *Saidar* que ningún hombre pudiera

desconectarla de él.

Indefensa. Detestaba sentirse así. Dejó que la rabia por lo que le habían hecho ardiera con furia dentro de ella, y condujo a su grupo hacia el punto de origen más próximo de un varón encauzando que Flinn identificara.

34



A la deriva

Rand se encontraba en un lugar que no existía.

Un lugar fuera del tiempo, fuera del propio Entramado.

A su alrededor se extendía una vasta nada. Una nada voraz y hambrienta que ansiaba consumir. A decir verdad, Rand podía ver el Entramado. Su apariencia era la de miles y miles de cintas de luz serpenteantes; giraban a su alrededor, por encima de él, ondulando y rielando, entrelazándose entre sí. Al menos, así era como su mente prefería interpretarlo.

Todo cuanto había sido, todo lo que podría ser, todo lo que habría podido ser… Todo estaba ahí mismo, ante él.

Rand no alcanzaba a comprenderlo. La negrura que rodeaba esa urdimbre tiraba de él hacia sí, lo absorbía. Alargó la mano hacia el Entramado y, de algún modo, se ancló en él para no ser consumido.

Eso cambió su perspectiva. Lo ajustaba —ligeramente— a un tiempo. La urdimbre que tenía delante onduló y Rand vio cómo se urdía. No era en realidad el Entramado, lo sabía, pero su mente lo veía así. Algo conocido, como había sido descrito, donde los hilos de las vidas se entretejían.

Rand se ancló de nuevo en la realidad y se movió con ella. El tiempo volvió a cobrar significado, y ya no pudo ver más allá ni atrás. Aún veía todos los lugares, como un hombre que estuviera por encima de una esfera mientras ésta giraba.

Rand afrontó el vacío.

—Así pues —le dijo—, aquí es donde ocurrirá de verdad. Moridin quería hacerme creer que un simple combate con espadas decidiría todo esto.

ÉL ES MÍO. PERO SUS OJOS SON PEQUEÑOS.

—Sí. Yo también me he percatado de eso.

LAS HERRAMIENTAS PEQUEÑAS PUEDEN SER EFICACES. EL CUCHILLO MÁS PEQUEÑO PUEDE PARAR UN CORAZÓN. TE HA TRAÍDO AQUÍ, ADVERSARIO.

Nada de eso había ocurrido la última vez, cuando Rand llevaba el nombre de Lews Therin. Sólo podía interpretarse como una buena señal.

Ahora empezaba la verdadera batalla. Miró a la nada y la sintió henchirse. Entonces, como una tormenta repentina, el Oscuro lanzó toda su fuerza contra él.

Perrin se dejó caer hacia atrás contra un árbol y jadeó de dolor. La flecha de Verdugo le había atravesado el hombro y la punta le salía por la espalda. No se atrevía a sacarla, no con…

Vaciló. Las ideas le llegaban aletargadas. ¿Dónde se encontraba? Con el *cambio* se había alejado de Verdugo todo lo posible, pero… no identificaba ese lugar. Los árboles eran extraños en la copa, demasiado frondosos, de una variedad que él jamás había visto. La tormenta soplaba allí, pero mucho más débil.

Perrin se deslizó, y al caer al suelo soltó un gruñido. El hombro le ardía de dolor. Rodó sobre sí y contempló el cielo. Había roto la flecha al caer.

«Es… Es el Sueño del Lobo. Puedo hacer que la flecha desaparezca, sin más».

Trató de hacer acopio de fuerza para realizarlo, pero estaba demasiado débil. Se encontró flotando y proyectó una llamada en busca de lobos. Encontró las mentes de algunos, y se sobresaltaron; proyectaron sorpresa.

¿Un dos patas que sabe llamar? ¿Qué es esto? ¿Qué eres tú?

Su naturaleza parecía asustarlos, y lo empujaron fuera de sus mentes. ¿Cómo era posible que no supieran lo que era él? Los lobos tenían una memoria colectiva muy, muy larga. Seguro que… Seguro…

«Faile —pensó—. Tan hermosa, tan inteligente. Debería ir con ella. Sólo tengo que… Tengo que cerrar esta puerta de los Atajos… y podré volver a Dos Ríos con ella…»

Perrin rodó sobre sí y se puso a gatas. ¿Esa sangre del suelo era suya? Cuánto rojo. Parpadeando, la miró.

—Así que aquí estás —dijo una voz.

Lanfear. Alzó los ojos hacia ella; tenía la vista borrosa.

—De modo que te ha derrotado —manifestó la mujer, cruzándose de brazos—. Decepcionante. No quería tener que elegir a ése. A ti te encuentro más atractivo, lobo.

—Por favor —graznó.

—Estoy tentada de hacerlo, aunque no debería —dijo—. Has demostrado que eres débil.

—Yo… puedo derrotarlo.

De repente, la vergüenza de haber fallado ante ella casi abatió a Perrin. ¿Cuándo había empezado a preocuparle lo que Lanfear pensara de él? No conseguía precisarlo del todo.

Ella se dio golpecitos con un dedo en el brazo.

—Por favor… —pidió Perrin al tiempo que alzaba la mano—. Por favor.

—No —contestó ella, que se retiró—. He aprendido el error de poner mi corazón en quien no lo merece. Adiós, lobezno.

Desapareció dejándolo a gatas en el suelo de aquel lugar extraño.

«Faile —dijo un fragmento de su mente—. No te preocupes por Lanfear. Tienes

que volver con Faile».

Sí… Sí, podía ir con ella, ¿verdad? ¿Dónde estaba Faile? En Campo de Merrilor. Allí era donde la había dejado. Y allí sería donde estaría. *Cambio*. Se transportó a Merrilor reuniendo de algún modo suficiente claridad mental para hacerlo. Pero, por supuesto, no halló a Faile. Él se encontraba en el Sueño del Lobo.

El portal que Rand mandaría abrir. Estaría allí. Sólo debía llegar a él. Tenía que… Tenía…

Se desplomo en el suelo y rodó sobre la espalda. Sitió que se hundía en la nada. La vista se le oscureció mientras contemplaba el cielo agitado.

«Al menos… Al menos estuve allí para ayudar a Rand», pensó.

Ahora los lobos podrían defender Shayol Ghul a ese lado, ¿verdad? Mantendrían a salvo a Rand… Era imperioso que lo hicieran.

Faile avivó con un palo la exigua lumbre de cocinar. La noche había caído y el fuego brillaba con una tenue luz roja. No se habían atrevido a hacerlo más grande. Cosas letales merodeaban por la Llaga. Allí, los trollocs eran el menor de los peligros.

El aire tenía un olor acre, y Faile esperaba encontrar un cadáver putrefacto detrás de cada arbusto manchado de motas negras. El suelo se quebraba dondequiera que pisara, la tierra reseca se deshacía debajo de sus botas como si allí no hubiese caído lluvia durante siglos. Sentada en el campamento, vio un montón de luces verde pálido —como un enjambre de insectos brillantes— pasando en la distancia, por encima de un grupo de árboles. Sabía lo suficiente de la Llaga para contener el aliento hasta que pasaron. Ignoraba qué eran y tampoco quería saberlo.

Había conducido a su grupo en un corto trayecto hasta encontrar ese sitio para acampar. A lo largo del camino, a un trabajador de la caravana lo había matado una rama pequeña; otro había pisado lo que en apariencia era barro, pero le había disuelto la pierna. Le había salpicado un poco en la cara y había estado retorciéndose de dolor hasta que murió.

Habían tenido que amordazarlo a la fuerza para evitar que los gritos atrajeran a otros horrores.

La Llaga. No sobrevivirían allí. Una simple caminata había acabado con dos de los miembros de la caravana, y Faile tenía alrededor de cien personas a las que proteger. Guardias de la Compañía, algunos miembros de *Cha Faile* y los conductores de carretas y trabajadores de la caravana de suministros. Ocho de las carretas todavía funcionaban y las habían llevado hasta ese campamento; de momento. Probablemente llamaban demasiado la atención para seguir con ellas más allá.

Faile ni siquiera estaba segura de que pudieran sobrevivir esa noche. ¡Luz! Su

única oportunidad de rescate parecía estar en las Aes Sedai. ¿Se habrían dado cuenta de lo que había pasado y enviarían ayuda? Parecía una esperanza muy endeble, pero ella no sabía nada sobre el Poder Único.

—Muy bien —dijo en voz baja a los que se habían reunido con ella, es decir, Mandevwin, Aravine, Harnan, Setalle y Arrela, de *Cha Faile*—. Hablemos.

Los otros parecían hundidos. Sin duda los habían asustado desde la infancia con relatos de la Llaga, como a ella. Y que se hubieran producido muertes en su grupo al poco de haber entrado en esa tierra reforzaba dichas creencias. Sabían lo peligroso que era ese lugar. Pegaban un respingo con cada ruido que se oía en la noche.

—Empezaré yo, exponiendo lo que recuerdo —prosiguió Faile con intención de distraerlos de la muerte que los rodeaba—. Durante la burbuja maligna, uno de esos cristales atravesó el pie de Berisha Sedai justo cuando abría el acceso.

—¿Recibió una herida? —preguntó Mandevwin desde donde estaba sentado junto a la lumbre—. ¿Y eso habría sido suficiente para que el acceso saliera mal? Lo cierto es que sé poco de los asuntos de las Aes Sedai, y nunca lo he querido saber. Si la persona se distrae, ¿es posible abrir un paso al sitio equivocado de forma accidental?

Setalle frunció el entrecejo, y el gesto atrajo la atención de Faile. Setalle no era de la nobleza ni un oficial, pero había algo en esa mujer que proyectaba autoridad y sabiduría.

—¿Sabes algo? —la interrogó Faile.

—Sé… —Setalle se aclaró la garganta—. Sé un poco sobre encauzar. Tiempo atrás fue un tema que suscitaba mi curiosidad. A veces, si un tejido se realiza de forma incorrecta, no ocurre nada, simplemente. Otras veces, el resultado es desastroso. No he oído nada sobre un tejido que haga algo así. Es decir, que funcione, pero que lo haga mal.

—Bien —dijo Harnan, que miró la oscuridad y se estremeció de forma notoria—, la alternativa es pensar que quería enviarnos a la Llaga.

—Tal vez estaba desorientada —sugirió Faile—, y la presión del momento la hizo enviarnos a otro sitio. En una situación de tensión a mí también me ha pasado alguna vez que he dado media vuelta y he echado a correr en la dirección equivocada. Podría haber ocurrido así.

Los otros asintieron en silencio, pero de nuevo Setalle parecía estar preocupada.

—¿Qué ocurre? —la acució Faile.

—La preparación de las Aes Sedai es muy extensa respecto a este tipo de trances —explicó Setalle—. Ninguna mujer llega al nivel de Aes Sedai sin aprender cómo encauzar bajo una presión extrema. Hay… barreras específicas que una mujer debe superar a fin de llevar el anillo.

«Así que Setalle debe de tener una familiar que es Aes Sedai —pensó Faile—. Una mujer cercana, si ha compartido esa información tan privilegiada. ¿Una

hermana, tal vez?»

—Entonces, ¿hemos de asumir que esto es alguna clase de trampa? —Aravine parecía confusa—. ¿Esa Berisha era una especie de Amiga Siniestra? Seguro que la Sombra tiene cosas más importantes de las que ocuparse que descarriar una simple caravana de suministros.

Faile no dijo nada. El Cuerno estaba a salvo; el arcón que lo guardaba se hallaba en ese momento dentro de su pequeña tienda. Habían colocado las carretas en círculo y sólo habían encendido esa pequeña lumbre. El resto de la caravana dormía; o lo intentaba.

El aire quieto, demasiado silencioso, hizo que Faile tuviera la sensación de que había miles de ojos vigilándolos. Si la Sombra había planeado una trampa para su caravana, significaba que conocía la localización del Cuerno. En ese caso, se encontraban en un serio peligro. Más serio incluso que el hecho de estar en la Llaga.

—No —dijo Setalle—. No, Aravine tiene razón. Esto no puede haber sido una trampa intencionada. Si no hubiera surgido la burbuja maligna, jamás nos habríamos lanzado hacia el acceso sin mirar adónde conducía. Y, que sepamos, esas burbujas son hechos fortuitos.

«A menos que Berisha decidiera aprovechar las circunstancias para sacar partido», pensó Faile. También había que considerar la muerte de la mujer. Esa herida en el estómago no había parecido estar ocasionada por las puntas de cristal. El aspecto era el de una herida de cuchillo. Como si alguien hubiese atacado a Berisha una vez que el Cuerno atravesó el acceso. ¿Para impedir que dijera lo que había hecho?

«Luz —pensó Faile—. Qué suspicaz me estoy volviendo».

—Bien, pues ¿qué hacemos? —preguntó Harnan.

—Eso depende —repuso Faile, que miró a Setalle—. ¿Hay alguna forma de que una Aes Sedai pueda saber adónde nos han enviado?

Setalle vaciló, como si fuera reacia a revelar lo mucho o poco que sabía. Cuando habló, sin embargo, lo hizo con certidumbre.

—Los tejidos dejan tras de sí un residuo. De modo que sí, una Aes Sedai podría descubrir adónde hemos ido. No obstante, el residuo no dura mucho; unos pocos días, en el mejor de los casos, para un tejido poderoso. Y no todas las encauzadoras saben interpretar residuos… Es una habilidad poco frecuente.

El modo en que hablaba, tan dominante y autoritario… La forma en que proyectaba una sensación inmediata de ser digna de confianza…

«Entonces, no era una familiar —dijo Faile para sus adentros—. Esta mujer fue entrenada en la Torre Blanca». ¿Sería entonces como la reina Morgase? ¿Demasiado débil en el Poder para convertirse en Aes Sedai?

—Esperaremos un día —decidió Faile—. Si nadie ha venido a buscarnos para

entonces, nos encaminaremos hacia el sur e intentaremos escapar de la Llaga lo antes posible.

—Me pregunto cuánto nos hemos internado hacia el norte —comentó Harnan mientras se frotaba el mentón—. No me atrae la idea de tener que salvar montañas para volver a casa.

—¿Prefieres quedarte en la Llaga? —replicó Mandevwin.

—Bueno, no. Pero nos llevaría meses volver a terreno seguro. Meses de viajar a través de la Llaga, nada menos…

«Luz —pensó Faile—. Viajar meses por un sitio donde tenemos suerte de haber perdido sólo a dos en un día». Jamás lo conseguirían. Incluso sin carretas, la caravana destacaría en el paisaje como una herida reciente en una piel muerta. Tendrían suerte si seguían vivos un día o dos.

Resistió el impulso de echar un vistazo a la tienda. ¿Qué ocurriría si no llevaba el Cuerno a Mat a tiempo?

—Hay otra opción —sugirió Setalle, vacilante.

Faile la miró.

—Ese pico que hay al este de nuestra posición —dijo Setalle, que hablaba con clara renuencia—. Aquello es Shayol Ghul.

Mandevwin apretó los párpados y susurró algo entre dientes que Faile no captó. Los otros parecían a punto de vomitar. Faile, sin embargo, captó la implicación de lo dicho por Setalle.

—Ahí es donde el Dragón Renacido guerrea contra la Sombra —apuntó—. Uno de nuestros ejércitos estará allí. Con encauzadores que podrían sacarnos.

—Así es —ratificó Setalle—. Y el área que rodea Shayol Ghul es lo que se conoce como las Tierras Malditas, un lugar al que, según se dice, los horrores de la Llaga evitan acercarse.

—¡Porque es terrible! —exclamó Arrela—. ¡Si ellos no van allí será porque temen al propio Oscuro!

—El Oscuro y sus ejércitos tienen puesta su atención en la batalla —dijo despacio Faile al tiempo que asentía con la cabeza—. No sobreviviremos mucho tiempo en la Llaga, habremos muerto antes de que acabe la semana. Pero si las Tierras Malditas están libres de esos horrores y podemos llegar hasta nuestro ejército que combate allí…

Parecía una opción mucho mejor —por limitada que fuera— que intentar marchar durante meses por el lugar más peligroso del mundo. Les dijo a los demás que se plantearía lo que iban a hacer y los despidió.

Sus consejeros se apartaron a fin de preparar las mantas para dormir, en tanto que Mandevwin iba a hacer la ronda por los hombres que estaban de guardia. Faile se quedó contemplando el rescoldo de la lumbre; tenía el estómago revuelto.

«Alguien mató a Berisha —pensó—. Estoy segura de ello». En realidad, la localización del acceso podría haber sido algo accidental. Esas cosas ocurrían a veces, incluso a las Aes Sedai, por mucho que dijera Setalle. Pero si había un Amigo Siniestro en la caravana, uno que se hubiera asomado a la abertura y hubiese visto que conducía a la Llaga, podría haber decidido matar a Berisha a fin de dejar el Cuerno y la caravana abandonados a su suerte.

—Setalle —llamó Faile a la mujer cuando pasó a su lado—, querría hablar contigo.

La mujer se sentó junto a ella con expresión serena.

—Sé lo que vais a preguntarme —dijo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estuviste en la Torre Blanca?

—Ya hace décadas.

—¿Eres capaz de crear un acceso?

—Pequeña, no sería capaz de encender siquiera una vela —contestó con una risa Setalle—. Mi capacidad de encauzar se consumió en un accidente. No encauzo Poder Único desde hace más de veinticinco años.

—Comprendo —dijo Faile—. Gracias.

Setalle se alejó y Faile se quedó pensativa. ¿Hasta qué punto era cierta su historia? Setalle había sido muy servicial en los días que llevaban juntas, y Faile comprendía que la mujer quisiera guardar en secreto sus lazos con la Torre Blanca. En cualquier otra situación, no le habría dado mayor importancia a la historia de la mujer.

No obstante, allí no había forma de confirmar lo que decía. Si Setalle era una hermana Negra de incógnito, su historia sobre la consunción podría ser simplemente una invención. Quizás aún podía encauzar. O quizá no, pero la habían neutralizado como castigo. ¿Cabría la posibilidad de que esa mujer fuera una peligrosa prisionera huida, una agente que había esperado décadas para atacar en el momento oportuno?

Setalle había sido la que sugirió ir a Shayol Ghul. ¿Se proponía entregar el Cuerno a su señor?

Sintiendo frío, Faile se metió en la tienda y varios miembros de *Cha Faile* montaron guardia alrededor. Faile se arropó en la manta. Sabía que estaba siendo recelosa en extremo, pero ¿qué otra cosa podía ser en tales circunstancias?

«Luz —pensó—. El Cuerno de Valere perdido en la Llaga». Una pesadilla.

Aviendha se inclinó sobre una rodilla junto al cadáver que ardía sin llama; en la mano sostenía el *angreal* —un broche en forma de tortuga— que Elayne le había dado. Respiró por la boca mientras contemplaba el rostro del hombre.

Había un número sorprendente de esos velos rojos. Fueran cuales fueran sus orígenes, no eran Aiel en realidad. No seguían el *ji'e'toh*. Durante el combate de la

noche, había visto a dos Doncellas tomar cautivo a un hombre. Él se había comportado como *gai'shain*, pero después había matado a una de ellas por la espalda con un cuchillo que llevaba oculto.

—¿Y bien? —preguntó Sarene, sin aliento.

Mientras los que se encontraban en Campo de Merrilor descansaban y se preparaban para la difícil empresa que les esperaba, la batalla en Shayol Ghul proseguía. El ataque de los velos rojos se había prolongado toda la noche y el día siguiente y proseguía ahora que, de nuevo, había caído la noche.

—Creo que lo conocía —repuso Aviendha, afectada—. Encauzó por primera vez cuando yo era una cría. Hizo crecer *algode* cuando no era época. —Dejó caer el velo sobre la cara del hombre—. Se llamaba Soro. Era amable conmigo. Lo vi correr a través de la tierra seca, al anochecer, después de jurar que escupiría en el ojo del Cegador de la Vista.

—Lo siento —se condolió Sarene, aunque no había asomo de compasión en su voz.

Aviendha empezaba a acostumbrarse a ese rasgo de la mujer. No era que a Sarene no le importara; simplemente no permitía que las emociones la distrajeran. Al menos, cuando su Guardián no estaba con ella. La Aes Sedai habría sido una buena Doncella.

—Sigamos adelante —dijo Aviendha, que echó a andar seguida de su grupo de encauzadores.

Durante los días y las noches de combate su equipo había cambiado, mezclándose y turnándose conforme las mujeres necesitaban descansar. La propia Aviendha había dormido un rato durante el día.

De común acuerdo, la que dirigía el círculo evitaba utilizar su propio poder, por lo que Aviendha todavía tenía una fuerza razonable a pesar de las muchas horas de lucha. Eso le permitía permanecer alerta, al acecho en la caza. Las otras mujeres se convertían en pozos de Poder de los que extraerlo.

Tenía que ir con cuidado de no vaciarlos en exceso. Si cansaba a una mujer, a ésta le bastaba con dormir unas cuantas horas para estar de nuevo preparada para luchar. Agotarla por completo significaría inutilizarla durante días. En ese momento, Aviendha tenía a Flinn y tres Aes Sedai en su círculo. Había aprendido el tejido que le permitía notar cuando un hombre encauzaba cerca —estaba circulando entre Aes Sedai y Sabias—, pero tener con ella a un encauzador era mucho más eficaz.

Flinn señaló algunos destellos de fuego a un lado del valle, y se dirigieron a paso rápido hacia allí pasando entre cadáveres y sitios donde el suelo todavía ardía. Con la creciente luz del alba, Aviendha veía a través de la fría neblina que las fuerzas de Darlin todavía resistían en la boca del valle.

Los trollocs habían avanzado hasta los parapetos bajos de tierra que Ituralde había hecho construir. Allí habían muerto y matado ambos bandos. Los trollocs habían

recibido un castigo más duro, pero también eran mucho más numerosos. La rápida ojeada que Aviendha echó hacia allí le mostró que habían rebasado uno de los parapetos de tierra, pero los jinetes domani de la reserva habían entrado en liza y estaban haciéndolos retroceder de nuevo.

Bandas de Aiel se desplazaban y luchaban en la misma boca del valle. Algunos con velos rojos, otros con velos negros.

«Demasiados», pensó Aviendha, que levantó una mano para que su equipo se detuviera. Entonces prosiguió adelante sola, en silencio. Podía separarse unos cuantos cientos de pasos de las mujeres y aun así tener acceso a su poder.

Se abrió camino con cuidado a través de áridas zonas rocosas del valle. A su derecha había tres cadáveres, dos con velos negros. Los examinó con el Ahondamiento; no se dejaría sorprender por el viejo truco de camuflarse entre los muertos. Ella misma lo había utilizado.

Esos tres estaban muertos de verdad, así que siguió adelante, agazapada. Además del punto donde tearianos y domani contenían a los trollocs, tenían una segunda fuerza protegiendo el campamento y el sendero que conducía a la cueva donde Rand luchaba. En la franja entre una y otra fuerza, Aiel y velos rojos merodeaban en bandas, cada cual intentando superar a los otros. Sólo que algunos velos rojos podían encauzar.

El suelo retumbó y se sacudió cerca. Una rociada de tierra cayó por el aire. Aviendha se agachó más, pero apretó el paso.

Un poco más adelante, una docena de *siswai'aman* corría hacia la posición de dos velos rojos, ambos encauzadores. Los velos rojos hicieron estallar el suelo debajo de los atacantes y lanzaron los cuerpos al aire.

Aviendha entendía por qué los Aiel seguían intentándolo. Esos velos rojos eran una afrenta, un crimen. Los seanchan, que osaban tomar cautivas a Sabias, no eran tan repulsivos como ésos. De algún modo, la Sombra había tomado a los más valientes de los Aiel y los había convertido en… esas cosas.

Atacó con rapidez, sacando la fuerza a través del *angreal* y su círculo, y tejió dos líneas de fuego que arrojó a los dos velos rojos. Empezó de inmediato otros tejidos, con los que hizo explotar la tierra debajo de los dos encauzadores, y empezó una tercera tanda de tejidos. Arrojó fuego a los velos rojos mientras se tambaleaban; uno esquivó el ataque de un salto, pero al otro lo alcanzaron sus explosiones del suelo.

Arremetió contra el que había huido con lanzas de fuego, tras lo cual golpeó ambos cuerpos con una explosión extra de poder, sólo para asegurarse. Esos hombres ya no se guiaban por el *ji'e'toh*. Ya no estaban vivos. Eran vainas vacías que había que arrancar.

Se acercó para comprobar el estado de los *siswai'aman*. Ocho seguían vivos, tres de ellos heridos. Aviendha no era muy hábil con la Curación, pero sí pudo salvar la

vida de uno de los hombres al evitar que se desangrara por la herida del cuello. Los otros supervivientes recogieron a los heridos y regresaron al campamento.

Aviendha se quedó junto a los dos cadáveres. Decidió no mirarlos con atención. Haber identificado a un hombre al que había conocido otrora ya era bastante malo. Esto…

Una conmoción le llegó a través del círculo, y uno de los pozos de poder desapareció. Aviendha dio un respingo. Otro se apagó.

De inmediato soltó el círculo y corrió de vuelta a donde había dejado a las mujeres. Destellos y explosiones la sacudieron. Se aferró al Poder Único, a su propia fuerza, que ahora parecía lastimosamente pequeña comparada con la que había estado utilizando.

Se frenó de golpe, trompicando, delante de los cadáveres humeantes de Kiruna y Faeldrin. La repulsiva mujer que había visto antes —y que no podía ser más que una de las renegadas— se encontraba allí, mirándola con una sonrisa. La horrible mujer apoyaba la mano en el hombro de Sarene; la esbelta Blanca tenía la cabeza vuelta hacia la Renegada y la contemplaba con adoración en los ojos insulsos. El Guardián de Sarene yacía muerto a sus pies.

Las dos desaparecieron girando sobre sí mismas, en un tipo de Viaje que no necesitaba un acceso. Aviendha cayó de rodillas junto a los muertos. Cerca, Damer Flinn gemía e intentaba liberarse de la tierra que lo cubría. Le faltaba el brazo izquierdo, calcinado y arrancado hasta el hombro.

Aviendha masculló una maldición e hizo lo que pudo para Curarlo, aunque el hombre perdió el sentido. De repente se sintió muy cansada y muy, muy sola.

35



Una sonrisa muy ensayada

Olver echaba de menos a *Viento*. *Bela* —la robusta y peluda yegua en la que cabalgaba ahora— no estaba mal en realidad. Lo único era que resultaba muy lenta. Olver lo sabía porque no dejaba de azuzarla para que apretara el paso, pero ella seguía a su ritmo detrás de los otros caballos. Nada que él intentara la hacía ir más deprisa. Olver quería cabalgar como un vendaval. En cambio, se desplazaba como un grueso tronco en la corriente de un río plácido.

Se secó la frente. La Llaga daba bastante miedo, y los demás —la mayoría no tenían caballos— caminaban como si a cada paso se les fuera a echar encima un millar de trollocs. El resto de la caravana hablaba en voz baja y echaba ojeadas desconfiadas a las laderas.

Pasaron al lado de un grupo de árboles marchitos con savia goteando de llagas abiertas en la corteza. Esa savia tenía un tono demasiado rojizo. Casi como sangre. Uno de los conductores de la caravana se acercó a inspeccionarla.

De repente, unas enredaderas se descolgaron de las ramas altas. Eran marrones y con aspecto de estar muertas, pero se movieron como serpientes. Antes de que Olver tuviera tiempo de gritar, el conductor de la caravana colgaba, muerto, de las ramas altas del árbol.

Todas las personas de la fila se quedaron petrificadas en el sitio, aterradas. Arriba, el árbol tiraba del muerto hacia sí a través de una hendidura en la corteza. Lo estaba engullendo. A lo mejor esa savia era sangre.

Olver siguió mirando, horrorizado.

—Calma —dijo lady Faile con un leve temblor en la voz—. ¡Os he dicho que no os acerquéis a las plantas! No toquéis nada.

El grupo siguió adelante, serio y triste.

—Ése ha sido el número quince —rezongó para sí Sandip, que cabalgaba cerca—. Quince hombres muertos en unos pocos días. ¡Luz! ¡No vamos a sobrevivir a esto!

¡Si al menos hubiera trollocs! Olver no podía combatir con árboles e insectos. ¿Quién podía hacerlo? Pero trollocs… contra ellos sí podría luchar. Tenía su cuchillo y había aprendido unas cuantas cosas sobre su manejo con Harnan y Silvic. Olver no era muy alto, pero suponía que eso haría que los trollocs lo subestimaran. Arremetería

por debajo, directo a los órganos vitales, antes de que tuvieran tiempo de saber lo que pasaba.

Se dijo eso a sí mismo para evitar que las manos le temblaran y taconeó a *Bela* con la esperanza de acercarse hasta lady Faile. A lo lejos, oyó una especie de chillido chirriante, como algo que estuviera muriendo de un modo horrible. Olver se estremeció. Había oído el mismo sonido ese día, más temprano. ¿No sonaba ahora más cerca?

Setalle le dirigió una mirada preocupada cuando Olver se acercó a la cabeza de la fila. Los demás hacían cuanto podían para que no corriera peligro. Se armó de valor e hizo caso omiso de ese horrendo chirrido en la distancia. Todos pensaban que era frágil, pero no era cierto. Ellos no habían visto lo que él, de pequeño. A decir verdad, no le gustaba recordar aquellos años. Era como si hubiese vivido tres vidas. Una, antes de que sus padres murieran; otra, cuando se encontró solo; y la última, la de ahora.

Fuera como fuese, estaba acostumbrado a luchar con gente más grande que él. Era la Última Batalla. No dejaban de repetir que haría falta la participación de todo el mundo. Bueno, pues ¿por qué la suya no? Cuando aparecieran los trollocs, lo primero que haría sería desmontar de esa yegua lenta. ¡Era capaz de caminar más deprisa de lo que ese animal podía galopar! Además, los Aiel no necesitaban caballos. Olver aún no había ido a entrenarse con ellos, pero lo haría. Eso ya lo tenía planeado. Odiaba a todos los Aiel, pero sobre todo a los Shaido, y tendría que descubrir sus secretos si iba a matarlos.

Se dirigiría a ellos y exigiría que lo entrenaran. Ellos lo acogerían en su clan y lo tratarían mal, pero al final lo respetarían y le permitirían entrenarse con sus guerreros. Había historias parecidas. Así era como ocurrían las cosas.

Después de que supiera sus secretos, iría a ver a las serpientes y los zorros y recibiría respuestas sobre cómo localizar a los Shaido que habían asesinado a su padre. Desde allí, rastrearlos y matarlos sería una misión digna de su propia historia.

«Me llevaré a Noal —pensó—. Él ha estado en todas partes. Será mi guía. Él…»

Noal había muerto.

El sudor se deslizó por el lateral de la cara de Olver, que miraba con fijeza el camino pedregoso que se extendía ante él. Pasaron cerca de más de aquellos árboles terribles y ahora todo el mundo se mantuvo alejado de ellos. Junto al sendero, sin embargo, uno de los hombres señaló un gran charco del barro asesino. Era marrón y espeso, y Olver atisbó varios huesos que asomaban en la superficie.

¡Qué sitio tan espantoso!

Ojalá estuviera Noal allí. Noal había ido a todas partes, había visto todo. Habría sabido cómo sacarlos de aquel lugar. Pero Noal ya no estaba. Olver se había enterado de la noticia no hacía mucho, filtrada entre otras cosas que lady Moraine había

compartido sobre lo ocurrido en la Torre de Ghenjei.

«Todos se están muriendo —pensó Olver, todavía con la vista fija al frente—. Todo el mundo…»

Mat se había marchado con los seanchan, Talmanes a luchar junto a la reina Elayne. Uno tras otro, los de ese grupo de la caravana morían devorados por árboles, barro o monstruos.

¿Por qué todos lo dejaban solo?

Se frotó el brazalete. Noal se lo había dado poco antes de marcharse. Era de toscas fibras tejidas, de los que llevaban los guerreros de una tierra lejana, según le había contado Noal. Era la prueba de que un hombre había participado en una batalla y seguía vivo.

Noal… muerto. ¿Moriría también Mat?

Olver sentía calor, estaba cansado y muy asustado. Azuzó con las rodillas a *Bela* y, por suerte, la yegua obedeció y empezó a trotar un poquito más deprisa cuesta arriba, por lo que Olver avanzó un tanto en la fila. Habían abandonado las carretas, y después emprendieron viaje hacia un sitio llamado las Tierras Malditas; para ir allí había que subir algunas estribaciones. Por la mañana habían entrado en un paso entre montañas. Aunque él tenía calor, el aire era cada vez más frío a medida que ascendían, lo cual no le importaba en absoluto. Aunque todavía el olor era asqueroso. Como a cadáveres putrefactos.

Su grupo había empezado con cincuenta soldados y casi la mitad de carreteros y trabajadores. A ellos se sumaban otros como Olver, Setalle y la media docena de miembros de la guardia personal de lady Faile.

Hasta ese momento, habían perdido a quince personas debido a los peligros que había en la Llaga; a cinco los habían matado unas cosas horribles de tres ojos que habían atacado el campamento el día anterior por la mañana. Había oído decir a lady Faile que tenían suerte de haber perdido sólo a quince hasta ese momento, que podría haber sido peor.

A Olver no le parecía que eso fuera tener suerte. Aquel sitio era espantoso y quería salir de allí. El Yermo no podía ser tan malo como aquello, ¿verdad? Los hombres y las mujeres de *Cha Faile* actuaban como Aiel. Un poco como Aiel. A lo mejor era que habían hecho lo que él quería hacer y los habían entrenado en el Yermo. Tendría que preguntarles.

Siguió cabalgando otra media hora más o menos. Por fin, logró que *Bela* llegara a la cabeza de la fila. La brillante yegua negra de lady Faile parecía veloz. ¿Por qué no le habían dado a él una montura como ésa?

Faile llevaba el arcón de Mat atado en la grupa de la yegua. Al principio, a Olver eso le gustó porque imaginaba que Mat debía de estar deseando tener ese tabaco. Mat siempre protestaba por no tener uno bueno. Entonces Olver había oído a lady Faile

explicarle a alguien que el arcón se había convertido simplemente en un objeto adecuado para guardar algunas de sus cosas. ¿Y había tirado el tabaco? Eso no iba a gustarle a Mat.

Faile lo miró y Olver esbozó una sonrisa con toda la seguridad de que fue capaz. A ella no la ayudaría nada ver lo asustado que estaba.

A la mayoría de las mujeres les gustaba su sonrisa. La había estado practicando, aunque no había usado la de Mat como modelo. A Mat la suya siempre le hacía parecer culpable. Uno aprendía a sonreír de un modo u otro cuando se veía obligado a defenderse solo, y él necesitaba una sonrisa que lo hiciera parecer inocente. Y es que era inocente. Las más de las veces.

Faile no le respondió con una sonrisa. Olver pensaba que era muy agradable mirarla, a pesar de esa nariz. Sin embargo, no era muy dulce. Qué puñetas, pero si tenía una mirada que podía oxidar un hierro de primera calidad.

Faile cabalgaba entre Aravine y Vanin. Aunque hablaban en voz baja, Olver oía lo que decían. Se aseguró de mirar en otra dirección, para que no pensaran que estaba escuchando a hurtadillas. Y no lo hacía. Sólo quería quitarse de la estela de polvo de los otros caballos.

—Sí —susurró Vanin—. Puede que no lo parezca, pero estamos cerca de las Tierras Malditas. Por las cenizas de mi madre, no puedo creer que estemos aquí. Pero ¿os habéis dado cuenta de que el aire es más frío? No hemos visto nada realmente malo desde esas cosas con tres ojos, ayer por la mañana.

—Nos acercamos —convino Aravine—. Dentro de poco estaremos cerca del Oscuro, en una tierra donde nada crece, sea corrupto o no, donde no hay vida, ni siquiera las cosas más malas de la Llaga.

—Supongo que eso debería ser un consuelo.

—En realidad no —dijo Vanin mientras se secaba la frente—. Porque los Engendros de la Sombra que hay allí arriba son más peligrosos. Si sobrevivimos, será porque hay una batalla en pleno apogeo. Si tenemos suerte, las Tierras Malditas, a excepción de los alrededores de Shayol Ghul, estarán tan vacías como la bolsa de un hombre después de cerrar un trato con los jodidos Marinos. Disculpad mi lenguaje, milady.

Olver estrechó los ojos para observar el pico hacia el que se aproximaban.

«Ahí es donde el jodido Oscuro vive —pensó—. Y probablemente también es donde está Mat, no en Merrilor». Mat solía hablar de mantenerse lejos del peligro, pero siempre encontraba la forma de toparse con él de un modo u otro. Olver suponía que Mat sólo pretendía ser humilde, pero no le salía bien. ¿Por qué otra razón iba uno a decir que no quería ser un héroe si después acababa siempre lanzándose de cabeza al puñetero peligro?

—¿Y este sendero? —le preguntó Faile a Vanin—. Dijiste que podría haber

habido tránsito por aquí recientemente. ¿Indicaría eso que este lugar dista mucho de estar desierto como describes de forma tan pintoresca con palabras subidas de tono?

—Parece que está transitado —gruñó Vanin.

—De modo que alguien ha estado moviendo carretas por la zona —dedujo Aravine—. No sé si eso es una señal buena o mala.

—No creo que aquí arriba haya ninguna buena —opinó Vanin—. Quizá deberíamos elegir un sitio cerca para escondernos y esperar.

Suspiró y volvió a secarse la frente, aunque Olver no entendía la razón. Estaba empezando a hacer bastante frío, eso era obvio, incluso durante el transcurso del día. Y también parecía haber menos plantas, algo que a él le parecía estupendo.

Miró hacia atrás al grupo de árboles que había arrebatado la vida a ese pobre hombre. No parecía haber más como ésos en las cercanías, en especial hacia adelante, por el sendero que iban.

—No podemos permitirnos el lujo de esperar, Vanin —dijo Faile—. Estoy decidida a llegar a Merrilor, de un modo u otro. El Dragón Renacido estará luchando en Thakan'dar. Allí es adonde hemos de llegar para que nos saquen de este maldito sitio.

Vanin gimió otra vez, pero Olver sonrió. Encontraría el modo de dar con Mat y demostrarle lo peligroso que él podía ser en la batalla. Luego…

En fin, luego era posible que Mat no lo abandonara como habían hecho los otros. Eso estaría bien, ya que iba a necesitar la ayuda de Mat para rastrear a esos Shaido. Después de todo lo que había aprendido entrenándose con la Compañía, estaba seguro de que nadie iba a mangonearlo. Y nadie volvería a arrebatarle a quienes quería, nunca jamás.

—Hay relatos en los archivos que explican lo que hemos visto —dijo Cadsuane, cogiendo la taza de té para calentarse las manos.

La chica Aiel, Aviendha, estaba sentada en el suelo de la tienda.

«Lo que daría por tener a ésa en la Torre», pensó Cadsuane. Esas Sabias… tenían agallas. Eran cortantes e incisivas como las mejores mujeres de la Torre Blanca.

Cadsuane ya no dudaba que la Sombra llevaba años urdiendo un plan complejo para socavar la Torre Blanca. Iba más allá de la desgraciada maniobra de derribar a Siuan Sanche y del gobierno de Elaida. Podrían pasar décadas, siglos, antes de que descubrieran la vastedad del plan de la Sombra. Aun así, el propio número de hermanas Negras —cientos, no unas pocas docenas como ella había supuesto— mostraba a las claras lo que había ocurrido.

De momento, Cadsuane tenía que trabajar con lo que tenía. Eso incluía a estas Sabias, mal entrenadas en el uso de tejidos, pero nunca cortas de arrestos. Útiles. Como Sorilea, a pesar de la debilidad con el Poder Único; estaba sentada al fondo de

la tienda, observando.

—He hecho algunas averiguaciones, pequeña —le dijo Cadsuane a Aviendha—. Lo que esa mujer hace es, de hecho, Viajar. Sin embargo, los únicos fragmentos de documentos que lo mencionan se remontan a la Guerra del Poder.

—No vi tejidos, Cadsuane Sedai —contestó Aviendha, fruncido el entrecejo.

Cadsuane disimuló una sonrisa por el tono respetuoso de la muchacha. El chico al'Thor la había puesto al mando y, a decir verdad, mejor Aviendha que algunas otras. No obstante, debería haberla elegido a ella, y la chica seguramente lo sabía.

—Eso es porque la mujer no tejía Poder Único —contestó.

—¿Y qué otra cosa iba a ser?

—¿Sabes por qué quedó liberado el Oscuro originalmente?

Aviendha pareció recordar algo.

—Ah, sí —dijo—. Entonces, ¿están encauzando el poder del Oscuro?

—Se llama Poder Verdadero —explicó Cadsuane—. Los relatos dicen que Viajar con el Poder Verdadero funciona del modo que has visto moverse a esa mujer. Fueron pocos los que lo vieron ocurrir. El Oscuro fue mezquino con su esencia durante la Guerra del Poder, y sólo los más favorecidos tuvieron acceso a él. De este hecho deduzco que esa mujer es, sin lugar a dudas, una de las Renegadas. Por la descripción de lo que le hizo a la pobre Sarene, apunta a Graendal.

—Los relatos nunca mencionan que Graendal fuera tan fea —señaló Sorilea con voz queda.

—Si fueseis una de las Renegadas, fácil de reconocer por la descripción, ¿no querríais cambiar de aspecto para no ser identificada?

—Tal vez. Pero en tal caso no usaría ese… Poder Verdadero, como lo habéis llamado. Eso echaría por tierra el propósito de mi disfraz.

—Por lo que Aviendha nos ha contado, a la mujer no le quedaba otra opción —hizo notar Cadsuane—. Tenía que escapar con rapidez.

Sorilea y ella trabaron las miradas y ambas asintieron con la cabeza en señal de estar de acuerdo. Darían caza a esa Renegada, ambas.

«No voy a permitir que te me mueras ahora, chico —pensó Cadsuane, que dirigió la vista hacia donde al'Thor, Nynaeve y Moraine seguían con su tarea. Todos los encauzadores del campamento percibían esa especie de pulsación rítmica—. Al menos, hasta que hayas hecho lo que has de hacer». Cadsuane había esperado que los Renegados estuvieran allí. Por esa razón se encontraba en aquel frente de batalla.

El viento sacudió la tienda y le produjo un profundo helor a Cadsuane. Ese lugar era espantoso, incluso cuando la batalla daba una tegua. El horror que infundía aquel sitio, el espanto que flotaba en el aire, era como el ambiente en el funeral de un niño. Ahogaba la risa, borraba las sonrisas. El Oscuro observaba. Luz, sería estupendo poder irse de allí.

Aviendha bebía su té. La joven todavía tenía un aire angustiado, aunque era evidente que ya había perdido compañeros en batalla con anterioridad.

—Las dejé morir —susurró.

—No debes culparte por lo que hizo una Renegada, pequeña —le dijo Cadsuane.

—No lo entendéis. Estábamos en un círculo, e intentaron librarse de mí, lo sentí, pero no sabía qué ocurría. Retuve su Poder, y por eso no pudieron luchar contra ella. Las dejé indefensas.

—Bueno, a partir de ahora no te separes de quienes tienes en tu círculo —contestó Cadsuane de forma enérgica—. No podías saber qué ocurría.

—Si sospechas que ésa anda cerca, Aviendha —dijo Sorilea—, avisarás a Cadsuane, a mí o a Amys. No es vergonzoso admitir que otra es demasiado fuerte para que tú sola puedas hacerle frente. Juntas, derrotaremos a esa mujer y protegeremos al *Car'a'carn*.

—De acuerdo —accedió Aviendha—. Pero vosotras haréis lo mismo conmigo. Todas.

Se quedó esperando una respuesta. De mala gana, Cadsuane accedió, y también Sorilea.

Faile estaba agazapada en una tienda oscura. El aire se había vuelto más frío, ahora se encontraban cerca de Thakan'dar. Deslizó el pulgar a lo largo de la empuñadura de su cuchillo mientras inhalaba despacio y de forma regular; luego exhaló del mismo modo. Tenía la mirada fija, sin pestañear, en los faldones de la entrada.

Había puesto el arcón del Cuerno allí, con una esquina asomada a la noche. Se sentía más sola en la frontera de las Tierras Malditas, rodeada de supuestos aliados, de lo que se había sentido en el campamento Shaido.

Dos noches atrás, la habían llamado para que saliera de la tienda e inspeccionara unas huellas extrañas que habían preocupado a los hombres. No habían perdido a nadie desde que se habían acercado tanto a las Tierras Malditas —esa parte del plan funcionaba—, pero aún había mucha tensión. Aunque sólo había estado ausente unos pocos minutos, cuando volvió vio que habían desplazado ligeramente de su sitio el arcón del Cuerno que guardaba en su tienda.

Alguien había intentado abrirlo. Luz. Menos mal que no había conseguido romper la cerradura y que el Cuerno aún seguía dentro cuando miró.

El traidor podía ser cualquiera. Uno de los Brazos Rojos, un carretero, un miembro de *Cha Faile*. Se había pasado las dos últimas noches mostrándose muy vigilante con el arcón, incluso exageradamente, para frustrar al ladrón. Entonces, esa noche, se había quejado de dolor de cabeza y había dejado que Setalle le preparara un poco de té para ayudarla a dormir. Se había llevado el té a la tienda, aunque no había

probado ni un sorbo, y ahora aguardaba agazapada, a la espera.

La esquina del arcón resultaría obvia asomando entre los faldones. ¿Lo intentarían otra vez? Como precaución había sacado el Cuerno del arcón y se lo había llevado consigo cuando salió a hacer sus necesidades. Allí lo había escondido en una oquedad de la roca y, al regresar, había puesto a *Cha Faile* a patrullar por el campamento durante la noche, lejos de su tienda. A sus guardias personales no les había gustado que se quedara sin protección, pero Faile dejó claro que estaba preocupada por las tensiones que había entre los hombres.

Eso sería suficiente. Luz, tenía que serlo.

Las horas pasaron, ella agachada en la misma postura, lista para saltar y dar la alarma en el instante en que alguien intentara entrar en su tienda. Seguro que lo intentaría otra vez esa noche, que supuestamente no se encontraba bien.

Nada. Le dolían los músculos, pero no se movió. El ladrón podía estar ahí fuera, en la oscuridad, esperando. Preguntándose si ése era el momento oportuno para entrar, hacerse con el Cuerno y huir para reunirse con sus señores. Lo…

Un grito hendió el silencio de la noche.

Faile vaciló. ¿Una maniobra de distracción?

«Ese grito —pensó, calculando la dirección—. Provenía… justo al oeste de aquí».

Cerca de donde había escondido el Cuerno. Faile maldijo y tomó una decisión instantánea. El arcón estaba vacío. Si se tragaba el anzuelo y en verdad no era más que una maniobra de distracción, tampoco perdería nada. Por otra parte, si el ladrón había previsto su treta y se le había adelantado… Salió disparada de la tienda mientras otros saltaban de las mantas de dormir. Miembros de *Cha Faile* corrían a través del campamento. El grito se repitió.

Lo siguió un chillido inquietante, como el que los había seguido en la distancia.

Topó con unas malas hierbas, finas y cubiertas de motas de la Llaga, y se abrió paso a través de ellas. Correr entre las plantas fue un movimiento estúpido en un lugar donde una rama podía matar, pero no pensaba con claridad.

Llegó la primera a la escena, en el sitio donde había escondido el Cuerno. Allí no sólo estaba Vanin, sino Harnan también. Vanin apretaba el Cuerno de Valere entre los gruesos brazos mientras Harnan luchaba contra algún tipo de bestia de pelambre oscura, gritando y blandiendo la espada.

Vanin miró a Faile y se puso tan pálido como la camisa de un Capa Blanca.

—¡Ladrón! —gritó Faile—. ¡Detenedlo! ¡Ha robado el Cuerno de Valere!

Vanin gritó al tiempo que tiraba el Cuerno como si lo hubiera mordido y se alejó a toda carrera. ¡Luz, y qué deprisa podía moverse para alguien con su volumen! El gordo explorador agarró a Harnan por el hombro y tiró de él hacia un lado mientras la bestia gritaba aquella especie de quejido inquietante.

Otros gritos llegaron en la distancia. Faile resbaló en el suelo, asió el Cuerno y lo

apretó contra sí. Esos hombres no eran ladrones corrientes. No sólo habían adivinado su plan, sino que habían previsto exactamente dónde escondería el Cuerno. Se sentía como una chica de campo que se había dejado estafar por un fullero de ciudad con el juego del trile.

Los que habían ido corriendo tras ella estaban estupefactos, ya fuera por ver el Cuerno o el monstruo. La criatura chilló; era una especie de oso con demasiados brazos, aunque más grande que cualquier oso que ella hubiera visto en su vida. Faile se puso de pie a trompicones. No había tiempo para perseguir a los ladrones, ya que la bestia se lanzó violentamente contra los guardias de Faile. Arrancó la cabeza a un miembro de *Cha Faile* al tiempo que chillaba.

Faile gritó y lanzó un cuchillo al ser, mientras Arrela lo atacaba y le hendía un hombro con la espada. Justo entonces, una segunda bestia apareció moviéndose con pesadez por las rocas, cerca de Faile.

Faile soltó una maldición, se apartó dando saltos y le arrojó un cuchillo. Alcanzó al ser o, al menos, el chillido que profirió aquella cosa parecía ser de rabia y dolor. Cuando Mandevwin se aproximó a caballo con una antorcha en la mano, la luz reveló que esas cosas horribles tenían rostros como los de los insectos, con multitud de dientes afilados en las mandíbulas. El cuchillo de Faile sobresalía de uno de los ojos de aspecto bulboso.

—¡Proteged a la dama! —gritó Mandevwin mientras arrojaba lanzas a los Brazos Rojos cercanos, que arremetieron con ellas al primer monstruo haciendo que se apartara de Arrela, la cual se escabulló a gatas, sangrando. La mujer, sin embargo, no había perdido la espada.

Faile se echó hacia atrás mientras *Cha Faile* se organizaba a su alrededor y después bajó la vista hacia lo que sostenía. El Cuerno de Valere, extraído del saco en el que ella lo había escondido. Podría tocarlo y…

«No —pensó—. Está ligado a Cauthon». Para ella sólo funcionaria como un cuerno corriente.

—¡Aguantad! —gritó Mandevwin, haciendo recular a su caballo de guerra cuando una de las bestias se lanzó hacia él—. ¡Mito, Laandon, necesitamos más lanzas! ¡Id! Esas cosas luchan como verracos. ¡Haced que avancen, ensartadlos!

La táctica funcionó con uno de los monstruos; pero, mientras Mandevwin gritaba, el otro cargó contra él y agarró a su caballo por el cuello. La bestia no hizo caso de los soldados que intentaban ensartarlo y Mandevwin cayó al suelo con un gemido.

Todavía aferrando el Cuerno, Faile pasó con rapidez junto a un grupo de Brazos Rojos que habían conseguido atravesar a la otra bestia. Cogió una antorcha recién encendida y se la arrojó al segundo monstruo. Esto le prendió el pelaje de la espalda, y la cosa bramó cuando el fuego ascendió por la espina dorsal mientras el pelo ardía como yesca seca. Tiró el caballo muerto de Mandevwin, con la cabeza casi arrancada

de cuajo, a la vez que se agitaba violentamente entre chillidos y aullidos.

—¡Coged a los heridos! —ordenó Faile, que agarró a un miembro de la Compañía por el brazo—. ¡Ocupaos de Mandevwin!

El hombre miró con los ojos abiertos como platos el Cuerno que ella sostenía; luego salió del pasmo con una sacudida y, asintiendo con la cabeza, llamó a otros dos para que lo ayudaran a levantar a Mandevwin.

—Milady, ¿qué está ocurriendo? —preguntó Aravine, que estaba cerca de los arbustos que había detrás.

—Dos Brazos Rojos intentaron robar lo que he transportado hasta aquí —contestó Faile—. Ahora vamos a emprender la marcha aunque sea de noche.

—Pero…

—¡Escucha! —lo interrumpió Faile, que señaló hacia la oscuridad.

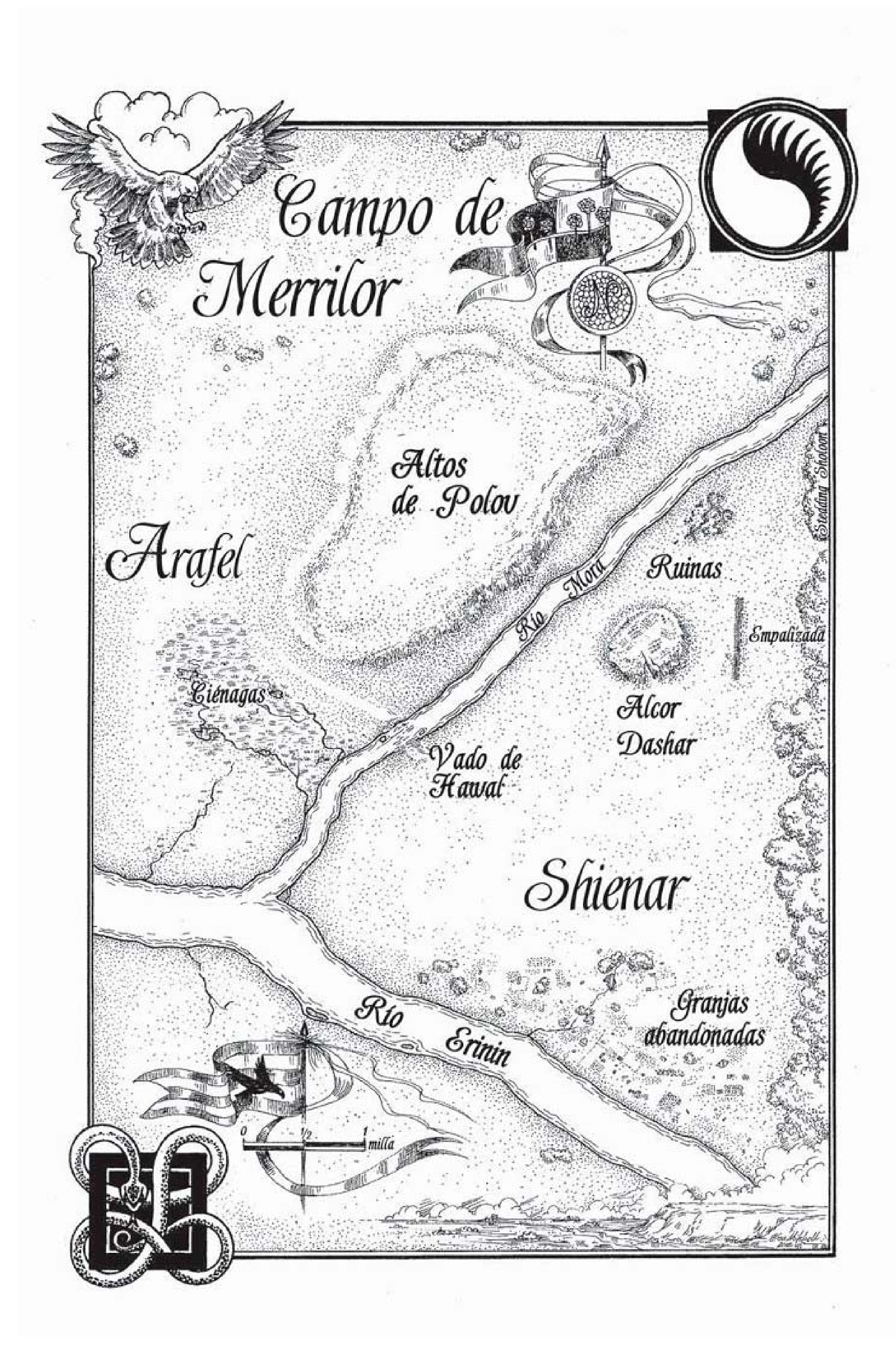
A lo lejos sonaban una docena de chirridos diferentes en respuesta a los chillidos de la bestia moribunda.

—Los gritos atraerán a más horrores, al igual que el olor de la sangre derramada. Nos vamos. Si conseguimos internarnos lo suficiente en las Tierras Malditas esta noche, podríamos estar a salvo. Despierta al campamento y que los heridos monten en los caballos. Prepara a todos los demás para una marcha forzada. ¡Deprisa!

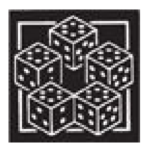
Aravine asintió con un gesto y se alejó andando con dificultad. Faile echó una mirada en la dirección por donde se habían marchado Harnan y Vanin. Anhelaba darles caza, pero rastrearlos en la oscuridad requeriría avanzar despacio, y eso significaba la muerte esa noche. Además, ¿quién sabía los recursos a los que tenía acceso ese par de Amigos Oscuros?

Huirían. Y quisiera la Luz que no hubiera sido víctima de un engaño mayor de lo que parecía. Si Vanin había sabido preparar de algún modo una réplica del Cuerno para dejarla caer a fin de que ella lo «rescatara» mientras él huía…

No había forma de saberlo. Llegaría a la Última Batalla con un Cuerno falso y quizá provocaría la perdición de todos ellos. Esa posibilidad la acosó mientras los miembros de la caravana avanzaban deprisa en la oscuridad, confiando en la Luz y en la suerte para escapar de los peligros de la noche.


Campo de Merrilor
Altos de Polov
Arafel
Río Mora
Ruinas
Empalizada
Ciénagas
Alcor Dashar
Vado de Hawal
Shienar
Río Erinin
Granjas abandonadas
0
1/2
1 milla
Stedding Sholoon

36



Cosas que no cambian nunca

A Rand le pasaba algo.

Nynaeve se aferraba a la estalagmita en las profundidades de la Fosa de la Perdición para que el viento no la arrastrara hacia la nada que había enfrente de ella. Moraine la había llamado la esencia del Oscuro, pero ¿eso no lo convertía en el Poder Verdadero? Y lo que era peor: si su esencia estaba en el mundo, ¿no significaría que ya se había liberado? Fuera lo que fuera, su naturaleza era el puro mal y la inundaba con un terror como jamás había sentido en toda su vida.

Tiraba con una fuerza enorme, absorbiendo todo cuanto había cerca. Nynaeve temía que, si se soltaba, la arrastraría hacia sí. De hecho, ya le había arrebatado el chal y lo había hecho desaparecer. Si esa nada la atrapaba, perdería la vida. Puede que también el alma.

«¡Rand!», pensó. ¿Podría hacer algo para ayudarlo? Él se encontraba delante de Moridin, ambos trabados, espada contra espada. Como atrapados en un instante en el que se hubiera detenido el tiempo. El sudor resbalaba por el rostro de Rand. No hablaba. Ni siquiera parpadeaba.

Uno de los pies de Rand había tocado la oscuridad, y en ese momento se había quedado inmóvil; y también Moridin. Eran como estatuas. El aire aullaba alrededor de ambos, pero no parecía afectarlos como le ocurría a ella. Llevaban así, paralizados, sus buenos quince minutos.

En total, había pasado menos de una hora desde que habían entrado en la cueva para enfrentarse al Oscuro.

Nynaeve observó rocas que se deslizaban por el suelo y luego desaparecían absorbidas por esa negrura. Sus ropas se sacudían y ondeaban como si hubiera un vendaval, al igual que las de Moraine, la cual se hallaba cerca, asida a otro de esos dientes de piedra. Menos mal que allí el hedor a azufre que llenaba la caverna lo arrastraba hacia sí la negrura.

No podía usar el Poder Único. Rand absorbía hasta la última pizca que ella era capaz de encauzar, si bien no parecía estar haciendo nada con él. ¿Podría acercarse ella hasta Moridin? Parecía que el hombre no podía moverse. Casi cualquier cosa sería mejor que esperar.

Aflojó las manos agarradas a la estalagmita, para tantear la resistencia de su peso contra el tirón de la nada que tenía enfrente. De inmediato empezó a deslizarse, y

Nynaeve tiró de sí misma hacia atrás.

«¡No pienso pasarme la Última Batalla asida a una roca! —pensó—. Al menos, no a la misma todo el tiempo». Tenía que correr el riesgo de moverse. Ir directamente hacia adelante parecía demasiado peligroso, pero si se movía de lado… Sí, allí cerca había otra estalagmita, a la derecha. Logró soltarse de la piedra y, medio resbalando, medio corriendo, llegó a la otra estalagmita. Desde allí, eligió otra; esta vez se soltó con cuidado y se agarró enseguida a la siguiente. El proceso era muy lento.

«Rand, cabeza de chorlito», se dijo. ¡Si hubiera dejado que Moraine o ella dirigieran el círculo, a lo mejor podrían haber hecho algo mientras él luchaba!

Llegó a otra estalagmita y se paró al ver algo a su derecha. Casi gritó. Allí, medio oculta contra la pared, había una mujer acurrucada, protegida del viento por las rocas. Parecía que lloraba.

Nynaeve miró a Rand, que seguía estático, trabado con Moridin; luego se acercó a la mujer. El mayor número de estalagmitas que había allí facilitaba mucho la tarea de moverse sin correr tanto peligro, ya que las concreciones calcáreas entorpecían el tirón de la nada.

Por fin llegó junto a la mujer. Estaba encadenada a la pared.

—¡¿Alanna?! —gritó Nynaeve—. Luz, ¿qué haces aquí?

La Aes Sedai parpadeó y volvió los ojos enrojecidos hacia Nynaeve. La miró con expresión ausente, como si tuviera la mente vacía. Al examinarla, Nynaeve reparó en que todo el costado izquierdo de Alanna estaba manchado de sangre por una herida de cuchillo en el vientre. ¡Luz! Tendría que haberse dado cuenta por la palidez del semblante de la mujer. ¿Por qué apuñalarla y dejarla allí?

«Vinculó a Rand —recordó Nynaeve—. Oh, Luz». Era una trampa. Moridin había dejado a Alanna desangrándose y después se había enfrentado a Rand. Cuando Alanna muriera, Rand —al ser su Guardián— se volvería loco de rabia, lo que facilitaría a Moridin la tarea de destruirlo.

¿Por qué no se había dado cuenta él? Nynaeve rebuscó hierbas en sus bolsitas y se paró de golpe. ¿Podían hacer algo las hierbas en ese estado de gravedad? Tenía que usar el Poder Único para Curar una herida así. Nynaeve desgarró tiras de la ropa de la mujer para hacer un vendaje y luego intentó absorber *Saidar* para la Curación.

Rand lo tenía y no lo soltó. Frenética, trató de apartarlo, pero Rand no cedió. De hecho, incrementó la fuerza con la que lo retenía cuando ella lo presionó. Ahora parecía que sí encauzaba, de algún modo, si bien Nynaeve no veía los tejidos. Percibía algo, pero, con el aullido del viento y la extraña naturaleza de la cueva, era como si una tempestad girara a su alrededor. El Poder estaba envuelto en eso, de algún modo.

¡Maldición! ¡Necesitaba el *Saidar*! No era culpa de Rand. No podía cederle poder alguno mientras dirigiera el círculo.

Nynaeve presionó la herida de Alanna con la mano; se sentía impotente. ¿Debería pedirle a Rand que la liberara del círculo? Si lo hacía, seguro que Moridin se volvería hacia ella y atacaría a Alanna.

¿Qué hacer? Si esa mujer moría, Rand perdería el control. Y lo más probable era que eso fuera su fin… Y el fin de la Última Batalla.

Mat golpeó la madera con el hacha para rebajarla y dejar una punta afilada.

—¿Veis? —dijo—. No tiene que ser bonita ni elaborada. Dejad la carpintería de lujo para impresionar a la hija del alcalde.

Los hombres y las mujeres que observaban asintieron con seria determinación. Eran granjeros, aldeanos y artesanos, como la gente que había conocido allá, en Dos Ríos. Mat tenía miles de ellos a sus órdenes. Jamás había imaginado que serían tantos. La buena gente del campo había acudido a la batalla.

Mat suponía que estaban chiflados, del primero al último. Si él hubiera podido escaparse, se habría escondido en un sótano en alguna parte. Así se abrasara, al menos lo habría intentado.

Esos dados no dejaban de repicar dentro de su cabeza, como venían haciéndolo desde que Egwene le había entregado el mando de todos los ejércitos de la Luz. Ser un puñetero *ta’veren* no valía una mierda.

Siguió afilando la estaca para la empalizada. Un tipo lo observaba con especial atención; era un viejo granjero con la tez tan curtida que las espadas de los trollocs seguramente rebotarían al dar en ella. Por alguna razón, a Mat le sonaba la cara de ese hombre.

«Qué asco de memoria», pensó. Sin duda, ese tipo se parecía a alguien de los antiguos recuerdos que había recibido. Sí, debía de ser eso, algo que tenía que ver con un… ¿Un carro? ¿Y un Fado? No conseguía recordarlo.

—Venga, Renald —le dijo el tipo a uno de sus compañeros, otro granjero, éste de buena cepa fronteriza a juzgar por su aspecto—. Vayamos a la línea, a ver si podemos apurar un poco a los otros.

Los dos se fueron mientras Mat terminaba la estaca y se limpiaba la frente. Alargaba la mano hacia un nuevo palo —más valía que hiciera otra demostración a esos pastores—, cuando una figura vestida con *cadin’sor* se acercó corriendo a lo largo del muro casi acabado de la empalizada.

Urien tenía el cabello de un color rojo intenso y lo llevaba corto excepto por el mechón largo en la nuca. Alzó una mano hacia Mat mientras pasaba.

—Empiezan a moverse, Matrim Cauthon —le dijo, sin detenerse—. Creo que vienen en esta dirección.

—Gracias —contestó Mat—. Te debo una.

El Aiel se volvió sin detenerse y continuó corriendo de espaldas un momento para

mirar a Mat.

—¡Tú gana esta batalla! He apostado un odre de *oosquai* a que vencemos nosotros.

Mat resopló con sorna. Si había algo más inquietante que un Aiel ingrávido, era uno sonriente. ¿Había apostado, por el resultado de la batalla? ¿Qué clase de apuesta era ésa? Si perdían, nadie viviría lo suficiente para recibir…

Mat frunció el entrecejo. Pues la verdad era que se trataba de una apuesta estupenda.

—Urien, ¿a quién encontraste que aceptara esa apuesta? —preguntó a voces Mat.

Pero el Aiel ya estaba demasiado lejos y no lo oyó. Mat rezongó y le tendió su hacha a la persona que tenía al lado, una mujer teariana.

—Mantenlos en línea, Cynd.

—Sí, lord Cauthon.

—No soy un jodido lord —repuso Mat por la fuerza de la costumbre, al tiempo que recogía su *ashandarei*.

Echó a andar y enseguida se volvió a mirar la empalizada que estaban levantando; entonces atisbó a un puñado de Guardias de la Muerte que caminaban junto a las filas de trabajadores. Como lobos entre ovejas. Mat apretó el paso.

A sus ejércitos no les quedaba mucho tiempo para prepararse. Utilizar accesos los había situado por delante de los trollocs, pero no habían escapado. Luz, no había ningún sitio donde escapar. Sin embargo, Mat había tenido la opción de elegir el campo de batalla, y ese lugar, Merrilor, era el que más les convenía a ellos.

«Es como elegir los dos metros de tierra donde cavarán tu tumba —pensó—. Para empezar, preferiría no tener que elegir, por supuesto».

La empalizada se levantaba delante del bosque, al este de Campo de Merrilor. No quedaba tiempo para acordonar o rodear toda el área con una empalizada, y hacer tal cosa tampoco tenía mucho sentido, de todas formas. Con esos encauzadores sharaníes, la Sombra podía abrirse paso a través de paredes como una espada a través de seda. Pero algunas empalizadas, con pasarelas por la parte superior, darían a sus arqueros altura para disparar a los trollocs.

Mat tenía allí dos ríos a los que sacar provecho. El río Mora fluía en dirección sudoeste, entre los Altos y Alcor Dashar. La margen meridional estaba en Shienar, en tanto que la septentrional pertenecía a Arafel. Después desembocaba en el río Erinin, que corría directamente hacia el oeste, en la linde meridional de Campo de Merrilor.

Esos ríos darían más protección que cualquier muralla, sobre todo ahora, que tenía efectivos suficientes para defenderlos como era debido. En fin, si es que podían llamarse «efectivos». La mitad de sus soldados eran tan novatos como la nieve de primavera, y la otra mitad había batallado casi hasta la muerte una semana antes. Los fronterizos habían perdido dos combatientes de cada tres… Luz, dos de cada tres. Un

ejército con menos raigambre guerrera se habría disuelto.

Contando a todos los que tenía a sus órdenes, el adversario los superaría en cuatro a uno cuando esos trollocs llegaran. Al menos era lo que indicaban los informes de los Puños del Cielo. El panorama se presentaba peliagudo.

Mat se caló más el sombrero y luego se rascó al lado del nuevo parche del ojo que Tuon le había dado. Cuero rojo. Le gustaba.

—A ver, vosotros —dijo al pasar junto a algunos de los nuevos reclutas de la Guardia de la Torre, que practicaban con varas de combate; las puntas de lanza aún se estaban forjando para ponerlas en los extremos. Por las apariencias, sería más probable que esos hombres se hirieran a sí mismos antes que al enemigo.

Mat le tendió la *ashandarei* a un recluta y luego cogió la vara que sujetaba otro mientras el primero se apresuraba a hacer un saludo. La mayoría de esos reclutas no eran lo bastante mayores para tener que afeitarse más de una vez al mes. Si el joven al que le había quitado la vara tenía un día más de los quince años, Mat se comería las botas. ¡Y sin cocerlas antes siquiera!

—¡No podéis encogeros cada vez que la vara golpee algo! —empezó—. Cerrad los ojos en plena batalla y estáis muertos. ¿Es que ninguno de vosotros ha prestado atención la última vez?

Mat enarboló la vara de combate y les enseñó cómo asirla y por dónde; luego les hizo repetir el ejercicio de parada para contrarrestar un ataque que su padre le había enseñado cuando todavía era lo bastante joven para creer que luchar podría resultar divertido. Atacó a cada uno de los nuevos reclutas por turno, obligándolos a parar el golpe, y con el ejercicio empezó a sudar.

—Así me abrase si no acabáis pillándolo —les iba gritando a todos—. No tendría que preocuparme tanto, ya que sois una pandilla con menos cerebro que un tocón. Pero, si os matan, vuestras madres esperarán que se lo comunique. No es que me importe hacerlo, ojo. ¡Pero a lo mejor me sentía un poco culpable entre una partida de dados y otra, y detesto sentirme así, de modo que prestad atención!

—Lord Cauthon —dijo el muchacho al que le había cogido prestada la vara.

—No soy… —Se interrumpió—. Vale, sí, ¿qué quieres?

—¿Por qué no aprendemos a luchar con espada?

—¡Luz! —exclamó Mat—. ¿Cómo te llamas?

—Sigmont, señor.

—Bueno, Sigmont, ¿cuánto tiempo crees que tenemos para aprender algo? A lo mejor podrías salir a pasear e ir a hablar con los Señores del Espanto y los Engendros de la Sombra para pedirles que me den unos cuantos meses a fin de que pueda entrenaros como es debido.

Sigmont se puso colorado y Mat le tendió su vara.

«Chicos de ciudad». Suspiró.

—Vamos a ver, lo único que quiero de todos vosotros es que seáis capaces de defenderos. No tengo tiempo para hacer de vosotros grandes guerreros, pero sí puedo enseñaros a trabajar en equipo, a mantener la formación y no asustaros y huir cuando lleguen los trollocs. Eso os llevará más lejos que cualquier tipo de esgrima extravagante, creedme.

Los jóvenes asintieron con la cabeza de mala gana.

—Volved a las prácticas —dijo Mat.

Se limpió la frente y miró hacia atrás. ¡Maldición! Los Guardias de la Muerte se encaminaban hacia allí. Recogió su *ashandarei* y se alejó deprisa; luego dobló con rapidez por detrás de una tienda, pero se topó con un grupo de Aes Sedai que se acercaban por el sendero.

—¡Mat! —dijo Egwene desde el centro del grupo—. ¿Te encuentras bien?

—Me persiguen —contestó al tiempo que se asomaba por el costado de la tienda para echar un vistazo.

—¿Quiénes te persiguen? —quiso saber Egwene.

—Guardias de la Muerte. Se supone que tendría que estar de vuelta en la tienda de Tuon.

Egwene hizo un gesto con la mano y las mujeres del grupo se apartaron, excepto las dos personas que se habían convertido en su sombra —Gawyn y Leilwin—, que se quedaron con ella.

—Mat —empezó Egwene en tono sufrido—, me alegra que por fin hayas decidido entrar en razón y dejes el campamento seanchan, pero ¿no podrías haber esperado hasta después de que la batalla hubiera acabado para desertar?

—Lo siento —repuso él, que escuchaba a medias lo que Egwene decía—. ¿Podríamos hablar mientras vamos hacia el sector Aes Sedai del campamento? No me seguirán allí.

Tal vez no. Aunque, si todos los Guardias de la Muerte eran como Karede, era posible que lo hicieran. Karede se tiraría de cabeza tras un hombre que se hubiera caído por un precipicio con tal de capturarlo.

Egwene echó a andar de vuelta a su campamento con aire de estar disgustada con él. ¿Cómo era posible que las Aes Sedai pudieran mostrarse tan impasibles y, sin embargo, conseguir que un hombre se diera cuenta de que reprobaban su conducta? Pensándolo bien, probablemente una Aes Sedai también seguiría a un hombre precipicio abajo con tal de explicarle, en detalle, todas las cosas que hacía mal en el modo que había elegido para matarse.

A Mat le gustaría que tantos pensamientos que tenía últimamente no estuvieran relacionados con la sensación de ser él quien saltaba por un precipicio.

—Tendremos que encontrar la forma de explicar a Fortuona por qué has huido —dijo Egwene mientras se aproximaban al sector de las Aes Sedai, sector que Mat

había dispuesto que estuviera tan lejos del seanchan como fuera razonable—. El matrimonio va a representar un problema. Sugiero que te…

—Un momento, Egwene. ¿De qué hablas? —la interrumpió Mat.

—Estás huyendo de los guardias seanchan. ¿Es que no has escuchado…? No, por supuesto que no. Es grato saber que, mientras el mundo se hace pedazos, algunas cosas no cambian nunca: el *cuendillar* y Mat Cauthon.

—Huyo de ellos porque Tuon quiere que actúe como juez —explicó Mat, que miró hacia atrás—. ¡Cada vez que un soldado busca clemencia de la emperatriz, soy yo el que se supone que tengo que atender su puñetero caso!

—¿Tú, dictando sentencias?

—Sí, lo sé. Demasiado trabajo, si quieres saber mi opinión. Me he pasado todo el día esquivando guardias en un intento de disponer de un poco de tiempo para mí mismo.

—Tampoco es para tanto, Mat. No vas a morirte por dedicar un rato a un trabajo honrado.

—Vaya, sabes que eso no es verdad. El oficio de soldado es un trabajo honrado y acaba matando hombres todo el tiempo.

Gawyn Trakand daba la impresión de estar practicando para ser Aes Sedai algún día, porque no dejaba de fulminarlo con miradas que habrían hecho a Moraine sentirse orgullosa. Bueno, allá él. Gawyn era un príncipe. Había crecido aprendiendo a hacer cosas como dictar sentencias. Probablemente mandaba a la horca a unos cuantos hombres cada día durante el descanso para comer, sólo para no perder la práctica.

Pero él… Él no iba a ordenar que se ejecutara a unos hombres, y no había más que hablar. Pasaron junto a un grupo de Aiel que hacían prácticas. ¿Sería ése el grupo hacia el que Urien se había dirigido corriendo? Una vez que los dejaron atrás, mientras Mat procuraba que los otros caminaran más deprisa para que los seanchan no los alcanzaran, se acercó más a Egwene.

—¿Lo has encontrado ya? —preguntó en voz baja.

—No —respondió ella, con la mirada fija al frente.

Era innecesario mencionar a qué se refería.

—¿Cómo puedes haber perdido eso, después de todas las peripecias por las que pasamos para encontrarlo?

—¿Pasasteis, dices? Por lo que ha llegado a mis oídos, Rand, Loial y los fronterizos tuvieron más que ver con encontrarlo que tú.

—Yo estaba allí —dijo Mat—. Cabalgué a través de todo el jodido continente, ¿no es así? Maldita sea, primero Rand y luego tú. ¿Es que todo el mundo va a estar dándome la tabarra por lo de aquellos días? Y tú, Gawyn, ¿quieres que te dé turno?

—Sí, por favor —contestó Gawyn. Y lo dijo con un timbre ansioso.

—Cierra el pico —replicó Mat—. Parece que nadie recuerda bien cómo pasó, excepto yo. El que buscó el jodido Cuerno como un loco fui yo. Y permíteme que mencione que fue el hecho de que yo tocara esa cosa lo que te permitió escapar de Falme.

—¿Es así como lo recuerdas? —preguntó Egwene.

—Claro. Vaya, sé que tengo algunas lagunas sobre aquello, pero he reconstruido casi todo el cuadro.

—¿Y la daga?

—¿Esa baratija? No vale la pena perder tiempo hablando de ella.

Se sorprendió dirigiendo la mano hacia el costado, donde tiempo atrás la había llevado. Egwene lo miró con una ceja enarcada.

—Tenemos gente buscándolo —dijo luego ella—. No sabemos bien qué ha ocurrido. Había un residuo de Viaje, pero de eso ya ha pasado cierto tiempo y… Luz, Mat. Lo estamos intentando, lo prometo. No es lo único que la Sombra nos ha robado recientemente…

Él la miró, pero Egwene no añadió nada más. Condenadas Aes Sedai.

—¿Alguien ha visto a Perrin? —preguntó—. No quiero ser el que le diga que su esposa anda extraviada.

—Nadie lo ha visto. Imagino que está trabajando para ayudar a Rand.

—Bah. ¿Podrías abrirme un acceso a la cima de Alcor Dashar? —pidió Mat.

—Creía que querías ir a mi campamento.

—Pilla de camino —contestó él; bueno, más o menos de camino—. Y esos Guardias de la Muerte no se lo esperarán. Así me abrase, Egwene, pero creo que han imaginado hacia dónde nos dirigimos.

Tras hacer un breve alto, Egwene abrió un acceso a la zona de Viaje situada en la cima de Alcor Dashar. Lo cruzaron.

Alcor Dashar se elevaba sus buenos cien pies en el centro del campo de batalla. La formación rocosa era inaccesible en cuanto a llegar a la cima escalando, por lo que los accesos eran el único medio de subir. Desde allí arriba, Mat y sus comandantes podrían observar el desarrollo de toda la batalla.

—Jamás he conocido a otra persona que pusiera tanto empeño en evitar el trabajo, Matrim Cauthon —le dijo Egwene.

—Eso es porque no has pasado suficiente tiempo rodeada de soldados.

Mat hizo un gesto con la mano a los hombres que lo saludaron a su paso mientras salían de la zona de Viaje.

Miró al norte, hacia el río Mora y el territorio de Arafel. Luego, al nordeste, hacia las ruinas de lo que antaño había sido una especie de fortificación o torre de vigía. Al este, hacia la creciente empalizada y el bosque. Siguió dándose la vuelta, hacia el sur, para mirar el río Erinin allá, en la distancia, y el extraño y reducido grupo de grandes

árboles por el que Loial sentía tanto respeto. Decían que Rand los había hecho crecer durante la reunión en la que se había firmado el tratado. Mat miró al sudoeste, hacia el único vado cercano que tenía el Mora; las gentes que antes cultivaban esas tierras lo llamaban Vado de Hawal. Más allá del vado, en la orilla arafelina, había una gran extensión de ciénagas.

Al oeste, al otro lado del Mora, se encontraban los Altos de Polov, una loma de cima plana con una vertiente escarpada al este y otras en los tres lados restantes con declives más graduales. Entre la base de la ladera del sudoeste y las ciénagas quedaba una cañada de aproximadamente doscientos pasos de ancho, con señales de estar muy transitada por los viajeros que utilizaban el vado para cruzar entre Arafel y Shienar. Mat podía aprovechar esas características a su favor. Todas ellas. ¿Sería suficiente? Percibía algo que tiraba de él, como si lo arrastrara hacia el norte. Rand iba a necesitar su ayuda pronto.

Se volvió, dispuesto a escapar, al ver que alguien se acercaba a través de la cima del cerro, pero no eran los Guardias de la Muerte. Sólo era Jur Grady, con su rostro curtido.

—Traje a esos soldados para vos —dijo Grady al tiempo que señalaba.

Mat vio una pequeña fuerza que salía por un acceso en la zona de Viaje que había cerca de la empalizada. Cien hombres de la Compañía, encabezados por Delarn, que enarbolaban una jodida bandera roja. Los Brazos Rojos iban acompañados por unas quinientas personas que vestían ropas muy usadas.

—Y todo esto ¿a cuento de qué? —preguntó Grady—. Enviasteis a esos cien hombres a un pueblo del sur para reclutar gente, supongo.

Para eso y para algo más.

«Te salvé la vida, hombre —pensó Mat, que intentaba distinguir a Delarn entre el grupo—. Y entonces te ofreciste voluntario para esto. Maldito estúpido». Delarn se comportaba como si ése fuera su sino.

—Llévalos río arriba —indicó Mat—. Los mapas muestran que sólo hay un sitio apropiado para represar la corriente del Mora. Un estrecho cañón situado a unas pocas leguas al nordeste de aquí.

—De acuerdo. Habrá encauzadores involucrados —opinó Grady.

—Tendrás que ocuparte de ellos —contestó Mat—. Sin embargo, principalmente quiero que dejes a esos seiscientos hombres y mujeres defender el río. Tú no te arriesgues demasiado. Deja que Delarn y su gente hagan el trabajo.

—Perdón, pero no es una fuerza que parezca muy grande —opinó Grady—. La mayoría no son soldados entrenados.

—Sé lo que hago —repuso Mat. «Eso espero».

Grady asintió en silencio, a regañadientes, y se alejó.

Egwene observaba a Mat con curiosidad.

—En este combate no hay retirada —dijo Mat en voz queda—. No retrocedemos. No hay adónde ir. Resistimos aquí o lo perdemos todo.

—Siempre hay una salida —arguyó Egwene.

—No. Ya no.

Mat se apoyó la *ashandarei* en el hombro. Recorrió el entorno con la mirada mientras los recuerdos aparecían como si surgieran de la luz y del polvo que había ante él. Rion, en Colina Hune. Naath y los San d'ma Shadar. La Caída de Pipkin. Cientos y cientos de campos de batalla, centenares de victorias. Miles de muertos.

Mat veía pasar a través del campo los recuerdos como destellos producto de su imaginación.

—¿Has hablado con los intendentes? Andamos cortos de comida, Egwene. No podemos ganar una guerra demasiado prolongada, combatiendo y replegándonos. El enemigo nos machacará si hacemos eso. Igual que Eyal en las Marcas de Maighande. Ahora, aunque castigados, nos encontramos en nuestro mejor momento. Si retrocedemos, nos resignamos a morir de inanición mientras los trollocs nos destruyen.

—Sólo tenemos que resistir hasta que Rand salga victorioso de su lucha —dijo Egwene.

—Eso es verdad… en cierto modo —replicó Mat, que se volvió hacia los Altos de Polov.

En su mente, veía lo que podría acontecer, las posibilidades. Imaginaba jinetes en los Altos, como sombras. Serían derrotados si intentaban retener esas lomas, pero tal vez…

—Si Rand pierde, dará igual —prosiguió—. La jodida Rueda se romperá y todos nos convertiremos en nada, si tenemos suerte. En fin, no podemos hacer más al respecto. Pero ahí está el quid. Aunque Rand haga lo que se supone que ha de hacer, todavía podemos perder la guerra, y eso será lo que ocurra si no detenemos a los ejércitos de la Sombra.

Parpadeó, mientras lo veía: todo el campo de batalla extendido ante él. La lucha en el vado. Flechas desde la empalizada.

—No podemos contentarnos con vencerlos, Egwene —dijo—. No podemos limitarnos a resistir y a aguantar. Tenemos que destruirlos, hacerlos huir y después darles caza a todos, hasta el último trolloc. No podemos conformarnos con sobrevivir… Tenemos que vencer.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Egwene—. Mat, no hablas con sentido común. ¿No decías ayer mismo lo mucho que nos superarían en número?

Él miró hacia las ciénagas al imaginar sombras intentando avanzar de forma trabajosa a través de ellas. Sombras de polvo y remembranza.

—Tengo que cambiarlo todo —declaró. No se podía permitir hacer lo que ellos

esperaban que hiciera. No podía hacer lo que los espías podrían haber informado ya sobre lo que planeaba—. Rayos y truenos… Una última tirada de dados. A todo cuanto tenemos, apilado en un montón…

Un grupo de hombres con armadura oscura salió por un acceso a la cima del montículo; jadeaban, como si hubieran tenido que dar caza a una *damane* para que los subiera allí. Los petos estaban lacados en un intenso color rojo, pero ese grupo no necesitaba un despliegue amedrentador para resultar intimidantes. Parecían lo bastante furiosos para cascar huevos con una mirada.

El Guardia de la Muerte que comandaba el grupo, un hombre llamado Gelen, señaló con el dedo a Mat y se dirigió hacia él.

—Se requiere vuestra presencia en…

Mat alzó una mano para que se callara.

—¡No me eludiréis otra vez! —exclamó Gelen—. Tengo órdenes de…

Mat asestó una mirada feroz al hombre, que se paró en seco, y se volvió de nuevo hacia el norte. Un viento frío, de algún modo familiar, sopló en torno a él agitando el largo chaquetón y rozando el sombrero. Entrecerró el ojo. Rand tiraba de él.

Los dados seguían repicando en su cabeza.

—Están aquí —dijo Mat.

—¿Qué has dicho? —preguntó Egwene.

—Que están aquí.

—Los exploradores han dicho…

—Se equivocan —la interrumpió Mat.

Alzó la vista al cielo y divisó un par de *raken* que regresaban a toda velocidad al campamento. Lo habían visto. Los trollocs debían de haber marchado sin pausa durante toda la noche.

«Los sharaníes habrán llegado a través de accesos y avanzarán primero, para dar a los trollocs un respiro», pensó Mat.

—Enviad corredores —ordenó, señalando a los Guardias de la Muerte—, que hombres y mujeres ocupen sus puestos. Y tú, Egwene, advierte a Elayne que voy a cambiar el plan de batalla.

—¿Qué? —exclamó Egwene.

—¡Están aquí! —repitió Mat, volviéndose hacia los Guardias de la Muerte—. ¡¿Por qué puñetas no os habéis marchado ya?! ¡Moveos, moveos!

En lo alto, los *raken* chillaron. Cabe decir en su beneficio que Gelen saludó y echó a correr con sus compañeros, haciendo tintinear aquella enorme armadura.

—Ha llegado el momento, Egwene —dijo Mat—. Respira hondo, toma un último trago de brandy o prende tu última pizca de tabaco. Echa un buen vistazo al terreno que tienes ante ti, porque pronto se habrá cubierto de sangre. Dentro de una hora estaremos en lo más intenso del combate. Que la Luz vele por todos nosotros.

Perrin vagaba a la deriva en la oscuridad. Estaba tan cansado…

«Verdugo sigue vivo —pensó una parte de su cerebro—. Graendal está corrompiendo a los grandes capitanes. El fin se aproxima. ¡No puedes dejarte ir ahora! Aguanta».

¿Aguantar? ¿Asido a qué? Intentó abrir los ojos, pero se sentía demasiado exhausto. Tendría que… Tendría que haber salido del Sueño del Lobo antes. Notaba todo el cuerpo entumecido, excepto…

Excepto el costado. Moviendo los dedos, que le parecían ladrillos, tocó algo caliente: su martillo. Estaba candente. Ese calor pareció fluir dedos arriba, y Perrin respiró hondo.

Debía despertar. Flotaba al borde de la inconsciencia, como cuando uno está a punto de dormirse, aunque todavía sigue un poco despierto. En ese estado, sintió como si tuviera ante sí un camino bifurcado. Uno de ellos conducía a una oscuridad más profunda. Y el otro… No lo veía, pero sabía que eso significaba… Significaba despertarse.

El calor del martillo irradió por el brazo hacia arriba. La mente adquirió agudeza, se tornó más perceptiva. Despertarse.

Eso era lo que Verdugo había hecho. Había… despertado… de algún modo.

A Perrin se le estaba escapando la vida, se le escurría entre los dedos. No quedaba mucho tiempo. Medio envuelto en el abrazo de la muerte, apretó los dientes, hizo una profunda inhalación y se obligó a… *Despertar*.

El silencio del Sueño del Lobo se hizo añicos.

Cayó en tierra blanda y entró en un sitio donde sonaban gritos. Gritos sobre algo de un frente de batalla, sobre preparar las líneas…

Cerca, alguien gritó. Y luego gritó alguien más. Y otros.

—¿Perrin? —Conocía esa voz—. ¡Perrin, muchacho!

¿Maese Luhhan? Cómo le pesaban los párpados. No podía abrirlos. Unos brazos lo agarraron.

—Aguanta. Ya te tengo, muchacho. Te tengo. Aguanta.

37



La Ultima Batalla

Aquella mañana rompió el alba en los Altos de Polov, pero el sol no brilló para los Defensores de la Luz. Del oeste y del norte llegaron los ejércitos de la Oscuridad para ganar esa última batalla y arrojar una Sombra sobre todo el mundo; para dar paso a una Era en la que los gemidos y los llantos de los dolientes no serían escuchados.

(Del cuaderno de Loial, hijo de Arent,
nieto de Halan. Cuarta Era)

Lan sostuvo en alto la espada mientras galopaba a través del campamento a lomos de *Mandarb*. Arriba, las nubes matinales empezaban a teñirse de rojo al reflejar enormes bolas de fuego que se elevaban desde el masivo ejército sharaní que se acercaba por el oeste. Las bolas trazaban gráciles arcos en el aire, lentas en apariencia debido a la gran distancia.

Grupos de jinetes salieron del campamento para unirse a Lan. Los pocos malkieri que habían sobrevivido cabalgaban detrás de él, pero su fuerza había crecido como una marea. Andere se unió a él en la cabeza de la marcha; llevaba el estandarte de Malkier —la Grulla Dorada— que servía de bandera para todas las Tierras Fronterizas.

Los habían hecho sangrar, pero no los habían derrotado. Derribar a un hombre era el mejor modo de comprobar de qué pasta estaba hecho. Ese hombre tenía la posibilidad de echar a correr. Si no lo hacía, si permanecía en su sitio con sangre en la comisura de la boca y una mirada de determinación en los ojos, entonces lo sabías. Ese hombre estaba a punto de volverse realmente peligroso.

Las bolas de fuego parecieron moverse más deprisa al caer, y se estrellaron en el campamento con estampidos de roja furia. Las explosiones sacudieron el suelo. Cerca se alzaron gritos que acompañaron el estruendoso ruido acompasado de los cascos a galope. Todavía se iban uniendo más hombres a su tropa. Mat Cauthon había hecho correr la voz por todos los campamentos de que se necesitaba más caballería que se uniera al avance de Lan y reemplazara a los jinetes perdidos.

También había advertido cuál sería el coste de ir con ellos. La caballería estaría en la vanguardia del combate, rompiendo líneas de trollocs y sharaníes, y tendría poco

descanso. Ellos se llevarían la peor parte en cuanto a las bajas de ese día.

Aun así, los hombres se unían a él. Fronterizos que deberían ser demasiado viejos para cabalgar. Mercaderes que habían dejado a un lado la bolsa del dinero y habían empuñado la espada. Un sorprendente número de sureños, incluidas muchas mujeres, equipados con petos y acero o con gorros de cuero y lanzas. No había bastantes lanzas para todos.

—¡La mitad de esos que se nos unen parecen granjeros más que soldados! —le gritó Andere para hacerse oír por encima de la trápala de los cascos.

—¿Alguna vez has visto a un hombre o una mujer de Dos Ríos cabalgar, Andere? —le respondió Lan, también a voces.

—No puedo decir que sí.

—Observa y sorpréndete.

La caballería de Lan llegó al río Mora, donde se encontraba un hombre de cabello largo y ondulado, vestido con chaqueta negra y con las manos enlazadas a la espalda. Logain tenía ahora cuarenta Aes Sedai y Asha’man con él. Miró el contingente de Lan y después alzó una mano hacia el cielo y estrujó —como si fuera un trozo de papel— una enorme bola de fuego que caía. El cielo restalló como un trueno y la bola de fuego destrozada esparció chispas por doquier mientras el humo se agitaba en el aire. Cayeron flotando pavesas que se apagaban al tocar la impetuosa corriente del río y esparcían pizcas blancas y negras en la superficie del agua.

Lan frenó un poco a *Mandarb* al aproximarse a Vado de Hawal, justo al sur de los Altos de Polov. Logain adelantó la otra mano hacia el río. Las aguas se agitaron y dieron bandazos hacia arriba mientras se alzaban en el aire, como si fluyeran por encima de una rampa invisible. Se desplomaron con estrépito por el otro lado y crearon una violenta catarata; al caer, el agua saltaba y salpicaba sobre de las riberas del río.

Lan hizo una leve inclinación de cabeza a Logain y siguió adelante guiando a *Mandarb* por debajo de la cascada y cruzando sobre las piedras del lecho del vado, todavía mojadas. Arriba, la luz del sol se filtraba a través del agua del río y centelleaba sobre Lan mientras pasaba bajo el túnel con estruendo, seguido por Andere y los malkieri. La catarata rugía a su izquierda y levantaba una neblina de agua pulverizada.

Lan se estremeció cuando salió de nuevo a cielo abierto; luego cargó a través de la cañada hacia los sharaníes. A su derecha se alzaban los Altos de Polov y a su izquierda se extendían las ciénagas, pero allí el paso era de tierra firme y llana. Arriba, en los Altos, arqueros, ballesteros y dragoneros se preparaban para disparar andanadas a los enemigos que se aproximaban.

Sharaníes al frente, una inmensa fuerza trolloc agrupándose detrás, todo directamente al oeste de los Altos. El estampido del disparo de un dragón hendió el

aire desde la cumbre de los Altos, y a no tardar los sharaníes respondían con explosiones propias.

Lan situó la lanza en posición, apuntó a un soldado sharaní que cargaba hacia los Altos de Polov, y se preparó.

Elayne alzó la cabeza y giró hacia un lado. Ese terrible canto, un arrullo, un canturreo hermoso y terrible al mismo tiempo. Taconeó a *Sombra de Luna*, atraída hacia ese suave sonido. ¿De dónde venía?

Procedía de alguna parte dentro del campamento seanchan, al pie de Alcor Dashar. Echar una bronca a Mat por no explicarle su plan de guerra podía esperar. Tenía que encontrar la fuente de ese sonido, ese canto maravilloso que…

—¡Elayne! —gritó Birgitte.

Elayne taconeó los flancos de su montura para que prosiguiera.

—¡Elayne! ¡Draghkar!

Draghkar. Elayne se sacudió, miró hacia arriba y se encontró con las criaturas que caían como gotas de agua por todo el campamento. Las mujeres de la guardia bajaron las espadas y abrieron mucho los ojos a medida que el arrullo continuaba.

Elayne tejió un trueno y lo lanzó; el estampido hendió el aire extendiéndose a través de las guardias, que gritaron y se taparon los oídos. Elayne sintió un pinchazo de dolor en la cabeza y maldijo mientras cerraba los ojos, asaltada por la conmoción. Y entonces… dejó de oír.

De eso se trataba.

Se obligó a abrir los ojos para ver a los Draghkar todo en derredor, con los cuerpos larguiruchos y los ojos inhumanos. Abrieron los labios para canturrear, pero los oídos ensordecidos de Elayne no oyeron el arrullo. Sonrió mientras tejía látigos de fuego y arremetió contra las criaturas. No oyó los chillidos de dolor, lo cual era una lástima.

Recobradas, las mujeres de la guardia que habían caído de rodillas se incorporaron y apartaron las manos de los oídos. Por la expresión aturdida, Elayne comprendió que también estaban sordas. Birgitte las tenía enseguida atacando a los sorprendidos Draghkar. Tres de las criaturas intentaron emprender el vuelo para huir, pero Birgitte se ocupó de ellas con una flecha de penacho blanco para cada una; la última que derribó se precipitó sobre una tienda cercana.

Elayne agitó la mano para llamar la atención de Birgitte. Los primeros sonidos de los Draghkar no habían llegado de arriba, sino de más adentro del campamento. Elayne señaló, taconeó a *Sombra de Luna* para que se pusiera en movimiento, y condujo a sus tropas entre los seanchan. Por doquier, yacían hombres que contemplaban el cielo con las bocas abiertas. Muchos parecían respirar, pero no había vida en los ojos que miraban al vacío. Los Draghkar habían consumido sus almas,

pero dejaban vivos los cuerpos como corteza cortada del pan de un hombre rico.

Ese grupo de Draghkar —Luz, había más de un centenar— podría haber tomado un hombre cada uno, matarlo y después retirarse sin que se descubriera su presencia. El clamor lejano de la batalla —toques de cuerno, estampidos de dragones, silbantes bolas de fuego, todo lo cual Elayne notaba ahora, pero que apenas oía debido a los oídos dañados— habría ocultado el ataque Draghkar. Las criaturas podrían haber atacado y huir, pero eran glotonas.

Sus guardias se dispersaron y atacaron a los sorprendidos Draghkar, muchos de los cuales tenían soldados sujetos. Esos seres no eran luchadores resistentes si se tomaba como referente la fuerza de los brazos. Elayne esperó mientras preparaba tejidos. A los Draghkar que intentaron huir, los abatió con fuego en el aire.

Cuando todos hubieron muerto —al menos los que estaban a la vista— Elayne hizo un gesto a Birgitte para que se acercara. En el aire flotaba un intenso olor a carne quemada. Elayne encogió la nariz y se inclinó para poner las manos en la cabeza de Birgitte y Curarle los oídos. Los bebés dieron pataditas cuando lo hizo. ¿De verdad reaccionaban así cuando Curaba a alguien o sólo eran imaginaciones suyas? Elayne bajó una mano para sujetarse el vientre con un brazo al tiempo que Birgitte daba un paso atrás y miraba a su alrededor.

La Guardiana encajó una flecha en la cuerda; Elayne percibió su alarma. Birgitte disparó y un Draghkar salió a descubierto del interior de una tienda cercana, trastabillando. Luego apareció un seanchan, también a trompicones y con los ojos vidriosos. La muerte había interrumpido a la criatura cuando estaba a mitad de la ingesta; ese pobre tipo no volvería a estar en su sano juicio.

Elayne dio media vuelta a la montura y vio algunas tropas seanchan que llegaban cargando hacia el área. Birgitte habló con ellos y luego se volvió para hablarle a Elayne, pero ésta sacudió la cabeza y Birgitte vaciló; entonces dijo algo más a los seanchan.

Las guardias de Elayne se agruparon a su alrededor de nuevo y observaron a los seanchan con desconfianza. Elayne entendía perfectamente su reacción.

Birgitte le hizo un gesto con la mano para que siguiera adelante y el grupo continuó en la dirección que llevaban antes. En esto, una *damane* y su *sul'dam* se acercaron y —cosa sorprendente— le hicieron una reverencia a Elayne. Quizá la tal Fortuona les había dado órdenes de mostrarse respetuosas con los monarcas de otros países.

Elayne vaciló, pero ¿qué iba a hacer? Podía regresar al campamento para recibir la Curación, pero eso la entretendría un buen rato y era urgente que hablara con Mat. ¿De qué servía pasarse días trazando planes de guerra si él los desechaba después? Confiaba en Mat —Luz, no le quedaba más remedio—, pero preferiría saber qué se proponía hacer.

Suspiró y extendió el pie hacia la *damane*. La mujer frunció el entrecejo y luego miró a la *sul'dam*. Por lo visto, ambas se lo habían tomado como un insulto. Desde luego ella lo había hecho con intención de que lo pareciera.

La *sul'dam* asintió y su *damane* alargó la mano para tocar la pierna de Elayne justo por encima de la bota. Las resistentes botas eran parecidas a las que llevaría cualquier soldado, no una reina, pero ella no tenía intención de entrar en batalla llevando unos zapatos finos.

Una leve sacudida del frío de la Curación le recorrió el cuerpo, y empezó a recuperar el oído poco a poco. Los tonos graves fueron los primeros. Explosiones. El lejano estampido de disparos de dragones. El discurrir del río cercano. Varios seanchan hablando. Las siguientes fueron las frecuencias medias, y luego un torrente de sonidos. El suave movimiento de faldones de tiendas, gritos de soldados, toques de cuernos.

—Diles que Curen a las otras —indicó Elayne a Birgitte.

Ésta enarcó una ceja, probablemente preguntándose por qué no daba ella la orden directamente. Bueno, esos seanchan eran muy quisquillosos en cuanto qué clases sociales podían hablar entre sí. Elayne no les haría el honor de hablarles directamente.

Birgitte transmitió la orden y los labios de la *sul'dam* se apretaron en una fina línea. Llevaba los lados de la cabeza afeitados; era de alta cuna. Quisiera la Luz que haciendo eso hubiera conseguido insultarla otra vez.

—Lo haré —repuso la mujer—. Aunque por qué cualquiera de vosotros quiere que os Cure un animal escapa a mi comprensión.

Los seanchan no eran partidarios de permitir que una *damane* Curara. Al menos, eso era lo que no dejaban de proclamar, si bien tal afirmación no había impedido que, a regañadientes, enseñaran los tejidos a sus mujeres cautivas ahora que habían sido testigos de la ventaja que implicaba para la batalla. Sin embargo, por lo que Elayne había oído, los nobles rara vez accedían a recibir Curación.

—Vayámonos —dijo Elayne, que hizo un gesto a sus guardias para que se quedaran y las Curaran, y emprendió galope.

Birgitte la miró, pero no hizo objeciones. Las dos se apresuraron; Birgitte montó en su caballo y cabalgó con Elayne hacia el recinto del puesto de mando de los seanchan. De una planta, estaba instalado en una amplia hendidura de altas paredes, al pie de la cara sur de Alcor Dashar; lo habían trasladado de la parte superior, ya que a Mat le preocupaba que estuviera demasiado expuesto. La cumbre seguiría usándose para supervisar la batalla a cortos intervalos.

Elayne dejó que Birgitte la ayudara a desmontar. Luz, empezaba a sentirse muy torpe, le costaba moverse. Como si fuera un barco en dique seco. Se permitió un instante para recobrar la compostura. Relajó el rostro y controló las emociones. Se

atusó el cabello, se alisó el vestido y luego se dirigió al pabellón.

—En nombre de un puñetero trolloc con dos dedos de zarpa —entró diciendo—, ¿se puede saber qué crees que estás haciendo, Matrim Cauthon?

Como era de esperar, el juramento lo hizo sonreír y alzar la mirada de la mesa de los mapas. Llevaba el sombrero y la chaqueta encima de unas ropas de bonita seda que parecían como si se hubiesen confeccionado para hacer juego con el color del sombrero, además de incorporarles puños y cuello de piel grabada, como para no estar fuera de lugar. Olía a algún tipo de acuerdo. Sin embargo, ¿por qué llevaba en la base del sombrero una banda rosa?

—Hola, Elayne —saludó Mat—. Supuse que no tardarías en venir a verme.

—Hizo un gesto señalando un sillón que había a un lado de la estancia, con los colores rojo y blanco de Andor. Era muy mullido, y al lado, humeando en una pequeña mesa, había una taza de té caliente.

«Así te abrases, Matrim Cauthon —pensó—. ¿Desde cuándo eres tan listo?»

La emperatriz seanchan se encontraba sentada en su trono al fondo de la estancia, con Min a su lado; Min iba vestida con suficiente seda verde para abastecer una tienda en Caemlyn para dos semanas. A Elayne no le pasó inadvertido el hecho de que el trono de Fortuona era dos dedos más alto que su sillón. Esa puñetera, insufrible mujer.

—Mat, hay Draghkar en tu campamento.

—Maldición. ¿Dónde?

—Debería haber dicho que «había» Draghkar en tu campamento —aclaró Elayne —. Nos ocupamos de ellos. Debes decir a tus arqueros que vigilen mejor.

—Ya se lo he dicho —protestó Mat—. Maldita sea. Que alguien compruebe cómo están los arqueros, yo…

—¡Gran príncipe! —dijo un mensajero seanchan, que entró presuroso, se puso de rodillas y luego se postró con un movimiento suave, sin dejar de informar—. ¡Los arqueros de la orilla han caído a manos de avanzadillas sharaníes! Ocultaron el ataque con el humo de bolas de fuego.

—¡Rayos y centellas! —maldijo Mat—. ¡Enviad ahora mismo dieciséis *damane* y *e sul'dam* allí abajo! Que bajen las unidades de arqueros septentrionales y los escuadrones cuarenta y dos y cincuenta. Y diles a los exploradores que los haré azotar si dejan que vuelva a ocurrir algo así.

—Poderoso Señor —dijo el mensajero, que saludó mientras se incorporaba y salía del recinto caminando hacia atrás, sin alzar la vista para evitar el riesgo de que su mirada se cruzara con la de Mat.

En general, Elayne estaba impresionada por la facilidad del mensajero para mezclar reverencia e informe. También se sentía asqueada. Ningún dirigente debería exigir ese sometimiento a sus súbditos. La fuerza de una nación provenía de la fuerza

de sus gentes; si uno los quebrantaba, se quebrantaba su propia espalda.

—Sabías que venía —dijo Elayne después de que Mat impartiera unas cuantas órdenes más a sus ayudantes—. Y previste la cólera que tu cambio de planes causaría. Maldita sea, Mat Cauthon, ¿por qué has tenido que hacerlo? Creía que nuestro plan de batalla era bueno.

—Lo era.

—¡Entonces, ¿por qué cambiarlo?!

—Elayne —empezó Mat, que se volvió hacia ella—. Todo el mundo me pone al mando, contra mi deseo, porque los Renegados no pueden influir en mi mente, ¿correcto?

—Ésa es la idea general. Aunque yo habría dicho que tal cesión de poder estaba menos fundamentada en ese medallón tuyo que en el hecho de que tengas la cabeza tan dura que no hay Compulsión que la penetre.

—Jodidamente cierto —convino Mat—. Sea como sea, si los Renegados están usando Compulsión en la gente de nuestros campamentos, probablemente se habrán enterado de unas cuantas cosas de nuestras reuniones.

—Supongo que sí.

—De modo que conocen nuestro plan. Nuestro gran plan, a cuya preparación dedicamos tanto tiempo. Lo conocen.

Elayne vaciló.

—¡Luz! —exclamó Mat mientras meneaba la cabeza—. La primera y más importante regla para ganar una guerra es saber lo que tu adversario va a hacer.

—Creía que la primera regla era conocer el terreno —dijo Elayne mientras cruzaba los brazos.

—Ésa también. Sea como sea, comprendí que si el enemigo sabía lo que íbamos a hacer, teníamos que hacer cambios. De inmediato. Unos planes de guerra malos son mejores que unos buenos que el enemigo conoce de antemano.

—¿Y por qué no imaginaste que esto ocurriría? —demandó Elayne.

Él la miró con rostro inexpresivo. Una de las comisuras de la boca se curvó fugazmente. Entonces Mat se caló más el sombrero de forma que el ala arrojaba sombra sobre el parche del ojo.

—Luz —exclamó Elayne—. Lo sabías. Te has pasado toda esta semana haciendo planes con nosotros y sabías todo el tiempo que los tirarías junto con el agua de fregar los platos.

—Eso es darme demasiado crédito —repuso Mat, que volvió a mirar los mapas —. Creo que es posible que una parte de mí lo supiera desde el principio, pero no caí en ello hasta el instante antes de que los sharaníes llegaran aquí.

—Entonces, ¿cuál es el nuevo plan?

Mat no respondió.

—Vas a mantenerlo en tu cabeza —dijo Elayne, que sintió que las piernas le flaqueaban—. Vas a liderar la batalla y ninguno de nosotros sabrá qué puñetas estás planeando, ¿verdad? De otro modo, alguien podría oírlo a hurtadillas y las noticias le llegarían a la Sombra.

Él asintió con la cabeza.

—Que el Creador nos proteja —susurró Elayne.

—¿Sabes? —comentó Mat, con el ceño fruncido—. Eso mismo fue lo que dijo Tuon.

En los Altos, Ino se tapaba los oídos mientras los cercanos dragones escupían fuego a trollocs y a sharaníes, al oeste de su posición. El olor intenso a algo acre flotaba en el aire, y los estampidos eran tan ensordecedores que ni siquiera oía sus jodidas maldiciones.

Allá abajo, los jinetes de Lan Mandragoran batían los laterales de la fuerza de asalto para mantenerla agrupada a fin de que los dragones pudieran causar más daño. Los sharaníes llevaban trollocs con ellos. También tenían encauzadores, montones de ellos. Río arriba, otro gran contingente trolloc, el que había hecho tanto daño a las fuerzas del Dai Shan, había llegado desde el nordeste y enseguida estarían en Campo de Merrilor.

Los dragones enmudecieron momentáneamente mientras los dragoneros volvían a llenarles las fauces con lo que quiera que los hiciera funcionar. Ino no pensaba acercarse a esos puñeteros artefactos. Artilugios que traían mal fario, eso eran. Estaba seguro.

El jefe de los dragoneros era un cairhienino enjuto, e Ino nunca había tenido muy buena opinión de esa gente. Cada vez que él hablaba, lo miraban con el jodido ceño fruncido. Éste iba montado en su caballo con aire altanero, y ni se inmutó cuando los dragones dispararon de nuevo.

La Sede Amyrlin había unido su suerte a la de esos hombres; y a la de los seanchan también. Pues él no iba a protestar, puñetas. Necesitaban todos los hombres que pudieran conseguir, incluidos los cairhieninos y los jodidos seanchan.

—¿Os gustan los dragones, capitán? —le dijo el cabecilla, Talmanes.

Capitán. Lo habían ascendido, qué puñetas. Ahora dirigía una fuerza de piqueros de la Torre y de caballería ligera recién reclutados.

No debería tener el mando de nada; él se sentía muy satisfecho como soldado raso. Pero contaba con entrenamiento y experiencia en batalla, dos cosas de las que andaban cortos por entonces, como Bryne había dicho en Salidar. ¡Así que ahora era un maldito oficial y dirigía caballería e infantería, nada menos! En fin, sabía lo que se hacía con una pica, si tenía que utilizar una, aunque por lo general prefería luchar a caballo.

Sus hombres estaban preparados para defender la cima de los Altos al borde del declive si el enemigo lograba subir la pendiente. Hasta el momento, los arqueros situados delante de los dragoneros habían impedido que ocurriera tal cosa, pero los arqueros tendrían que retirarse a no tardar, y entonces serían los jodidos soldados de la tropa regular los que entrarían en combate. Abajo, los sharaníes se apartaron para dejar que la fuerza principal trolloc se lanzara al asalto cuesta arriba.

Los piqueros avanzarían para contener el ataque trolloc, y allí las picas funcionarían bien puesto que esos monstruos cargaban ladera arriba. Añadiendo algo de caballería en los malditos flancos y con los arqueros disparando por esos puñeteros accesos abiertos allá en lo alto, probablemente podrían aguantar durante días. Tal vez semanas. Cuando los presionaran para echarlos de la cumbre por la superioridad numérica, lo harían pulgada a pulgada, aferrándose a cada palmo de terreno.

Ino suponía que no había posibilidad de que sobreviviera a esa jodida batalla. De hecho, lo sorprendía haber aguantado tanto tiempo. En realidad, el puñetero Masema podría haberle cortado la cabeza; o haberlo hecho los seanchan, cerca de Falme; o algún trolloc aquí y allí. Había intentado mantenerse enjuto para que así supiera asquerosamente mal cuando lo metieran en uno de esos malditos peroles.

Los dragones empezaron a disparar de nuevo y abrieron enormes agujeros en las hordas de trollocs que avanzaban. Ino se llevó las manos a los oídos.

—Advertid cuando vayáis a hacer eso, malditos despojos colgantes de cabra…

El siguiente disparo lo dejó sin aliento.

Abajo, los trollocs saltaron por el aire cuando los dragones pulverizaron el suelo debajo de ellos. Esos huevos explotaban cuando salían disparados de los malditos tubos. ¿Qué otra cosa, aparte del Poder Único, podría hacer explotar el metal? No obstante, si de algo estaba seguro Ino era de que no quería saberlo.

Talmanes se acercó al borde de los Altos para inspeccionar el daño causado. Se había reunido con una mujer tarabonesa, la que había inventado esas armas. Ella echó un vistazo y reparó en Ino; entonces le lanzó algo. Un trocito de cera. La tarabonesa se dio golpecitos en la oreja y después se puso a hablar con Talmanes haciendo gestos. Puede que el cairhienino tuviera las tropas a sus órdenes, pero era la mujer quien se encargaba de los artefactos. Ella decía a los hombres dónde colocar los dragones para combatir.

Ino rezongó, pero se guardó la cera en el bolsillo. Un pelotón de trollocs, alrededor de cien, había conseguido superar las explosiones y no tenía tiempo para preocuparse por los oídos. Asió una pica, la sostuvo en posición horizontal e indicó por señas a sus hombres que hicieran lo mismo. Todos llevaban el color blanco de la Torre; él mismo vestía un tabardo blanco.

Gritó órdenes, dispuso la pica y se puso de costado cerca del borde de la pendiente, con el extremo posterior del asta levantado. Una mano sujetaba el asta

delante de él para guiar y reforzar la arremetida; la otra mano, con la palma hacia abajo y asiéndola a un brazo de distancia del extremo posterior, daría impulso al lanzazo cuando los trollocs estuvieran al alcance de las picas. Varias líneas de piqueros detrás de Ino estaban preparadas para avanzar a continuación del impacto inicial.

—¡Sujetad las picas con firmeza, condenados pastores! —bramó Ino—. ¡Que no se muevan!

Los trollocs, que trepaban por la vertiente casi a gatas, chocaron con la línea de picas. Las bestias en vanguardia trataron de apartarlas a un lado haciendo barridos con sus armas, pero los hombres de Ino dieron un paso hacia adelante y ensartaron a los trollocs, a menudo dos picas por bestia. Ino gruñó y tiró de la pica para colocarla de nuevo en posición y lancear a un trolloc en el cuello.

—¡Primera línea, atrás! —gritó Ino al tiempo que daba un tirón hacia atrás para liberar el arma del trolloc que había matado.

Sus compañeros hicieron lo mismo, sacando las armas de un tirón y dejando que los cuerpos rodaran pendiente abajo.

Los piqueros de la primera línea retrocedieron mientras los de la segunda se adelantaban pasando ente ellos y embestían a los monstruos. Cada línea fue rotando hacia el frente en sucesión hasta que, unos minutos después, todos los trollocs del pelotón estuvieron muertos.

—Buen trabajo —aprobó Ino al tiempo que alzaba la pica para ponerla en posición vertical; un reguerillo de apestosa sangre trolloc se deslizó a lo largo del asta desde la afilada punta—. Buen trabajo.

Echó una ojeada a los dragoneros, que estaban metiendo más huevos por esos tubos. Se apresuró a sacar la cera del bolsillo. Sí, podían defender esa maldita posición. Podían hacerlo bien. Sólo tenían que…

Un grito en lo alto hizo que olvidara taparse los oídos. Algo se precipitó al suelo y cayó al lado de Ino. Era una bola de plomo con cintas que habían tirado desde muy arriba.

—¡Condenado carnero seanchan! —gritó Ino, mirando hacia lo alto y sacudiendo el puño—. ¡Eso casi me ha atizado en la mollera, comedor de gusanos podridos!

El *raken* se alejó volando, probablemente sin que su jinete oyera una palabra de lo que Ino había gritado. Malditos seanchan. Se agachó y recogió la carta sujeta a la bola.

«Retirada en descenso por la vertiente del sudoeste de los Altos».

—Me estáis tomando el pelo —masculló Ino—. Me estáis tocando las narices. Tú, Allin, pedazo de animal, ¿puedes leer esto?

Allin era un andoreño de cabello oscuro que llevaba media barba, afeitada en los lados. Ino siempre había sido de la opinión de que esas barbas eran jodidamente

ridículas.

—¿Retirada? —dijo Allin—. ¿Ahora?

—Ésos han perdido el juicio —gruñó Ino.

Cerca, Talmanes y la mujer tarabonesa recibían a una mensajera que les daba la misma noticia, a juzgar por la expresión ceñuda de la tarabonesa. Retirada.

—Más vale que Cauthon sepa lo que se hace, puñetas —dijo Ino al tiempo que meneaba la cabeza.

Todavía no entendía por qué razón cualquier persona pondría a Cauthon al frente de nada. Recordaba a ese muchacho, siempre hablando mal a la gente, con los ojos hundidos y más muerto que vivo, medio echado a perder.

Pero lo haría. Había jurado obediencia a la maldita Torre Blanca. Así que lo haría.

—Transmite la orden —le indicó a Allin mientras se metía la cera en los oídos al ver que Aludra, junto a los dragones, preparaba una última descarga antes de marcharse—. Nos retiramos de los jodidos Altos, y…

Un seco estampido alcanzó físicamente a Ino, vibró a través de todo su cuerpo y estuvo a punto de pararle el corazón. Dio con la cabeza en el suelo antes de ser consciente de que se había desplomado.

Parpadeó para librarse del polvo en los ojos, gimió y rodó sobre sí mismo cuando otro fogonazo, seguido de uno más, alcanzó los Altos en la zona donde se encontraban los dragones. ¡Eran rayos! Sus soldados estaban caídos de rodillas, cerrados los ojos y con las manos en los oídos. No obstante, Talmanes ya se había levantado e impartía órdenes a gritos que Ino apenas oía, al tiempo que agitaba las manos hacia sus hombres para que retrocedieran.

Una docena de bolas de fuego, enormes e increíblemente veloces, se alzaron desde el ejército sharaní, detrás de los trollocs. Ino maldijo y se zambulló en una depresión del terreno para protegerse; cayó en el hueco instantes antes de que toda la loma se sacudiera como si hubiera un terremoto. Pegotes de tierra cayeron sobre él y casi lo enterraron.

Todo iba contra ellos. Todo. Del primer al último encauzador sharaní del ejército parecía haberse centrado en los Altos al mismo tiempo. ¡Ellos tenían Aes Sedai situadas para proteger los dragones, pero por las apariencias debían de estar pasándolo muy mal para combatir contra aquello!

El ataque duró lo que le pareció una eternidad. Cuando cesó, Ino se liberó de la tierra que lo cubría. Algunos de los jodidos dragones habían quedado hechos pedazos, y Aludra trabajaba con los dragoneros para salvar ésos y proteger el resto. Talmanes, con una mano ensangrentada en la cabeza, gritaba algo. Ino se quitó la cera de los oídos —puede que eso lo hubiera salvado de quedarse sordo— y fue hacia Talmanes andando con dificultad.

—¡¿Dónde están vuestras puñeteras Aes Sedai?! —gritó Ino—. ¡Se supone que

tenían de impedir que pasara esto, maldita sea!

Tenían cuatro docenas con órdenes de cortar tejidos desde el aire o empujarlos para desviarlos y proteger los dragones. Ellas habían afirmado ser capaces de mantener los Altos a salvo de cualquier cosa salvo la llegada del Oscuro. Ahora estaban hechas polvo al haberles caído de lleno las descargas de rayos.

Los trollocs avanzaban de nuevo pendiente arriba. Ino ordenó a Allin que formara un muro de picas y contuviera a las criaturas, tras lo cual corrió hacia las Aes Sedai con unos cuantos guardias. Se unió a los Guardianes para ayudarlos a levantarlas del suelo, y buscó a su cabecilla.

—¡Kwamesa Sedai! —llamó Ino, que por fin encontró a la Aes Sedai que comandaba el grupo. La esbelta arafelina de tez oscura mascullaba algo entre dientes y se sacudía el polvo de las ropas.

—¿Qué ha sido eso? —demandó la mujer.

—Eh… —empezó Ino.

—La pregunta no iba dirigida a ti —dijo ella mientras examinaba el cielo—. ¡Einar! ¿Por qué no percibiste esos tejidos?

Un Asha’man corrió hacia ella.

—Llegaron demasiado deprisa —explicó—. Los teníamos encima antes de que me diera tiempo de avisar. Y… ¡Luz! Quienquiera que los lanzara era fuerte. Más de lo que había visto nunca, más fuerte que…

Una línea de luz hendió el aire tras ellos. Era enorme, tan larga como la fortaleza de Fal Dara. Rotó sobre sí misma para abrir un vasto acceso que rajó el suelo en el centro de los Altos. De pie al otro lado había un hombre con brillante armadura hecha con círculos semejantes a monedas plateadas. La cabeza, sin casco, lucía oscuro cabello; del rostro destacaba la nariz aguileña. Sostenía en la mano un cetro de oro, con la parte superior en forma de reloj de arena o de una delicada copa.

Kwamesa reaccionó de inmediato levantando la mano y lanzando un chorro de fuego. El hombre agitó la mano con desdén y el chorro de fuego se desvió; luego apuntó —casi con indiferencia— y algo fino, caliente y blanco lo conectó con Kwamesa. La forma de la mujer brilló con intensidad y después desapareció; unas partículas minúsculas cayeron flotando al suelo.

—¡Vengo por el Dragón Renacido! —anunció la figura vestida en plata—. Id a buscarlo. O hacéis eso, o me encargaré de que vuestros gritos lo hagan venir.

El suelo debajo de los dragones saltó en el aire a pocos pies de Ino, que levantó un brazo para protegerse la cara; fragmentos de madera astillada y pegotes de tierra lo golpearon.

—La Luz nos asista —musitó Einar—. Estoy intentando detenerlo, pero está unido a un círculo. Un círculo completo. Setenta y dos. ¡Jamás había visto semejante poder! Yo…

Una fina barra de abrasadora luz blanca atravesó el dragón roto, lo vaporizó y alcanzó a Einar. El hombre desapareció en un instante, e Ino reculó a trompicones al tiempo que maldecía. Se apartó más para esquivar los pedazos metálicos de dragones que caían a su alrededor.

Ino les gritó a sus hombres que retrocedieran y los azuzó para que se movieran; sólo se detuvo unos instantes para agarrar por debajo del brazo a un hombre herido y ayudarlo a huir. Ya no discutía la orden de retirarse de los Altos. ¡Era la mejor orden que un puñetero hombre podía haber dado!

Logain Ablar soltó el Poder Único. Se encontraba junto al Mora, al pie de los Altos, y percibió los ataques allí arriba.

Soltar el Poder Único ese día fue una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida. Más que la decisión de nombrarse Dragón, más que contenerse de estrangular a Taim durante aquellos primeros días juntos en la Torre Negra.

El Poder lo abandonó dejándolo vacío, como si las venas se le hubieran abierto y él estuviera desangrándose en el suelo. Respiró hondo. Absorber todo ese Poder Único —el de treinta y nueve personas en un círculo— había sido embriagador. Soltarlo le recordó su amansamiento, cuando le habían arrebatado el Poder. Cuando cada respiración lo había animado a encontrar un cuchillo con el que degollarse.

Sospechaba que ésa era su demencia: el terror de que soltar el Poder Único sería perderlo para siempre.

—Logain… —llamó Androl.

Él volvió la cabeza hacia el hombre y sus compañeros. Le eran leales. Ignoraba por qué, pero lo eran. Todos ellos. Necios. Leales necios.

—¿Notáis eso? —preguntó Androl.

Los demás —Canler, Emarin, Jonneth— miraban hacia los Altos. El Poder que se manejaba allí arriba era… portentoso.

—Demandred —dijo Emarin—. Tiene que ser él.

Logain asintió despacio con la cabeza.

«Semejante poder…» Ni siquiera uno de los Renegados podía ser tan fuerte. Debía de llevar un *sa'angreal* de una potencia inmensa.

«Con una herramienta así —le susurraron sus pensamientos—, ningún hombre o mujer volvería a arrebatarte el Poder jamás».

Taim lo había hecho, durante el tiempo en el que lo había tenido encerrado. Manteniéndolo cautivo, escudado, incapaz de tocar el Poder Único. Los intentos de Trasmutarlo habían resultado dolorosos, desgarradores. Pero estar sin el *Saidin*…

«Potencia», pensó mientras observaba aquel poderoso despliegue de encauzamiento. El ansia de ser tan fuerte casi sofocaba su odio por Taim.

—De momento no nos enfrentaremos a él —dijo—. Dividíos en los equipos

organizados de antemano. —Cada equipo lo formarían una mujer y cinco o seis hombres. Una mujer y dos hombres podían formar un círculo mientras que los otros dos le prestaban apoyo—. Daremos caza a los traidores de la Torre Negra.

Pevara, que estaba al lado de Androl, enarcó una ceja.

—¿Pensáis ir ya por Taim? —inquirió—. ¿No dijo Cauthon que estuvieseis aquí para ayudar a mover a los hombres?

—Se lo dejé claro a Cauthon —contestó Logain—. No voy a pasarme esta batalla trasladando soldados por todo el campo de batalla. En cuanto a órdenes, tenemos una directriz dada por el propio Dragón Renacido.

Rand al'Thor había indicado que eran sus «últimas» órdenes para ellos en una nota despachada junto a un pequeño *angreal* de un hombrecillo gordo que sostenía una espada:

> *La Sombra ha robado los sellos de la prisión del Oscuro. Encontradlos. Si podéis, por favor encontradlos.*

Durante su cautividad, a Androl le había parecido oír algo que le sonó como un comentario jactancioso de Taim relacionado con los sellos. Era su única pista. Logain recorrió con la mirada el entorno. Sus fuerzas se retiraban de los Altos. Desde donde se encontraba, no veía la posición de los dragones, pero las espesas columnas de humo no auguraban nada bueno sobre su estado.

«Sigue dando órdenes —pensó Logain—. ¿Aún me siento inclinado a cumplirlas?»

¿A cambio de la posibilidad de vengarse de Taim? Sí, seguiría las órdenes de Rand al'Thor. En otro momento ni siquiera se lo habría planteado. Eso había sido antes de su cautividad y tortura.

—Id —les dijo a sus Asha'man—. Ya habéis leído lo que el lord Dragón escribió. Hemos de recobrar los sellos a todo trance. Nada es más importante que esto. Debemos confiar en que es cierto que Taim los tiene. Estad atentos a cualquier señal de hombres encauzando y dadles caza, matadlos.

Daba igual si esos hombres encauzadores era sharaníes. Los Asha'man contribuirían a esta batalla quitando de en medio a encauzadores enemigos. Habían discutido las tácticas con anterioridad. Cuando percibieran que un varón encauzaba, usarían saltos cortos con accesos para localizar dónde estaban, y entonces intentarían sorprenderlos y atacarlos.

—Si veis a uno de los hombres de Taim —instruyó Logain—, intentad capturarlo para que podamos sacarle información de dónde ha instalado Taim su base. —Hizo una pausa—. Si tenemos suerte, el propio M'Hael estará aquí. Sed precavidos por si llevara encima los sellos; no queremos destruirlos con un ataque. Si lo veis, regresad para informarme dónde se encuentra.

El equipo de Logain se puso en marcha. Lo dejaron con Gabrelle, Arel Malevin y Karldin Manfor. Había tenido suerte de que al menos algunos de sus hombres más diestros hubieran estado ausentes de la Torre durante la traición de Taim.

—¿Y qué pasa con Toveine? —preguntó Gabrelle, que lo miraba con gesto inexpresivo.

—La mataremos si la encontramos.

—¿Así de sencillo es para ti?

—Sí.

—Ella…

—¿Preferirías vivir si fueses ella, Gabrelle? ¿Vivir y servirle?

Ella cerró la boca y apretó los labios. Todavía le tenía miedo; Logain lo notaba. Bien.

«¿Era esto lo que deseabas cuando enarbolaste la bandera del Dragón —susurró su mente—, cuando buscabas salvar a la humanidad? ¿Lo hacías para ser temido? ¿Odiado?»

No hizo caso de esa vocecilla. Las únicas ocasiones en las que había logrado algo en la vida habían sido cuando lo temían. Era la única baza que había tenido contra Siuan y Leane. El Logain primario, ese instinto que anidaba en lo más hondo de su ser y que lo impulsaba a seguir vivo, necesitaba que la gente lo temiera.

—¿La percibes? —preguntó Gabrelle.

—La liberé del vínculo.

La envidia de la mujer le llegó instantánea, punzante. Lo sorprendió. Había creído que ella empezaba a disfrutar de esa unión o, al menos, a soportarla.

Aunque, por supuesto, todo era teatro para así poder manipularlo. Era el estilo de las Aes Sedai. Sí, antes había sentido deseo por ella, quizás incluso afecto. No estaba seguro de poder fiarse de lo que creía que había sentido por ella. Al parecer, a pesar de lo mucho que había intentado ser fuerte y libre, desde que había sido un muchachito siempre había habido alguien que tiraba de los hilos de su vida.

El encauzamiento de Demandred irradiaba potencia. Qué fuerza…

Un potente estampido resonó en los Altos. Logain rompió a reír con tantas ganas que echó la cabeza hacia atrás. En la cumbre, allá arriba, salieron lanzados al aire cuerpos como si fueran hojas.

—¡Coligaos conmigo! —ordenó a quienes se habían quedado con él—. Formemos un círculo y vayamos a dar caza al M’Hael, y también a sus hombres. Quiera la Luz que pueda encontrarlo… ¡Mi mesa sólo se merece el mejor plato, la cabeza del ciervo!

Y después de eso… ¿quién sabía? Siempre había querido probarse a sí mismo enfrentándose a uno de los Renegados. Volvió a abrirse a la Fuente y se aferró a los trallazos del *Saidin* como si fuera una serpiente que se retorcía e intentaba morderlo.

Usó el *angreal* para absorber más, y entonces el Poder de los otros fluyó a raudales en él. Rió con más fuerza.

Gawyn se sentía muy cansado. Lo normal habría sido que en esa semana de preparativos se hubiera recuperado, pero se sentía como si hubiera recorrido a pie decenas de leguas.

La cosa no tenía remedio. Se obligó a centrar la atención en el acceso que había en la mesa delante de él, desde el que se divisaba el campo de batalla.

—¿Estáis segura de que no pueden ver esto? —le preguntó a Yukiri.

—Lo estoy —contestó ella—. Se han hecho pruebas de forma exhaustiva.

La mujer se había convertido en una experta con ese tipo de accesos de visualización. Había creado ése encima de una mesa que les habían llevado al campamento desde Tar Valon. Lo que veía ahora era el campo de batalla como lo haría con un mapa.

—Si de verdad has hecho invisible el otro lado, esto podría ser realmente útil… —especuló Egwene.

—Sería más fácil descubrirlo a corta distancia —admitió Yukiri—. Éste se encuentra tan alto en el cielo que nadie allí abajo podrá divisarlo.

—Luz, nos están aniquilando —susurró Bryne.

Gawyn lo miró. El general rechazaba las insinuaciones de que regresara a sus posesiones, incluso las dichas en tono firme. Insistía en que aún era capaz de blandir una espada; lo que no podían permitirle era liderar. Además —argumentaba— cualquiera de ellos podría estar sometido a la Compulsión. En cierto modo, saber que él lo estaba les daba una ventaja. Al menos a él podían vigilarlo.

Y Siuan lo hacía; lo sujetaba del brazo con gesto protector. Los únicos que se encontraban en la tienda aparte de ellos eran Silviana y Doesine.

La batalla no iba bien. Cauthon ya había perdido los Altos —el plan original era resistir allí todo el tiempo posible— y los dragones estaban hechos pedazos. El ataque de Demandred con el Poder Único había sido muchísimo más fuerte de lo que cualquiera de ellos había previsto. Y el otro gran ejército trolloc había llegado del nordeste y presionaba a los defensores que Cauthon había situado río arriba.

—¿Qué es lo que planea? —dijo Egwene mientras daba golpecitos con el dedo en la mesa. A través del acceso llegaban gritos lejanos—. Si esto sigue así, nuestros ejércitos van a quedar rodeados.

—Está intentando que muerdan el anzuelo para que salte la trampa —contestó Bryne.

—¿Qué clase de trampa?

—Es sólo una suposición, y la Luz sabe que mis valoraciones ya no son de fiar como lo eran antes —dijo Bryne—. Da la impresión de que Cauthon planea aunar

todo en una batalla, sin retrasos, sin intentar desgastar a los trollocs. Tal como lo está haciendo, el resultado se decidirá en días. Puede que en horas.

—Eso suena exactamente como algo que Mat haría —señaló Egwene, resignada.

—Qué potencia la de esos tejidos —dijo Lelaine—. Qué fuerza…

—Demandred está en un círculo —indicó Egwene—. Testigos oculares afirman que es un círculo completo. Algo que no se veía desde la Era de Leyenda. Y además tiene un *sa'angreal*. Algunos de los soldados lo vieron… Semejaba un cetro.

Gawyn observaba el combate allí abajo, con la mano en la empuñadura de la espada. Oía gritar a los hombres cada vez que Demandred apuntaba tejido tras tejido de fuego contra ellos.

La voz del Renegado retumbó de repente, llegando muy alto en el aire.

—¡¿Dónde estás, Lews Therin?! Se te ha visto en todos los otros campos de batalla, disfrazado. ¿Estás también aquí? ¡Lucha conmigo!

La mano de Gawyn apretó la empuñadura. Los soldados descendían por el costado sudoccidental de los Altos para cruzar el vado. Unos cuantos grupos seguían defendiendo los declives, y los dragoneros —como pequeños insectos a esa distancia — llevaban los dragones restantes a lugar seguro, tirados por mulas.

Demandred arrojó destrucción a las tropas que huían. Él por sí solo era un ejército, lanzando cuerpos al aire, reventando caballos, abrasando y destruyendo. A su alrededor, los trollocs ocupaban el terreno alto. Los salvajes vítores llegaban a través del acceso.

—Vamos a tener que enfrentarnos a él, madre —explicó Silviana—. Pronto.

—Intenta hacernos salir a descubierto —replicó Egwene—. Tiene ese *sa'angreal*. Nosotros podríamos crear un círculo de setenta y dos, pero después ¿qué? ¿Caer en su trampa? ¿Acabar muertos todos?

—¿Y qué otra opción tenemos, madre? —preguntó Lelaine—. Luz, los está matando a miles.

Matando a miles. Y allí estaban ellos.

Gawyn se apartó hacia atrás.

Nadie pareció reparar en su retroceso aparte de Yukiri, que se apresuró a ocupar con ansia su sitio al lado de Egwene. Gawyn salió de la tienda y, cuando los guardias de la puerta lo miraron, les dijo que necesitaba salir un poco a tomar el aire. Egwene lo aprobaría. Ella notaba lo cansado que se sentía últimamente; se lo había mencionado en varias ocasiones. Sentía los párpados como si llevaran colgados pesos de plomo que tiraran de ellos hacia abajo. Miró hacia el cielo nublado. Se oían las lejanas explosiones. ¿Cuánto tiempo iba a seguir esperando sin hacer nada mientras morían hombres?

«Lo prometiste —se dijo para sus adentros—. Afirmaste que permanecerías de buen grado a su sombra».

Lo cual no significaba que tuviera que dejar de hacer una tarea importante, ¿verdad? Metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo de los Puñales Sanguinarios. Se lo puso y de inmediato recobró las fuerzas, desaparecido el agotamiento por completo.

Vaciló y después sacó los otros anillos y también se los puso.

En la ribera meridional del río Mora, delante de las ruinas al nordeste de Alcor Dashar, Tam al'Thor buscó el vacío como Kimtin le había enseñado a hacer tantos años atrás. Tam imaginó una llama y volcó sus emociones en ella. La calma empezó a llenarlo; a continuación lo abandonó, y sólo quedó el vacío. Como una pared recién pintada, hermosa y blanca, que acabaran de enlucir. Todo se difuminó.

Tam era el vacío. Tensó el arco, curvando la buena madera oscura de tejo, con la flecha a la altura de la mejilla. Apuntó, pero eso sólo era una formalidad. Cuando estaba tan sumergido en el vacío, la flecha haría exactamente lo que él le ordenara. No era que lo «supiera», igual que el sol no sabía que saldría ni las ramas que tirarían las hojas. Ésas no eran cosas sabidas; eran, sin más.

Disparó, la cuerda del arco chascó con un ruido seco, la flecha atravesó el aire. Otra la siguió, y otra más. Tenía cinco en el aire al mismo tiempo, cada cual apuntada previendo los vientos cambiantes.

Los primeros cinco trollocs cayeron mientras intentaban cruzar a través de uno de los muchos puentes de balsas que habían conseguido colocar allí, en el río. Los trollocs odiaban el agua; incluso la que era poco profunda los amedrentaba. Lo que quiera que Mat hubiera hecho corriente arriba para proteger el río estaba funcionando de momento, dado que seguía fluyendo. La Sombra intentaría represarlo. Al parecer, ya lo intentaba, pues de vez en cuando el cadáver de un trolloc o de una mula pasaba flotando río abajo.

Tam siguió disparando flechas, así como Abell y otros hombres de Dos Ríos. A veces apuntaban a la masa, sin elegir un trolloc en particular, aunque eso era raro. Un soldado regular podría disparar sin ver bien en cierto momento y dar por sentado que su flecha encontraría carne donde clavarse, algo que no haría un buen arquero de Dos Ríos. Las flechas eran objetos corrientes para los soldados, pero no para los leñadores. Los trollocs caían en oleadas. Además de Tam y los hombres de Dos Ríos, los ballesteros tensaban el disparador de sus armas y soltaban andanada tras andanada contra los Engendros de la Sombra. Los Fados que iban detrás fustigaban y azuzaban a los trollocs para que se apresuraran a cruzar el río, aunque con poco éxito.

La flecha de Tam se clavó justo donde un Fado debería haber tenido los ojos. Cerca, un hombretón llamado Bayrd, que observaba cómo caían las flechas apoyado en su hacha, soltó un silbido de admiración. Formaba parte de una fuerza de soldados situados justo detrás de los arqueros para adelantarse y protegerlos una vez que los

trollocs cruzaran el río.

Bayrd era uno de los cabecillas mercenarios que se habían pasado al ejército y, aunque era andoreño, ni él ni los cien hombres, más o menos, a los que capitaneaba querían hablar de dónde procedían.

—Tengo que conseguir uno de esos arcos —les dijo Bayrd a sus compañeros—. La Luz me abrase, ¿habéis visto eso?

Cerca, Abell y Azi sonrieron y siguieron disparando. Tam no sonrió. Dentro del vacío no existía el sentido del humor; fuera, sin embargo, un pensamiento aleteó fugaz. Tam sabía la razón de que Abell y Azi hubieran sonreído. Tener un arco de Dos Ríos no lo convertía a uno en un arquero de Dos Ríos.

—Creo que te harías más daño a ti mismo que al enemigo si intentaras usar uno de ésos —dijo Galad Damodred, que estaba montado a caballo, cerca—. Al'Thor, ¿cuántas más?

Tam disparó otra flecha antes de responder.

—Cinco más —repuso al tiempo que alargaba la mano hacia la aljaba para sacar la siguiente flecha.

La encajó en la cuerda, disparó y continuó. Dos, tres, cuatro, cinco. Cinco trollocs más muertos. En total, había disparado más de treinta flechas. Había fallado una vez, pero sólo porque Abell había matado al trolloc al que Tam apuntaba.

—¡Arqueros, alto! —gritó Tam.

Los hombres de Dos Ríos retrocedieron; Tam soltó el vacío justo cuando un grupo disperso de trollocs bajaba a trompicones por la orilla del río. Tam todavía dirigía las tropas de Perrin hasta cierto punto. Los Capas Blancas, los ghealdanos y la Guardia del Lobo, todos ellos esperaban que Tam tuviera la última palabra, pero cada grupo también tenía sus propios líderes. Él comandaba a los arqueros.

«Perrin, más vale que esa herida cierre y te recuperes pronto». Cuando Haral había encontrado al muchacho tendido en la hierba el día anterior a las afueras del campamento, ensangrentado y casi muerto… Luz, todos se habían llevado un buen susto.

Perrin se hallaba a salvo en Mayene, donde probablemente se pasaría el resto de la Última Batalla. Un hombre no se recuperaba pronto del tipo de herida que el muchacho había recibido, ni siquiera con la Curación Aes Sedai. Seguramente Perrin se pondría furioso por perderse el combate, pero a veces pasaban esas cosas. Formaba parte de ser un soldado.

Tam y los arqueros se retiraron a las ruinas para tener una vista mejor de la batalla, así que organizó a los arqueros por si acaso los necesitaban; mientras tanto, mandó corredores para que les llevaran más flechas. Mat había situado todas las tropas de Perrin junto a los Juramentados del Dragón, dirigidos por Tinna, una mujer escultural. Tam no sabía de dónde llegaba ni por qué los comandaba; tenía el porte de

una dama, el físico de una Aiel y la tez de una saldaenina. Parecía que los otros le hacían caso. Tam no encontraba mucho sentido a los Juramentados del Dragón, así que procuraba no relacionarse con ellos.

Al ejército de Tam le habían dicho que resistiera. Mat había esperado que el ataque de los sharaníes y los trollocs por el oeste fuera el más duro; en consecuencia, Tam estaba sorprendido al ver que Mat enviaba más refuerzos río arriba. Los Capas Blancas casi acababan de llegar, y sus capas ondeaban mientras cargaban a lo largo de la orilla del río arremetiendo contra los trollocs, que se tambaleaban y caían de los inestables puentes flotantes.

Empezaron a volar flechas desde la horda trolloc, en la orilla opuesta, contra Galad y sus hombres. Los chasquidos y tintineos de las puntas de flecha contra las armaduras y los escudos de los Capas Blancas sonaban como granizo sobre un tejado. Tam ordenó a Arganda que hiciera avanzar a los soldados de infantería, incluidos Bayrd y sus mercenarios.

No tenían suficientes picas, así que los hombres de Arganda se armaron con alabardas y lanzas. Los hombres empezaron a gritar y a morir, y los trollocs a aullar. Cerca de la posición de retaguardia de Tam, Alliandre llegó a caballo rodeada de sus bien armados soldados de infantería. Tam la saludó alzando el arco y ella respondió con una leve inclinación de cabeza, tras lo cual se situó desde donde podía observar. Había querido estar allí para la batalla; Tam lo entendía, y no le reprochaba que ordenara a sus soldados que la pusieran a salvo a la primera señal de que esa batalla se volvía contra ellos.

—¡Tam! ¡Tam!

Dannil llegó a galope, y Tam hizo una seña a Abell para que se pusiera al mando de los arqueros. Luego se acercó a Dannil y se reunió con el muchacho a la sombra de las ruinas.

Dentro de esos muros derruidos, las tropas de reserva de Mat observaban la batalla con nerviosismo. La mayoría de ellos eran arqueros sacados de bandas de mercenarios y de los Juramentados del Dragón. Muchos de ese último grupo no habían estado nunca en batalla. En fin, era lo mismo que había pasado con la mayoría de los hombres de Dos Ríos hasta hacía unos pocos meses. Aprenderían deprisa. Alcanzar a un trolloc con una flecha no era tan distinto de abatir a un ciervo.

Sin embargo, si fallabas y no dabas al ciervo, el animal no te abría en canal con una espada unos segundos después.

—¿Qué ocurre, Dannil? ¿Órdenes de Mat? —preguntó.

—Os envía compañías de infantería de la Legión del Dragón —informó Dannil —. Dice que hay que aguantar aquí en el río, sea como sea.

—Pero ¿qué se trae entre manos este muchacho? —rezongó Tam al tiempo que miraba hacia los Altos.

La Legión del Dragón tenía buena infantería, ballesteros bien entrenados que allí serían muy útiles. Pero ¿qué estaba ocurriendo en los Altos? Los destellos de luz reflejaban columnas de espeso humo negro que se elevaban de los Altos hacia las nubes. Allí la lucha se disputaba muy en serio.

—No lo sé, Tam. Mat… ha cambiado. Tengo la impresión de que ya no lo conozco. Siempre ha sido un poco sinvergüenza, pero ahora… Luz, Tam. Es como uno de esos personajes de los relatos.

—Todos hemos cambiado —gruñó Tam—. Seguramente Mat diría cosas similares sobre ti.

—Oh, eso lo dudo, Tam —repuso Dannil riendo—. Aunque a veces me pregunto qué habría pasado si me hubiera ido con ellos tres. Me refiero a que Moraine Sedai buscaba chicos de cierta edad, y supongo que yo era un poco mayor…

Parecía triste. Dannil podía decir —y pensar— lo que quisiera, pero Tam dudaba que a Dannil le hubiera gustado soportar las cosas que Mat, Perrin y Rand habían aguantado para convertirse en las personas que eran ahora.

—Ponte al mando de éstos —dijo Tam, que señaló con la barbilla a los arqueros de reserva—. Yo me ocuparé de hacer llegar a Arganda y a Galad la noticia de que van a recibir refuerzos.

Las gruesas flechas de los trollocs se dispersaron alrededor de Pevara cuando ella tejió Aire con desesperación. El golpe de viento desperdigó las flechas como guijas en un tablero por el manotazo de un jugador irritado. Sudando, se aferró al *Saidar* y tejió un fuerte escudo de Aire que dejó flotando sobre ellos como defensa contra subsiguientes andanadas de flechas.

—¡Es seguro! —gritó—. ¡Adelante!

Un grupo de soldados salió corriendo de debajo de un saliente en la abrupta pendiente de los Altos que daba al río. Más flechas gruesas cayeron de arriba; golpearon en el escudo. El tejido las frenaba hasta el punto de que, una vez que lo traspasaban, caían tan inofensivas como plumas.

Los soldados a los que había ayudado corrieron hacia el punto de concentración en Vado de Hawal. Otros decidieron quedarse y luchar al ver las bandas de trollocs que empezaban a descender en tropel por las laderas. La mayoría de los Engendros de la Sombra se habían quedado en la cumbre de los Altos para asegurar la posición y acabar de echar a los humanos que quedaran allí.

¿Dónde? El pensamiento furioso de Androl le llegó a Pevara como un suave susurro en la mente.

Aquí, le transmitió ella. No era del todo un pensamiento, sino más una imagen, la percepción de un lugar.

Un acceso se abrió a su lado y él lo cruzó a toda prisa, con Emarin pegado a sus

talones. Ambos llevaban espadas, pero Emarin giró sobre sí mismo y lanzó la mano hacia atrás para arrojar fuego a través del acceso abierto. Al otro lado sonaron gritos. Humanos.

—¿Habéis ido hasta el ejercito sharaní? —demandó Pevara—. ¡Logain quería que no nos separáramos!

—¿Ahora te preocupa lo que él quiere? —preguntó Androl con una sonrisa.

Eres insufrible, pensó ella. A su alrededor, las flechas tintinearon al caer al suelo. Arriba, los trollocs aullaron de rabia.

—Bonito tejido —dijo Androl.

—Gracias. —Ella miró la espada.

—Bueno, ahora soy un Guardián —comentó Androl a tiempo que se encogía de hombros—. Bien puedo tener el aspecto de uno, ¿eh?

Él era capaz de cortar a un trolloc por la mitad con un acceso a trescientos pasos de distancia e invocar al fuego de las mismísimas entrañas del Monte del Dragón, y aún quería llevar una espada. Decidió que debía de ser cosa de hombres.

Eso lo he oído, le transmitió Androl.

—Emarin, conmigo —dijo a continuación—. Pevara Sedai, si tenéis la gentileza de acompañarnos…

Ella resopló por la nariz, pero se unió a los dos cuando se desplazaron hacia la base sudoccidental de los Altos; pasaron cerca de heridos que se dirigían dando trompicones al punto de concentración. Androl los miró y después abrió un acceso al campamento. Los decaídos hombres lanzaron gritos de sorpresa y de agradecimiento, y cruzaron arrastrando los pies hacia la seguridad del otro lado del acceso.

Androl se había vuelto más… seguro de sí mismo desde que se había marchado de la Torre Negra. Cuando se conocieron, mostraba vacilación con casi cualquier cosa que hacía. Una especie de humildad nerviosa. Ya no.

—Androl… —avisó Emarin, al tiempo que señalaba pendiente arriba con la espada.

—Los veo —contestó Androl.

En lo alto, los trollocs descendían por el borde de la pendiente como brea borbotando de una olla. Detrás, el acceso de Androl se cerró cuando el grupo de soldados estuvo a salvo. Otros gritaron al verlo cerrarse.

No puedes salvarlos a todos, pensó con severidad Pevara al percibir la punzada de angustia de Androl. *Céntrate en la tarea que tenemos entre manos*.

Los tres pasaron entre los soldados y luego torcieron hacia varios encauzadores que percibieron un poco más adelante. Jonneth, Canler y Theodrin se encontraban allí lanzando fuego a grupos de trollocs. El enemigo amenazaba con asaltar su posición.

—Jonneth, Canler, conmigo —dijo Androl, que pasó entre ellos y abrió un acceso frente a él.

Pevara y Emarin entraron detrás de Androl y se encontraron en la cumbre de los Altos, a unos cuantos centenares de pasos de allí. Jonneth y los otros fueron detrás y se reunieron con ellos mientras el grupo pasaba a toda carrera cerca de un montón de trollocs estupefactos.

—¡Encauzamiento! —gritó Pevara.

Luz, pero qué difícil era correr con esas faldas. Androl no sabía eso, ¿verdad?

Androl abrió otro acceso para ellos en el momento en que unas cuantas explosiones de fuego salían desde la dirección donde se encontraban algunos sharaníes en la cima de los Altos. Pevara lo cruzó corriendo; empezaba a jadear. Aparecieron al otro lado de los sharaníes, que disparaban hacia donde Pevara había estado momentos antes.

Pevara aguzó los sentidos para tratar de localizar —o percibir— a su presa. Los sharaníes se volvieron hacia ellos y apuntaron, pero se pusieron a gritar cuando Androl precipitó sobre ellos una avalancha de nieve a través de un acceso abierto a un lado. Había intentado crear esas Puertas de la Muerte que utilizaban los otros Asha’man, pero al parecer el tejido era justo lo suficientemente distinto para que él tuviera problemas. En consecuencia, siguió con aquello en lo que era bueno.

Grupos de Guardias de la Torre combatían en la cima de los Altos resistiendo allí, en contra de las órdenes. Cerca, fragmentos de los dragones, incluidos los grandes tubos de disparo, yacían ardiendo sin llama en medio de cadáveres carbonizados. Miles y miles de trollocs aullaban —la mayoría al borde de la cima de los Altos— y disparaban flechas a los que estaban abajo. Los gozosos bramidos le crispaban los nervios a Pevara, así que tejió Tierra y lanzó flujos hacia el suelo, cerca de un grupo de bestias. Un gran trozo de suelo tembló, luego se desgajó y arrojó por el borde de los Altos a dos docenas de trollocs.

—¡Otra vez hemos atraído su atención! —dijo Emarin, que prendió fuego a un Myrddraal que empezaba a deslizarse hacia ellos.

El ser se sacudió entre las llamas mientras chillaba con una voz inhumana, negándose a morir. Sudorosa, Pevara sumó su Fuego al de Emarin para que la criatura siguiera ardiendo hasta que no quedaron más que huesos.

—¡Bueno, eso no ha estado nada mal! —alabó Androl—. Si atraemos suficiente atención, antes o después alguna mujer del Ajah Negro o de los hombres de Taim decidirá enfrentarse a nosotros.

—¡Eso es un poco como saltar a un hormiguero y esperar que te piquen! —masculló Jonneth, que acabó soltando una maldición.

—De hecho, se parece mucho —convino Androl—. Estad alertas. ¡Yo me encargaré de los trollocs!

Eso sí que ha sido toda una declaración, le transmitió Pevara.

Sonaba heroico, fue su respuesta, cálida como el calor que desprendía un anafre.

Imagino que te vendría bien un poco de fuerza añadida, ¿no?

Sí, por favor, transmitió él.

Pevara inició una coligación. Androl absorbió su fuerza y tomó el control del círculo. Como siempre, coligarse con él era una experiencia arrolladora. Sentía sus propias emociones yendo hacia él y volviendo a ella de nuevo, y eso la hizo enrojecer. ¿Percibiría Androl cómo empezaba a estimarlo?

«Estúpida como una chiquilla con el largo de la falda hasta la rodilla —se increpó para sus adentros, con cuidado de proteger sus pensamientos de él—, apenas lo bastante mayor para diferenciar chicos de chicas». Y, además, con una guerra de por medio.

Le costaba mucho domeñar sus emociones —y debería saber cómo, siendo una Aes Sedai— cuando estaba coligada con Androl. Sus mitades se mezclaban como pinturas que se vierten en el mismo cuenco. Luchó contra ello, decidida a mantener su propia identidad. Eso era vital cuando se hacía una coligación, y a ella se lo habían repetido una y otra vez.

Androl apuntó con la mano hacia un grupo de trollocs que habían empezado a dispararle flechas. El acceso se alzó y se tragó las saetas. Pevara miró en derredor y descubrió que los proyectiles caían sobre otro grupo de trollocs.

Los accesos se abrían en el suelo y los monstruos se precipitaban por ellos al hacerlos aparecer a cientos de pies en el aire. Un diminuto acceso le rebanó la cabeza a un Myrddraal, dejando al ser sacudiéndose de aquí para allí mientras salpicaba sangre por el suelo a su alrededor. El equipo de Androl se encontraba cerca del sector occidental de los Altos, donde antes se hallaban situados los dragones. Había Engendros de la Sombra y sharaníes por todos lados.

¡*Androl, encauzamiento*! Pevara lo percibía elevándose sobre ellos en los Altos. Algo poderoso.

¡*Taim*! El violento estallido de rabia de Androl fue tan intenso que pareció como si fuera a consumirla. Era la pérdida de amigos, y la ira por la traición de aquel que debería haberlos protegido.

Cuidado. No sabemos si es él, transmitió.

El que los atacaba estaba en un círculo de hombres y mujeres, de otro modo Pevara no habría podido percibir al hombre. Por supuesto, sólo podía ver los tejidos del *Saidar*. Una gruesa columna de fuego, de un paso de anchura y tan caliente como para enrojecer el rocoso suelo, arremetió contra ellos.

Androl interpuso un acceso justo a tiempo, por los pelos; atrapó la columna de fuego y la dirigió de vuelta hacia el sitio de donde había salido. Los dos chorros abrasaron cadáveres trollocs e incendiaron algunos rodales de hierba seca.

Pevara no vio lo que ocurría a continuación. El acceso de Androl desapareció, como si se lo hubieran arrancado de las manos, y una explosión de rayos se descargó

cerca de ellos. Pevara cayó al suelo hecha un ovillo y Androl chocó contra ella.

En ese momento, Pevara se dejó ir.

Lo hizo sin querer, a causa de la conmoción del impacto. La mayoría de las veces, la coligación se habría deshecho, pero Androl tenía un agarre consistente. El dique que mantenía separada la esencia de Pevara de la de Androl se rompió, y ambos se mezclaron. Era como pasar a través de un espejo para después verse en retrospectiva a uno mismo.

Se extrajo de allí a la fuerza, pero fue con una percepción imposible de describir.

Tenemos que salir de aquí, pensó, todavía coligada con Androl. Todos los demás parecían estar vivos, pero eso no duraría mucho si el enemigo descargaba más rayos. Pevara empezó el complejo tejido de un acceso por instinto, aunque no haría nada. Androl dirigía el círculo, así que sólo él…

El acceso se abrió de golpe y Pevara se quedó boquiabierta. Lo había hecho ella, no Androl. De los que ella conocía, aquél era uno de los más complejos, más difíciles y que más cantidad de poder exigía, pero lo había hecho con la facilidad de quien agita una mano. Y todo ello mientras otra persona dirigía el círculo.

La primera que pasó a trompicones a través del acceso fue Theodrin. La esbelta domani tiraba de Jonneth, que se tambaleaba. Los siguió Emarin, que cojeaba y llevaba un brazo colgando al costado, inutilizado. Androl miraba el acceso, estupefacto.

—Creía que una persona no podía encauzar si otra estaba dirigiendo el círculo del que forma parte —dijo.

—Y no se puede. Lo hice sin darme cuenta.

—¿Sin darte cuenta? Pero…

—Cruza el acceso, cabeza de chorlito —instó Pevara mientras lo empujaba hacia allí. Ella fue detrás y al llegar al otro lado se derrumbó.

—Damodred, necesito que te quedes dondequiera que estés —dijo Mat.

No levantó la vista, pero oyó el resoplido del caballo de Galad a través del acceso abierto.

—Uno no puede menos que cuestionar tu cordura, Cauthon —replicó Galad.

Mat levantó por fin la mirada de los mapas. Dudaba que alguna vez llegara a acostumbrarse a esos accesos. Se encontraba en el recinto de mando, el que Tuon había ordenado montar en la grieta abierta al pie de Alcor Dashar, y había un acceso en la pared rocosa. Al otro lado, Galad estaba a caballo luciendo el blanco y dorado de los Hijos de la Luz. Aún continuaba situado cerca de las ruinas, donde un ejército trolloc trataba de abrirse paso a la fuerza hacia el río Mora.

Galad Damodred era un hombre al que no le irían mal un par de tragos bien cargados. Podría pasar por una estatua, con esa cara bonita y esa expresión inmutable.

No, las estatuas tenían más vida.

—Harás lo que se te ordena —dijo Mat, que bajó de nuevo la vista a los mapas—. Tienes que resistir río arriba y hacer lo que Tam te diga. Me da igual si piensas que tu posición no es bastante importante.

—De acuerdo —contestó Galad con una voz tan fría como un cadáver en la nieve.

Dio media vuelta a su caballo y Mika, la *damane*, cerró el acceso.

—Es un baño de sangre lo de ahí fuera, Mat —dijo Elayne.

¡Luz su voz era más fría incluso que la de Galad!

—Me disteis el mando. Dejad que haga mi trabajo.

—Te hicimos comandante de los ejércitos —replicó Elayne—. No te dimos el mando.

Era de esperar que una Aes Sedai discutiera hasta la última palabra de algo, por pequeña que fuera. Era… Alzó la vista, fruncido el entrecejo. Min acababa de susurrarle algo a Tuon en voz baja.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Vi su cuerpo solo, en un campo de batalla —repitió Min—. Como si estuviera muerto.

—Matrim —dijo Tuon—. Estoy… preocupada.

—Por una vez estamos de acuerdo —declaró Elayne desde su trono al otro lado del recinto—. Mat, su general te está aventajando.

—No es tan jodidamente sencillo —repuso, con los dedos en el mapa—. Nunca lo es.

El hombre que lideraba los ejércitos de la Sombra era bueno. Muy bueno.

«Es Demandred —pensó Mat—. Estoy luchando contra uno de los jodidos Renegados».

Entre los dos, Demandred y él estaban componiendo un gran cuadro. Cada cual respondía a los movimientos del otro con un cuidado sutil. Mat intentaba utilizar sólo un poquito más de la cuenta del color rojo en una de sus pinturas. Quería pintar el cuadro equivocado, pero que siguiera siendo razonable.

Era difícil. Tenía que ser lo bastante capaz de lograr contener a Demandred pero lo suficientemente débil para invitar a la agresión. Una finta muy, muy sutil. Era peligroso; posiblemente desastroso. Tenía que andar por el filo de una navaja. Y no había forma de evitar cortarse los pies. La pregunta no era si él sangraría, sino si llegaría o no al otro lado.

—Que avancen los Ogier —ordenó con calma Mat, sin apartar los dedos del mapa—. Quiero que refuercen a los hombres del vado.

Los Aiel combatían allí protegiendo el paso mientras los hombres de la Torre Blanca y los miembros de la Compañía de la Mano Roja se retiraban de los Altos por orden suya. La orden se transmitió a los Ogier.

«Guárdate, Loial», pensó Mat, que hizo una anotación en el mapa, a donde había enviado a los Ogier.

—Alertad a Lan. Sigue en el lado occidental de los Altos. Quiero que rodee los Altos por detrás, ahora que gran parte de las fuerzas de la Sombra están en la cumbre, y que vuelva hacia el Mora, por detrás del otro ejército trolloc que intenta cruzar cerca de las ruinas. No tiene que enzarzarse con ellos; sólo quedarse donde no esté a la vista y mantener esa posición.

Los mensajeros corrieron a cumplir su encargo y él hizo otra anotación. Una de las *so'jhin* —la preciosa con pecas— le llevó un poco de *kaf*. Estaba demasiado absorto en la batalla para dirigirle una sonrisa.

Dando sorbos de *kaf* Mat hizo que la *damane* abriera un acceso en el tablero de la mesa para ver por sí mismo la batalla. Se echó hacia adelante para asomarse, pero mantuvo una mano al borde de la mesa. Sólo un cretino dejaría que alguien lo empujara por un agujero abierto a doscientos pies por encima del suelo.

Dejó su *kaf* a un lado de la mesa y sacó el visor de lentes. Los trollocs bajaban de los Altos hacia las ciénagas. Sí, Demandred era bueno. Las corpulentas bestias que había mandado hacia las ciénagas eran lentas, pero pesadas y fuertes, como un desprendimiento de rocas. Asimismo, un grupo de sharaníes montados estaba a punto de bajar a caballo de los Altos. Caballería ligera. Caerían sobre las tropas de Mat que defendían Vado de Hawal, e impedirían que atacaran a los trollocs por el flanco izquierdo.

Una batalla era una lucha con espadas a gran escala. Para cada movimiento, había una réplica; a menudo, tres o cuatro. Uno respondía moviendo un escuadrón aquí, un escuadrón allá, intentando contrarrestar lo que tu enemigo hacía al tiempo que le metías presión en sitios donde él estaba flojo. Atrás y adelante, atrás y adelante. A Mat lo superaba en número, pero podía aprovecharse de ello.

—Comunica lo siguiente a Talmanes —ordenó Mat, que observaba todavía por el visor—. «¿Recuerdas cuando apostaste que no podría meter una moneda dentro de una copa desde el otro lado de la posada?»

—Sí, Poderoso Señor —dijo el mensajero seanchan.

Mat había respondido a esa apuesta diciendo que lo intentaría cuando estuviera más borracho o, de otro modo, no tendría gracia. Después, había fingido que estaba ebrio y había retado a Talmanes a que subiera la apuesta de plata a oro. Talmanes lo había calado e insistió en que bebiera de verdad.

«Aún le debo unos cuantos marcos por eso, ¿no?», pensó, absorto.

Señaló con el visor la parte septentrional de los Altos. Un grupo de sharaníes de caballería ligera se había reunido para descender por la pendiente; distinguía las largas lanzas con puntas aceradas.

Se preparaban para cargar cuesta abajo a fin de interceptar a los hombres de Lan

mientras rodeaban la cara norte de los Altos. Pero la orden ni siquiera le había llegado aún a Lan.

Eso confirmó las sospechas de Mat: Demandred no sólo tenía espías en el campamento, sino que tenía uno dentro o cerca del puesto de mando. Alguien que podía enviar mensajes tan pronto como Mat daba órdenes. Eso señalaba que probablemente se trataba de un encauzador, allí, dentro de la tienda, que enmascaraba su habilidad.

«Maldita sea —pensó—. Como si no fuera suficiente con lo demás».

El mensajero que había ido a hablar con Talmanes regresó.

—Poderoso Señor —dijo, postrándose con la nariz pegada al suelo—, vuestro hombre dice que sus fuerzas están completamente destrozadas. Quiere cumplir vuestra orden, pero dice que los dragones no volverán a estar en funcionamiento durante el resto del día. Que se tardará semanas en repararlos. Que están… Lo siento, Poderoso Señor, pero éstas fueron sus palabras exactas: Están mucho peor que una camarera en Sabinel. No sé qué significa eso.

—Las camareras trabajan por las propinas —repuso Mat con un gruñido—, pero la gente de Sabinel no da propinas.

Eso era, por supuesto, una mentira. Sabinel era una ciudad donde Mat había intentado que Talmanes lo ayudara a ganarse a un par de camareras, y Talmanes le había sugerido que fingiera tener una herida de guerra para despertar su compasión.

Buen hombre. Los dragones podían disparar todavía, pero probablemente parecerían estar bastante estropeados. Ahí tenían una ventaja; nadie sabía cómo funcionaban excepto Mat y Aludra. Maldición, pero si cada vez que uno disparaba incluso él se preocupaba por si acaso lo hacía por donde no debía.

Cinco o seis dragones estaban completamente operativos; Mat los había retirado a través de un acceso a un lugar seguro. Aludra los tenía instalados al sur del vado, apuntados hacia los Altos. Mat los utilizaría, pero había que dejar que el espía creyera que habían destruido la mayoría. Talmanes podría hacerles un apaño y entonces Mat los tendría otra vez preparados para usar.

«Pero en el momento en que lo haga —pensó—, Demandred descargará todo lo que tenga sobre ellos». Tenía que ser justo en el momento adecuado. Maldición, últimamente su vida giraba por completo alrededor de encontrar el momento oportuno para algo. De momento, ordenó a Aludra que utilizara la media docena de dragones operativos para machacar a través del río a los trollocs que descendían por el declive sudoccidental de los Altos.

Estaba lo bastante lejos de los Altos y no se quedaría quieta en un sitio, por lo que a Demandred no iba a resultarle fácil localizarla y destruir los dragones. El humo que harían encubriría enseguida su posición.

—Mat —dijo Elayne desde su trono a un lado del recinto.

Él se percató, con regocijo, que al cambiarlo de sitio para más «comodidad» había conseguido de algún modo que Birgitte lo calzara subiéndolo unas pulgadas, de modo que ahora estaba exactamente al mismo nivel que Tuon. Puede que una pulgada más alta.

—Por favor, ¿puedes al menos explicar algo de los que estás haciendo? —pidió Elayne.

«No sin que se entere también ese espía», pensó Mat mientras echaba una ojeada por el recinto. ¿Quién era? ¿Alguna de las tres parejas de *damane* y *e sul'dam*? ¿Podía una *damane* ser Amiga Siniestra sin que su *e sul'dam* lo notara? ¿Y qué tal lo opuesto? Esa noble con un mechón blanco en el cabello le resultaba sospechosa.

¿O era uno de los muchos generales? ¿Galgan? ¿Tylee? ¿La oficial general Gerisch? La mujer, que se encontraba a un lado del recinto, le asestaba una mirada feroz. En serio… Mujeres. Tenía un buen trasero, pero él sólo lo había mencionado para mostrarse amistoso. Era un hombre casado.

El hecho era que había tanta gente moviéndose por allí que Mat suponía que si esparciera mijo en el suelo tendría harina al acabar el día. Se suponía que todos eran absolutamente dignos de confianza e incapaces de traicionar a la emperatriz, así viviera para siempre. Cosa que no ocurriría si los espías seguían metiéndose allí.

—Mat, alguien más tiene que saber lo que planeas —dijo Elayne—. Si caes, tenemos que seguir con tu plan.

En fin, ése era un argumento bastante bueno. Él mismo se lo había planteado. Tras asegurarse de que sus órdenes actuales se seguían, se acercó a Elayne. Miró hacia atrás y sonrió a los otros con aire inocente. No tenían por qué saber que sospechaba de ellos.

—¿Estás echando miradas insinuantes a todo el mundo? —preguntó Elayne en voz baja.

—Puñetas, no. Vamos afuera. Quiero caminar y tomar un poco el aire.

—¡Knotai! —llamó Tuon, que se puso de pie.

Mat no miró hacia ella; esos ojos podían taladrar el acero. En cambio, se dirigió como sin darle importancia hacia el exterior del recinto. Elayne y Birgitte lo siguieron al cabo de unos segundos.

—¿A qué viene esto? —preguntó Elayne en voz queda.

—Hay muchos oídos ahí dentro —repuso Mat.

—¿Sospechas que hay un espía en el puesto de…?

—Espera —la interrumpió.

Luego la asió del brazo y la apartó del recinto. Saludó con un simpático gesto de cabeza a algunos Guardias de la Muerte. Ellos respondieron con un gruñido. Para los Guardias de la Muerte, hacer algo así era mostrarse locuaces.

—Puedes hablar sin reservas —dijo Elayne—. Acabo de tejer una salvaguardia

para impedir que alguien escuche a hurtadillas.

—Gracias. Quiero que estés fuera del puesto de mando. Te contaré todo lo que estoy haciendo. Si algo va mal, tendrás que elegir otro general, ¿de acuerdo?

—Mat, si crees que hay un espía… —empezó Elayne.

—Sé que lo hay, y por eso voy a utilizarlo. Va a funcionar. Confía en mí.

—Sí, y estás tan convencido que ya has preparado un plan de apoyo en caso de que no funcione.

Mat pasó por alto eso último e hizo un gesto a Birgitte. La mujer miró en derredor como al desgaire, observando si alguien intentaba acercarse demasiado.

—¿Qué tal se te da jugar a las cartas, Elayne? —preguntó Mat.

—A las… Mat, éste no es momento para ponerse a jugar.

—Es justo el momento de hacerlo. Elayne, ¿te das cuenta de lo mucho que nos superan en número? ¿Sientes el suelo cuando se producen ataques de Demandred? Tenemos suerte de que no decidiera Viajar directamente al puesto de mando y atacarnos… Sospecho que tiene miedo de que Rand esté oculto aquí, en alguna parte, y que le tienda una emboscada. Pero, rayos y centellas, es fuerte, mucho. Sin jugar, estamos muertos. Acabados. Enterrados.

Ella guardó silencio.

—Y aquí es donde entra el juego de cartas —dijo Mat con el índice levantado—. Las cartas no son como los dados. En los dados, uno busca ganar tantas tiradas como sea posible. Cuanto más tiradas, más dinero. Es algo aleatorio, ¿comprendes? Pero las cartas no. Con las cartas, tienes que hacer que los otros jugadores empiecen las apuestas. Buenas apuestas. Y eso lo haces dejando que ellos ganen un poco. O mucho.

»Eso no es tan difícil aquí, ya que nos superan en número y nos están arrollando. La única forma de ganar es apostarlo todo cuando llegue la mano apropiada. En las cartas, puedes perder noventa y nueve veces, pero puedes ganar la partida si ganas esa mano apropiada. Siempre que el enemigo empiece a jugar de manera temeraria. Y siempre que puedas soportar las pérdidas.

—¿Y es eso lo que estás haciendo? —preguntó Elayne—. ¿Fingir que estamos perdiendo?

—Puñetas, no. No puedo fingir eso. Él lo notaría. Estoy perdiendo, pero también estoy vigilando. A la espera de que surja esa última apuesta, la que puede ganarlo todo de golpe.

—Entonces, ¿cuándo nos movemos?

—Cuando salgan las cartas adecuadas —repuso Mat. Alzó la mano para acaballar sus objeciones—. Lo sabré, Elayne. Sabré cuándo ha llegado el momento, puñetas. Eso es todo lo que puedo decirte.

Ella cruzó los brazos por encima del hinchado vientre. Luz, parecía más grande

de un día para otro.

—Está bien —dijo por fin Elayne—. ¿Cuáles son tus planes para las fuerzas andoreñas?

—Ya tengo a Tam y a sus hombres situados a lo largo del río, en las ruinas —contestó Mat—. En cuanto al resto de tus ejércitos, me gustaría que fueras a ayudar al vado. Demandred probablemente cuenta con que esos trollocs al norte de aquí cruzarán el río y reunirán a nuestros defensores para azuzarlos río abajo, en el sector shienariano, mientras el resto de los trollocs y los sharaníes bajan de los Altos para empujarnos a través del vado y río arriba.

»Intentarán apelotonarnos, rodearnos. Y, si lo consiguen, todo habrá acabado. El asunto es que Demandred mandó una fuerza al Mora para que represara el río y el agua no fluyera, y va a conseguirlo dentro de poco. Veremos si hay algún modo de conseguir que eso juegue a nuestro favor. Pero, una vez que el agua deje de correr, vamos a necesitar una defensa sólida allí para detener a los trollocs cuando intenten cruzar por el lecho del río. Para eso están tus fuerzas.

—Iremos —dijo Elayne.

—¡¿Iremos, dices?! —gritó Birgitte.

—Voy a marchar con mis tropas —replicó Elayne mientras se dirigía hacia las líneas de caballos—. Cada vez se hace más patente que aquí no podré hacer nada, y Mat quiere que me vaya del puesto de mando. Así que pienso ir, puñetas.

—¿Al combate? —inquirió Birgitte.

—Ya estamos en combate, Birgitte. Los encauzadores sharaníes podrían tener diez mil hombres atacando Alcor Dashar y esta grieta en cuestión de minutos. Vamos. Te prometo que dejaré que pongas tantos guardias a mi alrededor que no podré ni estornudar sin rociar a docenas de ellos.

Birgitte suspiró y Mat le dedicó una mirada animosa. Ella se despidió con un gesto de la cabeza y luego fue en pos de Elayne.

«Muy bien», pensó Mat, dando la vuelta hacia el recinto de mando. Elayne estaba haciendo lo que debía, y Talmanes había captado su señal. Y, ahora, el verdadero desafío.

¿Sería capaz de convencer a Tuon para que hiciera lo que él quería?

Galad dirigía la caballería de los Hijos de la Luz en un amplio ataque a lo largo del Mora, cerca de las ruinas. Los trollocs habían construido allí más puentes flotantes con balsas, y los cuerpos flotaban tan juntos como hojas otoñales en un estanque. Los arqueros habían hecho bien su trabajo.

Los trollocs que lograban cruzar por fin se encontraban con los Hijos y tenían que enfrentarse a ellos. Galad se inclinó sobre la montura, con la lanza sujeta firmemente, y le rajó el cuello a un pesado trolloc con rasgos de oso; él continuó adelante, con la

moharra goteando sangre, y el trolloc cayó de rodillas a su espalda.

Guió a su montura, *Sidama*, hacia la masa de trollocs, derribándolos u obligándolos a saltar para quitarse de en medio. La potencia de una carga de caballería estaba en su número, y aquellos que Galad forzaba a apartarse acabarían pisoteados por los caballos que iban detrás.

Tras su carga llegó una andanada de los hombres de Tam, que dispararon flechas hacia el grueso de las fuerzas trollocs que subían a trompicones las riberas. Los que iban detrás empujaban a los heridos y les pasaban por encima.

Golever y otros Hijos se unieron a Galad cuando su carga —que hacía un barrido a lo largo en las primeras líneas de trollocs— se encontró sin más enemigos. Sus hombres y él frenaron las monturas, dieron media vuelta y volvieron a galope con las lanzas en alto, para localizar pequeños grupos de hombres separados que combatían solos.

El campo de batalla era enorme. Galad se pasó gran parte de una hora buscando grupos así, rescatándolos y ordenando que volvieran a las ruinas para que Tam o uno de sus capitanes pudieran formarlos en escuadrones nuevos. Poco a poco, a medida que su número menguaba, las formaciones originales se mezclaron unas con otras. Los mercenarios no eran los únicos que cabalgaban con los Hijos. Galad tenía también a sus órdenes ghealdanos, hombres de la Guardia Alada y un par de Guardianes, Kline y Alix. Ambos habían perdido a sus Aes Sedai, por lo que no era de esperar que duraran mucho, pero combatían con una ferocidad terrible.

Tras enviar a otro grupo de supervivientes de vuelta hacia las ruinas, Galad condujo a *Sidama* a paso lento al reparar en la respiración fatigosa del animal. Ese campo junto al río se había convertido en un barrizal sangriento lleno de cadáveres. Cauthon había estado acertado al situar allí a los Hijos. Tal vez él no le había reconocido a ese hombre todo el mérito que merecía.

—¿Cuánto crees que llevamos luchando? —preguntó Golever, que iba a su lado.

El tabardo del otro Hijo tenía un corte que dejaba a la vista la cota, y un trozo de la malla de la parte derecha estaba machacado por la espada de un trolloc. La malla había aguantado, pero la mancha de sangre indicaba que muchos de los eslabones habían traspasado el gambesón acolchado y habían llegado al costado del Hijo. La hemorragia no parecía grave, así que Galad no lo mencionó.

—Creo que ya es mediodía —dedujo Galad, aunque no se veía el sol debido a las nubes; estimaba que llevaban combatiendo de cuatro a cinco horas.

—¿Crees que pararán por la noche? —inquirió Golever.

—Lo dudo. Eso, contando con que la batalla dure tanto.

—¿Crees que…? —empezó Golever, que lo miró preocupado.

—No me es posible seguir lo que está pasando. Cauthon ha enviado muchas tropas aquí y ha sacado a todos de los Altos, que yo sepa. No sé por qué. Y el agua

del río… ¿A ti no te parece que fluye a trancas y barrancas? Como a tirones, de forma esporádica. La lucha río arriba no debe de ir muy bien… —Sacudió la cabeza—. Quizá si pudiera ver más del campo de batalla podría entender el plan de Cauthon.

Era un soldado. Un soldado no tenía que entender el conjunto de la batalla para cumplir las órdenes recibidas. Sin embargo, por lo general solía ser capaz de reunir las piezas de la estrategia de su bando por las órdenes dadas.

—¿Habías imaginado alguna vez una batalla de esta magnitud? —preguntó Golever, que volvió la cabeza.

La infantería de Arganda estaba trabada con los trollocs en el río. Más y más Engendros de la Sombra lo cruzaban… Con gran alarma, Galad se dio cuenta de que el río había dejado de fluir por completo.

Los Engendros de la Sombra habían conseguido afianzarse en esa posición en la última hora. Iba a ser una lucha dura, pero al menos ahora el número era más equilibrado con todos los trollocs que habían matado antes. Cauthon había sabido que el río dejaría de fluir. Por eso había enviado tantas tropas allí arriba, para contener esa arremetida desde la otra orilla.

«Luz —pensó Galad—, estoy contemplando el Juego de las Casas nada menos que en el campo de batalla». No, no le había reconocido a Cauthon todo el mérito que merecía.

Una esfera de plomo con una cinta roja cayó de repente del cielo, unos veinte pasos más adelante. Allá arriba, a bastante altura, el *raken* emitió un chillido chirriante y siguió su camino. Galad taconeó a *Sidama* para que avanzara y Golever desmontó para recoger la carta. Los accesos eran útiles, pero los *morat'raken* podían ver el campo de batalla en su extensión, buscar estandartes de hombres específicos y entregar las órdenes.

Golever le tendió el papel y Galad sacó su lista de claves de la envoltura de cuero que llevaba en la parte alta de la bota. Las claves eran sencillas, una lista de números con palabras al lado. Si las órdenes no utilizaban la palabra correcta y el número correspondiente, entonces eran sospechosas. La orden decía:

> *Damodred, ve con una docena de tus mejores hombres de la vigésima segunda compañía a lo largo del río, hacia Vado de Hawal. Detente cuando puedas ver el estandarte de Elayne y quédate allí hasta nueva orden.*
>
> *P.D. Si ves trollocs con varas de combate, te sugiero que dejes que, en vez de tú, sea Golever el que combata con ellos, pues sé que no se te da bien ese tipo de armas. Mat.*

Galad suspiró y le mostró la carta a Golever. La clave era correcta: el número veintidós y la palabra «vara» estaban emparejadas.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Golever.

—Ojalá lo supiera —repuso Galad. Y lo decía de verdad.

—Iré a reunir algunos hombres —propuso Golever—. Supongo que querrás a Harnesh, Mallone, Brokel…

Siguió dando nombres hasta completar la lista. Galad asintió con la cabeza.

—Buena elección —le dijo a Golever—. En fin, no voy a decir que me entristezca esa orden. Mi hermana ha entrado en el campo de batalla, por lo visto. Así la vigilaré.

Además, quería ver otro sector del campo de batalla. Quizá eso lo ayudaría a comprender qué era lo que hacía Cauthon.

—Como ordenes, capitán general.

El Oscuro atacó.

Fue un intento de despedazar a Rand, de destruirlo poco a poco. El propósito del Oscuro era apoderarse de todos y cada uno de los elementos que componían la esencia de Rand y después aniquilarlos.

Rand no podía jadear, no podía gritar. Ese ataque no era contra su cuerpo, porque no tenía un cuerpo real en aquel lugar, sólo la evocación de uno.

Rand mantuvo el control. Con dificultad. Ante aquel impresionante ataque, cualquier idea de derrotar al Oscuro —de acabar con él— desaparecía. ¿Cómo iba a derrotar a nadie si apenas podía resistir?

No habría sabido describir la sensación si lo hubiera intentado. Era como si el Oscuro lo estuviera haciendo jirones al mismo tiempo que intentaba aplastarlo por completo, llegando a él desde direcciones infinitas, todo a la vez, en una oleada.

Rand cayó de rodillas. Era una proyección de sí mismo la que lo hizo, pero lo sintió como si fuera real.

Transcurrió una eternidad.

Rand sufrió la presión aplastante, el ruido de destrucción. Resistió de rodillas, con los dedos crispados como garras, el sudor goteándole por la frente. Lo sufrió y alzó la vista.

—¿Es eso todo lo que tienes? —gruñó.

VENCERÉ YO.

—Así me fortaleces —desafió Rand con voz enronquecida—. Cada vez que tú o tus esbirros tratasteis de destruirme, vuestro fracaso fue como el martillo de un herrero golpeando contra metal. Este intento… —Rand hizo una profunda inhalación—. Este intento tuyo no es nada. No me desmoronaré.

TE EQUIVOCAS. ESTO NO ES UN INTENTO DE DESTRUIR-RR TE. ESTO ES UNA PREPARACIÓN.

—¿Para qué?

PARA MOSTRARTE LA VERDAD.

Fragmentos del Entramado… Hilos… De repente giraron ante Rand separándose del cuerpo principal de luz como cientos de minúsculos arroyos fluyendo. Sabía que aquello no era en realidad el Entramado, del mismo modo que lo que veía como él mismo tampoco era su cuerpo. Para interpretar algo tan vasto como el tejido de la creación, su mente necesitaba algún tipo de imágenes. Esto era lo que su conciencia había elegido.

Los hilos se enroscaron de forma parecida a como lo hacían los de un tejido del Poder Único, sólo que había miles y miles de ellos, y los colores eran más variados, más intensos. Todos y cada uno de ellos estaban rectos, como cuerdas atirantadas. O haces de luz.

Se urdieron como el tejido de un telar y crearon un paisaje alrededor de Rand. Un suelo de tierra viscosa, plantas moteadas con puntos negros, árboles con ramas inclinadas como brazos desprovistos de fuerza.

Se convirtió en un lugar. Una «realidad». Rand se incorporó y notó el suelo. Olió humo en el aire. Oyó… gemidos de dolor. Rand giró sobre sí mismo y descubrió que se encontraba en una pendiente casi yerma que se asomaba a una oscura ciudad con murallas de piedra negra. Dentro se apelotonaban edificios cuadrados y anodinos, como fortines.

—¿Qué es esto? —susurró Rand.

Algo de aquel sitio le resultaba familiar. Alzó la vista, pero no vio el sol porque las nubes encapotaban el cielo.

ES LO QUE SERÁ.

Rand tanteó en busca del Poder Único, pero se apartó con una intensa sensación de asco. La infección había vuelto, sólo que era peor, mucho peor. Lo que antes había sido una fina capa oscura sobre la luz líquida del *Saidin* ahora era un lodo tan denso que no podía romperlo. Tendría que absorber la oscuridad, envolverse en ella, buscar debajo el Poder Único… Si es que, en realidad, aún seguía allí. La mera idea hizo que le subiera bilis a la garganta, y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

Algo lo atraía hacia aquella fortaleza cercana. ¿Por qué tenía la sensación de que conocía ese lugar? Estaba en la Llaga; las plantas lo dejaban claro. Y, si no fuera suficiente con eso, en el aire había un olor a podrido. El calor era como el de una ciénaga en verano, sofocante, opresivo a pesar de las nubes.

Descendió la suave ladera y atisbó algunas figuras que trabajaban cerca. Hombres con hachas que talaban árboles. Debían de ser alrededor de una docena. Al ir acercándose Rand, miró a un lado; en la distancia vio la nada que era el Oscuro y que iba consumiendo parte del paisaje, como un foso en el horizonte. ¿Un recordatorio de que lo que veía no era real?

Pasó junto a tocones de árboles cortados. ¿Estarían recogiendo leña esos

hombres? En el «toc», «toc» repetitivo de las hachas —y en la postura de los trabajadores— no había nada de la fuerza resuelta que Rand tenía asociada con los leñadores. Los golpes eran desgarrados, los hombres trabajaban con los hombros hundidos.

El que estaba a la izquierda… Al acercarse más, Rand lo reconoció a despecho de la postura inclinada y la piel arrugada. Tam debía de tener al menos setenta años, puede que ochenta. ¿Por qué se encontraba ahí fuera haciendo un trabajo tan duro?

«Es una visión —pensó—. Una pesadilla. Una creación del Oscuro. No es real».

Sin embargo, por el hecho de estar dentro de ella, a Rand le resultaba difícil no reaccionar como si lo fuera. Y, en cierta forma, lo era. Para crear eso, el Oscuro utilizaba hilos umbríos del Entramado, las posibilidades que ondulaban a partir de la creación como ondas formadas por una piedra tirada a un estanque.

—Padre… —llamó Rand.

Tam se volvió, pero los ojos no se enfocaron en Rand.

—¡Padre! —insistió, asiéndolo por el hombro.

Tam permaneció alelado un momento y luego reanudó el trabajo levantando el hacha. Cerca, Dannil y Jori descargaban hachazos a un tocón. También ellos habían envejecido y ahora eran hombres bien entrados en la madurez. Parecía que Dannil sufría una enfermedad mala; tenía el semblante pálido, la piel ulcerada por llagas de algún tipo.

El hacha de Jori se hundió profundamente en la tierra y del suelo surgió una negra avalancha de… insectos. Insectos que habían permanecido escondidos en la base del tocón. La hoja había hendido su nido.

Los insectos salieron enjambrados y ascendieron por el mango para envolver a Jori. Éste gritó y se puso a darles golpes, pero al abrir la boca para chillar se le metieron dentro. Rand había oído hablar de algo así, un enjambre asesino, uno de los muchos peligros de la Llaga. Alzó la mano hacia Jori, pero el hombre se desplomó de lado, muerto en el breve espacio que tardaría alguien en hacer una inhalación.

Tam gritó aterrado y echó a correr. Rand se dio la vuelta al tiempo que su padre chocaba contra un arbusto cercano en un intento de huir del enjambre asesino. Algo saltó de una rama, veloz como un latigazo, y se enroscó alrededor del cuello de Tam, frenándolo en seco de un tirón.

—¡No! —gritó Rand.

No era real. Aun así, no podía ver morir a su padre. Asió la Fuente, abriéndose paso a la fuerza en la repulsiva oscuridad de la infección. Pareció sofocarlo, y Rand pasó unos instantes angustiosos mientras trataba de encontrar el *Saidin*. Cuando lo aferró, sólo absorbió un hililllo.

De todos modos lo tejió, furioso, y lanzó un hilo llameante a la enredadera que había agarrado a su padre. Tam cayó al suelo mientras la enredadera se marchitaba y

moría.

Tam no se movió. Sus ojos miraban hacia arriba con fijeza, muertos.

—¡No!

Rand se volvió hacia el enjambre asesino y lo destruyó con un tejido de Fuego. Sólo habían pasado unos segundos, pero todo lo que quedaba de Jori eran huesos.

Los insectos estallaron mientras los quemaba.

—Un encauzador —susurró Dannil, que, agazapado cerca, lo miraba con los ojos muy abiertos.

Otros leñadores habían huido a las colinas, y se oyó gritar a varios.

Rand no pudo contener el vómito. La infección era tan horrible, tan pútrida… Fue incapaz de seguir asiendo la Fuente más tiempo.

—Ven —dijo Dannil, que agarró a Rand del brazo—. ¡Ven, te necesito!

—Dannil —murmuró Rand con voz ronca, mientras se incorporaba—, ¿es que no me reconoces?

—Ven —repitió Dannil, que tiraba de él hacia el fuerte.

—Soy Rand. Rand, Dannil. El Dragón Renacido.

En los ojos de Dannil no se reflejó reacción, como si no entendiera nada.

—¿Qué te ha hecho? —musitó Rand.

NO TE CONOCEN, ADVERSARIO. LOS HE REHECHO. TODAS LAS COSAS SON MÍAS. NO SABRÁN LO QUE HAN PERDIDO. NADIE LO SABRÁ EXCEPTO YO.

—No es verdad —susurró Rand—. Yo te niego.

NEGAR LA EXISTENCIA DEL SOL NO HACE QUE SE PONGA. NEGARME A MÍ NO IMPIDE MI VICTORIA.

—Ven —insistió Dannil, tirando de Rand—. Por favor. ¡Tienes que salvarme!

—Pon fin a esto —demandó Rand.

¿PONERLE FIN? NO HAY FINALES, ADVERSARIO. ES. YO LO HE CREADO.

—Lo has imaginado.

—Por favor —dijo Dannil.

Rand dejó que lo condujera hacia la oscura fortaleza.

—¿Qué hacías ahí fuera, Dannil? —inquirió Rand—. ¿Por qué recoges leña en la Llaga? No es seguro.

—Era nuestro castigo —repuso Dannil—. A aquellos que le fallan a nuestro señor se los envía fuera con la orden de traer un árbol que hayan cortado con sus propias manos. Si los enjambres asesinos o las ramas no te matan, el sonido al cortar madera atrae otras cosas…

Rand frunció el entrecejo al tiempo que pisaban una calzada que conducía a la ciudad y a su oscura fortaleza. Sí, ese lugar le resultaba conocido.

«El Camino de la Cantera —se dijo para sus adentros, sorprendido—. Y eso que hay más adelante…» La fortaleza dominaba lo que otrora había sido el Prado, en el centro de Campo de Emond.

La Llaga había consumido Dos Ríos.

Allá arriba, las nubes parecían empujar a Rand hacia el suelo; oyó de nuevo el grito de Jori en su cabeza. Volvió a ver a Tam forcejeando mientras la enredadera lo estrangulaba.

«No es real».

Eso sería lo que ocurriría si él fracasaba. Cuánta gente dependía de él… Tanta. A algunos ya les había fallado. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para no empezar a enumerar mentalmente la lista de los que habían muerto a su servicio. Y, aunque hubiera salvado a otros, había fracasado en proteger a ésos.

Era un ataque de otro tipo diferente del que había intentado destruir su esencia. Rand percibía que el Oscuro introducía en él sus zarcillos, a la fuerza, para infectarle la mente con preocupación, duda, temor.

Dannil lo llevó hacia la muralla del pueblo, donde dos Myrddraal con sus capas inmóviles guardaban las puertas. Se deslizaron hacia adelante.

—A ti te mandaron afuera para recoger madera —susurró uno de ellos con esos labios lívidos.

—Yo… ¡Traigo a éste! —dijo Dannil mientras se apartaba a trompicones—. ¡Un regalo para nuestro señor! Encauza. ¡Lo encontré para vosotros!

Rand gruñó y luego se sumergió de nuevo hacia el Poder Único nadando a través de la inmundicia. Llegó al chorrillo de *Saidin,* lo asió.

De inmediato, le fue arrebatado. Un escudo se interpuso entre el *Saidin* y él.

—No es real —musitó mientras se volvía para ver quién había encauzado.

Nynaeve salió por las puertas de la ciudad, vestida de negro.

—¿Un espontáneo? —preguntó ella—. ¿Sin descubrir? ¿Cómo ha sobrevivido tanto tiempo? Lo has hecho bien, Dannil. Te devuelvo la vida. No falles otra vez.

Dannil lloró de alegría, pasó junto a Nynaeve y, caminando con dificultad, entró en la ciudad.

—No es real —repitió Rand mientras Nynaeve lo ataba con tejidos de Aire y después lo arrastraba hacia la versión de Campo de Emond creada por el Oscuro.

Los dos Myrddraal fueron presurosos detrás de ella. Ahora era una ciudad grande. Las casas daban la sensación de ser ratones apiñados delante de un gato, todas y cada una de ellas con la misma uniformidad lúgubre. La gente caminaba a toda prisa por los callejones, bajos los ojos.

Las personas se dispersaban delante de Nynaeve y a veces la llamaban «ama». Otros la denominaban Elegida. Los dos Myrddraal avanzaban rápido por la ciudad, como sombras. Cuando Rand y Nynaeve llegaron a la fortaleza, un pequeño grupo se

había reunido en el patio. Doce personas; entre ellas, Rand percibió que los cuatro hombres del grupo abrazaban el *Saidin*, aunque sólo reconoció a Damer Flinn. Un par de mujeres eran chicas que había conocido en Dos Ríos.

Había trece encauzadores. Y trece Myrddraal, reunidos bajo aquel cielo encapotado. Rand sintió miedo por primera vez desde que comenzó la visión. Eso no. Cualquier cosa menos eso.

¿Y si lo Trasmutaban? Aquello no era real, sino una visión de la realidad. Uno de los mundos reflejos de los espejos de la Rueda, un mundo creado por el Oscuro. ¿Qué repercusión tendría en él si lo Trasmutaban allí? ¿Habría caído en la trampa con tanta facilidad?

Asaltado por el pánico, empezó a debatirse contra las ataduras de Aire. Por supuesto, sus forcejeos fueron inútiles.

—Eres interesante —dijo Nynaeve, que se volvió hacia él.

No parecía ni un día mayor de lo que era cuando la había dejado en la caverna, pero sí había otras diferencias. Volvía a llevar trenza, si bien tenía la cara más descarnada y más… severa. Y los ojos…

Todo estaba mal en esos ojos.

—¿Cómo has sobrevivido ahí fuera? —le preguntó a Rand—. ¿Cómo has estado tanto tiempo sin ser descubierto?

—Vengo de un lugar donde el Oscuro no gobierna.

—Ridículo. —Nynaeve se echó a reír—. Un cuento para niños. El Gran Señor ha gobernado siempre.

Rand lo veía ahora. Su conexión con el Entramado, el atisbo de verdades a medias y caminos en sombras. Esta posibilidad… podría llegar a ocurrir. Era un camino que el mundo podía tomar. Allí, el Oscuro había ganado la Última Batalla y había destruido la Rueda del Tiempo.

Eso le había permitido rehacerlo, tejer un nuevo Entramado. Un Entramado distinto. Todas las personas vivas habían olvidado el pasado y ahora sólo sabían lo que el Oscuro les había insertado en la mente. Rand atisbaba la verdad —la historia de ese lugar— en los hilos del Entramado que había tocado antes.

Nynaeve, Egwene, Logain y Cadsuane formaban parte ahora de los Renegados, Trasmutados a la Sombra contra su voluntad. A Moraine la habían ejecutado por ser demasiado débil.

Elayne, Min, Aviendha… Habían sido sometidas a tortura, una y otra vez, en Shayol Ghul.

El mundo vivía una auténtica pesadilla. Cada uno de los Renegados gobernaba como un déspota en su pequeño sector del mundo. En aquel interminable y desvaído otoño, ellos lanzaban ejércitos, Señores del Espanto y facciones unos contra otros. Una eterna batalla.

La Llaga se había extendido a todos y cada uno de los océanos. El imperio seanchan ya no existía, destruido y abrasado hasta el punto de que ni siquiera las ratas ni los cuervos podrían sobrevivir allí. Todo aquel capaz de encauzar era descubierto de joven y acababa Trasmutado. Al Oscuro no le gustaba correr el riesgo de que alguien pudiera llevar esperanza al mundo de nuevo.

Y nadie lo haría nunca.

Rand gritó cuando los trece empezaron a encauzar.

—¡¿Esto es lo peor que puedes hacerme?! —gritó.

Empujaron sus voluntades contra la suya. Lo sentía como clavos machacándole el cráneo, partiendo la carne. Él empujó a su vez con todo cuanto tenía, pero los otros empezaron a ejercer una presión vibrante. Cada vibración, como un golpe de hacha, penetraba más y más en él.

Y ASÍ, YO GANO.

El fracaso golpeó con fuerza a Rand, saber que lo que había ocurrido allí era culpa suya. Nynaeve, Egwene, Trasmutadas a la Sombra debido a él. Aquellos a quienes amaba convertidos en juguetes para la Sombra.

Él tendría que haberlos protegido.

YO GANO. OTRA VEZ.

—¡¿Crees que soy el mismo joven que Ishamael intentó asustar con tanto empeño?! —gritó Rand al tiempo que refrenaba el terror y la vergüenza.

LA LUCHA HA ACABADO.

—¡AÚN NO HA EMPEZADO! —bramó Rand.

La realidad a su alrededor se deshizo de nuevo en cintas de luz. La cara de Nynaeve se rasgó por la mitad, como un encaje que se suelta al sacarle un hilo y se deshace. El suelo se desintegró y el fuerte dejó de existir.

Rand cayó de las ataduras de Aire que jamás habían estado del todo allí. La realidad creada por el Oscuro, frágil, se destejió en las piezas que la integraban. Hilos de luz se soltaron y salieron en espiral, vibrantes como las cuerdas de un arpa.

Y esperaron a ser tejidos.

Rand respiró profundamente a través de los dientes apretados y alzó los ojos hacia la oscuridad que había más allá de los hilos.

—Esta vez no voy a quedarme sentado, sufriendo pasivamente, Shai'tan. No seré presa de tus pesadillas. Me he convertido en algo más grande de lo que fui otrora.

Dicho esto, se hizo con los hilos que se enroscaban a su alrededor, los tomó… cientos y cientos de ellos. Allí no había Fuego, Aire, Tierra, Agua o Energía… Éstos eran de algún modo más esenciales, más variados. Cada cual era individual, único. En lugar de Cinco Poderes, eran miles.

Rand los asió, los agrupó y sostuvo en la mano la urdimbre de la propia creación.

Entonces encauzó en ella y la tejió como una posibilidad diferente.

—Ahora —dijo, con una profunda inhalación, tratando de borrar el horror que había visto—. Ahora yo te mostraré lo que va a pasar.

—Los hombres está en sus puestos, madre —anunció Bryne con una reverencia.

Egwene respiró hondo. Mat había enviado las fuerzas de la Torre Blanca al otro lado del lecho seco del río, más abajo del vado y alrededor del lado occidental de las ciénagas; había llegado el momento de que Egwene se reuniera con su ejército. Vaciló un momento y miró el puesto de mando de Mat a través del acceso. Su mirada se trabó por encima de la mesa con la de la mujer seanchan, que permanecía sentada en su trono con aire imperioso.

«Aún no he acabado contigo», pensó Egwene.

—Vámonos —dijo en voz alta, girando sobre sus talones.

Hizo un gesto a Yukiri para que cerrara el acceso al puesto de mando, y toqueteó el *sa'angreal* de Vora que llevaba en una mano mientras salía de la tienda.

Vaciló al ver algo en el suelo. Algo minúsculo. Diminutas grietas como telarañas en las piedras. Se agachó.

—Cada vez hay más de ésas en derredor, madre —indicó Yukiri, que se agachó a su lado—. Creemos que cuando los Señores del Espanto encauzan las grietas se extienden. Sobre todo cuando utilizan el fuego compacto…

Egwene las tocó con cuidado. Aunque parecían grietas normales al tacto, se abrían a la pura nada. Negrura, demasiado profunda para que unas simples grietas produjeran sombras en la luz.

Tejió. Los Cinco Poderes, juntos, tantearon las grietas. Sí…

No sabía con exactitud qué había hecho, pero un flamante y bisoño tejido cubrió las grietas como un vendaje. La oscuridad se desvaneció y sólo quedaron unas fisuras corrientes… y una fina película de cristales.

—Interesante —comentó Yukiri—. ¿Qué era ese tejido?

—No lo sé. Me pareció que era bueno —repuso Egwene—. Gawyn, ¿has visto…? —Dejó la frase a medias.

Gawyn.

Egwene se incorporó con brusquedad. Recordaba vagamente que él había salido de la tienda de mando para tomar un poco el aire. ¿Cuánto tiempo había pasado? Giró despacio sobre sí misma para percibir su ubicación. El vínculo le indicaría la dirección. Se detuvo cuando miró hacia donde se encontraba él.

Miraba hacia el lecho del río, un poco más arriba del vado, donde Mat había apostado las fuerzas de Elayne.

«Oh, Luz…»

—¿Qué? —preguntó Silviana.

—Gawyn ha ido a combatir —dijo Egwene, que mantuvo la voz sosegada con

esfuerzo.

¡Ese hombre, cabeza de chorlito! ¿Es que no podía esperar una hora o dos hasta que sus ejércitos estuvieran en posición? ¡Sabía que él estaba ansioso por combatir, pero al menos tendría que haberle preguntado!

Bryne emitió un quedo gemido.

—Enviad alguien a buscarlo —ordenó Egwene. Ahora la voz le sonó fría, colérica. Fue incapaz de evitarlo—. Al parecer se ha unido a los ejércitos andoreños.

—Iré yo —propuso Bryne, con una mano en la espada y el otro brazo alzado hacia los mozos de cuadra—. No se me puede confiar la dirección de los ejércitos, pero al menos esto sí puedo hacerlo.

Tenía sentido su razonamiento.

—Llevaos a Yukiri —indicó Egwene—. Cuando hayáis encontrado a mi estúpido Guardián, Viajad al oeste de las ciénagas para reuniros con nosotros.

Bryne hizo una reverencia y se alejó. Siuan lo observó, vacilante.

—Puedes ir con él —dijo Egwene.

—¿Es allí donde me necesitáis? —preguntó Siuan.

—A decir verdad… —Egwene bajó la voz—. Quiero que alguien se reúna con Mat y la emperatriz seanchan y escuche con oídos acostumbrados a captar lo que no se dice.

Siuan asintió en un gesto de aprobación, incluso de orgullo. Egwene era Amyrlin; no necesitaba ninguna de esas dos emociones de Siuan y, sin embargo, sirvieron para aliviarle un poco la tremenda fatiga.

—Pareces risueña —comentó Egwene.

—Cuando Moraine y yo emprendimos la tarea de encontrar al muchacho, no tenía ni idea de que el Entramado nos enviaría también a vos —repuso Siuan.

—¿Tu sustituta?

—Conforme una dirigente va entrando en años, empieza a pensar sobre su legado —explicó Siuan—. Luz, probablemente todas las damas empiezan a pensar lo mismo. ¿Tendrá un heredero que se haga cargo de lo que ha creado? A medida que una mujer gana en sabiduría, se da cuenta de que lo que ella sola puede conseguir es poco comparado con lo que su legado es capaz de lograr.

»Bien, pues, supongo que no puedo decir que seáis mía del todo, y no me complació exactamente que alguien me sucediera. Pero es… reconfortante saber que he tenido algo que ver en dar forma a lo que está por llegar. Y, si una mujer fuera a pedir un deseo para su legado, no imaginaría uno mayor que el que sois vos. Gracias. Vigilaré a esa seanchan por vos, y puede que ayude a la pobre Min a escapar de la red para el pez lanceta en la que se ha metido.

Siuan se marchó y llamó a Yukiri para que le abriera un acceso antes de irse con Bryne. Egwene sonrió al verla dar un beso al general. Siuan. Besando a un hombre

delante de todo el mundo.

Silviana encauzó, y Egwene montó en *Glorioso* mientras se abría un acceso frente a ella. Abrazó la Fuente, sosteniendo el *sa'angreal* de Vora ante sí, y cruzó el acceso al trote, detrás de un grupo de Guardias de la Torre. De inmediato la asaltó el olor a humo.

El mayor Chubai la esperaba al otro lado. El hombre de cabello oscuro siempre la sorprendía por parecerle demasiado joven para ocupar ese puesto, pero suponía que no todos los comandantes tenían que peinar canas, como Bryne. Después de todo, habían confiado la dirección de esta batalla a alguien que sólo era un poco mayor que ella, y ella misma era la Amyrlin más joven en la historia de la Torre.

Egwene se volvió hacia los Altos y descubrió que apenas podía verlos a través de los fuegos que ardían a lo largo de la pendiente y al borde oriental de las ciénagas.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió.

—Flechas incendiarias —respondió Chubai—, disparadas por nuestras fuerzas situadas en el río. Al principio pensé que Cauthon se había vuelto loco, pero ahora veo su razonamiento. Disparó a los trollocs para prender fuego allí, en los Altos, y en la base para darnos cobertura. La vegetación allí está seca y quebradiza como yesca. El fuego ha obligado a los trollocs y a la caballería sharaní a regresar pendiente arriba, de momento. Y creo que Cauthon cuenta con que el humo encubrirá nuestros movimientos cuando empecemos a rodear las ciénagas.

La Sombra sabría que alguien se movía por allí, pero para descubrir el número de tropas y su configuración… tendría que depender de exploradores, en lugar de aprovechar la ventaja de su posición en la cumbre de los Altos.

—¿Vuestras órdenes? —preguntó Chubai.

—¿No os las pasó él? —preguntó Egwene a su vez.

—No —dijo el hombre al tiempo que movía la cabeza—. Sólo nos situó en esta posición.

—Seguimos hacia arriba por el lado occidental de la ciénaga y salimos por detrás de los sharaníes —explicó ella.

—De ese modo fragmentamos nuestras tropas muchísimo —comentó Chubai con un gruñido—. ¿Y ahora los ataca en los Altos, después de rendírselos?

Egwene no tenía respuesta a eso. En fin, había sido ella —básicamente— la que había puesto a Mat al mando. Echó otra mirada hacia las ciénagas, allí donde percibía la presencia de Gawyn. Estaría luchando en…

Egwene vaciló. Su posición anterior le había permitido percibir a Gawyn en dirección al río; pero, tras cruzar el acceso, tenía una mejor percepción de su ubicación. No estaba en el río con los ejércitos de Elayne.

Gawyn estaba en los Altos, donde el dominio de la Sombra era mayor.

«Oh, Luz —pensó—. Gawyn…, ¿qué estás haciendo?»

Gawyn avanzaba entre el humo. Los negros zarcillos se enroscaban a su alrededor y el calor de la hierba que se consumía lentamente, sin llama, le calentaba las suelas de las botas, pero el fuego casi se había apagado allí arriba, en la cumbre de los Altos, dejando el suelo oscuro de ceniza.

Cadáveres y algunos dragones rotos yacían en el suelo, ennegrecidos, como montones de escoria o carbón. Gawyn sabía que algunas veces los granjeros quemaban las hierbas y los rastrojos del año anterior para renovar los campos. El propio mundo se hallaba en llamas ahora y, mientras se deslizaba a través del agitado y retorcido humo negro —con un pañuelo húmedo atado a la cara para cubrirse la nariz y la boca—, rezó por un renacimiento para el mundo.

Había grietas como telarañas por todo el suelo. La Sombra estaba destruyendo ese lugar.

La mayoría de los trollocs se reunían en los Altos desde donde se veía Vado de Hawal, aunque un puñado se afanaba en mover y empujar cuerpos en la ladera. Quizá los había atraído el olor a carne quemándose. Un Myrddraal salió entre el humo y empezó a reconvenirlos en un lenguaje que Gawyn no comprendía. Luego azotó a los trollocs en la espalda con un látigo.

Gawyn se quedó inmóvil, si bien el Semihombre no reparó en él mientras conducía a los retrasados hacia donde se apiñaban los demás trollocs. Gawyn esperó y respiró despacio a través del pañuelo, sintiendo que las sombras de los Puñales Sanguinarios lo envolvían. Los tres anillos le habían hecho algo. Se sentía acelerado, y los miembros se le movían demasiado deprisa cuando caminaba. Había tenido tiempo para ir acostumbrándose a los cambios, para mantener el equilibrio cada vez que se movía.

Un trolloc con rasgos de lobo surgió detrás de un montón de escombros que había cerca y husmeó el aire, con la mirada fija en el Fado. Luego salió del escondrijo, cauteloso, con un cadáver cargado al hombro. Pasó delante de Gawyn a menos de cinco pies de distancia y se paró para husmear el aire otra vez. Después, agazapado, siguió avanzando. Del cuerpo que llevaba echado al hombro colgaba la capa de un Guardián. Pobre Symon. No volvería a echar otra partida de cartas. Gawyn emitió un quedo gruñido y, antes de lograr controlarse, saltó hacia adelante. Ejecutó *Besar a la víbora*, y en el giro segó la cabeza del trolloc.

El cadáver se desplomó en el suelo con un golpetazo. Gawyn siguió con la espada enarbolada, pero entonces se maldijo y se agazapó para retroceder hacia el humo. Encubriría su olor, y los negros remolinos harían otro tanto con su figura borrosa. Necio, arriesgarse a ponerse en evidencia por matar a un trolloc. El cadáver de Symon acabaría en un caldero de todos modos. Él no podía acabar con todo el ejército. Estaba allí por un hombre.

Se agachó y esperó a ver si su ataque había llamado la atención. Quizá no podrían verlo —no estaba seguro de hasta qué punto lo encubrían los anillos—, pero cualquiera que hubiera estado mirando habría visto caer al trolloc.

No sonó ninguna llamada de alarma. Gawyn se incorporó y siguió adelante. Sólo entonces notó que tenía los dedos rojos y cubiertos de ceniza. Se los había quemado. El dolor era algo distante. Los anillos. Le costaba trabajo pensar, pero eso —por suerte— no entorpecía su habilidad para luchar. Si acaso, ahora los reflejos eran más intensos.

Demandred. ¿Dónde estaba? Gawyn recorrió los Altos de un lado a otro. Cauthon tenía tropas estacionadas en el río, cerca del vado, pero el humo hacía imposible ver quiénes formaban el contingente. En el otro extremo, los fronterizos estaban trabados con una unidad de caballería sharaní. Sin embargo allí, en la cima, todo se hallaba tranquilo a despecho de la presencia de Engendros de la Sombra y sharaníes. Gawyn avanzó cauteloso a lo largo de las líneas de retaguardia de trollocs, sin apartarse de los rodales de hierbas y madera muerta. Nadie parecía reparar en él. Allí había sombras, y las sombras significaban protección. Allá abajo, en la cañada entre los Altos y las ciénagas, los fuegos empezaban a apagarse. Era demasiado pronto para que se hubieran consumido por sí mismos. ¿Encauzamiento?

La intención de Gawyn había sido localizar a Demandred buscando el origen de los ataques, pero si éste se limitaba a encauzar para apagar los fuegos…

El ejército de la Sombra inició la carga y se lanzó pendiente abajo, hacia Vado de Hawal. Aunque los sharaníes se quedaron atrás, el grueso de la fuerza trolloc avanzó. Era obvio que el objetivo era presionar por el lecho seco del río y enfrentarse al ejército de Cauthon.

Si el propósito de Cauthon era atraer con un señuelo a todas las tropas que Demandred tenía en los Altos, había fracasado. Muchos sharaníes se quedaron allí, unidades de infantería y de caballería que contemplaban impasibles el atronador avance de los trollocs a la batalla.

A lo largo de la pendiente retumbaron explosiones que lanzaron trollocs por el aire como tierra al sacudir una esterilla. Gawyn vaciló y se agachó más. Dragones, los pocos que funcionaban. Mat los había mandado llevar a algún sitio al otro lado del río; era difícil ver su posición exacta debido al humo. Por el sonido, sólo había una media docena, pero el daño que causaron fue enorme, sobre todo si se tenía en cuenta la distancia.

Un estallido de luz roja en los Altos, a corta distancia, salió lanzado hacia el humo de los dragones. Gawyn sonrió.

«Muchísimas gracias», pensó, posando la mano en la espada. Había llegado el momento de probar lo bien que funcionaban los anillos.

Salió disparado de su escondrijo, agachado y deprisa. Casi todos los trollocs se

amontonaban pendiente abajo y corrían a grandes zancadas hacia el cauce seco. Sobre ellos llovieron virotes de ballestas y flechas, y otra tanda de disparos de los dragones llegó desde una localización ligeramente diferente. Cauthon hacía que los dragones se desplazaran, y Demandred tenía problemas para precisar su ubicación.

Gawyn corrió entre los aullidos de los Engendros de la Sombra. El suelo parecía palpitar como el latido de un corazón con los impactos en el suelo, detrás de él. El humo se agitó a su alrededor y le produjo escozor en la garganta. Las manos se le habían puesto negras e imaginaba que le había pasado lo mismo en la cara. Confiaba en que eso lo ayudara a mantenerse oculto.

Los trollocs dieron media vuelta entre chillidos y gruñidos, pero ninguno de ellos se fijó en él. Sabían que algo había pasado por allí, pero para ellos era un mero borrón.

A través del vínculo sintió desbordarse la cólera de Egwene. Gawyn sonrió. No había esperado que se sintiera complacida. Encontró la paz en su decisión mientras corría y se clavaban flechas en el suelo a su alrededor. Tal vez en otro tiempo habría hecho aquello por el orgullo de la batalla y la oportunidad de enfrentarse a Demandred.

Pero no lo movía eso ahora. Era lo que le pedía el corazón. Alguien tenía que hacer frente a ese ser, alguien tenía que matarlo o perderían esta batalla. Todos se daban cuenta de eso. Que Egwene o Logain se pusieran en peligro sería correr un riesgo demasiado grande.

Él sí podía arriesgarse. Nadie le encargaría hacer aquello —nadie se atrevería—, pero era necesario. Tenía una oportunidad de cambiar las cosas, de hacer algo que era realmente importante. Lo hacía por Andor, por Egwene, por el propio mundo.

Un poco más adelante, Demandred bramaba su ya conocido desafío:

—¡Mandad a al’Thor, no esos supuestos dragones!

Otra descarga de fuego salió lanzada desde él. Gawyn pasó junto a los trollocs que corrían a la carga y salió detrás de un gran grupo de sharaníes con unos arcos extraños, casi tan grandes como los de Dos Ríos. Rodeaban a un hombre montado a caballo y cubierto con armadura de monedas enlazadas, unidas por los agujeros abiertos en el centro, así como guardabrazos y gorguera. La placa frontal del atemorizador yelmo estaba abierta. El orgulloso semblante, apuesto e imperioso, le resultó inquietantemente familiar a Gawyn.

«Esto tendrá que ser rápido —pensó—. Y, por la Luz, más me vale no darle ocasión de encauzar».

Los arqueros sharaníes estaban preparados, pero sólo dos se volvieron cuando Gawyn se metió entre ellos. Gawyn sacó el cuchillo de la vaina del cinturón. Tendría que desmontar a Demandred del caballo y después arremeter con el cuchillo contra la cara del Renegado. Le parecía un ataque cobarde, pero era el mejor modo. Si lo tiraba

al suelo, entonces podría…

Demandred giró de repente con rapidez y miró hacia Gawyn. Un segundo después el hombre adelantaba la mano con rapidez y una barra de fuego al rojo blanco, fina como una ramita, salía disparada hacia Gawyn.

Falló, y golpeó justo a su lado cuando él se apartó de un salto. Se abrieron grietas por todo el suelo alrededor. Una grietas profundas, negras, que parecían abrirse a la mismísima eternidad.

Gawyn saltó hacia adelante y cortó la cincha de la silla del Renegado. Qué rapidez. Esos anillos le permitían reaccionar mientras Demandred seguía mirando con desconcierto.

La silla se soltó, y Gawyn asestó una cuchillada al flanco del caballo. El animal relinchó y se encabritó, lanzando a Demandred hacia atrás, con silla y todo.

Gawyn extrajo el cuchillo ensangrentado al tiempo que el caballo huía desbocado y los arqueros gritaban; saltó con el arma enarbolada con ambas manos, cernido amenazadoramente sobre Demandred.

El cuerpo del Renegado se sacudió de repente, y el hombre cayó hacia un lado. Una corriente de aire levantó cenizas en el suelo ennegrecido cuando tejidos de Aire sostuvieron a Demandred y lo hicieron girar sobre sí, depositándolo de pie en el suelo con un tintineo metálico y la espada ya desenvainada. El Renegado se agachó y soltó otro tejido; Gawyn sintió una brisa a su alrededor, como si los hilos hubieran intentado asirlo. Él era demasiado rápido y, obviamente, Demandred tenía problemas para acertar a darle debido a los anillos.

Gawyn retrocedió y se cambió el cuchillo a la mano izquierda al tiempo que desenvainaba la espada con la derecha.

—Ah, un asesino —dijo Demandred—. Y Lews Therin siempre hablaba del «honor» de enfrentarse a un hombre cara a cara.

—No me envía el Dragón Renacido.

—¿No? ¿Rodeado con la Sombra de la Noche, un tejido que nadie de esta era recuerda? ¿Sabes que lo que Lews Therin te ha hecho te absorberá la vida? Estás muerto, hombrecillo.

—Entonces puedes unirte conmigo en la tumba —replicó Gawyn.

Demandred se irguió y sostuvo la espada con las dos manos en una postura de combate desconocida. Parecía ser capaz de seguir el rastro de Gawyn de algún modo, a pesar de los anillos, pero sus reacciones eran una pizca más lentas de lo que deberían haber sido.

Flores de manzano al viento, con tres rápidos golpes, obligaron a Demandred a retroceder. Varios sharaníes se adelantaron con las espadas prestas, pero Demandred alzó una mano protegida con guantelete para que no se acercaran. No sonrió a Gawyn —parecía que ese hombre no hubiera sonreído jamás— y ejecutó algo similar a *El*

rayo de tres púas. Gawyn replicó con *El jabalí baja corriendo la montaña*.

Demandred era bueno. Aun con la ventaja que le daban los anillos, Gawyn escapó por un pelo de la estocada del Renegado. Los dos danzaron en torno a un pequeño círculo despejado, rodeados por los sharaníes que observaban el lance. Retumbos lejanos dispararon esferas de hierro contra la ladera e hicieron que el suelo temblara. Sólo había unos pocos dragones que todavía disparaban, pero parecían concentrados en esa posición.

Gawyn gruñó y realizó *La tormenta sacude la rama* en un intento de penetrar a través de la guardia de Demandred. Tenía que acercarse para arremeter con la espada en la axila o entre las uniones de la armadura de monedas.

Demandred respondió con destreza y elegancia. Poco después Gawyn sudaba debajo de la cota. Se sentía más veloz de lo que había sido nunca, con reacciones como los rápidos movimientos de un colibrí. Empero, por más que lo intentaba, no lograba acertarle con un golpe.

—¿Quién eres, hombrecillo? —gruñó Demandred, que se retiró unos pasos con la espada levantada al costado—. Combates bien.

—Gawyn Trakand.

—El hermanito de la reina. ¿Eres consciente de quién soy?

—Un asesino.

—¿Acaso tu Dragón no ha asesinado? —replicó Demandred—. ¿Tu hermana nunca ha matado para conservar su trono, o quizá debería decir para hacerse con él?

—Eso es diferente.

—Es lo que todo el mundo dice siempre.

Demandred se adelantó. Sus poses con la espada eran suaves, la espalda siempre recta, pero relajada, y utilizaba los movimientos amplios de un bailarín. Tenía un dominio absoluto del arma; Gawyn no había oído que Demandred fuera conocido por su habilidad en el manejo de la espada, pero era tan bueno como cualquier hombre con el que Gawyn se había batido. Mejor, a decir verdad.

Gawyn realizó *El gato danza en la pared*, una pose hermosa, amplia, que igualó la de Demandred. Luego se agachó para ejecutar *La lengua de la serpiente se agita*, confiando en que su pose previa hubiera relajado a Demandred y dejara pasar inadvertida una estocada.

Algo golpeó a Gawyn y lo tiró al suelo. Rodó sobre sí mismo y se incorporó agazapado. Le costaba respirar. No sentía dolor gracias a los anillos, pero probablemente tenía una costilla rota.

«Una roca —pensó—. Ha encauzado y ha tirado una roca para golpearme con ella». Le costaba trabajo golpearlo con los tejidos debido a las sombras, pero algo más grande podía arrojarse a las sombras y darle a él también.

—Tramposo —dijo con una mueca de desdén.

—¿Tramposo? —exclamó Demandred—. ¿Acaso hay reglas, hombrecillo? Si no recuerdo mal, intentabas acuchillarme por la espalda estando envuelto en un manto de oscuridad.

Gawyn inhaló y exhaló mientras se sujetaba el costado. Una esfera de hierro de los dragones cayó al suelo a corta distancia y luego estalló. La explosión hizo trizas a varios sharaníes, cuyos cuerpos protegieron a Gawyn y a Demandred de lo peor del impacto. Llovió tierra como una rociada de espuma en la cubierta de un barco. Al menos uno de los dragones seguía funcionando.

—Me has llamado asesino —dijo Demandred—, y lo soy. También soy vuestro salvador, tanto si queréis como si no.

—Estás loco.

—¡Qué va! —Demandred caminó a su alrededor mientras cortaba el aire con unos cuantos barridos de la espada—. Ese hombre al que seguís, Lews Therin Telamon, sí que está loco. Cree que puede derrotar al Gran Señor. No puede. Es un simple hecho.

—¿Y querrías que en cambio nos uniéramos a la Sombra?

—Sí. —La mirada de Demandred era fría—. Si mato a Lews Therin, por mi victoria se me otorgará el derecho a rehacer el mundo como me plazca. Al Gran Señor le da lo mismo gobernar o no. La única forma de proteger este mundo es destruirlo y después proteger a sus gentes. ¿No es eso lo que tu Dragón afirma que puede hacer?

—¿Por qué insistes en llamarlo «mi» Dragón? —inquirió Gawyn, que escupió hacia un lado.

Sangre. Los anillos… lo urgían a continuar. Sus miembros rebosaban fuerza, energía. «¡Lucha! ¡Mata!»

—Porque lo sigues —contestó Demandred.

—¡No!

—Mientes —afirmó Demandred—. O tal vez es que te has dejado engañar, simplemente. Sé que Lews Therin dirige ese ejército. Al principio no estaba seguro, pero ya no lo dudo. Ese tejido que te envuelve es prueba suficiente, pero yo tengo otra más evidente. Ningún general mortal posee la destreza demostrada el día de hoy; me enfrento a un gran estratega, un verdadero maestro en el campo de batalla. Quizá Lews Therin lleva la Máscara de Espejos, o tal vez dirige la batalla enviando mensajes a ese Cauthon a través del Poder Único. Eso da igual, porque veo la verdad. Hoy juego una partida de dados con Lews Therin.

»Siempre fui mejor general que él. Y lo demostraré aquí. Te habría mandado a Lews Therin para que se lo dijeras, pero no vivirás lo suficiente, pequeño espadachín. Prepárate. —Demandred levantó la espada.

Gawyn se incorporó, tiró el cuchillo y asió la espada con las dos manos.

Demandred caminó a su alrededor usando formas que eran diferentes de las que Gawyn conocía. Seguían siendo lo bastante familiares para contraatacar; pero, a despecho de su mayor rapidez, Demandred detenía su espada una vez tras otra desviándola hacia un lado, inofensiva.

El hombre no atacaba. Apenas se movía, plantado con los pies separados, la espada asida con ambas manos, rechazando todos los ataques que Gawyn le lanzaba. *La paloma alzando el vuelo*, *La hoja caída*, *La caricia del leopardo*. Gawyn apretó los dientes y gruñó. Los anillos tendrían que haber bastado. ¿Por qué no era suficiente con ellos?

Gawyn dio un paso atrás e hizo un quiebro para esquivar otra piedra lanzada contra él. Le pasó a escasas pulgadas.

«Gracias a la Luz por los anillos», pensó.

—Luchas con destreza para ser de esta era —dijo Demandred—. Pero todavía empuñas tu espada, hombrecillo.

—¿Qué otra cosa habría de hacer?

—Ser tú mismo la espada —contestó Demandred, como si lo desconcertara que Gawyn no lo entendiera.

Gawyn gruñó y volvió a arremeter con fuerza al Renegado. Seguía siendo más rápido. Demandred no atacaba; estaba a la defensiva, si bien no retrocedía. Se limitaba a seguir plantado en el mismo sitio, desviando todos los golpes.

Demandred cerró los ojos. Gawyn sonrió y acometió con *El último ataque de la picanegra*.

La espada del Renegado se convirtió en un remolino borroso.

Algo golpeó a Gawyn. Soltó un grito ahogado y se quedó inmóvil. Se tambaleó, cayó de rodillas y vio que tenía un agujero en el vientre. Demandred le había asestado un golpe justo a través de la cota y había sacado la espada en un único y grácil movimiento.

«¿Por qué no…? ¿Por qué no siento nada?»

—Si sobrevives a esto y ves a Lews Therin —comentó el Renegado—, dile que espero con ansia un combate entre los dos, espada contra espada. He mejorado desde la última vez que nos vimos.

Demandred dio la vuelta a la espada, la apoyó en el hueco entre el pulgar y el índice por el canto romo de la hoja y, alzándola en horizontal, arrastró con los dedos la sangre del acero para que cayera en el suelo.

Enfundó la espada en la vaina, meneó la cabeza y lanzó una bola de fuego hacia el dragón que seguía disparando.

El dragón enmudeció. Demandred echó a andar a lo largo del borde de la pendiente empinada que daba al río, con la guardia sharaní a su alrededor. Gawyn cayó tendido en el suelo, aturdido, derramando la vida en la hierba quemada. Intentó

contener la sangre con los temblorosos dedos.

De algún modo consiguió ponerse de rodillas otra vez. Su corazón clamaba por regresar junto a Egwene. Empezó a gatear; la sangre se mezclaba con la tierra sobre la que pasaba a medida que escapaba por la herida. A pesar de tener la vista velada por el sudor frío que le entraba en los ojos, localizó varios caballos unos veinte pasos más adelante, atados a una línea de estacas; los animales hurgaban en las hierbas ennegrecidas que tenían debajo de las patas. Tras unos minutos de esfuerzo que se le hicieron interminables y que lo dejaron agotado, Gawyn se subió a lomos del primer caballo al que pudo llegar y desatar. Se encorvó en la silla, mareado, y se aferró a la crin con una mano. Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, tocó los ijares del animal con los talones.

—Milady —le dijo Mandevwin a Faile—, ¡conozco a esos dos hombres desde hace años! No digo que no hayan tenido algún problema en el pasado. Ningún hombre llega a la Compañía sin tener unos cuantos. Pero, así lo quiera la Luz, ¡no son Amigos Siniestros!

Faile comía su ración de mediodía en silencio y escuchaba con toda la paciencia de la que era capaz las protestas de Mandevwin. Ojalá Perrin estuviera allí para tener una buena discusión y descargar los nervios. Se sentía como si fuera a reventar por la tensión.

Estaban cerca de Thakan’dar, terriblemente cerca. El cielo negro retumbaba con los relámpagos y no habían visto un ser vivo —peligroso o no— desde hacía días. Tampoco habían vuelto a ver a Vanin ni a Harnan; a pesar de lo cual, Faile doblaba la guardia todas las noches. Los esbirros del Oscuro no cejaban, no se daban por vencidos.

En consecuencia, ahora llevaba el Cuerno en una bolsa grande atada a la cintura. Los otros lo sabían, y pasaban alternativamente del orgullo de su misión al horror de la importancia de ésta. Al menos ahora lo compartía con ellos.

—Milady —insistió Mandevwin, que se arrodilló a su lado—, Vanin se encuentra cerca, ahí fuera, en alguna parte. Es un explorador muy diestro, el mejor de la Compañía. No lo veremos a menos que él quiera que lo hagamos, pero juraría que nos viene siguiendo. ¿A qué otro lugar iba a ir? Quizá si lo llamamos y lo invitamos a acercarse para que explique su versión de lo ocurrido, podríamos resolver esto.

—Lo pensaré, Mandevwin —dijo Faile.

Él asintió con la cabeza. El hombre tuerto era un buen comandante, pero tenía tan pocas luces como un ladrillo. Un hombre sencillo daba por hecho que otros actuaban por motivaciones sencillas, y no podía imaginar que alguien como Vanin o Harnan, que habían sido parte de la Compañía durante tanto tiempo —siguiendo órdenes, sin duda, para no levantar sospechas—, fuera capaz de hacer algo tan terrible.

Al menos ahora Faile sabía que no se había preocupado sin motivo. Aquella mirada de puro terror en los ojos de Vanin cuando lo sorprendió había bastado para confirmarlo, si pillarlo con el Cuerno en las manos no era suficiente. Lo que no había esperado era que hubiera dos Amigos Siniestros, y le habían ganado en astucia con su robo. Sin embargo, también habían subestimado los peligros de la Llaga. Detestaba pensar qué habría ocurrido si no hubiesen atraído la atención de aquel ser con aspecto de oso. Ella habría permanecido en la tienda esperando la llegada de los ladrones, que ya habrían desaparecido con uno de los artefactos más poderosos que había en el mundo.

El cielo retumbó. El oscuro pico de Shayol Ghul se erguía, amenazador, un poco más adelante, elevándose sobre el valle de Thakan'dar entre una cadena de montañas más pequeñas. El aire se había vuelto frío, casi invernal. Llegar a aquel pico sería difícil pero, de un modo u otro, iba a llevar el Cuerno a las fuerzas de la Luz para la Última Batalla. Posó los dedos en la bolsa que cargaba al costado y tanteó el metal que iba dentro.

Cerca, Olver correteaba por la desolada roca gris de las Tierras Malditas, con el cuchillo metido en el cinturón como si fuera una espada. Quizá no debería haberlo llevado con ellos. Claro que en las Tierras Fronterizas los chicos de su edad aprendían a llevar mensajes y a transportar suministros a los torreones asediados. No salían con una tropa de guerra ni se los destinaba a un puesto hasta que al menos tuvieran doce años, pero el entrenamiento empezaba mucho antes.

—Milady…

Faile miró a Selande y a Arrela, que se aproximaban. Faile había puesto a Selande al mando de los exploradores, ahora que Vanin se había desenmascarado a sí mismo. La mujer, menuda y de tez pálida, tenía menos apariencia de Aiel que muchos de los otros componente de *Cha Faile*. Pero la actitud ayudaba.

—¿Sí?

—Hay movimiento, milady —informó en voz queda Selande.

—¿Qué? —Faile se puso de pie—. ¿Qué clase de movimiento?

—Una especie de caravana.

—¿En las Tierras Malditas? —se extrañó Faile—. Muéstramelo.

No era sólo una caravana. Allí había un pueblo. Faile lo divisó a través del visor de lentes, aunque sólo unos manchones oscuros indicaban la presencia de edificios. Se levantaba en las estribaciones cercanas a Thakan'dar. Un pueblo. ¡Luz bendita!

Faile movió el visor hacia donde la caravana avanzaba muy despacio a través de inhóspito paisaje, en dirección a un puesto de abastecimiento establecido fuera del pueblo, a cierta distancia.

—Están haciendo lo que hicimos nosotros —susurró.

—¿A qué os referís, milady?

Arrela estaba tendida en el suelo al lado de Faile. Mandevwin se encontraba al otro lado y miraba con atención por su propio visor.

—Es un puesto central de abastecimiento —explicó Faile mientras observaba los montones de cajas y haces de flechas—. Los Engendros de la Sombra no pueden pasar a través de accesos, pero sus suministros sí. Así no tienen que ir cargados con flechas y armas de repuesto durante la invasión. En cambio, los suministros se recogen aquí y luego se envían a los campos de batalla cuando los necesitan.

En efecto, allí abajo un hilo de luz anunció la apertura de un acceso. Una larga fila de hombres de aspecto sucio avanzó penosamente a través de él con paquetes cargados a la espalda, seguidos de docenas de otros que tiraban de pequeños carros.

—A dondequiera que vayan esos suministros, cerca habrá una batalla —dijo despacio Faile—. Esos carros llevan flechas, pero no comida, ya que los trollocs recogen cadáveres todas las noches para darse un festín.

—De modo que si pudiéramos colarnos por uno de esos accesos… —empezó Mandevwin.

Arrela resopló con sorna, como si la conversación fuera una broma. Miró a Faile y la sonrisa se le borró en los labios.

—¡No hablaréis en serio! —exclamó.

—Aún nos queda una larga caminata hasta Thakan'dar —expuso Faile—. Y ese pueblo nos cierra el paso. Podría ser más fácil colarnos a través de uno de esos accesos que intentar llegar al valle avanzando despacio y con dificultad.

—¡Acabaríamos detrás de las líneas enemigas!

—Ya estamos detrás de sus líneas —señaló Faile con gesto sombrío—, así que nada cambiaría respecto a eso.

Arrela guardó silencio.

—Eso será un problema —dijo en voz baja Mandevwin mientras giraba el visor—. Fijaos en los tipos que se acercan a la caravana desde el pueblo.

Faile se llevó el visor al ojo de nuevo.

—¿Aiel? —susurró—. ¡Por la Luz! ¿Los Shaido se han unido a las fuerzas del Oscuro?

—Ni siquiera los perros Shaido harían algo así —afirmó Arrela, que escupió el suelo.

Los recién llegados tenían algo que los hacía diferentes. Llevaban los velos subidos, como si se dispusieran a matar, pero eran velos de color rojo. En cualquier caso, pasar sin ser detectados por los Aiel sería casi imposible. Probablemente, sólo el hecho de que su grupo estuviera tan lejos había evitado que lo descubrieran. Eso y la circunstancia de que nadie esperara encontrar allí a un grupo como el de Faile.

—Atrás —ordenó mientras retrocedía pulgada a pulgada cuesta abajo—.

Tenemos que hacer planes.

Perrin despertó sintiéndose como si lo hubieran arrojado a un lago en pleno invierno. Dio un respingo.

—Túmbate, necio —dijo Janina, que le puso la mano en el brazo; la Sabia de cabello muy rubio parecía tan exhausta como se sentía él.

Se encontraba en algún sitio blando. Demasiado. Una bonita cama, con sábanas limpias. Al otro lado de las ventanas, las olas rompían con suavidad contra la costa y se oían los gritos de las gaviotas. También oyó el eco de gemidos en algún lugar cercano.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En mi palacio —contestó Berelain.

La mujer se hallaba cerca de la puerta, y Perrin no se había fijado en ella hasta ese momento. La Principal lucía la diadema con el halcón dorado en vuelo, y llevaba un vestido carmesí ribeteado en amarillo. La habitación era suntuosa, con oro y bronce en los espejos, las ventanas y las columnas del lecho.

—Y añadiría que ésta es, de algún modo, una situación conocida para mí, lord Aybara —continuó Berelain—. En esta ocasión he tomado precauciones, por si os lo estáis preguntando.

¿Precauciones? Perrin husmeó el aire. ¿Ino? Le llegaba el olor del hombre. En efecto, Berelain señaló con la barbilla hacia un lado y Perrin giró la cabeza; cerca se encontraba Ino sentado en un sillón, con un brazo en cabestrillo.

—¡Ino! ¿Qué te ha pasado? —inquirió Perrin.

—Los jodidos trollocs, eso es lo que me ha pasado —rezongó el otro hombre—. Espero mi turno para la Curación.

—Curamos primero a los que sufren heridas graves con riesgo de perder la vida —explicó Janina; era la Sabia más experta con la Curación y, al parecer, había decidido quedarse con las Aes Sedai y Berelain—. A ti, Perrin Aybara, se te Curó al filo de la muerte. Al mismo filo. Hasta ahora no hemos podido ocuparnos de las heridas que no amenazaban tu vida.

—¡Un momento! —exclamó Perrin, que se debatió para sentarse. Luz, qué cansado estaba—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Diez horas —contestó Berelain.

—¡Diez horas! Tengo que irme. La batalla…

—La batalla seguirá sin vos —lo interrumpió la Principal—. Lo lamento.

Perrin emitió un quedo gruñido. Qué cansancio.

—Moraine conocía un método para que desapareciera la fatiga de un hombre. ¿Lo conoces tú, Janina?

—Aunque lo supiera no lo haría para ti —repuso la Sabia—. Tienes que dormir,

Perrin Aybara. Tu participación en la Última Batalla ha terminado.

Perrin rechinó los dientes y se movió para levantarse.

—Sal de esa cama, y te envolveré en Aire y te dejaré colgado aquí durante horas —amenazó Janina, que había vuelto los ojos hacia él.

La primera reacción de Perrin fue hacer un *cambio*. Empezó a formar la idea en su mente y entonces se sintió estúpido. De algún modo había regresado al mundo real. Allí no podía valerse del *cambio*. Estaba tan indefenso como un niño de pecho.

Volvió a tumbarse en la cama, frustrado.

—Arriba ese ánimo, Perrin —dijo en voz queda Berelain, que se había acercado al lecho—. Tendrías que estar muerto. ¿Cómo llegaste a ese campo de batalla? Si Haral Luhhan y sus hombres no te hubieran visto tendido allí…

Perrin movió la cabeza. Lo que había hecho no tenía explicación para alguien que no conocía el Sueño del Lobo.

—¿Qué está pasando, Berelain? Me refiero a la guerra. ¿Y nuestros ejércitos?

Ella apretó los labios.

—Puedo oler la verdad en ti —dijo Perrin—. Preocupación, ansiedad. —Suspiró—. Vi que los campos de batalla se habían desplazado. Si los hombres de Dos Ríos están también en Campo de Merrilor, los tres ejércitos han tenido que retroceder hasta el mismo sitio. Todos excepto los que están en Thakan'dar.

—Ignoramos cómo le va al lord Dragón —susurró ella, que se sentó en una banqueta que había al costado de la cama.

Junto a la pared, Janina tomó a Ino por el brazo. El fronterizo se estremeció cuando el frío de la Curación lo recorrió de la cabeza a los pies.

—Rand sigue luchando —afirmó Perrin.

—Ha pasado demasiado tiempo —replicó la mujer.

Se guardaba algo, algo a lo que le estaba dando vueltas. Lo olía.

—Rand sigue luchando —repitió Perrin—. Si hubiese perdido, no estaríamos aquí. —Se recostó; se sentía agotado hasta la médula. ¡Luz! No podía quedarse allí tumbado mientras moría gente, ¿verdad?—. El tiempo es diferente en la Perforación. Estuve allí y lo sé por propia experiencia. Aquí fuera han pasado muchos días, pero apuesto que para Rand sólo ha sido un día. Puede que menos.

—Es un alivio saberlo. Comunicaré a los demás lo que me has dicho.

—Berelain, necesito que me hagas un favor. Mandé a Elyas con un mensaje para nuestros ejércitos, pero no sé si lo dio. Graendal está interfiriendo en la mente de nuestros grandes capitanes. ¿Querrías enterarte si llegó el mensaje?

—Llegó —confirmó la mujer—. Casi demasiado tarde, pero llegó. Lo hiciste bien. Ahora duerme, Perrin. —Ella se levantó.

—Berelain —la llamó. La mujer se volvió hacia él—. Faile… ¿Qué se sabe de ella? —inquirió Perrin.

La ansiedad de la Principal se agudizó. «No».

—Su caravana de provisiones fue destruida en una burbuja maligna, Perrin —contestó Berelain con suavidad—. Lo siento.

—¿Se recobró su cuerpo? —se obligó a preguntar.

—No.

—Entonces, sigue viva.

—Se…

—Sigue viva —insistió él.

Tenía que reafirmarse en que tal cosa era verdad. Si no lo hacía…

—Por supuesto, hay esperanza —dijo Berelain, que luego se acercó a Ino.

El fronterizo flexionaba el brazo tras la Curación, y con un gesto la Principal le indicó que la siguiera mientras salía del cuarto. Janina se movía haciendo cosas en el lavamanos. Perrin aún oía gemidos fuera, en el pasillo, y el palacio olía a hierbas curativas y a dolor.

«Luz —pensó—. La caravana de Faile llevaba el Cuerno. ¿Lo tendrá ahora la Sombra?»

Y Gaul. Tenía que volver por Gaul. Había dejado al Aiel en el Sueño del Lobo para guardarle las espaldas a Rand. Si su agotamiento servía como punto de referencia, Gaul no aguantaría mucho más.

Perrin se sentía como si pudiera dormir semanas enteras. Janina regresó junto a la cama y luego sacudió la cabeza.

—Es en vano que intentes mantener los ojos abiertos, Perrin Aybara —le advirtió.

—Tengo mucho que hacer, Janina. Por favor. He de volver al campo de batalla y…

—Te vas a quedar aquí, Perrin Aybara. En tu estado no puedes servir de ayuda a nadie, y tampoco obtendrás *ji* tratando de demostrar lo contrario. Si el herrero que te trajo aquí se enterara de que te he dejado salir dando tumbos para morir en el campo de batalla, creo que vendría e intentaría colgarme de los talones por la ventana. —Vaciló un instante antes de añadir—: Y ése… Casi estoy por creer que podría hacerlo.

—Maese Luhhan —dijo Perrin, que recordaba de forma borrosa esos instantes antes de perder el sentido—. Estaba allí. ¿Me encontró él?

—Te salvó la vida —contestó Janina—. Ese hombre te cargó a la espalda y corrió hasta una Aes Sedai para que abriera un acceso. Estabas a segundos de morir cuando llegó. Considerando tu tamaño, sólo levantarte ya es toda una proeza.

—No necesito dormir, de verdad —insistió Perrin, que sentía cerrársele los párpados—. Tengo que… He de…

—Y yo estoy segura de que sí —replicó Janina.

Perrin cerró los ojos. Eso la convencería de que iba a hacer lo que ella decía. Luego, cuando se marchara, podría levantarse.

—Estoy segura de que sí —repitió la Sabia, cuya voz se tornó más suave por alguna razón.

«Dormir —pensó—. Me estoy quedando dormido». De nuevo vio ante él los tres caminos. Esta vez, uno conducía al sueño normal; otro, el que normalmente tomaba, llevaba al Sueño del Lobo mientras uno dormía.

Y, entre ambos, un tercer camino: al Sueño del Lobo, en persona.

Se sintió fuertemente tentado de escoger este último, pero de momento decidió hacerlo. Eligió el sueño normal cuando —en un instante de lucidez— supo que su cuerpo moriría si no dormía.

Respirando con dificultad, Androl yacía boca arriba y contemplaba el cielo en algún sitio lejos del campo de batalla, tras la huida de la cima de los Altos.

Ese ataque… Qué poderoso había sido.

¿*Qué fue eso*?, transmitió a Pevara.

No era Taim, contestó ella, que se puso de pie y se sacudió el polvo de la falda. *Creo que era Demandred*.

Nos trasladé a propósito a un lugar lejos de donde él estaba combatiendo.

Sí. ¿Cómo se atreve a desplazarse e interferir con el grupo de encauzadores que atacan a sus fuerzas?

Androl se sentó, gemebundo.

¿*Sabes, Pevara*?, transmitió, sorprendido por la jocosidad de la mujer. *Eres atípicamente socarrona para ser una Aes Sedai*.

No conoces a las Aes Sedai tan bien como te imaginas. Pevara se acerco a Emarin para examinarle las heridas.

Androl respiró hondo y se llenó de los aromas del otoño. Hojas caídas. Agua estancada. Un otoño que había llegado demasiado pronto. La ladera donde se encontraban se asomaba a un valle en el que, como si desafiaran lo que ocurría en el mundo, algunos granjeros habían cultivado la tierra en grandes parcelas cuadradas.

Nada había crecido.

Cerca, Theodrin se puso de pie.

—Aquello es una locura —dijo, enrojecido el semblante.

Androl percibió la desaprobación de Pevara hacia la chica. No tendría que haber mostrado sus emociones sin rebozo. Todavía no había aprendido a mantener el control Aes Sedai como era debido.

En realidad todavía no es una Aes Sedai, diga lo que diga la Amyrlin, le transmitió Pevara al leerle los pensamientos. *No ha pasado la prueba todavía*.

Theodrin parecía saber lo que pensaba Pevara, así que las dos guardaban las distancias entre sí. Pevara Curó a Emarin, que lo asumió de forma estoica. Theodrin Curó un corte que Jonneth tenía en el brazo; a él parecieron hacerle gracia sus atenciones maternales.

Lo habrá vinculado dentro de nada, transmitió Pevara. ¿*No te diste cuenta de que dejó que una de las otras mujeres escogiera al que le correspondía a ella de los cincuenta y luego empezó a seguirlo a él por todas partes? No se ha apartado de nosotros desde la Torre Negra*.

¿*Y si él la vincula a su vez*?, envió Androl.

Pues entonces veremos si lo que tenemos tú y yo es algo excepcional o no. Pevara vaciló antes de seguir. *Estamos topando con cosas que nunca se habían visto hasta ahora*.

Él le sostuvo la mirada. Pevara se refería a lo que quiera que hubiera ocurrido

durante la coligación de ambos la última vez. Ella había abierto un acceso, pero del mismo modo que lo habría hecho él.

Vamos a tener que intentarlo de nuevo, le transmitió a Pevara.

Pronto, repuso ella, que Ahondó a Emarin para asegurarse de que la Curación había surtido efecto.

—Estoy bastante bien, Pevara Sedai —dijo él, cortés como siempre—. Y, si se me permite decirlo, parece que a vos tampoco os vendría mal un poco de Curación.

Ella bajó la vista hacia la tela quemada de la manga. Todavía se sentía insegura respecto a dejar que un hombre la Curara, pero también se sentía irritada consigo misma por su timidez.

—Gracias —le dijo a Emarin con voz firme y dejó que él le tocara el brazo y encauzara.

Androl desenganchó una pequeña taza de estaño que llevaba en el cinturón y con gesto ausente alzó la mano, con los dedos hacia abajo. Apretó los dedos como si pellizcara algo entre ellos y, cuando los separó, se abrió un pequeño acceso en el centro. Se vertió agua y llenó la taza.

Pevara se sentó a su lado y aceptó la taza que le ofrecía y bebió.

—Fresca como la de un manantial de montaña —comentó, con un suspiro.

—Es que lo es —contestó Androl.

—Eso me recuerda que quería preguntarte algo. ¿Cómo haces eso?

—¿Esto? Sólo es un acceso pequeño…

—No me refiero a eso. Androl, acabas de llegar aquí. No es posible que hayas tenido tiempo de memorizar esta zona lo bastante bien para abrir un acceso a algún manantial de montaña a cientos de millas de distancia.

Androl la miró sin comprender, como si acabara de oír algo sorprendente.

—No lo sé. A lo mejor tiene algo que ver con mi Talento —dijo luego.

—Comprendo. —Pevara guardó silencio unos instantes—. Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu espada?

Androl se llevó la mano al costado. La vaina colgaba allí, vacía. Había soltado la espada cuando el rayo había caído cerca de ellos y no había tenido la presencia de ánimo suficiente para recogerla al huir. Soltó un gemido.

—Si Garfin supiera esto, me mandaría a moler cebada en el almacén del oficial de intendencia durante semanas.

—Eso no es importante —contestó Pevara—. Tienes otras armas mejores.

—Es cuestión de principios. Llevar espada me hace recordar lo que soy. Es como… Bueno, ver una red hace que recuerde cuando pescaba por Mayene, y el agua de manantial me recuerda a Jain. Pequeñas cosas, pero las cosas pequeñas tienen importancia. Necesito volver a ser un soldado. He de encontrar a Taim, Pevara. Los sellos…

—Bueno, no podemos encontrarlo de la forma que lo hemos intentado. ¿Estás de acuerdo en eso?

Él suspiró, pero asintió con la cabeza.

—Estupendo —dijo Pevara—. Detesto ser un blanco.

—¿Qué hacemos entonces?

—Habremos de abordarlo tras hacer un análisis concienzudo, no blandiendo espadas.

Probablemente ella tenía razón.

—¿Y qué tal… lo que hicimos? —sugirió Androl—. Pevara, tú utilizaste mi Talento.

—Veremos. —Pevara dio un sorbo de agua—. Lástima que no sea té.

Androl enarcó las cejas. Le cogió la taza, abrió un pequeño acceso entre dos dedos y dejó caer en la taza unas cuantas hojas de té secas. Hizo que el agua hirviera un momento con un hilo de Fuego y después echó dentro miel, a través de otro acceso.

—Tenía un poco en mi taller de la Torre Negra —explicó mientras le tendía la taza de nuevo—. Por lo visto nadie lo ha tocado.

Ella sorbió el té y esbozó una gran cálida sonrisa.

—Androl, eres maravilloso.

Él sonrió a su vez. ¡Luz! ¿Cuánto tiempo hacía que no se había sentido así con una mujer? Se suponía que el amor era cosa de jóvenes tontos, ¿no?

Por supuesto, los jóvenes tontos nunca se fijaban en cosas importantes. Buscaban una cara bonita y nada más. Androl tenía suficiente edad para saber que un rostro atractivo no era nada comparado con la clase de seguridad que transmitía una mujer como Pevara. Control, estabilidad, determinación. Ésas eran cosas que sólo podían llegar con el punto justo de madurez.

Era igual que con la piel. La piel nueva era fina, pero una piel verdaderamente buena era la que se había usado y desgastado, como una correa a la que se ha cuidado a lo largo de los años. Uno nunca sabía con seguridad si podía fiarse de una correa nueva.

—Estoy intentando leer ese pensamiento —dijo Pevara—. ¿Acabas de compararme con… una correa de cuero?

Él enrojeció.

—Pensaré que es algo propio de los talabarteros. —Dio otro sorbo de té.

—Bueno, tú no dejas de compararme con… ¿Qué es? ¿Un conjunto de figurillas?

—Mi familia —repuso ella, sonriendo.

Unas personas a las que habían asesinado Amigos Siniestros.

—Lo siento.

—Ocurrió hace mucho, mucho tiempo, Androl.

Con todo, él percibió que Pevara seguía furiosa por aquello.

—Luz —dijo—. Siempre olvido que eres mayor que la mayoría de los árboles, Pevara.

—Mmmmm… Primero soy una correa de cuero, ahora soy más vieja que los árboles. Supongo que, a pesar de las varias docenas de trabajos que has tenido en tu vida, ninguna parte de tu entrenamiento estaba relacionada con aprender a hablar con una dama, ¿verdad?

Él se encogió de hombros. De joven puede que se hubiera sentido violento por quedarse atorado, como si la lengua se le hubiera hecho un nudo, pero había aprendido que era algo imposible de evitar. Intentarlo sólo llevaba a empeorar las cosas. Curiosamente la forma en que él reaccionó la complació. Debía de ser que a las mujeres les gustaba ver a un hombre desconcertado.

Sin embargo, el regocijo de Pevara se extinguió cuando por casualidad alzó la vista al cielo. De repente, Androl recordó los campos vacíos allá abajo, en el valle. Los árboles muertos. El sordo gruñido del trueno. No era momento para el júbilo; ni para el amor. No obstante, por alguna razón se sorprendió a sí mismo aferrándose a ambas sensaciones precisamente por ello.

—Deberíamos ponernos en marcha pronto —dijo él—. ¿Qué plan tienes?

—Taim estará siempre rodeado de secuaces. Si seguimos atacando como hemos hecho, nos harán trizas antes de que consigamos llegar a él. Tenemos que acercarnos con sigilo.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo?

—Eso depende. ¿Hasta qué punto actuarías como un loco si la situación lo justificara?

El valle de Thakan'dar se había convertido en un lugar de humo, caos y muerte.

Rhuarc avanzaba con sigilo, flanqueado por Trask y Baelder. Eran sus hermanos de la asociación Escudos Rojos. Nunca los había visto hasta que llegaron a ese lugar, pero aun así eran hermanos y su vínculo se había sellado con la sangre derramada de Engendros de la Sombra y traidores.

Un rayo desgarró el aire y cayó cerca. Al caminar, los pies de Rhuarc crujían en la arena que se había convertido en fragmentos cristalinos por los rayos. Llegó al lugar donde ponerse a cubierto —unos cadáveres de trollocs amontonados— y se agazapó detrás; Trask y Baelder se reunieron con él. La tormenta había estallado finalmente, y vientos violentos asaltaban el valle con una fuerza que casi le arrancaba el velo de la cara.

Era difícil distinguir algo. La niebla se había disipado, pero el cielo estaba más oscuro y la tormenta levantaba remolinos de polvo y humo. Había mucha gente que combatía en patrullas que deambulaban por el valle.

Ya no había líneas de combate. Horas antes, un ataque de los Myrddraal —y la subsiguiente ofensiva trolloc a gran escala— había conseguido romper por fin la resistencia de los defensores en la boca del valle. Los tearianos y los Juramentados del Dragón se habían retirado al interior del valle, hacia Shayol Ghul, y ahora la mayoría combatía casi al pie de la montaña.

Por suerte, el número de los trollocs que habían entrado amontonados ya no era abrumador. La matanza en el paso y el largo asedio habían reducido el contingente trolloc de Thakan'dar. En total, los trollocs restantes probablemente igualaban el número de defensores.

Lo cual seguía siendo un problema; pero, en su opinión, los Sin Honor que llevaban velos rojos eran un peligro mucho mayor. Ésos merodeaban por toda la extensión del valle, como hacían los Aiel. En aquel campo de muerte abierto, tan enturbiado por los remolinos de polvo y humo que apenas había visibilidad, Rhuarc estaba de caza. De vez en cuando se topaba con algún grupo de trollocs, pero los Fados habían azuzado a la mayoría a combatir con las tropas de soldados tearianos y domani, mientras que los encauzadores seguían defendiendo el sendero que subía por la montaña hasta la caverna donde el *Car'a'carn* luchaba con el Cegador de la Vista.

Rand al'Thor tendría que terminar su batalla pronto, porque Rhuarc sospechaba que no pasaría mucho antes de que la Sombra se apoderara del valle.

Él y sus hermanos llegaron a donde un grupo de Aiel danzaba las lanzas con los traidores que llevaban velos rojos. Aunque muchos de los velos rojos podían encauzar, parecía que ninguno de ese grupo lo hacía. Rhuarc y sus dos compañeros entraron en la danza arremetiendo con las lanzas.

Esos velos rojos luchaban bien. Trask despertó del sueño durante ese enfrentamiento, aunque antes acabó con uno de los velos rojos al tiempo que él caía. La escaramuza acabó cuando los restantes velos rojos se dieron a la fuga. Rhuarc mató a uno con el arco, y Baelder abatió a otro. Disparar a hombres por la espalda era algo que no habrían hecho si hubiesen estado luchando contra verdaderos Aiel, pero esos seres eran peores que los Engendros de la Sombra.

Los tres restantes Aiel a los que habían ayudado dieron las gracias con un cabeceo. Se unieron a Rhuarc y a Baelder, y juntos regresaron hacia Shayol Ghul para comprobar las defensas allí.

Por suerte el ejército en aquella zona todavía resistía. Muchos eran de esos Juramentados del Dragón que habían llegado los últimos a la batalla y que en su mayoría eran hombres y mujeres corrientes. Sí, había alguna Aes Sedai entre ellos, incluso algunos Aiel y un par de Asha'man. Sin embargo, en su mayor parte empuñaban espadas que no se habían utilizado hacía años o varas de combate que antes debían de haber sido herramientas agrícolas.

Luchaban contra los trollocs como lobos acorralados. Rhuarc meneó la cabeza. Si

los Asesinos del Árbol hubieran luchado con esa ferocidad, quizá Laman todavía ocuparía su trono.

El estampido de un rayo llegó desde el aire y mató a varios de los defensores. Rhuarc parpadeó porque el fogonazo del rayo lo había deslumbrado, se volvió hacia un lado y examinó los alrededores a través del ventarrón. Allí.

Hizo una seña a sus hermanos para que se quedaran atrás y luego se deslizó hacia adelante, agazapado. Recogió un puñado del polvo gris como ceniza que cubría el suelo y se frotó con él las ropas y la cara; el viento le arrebató parte del polvo de los dedos.

Se tumbó boca abajo en el suelo, con una daga sujeta entre los dientes. Su presa se encontraba en lo alto de una pequeña elevación y contemplaba el combate. Uno de los velos rojos, con el velo bajado, sonreía. El ser no tenía los dientes afilados en punta. Todos los que los llevaban así podían encauzar, pero también sabían hacerlo algunos que no los tenían afilados. Rhuarc ignoraba lo que significaba eso.

Aquel tipo puso de manifiesto que era encauzador cuando creó un tejido de Fuego en forma de lanza que arrojó contra los fearianos que combatían a corta distancia. Sigiloso, Rhuarc avanzó muy despacio por una depresión formada en el suelo rocoso.

Tuvo que presenciar cómo el velo rojo mataba a un Defensor tras otro, pero no se apresuró. Siguió aproximándose con angustiosa lentitud mientras oía el chisporroteo del fuego, en tanto que el encauzador permanecía con las manos enlazadas a la espalda y los tejidos del Poder Único se descargaban a su alrededor.

El hombre no lo vio. Aunque había velos rojos que luchaban como Aiel, muchos de ellos no lo hacían. No acechaban en silencio, ni parecían saber manejar el arco y la lanza tan bien como deberían. Los hombres como el que Rhuarc tenía delante… Rhuarc dudaba que alguna vez tuvieran que moverse en silencio o acercarse a hurtadillas a un enemigo o cazar un venado en territorio agreste. ¿Para qué querrían hacerlo cuando podían encauzar?

El velo rojo no advirtió que Rhuarc se deslizaba alrededor del cadáver de un trolloc que yacía cerca de los pies del velo rojo; Rhuarc alargó la mano y le cortó al hombre los tendones de las corvas. El velo rojo se desplomó con un grito y, antes de que pudiera encauzar, Rhuarc lo degolló. A continuación se deslizó hacia atrás y se ocultó entre dos cadáveres.

Dos trollocs acudieron para ver a qué se debía el alboroto. Rhuarc mató al primero y luego derribó al segundo mientras se volvía, antes de que tuviera ocasión de verlo. Después, una vez más, se fundió con el paisaje y desapareció.

No se acercaron más Engendros de la Sombra para investigar, así que Rhuarc retrocedió hacia sus hombres. Al moverse —incorporándose para correr agazapado— se cruzó con una manada de lobos que estaban acabando con un par de trollocs. Los animales se volvieron hacia él con los hocicos manchados de sangre y las orejas

erguidas. Lo dejaron pasar y se alejaron en silencio hacia el vendaval en busca de otra presa.

Lobos. Habían llegado con la tempestad seca, y ahora luchaban junto a los hombres. Rhuarc no sabía gran cosa sobre cómo marchaba la batalla en conjunto. En la distancia, veía que algunas tropas de Darlin Sisnera todavía mantenían la formación de combate. Los ballesteros se habían situado junto a los Juramentados del Dragón. Lo último que había visto Rhuarc era que casi se habían quedado sin virotes, y las extrañas carretas que arrojaban vapor y que habían estado llevando suministros ahora estaban destrozadas. Aes Sedai y Asha'man seguían encauzando contra el violento ataque, pero sin la energía con que los había visto hacerlo horas atrás.

Los Aiel hacían lo que mejor se les daba hacer: matar. Mientras esos ejércitos resistieran ante el sendero que llevaba a Rand al'Thor, quizá sería suficiente. Quizá…

Algo lo golpeó. Soltó un grito ahogado y cayó de rodillas. Alzó la vista y alguien hermoso apareció entre la tormenta para observarlo. Tenía unos ojos maravillosos, aunque eran algo asimétricos. Nunca se había dado cuenta de lo horribles que eran los ojos simétricos de todo el mundo. Sólo pensarlo le revolvía el estómago. Y todas las demás mujeres tenían demasiado pelo en la cabeza. Esta criatura, con el cabello ralo, era mucho más bonita.

Ella se acercó, maravillosa, sorprendente. Increíble. Le rozó la mejilla mientras él se arrodillaba en el suelo; las yemas de los dedos eran suaves como nubes.

—Sí, servirás —dijo—. Ven, cachorro mío. Únete a los otros.

Señaló hacia un grupo que la seguía. Varias Sabias, un par de Aes Sedai, un hombre con una lanza… Rhuarc gruñó. ¿Ese hombre intentaría arrebatarle el cariño de su amada? Lo mataría por eso y… La señora soltó una risita queda.

—Y Moridin cree que esta cara es un castigo. Bien, pues, a ti no te importa el rostro que tengo, ¿verdad, cachorro mío? —La voz se tornó más suave y al mismo tiempo más severa—. Cuando haya acabado lo que he de hacer, a nadie le importará. El propio Moridin alabará mi belleza, porque verá a través de los ojos que le otorgaré. Igual que tú, cachorro. Exactamente igual que tú.

Dio unas palmaditas a Rhuarc en la cabeza. Él los siguió a ella y a los demás a través del valle. Atrás dejó a los hombres que había llamado hermanos.

Rand avanzó al formarse ante él una calzada con los hilos. Posó el pie en una baldosa brillante, limpia, y pasó de la nada al esplendor.

La calzada era lo bastante ancha para que seis carretas rodaran a la vez, pero ningún vehículo ocupaba la vía. Sólo gente. Gente animada, ataviada con ropas de colores alegres. Gente que charlaba y se saludaba con entusiasmo. Los sonidos llenaron el vacío; sonidos de vida.

Rand se volvió para contemplar los edificios que iban surgiendo a su alrededor.

Casas altas alineadas a lo largo de la vía pública, con columnas en el frontis. Esbeltas, lindaban unas con otras, las fachadas hacia la calle. Detrás de ellas había cúpulas y otras maravillas, edificios que se elevaban hacia el cielo. No se parecía a ninguna ciudad de cuantas había visto, aunque el trabajo era Ogier.

Es decir, Ogier en parte. Cerca, unos trabajadores reparaban una fachada que se había deteriorado durante una tormenta. Ogier de dedos gruesos soltaban risas como sordos retumbos mientras trabajaban junto a los hombres. Cuando los Ogier habían llegado a Campo de Emond con intención de construir un monumento allí para corresponder al sacrificio de Rand, los dirigentes de la ciudad, con gran sensatez, habían pedido que en lugar de eso hicieran mejoras en la ciudad.

Con el paso de los años, los Ogier y las gentes de Dos Ríos habían trabajado juntos hasta el punto de que a los artesanos de Dos Ríos se los solicitaba en todo el mundo. Rand caminó calzada adelante, entre gente de todas las nacionalidades. Domani con sus ropas pintorescas y vaporosas. Tearianos —la división entre plebeyos y nobles desaparecía más y más cada día— con ropas holgadas y camisas de mangas a rayas. Seanchan luciendo exóticas sedas. Fronterizos de aire noble. Incluso sharaníes.

Todos habían acudido a Campo de Emond. Ahora la ciudad guardaba poco parecido con su nombre y, sin embargo, quedaban ciertos toques. Había más árboles y espacios verdes abiertos de los que uno podía encontrar en otras grandes ciudades, como Caemlyn o Tear. En Dos Ríos se veneraba a los constructores y artesanos. Y sus tiradores eran los mejores del mundo conocido. Un grupo de elite de hombres de Dos Ríos, armados con unos nuevos palos disparadores a los que llamaban fusiles, prestaban servicio con los Aiel en sus campañas para mantener la paz en Shara. Era el único lugar en todo el mundo donde se conocía la guerra. Oh, había disputas aquí y allí. El estallido de violencia entre Murandy y Tear de cinco años antes casi había conseguido llevar la primera guerra real a esas tierras en el siglo transcurrido desde la Última Batalla.

Rand sonrió mientras avanzaba metiéndose entre la multitud, sin empujar, pero oyendo con orgullo la alegría que transmitían las voces de la gente. El «estallido» en Murandy había sido intenso según los criterios de la cuarta era, pero en realidad apenas había tenido importancia. Un noble disgustado había disparado a una patrulla Aiel. Tres heridos, ningún muerto, y eso era el peor «enfrentamiento» en años, aparte de las campañas sharaníes.

En el cielo, los rayos del sol se abrieron paso entre la fina capa de nubes y bañaron de luz la calzada. Rand llegó por fin a la plaza de la ciudad, que antaño había sido el Prado de Campo de Emond. ¿Y qué decir del Camino de la Cantera, que ahora era lo bastante ancho para que marchara por él un ejército? Caminó alrededor de la enorme fuente que se alzaba en el centro de la plaza, un monumento a aquellos que

habían caído en la Última Batalla y que era obra de los Ogier.

Vio rostros familiares entre las figuras esculpidas en el centro de la fuente y dio media vuelta.

«No es el final aún —pensó—. Esto no es real todavía». Había construido esa realidad con los hilos de lo que podría ser, de los reflejos del mundo tal como se estaba desarrollando en ese momento. No era algo definitivo.

Por primera vez desde que había entrado en esa visión diseñada por él mismo, su confianza se tambaleó un poco. Sabía que la Última Batalla no era un fracaso. Pero la gente estaba muriendo. ¿Es que pensaba frenar todas las muertes, todo el dolor?

«Esta lucha tendría que ser sólo mía —pensó—. Ellos no tendrían que morir». ¿Es que no bastaba con su sacrificio?

Se había preguntado lo mismo una y otra vez.

La visión titiló, las delicadas baldosas bajo sus pies tintinearon, los edificios se sacudieron y temblaron. La gente se quedó inmóvil, petrificada. El sonido se apagó. Por una calleja lateral Rand vio aparecer una oscuridad como una motita diminuta que se expandía e iba envolviendo cuanto tenía cerca hasta engullirlo. Creció hasta alcanzar el tamaño de una de las casas y continuó expandiéndose despacio.

TU SUEÑO ES ENDEBLE, ADVERSARIO.

Rand afirmó su voluntad y los temblores cesaron. La gente que se había quedado paralizada volvió a caminar y las gratas conversaciones se reanudaron. Un suave vientecillo sopló por la acera y meció en los postes los banderines que anunciaban una celebración.

—Me encargaré de que se realice —le dijo Rand a la oscuridad—. Éste es tu punto débil. Felicidad, vegetación, amor…

ESTAS GENTES SON MÍAS AHORA. LAS TOMARÉ.

—Eres oscuridad —replicó Rand en voz alta—. La oscuridad no puede hacer retroceder a la Luz. La oscuridad sólo existe cuando la Luz flaquea, cuando huye. Yo no flaquearé. Yo no huiré. No puedes vencer mientras yo te obstruya el paso, Shai'tan.

VEREMOS.

Rand le dio la espalda a la oscuridad y continuó caminando con tenacidad alrededor de la fuente. Al otro lado de la plaza, un gran tramo de majestuosos escalones blancos conducía a un edificio de cuatro plantas de altura, una inspirada creación de increíble talento, con relieves tallados y coronada por un resplandeciente tejado de cobre. Cien años. Un siglo de vida, un siglo de paz.

Las facciones de la mujer que se encontraba en lo alto de la escalinata le resultaban familiares. Algunos de sus rasgos eran de ascendencia saldaenina, pero también el rizoso cabello oscuro apuntaba claramente su ascendencia de Dos Ríos. Lady Adora, nieta de Perrin y alcaldesa de Campo de Emond. Rand subió los

escalones y ella pronunció el discurso de conmemoración. Nadie reparó en él. Rand había hecho que fuera así. Se deslizó como un Hombre Gris detrás de ella mientras Adora proclamaba el día de celebración; después entró en el edificio.

No era un edificio gubernamental, aunque podría parecerlo por la fachada. Era algo mucho más importante.

Una academia.

A la derecha, los suntuosos pasillos estaban adornados con ornamentos y cuadros que rivalizarían con los de cualquier palacio, pero éstos representaban grandes maestros y narradores de relatos del pasado, desde Anla hasta Thom Merrilin. Rand recorrió uno de los pasillos y se fue asomando a las salas en las que cualquiera podía entrar y adquirir conocimientos, desde el granjero más pobre hasta los hijos de la alcaldesa. El edificio tenía que ser grande para acoger a todos los que deseaban instruirse.

TU PARAÍSO TIENE FALLOS, ADVERSARIO.

La oscuridad se asomaba a un espejo que Rand tenía a su derecha. El espejo no reflejaba el pasillo, sino SU presencia.

¿CREES QUE PUEDES ACABAR CON EL SUFRIMIENTO? AUN EN EL CASO DE QUE VENCIERAS NO LO CONSEGUIRÍAS. EN ESAS CALLES PERFECTAS TODAVÍA SE ASESINA A HOMBRES POR LA NOCHE. LOS NIÑOS PASAN HAMBRE A DESPECHO DE LOS ESFUERZOS DE TUS PROSÉLITOS. LOS PODEROSOS EXPLOTAN A UNOS Y CORROMPEN A OTROS; SÓLO QUE LO HACEN SIN LLAMAR LA ATENCIÓN, BAJO CUERDA.

—Es mejor —susurró Rand—. Es bueno.

NO ES SUFICIENTE, Y NUNCA LO SERÁ. TU SUEÑO ES FALLIDO. TU SUEÑO ES UNA MENTIRA. YO SOY LO ÚNICO CIERTO QUE TU MUNDO HA CONOCIDO.

El Oscuro arremetió.

El ataque llegó como una tormenta. Un golpe de viento tan terrible que amenazó con desgarrarlo hasta dejarle los huesos pelados. Aguantó con entereza, los ojos fijos en la nada, los brazos enlazados a la espalda. El ataque arrasó la visión, arrambló con todo: la hermosa ciudad, la gente y sus risas, el monumento a la ilustración y la paz. El Oscuro lo consumió, y de nuevo se convirtió en mera posibilidad.

Silviana asió el Poder Único, lo sintió fluir dentro de ella, dando luminosidad al mundo. Cuando abrazaba el *Saidar* se sentía como si fuera capaz de verlo todo. Era una experiencia gloriosa, siempre que reconociera que era una mera sensación, que no era verdad. La fascinación del poder del *Saidar* había inducido a muchas mujeres a realizar actos temerarios. Desde luego, muchas Azules los habían llevado a cabo en

un momento u otro.

Silviana modeló fuego desde la silla de su montura y arrasó soldados sharaníes. Había enseñado a su castrado, *Aguijón*, a no ponerse nervioso cuando se encauzaba.

—¡Arqueros, atrás! —gritó Chubai a su espalda—. ¡Fuera, fuera! ¡Infantería pesada, adelante!

Soldados de a pie equipados con armadura pasaron junto a Silviana con hachas y mazas para enfrentarse a los desorientados sharaníes en las pendientes. Habría sido mejor con picas, pero las que tenían no eran ni de lejos suficientes para todo el mundo.

Silviana lanzó otro tejido de fuego al enemigo a fin de prepararle el camino a la infantería, y después dirigió la atención a los arqueros sharaníes que se encontraban más arriba en la pendiente.

Una vez que las fuerzas de Egwene habían rodeado las ciénagas, se habían dividido en dos grupos de asalto. Las Aes Sedai se habían desplazado con la infantería de la Torre Blanca para atacar a los sharaníes de los Altos desde el oeste. Para entonces, los fuegos se habían extinguido y la mayoría de los trollocs habían abandonado los Altos para atacar abajo.

La otra mitad del ejército de Egwene, en su mayor parte caballería, se dirigió a la cañada que bordeaba las ciénagas y continuó hacia el vado; atacaron los flancos vulnerables en la retaguardia de los trollocs, que habían bajado de las laderas para atacar a las tropas de Elayne, las cuales defendían las zonas colindantes con el vado.

La tarea primordial del primer grupo era subir la vertiente occidental. Silviana empezó a dirigir una serie de descargas de rayos a los sharaníes que avanzaban para repelerlos.

—Una vez que la infantería se haya abierto paso cuesta arriba —dijo Chubai al lado de Egwene—, será el momento de que las Aes Sedai empiecen a… ¿Madre? —La voz de Chubai había adquirido un timbre agudo.

Silviana se volvió en la silla y miró a Egwene, alarmada. La Amyrlin no estaba encauzando. Temblaba, y tenía el rostro demudado. ¿La habría alcanzado algún tejido? Que Silviana viera, no.

En la cumbre de los Altos, unas figuras apartaban a empujones a la infantería sharaní. Empezaron a encauzar y los rayos cayeron sobre el ejército de la Torre Blanca, cada uno de ellos con un destello de luz que hendía el aire y un estampido lo bastante intenso para aturdir.

—¡Madre!

Silviana azuzó con las rodillas a su montura para situarse junto a la de Egwene. Demandred debía de estar atacándola. Tocando el *sa’angreal* que Egwene sostenía en la mano a fin de absorber más Poder, Silviana tejió un acceso. La mujer seanchan que cabalgaba detrás de Egwene asió las riendas del caballo de la Amyrlin y tiró de él

hacia la seguridad del otro lado de acceso. Silviana fue detrás mientras gritaba:

—¡Aguantad contra esos sharaníes! ¡Advertid a los encauzadores varones del ataque de Demandred a la Sede Amyrlin!

—No —dijo con voz débil Egwene, que se tambaleaba en la silla mientras los caballos se dirigían a paso lento hacia una tienda grande. A Silviana le habría gustado llevarla más lejos, pero no conocía el área lo suficiente para hacer un salto largo—. No, no es…

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó Silviana, que se aproximó a ella y dejó que el acceso se cerrara.

—Es Gawyn —dijo, pálida, temblorosa—. Lo han herido. Gravemente. Se está muriendo, Silviana.

«Oh, Luz», pensó Silviana. ¡Guardianes! Se había temido que ocurriera algo así desde el momento en que había puesto los ojos en ese estúpido muchacho.

—¿Dónde? —inquirió.

—En los Altos. Voy a buscarlo. Utilizaré accesos, Viajaré en su dirección…

—Luz bendita, madre —exclamó Silviana—. ¿Tenéis la más ligera idea de lo peligroso que sería hacer eso? Quedaos aquí y dirigid a las fuerzas de la Torre Blanca. Yo intentaré dar con él.

—Tú no lo percibes.

—Pasadme el vínculo.

Egwene se quedó pasmada.

—Sabéis que es lo mejor que podemos hacer —dijo Silviana—. Si él muere, el vínculo podría destruiros. Dejad que lo tenga yo. Me permitirá encontrarlo y os protegerá a vos si él muriera.

Egwene la miró como si la mujer le acabara de confesar que profesaba lealtad al Oscuro. ¿Cómo osaba sugerirle tal cosa? Claro que, siendo Roja, no sabía mucho sobre Guardianes, y las hermanas de su Ajah solían tener ideas peregrinas respecto a ellos.

—No —contestó—. No, ni siquiera voy a planteármelo. Además, si él muere, eso sólo conseguiría protegerme transmitiéndote el dolor a ti.

—Yo no soy la Amyrlin.

—No. Si él muere, sobreviviré a ello y seguiré combatiendo. Llegar hasta él saltando de acceso en acceso sería absurdo, como tú dices, y tampoco dejaré que tú lo hagas. Se encuentra en los Altos. Forzaremos nuestro ascenso hasta allí, como se ha ordenado, y así podremos llegar hasta Gawyn. Es la mejor opción.

Silviana vaciló, pero después asintió con la cabeza. Tendría que valer. Regresaron juntas a la ladera occidental de los Altos, pero Silviana estaba que echaba chispas. ¡Necio! Si moría, para Egwene iba a ser un suplicio seguir combatiendo.

La Sombra no tenía que acabar con la propia Amyrlin para frenarla. Sólo tenía

que matar a un muchacho estúpido.

—¿Qué hacen esos sharaníes? —preguntó en voz queda Elayne.

Birgitte controló su montura y tomó el visor de lentes que le tendía Elayne. Lo alzó y miró más allá del cauce seco del río, hacia la pendiente de los Altos, donde se había reunido un gran número de tropas sharaníes.

—Probablemente están esperando que cosan a flechazos a los trollocs.

—Lo dices sin mucho convencimiento —comentó Elayne, que recuperó el visor.

Abrazaba el *Saidar*, pero de momento no lo utilizaba. Su ejército llevaba dos horas luchando allí, en el río. Los trollocs se habían lanzado en oleadas por el cauce seco de Mora desde arriba y desde abajo, pero sus tropas los estaban conteniendo y no los dejaban pisar suelo shienariano. Las ciénagas impedían que el enemigo diera un rodeo por su flanco izquierdo; el flanco derecho era más vulnerable y habría que estar pendiente de ese lado. Sería mucho peor si todos los trollocs estuvieran presionando a través del río, pero la caballería de Egwene no dejaba de castigarlos desde atrás, cosa que le quitaba parte de la presión a su ejército.

Los hombres rechazaban a los trollocs con picas, y el pequeño chorro de agua que todavía fluía se había teñido de rojo. Elayne mantenía el gesto resuelto y permanecía allí, firme; para seguir el curso de la batalla, desde luego, pero también para estar a la vista de sus tropas. Lo más florido de Andor sangraba y moría conteniendo a los trollocs con dificultad. El ejército sharaní parecía estar preparando una carga desde los Altos, pero Elayne no creía que fueran a lanzar el ataque todavía; el ataque de la Torre Blanca en la ladera occidental, por detrás de los Altos, había sido un golpe de genialidad.

—Es que cualquier cosa que digo lo hago sin convencimiento —susurró Birgitte —. Ninguno en absoluto. Ya dudo de muchas cosas.

Elayne frunció el entrecejo. Pensaba que ese tema de la conversación se había acabado. ¿A qué refería Birgitte?

—¿Y qué me dices de tus recuerdos? —le preguntó a la Guardiana.

—Lo primero que recuerdo ahora es despertarme y veros a ti y a Nynaeve —susurró—. Me acuerdo de nuestras conversaciones estando en el Mundo de los Sueños, pero no recuerdo el lugar en sí. Todo se me ha borrado de la mente, se me ha escapado como agua entre los dedos.

—Oh, Birgitte…

La mujer se encogió de hombros.

—No puedo echar de menos lo que no recuerdo —dijo.

El dolor que denotaba la voz contradecía sus palabras.

—¿Gaidal?

—Nada —contestó Birgitte al tiempo que negaba con la cabeza—. Siento que

debería conocer alguien con ese nombre, pero no recuerdo. —Soltó una risita—. Como he dicho, no sé lo que he perdido, así que no pasa nada.

—¿Estás mintiendo?

—Puñetas, por supuesto que sí. Es como si tuviera un agujero dentro de mí, Elayne. Un inmenso y profundo agujero por el que se desangra mi vida y mis recuerdos. —Desvió los ojos.

—Birgitte…, lo siento.

La otra mujer hizo volver grupas a su caballo y se alejó un poco; era obvio que no deseaba hablar más de ese tema. Su dolor irradió punzante en el nudo de emociones que era su vínculo con Elayne.

¿Qué se sentiría al perder tanto? Birgitte no tenía infancia, ni padres. Toda su vida, todo cuanto recordaba, por lo general llegaba a menos de un año. Elayne hizo intención de ir tras ella, pero en ese momento sus guardias se apartaron para abrir paso a Galad, ataviado con armadura, tabardo y capa de capitán general de los Hijos de la Luz.

—Galad —saludó Elayne, prietos los labios.

—Hermana —respondió él—. Supongo que sería del todo infructuoso recordarte lo inapropiado que es para una mujer en tu estado permanecer en el campo de batalla.

—Si perdemos esta guerra, Galad, mis hijos nacerán cautivos del Oscuro, si es que nacen. Creo, pues, que merece la pena correr el riesgo de estar en el frente.

—Siempre y cuando te refrenes de empuñar la espada personalmente.

Galad entrecerró los ojos e inspeccionó el campo de batalla. Sus palabras implicaban que le daba permiso —¡permiso!— para que dirigiera sus tropas.

Destellos de luz saltaron de los Altos y alcanzaron a los últimos dragones que disparaban desde el campo que había detrás de sus tropas. ¡Qué potencia! Demandred manejaba un Poder que eclipsaba el de Rand.

«Si ataca de ese modo a mis tropas…»

—¿Por qué me ha hecho venir aquí Cauthon? —preguntó Galad en voz baja—. Quería que doce de mis mejores hombres…

—No estarás pidiéndome que adivine lo que le ronda por la mente a Matrim Cauthon, ¿verdad? —lo interrumpió Elayne—. Estoy convencida de que Mat sólo actúa con aparente simpleza para que la gente lo deje salirse con la suya; de ese modo hace lo que quiere.

Galad meneó la cabeza. Elayne vio un grupo de hombres reunidos cerca; señalaban hacia los trollocs que subían despacio río arriba por la ribera arafelina. Elayne se dio cuenta de que su flanco derecho peligraba.

—Que vengan seis compañías de ballesteros —le dijo a Birgitte—. Guybon tiene que reforzar nuestras tropas río arriba.

«Luz. Esto empieza a tener muy mal cariz». La Torre Blanca se encontraba allá,

en la pendiente occidental de los Altos, donde el encauzamiento era más violento. No se veía mucho de lo que pasaba, pero lo percibía.

En la cima de los Altos salían humaredas que se iluminaban por los destellos de las explosiones; daba la impresión de que una bestia anubarrada y hambrienta se desperezara en mitad de la negrura y abriera los ojos centelleantes al despertar.

Elayne fue consciente de golpe del penetrante olor a humo que había en el aire, de los gritos de dolor de hombres. Tronadas en el cielo, sacudidas en el suelo. El aire frío afianzado en una tierra en la que nada crecería, las armas rotas, el rechinar de picas contra escudos. El fin. En verdad había llegado y ella se hallaba al borde del precipicio.

Llegó un mensajero a galope, con un sobre. Le dio el santo y seña a los guardias de Elayne, desmontó y se le permitió acercarse a ella y a Galad. El mensajero se dirigió a su hermanastro y le entregó la carta.

—De lord Cauthon, señor. Me dijo que os encontraría aquí.

Galad recogió la carta y, fruncido el entrecejo, la abrió. Sacó una hoja de papel del interior.

Elayne esperó con paciencia —con mucha paciencia— hasta contar tres, y luego acercó el caballo junto a la montura de Galad para estirar el cuello y leer. Oyendo hablar a su hermanastro, cualquiera habría dado por sentado que le preocupaba la comodidad de una mujer embarazada.

La carta la había escrito Mat. Y Elayne advirtió con regocijo que la letra era mucho más clara y la ortografía mucho mejor en ésta que en la que le había enviado a ella semanas atrás. Por lo visto, la presión de la batalla hacía de Matrim Cauthon un escribiente más ducho.

Galad:

No hay tiempo para ser más florido. Eres el único del que me fío para confiarte esta misión. Tú harás lo que es correcto, incluso si nadie quiere que lo hagas, puñetas. Tal vez los fronterizos no tuvieran agallas para hacer este trabajo, pero apuesto que puedo fiarme en que un Capa Blanca sí las tiene. Toma esto. Que Elayne te proporcione un acceso. Haz lo que debe hacerse.

Mat

Galad frunció el entrecejo y luego puso el sobre boca abajo, de forma que salió algo plateado: un medallón en una cadena. Un marco de Tar Valon se deslizó junto a él.

Elayne exhaló el aire con fuerza; luego tocó el medallón y encauzó. No pudo. Ésa era una de las copias que había hecho, una de las que le había dado a Mat. Mellar había robado otra.

—Protege contra encauzamientos a quien lo lleva puesto —explicó Elayne—. Pero ¿por qué te lo envía a ti?

Galad volvió la hoja de papel y, al parecer, reparó en algo. Garabateado por detrás se leía:

> *P.D. En caso de que no sepas lo que quiero decir con «Haz lo que debe hacerse», significa que vayas a cargarte a tantos de esos jodidos encauzadores sharaníes como puedas. Te apuesto un marco de Tar Valon —sólo está un poco limado por el canto— a que no consigues matar veinte. MC*

—Qué jodidamente astuto —susurró Elayne—. Puñetas, vaya si lo es.

—Un lenguaje poco acorde con una soberana —dijo Galad mientras doblaba el mensaje y lo guardaba en el bolsillo de la capa. Vaciló y después se colgó el medallón al cuello—. Me pregunto si sabrá lo que está haciendo al dar a un Hijo un artefacto que lo hace inmune a los tejidos de las Aes Sedai. Son buenas órdenes. Me encargaré de llevarlas a cabo.

—Entonces, ¿podrás hacerlo? —preguntó Elayne—. Matar mujeres, me refiero.

—Puede que otrora hubiera vacilado —repuso Galad—, pero habría sido la elección equivocada. Las mujeres son tan capaces de hacer maldades como los hombres. ¿Por qué habría uno de vacilar a la hora de matarlas a ellas y no a ellos? La Luz no juzga a las personas por su género, sino por los méritos del corazón.

—Interesante.

—¿Qué es interesante? —inquirió Galad.

—Que hayas dicho algo que no ha despertado en mí el deseo de estrangularte. Quizás haya esperanza para ti, Galad Damodred. Algún día.

—No es ni el lugar ni el momento adecuado para frivolidades, Elayne —respondió él, ceñudo—. Deberías ocuparte de Gareth Bryne. Parece agitado.

Ella se volvió, sorprendida, y vio al viejo general hablando con sus guardias.

—¡General! —llamó.

Bryne alzó la vista e hizo una reverencia desde la silla de montar.

—¿Os ha impedido el paso mi guardia? —preguntó Elayne mientras él se aproximaba.

¿Se habría difundido la noticia de la Compulsión de Bryne?

—No, majestad —dijo él; su caballo estaba manchado de espuma y sudoroso—. Es que no quería molestaros.

—Algo os inquieta. Decidlo —lo animó Elayne.

—Vuestro hermano ¿ha venido hacia aquí?

—¿Gawyn? —inquirió al tiempo que miraba a Galad—. No lo he visto.

—La Amyrlin estaba segura de que se encontraría con vuestras fuerzas… —Bryne movió la cabeza—. Se marchó para luchar en el frente. A lo mejor vino

disfrazado.

«¿Y por qué iba él a…?» Era Gawyn. Querría participar en el combate. Con todo, escabullirse al frente disfrazado no parecía propio de él. Podría reunir algunos hombres que le fueran leales y dirigir unas cuantas cargas. Pero ¿escabullirse? ¿Gawyn? Costaba trabajo imaginarlo.

—Haré correr la voz —dijo Elayne mientras Galad le hacía una reverencia y se alejaba para emprender su misión—. Quizás alguno de mis comandantes lo ha visto.

«Ah…», pensó Mat, con la cara tan cerca de los mapas que casi estaba al mismo nivel. Luego hizo un ademán para que Mika, la *damane*, abriera un acceso. Podría haber Viajado a la cima de Alcor Dashar para tener una vista general. Sin embargo, la última vez que lo había hecho los encauzadores enemigos lo habían atacado y habían escindido parte de la cima; además, a pesar de la altitud de Alcor Dashar, no era suficiente para permitirle ver todo lo que ocurría al pie de la ladera occidental de los Altos de Polov. Se aproximó con cautela, las manos asidas al borde del acceso abierto en la mesa, e inspeccionó el panorama que se extendía allá abajo.

La línea de Elayne en el río empezaba a retroceder por la presión de las fuerzas trollocs. Habían enviado arqueros a su flanco derecho. Bien. Rayos y truenos… Esos trollocs casi tenían el empuje ofensivo de una fuerza de caballería a la carga. Tendría que mandar aviso a Elayne para que alineara su caballería detrás de las picas.

«Como cuando me enfrenté a Sana Ashraf en las cataratas de Pena», pensó. Caballería pesada, arqueros montados, caballería pesada, arqueros montados. *Taer'ain dhai hochin dieb sene*.

Mat no recordaba haber estado entregado a una batalla tanto como ahora. La lucha contra los Shaido no había sido, ni de lejos, tan absorbente, si bien él no había estado dirigiendo esa batalla del todo. Y la lucha contra Elbar tampoco había sido tan satisfactoria. Claro que aquélla había sido a una escala mucho menor.

Demandred sabía cómo jugar. Mat lo percibía a través de los movimientos de tropas. Ahora jugaba contra uno de los mejores que habían vivido, y lo que había en juego esta vez no eran riquezas. Tiraban los dados por las vidas de hombres, y el premio final era el mundo, nada menos. Qué puñetas, aquello lo excitaba. Hacía que se sintiera culpable, pero era excitante.

—Lan está en posición —dijo Mat, que se irguió y volvió a los mapas para hacer algunas anotaciones—. Dile que ataque.

Había que aplastar al ejército trolloc que cruzaba el cauce seco del río por las ruinas. Había movido a los fronterizos alrededor de los Altos para atacar sus flancos vulnerables mientras que Tam y sus fuerzas combinadas seguían golpeándolos por el frente. Tam había matado gran cantidad de ellos antes y después de que el río dejara de correr. Esa horda trolloc estaba justo en el punto para poder acabar con ella, y con

una acción coordinada por dos frentes sería factible lograrlo.

Los hombres de Tam estarían cansados. ¿Serían capaces de resistir lo suficiente hasta que Lan llegara y cayera sobre los trollocs desde atrás? Luz, ojalá que sí. Porque si no aguantaban…

Alguien se interpuso en la luz de la entrada al puesto de mando, un hombre alto de cabello oscuro y ondulado, que vestía la chaqueta de Asha'man. Tenía la expresión de alguien que hubiera acabado de sacar una mano perdedora. Luz. Esa mirada intensa habría puesto nervioso a un trolloc.

Min, que había estado hablando con Tuon, enmudeció de golpe, atragantada; parecía que Logain le lanzaba una ojeada de odio a ella en especial. Mat se puso erguido y se sacudió las manos.

—Confío en que no les hicieras nada demasiado desagradable a los guardias, Logain.

—Los tejidos de Aire se desatarán solos dentro de uno o dos minutos —contestó el hombre con aspereza—. No creí que fueran a dejarme entrar.

Mat miró a Tuon, que estaba tan tiesa como un delantal bien almidonado. Los seanchan no se fiaban de mujeres que encauzaban, cuanto menos de alguien como Logain.

—Logain, necesito que luches junto al ejército de la Torre Blanca —dijo Mat—. Esos sharaníes los están machacando.

Logain trabó la mirada con la de Tuon.

—¡Logain! —repitió Mat—. Por si no te has dado cuenta, estamos librando una jodida batalla ahí fuera.

—No es mi guerra.

—Es nuestra guerra —espetó Mat—. La de todos y cada uno de nosotros.

—Di un paso al frente para luchar, ¿y cuál fue mi recompensa? Pregunta al Ajah Rojo. Te dirán cuál es la recompensa para un hombre maltratado por el Entramado. —Soltó una risa seca—. ¡El Entramado demandaba un Dragón! ¡Y me presenté! Demasiado pronto. Sólo por poco, pero demasiado pronto.

—Eh, vamos a ver —dijo Mat, que se acercó a Logain—. ¿Estás furioso porque no fuiste el Dragón?

—Por algo tan insignificante no —repuso Logain—. Sigo al lord Dragón, pero ha de morir y yo no quiero ser parte de esa fiesta. Los míos y yo deberíamos estar con él, no luchando aquí. Esta batalla por las insignificantes vidas de hombres no es nada comparada con la que está teniendo lugar en Shayol Ghul.

—Y, aun así, sabes que te necesitamos aquí —arguyó Mat—. De otro modo, ya te habrías marchado.

Logain no dijo nada.

—Ve con Egwene —indicó Mat—. Lleva a todos los que estén contigo y

mantened ocupados a esos encauzadores sharaníes.

—¿Y qué pasa con Demandred? —preguntó con suavidad Logain—. Llama a voces al Dragón. Tiene la fuerza de una docena de hombres. Ninguno de nosotros puede enfrentarse a él.

—Pero lo quieres intentar, ¿verdad? —replicó Mat—. Ésa es la verdadera razón de que estés ahora aquí. Quieres que te mande contra Demandred.

Logain vaciló, pero finalmente asintió con la cabeza.

—No puede tener al Dragón Renacido —dijo—. Me tendrá a mí en su lugar. El… sustituto del Dragón, por así decirlo.

«Rayos y centellas… Están todos locos». Por desgracia, ¿qué otra cosa podía hacer él contra uno de los Renegados? Ahora mismo, su plan de batalla giraba en torno a mantener ocupado a Demandred, en forzarlo a responder a sus ataques. Si Demandred tenía que actuar como general, no podría ocasionar tantos daños encauzando.

Tendría que ocurrírsele algo para encargarse del Renegado. Estaba trabajando en ello. Llevaba dándole vueltas a lo mismo toda la jodida batalla y no se le había ocurrido nada.

Mat volvió a observar la lucha a través del acceso. A Elayne la estaban presionando demasiado. Tenía que hacer algo. ¿Enviar seanchan allí? Los tenía situados en el extremo meridional del campo, en las márgenes del Erinin. Serían un comodín con Demandred que evitaría que el Renegado asignara todas sus tropas a las batallas que se libraban al pie de los Altos. Además, tenía planes para ellos. Planes importantes.

Logain no tendría muchas posibilidades contra Demandred, en su opinión. Pero había que encargarse de ese Renegado de algún modo. Si Logain quería intentarlo, pues que así fuera.

—Puedes luchar con él —dijo Mat—. Hazlo ahora o aguarda hasta que se haya debilitado un poco. Luz, espero que podamos debilitarlo. En fin, lo dejo a tu arbitrio. Elige el momento y ataca.

Logain sonrió y después abrió un acceso justo en mitad del recinto; lo cruzó con la mano en la empuñadura de la espada. Mat meneó la cabeza. Lo que daría por no tener que tratar con todos esos engolados. Puede que él fuera uno de ellos ahora, pero eso podría arreglarse. Lo único que tenía que hacer era convencer a Tuon de que renunciara al trono y escapara con él. No sería fácil, pero, puñetas, él estaba combatiendo la Última Batalla. Comparado con el reto que afrontaba ahora, Tuon parecía un nudo fácil de desatar.

—La gloria de los hombres… —susurró Min— aún está por llegar.

—Que alguien compruebe cómo están esos guardias —ordenó Mat mientras se volvía hacia sus mapas—. Tuon, es posible que tengamos que trasladarte. Este sitio

nunca ha sido seguro y Logain acaba de demostrarlo.

—Puedo cuidar de mí misma —replicó ella con altanería.

Con demasiada. Mat la miró y enarcó una ceja; ella asintió con la cabeza.

«¿En serio? —pensó Mat—. ¿Sobre este motivo quieres montar la discusión?» Tenía ciertas dudas de que el espía se lo tragara. Era una razón muy tonta.

Su plan con Tuon era seguir el ejemplo de lo que Rand había hecho una vez con Perrin. Si él conseguía fingir una ruptura ente los seanchan y él, y con ello hacía que Tuon retirara a sus fuerzas, quizá la Sombra haría caso omiso de ella. Mat necesitaba algún tipo de ventaja.

Entraron dos guardias. No, tres. Era fácil que ese otro tipo pasara inadvertido. Mat hizo un gesto negativo con la cabeza a Tuon —hacía falta encontrar un motivo de disputa más verosímil— y volvió a mirar los mapas. Algo relacionado con el guardia pequeño lo incomodaba.

«Más parece un sirviente que un soldado», pensó. Se obligó a alzar la vista, aunque en realidad no tendría que entretenerse a causa de un criado normal y corriente. Sí, ahí estaba el tipo, junto a la mesa. Alguien que no merecía que se reparara en él, aunque estuviera sacando un cuchillo.

Un cuchillo.

Mat reculó a trompicones al tiempo que el Hombre Gris atacaba. Mat chilló y buscó uno de sus propios cuchillos justo cuando Mika gritaba:

—¡Encauzamiento! ¡Cerca!

Min se tiró sobre Fortuona en el momento en que la pared del puesto de mando estallaba en llamas. Unos sharaníes con extrañas armaduras hechas con bandas de metal pintadas en dorado se introducían a través del agujero en llamas. Encauzadores con rostros tatuados los acompañaban: las mujeres con largos vestidos negros de tela tiesa; los hombres con el torso desnudo y pantalón andrajoso. Min se fijó en todo eso antes de volcar el trono de Fortuona.

El fuego rugió en el aire por encima de Min, le chamuscó los ropajes de seda y consumió la pared que tenían detrás. Fortuona salió gateando de debajo de Min, se aplastó contra el suelo y Min parpadeó con sorpresa. La mujer se había despojado del aparatoso vestido —estaba hecho para desmontarlo en un suspiro en caso de necesidad— y vio que debajo llevaba un lustroso pantalón de seda y una camisa ajustada, ambas prendas negras.

Tuon se incorporó con un puñal en la mano al tiempo que emitía un gruñido casi salvaje. Cerca, Mat caía de espaldas al suelo con un hombre que empuñaba un cuchillo encima de él. ¿De dónde había salido ese hombre? Min no recordaba haberlo visto entrar.

Tuon corrió hacia Mat mientras los encauzadores sharaníes empezaban a

machacar el puesto de mando con fuego. Min se incorporó con esfuerzo por culpa del horrible vestido. Empuñó una de sus dagas y se parapetó detrás del trono, con la espalda pegada a él, mientras el suelo se sacudía.

No podía llegar hasta Fortuona, así que se obligó a salir por la pared trasera, confeccionada con un material semejante al papel y que los seanchan llamaban *tenmi*.

Tosió por el humo, aunque allí fuera el aire no era tan asfixiante. Ninguno de los sharaníes se encontraba a ese lado del recinto. Todos estaban atacando desde otras direcciones. Corrió a lo largo de la pared. Los encauzadores eran peligrosos; pero, si lograba clavarle la daga a uno, daría igual todo el Poder Único que manejara.

Se asomó por la esquina y se sorprendió al ver a un hombre agazapado allí, con una mirada feroz en los ojos. Tenía el rostro huesudo, el cuello cubierto de tatuajes rojos en forma de garras que abrazaban la barbilla y la afeitada cabeza de piel clara.

Gruñó y Min se echó hacia atrás, al suelo, esquivando un chorro de fuego al tiempo que arrojaba la daga.

El hombre atrapó el arma en el aire y avanzó agachado, sonriéndole con aire bestial.

De repente sufrió una convulsión y cayó al suelo, sacudido por espasmos. Un hilillo de sangre le caía entre los labios.

—Eso —dijo una mujer que había cerca, con un timbre de absoluta aversión en la voz— es algo que se supone que no he de saber cómo se hace, pero parar el corazón de alguien con el Poder Único es silencioso. Apenas se necesita Poder, cosa sorprendente, lo cual es muy oportuno en mi caso.

—¡Siuan! —exclamó Min—. Se supone que no deberías estar aquí.

—Tienes suerte de que sí esté —replicó Siuan con un resoplido; se agachó y examinó el cuerpo—. Bah. Es una ruindad, pero si vas a comerte un pescado, tendrás que estar dispuesta a destriparlo tú misma. ¿Qué ocurre, muchacha? Ahora estás a salvo. No tienes que estar tan pálida.

—¡Se supone que no tienes que estar aquí! —repitió Min—. Te lo dije. ¡Permanece cerca de Gareth Bryne!

—He estado cerca de él, casi tanto como lo está su ropa interior, para que lo sepas. Gracias a eso nos hemos salvado la vida el uno al otro varias veces, así que supongo que tu visión era correcta. ¿Alguna vez fallan?

—No, te lo he dicho ya —susurró Min—. Nunca. Siuan, vi un halo alrededor de Bryne que significaba que ambos teníais que permanecer juntos o los dos moriríais. Ahora mismo flota sobre ti. Lo que quiera que creas que hicisteis, la visión aún no se ha cumplido. Sigue ahí.

—Cauthon está en peligro —dijo Siuan, que se había quedado paralizada un momento.

—Pero…

—¡No importa, muchacha! —Cerca, el suelo tembló con la fuerza del Poder Único. Las *damane* respondían al ataque—. ¡Si Cauthon cae, esta batalla está perdida! Me da igual si las dos morimos por esto. Hemos de ayudar. ¡Muévete!

Min asintió con la cabeza y se unió a ella mientras rodeaba el costado del destrozado recinto. La lucha con fuego en el exterior era una mezcla de explosiones, humo y llamas. Miembros de la Guardia de la Muerte cargaban contra los sharaníes con espadas enarboladas, sin mirar siquiera a los compañeros que masacraban a su alrededor. Eso, al menos, mantenía ocupados a los encauzadores.

El puesto de mando ardía con tanta fuerza que Min tuvo que echarse hacia atrás y protegerse la cara con el brazo levantado.

—Espera —la detuvo Siuan, que usó el Poder Único para sacar una pequeña columna de agua de un barril cercano y dejarla caer sobre las dos—. Intentaré apagar las llamas —dijo, dirigiendo la pequeña columna de agua hacia el puesto de mando —. Muy bien. Adelante.

Min asintió con un gesto y cruzó veloz a través de las llamas, con Siuan detrás. Dentro, todas las paredes de *tenmi* se habían prendido, y ardían rápido. Del techo caía el fuego como si goteara.

—Allí —indicó Min, que parpadeó para librarse de las lágrimas provocadas por el calor y el humo.

Señaló hacia unas figuras oscuras que forcejeaban cerca del centro del recinto y de la mesa de mapas de Mat, que ardía. Parecía haber un grupo de tres o cuatro personas que luchaban con Mat. ¡Luz, todos eran Hombres Grises, no había sólo uno! Tuon estaba caída en el suelo.

Min pasó corriendo junto al cadáver de una *sul'dam* y de varios guardias. Siuan utilizó el Poder Único para tirar de uno de los Hombres Grises y apartarlo de Mat. A la luz del fuego, los cadáveres de los guardias creaban sombras en el suelo. Una *damane* seguía viva, acurrucada en un rincón, aterrada, con la correa tirada a un lado. Su *sul'dam* yacía a cierta distancia, inmóvil. Parecía que se le había soltado la correa y que después la habían matado cuando intentaba regresar junto a su *damane*.

—¡Haz algo! —le gritó Min a la chica al tiempo que la asía por el brazo.

La *damane* sacudió la cabeza sin dejar de llorar.

—Así te abrases… —rezongó Min.

El techo de la estructura crujió. Min corrió hacia Mat. Un Hombre Gris había muerto, pero quedaban otros dos vestidos con uniformes de guardias seanchan. A Min le resultaba difícil ver a los vivos; eran inhumanamente corrientes en todos los sentidos. Totalmente anodinos.

Mat bramó a la par que apuñalaba a uno de ellos, pero no tenía su lanza. Min no sabía dónde estaba. Mat se lanzó hacia adelante con temeridad, y recibió un corte en el costado. ¿Por qué hacía tal cosa?

«Tuon», comprendió Min, que se frenó en seco. Uno de los Hombres Grises, arrodillado sobre la figura inmóvil de la mujer, levantó una daga y…

Min lanzó el cuchillo.

Mat se fue al suelo, a unos pocos pies de Tuon: el último Hombre Gris lo había zancadilleado. El cuchillo de Min giró en el aire reflejando las llamas y se hundió en el pecho del Hombre Gris que se erguía sobre Tuon.

Min soltó la respiración contenida. Jamás en su vida se había sentido tan feliz de ver que un cuchillo daba en el blanco. Mat soltó una maldición, giró sobre sí y atizó una patada a su agresor en la cara. A continuación le arrojó un cuchillo y después gateó hacia Tuon; se la cargó al hombro.

—Siuan está aquí también —dijo Min al reunirse con él—. Se ha…

Mat señaló. Siuan yacía en el suelo del puesto de mando. Sus ojos miraban sin ver y todas las imágenes que antes flotaban por encima de ella habían desaparecido.

Muerta. Min se quedó paralizada, conmovida, con el corazón en un puño. ¡Siuan! Se dirigió hacia la mujer de todos modos, incapaz de creer que estuviera muerta, a pesar del vestido quemado por la explosión que la había alcanzado a ella y casi la mitad de la pared que había cerca.

—¡Fuera! —gritó Mat entre toses, con Tuon en los brazos.

Arremetió con el hombro la pared que sólo estaba medio quemada y salió al exterior.

Con un gemido, Min abandonó el cuerpo de Siuan y parpadeó para librarse de las lágrimas, esta vez causadas no sólo por el humo, sino por la pena. Tosió mientras seguía a Mat hacia el exterior. Qué olor tan dulce, tan fresco, allí fuera. Tras ellos, el recinto gimió y a continuación se desplomó.

En cuestión de segundos, Min y Mat se encontraron rodeados de miembros de la Guardia de la Muerte. Ninguno hizo siquiera el intento de quitarle de los brazos a Tuon, que todavía respiraba, aunque de forma superficial. Por la expresión de Mat, Min dudaba que hubieran conseguido hacerlo.

«Adiós, Siuan —pensó Min, que miró hacia atrás mientras los guardias la alejaban de la lucha que se sostenía al pie de Alcor Dashar—. Que el Creador dé cobijo a tu alma».

Mandaría aviso a las otras para que protegieran a Bryne; pero en su fuero interno sabía que sería inútil. Él habría experimentado un estallido de rabia vengativa en el momento en que Siuan moría; además, estaba su visión.

Nunca se equivocaba. A veces Min odiaba lo certero de sus presagios. Pero nunca se equivocaba.

—¡Golpead sus tejidos! —gritó Egwene—. ¡Yo atacaré!

No esperó a ver si la obedecían. Atacó con todo el Poder que podía absorber a

través del *sa'angreal* de Vora y lanzó tres bandas de fuego distintas pendiente arriba, a los sharaníes atrincherados.

A su alrededor, las bien entrenadas tropas de Bryne se debatían para mantener las líneas de batalla mientras se enfrentaban a soldados sharaníes, abriéndose paso poco a poco, ladera arriba, por la cara occidental de los Altos. La pendiente estaba plagada de cientos de surcos y agujeros creados por tejidos de uno y otro bando.

Egwene se esforzaba por avanzar, desesperada. Percibía a Gawyn arriba, pero le parecía que debía de estar inconsciente; su chispa vital era tan débil que casi no percibía su dirección. La única esperanza era luchar y conseguir atravesar las líneas sharaníes para llegar a él.

El suelo retumbó cuando vaporizó a una sharaní más arriba; Saerin, Doesine y otras hermanas se concentraban en desviar los tejidos del enemigo, en tanto que ella se dedicaba a lanzar ataques. Siguió adelante. Un paso tras otro.

«Ya voy, Gawyn —pensó, frenética—. Ya voy».

—Venimos a informar, Wyld.

De momento, Demandred hizo caso omiso de los mensajeros. Volaba en alas de un azor e inspeccionaba la batalla a través de los ojos del ave. Los cuervos eran mejores; pero, cada vez que intentaba utilizar una de esas aves, un fronterizo u otro la abatía con una flecha. De todas las costumbres que podrían haberse mantenido en el recuerdo a lo largo de las eras, ¿por qué había tenido que ser ésa una de ellas?

Daba igual. Un azor serviría, aunque el ave se resistía a su control. Lo guió por el campo inspeccionando formaciones, despliegues y avances de tropas. No tenía que depender de los informes de otros.

Tendría que haber sido una ventaja casi insuperable. Lews Therin no podía hacer tal uso de un animal; lograrlo era un regalo que únicamente el Poder Verdadero otorgaba. Demandred sólo podía encauzar un pequeño flujo de Poder Verdadero, insuficiente para tejidos destructivos, pero había otros modos de ser peligroso. Por desgracia, Lews Therin tenía su propia ventaja. ¿Accesos que se asomaban a un campo de batalla desde el aire? Era inquietante ver las cosas que la gente de esa era descubría, cosas que no se conocían durante la Era de Leyenda.

Demandred abrió los ojos y rompió su vínculo con el azor. Sus fuerzas avanzaban, pero cada paso era un suplicio. Decenas de miles de trollocs habían sido masacrados. Tenía que ir con cuidado, pues el número de sus efectivos no era ilimitado.

En ese momento se encontraba en el lado oriental de los Altos, observando el río allá abajo, y al nordeste del lugar en que el asesino enviado por Lews Therin había intentado matarlo.

En su posición actual, Demandred estaba casi en el lado opuesto al afloramiento

rocoso que Moghedien había dicho que se llamaba Alcor Dashar. El afloramiento se elevaba en el aire; la base era una buena posición para un puesto de mando, al abrigo de los ataques del Poder Único.

Era tan tentador atacar personalmente aquel lugar, Viajar hasta allí y arrasarlo… Pero ¿no sería eso lo que Lews Therin quería que hiciera? Él lucharía con ese hombre. Lo haría. Sin embargo, Viajar al bastión del enemigo y posiblemente a una trampa, rodeado como estaba por esas altas paredes de roca… Era mejor atraer a Lews Therin a su terreno. Él dominaba este campo de batalla. Podía elegir dónde tendría lugar su enfrentamiento.

Allí abajo, el lecho del río se había ido secando hasta que la corriente había quedado reducida a un chorrillo, y sus trollocs luchaban para apoderarse de la orilla meridional. Los defensores aguantaban de momento, pero los superarían pronto. Río arriba, M'Hael había hecho bien su trabajo de desviar la corriente de agua, aunque había informado de una resistencia fuera de lo normal. ¿Civiles y una pequeña unidad de soldados? Un sinsentido que Demandred aún no había logrado descifrar.

Casi había deseado que se produjera el fracaso de M'Hael. Aunque él mismo había reclutado a ese hombre, no había esperado que M'Hael ascendiera al rango de Elegido con tanta rapidez.

Demandred dio media vuelta. Ante él se inclinaban tres mujeres de negro con cintas blancas. Junto a ellas, Shendla.

Shendla. Creía que había superado sentirse atraído por una mujer hacía mucho… ¿Cómo iba a prosperar el afecto al lado de una abrasadora pasión como era su odio por Lews Therin? Y, sin embargo, Shendla… Astuta, competente, poderosa. Casi bastaba para cambiar de parecer.

—¿Qué informe traéis? —preguntó a las tres mujeres de negro, que seguían inclinadas.

—La misión fue un fracaso —dijo Galbrait, gacha la cabeza.

—¿Escapó?

—Sí, Wyld. Os he fallado.

Oyó el dolor en la voz de la mujer. Era la cabecilla de las mujeres Ayyad.

—No se esperaba de vosotras que lo matarais —contestó Demandred—. Él es un adversario que supera vuestra destreza con creces. ¿Habéis trastocado su puesto de mando?

—Sí —confirmó Galbrait—. Matamos a media docena de sus encauzadoras, prendimos fuego al recinto y destruimos sus mapas.

—¿Encauzó? ¿Se descubrió?

Ella vaciló, pero después negó con la cabeza.

Así que aún no sabía de cierto si ese Cauthon era Lews Therin disfrazado. Él sospechaba que sí, pero había informes de Shayol Ghul de que Lews Therin había

sido visto en las faldas de la montaña. En la Última Batalla ya había demostrado en otras ocasiones ser artero pasando de un campo de batalla a otro, dejándose ver aquí y allá.

Cuanto más maniobraba contra el general enemigo, más se convencía de que Lews Therin se encontraba en este lugar. Sería muy propio de él mandar un señuelo al norte mientras él acudía a librar esta batalla en persona. A Lews Therin le costaba dejar que otros lucharan por él. Siempre quería ocuparse de todo, dirigir cada batalla, incluso realizar cada cambio, si podía.

Sí… ¿De qué otro modo, si no, se explicaba la destreza del general enemigo? Sólo un hombre con la experiencia de uno de los antiguos poseía tal maestría en la danza de los campos de batalla. En el fondo, muchas tácticas de lucha eran sencillas. Evitar que el enemigo te flanqueara, afrontar tropas pesadas con picas, la infantería con líneas bien entrenadas, encauzadores contra otros encauzadores. Y, sin embargo, la sutil astucia, los pequeños detalles… Eso costaba siglos de maestría. Ningún hombre de esta era había vivido tiempo suficiente para aprender los detalles con tanta minuciosidad.

Durante la Guerra del Poder, en lo único que Demandred había destacado más que su amigo había sido en su función como general en jefe. Escocía admitir tal cosa, pero no volvería a dar la espalda a esa verdad. Lews Therin había sido mejor apoderándose del corazón de los hombres. Lews Therin se había ganado a Ilyena.

Pero él… Él había sido mejor en la guerra. Lews Therin nunca había sabido equilibrar de forma correcta la precaución y la temeridad. Era capaz de hacer un alto para reflexionar, preocupado por sus decisiones, para después lanzarse a una acción militar imprudente.

Si el tal Cauthon era Lews Therin, entonces había mejorado mucho en estas lides. El general enemigo sabía cuándo lanzar la moneda y dejar que la suerte decidiera, pero no dejaba al azar los resultados de cada mano. Habría sido un excelente jugador de cartas.

Ni que decir tiene que él lo vencería de todos modos. Sencillamente la batalla se limitaría a ser más… interesante.

Apoyó la mano en la espada mientras consideraba el examen que había hecho del campo de batalla poco antes. Sus trollocs seguían con el ataque por el cauce del río y Lews Therin había formado a sus piqueros enfrente, en disciplinadas formaciones en cuadro, un movimiento defensivo. Detrás de Demandred los violentos estallidos de los encauzadores señalaban el combate más intenso, el que libraban sus sharaníes Ayyad y las Aes Sedai.

Ahí tenía ventaja él. Sus Ayyad eran mucho mejores en la guerra que las Aes Sedai. ¿Cuándo recurriría Cauthon a esas *damane*? Moghedien había informado de ciertas disensiones entre ellas y las Aes Sedai. ¿Habría alguna posibilidad de

ensanchar esa fractura de algún modo?

Impartió órdenes y las tres Ayyad que estaban cerca se retiraron. Shendla se quedó a la espera de su permiso para marcharse. La tenía explorando la zona cercana por si aparecían más asesinos.

—¿Estás preocupada? —le preguntó—. Ahora sabes de parte de quién luchamos. Que yo sepa, no te has entregado a la Sombra.

—Me he entregado a vos, Wyld.

—¿Y por mí luchas junto a trollocs? ¿A Semihombres? ¿Criaturas de pesadilla?

—Dijisteis que algunos calificarían de malignos vuestros actos —dijo ella—. Pero yo no lo veo así. Nuestro camino es obvio. Una vez que salgáis victorioso, reconstruiréis el mundo y nuestro pueblo será preservado.

Shendla lo tomó de la mano y algo se removió dentro de él, pero enseguida lo sofocó el odio.

—Prescindiría de todo y de todos —dijo, mirándola a los ojos—, a cambio de tener la oportunidad de enfrentarme a Lews Therin.

—Habéis prometido que lo intentaréis. Eso me basta. Y, si lo destruís, destruiréis un mundo y preservaréis otro. Os seguiré. Todos os seguiremos.

La voz de la mujer parecía implicar que quizá, una vez que Lews Therin hubiera muerto, él podría volver a ser él mismo.

No estaba seguro de eso. Gobernar sólo le interesaba en tanto que pudiera utilizarlo contra su viejo enemigo. Los sharaníes, devotos y fieles, eran una mera herramienta. Pero en su fuero interno había algo que desearía que no fuera así. Eso era nuevo. Sí, lo era.

Cerca, el aire se alabeó, deformándose. No se veían tejidos; aquello era una rasgadura de la urdimbre del Entramado al Viajar con el Poder Verdadero. M'Hael había llegado.

Demandred se volvió y Shendla le soltó la mano, pero no se apartó de él. A M'Hael se le había dado acceso a la esencia del Gran Señor, cosa que no despertaba envidia en Demandred. M'Hael era otra herramienta. Con todo, le había dado que pensar. ¿Es que no se le negaba el Poder Verdadero a nadie hoy en día?

—Vas a perder la batalla cerca de las ruinas, Demandred —dijo M'Hael con una sonrisa arrogante—. Tus trollocs serán aplastados. ¡Superabais muchísimo en número al enemigo y, aun así, os van a derrotar! Creía haber oído que se te consideraba nuestro mejor general y, sin embargo, ¿pierdes con esa chusma? Estoy decepcionado.

Demandred alzó la mano como sin darle importancia, con dos dedos hacia arriba.

M'Hael se sacudió cuando dos docenas de encauzadores sharaníes que había cerca dejaron caer de golpe escudos entre él y el Poder Único. Lo envolvieron en Aire y tiraron de él hacia atrás. M'Hael se debatió, y el halo del Poder Verdadero que alabeaba el aire lo rodeó, pero Demandred fue más rápido. Tejió un escudo de Poder

Verdadero, creándolo de hilos ardientes de Energía.

Los filamentos temblaron en el aire, cada cual cubierto de púas hechas de briznas retorcidas de energía tan pequeñas que los extremos no se distinguían. El Poder Verdadero era tan inestable, tan peligroso… Un escudo creado con él tenía el extraño efecto de absorber el poder que el otro intentaba encauzar.

El escudo de Demandred se apoderó del Poder de M'Hael y usó al hombre como un conducto. Demandred reunió el Poder Verdadero y lo tejió en una chisporroteante bola de energía por encima de su mano. Sólo M'Hael estaba capacitado para verla, y los ojos del hombre, antes llenos de orgullo, se desorbitaron a medida que Demandred lo dejaba vacío.

No era como un círculo. La extracción de energía hizo temblar a M'Hael, lo hizo sudar, suspendido en el aire por los tejidos de los Ayyad. Ese flujo podría provocar la consunción de M'Hael si se descontrolaba… Podía hacer trizas su alma con el caudal rebosante del Poder Verdadero, al igual que un río desbordado sobrepasaría las márgenes. La masa retorcida de filamentos en la mano de Demandred palpitaba y chisporroteaba, curvando el aire, a medida que empezaba a destejer la urdimbre del Entramado.

Minúsculas grietas finas como telarañas se extendieron por el suelo a partir de él. Grietas abiertas a la nada.

Se acercó a M'Hael. El hombre empezaba a tener un ataque y le salía espuma por la boca.

—Ahora vas a escucharme, M'Hael —dijo con suavidad Demandred—. Yo no soy como los otros Elegidos. Me traen sin cuidado vuestros juegos políticos. No me importa a cuál de vosotros favorece el Gran Señor ni a cuál de vosotros Moridin da palmaditas en la cabeza. Sólo me importa Lews Therin.

»Ésta es mi lucha. Tú eres mío. Yo te traje a la Sombra y puedo destruirte. Si interfieres en lo que hago aquí, te extinguiré como la llama de una vela. Sé que te consideras fuerte, con tus Señores del Espanto robados y tus encauzadores mal entrenados. Eres un niño, aún estás en pañales. Coge a tus hombres y desata el caos que gustes, pero no te interpongas en mi camino. Y no te acerques a mi presa. El general enemigo es mío.

Aunque los temblores del cuerpo traicionaban a M'Hael, sus ojos rebosaban odio, no miedo. Sí, ése siempre había prometido mucho.

Demandred giró la mano y lanzó un chorro de fuego compacto con el Poder Verdadero reunido. El destructivo haz de fuego candente atravesó los ejércitos situados en el río, allá abajo, y vaporizó a todos los hombres y mujeres que tocó. Las formas se convirtieron en puntitos de luz, luego en polvo, y centenares de ellos desaparecieron. Quedó una larga franja de suelo calcinado, como un gran surco abierto por una enorme reja de arado.

—Soltadlo —ordenó Demandred al tiempo que dejaba que el escudo de Poder Verdadero se deshiciera.

M'Hael trastabilló hacia atrás para mantener el equilibrio al tocar el suelo; el sudor le resbalaba por el rostro. Jadeando, se llevó una mano al pecho.

—Mantente vivo en esta batalla —le dijo Demandred, que se dio la vuelta y empezó un tejido para llamar de vuelta a su azor—. Si lo consigues, quizá te enseñe cómo realizar lo que acabo de hacer yo. Quizás ahora pienses que deseas matarme, pero ten presente que el Gran Señor nos observa. Aparte de eso, ten en cuenta otra cosa. Tú tendrás un centenar de serviles Asha'man. Yo cuento con más de cuatrocientos de mis Ayyad. Soy el salvador de este mundo.

Cuando miró hacia atrás, M'Hael se había marchado Viajando mediante el Poder Verdadero. Era asombroso que fuera capaz de reunir la fuerza necesaria para realizar algo así después de lo que él acababa de hacerle. Esperaba no tener que matar a ese hombre. Acabaría siendo una herramienta muy útil.

AL FINAL ME ALZARÉ CON LA VICTORIA.

Rand hacía frente a vientos huracanados, aguantando firme, aunque los ojos le lloraban mientras contemplaba con fijeza la oscuridad. ¿Cuánto hacía que estaba en aquel lugar? ¿Un millar de años? ¿Diez mil?

De momento, su interés principal era el desafío. No se doblegaría ante ese viento. No cedería ni una fracción de segundo.

POR FIN HA LLEGADO MI MOMENTO.

—Para ti el tiempo no significa nada —dijo Rand.

Era cierto y, al mismo tiempo, no lo era. Rand veía arremolinados a su alrededor los hilos que configuraban el Entramado. A medida que éste se formaba, vio los campos de batalla bajo él. Aquellos a quienes amaba combatían una guerra a muerte. Esta visión no era una posibilidad; era la realidad, lo que ocurría en ese momento.

El Oscuro estaba enroscado alrededor del Entramado, sin poder apoderarse de él y destruirlo, pero con capacidad para tocarlo. Zarcillos de oscuridad y espinas tocaban el mundo en puntos a lo largo de su extensión. El Oscuro era como una sombra yacente sobre el Entramado.

Cuando el Oscuro lo tocaba, el tiempo existía para él. Y así, aunque el tiempo no significaba nada para el Oscuro, él —o ella, ya que no tenía género— sólo tenía capacidad para actuar dentro de sus límites, como… como un escultor que tiene visiones y sueños maravillosos, pero sigue atado a la realidad de los materiales con los que trabaja.

Rand contempló con fijeza el Entramado mientras resistía el ataque del Oscuro. No se movía ni respiraba. Allí no era necesario respirar.

Abajo la gente moría. Rand oía los gritos. Caían tantos…

AL FINAL VENCERÉ, ADVERSARIO. MIRA CÓMO GRITAN. MIRA CÓMO MUEREN.

LOS MUERTOS ME PERTENECEN.

—Mentira —dijo Rand.

NO. TE LO MOSTRARÉ.

Reuniendo todo lo que podía ser, el Oscuro hiló posibilidad de nuevo y metió a Rand en otra visión.

Juilin Sandar no era un comandante. Él era un rastreador, no un noble. Desde luego que no lo era. Trabajaba por su cuenta.

Sólo que, por lo visto, cuando acabó en un campo de batalla, lo habían puesto al mando de un escuadrón de combatientes porque había capturado con éxito malhechores peligrosos como rastreador. Los sharaníes presionaban a los suyos para llegar hasta las Aes Sedai. Luchaban en el lado occidental de los Altos, y el trabajo de su escuadrón era proteger a las Aes Sedai de la infantería sharaní.

Aes Sedai. ¿Cómo diantres se encontraba enredado con Aes Sedai? Él, un teariano.

—¡Aguantad! —les gritó a sus hombres—. ¡Hay que aguantar! —lo gritó también para sí mismo. Su escuadrón sostenía con firmeza lanzas y picas, y obligaba a la infantería sharaní a retroceder cuesta arriba. No sabía muy bien por qué se encontraba allí o por qué luchaba en ese sector. ¡Sólo quería seguir vivo!

Los sharaníes gritaban y maldecían en un lenguaje desconocido. Tenían un montón de encauzadores, pero la unidad a la que se enfrentaban ellos la componían tropas de a pie que utilizaban diversas armas de mano, en su mayoría espadas y escudos. Los cadáveres alfombraban el suelo, y eso ocasionaba dificultades a ambos bandos a medida que Juilin y sus hombres cumplían las órdenes de presionar a las tropas sharaníes, en tanto que las Aes Sedai y los encauzadores enemigos intercambiaban tejidos.

Juilin manejaba una lanza, arma con la que no estaba muy familiarizado. Una tropa sharaní protegida con armadura se abrió paso entre las picas de Myk y Charn. Los oficiales llevaban petos que, curiosamente, iban envueltos en telas de diversos colores, en tanto que los de los soldados rasos eran de cuero con tiras de metal embutidas. Todos llevaban la espalda pintada con extraños dibujos.

El cabecilla de la tropa sharaní blandía una maza de aspecto siniestro con la que golpeó brutalmente a un piquero y después a otro. El hombre le gritó a Juilin insultos que él no entendió.

Juilin hizo una finta y, cuando el sharaní levantó el escudo, él aprovechó para hincarle la lanza en el hueco de la armadura que había entre el peto y el brazo. ¡Luz, ni siquiera pestañeó! El sharaní lo golpeó con el escudo, obligándolo a recular. La

lanza resbaló de sus dedos sudorosos; maldiciendo, echó mano a su quiebraespadas, un arma que conocía bien. Myk y los demás luchaban cerca, enzarzados con los otros sharaníes de la tropa. Charn intentó ayudar a Juilin, pero el demente sharaní descargó la maza en la cabeza de Charn y se la partió en dos, como si fuera una nuez.

—¡Muere, maldito monstruo! —gritó Juilin, que saltó hacia adelante y golpeó con la quiebraespadas el cuello del hombre, justo por encima del gorjal.

Otros sharaníes se movían deprisa hacia su posición. Juilin retrocedió, mientras el hombre que tenía enfrente se desplomaba y moría. Justo a tiempo, ya que un sharaní a su izquierda intentó descabezarlo con un amplio barrido lateral de su espada. La punta del arma le rozó la oreja y Juilin, de forma instintiva, alzó su propia hoja. El arma del adversario se partió en dos. Con rapidez, Juilin despachó al hombre con un golpe de revés que lo alcanzó en el cuello.

Juilin se apresuró a recoger la pica. Bolas de fuego cayeron cerca, tanto de los ataques de las Aes Sedai a la espalda como de los sharaníes de los Altos al frente. La tierra desmenuzada le cubrió el pelo y se le pegó a la sangre que tenía en los brazos.

—¡Aguantad! —les gritó a sus hombres—. ¡Maldita sea, tenemos que aguantar!

Atacó a otro sharaní que iba hacia él. Uno de los piqueros alzó el arma a tiempo de ensartar al adversario en un hombro, y Juilin lo atravesó con la lanza a través del peto de cuero.

El aire vibraba. Los oídos le pitaban un poco a causa de las explosiones. Juilin tiró hacia sí de la lanza a la par que bramaba órdenes a sus hombres.

Se suponía que no tenía que estar allí. Se suponía que debía estar en algún sitio cálido, con Amathera, pensando en el siguiente criminal que tenía que capturar.

Suponía que todos los hombres del campo de batalla pensaban que deberían estar en cualquier otra parte. Pero lo único que podían hacer era seguir combatiendo.

Te sienta bien el negro, transmitió Androl a Pevara mientras avanzaban a través del ejército enemigo en la cumbre de los Altos.

Eso es algo que uno no debería decir jamás a una Aes Sedai. Nunca, envió ella.

La única respuesta de él fue una sensación de nerviosismo a través del vínculo. Pevara lo entendía. Todos llevaban tejidos invertidos de la Máscara de Espejos y caminaban entre Amigos Siniestros, Engendros de la Sombra y sharaníes. Y funcionaba. Pevara llevaba un vestido blanco y una capa negra por encima —esas prendas no eran parte del tejido— pero cualquiera que mirara bajo la capucha de la capa vería el rostro de Alviarin, perteneciente al Ajah Negro. Theodrin tenía la cara de Rianna.

Androl y Emarin llevaban tejidos que los hacían parecer Nensen y Kash, dos de los compinches de Taim. Jonneth, con el rostro anodino de un Amigo Siniestro, había cambiado por completo de apariencia y hacía bien su papel, medio escondido tras

ellos y cargado con el equipo de los demás. Nadie habría relacionado jamás al afable hombre de Dos Ríos con ese hombre de rostro aguileño, cabello graso y actitud nerviosa.

Avanzaban a paso vivo a lo largo de la retaguardia del ejército de la Sombra en los Altos. Unos trollocs cargaban con haces de flechas hacia el frente; otros abandonaban las líneas para darse un banquete con los montones de cadáveres. Allí había calderos cociendo. Aquello impresionó a Pevara. ¿Se paraban para comer? ¿Ahora?

Sólo algunos de ellos, transmitió Androl. *También se hace en los ejércitos humanos, aunque esos momentos no se cuentan en las baladas. La lucha se ha prolongado a lo largo de todo el día, y los soldados necesitan energía para combatir. Por lo general, se hacen rotaciones de tres tandas; las tropas del frente, las tropas de reserva y las que están fuera de servicio, soldados que se apartarán de la lucha caminando con dificultad y comerán lo más rápido posible para poder dormir un poco. Y, después, de vuelta al frente*.

Hubo un tiempo en que Pevara había visto la guerra de forma diferente. Había imaginado que todos los hombres se volcaban en la lucha todo el día. Una batalla de verdad, sin embargo, no era una carrera acelerada; era una caminata larga y penosa que machacaba el alma.

La tarde ya estaba muy avanzada y se acercaba el crepúsculo. Hacia el este, debajo de los Altos, líneas de combate se extendían lejos en ambas direcciones a lo largo del cauce seco del río. Muchos miles de hombres y trollocs combatían allí, atrás y adelante. Sí, muchísimos trollocs luchaban allí, pero otros regresaban en rotaciones de vuelta a los Altos, ya fuera para comer o para desplomarse inconscientes durante un tiempo.

Pevara no miró con atención los calderos, aunque Jonneth cayó de rodillas y vomitó junto al camino. Había identificado trozos de cuerpos flotando en el espeso guiso. Mientras vaciaba el estómago en el suelo, unos cuantos trollocs que pasaban por allí resoplaron y ulularon haciéndole burla.

¿Por qué bajan de los Altos para tomar el río? Aquí arriba parece una posición mejor, transmitió a Androl.

Tal vez, pero el ejército de la Sombra es el atacante. Si permanecen en esta posición le viene bien al ejército de Cauthon, envió él. *Demandred tiene que seguir presionándolo. Lo cual implica cruzar el río*.

Así que Androl también sabía de tácticas. Interesante.

He aprendido algunas cosas, transmitió Androl. *Pero no voy a dirigir una batalla en un futuro inmediato*.

Sólo era curiosidad sobre las muchas vidas distintas que has llevado, Androl.

Un razonamiento curioso, viniendo de una mujer que es lo bastante mayor para

ser mi tatarabuela.

Siguieron a lo largo de lado oriental de los Altos. A lo lejos, en el lado occidental, las Aes Sedai avanzaban hacia la cima con muchas dificultades; pero, de momento, esa posición seguía en poder de las fuerzas de Demandred. Esa zona por la que Pevara y los otros caminaban se hallaba repleta de trollocs. Algunos les hacían una reverencia con pesada torpeza al cruzarse con ellos, otros se acurrucaban en las rocas para dormir, sin cojines ni mantas. Todos dejaban el arma a mano.

—Esto no parece muy prometedor —susurró Emarin, oculto tras su máscara—. No imagino a Taim relacionándose con los trollocs más de lo estrictamente necesario.

—Más adelante —dijo Androl—. Mira allí.

Los trollocs estaban separados de un grupo de sharaníes que se encontraba un poco más allá, con uniformes distintos. Llevaban una armadura envuelta en telas, de modo que no se veía nada de metal, excepto en la espalda, aunque la forma de los petos resultaba obvia. Pevara miró a los otros.

—Puedo imaginar a Taim formando parte de ese grupo —dijo Emarin—. En primer lugar, seguramente el olor es menos pútrido que aquí, entre los trollocs.

Pevara había hecho caso omiso del hedor, igual que hacía con el calor y el frío. Sin embargo, como había dicho Emarin, una pizca de lo que los otros olían se coló a través de sus defensas. Enseguida recobró el control. Era espantoso.

—¿Nos dejarán pasar los sharaníes? —preguntó Jonneth.

—Veremos —repuso Pevara, que echó a andar en esa dirección.

El grupo formó a su alrededor. Aprensivos, los guardias sharaníes mantenían una línea contra los trollocs y los observaban como harían con un enemigo. Esa alianza, o lo que quiera que fuera, no les hacía ni pizca de gracia a los soldados sharaníes. Ni siquiera intentaban disimular su desagrado, y muchos se habían atado trapos sobre la nariz y la boca para protegerse del hedor.

Cuando Pevara cruzó la línea, un noble —o eso supuso que era, a juzgar por la armadura de anillas de latón— se adelantó para salirle al paso. Una mirada Aes Sedai muy practicada lo mantuvo a raya.

«Soy demasiado importante para que te tomes la molestia», decía esa mirada. Funcionó estupendamente, y enseguida todos estaban dentro.

El campamento de reservas sharaní mantenía el orden mientras los hombres entraban de rotación desde el oeste, donde habían combatido con las fuerzas de la Torre Blanca. El feroz encauzamiento que llegaba de esa dirección no dejaba de atraer la atención de Pevara, como un faro brillante.

¿*En qué piensas*?, le transmitió Androl.

Vamos a tener que hablar con alguien. El campo de batalla es demasiado grande para que encontremos a Taim por nuestros propios medios.

Él le transmitió su conformidad. No por primera vez, a Pevara le pareció molesto

el vínculo porque distraía su atención. No sólo tenía que luchar con su propio nerviosismo, sino también con el de Androl. Éste le llegaba desde el fondo de la mente, y se veía forzada a controlarlo mediante ejercicios de respiración que había aprendido cuando había llegado a la Torre por primera vez.

Se detuvo en el centro del campamento y miró en derredor mientras trataba de decidir a quién preguntar. Distinguía sirvientes de nobles. Abordar a los primeros sería menos peligroso, pero también era más probable que no obtuviera resultados. Quizá…

—¡Tú!

Pevara sufrió un sobresalto y giró sobre sus talones.

—No tendrías que estar aquí.

El envejecido sharaní que había hablado estaba completamente calvo y tenía la barba gris. Empuñaduras gemelas de espadas, en forma de cabezas de serpiente, le asomaban por detrás de los hombros; llevaba las hojas de las espadas cruzadas a la espalda, y sostenía un bastón con agujeros extraños a todo lo largo de la madera. ¿Algún tipo raro de flauta?

—Ven —dijo el hombre con un acento tan fuerte que Pevara apenas entendía—. Wyld tendrá que verte.

¿*Quién es Wyld*?, transmitió Pevara a Androl.

Tan perplejo como ella, él meneó con la cabeza.

Esto podría terminar de muy mala manera.

El hombre se paró un poco más adelante y los miró con gesto irritado. ¿Qué haría si se negaban a seguirlo? Pevara estuvo tentada de crear un acceso para huir todos por él.

Vamos con él, transmitió Androl al tiempo que echaba a andar. *No vamos a encontrar a Taim nunca a menos que hablemos con alguien*.

Pevara frunció el entrecejo al verlo caminar en pos del hombre, y los otros Asha'man se unieron a él. Pevara se apresuró a alcanzarlos.

Creía que habíamos decidido que era yo la que comandaba, le envió el pensamiento.

No, replicó Androl. *Creo que habíamos decidido que actuarías como si fueras tú la que comandaba*.

La respuesta de Pevara fue una calculada mezcla de frío desagrado y una implicación de que la conversación no había terminado ahí. Por su parte, Androl respondió con una sensación de regocijo.

¿Acabas de… lanzarme una furiosa mirada mental? Es impresionante, transmitió luego.

Estamos corriendo un riesgo. Ese hombre podría estar conduciéndonos a ninguna parte.

Sí, comunicó Androl.

Algo bullía ardiente dentro de él, algo que sólo había sido un atisbo hasta ese momento.

¿*Tantas ganas tienes de pillar a Taim*?

… Sí. En efecto.

Ella asintió con la cabeza.

¿*Lo comprendes*?, transmitió Androl.

Yo también he perdido amigas por él, Androl. Vi cómo se apoderaba de ellas delante de mí. Pero hemos de ir con cuidado. No podemos correr demasiados riesgos. Todavía no.

Es el fin del mundo, Pevara. Si no podemos correr riesgos ahora, ¿cuándo vamos a hacerlo?

Ella lo siguió sin discutir más y pensó en aquel foco de determinación que había percibido en Androl. Al tomar a sus amigos y Trasmutarlos al servicio de la Sombra, Taim había despertado algo en él.

Mientras seguían al viejo sharaní, Pevara comprendió que en realidad no entendía lo que Androl sentía; no del todo. Habían tomado a amigas Aes Sedai suyas, pero no era lo mismo que el hecho de que Androl perdiera a Evin. El muchacho había confiado en él, había buscado su protección. Las Aes Sedai que estaban con ella habían sido conocidas, amigas, pero era diferente.

El viejo sharaní los condujo a un grupo mayor de gente; muchos vestían ropas elegantes. Por lo visto, ni los hombres ni las mujeres de la más alta nobleza entre los sharaníes luchaban, ya que ninguno de ellos portaba un arma. Abrieron paso al hombre mayor, aunque algunos hicieron una mueca de desdén al mirar sus armas.

Jonneth y Emarin se situaron junto a Pevara y Theodrin, uno a cada lado, como guardias personales. Miraban a los sharaníes con las manos posadas en las armas, y Pevara sospechaba que ambos asían el Poder Único. En fin, eso sería cosa de esperar en Señores del Espanto que se encontraban entre aliados de los que no se fiaban del todo. No tenían por qué protegerla de ese modo, pero era un bonito gesto. Ella siempre había pensado que sería útil tener un Guardián. Había ido a la Torre Negra con intención de tomar varios Asha'man como Guardianes. Tal vez…

Androl sintió celos de inmediato.

¿*Qué eres tú? ¿Una de esas Verdes con un tropel de hombres adulándola*?

¿*Por qué no*?, transmitió en respuesta, con regocijo.

Son demasiado jóvenes para ti, fue la respuesta que envió Androl. *Al menos Jonneth sí lo es. Y Theodrin te disputaría el vínculo con él*.

Me estoy planteando vincularlos, no meterlos en mi cama, Androl. Por favor. Además, Emarin prefiere a los hombres.

Androl hizo una pausa. ¿*En serio*?

Pues claro que sí. ¿Es que no te fijas en nada?

Androl parecía perplejo. A veces los hombres podían ser increíblemente obtusos, incluso los que eran observadores, como Androl.

Pevara abrazó el Poder Único cuando llegaban al centro del grupo. ¿Le daría tiempo para crear un acceso si algo iba mal? No conocía el área; pero, siempre y cuando Viajara a algún lugar próximo, no importaría. Tenía la sensación de que se dirigía hacia el nudo corredizo de una horca y que lo examinaba para decidir si se le ajustaría bien al cuello.

Un hombre alto, vestido con armadura hecha de discos plateados con agujeros en el centro, se encontraba en medio del grupo e impartía órdenes. Mientras observaban, una taza se movió hacia él por el aire. Androl se puso tenso.

Está encauzando, Pevara.

¿Era, pues, Demandred? Tenía que serlo. Pevara dejó que el *Saidar* la inundara con su cálido brillo y se llevara sus emociones. El hombre mayor que los había conducido hasta allí se adelantó y le susurró algo a Demandred. A despecho de tener los sentidos aguzados por el *Saidar*, Pevara no logró oír lo que decía.

Demandred se volvió hacia el grupo.

—¿Qué es esto? ¿Tan pronto ha olvidado M'Hael mis órdenes? —inquirió.

Androl cayó de rodillas, al igual que los otros. Aunque le daba rabia, Pevara también hincó la rodilla en el suelo.

—Insigne Señor —dijo Androl—, simplemente estábamos…

—¡Nada de excusas! —gritó Demandred—. ¡Nada de juegos! M'Hael ha de llevar a todos sus Señores del Espanto para destruir las fuerzas de la Torre Blanca. ¡Si veo a cualquiera de vosotros fuera de esa lucha, haré que quien sea desee que en lugar de eso lo hubiera entregado a los trollocs!

Androl asintió con enérgicos movimientos de cabeza y después empezó a retroceder. Un latigazo de Aire que Pevara no pudo ver —aunque sí sintió el dolor de Androl a través del vínculo— le cruzó la cara. Los demás lo siguieron a trompicones, con la cabeza gacha.

Eso ha sido estúpido y peligroso, transmitió Pevara a Androl.

Y fructífero, repuso él con la vista al frente y la mano en la mejilla, mientras la sangre le escurría entre los dedos. *Ahora sabemos con seguridad que Taim está en el campo de batalla y dónde podemos encontrarlo. En marcha*.

Galad avanzaba con dificultad a través de una pesadilla. Había sabido que la Última Batalla podría ser el fin del mundo, pero ahora… Ahora lo percibía.

Encauzadores de ambos bandos se hostigaban unos a otros y hacían temblar los Altos de Polov. Los rayos se habían descargado con tanta frecuencia que Galad casi no oía ya, y los ojos le lloraban de dolor por los fogonazos de las explosiones

cercanas.

Se tiró de nuevo al suelo en pendiente del declive, con el hombro metido en la tierra y agachada la cabeza para protegerse de una serie de explosiones que desgarraron la ladera delante de él. Su equipo —doce hombres con capas blancas hechas jirones— se zambulleron al suelo junto a él para protegerse.

Las fuerzas de la Torre Blanca estaban sufriendo una gran presión con los ataques, pero lo mismo les ocurría a las fuerzas sharaníes. El poder de tantos encauzadores era increíble.

El grueso de la infantería de la Torre Blanca y un gran número de tropas sharaníes combatían allí, al oeste de los Altos. Galad se mantenía en el perímetro de la batalla, buscando encauzadores sharaníes que estuvieran solos o en pequeños grupos. Allí, las líneas de batalla de ambos bandos se habían roto en muchos sitios. No era de extrañar; resultaba casi imposible mantener una línea de formación consistente con todo aquel poder lanzado en un intercambio constante.

Bandas de soldados corrían con dificultad en busca de agujeros abiertos por explosiones en la roca donde guarecerse. Otros protegían grupos de encauzadores. Cerca, hombres y mujeres deambulaban en pequeños equipos y destruían soldados con fuego y rayos.

A ésos era a los que Galad daba caza.

Levantó la espada para señalar a un trío de mujeres sharaníes que estaban en la cumbre de los Altos. Sus hombres y él se encontraban a más de la mitad de la ladera.

Tres. Tres sería difícil. Dirigieron la atención hacia un grupo pequeño de hombres que lucían la Llama de Tar Valon. Los rayos se descargaron sobre los infortunados soldados.

Galad alzó cuatro dedos. Plan cuarto. Salió del agujero y corrió hacia las tres mujeres. Sus hombres esperaron a la cuenta de cinco y luego fueron detrás.

Las mujeres lo vieron. Si hubieran seguido vueltas hacia otro lado, Galad habría sacado ventaja. Una alzó una mano, encauzó Fuego y arrojó el tejido contra él. La llama lo alcanzó y, aunque podía notar el calor, el tejido se deshizo y desapareció… dejándolo chamuscado, pero sin sufrir apenas daños.

Los ojos de la sharaní se desorbitaron por la impresión. Esa mirada… Era una mirada que, para entonces, empezaba a resultarle familiar a Galad. Era la de un soldado cuya espada se rompe en batalla, la de alguien que ha visto algo que no habría tenido que ver. ¿Qué hacía uno cuando el Poder Único —lo único de lo que dependía para estar por encima de la gente corriente— fallaba?

Moría. La espada de Galad degolló a la mujer mientras una de sus compañeras intentaba inmovilizarlo con Aire. Sintió enfriarse el medallón en el pecho y notó la corriente de Aire moviéndose a su alrededor.

«Una mala elección», pensó Galad mientras hundía la espada en el torso de la

segunda mujer. La tercera resultó ser más avispada y le arrojó una roca grande. Apenas le dio tiempo de levantar el escudo antes de que la roca lo golpeara en el brazo, aunque el impacto lo hizo recular. La mujer levantaba otra roca justo cuando el equipo de Galad llegó hasta ella. Las espadas acabaron con su vida.

Echando la cabeza hacia atrás, Galad contuvo el aliento al sentir irradiar el dolor por el golpe de la roca. Se sentó, gemebundo. Cerca, sus hombres seguían descargando las espadas sobre el cuerpo de la tercera mujer. No tendrían que haber sido tan concienzudos, pero algunos Hijos albergaban ideas extrañas sobre lo que las Aes Sedai eran capaces de hacer. Había sorprendido a Laird cortándole la cabeza a una de las sharaníes para enterrarla separada del cuerpo. Según él, a menos que uno hiciera eso, volvían a la vida en la siguiente luna llena.

Mientras los hombres troceaban los otros dos cuerpos, Golever se acercó y le ofreció a Galad una mano.

—Juro por la Luz —dijo Golever con una amplia sonrisa en la cara barbuda— que si éste no es el mejor trabajo que he hecho jamás, capitán general, no sé qué otro podría ser.

—Es lo que debe hacerse, Hijo Golever. —Galad se puso de pie.

—¡Ojalá hubiera de hacerse más a menudo! Es lo que los Hijos han esperado durante siglos. Eres el primero en satisfacer esas expectativas. Que la Luz te ilumine, Galad Damodred. ¡Que la Luz te ilumine!

—Que la Luz ilumine el día en que los hombres no tengan que matar a nadie —repuso con aire cansado Galad—. No es digno gozarse en la muerte.

—Desde luego, capitán general. —Golever siguió sonriendo.

Galad contempló el sangriento pandemónium de la ladera occidental de los Altos. Quisiera la Luz que Cauthon sacara algo en claro de esa batalla, porque él no entendía nada.

—¡Lord capitán general! —gritó una voz asustada.

Galad giró rápidamente sobre sus talones. Era Alhanra, uno de sus exploradores.

—¿Qué ocurre, Hijo Alhanra? —preguntó Galad mientras el larguirucho hombre se acercaba a la carrera.

Nada de caballos. Estaban en un declive y los animales no habrían reaccionado bien a las descargas de rayos. Era mejor confiar en las propias piernas.

—Tenéis que ver esto, milord —dijo Alhanra, jadeando—. Es… Es vuestro hermano.

—¿Gawyn?

Imposible. «No —pensó—. No es imposible. Estaría con Egwene, luchando en su frente».

Galad corrió en pos de Alhanra, acompañado por Golever y los otros. El cuerpo de Gawyn yacía con el semblante ceniciento en un hueco entre dos rocas, en la

cumbre de los Altos. Cerca, un caballo ronzaba hierba, con un rastro de sangre resbalando por un costado. Por las apariencias, no era sangre del animal. Galad se arrodilló al lado del cuerpo de su hermano. Gawyn no había tenido una muerte fácil. Pero ¿qué le había ocurrido a Egwene?

—Paz, hermano —musitó Galad, que posó una mano en el cuerpo—. Que la Luz te…

—Galad… —susurró Gawyn; los parpados le aletearon con debilidad y abrió los ojos.

—¡Gawyn! —exclamó Galad, conmocionado.

Gawyn tenía una mala herida en el vientre. Llevaba puestos unos anillos extraños. Había sangre por todas partes: en la mano, en el pecho, en todo el cuerpo… ¿Cómo podía seguir vivo?

«El vínculo de Guardián», comprendió.

—¡Tenemos que llevarte para que te hagan la Curación! Una de las Aes Sedai.

Metió las manos por el hueco de la roca y recogió a Gawyn.

—Galad…, he fracasado…

—Gawyn tenía los ojos fijos en el cielo, vacía la mirada.

—Lo has hecho bien.

—No. Fallé. Tendría que… Tendría que haberme quedado con ella. Y maté a Hammar. ¿Lo sabías? Lo maté. Luz. Tendría que haber elegido un bando…

Galad abrazó a su hermano y echó a correr a lo largo de la pendiente, hacia las Aes Sedai. Intentó proteger a Gawyn en medio de los ataques de los encauzadores. Sólo unos instantes después, una explosión reventó el suelo rocoso entre los Hijos y los lanzó al aire, tirando a Galad al suelo. Soltó a Gawyn al desplomarse.

Gawyn tembló y la mirada se le enturbió.

Galad gateó hacia él e intentó levantarlo de nuevo, pero Gawyn le asió el brazo y lo miró a los ojos.

—La he amado, Galad. Díselo.

—Si estás vinculado, entonces ella lo sabe.

—Esto le hará daño —susurró Gawyn, pálidos los labios—. Y al final fracasé. No lo maté.

—¿A quién?

—A Demandred —musitó Gawyn—. Intenté matarlo, pero no era lo bastante bueno. Nunca he sido… lo bastante… bueno…

Galad sintió que lo invadía un frío intenso. Había visto morir hombres, había perdido amigos. Pero esto dolía más. Luz, cómo dolía. Había amado a su hermano, profundamente… Y Gawyn, a diferencia de Elayne, le había correspondido.

—Te llevaré a un lugar seguro, Gawyn —dijo mientras lo levantaba, conmocionado al notar lágrimas en los ojos—. No me quedaré sin un hermano.

—Y no te quedarás sin uno. —Gawyn tosió—. Tienes otro hermano, Galad. Uno al que no conoces. Un hijo de… Tigraine…, que fue al Yermo… Hijo de una Doncella. Nacido en el Monte del Dragón…

«Oh, Luz».

—No lo odies, Galad —susurró Gawyn—. Yo lo odié siempre, pero luego no. Luego… no…

La vida abandonó los ojos de Gawyn.

Galad le buscó el pulso y después se sentó sin dejar de mirar a su hermano muerto. Del vendaje que Gawyn se había puesto en el costado se filtraba la sangre que caía al suelo seco, y el suelo la absorbía con ansia.

Golever se acercó a él ayudando a Alhanra, cuya cara ennegrecida y la ropa quemada olía a humo de la descarga de rayo.

—Lleva a los heridos a lugar seguro, Golever —le indicó Galad, que se puso de pie. Alzó la mano y tocó el medallón que llevaba al cuello—. Recoge a todos los hombres y marchaos.

—¿Y tú? —preguntó Golever.

—Yo haré lo que ha de hacerse —contestó Galad, frío por dentro. Frío como acero en invierno—. Llevaré la Luz a la Sombra. Llevaré la justicia al Renegado.

El soplo de vida que le quedaba a Gawyn desapareció.

Egwene se frenó en seco en el campo de batalla. Algo se rompió dentro de ella. Era como si un cuchillo la desgarrara y le arrancara la parte de Gawyn que llevaba dentro, dejando sólo vacío.

Gritó y cayó de rodillas. No. No podía ser. ¡Podía sentirlo, justo un poco más adelante! Había corrido hacia él. Podía… Podía…

Ya no estaba.

Egwene aulló y se abrió al Poder Único absorbiendo todo lo que era capaz de absorber. Lo soltó como un muro de llamas hacia los sharaníes que había todo en derredor ahora. Antes defendían los Altos, con las Aes Sedai debajo, pero ahora todo era un caos.

Los atacó con el Poder, aferrada al *sa’angreal* de Vora. ¡Los destruiría! ¡Luz! Dolía. Cómo dolía.

—¡Madre! —gritó Silviana, que la asió por el brazo—. ¡Habéis perdido el control, madre! Mataréis a los nuestros. ¡Por favor!

Egwene respiraba entre jadeos. Cerca, un grupo de Capas Blancas pasó tambaleándose, llevando heridos declive abajo.

¡Tan cerca! Oh, Luz. ¡Había muerto!

—¡Madre! —dijo Silviana.

Egwene apenas la oyó. Se tocó la cara y encontró lágrimas. Antes había sido

audaz. Había afirmado que podría seguir luchando a pesar de la pérdida. Qué ingenua. Dejó que el fuego del *Saidar* muriera dentro de ella. Con el *Saidar* ausente, la vida la abandonó. Se desplomó y sintió unas manos que se la llevaban. A través de un acceso, fuera del campo de batalla.

Tam utilizó su última flecha para salvar a un Capa Blanca. Lo cual era algo que jamás había imaginado que haría, pero allí estaba. El trolloc con rasgos lobunos trastabilló hacia atrás con la flecha hundida en un ojo, resistiéndose a caer hasta que el joven Capa Blanca se incorporó en el barro y lo golpeó en las rodillas.

Sus hombres se encontraban situados ahora en las pasarelas de la empalizada y disparaban andanadas de flechas a los trollocs que habían entrado allí a través del cauce del río. El número de monstruos había menguado, pero aún había muchos.

Hasta ese momento, la batalla había ido bien. Las fuerzas combinadas de Tam se habían desplegado a lo largo del río, en la orilla shienariana. Río abajo, la Legión del Dragón, los escuadrones de ballesteros y la caballería pesada contenían el avance trolloc. Los mismos hechos se desarrollaban ahí, río arriba, con arqueros, tropas de infantería y caballería frenando la incursión trolloc por el lecho del río. Hasta que los suministros empezaron a menguar y Tam se vio forzado a retirar a sus hombres a la relativa seguridad de la empalizada.

Tam miró a un lado. Abell alzó el arco y se encogió de hombros. Tampoco le quedaban flechas. De un extremo a otro de la empalizada, los hombres de Dos Ríos levantaban los arcos. No había flechas.

—No vendrán más —dijo en voz queda Abell—. El chico dijo que ese lote era el último.

El ejército de Capas Blancas, mezclado con miembros de la Guardia del Lobo de Perrin, luchaba con denuedo, pero los estaban empujando hacia atrás desde el cauce del río por el que llegaba un tropel tras otro. Luchaban en tres lados, y otra fuerza trolloc acababa de llegar dando un rodeo para encajonarlos del todo. El estandarte de Ghealdan ondeaba cerca de las ruinas. Arganda defendía esa posición junto con Nurelle y los restantes hombres de la Guardia Alada.

Si esa batalla hubiera sido otra, Tam habría hecho que sus hombres reservaran flechas para cubrir un repliegue. Ese día no habría retirada, y la orden de disparar había sido la correcta; los chicos se habían tomado tiempo con cada disparo. Seguramente debían de haber matado a millares de trollocs durante las horas que llevaban combatiendo. Mas ¿qué era un arquero sin su arco?

«Sigue siendo un hombre de Dos Ríos —pensó Tam—. Y sigue sin querer dar por perdida esta batalla».

—¡Bajad de las pasarelas y situaos en formación, con armas! —les gritó a los chicos—. Dejad aquí los arcos. Los recogeremos cuando nos lleguen más flechas.

No llegarían más flechas, pero los hombres de Dos Ríos estarían más contentos fingiendo que podrían volver a recoger sus arcos. Formaron en filas como Tam les había enseñado, armados con lanzas, hachas, espadas, incluso algunas guadañas. Todo, cualquier cosa que tuvieran a mano, además de escudos para los que empuñaban hachas o espadas, y buenas armaduras de cuero para todos ellos. Ninguna

pica, por desgracia. Después de equipar a la infantería pesada, no había sobrado ninguna.

—Permaneced bien juntos —les dijo Tam—. Formad en dos cuñas. Atacaremos a los trollocs rodeando a los Capas Blancas.

Lo mejor que podía hacerse —al menos era lo mejor que se le había ocurrido a Tam— era caer sobre esos trollocs que acababan de rodear a las Capas Blancas, fragmentarlos y ayudar a los Capas Blancas a salir de la trampa.

Los hombres asintieron con la cabeza, aunque probablemente entendían poco las tácticas. Eso no importaba. Siempre y cuando mantuvieran la disciplina de la formación en líneas como él les había enseñado.

Se pusieron en marcha, corriendo, y Tam recordó otro campo de batalla. Nieve azotándole la cara, arrastrada por terribles ventoleras. En cierto modo, en ese campo de batalla había empezado todo aquello. Ahora terminaba allí.

Tam se situó en la punta de la primera cuña, y puso a Deoan —un hombre de Deven Ride que había servido en el ejército andoreño— en la punta de la otra. Guió a sus hombres hacia adelante a paso ligero para que ni ellos ni él mismo pensaran demasiado en lo que estaba a punto de suceder.

A medida que se acercaban a los corpulentos trollocs con sus espadas, lanzas de armas y hachas de guerra, Tam buscó la llama y el vacío. El nerviosismo desapareció. Toda emoción se evaporó. Desenvainó la espada que Rand le había dado, la de los dragones pintados en la vaina. Era el arma más magnífica que había visto en su vida. Esos pliegues del metal susurraban su origen antiguo. Parecía un arma demasiado buena para él. Siempre había sentido lo mismo con cada espada que había utilizado.

—¡Recordad, mantened la formación! —gritó Tam volviendo la cabeza hacia sus hombres—. No dejéis que nos separen. Si cae alguien, el que esté detrás que avance y ocupe su sitio mientras otro tira del caído hacia el centro de la cuña.

Ellos asintieron de nuevo con un gesto y luego atacaron a los trollocs por la retaguardia, donde habían rodeado a los Hijos de la Luz en el río.

Su formación golpeó y empujó hacia adelante. Los enormes trollocs se dieron la vuelta para luchar.

Fortuona despidió con un gesto de la mano a la *so’jhin* que intentaba sustituir con otros sus ropajes regios. Olía al humo del fuego y tenía los brazos quemados y con cortes en varios sitios. No aceptaría la Curación de una *damane*. Fortuona consideraba la Curación un avance útil —y algunos de los suyos empezaban a cambiar de actitud respecto a eso—, pero no estaba segura de que la emperatriz debiera someterse a ello. Además, las heridas no eran graves.

Los Guardias de la Muerte arrodillados delante de ella tendrían que recibir algún tipo de castigo. Ésta era la segunda vez que habían permitido que un asesino llegara

hasta ella, y, aunque no los culpaba por el fallo en su tarea, negarles el castigo sería negarles el honor. Se le encogía el corazón al pensarlo, pero sabía lo que iba a tener que hacer.

Dio la orden en persona. Selucia, como su Voz, debería haberlo hecho, pero a Selucia estaban aplicándole remedios para las heridas. Y Karede merecía el pequeño honor de recibir su orden de ejecución por boca de la propia Fortuona.

—Todos los que estabais de servicio iréis a luchar contra las *marath'damane* enemigas directamente —ordenó a Karede—. Luchad valerosamente por el imperio allí e intentad matar a las *marath'damane* del enemigo.

Vio que Karede se relajaba. Era un modo de seguir sirviendo; probablemente se habría arrojado sobre su propia espada de haberle dado ocasión de hacerlo. Su orden era un gesto de clemencia.

Dio la espalda al hombre que había cuidado de ella durante su juventud, el hombre que había contravenido lo que se esperaba de él. Todo por ella. También ella recibiría su castigo por lo que debía hacer más tarde. En ese momento, le otorgaría todo el honor que pudiera.

—Darbinda —dijo, volviéndose hacia la mujer que insistía en llamarse a sí misma «Min» a pesar del honor del nombre nuevo que ella le había dado y que significaba «chica de imágenes» en la Antigua Lengua—, me has salvado la vida y posiblemente también has salvado la del Príncipe de los Cuervos. Te nombro perteneciente a la Sangre, Augur del Destino. Que tu nombre sea venerado por generaciones venideras.

Darbinda se cruzó de brazos. Cómo se parecía a Knotai. Obstinadamente humildes, esos habitantes del continente. De hecho, se sentían orgullosos —orgullosos, nada menos— de su ascendencia de baja cuna. Incomprensible.

Knotai estaba sentado en un tocón cercano, donde recibía informes de la batalla y espetaba órdenes. La batalla de las Aes Sedai por la zona occidental de los Altos empezaba a sumirse en el caos. Él buscó su mirada a través del pequeño espacio que los separaba e hizo un gesto de asentimiento.

Si había espías —y a ella le sorprendería que no hubiera alguno— había llegado el momento de engañarlos. Todos los que habían sobrevivido al ataque se encontraban reunidos a su alrededor. Fortuona había insistido en que estuvieran cerca, sin duda con el propósito de recompensar a quienes la habían servido bien y de castigar a los que no lo habían hecho. Todos los guardias, sirvientes y nobles oyeron lo que decía cuando empezó a hablar.

—Knotai, aún hemos de discutir lo que debería hacer respecto a ti. La Guardia de la Muerte tiene a su cargo la seguridad, pero a ti se te ha encomendado la defensa de este campamento. Si sospechabas que nuestro puesto de mando no era seguro, ¿por qué no lo dijiste antes?

—¿Acaso estás sugiriendo que lo ocurrido es culpa mía, puñetas?

Knotai se levantó e interrumpió los informes de los exploradores con un gesto.

—Te di el mando aquí —dijo Fortuona—. En última instancia, la responsabilidad por este fracaso es tuya, pues. ¿O no?

Cerca, el general Galgan frunció el entrecejo. Él no lo veía así. Otros miraron hacia Knotai con expresión acusadora. Nobles aduladores; le echarían la culpa porque no era seanchan. Era impresionante que Knotai se hubiera ganado a Galgan con tanta rapidez. ¿O es que Galgan hacía alarde de sus emociones a propósito? ¿Sería el espía? ¿Podría haber estado manipulando a Suroth, o simplemente era un espía encubierto, como segunda opción si Suroth fracasaba?

—No admito responsabilidad alguna por esto, Tuon —contestó Knotai—. Eres tú la que insistió en observar lo que pasaba desde el campamento, cuando podrías haber permanecido en otro sitio seguro, puñetas.

—Quizá tendría que haber hecho eso exactamente —replicó con frialdad ella—. Toda esta batalla ha sido un desastre. Pierdes terreno a cada momento. Hablas a la ligera y bromeas, rechazando de plano el protocolo debido; creo que no has abordado esto con la solemnidad apropiada a tu rango.

Knotai se echó a reír. Era una risa impetuosa, genuina. Lo hacía muy bien. Fortuona creía que era la única que veía las dos columnas de humo gemelas que se elevaban en los Altos, justo detrás de él. Un augurio apropiado para Knotai: una jugada fuerte brindaría grandes beneficios. O entrañaría un coste enorme.

—Se acabó, estoy harto de tus tonterías —declaró Knotai al tiempo que agitaba la mano en su dirección—. Tú y tus jodidas reglas seanchan que no dejan de poner obstáculos.

—Pues yo también estoy harta, no te aguanto más —dijo ella, alzando la barbilla —. Jamás debimos unirnos a esta batalla. Lo mejor que podemos hacer es preparar las defensas de nuestras tierras al suroeste. No permitiré que malgastes las vidas de mis soldados.

—Ve, pues —gruñó Knotai—. ¿Qué me importa a mí?

Ella giró bruscamente sobre sus talones y se alejó con gesto airado.

—Vamos —ordenó a los demás—. Reunid a vuestras *damane*. Todos, salvo los Guardias de la Muerte, Viajaremos al campamento de nuestro ejército junto al Erinin, y después regresaremos a Ebou Dar. Libraremos la verdadera Última Batalla allí, una vez que estos necios nos hayan hecho el favor de debilitar a los Engendros de la Sombra.

Los suyos la siguieron. ¿Habría sido convincente la estratagema? El espía había visto que enviaba a la muerte a hombres que la querían; ¿daría eso la idea de que actuaba de forma temeraria? ¿Lo bastante temeraria y presuntuosa para quitarle sus tropas a Knotai? Sí, era lo bastante creíble. En cierto modo, le gustaría hacer lo que había dicho, y combatir en el sur.

Por supuesto, hacer eso sería hacer caso omiso del cielo desgarrado, de la tierra sacudida por temblores y de la lucha del Dragón Renacido. Ésos no eran augurios que ella podía pasar por alto.

El espía no sabía eso. No la conocía. El espía vería a una mujer joven y lo bastante necia para querer luchar sin el apoyo de nadie. Al menos, era lo que esperaba que creyera.

El Oscuro envolvió una red de posibilidad en torno a Rand.

Rand sabía que este forcejeo entre ellos —la lucha por lo que podría ser— era vital para el resultado de la Última Batalla. Él no podía tejer el futuro. Él no era la Rueda ni nada parecido. A pesar de todo lo que le había ocurrido, seguía siendo simplemente un hombre.

Empero, en él radicaba la esperanza de la humanidad. La humanidad tenía un destino, una elección de futuro. El camino que tomara el género humano… lo decidiría esta batalla, la de su voluntad en colisión con la del Oscuro. Por el momento, aquello que podía llegar a ser podría convertirse en lo que sería. Si se desmoronaba ahora dejaría que el Oscuro eligiera ese futuro.

HELO AQUÍ, dijo el Oscuro mientras las líneas luminosas se unían y Rand entraba en otro mundo. Un mundo que todavía no existía, pero un mundo que muy bien podría llegar a ser pronto.

Rand frunció el entrecejo y alzó la vista al cielo. No estaba enrojecido en esta visión, ni el paisaje se hallaba devastado. Aquello era Caemlyn, una Caemlyn muy semejante a la que conocía. Oh, sí, había diferencias. Carretas de vapor traqueteaban por las calles y se mezclaban con el tráfico de carruajes tirados por caballos y el gentío que iba a pie.

La ciudad se había expandido más allá de la muralla nueva; alcanzaba a verlo desde lo alto de la colina central en la que se encontraba. Incluso divisaba el lugar donde Talmanes había abierto un agujero en la muralla. No lo habían reparado. En cambio, la ciudad se expandía hacia afuera a través de él. Edificios cubrían lo que otrora habían sido campos de extramuros.

Rand frunció el entrecejo, dio media vuelta y caminó calle abajo. ¿Qué juego se traía entre manos el Oscuro? A buen seguro, esa ciudad normal, incluso próspera, no sería parte de sus planes para el mundo. La gente iba limpia y no parecía oprimida. No vio señales de la degradación que caracterizaba al mundo previo que el Oscuro había creado para él.

Despierta la curiosidad, se acercó a un puesto donde una mujer vendía fruta. La esbelta joven le dirigió una sonrisa sugerente al tiempo que señalaba su mercancía.

—Bienvenido, buen señor. Soy Renel, y mi tienda es el segundo hogar de cuantos buscan las mejores frutas de todo el mundo. ¡Tengo duraznos de Tear!

—¡Duraznos! —exclamo Rand, horrorizado.

Todo el mundo sabía que eran venenosos.

—¡Ja! ¡No temáis, buen señor! A éstos les han quitado la toxina. Son tan sanos como yo honrada.

La mujer sonrió y dio un mordisco a uno para demostrarlo. Mientras lo hacía, una mano mugrienta apareció por debajo del puesto de fruta; allí había escondido un pilluelo, un chiquillo en el que Rand no había reparado antes.

El crío se apoderó de una fruta roja desconocida para Rand y luego salió disparado. Estaba tan delgado que Rand le veía las costillas marcadas en la piel de un cuerpo demasiado pequeño, y corría con unas piernas tan flacas que era sorprendente que el chico pudiera caminar.

La mujer siguió sonriendo a Rand mientras bajaba la mano al costado; sacó una pequeña vara con un percutor al lado, para el dedo. Tiró del percutor y la vara restalló.

El pilluelo murió en medio de una rociada de sangre. Se desplomó, despatarrado, en el suelo. La gente lo esquivaba para seguir en el flujo de transeúntes, aunque alguien —un hombre con muchos guardias— recogió la pieza de fruta. Limpió la sangre y le dio un mordisco mientras seguía caminando. Unos segundos después, una carreta de vapor pasó rodando por encima del cadáver y lo aplastó en la embarrada calzada.

Espantado, Rand miró a la mujer. Ella se guardó el arma, sin que se le borrara la sonrisa de la cara.

—¿Buscáis algún tipo de fruta en particular? —le preguntó a Rand.

—¡Acabas de matar a ese crío!

—Sí. —La mujer parecía desconcertada—. ¿Os pertenecía, buen señor?

—No, pero…

¡Luz! La mujer no mostraba el menor atisbo de remordimiento o de preocupación. Rand se volvió y vio que a nadie más parecía importarle lo más mínimo lo que había pasado.

—Señor, tengo la impresión de que debería conoceros —dijo la mujer—. Vestís ropas excelentes, aunque algo pasadas de moda. ¿A qué facción pertenecéis?

—¿Facción? —repitió Rand, que miró hacia atrás.

—¿Y dónde están vuestros guardias? —preguntó la mujer—. Un hombre tan rico como vos los tiene, desde luego.

Rand la miró a los ojos, y luego corrió hacia un lado al tiempo que la mujer bajaba la mano hacia el arma otra vez. Rand dobló en una esquina. La mirada de esos ojos… Una falta total de cualquier clase de preocupación o de compasión humana. Lo habría matado sin pensarlo un instante. Lo sabía.

Otros en la calle lo vieron. Dieron con el codo a los compañeros y señalaron hacia

él.

—¡Di cuál es tu facción! —gritó un hombre que pasaba.

Otros empezaron a perseguirlo.

Rand dobló en otra esquina. El Poder Único. ¿Debería hacer uso de él? Ignoraba lo que ocurría en ese mundo. Como la vez anterior, le costaba trabajo disociarse de la visión. Sabía que no era completamente real, pero no podía evitar considerarse a sí mismo parte de ella.

No se arriesgó a abrazar el Poder Único y decidió fiarse de sus piernas de momento. No conocía muy bien Caemlyn, pero sí recordaba esa zona. Si llegaba al final de esa calle y giraba… ¡Sí, allí! Un poco más adelante vio un edificio conocido, con un letrero en la fachada en el que se representaba a un hombre arrodillado ante una mujer de cabello dorado rojizo. La Bendición de la Reina.

Rand llegó a la puerta principal en el momento en que los que lo perseguían se amontonaban en la esquina, detrás. Se detuvieron cuando Rand subió hacia la puerta dando traspiés, y la cruzó pasando junto a un tipo con aspecto de bruto que parecía montar guardia allí. ¿Un portero nuevo? Rand no lo conocía. ¿Seguiría siendo la posada de Basel Gill o habría cambiado de propietario?

Rand entró precipitadamente en una gran sala común, con el corazón latiéndole desbocado. Varios hombres que sostenían jarras de cerveza alzaron la vista hacia él. Rand estaba de suerte; detrás del mostrador, Basel Gill en persona frotaba una copa con un paño.

—¡Maese Gill! —dijo Rand.

El robusto posadero se volvió, fruncido el entrecejo.

—¿Os conozco, milord? —Miró a Rand de arriba abajo.

—¡Soy yo, Rand!

Gill ladeó la cabeza y luego esbozó una sonrisa.

—¡Ah, tú! Te había olvidado. Tu amigo no está contigo, ¿verdad? Ese con una mirada sombría.

Así que la gente no lo conocía como el Dragón Renacido en ese sitio. ¿Qué les había hecho el Oscuro?

—Tengo que hablar con vos, maese Gill —dijo Rand, que se dirigió hacia un comedor privado.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó Gill, yendo tras él—. ¿Estás metido en algún lío? ¿Otra vez?

—¿En qué era estamos? —inquirió Rand después de haber cerrado la puerta cuando hubo pasado Gill.

—En la cuarta, por supuesto.

—Entonces, ¿ha tenido lugar la Última Batalla?

—¡Sí, y ganamos! —repuso Gill. Miró a Rand con atención, entrecerrando los

ojos—. ¿Te encuentras bien, hijo? ¿Cómo es que no sabes…?

—He pasado los últimos años en los bosques —dijo él—. Asustado por lo que ocurría.

—Ah, claro. Entonces, ¿no sabes nada de las facciones?

—No.

—¡Luz, muchacho! Tienes un gran problema. Veamos, te conseguiré un símbolo de una facción. ¡Necesitas uno cuanto antes! —Gill abrió la puerta y salió con rapidez.

Rand se cruzó de brazos y vio con disgusto que la chimenea enmarcaba una nada que había detrás.

—¿Qué les has hecho? —demandó.

DEJÉ QUE CREYERAN QUE HABÍAN GANADO.

—¿Por qué?

MUCHOS DE LOS QUE ME SIGUEN NO ENTIENDEN LA TIRANÍA.

—¿Qué tiene eso que ver con…?

Rand se calló al regresar Gill. No llevaba ningún «símbolo de una facción», fuera lo que fuera eso. En cambio, había reunido a tres guardias de cuello macizo. Señaló hacia él.

Rand retrocedió mientras abrazaba la Fuente.

—Gill, ¿qué estás haciendo?

—Bueno, supuse que esa chaqueta se vendería bien —contestó el posadero. No había el menor asomo de disculpa en la voz.

—¿Y por eso me robas?

—Bueno, sí. —Gill parecía confuso—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Los matones entraron en el comedor y miraron a Rand con precaución. Llevaban porras.

—Por la ley —contestó Rand.

—¿Por qué iba a haber leyes contra el robo? —preguntó Gill al tiempo que meneaba la cabeza—. ¿Qué clase de tipo eres para pensar tales cosas? Si un hombre no puede defender lo que posee, ¿por qué ha de tenerlo? Si un hombre no puede defender su vida, ¿de qué le sirve?

Gill hizo un gesto a los hombres para que avanzaran. Rand los ató con tejidos de Aire.

—Te apoderaste de sus conciencias, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Gill había abierto los ojos como platos ante el uso del Poder Único. Intentó correr. Rand lo inmovilizó también con Aire.

LOS HOMBRES QUE PIENSAN QUE ESTÁN OPRIMIDOS LUCHARÁN ALGÚN DÍA. NO SÓLO LES QUITARÉ LA VOLUNTAD DE RESISTIRSE, SINO LA PROPIA SOSPECHA DE QUE PASA ALGO RARO.

—¿Así que los privas de tener compasión? —demandó Rand, que miraba a Gill a los ojos. El hombre parecía aterrado por miedo a que Rand lo matara, e igual les pasaba a los tres matones. Pero nada de remordimiento. Ni pizca.

LA COMPASIÓN NO ES NECESARIA.

—Este mundo es diferente del que me mostraste antes. —Rand sentía un frío mortal.

LO QUE TE MOSTRÉ ANTES ES LO QUE LOS HOMBRES ESPERAN. ES EL MAL QUE CREEN QUE COMBATEN. PERO YO CREARÉ UN MUNDO DONDE NO EXISTA EL BIEN NI EL MAL.

SÓLO YO.

—¿Lo saben tus siervos? —susurró Rand—. ¿Esos a los que llamas Elegidos? Creen que luchan para convertirse en señores y dirigentes de un mundo de su propia creación. En cambio, les das esto. El mismo mundo, sólo que sin Luz.

SÓLO YO.

Ni Luz. Ni amor humano. El horror de la idea le llegó a lo más hondo y lo sacudió. Ésa era una de las posibilidades que el Oscuro podría elegir si vencía. No significaba que venciera ni que tuviera que ocurrir, pero… Oh, Luz, era terrible. Mucho más que un mundo de cautivos, mucho peor que un mundo oscuro con un paisaje devastado.

Esto era el terror en estado puro. Era la corrupción total del mundo, era arrebatarle todo lo hermoso que tenía y dejar sólo una cáscara vacía. Una cáscara bonita, pero una cáscara.

Rand preferiría vivir mil años de tortura, conservando la parte de su ser que le otorgaba la capacidad para el bien, antes que vivir un momento en ese mundo sin Luz.

Se volvió, furioso, hacia la oscuridad. Ya consumía la pared del fondo y seguía extendiéndose.

—¡Cometes un error, Shai'tan! —gritó Rand a la nada—. ¿Crees que me harás perder la esperanza? ¿Crees que demolerás mi voluntad? Con esto no lo conseguirás, te lo juro. ¡Esto me afirma en que he de luchar!

Algo emitió un ruido sordo dentro del Oscuro. Rand gritó mientras empujaba hacia afuera con su voluntad e hizo pedazos el lóbrego mundo de mentiras y hombres que mataban con una falta absoluta de empatía. Explotó en hilos y Rand se encontró de nuevo en el lugar fuera del tiempo, con el Entramado ondeando a su alrededor.

—¿Me muestras tu verdadero corazón? —demandó a la nada mientras recogía aquellos hilos—. Yo te enseñaré el mío, Shai'tan. Hay un mundo opuesto a ese mundo sin Luz que tú crearías.

»Un mundo sin Sombra.

Mat se alejó con paso airado e intentó tranquilizarse. ¡Tuon parecía estar realmente enfadada con él! Volvería cuando la necesitara, ¿verdad?

—Mat… —llamó Min, que se acercó presurosa a él.

—Ve con Tuon. Cuida de ella por mí, Min.

—Pero…

—No es que necesite mucha protección —dijo Mat—. Es fuerte. Maldita sea, lo es. Pero hace falta que alguien esté pendiente de ella. Me preocupa, Min. Sea como sea, tengo que ganar esta guerra. No puedo hacerlo si me voy con ella. Así que ¿irás tú y la cuidarás, por favor?

Min aflojó el paso y, de forma inesperada, le dio un abrazo.

—Suerte, Matrim Cauthon.

—Suerte, Min Farshaw —contestó él.

La soltó para que se marchara y después se echó al hombro la *ashandarei*. Los seanchan habían empezado a abandonar Alcor Dashar y se dirigían de vuelta al Erinin antes de abandonar definitivamente Campo de Merrilor. Demandred los dejaría ir; sería un necio si no lo hiciera. Rayos y truenos, ¿en qué se estaba metiendo? Acababa de despedir a una buena cuarta parte de sus tropas.

«Regresarán», pensó. Si su arriesgada jugada funcionaba. Si los dados caían como necesitaba que lo hicieran.

Sólo que esta batalla no era un juego de dados. Había demasiada sutileza para eso. Era una partida de cartas, en todo caso. Por lo general, él ganaba a las cartas. Por lo general.

A su derecha, un grupo de hombres con armadura oscura seanchan marchaba hacia el campo de batalla.

—¡Eh, Karede! —gritó Mat.

El hombretón le dirigió una mirada sombría. De repente, Mat supo lo que un lingote de metal sentía cuando Perrin lo miraba mientras levantaba el martillo. Karede se acercó con paso iracundo y, a pesar de que saltaba a la vista que hacía un esfuerzo para mantener el rostro impasible, Mat percibía la ira que sentía.

—Gracias —dijo Karede, con voz tirante— por ayudar a proteger a la emperatriz, así viva para siempre.

—Crees que tendría que haberla mantenido en algún lugar seguro, no en el puesto de mando.

—No soy quién para cuestionar a un miembro de la Sangre, Poderoso Señor.

—No estás cuestionándome, estás pensando en clavarme algo afilado. Es algo totalmente diferente.

Karede exhaló larga y profundamente.

—Disculpad, Poderoso Señor —dijo, volviéndose para partir—. He de ponerme al frente de mis hombres y morir.

—Creo que no. Vais a venir conmigo.

Karede se volvió de nuevo hacia él.

—La emperatriz, así viva para siempre, ordenó que… —empezó a decir.

—Que fueseis al frente —lo interrumpió Mat; hizo visera con la mano para protegerse la vista mientras examinaba el cauce del río, desbordado por el enjambre de trollocs—. Estupendo. ¿Y adónde puñetas crees que voy yo?

—¿Combatiréis a caballo? —preguntó Karede.

—Yo pensaba en algo más tranquilo, como dar un paseo —repuso Mat. Meneó la cabeza—. Tengo que palpar el ambiente para hacerme una idea de lo que Demandred se trae entre manos… Voy allí, Karede, y teneros a vosotros entre los trollocs y yo suena maravilloso. ¿Venís?

Karede no contestó, aunque tampoco siguió adelante.

—Piénsalo, ¿qué opciones tenéis? —prosiguió Mat—. ¿Cabalgar hasta allí y morir sin un propósito real? ¿O venir e intentar mantenerme con vida para vuestra emperatriz? Casi estoy seguro de que me tiene aprecio. Quizá. Tuon no es una persona fácil de entender.

—No la llaméis por ese nombre —le advirtió Karede.

—La llamaré como me dé la jodida gana.

—No si os acompañamos. Si voy a cabalgar con vos, Príncipe de los Cuervos, no permitiré que mis hombres os oigan decir eso. Sería un mal presagio.

—Vale, no queremos que haya ninguno de ésos —dijo Mat—. De acuerdo pues, Karede. Metámonos de nuevo en este enredo y veamos qué podemos hacer. En nombre de Fortuona.

Tam levantó la espada como para iniciar un duelo, pero allí no encontró adversarios honorables. Sólo trollocs feroces que gruñían y aullaban, a los que habían apartado de los acosados Capas Blancas en la batalla cercana a las ruinas.

Los trollocs se volvieron hacia los hombres de Dos Ríos y atacaron. Tam, plantado en la punta de la cuña, adoptó la pose *Junco al viento* y se negó a dar un solo paso atrás. Se doblaba hacia aquí y hacia allá, pero aguantó firme hasta romper la línea trolloc atacando con la espada en movimientos rápidos.

Los hombres de Dos Ríos presionaban hacia adelante, una espina en el pie del Oscuro y una zarza en la mano. En el caos que siguió, gritaron y maldijeron y lucharon para separar a los trollocs.

Pero enseguida tuvieron que centrarse en no ceder terreno. Los trollocs empezaron a rodearlos. La formación en cuña por lo general era una táctica ofensiva, y allí también funcionó bien. Los trollocs se movieron a lo largo de los lados de la cuña y recibieron los golpes de los hombres de Dos Ríos que atacaban con hachas, espadas y lanzas.

Tam dejó que el entrenamiento de sus hombres los guiara. Habría preferido encontrarse en el centro de la cuña infundiéndoles ánimos a gritos, como ahora hacía Dannil, pero él era uno de los pocos que tenían un entrenamiento real de combate, y la formación en cuña dependía de tener una punta que aguantara inamovible.

De modo que fue lo que hizo: aguantar con entereza. Dentro de la calma del vacío, dejó que los trollocs chocaran contra él. Pasó de *Sacudir el rocío de la rama* a *Flores de manzano al viento* y a *Caen piedras en el estanque*… Todas las poses que lo afianzaban en una posición para combatir con múltiples oponentes.

A pesar de haber practicado durante los últimos meses, Tam no era ni de lejos tan fuerte como en su juventud. Por suerte, un junco no necesitaba tener fuerza. No tenía tanta práctica como antaño, pero ningún junco tenía que practicar para saber cómo doblarse al viento.

Simplemente lo hacía.

Años de madurar, de ganar experiencia, habían llevado a Tam a una comprensión del vacío. Ahora lo entendía mejor de lo que lo había entendido nunca. Años de enseñar a Rand a tener responsabilidad, años de vivir sin Kari, años de oír el silbido del viento y el susurrar de las hojas…

Tam al'Thor se convirtió en el vacío. Atrajo a los trollocs a ese vacío, mostrándoselo y arrojándolos a sus profundidades.

Danzó alrededor de un trolloc con testa de carnero, descargó un golpe lateral con la espada y le cortó una pierna por el tobillo. El trolloc se tambaleó y Tam se volvió para dejar que los hombres que llegaban detrás acabaran con él. Alzó la espada con gran rapidez —mientras el arma soltaba sangre por la hoja— y salpicó las oscuras gotas en los ojos de otro trolloc que parecía producto de una pesadilla. El ser aulló, cegado, y Tam prolongó el grácil movimiento hacia adelante, de forma que le abrió el estómago por debajo del peto. El trolloc trastabilló ante un tercer monstruo que atacó a Tam con un hacha, pero que en cambio le dio a su compañero.

Cada paso era parte de una danza, y Tam invitaba a los trollocs a bailar con él. Sólo había luchado otra vez así, largo tiempo atrás, si bien la memoria era algo que el vacío no permitía. No pensaba en otros tiempos; no pensaba en nada. Si sabía que esto ya lo había hecho antes era por la resonancia de sus movimientos, un conocimiento que parecía calar en los propios músculos de su cuerpo.

Tam ensartó el cuello de un trolloc con una cara que casi parecía humana, sólo que con más pelo de lo normal en las mejillas. El ser se desplomó hacia atrás y cayó al suelo; de pronto, Tam se encontró sin más enemigos. Se paró y alzó la espada al sentir un suave soplo de aire que lo tocaba. Las oscuras bestias corrían río abajo, a la fuga, perseguidas por jinetes que ondeaban banderas fronterizas. Poco después los trollocs chocaban con un muro de tropas, la Legión del Dragón, y acabaron aplastados entre ellos y los fronterizos que los perseguían.

Tam limpió la hoja de la espada y abandonó el vacío. La gravedad de la situación lo aturdió. ¡Luz! Sus hombres podrían estar muertos. Si esos fronterizos no hubieran llegado…

Enfundó de nuevo la espada en la vaina lacada. El dragón rojo y dorado reflejó la luz del sol con un destello, aunque Tam no habría imaginado que hubiera luz que devolver con aquel manto de nubes en el cielo. Buscó el sol y lo halló —tras las nubes— cerca del horizonte. ¡Casi era de noche!

Por suerte, parecía que los trollocs de la batalla en las ruinas se venían abajo por fin. Ya muy debilitados por el agotador cruce de río, ahora se desplomaban a medida que los hombres de Lan los atacaban por detrás.

Poco después todo había terminado. Tam había resistido en su posición.

Cerca, un caballo negro se acercaba al trote. Su jinete, Lan Mandragoran —con portaestandarte y guardias detrás—, miró a los hombres de Dos Ríos.

—Hacía mucho tiempo que sentía curiosidad respecto a la persona que había dado a Rand esa espada con la marca de la garza —dijo Lan—. Me preguntaba si se la habría ganado realmente. Ahora lo sé. —Lan levantó su propia espada en un saludo.

Tam se volvió hacia sus hombres, un grupo exhausto, ensangrentado, con las armas aferradas. El paso de su cuña se distinguía claramente en la llanura pisoteada: docenas de trollocs yacían detrás, donde la cuña se había abierto paso entre ellos. Al norte, los integrantes de la segunda cuña levantaron sus armas. Los habían hecho retroceder casi hasta el bosque, pero habían aguantado allí y algunos habían sobrevivido. Tam no pudo sino ver esas docenas de buenos hombres que habían muerto.

Sus exhaustas tropas se sentaron allí mismo, en el campo de batalla, rodeados de cadáveres. Algunos empezaron a ponerse vendajes sin apenas fuerzas mientras otros se ocupaban de los heridos que habían metido en el interior de la cuña. Hacia el sur, Tam divisó algo desalentador. ¿Aquellos que se alejaban del campamento de Alcor Dashar eran los seanchan?

—Entonces, ¿hemos ganado? —preguntó Tam.

—En absoluto —contestó Lan—. Nos hemos apoderado de esta parte del río, pero esta lucha es la menos decisiva. Demandred presionó con fuerza a sus trollocs aquí para impedirnos retirar recursos para la batalla más importante que se libra en el vado, río abajo. —Lan hizo dar media vuelta a su caballo—. Reunid a vuestra gente, maestro espadachín. Esta batalla no se detendrá con la puesta de sol. En las próximas horas se os necesitará otra vez. *Tai'shar Manetheren*.

Lan salió a galope hacia sus fronterizos.

—*Tai'shar Malkier* —gritó Tam a la espalda de Lan, tardíamente.

—Entonces, ¿aún no hemos acabado? —inquirió Dannil.

—No, muchacho. No hemos acabado. Pero haremos un descanso, llevaremos a los hombres para que los Curen y buscaremos algo de comida.

Vio que se abrían accesos junto al campo de batalla. Cauthon había sido muy hábil al enviar los medios para que Tam llevara a sus heridos a Mayene. Era…

A través de los accesos empezó a salir gente a montones. Cientos, miles de personas. Tam frunció el entrecejo. Cerca, los Capas Blancas empezaban a levantarse; habían recibido un fuerte castigo con los ataques de los trollocs, pero la llegada de Tam y de sus hombres había impedido que acabaran con ellos. La fuerza de Arganda formaba en las ruinas, y la Guardia del Lobo enarbolaba su ensangrentada bandera bien alto, con montones de cadáveres de trollocs a su alrededor.

Tam caminó penosamente a través del campo. Ahora comenzaba a sentir las extremidades como pesos muertos. Estaba más agotado que si hubiera pasado un mes sacando tocones.

En el primer acceso encontró a Berelain junto a unas cuantas Aes Sedai. La hermosa mujer parecía estar fuera de lugar en aquel sitio de barro y muerte. El vestido negro y plateado, la diadema en el cabello… Luz, no encajaba allí.

—Tam al’Thor —dijo ella—, ¿estáis al frente de esta fuerza?

—Puede decirse que sí. Perdonad, milady Principal, pero ¿quiénes son estas gentes?

—Los refugiados de Caemlyn —contestó Berelain—. Envié a varias personas para ver si necesitaban Curación. La rechazaron e insistieron en que los trajera a la batalla.

Tam se rascó la cabeza. ¿A la batalla? Cualquier hombre —y cualquier mujer— en condiciones de sostener una espada ya se había unido al ejército. La gente que veía salir de los accesos eran en su mayoría chiquillos y personas mayores, así como algunas mujeronas madres de familia, que se habían quedado atrás para ocuparse de los pequeños.

—Perdón, pero esto es una zona de combate.

—Es lo que he intentado explicarles —replicó Berelain con un atisbo de exasperación en la voz—. Afirman que pueden ser de utilidad. Mejor esto que quedarse a esperar que acabe la Última Batalla apiñados en la calzada a Puente Blanco, es lo que han dicho.

Tam observó ceñudo a los niños que se desperdigaban por el campo. Le revolvía el estómago que los pequeños vieran la horripilante matanza, y muchos se asustaron al principio. Otros empezaron a moverse entre los caídos buscando señales de vida en esas personas para que las Curaran. Algunos soldados mayores que se habían quedado para proteger a los refugiados se encontraban entre ellos, atentos por si había trollocs que no estuvieran muertos del todo.

Mujeres y niños se pusieron a recoger flechas entre los caídos. Eso sería útil. Mucho. Con sorpresa, Tam vio salir por los accesos a centenares de gitanos que comenzaron a buscar heridos bajo la dirección de varias hermanas Amarillas.

Tam se sorprendió a sí mismo asintiendo con la cabeza. Todavía le preocupaba que los niños pudieran ver esas escenas de muerte.

«En fin —pensó—, verán cosas peores si fracasamos aquí». Si querían ser de utilidad, había que permitírselo.

—Decidme, Tam al'Thor —preguntó Berelain—. ¿Está…? ¿Se encuentra bien Galad Damodred? Veo a sus hombres aquí, pero no su estandarte.

—Fue llamado a otros cometidos, milady Principal —repuso Tam—. Río abajo. Hace horas que no sé nada de él, me temo.

—Ah. En fin, Curemos y demos de comer a vuestros hombres. Quizá mientras tanto nos llegue alguna noticia de lord Damodred.

Elayne tocó la mejilla de Gareth con suavidad. Le cerró los ojos, uno y después el otro, antes de hacer un gesto de asentimiento a los soldados que habían encontrado el cadáver. Se llevaron a Bryne con las piernas colgando por el borde de su escudo y la cabeza por el otro extremo.

—De repente salió a galope, gritando —relató Birgitte—. Directo a las líneas enemigas. Fue imposible detenerlo.

—Siuan está muerta —dijo Elayne, y la asaltó una sensación de pérdida casi abrumadora. Siuan… Siuan había sido siempre tan fuerte… Elayne controló las emociones con esfuerzo. Tenía que mantener la atención en la batalla—. ¿Ha llegado alguna noticia del puesto de mando?

—El campamento de Alcor Dashar ha sido abandonado —informó Birgitte—. No sé dónde está Cauthon. Los seanchan nos han dejado solos.

—Enarbola mi estandarte bien alto —le indicó Elayne—. Hasta que sepamos algo de Mat, tomo el mando en este campo de batalla. Que vengan mis consejeros.

Birgitte fue a cumplir las órdenes. Las mujeres de la guardia de Elayne permanecían vigilantes y rebullían con nerviosismo al observar que los trollocs presionaban a los andoreños en el río. Habían llenado por completo la cañada entre los Altos y las ciénagas, y amenazaban con desbordarse por suelo shienariano. Parte del ejército de Egwene había atacado a los trollocs desde el otro lado de la cañada, con lo que le había quitado algo de la presión a su ejército durante un tiempo; pero más trollocs habían atacado desde arriba y parecía que los hombres de Egwene estaban recibiendo un fuerte castigo.

Elayne tenía una sólida instrucción en tácticas de batalla, aunque poca experiencia en el campo, y ahora veía lo mal que iban las cosas. Sí, había recibido la noticia de que los trollocs en la posición de río arriba habían sido destruidos por la

llegada de Lan y de los fronterizos. Pero eso era un parvo alivio habida cuenta de la situación que había en el vado.

El sol se metía ya por el horizonte. Los trollocs no daban señales de retirarse, y sus soldados, de mala gana, empezaron a encender hogueras y antorchas. Organizar a sus hombres en formaciones en cuadro funcionaba mejor para defensa, pero significaba renunciar a toda esperanza de presionar y avanzar. Los Aiel luchaban allí también, al igual que los cairhieninos. Pero esos cuadros de picas eran la parte esencial de su plan de batalla.

«Nos están rodeando poco a poco», pensó. Si los trollocs conseguían hacerlo, los estrujarían hasta que los andoreños explotaran. «Luz, esto va mal».

El sol puso un repentino fuego rojizo tras las nubes del horizonte. Con la noche, los trollocs tenían una ventaja más. La temperatura había bajado con la llegada de la oscuridad. Sus conjeturas previas de que esa batalla duraría días ahora le parecían absurdas. La Sombra presionaba con toda su potencia. A la humanidad no le quedaban días sino horas.

—Majestad —saludó el capitán Guybon, que se acercó a caballo con sus comandantes.

Las armaduras abolladas y los tabardos manchados de sangre ponían de manifiesto que nadie se libraba de participar en la lucha, ni siquiera los oficiales de alto rango.

—Consejo —dijo Elayne y lo miró a él, a Theodohr, comandante de la caballería, y a Birgitte, que era capitán general de su guardia.

—¿Retirada? —sugirió Guybon.

—¿Crees de verdad que podríamos destrabarnos? —replicó Birgitte.

Guybon vaciló, pero después meneó la cabeza.

—Bien, pues —dijo Elayne—. ¿Cómo podemos vencer?

—Resistiendo —contestó Theodohr—. Hemos de confiar en que la Torre Blanca sea capaz de vencer en su lucha contra los encauzadores sharaníes y venga en nuestra ayuda.

—No me gusta quedarme quieta aquí, sin hacer nada —opinó Birgitte—. Lo…

Un haz blanco de fuego candente cortó a través de la guardia de Elayne y vaporizó a docenas de mujeres. El caballo de Guybon desapareció bajo él, aunque la barra de luz no le dio al capitán por poco. El caballo de Elayne se encabritó y se puso en dos patas.

Mascullando juramentos, Elayne se debatió con la montura para controlarla. ¡Eso había sido fuego compacto!

—¡Lews Therin! —Una voz potenciada por el Poder retumbó en el campo—. ¡Doy caza a una mujer que amas! ¡Enfréntate a mí, cobarde! ¡Lucha!

La tierra explotó cerca de Elayne y lanzó al aire a su portaestandarte; la bandera

estalló en llamas. Esta vez, Elayne fue arrojada del caballo y el golpe fue fuerte.

«¡Mis bebés!», gimió mientras giraba sobre sí y unas manos la agarraban. Birgitte. La Guardiana la subió a la silla, detrás de ella, ayudada por varias mujeres de la guardia.

—¿Puedes encauzar? —preguntó Birgitte—. No. Da igual. Estarán pendientes de eso. ¡Celebrain, enarbola otro estandarte! Cabalga río abajo con un escuadrón de guardias. ¡Yo conduciré a la reina a otra parte!

La mujer que estaba de pie junto al caballo de Birgitte saludó. ¡Era una sentencia de muerte!

—Birgitte, no —dijo Elayne.

—Demandred ha decidido que tú conseguirás hacer salir a descubierto al Dragón Renacido —contestó Birgitte, que hizo dar media vuelta a su caballo—. Y yo no estoy dispuesta a que pase tal cosa. ¡Jia!

Taconeó al animal para ponerlo a galope cuando los rayos se descargaban sobre las guardias de Elayne y hacían volar cuerpos en el aire.

Elayne rechinó los dientes. Sus ejércitos estaban en peligro de ser vencidos, rodeados… Todo ello mientras Demandred soltaba descarga tras descarga de fuego compacto, rayos y tejidos de Tierra. Ese hombre era tan peligroso como un ejército completo.

—No puedo marcharme —le dijo desde atrás a Birgitte.

—Oh, sí, ya lo creo que puedes, y vas a hacerlo —replicó la mujer de mal humor mientras el caballo galopaba—. Si Mat ha caído, y quiera la Luz que no haya ocurrido tal cosa, tendremos que montar un nuevo puesto de mando. Hay una razón para que Demandred atacara Alcor Dashar y después a ti directamente. Intenta destruir nuestra estructura de mando. Tu deber es asumirlo desde un lugar seguro y secreto. Una vez que estemos lo bastante lejos para que los exploradores de Demandred no puedan percibir que encauzas, harás un acceso y volverás a tomar el mando. Sin embargo, ahora mismo, Elayne, tienes que cerrar el pico y dejar que te proteja.

Tenía razón. Maldita sea, la tenía. Se agarró con firmeza a Birgitte mientras galopaban a través del campo de batalla; el caballo levantó pegotes de tierra tras ellas en una huida hacia la seguridad.

«Al menos facilita la tarea de encontrarlo», pensó Galad mientras cabalgaba y observaba las líneas de fuego que se descargaban desde la posición enemiga hacia el ejército de Elayne.

Galad hundió los talones en los flancos del caballo robado que montaba para avanzar deprisa a través de los Altos hacia el borde oriental. Veía una y otra vez el cuerpo moribundo de Gawyn en sus brazos.

—¡Enfréntate a mí, Lews Therin!

La voz atronadora de Demandred sacudía el suelo un poco más adelante. Había matado a su hermano y ahora ese monstruo estaba dando caza a su hermana.

Para él siempre había estado claro lo que era correcto, pero jamás había sentido antes que algo lo fuera tanto como lo que iba a hacer. Los zigzagueos luminosos de los tejidos eran como indicadores en un mapa, flechas que señalaran el camino que debía seguir. La Luz lo había guiado. Lo había preparado, situándolo allí en ese momento.

Atravesó veloz la retaguardia de la fuerza sharaní hacia donde se encontraba Demandred, justo encima del cauce del río, asomado hacia donde se hallaban las tropas de Elayne. A su alrededor se clavaron flechas en el suelo; los arqueros disparaban sin preocuparles la posibilidad de dar a sus compañeros. Con la espada desenvainada, Galad sacó el pie del estribo, preparado para poder bajar de un salto.

Una flecha acertó al caballo y Galad se tiró del animal. Cayó con fuerza y se paró tras deslizarse un poco sobre el suelo; rebanó la mano de un ballestero que había cerca. Gruñendo, un encauzador se acercó a él y el medallón de la cabeza de zorro se puso frío en contacto con su pecho.

Galad atravesó el cuello al hombre de un golpe. El tipo bramó con rabia mientras la sangre le salía a borbotones por la garganta con cada latido del corazón. No parecía sorprendido al morir, sólo furioso. Los berridos del hombre llamaron la atención de más sharaníes.

—¡Demandred! —gritó—. ¡Demandred, llamas al Dragón Renacido! ¡Demandas luchar con él! ¡No está aquí, pero su hermano sí está! ¿Quieres enfrentarte a mí?

Docenas de ballestas se levantaron. Detrás de Galad, su caballo se desplomó echando sangre espumosa por los ollares.

Rand al’Thor. Su hermano. La conmoción por la muerte de Gawyn había aletargado en él el impacto de esa revelación. Tendría que afrontarla finalmente, si sobrevivía. Todavía no sabía si se sentiría orgulloso o avergonzado.

Una figura con una armadura extraña hecha con monedas avanzó a través de las filas sharaníes hacia él. Demandred era un hombre orgulloso; sólo había que mirarle la cara para darse cuenta de ello. De hecho, le recordaba la actitud de al’Thor. La sensación que irradiaban era similar.

—¿Es tu hermano? —preguntó Demandred.

—Hijo de Tigraine —dijo Galad—, que se convirtió en Doncella Lancera. Que dio a luz a mi hermano en el Monte del Dragón, la tumba de Lews Therin. Yo tenía dos hermanos. Has matado a uno en este campo de batalla.

—Veo que llevas un artefacto interesante —comentó Demandred en el momento en que el medallón se puso frío otra vez—. Supongo que no pensarás que eso impedirá que corras la misma suerte que tu patético hermano, ¿verdad? Me refiero al

que ha muerto.

—¿Luchamos, hijo de la Sombra? ¿O charlamos?

Demandred desenvainó la espada que lucía garzas en la hoja y en la empuñadura.

—Ojalá que me ofrezcas un combate mejor que el de tu hermano, hombrecillo. Estoy muy molesto. Lews Therin puede odiarme o despotricar contra mí, pero no debería pasarme por alto.

Galad se adelantó hacia el centro del círculo formado por ballesteros y encauzadores. Si vencía, de todos modos moriría. Pero, Luz, ojalá se llevara con él a un Renegado. Sería un final adecuado.

Demandred fue hacia él y la liza empezó.

Con la espalda pegada contra una estalagmita, sin ver nada más que la luz de *Callandor* reflejada en las paredes de la caverna, Nynaeve bregó por mantener a Alanna con vida.

En la Torre Blanca había quienes se mofaban de su confianza en las técnicas corrientes de sanación. ¿Qué podían hacer dos manos e hilo que el Poder Único no hiciera?

Si cualquiera de esas mujeres hubiera estado allí en lugar de ella, el mundo habría acabado.

Las condiciones eran horribles. Poca luz y ningún instrumento aparte de los que llevaba en la bolsita. Aun así, cosió la herida utilizando la aguja y el hilo que siempre llevaba encima. Había mezclado una dosis de hierbas para Alanna y se la había hecho tragar abriéndole la boca. No serviría de mucho, pero un poco de varias cosas podría ayudar. Mantendría a Alanna con fuerza, la ayudaría con el dolor, e impediría que el corazón dejara de latirle mientras ella trabajaba.

La herida era complicada y desagradable, pero ya había curado otras iguales antes. Aunque por dentro temblaba, las manos de Nynaeve se mantuvieron firmes mientras cosía la herida y lograba detener el tránsito de la mujer que estaba al borde de la muerte.

Rand y Moridin no se movían, pero sentía una vibración procedente de los dos hombres. Rand libraba una batalla que ella no podía ver.

—Matrim Cauthon, puñetero mentecato. ¿Sigues vivo?

Mat miró hacia Davram Bashere, que se acercaba a él a caballo bajo la tenue oscuridad del inicio de la noche. Mat se había desplazado con la Guardia de la Muerte hacia las tropas de la retaguardia andoreña que luchaban en el río.

Bashere iba acompañado de su esposa y una guardia de saldaeninos. A juzgar por la sangre que manchaba el vestido la mujer, ella también había participado en la

lucha.

—Sí, aún estoy vivo —dijo Mat—. Por lo general se me da bastante bien seguir con vida. Sólo he fallado en una ocasión, que yo recuerde, y aquella vez en realidad no cuenta. ¿Qué hacéis aquí? ¿No os…?

—Se colaron en mi puñetera mente —explicó Bashere, ceñudo—. Vaya si lo hicieron, muchacho. Deira y yo estuvimos hablando de eso. No podré dirigir ejércitos, pero ¿por qué iba a impedirme eso que matara unos cuantos trollocs?

Mat asintió con la cabeza. Con la muerte de Tenobia, ese hombre se había convertido en rey de Saldaea, pero hasta ahora había rehusado la corona. La corrupción en su mente lo había conturbado. Se limitó a manifestar que Saldaea debía luchar junto a Malkier, y les había dicho a las tropas que siguieran a Lan. Lo del trono ya se solucionaría si todos sobrevivían a la Última Batalla.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Bashere—. He oído que el puesto de mando ha caído.

Mat asintió con la cabeza.

—Los seanchan nos han abandonado —dijo.

—¡Maldición! —gritó Bashere—. Por si fuera poco con lo que tenemos encima. Jodidos perros seanchan.

No hubo reacción a esas palabras en los Guardias de la Muerte que acompañaban a Mat.

Las fuerzas de Elayne aguantaban —aunque con apuros— a lo largo de la orilla del río, pero los trollocs empezaban a cercarlas lentamente dando un rodeo río arriba. Las líneas de Elayne sólo aguantaban a fuerza de tenacidad y un entrenamiento excelente. Cada gran formación en cuadro sostenía las picas apuntando hacia afuera, erizada como un puerco espín.

Esas formaciones podrían separarse si Demandred metiera cuñas entre ellas de forma correcta. Mat había empleado cargas de caballería, incluida la andoreña y la de la Compañía, para intentar impedir con rápidos barridos que los trollocs penetraran en los cuadros de picas o que rodearan a Elayne.

El ritmo de la batalla le palpitaba en las yemas de los dedos. Percibía lo que Demandred estaba haciendo. Para cualquier otra persona, probablemente el final de la batalla parecería cosa fácil ahora. Un ataque en masa, romper las formaciones de picas, machacar las defensas de Mat. Pero era mucho más sutil.

Los fronterizos de Lan habían acabado con los trollocs de río arriba, y había que pasarles órdenes. Bien. Mat necesitaba a esos hombres para el siguiente paso de su plan.

Tres de las enormes formaciones de picas habían comenzado a flaquear; pero, si conseguía situar a una o dos encauzadoras en el centro de cada formación, podría reforzarlas. Que la Luz bendijera a quienquiera que estuviera distrayendo a

Demandred. Los ataques del Renegado habían destruido formaciones enteras de piqueros. Demandred no tenía que matar a los hombres de uno en uno: le bastaba con lanzar ataques con el Poder Único para destrozar la formación. Así los trollocs podían machacarlos.

—Bashere —dijo Mat—, decidme por favor que alguien tiene noticias de vuestra hija.

—Nadie sabe nada de ella —repuso Deira—. Lo siento.

«Maldición —pensó Mat—. Pobre Perrin».

Y pobre de él. ¿Cómo iba a hacer esto sin el Cuerno? Luz. Ni siquiera estaba seguro de poder conseguirlo con el jodido Cuerno.

—Id a reuniros con Lan —instruyó Mat mientras cabalgaba—. Está río arriba. ¡Decidle que ataque a esos trollocs que intentan rodear el flanco derecho andoreño! Y decidle que dentro de poco tendré órdenes para él.

—Pero yo…

—¡Me trae sin cuidado si os ha tocado la Sombra, puñetas! —exclamó Mat—. Todos hemos tenido los dedos del Oscuro en el corazón, y es la pura verdad. Eso no os impide luchar. ¡Así que cabalgad en busca de Lan y decidle lo que hay que hacer!

Bashere se puso un poco tenso al principio; luego, cosa extraña, sonrió de oreja a oreja bajo el largo y poblado bigote. Malditos saldaeninos. Les gustaba que les gritaran. Las palabras de Mat parecieron infundirle ánimos y salió a galope con su esposa al lado. Ella le dirigió una mirada afectuosa a Mat, lo cual lo hizo sentirse incómodo.

Bien… Necesitaba un ejército. Y un acceso. Necesitaba un jodido acceso.

«Estúpido», se dijo. Había mandado marcharse a las *damane*. ¿No podría haberse quedado con una al menos? Aunque le ponían la carne de gallina, como si le corrieran arañas por la piel.

Mat sofrenó a *Puntos*, y los Guardias de la Muerte dejaron de correr y se pararon junto él. Unos cuantos encendieron antorchas. Desde luego, al unirse a él en la lucha contra los sharaníes habían conseguido recibir la paliza que querían. Aunque parecían estar deseosos de castigarse más.

«Allí», pensó Mat, que taconeó a *Puntos* hacia una fuerza de tropas, al sur de la formación de picas de Elayne: los Juramentados del Dragón. Antes de que los seanchan abandonaran Alcor Dashar, Mat había enviado ese ejército a reforzar las tropas de Elayne.

Todavía no sabía qué pensar de ellos. No había estado en Campo de Merrilor cuando se habían reunido, pero le habían llegado informes. Gentes de toda condición y categoría, de todas las nacionalidades, que se habían unido para luchar en la Última Batalla sin tener en cuenta lealtades o fronteras nacionales. Rand rompía todos los vínculos y juramentos.

Mat cabalgaba a trote rápido a lo largo de la retaguardia de las líneas andoreñas, con los Guardias de la Muerte corriendo para no quedarse atrás. Luz, esas líneas estaban derrumbándose. Eso era malo. En fin, él ya había hecho su apuesta. Ahora lo único que podía hacer era dejar que la batalla siguiera su curso y confiar en que no se desmoronaran demasiado.

Mientras galopaba hacia los Juramentados del Dragón oyó algo incongruente. ¿Un cántico? Mat se paró. Los Ogier se habían quedado aislados en el combate con los trollocs y ahora presionaban a través del cauce seco del río para ayudar en la lucha al flanco izquierdo de Elayne, a través de las ciénagas, e impedir que los trollocs dieran un rodeo por allí.

Aguantaban firmes, tan inamovibles como robles en una inundación, repartiendo hachazos mientras cantaban. Montones de trollocs yacían a su alrededor.

—¡Loial! —gritó Mat, de pie en los estribos—. ¡Loial!

Uno de los Ogier retrocedió alejándose de la lucha y se volvió. Mat se quedó impresionado. Su amigo, por lo general sosegado, tenía las orejas echadas hacia atrás, los dientes apretados con rabia, y en la mano un hacha empapada de sangre. Luz, la expresión de Loial hizo estremecer a Mat. ¡Antes se enfrentaría a diez hombres que creyeran que les había hecho trampas que luchar con un solo Ogier furioso!

Loial les gritó algo a los otros y luego se reunió de nuevo con ellos en la lucha. Siguieron atacando a los trollocs que estaban cerca y haciéndolos pedazos. Trollocs y Ogier eran más o menos de la misma talla, pero de algún modo los Ogier parecían descollar, imponentes, sobre los Engendros de la Sombra. No luchaban como soldados, sino como leñadores que talaran árboles. Tajo a un lado, luego al siguiente, derribando trollocs. Pero Mat sabía que los Ogier detestaban talar árboles, mientras que, por lo visto, disfrutaban derribando trollocs.

Los Ogier machacaron al pelotón de trollocs con el que luchaban, y los pocos supervivientes huyeron. Los soldados de Elayne se adelantaron y rechazaron al resto del ejército adversario. Varios cientos de Ogier regresaron junto a Mat, quien advirtió que entre ellos había bastantes Ogier seanchan, los Jardineros. Él no había dado esa orden. Los dos grupos combatían juntos, pero casi ni se miraban entre ellos.

Todos, varones o hembras, tenían numerosos cortes en brazos y piernas. No llevaban armadura, pero muchos de esos cortes parecían superficiales, como si su piel tuviera la consistencia de una corteza.

Loial se acercó a Mat y a los Guardias de la Muerte echándose el hacha el hombro; tenía los pantalones oscurecidos hasta el muslo, como si hubiera caminado a través de vino.

—Mat —saludó el Ogier, haciendo una profunda inhalación—, hemos hecho lo que nos pediste, luchar aquí. Ningún trolloc consiguió traspasar nuestra posición.

—Lo habéis hecho bien, Loial. Gracias.

Esperó una respuesta. Algo prolijo y entusiasmado, sin duda. Loial se limitó a inhalar y exhalar aire con unos pulmones que podrían contener suficiente aire para llenar una habitación. Ni una palabra. Los que lo acompañaban, aunque muchos eran mayores que Loial, tampoco hablaron. Algunos enarbolaban antorchas. El brillo del sol se había desvanecido tras el horizonte. La noche ya había caído sobre ellos.

Ogier silenciosos. Eso era extraño en verdad. Ogier en guerra, sin embargo…, era algo que Mat jamás había visto. No guardaba memoria de nada así en los recuerdos que no eran suyos.

—Os necesito —dijo—. Tenemos que darle la vuelta a esta batalla o estaremos acabados. Vamos.

—¡Órdenes del Tocador del Cuerno! —bramó Loial—. ¡Arriba las hachas!

Mat hizo una mueca y se encogió. Si alguna vez necesitaba que alguien transmitiera un mensaje a viva voz desde Caemlyn a Cairhien, ya sabía a quién pedírselo. Sólo que, probablemente, lo oirían también hasta en la Llaga.

Taconeó a *Puntos* para que se pusiera en marcha, y los Ogier los rodearon a él y a los Guardias de la Muerte. Los Ogier no tuvieron problema para llevar el paso.

—Enaltecido Señor —dijo Karede—, a los míos y a mí nos ordenaron…

—Que fueseis a morir al frente. Estoy en ello, puñetas. Karede, ten la bondad de mantener la espada lejos de tu barriga de momento.

La expresión del hombre se ensombreció, pero se calló.

—En realidad, ella no quiere que mueras, lo sabes, ¿no? —dijo Mat. No podía añadir nada más sin revelar el regreso planeado de Tuon.

—Si mi muerte sirve a la emperatriz, así viva para siempre, entonces daré mi vida de buena gana.

—Estás mal de la cabeza, Karede. Por desgracia, yo también. Así que estás en buena compañía. ¡Eh, los de ahí! ¿Quién manda esa fuerza?

Habían llegado a la retaguardia, donde se encontraban las tropas de reserva de los Juramentados del Dragón, los heridos y los que descansaban de su turno en el frente.

—Milord —dijo uno de los exploradores—, la comanda lady Tinna.

—Ve a buscarla —ordenó Mat.

Esos dados no dejaban de repicar dentro de su cabeza. También sentía un tirón desde el norte, insistente, como si unos hilos ceñidos al pecho halaran de él.

«Ahora no, Rand —pensó—. Estoy muy ocupado, maldita sea».

No surgieron colores, sólo oscuridad. Negra como el corazón de un Myrddraal.

«Ahora… no…» Desechó la visión.

Tenía trabajo que hacer allí. Tenía un plan. Oh, Luz; que funcionara, por favor…

Tinna resultó ser una muchacha bonita, más joven de lo que él esperaba, alta, de extremidades fuertes. Llevaba el largo cabello castaño recogido en una cola, aunque algunos rizos parecían querer soltarse aquí y allí. Vestía polainas y ya había

participado en la lucha a juzgar por esa espada a la cadera y la oscura sangre trolloc en las mangas.

Se acercó a caballo hasta él y lo miró de arriba abajo con ojos expertos.

—Por fin os acordáis de nosotros, ¿verdad, lord Cauthon?

Sí, definitivamente esa chica le recordaba a Nynaeve. Mat alzó la mirada hacia los Altos. La lucha de fuego entre Aes Sedai y sharaníes allí arriba se había vuelto turbulenta.

«Más vale que venzas, Egwene. Cuento contigo».

—Tu ejército —dijo Mat, dirigiéndose a Tinna—. ¿Es cierto que algunas Aes Sedai se unieron a vosotros?

—Algunas, sí —contestó ella con cautela.

—¿Eres una de ellas?

—Exactamente no.

—¿Exactamente no? ¿Qué quieres decir con eso? Mira, mujer, necesito un acceso. Si no tenemos uno, esta batalla podría perderse. Por favor, dime que tenemos algunas encauzadoras aquí que pueden situarme donde he de ir.

—No es mi intención irritaros, lord Cauthon. —Apretó los labios—. Las viejas costumbres son como fuertes ataduras, y he aprendido a no hablar de ciertas cosas. Me echaron de la Torre Blanca por… motivos complicados. Lo siento, pero no conozco el tejido de Viajar. Sé a ciencia cierta que la mayoría de las que se unieron a nosotros son demasiado débiles para realizar ese tejido. Requiere manejar mucho Poder Único, tanto que supera la capacidad de muchas que…

—Para hacer uno, yo tengo capacidad.

Una mujer de rojo, que estaba agachada en las líneas de heridos —al parecer, Curando—, se incorporó. Era delgada y huesuda, y con una expresión avinagrada, pero la alegría de Mat al verla fue tanta que la habría besado. Como besar cristales rotos, eso era lo que habría sido. De todos modos lo habría hecho.

—¡Teslyn! —gritó—. ¿Qué hacéis aquí?

—Luchar en la Última Batalla, me parece que hago —contestó mientras se sacudía las manos—. ¿Y no es eso lo que hacemos todos?

—Pero ¿con Juramentados del Dragón? —se extrañó Mat.

—No encontré que la Torre Blanca fuera un lugar cómodo cuando regresé, no —dijo la mujer—. Ha cambiado, vaya que sí. Así que aproveché para venir aquí, donde la necesidad era mayor. ¿Cómo quieres el acceso? ¿De qué tamaño?

—Lo bastante grande para trasladar tantos efectivos de esta fuerza como podamos, Juramentados del Dragón, los Ogier y este escuadrón de caballería de la Compañía de la Mano Roja —enumeró Mat.

—Necesitaré un círculo, Tinna —declaró Teslyn—. Nada de protestar que no puedes encauzar; lo percibo en ti, y aquí todas las previas lealtades y juramentos para

nosotras están rotos. Reúne a las mujeres. ¿Adónde vamos, Cauthon?

—A la cumbre de los Altos —repuso Mat con una sonrisa.

—¡Los Altos! —exclamó Karede—. Pero si abandonasteis esa posición al inicio de la batalla. ¡Se la entregasteis a los Engendros de la Sombra!

—Sí, lo hice.

Y ahora… Ahora tenía una oportunidad de poner fin a aquello. Las fuerzas de Elayne aguantaban a lo largo del río, Egwene luchaba al oeste… Él tenía que tomar la parte septentrional de los Altos. Sabía que con la marcha de los seanchan y la mayoría de sus tropas enzarzadas alrededor de la zona baja de los Altos, Demandred enviaría una fuerza numerosa de sharaníes y trollocs a través de la cumbre hacia el nordeste para descender con un giro, cruzar el cauce del río y salir por detrás del ejército de Elayne. Los ejércitos de la Luz quedarían rodeados y a merced de Demandred. Su única opción era impedir que las tropas del Renegado bajaran de los Altos, a despecho de su superioridad numérica. Luz. Era una apuesta arriesgada, pero a veces uno tenía que jugárselo todo a una carta.

—Nos estáis dispersando de un modo que puede ser peligroso —dijo Karede—. Lo arriesgáis todo al mover ejércitos que hacen falta aquí para subir a los Altos.

—Querías ir al frente, ¿no? —replicó Mat—. Loial, ¿estáis con nosotros?

—¿Un ataque al núcleo central del enemigo, Mat? —preguntó Loial, que levantó el hacha—. No será el peor sitio en el que me he encontrado siguiéndoos a cualquiera de vosotros tres. Confío en que Rand esté bien. Es lo que tú crees, ¿verdad?

—Si Rand hubiera muerto, lo sabríamos —afirmó Mat—. Esta vez tendrá que componérselas sin que Matrim Cauthon vaya a salvarlo. ¡A ver ese acceso, Teslyn! Tinna, organiza a tus fuerzas. Que estén prontas para cargar a través del acceso. ¡Hemos de tomar la vertiente norte de los Altos con rapidez y resistir, nos lance lo que nos lance la Sombra!

Egwene abrió los ojos. Aunque no tendría que estar en una habitación, se encontraba tumbada en una. Además era un cuarto lujoso. El aire fresco olía a sal, y ella yacía en un mullido colchón.

«Debo de estar soñando», pensó. O quizás había muerto. ¿Explicaría eso el dolor? Un dolor horrible. La nada sería mejor, mucho mejor, que ese dolor espantoso.

Gawyn había muerto. Y a ella le habían arrancado de cuajo una parte de sí misma.

—Se me olvida lo joven que es —llegó un susurro a través de la habitación. Era una voz conocida. ¿Silviana?—. Cuida de ella. Yo he de regresar a la batalla.

—¿Cómo va?

Esa voz también le resultaba conocida a Egwene. Rosil, del Amarillo. Había ido a Mayene con las novicias y Aceptadas para ayudar con la Curación.

—¿La batalla? Mal. —Silviana no era de las que ponían paños calientes—.

Cuídala, Rosil. Es fuerte, y sé que saldrá de ésta, pero siempre queda la preocupación.

—He ayudado antes a mujeres que perdieron a sus Guardianes, Silviana —dijo Rosil—. Te aseguro que sé lo que me hago. En los próximos días no tendrá ánimo para nada, pero después empezará a recobrarse.

—Ese chico… —Silviana resopló—. Tendría que haberme dado cuenta de que la destrozaría, tendría que haberlo pillado por la oreja y llevado a una granja lejana para ponerlo a trabajar durante la próxima década.

—No es fácil controlar el corazón, Silviana.

—Los Guardianes son una debilidad —sentenció Silviana—. Eso es lo único que han sido y lo único que serán. Ese muchacho… Ese estúpido muchacho…

—Ese estúpido muchacho me salvó la vida de los asesinos seanchan —dijo Egwene—. No estaría aquí hoy para llorarlo si él no lo hubiera hecho. Te sugiero que recuerdes eso, Silviana, cuando hables de los muertos.

Las otras se quedaron calladas. Egwene trató de sobreponerse al dolor de la pérdida. Estaba en Mayene, desde luego. Silviana la habría llevado con las Amarillas.

—Lo recordaré, madre —repuso Silviana. De hecho, se las arregló para decirlo en tono contrito—. Que descanséis. Yo me…

—Descansar es para los muertos, Silviana. —Egwene se sentó en la cama.

Silviana y Rosil se encontraban en la puerta de la hermosa habitación, que tenía colgaduras de tela azul bajo el techo adornado con incrustaciones de madreperla. Las dos mujeres se cruzaron de brazos y le dirigieron una mirada severa.

—Habéis pasado por algo extremadamente doloroso, madre —le recordó Rosil. Cerca de la puerta, Leilwin montaba guardia—. La pérdida de un Guardián basta para inmovilizar a cualquier mujer. No es censurable sumirse en el pesar hasta superarlo.

—Egwene al'Vere puede sumirse en el pesar —replicó Egwene al tiempo que se ponía de pie—. Egwene al'Vere ha perdido al hombre que amaba y lo sintió morir a través del vínculo. La Amyrlin se compadece de ella, como se compadecería de cualquier Aes Sedai que afrontara semejante pérdida. Pero, ante la Última Batalla, la Amyrlin esperaría que esa mujer sacara fuerzas de flaqueza y volviera a la batalla.

Cruzó la estancia, y cada paso que daba era más firme. Tendió la mano a Silviana y señaló con la cabeza el *sa'angreal* de Vora que la Guardiana de las Crónicas sostenía en la mano.

—Voy a necesitar eso —dijo.

Silviana vaciló.

—A menos que queráis descubrir cuán en forma estoy en este momento, no aconsejaría la desobediencia —advirtió con suavidad.

Silviana miró a Rosil, que suspiró y asintió con la cabeza de mala gana. Silviana le tendió la vara.

—No apruebo esto, madre —manifestó Rosil—. Pero si insistís…

—Insisto —la interrumpió.

—Entonces os haré una sugerencia. La emoción alcanzará cotas que podrían machacaros. Ése es el peligro. Ante la muerte de un Guardián, conectar al *Saidar* resulta difícil. Si lo conseguís, es probable que no podáis alcanzar la serenidad Aes Sedai. Eso puede ser peligroso. Muy peligroso.

Egwene se abrió al *Saidar*. Como Rosil había apuntado, abrazar la Fuente le costaba trabajo. Arrolladoras, demasiadas emociones se disputaban su atención y ahuyentaban la serenidad. Enrojeció cuando falló por segunda vez.

Silviana abrió la boca, sin duda para sugerirle que se sentara otra vez. En ese momento Egwene tocó el *Saidar*, floreció el capullo en su mente y el Poder Único entró a raudales en ella. Lanzó una mirada desafiante a Silviana y después empezó a tejer un acceso.

—No habéis oído el resto de mi consejo, madre —dijo Rosil—. No podréis desechar las emociones que os afligen. No del todo. La única opción que tenéis para ahogar esas emociones dolorosas no es cómoda. Debéis recurrir a emociones más intensas.

—Eso no tendría que presentar ninguna dificultad —contestó Egwene.

Respiró hondo y absorbió más Poder Único. Se permitió sentir rabia. Ira hacia los Engendros de la Sombra que amenazaban el mundo, cólera contra ellos por haberle arrebatado a Gawyn.

—Necesitaré unos ojos que me guarden —añadió, en desafío a las palabras previas de Silviana. Gawyn no había sido una debilidad para ella—. Voy a necesitar otro Guardián.

—Pero… —empezó Rosil.

Egwene la hizo callar con una mirada. Sí, la mayoría de las mujeres esperaban. Sí, Egwene al'Vere sufría por su pérdida, y a Gawyn nadie podría reemplazarlo jamás. Pero ella creía en los Guardianes. La Sede Amyrlin necesitaba que alguien le guardara las espaldas. Aparte de eso, toda persona con un vínculo de Guardián era un luchador mejor que quienes no lo tenían. Estar sin Guardián era negarle a la Luz otro soldado.

Había una persona allí que le había salvado la vida.

«No —objetó una parte de Egwene mientras detenía la mirada en Leilwin—. Una seanchan no».

Pero otra parte de ella, la Amyrlin, se rió.

«Deja de comportarte como una chiquilla». Tendría un Guardián.

—Leilwin Sin Barco —dijo en voz alta—, ¿quieres aceptar ese cometido?

La mujer se arrodilló e inclinó la cabeza.

—Yo… Sí.

Egwene ejecutó el tejido del vínculo. Leilwin se puso de pie con un aspecto

menos fatigado e hizo una profunda inhalación. Egwene abrió un acceso al otro lado de la habitación y después utilizó su conocimiento inmediato de la estancia para abrir otro a donde los suyos combatían. El estruendo de armas chocando contra escudos, de explosiones y de gritos entró en tromba por el acceso.

Egwene regresó a los campos de muerte llevando consigo la cólera de la Amyrlin.

Demandred era un maestro espadachín. Galad había imaginado que tal sería el caso, pero prefería confirmar sus suposiciones.

Los dos danzaron adelante y atrás dentro del círculo de sharaníes que presenciaban el duelo. Galad llevaba una armadura más ligera —cota de malla debajo del tabardo— y se movía con más rapidez. Las monedas entrelazadas que protegían a Demandred pesaban más que una simple cota, pero eran más eficaces contra una espada.

—Eres mejor que tu hermano —dijo el Renegado—. A él lo maté con facilidad.

Su adversario intentaba encolerizarlo, pero no tuvo éxito. Galad avanzó. Cauteloso, frío. *El cortesano golpea ligeramente el abanico*. Demandred respondió con algo muy similar a *El halcón se inclina* y desvió su ataque; luego retrocedió y caminó alrededor del perímetro del círculo, con la espada extendida al costado, apuntando hacia afuera. Al principio había hablado mucho. Ahora sólo lanzaba alguna que otra pulla de vez en cuando.

Giraron el uno en torno al otro en la oscuridad alumbrada por antorchas que sostenían los sharaníes. Una vuelta. Dos.

—Oh, vamos —lo animó Demandred—. Estoy esperando.

Galad siguió callado. Cada instante que lo entretenía era un instante en el que Demandred no arrojaba destrucción sobre los ejércitos de Elayne. El Renegado pareció darse cuenta de ello, pues se abalanzó con rapidez. Tres golpes: hacia abajo, lateral, de revés. Galad los detuvo todos con tal celeridad que apenas podía seguirse el movimiento de los brazos.

Algo se movió a un lado. Era una roca lanzada por Demandred con el Poder. Galad la esquivó por poco y después levantó la espada para detener los golpes que llegaron a continuación. Arremetidas feroces hacia abajo y *El jabalí baja corriendo la montaña*, que chocaron contra la espada de Galad. Aguantó eso, pero no pudo detener el siguiente giro de espada, que le cortó el antebrazo.

Demandred se retiró hacia atrás con la hoja de la espada goteando sangre de Galad. Caminaron de nuevo uno alrededor del otro. Galad sentía la calidez de la sangre dentro del guante, donde había escurrido por el brazo abajo. La pérdida de sangre, aunque no fuera mucha, restaba rapidez de reflejos a un hombre y lo debilitaba.

Galad inhaló y exhaló mientras desechaba pensamientos, preocupaciones. Cuando

Demandred atacó de nuevo, Galad se anticipó desplazándose hacia un lado y descargando un golpe a dos manos que llegó al cuero de la parte trasera de la rodillera del Renegado. La espada rebotó en la armadura, pero aun así cortó. Al girar sobre sí mismo con rapidez, Galad vio que Demandred cojeaba.

—Me has hecho sangrar —dijo—. Había pasado mucho tiempo desde que alguien lograba hacerlo.

El suelo empezó a subir y a bajar y a resquebrajarse debajo de Galad. Desesperado, saltó hacia adelante, acercándose al Renegado para forzarlo a que dejara de encauzar si no quería perder también el equilibrio. El Renegado gruñó y descargó un tajo lateral, pero Galad había salvado la defensa de su enemigo, dentro ya del arco trazado por la espada.

Demasiado próximos para blandir la espada, Galad levantó el arma y la estrelló —con el pomo por delante— en la cara de Demandred. El Renegado le asió la mano con la suya, pero Galad agarró a Demandred por el yelmo y lo sujetó con fuerza tratando de taparle los ojos con él. Entre gruñidos, los dos hombres se quedaron trabados, sin moverse.

Entonces, con un sonido nauseabundo, Galad oyó con claridad cómo se desgarraba el músculo donde había recibido la herida del brazo. La espada resbaló de los dedos insensibles, el brazo se le contrajo de forma espasmódica, y Demandred lo empujó hacia atrás y atacó con un golpe de espada relampagueante.

Galad se derrumbó de rodillas. El brazo derecho —cortado por el hombro con el tajo de Demandred— cayó al suelo delante de él.

Demandred se apartó, jadeante. Había estado preocupado. Bien. Galad se agarró el muñón sangrante y luego escupió a los pies del Renegado.

El Renegado resopló con desdén y blandió la espada una vez más.

Todo se volvió negro.

Androl se sentía como si hubiera olvidado lo que era respirar aire limpio. La tierra a su alrededor ardía lentamente y se estremecía, el humo se arremolinaba con el viento, que arrastraba el hedor de cuerpos quemándose.

Buscando a Taim, otros y él se habían desplazado hacia el lado occidental a través de la cumbre de los Altos. La mayor parte del ejército sharaní combatía allí contra las fuerzas de la Torre Blanca.

Grupos de encauzadores se arrojaban fuego de un bando a otro, por lo que Androl cruzó solo el horrendo panorama. Encorvado, pasó por zonas de suelo humeante tratando de aparentar ser un hombre herido que intentaba llegar a terreno seguro. Todavía llevaba el rostro de Nensen, pero con la cabeza gacha y la postura inclinada eso poco importaba.

Percibió una repentina alarma en Pevara, que avanzaba sola a corta distancia.

¿*Qué pasa*?, transmitió. ¿*Te encuentras bien*?

Tras un momento de tensión, le llegaron los pensamientos de la mujer.

Estoy bien. Un sobresalto por algunos sharaníes. Los convencí de que era uno de los suyos antes de que atacaran.

Lo extraordinario es que alguien sepa distinguir amigo de enemigo aquí, transmitió Androl. Ojalá que Emarin y Jonneth estuvieran a salvo. Los dos se habían ido juntos, pero si…

Se quedó inmóvil. Un poco más adelante, a través del humo arremolinado, vio un círculo de trollocs que protegían algo. Se encontraban en un afloramiento rocoso que sobresalía de la ladera como el asiento de una silla.

Avanzó cautelosamente, con la esperanza de echar una ojeada a hurtadillas.

¡*Androl*! La voz de Pevara en la mente le dio un susto tremendo.

¿*Qué*?

Algo te había alarmado. Es lo que me hizo reaccionar así, dijo ella.

He encontrado algo. Sólo será un momento, respondió tras respirar despacio varias veces para tranquilizarse. De hecho se acercó lo bastante para notar que dentro del círculo se estaba encauzando. No sabía si…

Los trollocs se apartaron cuando alguien bramó una orden desde el interior de grupo. Mishraile se asomó y al verlo se puso ceñudo.

—¡Sólo es Nensen!

El corazón empezó a latirle desbocado a Androl.

Un hombre de negro se volvió dejando de contemplar la batalla. Taim. En las manos llevaba un disco delgado en blanco y negro. Lo frotaba con el pulgar mientras inspeccionaba el campo de batalla con gesto desdeñoso, como mostrando desprecio por los encauzadores inferiores que luchaban con esfuerzo todo en derredor.

—¿Y bien? —espetó a Androl mientras se volvía y guardaba el disco en una bolsita que llevaba a la cintura.

—He visto a Androl —dijo Androl, reaccionando con rapidez. Luz, los otros esperaban que se acercara, así que lo hizo. Pasó entre los trollocs, metiéndose en las fauces de la bestia. Si pudiera acercarse lo suficiente…—. Lo seguí un trecho.

Nensen tenía la voz grave, algo ronca, y Androl hizo cuanto pudo para imitarla. Pevara podría haber incluido la voz en el tejido, pero no sabía muy bien cómo hacerlo.

—¡Me trae sin cuidado ése! Estúpido. ¿Qué hace Demandred?

—Me vio —contestó Androl—. No le gustó que estuviera por allí. Me ordenó que volviera contigo y amenazó que, si nos veía a cualquiera de nosotros fuera de esta posición, lo mataría.

Androl… transmitió Pevara, preocupada. No podía perder la concentración para responder a la mujer. Hubo de hacer acopio de valor para acercarse a Taim. Éste se

frotó la frente con dos dedos y cerró los ojos.

—Y yo que pensaba que podrías hacer algo tan sencillo —dijo y a continuación creó un tejido complejo de Energía y Fuego que lo golpeó como una víbora.

El dolor le subió por el cuerpo de repente, empezando por los pies y ascendiendo veloz por las extremidades. Androl gritó y cayó al suelo.

—¿Te ha gustado eso? —preguntó Taim—. Lo aprendí de Moridin. Creo que intenta ponerme en contra de Demandred.

Androl gritó con su propia voz. Eso lo aterró, pero los otros no parecieron darse cuenta. Cuando Taim soltó por fin el tejido, el dolor remitió. Androl se quedó postrado en el sucio suelo, con las extremidades sacudidas todavía por espasmos en respuesta al dolor que su cerebro aún recordaba.

—Levántate —gruñó Taim.

Androl empezó a incorporarse a trompicones.

Voy hacia allí, transmitió Pevara.

Quédate donde estás, repuso él. Luz, qué desvalido se sentía. Al levantarse chocó con Taim; las piernas se negaban a funcionar como deberían.

—Estúpido. —Taim lo apartó de un empellón y Mishraile lo sujetó—. Estate quieto.

Taim empezó otro tejido. Androl intentó prestar atención, pero estaba demasiado nervioso para captar los detalles del tejido, que flotó delante de él y después se enroscó a su alrededor.

—¿Qué haces? —exclamó.

No tuvo que fingir el temblor en la voz. Aquel dolor…

—¿Dijiste que viste a Androl? —contestó Taim—. Pues bien, te pongo la Máscara de Espejos e invierto el tejido para hacer que te parezcas a él. Quiero que finjas que eres el paje. Encuentra a Logain y mátalo. Usa un cuchillo o un tejido, me da lo mismo.

—¿Has hecho que me parezca a… Androl? —preguntó.

—Androl es uno de los perros fieles de Logain —dijo Taim—. No sospechará de ti. Lo que te pido es algo excepcionalmente fácil, Nensen. ¿Crees que, por una vez, podrás evitar que acabe en un desastre?

—Sí, M'Hael.

—Bien. Porque, si fallas, te mataré. —El tejido se colocó y desapareció.

Mishraile gruñó, soltó a Androl y se apartó de él.

—Creo que Androl es más feo, M'Hael —opinó.

Taim resopló con sorna y luego hizo un gesto con la mano a Androl.

—Vale así —dijo—. Quítate de mi vista. Regresa con la cabeza de Logain o no vuelvas.

Androl se alejó a trompicones, respirando con dificultad, sintiendo los ojos de los

otros en la espalda. Una vez que estuvo a una distancia segura, se metió detrás de un arbusto que estaba quemado en su mayor parte, y casi tropezó con Pevara, Emarin y Jonneth, que se habían escondido allí.

—¡Androl! —susurró Emarin—. ¡Tu disfraz! ¿Qué ha pasado? ¿Ése era Taim?

Androl se sentó encogido e intentó aquietar los latidos del corazón. Luego sostuvo en alto la bolsita que le había quitado a Taim del cinturón cuando, al incorporarse, se tambaleó contra él.

—Era Taim, sí. No vais a creerlo, pero…

Sentado a lomos de *Poderoso*, Arganda sostuvo el trozo de papel en el hueco de la mano y sacó de un bolsillo la lista de códigos. Esos trollocs seguían lanzando flechas. Hasta ahora, había evitado que le diera alguna. Al igual que la reina Alliandre, que todavía cabalgaba con él. Al menos había accedido a permanecer más atrás con sus fuerzas de reserva, donde se hallaba más protegida.

Además de la Legión del Dragón y los fronterizos, su fuerza, junto con la Guardia del Lobo y los Capas Blancas, se habían desplazado río abajo tras la batalla en las ruinas. Él contaba con más soldados de infantería que los otros, y los habían seguido más despacio.

Allí habían encontrado lucha de sobra con los trollocs y los sharaníes que intentaban rodear los ejércitos de Andor por el cauce seco del río. Arganda llevaba combatiendo allí unas cuantas horas, y ahora la puesta de sol daba paso a las sombras. No obstante, se había retirado en cuanto recibió el mensaje.

—Qué jodida letra más horrible —rezongó mientras volvía hacia la antorcha la pequeña lista de códigos.

Las órdenes eran auténticas. O eso, o era que alguien había descifrado el código.

—¿Y bien? —preguntó Turne.

—Cauthon está vivo —dijo Arganda con un gruñido.

—¿Dónde está?

—No lo sé. —Arganda dobló el papel y guardó los códigos—. El mensajero dijo que Cauthon abrió un acceso delante de él, le lanzó la carta a la cara y le dijo que me buscara.

Arganda giró hacia el sur y escudriñó en la oscuridad. Preparándose para la noche, sus hombres habían llevado aceite a través de accesos y habían prendido fuego a los montones de madera. A la luz de las hogueras, alcanzó a ver a los hombres de Dos Ríos que se encaminaban hacia allí, como decían las órdenes.

—¡Eh, Tam al’Thor! —llamó Arganda al tiempo que alzaba una mano.

No había visto a su comandante desde que se habían separado tras la batalla en las ruinas, horas atrás.

Los hombres de Dos Ríos parecían tan agotados como se sentía el propio

Arganda. Había sido un día muy, muy largo y la batalla no había acabado ni mucho menos.

«Ojalá estuviera aquí Gallenne —pensó, observando a los trollocs en el río en tanto que los hombres de al’Thor se acercaban—. Me vendría bien tener alguien con quien discutir».

Justo río abajo se oían gritos y entrechocar armas donde las formaciones de picas andoreñas aguantaban —a duras penas— las oleadas de trollocs. A esas alturas, la batalla se había ido extendiendo a lo largo del Mora, casi hasta Alcor Dashar. Sus hombres habían ayudado a evitar que el enemigo flanqueara a los andoreños.

—¿Qué noticias hay, Arganda? —preguntó Tam cuando llegó.

—Cauthon está vivo —contestó Arganda—. Y eso es sorprendente si tenemos en cuenta que alguien hizo saltar por el aire el jodido puesto de mando, le prendió fuego al pabellón, mató a un puñado de esas *damane*, y ahuyentó a su esposa. Cauthon salió de allí de algún modo.

—¡Ja! —exclamó Abell Cauthon—. Ése es mi muchacho.

—Me dijo que veníais —dijo Arganda—. Y que tendríais flechas. ¿Es verdad?

—Sí. Las últimas órdenes recibidas nos enviaron a través de un acceso a Mayene para recibir la Curación y para reabastecernos. Ignoro cómo supo Mat que venían más flechas, pero llegó un cargamento de las mujeres de Dos Ríos justo cuando nos preparábamos para regresar aquí. Tenemos arcos largos para que los uséis, si los necesitáis.

—Sí, los necesitamos. Cauthon quiere que todas nuestras tropas regresen río arriba, a las ruinas, que crucemos el cauce del río y marchemos hacia los Altos desde la ladera nororiental.

—No sé bien a qué viene eso, pero supongo que él sabe lo que se hace… —masculló Tam.

Juntas, sus fuerzas se desplazaron río arriba dejando atrás a los combatientes andoreños, cairhieninos y Aiel.

«Que el Creador os dé cobijo, amigos», pensó Arganda.

Cruzaron el cauce del río y empezaron a ascender por la vertiente nororiental. Arriba, a ese lado de los Altos, estaba silencioso, pero el brillo de las hileras de antorchas era evidente.

—Esto va a ser un hueso duro de roer si esos sharaníes están ahí arriba —dijo Tam en voz baja, puesta la mirada en la oscura ladera.

—Cauthon decía en la nota que tendríamos ayuda —informó Arganda.

—¿Qué clase de ayuda?

—No lo sé. No decía…

Un trueno cercano lo interrumpió, y Arganda torció el gesto. Se suponía que la mayoría de los encauzadores luchaban al otro lado de los Altos, pero eso no

significaba que no fuera a haber ninguno allí. Odiaba esa sensación, la impresión de que un encauzador podía estar observándolo y decidiendo si matarlo con fuego, rayos o tierra.

Encauzadores. Definitivamente, el mundo estaría mucho mejor sin ellos. Pero resultó que ese sonido no era de un trueno. Un grupo de jinetes a galope que portaba antorchas apareció saliendo de la noche y cruzó el cauce del río para unirse a Arganda y sus hombres. El estandarte de la Grulla Dorada ondeaba en el centro de otras banderas fronterizas.

—¡Que me convierta en un jodido trolloc! —gritó Arganda—. ¿Los fronterizos habéis decidido uniros a nosotros?

Lan Mandragoran saludó y la plateada espada fulgió a la luz de las antorchas.

—Así que vamos a luchar aquí —dijo, mientras echaba una ojeada vertiente arriba.

Arganda asintió con un cabeceo.

—Bien. Acabo de recibir información sobre un gran ejército sharaní moviéndose hacia el nordeste a través de la cumbre de los Altos. Para mí es evidente que quieren dar un rodeo por detrás de los nuestros que combaten a los trollocs en el río; entonces quedarían rodeados y a su merced. Parece que nuestro trabajo es impedir que eso ocurra. —Se volvió hacia Tam—. ¿Estáis preparados para debilitarlos para nosotros, arquero?

—Creo que podremos ocuparnos de eso, sí —contestó Tam.

Lan asintió con la cabeza y después alzó la espada. Un malkieri que estaba junto a él ondeó bien alto la Grulla Dorada. Y entonces cargaron cuesta arriba por aquella vertiente. Yendo hacia ellos había un enorme ejército enemigo desplegado en anchas filas a través del paisaje; los millares de antorchas que llevaban iluminaban el cielo.

Tam al'Thor ordenó a voces a sus hombres que se alinearan para disparar.

—¡Ahora!

A su grito, salieron andanada tras andanada de flechas hacia los sharaníes.

Entonces empezaron a volar flechas hacia ellos en respuesta, ahora que la distancia entre los dos ejércitos se había reducido. Arganda supuso que los arqueros no serían tan diestros en la oscuridad como podrían serlo de día, pero eso funcionaría igual para ambos bandos.

Los hombres de Dos Ríos soltaron otra oleada de muerte, flechas tan veloces como alcotanes en picado.

—¡Alto! —gritó Tam a sus hombres.

Dejaron de disparar justo a tiempo para que la caballería de Lan cargara contra las líneas sharaníes debilitadas.

«¿Dónde obtendría Tam su experiencia en batallas?», pensó Arganda mientras recordaba las veces que lo había visto combatir. Él había conocido generales

veteranos con mucha menos percepción de un campo de batalla que ese pastor.

Los fronterizos se retiraron para dejar que Tam y sus hombres dispararan más flechas. Después, Tam hizo una señal a Arganda.

—¡Ahora! —gritó Arganda a sus soldados de infantería—. ¡Adelante todas las compañías!

El ataque combinado de arqueros y caballería pesada era poderoso, pero tenía una ventaja limitada una vez que el enemigo fijaba sus defensas. Poco después, los sharaníes tendrían un sólido muro de escudos y lanzas para rechazar a los jinetes, o los arqueros los alcanzarían con sus flechas. Ahí era donde entraba la infantería.

Arganda desenganchó su maza —esos sharaníes llevaban cota de malla y cuero— y la enarboló bien alto para dirigir a sus hombres a través de los Altos. A mitad de camino se encontraron con los sharaníes, que habían avanzado para salirles al paso. Las tropas de Tam eran Capas Blancas, ghealdanos, la Guardia del Lobo de Perrin y la Guardia Alada mayeniense, pero se veían a sí mismos con un ejército. Menos de seis meses atrás Arganda habría jurado por la tumba de su padre que hombres como ésos jamás lucharían juntos, cuanto menos acudir en ayuda unos de otros, como había hecho la Guardia del Lobo cuando los Capas Blancas se vieron superados.

Se oía gritar a algunos trollocs y las bestias empezaron a unirse a los sharaníes. ¡Luz! ¿También trollocs?

Arganda arremetió a uno y otro lado con la maza hasta que el brazo pareció que le ardía; entonces cambió de mano y continuó rompiendo huesos, aplastando manos y brazos hasta que todo el pelaje de *Poderoso* estuvo salpicado de sangre.

De repente, salieron lanzados destellos de luz desde el lado opuesto de los Altos hacia los andoreños que defendían la zona baja. Arganda apenas reparó en ello, volcado como estaba en la lucha, pero algo en su interior gimió. Demandred debía de haber reanudado sus ataques.

—¡He derrotado a tu hermano, Lews Therin! —retumbó la voz del Renegado a través del campo de batalla, fragorosa como el estampido del relámpago—. ¡Se está desangrando hasta morir, apenas le queda vida!

Arganda hizo recular a *Poderoso* y giró cuando un enorme trolloc con una cara casi humana apartó de un empellón al sharaní herido que estaba su lado y soltó un bramido. La sangre le manaba de un corte en un hombro, pero no parecía notarlo. Se volvió mientras levantaba un mayal de armas con cadena corta y una cabeza gruesa como un tronco y cubierta de pinchos.

El mayal se estrelló contra el suelo justo al lado de *Poderoso* y asustó al caballo. Mientras Arganda se esforzaba por controlar al animal, el inmenso trolloc avanzó y asestó con la otra mano un puñetazo en la cabeza de *Poderoso* tan tremendo que el caballo se fue al suelo.

—¿Es que no te importa nada esta sangre de tu sangre? —tronaba Demandred en

la distancia—. ¿No sientes aprecio por aquel que te llamó hermano, este hombre de blanco?

La cabeza de *Poderoso* se había cascado como un huevo. Las patas del caballo se agitaban con espasmos y sacudidas. Arganda se puso de pie. No recordaba haber saltado de la silla cuando el animal había caído, pero el instinto lo había salvado. Por desgracia, al rodar sobre sí mismo en el suelo se había apartado de sus guardias, que luchaban a vida o muerte contra un grupo de sharaníes.

Sus hombres iban ganando terreno y los sharaníes retrocedían poco a poco. Sin embargo, no le dio tiempo de mirar hacia allí. Tenía encima a ese trolloc. Arganda levantó la maza y alzó la vista hacia la imponente bestia que tenía delante y que sacudía el mayal por encima de su cabeza mientras pasaba sobre el caballo moribundo.

Arganda no se había sentido tan pequeño en toda su vida.

—¡Cobarde! —bramaba Demandred—. ¿Y tú te llamas el salvador de este mundo? ¡Yo reclamo ese título como mío! ¡Enfréntate a mí! ¿Es que voy a tener que matar a este pariente tuyo para hacerte salir?

Arganda hizo una profunda inhalación y a continuación saltó hacia adelante. Imaginó que era lo último que el trolloc esperaba que hiciera. De hecho, el ataque de la bestia le pasó de largo. Arganda consiguió asestarle un golpe contundente en el costado; la maza alcanzó la pelvis del trolloc y rompió hueso.

Entonces el ser le asestó un revés con todas sus fuerzas. A Arganda se le pusieron los ojos en blanco y los ruidos de la batalla se apagaron. Gritos, golpeteo de pisadas, chillidos. Gritos y chillidos. Chillidos y gritos… Nada.

Al cabo de cierto tiempo —no sabía cuánto— sintió que lo levantaban. ¿El trolloc? Parpadeó, decidido a escupir a la cara a su asesino, al menos, pero se encontró con que lo subían a una silla de montar, detrás de al’Lan Mandragoran.

—¿Estoy vivo? —dijo.

Una oleada de dolor en el costado izquierdo le dejó claro que, en efecto, lo estaba.

—Acabasteis con uno grande, ghealdano —repuso Lan, que espoleó a su caballo para ponerlo a galope hacia la retaguardia. Arganda vio que los otros fronterizos cabalgaban con ellos—. El trolloc os golpeó cuando ya estaba en las últimas, pero no pude venir a recogeros hasta que los hicimos retroceder. Lo habríamos pasado mal de no ser porque ese otro ejército sorprendió a los sharaníes.

—¿Otro ejército? —Arganda se tanteó el brazo.

—Cauthon tenía un ejército al acecho en el lado nororiental de los Altos. Por lo que me pareció ver, eran Juramentados del Dragón y un escuadrón de caballería, probablemente parte de la Compañía. Más o menos cuando estabais peleando con ese trolloc, cayeron sobre los sharaníes por el flanco izquierdo y los dispersaron. Les va a llevar tiempo volver a reagruparse.

—Luz —gimió Arganda.

Notaba que tenía el brazo izquierdo roto. Bueno, estaba vivo. De momento, bastaba con eso. Miró hacia el frente, donde sus soldados todavía mantenían la formación de las líneas. La reina Alliandre cabalgaba entre las filas atrás y adelante, animando a los hombres. Luz. Ojalá la reina hubiera accedido a prestar servicio en el hospital de Mayene.

De momento ahí había tranquilidad; los sharaníes habían recibido un castigo lo bastante duro para obligarlos a replegarse y a dejar un sector de terreno despejado entre los ejércitos oponentes. Probablemente no habían esperado un ataque tan fuerte y tan repentino.

Un momento… Unas sombras se acercaban por la derecha de Arganda, unas figuras enormes que salían de la oscuridad. ¿Más trollocs? Apretó los dientes para aguantar el dolor. Había dejado caer la maza, pero todavía le quedaba el cuchillo que llevaba en la bota. No se iría de este mundo sin…, sin…

«Ogier —comprendió, y parpadeó—. Ésos no son trollocs. Son Ogier». Los trollocs no llevarían antorchas como hacían esos seres.

—¡Gloria a los constructores! —gritó Lan a los Ogier—. Así que formabais parte del ejército que Cauthon envió a atacar el flanco de los sharaníes. ¿Dónde está? ¡Querría tener unas palabras con él!

Uno de los Ogier soltó una risa estentórea.

—¡No sois el único, Dai Shan! Cauthon se mueve como una ardilla a la caza de frutos secos en la maleza. En cierto momento está aquí, y al siguiente se ha marchado. Tengo que transmitiros que hemos de frenar este avance sharaní cueste lo que cueste.

Más luces destellaron en el lejano lado opuesto de los Altos. Las Aes Sedai y los sharaníes luchaban allí. Cauthon estaba intentando encajonar a las fuerzas de la Sombra. Arganda rechazó el dolor e intentó pensar.

¿Y dónde andaba Demandred? Arganda vio entonces otra oleada de destrucción lanzada por el Renegado que abrasó defensores a través del río. Las formaciones de piqueros habían empezado a desmoronarse; cada estallido de luz mataba a cientos.

—Encauzadores sharaníes a lo lejos por un lado, y uno de los Renegados por el otro —masculló—. ¡Luz! Hasta este instante no he sido consciente de la cantidad de trollocs que hay. Son incontables. —Ahora los veía, enfrentados a las tropas de Elayne; los destellos de Poder Único mostraban millares de ellos—. Estamos acabados, ¿verdad?

El rostro de Lan reflejaba la luz de las antorchas. Ojos como pizarra, rostro granítico. No le llevó la contraria.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Arganda—. Para vencer… ¡Luz, para vencer tendríamos que batir a estos sharaníes, rescatar a los piqueros, que pronto estarán

rodeados por los trollocs, y cada uno de nuestros hombres tendría que matar al menos a cinco de esas bestias!

Tampoco ahora hubo respuesta de Lan.

—Estamos condenados —dijo Arganda.

—En ese caso —respondió Lan—, nos quedamos en terreno alto y luchamos hasta morir, ghealdano. No hay más rendición que la muerte. A muchos hombres les han dado menos opciones.

Los hilos de la posibilidad se le resistían a Rand al tejerlos en el mundo que imaginaba. Ignoraba qué significaba eso. Quizá que lo que pretendía era muy poco probable. Aquello que hacía utilizando hilos para mostrar lo que podía ser, era algo más que una simple ilusión. Implicaba considerar mundos que ya habían sido, mundos que podían ser otra vez. Espejos de la realidad en la que vivía.

No creaba esos mundos. Simplemente… los hacía manifiestos. Obligó a los hilos a abrirse a la realidad que demandaba y, por fin, obedecieron. Una vez más, la oscuridad se hizo luz y la nada se hizo algo.

Entró en un mundo que no conocía al Oscuro.

Eligió Caemlyn como punto de entrada. Quizá porque el Oscuro había usado ese sitio en su última creación, y Rand quería demostrarse a sí mismo que la terrible visión no era inevitable. Necesitaba ver la ciudad otra vez, pero no corrompida.

Caminó por la calzada que pasaba por el palacio y respiró hondo. Los árboles llamados lluvia de oro estaban en flor y los capullos amarillos se derramaban fuera de los jardines colgando por encima de los muros del patio. Los niños jugaban en ellos y lanzaban pétalos al aire.

Ni una sola nube rompía el límpido azul del cielo. Rand miró hacia arriba, alzó los brazos y salió de debajo de las ramas floridas a la cálida luz del sol. No había guardias en las puertas de palacio, sólo un afable criado que respondía a las preguntas de algunos visitantes.

Rand siguió adelante dejando huellas de pétalos dorados conforme se acercaba a la entrada. Una pequeña corrió hacia él y Rand se detuvo, sonriéndole.

Ella se aupó para tocar la espada que Rand llevaba a la cintura. La pequeña parecía confusa.

—¿Qué es? —preguntó al tiempo que alzaba la cabeza para mirarlo con los ojos muy abiertos.

—Una reliquia —susurró Rand.

Las risas de los otros niños hicieron que la pequeña girara la cabeza y se marchara, risueña, cuando uno de los niños lanzó al aire un montón de pétalos.

Rand siguió caminando.

¿ESTO ES LA PERFECCIÓN PARA TI?

La voz del Oscuro sonaba lejana. Podía penetrar esa realidad para hablar con él, pero no podía aparecer allí como había hecho en las otras visiones. Este sitio era su antítesis.

Porque éste sería el mundo que existiría si Rand acababa con él en la Última Batalla.

—Ven y verás —le dijo Rand, sonriente.

No hubo respuesta. Si el Oscuro se acercaba demasiado a esa realidad, dejaría de existir. En aquel lugar Shai'tan había muerto.

Todas las cosas giraban y volvían de nuevo. Ése era el significado de la Rueda del Tiempo. ¿De qué servía ganar una única batalla contra el Oscuro sabiendo que regresaría? Rand podía hacer algo más. Podía hacer… eso que contemplaba.

—Me gustaría ver a la reina —pidió al criado de las puertas de palacio—. ¿Está aquí?

—Imagino que podréis encontrarla en los jardines, joven —repuso el guía.

Miró la espada de Rand, pero sin curiosidad, sin preocupación. En ese mundo los hombres no concebían que una persona quisiera hacer daño a otra. Eso no ocurría.

—Gracias —dijo Rand, que se adentró en palacio.

Los pasillos le resultaban familiares pero, aun así, diferentes. Caemlyn casi había sido arrasado durante la Última Batalla y el palacio había ardido. La reconstrucción se parecía a lo que había sido antes, pero no del todo.

Rand recorrió los pasillos. Algo le preocupaba; algo, en su fuero interno, lo incomodaba. ¿Qué era lo…?

«No te enredes aquí —comprendió—. No seas demasiado complaciente contigo mismo». Ese mundo no era real, no del todo. No todavía.

¿Podría ser éste un plan del Oscuro? ¿Engañarlo a fin de que creara un paraíso para sí mismo con el resultado de entrar en él y quedar atrapado mientras la Última Batalla proseguía con furia? Había gente que estaba muriendo mientras luchaba.

Debía tener presente eso. No podía dejar que esa fantasía lo consumiera. Pero no fue fácil recordarlo tras entrar en la galería, un largo pasillo bordeado por lo que parecían ventanales. Sólo que no se asomaban a Caemlyn. Eran nuevos portales de cristal que le permitían a uno contemplar otros lugares, como un acceso siempre abierto en su sitio.

Rand pasó uno con vistas al fondo de una bahía donde peces de colores nadaban con movimientos rápidos de un lado para otro. Otro daba a un paisaje de una alta y tranquila pradera en las Montañas de la Niebla. Flores rojas se abrían paso entre la hierba, como motas de pintura esparcida en el suelo tras el trabajo diario de un pintor.

Al otro lado, los ventanales se asomaban a grandes ciudades del mundo. Rand pasó por Tear, donde la Ciudadela era ahora un museo de los tiempos de la Tercera Era, con los Defensores como sus conservadores. Nadie de esta generación había

llevado encima un arma jamás, y se quedaban perplejos con los relatos de que sus abuelos habían luchado. Otro mostraba las Siete Torres de Malkier reconstruidas, formidables, pero como un monumento, no como una fortificación. La Llaga había desaparecido al desaparecer el Oscuro, y los Engendros de la Sombra se habían desplomado muertos de inmediato, como si el Oscuro los hubiera tenido vinculados a todos, al igual que un Fado dirigía un pelotón de trollocs.

Las puertas no tenían cerraduras. El sistema monetario casi era una excentricidad caída en el olvido. Los encauzadores ayudaban a crear comida para todo el mundo. Rand pasó por un ventanal que daba a Tar Valon, donde las Aes Sedai Curaban a cualquiera que iba allí y creaban accesos para que la gente se reuniera con sus seres queridos. Todos tenían lo que necesitaban.

Vaciló junto a la siguiente ventana. Se veía Rhuidean. ¿De verdad esa ciudad había estado alguna vez en un desierto? El Yermo florecía, desde Shara hasta Cairhien. Y allí, a través del ventanal, Rand vio Campos de Soras —un bosque de esos árboles de leyenda— que rodeaban la ciudad legendaria. Aunque no oía las voces, vio que los Aiel cantaban.

No más armas. No más lanzas con las que danzar. De nuevo, los Aiel eran un pueblo pacífico.

Siguió adelante. Bandar Eban, Ebou Dar, el continente de Seanchan, Shara. Todas las naciones estaban representadas, aunque en la actualidad la gente no hacía mucho caso de las fronteras. Otra reliquia. ¿A quién le importaba vivir en una u otra nación y por qué alguien iba a querer «poseer» tierras? Había suficiente para todos. El florecimiento del Yermo había proporcionado espacio para nuevas ciudades, nuevas maravillas. Muchos de los ventanales por los que Rand pasaba parecían asomarse a sitios que no conocía, aunque lo complació ver Dos Ríos con un aspecto tan majestuoso, casi como si Manetheren hubiera resurgido.

El último ventanal lo hizo vacilar. Se asomaba a un valle que antaño había sido las Tierras Malditas. Una losa de mármol en el lugar donde un cuerpo había sido incinerado largo tiempo atrás, descansaba allí en soledad. Estaba cubierta de vida: enredaderas, hierba, flores. Una araña peluda del tamaño de la mano de un niño pasó corriendo sobre las piedras.

Era su tumba. El sitio donde habían incinerado su cuerpo tras la Última Batalla. Se quedó largo rato ante aquel ventanal hasta que, por fin, se obligó a seguir adelante; salió de la galería y se encaminó hacia los jardines de palacio. Los criados se mostraron serviciales cada vez que les habló. Nadie cuestionó por qué quería ver a la reina.

Dio por sentado que cuando la encontrara estaría rodeada de gente. Si cualquiera podía ver a la reina, ¿no requeriría que se dedicara todo el tiempo a tal menester? Empero, cuando se acercó a ella la vio sola, sentada en los jardines debajo de las

enormes ramas del árbol sora de palacio.

Era un mundo sin problemas. Un mundo donde la gente solucionaba sus discrepancias con facilidad. Un mundo de cooperación, no de controversia. ¿Qué podría necesitar alguien de la reina?

Elayne seguía siendo tan bella como cuando se habían separado la última vez. Ya no estaba embarazada, por supuesto. Habían pasado cien años desde la Última Batalla, pero parecía que no hubiera envejecido un solo día.

Se acercó a ella con la mirada prendida en el muro del jardín del que antaño se había caído; allí se habían visto por primera vez. Los jardines de ahora eran muy diferentes, pero ese muro seguía allí. Había resistido bien el paso del tiempo, así como el impacto de la nueva Caemlyn y la llegada de una nueva era.

Elayne lo miró desde el banco. De inmediato, los ojos se le abrieron de par en par, y se llevó la mano a la boca.

—¿Rand?

Se quedó mirándola con la mano apoyada en el pomo de la espada de Laman. Una postura ceremoniosa. ¿Por qué habría llevado el arma?

—¿Es esto una travesura? Hija, ¿dónde estás? ¿Has usado otra vez la Máscara de Espejos para gastarme una broma?

—No es una broma, Elayne —dijo Rand, que se inclinó delante de ella con una rodilla en tierra y así las cabezas de ambos estuvieron al mismo nivel. La miró a los ojos.

Algo estaba mal.

—¡Oh! Pero ¿cómo es posible? —preguntó ella.

Ésa no era Elayne, ¿verdad? El tono parecía errado, las maneras erróneas. ¿Habría cambiado tanto? Habían pasado cien años.

—Elayne, ¿qué te ha pasado? —inquirió.

—¿Ocurrirme? ¡Nada! Hace un día maravilloso, magnífico. Hermoso y tranquilo. Me encanta sentarme en mis jardines y disfrutar del sol.

Rand frunció el entrecejo. Ese tono afectado, esa reacción banal… Elayne jamás había sido así.

—¡Tendremos que preparar una fiesta! —exclamó Elayne al tiempo que batía palmas—. ¡Invitaré a Aviendha! Es su semana libre de cantar, aunque probablemente estará prestando servicio en la guardería. Por lo general se ofrece como voluntaria allí.

—¿Servicio en la guardería?

—En Rhuidean —dijo Elayne—. A todo el mundo le gusta jugar con los niños, tanto aquí como allí. ¡Hay mucha competencia para cuidar a los pequeños! Pero comprendemos que hay que turnarse.

Aviendha. Atendiendo niños y cantando a los árboles sora. En realidad no había

nada de raro en eso. ¿Por qué no iba a disfrutar de tales actividades?

Pero también era erróneo. Estaba convencido de que Aviendha debía de ser una madre maravillosa, pero no la imaginaba deseando pasar todo el día jugando con los hijos de otros…

Rand miró a Elayne a los ojos con intensidad, profundamente. Detrás de ellos, en el fondo, acechaba una sombra. Oh, era una sombra inocente, pero sombra de todos modos. Era como… como esa que…

Como la que había en el fondo de los ojos de alguien que había sido Trasmutado al Oscuro.

Rand se incorporó de un brinco y retrocedió a trompicones.

—¡¿Qué has hecho aquí?! —le gritó al cielo—. ¡Shai'tan! ¡Responde!

Elayne ladeó la cabeza. No parecía asustada. El miedo no existía en ese lugar.

—¿Shai'tan? Juraría que conozco ese nombre. Aunque de hace muchísimo tiempo… A veces soy olvidadiza.

—¡¡SHAI'TAN!! —bramó Rand.

NO HE HECHO NADA, ADVERSARIO. ÉSTA ES TU CREACIÓN. La voz sonaba distante.

—¡Tonterías! ¡La has cambiado! ¡Los has cambiado a todos!

¿CREÍAS QUE APARTARME DE SUS VIDAS NO TENDRÍA REPERCUSIONES EN ELLOS?

Las palabras retumbaron contra Rand. Horrorizado, retrocedió cuando Elayne se levantó del banco, obviamente preocupada por él. Sí, ahora lo veía, veía lo que había detrás de sus ojos. No era ella misma… Y no lo era porque él le había arrebatado la capacidad de serlo.

YO TRASMUTO HOMBRES, dijo Shai'tan. ES CIERTO. NO PUEDEN ELEGIR EL BIEN UNA VEZ QUE LOS HE HECHO MÍOS DE ESE MODO. ¿EN QUÉ SE DIFERENCIA ESTO DE LO QUE HAGO YO, ADVERSARIO?

SI HACES ESTO, SOMOS UNO.

—¡No! —gritó Rand; sujetándose la cabeza con la mano, cayó de rodillas—. ¡No! ¡El mundo sería perfecto sin ti!

PERFECTO. INVARIABLE. MALOGRADO. HAZ ESTO SI QUIERES, ADVERSARIO. ACABANDO CONMIGO, GANARÉ YO.

HAGAS LO QUE HAGAS, GANO YO.

Rand gritó y se hizo un ovillo cuando el siguiente ataque del Oscuro lo acometió. La pesadilla que Rand había creado explotó y los hilos de luz se diseminaron como trazos de humo.

La oscuridad a su alrededor se sacudió y tembló.

NO PUEDES SALVARLOS.

El Entramado —reluciente, vibrante— se enroscó alrededor de Rand otra vez. El

Entramado real. La verdad de lo que estaba ocurriendo. Al crear su visión de un mundo sin el Oscuro, había creado algo horrible. Algo espantoso. Algo peor de lo que habría sido antes.

El Oscuro volvió a atacar.

Mat se apartó de la lucha y se apoyó la *ashandarei* en el hombro. Karede había demandado la ocasión de combatir; cuanto más desesperada la situación, mejor. En fin, el hombre debería estar puñeteramente complacido con esto. ¡Tendría que estar bailando y riendo! Había recibido lo que quería. Luz, vaya si lo había recibido.

Se sentó en un trolloc muerto —el único asiento disponible— y bebió profusamente del odre. Había captado el pulso de la batalla, su ritmo. El compás que marcaba era desesperado. Demandred era listo. No había ido por el cebo que Mat le había puesto en el vado, donde había situado un ejército más pequeño. Demandred había mandado trollocs allí, pero había retenido a sus sharaníes. Si el Renegado hubiera abandonado los Altos para atacar al ejército de Elayne, él habría empujado a sus ejércitos a través de la cumbre de los Altos desde el oeste y el nordeste para machacar a las fuerzas de la Sombra desde atrás. Ahora Demandred intentaba situar sus fuerzas detrás de las de Elayne, y él se lo había impedido de momento. Mas ¿durante cuánto tiempo podría contenerlo?

A las Aes Sedai no les iban bien las cosas. Los encauzadores sharaníes estaban ganando esa batalla.

«Suerte —pensó Mat—. Vamos a necesitarte hoy, y en cantidad. No me abandones ahora».

Ése sería un final apropiado para Matrim Cauthon. Al Entramado le gustaba burlarse de él. De repente vio la jugarreta que le había gastado al darle suerte cuando no era importante, para después quitársela por completo cuando realmente tenía importancia.

«Rayos y truenos», pensó mientras guardaba el odre, alumbrado por una antorcha que Karede llevaba. Mat no notaba su suerte en ese momento. Eso ocurría a veces. No sabía si lo acompañaba o no.

Bueno, pues si no podían contar con un Matrim Cauthon afortunado, al menos tendrían a un Matrim Cauthon obstinado. No tenía intención de morir ese día. Todavía quedaban danzas que bailar; todavía quedaban canciones que cantar y mujeres que besar. Al menos una.

Se puso de pie y se reunió con los Guardias de la Muerte, los Ogier, el ejército de Tam, la Compañía, los fronterizos; todos los que había situado allí. La batalla se había reanudado y combatían duro; incluso habían hecho retroceder a los sharaníes un par de cientos de pasos. Pero Demandred se había dado cuenta de lo que intentaba y había empezado a mandar vertiente arriba a trollocs que luchaban en el río para que

se unieran a la contienda. Era la zona más empinada —la más difícil por la que trepar —, pero el Renegado sabía que tenía que meterle presión.

Esos trollocs eran un verdadero peligro. Había suficientes en el río para poder rodear a Elayne y abrirse paso vertiente arriba hacia la cumbre de los Altos. Si cualquiera de sus ejércitos se venía abajo, estaban perdidos.

En fin, había tirado los dados y había enviado sus órdenes. Ya sólo quedaba luchar, sangrar y confiar.

Un chorro de luz, como fuego líquido, llameó en el lado occidental de los Altos. Gotas ardientes de piedra derretida cayeron por el oscuro aire. Al principio, Mat pensó que Demandred había decidido atacar desde esa dirección, pero el Renegado seguía centrado en destruir a los andoreños.

Otro estallido de luz. Eso había sido donde luchaban las Aes Sedai. En medio de la oscuridad y el humo, a Mat le pareció ver… No, estaba seguro. Eran sharaníes huyendo a través de los Altos, del oeste al este. Mat se sorprendió sonriendo.

—Mirad —dijo, al tiempo que daba una palmada a Karede en el hombro para atraer la atención del hombre.

—¿Qué es?

—No lo sé, pero está prendiendo fuego a los sharaníes, así que creo poder decir que me gusta. ¡Sigamos luchando!

Condujo a Karede y a los otros en otra carga contra los soldados sharaníes.

Olver caminaba doblado bajo el peso del haz de flechas atadas a la espalda. Tenían que cargar con peso real; había insistido en ello. ¿Qué ocurriría si alguna persona de la Sombra inspeccionaba la mercancía y descubría que su haz iba relleno de ropa por dentro?

Setalle y Faile no tenían por qué mirarlo de continuo, como si fuera a romperse en cualquier momento. El bulto no era tan pesado. Por supuesto, eso no iba a impedirle exprimir toda la compasión posible de Setalle cuando hubieran regresado. Tenía que practicar ese tipo de cosas o acabaría siendo tan patético como Mat.

La fila siguió adelante hacia el puesto de abastecimiento de las Tierras Malditas, y, a medida que avanzaban, Olver admitió para sus adentros que no le habría importado que el haz pesara un poco menos. Y no porque estuviera cansado. ¿Cómo iba a luchar si tenía que hacerlo? Tendría que deshacerse del bulto con rapidez y ése no parecía el tipo de fardo que lo dejaba a uno hacer nada deprisa.

El polvo gris le cubría los pies. No llevaba zapatos, y la ropa ahora no serviría ni para trapos. Poco antes, Faile y la Compañía habían atacado una de las lastimosas caravanas que se dirigían hacia el puesto de abastecimiento de la Sombra. Tampoco es que hubiera habido mucha pelea; sólo eran tres Amigos Siniestros y una sebosa mercader que vigilaban una fila de cautivos agotados y mal alimentados.

Muchas de las provisiones llevaban la marca de Kandor, un caballo rojo. De hecho, muchos de esos cautivos eran kandoreses. Faile les había ofrecido la libertad enviándolos hacia el sur, pero sólo la mitad se había marchado. Los demás habían insistido en unirse a ella y marchar a la Última Batalla, aunque Olver había visto pordioseros en las calles con más carne en el cuerpo que esos tipos. Aun así, sirvieron para que la caravana de Faile pareciera auténtica.

Eso era importante. Olver echó una ojeada hacia arriba cuando se aproximaban al puesto de abastecimiento; el camino estaba alumbrado con antorchas en la fría noche. A un lado había varios de esos rojos, viendo pasar la fila. Olver bajó de nuevo la vista para que no vieran el odio en su mirada. Había sabido desde el principio que no se podía confiar en los Aiel.

Un par de guardias —no Aiel, sino más de esos Amigos Siniestros— ordenaron a la fila que se parara. Aravine se adelantó, vestida con la ropa de la mujer mercader a la que habían matado. Era evidente que Faile era saldaenina, y habían decidido que podría ser demasiado peculiar para interpretar el papel de mercader Amiga Siniestra.

—¿Dónde están tus guardias? —preguntó el soldado—. Ésta es la ruta de Lifa, ¿no? ¿Qué ha pasado?

—¡Esos estúpidos! —dijo Aravine, y a continuación escupió en el suelo. Olver disimuló una sonrisa. La expresión del semblante le había cambiado por completo. Sabía cómo interpretar un papel—. ¡Están muertos, y allí los he dejado! Les dije que no merodearan de noche. No sé qué comerían los tres, pero los encontramos al borde del campamento, hinchados, con la piel negra. —Puso cara de estar revuelta—. Creo que algo puso huevos en los estómagos sin fondo de esos tres tragones. No quisimos descubrir qué incubaban.

—¿Y tú eres? —gruñó el soldado.

—Pansai —contestó Aravine—. Socia de Lifa.

—¿Desde cuándo tiene Lifa una socia?

—Desde que la apuñalé y me apoderé de su ruta.

La información que tenían de Lifa procedía de los cautivos rescatados. Y era escasa. Olver empezó a sudar. El guardia dirigió una larga mirada a Aravine y luego caminó fila abajo.

Los soldados de Faile, mezclados entre los cautivos kandoreses, intentaban adoptar la postura adecuada.

—Tú, mujer —dijo el guardia, señalando a Faile—. Saldaenina, ¿eh? —Se echó a reír—. Creía que una saldaenina mataría a un hombre antes que permitir que la tomara cautiva. —Le dio un empujón en el hombro.

Olver contuvo la respiración. ¡Oh, rayos y centellas! Lady Faile no iba a poder aguantar eso. ¡El guardia comprobaba si los cautivos estaban realmente domeñados o no! La postura de Faile, su actitud, la descubrirían. Era una noble, y…

Faile se encogió, se empequeñeció y gimoteó una respuesta que Olver no alcanzó a oír.

Olver se quedó boquiabierto, y luego se obligó a cerrar la boca y bajar la vista al suelo. ¿Cómo? ¿Cómo había aprendido a actuar como una criada una dama como Faile?

—Seguid —gruñó el guardia, que hizo un gesto a Aravine—. Esperad allí hasta que os mandemos venir.

El grupo avanzó pesadamente hacia un espacio de tierra que había cerca, donde Aravine ordenó a todos que se sentaran. Ella se quedó al lado, cruzada de brazos, dando golpecitos con un dedo mientras esperaba. Retumbó un trueno, y Olver sintió un extraño helor. Alzó la vista y se encontró con el rostro sin ojos de un Myrddraal.

Una sacudida le recorrió el cuerpo a Olver, como si lo hubieran tirado a un lago helado. No podía respirar. El Myrddraal pareció deslizarse cuando se movió, la capa inmóvil y muerta, mientras caminaba alrededor del grupo. Tras unos instantes horribles, siguió adelante, de vuelta hacia el campamento de suministros.

—Buscaba encauzadores —le susurró Faile a Mandevwin.

—La Luz nos asista —susurró el hombre.

La espera se hizo casi insufrible. Por fin, una mujer rolliza vestida de blanco se acercó y tejió un acceso. Aravine les ordenó con brusquedad a todos que se levantaran y luego les hizo un ademán para que lo cruzaran. Olver se unió a la fila, cerca de Faile, y pasaron de la tierra de arena roja y aire frío a un lugar que olía como si hubiera fuego.

Entraron en un campamento desorganizado repleto de trollocs. Varios calderos enormes cocían cerca. Justo detrás del campamento, una pendiente escarpada ascendía hacia una especie de meseta. Chorros de humo se arremolinaban en lo alto, y desde allí, en algún punto a la izquierda de Olver, llegaba el estruendo del combate. A lo lejos, volviéndose hacia el lado opuesto de la pendiente, vio el perfil de un alto afloramiento rocoso que se alzaba en la planicie como una vela medio gastada en mitad de una mesa.

Volvió de nuevo la vista a la pendiente, detrás del campamento, y el corazón le dio un brinco. Aferrando todavía en la mano un estandarte —uno que llevaba una gran mano roja— un cuerpo caía a plomo desde lo alto del repecho. ¡La Compañía de la Mano Roja! Hombre y estandarte cayeron en medio de un grupo de trollocs que comía trozos de carne chisporroteante alrededor de una hoguera. Saltaron chispas en todas direcciones y las furiosas bestias sacaron al intruso del fuego con violencia, aunque a ese pobre hombre ya había dejado de importarle lo que le hicieran.

—Faile —musitó Olver.

—Ya lo he visto. —El fardo que llevaba escondía la bolsa con el Cuerno dentro. Con voz casi inaudible, añadió—: Luz, ¿cómo vamos a llegar hasta Mat?

Se movieron hacia un lado a medida que el resto del grupo pasaba a través del acceso. Tenían espadas, pero las llevaban atadas como flechas, en haces; unos cuantos hombres las llevaban cargadas a la espalda como si fueran paquetes atados de suministros para el campo de batalla.

—Rayos y truenos —susurró Mandevwin, que se unió a ellos. En un corral cercano, unos cautivos gimoteaban—. ¿Nos meterán ahí a nosotros? Podríamos escabullirnos de noche.

—No quitarán los bultos que cargamos —dijo Faile al tiempo que meneaba la cabeza—. Nos dejarán desarmados.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Mandevwin miró hacia un lado mientras pasaba un grupo de trollocs que arrastraban cadáveres recogidos del frente—. ¿Empezamos a luchar? ¿Confiar en que lord Mar nos vea y mande ayuda?

A Olver no le parecía que ése fuera un plan ni medianamente bueno. Quería luchar, pero esos trollocs eran… enormes. Pasó cerca uno de ellos y la cabeza semejante a la de un lobo se volvió hacia él. Los ojos, que podrían haber pertenecido a un hombre, lo miraron de arriba abajo como si tuviera hambre. Olver retrocedió y a continuación llevó la mano hacia el fardo que cargaba, donde había escondido su cuchillo.

—Echaremos a correr —respondió Faile, también en un susurro, cuando el trolloc hubo pasado—. Nos dispersamos en una docena de direcciones, a ver si los desorientamos. Tal vez unos cuantos de nosotros consigamos escapar. —Frunció el entrecejo—. ¿Por qué se retrasa tanto Aravine?

Casi no acababa de decirlo cuando Aravine pasó a través del acceso. La mujer de blanco que había encauzado cruzó tras ella, y entonces Aravine señaló a Faile.

Faile se sacudió cuando algo la alzó en el aire. Olver dio un respingo y Mandevwin barbotó una maldición al tiempo que tiraba la carga e intentaba sacar la espada, en tanto que Arrela y Selande gritaban. Un instante después, los tres se encontraron suspendidos en el aire por tejidos y los Aiel con velos rojos salían corriendo a través del acceso con las armas enarboladas.

Se desató un pandemónium. Unos cuantos soldados de Faile cayeron al intentar luchar con los puños. Olver se tiró al suelo y se puso a buscar su cuchillo; pero, para cuando tuvo la mano en la empuñadura, la escaramuza había terminado. Todos los demás estaban reducidos o atados en el aire.

«¡Tan deprisa!», pensó Olver con desesperación. ¿Por qué nadie le había advertido que los combates sucedían con tanta rapidez?

Todo el mundo parecía haberse olvidado de él, pero no sabía qué hacer.

Aravine se acercó a Faile, que seguía colgada en el aire. ¿Qué era lo que pasaba? Aravine… ¿los había traicionado?

—Lo siento, milady —le habló la mujer a Faile.

Olver casi no oía lo que decía. Seguían sin reparar en él; los Aiel empujaron a los soldados y los reunieron en un grupo para mantenerlos bajo vigilancia. Unos cuantos yacían en el suelo, sangrando.

Faile se debatió en el aire y el rostro se le enrojeció por los esfuerzos. Era evidente que la tenían amordazada, porque ella no se habría quedado callada en un momento así.

Aravine desató la bolsa del Cuerno que Faile llevaba en la espalda y después miró dentro. Abrió los ojos de par en par. Cerró la boca de la bolsa y la apretó contra sí.

—Tenía la esperanza de dejar atrás mi vida de antes —le susurró a Faile—. Empezar de cero. Creí que podría esconderme o que se olvidarían de mí, que podría regresar a la Luz. Pero el Gran Señor no olvida y nadie puede esconderse de él. Dieron conmigo la primera noche que llegamos a Andor. No era esto lo que pretendía, pero es lo que debo hacer. —Aravine dio media vuelta.

—¡Un caballo! —pidió—. Entregaré este paquete a lord Demandred en persona, como se me ha ordenado.

La mujer de blanco se acercó a ella y las dos empezaron a discutir en voz baja. Olver echó una ojeada a su alrededor. Nadie lo miraba.

Los dedos empezaron a temblarle. Había sabido que los trollocs eran grandes y feos. Pero… esas cosas eran pesadillas. Pesadillas de todas todas. ¡Oh, Luz!

¿Qué haría Mat en un caso así?

—*Dovie'andi se tovya sagain* —susurró mientras desenvainaba el cuchillo.

Con un grito, se lanzó contra la mujer de blanco y le hincó el cuchillo en la zona lumbar.

Ella chilló. Faile cayó al suelo, libre de las ataduras de Aire. Y entonces, de repente, los corrales de cautivos se abrieron de golpe y un grupo de hombres, gritando, salieron a trompicones a la libertad.

—¡Hacedlo más alto! —gritó Doesine—. ¡Deprisa, maldita sea!

Leane obedeció y tejió Tierra con las otras hermanas. El suelo tembló delante de ellas y empezó a subir y a bajar, plegándose como una alfombrilla al sacudirla. Terminaron y a continuación utilizaron la tierra amontonada para mantenerse a resguardo mientras el fuego caía desde la parte alta de la vertiente.

Doesine dirigía el grupo variopinto. Más o menos una docena de Aes Sedai, y unos pocos Guardianes y soldados. Los hombres asían las armas con fuerza, pero hacía rato que resultaban tan eficaces para la lucha como unas hogazas de pan. El Poder chisporroteó y siseó en el aire. El improvisado parapeto se sacudió con violencia cuando los sharaníes lo atacaron con fuego.

Asida el Poder Único, Leane echó un vistazo por encima de las defensas. Se había recuperado de su encuentro con el Renegado Demandred. Había sido una experiencia

perturbadora; había estado por completo a su merced, y él podría haber acabado con su vida en un instante. También la inquietaba la intensidad de sus desvaríos; jamás había visto un odio semejante al que el Renegado sentía por el Dragón Renacido.

Un grupo de sharaníes bajó por la pendiente y juntos lanzaron tejidos a la improvisada fortificación. Leane cortó un tejido en el aire del mismo modo que un cirujano cortaría un trozo de carne gangrenada. Ahora era mucho más débil que antes con el Poder Único.

En consecuencia, tenía que ser más eficaz en su forma de encauzar. Resultaba sorprendente lo que una mujer era capaz de lograr con menos.

El parapeto explotó.

Leane se lanzó hacia un lado cuando los pegotes de tierra empezaron a caer. Tosiendo, rodó sobre sí misma en medio del humo arremolinado, sin soltar el *Saidar*. Se puso de pie; tenía el vestido hecho jirones por la explosión, y los brazos marcados de arañazos. Captó un atisbo de azul asomando por un surco cercano. Doesine. Se acercó a trompicones.

Encontró el cuerpo de la mujer allí, pero no la cabeza.

Leane sintió una inmediata y casi insoportable sensación de pérdida y tristeza. Doesine y ella no habían estado muy unidas, pero habían luchado juntas allí. Tanta destrucción y tanta muerte estaban pasándole factura. ¿Cuánto más podrían soportar? ¿A cuántos más tendría que ver morir?

Se armó de valor, aunque le costó un gran esfuerzo. Luz, aquello era un desastre. Habían esperado que hubiera Señores del Espanto del enemigo, pero había cientos y cientos de esos sharaníes. Lo mejor de la nación entre sus encauzadores, todos entrenados para la guerra. El campo de batalla se hallaba sembrado de fragmentos de colores: Aes Sedai caídas. Sus Guardianes cargaban vertiente arriba gritando con rabia por la pérdida de sus Aes Sedai y caían aniquilados por los estallidos de Poder.

Leane avanzó dando trompicones hacia un grupo de Rojas y Verdes que luchaban desde una oquedad abierta en el suelo de la ladera occidental. El terreno las protegía de momento, pero ¿cuánto tiempo podrían resistir esas mujeres?

Con todo, se sintió orgullosa. Aunque superadas en número y desbordadas, las Aes Sedai seguían luchando. Eso no se parecía ni de lejos a la noche del ataque seanchan, cuando una Torre dividida se había roto de dentro afuera. Esas mujeres resistían con firmeza; cada vez que dispersaban uno de sus grupos, volvían a reagruparse y seguían combatiendo. El fuego les caía encima, pero también era mucho el que volaba de vuelta, y los rayos se descargaban en ambos lados.

Leane se acercó al grupo con todo tipo de precauciones, y se reunió con Raechin Connoral, que estaba agachada junto a un peñasco y lanzaba tejidos de Fuego a los sharaníes que avanzaban. Leane esperó la respuesta de tejidos, y entonces desvió uno con un rápido tejido de Agua, haciendo que la bola de fuego se deshiciera en

minúsculas chispas.

Raechin le hizo un gesto con la cabeza.

—Y yo que pensé que habías dejado de ser útil para algo que no fuera guiñar el ojo a los hombres —dijo luego la Roja.

—Las artes domani se basan en lograr lo que uno quiere con el menor esfuerzo posible, Raechin —replicó Leane con frialdad.

La Roja resopló y lanzó unas cuantas bolas de fuego hacia los sharaníes.

—Debería pedirte consejo sobre eso algún día —dijo—. Si de verdad existe una forma de conseguir que los hombres hagan lo que una quiere, me gustaría muchísimo saber cómo.

La idea era tan absurda que casi hizo reír a Leane a pesar de las terribles circunstancias. ¿Una Roja? ¿Usando afeites y aprendiendo las sutiles artes domani de manipulación?

«Bueno, ¿y por qué no?», pensó Leane al tiempo que derribaba otra bola de fuego. El mundo estaba cambiando, y los Ajahs —aunque de una manera muy sutil— cambiaban con él.

La resistencia de las hermanas empezaba a atraer la atención de más encauzadores sharaníes.

—Tendremos que abandonar pronto esta posición —dijo Raechin.

Leane se limitó a asentir con la cabeza.

—Esos sharaníes… —gruñó la Roja—. ¡Fíjate en eso!

Leane dio un respingo. Muchas de las tropas sharaníes en esa zona se habían retirado de la lucha —al parecer, enviadas a otra parte por alguna razón—, pero los encauzadores las habían reemplazado con un gran grupo de personas aparentemente asustadas y las conducían hacia el frente para que atrajeran los ataques. Muchos llevaban palos o herramientas de algún tipo para luchar, pero iban apiñados unos contra otros y sostenían las armas con inseguridad.

—Pero qué puñetas —rezongó Raechin, con lo que consiguió que Leane enarcara una ceja y la mirara.

Siguió tejiendo e intentó lanzar los rayos de forma que cayeran detrás de las líneas de la gente asustada. Aun así, alcanzaron a muchas. Leane tenía el corazón en un puño, pero se unió a los ataques.

Mientras continuaban con la tarea, Manda Wan subió hacia ellas gateando. Con la cara tiznada de hollín y la ropa manchada, la Verde tenía un aspecto espantoso.

«Probablemente tan horrible como el mío», pensó Leane, que bajó la vista para echarse una ojeada a los brazos arañados y tiznados.

—Retrocedemos —dijo Manda—. Puede que tengamos que utilizar accesos.

—¿E ir adónde? —preguntó Leane—. ¿Abandonamos la batalla?

Las tres se quedaron calladas. No. No había retirada de esa lucha. Allí era vencer

o nada.

—Estamos demasiado fragmentadas —repuso Manda—. Hemos de retroceder para reagruparnos al menos. Hay que reunir a las mujeres, y esto es lo único que se me ha ocurrido. A menos que tengas una idea mejor.

Manda miraba a Raechin. Leane era ahora demasiado débil en el Poder para que su opinión tuviera peso. Empezó a cortar tejidos mientras las otras dos seguían hablando en susurros. Las Aes Sedai que estaban cerca empezaron a retroceder hacia la oquedad de la ladera y a bajar la pendiente. Se reagruparían, harían un acceso hacia Alcor Dashar y decidirían qué hacer a continuación.

Un momento. ¿Qué era eso? Leane percibía que alguien poderoso encauzaba cerca. ¿Habían creado un círculo los sharaníes? Entrecerró los ojos; ya era bien entrada la noche, pero había suficientes incendios en los alrededores para dar luz. También creaban un montón de humo, y Leane tejió Aire para apartarlo. Pero de pronto la humareda se levantó por sí misma y se dividió como si soplara un viento fuerte.

Egwene al'Vere pasó junto a ellas, ladera arriba, brillando con la potencia de un centenar de hogueras. Eso era más Poder de lo que Leane había visto jamás que una mujer pudiera absorber. La Amyrlin avanzó con una mano extendida hacia adelante, sosteniendo la vara blanca, y los ojos resplandecientes.

Con un estallido de luz y fuerza, Egwene lanzó una docena de flujos de Fuego por separado. Una docena, nada menos. Machacaron la parte alta de la ladera y arrojaron al aire cuerpos de encauzadores sharaníes.

—Manda —dijo Leane—, creo que hemos encontrado un punto de concentración mejor.

Talmanes prendió una ramita con la llama de la linterna y la utilizó para encender la pipa. Sólo dio una chupada antes de ponerse a toser mientras vaciaba la cazoleta en el suelo de piedra. El tabaco se había estropeado. Sabía horrible. Carraspeó más y aplastó el asqueroso tabaco con el tacón de la bota.

—¿Estáis bien, milord? —preguntó Melten, que pasaba por allí haciendo juegos malabares con dos martillos en la mano derecha mientras caminaba.

—Todavía estoy vivo —dijo Talmanes—. Que es mucho más de lo que probablemente sería de esperar.

Melten asintió con gesto inexpresivo y siguió adelante para unirse a uno de los equipos que trabajaban en los dragones. En la profunda caverna donde se hallaban se levantaban ecos con los golpes de martillo en la madera; la Compañía hacía todo cuanto estaba en su mano para rehabilitar las armas. Talmanes dio golpecitos a la linterna para calcular el aceite. Olía horrible al quemarse, aunque ya empezaba a acostumbrarse a ello. Todavía les quedaba para unas cuantas horas.

Eso era una suerte, puesto que —que él supiera— esa caverna no tenía salidas al campo de batalla que se extendía encima. Sólo podía llegarse a ella a través de un acceso. Un Asha'man conocía su existencia. Un tipo extraño. ¿Qué clase de hombre conocía cavernas a las que no había acceso, salvo con el Poder Único?

Fuera como fuese, la Compañía se encontraba atrapada allí, en un lugar seguro pero aislado. Sólo les llegaba alguna que otra información con los mensajeros de Mat.

Talmanes aguzó el oído, creyendo oír a lo lejos los sonidos de los encauzadores que luchaban encima, pero sólo eran imaginaciones suyas. Meneó la cabeza y se acercó a uno de los grupos de trabajo.

—¿Cómo va eso?

Dennel señaló unas cuantas hojas de papel que Aludra le había dado con el procedimiento que debían seguir para reparar ese dragón en particular. La mujer estaba dando instrucciones precisas a otro de los grupos de trabajo; su voz, con un leve acento, levantaba ecos en la caverna.

—La mayoría de los tubos están en buenas condiciones —explicó Dennel—. Si uno lo piensa, están construidos para resistir un poco de fuego y una explosión de vez en cuando… —Soltó una risita y después se calló al mirar a Talmanes.

—No dejes que mi expresión disipe tu buen humor —dijo Talmanes mientras guardaba la pipa—. Ni dejes que te preocupe que estemos luchando cuando parece que se va a acabar el mundo, o que el número de efectivos del enemigo supere extraordinariamente al de nuestros ejércitos, o que, si perdemos, hasta nuestras almas serán destruidas por el Señor Oscuro y todo el mal.

—Lo siento, milord.

—Sólo era una broma.

—¿Lo era? —Dennel parpadeó.

—Sí.

—Era una broma.

—Sí.

—Tenéis un sentido del humor muy interesante, milord —comentó Dannil.

—Eso me han dicho, sí. —Talmanes se agachó e inspeccionó la cureña del dragón. La madera quemada estaba sujeta con tornillos y tablas nuevas—. No parece que sea muy funcional.

—Funcionará, milord. No podremos moverlo con rapidez, sin embargo. Como decía, los tubos aguantaron muy bien, pero las cureñas… En fin, hemos hecho lo que hemos podido con material reutilizable y suministros de Baerlon, pero tampoco puede hacerse más con el tiempo de que disponemos.

—Que es nada —dijo Talmanes—. Lord Mat podría llamarnos en cualquier momento.

—Si es que siguen vivos ahí arriba. —Dennel miró hacia el techo de la caverna.

Una idea muy inquietante. La Compañía podía acabar sus días atrapada allí abajo. Al menos no serían muchos. O el mundo acababa o la Compañía se quedaba sin víveres. No durarían ni una semana. Enterrados allí. En la oscuridad.

«Maldita sea, Mat. Más te vale no perder ahí arriba. ¡Más te vale!» A la Compañía todavía le quedaba combatividad. No iban a acabar esa batalla muriéndose de hambre bajo tierra.

Talmanes recogió la linterna para volver a su puesto anterior, pero se fijó en algo. Los soldados que trabajaban en los dragones proyectaban una sombra distorsionada en el muro, como una figura con capa y con la cabeza cubierta para que no se le viera la cara.

Dennel siguió la mirada de Talmanes.

—Luz —dijo—. Es como si nos estuviera vigilando la vieja Dama de las Sombras en persona, ¿verdad?

—Y tanto que sí —se mostró de acuerdo Talmanes. Luego, gritó en voz alta—: ¡Aquí hay demasiado silencio, chicos! Venga, cantemos algo.

Algunos de los hombres se quedaron parados. Aludra se incorporó, se puso en jarras y le asestó una mirada de desagrado.

En vista de lo cual, Talmanes se puso a cantar él:

Apuraremos la copa de vino,
y besaremos a las chicas para que no lloren,
y tiraremos los dados hasta que partamos
a bailar con la Dama de las Sombras.

Silencio.

Entonces, todos entonaron la canción:

A voces lanzaremos una jodida maldición.
Abracemos a las camareras (podría ser peor)
y vayamos, tras birlarle al Oscuro la bolsa,
¡a bailar con la Dama de las Sombras!

Las voces resonaron contra las piedras mientras trabajaban y se preparaban frenéticamente para el papel que les tocaría interpretar.

Y lo interpretarían. Talmanes se aseguraría de que lo hicieran. Aunque para ello tuvieran que abrirse paso reventando esa tumba con una tormenta de fuego de dragón.

Cuando Olver acuchilló a la mujer de blanco, las ataduras de Faile desaparecieron. Cayó al suelo y se tambaleó, pero logró guardar el equilibrio y se mantuvo de pie. Mandevwin cayó a su lado con una maldición.

Aravine. Luz, Aravine… Sumisa, meticulosa, competente. Aravine era una Amiga Siniestra.

Y tenía el Cuerno.

Aravine miró a la Aes Sedai caída que Olver había atacado; entonces le entró el pánico y, asiendo las riendas del caballo que un criado le había llevado, saltó a la silla.

Faile corrió hacia ella mientras los cautivos salían con mucho estruendo de los cercanos corrales y se lanzaban contra los trollocs tratando de desarmarlos. Faltó poco para que alcanzara a Aravine antes de que la mujer huyera a galope llevándose consigo el Cuerno. Se dirigía hacia las vertientes suaves que le permitirían cabalgar hacia la cumbre de los Altos.

—¡No! —gritó Faile—. ¡Aravine! ¡No lo hagas! —Faile echó a correr tras ella, pero comprendió que sería inútil.

Un caballo. Necesitaba un caballo. Faile miró en derredor, frenética, y vio a los pocos animales de carga que habían pasado a través del acceso. Corrió junto a *Bela* y cortó la correa con unos cuantos golpes de cuchillo para quitarle la silla y los bultos que cargaba. Saltó a lomos de la yegua montando a pelo, asió las riendas y la taconeó para que emprendiera la marcha.

La peluda yegua galopó en pos de Aravine, y Faile se agachó sobre el cuello del animal.

—Corre, *Bela* —la animó Faile—. Si te queda algo de fuerza, ahora es el momento de usarla. Por favor. Corre, chica. Corre.

Bela cargó a través del suelo irregular, la trápala de los cascos acompañada por los atronadores estallidos de arriba. El campamento trolloc era un lugar de oscuridad alumbrado por las lumbres de cocinar y alguna que otra antorcha. Faile se sentía como si cabalgara en medio de una pesadilla.

Más adelante, unos pocos trollocs irrumpieron en el sendero para interceptarla. Faile se agachó más y rogó a la Luz que fallaran cuando la atacaran. *Bela* bajó el ritmo, y entonces dos jinetes que enarbolaban lanzas pasaron junto a Faile, a la carga. Uno atravesó el cuello a un trolloc y, aunque el segundo jinete no acertó a dar en el blanco, su caballo apartó de un empellón a otro al golpearlo con el costado. *Bela* galopó entre los desorientados trollocs y alcanzó a los dos hombres que cabalgaban delante, uno de contorno orondo y el otro enjuto. Vanin y Harnan.

—¡Vosotros dos! —exclamó Faile.

—¡Hola, milady! —saludó Harnan entre risas.

—¡¿Cómo?! —les gritó para hacerse oír por encima del golpeteo de los cascos.

—¡Dejamos que nos encontrara una caravana! —respondió Harnan también a gritos—, y dejamos que nos tomaran cautivos. Nos trajeron a través del acceso hace unas horas, y hemos estados preparando a los cautivos para que salieran de los corrales. ¡Vuestra llegada nos dio la oportunidad que necesitábamos!

—¡El Cuerno! ¡Intentasteis robar el Cuerno!

—¡No! —respondió a voces Harnan—. ¡Intentamos robar un poco de tabaco de

Mat!

—¡Creía que lo habíais enterrado para dejarlo atrás! —vociferó Vanin desde el otro lado—. Supuse que a Mat no le importaría. ¡De todos modos me debe unos cuantos marcos! Cuando abrí la bolsa y encontré el jodido Cuerno de Valere… ¡Maldita sea! ¡Apuesto a que oyeron mi grito hasta en Tar Valon!

Faile gimió e imaginó la escena. El grito que ella había oído había sido de sorpresa, y era lo que había empujado al espanto con aspecto de oso a atacar.

En fin, no se podía dar marcha atrás a ese momento y hacer las cosas de forma distinta. Se aferró a *Bela* con las rodillas y la azuzó para que corriera más. Un poco más adelante, Aravine galopaba entre trollocs dirigiéndose hacia donde el declive de las pendientes empezaba a disminuir cerca de la cumbre. Aravine llamó con frenesí a los trollocs para que la ayudaran. No obstante, los caballos se movían más deprisa que los Engendros de la Sombra.

Demandred. Aravine había dicho que llevaría el Cuerno a uno de los Renegados. Faile volvió a gemir, se pegó más sobre Bela y, cosa sorprendente, la yegua adelantó a Vanin y a Harnan. No les preguntó dónde habían conseguido los caballos. Centró toda su atención en Aravine.

Un grito resonó a través del campamento, y Vanin y Harnan se separaron para interceptar a los jinetes que iban por Faile. Ella hizo un quiebro hacia un lado y apremió a *Bela* para que salvara de un salto un montón de suministros y cargara a través del centro de un grupo de gente con ropajes extraños que comían junto a una lumbre pequeña. La increparon con un acento muy marcado.

Palmo a palmo, acortó distancias con Aravine. *Bela* resoplaba y el sudor le oscurecía el pelaje. La caballería saldaenina se encontraba entre las mejores del continente, y Faile sabía de caballos. Había montado ejemplares de todas las razas. En esos minutos en el campo de batalla, Bela habría podido competir con el mejor caballo teariano. La peluda yegua, sin pertenecer a ninguna casta de renombre, galopaba como una campeona.

Sintiendo el ritmo de los cascos bajo ella, Faile sacó un cuchillo de la manga. Animó a *Bela* para que saltara una pequeña depresión del terreno, y quedaron suspendidas en el aire un instante. Faile calculó la velocidad del viento, la caída, el momento; echó el brazo hacia atrás y lanzó el cuchillo a través del aire justo antes de que los cascos de *Bela* tocaran el suelo.

El cuchillo voló certero y se hundió en la espalda de Aravine. La mujer resbaló de la silla y cayó al suelo; la bolsa resbaló de sus dedos.

Faile desmontó de un salto y tocó el suelo cuando todavía se movía con el impulso de la cabalgada; se deslizó un trecho hasta detenerse junto a la bolsa. Desató la cuerda que cerraba la boca y dentro vio el reluciente Cuerno.

—Lo… siento… —susurró Aravine, volviéndose un poco boca arriba; no movía

las piernas—. No le contéis a Aldin lo que he hecho. Tiene tan… poca vista… con las mujeres…

Faile se incorporó y luego la miró con pena.

—Ruega porque el Creador acoja tu alma, Aravine —dijo, y montó de nuevo en *Bela*—. Porque, si no, tendrás que rendir cuentas al Oscuro. Ojalá sea así. —Taconeó a *Bela* para que se pusiera en marcha.

Había más trollocs delante y se fijaron en ella. Gritaron y varios Myrddraal se deslizaron a la par que señalaban a Faile. Empezaron a rodearla, cerrándole el paso.

Faile apretó los dientes con gesto sombrío y taconeó a *Bela* de vuelta por donde había llegado con la esperanza de encontrar a Harnan, a Vanin o a cualquier otro que pudiera ayudarla.

El campamento bullía de actividad y Faile vio jinetes que iban en su persecución.

—¡Lleva el Cuerno de Valere! —vociferaban.

En algún lugar en lo alto de la loma, las fuerzas de Mat Cauthon luchaban contra la Sombra. ¡Tan cerca!

Una flecha se clavó en el suelo, a su lado, y la siguieron otras. Faile llegó a los corrales de los cautivos, donde la valla seguía tirada, rota en pedazos. El suelo estaba sembrado de cadáveres. *Bela* resoplaba, quizás al borde de sus fuerzas. Faile vio otro caballo cerca, un ruano castrado, ensillado, que empujaba con el hocico a un soldado caído a sus pies.

Faile aflojó el paso. ¿Qué hacer? Cambiar de caballo y luego ¿qué? Echó una ojeada sobre el hombro y se agachó para esquivar otra flecha que le pasó por encima. Había atisbado alrededor de una docena de soldados sharaníes a caballo, todos dándole caza; llevaban armadura de tela cosida con pequeños aros. Los seguía un centenar de trollocs.

«Ni siquiera con un caballo descansado podría dejarlos atrás». Condujo a *Bela* al otro lado de unas carretas de suministros para ocultarse y desmontó de un salto con intención de correr hacia el ruano.

—Lady Faile… —llamó una vocecilla.

Faile bajó la vista. Olver estaba acurrucado debajo de la carreta y empuñaba un cuchillo.

Tenía a los jinetes casi encima. No quedaba tiempo para pensar. Sacó de una sacudida el Cuerno de la bolsa y lo puso en los brazos de Olver.

—Guarda esto —dijo—. Escóndete. Llévaselo a Mat Cauthon cuando sea más de noche.

—¿Me vais a dejar? —preguntó Olver—. ¿Solo?

—He de hacerlo. —Metió un puñado de flechas en la bolsa; el corazón le palpitaba desbocado en el pecho—. ¡Una vez que esos jinetes hayan pasado, encuentra otro sitio donde esconderte! Regresarán para buscar donde he estado,

después de que…

«Después de que me capturen».

Tendría que quitarse la vida con su cuchillo, no fuera a ser que le sacaran mediante tortura lo que había hecho con el Cuerno. Asió a Olver por el brazo.

—Siento cargarte con este peso, pequeño. No hay nadie más. Lo hiciste bien antes; también podrás hacer esto. Lleva el Cuerno a Mat o todo estará perdido.

Corrió a terreno abierto haciendo que fuera obvio que llevaba la bolsa. Algunos de esos forasteros de ropajes extraños la vieron y señalaron hacia ella. Alzó la bolsa bien alto y subió a lomos del ruano, al que taconeó para ponerlo a galope.

Los trollocs y los Amigos Siniestros la siguieron, dejando al muchachito con su pesada carga encogido debajo de la carreta en medio del campamento trolloc.

Logain le dio la vuelta al fino disco mitad negro, mitad blanco, y dividido por una línea sinuosa. *Cuendillar*, supuestamente. Las escamas que se le quedaron en los dedos al frotar el disco parecían burlarse del carácter eterno de la piedra del corazón.

—¿Por qué no los ha roto Taim? —preguntó Logain—. Podría haberlo hecho. Están tan quebradizos como cuero viejo.

—Lo ignoro. —Androl miró a los otros de su grupo—. Quizá no era —el momento todavía.

—Si se rompen en el momento oportuno, ayudarán al Dragón —dijo el hombre que se hacía llamar Emarin. Parecía preocupado—. Si se rompen en el momento equivocado… ¿qué?

—Nada bueno, sospecho —intervino Pevara. Una Roja.

¿Alguna vez se vengaría de las que lo habían amansado? Antes ese odio por sí solo lo había empujado a sobrevivir. Ahora había encontrado un ansia nueva dentro de sí. Había derrotado a las Aes Sedai, las había reducido y las había reclamado como suyas. La venganza parecía algo… vacío. Su ansia de matar a M'Hael, cocinada a fuego lento, llenaba un poco ese vacío, pero no era suficiente. ¿Qué más había?

Otrora, se había llamado a sí mismo el Dragón Renacido. Otrora, se había preparado para dominar el mundo. Para meterlo en vereda. Toqueteó el sello de la prisión del Oscuro mientras se quedaba en el perímetro de la batalla. Se encontraba lejos, al sudoeste, en un pequeño campamento base que sus Asha'man tenían más abajo de las ciénagas. Retumbos lejanos sonaban en los Altos, explosiones de tejidos intercambiados entre Aes Sedai y sharaníes.

Gran parte de sus Asha'man habían combatido allí, pero los encauzadores sharaníes superaban en número a la suma de Aes Sedai y Asha'man. Otros merodeaban por el campo de batalla dando caza a los Señores del Espanto y matándolos.

Las bajas entre sus hombres se producían con más rapidez que entre las fuerzas

de la Sombra. Había demasiados enemigos.

Sostuvo en alto uno de los sellos. Había poder en él. ¿Poder para proteger la Torre Negra de algún modo?

«Si no nos temen, si no me temen a mí, ¿qué nos ocurrirá una vez que el Dragón haya muerto?»

La insatisfacción irradió a través del vínculo. Buscó la mirada de Gabrelle. La mujer había estado observando la batalla, pero ahora tenía los ojos puestos en él. Desafiantes. ¿Amenazadores?

¿De verdad había pensado antes que había domeñado Aes Sedai? La idea tendría que haberlo hecho reír. Era imposible domar a cualquier Aes Sedai, jamás.

Con un gesto significativo, deliberado, se guardó el sello junto a los otros en la bolsa que llevaba en el cinturón. Luego cerró la cuerda de la boca, todo ello sin apartar la mirada de los ojos de Gabrelle. La preocupación de la mujer creció. Durante un instante había sentido que esa preocupación era por él, no a causa de él.

A lo mejor estaba aprendiendo a manipular el vínculo a fin de transmitirle sentimientos con los que creía que lo embaucaría. No, a las Aes Sedai no se las podía domeñar. Vincularlas no las había controlado. Sólo había generado más complicaciones.

Se llevó la mano al cuello alto de la chaqueta y, soltando el alfiler del dragón que llevaba en él, se lo tendió a Androl.

—Androl Genhald, has entrado en la fosa de la propia muerte y has regresado. Dos veces ya, y estoy en deuda contigo. Te nombro Asha’man de pleno derecho. Lleva el alfiler con orgullo.

Antes le había entregado el otro alfiler de la espada que ya había sido suyo, devolviéndole así el rango de Dedicado.

Androl vaciló, pero después alargó la mano y aceptó el alfiler con gesto reverente.

—¿Y los sellos? —preguntó Pevara, cruzada de brazos—. Pertenecen a la Torre Blanca; la Amyrlin es su Vigilante.

—La Amyrlin puede decirse que está prácticamente muerta, por lo que he oído —contestó Logain—. En su ausencia, soy el administrador apropiado.

Asió la Fuente, aferrándola, dominándola, y abrió un acceso de vuelta a la cumbre de los Altos. La guerra —la confusión, el humo y los gritos— reapareció ante él con toda su intensidad. Cruzó el acceso, seguido por los demás. El encauzamiento poderoso de Demandred brillaba como un faro, y la voz tonante seguía lanzando pullas al Dragón Renacido.

Rand al’Thor no estaba allí. Bien, pues, en ese campo de batalla, lo más parecido que había al Dragón era el propio Logain. De nuevo el sustituto.

—Voy a enfrentarme a él —les dijo a los otros—. Gabrelle, tú te quedarás aquí y esperarás mi regreso, ya que es posible que necesite Curación. El resto de vosotros

encargaos de los hombres de Taim y de esos encauzadores sharaníes. No dejéis vivo a ningún hombre que se haya pasado a la Sombra, ya sea por propia elección o a la fuerza. Ejerced la justicia con el uno y la misericordia con el otro.

Ellos asintieron con la cabeza. Gabrelle parecía impresionada, quizá por su decisión de atacar el corazón del enemigo. No se daba cuenta. Ni siquiera uno de los Renegados podía ser tan poderoso como parecía serlo Demandred.

El Renegado tenía un *sa'angreal* que era muy potente. Similar en poder a *Callandor*, puede que más. Con eso en sus manos, muchas cosas cambiarían en este mundo. El mundo los conocería a él y a la Torre Negra, y temblaría en su presencia como nunca lo había hecho ante la Sede Amyrlin.

Egwene dirigía un asalto como no se veía hacía milenios. Las Aes Sedai salieron de sus fortificaciones defensivas y se unieron a ella para avanzar pendiente arriba por la vertiente occidental a paso regular. Los tejidos volaban por el aire como un estallido de cintas atrapadas al viento.

El cielo se desgarraba con la luz de un millar de descargas, el suelo gemía y temblaba con los impactos. Demandred continuaba lanzando ataques por el aire sobre los andoreños desde el otro lado de la cima de los Altos, y cada descarga de fuego compacto provocaba ondas en el aire. El suelo se había ido cuarteando cada vez más con finas grietas semejantes a telarañas negras, y ahora unos zarcillos repugnantes empezaron a brotar por las fisuras. Se extendió como una infección por las piedras resquebrajadas de la ladera.

El aire parecía haber cobrado vida con el Poder, y la energía era tan densa que Egwene casi pensó que el Poder Único se había vuelto visible para todo el mundo. Durante todo eso, ella absorbió tanta energía como le fue posible a través del *sa'angreal* de Vora. Se sentía igual que cuando había luchado contra los seanchan, sólo que con más control de algún modo. En aquella ocasión, la ira que sentía estaba rodeada de desesperación y terror.

Esta vez era algo al rojo blanco, como un metal calentado más allá del punto en que podría trabajarlo un herrero.

A ella, Egwene al'Vere, le había sido entregada la gestión de esas tierras.

Y ella, la Sede Amyrlin, no se dejaría intimidar más por la Sombra.

No retrocedería. No se doblegaría cuando le faltaran recursos.

Lucharía.

Encauzó Aire y creó un torbellino tormentoso de polvo, humo y plantas muertas. Lo mantuvo ante sí, nublando la vista de aquellos que intentaban localizarla desde arriba. Los rayos se descargaron a su alrededor, pero ella tejió Tierra, ahondó mucho en la roca e hizo surgir un chorro de hierro fundido que al enfriarse se concretó en una aguja junto a ella. Los rayos cayeron sobre la aguja, que los desvió mientras ella

mandaba la aullante tormenta de aire repecho arriba.

Un movimiento a su lado. Egwene sintió a Leilwin que se acercaba. Esa mujer… había demostrado ser leal. Qué sorpresa. Tener un nuevo Guardián no calmaba la desesperación por la muerte de Gawyn, pero ayudaba de otra forma. Aquel nudo de emociones en el fondo de su mente había sido reemplazado por otro nuevo, muy distinto, pero aun así tremendamente leal.

Egwene alzó el *sa'angreal* de Vora y continuó con sus ataques al tiempo que ascendía la pendiente, con Leilwin a su lado. Más arriba, los sharaníes estaban agachados para capear el vendaval. Los encauzadores trataron de atacarla a través de la tolvanera, pero los tejidos salieron mal al tener los ojos cegados con el polvo. Tres soldados atacaron por un lado, pero Leilwin los despachó con eficacia.

Egwene hizo girar el viento y, usándolo como manos, levantó a los encauzadores y los lanzó al aire. Los rayos que caían de arriba envolvieron a los hombres en un feroz abrazo y los cadáveres humeantes cayeron a plomo en la ladera. Egwene siguió adelante, y su ejército de Aes Sedai avanzó arrojando tejidos como flechas de luz.

Se les unieron Asha'man. Antes ya habían luchado junto a la Torre Blanca de vez en cuando, pero ahora parecían haber llegado en masa. Se reunieron docenas de hombres mientras ella encabezaba la marcha. El aire se saturó de Poder Único.

La ventolera cesó.

La tormenta de polvo se desmoronó de repente, sofocada como una vela bajo una manta. Ninguna fuerza natural había hecho eso. Egwene se encaramó a un afloramiento rocoso y miró hacia un hombre de negro y rojo que se encontraba en la cumbre, con la mano extendida ante sí. Por fin había conseguido hacer salir a quien dirigía esa fuerza. Sus Señores del Espanto luchaban junto a los sharaníes, pero ella buscaba a su cabecilla. Taim. M'Hael.

—¡Está tejiendo rayos! —gritó un hombre detrás de ella.

Egwene hizo surgir al instante otra aguja de hierro fundido y la enfrió para que atrajera los rayos que cayeron un instante después. Miró hacia un lado. El que había hablado era Jahar Narishma, el Asha'man Guardián de Merise. Egwene sonrió y volvió la mirada hacia Taim.

—Mantened alejados de mí a los otros —ordenó en voz alta—. Todos menos vosotros, Narishma y Merise. Los avisos de Narishma me serán útiles.

Hizo acopio de fuerza y empezó a lanzar una tormenta al traidor M'Hael.

Ila se abría camino con cuidado entre los muertos del campo de batalla, cerca de las ruinas. Aunque la lucha se había desplazado río abajo, oía a lo lejos los gritos y las explosiones en mitad de la noche.

Buscaba a los heridos entre los caídos y pasaba por alto flechas y espadas cuando las encontraba. Otros las recogerían, aunque ojalá no lo hicieran. Las espadas y las

flechas habían causado gran parte de esas muertes.

Raen, su esposo, se afanaba cerca dando empujoncitos a los cuerpos y luego escuchando si el corazón latía. Tenía los guantes llenos de sangre, que también le manchaba las ropas de colores debido a que pegaba la oreja al pecho de los cuerpos. Una vez que confirmaban que alguien estaba muerto, dibujaban una «X» en una mejilla, a menudo con la sangre de la propia persona. Eso evitaría que otros hicieran lo mismo.

Raen parecía haber envejecido una década en el último año, e Ila se sentía como si a ella le hubiera pasado lo mismo. En ocasiones, la Filosofía de la Hoja era una doctrina sencilla que proporcionaba una vida de alegría y paz. Pero una hoja caía con brisa calma y con tempestad; la dedicación exigía que uno aceptara la última al igual que la primera. Tener que desplazarse de país en país, sufrir hambruna a medida que la tierra moría y luego, finalmente, llegar para descansar en las tierras de los seanchan… Ésa había sido la vida que habían llevado.

Nada de todo eso igualaba a la pérdida de Aram. Había sido un dolor mucho mayor y más profundo que perder a su madre a manos de los trollocs.

Pasaron junto a Morgase, la anterior reina, que organizaba a los trabajadores y les impartía órdenes. Ila siguió adelante. Las reinas le importaban poco. No habían hecho nada por ella ni por los suyos.

Cerca, Raen se detuvo y alzó la linterna para examinar una aljaba llena de flechas que un soldado llevaba cuando murió. Ila bufó y se recogió la falda para pasar alrededor de los cadáveres y llegar junto a su marido.

—¡Raen!

—Paz, Ila —dijo él—. No voy a cogerlo. Sin embargo, me pregunto…

Alzó la vista hacia los lejanos destellos río abajo y en la cumbre de los Altos, donde los ejércitos seguían con sus terribles actos de matar. Tantos destellos en la noche, como centenares de rayos y relámpagos… Ya era bien pasada la medianoche. Llevaban en ese campo horas, buscando a los que aún estuvieran vivos.

—¿Te preguntas, dices? ¿Qué? —inquirió Ila—. Raen…

—¿Cómo tratarlos como querríamos que ellos nos trataran, Ila? Los trollocs no seguirían la Filosofía de la Hoja.

—Hay lugares de sobra para huir —dijo ella—. Míralos. Vinieron a enfrentarse a los trollocs cuando los Engendros de la Sombra apenas habían salido de la Llaga. Si esa energía se hubiera empleado en reunir a la gente y conducirla hacia el sur…

—Los trollocs habrían ido detrás —objetó Raen—. Y entonces ¿qué, Ila?

—Hemos vivido bajo muchos señores —contestó Ila—. La Sombra podría habernos tratado mal, pero ¿de verdad sería peor que el trato que hemos recibido estando en manos de otros?

—Sí —repuso Raen con suavidad—. Sí, Ila. Sería peor. Mucho, muchísimo peor.

Ila lo miró. Raen meneó la cabeza y suspiró.

—No voy a abandonar la Filosofía, Ila. Es mi modo de vida, y es bueno para mí. Quizá… Quizá a partir de ahora no pensaré tan mal de quienes siguen otro camino. Si sobrevivimos a estos tiempos, será el legado dejado por quienes murieron en este campo de batalla, tanto si deseamos aceptar su sacrificio como si no. —Echó a andar y se alejó.

«Sólo es la oscuridad de la noche —pensó ella—. Lo superará cuando el sol vuelva a brillar. Eso es lo correcto, ¿no?»

Alzó la mirada al cielo nocturno. Ese nuevo sol… ¿Podrían verlo cuando saliera? Las nubes, enrojecidas ahora por los fuegos de abajo, parecían hacerse más y más densas. De repente sintió frío y se ajustó el chal amarillo chillón.

«Puede que yo tampoco piense tan mal de quienes siguen otro camino». Parpadeó para librarse de las lágrimas que le empañaban los ojos.

—Luz —susurró mientras algo se retorcía en su interior—. No debí darle la espalda. Tendría que haber intentado ayudarlo a volver con nosotros, no expulsarlo. Luz, oh, Luz. Acógelo…

Cerca, un grupo de mercenarios encontró las flechas y las recogió.

—¡Eh, Hanlon! —llamó uno—. ¡Mira esto!

Cuando al principio esos hombres brutales habían empezado a ayudar a los Tuatha’an en su tarea, se había sentido orgullosa de ellos. ¿Daban la espalda a la batalla para ayudar a ocuparse de los heridos? Habían conseguido ver más allá de su pasado violento.

Ahora parpadeó y les notó algo más. Cobardes que preferían merodear entre los cadáveres y rebuscar en sus bolsillos, en lugar de luchar. ¿Quiénes eran peores? ¿Los hombres que —por equivocados que estuvieran— plantaban cara a los trollocs e intentaban rechazarlos? ¿O esos mercenarios que no luchaban porque les era más fácil ese otro camino?

Ila meneó la cabeza. Siempre había tenido la impresión de saber las respuestas de la vida. Ahora, la mayoría se le había escapado entre los dedos. Salvar la vida de una persona, sin embargo… A eso se aferraría con todas sus fuerzas.

Se encaminó de vuelta a los cuerpos caídos para buscar a los vivos de entre los muertos.

Olver corrió a toda prisa de vuelta a la carreta asiendo el Cuerno mientras lady Faile emprendía la huida. Docenas de jinetes la siguieron, así como cientos de trollocs. Qué oscuro estaba todo.

Solo. Lo habían vuelto a dejar solo.

Apretó los párpados con fuerza, pero no le sirvió de mucho. Todavía oía gritar a los hombres en la distancia. Todavía olía a sangre; los cautivos habían muerto a

manos de los trollocs mientras intentaban escapar. Aparte de la sangre, olía a humo, denso e irritante. Parecía que el mundo entero estuviera ardiendo en llamas.

El suelo tembló como si algo muy pesado hubiera caído en algún sitio, cerca. Un trueno retumbó en el cielo, acompañado por los secos chasquidos de los relámpagos al descargarse una y otra vez en los Altos. Olver gimoteó.

Qué valiente había creído ser. Ahora ahí estaba, por fin en la batalla, y casi no podía evitar que le temblaran las manos. Quería esconderse muy, muy hondo bajo tierra.

Faile le había dicho que encontrara otro sitio para ocultarse porque podrían regresar en busca del Cuerno.

¿Sería capaz de salir ahí fuera? ¿Sería capaz de quedarse allí? Olver entreabrió los ojos y estuvo a punto de gritar: junto a la carreta había un par de patas acabadas en pezuñas. Un instante después, una cara hocicuda se asomaba y lo miraba, los ojos redondos y brillantes, las ventanas de la nariz husmeando.

Olver chilló y reculó a trompicones mientras apretaba el Cuerno contra sí. El trolloc gritó algo y volcó la carreta, que casi aplastó a Olver al caer. El contenido de la partida de flechas se esparció por el suelo al tiempo que Olver salía disparado en busca de un lugar seguro.

No lo había. Docenas de trollocs se volvieron hacia él y se hablaron a voces unos a otros en un lenguaje que él no entendía. Con el Cuerno en una mano y el cuchillo en la otra, miró en derredor, frenético. Ningún sitio para ponerse a salvo.

Cerca resopló un caballo. Era *Bela*, que masticaba un poco de grano que había caído de una carreta de suministro. La yegua levantó la cabeza y miró a Olver. No llevaba puesta silla, sólo dogal y bridas.

«Rayos y centellas —pensó Olver mientras corría hacia ella—. Ojalá tuviera a *Viento*». Con esa yegua rolliza acabaría metido en un caldero, seguro. Olver enfundó el cuchillo y saltó a lomos de *Bela*; asió las riendas con una mano y sujetó el Cuerno con la otra.

El trolloc con hocico de cerdo que había volcado la carreta se volvió con un amplio movimiento para agarrarlo y casi le arrancó el brazo de cuajo. Olver gritó y taconeó a *Bela*; la yegua salió a galope entre los trollocs. Las bestias corrieron detrás soltando aullidos y chillidos. Otras voces sonaron a través del campamento, el cual se estaba quedando casi desierto al converger todos hacia él.

Olver cabalgó como le habían enseñado, echado sobre la montura y guiándola con las rodillas. Y *Bela* corrió. Luz, vaya si corrió. Mat había dicho que muchos caballos tenían miedo de los trollocs y que desmontarían al jinete si uno los obligaba a acercarse a ellos, pero esta yegua no hacía nada de eso. Corría como un rayo entre los vociferantes trollocs, justo por el centro del campamento.

Olver miró hacia atrás. Había centenares de ellos allí detrás, persiguiéndolo.

—¡Oh, Luz!

Había visto el estandarte de Mat caer desde la cima de esa loma, estaba seguro de ello. Pero había tantos trollocs en el camino… Olver hizo que *Bela* girara para ir en la misma dirección que había seguido Aravine. Quizá podría rodear el campamento trolloc y salir de allí, para después ascender por la parte de atrás de los Altos.

Lleva el Cuerno a Mat o todo estará perdido.

Olver cabalgó como si lo llevara el Oscuro, sin dejar de azuzar a *Bela*.

No hay nadie más.

Más adelante, una fuerza ingente de trollocs le cortaba el paso. Olver dio la vuelta hacia el lado opuesto, pero más trollocs se acercaban también por esa dirección. Olver gritó, e hizo dar media vuelta a *Bela* de nuevo, pero una gruesa flecha trolloc alcanzó a la yegua en el costado. *Bela* relinchó y trompicó; después cayó.

Olver cayó por separado. El golpe en el suelo le vació de aire los pulmones e hizo que viera un fogonazo. Se obligó a incorporarse sobre manos y rodillas.

«El Cuerno tiene que llegarle a Mat…»

Olver lo apretó contra sí y entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

—Lo siento —le dijo a *Bela*—. Eras una buena yegua. Corriste como *Viento* no habría sido capaz de hacer. Lo siento.

Bela soltó un suave relincho, hizo una última inhalación, y murió.

Olver se alejó de ella y corrió por debajo de las piernas del primer trolloc que había llegado. No podía combatir con ellos. Sabía que no podía. Así que no desenvainó el cuchillo; se limitó a correr pendiente arriba en un intento de llegar a la cumbre donde había visto caer el estandarte de Mat.

Tanto habría dado que lo hubiera visto en otro continente. Un trolloc lo agarró por la ropa y tiró de él, pero Olver se escabulló dejando la prenda entre las gruesas uñas. Pasó a trompicones por un terreno fracturado y, en medio de su desesperación, atisbó una pequeña hendidura en un afloramiento rocoso, en la falda de la ladera. La hendidura poco profunda enfilaba hacia el cielo negro.

Se lanzó hacia ella, rebulló y se retorció para meterse dentro sin soltar el Cuerno. Cupo dentro por muy poco. Los trollocs se amontonaron a su alrededor y empezaron a meter las manos y a darle tirones de la ropa.

Olver sollozó y cerró los ojos.

Logain se lanzó a través del acceso al tiempo que creaba tejidos ante sí cuando atacó a Demandred.

El Renegado se encontraba en la ardiente ladera que se asomaba al río seco y hacia las formaciones de picas andoreñas que se estaban viniendo abajo. Aiel, cairhieninos y la Legión del Dragón combatían también allí, y todos corrían peligro de acabar rodeados.

A esas alturas, casi todas las picas se habían partido. Dentro de poco sufrirían una derrota aplastante.

Logain lanzó dos columnas gemelas de fuego hacia Demandred, pero los sharaníes se arrojaron en la trayectoria e interfirieron en su ataque. La carne ardió y los huesos se deshicieron en polvo. Sus muertes dieron a Demandred tiempo de volverse y lanzar un tejido de Agua y Aire. La explosión de fuego de Logain chocó con aquél y lo transformó en vapor que a continuación se evaporó.

Logain había esperado que, después de tanto encauzar, Demandred estuviera debilitado. No era así. Un complejo tejido se formó delante del hombre, un tejido como Logain no había visto jamás. Creó un campo que hizo ondular al aire y, cuando él volvió a atacar, su tejido rebotó como un palo arrojado contra un muro de ladrillos.

Logain saltó hacia un lado y rodó sobre sí mismo mientras un rayo caía del cielo. Le llovieron esquirlas de roca mientras tejía Energía, Fuego y Tierra para cortar el extraño muro. Lo desgarró y a continuación lanzó por el aire fragmentos de roca del suelo para interceptar la bola de fuego de Demandred.

«Una distracción», pensó Logain al comprender que el Renegado había tejido algo más detrás del fuego, algo más complejo. Se abrió de golpe un acceso que se desplazó hacia él como unas enormes fauces rojizas. Logain se apartó justo a tiempo mientras la Puerta de la Muerte pasaba de largo, pero dejó tras de sí una abrasadora estela de lava.

El siguiente ataque de Demandred fue un chorro de aire que arrojó hacia atrás a Logain, en dirección a la lava. Desesperado, Logain tejió Agua para enfriar la lava. Tocó primero con el hombro en el suelo, pasando a través de una ráfaga de vapor que le escaldó la piel, pero había logrado enfriar la lava lo suficiente para que formara una costra sobre el flujo todavía ardiente que corría por debajo. Conteniendo el aliento para no inhalar vapor, se tiró hacia un costado un instante antes de que otra serie de descargas de rayos pulverizaran el suelo donde acababa de estar.

Esas descargas rompieron la costra que había creado y alcanzaron la roca derretida. Gotas de lava salpicaron a Logain, le abrasaron la piel y le dejaron pequeños agujeros en el brazo y la cara. Gritó y tejió a través de la rabia para mandar rayos sobre su enemigo.

Un filo de Energía, Tierra y Fuego cortó sus tejidos en el aire. Demandred era tan, tan fuerte… Ese *sa’angreal* era increíble.

El siguiente destello de una descarga cegó a Logain y lo lanzó hacia atrás. Chocó con un trozo de esquisto roto y las puntas de la roca se le clavaron en la piel.

—Eres poderoso —dijo Demandred. Logain apenas oía las palabras del Renegado. Los oídos… el trueno…—. Pero no eres Lews Therin.

Con un gruñido, Logain tejió a través de las lágrimas y arrojó rayos a Demandred. Tejió dos, y, si bien el Renegado cortó uno de ellos en el aire, el otro dio en el blanco.

Pero… ¿qué era ese tejido? Era otro que Logain no conocía. Aunque el rayo alcanzó a Demandred, de algún modo se desvió hacia el suelo, donde se disipó. Un tejido tan sencillo de Aire y Tierra, y aun así había inutilizado el rayo.

Un escudo se interpuso entre Logain y la Fuente. A través de los ojos dañados contempló el tejido de fuego compacto que empezaba a formarse en las manos del Renegado. Gruñendo, cogió un trozo de esquisto que había a su lado en el suelo, del tamaño de su puño, y se lo arrojó a Demandred.

Sorprendentemente, la piedra golpeó al Renegado, cortándole la piel, e hizo que Demandred retrocediera tambaleándose. Era poderoso, pero todavía podía cometer errores como cualquier mortal. Uno jamás debía centrar toda su atención en el Poder Único, en contra de lo que Taim había dicho siempre. En ese momento de distracción, el escudo entre Logain y la Fuente desapareció.

Logain rodó por el suelo mientras empezaba dos tejidos. Uno, un escudo que no tenía intención de utilizar. El otro, un acceso último y desesperado. La elección del cobarde.

Demandred gruñó y se llevó una mano a la cara al tiempo que atacaba con el Poder. Eligió destruir el escudo al reconocerlo de inmediato como un gran riesgo. Al abrirse el acceso, Logain lo cruzó rodando sobre sí mismo y dejó que se cerrara de golpe. Al otro lado se desplomó con la piel quemada, los brazos despellejados, los oídos zumbándole y la vista casi perdida.

Se obligó a sentarse; estaba de vuelta en el campamento Asha'man más abajo de las ciénagas, donde Gabrelle y los otros esperaban su regreso. Aulló de rabia. La preocupación de Gabrelle irradiaba a través del vínculo. Preocupación de verdad. No lo había imaginado. Luz.

—Quieto —le ordenó ella, que se arrodilló a su lado—. Estúpido. ¿Qué te ha pasado?

—He fracasado —contestó. A lo lejos sintió que empezaban de nuevo los ataques de Demandred con el Poder al tiempo que seguía llamando a gritos a Lews Therin—. Cúrame.

—No irás a intentarlo otra vez, ¿verdad? —dijo ella, que empezaba ya el tejido—. No quiero Curarte para que luego dejes que ése te…

—No volveré a intentarlo —aseguró Logain con voz enronquecida. El dolor era horrible, pero carecía de importancia en comparación con la humillación de la derrota —. No lo haré, Gabrelle. Deja de dudar de mi palabra. Él es demasiado fuerte.

—Algunas de estas quemaduras son graves, Logain. Esos agujeros en la carne, no sé si podré Curarlos del todo. Te quedarán cicatrices.

—No pasa nada —gruñó.

Eran los orificios causados por la lava al salpicarle en el brazo y en ese lado de la cara.

«Luz —pensó—. ¿Cómo vamos a vérnoslas con ese monstruo?»

Gabrelle puso las manos en él, y los tejidos de la Curación fluyeron a raudales por su cuerpo.

El estruendo de la batalla de Egwene con M'Hael rivalizaba con el de las nubes en lo alto. M'Hael. Un nuevo Renegado, su nombre proclamado por sus Señores del Espanto a través del campo de batalla.

Egwene tejía sin pensar y arrojaba tejido tras tejido hacia el Asha'man traidor. No había recurrido a tejer viento, pero aun así éste racheaba y rugía a su alrededor agitándole el cabello y el vestido, tironeando de la estola y sacudiéndola. Narishma y Merise estaban agachados con Leilwin en el suelo, junto a ella; la voz de Narishma —apenas audible con la batahola de la batalla— gritaba tejidos conforme M'Hael los creaba.

Tras su avance, Egwene se encontraba en la cumbre de los Altos, al mismo nivel que M'Hael. En su fuero interno sabía que su cuerpo necesitaría descanso muy pronto.

De momento, eso era un lujo inasequible. De momento, sólo la lucha era importante.

Un tejido de Fuego se le vino encima, y Egwene lo apartó con un golpe de Aire. El aire atrapó las chispas, que giraron a su alrededor en una rociada de luz mientras ella tejía Tierra. Lanzó una onda a través del suelo ya resquebrajado en un intento de tirar a M'Hael, pero él rompió el tejido con otro suyo.

«Tarda más en reaccionar», se percató.

Entonces se adelantó, henchida de Poder. Empezó dos tejidos, uno sobre cada mano, y arrojó chorros de fuego sobre él.

M'Hael respondió con una barra de un blanco puro, fina como alambre, que le pasó a menos de un palmo de distancia. El fuego compacto dejó una imagen persistente en la retina de Egwene, y el suelo gimió bajo sus pies al tiempo que el aire se distorsionaba. Las grietas finas como telarañas —fracturas a la nada— se extendieron por el suelo.

—¡Necio! —le gritó—. ¡Destruirás el Entramado!

De hecho, su enfrentamiento ya amenazaba con hacerlo. Ese viento, esa crepitación en el aire no era natural. Las grietas en el suelo que se extendían a partir de M'Hael se ensancharon.

—¡Teje otra vez! —advirtió Narishma a voz en cuello, ya que el ventarrón arrastraba sus palabras.

M'Hael lanzó su segundo tejido de fuego compacto y fracturó el suelo, pero Egwene estaba preparada. Se desvió hacia un lado, sintiendo cómo crecía la cólera en su interior. Fuego compacto. ¡Tenía que contrarrestarlo!

«Les da igual lo que destruyan. Están aquí para destruir. Eso es lo que su señor demanda. Romper. Quemar. Matar».

«Gawyn…»

Gritó con rabia mientras tejía columna tras columna de fuego, una tras otra. Narishma gritaba lo que M'Hael hacía, pero Egwene no podía oírlo debido al ruido tumultuoso en sus oídos. De todos modos, vio enseguida que él había construido una barrera de Aire y Fuego para desviar sus acometidas.

Egwene avanzó sin dejar de lanzarle ataques. Eso no dio tiempo al hombre para recobrarse ni para atacar. Egwene detuvo la secuencia sólo para crear un escudo que mantuvo listo. Una rociada de fuego que chocó contra la barrera de M'Hael lo hizo trastabillar hacia atrás mientras el tejido se resquebrajaba, y levantó la mano, quizá para intentar lanzar otro fuego compacto.

Egwene colocó el escudo entre él y la Fuente. No acabó de aislarlo por completo, porque él lo mantuvo apartado con su fuerza de voluntad. Estaban lo bastante próximos ahora para que Egwene viera la incredulidad, la cólera en el rostro del hombre. Egwene empujó, acercando más y más el escudo a ese hilo invisible que lo conectaba con el Poder Único. Empujó con todas sus fuerzas…

M'Hael, con gran esfuerzo, soltó un pequeño hilo de fuego compacto hacia arriba, a través del hueco donde el escudo todavía no había encajado en su sitio. El fuego compacto destruyó el tejido, al igual que el aire y, por supuesto, el propio Entramado.

Egwene reculó a trompicones cuando M'Hael dirigió el tejido hacia ella, pero la barra blanca era demasiado pequeña, demasiado débil, para alcanzarla. Se difuminó antes de llegar. M'Hael emitió un gruñido y desapareció haciendo que el aire ondeara en un modo de Viaje que ella desconocía.

Egwene respiró hondo y se llevó la mano al pecho. ¡Luz! Había faltado poco para que la borrara del Entramado para siempre.

«¡Desapareció sin crear un acceso! El Poder Verdadero», pensó. Era la única explicación. Era poco, más bien nada, lo que sabía al respecto; para empezar, era la propia esencia del Oscuro, el señuelo que había inducido a los encauzadores de la Era de Leyenda a abrir la Perforación.

«Fuego compacto. Luz. He estado a punto de morir. Peor aún».

No tenía nada para contrarrestar el fuego compacto.

Sólo es un tejido, Egwene… Sólo un tejido, en palabras de Perrin.

El momento había pasado ya, y M'Hael había huido. Tendría que mantener a Narishma con ella para que le advirtiera si alguien empezaba a encauzar cerca.

«A menos que M'Hael utilice de nuevo el Poder Verdadero. ¿Podría otro hombre percibir que alguien lo está encauzando?»

—¡Madre!

Egwene se volvió y vio que Merise gesticulaba hacia donde la mayoría de las Aes

Sedai y los Asha'man seguían enzarzados en una batalla atronadora con las fuerzas sharaníes. Muchas hermanas con vestidos coloridos yacían muertas en la ladera.

La muerte de Gawyn le rondaba por la mente como un asesino de negro. Egwene apretó los dientes y avivó su ira mientras absorbía el Poder Único y se lanzaba hacia los sharaníes.

Hurin, con las fosas nasales tapadas con tela, combatía en los Altos de Polov junto a otros fronterizos.

Incluso a través de la tela, olía la guerra. Tanta, tanta violencia, los efluvios de la sangre y de carne putrefacta todo en derredor. Impregnaban el suelo, su espada, sus propias ropas. Ya había vomitado de manera violenta varias veces durante la batalla.

Aun así siguió luchando. Se apartó a un lado cuando el trolloc con hocico de oso gateó por encima de los cadáveres y saltó sobre él. El golpe de la espada del ser hizo que el suelo temblara y Hurin gritó.

La bestia soltó una risa inhumana al interpretar que el grito de Hurin indicaba miedo. Arremetió, de modo que Hurin corrió hacia adelante, agachado por debajo del arma enemiga, y le abrió el estómago a la bestia mientras pasaba corriendo. La criatura se frenó de golpe al ver cómo se le salían las tripas apestosas.

«Hay que darle tiempo a lord Rand», pensó; retrocedió y esperó que el siguiente trolloc pasara por encima de los cadáveres. Subían por la ladera oriental de los Altos, en la parte del río. Esa pendiente pronunciada era difícil de escalar para ellos; pero, por la Luz, había muchísimos.

«Sigue luchando, sigue luchando».

Lord Rand había ido a verlo para pedirle que lo perdonara. ¡A él! En fin, haría que se sintiera orgulloso de él. El Dragón Renacido no necesitaba el perdón de un simple husmeador, pero Hurin todavía tenía la sensación del que el mundo había vuelto a su ser. Lord Rand era de nuevo el de siempre. Lord Rand los salvaría, si ellos conseguían darle tiempo suficiente.

Se produjo una pausa en la batalla. Frunció el entrecejo. Las bestias le habían parecido innumerables. Sin duda no podían haber caído todas. Avanzó con cautela y se asomó por encima de los cuerpos para mirar la pendiente.

No, los trollocs no estaban derrotados. El mar de monstruos todavía parecía casi infinito. Podía verlos a la luz de los fuegos de abajo. Los trollocs habían dejado de trepar porque tenían que retirar los cadáveres del camino en la vertiente, muchos de los cuales habían sido derribados por los arqueros de Tam. Más abajo, en el cauce del río, el ejército más numeroso de trollocs combatía con el de Elayne.

—Creo que dispondremos de unos pocos minutos —dijo Lan Mandragoran a los soldados desde donde estaba montado a caballo.

La reina Alliandre cabalgaba cerca también y hablaba tranquilamente con sus

hombres. Dos monarcas a la vista. Sin duda sabían cómo ejercer el mando. Y eso hacía que Hurin se sintiera mejor.

—Se preparan para una última carga —añadió Lan—. Una embestida que nos obligue a retirarnos del borde de la pendiente para así poder luchar contra nosotros aquí arriba, en terreno llano. Descansad mientras retiran los cuerpos. Amigos, que la Paz propicie el uso de vuestras espadas. El próximo asalto será el peor.

¿El próximo asalto sería el peor? ¡Luz!

Detrás de ellos, en el centro de la loma, el resto del ejército de Mat seguía presionando al ejército sharaní en un intento de empujarlo de vuelta al sudoeste. Si los suyos conseguían hacerlo y los obligaban a bajar la pendiente hacia la batalla entre los trollocs y las fuerzas de Elayne, podría organizarse un buen lío del que Mat sabría sacar provecho. Pero, por el momento, los sharaníes no daban señales de ceder ni una pulgada de terreno; de hecho, comenzaban a presionar a su vez al ejército de Mat, que empezaba a mostrar signos de debilidad.

Hurin se tumbó de espaldas en el suelo oyendo gemidos todo en derredor, los gritos lejanos y el golpeteo de armas contra metal, olisqueando el hedor a violencia suspendido en el aire a su alrededor en un océano de pestilencias.

Lo peor aún estaba por llegar.

Que la Luz los asistiera…

Berelain utilizó un trapo para limpiarse las manos de sangre mientras se dirigía hacia el comedor de palacio. Las mesas se habían hecho trozos para leña con la que alimentar los enormes hogares que había a ambos extremos de la estancia; en lugar de muebles, había filas y filas de heridos.

Las puertas de la cocina se abrieron de golpe y un grupo de gitanos entró, algunos llevando camillas y otros ayudando a hombres heridos a entrar cojeando en el comedor.

«Luz —pensó—. ¿Más?» El palacio estaba lleno a reventar de combatientes heridos.

—¡No, no! —dijo mientras se acercaba—. Aquí no. En el vestíbulo de atrás. Vamos a tener que empezar a ponerlos allí. ¡Rosil! Tenemos heridos nuevos.

Los gitanos volvieron hacia el pasillo sin dejar de hablar con voz tranquila a los heridos. Sólo habían llevado de vuelta a los que podían salvarse. Berelain se había visto obligada a instruir a las cabecillas entre las mujeres Tuatha’an respecto a qué tipo de heridas requerían demasiado esfuerzo en la Curación. Mejor salvar a diez hombres con heridas graves que dedicar la misma energía intentando salvar a uno que se aferraba a la vida con una brizna de esperanza.

Ese momento de explicaciones había sido una de las cosas más horribles que había hecho en toda su vida.

Los gitanos siguieron avanzando en una fila, y Berelain observó a los heridos por si veía algo blanco. Había Capas Blancas entre ellos, pero no el hombre que buscaba ella.

«Tantos…», pensó de nuevo. Los gitanos no tenían ayuda para mover a los heridos. Todos los hombres sanos de palacio —y la mayoría de las mujeres— habían ido al campo de batalla para luchar o para ayudar a los refugiados de Caemlyn a recoger flechas.

Rosil se acercó presurosa; tenía la ropa manchada de sangre, pero ella ni siquiera se fijaba. De inmediato se hizo cargo de los heridos y los miró por si alguno necesitaba atención inmediata. Por desgracia, las puertas de la cocina se abrieron de golpe en ese momento y un grupo de andoreños y Aiel entraron tambaleándose, enviados por las Allegadas desde otra área del campo de batalla.

Lo que siguió fue casi demencial mientras Berelain metía prisa a todo el personal que tenía —mozos, gente mayor, algunos chiquillos de incluso cinco años— para que ayudaran a acomodar a los recién llegados. Sólo los Aiel que estaban en peor estado aceptaban que los llevaran allí; tenían tendencia a quedarse en el campo de batalla mientras pudieran sostener un arma. Lo cual significaba que para muchos de los que acababan de llegar ya no había Curación posible. Tenía que ponerlos en un espacio del que no disponía y ver sus jadeos sanguinolentos mientras morían.

—¡Esto es absurdo! —dijo, poniéndose de pie. Tenía las manos húmedas de sangre otra vez y ya no le quedaba un solo paño limpio. ¡Luz!—. Hemos de enviar más ayuda. Tú, el Aiel ciego.

Señaló a un Aiel al que habían dejado ciego. Estaba sentado con la espalda recostada en la pared y un vendaje sobre los ojos.

—Me llamo Ronja.

—Bien, Ronja. Tengo aquí algunos *gai'shain* para ayudarme. Según mis cuentas, debería haber muchos más. ¿Dónde están?

—Esperan hasta que acabe la batalla para poder atender a los vencedores.

—Vamos a buscarlos —dijo ella—. Necesitamos a todos los que podamos reunir para que ayuden en la lucha.

—Puede que vengan aquí con vos, Berelain Paendrag, y ayuden a cuidar de los heridos —replicó el hombre—. Pero no lucharán. No les corresponde hacer eso.

—Se avendrán a razones —declaró ella con firmeza—. ¡Es la Última Batalla!

—Puede que aquí seáis un jefe de clan —contestó el Aiel, sonriente—, pero no sois el *Car'a'carn*. Ni siquiera él podría ordenar a los *gai'shain* que desobedecieran el *ji'e'toh*.

—¿Quién, entonces?

Eso pareció sorprender al hombre.

—Nadie. No es posible.

—¿Y las Sabias?

—No lo harían. Nunca —aseguró él.

—Eso lo veremos —dijo Berelain.

La sonrisa del hombre se hizo más pronunciada.

—Supongo que ningún hombre o mujer querría sufrir vuestra ira, Berelain Paendrag. Pero, si me fuera devuelta la vista, me arrancaría de nuevo los ojos antes que ver luchar a los *gai'shain*.

—Entonces que no luchen. Quizá pueden ayudar a transportar a los heridos. Rosil, ¿te ocupas de este grupo?

La cansada mujer asintió con la cabeza. No había ninguna Aes Sedai en palacio que no diera la impresión de no poder dar un paso más sin irse de bruces al suelo. Berelain se mantenía de pie gracias a unas hierbas que tomaba, aunque dudaba que Rosil aprobara su uso.

En fin, allí no podía hacer nada más. Tal vez convendría echar un vistazo entre los heridos que habían acomodado en los almacenes. Tenían…

—Milady Principal… —llamó una voz. Era Kitan, una de las doncellas de palacio que se habían quedado para ayudar con los heridos. La delgada muchacha la asió del brazo—. Hay algo que tenéis que ver.

Berelain suspiró, pero hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. ¿Qué desastre le aguardaba ahora? ¿Otra burbuja maligna encerrando grupos de heridos tras paredes que antes no estaban ahí? ¿Se habían quedado sin vendajes otra vez? Dudaba que en la ciudad quedara sábana, colgadura, ropa interior o pañuelo que no se hubiera convertido en vendaje.

La chica la condujo escaleras arriba hasta los propios aposentos de Berelain, donde se atendía a unos cuantos heridos. Entró en uno de los cuartos y se sorprendió al encontrar dentro un rostro familiar esperándola. Annoura, sentada junto a una cama, vestía de rojo con cuchilladas grises y llevaba las habituales trencillas sujetas hacia atrás de un modo nada favorecedor. De hecho, Berelain casi no la reconoció.

Annoura se puso de pie al entrar ella e hizo una reverencia a pesar de que parecía a punto de irse al suelo por la fatiga.

En la cama yacía Galad Damodred.

Berelain emitió un grito ahogado y corrió junto a él. Era Galad, sí, aunque tenía una herida terrible en la cara. Respiraba, pero estaba inconsciente. Berelain fue a levantarle el brazo para cogerle la mano, pero descubrió que el brazo acababa en un muñón. Uno de los cirujanos ya lo había cauterizado para cortar la hemorragia y evitar que muriera desangrado.

—¿Cómo? —preguntó Berelain mientras asía su otra mano y cerraba los ojos. La mano de Galad estaba caliente.

Cuando ella había oído lo que Demandred bramaba respecto a haber derrotado al

hombre de blanco…

—Creí que os lo debía —dijo la Gris—. Lo busqué en el campo de batalla después de que Demandred anunció lo que había hecho. Lo saqué de allí mientras el Renegado luchaba contra uno de los hombres de la Torre Negra. —Volvió a sentarse en la banqueta que había junto al lecho— y se inclinó hacia adelante, encorvada. No podía Curarlo, Berelain. Hice cuanto pude para abrir un acceso y traerlo aquí. Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella—. Kitan, ve a buscar a una de las otras hermanas. Annoura, os sentiréis mejor cuando hayáis descansado. Gracias.

La Gris asintió. Cerró los ojos y Berelain se impresionó al ver lágrimas en el rabillo de los ojos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. Annoura, ¿qué pasa?

—No es algo que os concierna, Berelain —repuso al tiempo que se levantaba—. Nos lo enseñan a todas, ¿sabéis? No hay que encauzar cuando una está demasiado cansada. Puede haber complicaciones. Necesitaba un acceso de vuelta a palacio, sin embargo. Para traerlo aquí y ponerlo a salvo, para devolverle…

Annoura se desplomó al suelo desde la banqueta. Berelain se agachó a su lado y le levantó la cabeza. Entonces fue cuando se dio cuenta de que no eran las trencillas las que la hacían parecer tan distinta. También había algo raro en la cara. Estaba cambiada. Ya no era un rostro intemporal, sino juvenil.

—Oh, Luz, Annoura —susurró Berelain—. Os habéis consumido, ¿verdad?

La mujer se había desmayado. A Berelain le dio un vuelco el corazón. La Aes Sedai y ella habían tenido diferencias recientemente, pero Annoura había sido su consejera —y su amiga— durante años antes de su desacuerdo. Pobre mujer. Por el modo en que las Aes Sedai hablaban de ello, la consunción se consideraba peor que la muerte.

Berelain la tumbó en el diván del cuarto y la tapó con una manta. Se sentía terriblemente impotente.

«A lo mejor… Quizá puedan Curarla de algún modo».

Regresó al lado de Galad para tomarlo de la mano un rato más; levantó la banqueta y se sentó en ella. Sólo descansaría un poco. Cerró los ojos. Él estaba vivo. A un altísimo precio, pero vivía.

—¿Cómo…?

La voz de Galad la sobresaltó. Abrió los ojos y lo encontró mirándola.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó con un hilo de voz.

—Fue Annoura —contestó—. Os encontró en el campo de batalla.

—¿Y mis heridas?

—Vendrán a Curaros cuando haya alguien disponible —dijo—. La mano… —Se armó de valor—. Habéis perdido la mano, pero podemos quitar ese corte de la cara.

—No —susurró él—. Sólo es… un corte pequeño. Reservad la Curación para quienes podrían morir si no la reciben.

Parecía tan cansado… Berelain se mordió el labio, pero asintió con la cabeza.

—Por supuesto. —Vaciló un momento—. La batalla va mal, ¿verdad?

—Sí.

—De modo que ahora… ¿sólo nos queda mantener la esperanza?

Él soltó la mano de la suya y buscó debajo de la camisa. Cuando llegara una Aes Sedai tendrían que desnudarlo y ocuparse de sus heridas. Hasta entonces sólo habían mirado el muñón, ya que era lo peor.

Galad suspiró; luego se estremeció y la mano le resbaló de debajo de la camisa. ¿Habría intentado quitársela?

—La esperanza… —susurró, y se desmayó.

Rand lloraba.

Estaba acurrucado en la oscuridad, con el Entramado que giraba ante él tejido por los hilos de las vidas de los hombres. Eran tantos los hilos que se terminaban…

Tantos…

Tendría que haber sido capaz de protegerlos. ¿Por qué no lo había hecho? Contra su voluntad, los nombres empezaron a repetirse en su mente. Los de quienes habían muerto por él, empezando por los de las mujeres, pero que ahora continuaron con los de todas y cada una de las personas que debería haber sido capaz de salvar… y que no lo había hecho.

Mientras la humanidad combatía en Merrilor y en Shayol Ghul, él se veía obligado a contemplar sus muertes. No podía dar media vuelta.

El Oscuro eligió ese instante para lanzarle un ataque masivo. Resurgió la presión esforzándose para aplastarlo hasta reducirlo a nada. Rand no podía moverse. Cada fracción de su esencia, su determinación y su fuerza enfocadas en impedir que el Oscuro lo hiciera pedazos.

Sólo podía mirar cómo morían.

Rand vio caer a Davram Bashere en una carga, seguido un momento después por su esposa. Rand gritó al ver morir a su amigo. Lloró por Davram Bashere.

El bueno y leal Hurin cayó a manos de un trolloc que atacaba para llegar a la cumbre de los Altos, donde Mat oponía resistencia. Rand lloró por Hurin. El hombre que tenía tanta fe en él, el hombre que lo habría seguido a cualquier parte.

Jori Congar yacía aplastado bajo el corpachón de un trolloc, gimiendo y pidiendo ayuda hasta que murió desangrado. Rand lloró por Jori cuando su hilo desapareció finalmente.

Enaila, que había decidido renunciar a las *Far Dareis Mai* y había dejado una guirnalda nupcial a los pies del *siswai'aman* Leiran, muerta con el vientre atravesado

por cuatro trollocs. Rand lloró por ella.

Karldin Manfor, que lo había seguido durante tanto tiempo y había estado en los pozos de Dumai, murió cuando su fuerza para encauzar se agotó y se desplomó en el suelo, exhausto. Los sharaníes cayeron sobre él y lo acuchillaron con sus dagas negras. Su Aes Sedai, Beldeine, trastabilló y cayó instantes después. Rand lloró por ambos.

Lloró por Gareth Bryne y por Siuan. Lloró por Gawyn.

Tantos. Tantísimos…

ESTÁS PERDIENDO.

Rand se acurrucó más. ¿Qué podía hacer? Su sueño de detener al Oscuro… Crearía una pesadilla si lo hacía. Sus propias intenciones lo traicionaban.

RÍNDETE, ADVERSARIO. ¿PARA QUÉ SEGUIR LUCHANDO? DEJA DE PELEAR Y DESCANSA.

Estuvo tentado de hacerlo. Oh, qué enorme tentación. Luz. ¿Qué pensaría Nynaeve? Podía verla, luchando para salvar a Alanna. Qué avergonzadas se sentirían ella y Moraine si supieran que en ese momento lo único que quería era abandonar, rendirse.

El dolor lo atravesó y gritó otra vez.

—¡Por favor, que acabe ya!

PUEDE ACABAR.

Rand se encogió, estremecido, tembloroso. Pero aun así los gritos de los que morían lo asaltaban. Muerte y más muerte. Aguantó; a duras penas.

—No —susurró.

COMO QUIERAS, dijo el Oscuro. TENGO ALGO MÁS QUE ENSEÑARTE. UNA PROMESA MÁS DE LO QUE PUEDE SER…

El Oscuro urdió los hilos de la posibilidad una última vez.

Todo fueron tinieblas.

Taim arremetió con el Poder Único y azotó a Mishraile con tejidos de Aire.

—¡Regresad allí, necio! ¡Luchad! ¡No perderemos esa posición!

El Señor del Espanto retrocedió agazapado, se reunió con sus dos compañeros y se escabulló para cumplir las órdenes. Taim echaba chispas, e hizo añicos una piedra que había cerca con un arranque de poder. ¡Esa gata asilvestrada de Aes Sedai! ¿Cómo osaba superarlo?

—M’Hael —dijo una voz sosegada.

Taim… M’Hael. Tenía que pensar en sí mismo como M’Hael. Cruzó la ladera hacia la voz que lo había llamado. Había abierto un acceso para ponerse a salvo, aterrado, al otro extremo de las lomas, y ahora se encontraba en el borde de la ladera sudoriental de los Altos. Demandred utilizaba esa ubicación para controlar la batalla

que se libraba abajo y para lanzar destrucción en las formaciones andoreñas, cairhieninas y Aiel.

Los trollocs de Demandred controlaban toda la cañada entre los Altos y las ciénagas, y estaban desgastando a los defensores del río seco. Sólo era cuestión de tiempo. Entretanto, el ejército sharaní luchaba al nordeste de allí, en los Altos. Le preocupaba que Cauthon hubiera llegado tan deprisa a frenar el avance de los sharaníes. Daba igual. Era el movimiento de un hombre desesperado. No podría aguantar contra el ejército sharaní. Pero lo más importante en ese momento era destruir a las Aes Sedai del otro lado de los Altos. Ésa era la clave para ganar la batalla.

M'Hael pasó entre desconfiados sharaníes, con sus extraños ropajes y tatuajes. Demandred estaba sentado en el centro, con las piernas cruzadas. Tenía los ojos cerrados y respiraba de forma sosegada y regular. Ese *sa'angreal* que usaba… le consumía algo, algo más que la simple fuerza normal necesaria para encauzar.

¿Proporcionaría tal cosa una oportunidad a M'Hael? Cómo le revolvía las bilis tener que seguir a las órdenes de otro. Sí, había aprendido mucho de ese hombre, pero Demandred había demostrado de forma evidente que no era el idóneo para dirigir. Consentía a esos sharaníes, y desperdiciaba energía en su conflicto con al'Thor. La debilidad de otro era una oportunidad potencial para M'Hael.

—He sabido que estás fallando, M'Hael —dijo Demandred.

Delante de ellos, a través del cauce seco del río, las defensas andoreñas por fin empezaban a flaquear. Los trollocs no dejaban de tantear para dar con los puntos débiles en sus líneas, y se iban abriendo paso a través de las formaciones de picas en varias partes río arriba y abajo. La caballería pesada de la Legión y la ligera de los cairhieninos estaban en constante movimiento ahora, haciendo pasadas desesperadas contra los trollocs a medida que éstos avanzaban por entre las defensas andoreñas. Los Aiel todavía los frenaban cerca de las ciénagas, y los ballesteros de la Legión combinados con los piqueros andoreños aún impedían que los trollocs rodearan su flanco derecho. Pero la presión de la violenta arremetida trolloc era incesante, y las líneas de Elayne se curvaban de forma gradual hacia atrás y se internaban más en territorio shienariano.

—M'Hael —dijo Demandred, que abrió los ojos. Unos ojos inmemoriales. M'Hael se negó a dejarse intimidar y los miró directamente. ¡No lo intimidaría!—. Cuéntame cómo has fallado.

—Esa arpía de Aes Sedai —espetó—. Utiliza un *sa'angreal* de gran poder. Casi la tenía, pero el Poder Verdadero me falló.

—Sólo recibes un hililllo por una razón —contestó Demandred, que volvió a cerrar los ojos—. Es impredecible para alguien que no está acostumbrado a su naturaleza y sus pautas.

M'Hael no dijo nada. Practicaría con el Poder Verdadero; aprendería sus secretos. Los otros Renegados eran viejos y lentos. Pronto dirigiría la sangre nueva.

Con una relajada sensación de inevitabilidad, Demandred se puso de pie. Daba la impresión de ser un inmenso peñasco irguiéndose en su posición.

—Volverás y la matarás, M'Hael. Yo he matado a su Guardián. Debería ser una presa fácil.

—El *sa'angreal*…

Demandred adelantó su cetro rematado por la copa dorada.

¿Era una prueba? Tanto poder… M'Hael había percibido la fuerza irradiando de Demandred cuando lo utilizaba.

—Dices que tiene un *sa'angreal* —habló Demandred—. Con éste, tú tendrás también uno. Ten, usa Sakarnen para que no haya excusas si fallas. Ten éxito en esto o muere, M'Hael. Demuestra que mereces estar entre los Elegidos.

—¿Y si el Dragón Renacido decide por fin luchar contigo? —preguntó, tras humedecerse los labios.

Demandred soltó una carcajada.

—¿Crees que lo utilizaría para luchar con él? ¿Qué demostraría eso? Las fuerzas de ambos han de ser parejas si quiero demostrar que soy el mejor. Según se dice, no puede usar *Callandor* de forma segura, y fue tan estúpido de destruir los Choedan Kal. Vendrá y, cuando lo haga, me enfrentaré a él sin ayuda y demostraré que soy el verdadero señor de este reino.

«Por la más negra oscuridad… —pensó Taim—. Se ha vuelto completamente loco, ¿verdad?» Era extraño mirar esos ojos que parecían tan lúcidos, y oír semejantes desvaríos saliendo de sus labios. Cuando Demandred se había puesto en contacto con él por primera vez para ofrecerle la oportunidad de servir al Gran Señor, no parecía ser así. Arrogante sí. Todos los Renegados lo eran. La determinación de Demandred de matar personalmente a al'Thor ya ardía dentro de él como un fuego.

Pero esto… Esto era algo diferente. Vivir en Shara lo había cambiado. Desde luego, lo había debilitado. Y, ahora, esto. ¿Qué hombre entregaría de forma voluntaria un artefacto poderoso a un rival?

«Sólo un necio —pensó M'Hael, que alargó la mano para asir el *sa'angreal*—. Matarte será como acabar con un caballo con tres patas rotas, Demandred. Un acto de compasión. Había esperado derrotarte como un digno rival».

Demandred se dio la vuelta y M'Hael absorbió Poder Único a través de Sakarnen y bebió con glotonería de su abundancia. La dulzura del *Saidin* lo saturaba, un torrente violento de suculento Poder. ¡Él era inmenso mientras lo asía! Podría hacer cualquier cosa. ¡Arrasar montañas, destruir ejércitos, todo por sí solo!

Estaba ansiando extraer flujos de Poder, tejerlos entre sí y destruir a ese hombre.

—Ten cuidado —le advirtió Demandred. La voz sonaba débil, patética. El

chillido de un ratón—. No encauces a través de eso hacia mí. He vinculado a Sakarnen. Si intentas utilizarlo contra mí, te abrasará y te borrará del Entramado.

¿Mentía? ¿Podía un *sa'angreal* estar en armonía con una persona específica? Lo ignoraba. Lo pensó y bajó Sakarnen, amargado a pesar del poder que rugía dentro de él.

—No soy un necio, M'Hael —dijo con sequedad Demandred—. No te entregaría el lazo corredizo con el que colgarme. Ve y haz lo que se te ha ordenado. Eres mi servidor en esto, la mano que sostiene el hacha que corta el árbol. Destruye a la Amyrlin; usa el fuego compacto. Se nos ha ordenado hacerlo, y en esto debemos obedecer. El mundo ha de deshacerse antes de que lo tejamos de nuevo de acuerdo con nuestra visión.

M'Hael gruñó al otro hombre, pero hizo lo que le decía; tejió un acceso. Destruiría a esa maldita Aes Sedai. Luego… Luego decidiría cómo ocuparse de Demandred.

Elayne observaba con frustración cómo hacía retroceder el enemigo a sus formaciones de picas. Que Birgitte se las hubiera ingeniado para convencerla de que se marchara de las inmediaciones de donde se combatía —un avance trolloc podía ocurrir en cualquier momento— no la complacía.

Se habían retirado casi hasta las ruinas, lejos del peligro directo en esos momentos. Un doble círculo de guardias la rodeaba, la mayoría sentados y comiendo para recobrar las pocas fuerzas que pudieran durante los intervalos entre combates.

Elayne no llevaba desplegada su bandera, pero enviaba mensajeros para que sus comandantes supieran que seguía viva. Aunque había intentado guiar a sus tropas contra los trollocs, sus esfuerzos no habían bastado. Era evidente que sus ejércitos se estaban debilitando.

—Tenemos que regresar —le dijo a Birgitte—. Necesitan verme.

—No sé si eso cambiaría las cosas —replicó Birgitte—. Esas formaciones no pueden aguantar frente a esos trollocs y esos puñeteros encauzadores. Juro que…

—¿Qué?

—Juro que antes recordaba una situación como ésta —contestó Birgitte, y se dio la vuelta.

Elayne apretó los dientes. La pérdida de memoria de Birgitte le parecía desgarradora, pero sólo era el problema de una mujer. Miles de sus súbditos estaban muriendo.

Cerca, los refugiados de Caemlyn seguían recorriendo el área buscando flechas y personas heridas. Varios grupos se habían acercado a los guardias de Elayne y hablaban con ellos en voz baja preguntándoles por la batalla de la reina. Elayne sintió remontar su orgullo por los refugiados y su tenacidad. La ciudad había quedado

derruida, pero una ciudad se podía reconstruir. El pueblo, el verdadero corazón de Caemlyn, no caería con tanta facilidad.

Otra lanza de luz que se clavó en el campo de batalla mató hombres y desorganizó las formaciones de picas. Más allá, en el lado más lejano de los Altos, mujeres encauzaban en una feroz batalla. Veía las luces destellar en la noche, aunque eso era todo. ¿Debería unirse a ellas? El hecho de haber estado al frente de las tropas no había bastado para salvar a los soldados, pero les había proporcionado orientación y liderazgo.

—Temo por nuestro ejército, Elayne —dijo Birgitte—. Temo que el día está perdido.

—No puede perderse —replicó ella—. Porque, si es así, todos estaremos perdidos. Me niego a aceptar la derrota. Tú y yo vamos a volver. Que Demandred intente acabar con nosotros. Tal vez mi presencia revivifique a los soldados, les dé más…

Cerca, un grupo de refugiados de Caemlyn atacó a sus guardias.

Elayne barbotó una maldición e hizo volverse a *Sombra de Luna* al tiempo que abrazaba el Poder. Las personas del grupo que al principio había tomado por refugiados con ropas sucias y manchadas de hollín llevaban cotas debajo. Luchaban con sus guardias y mataban con espada y hacha. Nada de refugiados: eran mercenarios.

—¡Traición! —gritó Birgitte mientras alzaba el arco y disparaba a un mercenario al que atravesó la garganta—. ¡A las armas!

—No es traición —dijo Elayne, que tejió Fuego y lo lanzó a un grupo de tres—. ¡No son de los nuestros! ¡Cuidado, son enemigos infiltrados!

Se volvió cuando otro grupo de «refugiados» se lanzó sobre las líneas debilitadas de guardias. ¡Estaban todo en derredor! Se habían acercado a escondidas mientras tenían puesta la atención en el lejano campo de batalla.

Cuando un grupo de mercenarios se abrió paso en el cerco de guardias, Elayne tejió *Saidar* y lanzó un tejido poderoso de Aire.

Al dar en uno de los hombres que cargaban contra ella, el tejido se deshizo. Elayne maldijo y dio la vuelta al caballo para huir, pero uno de los atacantes se abalanzó y hundió la espada en el cuello de *Sombra de Luna*. La yegua se encabritó al tiempo que lanzaba un relincho agónico, y Elayne atisbó brevemente a los guardias luchando todo en derredor cuando cayó al suelo, aterrada por la seguridad de los bebés. Unas manos la asieron con rudeza por los hombros y la sujetaron contra el suelo.

Vio algo plateado brillar en la noche. Un medallón de cabeza de zorro. Otro par de manos se lo pusieron pegado a la piel por encima de los senos. El metal estaba intensamente frío.

—Hola, mi reina —saludó Mellar, en cuclillas a su lado. El otrora capitán de la guardia, al que mucha gente todavía consideraba padre de sus bebés, la miró con gesto lascivo—. Ha resultado muy difícil rastrearos.

Elayne le escupió, pero él lo había visto venir y alzó la mano para detener el salivazo. Sonrió y después se puso de pie dejándola inmovilizada por dos mercenarios. Aunque algunos de sus guardias aún combatían, a la mayoría los habían hecho retroceder o los habían matado.

Mellar se volvió cuando dos hombres se acercaron arrastrando a Birgitte. Ella se debatía y un tercer hombre se acercó para ayudar a inmovilizarla. Mellar sacó la espada y miró la hoja un instante, como si se contemplara en el brillante acero. Entonces hundió el arma en el estómago de Birgitte.

Birgitte dejó escapar un grito ahogado y cayó de rodillas. Mellar la decapitó con un brutal golpe de revés.

Elayne se encontró sentada, muy quieta, incapaz de pensar o reaccionar mientras el cadáver de Birgitte se desplomaba hacia adelante derramando la sangre vital por el cuello. El vínculo titiló y se apagó, y llegó… el dolor. Un dolor terrible.

—Llevaba mucho tiempo esperando hacer eso —dijo Mellar—. Maldición, qué bien sienta.

«Birgitte…» Su Guardiana estaba muerta. Su Guardiana había sido asesinada. La pérdida hacía… hacía que le costara trabajo pensar.

Mellar pateó el cadáver de Birgitte al tiempo que un hombre llegaba a caballo con un cuerpo tendido sobre la parte trasera de la silla. El hombre vestía un uniforme andoreño y el cabello colgante del cadáver era rubio. Quienquiera que fuera la pobre mujer, llevaba un vestido exactamente igual al de Elayne.

«Oh, no…»

—Ve —dijo Mellar.

El hombre se alejó a caballo con otros cuantos en formación a su alrededor, unos guardias falsos. Portaban el estandarte de Elayne y uno empezó a gritar:

—¡La reina ha muerto! ¡La reina ha caído!

Mellar se volvió hacia Elayne.

—Los vuestros aún combaten. Bien, pues, eso hará que se rompan sus filas. En cuanto a vos… En fin, por lo visto, el Gran Señor tiene que hacer algo con esos niños vuestros. Me han ordenado que los lleve a Shayol Ghul. Se me ocurre que no tenéis por qué estar con ellos en ese momento. —Miró a uno de sus compañeros—. ¿Puedes conseguirlo?

El otro hombre se arrodilló junto a ella y apretó las manos contra su vientre. Una repentina punzada de miedo la sacudió a través de la estupefacción y la conmoción. ¡Sus pequeños!

—El embarazo está bastante adelantado ya —dijo el hombre—. Es probable que

pueda mantener vivos a los niños con un tejido y si los sacas cortando. Será difícil hacerlo bien. Todavía son fetos inmaduros. Seis meses de gestación. Pero con los tejidos que me ha enseñado el Elegido… Sí, creo que puedo mantenerlos vivos durante una hora. Pero tendrás que llevárselos a M'Hael para que se entreguen en Shayol Ghul. Viajar por un acceso normal allí ya no funciona.

Mellar envainó la espada y sacó un cuchillo de caza del cinturón.

—Por mí, vale. Mandaremos a los niños, como pide el Gran Señor. Pero vos, mi reina… Vos sois mía.

Elayne se debatió pero los hombres la sujetaban con fuerza. Intentó encauzar una y otra vez, pero el medallón funcionaba como la horcaria. El resultado era igual que si hubiera intentado abrazar el *Saidin*.

—¡No! —gritó cuando Mellar se arrodilló a su lado—. ¡¡¡No!!!

—Bien —dijo él—. Esperaba que os pusierais a gritar.

Nada.

Rand se volvió. Intentó volverse. No tenía forma ni sustancia.

Nada.

Intentó hablar, pero no tenía boca. Por fin, se las ingenió para «pensar» las palabras y las hizo manifiestas.

SHAI'TAN, proyectó Rand. ¿QUÉ ES ESTO?

NUESTRO TRATADO, repuso el Oscuro. NUESTRA CONCILIACIÓN

¿NUESTRA CONCILIACIÓN ES LA NADA?, demandó Rand.

SÍ.

Rand comprendió. El Oscuro le estaba ofreciendo un trato. Él podía acceder a eso… Acceder a la nada. Los dos se batían en duelo por el destino del mundo. Él luchaba por la paz, la gloria, el amor. El Oscuro buscaba lo opuesto. Dolor. Sufrimiento.

La nada era, en cierto modo, un equilibrio entre los dos. El Oscuro accedería a no forjar de nuevo la Rueda de acuerdo con sus lúgubres deseos. No habría esclavitud para la humanidad ni un mundo sin amor. No habría mundo.

ESTO ES LO QUE PROMETISTE A ELAN, dijo Rand. LE PROMETISTE EL FIN DE LA EXISTENCIA.

TE LO OFREZCO A TI TAMBIÉN, repuso el Oscuro. Y A TODOS LOS HOMBRES. DESEABAS LA PAZ. YO TE LA DOY. LA PAZ DEL VACÍO QUE TÚ BUSCAS TAN A MENUDO. TE DOY NADA Y TODO.

Rand no rechazó la oferta de inmediato. La asió y la acunó en su mente. No más dolor. No más sufrimiento. No más cargas.

Un final. ¿No era eso lo que él había deseado? ¿Un modo de poner fin a los ciclos de forma definitiva?

NO, dijo. EL FIN DE LA EXISTENCIA NO ES LA PAZ. HICE ESTA

ELECCIÓN ANTES. CONTINUAREMOS.

La presión del Oscuro empezó a rodearlo de nuevo, amenazándolo con hacerlo pedazos.

NO HARÉ MÁS PROPUESTAS, dijo.

—No contaba con que lo hicieras —repuso Rand al tiempo que recobraba su cuerpo, y los hilos de la posibilidad se desdibujaban.

Entonces el dolor de verdad empezó.

Min esperaba con las fuerzas seanchan reunidas, mientras los oficiales recorrían las líneas con linternas para preparar a los hombres. No habían regresado a Ebou Dar, sino que habían huido a través de accesos a una gran llanura abierta que no reconoció. Allí crecían árboles con una corteza rara y enormes hojas colgantes al final del tronco. No sabía si eran realmente árboles o sólo unos helechos gigantes. Era más difícil de discernir porque estaban marchitos; los árboles habían echado hojas, pero éstas colgaban ahora como si no hubiesen visto agua desde hacía muchas semanas. Min intentó imaginar qué aspecto habrían tenido antes de marchitarse.

El aire olía diferente, a plantas que no identificaba y a agua de mar. Las tropas seanchan esperaban en estrictas formaciones, listas para marchar, un hombre de cada cuatro con una linterna, aunque sólo una de cada diez estaba encendida en aquel momento. Mover un ejército no podía hacerse deprisa, a pesar de los accesos, pero Fortuona tenía a su servicio centenares de *damane*. La retirada se había realizado de forma eficiente, y Min sospechaba que un regreso al campo de batalla podía llevarse a cabo con rapidez.

Es decir, si Fortuona decidía regresar. La emperatriz se encontraba sentada en lo alto de un pilar, donde la habían subido en su palanquín, alumbrada por linternas azules bajo la noche. No era un trono, sino un pilar de un blanco puro y unos seis pies de alto que se alzaba sobre una pequeña elevación. Min tenía un asiento al lado del pilar, y oía los informes que llegaban.

—Esta batalla no va bien para el Príncipe de los Cuervos —dijo el general Galgan. Se dirigía a sus generales enfrente de Fortuona, hablándoles directamente para que pudieran responderle sin tener que dirigirse de un modo formal a la emperatriz—. Su petición de que regresemos acaba de llegar. Ha esperado demasiado tiempo para pedirnos ayuda.

—Dudo en decir esto —comentó Yulan—; pero, aunque la sabiduría de la emperatriz no conoce límites, yo no confío en el príncipe. Será el consorte elegido de la emperatriz y es obvio que fue una elección sabia para ese papel. Sin embargo, ha demostrado ser temerario en la contienda. Quizá está excesivamente tenso por lo que está pasando.

—Estoy seguro de que tiene un plan —intervino Beslan con fervor—. Tenéis que

confiar en Mat. Sabe lo que está haciendo.

—Antes me impresionó —reconoció Galgan—. Los augurios parecían favorecerlo.

—Está perdiendo, capitán general —señaló Yulan—. Perdiendo de forma estrepitosa. Los augurios de un hombre pueden cambiar deprisa, al igual que puede cambiar la suerte de una nación.

Min observó al bajo capitán del Aire con los ojos entrecerrados. Ahora llevaba dos uñas de cada mano lacadas. Había sido él quien había dirigido el asalto a Tar Valon, y el éxito de ese ataque le había granjeado el favor de Fortuona. Símbolos y augurios giraban alrededor de su cabeza, al igual que en la de Galgan y, desde luego, en la de Beslan.

«Luz —pensó Min—. ¿De verdad estoy empezando a pensar en "augurios" como Fortuona? He de separarme de esta gente. Todos están locos».

—Tengo la impresión de que el príncipe contempla esta batalla como un juego —continuó Yulan—. Aunque sus apuestas iniciales eran sagaces, se ha excedido demasiado. ¿Cuántos hombres se sientan a una mesa de *dactolk* dando la impresión de ser un genio por sus apuestas, cuando en realidad sólo la suerte aleatoria hace que parezcan competentes? El príncipe ganaba al principio, pero ahora vemos lo peligroso que es jugar como él lo ha hecho.

Yulan hizo una inclinación de cabeza a la emperatriz. Sus declaraciones eran cada vez más osadas, ya que ella no le daba razones para ser prudente. En la actual situación, proviniendo de la emperatriz, significaba que podía continuar.

—He oído… rumores sobre él —dijo Galgan.

—Mat es un jugador, sí —confirmó Beslan—. Pero es misteriosamente bueno en ello. Gana, general. Por favor, tenéis que volver y ayudar.

Yulan meneó la cabeza con gesto enfático.

—La emperatriz, así viva para siempre, nos sacó del campo de batalla por una buena razón. Si el príncipe no pudo proteger su propio puesto de mando, es porque no tiene controlada la batalla.

Cada vez era más atrevido. Galgan se frotó el mentón y luego miró a otra persona que estaba allí. Min no sabía mucho de Tylee, pues la mujer permanecía callada en esas reuniones. Con el cabello canoso y anchos hombros, la oficial de piel oscura irradiaba una fortaleza indefinible. Era una general que había dirigido a sus tropas directamente, en batalla, muchas veces. Sus cicatrices lo demostraban.

—Estos habitantes del continente luchan mejor de lo que nunca imaginé que harían —afirmó Tylee—. Combatí junto a algunos soldados de Cauthon. Creo que os sorprenderían, general. También yo sugiero humildemente que volvamos para ayudar.

—¿Acaso es beneficioso para el imperio hacerlo? —preguntó Yulan—. Las fuerzas de Cauthon debilitarán a la Sombra, y la Sombra tendrá que marchar hacia

Ebou Dar desde Merrilor. Podemos aplastar a los trollocs con ataques aéreos a lo largo del camino. Una victoria a largo plazo debería ser nuestro objetivo. Quizá podríamos enviar *damane* para recoger al príncipe y traerlo para ponerlo a salvo. Ha luchado bien, pero es evidente que está superado en esta batalla. No podemos salvar sus ejércitos, por supuesto. Están condenados.

Min frunció el entrecejo y se echó hacia adelante. Una de las imágenes que flotaban sobre la cabeza de Yulan era tan rara… Una cadena. ¿Por qué iba a tener una cadena sobre su cabeza?

«Está cautivo —pensó de repente—. Luz. Alguien lo utiliza como un instrumento».

Mat temía que hubiera un espía entre ellos. Un escalofrío estremeció a Min.

—La emperatriz, así viva para siempre, ha tomado una decisión —dijo Galgan—. Regresamos. A menos que, en su sabiduría, haya considerado cambiar de idea…

Se volvió hacia Fortuona con una expresión interrogante en el rostro.

«Nuestro espía puede encauzar —comprendió Min, e inspeccionó a Yulan—. Este hombre está dominado por Compulsión».

Un encauzador. ¿Del Ajah Negro? ¿Una *damane* Amiga Siniestra? ¿Un Señor del Espanto? Podía ser cualquiera. Y, con toda probabilidad, el espía llevaría también un tejido para disfrazarse.

Así pues, ¿cómo iba a desenmascararlo?

Con sus visiones. A las Aes Sedai y a otros encauzadores siempre los acompañaban imágenes. Siempre. ¿Podría encontrar alguna pista en ellas? Por instinto, sabía que la cadena de Yulan significaba que era un cautivo de otro. En cuyo caso, no era el verdadero espía, sino una marioneta.

Observó a los demás nobles y generales. Por supuesto, muchos de ellos tenían augurios sobre la cabeza, tal como era habitual. ¿Cómo iba a localizar algo fuera de lo normal? Recorrió con la mirada a la multitud que observaba y contuvo la respiración al reparar por primera vez en una de las *so'jhin*, una joven pecosa con una colección de imágenes sobre la cabeza.

Min no la reconoció. ¿Había estado sirviendo siempre allí? Estaba segura de que se habría fijado antes si la mujer se le hubiera acercado, pues rara vez veía tantas imágenes unidas a los que no eran encauzadores, Guardianes o *ta'veren*. Sin embargo, ya fuera por descuido o por casualidad, no se le había ocurrido mirar a propósito a los sirvientes.

Ahora, el encubrimiento le resultaba evidente. Min desvió la vista para no despertar sospechas en la criada, y consideró qué hacer a continuación. Su instinto le susurraba que debería atacar, sin más, sacar un cuchillo y lanzarlo. Si esa criada era una Señora del Espanto o, Luz, una de las Renegadas, atacar primero sería la única forma de derrotarla.

No obstante, también cabía la posibilidad de que la mujer fuera inocente. Min vaciló; entonces se puso de pie encima de su sillón. Varios miembros de la Sangre murmuraron por su falta de respeto, pero ella hizo caso omiso. Se encaramó al reposabrazos de su sillón y, manteniendo el equilibrio, se puso al mismo nivel que Tuon. Luego se inclinó hacia la emperatriz.

—Mat nos pidió que regresáramos —dijo en voz baja—. ¿Cuánto tiempo discutiréis si vais a hacer lo que él pidió o no?

—Hasta que esté convencida de que es lo mejor para mi imperio —contestó Tuon, mirándola.

—Es vuestro esposo.

—La vida de un hombre no vale tanto como las de miles —repuso Tuon, aunque se notaba que estaba realmente preocupada—. Si de verdad la batalla va tan mal como dicen los exploradores de Yulan…

—Me nombrasteis Palabra de la Verdad. ¿Qué significa exactamente eso?

—Es tu deber censurarme en público si hago algo mal. No obstante, no estás entrenada en ese cometido. Sería mejor que te reprimieras hasta que pueda proporcionarte…

Min se volvió de cara a los generales y la multitud que observaba; el corazón le latía de forma desaforada.

—Como Palabra de la Verdad de la emperatriz Fortuona, ahora diré la verdad. Ha abandonado a los ejércitos que luchan por la humanidad y retiene a sus fuerzas en un momento de necesidad. Su orgullo ocasionará la destrucción de todos los pueblos, en todas partes.

La Sangre se había quedado estupefacta.

—No es tan sencillo, joven —dijo el general Galgan.

Por la mirada que le echaron otros, por lo visto se suponía que no debía debatir con una Palabra de la Verdad. De todos modos, continuó.

—Ésta es una situación compleja.

—Me mostraría más comprensiva si no fuera porque sé que hay un espía de la Sombra entre nosotros —respondió Min.

La *so'jhin* pecosa alzó los ojos con brusquedad.

«Te pillé», pensó Min, que a continuación señaló al general Yulan.

—¡Abaldar Yulan, os acuso! ¡He visto augurios que prueban que no estás actuando a favor de los intereses del imperio!

La verdadera espía se relajó, y Min vio un atisbo de sonrisa en sus labios. Era prueba suficiente. Mientras Yulan protestaba a voces por la acusación, Min dejó caer un cuchillo de la manga en su mano y lo lanzó contra la mujer.

El arma voló haciendo giros; pero, justo antes de alcanzar a la mujer, se paró en seco, suspendida en el aire.

Cerca, *damane* y *e sul'dam* dieron un respingo. La espía asestó una mirada de odio a Min y abrió un acceso por el que se lanzó de cabeza. Se dispararon tejidos tras ella, pero la mujer había desaparecido antes de que la mayoría de la gente de la reunión se diera cuenta de lo que pasaba.

—Lo siento, general Yulan —anunció Min—, pero estáis sometido a la Compulsión. Fortuona, es evidente que la Sombra está haciendo todo lo posible por mantenernos alejados de esa batalla. Teniendo eso presente, ¿vais a seguir esa línea de actuación irresoluta?

Min miró a Tuon a los ojos.

—Juegas a esto bastante bien —susurró Tuon con frialdad—. Y pensar que estaba preocupada por tu seguridad al traerte a mi corte. Por lo visto, tendría que haberme preocupado por mí misma. —Tuon suspiró muy levemente—. Supongo que me has dado la oportunidad, quizá la potestad, para hacer lo que mi corazón habría elegido, tanto si era conveniente como si no. —Se puso de pie—. General Galgan, reunid vuestras tropas. Regresamos a Campo de Merrilor.

Egwene tejió Tierra y destruyó los peñascos detrás de los cuales se habían escondido los sharaníes. Las otras Aes Sedai atacaron de inmediato arrojando tejidos a través del aire chisporroteante. Los sharaníes murieron con el fuego, los rayos y las explosiones.

Ese lado de los Altos se hallaba tan lleno de escombros y tan fracturado con zanjas que parecían los restos de una ciudad tras sufrir un terremoto. Todavía era de noche y llevaban combatiendo… Luz, ¿cuánto hacía que Gawyn había muerto? Horas y horas.

Egwene redobló sus esfuerzos negándose a permitir que el hecho de pensar en él la hiciera venirse abajo. Durante horas interminables, sus Aes Sedai y los sharaníes habían luchado en el lado occidental de los Altos. Poco a poco, Egwene estaba empujándolos hacia el este.

A veces el bando de Egwene parecía estar ganando, pero hacía rato que más y más Aes Sedai se desplomaban por causa de la fatiga o por el Poder Único.

Otro grupo de encauzadores se acercaba a través del humo asiendo el Poder Único. Más que verlos, Egwene los sintió.

—¡Desviad sus tejidos! —gritó Egwene, plantada al frente de los suyos—. ¡Yo ataco y vosotros defendéis!

Otras Aes Sedai repitieron la llamada a lo largo de la línea del frente. Ya no combatían en grupos pequeños; mujeres de todos los Ajahs se alineaban a ambos lados de Egwene con un gesto de concentración en los rostros intemporales. Los Guardianes permanecían delante de ellas a fin de detener con su cuerpo los tejidos, ya que era la única protección que podían ofrecerles.

Egwene notó que Leilwin se acercaba por detrás. Su nueva Guardiana se tomaba en serio su tarea. Una seanchan luchando como su Guardiana en la Última Batalla. ¿Y por qué no? El propio mundo se estaba destejiendo. Las finas grietas que se extendían bajo los pies de Egwene lo demostraban. Ésas no se habían borrado, como habían hecho las que se habían abierto antes; ahora la oscuridad perduraba. El fuego compacto se había utilizado demasiado en esa zona.

Egwene lanzó el tejido de una pared de fuego que se desplazaba. Los cadáveres se prendían a medida que la pared pasaba dejando tras de sí montones de huesos humeantes. Su ataque abrasaba el terreno, lo ennegrecía, y los sharaníes se agruparon para contrarrestar el tejido. Sin embargo, logró matar unos cuantos antes de que desbarataran el ataque.

Las otras Aes Sedai desviaban o destruían los tejidos lanzados por el enemigo, y Egwene hizo acopio de fuerzas para intentarlo de nuevo.

«Qué cansada… —susurró una parte de sí—. Egwene, estás muy cansada. Esto empieza a ser peligroso».

Leilwin se adelantó y tropezó con una roca rota, pero se situó con ella en primera línea.

—Os traigo una noticia, madre —dijo con su familiar acento seanchan que arrastraba las palabras—. Los Asha'man han recuperado los sellos. Los tiene su cabecilla.

Egwene soltó un suspiro de alivio. Tejió Fuego y, esta vez, lo lanzó en columnas; las llamas iluminaron el suelo resquebrajado todo en derredor. Esas grietas que M'Hael había causado la preocupaban muchísimo. Empezó a crear otro tejido, pero se detuvo. Algo iba mal.

Giró sobre sí misma al tiempo que el fuego compacto —una columna tan ancha como el brazo de un hombre— atravesó en un instante la línea de Aes Sedai de forma que vaporizó a media docena de ellas. Como salidas de la nada, surgieron explosiones todo en derredor y otras hermanas pasaron de la batalla a la muerte en una fracción de segundo.

«El fuego compacto ha abrasado mujeres que habían detenido tejidos para que no nos mataran… pero a esas mujeres las han sacado del Entramado antes de que los tejieran y ya no han podido detener los ataques sharaníes». El fuego compacto quemaba los hilos de las vidas hacia atrás en el Entramado.

La cadena de sucesos era catastrófica. Encauzadores sharaníes que habían muerto ahora volvían a estar vivos y avanzaban… Hombres desplazándose a través del suelo resquebrajado como una jauría, mujeres que caminaban en grupos coligados de cuatro o cinco. Egwene buscó la fuente del fuego compacto. Jamás había visto una barra tan enorme como aquélla, tan poderosa que debía de haber quemado hilos hasta unas horas atrás.

Encontró a M’Hael en la cumbre de los Altos, el aire envuelto en una burbuja ondulante a su alrededor. Zarcillos negros —como moho o liquen— brotaban de las grietas de la roca en torno al hombre. Una infección que se extendía. La oscuridad, la nada. Los consumiría a todos.

Otra barra de fuego candente abrió un agujero a través del suelo y tocó mujeres cuyas figuras resplandecieron un instante y luego desaparecieron. El mismo aire pareció romperse, como una burbuja de fuerza que explosionara a partir de M’Hael. La tormenta de antes regresó, más fuerte.

—Creía que te había enseñado a poner pies en polvorosa —bramó Egwene mientras se afianzaba y hacía acopio de su poder.

A sus pies, el suelo crujió y se abrió a la nada. ¡Luz! Sentía el vacío en ese agujero. Empezó a tejer, pero otro ataque de fuego compacto recorrió el campo de batalla matando mujeres a las que quería. El temblor bajo sus pies la tiró de bruces. Los gritos se hicieron más intensos a medida que los ataques sharaníes masacraban a los seguidores de Egwene. Las Aes Sedai se dispersaron en busca de seguridad.

Las grietas del suelo se expandieron como si en aquella parte de la cumbre de los Altos se hubiera descargado un martillo gigantesco.

Fuego compacto. Tenía que usarlo. ¡Era el único modo de combatir a ese hombre! Se incorporó de nuevo, de rodillas, y empezó a crear el tejido prohibido aunque el corazón le palpitaba desbocado mientras lo hacía.

No. Usar el fuego compacto sólo aceleraría la destrucción del mundo.

Entonces, ¿qué?

Sólo es un tejido, Egwene. Eso es lo que había dicho Perrin cuando la vio en el Mundo de los Sueños y detuvo el fuego compacto con la mano, impidiendo que los alcanzara. Pero no era un tejido más. No había nada semejante.

Qué cansancio. Ahora que se había parado un momento era cuando notaba la fatiga que la entumecía. En lo profundo de ese agotamiento sintió la pérdida —la amarga pérdida— de la muerte de Gawyn.

—¡Madre! —dijo Leilwin mientras la sacudía por el hombro. La mujer se había quedado con ella—. ¡Madre, tenemos que irnos! Los sharaníes nos arrollan.

Al frente, M’Hael la vio. Sonrió y avanzó con un cetro en una mano y con la otra adelantada y la palma apuntando hacia ella. ¿Qué ocurriría si la destruía con fuego compacto? Las últimas dos horas desaparecerían, el ataque combinado de Aes Sedai que había dirigido, las docenas y docenas de sharaníes que había matado…

Sólo un tejido…

Como no había otro.

«Así es como funciona —pensó—. Dos lados en cada moneda. Dos mitades en el Poder. Calor y frío, luz y oscuridad, mujer y hombre».

«Si existe un tejido, asimismo ha de existir su opuesto».

M’Hael lanzó el fuego compacto y Egwene creó… algo. El tejido que había probado antes con las grietas, pero con mucho más poder y alcance; un tejido majestuoso, maravilloso, una combinación de los Cinco Poderes. Cobró forma delante de ella. Egwene chilló cuando, como si le saliera del alma misma, soltó una columna de un blanco puro que golpeó a la de M’Hael en el centro.

Las dos se contenían y se anulaban mutuamente, como si se vertiera agua hirviendo y agua helada a la vez. Un intensísimo destello de luz sobrepasó todo lo demás y cegó a Egwene, pero ella sintió algo debido a lo que hacía. Un reforzamiento del Entramado. Las grietas dejaron de extenderse y algo brotó de Egwene, una fuerza estabilizadora. Un crecimiento, como la costra en una herida. No era un remiendo perfecto, pero al menos era un parche.

Gritó y se obligó a ponerse de pie. ¡No se enfrentaría a él de rodillas! Absorbió hasta el último retazo de Poder que podía tomar y se lo arrojó al Renegado con la ira de la Amyrlin.

Los dos chorros de Poder rociaron luz el uno al otro, y el suelo en torno a M’Hael se resquebrajó en tanto que el suelo próximo a ella se reconstruía. Egwene todavía no sabía lo que había tejido. Lo opuesto al fuego compacto. Un fuego propio, un tejido de luz y reconstrucción.

La Llama de Tar Valon.

Permanecieron enfrentados el uno al otro, estáticos, durante un instante eterno. En ese momento, Egwene sintió que la inundaba una hermosa paz. El dolor por la muerte de Gawyn desapareció. Él renacería. El Entramado continuaría. El propio tejido que manejaba calmó su ira y la reemplazó por paz. Se sumergió más profundamente en el *Saidar*, ese brillo confortador que la había guiado tanto tiempo.

Y siguió absorbiendo Poder.

Su chorro de energía se fue abriendo paso a través del fuego compacto de M’Hael como un golpe de espada que esparció Poder a los lados y viajó recto desde el chorro hasta la mano extendida de M’Hael. Traspasó la mano y penetró en el torso del hombre.

El fuego compacto desapareció. M’Hael, con los ojos desorbitados, se tambaleó y entonces se cristalizó de dentro afuera, como congelado en hielo. Un bellísimo cristal multicolor, irisado, creció de él. En bruto, sin tallar, como si hubiera surgido del núcleo del mundo. Egwene sabía que la Llama habría tenido mucho menos efecto en una persona que no se hubiera entregado a la Sombra.

Se aferró al Poder que tenía dentro de sí. Había absorbido demasiado. Sabía que, si lo soltaba, le sobrevendría la consunción y la dejaría incapaz de encauzar una sola gota. El Poder se movió impetuoso a través de ella en ese último instante.

Algo tembló a lo lejos, en el norte. La lucha de Rand proseguía. Las brechas en el suelo se expandieron. El fuego compacto de M’Hael y de Demandred había hecho su

trabajo. El mundo se estaba desmenuzando. Líneas negras irradiaron a través de los Altos, y su visión mental las vio abrirse y la tierra desgarrarse, y un vacío que aparecía allí absorber toda la vida.

—Estate atenta a la luz —susurró Egwene.

—¿Perdón, madre? —Leilwin seguía arrodillada a su lado.

A su alrededor, cientos de sharaníes se levantaban del suelo.

—Estate atenta a la luz, Leilwin —repitió—. Como Sede Amyrlin, te ordeno que encuentres los sellos de la prisión del Oscuro y los rompas. Hazlo en el momento en que la luz brille. Sólo entonces puede salvarnos.

—Pero…

Egwene tejió un acceso y, envolviéndola en Aire, empujó a Leilwin a través de él, hacia la seguridad. Cuando la mujer lo hubo cruzado, Egwene la liberó del vínculo, cortando el breve lazo que había habido entre ambas.

—¡No! —gritó Leilwin.

El acceso se cerró. Negras grietas abiertas a la nada se expandieron alrededor de Egwene mientras ella se enfrentaba a centenares de sharaníes. Sus Aes Sedai habían luchado con firmeza y valor, pero esos encauzadores sharaníes aún seguían allí. La rodearon, algunos con temor, otros con una sonrisa de triunfo.

Cerró los ojos y absorbió el Poder. Más de lo que una mujer debería ser capaz de contener, más de lo debido. Mucho más allá de la seguridad, mucho más allá de la prudencia. Ese *sa'angreal* no tenía tope para evitarlo.

Su cuerpo se consumía. Lo ofreció en sacrificio y se convirtió en una columna de luz, soltando la Llama de Tar Valon en el suelo bajo sus pies y sobre ella, muy alto en el cielo. El Poder la abandonó en una silenciosa, hermosa explosión, que se expandió a través de los sharaníes y selló las grietas creadas durante su lucha con M'Hael.

El alma de Egwene se separó de su cuerpo, que sucumbía, y descansó en ese tejido, que la llevó hacia la Luz.

Egwene había muerto.

Rand gritó en un gesto de rechazo, con rabia, con pena.

—¡Ella no! ¡ELLA NO!

LOS MUERTOS SON MÍOS.

—¡Shai'tan! —gritó Rand—. ¡Ella no!

ACABARÉ CON TODOS, ADVERSARIO.

Encorvado, Rand apretó los ojos con fuerza.

Te protegeré. Pase lo que pase, me ocuparé de que no te ocurra nada, lo juro. Tiempo atrás había hecho esa promesa para sus adentros.

Oh, Luz. El nombre de Egwene se sumó a la lista de los muertos. Esa lista seguía creciendo, atronadora, en su mente. Sus fracasos. Tantos fracasos.

Tendría que haber sido capaz de salvarlos.

Los ataques del Oscuro persistían en un intento de desgarrarlo y aplastarlo, todo a la vez.

Oh, Luz. Egwene no.

Rand cerró los ojos y se desplomó, apenas capaz de frenar el siguiente ataque.

La oscuridad lo envolvió.

Leane alzó el brazo para protegerse los ojos del esplendoroso estallido de luz. Barrió la oscuridad de la ladera y —durante un instante— sólo dejó fulgor. Los sharaníes se quedaron petrificados en el sitio y proyectaron sombras tras ellos al cristalizarse.

La columna de Poder se elevó a gran altura en el aire, como una almenara, y luego se apagó.

Leane cayó de rodillas y se apoyó con una mano en el suelo para sostenerse. Un manto de cristales cubría la ladera; crecía en el suelo quebrado, revistiendo el paraje rocoso. Allí donde se habían abierto grietas, las llenaba el cristal dándole la apariencia de ríos diminutos.

Leane se puso de pie y avanzó sigilosamente entre los sharaníes muertos, figuras de cristal suspendidas en el tiempo.

En el mismo centro de la explosión, Leane encontró una columna de cristal, tan ancha como un añoso cedro, que se elevaba en el aire unos cincuenta pies. Atrapada en el centro, había una vara estriada: el *sa'angreal* de Vora. Ni rastro de la Amyrlin, pero Leane comprendió lo ocurrido.

—¡La Sede Amyrlin ha caído! —gritó cerca una Aes Sedai, entre los sharaníes cristalizados—. ¡La Sede Amyrlin ha caído!

Retumbó un trueno. Berelain, sentada junto a la cama, alzó la vista y se puso de pie; la mano de Galad se deslizó de entre las suyas cuando se dirigió hacia la ventana abierta en el muro de piedra.

Fuera, el agitado mar rompía contra los acantilados, rugiente, como con rabia. O quizá con dolor. Rociadas de espuma blanca saltaban con violencia hacia las nubes, donde los relámpagos emitían destellos zigzagueantes. Mientras observaba, las nubes se tornaron más densas en la noche, si tal cosa era posible. Más oscuras.

Sólo faltaba una hora para que amaneciera. Sin embargo, las nubes eran tan negras que Berelain comprendió que no vería el sol cuando el astro saliera. Regresó al lado de Galad, se sentó y tomó en la suya la mano de él. ¿Cuándo acudiría una Aes Sedai a curarlo? Seguía inconsciente, salvo algunos susurros entre sueños y pesadillas. Al rebullir, algo brilló en el cuello del hombre.

Berelain buscó debajo de la camisa y sacó un medallón. Era una cabeza de zorro. Pasó el dedo por la superficie.

—… devolvérselo a Cauthon… —susurró Galad, con los ojos cerrados—… Esperanza…

Berelain pensó un momento mientras sentía esa oscuridad del exterior como si fuera la del propio Oscuro que cubría el mundo y se colaba a través de las ventanas y por debajo de las puertas. Se levantó, dejó a Galad en la habitación, y se alejó a buen paso con el medallón en la mano.

—La Sede Amyrlin ha muerto —informó Arganda.

«Maldición —pensó Mat—. Egwene. ¿Ella también?» Lo impactó como un puñetazo en la cara.

—Lo que es más —continuó Arganda—, las Aes Sedai informan que han perdido más de la mitad de sus efectivos. Las que quedan afirman que, y cito sus palabras, «no podrían encauzar suficiente Poder Único para levantar una pluma». Están descartadas para la batalla.

—¿A cuántos encauzadores sharaníes se han llevado por delante? —preguntó con un gruñido, preparándose para lo peor.

—A todos.

Mat miró a Arganda y frunció el entrecejo.

—¿Qué? —exclamó.

—A todos los encauzadores —repitió Arganda—. Todos los que luchaban contra las Aes Sedai.

—Que no es poco —dijo Mat.

Pero Egwene… No. No debía pensar ahora en eso. Ella y los suyos habían parado a los encauzadores sharaníes.

Los sharaníes y los trollocs retrocedieron en los frentes para reagruparse. Mat había aprovechado la oportunidad para hacer lo mismo.

Sus fuerzas —lo que restaba de ellas— estaban desperdigadas por los Altos. Había reunido a todos los que le quedaban. Los fronterizos, los Juramentados del Dragón, Loial y los Ogier, las tropas de Tam, los Capas Blancas, soldados de la Compañía de la Mano Roja. Habían combatido con mucho arrojo y esfuerzo, pero el enemigo los superaba en número con creces. Ya era bastante malo cuando habían tenido que enfrentarse a los sharaníes; pero, una vez que los trollocs habían abierto brecha en el borde oriental de los Altos, se habían visto forzados a defenderse en dos frentes. En la última hora los habían hecho retroceder más de mil pies en dirección norte, y las filas de retaguardia casi habían llegado al final de la cumbre llana de la loma.

Ésa sería la última acometida. El final de la batalla. Faltando los encauzadores

sharaníes, no los barrerían de inmediato, pero Luz… todavía quedaban muchos jodidos trollocs. Él había danzado bien ese baile. Sabía que era cierto. Pero siempre había un límite en lo que un hombre podía hacer. Incluso era posible que el regreso de las tropas de Tuon no fuera suficiente, si es que volvían.

Arganda le entregó informes de las otras zonas del campo de batalla; el primer capitán de Alliandre tenía heridas lo bastante graves para impedirle que siguiera luchando, y no había nadie con fuerza suficiente en el Poder para emplearla en Curar. Había hecho bien su trabajo. Era un buen hombre. A Mat le habría ido bien en la Compañía.

Los trollocs se reunían para el ataque y de nuevo retiraron cuerpos para despejar el camino; luego empezarían a formar en pelotones con los Myrddraal que los dirigían. Eso le daba a Mat cinco o diez minutos para prepararse. Después llegaría el asalto. Lan se acercó con expresión sombría.

—¿Qué quieres que hagan mis hombres, Cauthon?

—Preparaos para luchar contra esos trollocs —repuso Mat—. ¿Alguien ha contactado con Mayene hace poco? Sería un buen momento para que regresaran algunas tropas de hombres a los que hubieran Curado.

—Iré a preguntar —se ofreció Lan—. Y luego prepararé a mis hombres.

Mientras Lan se alejaba, Mat revolvió en las alforjas y sacó el estandarte de Rand, el que llevaba el antiguo símbolo Aes Sedai. Lo había recogido antes con la idea de que quizá podría ser útil.

—Que alguien enarbole esto. Luchamos en nombre de Rand, maldita sea. Que la Sombra vea que nos enorgullece hacerlo.

Dannil se llevó el estandarte y encontró una lanza para usarla como asta. Mat respiró hondo. Por la forma en que los fronterizos hablaban, creían que aquello iba a terminar con una carga gloriosa, heroica y suicida. Así era como acababan todas las historias que cantaban los juglares… La clase de narraciones en las que Mat había esperado no aparecer nunca. Débil esperanza esa, en la situación actual.

«Piensa, piensa». A lo lejos, empezaron a sonar los cuernos de los trollocs. Tuon se había retrasado. ¿Vendría? En secreto, confiaba en que no lo hiciera.

«¡Vamos, suerte!» Necesitaba una oportunidad. Se abrió otro acceso y Arganda fue a recoger el informe del mensajero. Mat no necesitó oírlo para comprender la clase de noticia que era, porque cuando Arganda regresó estaba ceñudo.

—Bien, adelante —dijo con un suspiro—. Dame esas noticias.

—La reina de Andor ha muerto.

«¡Rayos y centellas! ¡Elayne no! —A Mat le dio un vuelco el corazón—. Rand… Lo siento».

—¿Quién tiene el mando allí? ¿Bashere?

—Ha muerto —informó Arganda—. Y su esposa. Cayeron durante un ataque

contra los piqueros andoreños. También hemos perdido seis jefes de clan. Nadie dirige a los andoreños ni a los Aiel. Se están viniendo abajo con rapidez.

—¡Esto es el fin! —retumbó la voz amplificada de Demandred desde el otro extremo de la loma—. ¡Lews Therin os ha abandonado! Llamadlo mientras morís. Que oiga vuestro dolor.

Habían llegado a los últimos movimientos de la partida, y Demandred había jugado bien. Mat miró a su ejército de tropas exhaustas; muchos hombres estaban heridos. No podía negarse que su situación era desesperada.

—Ve a buscar a las Aes Sedai —dijo Mat—. Me da igual si dicen que no pueden levantar una pluma. A lo mejor cuando se trate de salvar la vida encontrarán un poco de fuerza para lanzar una bola de fuego aquí y allá. Además, sus Guardianes aún están en condiciones de luchar.

Arganda asintió con la cabeza. Cerca, se abrió un acceso y dos Asha'man con aire acosado salieron a trompicones. Naeff y Neald tenían quemaduras en la piel y la Aes Sedai de Naeff no iba con ellos.

—¿Y bien? —les preguntó Mat.

—Hecho —contestó Neald con un gruñido.

—¿Y qué hay de Tuon?

—Han descubierto al espía, al parecer —repuso Naeff—. La emperatriz espera vuestra señal para regresar.

Mat respiró hondo, catando el aire del campo de batalla, percibiendo el ritmo de la lucha que había preparado. No sabía si podría ganar, ni siquiera con la participación de Tuon. No con el ejército de Elayne sumido en el caos, no con las Aes Sedai debilitadas hasta el punto de ser incapaces de encauzar. No sin Egwene y su testarudez de Dos Ríos y su indomable arrojo. No sin un milagro.

—Ve en su busca, Naeff —dijo.

Pidió papel y pluma y garabateó una nota que le tendió al Asha'man. Resistió el deseo egoísta de dejar a Tuon a salvo. Pero, qué puñetas, no había ningún sitio en el que se estuviera a salvo.

—Dale esto a la emperatriz —indicó—. Dile que estas instrucciones deben seguirse al pie de la letra.

Luego se volvió hacia Neald.

—Quiero que vayas con Talmanes —instruyó—. Que ponga en marcha el plan.

Los dos encauzadores se marcharon a entregar los mensajes.

—¿Bastará con eso? —preguntó Arganda.

—No —contestó Mat.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque así me vuelva un Amigo Siniestro si abandono esta batalla sin intentarlo todo, Arganda.

—¡Lews Therin! —bramó Demandred—. ¡Enfréntate a mí! ¡Sé que sigues el curso de esta batalla! ¡Súmate a ella! ¡Lucha!

—Me estoy hartando de ese hombre —declaró Mat.

—Cauthon, mira, esos trollocs se han reagrupado —señaló Arganda—. Creo que están a punto de atacar.

—Pues ha llegado la hora. A formar —dijo Mat—. ¿Dónde está Lan? ¿Aún no ha regresado? Detestaría hacer esto sin él.

Se volvió y recorrió con la mirada las líneas buscando al hombre, mientras Arganda daba las órdenes a voces. De pronto Arganda lo agarró del brazo para llamar su atención y señaló hacia los trollocs. Mat sintió un escalofrío cuando vio a la luz de las hogueras un jinete solitario en un semental negro que cargaba contra el flanco derecho de la horda trolloc en su cabalgada hacia la ladera oriental de los Altos. Hacia Demandred.

Lan había ido a librar una guerra él solo.

En medio de la noche, los trollocs arañaron a Olver el brazo tanteando dentro de la grieta en un intento de sacarlo de un tirón. Otros escarbaban por los lados de modo que la tierra se precipitaba sobre él y se le pegaba en las lágrimas y la sangre que brotaba de los arañazos.

No dejaba de tiritar. Tampoco era capaz de moverse. Temblaba, aterrado, mientras las bestias intentaban sacarlo con los sucios dedos, cavando más y más cerca.

Loial se sentó en un tocón para descansar antes de que la batalla se reanudara.

Un cambio. Sí, sería un buen modo de que acabara aquello. Loial se notaba todo el cuerpo dolorido. Había leído mucho sobre batallas y había estado en combates antes, así que sabía lo que podía esperar de una guerra. Pero saber algo y experimentarlo era completamente diferente; para empezar, ésa era la razón por la que se había marchado del *stedding*.

Tras un día entero de luchar sin descanso, los brazos y las piernas le ardían con una fatiga profunda, interna. Cuando levantó el hacha, la cabeza del arma le pareció tan pesada que se preguntó si no partiría el mango.

Guerra. Podría haber vivido toda la vida sin tener que pasar por tal experiencia. Era muchísimo más de lo que había sido la batalla desesperada de Dos Ríos. Al menos allí habían tenido tiempo de retirar a los muertos y ocuparse de los heridos. Allí había sido cuestión de aguantar firme y resistir contra oleadas de ataques.

Ahí no había tiempo para esperar, para pensar. Erith se había sentado en el suelo, al lado del tocón, y Loial le puso la mano en el hombro. Erith cerró los ojos y se recostó en él. Era preciosa, con esas orejas perfectas y esas cejas maravillosas. Loial

no miró las manchas de sangre que tenía en el vestido; temía que algo de esa sangre fuera de ella. Le frotó el hombro; tenía los dedos tan cansados que apenas los sentía.

Loial había tomado algunas notas en el campo de batalla, para sí mismo y para otros, a fin de seguir el desarrollo de la batalla hasta el momento. Sí, un último ataque. Eso sería un buen final para la historia una vez que la escribiera.

Fingía que aún escribiría el libro. Una mentira tan pequeña no tenía nada de malo.

Un jinete salió de pronto de entre las filas de sus soldados, lanzado a galope tendido hacia el flanco derecho trolloc. A Mat no iba a gustarle nada eso. Un hombre solo moriría. A Loial le sorprendió que pudiera lamentar la pérdida de la vida de aquel hombre, después de todos los muertos que había visto.

«Ese hombre me resulta conocido —pensó. Sí, era por el caballo. Había visto a ese animal antes, muchas veces—. «Lan —comprendió, aturdido—. Es Lan el que cabalga solo».

Loial se puso de pie.

Erith alzó la vista hacia él cuando se echó el hacha al hombro.

—Espera —le dijo a su esposa—. Combate junto a los otros. He de irme.

—¿Irte?

—He de presenciar eso —contestó.

La caída del último rey de los malkieri. Tendría que incluirlo en su libro.

—¡Preparados para cargar! —gritó Arganda—. ¡A formar! ¡Arqueros al frente, después la caballería, y la infantería preparada para salir a continuación!

«Una carga —pensó Tam—. Sí, es nuestra única esperanza». Tenían que seguir presionando, pero su frente era tan poco profundo… Ahora veía lo que Mat había estado intentando, pero no iba a funcionar.

Había que seguir adelante con la lucha, de todos modos.

—En fin, puede darse por muerto —dijo un mercenario cerca de Tam al tiempo que señalaba con un gesto de la cabeza a Lan Mandragoran, que cabalgaba hacia el flanco trolloc—. Jodidos fronterizos.

—Tam… —llamó Abell a su lado.

Sobre ellos, el cielo se oscureció más. ¿Era eso posible, de noche? Aquellas nubes horribles y agitadas parecían bajar más y más. Tam casi perdió de vista la figura de Lan a lomos del semental negro como azabache, a pesar de que había hogueras encendidas en los Altos. Qué luz tan feble difundían…

«Cabalga hacia Demandred —pensó Tam—. Pero hay un muro de trollocs en su camino». Tam sacó una flecha con un trapo empapado de resina, atado detrás de la punta, y la encajó en la cuerda del arco.

—¡Hombres de Dos Ríos, preparados para disparar!

—¡La distancia es al menos de cien pasos! —exclamó el mercenario entre las

risas de sus compañeros—. Todo lo más que conseguiréis será acribillarlo a él con las flechas.

Tam miró al hombre y luego acercó la flecha a una antorcha; el trapo enrollado detrás de la punta se prendió.

—¡Primera línea, a mi señal! —gritó Tam sin hacer caso de las órdenes que llegaban a lo largo de las filas—. ¡Demos a lord Mandragoran un poco de luz que guíe su camino!

Sintiendo el calor del trapo ardiendo en los dedos, Tam tensó la cuerda en un grácil movimiento y disparó.

Lan cargó contra los trollocs. Su lanza, así como los tres reemplazos de ésta, se habían roto horas antes. Al cuello llevaba el frío medallón que Berelain había enviado a través del acceso con una breve nota:

No sé cómo acabó esto en poder de Galad, pero creo que él quería que se lo devolviera a Cauthon.

Lan no pensó lo que estaba haciendo. El vacío no permitía tales cosas. Algunos hombres lo tacharían de presuntuoso, temerario, suicida. Los hombres que no se sentían inclinados a intentar ser cualquiera de esas tres cosas rara vez cambiaban el mundo. A través del vínculo, transmitió a Nynaeve todo el consuelo de que fue capaz y después se preparó para luchar.

A medida que se acercaba a los trollocs, las bestias montaron una línea de picas para detenerlo. Un caballo se empalaría si intentaba abrirse paso a través de esa barrera. Lan inhaló y buscó la calma en el vacío; su plan era cortar la punta de la primera lanza y después embestir para abrirse paso a través de la línea.

Era una maniobra imposible. Lo único que tenían que hacer los trollocs era acercarse más unos a otros y detenerlo. Después, podrían arrinconar a *Mandarb* y desmontarlo a él.

Pero alguien tenía que destruir a Demandred. Con el medallón al cuello, Lan enarboló la espada.

Una flecha en llamas cayó del cielo y alcanzó en la garganta al trolloc que estaba justo delante de Lan. Sin vacilar, se valió del trolloc abatido para penetrar en la brecha de la línea de picas. Chocó contra los Engendros de la Sombra mientras *Mandarb* arrollaba al trolloc caído. Tendría que…

Cayó otra flecha que abatió a un segundo trolloc. Luego cayó otro, y otro más, todo en una rápida sucesión. *Mandarb* embistió contra los trollocs desconcertados, unos ardiendo y otros moribundos, y se fue abriendo paso a medida que una lluvia de flechas incendiarias caía delante de él.

—¡Malkier! —gritó al tiempo que taconeaba a *Mandarb*, que pasó por encima de los cadáveres pero mantuvo la velocidad conforme se despejaba el camino.

Una granizada de luz se precipitó ante él; cada flecha precisa mataba a cualquier trolloc que intentaba interponerse en su camino.

Pasó a galope entre las filas apartando a golpes a los trollocs moribundos; las flechas incendiarias le marcaban el camino en la oscuridad como si fuera una calzada. A ambos lados, la masa de trollocs era compacta, pero los que estaban delante de él se desplomaban sin cesar, hasta que no quedó ninguno.

«Gracias, Tam».

Lan condujo a su caballo a medio galope a lo largo de la zona oriental de los Altos, ahora solo, tras haber dejado atrás a soldados y a Engendros de la Sombra. Era uno con la brisa que le acariciaba el cabello, uno con el musculoso animal que cabalgaba, uno con el objetivo hacia el que se dirigía y que era su destino.

Demandred se puso de pie al oír la trápala de cascos, y sus compañeros sharaníes hicieron otro tanto.

Con un rugido, Lan taconeó a Mandarb contra los sharaníes que le cerraban el paso. El semental brincó y derribó con las patas delanteras a los guardias que tenía enfrente. Después giró sobre sí mismo y con las ancas hizo caer a más sharaníes mientras que con las patas delanteras lanzaba más coces.

Lan desmontó —*Mandarb* no tenía protección contra el encauzamiento, por lo que luchar a lomos del caballo sería invitar a Demandred a matar al animal— y nada más tocar el suelo echó a correr, desenvainada la espada.

—¿Otro? —rugió Demandred—. ¡Lews Therin, empiezas a…!

Dejó de hablar cuando Lan llegó hasta él y se lanzó en *El vilano flota en el remolino*, una maniobra ofensiva, impetuosa. Demandred levantó la espada y paró el ataque con su arma; se deslizó hacia atrás un paso por la fuerza de la acometida. Intercambiaron tres golpes rápidos como chasquidos de relámpagos. Lan sintió un leve roce en la hoja de su espada, y la sangre salpicó en el aire.

Demandred se llevó la mano a la herida de la mejilla y los ojos se le abrieron más.

—¿Quién eres? —preguntó.

—El hombre que va a matarte.

Min alzó la vista del lomo de su *torm* mientras el animal corría hacia el acceso que los llevaba de vuelta al campo de batalla de Merrilor. Confiaba en que aguantara bien el frenesí de la batalla cuando llegaran allí. A lo lejos brillaban hogueras y antorchas, luciérnagas que iluminaban escenas de valor y determinación. Contempló el titileo de las luces, los últimos rescoldos de un fuego que pronto se habría extinguido.

Lejos, Rand temblaba en el remoto norte.

El Entramado giraba alrededor de Rand, obligándolo a observar. Miró a través de las lágrimas que le anegaban los ojos. Vio luchar a la gente. La vio caer. Vio a Elayne, cautiva y sola, ante un Señor del Espanto que se preparaba para arrancarle los niños del vientre. Vio a Rhuarc, perdida la mente, convertido en el títere de una Renegada.

Vio a Mat desesperado, haciendo frente a una situación insostenible.

Vio a Lan cabalgar hacia su muerte.

Las pullas de Demandred se clavaban en él. La presión del Oscuro continuaba amenazando con despedazarlo.

Había fracasado.

Pero en el fondo de la mente oyó una voz. Débil, casi olvidada.

Libérate.

Lan estaba dándolo todo.

No luchó como había enseñado a Rand a luchar. Nada de tantear con cautela, nada de examinar el terreno, nada de una valoración cuidadosa. Demandred encauzaba y, a despecho del medallón, Lan no podía dar tiempo a su enemigo para pensar, tiempo para tejer y arrojarle rocas o abrir el suelo bajo sus pies.

Se sumergió profundamente en el vacío y dejó que el instinto lo guiara. Quemándolo todo, llegó más allá de la ausencia de emociones. No necesitaba examinar el terreno, porque sentía la tierra como si fuera parte de él. No necesitaba tantear la habilidad de Demandred. Tratándose de uno de los Renegados y con muchas décadas de experiencia, sería el espadachín más diestro al que se había enfrentado en su vida.

Era vagamente consciente de los sharaníes que se habían apartado para formar un amplio círculo alrededor de los dos contendientes mientras luchaban. Al parecer, Demandred se sentía lo bastante seguro de sus aptitudes para no permitir que los otros interfirieran.

Lan giró en una secuencia de ataques. *El agua desbordada en la pendiente* dio paso a *e Torbellino en la montaña*, que se convirtió en *El halcón se zambulle en los matojos*. Sus poses eran como arroyos que afluían a un río, y éste a otro río más grande. Demandred combatía tan bien como Lan había temido. Aunque las poses del Renegado eran ligeramente distintas de las que él conocía, los años no habían cambiado la naturaleza de una lucha con espadas.

—Eres… bueno —dijo con un gruñido Demandred, que retrocedió ante *Viento y lluvia*; un hilillo de sangre le resbalaba por la mejilla y reflejaba la luz rojiza de una hoguera cercana.

Demandred respondió con *Golpe de pedernal*, que Lan había visto llegar y contrarrestó. Recibió un arañazo en el costado, pero hizo caso omiso. El intercambio lo había dejado un paso atrás, y eso dio a Demandred la oportunidad de levantar una roca con el Poder Único y arrojársela.

En la profundidad del vacío, Lan percibió que la roca se le venía encima. Era un conocimiento de la lucha, una comprensión que alentaba en lo más recóndito de su ser, en el mismo centro de su alma. La forma en que Demandred dio un paso, la dirección en que sus ojos parpadearon, revelaron a Lan exactamente lo que se le venía encima.

Al tiempo que adoptaba la siguiente postura de lucha, Lan alzó su arma colocándola a través del torso y dio un paso atrás. Una piedra del tamaño de la cabeza de un hombre pasó directamente frente a él. Lan se desplazó hacia adelante con agilidad en tanto que el brazo se movía en la siguiente pose y otra piedra le pasaba zumbando debajo del brazo, agitando el aire. Lan alzó la espada y se apartó del camino de una tercera piedra, que pasó casi rozándolo e hizo que la ropa le ondeara.

Demandred paró el ataque de Lan, pero respiraba trabajosamente.

—¿Quién eres? —musitó de nuevo Demandred—. Nadie de esta era tiene tanta destreza. ¿Asmodean? No, no. No habría sido capaz de luchar contra mí así. ¿Lews Therin? Eres tú, detrás de ese rostro, ¿verdad?

—Sólo soy un hombre —susurró Lan—. Es todo lo que he sido siempre.

Demandred gruñó y se lanzó al ataque. Lan respondió con *La avalancha de rocas*, pero la furia del Renegado lo obligó a retroceder unos cuantos pasos.

A despecho de la ofensiva inicial de Lan, Demandred era el mejor espadachín de los dos. Lan lo sabía por el mismo conocimiento que le decía cuándo atacar, cuándo parar, cuándo avanzar un paso y cuándo retroceder. Quizá si hubieran llegado a la lucha en igualdad de condiciones habría sido diferente. Pero no era el caso. Él había estado luchando a lo largo de todo un día, y, aunque lo habían Curado de las peores heridas, las menos graves todavía dolían. Además, la propia Curación restaba fuerzas.

Demandred aún estaba descansado. El Renegado dejó de hablar y se sumergió por completo en el duelo. También dejó de utilizar el Poder Único, enfocado sólo en su esgrima. No sonrió cuando empezó a sacar ventaja. No parecía la clase de hombre que sonriera muy a menudo.

Lan se retiró de Demandred, pero el Renegado siguió presionando con *El jabalí baja corriendo la montaña*, haciéndolo retroceder de nuevo hacia el perímetro del círculo, machacando sus defensas, cortándolo en el brazo, luego en el hombro y, finalmente, en el muslo.

«Sólo dispongo de tiempo para una última lección…»

—Te tengo —gruñó por fin Demandred, que resollaba—. Quienquiera que seas, te tengo. No puedes vencer.

—No me escuchaste antes —susurró Lan.

«Una última lección. La más dura…»

Demandred atacó y Lan vio su oportunidad. Se lanzó hacia adelante de forma que apoyó el costado en la punta de la espada de Demandred, y se impulsó contra el arma.

—No vine a ganar un duelo —musitó con una sonrisa—. Vine a matarte. La muerte es más liviana que una pluma.

Los ojos de Demandred se desorbitaron e intentó echarse hacia atrás. Demasiado tarde. La espada de Lan lo alcanzó de lleno en el cuello.

El mundo se oscureció mientras Lan se deslizaba por la hoja de la espada hacia atrás. Al hacerlo, sintió el miedo y el dolor de Nynaeve, y le envió todo su amor.

38




El lugar que no es

Rand vio caer a Lan y lo recorrió una oleada de angustia. El Oscuro lo comprimía. Lo engullía, lo desgarraba. Luchar contra ese ataque era demasiado duro. Estaba agotado.

Libérate. La voz de su padre.

—Tengo que salvarlos… —susurró Rand.

Deja que se sacrifiquen. Tú no puedes hacer más.

—Tengo que… Es lo que significa…

La destrucción del Oscuro reptaba sobre él como un millar de grajos, picándole la carne, arrancándosela de los huesos. Casi no podía pensar con la presión y la sensación de pérdida. La muerte de Egwene y tantas otras.

Libérate.

La elección es suya.

¡Había deseado tanto protegerlos, a todos aquellos que creían en él! Sus muertes —y el peligro que afrontaban— eran un enorme peso sobre —él. ¿Cómo podía un hombre… liberarse, sin más? ¿Acaso liberarse no sería olvidar la responsabilidad?

¿O sería darles la responsabilidad a ellos?

Rand cerró los ojos con fuerza y pensó en todos aquellos que habían muerto por él. En Egwene, a quien se había jurado a sí mismo proteger.

Eres un necio. La voz de Egwene en su mente. Cariñosa, pero severa.

—¿Egwene?

¿*Es que no vas a permitir que sea también una heroína*?

—No es eso…

¿*Vas hacia tu muerte y aun así prohíbes a cualquier otro que haga lo mismo*?

—Yo…

Libérate de esa carga, Rand. Déjanos morir por lo que creemos y no intentes privarnos de lo que es nuestro derecho.

Has abrazado tu muerte. Abraza la mía.

—Lo siento —susurró mientras las lágrimas se le desbordaban por las comisuras de los ojos.

¿*Por qué*?

—Por haber fracasado.

No, aún no has fracasado.

El Oscuro lo flageló. Incapaz de moverse, Rand se acurrucó ante aquella vasta nada. Gritó de dolor.

Y, entonces, se liberó.

Se liberó de la culpa. Se liberó de la vergüenza por no haber salvado a Egwene y a los demás. Se liberó de la necesidad de protegerla, de protegerlos a todos.

Dejó que fueran héroes.

Los nombres empezaron a fluir en su mente: Egwene, Hurin, Bashere, Isan de los Chareen Aiel, Somara y miles más. Uno a uno —primero despacio pero luego con creciente rapidez—, desgranó hacia atrás la lista que antes guardaba en la memoria. La lista que otrora sólo era de mujeres, pero que había aumentado para incluir a todos los que sabía que habían muerto por él. No se había dado cuenta de lo extensa que había llegado a ser, cuánto se había permitido cargar.

Los nombres se desprendieron de él como algo físico, como palomas asustadas levantando el vuelo, y cada una de ellas se llevaba una carga consigo. El peso desapareció de sus hombros. La respiración se fue haciendo más regular. Era como si Perrin hubiera llegado con su martillo y hubiera hecho pedazos un millar de cadenas que Rand había llevado arrastrando tras de sí.

Ilyena fue la última.

«Renacemos —pensó—, para así poderlo hacer mejor la próxima vez».

Entonces, hazlo mejor.

Abrió los ojos y extendió la mano ante él, con la palma contra la negrura que parecía sólida. Su yo, que se había tornado borroso, al volverse impreciso a medida que el Oscuro lo hacía jirones, se serenó y recobró el control de sí mismo. Bajó el otro brazo y se ayudó a incorporarse de rodillas.

Y, entonces, Rand al'Thor —el Dragón Renacido— se puso de pie una vez más y se enfrentó a la Sombra.

—No, no —susurró la hermosa Shendla, con la mirada prendida en el cuerpo de Demandred.

Se le cayó el alma a los pies y empezó a mesarse el cabello mientras se mecía atrás y adelante. Mientras miraba a su amado, Shendla inhaló lenta y profundamente, y cuando soltó el aire fue un chillido aterrado:

—¡Bao el Wyld ha muerto!

Todo el campo de batalla pareció sumirse en un profundo silencio.

Rand hizo frente al Oscuro en ese sitio que no lo era, rodeado a la vez por todas las eras y por la nada. Su cuerpo seguía en la cueva de Shayol Ghul, suspendido en ese instante infinito de lucha contra Moridin, pero su alma estaba allí.

Existía en ese sitio que no lo era, ese lugar fuera del Entramado, ese espacio donde se originaba el mal. Lo miró y lo supo. El Oscuro no era un ser, sino una fuerza, una esencia tan vasta como el mismo universo. Universo que Rand veía ahora con todo detalle. Infinidad de planetas y estrellas, como minúsculas chispas de luz flotando sobre una hoguera.

El Oscuro seguía luchando para destruirlo. Rand se sentía fuerte a pesar de los ataques. Relajado, completo. Desaparecidas las cargas, podía combatir de nuevo. Se mantuvo controlado. Era difícil, pero lo consiguió.

Rand avanzó.

La Oscuridad se estremeció. Tembló, vibró, con aparente incredulidad.

LOS DESTRUYO.

El Oscuro no era un ser. Era la oscuridad entre todo lo demás. Entre luces, entre instantes, entre parpadeos de ojos.

ESTA VEZ TODO ES MÍO. COMO ESTABA DESTINADO A SER. COMO SIEMPRE LO SERÁ.

Rand rindió homenaje a quienes morían. A la sangre que corría entre las rocas. A los llantos de quienes presenciaban la caída de otros. La Sombra lanzó todo cuanto tenía contra Rand, resuelta a destruirlo. Pero no lo consiguió.

—Jamás nos rendiremos —susurró Rand—. Jamás me rendiré.

La vasta Sombra retumbó y se sacudió. Lanzó descargas al mundo y a través del mundo. El suelo se desgarró, las leyes de la naturaleza se quebraron. Las espadas se revolvieron contra los que las empuñaban, la comida se estropeó, la roca se tornó barro.

La fuerza de la propia nada volvió de nuevo contra Rand, tratando de hacerlo trizas. La intensidad del ataque no disminuyó. Y, sin embargo, de repente, lo percibió como un runrún insustancial.

No se rendirían. No se trataba sólo de él. Todos ellos seguirían luchando. Los ataques del Oscuro perdieron significado. Si ese ataque no podía doblegarlo, si no lograban hacer que cediera, entonces ¿qué eran?

Dentro de la tempestad, Rand buscó el vacío como Tam le había enseñado. Toda emoción, toda preocupación, todo dolor… Lo juntó y lo echó en la llama de una simple vela.

Sintió paz. La paz de una única gota de agua cayendo a un estanque. La paz del fugaz instante, la paz entre parpadeos de ojos, la paz del vacío.

—No me daré por vencido —repitió, y las palabras le sonaron maravillosas.

LOS CONTROLO A TODOS. LOS QUEBRANTARÉ ANTE MÍ. HAS PERDIDO, HIJO DE LA HUMANIDAD.

—Si es eso lo que crees —le susurró a la oscuridad—, entonces es que no ves.

Loial jadeaba trabajosamente cuando regresó al extremo norte de los Altos. Le dio cuenta a Mat de la gran valentía con la que Lan había luchado antes de caer, llevándose consigo a Demandred. El informe de Loial afectó muchísimo a Mat, al igual que a todos los miembros de su ejército; sobre todo a los fronterizos, que habían perdido un rey, un hermano. También hubo alboroto entre los sharaníes; de algún modo, la noticia de la muerte de Demandred ya se estaba difundiendo entre sus filas.

Mat hizo un gran esfuerzo para domeñar la aflicción. No era eso lo que Lan habría querido. De modo que Mat enarboló su *ashandarei*.

—¡*Tai'shar Malkier*! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Lan Mandragoran, puñetero y maravilloso hombre! ¡Lo conseguiste!

Sus gritos resonaron en el silencio mientras cargaba contra los ejércitos de la Sombra. Tras él retumbaron gritos:

—¡*Tai'shar Malkier*!

Gritos de todas las nacionalidades, de todos los pueblos, fronterizos y no fronterizos. Todos arremetieron con ímpetu a través de los Altos, con Mat a la cabeza. Juntos, atacaron al enemigo atónito.

39



Los que no luchan

NO LOGRAS ENTENDERLO, ¿VERDAD?, demandó Rand a la oscuridad. ESCAPA A TU COMPRENSIÓN. ¡NOS DESTROZAS Y SEGUIMOS LUCHANDO! ¿POR QUÉ? ¿ACASO NO NOS HAS MATADO? ¿NO NOS HAS DESTRUIDO?

TÚ, replicó el Oscuro. TÚ ERES MÍO.

Rand avanzó un paso. En ese lugar de nada, el Entramado parecía girar a su alrededor como un tapiz.

¡ÉSE ES TU FALLO, SHAI'TAN, SEÑOR DE LO OSCURO, SEÑOR DE LA ENVIDIA! ¡SEÑOR DE NADA! ¡HE AHÍ TU FRACASO! NO SE TRATABA DE MÍ. ¡NUNCA SE HA TRATADO DE MÍ!

Se trataba de una mujer, destrozada y vapuleada, derrocada de su trono y convertida en una marioneta… Una mujer que se había arrastrado cuando tuvo que hacerlo. Esa mujer seguía luchando.

Se trataba de un hombre al que el amor lo esquivaba una y otra vez, un hombre que encontraba relevancia en un mundo que otros habrían pasado por alto. Un hombre que recordaba relatos y que tomaba bajo su protección a unos chicos estúpidos cuando lo más inteligente habría sido seguir su camino. Ese hombre todavía luchaba.

Se trataba de una mujer con un secreto, una esperanza para el futuro. Una mujer que había salido en busca de la verdad antes de que otros lo hicieran. Una mujer que había dado su vida y que después le había sido devuelta. Esa mujer todavía luchaba.

Se trataba de un hombre cuya familia le había sido arrebatada, pero que aguantaba firme su dolor y protegía a quienes podía.

Se trataba de una mujer que se negaba a creer que no podía ayudar, que no podía Curar a quienes sufrían algún daño.

Se trataba de un héroe que insistía con cada inhalación que era cualquier cosa menos un héroe.

Se trataba de una mujer que no se doblegó mientras la golpeaban y en la que brillaba la Luz para todos los que estuvieran observando. Incluido él.

Se trataba de todos ellos.

Vio todo eso —una y otra vez— en el Entramado dispuesto a su alrededor. Rand

caminaba a través de eones y eras mientras pasaba la mano entre cintas de luz del Entramado.

AQUÍ TIENES LA VERDAD, SHAI’TAN, dijo, y dio otro paso adelante con los brazos extendidos, mientras el Entramado tejido se abría su alrededor. NO PUEDES GANAR A MENOS QUE NOS DEMOS POR VENCIDOS. ¿NO ES ASÍ? ESTA LUCHA NO TIENE QUE VER CON LA VICTORIA EN UNA BATALLA. NI CON TOMAR-RR ME… NUNCA TUVO QUE VER CON DERROTARME, SINO CON QUEBRANTARME.

ESO ES LO QUE HAS ESTADO INTENTANDO HACER CON TODOS NOSOTROS. ES POR LO QUE A VECES INTENTABAS QUE ACABARAN CON NOSOTROS, EN TANTO QUE OTRAS VECES NO PARECÍA QUE ESO TE IMPORTARA. TÚ GANAS CUANDO NOS QUEBRANTAS. PERO NO LO HAS HECHO. NO PUEDES HACERLO.

La oscuridad tembló. La nada se sacudió como si los arcos de los cielos estuvieran rompiéndose. El grito del Oscuro fue desafiante.

Dentro del vacío, Rand continuó adelante, y la oscuridad se agitó.

TODAVÍA PUEDO MATAR, bramó el Oscuro. ¡TODAVÍA PUEDO LLEVÁRMELOS A TODOS! SOY EL SEÑOR DE LA TUMBA. EL SEÑOR DE LA GUERRA TAMBIÉN ES MÍO. ¡AL FINAL TODOS SON MÍOS!

Rand dio un paso más hacia adelante, con la mano extendida. En la palma descansaba el mundo; y en ese mundo, un continente; y en ese continente, un campo de batalla; y en ese campo de batalla, dos cuerpos tendidos en el suelo.

Mat luchaba, y junto a él Tam con su espada enarbolada. Karede y los Guardias de la Muerte se les unieron, y después lo hicieron Loial y los Ogier. Los ejércitos de una docena de naciones y pueblos combatían, y muchos se unían a él mientras corría a través de la loma.

El contingente enemigo era tres veces superior a sus tropas. Mat luchó y bramó en la Antigua Lengua:

—¡Por la Luz! ¡Por el honor! ¡Por la gloria! ¡Por la vida!

Mató a un trolloc, luego a otro. A media docena en pocos segundos, pero tenía la sensación de luchar contra el oleaje de un mar. Cada vez que abatía a un enemigo, otros ocupaban su lugar. Los trollocs se movían en las sombras, sólo con la luz de alguna que otra linterna o de una flecha prendida que se clavaba en el suelo.

Los trollocs no combatían como una fuerza conjunta.

«Podemos romper esas olas —pensó—. ¡Tenemos que romperlas!» Ésta era su oportunidad. Arremeter ahora, mientras los sharaníes estaban aturdidos por la muerte de Demandred.

EL HIJO DE LAS BATALLAS. LO TOMARÉ. LOS TOMARÉ A TODOS, ADVERSARIO. COMO TOMÉ AL REY DE NADA.

¡Pero qué puñetas…! ¿Qué era esa nada dentro de su cabeza? Mat decapitó a un trolloc, y luego se limpió la frente mientras Karede y los Guardias de la Muerte lo cubrían unos segundos.

Mat sentía la batalla en la noche. Había un montón de trollocs y sharaníes; muchísimos.

—¡Son demasiados! —gritó Arganda, cerca—. ¡Luz, nos arrollarán! ¡Tenemos que retroceder! Cauthon, ¿me oyes?

«Puedo hacerlo —pensó Mat—. Puedo ganar esta batalla». Un ejército tenía la posibilidad de derrotar a un enemigo más numeroso, pero él necesitaba impulso, una oportunidad, un hueco. Una tirada de dados favorable.

Rand se hallaba sobre el Entramado y miró hacia abajo a los hombres que caían en un mundo donde parecía que la esperanza había muerto.

—No has observado con bastante atención. Te equivocas respecto a una cosa. Qué equivocado estás, Shai'tan…

Arrinconado y solo, un chico se acurrucaba en una grieta de la roca. Horrores de cuchillos y colmillos —la Sombra hecha carne— escarbaban en su refugio, tanteaban con uñas como navajas y le hacían cortes en la piel.

Mat entrecerró los ojos y la batalla pareció volverse borrosa a su alrededor.

Qué equivocado estás, Shai'tan, susurró la voz de Rand en su mente. Entonces la voz dejó de estar en la mente de Mat. La oyeron claramente todos los que se encontraban en el campo de batalla.

Ese que has intentado matar tantas veces, dijo Rand, *ese que perdió su reino, ese a quien le arrebataste todo*…

Tambaleándose, sangrando por la herida en el costado hecha por una espada, el último rey de los malkieri se incorporó con esfuerzo. Lan alzó en el aire la mano que sostenía por el cabello la cabeza de Demandred, general de los ejércitos sharaníes.

¡*Ese hombre*!, gritó Rand. ¡*Ese hombre lucha todavía*!

Mat sintió el inmenso silencio que se cernió sobre el campo de batalla. Todos se habían quedado de piedra.

Y en ese momento se oyó un sonido suave pero poderoso, una nota clara, áurea; una larga nota que lo envolvía todo. El toque puro y maravilloso de un cuerno.

Mat había oído ese toque antes.

Mellar se arrodilló junto a Elayne apretando el medallón contra su cabeza para impedir que encauzara.

—Esto podría haberse desarrollado de forma muy distinta, mi reina —dijo—. Tendríais que haber sido más condescendiente.

Luz. Esa mirada lasciva era espantosa. La había amordazado, claro, pero no le dio la satisfacción de llorar.

Encontraría la forma de escapar de aquello. Tenía que lograr que el medallón dejara de tocarla. Claro que, si lo lograba, todavía quedaba el encauzador. Pero, si era capaz de esquivar el medallón, entonces podría atacar con rapidez…

—Lástima que vuestra pequeña capitana general no viva para presenciarlo —dijo Mellar—. Condenada necia… Aunque, pensándolo bien, creo que en verdad se creía la Birgitte de las leyendas.

Elayne oyó un sonido suave a lo lejos. El suelo trepidó. Un terremoto.

Intentó concentrarse, pero sólo podía pensar que Birgitte había tenido razón en todo momento. Era del todo posible que los bebés siguieran vivos, como Min había predicho, mientras que a ella la dejaban tirada allí, muerta.

Una bruma blanca empezó a levantarse del suelo a su alrededor, ensortijándose, como almas de muertos.

De repente, Mellar se puso rígido.

Elayne parpadeó y lo miró. Algo plateado sobresalía del pecho del hombre. Parecía… una punta de flecha.

Mellar se volvió y el cuchillo resbaló de entre sus dedos. Detrás de él, Birgitte Arco de Plata se erguía por encima de su cadáver decapitado, con un pie a cada lado del cuerpo. Alzó el arco, reluciente como plata recién bruñida, y disparó otra flecha que pareció dejar una estela de luz antes de clavarse en la cabeza del hombre, que cayó de espaldas en el suelo. La siguiente flecha de plata salió disparada hacia el encauzador de Mellar, y mató al Señor del Espanto antes de que el hombre tuviera ocasión de reaccionar.

Todo en derredor, los hombres de Mellar se habían quedado paralizados y miraban boquiabiertos a Birgitte. La ropa que llevaba ahora parecía brillar. Una chaqueta corta de color blanco, unos pantalones amplios en amarillo claro, y una capa oscura. El largo cabello dorado, entretejido en una complicada trenza, le llegaba a la cintura.

—Soy Birgitte Arco de Plata —anunció, como para disipar cualquier duda—. El Cuerno de Valere ha sonado, llamándonos a la Última Batalla. ¡Los héroes han

regresado!

Lan Mandragoran sostenía en alto la cabeza de uno de los Renegados, su comandante de campo supuestamente invencible.

Era imposible que los efectivos del ejército de la Sombra ignoraran lo que había ocurrido en el campo de batalla, estuvieran donde estuvieran. La voz que había salido de la nada lo había proclamado. Que el atacante estuviera de pie mientras que el Elegido yacía muerto… los había dejado estupefactos. Los había aterrado.

Y entonces el Cuerno sonó a lo lejos.

—¡Avanzad! —gritó Mat—. ¡Seguid adelante!

Sus tropas se lanzaron con ferocidad hacia los trollocs y los sharaníes.

—Cauthon, ¿qué es lo que ha sonado? —demandó Arganda, que se acercó a trompicones a *Puntos*.

Tenía un brazo en cabestrillo y llevaba una maza ensangrentada en la otra mano. Alrededor de Mat, los Guardias de la Muerte luchaban y gruñían mientras despedazaban trollocs.

—¡Ése es el jodido Cuerno de Valere! —gritó Mat, que se lanzó a la lucha—. ¡Todavía puedo ganar esta noche!

El Cuerno. ¿Cómo es que había sonado el puñetero Cuerno? En fin, al parecer él ya no estaba vinculado con esa cosa. Su muerte en Rhuidean debía de haber roto ese vínculo con él.

Ahora le tocaría cargar con ese peso a otro mentecato. Mat lanzó un grito de batalla al tiempo que le cortaba el brazo a un trolloc para después atravesarle el torso. El toque del Cuerno había dejado desconcertado a todo el ejército de la Sombra. Los trollocs que estaban cerca de Lan recularon dándose empellones unos a otros y arañándose entre sí en su afán por alejarse de él. Eso dejó muy esparcidos a los trollocs que luchaban a lo largo de la ladera, sin fuerzas de reserva. Y no parecía que nadie los dirigiera.

Los Myrddraal que había a poca distancia alzaron las espadas contra sus propios trollocs en un intento de que los que huían dieran media vuelta y lucharan, pero unas flechas ardientes disparadas por arqueros de Dos Ríos se precipitaron desde el cielo y acribillaron a los Fados.

«Tam al’Thor —pensó Mat—, voy a mandarte mi mejor par de botas, puñetas. Así me abrase, vaya si lo haré».

—¡A mí! —gritó—. ¡Todos los jinetes que puedan sostener una jodida arma, a mí!

Mat taconeó a *Puntos* y lo puso a galope abriéndose paso entre los trollocs que todavía luchaban. El ataque de Mat abrió el camino a Furyk Karede y los pocos hombres que le quedaban para que hicieran más amplia la brecha en la horda trolloc.

A continuación, la fuerza al completo de los fronterizos que quedaban penetró por la brecha en pos de Mat, hacia Lan.

Las fuerzas del ejército sharaní daban señales de debilidad, pero seguían con su ofensiva, obligadas por la disciplina a continuar con aquello a lo que sus corazones querían poner fin. La victoria de Lan no ganaría la batalla en el acto —quedaban demasiados enemigos—; pero, sin Demandred, las fuerzas de la Sombra habían perdido la dirección. Incluso en los Fados se notaba la falta de un cabecilla. Los trollocs empezaron a retroceder para reagruparse.

Mat y los fronterizos galoparon hacia el sudoeste a través de los Altos y llegaron a donde se encontraba Lan. Mat desmontó de un salto y sujetó a Lan por el hombro cuando el rey malkieri flaqueó. Lan le dirigió una mirada adusta de agradecimiento y, acto seguido, se le pusieron los ojos en blanco y empezó a desplomarse, dejando caer la cabeza de Demandred al suelo.

Un hombre con chaqueta negra llegó a caballo. Mat no se había dado cuenta de que Narishma aún seguía allí, luchando junto a los fronterizos. Mat le quitó rápidamente a Lan la cabeza de zorro en tanto que el Asha'man arafelino saltaba del caballo, sostenía el brazo de Lan y se concentraba.

La breve Curación bastó para que Lan recobrara el conocimiento.

—Súbelo al caballo, Narishma —dijo Mat—. Podrás Curarlo más a fondo cuando estemos de vuelta con nuestro ejército. No quiero quedarme atascado detrás de las líneas enemigas si esos trollocs de ahí abajo deciden volver a los Altos.

Cabalgaron de vuelta hacia el nordeste y arremetieron contra la retaguardia de trollocs en el flanco derecho con espadas y lanzas mientras pasaban a galope, lo cual desestabilizó todavía más a los Engendros de la Sombra. Una vez que hubieron salido, los fronterizos hicieron girar a sus monturas y cargaron directamente contra la horda trolloc una vez más. Las bestias giraban la cabeza para mirar en todas direcciones, sin estar seguras de dónde vendría el siguiente ataque. Mat y Narishma continuaron hacia sus propias líneas de retaguardia, con Lan a remolque. Narishma ayudó a bajar del caballo al malkieri y lo tumbó en el suelo para seguir con la Curación, en tanto que Mat hacía un alto para reflexionar sobre la situación.

Tras ellos, empezó a levantarse la bruma. A Mat se le ocurrió una idea terrible. Había pasado por alto una posibilidad aterradora. El Cuerno de Valere seguía sonando, un toque lejano, pero inconfundible.

«Oh, Luz —pensó—. Por todos los tocones de un campo de batalla. ¿Quién lo ha hecho sonar? ¿Para qué bando?»

La bruma cobró forma, como gusanos que salieran del suelo tras un enorme aguacero. Se concentró en una nube que se hinchó —un cúmulo tormentoso en tierra — y de ella salieron a la carga figuras a lomos de caballos. Figuras de leyenda. Buad de Albhain, majestuosa como cualquier reina. Amaresu, sosteniendo en alto su

brillante espada. Hend el Perforador, de piel oscura, con un martillo en una mano y en la otra una barra de hierro con un extremo cortante.

Una figura montada salió a través de la bruma al frente de los héroes. Alto e imperioso, de nariz aguileña, Artur Hawkwing llevaba *Justicia*, su espada, apoyada en el hombro mientras cabalgaba. Aunque el resto de los cien héroes, más o menos, seguían a Hawkwing, uno se separó del grupo en un trazo de niebla y se alejó a galope. Mat no se fijó bien en el jinete. ¿Quién era y adónde iba tan deprisa?

Mat se caló más el sombrero y tocó con las rodillas a *Puntos* para acercarse a recibir al antiguo rey.

«Supongo que descubriré qué bando lo ha convocado si intenta matarme», pensó. ¿Podría luchar contra Artur Hawkwing? Luz, ¿podría algún hombre vencer a uno de los héroes del Cuerno?

—Hola, Hawkwing —saludó.

—Jugador —contestó Hawkwing—. Ten más cuidado con lo que te ha sido asignado. Llegué a temer que no se nos llamaría a participar en esta batalla.

Mat soltó un suspiro relajado.

—¡Puñetas, Hawkwing! ¡Os habéis hecho de rogar, condenado lamecabras! ¿Así que combatís junto a nosotros?

—Por supuesto que luchamos por la Luz —contestó Hawkwing—. Jamás combatiríamos por la Sombra.

—Pero me dijeron que… —empezó Mat.

—Pues te dijeron mal —lo cortó Hawkwing.

—Además —intervino Hend, riendo—, ¡si el otro bando hubiera sido capaz de convocarnos, estarías muerto ya!

—Ya lo estuve —replicó Mat, que se frotó la cicatriz del cuello—. Por lo visto aquel árbol quería tenerme para él.

—Lo del árbol no, Jugador —dijo Hawkwing—. Fue en otro momento, uno que no recuerdas. Es apropiado, ya que Lews Therin te salvó la vida las dos veces.

—Recuérdalo —espetó Amaresu—. Te he visto murmurar que te da miedo su demencia, pero entretanto olvidas que cada aliento que respiras, cada paso que das, es gracias a su paciencia y benevolencia. Tu vida es un regalo del Dragón Renacido, Jugador. Por partida doble.

Rayos y truenos. Hasta las mujeres muertas lo trataban del mismo modo que hacía Nynaeve. ¿Dónde lo aprenderían? ¿Acaso eran lecciones secretas?

Hawkwing señaló con la cabeza hacia algo, cerca. El estandarte de Rand; Dannil todavía lo llevaba enarbolado.

—Vinimos aquí a luchar bajo esa bandera. Lo haremos para ti por el estandarte, Jugador, y porque el Dragón te dirige… aunque lo haga desde lejos. Es suficiente.

—Bien. —Mat miró el estandarte—. Puesto que estáis aquí, supongo que ya

podéis participar en la batalla. Retiraré a mis hombres.

Hawkwing estalló en carcajadas.

—¿Crees que nosotros cien podemos lidiar con toda esta batalla? —preguntó luego.

—Sois los jodidos héroes del Cuerno. Eso es lo que hacéis, ¿no?

—Se nos puede derrotar —dijo la bonita Blaes de Matuchin mientras acercaba su caballo al de Hawkwing. Tuon no podía enfadarse porque mirara un poco a una heroína, ¿cierto? Se suponía que la gente se quedaba mirándolos de hito en hito—. Si recibimos heridas graves, tendremos que retirarnos y recobrarnos en el Mundo de los Sueños.

—La Sombra sabe cómo incapacitarnos —añadió Hend—. Átanos manos y pies y no podremos hacer nada para ayudar en la batalla. Poco importa que uno sea inmortal si no se puede mover.

—Podemos luchar bien —le dijo Hawkwing—. Y te prestaremos nuestra fuerza. Esta guerra no es sólo nuestra. No somos más que una parte de ella.

—Jodidamente maravilloso —replicó Mat. Ese Cuerno seguía sonando—. Entonces, decidme una cosa. Si yo no he soplado esa cosa y la Sombra tampoco, entonces ¿quién lo hizo?

Gruesas uñas trolloc le arañaron el brazo a Olver. Él seguía tocando el Cuerno a través de las lágrimas, con los párpados muy apretados, en la grieta del rocoso afloramiento.

«Lo siento, Mat», pensó cuando una mano cubierta de vello oscuro tanteó para coger el Cuerno. Otra mano lo aferró por el hombro y las uñas se hundieron profundamente haciendo que la sangre se deslizara por el brazo.

Le arrancaron el Cuerno de las manos.

«¡Lo siento!»

El trolloc tiró de él hacia arriba, con brusquedad.

Luego lo dejó caer.

Olver se precipitó al suelo, mareado, y entonces pegó un brinco cuando el Cuerno cayó en su regazo. Lo agarró mientras sacudía la cabeza y parpadeaba para librarse de las lágrimas.

Por encima de él, las sombras se agitaron. Gruñeron. ¿Qué estaba pasando? Con mucha cautela Olver levantó la cabeza y encontró a alguien erguido sobre él, con un pie a cada lado del cuerpo. La figura combatía con una velocidad asombrosa haciendo frente a una docena de trollocs a la vez, haciendo girar la vara de combate de aquí para allá para defenderlo.

Olver vio el rostro del hombre durante un instante y se quedó sin respiración.

—¿Noal?

Noal golpeó el brazo de un trolloc obligando a la criatura a retroceder y luego miró a Olver y le sonrió. Aunque Noal todavía parecía viejo, el cansancio había desaparecido de sus ojos, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Un caballo blanco se encontraba cerca, con la silla de montar y las riendas doradas, el animal más magnífico que Olver había visto en su vida.

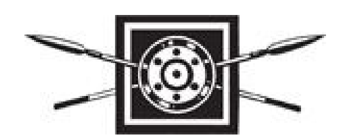
—¡Noal, dijeron que habías muerto! —gritó.

—Y morí —dijo Noal, que se echó a reír—. El Entramado no había acabado todavía conmigo, hijo. ¡Toca ese Cuerno! ¡Tócalo con orgullo, Tocador del Cuerno!

Así lo hizo Olver, y sopló el Cuerno mientras Noal luchaba con los trollocs en un pequeño círculo alrededor de Olver. Noal. ¡Noal era uno de los héroes del Cuerno! La trápala de cascos de caballo a galope anunció que otros llegaban a rescatarlo de los Engendros de la Sombra.

De repente, Olver se sintió inundado de una inmensa calidez. Había perdido a muchísima gente, pero uno de ellos… Uno había vuelto a buscarlo.

40



Hermano lobo

Los captores de Elayne miraban a Birgitte, estupefactos, y Elayne aprovechó para girar el cuerpo hacia un lado. Rodó y se puso de rodillas; el embarazo la entorpecía, pero distaba mucho de estar incapacitada. El medallón que Mellar había estado sujetando contra ella cayó al suelo, y Elayne encontró el brillo del *Saidar* esperando a ser asido. Se llenó de Poder y se sostuvo el vientre.

Sus pequeños todavía rebullían dentro. Elayne tejió flujos de Aire que apartaron con brusquedad a sus captores. Cerca, los guardias de Elayne, que se habían concentrado, irrumpieron entre los soldados de Mellar. Unos cuantos se detuvieron al ver a Birgitte.

—¡Seguid luchando, hijas e hijos de cabras! —gritó Birgitte, mientras disparaba flechas a los mercenarios—. ¡Puede que esté muerta, pero sigo siendo vuestro jodido comandante, así que obedeced mis órdenes!

Eso los hizo reaccionar de inmediato. La niebla que se estaba levantando se enroscó hacia arriba y empezó a cubrir el campo de batalla. Parecía brillar débilmente en la oscuridad. En cuestión de segundos, los tejidos de Elayne, el arco de Birgitte y el trabajo de sus guardias hicieron que los mercenarios Amigos Siniestros de Mellar que quedaban salieran huyendo.

Birgitte derribó a seis más con flechas mientras escapaban.

—Birgitte —dijo Elayne con los ojos anegados en lágrimas—, lo siento.

—¿Lo sientes? —Birgitte se volvió hacia ella—. ¿Lo sientes? ¿Por qué te entristeces, Elayne? —Rompió a reír—. ¡Es maravilloso! No sé cómo me has aguantado estas últimas semanas. He estado más abatida que una chiquilla a la que acaban de romper su arco favorito.

—Yo… Oh, Luz.

Dentro de Elayne todavía había un hueco que le decía que había perdido a su Guardiana, y el dolor de la ruptura del vínculo no era algo racional. Daba igual que Birgitte estuviera delante de ella.

—¿Crees que quizá debería vincularte otra vez? —le preguntó.

—No funcionaría —respondió la otra mujer al tiempo que hacía un gesto con la mano desechando la idea—. ¿Estás herida?

—Sólo lo está mi orgullo.

—Tienes suerte, pero eres más afortunada aún porque el Cuerno tocara cuando lo

hizo.

Elayne asintió con la cabeza.

—Voy a unirme a los otros héroes —dijo Birgitte—. Quédate aquí y recupérate.

—¡Ni hablar! —replicó Elayne, que hizo un esfuerzo para ponerse de pie—. No voy a quedarme atrás ahora, puñetas. Los bebés están bien. Yo estoy bien.

—Elayne…

—Mis soldados me creen muerta —declaró Elayne—. Nuestras líneas se rompen, nuestros hombres mueren. Tienen que verme para saber que todavía hay esperanza. No sabrán lo que significa la niebla. Si alguna vez han necesitado a su reina, es en este momento. Nada que no sea el Oscuro podrá impedirme que regrese con ellos.

Birgitte frunció el entrecejo.

—Ya no eres mi Guardiana —dijo Elayne—. Pero sigues siendo mi amiga. ¿Querrás cabalgar conmigo?

—Tonta cabezota…

—No soy yo la que acaba de negarse a seguir muerta. ¿Juntas?

—Juntas —contestó Birgitte, acompañando las palabras con un asentimiento de cabeza.

Aviendha se frenó en seco para escuchar los nuevos aullidos. Ésos no sonaban a aullidos de lobos.

La tempestad seguía en Shayol Ghul. Aviendha ignoraba qué bando estaba ganando. Había cuerpos tirados por doquier, algunos desgarrados y hechos pedazos por los lobos, otros todavía humeando por ataques del Poder Único. Los vientos tormentosos azotaban y aullaban, pero no llovía, y oleadas de polvo y gravilla la fustigaban.

Notaba encauzar en la Fosa de la Perdición, pero era como un latido, una pulsación silenciosa muy distinta de la tormenta que era purificadora. Rand. ¿Estaría bien? ¿Qué estaba ocurriendo?

Las nubes blancas llevadas por las Detectoras de Vientos bullían entre los nubarrones negros como pez de la tormenta, y todas giraban juntas en una inmensa formación, retorciéndose encima del pico de la montaña. Por lo que había oído decir a las Detectoras de Vientos —se habían trasladado a Shayol Ghul, a un saliente a bastante altura por encima de la entrada de la cueva, para seguir trabajando con el Cuenco de los Vientos—, se hallaban en un estado crítico, casi al límite de su resistencia, con más de dos tercios de sus mujeres desmayadas por el agotamiento. A no tardar, la tormenta lo consumiría todo.

Aviendha deambuló a través de la vorágine para dar con la fuente de aquellos aullidos. No tenía otros encauzadores con los que coligarse, ahora que Rafela se había ido para unirse a los Juramentados del Dragón, que plantarían cara a ultranza en la

caverna. Allí fuera, en el valle, diferentes grupos se mataban entre sí, avanzando y retrocediendo. Doncellas, Sabias, *siswai'aman*, trollocs, Fados. Y lobos; cientos de ellos se habían unido a la batalla. También quedaban algunos domani, tearianos y Juramentados del Dragón, aunque la mayoría de ésos combatían cerca del sendero que subía hacia la boca de la caverna.

Algo golpeó el suelo cerca de ella, arrullador, y ella atacó sin pensarlo. El Draghkar estalló en llamas como una astilla seca tras cien días de estar al sol. Aviendha respiró hondo y miró en derredor. Aullidos. Cientos y cientos.

Echó a correr hacia esos aullidos a través del suelo del valle. Al hacerlo, algo surgió de las polvorientas sombras, un hombre fuerte y enjuto con una gran barba gris y ojos dorados. Lo acompañaba una pequeña manada de lobos. La miraron y después se volvieron hacia la dirección en la que se dirigían.

Aviendha se detuvo. Ojos dorados.

—¡Eh, el que danza con lobos! —llamó al hombre—. ¿Has traído a Perrin Aybara contigo?

El hombre se paró de golpe. Actuaba como un lobo, cauto y, sin embargo, peligroso.

—Conozco a Perrin Aybara —respondió—, pero no está conmigo. Caza en otra parte.

Aviendha se acercó más al hombre. Él la observó, cauteloso, y varios de sus lobos gruñeron. Por lo visto no se fiaban de ella o de los de su clase mucho más de lo que confiaban en los trollocs.

—Esos aullidos nuevos —habló a través del viento—, ¿son de tus… amigos?

—No —dijo el hombre, cuyos ojos se tornaron distantes—. No, ya no. Si conoces mujeres que encauzan, Aiel, deberías traerlas ahora. —Echó a andar hacia los sonidos, con su manada corriendo con él.

Aviendha los siguió manteniendo la distancia con los lobos, pero confiando más en los sentidos de los animales que en los propios. Llegaron a una pequeña elevación en el suelo del valle, una que Aviendha había visto utilizar a Ituralde de vez en cuando para supervisar la defensa del paso.

Saliendo del paso a raudales, había montones de oscuras figuras. Lobos negros del tamaño de caballos pequeños. Avanzaban a grandes zancadas por la roca y, aunque quedaban fuera del alcance de la vista, Aviendha sabía que iban dejando marcadas las huellas en la piedra.

Centenares de lobos atacaron a las formas oscuras saltándoles sobre el lomo, pero salieron despedidos con sacudidas. No parecía que estuvieran consiguiendo nada.

El hombre de los lobos gruñó.

—¡¿Sabuesos del Oscuro?! —gritó Aviendha.

—Sí —contestó él de igual modo, para hacerse oír por encima de la tempestad—.

Ésta es la Cacería Salvaje, la peor de su especie. Éstos no caen por armas mortales. Los mordiscos de los lobos comunes no les causan daño, al menos no de forma permanente.

—Entonces, ¿por qué luchan?

El Hermano Lobo rió.

—¿Por qué lucha cualquiera de nosotros? —dijo luego—. ¡Porque debemos intentar ganar de algún modo! ¡Vete! ¡Trae Aes Sedai, alguno de esos Asha'man si puedes encontrarlos! ¡Estas criaturas aplastarán a vuestros ejércitos con la misma facilidad que una crecida del río arrastraría los guijarros!

El hombre bajó corriendo la cuesta, seguido por los lobos. Aviendha entendía por qué luchaban. Puede que no fueran capaces de matar a los Sabuesos del Oscuro, pero sí retrasarían a esas bestias. Y ésa era su victoria allí: dar tiempo a Rand para hacer lo que tuviera que hacer.

Echaba a correr para reunir a los demás cuando se volvió, alarmada. La sensación de una poderosa encauzadora manejando *Saidar* cerca la hizo pararse en seco. Giró para mirar hacia la fuente de esa sensación.

Graendal se encontraba allí, un poco más adelante, apenas visible. Con calma, la Renegada lanzó tejidos mortales a una línea de Defensores de la Ciudadela. Llevaba consigo un grupo reducido de mujeres —Aes— Sedai, y Sabias —y unos pocos guardias. La mujeres estaban arrodilladas a su alrededor y debían de estar pasándole su poder a juzgar por la fuerza de los tejidos que soltaba.

Los guardias eran cuatro Aiel varones, con velos negros, no rojos. Sometidos a Compulsión, seguro. Aviendha vaciló, dudosa. ¿Y qué pasaba con los Sabuesos del Oscuro?

«Tengo que aprovechar esta oportunidad», pensó. Tejió y lanzó un rayo de luz azul hacia el cielo, la señal que Amys, Cadsuane y ella habían acordado.

Lo cual, por supuesto, alertó a Graendal. La Renegada se volvió hacia ella y la atacó con Fuego. Aviendha hizo un quiebro y rodó sobre sí misma. Lo siguiente que llegó fue un escudo para aislarla de la Fuente. Con desesperación, Aviendha absorbió tanto Poder como podía contener a través del broche de tortuga. Aislar de la Fuente con un escudo a una mujer que estaba encauzando era como intentar cortar una cuerda con una tijera: cuanto más gruesa la cuerda, más difícil de tajar. En su caso, Aviendha había absorbido bastante *Saidar* para rechazar el escudo.

Apretó los dientes mientras realizaba tejidos propios. Luz, no se había dado cuenta de lo cansada que estaba. Casi se le soltaron los hilos de Poder Único, que amenazaron con escapar a su control.

Los reunió de nuevo merced a su fuerza de voluntad y lanzó el tejido de Aire y Fuego, aunque sabía que entre esos cautivos había amigos y aliados.

«Preferirían morir antes que ser utilizados por la Sombra», se dijo para sus

adentros mientras esquivaba otro ataque. El suelo explotó a su alrededor y se tiró de bruces al suelo.

«No. Sigue moviéndote».

Aviendha se incorporó de golpe y corrió. Eso le salvó la vida, ya que el rayo cayó detrás de ella y su fuerza la tiró de nuevo al suelo.

Se levantó con varios cortes en un brazo y empezó a tejer. Tuvo que soltarlo cuando un tejido complejo le cayó cerca. Compulsión. Si le hubiera dado, se habría convertido en otro de sus esclavos, obligada a prestarle su fuerza para abatir a la Luz.

Aviendha tejió Tierra en el suelo delante de sí y lanzó al aire lascas de roca, polvo y humo. Luego se alejó rodando sobre sí misma buscando un hueco en el suelo; se asomó con cautela. Contuvo la respiración y no encauzó.

El fuerte viento limpió la distracción que había creado. En mitad del campo, Graendal vaciló. No podía percibir a Aviendha, que antes se había colocado un tejido que enmascaraba su habilidad. Si encauzaba, Graendal lo sabría; pero, si no lo hacía, estaría a salvo.

Los esclavos Aiel de Graendal avanzaron al acecho, subidos los velos, buscándola. Aviendha estuvo tentada de encauzar allí y en ese instante para acabar con sus vidas. Cualquier Aiel que ella conocía le agradecería que lo hiciera.

Se contuvo; no quería descubrirse. Graendal era demasiado fuerte. No podía enfrentarse sola a esa mujer. Pero si esperaba…

Un tejido de Aire y Energía atacó a Graendal en un intento de cortarle el contacto con la Fuente. La mujer maldijo y giró sobre sí misma. Cadsuane y Amys habían llegado.

—¡Resistid! ¡Resistid por Andor y la reina!

Elayne galopaba a través de grupos de piqueros, ahora en desorden, con el cabello ondeando tras ella y gritando con voz potenciada por el Poder. Enarbolaba una espada, aunque sólo la Luz sabía qué haría si tuviera que blandirla.

Los hombres se volvían cuando pasaba junto a ellos. Algunos perecieron a manos de los trollocs al hacerlo. Las bestias se abrían paso entre las defensas a la fuerza, deleitándose en la matanza y las líneas de humanos destrozadas.

«Mis hombres están casi acabados —pensó Elayne—. Oh, Luz. Mis pobres soldados». Lo que veía era una historia de muerte y desesperación. Las formaciones de picas cairhieninas y andoreñas habían retrocedido tras tener un número horrible de bajas. Ahora, los hombres aguantaban en pequeños grupos; muchos se dispersaban, corrían para salvar la vida.

—¡Aguantad! —gritó Elayne—. ¡Aguantad con vuestra reina!

Más hombres dejaron de correr, pero no volvieron atrás para luchar. ¿Qué hacer?

Luchar.

Elayne atacó a un trolloc. Usó la espada, a despecho de que instantes antes había pensado que sería una nulidad con ella. Lo era. De hecho, el trolloc con rasgos de verraco pareció sorprenderse cuando intentó golpearlo.

Por suerte, Birgitte estaba allí y disparó a la bestia en el brazo cuando arremetía contra Elayne. Eso le salvó la vida, pero siguió sin poder matar a ese maldito ser. Su montura —que había tomado prestada de uno de sus guardias— no dejaba de moverse y dar vueltas, lo que evitó que el trolloc la cortara en rodajas mientras ella trataba de clavarle el arma. La espada no se movía en la dirección que ella quería. El Poder Único era un arma mucho más refinada. Lo utilizaría si era preciso, pero prefería luchar de momento.

No tuvo que esforzarse mucho más. Los soldados que había cerca despacharon a la bestia y la defendieron de otras cuatro que se habían acercado hacia ella. Elayne se enjugó la frente y retrocedió.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Birgitte, que se aproximó a ella en el caballo y después disparó una flecha a un trolloc antes de que pudiera matar a uno de los soldados—. ¡Por las uñas de Ratliff, Elayne! Creía que había visto el máximo alcance de tu insensatez.

Elayne levantó el arma. Cerca, los hombres empezaron a gritar:

—¡La reina está viva! —chillaron—. ¡Por la Luz y por Andor! ¡Luchemos con la reina!

—¿Cómo te sentirías si vieras a tu reina intentando matar un trolloc con una espada mientras tú huyes? —preguntó Elayne en voz baja.

—Sentiría la necesidad imperiosa de trasladarme a otra puñetera nación —espetó Birgitte, que disparó otra flecha—. Una donde su monarca no tuviera un budín por cerebro.

Elayne resopló por la nariz. Birgitte podía decir lo que quisiera, pero la maniobra había funcionado. Como si fuera levadura, la fuerza de hombres que había reunido creció y se expandió a uno y otro lado de ella, creando una línea de combate. Mantuvo la espada levantada en alto mientras gritaba y —tras un momento de indecisión— ejecutó un tejido con el que creó una majestuosa bandera de Andor, con el León Blanco flotando en el aire por encima de ella, para iluminar la noche.

Eso atraería el ataque directo de Demandred y sus encauzadores, pero los hombres necesitaban una almenara. Rechazaría los ataques de Poder conforme llegaran.

No llegaron mientras cabalgaba a lo largo de las líneas de soldados gritando palabras que infundieran ánimo y confianza a sus hombres.

—¡Por la Luz y por Andor! ¡Vuestra reina está viva! ¡Aguantad y luchad!

En su acometida hacia el suroeste, Mat cabalgaba en medio de la atronadora

trápala de cascos a través de los Altos con lo que quedaba del otrora gran ejército. Un poco más adelante, los trollocs estaban concentrados en una gran masa, a su izquierda, y el ejército sharaní más adelante, a la derecha. Frente al enemigo se encontraban los héroes, los fronterizos, Karede y sus hombres, los Ogier, los arqueros de Dos Ríos, los Capas Blancas, ghealdanos y mayenienses, mercenarios, Tinna y sus Juramentados del Dragón refugiados. Y la Compañía de la Mano Roja. Sus hombres.

Recordaba —entre esos recuerdos que no eran suyos— haber encabezado fuerzas más formidables. Ejércitos que no estaban fragmentados, entrenados a medias, heridos y exhaustos. Pero, por la Luz bendita, jamás se había sentido tan orgulloso. A despecho de todo lo que había ocurrido, sus hombres se sumaron a los gritos de ataque y se lanzaron a la batalla con renovado vigor.

La muerte de Demandred le había dado a Mat una oportunidad. Sentía a los ejércitos avanzar en tropel, y a través de ellos fluía ese ritmo instintivo de la batalla. Éste era el momento que había estado esperando. Era la carta a la que apostar todo lo que tenía. Aún los superaban en diez a uno, pero el ejército sharaní, los trollocs y los Fados no tenían cabecilla. No había un general que los guiara. Contingentes diferentes iniciaron acciones contradictorias cuando varios Fados o Señores del Espanto intentaron dar órdenes.

«Habré de estar atento a esos sharaníes —pensó—. Tendrán generales que restablecerán el mando».

De momento, debía infligirles un fuerte castigo, atacar con dureza. Forzar a trollocs y a sharaníes a abandonar los Altos. Abajo, los trollocs llenaban la cañada que había entre las ciénagas y los Altos. La muerte de Elayne había sido un engaño. Sus tropas se habían sumido en el caos y habían perdido más de un tercio de sus soldados; pero, justo cuando estaban a punto de ser derrotadas por los trollocs, ella había aparecido a caballo entre los suyos y los había reagrupado. Ahora aguantaban de forma milagrosa sus líneas, a pesar de que los habían hecho retroceder internándose un ancho tramo en territorio shienariano. Sin embargo, no podrían resistir mucho más, con Elayne o sin ella; cada vez eran más los piqueros de las primeras líneas que se veían acosados y caían soldados por todo el frente, mientras la caballería y los Aiel combatían ferozmente, con creciente dificultad, para contener al enemigo.

«¡Luz, si pudiera echar a la Sombra de estos jodidos Altos contra esas bestias de ahí abajo, acabarían trompicando unos con otros!»

—¡Lord Cauthon! —llamó cerca Tinna.

A lomos de su montura, la mujer levantó una lanza ensangrentada para señalar hacia el sur. Hacia una luz distante, en dirección al río Erinin. Mat se enjugó la frente. ¿Aquello era…?

Accesos en el cielo. A docenas, y a través de ellos salían a montones *to'raken* en

vuelo que llevaban linternas. Una feroz lluvia de flechas cayó sobre los trollocs de la cañada; los *to'raken*, que transportaban arqueros, volaron en formación sobre el vado y la cañada que había más allá.

Por encima del estruendo de la batalla, Mat oía sonidos que tendrían que hacer helarse la sangre al enemigo: centenares, puede que miles de cuernos de animales, resonaban en la noche con su llamada a la guerra; el ruido atronador de tambores empezó a marcar una cadencia unificada que resonó con más y más fuerza, y el retumbo de pisadas —tanto de hombres como de animales— producido por un ejército en marcha que se acercaba, poco a poco, hacia los Altos de Polov desde la oscuridad. Nadie los veía en la negrura previa a la hora crepuscular, pero todos los que estaban en el campo de batalla supieron quiénes eran.

Mat soltó un grito de alegría. Ahora, en su mente, veía los movimientos seanchan. La mitad de su ejército marcharía directamente al norte desde el Erinin para unirse al hostigado ejército de Elayne, en el Mora, a fin de aplastar a los trollocs que intentaban abrirse paso hacia Shienar. La otra mitad giraría hacia el oeste alrededor de las ciénagas para llegar a la ladera occidental de los Altos, de modo que aplastarían a los trollocs desde atrás.

Ahora, la lluvia de flechas iba acompañada de luces brillantes que surgían en el aire; *damane*, dando más luz para que su ejército viera. ¡Un despliegue que habría hecho sentirse orgullosos a los Iluminadores! El suelo temblaba a medida que el masivo ejército seanchan marchaba a través de Campo de Merrilor.

El estampido de un trueno —un trueno más profundo— hendió el aire por el flanco derecho de Mat, en los Altos. Talmanes y Aludra habían arreglado los dragones y disparaban directamente desde la caverna, a través de accesos, al ejército sharaní.

Las piezas casi habían encajado en su sitio. Sólo quedaba otro asunto más del que ocuparse antes de hacer la última tirada de dados.

Los ejércitos de Mat siguieron presionando.

Jur Grady toqueteó la carta de su esposa que le había llevado Androl desde la Torre Negra. No podía leerla en esa oscuridad, pero no importaba, siempre y cuando pudiera tocarla. De todos modos había memorizado las palabras escritas.

Contempló aquel cañón del río, a unas diez millas al nordeste a lo largo del Mora, donde Cauthon lo había apostado. Se encontraba a bastante distancia del campo de batalla de Merrilor.

Él no luchaba. Luz, era duro, pero no luchaba. Observaba, intentando de no pensar en la pobre gente que había muerto tratando de defender el río allí. Era el lugar perfecto para ello; el Mora pasaba por un cañón en esa zona, donde la Sombra cortaría el curso del río. Y lo había hecho. Oh, los hombres que Mat había enviado a

ese sitio habían tratado de luchar contra Señores del Espanto y sharaníes. ¡Qué misión tan absurda había sido! La ira contra Mat consumía a Grady. Todo el mundo afirmaba que era un buen general. Y luego iba y hacía eso.

Entonces, si era un genio, ¿por qué había mandado a quinientas personas normales y corrientes de un pueblo de montaña en Murandy a defender el río allí? Sí, Cauthon también había enviado a cien soldados de la Compañía, pero con eso no era suficiente ni de lejos. Habían muerto tras defender el río unas pocas horas. ¡Eran cientos y cientos de trollocs y varios Señores del Espanto en el cañón del río!

En fin, que esas personas habían sido masacradas, hasta la última. ¡Luz! En ese grupo había niños incluso. Los vecinos de ese lugar y los soldados habían luchado bien, defendiendo el cañón durante más tiempo de lo que Grady habría creído posible, pero al final habían caído. Y él había recibido la orden de que no los ayudara.

Bien, pues, ahora él esperaba en la oscuridad, en lo alto de las paredes del cañón, escondido entre un grupo de rocas. A unos cien pasos de su posición, veía moverse a los trollocs a la luz de las antorchas; los Señores del Espanto necesitaban luz para ver. También ellos se encontraban en lo alto de las paredes del cañón, cosa que les daba altura y posición para vigilar el río, el cual se había convertido en un lago. Los tres Señores del Espanto habían roto grandes trozos de las paredes del cañón y habían creado la barrera de roca que represaba las aguas del río.

Eso había servido para que el Mora se secara en Merrilor, a fin de que los trollocs pudieran cruzarlo con facilidad. Grady podría romper la presa en un momento; un ataque con el Poder Único la abriría y soltaría el agua del cañón. Hasta ahora, no se había atrevido. Cauthon le había ordenado que no atacara. Aparte de eso, él solo nunca podría derrotar a tres Señores del Espanto fuertes. Lo matarían y volverían a represar el río.

Acarició la carta de su esposa y después se preparó. Cauthon le había ordenado que abriera un acceso al mismo pueblo al amanecer. Hacer eso pondría de manifiesto su presencia allí. Ignoraba el propósito de esa orden.

Seguiría sus órdenes. Así la luz lo abrasara, pero lo haría. No obstante, si Cauthon sobrevivía a la batalla río abajo, ellos dos tendrían unas palabras. Palabras serias. Un hombre como Cauthon, nacido en una familia normal y corriente, tendría que haber sabido que no se debía desperdiciar vidas así como así.

Hizo otra profunda inhalación y empezó a tejer el acceso. Lo abrió a ese pueblo de donde había llegado la gente del día anterior. Ignoraba por qué tenía que hacer tal cosa; el pueblo se había despoblado para crear el grupo que había luchado horas antes. Dudaba que quedara alguien. ¿Cómo había dicho Mat que se llamaba? ¿Hinderstap?

Un gentío salió por el acceso con un clamor, gritando, blandiendo cuchillos de carnicero, horcas, espadas oxidadas… Con ellos llegaron más soldados de la

Compañía, como el centenar que había luchado el día antes. Sólo que…

Sólo que a la luz de las hogueras de los Señores del Espanto, los rostros de esos soldados eran los mismos que los que habían combatido allí hacía horas… Combatido y muerto allí.

Grady se quedó boquiabierto mientras se incorporaba y veía a esa gente atacar. Todos eran los mismos. Las mismas amas de casa, los mismos herradores y herreros, la misma gente. Los había visto morir, y ahora regresaban de nuevo.

Probablemente los trollocs no distinguían un humano de otro, pero los Señores del Espanto los vieron… Y comprendieron que aquellas personas eran las mismas. Los tres Señores del Espanto se quedaron estupefactos. Uno de ellos gritó algo sobre que el Señor Oscuro los había abandonado. Y empezó a lanzar tejidos a la gente.

La muchedumbre siguió a la carga, sin hacer caso del peligro, aunque muchos de ellos saltaron en pedazos por el aire. Cayeron sobre los Señores del Espanto arremetiendo contra ellos con herramientas de granja y cuchillos de cocina. Para cuando los trollocs atacaron, los Señores del Espanto habían perecido. Ahora podría…

Saliendo de su estupor, Grady abrazó el Poder y destruyó la presa que taponaba el cañón.

Y, al hacerlo, liberó las aguas del río.

41



Una sonrisa

Cauthon tiene de nuevo los dragones en funcionamiento —dijo Jonneth, que intentaba escudriñar a través del humo—. ¡Escuchadlos!

Resonaban fuertes estampidos en la cumbre de los Altos. Pevara sonrió. Androl, Jonneth, Emarin, Canler y ella se habían reunido con Logain y con los otros Asha'man, junto con algunas de las Aes Sedai que estaban vinculadas a ellos. Se encontraban al borde de las vertientes escarpadas, enfrente de Alcor Dashar, a una media milla de lugar donde yacía el cadáver descabezado de Demandred.

Otra tanda de disparos de dragones resonó a través de los Altos, aunque en la oscuridad no alcanzaban a ver el humo.

—Esos dragones no durarán mucho si los hombres de Taim se han mezclado con los sharaníes —dijo Pevara—. Los dragoneros no pueden defenderse contra los encauzadores, y son muy fáciles de localizar debido al ruido.

—Dudo que Cauthon los utilizara si tuviera otra opción —opinó Androl—. Ahora ya no puede reservarse nada.

—¡Asha'man! —Logain apareció entre el humo y llegó junto a ellos, con Gabrelle a su lado—. Hay que moverse.

—¿Vamos a defender esos dragones? —preguntó Androl.

A su alrededor, docenas de otros Asha'man exhaustos se levantaron de donde estaban sentados en el suelo al ver regresar a Logain.

—No. Vamos a desplazarnos hacia el oeste.

—¿Al oeste? —Pevara se cruzó de brazos—. ¡Eso está fuera de la batalla!

—Es donde vuestra Amyrlin combatió contra Taim —dijo Logain, y le dio la espalda—. El terreno allí, así como muchos de los sharaníes, han quedado enterrados en cristal. Quiero que todos los Asha'man, soldados y Dedicados a quienes no haya dado otras órdenes específicas empiecen a buscar. Hay…

El suelo se sacudió con un ominoso retumbo, y Pevara trastabilló. Androl la asió por el brazo, aunque ella percibía a través del vínculo que el agotamiento del hombre era parejo al suyo. No les quedaba mucha energía.

Cuando los temblores cesaron, Logain continuó:

—En alguna parte, dentro de esa masa de cristales, hay un cetro dorado. Se dice que Taim lo sostenía en la mano cuando Egwene al'Vere lo derrotó. Vamos a encontrarlo. Si alguno de vosotros lo ve, que no lo toque. Mandad a alguien a

buscarme.

Logain gritó las mismas instrucciones al siguiente grupo de Asha’man. Androl lo siguió con la mirada y Pevara percibió su frustración.

—Si el cetro es un *angreal* o *sa’angreal*, podría sernos muy útil —comentó Emarin.

—Tal vez —dijo Pevara—. Creo que esos dragones necesitan protección más de lo que nosotros necesitamos esa vara. Juro que en ese toque de cuernos había algo especial. Deberíamos estar atacando ahora, no buscando botines de guerra…

—Los otros Asha’man pueden ocuparse de eso —manifestó Androl—. Nosotros no tenemos que hacerlo.

—¿Qué? —exclamó, ceñudo, Canler—. ¿Vas a desobedecer?

—No —contestó Androl—. Él dijo que esto era para hombres que no tuvieran otras órdenes. Nosotros las tenemos. Al inicio de la batalla nos dijo que vigiláramos a los lacayos de Taim e hiciéramos algo al respecto.

—No estoy seguro de que él recuerde esa orden, Androl —objetó Emarin mientras se frotaba la mejilla—. Y tampoco sé si querría que la siguiéramos ahora, aunque la recordara.

—Nos la dio, sin embargo —insistió Androl.

—Androl —empezó Canler, que se sentó en cuclillas, apoyado en los talones—, estoy tan cansado que difícilmente sería capaz de reunir fuerza suficiente para maldecirte aunque quisiera. Ninguno de estos hombres parece estar en mejores condiciones, y a ti te cuesta abrir un acceso pequeño. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a Mishraile y a los demás?

Androl frunció el entrecejo, pero no tenía un argumento en contra de las palabras de Canler. Entonces sonrió.

—Eres un genio, Pevara.

—Gracias —dijo ella con remilgo—. Canler, ponte de pie. Caballeros, apuesto lo que queráis a que encontraremos a los hombres de Taim intentando destruir esos dragones. Vamos a darles una pequeña sorpresa…

En qué desastre se había convertido aquello.

Moghedien dio una patada al cadáver de Demandred. Lo habían dejado abandonado; los sharaníes habían ido a luchar contra el ejército de Cauthon para vengar a su cabecilla.

Demandred. El muy necio se había permitido el lujo de distraerse. Si uno se centraba demasiado en resentimientos personales o si se dejaba enredar con los gusanos con los que trabajaba… En fin, Demandred se merecía la suerte que había corrido. Morir y, probablemente, el castigo eterno en manos del Gran Señor.

Ahora que Demandred estaba al fin muerto, Moghedien buscó el Poder Único… y

encontró algo más: un río brillante diez veces más poderoso, diez veces más dulce. Habiendo caído tantos Elegidos, el Gran Señor se había abierto a ella. La supervivencia era en verdad el mejor modo de probar tu valía ante él.

Aquello hizo que cambiara los planes de manera radical. Para empezar, quemó el cadáver de Demandred y lo redujo a polvo. Acto seguido tejió la Máscara de Espejos —¡oh, qué dulce era el Poder Verdadero!— y transformó su apariencia en la imagen de Demandred. Siempre se aseguraba de ser capaz de imitar a los otros Renegados. Demandred sería difícil, porque había cambiado mucho últimamente, pero ella había prestado atención a esos cambios. No lograría engañar a nadie que la tocara, así que habría de tener cuidado.

Con el disfraz puesto, Viajó a las líneas de retaguardia del ejército sharaní que combatía con las tropas de Cauthon. Allí se encontraban las unidades de reserva, a la espera de moverse hacia adelante, así como carros de provisiones y algunos de los heridos.

Los sharaníes dejaron de colocar los suministros para mirarla. Boquiabiertos. Se estaban preparando para abandonar el campo de batalla. Eran conscientes, como todos los demás, de que el enorme ejército seanchan se había unido a la lucha. Reparó en que había algunos Ayyad en ese grupo; sólo tres, que ella viera. Dos mujeres con tatuajes y un encauzador varón mugriento. Casi todos los demás habían perecido en el conflicto con las Aes Sedai.

Los seanchan. Pensar en ellos y en su arrogante cabecilla la hacía estremecerse. Cuando el Gran Señor descubriera el desastre que había provocado…

No. Le había entregado el Poder Verdadero. Ella había sobrevivido a los demás y, de momento, eso era lo único que importaba. Él no lo veía todo y todavía debía de ignorar que la habían desenmascarado. ¿Cómo había logrado esa chica ver a través del disfraz? No tendría que haber podido.

Alguien tenía que haberla traicionado. Aun así, había estado trabajando estrechamente con Demandred durante esa batalla, y, aunque nunca había sido tan buena en tácticas como él —ninguno de los Renegados lo había igualado excepto, quizá, Sammael—, sí comprendía la batalla lo suficiente para ponerse al mando. Detestaba hacerlo, ya que estaba expuesta de un modo que no le gustaba nada. Pero en momentos desesperados se recurría a acciones desesperadas.

De hecho, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que las cosas iban bastante bien para ella. Demandred muerto, derrotado por su propio orgullo. M’Hael, ese advenedizo, también había caído y, de forma muy conveniente, había acabado con la cabecilla de las Aes Sedai en el campo de batalla. Ella todavía contaba con la mayor parte de los Engendros de la Sombra y algunos Señores del Espanto de Demandred; entre esos últimos, algunas mujeres del Ajah Negro y los hombres Trasmutados que habían llegado con M’Hael.

—¡Ése no es él! —gritó un viejo que llevaba las ropas de un monje sharaní. Señaló a Moghedien—. ¡Ése no es nuestro Wyld! Es…

Moghedien acabó con el hombre en un visto y no visto.

Mientras los huesos del monje caían amontonados en el suelo, Moghedien recordó por casualidad que sus informadores le habían contado que Demandred había mostrado afecto por ese viejo.

—Más te valdría haber estado muerto, viejo, que vivir para acusar a quien deberías haber amado —dijo al cadáver, hablando como Demandred—. ¿Alguien más quiere negarme?

Los sharaníes permanecieron callados.

—Ayyad, ¿me visteis crear tejidos? —preguntó Moghedien a los tres.

Tanto las dos mujeres como el sucio varón negaron con la cabeza.

—Mato sin tejidos —dijo Moghedien—. Sólo yo, vuestro Wyld, podría haber hecho eso.

Tuvo que acordarse de no sonreír, ni siquiera en un gesto de victoria, cuando la gente inclinó la cabeza. Demandred siempre era solemne. Cuando se pusieron de rodillas, Moghedien se vio obligada a hacer un gran esfuerzo para contener el entusiasmo. Sí, Demandred había hecho allí un buen trabajo, y le había entregado el ejército de toda una nación con el que jugar. ¡Las cosas iban a ir realmente bien!

—Matadragón —susurró una Ayyad arrodillada. ¡Estaba llorando! Qué débiles eran esas sharaníes—. Os vimos caer…

—¿Cómo iba a caer yo? Tenéis profecías, ¿no es así?

Las mujeres se miraron entre sí.

—Predecían que lucharíais, Matadragón, pero… —contestó la mujer.

—Reúne cinco pelotones de trollocs de las líneas de retaguardia —ordenó Moghedien volviéndose hacia el comandante de la unidad de reserva—. Y envíalos río arriba, a las ruinas.

—¿A las ruinas? —se extrañó el hombre—. Sólo los refugiados de Caemlyn están en esa dirección.

—Exacto, necio. Refugiados… Niños, ancianos, mujeres que buscan entre los muertos. No pueden defenderse. Diles a los trollocs que empiecen una matanza. Nuestros enemigos son débiles; un ataque así los obligará a dejar la lucha para ir a proteger a quienes unos verdaderos guerreros dejarían morir sin más.

El general asintió con la cabeza y Moghedien vio aprobación en su semblante. La aceptaba como Demandred. Bien. El oficial salió corriendo a dar la orden.

—Bien, y ahora —empezó Moghedien mientras los dragones disparaban a lo lejos— ¿podéis decirme por qué ninguno de nuestros Ayyad ha ido a eliminar esas armas del campo de batalla?

La Ayyad arrodillada delante de ella inclinó la cabeza.

—Nos queda menos de una docena de Ayyad, Wyld.

—Tus excusas son ridículas —replicó Moghedien, que prestó atención cuando las explosiones se detuvieron.

Tal vez algunos de los restantes Señores del Espanto de M'Hael acababan de resolver el problema de los dragones.

Sintió un cosquilleo en la piel cuando el comandante sharaní se dirigió hacia un Myrddraal que había al otro lado del campo. Detestaba encontrarse tan al descubierto. Su intención había sido permanecer en las sombras, dejando que otros dirigieran batallas. Sin embargo, que no se dijera que cuando la situación lo requería, ella estaba demasiado asustada para ir y…

Un acceso se abrió de repente detrás de ella y varios sharaníes gritaron. Moghedien giró sobre sí misma con rapidez, y los ojos se le desorbitaron al mirar hacia lo que parecía una caverna oscura. Con dragones apuntando hacia afuera.

—¡Fuego! —gritó una voz.

—¡Cierra el acceso! —gritó Talmanes, y el portal desapareció.

—¡Ésta era una de las ideas de lord Mat, ¿verdad?! —gritó Daerid, situado al lado de Talmanes, mientras los dragones se recargaban.

Los dos tenían los oídos tapados con cera.

—¡¿Tú qué crees?! —gritó Talmanes a su vez.

Si los dragones eran vulnerables cuando disparaban, ¿qué se hacía? Pues se disparaba desde una ubicación oculta.

Talmanes sonrió cuando Neald abrió el siguiente acceso delante de los diez dragones. El hecho de que muchas de las cureñas de los dragones estuvieran demasiado rotas para rodar bien no tenía la menor importancia cuando se podía abrir un acceso delante de las armas, apuntadas hacia dondequiera que uno quisiera.

Ese acceso se abrió donde pelotones de trollocs luchaban ferozmente contra Capas Blancas. Algunos Engendros de la Sombra se volvieron y miraron aterrados a los dragones.

—¡Fuego! —gritó Talmanes, bajando a un tiempo la mano para dar una señal visual, en caso de que los hombres no pudieran oírlo.

El humo llenó la caverna y las explosiones levantaron ecos contra los tapones de cera de Talmanes, mientras los dragones retrocedían y arrojaban una tormenta de muerte sobre los trollocs. La andanada lanzada a los pelotones los quitó de en medio, dejándolos destrozados y moribundos. Los cercanos Capas Blancas vitorearon y levantaron las espadas.

Neald cerró el acceso y los dragoneros recargaron las armas. El Asha'man abrió otro acceso por encima de ellos, orientado hacia abajo, para ventilar la caverna del humo de los disparos en algún lugar lejano en el aire.

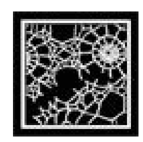
—¿Sonreís? —preguntó Daerid.

—Sí —dijo Talmanes, satisfecho.

—Rayos y truenos, lord Talmanes… Esa expresión en vos resulta aterradora. —Daerid vaciló—. Probablemente deberíais hacer eso más a menudo.

Talmanes esbozó una sonrisilla cuando Neald abrió el siguiente acceso a un lugar en Alcor Dashar, donde se encontraba Aludra con un visor de lentes y con exploradores a fin de decidir cuál sería el siguiente objetivo sobre el que disparar. Gritó una posición, Neald asintió con la cabeza, y se dispuso la siguiente tanda de disparos.

42



Imposibilidades

Aviendha sintió como si el mundo se resquebrajara, se hiciera pedazos, se estuviera consumiendo.

Los rayos que caían en el valle de Shayol Ghul ya no estaban bajo control. Ni por las Detectoras de Vientos ni por nadie. Se descargaban sobre Engendros de la Sombra y defensores por igual. Impredecibles. El aire olía a fuego, a carne quemada y a algo más, un olor peculiar, nítido, que ella había acabado por identificar como el propio de una descarga de rayo.

Aviendha se movía como el viento arremolinado en un intento de mantenerse un paso por delante de Graendal, que le lanzaba barra tras barra de candente fuego compacto. Con cada disparo, el suelo se estremecía. Unas líneas negras se extendían por todas las rocas.

Los defensores del valle casi habían caído. A los que no se habían retirado al fondo, cerca del sendero que subía por la montaña, los estaban destrozando los Sabuesos del Oscuro. El suelo se sacudió y Aviendha trastabilló. Cerca, un grupo de trollocs surgió de las sombras tortuosas, gruñendo. Las criaturas no la vieron, pero se volvieron y atacaron a otra cosa… ¿Otros trollocs? Estaban luchando entre ellos.

No la sorprendió. No era inusual que los trollocs lucharan unos con otros si no los controlaban estrechamente los Seres de Cuencas Vacías. Pero ¿qué era esa extraña niebla?

Aviendha se levantó y echó a correr para alejarse de los trollocs; subió por una pendiente que había cerca. Quizá desde ese punto elevado podría localizar la posición de Graendal. Al llegar arriba, descubrió que se encontraba en una imposibilidad: un enorme peñasco que se sostenía de forma precaria en un punto de apoyo mínimo. Se había desgajado del suelo y se había quedado erecto, como si flotara.

Todo en derredor por el valle había imposibilidades semejantes. Un grupo de jinetes domani galopaba sobre un sector rocoso y de pronto la piedra se rizó como si fuera agua, y todos, los cuatro hombres y sus monturas, se hundieron en ella y desaparecieron. Esa densa niebla había empezado a entrar en el valle por un lateral. Hombres y trollocs por igual huían de ella, gritando.

Una barra de fuego compacto atravesó el peñasco en equilibrio y le pasó a escasas pulgadas de la cabeza. Aviendha soltó un grito ahogado y se tiró de bruces al suelo. Oyó ruido cerca y rodó sobre sí misma al tiempo que preparaba un tejido.

Amys —con su ropa de Sabia ennegrecida y quemada y un lado de la cara enrojecido— se apresuró a reunirse con ella y se agazapó a su lado.

—¿Has visto a Cadsuane o a las otras?

—No.

Amys masculló una maldición en voz baja.

—Tenemos que atacar todas a la Depravada de la Sombra de inmediato. Tú da un rodeo por la derecha; yo iré por la izquierda. Cuando percibas que tejo, empieza a hacerlo tú también. Juntas quizá podamos derrotarla.

Aviendha asintió con la cabeza. Las dos se incorporaron y se separaron. En alguna parte, luchando, se encontraba el equipo cuidadosamente seleccionado de Cadsuane: Talaan, una Detectora de Vientos que, de algún modo, había llegado a formar parte de los Juramentados del Dragón; Alivia, la antigua *damane*. Ellas, con Amys y Aviendha, eran algunas de las encauzadoras más fuertes que la Luz tenía.

El origen del fuego compacto era al menos una indicación de dónde se encontraba Graendal. Aviendha dio la vuelta al peñasco en equilibrio —el fuego compacto lo había perforado, en lugar de destruirlo por completo— y se sintió inquieta al ver que otras rocas se elevaban, al azar, por todo el valle. Era una burbuja maligna, sólo que a una escala mucho mayor. Avanzaba cautelosamente cuando oyó una sorda vibración procedente de la montaña. El suelo empezó a temblar, esquirlas de piedra saltaron aquí y allá. Aviendha se mantuvo agachada y entonces vio que, por increíble que fuera, en el valle empezaban a brotar plantas nuevas. El otrora terrero baldío adquirió un vivo color verde; las plantas parecían oscilar mientras crecían.

Brotaban en redondeles por todo el valle, en estallidos violentos de verdor. Arriba, las nubes blancas y negras daban vueltas juntas, blanco sobre negro, negro sobre blanco. Un rayo se descargó, y se quedó petrificado en el suelo. Parecía imposible, pero el rayo daba la impresión de haberse convertido en una inmensa columna de cristal irregular, con la forma de la descarga que había caído, aunque ya no resplandecía.

Arriba, las nubes formaron una imagen que le pareció conocida. Negro en blanco, blanco en negro…

«Es el símbolo —comprendió con sobresalto—. El antiguo símbolo de los Aes Sedai».

Bajo ese símbolo… él conquistará.

Aviendha se aferró con fuerza al Poder Único. Ese sonido vibrante era él, de algún modo. La vida que crecía era él. Mientras el Oscuro desgarraba la tierra, Rand volvía a unirla como si la cosiera.

Tenía que seguir moviéndose. Se agazapó mientras corría, usando las plantas recién crecidas para ocultarse. Habían brotado justo cuando Aviendha necesitaba que cubrieran su aproximación. ¿Casualidad? Prefirió pensar que no. Lo sentía en el

fondo de su mente. Luchaba, era un verdadero guerrero. Su batalla le daba fuerzas a ella, e intentó corresponder de igual modo. Determinación. Honor. Gloria.

«Sigue luchando, sombra de mi corazón. Sigue luchando».

Encontró a Graendal —todavía rodeada de subordinados sometidos a Compulsión— intercambiando tejidos letales de Poder Único con Cadsuane y Alivia. Aviendha aflojó el paso y observó a las tres lanzarse estallidos de fuego, cortar tejidos con Energía unas a otras, distorsionar el aire e intercambiar tejidos tan deprisa que era difícil discernir qué ocurría.

Ansiaba ayudar, pero Amys tenía razón. Si ella y Aviendha atacaban a la vez, sobre todo mientras Graendal estaba ocupada, tenían más posibilidades de acabar con la Renegada. Dando por supuesto que Cadsuane y Alivia serían capaces de resistir, esperar era la mejor opción.

Sin embargo, ¿podrían aguantar? Cadsuane era poderosa, más de lo que ella había imaginado. A buen seguro, esos adornos del pelo incluían *angreal* y *ter'angreal*, aunque Aviendha no había tenido oportunidad de tocarlos para saberlo a ciencia cierta mediante el uso de su Talento.

Las cautivas de Graendal estaban tiradas en el suelo; era evidente que flaqueaban sus fuerzas. Dos ya se habían desmayado. Sarene había caído de rodillas y miraba hacia adelante, con los ojos vacíos de expresión.

A Cadsuane y a Alivia no parecía importarles que los tejidos alcanzaran también a los cautivos. Era una buena elección, la correcta. Aun así, ¿podría ella…?

A su espalda, la alta maleza se movió.

Giró sobre sí misma sin pensar y tejió Fuego. Quemó a un atacante con velo negro instantes antes de que el Aiel pudiera hundirle la lanza en el cuello. El arma le hizo un corte en el hombro cuando el hombre se tambaleó y se desplomó de bruces; el tejido de Fuego le había abierto un agujero en el torso tan grande como un puño.

Otra encauzadora se sumó a la refriega y arrojó tejidos de forma frenética. Amys había llegado. Por suerte, Graendal estaba centrada en ella en vez de atacar la posición de Aviendha, recién descubierta.

Menos mal, porque Aviendha se había quedado mirando de hito en hito al hombre que había caído, un hombre al que Graendal había hecho cumplir su voluntad a través de la Compulsión. Un hombre al que le pareció que conocía.

Horrorizada, temblorosa, alargó la mano y retiró el velo.

Era Rhuarc.

—Me marcho —dijo Mishraile, que miraba ceñudo las espaldas de los jinetes sharaníes lanzados a la carga; se encontraban en el lado occidental de los Altos, lejos del flanco izquierdo del ejército sharaní—. Nadie nos dijo que tendríamos que enfrentarnos a los malditos héroes del Cuerno.

—Es la Última Batalla, pequeño —dijo Alviarin.

En su voz había una velada censura. Últimamente le había dado por llamarlos «pequeños». Mishraile estuvo tentado de estrangularla. ¿Por qué había permitido M'Hael que vinculara a Nensen? ¿Por qué tenía que dirigirlos una mujer?

Formaban un pequeño grupo: Alviarin, Mishraile, Nensen, Kash, Rianna, así como Donalo y Ayako, la cual había sido Trasmutada igual que él. Mishraile no sabía mucho sobre el combate en un campo de batalla; cuando mataba a alguien, le gustaba esperar a toparse con esa persona en algún lugar oscuro, donde no hubiera nadie observando. Todo eso de batallar a campo abierto, todo ese caos, lo hacía sentirse como si tuviera la punta de un cuchillo pegada a la espalda.

—Allí —le dijo Alviarin a Nensen señalando hacia un destello de luz al tiempo que otra explosión de esos dragones retumbaba por los accesos a través del campamento—. Creo que vino del centro de la cima. Abre un acceso e id allí.

—No vamos a conseguir nunca… —empezó Mishraile.

—¡Vamos! —gritó Alviarin con el rostro rojo por la ira.

Nensen se trompicó e hizo lo que ella había dicho. Le gustaba seguir órdenes, sentir que alguien tenía el mando.

«Quizá debería matarla —pensó Mishraile—. Y a Nensen también». Incluso sin tener experiencia apenas en batallas, Mishraile veía que aquello no iba a ser una lucha fácil. El regreso de los seanchan, la caída de Demandred, los trollocs campando por sus respetos… Sí, la Sombra todavía tenía muchos más efectivos, pero la lucha no era ni de lejos unilateral, como a él le habría gustado. Una de las primeras reglas que había aprendido en su vida era no luchar nunca contra alguien si había las mismas posibilidades de perder que de ganar.

Cruzaron en tropel el acceso y salieron en medio de la cima de la loma. El suelo, quemado por los dragones y los encauzadores, echaba un humo que se mezclaba con la extraña niebla que se había levantado; no resultaba fácil discernir qué estaba ocurriendo allí. Anchos agujeros en el suelo abiertos por los dragones. Cadáveres… Mejor dicho, trozos de cadáveres esparcidos por todas partes. Un olor inusual en el aire. Ya había amanecido, pero apenas llegaba luz a través de las nubes.

En lo alto sonaban gritos lanzados por esos extraños animales voladores que los seanchan habían llevado. Mishraile se estremeció. Era como encontrarse en una casa sin techo y saber que tu enemigo tenía arqueros situados a más altura que tú. Derribó a uno con un tejido de Fuego, satisfecho por la forma en que las alas del animal se arrugaban y la bestia empezaba a girar dando vueltas sobre sí mientras se precipitaba al suelo.

Sin embargo, atacar de ese modo lo había dejado al descubierto. De verdad que tendría que matar a los otros Señores del Espanto y luego escapar. ¡Se suponía que estaba en el bando ganador!

—Poneos a ello —dijo Alviarin—. Haced lo que he dicho. Esto lo hacen hombres abriendo accesos para que los artefactos disparen a través de ellos, así que hemos de localizar dónde está el acceso y que Donalo interprete el residuo.

Los hombres se pusieron en marcha para inspeccionar el suelo a fin de encontrar el lugar donde se había abierto el acceso. Había gente luchando cerca —inquietantemente cerca—, sharaníes y hombres que enarbolaban una bandera con un lobo como emblema. Si empezaban a moverse hacia ellos…

Donalo se situó junto a Mishraile mientras buscaban deprisa, ambos asiendo el Poder. Donalo era un teariano de rostro cuadrado, con la barba gris en punta.

—Cuando Demandred cayó —susurró Donalo—, imaginé que esto era una trampa desde el principio. Nos la han pegado.

Mishraile asintió con un cabeceo. Quizá Donalo pudiera ser un aliado. Podrían escapar juntos. Por supuesto, después tendría que matarlo. No quería tener un testigo que posteriormente fuera capaz de informar al Gran Señor sobre lo que había hecho.

De todos modos no se fiaba de Donalo. El hombre se había unido a ellos sólo por ese truco forzado con los Myrddraal. Si había cambiado de bando con tanta facilidad, ¿qué le impedía cambiar de nuevo al otro? Además, a Mishraile no le gustaba la… sensación que le producía mirar a Donalo o a los otros que habían sido Trasmutados. Era como si hubiera algo antinatural en lo más profundo de su ser, algo que observaba el mundo en busca de una presa.

—Tenemos que largarnos de aquí —susurró Mishraile—. Luchar ahora aquí es una loc… —Enmudeció de golpe al topar con alguien que se movía entre el humo.

Era un hombre alto, con el cabello rojizo. Un hombre conocido, lleno de cortes, y con la ropa quemada y ennegrecida. Mishraile se quedó boquiabierto y Donalo maldijo cuando el Dragón Renacido en persona los vio, hizo un gesto de sobresalto y luego huyó por donde había llegado a través de la loma. Para cuando a Mishraile se le ocurrió atacar, al’Thor había creado un acceso y había escapado a través de él.

La tierra retumbó con violencia y algunos trozos de tierra saltaron en pedazos; una parte de la ladera oriental se desprendió y se precipitó sobre los trollocs que había abajo. Ese lugar se estaba volviendo cada vez más inestable. Una razón más para irse.

—¡Ése era el maldito Dragón Renacido! —gritó Donalo—. ¡Alviarin! ¡El jodido Dragón Renacido está en el campo de batalla!

—Pero ¿qué tonterías dices? —exclamó la Aes Sedai mientras se acercaba a los demás.

—Rand al’Thor estaba aquí —confirmó Mishraile, todavía sin salir de su asombro—. Rayos y centellas, Donalo. ¡Tenías razón! Es la única explicación de que Demandred haya caído.

—Él no dejaba de repetir que el Dragón estaba en este campo de batalla, en alguna parte —apuntó Kash.

Donalo se adelantó y ladeó la cabeza, como si examinara algo en el aire.

—Vi exactamente dónde hizo el acceso para escapar. Era justo aquí. Aquí mismo… ¡Sí! Noto la resonancia. Sé adónde ha ido.

—Derrotó a Demandred —dijo Alviarin mientras se cruzaba de brazos con aire escéptico—. ¿Qué posibilidades tenemos nosotros contra él?

—Parecía exhausto —replicó Mishraile—. Más que exhausto. Lo asaltó el pánico al vernos. Creo que, si ha luchado con Demandred, ha tenido que costarle un enorme desgaste físico.

Alviarin se quedó mirando el lugar en el aire por donde al'Thor había desaparecido. Mishraile casi le leía el pensamiento. Si mataban al Dragón Renacido, quizá M'Hael no sería el único Señor del Espanto ascendido a Elegido. El Gran Señor estaría agradecido a quien acabara con al'Thor. Muy agradecido.

—¡Lo tengo! —gritó Donalo, que abrió un acceso.

—Necesito un círculo para luchar con él —declaró Alviarin. Entonces vaciló—. Pero sólo usaré a Rianna y a Nensen. No quiero correr el riesgo de ser demasiado inflexibles por estar todos en el mismo círculo.

Mishraile resopló con sorna, aferró el Poder y saltó a través de la abertura. Lo que esa mujer quería decir era que no quería que uno de los hombres dirigiera el círculo y que le quitara la muerte de la presa. En fin, él se ocuparía de eso.

Pasó del campo de batalla a un claro que no reconoció. Los árboles no parecían estar tan afectados por el contacto con el Gran Señor como ocurría en otros sitios. ¿Por qué sería? Bueno, arriba se veía el mismo cielo lóbrego y tormentoso, y el área estaba tan oscura que tuvo que tejer un globo de luz para distinguir algo.

Cerca, al'Thor descansaba en un tocón. Alzó la mirada, vio a Mishraile y gritó mientras se escabullía a trompicones. Mishraile tejió una bola de fuego que chisporroteó en el aire y voló en pos de él, pero al'Thor se las ingenió para cortarlo con un tejido propio.

«¡Ajá! ¡Está débil!», pensó Mishraile, que echó a correr. Los demás lo siguieron a través del acceso, las mujeres coligadas con Nensen, que iba tras Alviarin como un perrito faldero.

Un instante después, dejaron de correr.

Fue como si a Mishraile lo golpeara agua fría, como si chocara contra una catarata. El Poder Único desapareció. Lo abandonó, sin más.

Dio un traspié, aterrado, e intentó discernir qué había pasado. ¡Lo habían escudado! No. No percibía ningún escudo. No percibía… nada.

Cerca, hubo movimiento entre los árboles, figuras que salían de las sombras. Criaturas que se movían con lentitud y pesadez, que tenían largas cejas copetudas y gruesos dedos. Parecían tan añosos como los propios árboles, con la piel arrugada y el cabello blanco.

Estaban en un *stedding*.

Mishraile trató de correr, pero unos brazos firmes lo sujetaron. Viejos Ogier los rodeaban a él y a los otros. Un poco más allá, en el bosque, al’Thor avanzó un paso… pero no era él. Ya no. Había sido un truco. Androl había llevado el rostro del Dragón Renacido.

Los otros gritaron y golpearon a los Ogier con los puños, pero Mishraile cayó de rodillas mirando aquel vacío que había donde antes estaba el Poder Único.

Pevara se acercó a Androl mientras los Ogier, los que eran demasiado mayores para sumarse a la batalla, tomaban a los Señores del Espanto con fuertes manos y los arrastraban hacia el interior del *stedding* Sholoon. Lindsar, la Ogier de más edad entre ellos, se acercó a Androl apoyándose en un bastón tan grueso como el muslo de un hombre.

—Nos ocuparemos de los cautivos, maese Androl —dijo.

—¿Ejecución? —preguntó Pevara.

—¡Por los más antiguos árboles, no! —exclamó Lindsar con aire ofendido—. En este sitio no. Aquí no se mata. Los retendremos y no los dejaremos escapar.

—Son muy peligrosos, buena Ogier —le recordó Androl—. No subestiméis lo taimados que pueden ser.

La Ogier rió entre dientes y se dirigió cojeando hacia los árboles, todavía maravillosos, del *stedding*.

—Los humanos dais por sentado que por el hecho de que seamos tranquilos no podemos ser taimados también —dijo—. Les mostraremos lo ladina que puede llegar a ser una mente longeva con siglos de aprendizaje. No os preocupéis, maese Androl. Tendremos cuidado. Les vendrá bien a esas pobres almas vivir en la paz del *stedding*. Tal vez unas cuantas décadas de paz harán que cambie su punto de vista sobre el mundo.

La Ogier desapareció entre los árboles.

Androl miró a Pevara; percibía vibrar la satisfacción a través del vínculo a pesar de que el rostro mostraba calma.

—Has estado muy acertada —le dijo—. El plan ha sido excelente.

Ella asintió con satisfacción, y los dos salieron del *stedding* y cruzaron la barrera invisible de vuelta al Poder Único. Aunque Androl estaba tan cansado que apenas era capaz de pensar, no tuvo problema alguno en asir el *Saidin*. Lo aferró como haría un hombre hambriento con un trozo de pan, aunque sólo había estado aislado de él unos pocos minutos.

Casi sintió pena por lo que les había hecho a Donalo y a los otros.

«Descansa bien ahí, amigo mío —pensó tras echar una ojeada hacia atrás—. Quizá podamos encontrar el modo de liberarte algún día de la prisión en la que

encerraron tu mente».

—¿Y bien? —preguntó Jonneth, que se acercó corriendo.

—Hecho —dijo Androl.

Pevara asintió con la cabeza al salir de los árboles que se asomaban al Mora y las ruinas que había fuera del *stedding*. Se detuvo al ver la zona que rodeaba las ruinas que tenían delante, donde los refugiados de Caemlyn habían estado reuniendo heridos y armas.

Ahora estaba llena de trollocs.

Era una masacre.

Aviendha se arrodilló al lado del cadáver de Rhuarc.

Muerto. Había matado a Rhuarc.

«Ya no era él —se dijo a sí misma—. Graendal lo había matado. Como si su tejido lo hubiera reducido a cenizas. Esto sólo es una cáscara vacía».

Sólo era una…

Sólo era una…

Sólo era una…

Entereza, Aviendha. La determinación de Rand la inundó irradiando a través del vínculo en el fondo de la mente. Alzó la vista y sintió que la fatiga la abandonaba; todas las distracciones desaparecieron.

Graendal luchaba con Amys, Talaan, Alivia y Cadsuane, y la Renegada estaba ganando. Los tejidos se cruzaban de un lado a otro e iluminaban el aire polvoriento, pero los que llegaban de Cadsuane y las otras eran cada vez menos vibrantes. Más defensivos. Mientras Aviendha observaba, una tormenta de relámpagos cayó alrededor de Amys y la arrojó al suelo. Al lado de Graendal, Sashalle Anderly se estremeció y se desplomó de lado; el brillo del Poder Único ya no la rodeaba. Graendal la había agotado, absorbiendo demasiado Poder.

Aviendha se incorporó. Graendal era poderosa y astuta. Era increíblemente buena cortando tejidos en el aire mientras se formaban.

Aviendha extendió hacia afuera un brazo y tejió Fuego, Aire, Energía. Una lanza de luz y fuego, brillante, ardiente, apareció en su mano. Preparó otros tejidos de Energía y después salió disparada hacia adelante.

La vibración del suelo tembloroso acompañó sus zancadas. Unos rayos cristalinos cayeron del cielo y luego se petrificaron en el acto. Hombre y bestias aullaron cuando los Sabuesos del Oscuro llegaron a las últimas líneas de humanos que defendían el camino que llevaba a Rand.

Graendal vio a Aviendha y empezó a tejer fuego compacto. Ella cortó el tejido en el aire con uno de Energía. Graendal maldijo y tejió de nuevo. Aviendha deshizo el tejido otra vez.

Cadsuane y Talaan lanzaron bolas de fuego. Uno de los Aiel cautivos se arrojó delante de Graendal y murió con un largo alarido mientras las llamas lo envolvían.

Con la lanza de fuego enarbolada, Aviendha corrió a toda velocidad y el suelo pasó como un manchón bajo ella. Recordó su primera carrera, una de las pruebas para poder unirse a las Doncellas. Aquel día había sentido el viento tras ella, apremiándola a seguir.

Esta vez no sintió viento alguno. En cambio, oyó los gritos de los guerreros. Era como si los Aiel que luchaban la impulsaran hacia adelante. El propio sonido la llevaba hacia Graendal.

La Renegada realizó un tejido sin que a Aviendha le diera tiempo a detenerlo, un poderoso tejido de Tierra dirigido a sus pies.

Así que dio un salto.

El suelo explotó, las piedras volaron hacia arriba al tiempo que el estallido la lanzaba al aire. Las piedras le despellejaron las piernas y arrastraron salpicaduras de sangre en el aire a su alrededor. Los pies se le desgarraron, los huesos crujieron, las piernas le ardieron.

Aferró la lanza de fuego y luz con las dos manos en medio de la tormenta de rocas, la falda ondeando mientras se hacía pedazos. Graendal miró hacia arriba con los ojos desorbitados y la boca entreabierta. Iba a Viajar con el Poder Verdadero, Aviendha lo supo. La mujer no lo había hecho hasta entonces porque aquel método de Viaje requería que tocara a sus compañeros a fin de llevárselos consigo, y no quería dejarse a ninguno.

Aviendha le sostuvo la mirada a la Depravada de la Sombra durante ese breve instante en que se quedó suspendida en el aire y vio verdadero terror en los ojos de la otra mujer.

El aire empezó a distorsionarse.

La lanza de Aviendha, con la punta por delante, se hundió en el costado de Graendal.

La Renegada y ella desaparecieron en el aire de repente.

43



Un campo de cristal

Logain se encontraba en el centro de un campo de cristal, con las manos enlazadas a la espalda. La batalla proseguía con furia en los Altos. Parecía que los sharaníes estaban retrocediendo ante la arremetida de los ejércitos de Cauthon, y sus exploradores acababan de informar que la Sombra había recibido un duro castigo por todo Campo de Merrilor.

—Supongo que no te necesitarán —le dijo Gabrelle cuando los exploradores se marcharon—. Así que tenías razón.

El vínculo transmitía insatisfacción e incluso desilusión.

—He de mirar por el futuro de la Torre Negra —repuso Logain.

—No miras por su futuro —replicó ella en tono suave, casi amenazador—. Lo que buscas es asegurarte de ser alguien poderoso en estas tierras, Logain. A mí no puedes ocultarme tus emociones.

Logain controló la ira. No volvería a estar sometido al poder de otros. No lo permitiría. Primero, la Torre Blanca; luego, M'Hael y sus hombres.

Días de tortura. Semanas.

«Seré más fuerte que cualquier otro —pensó. Era la única salida que tenía, ¿cierto?—. Me temerán».

Luz. Había resistido a los intentos de corromperlo, de alinearlo con la Sombra… Pero no podía evitar preguntarse si no habrían roto algo dentro de él. Algo profundo. Recorrió el campo de cristal con mirada penetrante.

De abajo llegó otro retumbo y algunos de los cristales se rompieron. Toda esa zona no tardaría en derrumbarse. Y con ella, el cetro…

«Poder».

—Te lo advierto, hombre de tierra firme —dijo cerca una voz sosegada—. He de entregar un mensaje. Si para entregarlo tengo que romperte un brazo, lo haré.

«Ese acento es seanchan», pensó Logain, que se dio la vuelta, ceñudo. Una seanchan, acompañada de un illiano corpulento, discutía con uno de sus guardias. La mujer sabía cómo hacerse oír sin necesidad de alzar la voz. Irradiaba un autodominio que a Logain le resultó curioso.

Se acercó, y la seanchan alzó la mirada hacia él.

—Tenéis un aire de autoridad —le dijo ella—. ¿Sois vos al que llaman Logain?

Él asintió.

—La Amyrlin os envía sus últimas palabras —anunció la seanchan—. Debéis entregar los sellos a la Torre Blanca para romperlos. ¡La señal es la llegada de la luz! Dice que lo sabremos cuando llegue.

Logain enarcó una ceja. Hizo una especie de asentimiento de cabeza a la mujer, principalmente para desconcertarla, y luego echó a andar de vuelta hacia donde había estado.

—No tienes intención de hacerlo —dijo Gabrelle—. Necio. Esos sellos pertenecen a…

—A mí —la cortó él.

—Logain —empezó Gabrelle con suavidad—, sé que te han hecho daño, pero no es momento de juegos.

—¿Por qué no? ¿El trato que me dio la Torre Blanca no fue lo mismo que un gran juego, un juego prolongado?

—Logain. —Ella le tocó el brazo.

¡La Luz abrasara el vínculo! Ojalá nunca la hubiera forzado a ello. Atado a ella como estaba, percibía su sinceridad. Su vida sería mucho más fácil si pudiera seguir mirando a todas las Aes Sedai con desconfianza.

Sinceridad. ¿Sería ésa su perdición?

—¡Lord Logain! —llamó Desautel desde cerca; el Dedicado era tan corpulento como un herrero—. ¡Lord Logain, creo que lo he encontrado!

Logain destrabó la mirada de la de Gabrelle y volvió la vista hacia Desautel. El Asha’man se encontraba al lado de un gran cristal.

—Está aquí —dijo y empezó a limpiar el cristal mientras Logain se acercaba—. ¿Veis?

Logain se arrodilló y tejió un globo de luz. Sí… ahí, dentro del cristal. Parecía una mano, hecha de un tipo de cristal ligeramente distinto, que resplandecía con la luz. Esa mano sostenía un cetro dorado, con la cabeza ligeramente parecida a una copa.

Con una amplia sonrisa, Logain asió el Poder Único. Dejó que el *Saidin* fluyera de él al interior del cristal usando un tejido para romperlo como haría con una piedra.

El suelo tembló. El cristal, fuera lo que fuera, resistía. Cuanto más fuerte empujaba, más violento se volvía el temblor.

—Logain… —llamó Gabrelle.

—Échate atrás —le ordenó él—. Creo que tendré que usar fuego compacto.

El pánico surgió impetuosamente por el vínculo. Por suerte, Gabrelle no intentó decirle lo que estaba prohibido y lo que no. Los Asha’man no tenían que obedecer la ley de la Torre Blanca.

—¡Logain!

Otra voz. ¿Es que no iban a dejarlo en paz? Preparó su tejido.

—¡Logain! —Androl jadeaba cuando llegó. Cayó de rodillas, con el— rostro rojo y quemado. Su aspecto era peor que la propia muerte. —Logain…, los refugiados de Caemlyn… La Sombra ha enviado trollocs para matarlos en las ruinas. ¡Luz! Los están masacrando.

Logain tejió fuego compacto, pero retuvo el tejido, casi terminado, mientras miraba el cristal y su dorado premio.

—Logain… —prosiguió Androl con voz dolida—. Los que me acompañaban se quedaron para luchar, pero están demasiado cansados. No encuentro a Cauthon, y los soldados a los que acudí estaban demasiado enzarzados en el combate para ayudar. No creo que ninguno de los comandantes sepa que los trollocs se encuentran río arriba. Luz.

Logain mantuvo el tejido en suspenso, sintiendo palpitar el Poder Único dentro de sí. Poder. Miedo.

—Por favor —susurró Androl con un hilo de voz—. Hay niños, Logain. Están matando niños…

Logain cerró los ojos.

Mat cabalgaba junto con los héroes del Cuerno. Al parecer, el hecho de haber sido una vez el Tocador del Cuerno le otorgaba un lugar especial entre ellos. Se le unieron, lo llamaron, hablaron con él como si se conocieran. Su aspecto resultaba tan… En fin, tan heroico, imponentes en sus monturas y rodeados de una niebla que brillaba contra la luz del alba.

En medio de la lucha, por fin hizo la pregunta que lo había estado acosando largo rato ya.

—Yo no soy… bueno, uno de vosotros, ¿verdad? —le preguntó a Hend el Perforador—. Ya sabes, me refiero a que los héroes nacen a veces y luego mueren y… hacen lo que quiera que hagáis.

El hombretón rompió a reír. Montaba un bayo que casi habría podido equipararse con el mastodonte seanchan.

—¡Sabía que preguntarías eso, Jugador!

—Bueno, entonces deberías tener preparada la jodida respuesta. —Mat notó que la cara le enrojecía por la respuesta que esperaba.

—No, no eres uno de nosotros —contestó Hend—. Puedes estar tranquilo. Aunque has hecho más que suficiente para ganarte un sitio, no has sido elegido. Ignoro por qué.

—Quizá porque no me gusta la idea de tener que salir corriendo cada vez que alguien toca ese puñetero instrumento.

—¡Quizá!

Hend sonrió y galopó hacia una línea de lanceros sharaníes.

Mat ya no dirigía el movimiento de las tropas en el campo de batalla. Si la Luz quería, había dispuesto las cosas lo bastante bien para que no hiciera falta un control directo. Cabalgó a través de la cumbre de los Altos luchando y gritando junto a los héroes.

Elayne había vuelto y había reagrupado a sus tropas. Mat vio el estandarte de Elayne, creado con el Poder Único, resplandecer por encima de los soldados en el cielo, y atisbó a alguien que parecía ella cabalgando entre sus hombres, el pelo brillando como si algo lo alumbrara desde atrás. Parecía una jodida heroína del Cuerno.

Mat soltó un grito de alegría al ver al ejército seanchan marchar hacia el norte, a punto de incorporarse al ejército de Elayne, y siguió cabalgando a lo largo de la ladera oriental de los Altos. Poco después, sofrenó a *Puntos*, que acababa de pisotear a un trolloc. Ese sonido estruendoso… Mat miró abajo al tiempo que el río regresaba en un veloz aluvión de agua cenagosa. Hendió en dos al ejército trolloc y arrastró a muchas de las bestias cuando entró en tromba de vuelta a su cauce.

El canoso Rogosh observó la corriente de agua y luego movió la cabeza en un gesto de respetuoso asentimiento hacia Mat.

—Bien hecho, Jugador —dijo.

El regreso del río había dividido a las fuerzas de la Sombra.

Mat se reincorporó a la batalla. Mientras cabalgaba, reparó a través de la cumbre de la loma que los sharaníes —lo que quedaba de ellos— huían a través de accesos. Que se fueran, sí.

Cuando los trollocs situados en la cumbre de los Altos vieron huir a los sharaníes, su resistencia se vino abajo y fueron presas del pánico. Encajonados —y viendo que pronto acabarían barridos a través de la loma por los ejércitos combinados de Mat— no les quedaba otra opción que huir hacia la larga vertiente del suroeste.

Mientras, la zona al pie de los Altos se había convertido en un completo caos. El ejército seanchan se había unido al de Elayne y ambos ejércitos atacaron con saña a los trollocs. Formaron un cordón alrededor de las bestias y avanzaron deprisa, para que no escapara ni uno. En poco tiempo, el suelo se convirtió en un barrizal rojo y profundo a medida que los trollocs caían a millares.

Pero el combate en el lado shienariano del Mora no era nada comparado con la contienda que tenía lugar al otro lado del río. La cañada entre las ciénagas y los Altos de Polov estaba atestada de trollocs que trataban de escapar de los seanchan que los atacaban desde el extremo más lejano de la cañada, al oeste.

Las tropas que entraron primero a enfrentarse a los trollocs en la cañada no estaban compuestas por soldados de infantería seanchan, sino por escuadrones de *lopar* con sus *morat'lopar*. Erguidas en las patas traseras, las criaturas no eran más

altas que los trollocs, pero los superaban de forma considerable en volumen y peso. Llegaron hasta los trollocs, se irguieron y empezaron a arremeter con las garras afiladas como cuchillas. Una vez que uno de ellos debilitaba a su presa, la asía por el cuello con las zarpas y arrancaba de un mordisco la cabeza del trolloc, cosa que le producía un gran placer.

A los *lopar* los retiraron cuando los cadáveres de trollocs empezaron a amontonarse en la otra punta de la cañada. Los siguientes en entrar en esa trampa mortífera fueron bandadas de *corlm*, unas criaturas grandes, sin alas pero con plumas, y largos picos curvos diseñados para desgarrar carne. Esos carnívoros corrieron con facilidad por encima de los montones de cadáveres hacia los trollocs que seguían luchando, para separar la carne de los huesos a las bestias. Los soldados seanchan apenas participaron en esos procedimientos, sólo se situaron con las picas para asegurarse de que no escapaba ningún trolloc por la cañada o por el lado oeste de los Altos. Las criaturas que los atacaban pusieron tan nerviosos a los trollocs que a pocos se les ocurrió la idea de correr hacia las tropas seanchan.

En la ladera, dominados por el terror, los trollocs que huían del ejército de Mat que cargaba tras ellos se lanzaron sobre los que estaban en la cañada. Los monstruos chocaron y tropezaron unos contra otros y empezaron a luchar entre ellos en un intento de ser los que se subían encima de las montoneras de cuerpos para seguir respirando un poco más.

Talmanes y Aludra habían situado los dragones a través de la cañada y comenzaron a disparar huevos de dragón contra las masas agitadas de aterrorizados trollocs.

Todo acabó enseguida. El número de trollocs vivos disminuyó de muchos miles a centenares. Los que quedaban, viendo que la muerte se les venía encima desde tres frentes, huyeron a las ciénagas, donde muchos de ellos se hundieron en las aguas pantanosas. Fueron muertes menos violentas, pero igual de horribles. Los restantes tuvieron un fin más compasivo con flechas, lanzas y virotes de ballestas mientras caminaban con gran esfuerzo a través del cieno hacia el dulce olor de la libertad.

Mat bajó la ensangrentada *ashandarei* y alzó la vista al cielo. El sol se escondía allí arriba, en alguna parte; no estaba seguro de cuánto tiempo llevaba cabalgando con los héroes.

Tendría que darle las gracias a Tuon por regresar. Sin embargo, no fue a buscarla. Tenía la sensación de que ella esperaría que cumpliera con sus deberes principescos, cualesquiera que fueran.

Sólo que… sentía ese extraño tirón dentro de sí. Y cada vez era más y más fuerte.

«Rayos y centellas, Rand —pensó—. He cumplido con mi parte. Cumple tú con la tuya».

Recordó entonces que Amaresu le había dicho que cada aliento que respiraba era gracias a la paciencia y benevolencia de Rand…

Él había sido un buen amigo cuando Rand lo había necesitado, ¿verdad que sí? Casi siempre. Maldición, nadie podía esperar que un tipo no se preocupara, incluso que mantuviera un poco las distancias cuando… estaba implicado un demente, ¿cierto?

—¡Hawkwing! —llamó mientras cabalgaba hacia el hombre—. La batalla… —Inhaló hondo—. Ha acabado, ¿verdad?

—Has arreglado esto sin dejar un cabo suelto, Jugador —dijo Hawkwing, erguido en su montura con aire regio—. Ah, qué no daría yo por enfrentarme a ti en un campo de batalla. Qué gran contienda sería.

—Fantástico. Maravilloso. Pero no me refería a esta batalla. Me refería a la Última Batalla. Se ha terminado, ¿correcto?

—¿Preguntas eso bajo un cielo de sombras, sobre una tierra que tiembla de miedo? ¿Qué te dice tu alma, Jugador?

Esos dados seguían rodando dentro de su cabeza.

—Mi alma me dice que soy tonto —gruñó Mat—. Tonto y un jodido estafermo de prácticas montado para que lo ataquen. —Se volvió hacia el norte—. Tengo que ir con Rand. Hawkwing, ¿querrás hacerme un favor?

—Pídelo, Tocador del Cuerno.

—¿Sabes quiénes son los seanchan?

—Tengo… una ligera idea, sí.

—Creo que a su emperatriz le gustaría muchísimo conocerte —dijo Mat—. Si vas y hablas con ella, te lo agradecería. Y, si lo haces, ten la bondad de decirle que te envío yo.

¿CREES QUE VOY A RETROCEDER?, preguntó el Oscuro.

Lo que pronunciaba esas palabras era algo que Rand no podría concebir nunca. Ni siquiera ver el universo en su totalidad le permitía entender al Mal.

EN NINGÚN MOMENTO ESPERÉ QUE TE RETIRARAS, dijo Rand. NO TE CREO CAPAZ DE HACERLO. QUERRÍA QUE PUDIERAS APREHENDER, QUE PUDIERAS COMPRENDER POR QUÉ ERES TÚ EL QUE SIGUE PERDIENDO.

Bajo ellos, en el campo de batalla, los trollocs habían caído derrotados por un joven jugador de Dos Ríos. La Sombra no tendría que haber perdido. No tenía… sentido. Los Engendros de la Sombra eran una fuerza mucho mayor.

No obstante, los trollocs luchaban sólo porque los Myrddraal los obligaban a hacerlo; por sí mismo, un trolloc no se enfrentaría a nada más fuerte que él de igual modo que un zorro no intentaría matar a un león.

Era una de las reglas más básicas entre los predadores. Comer lo que es más débil

que tú. Huir de los que son más fuertes que tú.

El Oscuro hervía de rabia porque Rand se sintiera en ese lugar como una fuerza física.

LA DERROTA NO DEBERÍA SORPRENDERTE, dijo Rand. ¿CUÁNDO HAS INSPIRADO TÚ ALGUNA VEZ A LOS HOMBRES QUE DEN LO MEJOR DE SÍ MISMOS? NO PUEDES. ESTÁ FUERA DE TU ALCANCE, SHAI'TAN. TUS ESBIRROS JAMÁS SEGUIRÁN LUCHANDO CUANDO NO HAYA ESPERANZA. JAMÁS RESISTIRÁN POR EL MERO HECHO DE QUE HACERLO SEA LO CORRECTO. NO HA SIDO LA FUERZA LO QUE TE HA VENCIDO. HA SIDO LA NOBLEZA.

¡DESTRUIRÉ! ¡DESGARRARÉ Y QUEMARÉ! ¡LLEVARÉ LA OSCURIDAD A TODOS, Y LA MUERTE SERÁ LA TROMPETA QUE SONARÁ ANTES DE MI LLEGADA! Y TÚ, ADVERSARIO… OTROS PODRÁN ESCAPAR, PERO TÚ MORIRÁS. TIENES QUE SABER QUE SERÁ ASÍ.

OH, LO SÉ, SHAI'TAN, dijo Rand con suavidad. ABRAZO MI MUERTE, PORQUE ES —Y SIEMPRE HA SIDO— MÁS LIGERA —QUE UNA PLUMA. LA MUERTE LLEGA EN UN INSTANTE, TAN POCO TANGIBLE COMO UN PARPADEO DE LA LUZ. NO TIENE PESO NI SUSTANCIA…

Rand adelantó unos pasos y habló más alto:

LA MUERTE NO PUEDE ACORRALARME, NI PUEDE DIRIGIRME. TODO SE REDUCE A ESO, PADRE DE LAS MENTIRAS. ¿CUÁNDO HAS INSPIRADO TÚ A UNA PERSONA PARA QUE DÉ LA VIDA POR TI? NO POR LAS PROMESAS QUE HACES, NO POR LAS RIQUEZAS QUE BUSCAN O LAS POSICIONES QUE TENDRÍAN, SINO POR TI. ¿ALGUNA VEZ HA OCURRIDO ESO?

La oscuridad enmudeció.

¡TRAE MI MUERTE, SHAI'TAN, PORQUE YO TRAIGO LA TUYA!, bramó Rand mientras se arrojaba a la negrura.

Aviendha cayó en un saliente rocoso muy por encima del valle de Thakan'dar. Intentó incorporarse, pero las piernas y los pies destrozados no aguantaban su peso. Se derrumbó en el saliente, y la lanza de fuego y luz que sostenía entre los dedos desapareció. El dolor le subía por las piernas como si estuvieran abrasándose en el fuego.

Graendal se apartó de ella dando traspiés, inhalando aire entre jadeos y sujetándose el costado. Aviendha tejió de inmediato un ataque, llamas de fuego, pero Graendal lo cortó con sus propios tejidos.

—¡Tú! —espetó la Renegada—. ¡Tú, sabandija! ¡Tú, criatura detestable! —Aunque herida, la mujer seguía siendo fuerte.

Aviendha necesitaba ayuda. Amys, Cadsuane, las otras. Desesperada, aferrada al Poder Único a pesar del horrible dolor, empezó a tejer un acceso de vuelta a donde había estado. Era lo bastante cerca para no necesitar conocer bien el área.

Graendal dejó pasar ese tejido. La sangre manaba entre los dedos de la Renegada. Mientras Aviendha seguía en ello, Graendal tejió un fino hililllo de Aire y restañó la herida con él. Entonces señaló a Aviendha con los dedos manchados de sangre.

—¿Intentas escapar?

La Renegada empezó a tejer un escudo.

Frenética, notando que perdía las fuerzas, Aviendha ató el tejido y dejó el acceso abierto.

«¡Por favor, Amys, fíjate en él!», pensó mientras rechazaba el escudo de Graendal.

Lo consiguió por poco, pues estaba muy debilitada. Graendal había estado usando Poder prestado durante toda la lucha, en tanto que ella había usado sólo el suyo. Incluso con el *angreal*, en su estado actual no podía enfrentarse a la Renegada.

Graendal se irguió, aunque su rostro reflejó un gesto de dolor. Aviendha le escupió a los pies y después se alejó dejando un rastro de sangre tras de sí.

Nadie salió del acceso. ¿Lo habría abierto en el sitio equivocado?

Llegó al borde del saliente que se asomaba al campo de batalla de Thakan'dar, allá abajo. Si se arrastraba más, caería.

«Mejor eso que convertirme en otra de sus marionetas…»

Hilos de Aire se le enroscaron alrededor de las piernas y tiraron de ella hacia atrás. Gritó, con los dientes apretados, y luego se volvió; los pies parecían poco más que muñones en carne viva. La invadió una oleada de dolor y la vista se le oscureció. Se esforzó para asir el Poder Único.

Graendal la frenó, pero flaqueó y emitió un gruñido; entonces se desplomó, jadeando. El tejido que le restañaba la herida seguía en su sitio, pero el rostro de la Renegada palideció. Parecía estar a punto de desmayarse.

El acceso abierto detrás de ella, la oportunidad de huir, parecía invitar a Aviendha; pero podría haber estado a una milla de distancia. Aturdida, sintiendo un dolor abrasador en las piernas, Aviendha sacó su cuchillo de la vaina.

El arma resbaló entre los dedos temblorosos. Estaba demasiado débil para sujetarlo.

44



Dos artesanos

Perrin despertó con el frufrú de algo. Entreabrió los ojos un poco, cauteloso, y se encontró en una habitación oscura.

«El palacio de Berelain», recordó. Fuera, el sonido de las olas se había vuelto más suave y las llamadas de las gaviotas se habían acallado. A lo lejos, se oía el retumbo del trueno.

¿Qué hora sería? Olía como a la mañana, pero fuera aún seguía oscuro. Le costó identificar a la silueta imprecisa que se movía a través de la habitación hacia él. Se puso tenso hasta que captó el olor de la figura.

—¿Chiad? —preguntó al tiempo que se sentaba.

La Aiel no se sobresaltó, aunque estaba seguro de haberla sorprendido por la forma en que se detuvo.

—No tendría que estar aquí —susurró ella—. He forzado mi honor al límite de lo que debería permitírseme.

—Es la Última Batalla, Chiad —replicó Perrin—. Eso nos permite saltar ciertas lindes… suponiendo que no hayamos vencido todavía.

—La batalla en Merrilor está ganada, pero la batalla mayor, la de Thakan'dar, todavía prosigue con furia.

—He de volver al frente —dijo Perrin.

Sólo llevaba la ropa interior, pero no dejó que tal cosa lo incomodara. Una Aiel como Chiad no se sonrojaría. Apartó la manta. Por desgracia, el agotamiento que llegaba hasta la médula sólo había remitido un poco.

—¿No vas a decirme que permanezca en cama? —preguntó en tanto que buscaba con movimientos cansinos la camisa y el pantalón.

Estaban doblados encima de un mueble a los pies de la cama, junto con el martillo. Tuvo que apoyarse contra el colchón mientras daba un par de pasos para llegar allí.

—¿No vas a decirme que, mientras esté cansado, luchar no es cosa mía? —añadió—. Parece que todas las mujeres que conozco piensan que ésa es una de sus tareas principales.

—He descubierto que recalcar sus necedades a un hombre sólo sirve para volverlo más estúpido —contestó la Aiel con sequedad—. Además, soy *gai'shain*. No

me corresponde hacer tal cosa.

Perrin la miró y, aunque no podía verla ponerse colorada en la oscuridad, sí pudo oler su azoramiento. Su conducta no era muy acorde con la de *gai'shain*.

—Rand debería haberos liberado a todos de los juramentos.

—No está en su poder hacer tal cosa —replicó Chiad, indignada.

—¿Y de qué sirve el honor si el Oscuro gana la Última Batalla? —espetó él, mientras se subía los pantalones.

—El honor lo es todo —repuso con suavidad Chiad—. Merece que se muera por él, merece que se arriesgue el propio mundo. Si no tenemos honor, más vale que perdamos.

En fin, Perrin suponía que había cosas sobre las que él habría dicho lo mismo. Lo de llevar esas absurdas ropas blancas, no, por supuesto, pero no habría hecho algunas de las cosas que los Capas Blancas sí habían hecho, aunque el mundo estuviera en peligro. No la presionó más.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó mientras se ponía la camisa.

—Por Gaul —dijo Chiad—. ¿Ha…?

—¡Oh, Luz! —exclamó Perrin—. Tendría que habértelo contado antes. Últimamente tengo escoria de hierro por cerebro, Chiad. Estaba bien cuando nos separamos. Aún sigue en el sueño, y allí el tiempo discurre más despacio. Probablemente sólo ha pasado una hora, más o menos, en su tiempo, pero tengo que regresar con él.

—¿En tu estado? —inquirió ella, pasando por alto lo que había dicho sobre que no le daría la tabarra por eso.

—No. —Perrin se sentó en la cama—. La última vez, casi me rompí el cuello. Necesito que una de las Aes Sedai me Cure de la fatiga.

—Eso es peligroso —objetó Chiad.

—¿Más que dejar que Rand muera? ¿Más que dejar a Gaul sin un aliado en el Mundo de los Sueños, protegiendo al *Car'a'carn* él solo?

—Ése es muy capaz de herirse con su propia lanza si lo dejas solo en la lucha —dijo ella.

—No quería decir…

—Calla, Perrin Aybara. Lo intentaré. —Se marchó con un susurro de tela.

Perrin se tendió en la cama y se frotó los ojos con el pulpejo de la palma de la mano. Se había sentido mucho más seguro de sí mismo cuando había luchado con Verdugo la última vez, pero aun así había fracasado. Rechinó los dientes; ojalá que Chiad regresara pronto.

Algo se movió fuera de la habitación. Se reanimó y se incorporó para quedarse sentado otra vez.

Una figura grande oscureció el umbral; luego, retiró la pantalla opaca de la

linterna sorda. Maese Luhhan tenía las hechuras de un yunque, con un torso compacto —aunque poderoso— y brazos de músculos abultados. Perrin no recordaba al hombre con tantas canas en la cabeza. Maese Luhhan había envejecido, pero no estaba debilitado. Perrin dudaba que llegara a estarlo alguna vez.

—Lord Ojos Dorados… —llamó.

—Luz, por favor. Maese Luhhan, precisamente vos deberíais tener la confianza de llamarme Perrin. A menos que prefiráis utilizar «ese inútil aprendiz que tengo».

—Eh, un momento —dijo maese Luhhan, que entró en la habitación—. Creo que te llamé eso nada más que una vez.

—Cuando rompí la hoja nueva para la guadaña de maese al'Moor —recordó Perrin con una sonrisa—. Estaba convencido de que sería capaz de hacerlo bien.

Maese Luhhan se echó a reír. Se detuvo al ver el martillo de Perrin, que seguía en el mueble a los pies de la cama, y posó los dedos en él.

—Te has convertido en un maestro del oficio. —Maese Luhhan se sentó en una banqueta junto a la cama—. De un artesano a otro, estoy impresionado. No creo que yo fuera capaz de hacer algo tan excelente como ese martillo.

—Vos hicisteis el hacha.

—Supongo que sí. No era un objeto hermoso. Era algo para matar.

—A veces es necesario matar.

—Sí, pero nunca es bello. Nunca.

Perrin asintió con un cabeceo a las palabras del hombre mayor.

—Gracias. Por encontrarme y traerme aquí —le dijo—. Por salvarme.

—¡Era simple interés propio, hijo! Si escapamos de esto, será por vosotros, muchachos. ¡Acuérdate de lo que te digo, porque es cierto!

Perrin meneó la cabeza como si no pudiera creerlo. Un hombre, como mínimo, los recordaba a los tres como unos muchachos. Jóvenes que, al menos en el caso de Mat, habían estado metiéndose en problemas cada dos por tres.

«De hecho —pensó Perrin— estoy bastante seguro de que Mat sigue metiéndose en problemas las más de las veces». Al menos, en ese momento no estaba luchando, sino que hablaba con algunos seanchan, a juzgar por el remolino de colores que se concretó en una imagen.

—Chiad dice que el combate en Merrilor ha terminado. ¿Es cierto? —preguntó.

—Lo es —contestó maese Luhhan—. Pasé por allí llevando a algunos de nuestros heridos. Debería haber vuelto con Tam y Abell enseguida, pero quería comprobar cómo te encontrabas.

Perrin asintió con un cabeceo. Ese tirón dentro de él… Si acaso, era más fuerte ahora que nunca. Rand lo necesitaba. La guerra no había terminado aún. Ni mucho menos.

—Maese Luhhan, he cometido un error. —Perrin soltó un suspiro.

—¿Qué error?

—Me he exigido mucho —dijo—. Me he esforzado demasiado. —Apretó el puño y golpeó uno de los pilares de la cama—. Tendría que —haberme dado cuenta, maese Luhhan. Siempre hago lo mismo. Me excedo haciendo lo que sea, y al día siguiente estoy fuera de combate.

—¿Sabes, muchacho? —Maese Luhhan se inclinó hacia adelante—. Hoy me preocupa mucho más que no vaya a haber un día siguiente.

Perrin lo miró con el entrecejo fruncido.

—Si ha habido un momento en que tengas que exigirte al máximo, es éste —dijo maese Luhhan—. Hemos ganado una batalla, pero si el Dragón Renacido no gana la suya… Luz, no creo que hayas cometido un error, ni mucho menos. Ésta es nuestra última oportunidad en la forja. Ésta es la mañana en que la pieza principal ha de terminarse. Hoy tendrás que seguir trabajando hasta que hayas acabado.

—Pero si me vengo abajo…

—Entonces lo habrás dado todo.

—Podría fracasar si me quedo sin fuerza.

—En ese caso, al menos no habrás fracasado por contenerte. Sé que no suena bien, y tal vez me equivoque. Pero… En fin, todo lo que estás diciendo se refiere a un día normal, y éste no lo es. No, por la Luz que no lo es. —Maese Luhhan lo asió por el brazo.

»Puede que tú te veas como alguien que se permite llegar demasiado lejos, pero no es ése el hombre que yo veo. Si acaso, Perrin, en ti he visto a alguien que ha aprendido a contenerse. Te he visto sujetar una taza con extremada delicadeza, como si temieras romperla con tu fuerza. Te he visto dar la mano a un hombre y sostenerla con gran cuidado, sin estrecharla nunca con demasiado ímpetu. Te he visto moverte con premeditado comedimiento para no empujar a nadie o tirar algo.

»Ésas fueron unas buenas lecciones que tenías que aprender, hijo. Necesitabas control. Pero en ti he visto a un chico hacerse un hombre que no sabe cómo deshacerse de esas barreras. Veo a un hombre que tiene miedo de lo que pueda ocurrir cuando pierda un poco el control. Me doy cuenta de que lo haces porque temes hacer daño a la gente. Pero, Perrin… Es hora de que dejes de contenerte.

—No me contengo, maese Luhhan —protestó—. En serio, lo prometo.

—¿No? En ese caso… En fin, quizá tengas razón. —De repente maese Luhhan olía a estar cohibido—. Fíjate, aquí me tienes, comportándome como si fuera de mi incumbencia. No soy tu padre, Perrin. Lo lamento.

—No —dijo Perrin al ver que maese Luhhan se levantaba para marcharse—. Ya no tengo padre.

—Lo que esos trollocs hicieron… —empezó el hombre con una mirada dolida.

—A mi familia no la mataron los trollocs —repuso Perrin suavemente—. Fue

Padan Fain.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Uno de los Capas Blancas me lo dijo. Y no mentía.

—Oh, bueno. Fain… Todavía anda por ahí, ¿verdad?

—Sí. Odia a Rand. Y hay otro hombre, lord Luc. ¿Lo recordáis? Ha recibido la orden de matar a Rand. Creo… Creo que ambos van a intentarlo antes de que esto acabe.

—Entonces tendrás que asegurarte de que tal cosa no ocurra, ¿cierto?

Perrin sonrió. Se volvió hacia la puerta al oír pasos fuera. Chiad entró un instante después, y Perrin olió la irritación de la Aiel porque la hubiera oído llegar. La acompañaba Bain, otra figura vestida toda de blanco. Y detrás de ellas…

Masuri. No era la Aes Sedai que él habría elegido. Apretó los labios sin darse cuenta.

—No os caigo bien —dijo Masuri—. Lo sé.

—Nunca he dicho tal cosa —replicó Perrin—. Me fuisteis de gran ayuda durante nuestros viajes.

—Y, sin embargo, no confiáis en mí, pero eso no viene al caso. Queréis recuperar las fuerzas, y probablemente sea yo la única dispuesta a hacerlo. Las Sabias y las Amarillas os zurrarían como a un niño por querer marcharos.

—Lo sé. —Perrin se sentó en la cama. Vaciló—. Necesito saber por qué os reuníais con Masema a mis espaldas.

—He venido en respuesta a una petición —dijo Masuri, que olía a regocijo—, ¿y ahora me decís que no dejaréis que os haga ese favor hasta que conteste a vuestro interrogatorio?

—¿Por qué lo hicisteis, Masuri? Soltadlo de una vez.

—Planeaba utilizarlo —contestó la esbelta Aes Sedai.

—Utilizarlo.

—Tener influencia en quien se hacía llamar el Profeta del Dragón podría haber sido útil. —Olía a sentirse avergonzada—. Era otro momento y otra situación, lord Aybara. Antes de que os conociera. Antes de que cualquiera de nosotros os conociera.

Perrin emitió un quedo gruñido.

—Fui una estúpida —reconoció Masuri—. ¿Era eso lo que queríais oír? Fui una estúpida y desde entonces he aprendido.

Perrin la miró. Luego suspiró y extendió el brazo. Seguía siendo una respuesta Aes Sedai, pero una de las más directas que había oído.

—Hacedlo. Y gracias —dijo.

Ella lo tomó del brazo. Perrin sintió evaporarse la fatiga, la notó salir como un viejo edredón metido a la fuerza en una caja pequeña. Se sintió vigorizado, de nuevo con fuerza. Prácticamente se incorporó de un salto.

Masuri se encorvó y se sentó en la cama. Perrin abrió y cerró la mano, mirándose el puño. Tenía la sensación de ser capaz de desafiar a cualquiera, incluso al propio Oscuro.

—Qué sensación tan maravillosa.

—Me han dicho que destaco en este tejido en particular —dijo ella—. Pero tened cuidado, porque…

—Sí, lo sé. Mi cuerpo sigue estando cansado. Sólo que no lo noto.

En realidad, si lo pensaba, esa última parte no era del todo verdad. Notaba la fatiga como una serpiente escondida en su nido, al acecho, esperando. Lo consumiría otra vez. Eso significaba que tenía que hacer su trabajo antes. Respiró hondo y llamó a su martillo. No se movió.

«Claro —pensó—. Éste es el mundo real, no el Sueño del Lobo». Se acercó y metió el martillo en los pasadores del cinturón, los nuevos que había creado para sujetar el martillo más grande. Se volvió hacia Chiad, que se había quedado en el umbral; también olía a Bain allí, donde se había retirado.

—Lo encontraré —les dijo—. Si está herido, lo traeré aquí.

—Hazlo, pero no nos encontrarás aquí —contestó Chiad.

—¿Vais a Merrilor? —preguntó, sorprendido.

—A algunos de nosotros nos necesitan para transportar a los heridos y traerlos a recibir Curación. No es algo que los *gai'shain* hayan hecho en el pasado, pero quizá es algo que podemos hacer esta vez.

Perrin asintió con la cabeza y cerró los ojos. Se imaginó a punto de dormirse, dejándose llevar. El tiempo pasado en el Sueño del Lobo había entrenado bien su mente. Podía engañarse a sí mismo, concentrándose. Eso no cambiaba el mundo real, pero sí cambiaba su percepción.

Sí… flotando a punto de dormirse… Y allí estaba el camino. Tomó la bifurcación que llevaba al Sueño del Lobo en carne y hueso, y captó el inicio de un grito ahogado de Masuri al tiempo que él sentía el *cambio* entre los dos mundos.

Abrió los ojos y cayó en medio del embate de vientos tormentosos. Creó una burbuja de aire calmo, y entonces tocó el suelo con las piernas fortalecidas. Sólo quedaban unos cuantos muros inestables del palacio de Berelain a ese lado. Una de las paredes se hizo añicos y las piedras rotas salieron lanzadas hacia el cielo por el vendaval. La ciudad casi había desaparecido, y los montones de rocas aquí y allá indicaban dónde se alzaban antes los edificios. El cielo gemía como un metal al doblarse.

Perrin hizo que el martillo fuera hacia su mano y después empezó la caza una última vez.

Thom Merrilin estaba sentado en una roca grande, manchada de hollín, y fumaba

en su pipa mientras contemplaba el fin del mundo.

Sabía un par de cosas sobre encontrar el mejor sitio para ver una representación. Para él, aquél era el mejor asiento del mundo. Su roca se hallaba junto a la entrada de la cueva que conducía a la Fosa de la Perdición, lo bastante cerca para que, si se echaba hacia atrás y miraba con los ojos entreabiertos, la vería y atisbaría algunas de las luces y sombras que danzaban dentro. Echó un vistazo al interior. No había cambiado nada.

«Sigue a salvo ahí dentro, Moraine —pensó—. Por favor».

También se encontraba lo bastante cerca del borde del camino para ver el valle allá abajo. Dio una chupada a la pipa y se atusó el bigote con el nudillo.

Alguien tenía que anotar esto. No podía pasarse todo el tiempo preocupado por ella. Así pues, buscó en su mente las palabras adecuadas para describir lo que veía. Desechó las palabras «épico» y «trascendental». Estaban desgastadas de tanto usarlas.

Un golpe de viento sopló a través del valle agitando los *cadin'sor* de los Aiel que combatían contra los velos rojos enemigos. Saltaron rayos que cayeron sobre la línea de Juramentados del Dragón que defendían el sendero que subía a la entrada de la cueva. Esos destellos lanzaron hombres al aire. Después, los rayos empezaron a descargarse sobre los trollocs. Las nubes iban y venían así, según si las Detectoras de Vientos se hacían con el control del tiempo o si lo recuperaba la Sombra. Ninguno de los dos grupos había conseguido aún sacar una ventaja clara al otro.

Unas oscuras bestias enormes que mataban con facilidad hacían estragos en el valle. Los Sabuesos del Oscuro no caían a pesar del trabajo conjunto de docenas. La parte derecha del valle estaba cubierta de una densa niebla que, por alguna razón, los vientos tormentosos no conseguían mover.

«¿Culminante? —pensó Thom, que mordisqueó la boquilla de la pipa—. No. Demasiado previsible». Si uno utilizaba las palabras que la gente esperaba oír, ésta acababa aburriéndose. Una gran balada tenía que ser inesperada.

Nunca como se preveía que fuera. Cuando la gente empezaba a saber lo que podía esperar de ti, cuando empezaba a prever tus florituras, a buscar la pelota que habías escondido con un juego de manos, o a sonreír antes de que recitaras la línea con doble sentido de tu relato… había llegado el momento de guardar la capa, hacer otra reverencia más, por añadidura, y marcharse. Después de todo, eso era lo que el público esperaba que hicieras cuando todo iba bien.

Volvió a reclinarse hacia atrás para echar un vistazo al túnel. Era imposible que la viera, por supuesto, ya que estaba demasiado dentro de la caverna. Pero la sentía —en su mente— gracias al vínculo.

Ella miraba fijamente el fin del mundo, con valor y determinación. A despecho de sí mismo, sonrió.

Abajo, la batalla bullía y se agitaba como una picadora de carne, reduciendo hombres y trollocs a pedazos de carne muerta. Los Aiel luchaban en el perímetro del campo de batalla, enzarzados con sus parientes arrebatados por la Sombra. Parecían estar muy igualados, o lo habían estado antes de que los Sabuesos del Oscuro llegaran.

No obstante, esos Aiel eran infatigables, perseverantes. Parecía que no se cansaban en absoluto, aunque ya hacía… Thom no logró calcular cuánto tiempo había pasado. Él había dormido unas cinco o seis veces desde que habían llegado a Shayol Ghul, pero no sabía si eso se ajustaba a los días transcurridos. Miró el cielo. Ni asomo del sol, aunque el encauzamiento de las Detectoras de Vientos —y el Cuenco de los Vientos— había hecho aparecer una gran línea de nubes blancas en contraposición de los negros nubarrones. Daba la impresión de que las nubes también sostenían su propia batalla, una imagen inversa de la lucha disputada abajo. Negro contra blanco.

«¿Peligroso?», pensó. No, ésa no era la palabra correcta. Crearía una balada de esto, seguro. Rand lo merecía. Y Moraine también. Sería su victoria tanto como la de él. Necesitaba palabras. Las palabras correctas.

Las buscó mientras oía a los Aiel golpear lanzas contra escudos cuando corrían a la batalla. Mientras oía el aullido del viento dentro de la caverna y mientras la sentía a ella, erguida al final del túnel.

Abajo, los ballesteros domani giraban, frenéticos, los cranequines para tensar las cuerdas. Anteriormente, millares de ellos habían estado disparando. Ahora sólo quedaba una fracción.

«Quizás… aterrador».

Ésa era una palabra adecuada, pero no la correcta. Puede que no fuera inesperada, pero sí era muy, muy cierta. Lo intuía. Su esposa luchando para seguir viva. Las fuerzas de la Luz acosadas casi al borde de la muerte. Luz, sí que estaba asustado. Por ella. Por todos.

Pero ese término era prosaico. Necesitaba algo mejor, algo perfecto.

Abajo, los tearianos arremetían con las picas, desesperados, atacando a los trollocs. Los Juramentados del Dragón luchaban con muchos tipos distintos de armas. Una última carreta de vapor yacía rota en el suelo, cerca, cargada de flechas y virotes a través del último acceso abierto desde Baerlon. Hacía ya horas que no llegaban suministros. La distorsión del tiempo allí, la tempestad, estaba afectando al Poder Único.

Thom hizo una anotación especial sobre la carreta; tendría que usarla de un modo que conservara sus maravillas y mostrara cómo sus costados fríos de hierro habían desviado flechas antes de caer.

Había heroísmo en cada línea de hombres, en cada movimiento de tensar la

cuerda del arco y en cada mano que sostenía un arma. ¿Cómo transmitir eso? Pero, también, ¿cómo transmitir el miedo, la destrucción, el puro extrañamiento de todo ello? El día anterior —en una rara y sangrienta tregua— ambos bandos había hecho un alto para retirar cadáveres.

Necesitaba una palabra que hiciera sentir el caos, la muerte, la barahúnda, la valentía absoluta.

Abajo, un cansado grupo de Aes Sedai empezó a subir por el sendero que conducía a la boca de la caverna, donde esperaba Thom. Pasaron junto a arqueros que escudriñaban el campo de batalla por si aparecían Fados.

«Magno —pensó Thom—. Ésa es la palabra. Inesperada, pero cierta. Majestuosamente magno. No. Majestuoso no. Que la palabra se sostenga por sí misma. Si es la palabra correcta, funcionará sin ayuda. Si no lo es, añadir otras palabras sólo servirá para hacerla parecer desesperada».

Así era como tendría que ser el final. El cielo desgarrándose mientras las facciones combatían para controlar los propios elementos, gente de diversas naciones aguantando con la fuerza que le quedaba. Si la Luz ganaba, lo haría por un margen muy, muy estrecho.

Eso, por supuesto, lo horrorizaba. Una buena emoción. Tendría que incluirla en la balada. Chupó de nuevo la pipa, y supo que lo hacía para no temblar. Cerca, una pared entera del valle explotó y lanzó una lluvia de rocas sobre la gente que luchaba abajo. Thom no sabía cuál de los encauzadores había hecho eso. Había Renegados en ese campo de batalla. Él procuraba evitarlos.

«Esto es lo que consigues, viejo, por no saber cuándo parar», se recordó. Se alegraba de no haber podido escapar, de que sus intentos de dejar atrás a Rand, a Mat y a los demás hubieran fracasado. ¿De verdad habría querido sentarse en alguna posada tranquila de cualquier sitio en tanto que la Última Batalla tenía lugar? ¿Mientras ella entraba sola allí?

Meneó la cabeza. Era tan tonto como cualquier hombre o mujer. Tenía la experiencia suficiente para ser consciente de ello. Había que haber visto bastantes primaveras para que un hombre fuera capaz de llegar a esa conclusión.

El grupo de Aes Sedai que se aproximaba se separó y algunas se quedaron abajo; una de ellas cojeaba y subía hacia la caverna con aire cansado. Cadsuane. Había menos Aes Sedai que antes. Las bajas seguían aumentando. Por descontado, la mayoría de quienes habían ido allí sabían que les esperaba la muerte. Esa batalla era la más desesperada y los combatientes de ese frente eran los que tenían menos posibilidades de sobrevivir. De cada diez que habían ido a Shayol Ghul a luchar, sólo uno seguía de pie. Thom sabía a ciencia cierta que Rodel Ituralde había enviado una carta de despedida a su esposa antes de aceptar esa misión. Igual que había hecho él.

Cadsuane lo saludó con un movimiento de cabeza y luego continuó hacia la

caverna donde Rand luchaba por el destino del mundo. Tan pronto como la mujer le dio la espalda a Thom, él le lanzó un cuchillo —con la otra mano seguía sujetando la pipa en la boca— por el aire. Alcanzó a la Aes Sedai en la espalda, justo en el centro, de forma que le cercenó la espina dorsal.

La mujer cayó al suelo como un saco de patatas.

«Qué frase más trillada —pensó Thom mientras daba una chupada a la pipa—. ¿Un saco de patatas? Aquí necesitaré otro símil diferente. Además, ¿cuántas veces se caen los sacos de patatas? No muy a menudo». Cayó como… ¿Como qué? Como cebada derramándose por el fondo roto de un saco para formar un montón en el suelo. Sí, eso quedaba mejor.

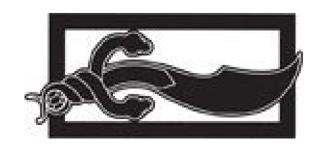
Cuando la Aes Sedai tocó el suelo, el tejido se deshizo y dejó a la vista otro rostro detrás de la máscara de Cadsuane que había utilizado. Reconoció a esa mujer, aunque de forma vaga. Era domani. ¿Cómo se llamaba? Jeane Caide. Sí, ése era su nombre. Una mujer bonita.

Thom meneó la cabeza. El modo de andar era distinto por completo. ¿Es que nadie se daba cuenta de que los andares de una persona eran tan particulares como la nariz de su rostro? Todas las mujeres que habían intentado pasar disimuladamente habían dado por seguro que con cambiar la cara y el vestido —puede que incluso la voz— sería suficiente para engañarlo.

Se bajó de la piedra a la que se había encaramado y, agarrando el cuerpo por debajo de los brazos, lo echó a un hueco que había cerca, donde ya había otros cinco, así que se estaba llenando demasiado. Sujetó la pipa entre los dientes, se quitó la capa y la colocó de forma que cubriera la mano de la hermana Negra muerta, que asomaba un poco.

De nuevo echó otra ojeada al interior de la caverna; aunque no podía ver a Moraine, lo reconfortaba hacerlo. Después volvió a su puesto de observación, sacó una hoja de papel y la pluma. Y —al son del trueno, los gritos, las explosiones y el aullido del viento— empezó a componer.

45



Zarcillos de niebla

Mat, que seguía oyendo el repiqueteo de los dados dentro de la cabeza, encontró a Grady con Olver y Noal en los Altos. Llevaba el puñetero estandarte de Rand envuelto en un pequeño bulto, debajo del brazo. Esparcidos en derredor había cuerpos, armas y piezas de armadura; la sangre manchaba las piedras. Pero la lucha había acabado allí, y en la loma no quedaba un solo enemigo.

Noal le sonrió desde su caballo; Olver iba montado delante de él, con el Cuerno aferrado. El chico parecía exhausto por la Curación que le había practicado Grady —el Asha'man se encontraba al lado del caballo—, pero al mismo tiempo tenía el aire más orgulloso que pudiera imaginarse.

Noal. Uno de los héroes del Cuerno. Tenía sentido, puñetas. Jain el Galopador en persona. En fin, nadie lo vería a él cambiándole el sitio. Puede que Noal disfrutara con eso, pero él no bailaría al son que tocara otro hombre. Ni siquiera lo haría a cambio de la inmortalidad.

—¡Grady! —llamó—. ¡Hiciste un buen trabajo río arriba. Esa agua llegó justo cuando hacía falta!

Grady tenía la tez cenicienta, como si hubiera visto algo que no habría querido ver. Hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué diantre…? ¿Qué eran…? —No acabó de hacer la pregunta.

—Te lo explicaré en otro momento —dijo Mat—. Ahora mismo necesito un jodido acceso.

—¿Dónde? —preguntó Grady.

Mat respiró hondo y por fin se decidió.

—Shayol Ghul. —«Y así me aspen, por tonto».

—No es posible, Cauthon —contestó Grady, a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Estás demasiado cansado?

—Estoy cansado, sí, pero no es por eso. Algo ha ocurrido en Shayol Ghul. Los accesos que se abren allí se desvían. El Entramado está… deformado, si eso tiene sentido. El valle ya no está en un solo sitio, sino en muchos, y un acceso no puede localizarlo.

—Grady, eso tiene tan poco sentido para mí como tocar un arpa sin dedos.

—Viajar a Shayol Ghul no funciona, Cauthon —replicó Grady, irritado—. Elige cualquier otro sitio.

—¿Cuán cerca puedes enviarme?

Grady se encogió de hombros.

—A uno de los campamentos de exploradores, a un día de camino, probablemente —dijo luego.

A un día de camino. El tirón seguía jalando de él.

—Mat, creo que debería ir contigo, ¿verdad? —propuso Olver—. A la Llaga, me refiero. ¿No hará falta que los héroes luchen allí?

Eso era parte del plan. El tirón resultaba insoportable.

«Maldita sea, Rand. Déjame en paz, tú…»

Mat se quedó parado; se le había ocurrido una idea. Campamentos de exploradores.

—¿Te refieres a uno de esos campamentos de patrullas seanchan?

—Sí. Nos han estado enviando informes sobre la marcha de la batalla allí, ahora que los accesos son tan poco fiables.

—Bien, pues no te quedes ahí sentado como un tonto —azuzó Mat—. ¡Abre un acceso! Vamos, Olver. Tenemos trabajo que hacer.

—Aaaaah…

Shaisam rodó hacia el campo de batalla de Thakan'dar. Era perfecto. Era placentero. Sus enemigos se mataban entre sí. Y él… Él era vasto ahora.

Su mente estaba en cada zarcillo de niebla que descendía rodando por el costado del valle. Las almas de los trollocs eran… en fin, insatisfactorias. Con todo, un simple grano podía saciar plenamente. Y Shaisam había consumido un buen número de ellos.

Sus zánganos bajaron la pendiente a trompicones, ocultos en la niebla. Los trollocs tenían pústulas en la piel, como si los hubiera hervido. Ojos blancos, muertos. Ya no los necesitaba, pues sus almas le habían dado la energía necesaria para reconstruirse. La locura se había retirado. Casi del todo. Bueno, no casi del todo. Lo suficiente.

Caminaba en el centro del banco de niebla. Aún no había renacido, no por completo. Tendría que encontrar un lugar que infectar, un lugar donde las barreras entre mundos fueran tenues. Allí podría filtrar su yo en las propias piedras e integrar su conciencia en esa ubicación. El proceso llevaría años pero, una vez que ocurriera, sería más difícil matarlo.

En ese momento Shaisam era frágil. Esa forma mortal que caminaba en el centro de su mente… estaba unida a él. Fain, había sido. Padan Fain.

Con todo, él era vasto. Esas almas habían creado mucha niebla, que, a su vez, había encontrado otros con los que alimentarse. Ante él, los hombres luchaban con Engendros de la Sombra. Todos le darían fuerza.

Sus zánganos entraron dando trompicones en el campo de batalla y, de inmediato, ambos bandos empezaron a combatir contra ellos. Shaisam se estremecía de gozo. No se daban cuenta. No lo entendían. Los zánganos no estaban allí para luchar.

Estaban para distraer.

Conforme la batalla proseguía, él dirigió su esencia a los brumosos zarcillos y empezó a clavarlos en los cuerpos de hombres y trollocs combatientes. Tomó Myrddraal. Los convirtió. Los utilizó.

Pronto ese ejército sería suyo.

Necesitaba esa fuerza en caso de que su antiguo enemigo… su querido amigo, decidiera atacarlo.

Esos dos amigos —esos dos enemigos— se hallaban ocupados el uno con el otro. Excelente. Continuando con su ataque, Shaisam acabó con enemigos de ambos bandos y los consumió. Algunos intentaban atacarlo corriendo hacia la niebla, a su abrazo. Por supuesto, eso los mataba. Éste era su verdadero yo. Había tratado de crear esa niebla antes, siendo Fain, pero no era lo bastante maduro para hacerlo.

No podían llegar a él. Ningún ser vivo podía aguantar esa niebla. En otro tiempo ésta había sido algo sin mente. Entonces no era él. Pero la había atrapado dentro de sí, transportada en el interior de una simiente, y esa muerte —esa maravillosa muerte— había proporcionado un suelo fértil en la carne de un hombre.

Los tres se entrelazaban dentro de él. Niebla. Hombre. Señor. Esa daga maravillosa —su forma física la portaba ahora— había hecho crecer algo delicioso, nuevo y antiguo a la vez.

Así, la niebla era él, pero al mismo tiempo no lo era. Sin mente, pero era su cuerpo y llevaba su mente. Lo maravilloso era que con esas nubes en el cielo no tenía que preocuparse de que el sol lo eliminara, lo evaporara.

¡Qué estupendo que su viejo enemigo le diera semejante bienvenida! Su forma física rió en el corazón de la niebla que se arrastraba, mientras su mente —la propia niebla— se enorgullecía de lo perfecto que era todo.

Ese lugar sería suyo. Pero sólo después de haberse dado un banquete con Rand al’Thor, el alma más fuerte de todas.

¡Qué maravillosa celebración!

Gaul se aferraba a las rocas en el exterior de la Fosa de la Perdición. Los vientos lo azotaban, le arrojaban contra el cuerpo arena y fragmentos menudos de piedra que le abrían profundos cortes en la piel.

Se rió del vórtice de negrura que giraba allá arriba.

—¡Vamos, ataca con lo peor que tengas! —gritó al remolino—. He vivido en la Tierra de los Tres Pliegues. ¡Me habían dicho que la Última Batalla sería algo grandioso, no un paseo hasta el techo de mi madre recogiendo un ramito de botones

de oro!

El vendaval sopló con más fuerza, como si quisiera vengarse, pero Gaul se aplastó contra la piedra sin dar al viento ningún resquicio por donde agarrarlo. Había perdido el *shoufa* —se le había soltado con los tirones del viento—, así que se había atado parte de la camisa sobre la zona inferior de la cara. Le quedaba una lanza. Las otras habían desaparecido, rotas o arrebatadas por el aire.

Se arrastró hacia la boca de la caverna, que estaba desprotegida salvo por la barrera del fino velo púrpura que impedía entrar. Una figura vestida con cuero oscuro apareció delante de la abertura. Cerca de ese hombre el viento entró en calma.

Con los ojos entrecerrados para protegerlos de la tormenta, Gaul se arrastró y se incorporó detrás de él en silencio; arremetió con la lanza.

Verdugo giró sobre sus talones al tiempo que maldecía y desviaba la lanza con un brazo que de repente era tan duro como el acero.

—¡Así te abrases! —le gritó a Gaul—. ¡Estate quieto por una vez!

Gaul saltó hacia atrás y Verdugo fue por él, pero entonces llegaron los lobos. El Aiel se apartó y se fundió con las rocas. Verdugo era muy fuerte allí pero, lo que no veía, no podía matarlo.

Los lobos lo acosaron hasta que lo hicieron desaparecer. Había cientos de lobos en el valle, deambulando entre la tormenta de viento. Verdugo había matado docenas de ellos; Gaul susurró una despedida a otro que había caído en ese último ataque. No podía hablar con ellos como Perrin Aybara, pero eran hermanos de lanza.

Gaul se arrastró despacio, con cautela. Tanto su ropa como la piel tenían el mismo color que las rocas; parecía lo adecuado, de modo que eran iguales. Probablemente los lobos y él no podrían derrotar al tal Verdugo, pero al menos lo intentarían. Con todas sus fuerzas.

¿Cuánto hacía que se había marchado Perrin Aybara? ¿Quizá dos horas?

«Si la Sombra te ha llevado, amigo mío, quiera la Luz que escupieras al ojo del Cegador de la Vista antes de que despertaras del sueño», pensó.

Verdugo apareció de nuevo en las rocas, pero Gaul no gateó hacia adelante. El tipo ya había hecho aparecer antes señuelos hechos de piedra. Esa figura no se movía. El Aiel miró en derredor —cauteloso, con lentitud— mientras aparecían varios lobos cerca del señuelo. Lo olisquearon.

El supuesto señuelo empezó a matarlos.

Gaul maldijo y salió de su escondrijo. Al parecer, eso era lo que Verdugo había esperado que hiciera, y le arrojó una lanza; una que era de Gaul. Lo alcanzó en el costado. El Aiel emitió un quedo gruñido y cayó de rodillas.

Verdugo rió y levantó las manos. Un chorro de viento sopló a partir del hombre y lanzó a los lobos por el aire. Gaul apenas oyó los quejidos de los animales con el estruendo del ventarrón.

—¡Aquí yo soy el rey! —gritó Verdugo a la tempestad—. Aquí, soy más que los Renegados. Este sitio me pertenece, y haré…

Tal vez el dolor de la herida hacía que el Aiel se sintiera confuso, porque le pareció que el viento empezaba a amainar.

—Aquí, haré…

El viento encalmó por completo.

El silencio se adueñó de todo el valle. Verdugo se puso en tensión y después volvió los ojos, preocupado, hacia la caverna que tenía detrás. Allí no parecía que hubiera cambiado nada.

—Tú no eres un rey —dijo una voz queda.

Gaul dio media vuelta. Una figura se erguía en un saliente rocoso que había detrás de él; vestía las tonalidades verdes y pardas de un leñador de Dos Ríos. La capa, de un verde intenso, ondeó débilmente con un último soplo del viento encalmado. Perrin tenía los ojos cerrados, la barbilla algo levantada en un ligero ángulo, como dirigida al sol, allá arriba, aunque, si había algún astro, lo tapaban las nubes.

—Este sitio les pertenece a los lobos —dijo Perrin—. No a ti, ni a mí, ni a ningún hombre. Aquí no puedes ser rey, Verdugo. No tienes súbditos y nunca los tendrás.

—Cachorro insolente —gruñó Verdugo—. ¿Cuántas veces tengo que matarte?

Perrin hizo una profunda inhalación.

—¡Me reí cuando supe que Fain había matado a tu familia! —gritó Verdugo—. Me reí. Se suponía que yo tenía que matarlo, ¿sabes? La Sombra lo considera un solitario salvaje y peligroso, pero fue el primero que se las ingenió para hacer algo lo bastante significativo para causarte dolor.

Perrin no dijo nada.

—¡Luc quería ser parte de algo importante! —gritó Verdugo—. En eso, somos iguales, aunque yo buscaba la capacidad de encauzar. El Oscuro no puede otorgar eso, pero encontró algo diferente para nosotros, algo mejor. Algo que requiere que un alma se funda con otra cosa. Como lo que te ocurrió a ti, Aybara. Igual que tú.

—Tú no eres como yo en absoluto, Verdugo —replicó Perrin en voz baja.

—¡Pues lo somos! Por eso me reía. ¿Sabes que hay una profecía sobre Luc? Que será importante para la Última Batalla. Por eso estamos aquí. Te mataremos; después mataré a al’Thor. Igual que matamos a ese lobo tuyo.

Erguido en la prominencia rocosa, Perrin abrió los ojos. Gaul reculó. Esos ojos dorados relucían como almenaras.

La tormenta se reanudó. Y, sin embargo, esa tempestad parecía poca cosa comparada con la que Gaul veía en los ojos de Perrin. El Aiel sintió una presión proveniente de su amigo. Como la sensación aplastante del sol a mediodía tras cuatro días sin agua que beber.

Gaul contempló a Perrin unos instantes y entonces se puso la mano en la herida y

echó a correr.

El viento azotaba a Mat; iba aferrado a la silla de una bestia alada que volaba a centenares de pies de altura en el aire.

—¡Oh, maldita sea! —gritó Mat, que aferraba el sombrero con una mano y con la otra se agarraba a la silla.

Iba sujeto con una especie de correaje. Dos correas de cuero pequeñas. Demasiado finas. ¿Es que no podían haber usado más? ¿Unas diez o veinte? ¡Él se habría sentido seguro con un centenar!

Los *morat'to'raken* estaban chiflados. ¡Del primero al último! ¡Hacían eso a diario! ¿Qué diantres les pasaba?

Atado a la silla delante de Mat, Olver reía con júbilo.

«Pobre crío —pensó Mat—. Está tan aterrado que se ha vuelto loco. La falta de aire aquí arriba lo está afectando».

—¡Ahí está, mi príncipe! —gritó la *morat'to'raken*, Sulaan, desde su asiento en la parte delantera de la bestia voladora. Era bonita. Y también estaba completamente loca—. Hemos llegado al valle. ¿Estáis seguro de que queréis que os deje ahí?

—¡No! —gritó Mat.

—¡Buena respuesta!

La mujer hizo que la bestia se lanzara en picado de repente.

—¡Por todos los…! —chilló Mat.

Olver rió con ganas.

El *to'raken* los llevó hacia un valle largo, donde se disputaban montones de combates frenéticos. Mat intentó centrarse en la lucha en vez de hacerlo en el hecho de que se encontraba en el aire montado en un lagarto volador junto a dos jodidos lunáticos.

Montoneras de cadáveres de trollocs relataban la historia tan bien como podría haberlo hecho un mapa. Los trollocs habían irrumpido a través de las defensas apostadas en la boca del valle que quedaba a espaldas de Mat. Volaron sobre todo aquello hacia la montaña de Shayol Ghul, todo recto, con las paredes del valle a derecha e izquierda.

Abajo reinaba el caos. Bandas ambulantes de Aiel y trollocs se movían por todo el valle enzarzándose aquí y allí los unos contra los otros. Algunos soldados que no eran Aiel defendían el sendero que subía a la Fosa de la Perdición, pero ésa era la única formación organizada que él alcanzaba a ver.

A lo largo de un lado del valle, una densa niebla empezaba a descender hacia el suelo. Al principio, Mat se equivocó al pensar que procedía de los héroes del Cuerno. Pero no, el Cuerno iba sujeto a la silla, junto a la *ashandarei*. Y esa niebla era demasiado… plateada. Si tal término era el adecuado. Le pareció recordar que había

visto antes esa niebla.

En ese momento Mat sintió algo. Algo que le producía esa niebla. Una especie de fría comezón, a la que siguió lo que habría jurado era un susurro en su mente. Y supo de inmediato lo que era.

¡Oh, Luz!

—¡Mat, mira! —llamó Olver al tiempo que señalaba—. ¡Lobos!

Un grupo de animales negros como azabaches y casi tan grandes como caballos atacaban a los soldados que defendían el camino de subida a Shayol Ghul. Y estaban haciendo una rápida escabechina con los hombres. ¡Luz! Como si las cosas no fueran ya bastante difíciles.

—No son lobos —dijo con voz sombría—. La Cacería Salvaje ha llegado a Thakan'dar.

¿Y Mashadar y esas bestias no se destruirían entre ellos? ¿Sería mucho esperar que ocurriera así? Con los dados rodando dentro de su cabeza, Mat no iba a apostar por ello. Las fuerzas de Rand —lo que quedaba de los Aiel, domani, Juramentados del Dragón y soldados tearianos que habían ido allí— acabarían aplastadas por los Sabuesos del Oscuro. Y, si sobrevivían, Mashadar los consumiría. No podían hacer frente ni a los unos ni al otro.

Esa voz dentro de la niebla… No era sólo Mashadar, una niebla sin mente. Fain estaba también allí. Y la daga.

Shayol Ghul se alzaba, imponente, ante ellos. Por encima, a gran altura, las nubes bullían. Lo sorprendente eran unas nubes blancas de tormenta que habían entrado desde el sur y chocaban con las negras al girar unas en torno a las otras. De hecho, esos dos núcleos tormentosos se parecían muchísimo al…

La *to'raken* viró y aleteó un poco antes de descender más abajo, puede que sólo a unos cien pies del suelo.

—¡Ten cuidado! —chilló Mat a Sulaan mientras se sujetaba el sombrero—. ¿Es que intentas matarnos, puñetas?

—¡Os pido disculpas, mi príncipe! —gritó a su vez la mujer—. He de encontrar un lugar seguro donde dejaros.

—¿Un lugar seguro? —repitió Mat—. Pues que tengas suerte, porque vas a necesitarla.

—Va a ser difícil, sí. *Dhana* es fuerte, pero yo…

Disparada desde algún lugar allá abajo, junto con otras diez o doce más que le pasaron silbando a Mat, una flecha con penacho de plumas negras le infligió un corte a Sulaan en un lado de la cabeza. Otra alcanzó a la *to'raken* en un ala.

Mat barbotó una maldición, soltó el sombrero y sujetó a Sulaan mientras Olver gritaba con sobresalto. La seanchan se desvaneció, y las riendas se soltaron de sus manos. Abajo, un grupo de Aiel velos rojos preparaba otra andanada de flechas.

Mat se desabrochó el correaje que lo sujetaba a la silla. Saltó —o más bien gateó — por encima de Olver y la inconsciente mujer para aferrar las riendas de la aterrada *to'raken*. Esto no podía ser mucho más difícil que montar a caballo, ¿verdad? Tiró de las riendas como había visto hacer a Sulaan e hizo virar a la *to'raken* mientras las flechas silbaban en el aire tras él, y varias acertaban a dar en las alas del animal.

Viraron directamente hacia la pared rocosa, y Mat se encontró de repente de pie en la silla y asiendo las riendas con fuerza para intentar evitar que el animal herido los matara a todos. El viraje casi lo tiró de la silla, pero aguantó con los pies bien metidos en los estribos y aferrado a las riendas con todas sus fuerzas.

El golpe de viento mientras viraban se llevó las palabras de Olver. La criatura batía alocadamente las alas malheridas y chillaba de un modo lastimoso. Cuando el animal viró hacia el suelo, Mat dudó de que ninguno de los dos tuviera controlada la maniobra.

Cayeron a tierra con violencia, en un revoltijo de cuerpos. Se oyó el ruido de huesos al romperse. Mat esperaba que fueran de la *to'raken*; salió dando vueltas de campana por el suelo destrozado.

Por fin se detuvo y se quedó tendido. Respiró varias veces, aturdido por todo el episodio.

—Ésa ha sido la peor idea que he tenido en mi jodida vida —dijo con un gemido. Vaciló—. Puede que la segunda peor. —Después de todo, había decidido secuestrar a Tuon.

Tambaleándose, se incorporó; parecía que las piernas todavía le funcionaban. No cojeó demasiado cuando corrió hacia la *to'raken* sacudida por convulsiones.

—¿Olver? ¡Olver!

Encontró al chico atado todavía a la silla; parpadeaba y sacudía la cabeza para despejar el aturdimiento.

—Mat —dijo—, la próxima vez creo que deberías dejarme a mí dirigir al animal. Me parece que no lo has hecho muy allá.

—Si hay una próxima vez, me comeré todo el montón de oro de Tar Valon — replicó Mat.

Soltó de un tirón las correas que sujetaban la *ashandarei* y el Cuerno de Olver y después le tendió el instrumento al chico. Se llevó la mano hacia el envoltorio que guardaba el estandarte de Rand y que había llevado atado a la cintura, pero había desaparecido. Asaltado por el pánico, miró en derredor.

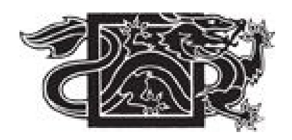
—¡El estandarte! ¡He dejado caer el jodido estandarte!

Olver sonrió y alzó la vista hacia el símbolo formado por las nubes arremolinadas.

—No pasa nada —dijo—. Ya estamos bajo su bandera.

Luego, se llevó el Cuerno a los labios y tocó una hermosa nota.

46



Despertar

Rand se desasió de la oscuridad y entró en el Entramado por completo, de nuevo en cuerpo y alma.

Por lo que había estado viendo del Entramado, sabía que aunque sólo habían pasado minutos desde que había entrado, fuera de la caverna, en el valle, habían transcurrido días; y más lejos, en otras partes del mundo, había sido mucho más tiempo.

Rand apartó de un empujón a Moridin de la posición que habían mantenido durante esos tensos minutos, con las espadas trabadas. Henchido todavía de Poder Único, tan dulce, Rand arremetió con la hoja de *Callandor* a su otrora amigo.

Moridin alzó su espada a tiempo de parar el golpe, aunque por poco. Gruñó mientras sacaba su cuchillo del cinturón y daba un paso atrás para adoptar una táctica con espada y cuchillo.

—Tú ya no eres una pieza clave, Elan —le dijo Rand notando el torrente embravecido del *Saidin* dentro de sí—. ¡Acabemos con esto!

—¿No lo soy? —Moridin rió.

Entonces giró con rapidez sobre sí mismo y arrojó el cuchillo a Alanna.

Nynaeve observó con horror cómo el cuchillo surcaba el aire dando vueltas. Por alguna razón, el vendaval no afectó su vuelo.

«¡No! —Después de haber conseguido volver a la vida a la mujer—. ¡No puedo perderla ahora!» Nynaeve intentó agarrar el cuchillo y pararlo, pero se movió una fracción de segundo demasiado despacio.

El cuchillo se hundió de lleno en el pecho de Alanna.

Nynaeve miró el arma, horrorizada. Ésa no era una herida que se curara cosiéndola y usando hierbas. La hoja había dado en el corazón.

—¡Rand! ¡Necesito el Poder Único! —gritó Nynaeve.

—No… importa… —susurró Alanna.

Nynaeve miró a la mujer a los ojos. Estaba lúcida.

«El serpol —comprendió, al recordar la hierba que había usado para que Alanna recobrara fuerzas—. La ha reanimado del desmayo. Ha hecho que vuelva en sí».

—Puedo… —dijo Alanna—, puedo desvincularlo…

La luz se apagó en los ojos de la mujer.

Nynaeve miró a Moridin y a Rand. Éste echó un vistazo a la mujer muerta con pena y compasión, pero Nynaeve no vio ira en sus ojos. Alanna lo había liberado del vínculo antes de que Rand sintiera los efectos de su muerte.

Moridin se volvió hacia Rand con otro cuchillo en la mano izquierda. Rand enarboló *Callandor* para atacar a Moridin.

El Renegado tiró la espada y se atravesó la mano derecha con el cuchillo. Rand sufrió una sacudida y *Callandor* se le cayó de la mano como si hubiese sido la suya la que, de algún modo, hubiera recibido la herida del cuchillo.

El fulgor que emanaba del arma se apagó y la hoja cristalina resonó al caer al suelo.

Perrin no se contuvo en la lucha con Verdugo.

No intentó distinguir entre lobo y hombre. Por fin dejó que todo lo que llevaba dentro saliera, cada pizca de cólera contra Verdugo, cada pizca de dolor por la muerte de su familia… Presiones que habían germinado y se habían desarrollado en su interior durante meses sin que él se diera cuenta.

Lo dejó salir. Luz, lo soltó sin ponerle trabas. Igual que había hecho aquella noche horrible cuando había matado a esos Capas Blancas. Desde entonces, había mantenido un férreo control sobre sí mismo y sus emociones. Como había dicho maese Luhhan.

Ahora, en ese instante suspendido en el tiempo, se dio cuenta. El afable Perrin, siempre temeroso de hacer daño a alguien. Un herrero que había aprendido a controlarse. Rara vez se había permitido atacar con toda su fuerza.

Ese día le quitó la correa al lobo que era. De todos modos, nunca habría debido llevarla puesta.

La tormenta rugía en consonancia con su cólera. Perrin no intentó apartarla. ¿Por qué iba a hacerlo? Se ajustaba a la perfección con sus emociones. Los golpes de su martillo eran como estampidos de truenos, el centelleo de sus ojos era como relámpagos. Los lobos aullaban en armonía con el viento.

Verdugo intentó defenderse. Saltó, se desplazó con *cambio*, arremetió con la espada. Todas y cada una de las veces Perrin estaba allí. Saltando hacia él como un lobo, atacándolo como un hombre, golpeando como la propia tempestad. En los ojos de Verdugo apareció una mirada aterrorizada. Intentó levantar un escudo, tratando de interponerlo entre Perrin y él.

Perrin atacó. Ahora ya sin pensarlo, porque sólo era instinto. Rugió y descargó el martillo en aquel escudo una y otra vez. Acosando a Verdugo y haciéndolo retroceder. Martilleando sobre el escudo como si éste fuera una barra de hierro que no cediera a los golpes. Descargando su cólera y su furia.

El último golpe lanzó a Verdugo hacia atrás un centenar de pies en el aire. Verdugo cayó en el suelo del valle y rodó sobre sí mismo, resollando. Se paró en mitad del campo de batalla, donde aparecían figuras a su alrededor y desaparecían al morir mientras luchaban en el mundo real. Miró a Perrin con pánico y entonces se desvaneció.

Perrin se trasladó al mundo de vigilia para seguirlo. Apareció en mitad de la batalla, Aiel contra trollocs enredados en una lucha enfurecida. Los vientos eran sorprendentemente fuertes a ese lado, y nubes negras giraban por encima del pico de Shayol Ghul, que se alzaba hacia el cielo como un dedo sarmentoso.

Los Aiel que estaban cerca casi no repararon en él. Los cuerpos de trollocs y humanos yacían en montones por todo el campo de batalla; allí apestaba a muerte. El suelo, antes seco y polvoriento, era ahora un barrizal por la sangre de los caídos.

Verdugo se abría paso a empujones entre un grupo de Aiel, gruñendo, arremetiendo con el largo cuchillo. No miró hacia atrás; por lo visto, ignoraba que Perrin iba tras él en el mundo real.

Otra oleada de Engendros de la Sombra apareció en la pendiente, saliendo de una niebla blanca plateada. La piel de las bestias tenía un aspecto extraño, como llena de picaduras, y los ojos eran de un color blanco lechoso. Perrin hizo caso omiso y salió disparado en pos de Verdugo.

Joven Toro. Lobos. ¡*Los Hermanos de la Sombra están aquí! ¡Luchamos*!

Sabuesos del Oscuro. Los lobos odiaban a todos los Engendros de la Sombra; toda una manada moriría con tal de acabar con un Myrddraal. Pero a los Sabuesos del Oscuro los temían.

Perrin miró en derredor para localizar a las criaturas. La gente normal no podía luchar contra ellas, pues bastaba una gota de saliva para acabar muerto.

¡Luz! Esos Sabuesos del Oscuro eran enormes. Montones de lobos corrompidos, negros como la pez, pasaban veloces entre las líneas defensivas arrasándolas y lanzaban por el aire a soldados tearianos y domani como si fueran muñecos de trapo. Los lobos los atacaron, pero fue en vano. Chillaron y aullaron y murieron.

Perrin alzó la voz junto con sus gritos de muerte, un grito entrecortado de rabia. De momento, no podía ayudarlos. Su instinto y sus pasiones lo dirigían. Verdugo. Tenía que derrotar a Verdugo. Si él no lo hacía, ese hombre volvería con un *cambio* al Mundo de los Sueños y mataría a Rand.

Perrin se volvió y corrió a través de los ejércitos combatientes, en persecución de una figura lejana. Verdugo había sacado ventaja con la distracción de Perrin, pero también había aflojado un poco la marcha. Todavía no se había dado cuenta de que Perrin podía abandonar el Mundo de los Sueños.

Más adelante, Verdugo se detuvo e inspeccionó el campo de batalla. Al mirar atrás vio a Perrin, y los ojos se le desorbitaron. Perrin no alcanzó a oír las palabras

con el estruendo de la lucha, pero sí le leyó los labios mientras susurraba:

—No. No puede ser.

«Sí —pensó Perrin—. Puedo seguirte ahora, a dondequiera que huyas. Esto es una cacería. Y tú, por fin, eres la presa».

Verdugo desapareció, y Perrin se trasladó con un *cambio* al Sueño del Lobo tras él. La gente que luchaba en derredor se convirtió en fugaces dibujos en el polvo que explotaban y se recreaban. Verdugo gritó de miedo al verlo, y entonces hizo el *cambio* de vuelta al mundo de vigilia.

Perrin hizo otro tanto. Percibía con claridad el rastro de Verdugo, un marcado olor a sudor y a pánico. De vuelta al sueño y después al mundo de vigilia otra vez. En el sueño, Perrin corría a cuatro patas, como Joven Toro. En el mundo de vigilia, era Perrin, con el martillo enarbolado.

Cambios. Atrás y adelante; se movía entre los dos mundos con la misma frecuencia con que parpadeaba, en pos de Verdugo. Cuando aparecía en medio de grupos combatiendo, saltaba al Sueño del Lobo y pasaba a través de figuras hechas de arena y polvo revuelto; después, *cambio*, y de vuelta en el mundo de vigilia para seguir el rastro. Los *cambios* empezaron a sucederse con tal rapidez que pasaba entre los dos con cada latido del corazón.

Latido. Perrin alzó el martillo y saltó desde una pequeña cresta tras la figura que corría delante, con precipitación.

Latido. Joven Toro aulló, llamando a la manada.

Latido. Perrin estaba cerca ahora. Sólo unos pasos por detrás. El efluvio de Verdugo era acre.

Latido. Los espíritus de los lobos aparecieron alrededor de Joven Toro, aullando en su ansia de emprender la caza. Jamás una presa lo había merecido tanto. Jamás había habido una presa que hiciera tanto daño a las manadas. Jamás había habido un hombre más temido.

Latido. Verdugo trastabilló. Se retorció al tiempo que caía, trasladándose al Sueño del Lobo en un acto reflejo.

Latido. Perrin enarbolaba *Mah'alleinir*, decorado con el lobo en pleno salto. El que remonta el vuelo.

Latido. Joven Toro saltó hacia la garganta del asesino de sus hermanos. Verdugo huyó.

El martillo impactó.

Algo en ese lugar, en ese momento, lanzó a Perrin y a Verdugo a una espiral de destellos entre mundos. Atrás y adelante, atrás y adelante, destellos de instantes y pensamientos. Destello. Destello. Destello.

Los hombres morían alrededor de los dos. Algunos eran polvo, y otros, carne. Su mundo, junto con las sombras de otros mundos. Hombres con ropajes extraños y

armadura que luchaban con bestias de todos los tamaños y formas. Instantes en los que los Aiel se convertían en seanchan, quienes a su vez se convertían en una mezcla de unos y otros, con lanzas y ojos claros, pero con yelmos en forma de insectos monstruosos.

En todos esos momentos, en todos esos lugares, el martillo de Perrin golpeaba y los colmillos de Joven Toro asían a Verdugo por el cuello. Saboreó la salada calidez de la sangre de Verdugo. Sentía vibrar el martillo cuando golpeaba, y oía crujir huesos. Los mundos centelleaban como relámpagos.

Todo chocó, se sacudió, y después volvió a su cauce.

Perrin se encontraba en las rocas del valle de Thakan'dar, y el cuerpo de Verdugo se derrumbó delante de él, con la cabeza aplastada. Perrin jadeaba; la emoción de la cacería no lo abandonaba. Había acabado.

Se volvió, sorprendido al descubrir que se hallaba rodeado de Aiel. Los miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

Una de las Doncellas rompió a reír.

—Tu aspecto es el de quien va corriendo a una danza importante, Perrin Aybara —dijo—. Una aprende a observar a los guerreros como tú en la batalla y los sigue. A menudo son los que más se divierten.

Él esbozó una sonrisa triste mientras recorría con la mirada el campo de batalla. Las cosas no iban bien para su bando. Los Sabuesos del Oscuro destrozaban a los defensores en un frenesí despiadado. El camino que conducía hacia Rand estaba desprotegido por completo.

—¿Quién dirige esta batalla? —preguntó Perrin.

—Ahora, nadie —repuso la Doncella. Perrin no sabía su nombre—. Rodel Ituralde lo hizo al principio. Luego se encargó Darlin Sisnera, pero su puesto de mando cayó a causa de los Draghkar. Hace horas que no veo a ninguna Aes Sedai ni a un jefe de clan.

Su voz sonaba sombría. Incluso los estoicos y valerosos Aiel flaqueaban. Un rápido vistazo al campo de batalla reveló a Perrin que los restantes Aiel luchaban dondequiera que estuvieran, a menudo en pequeños grupos, haciendo todo el daño posible antes de que acabaran con ellos. Los lobos que habían luchado ahí en manadas estaban destrozados y transmitían sensaciones de dolor y miedo. Y Perrin no sabía qué significaba que esos Engendros de la Sombra tuvieran los rostros marcados de hoyos.

La batalla había terminado, y el bando de la Luz había perdido.

Los Sabuesos del Oscuro se lanzaron contra la línea de Juramentados del Dragón que había cerca, el último grupo que aguantaba en la defensa y que cayó ante ellos. Unos pocos intentaron huir, pero uno de los Sabuesos saltó sobre ellos, derribó a

varios al suelo y mordió a uno. La saliva espumosa salpicó a los demás, y los hombres se desplomaron, retorciéndose de dolor.

Perrin bajó el martillo, se arrodilló para arrancar la capa a Verdugo y se envolvió la tela alrededor de las manos para después empuñar de nuevo el martillo.

—No dejéis que la saliva os toque la piel. Es mortal.

Los Aiel asintieron con un gesto y los que llevaban las manos desnudas se las envolvieron. Olían a determinación, pero también a resignación. Los Aiel correrían hacia la muerte si no quedaba otra opción, y lo harían riendo. Los habitantes de las tierras húmedas los tenían por locos, pero Perrin olía la verdad en ellos. No estaban locos. No temían a la muerte, pero tampoco se alegraban de que llegara.

—Tocadme, todos vosotros —instruyó Perrin.

Los Aiel lo hicieron. *Cambio*. Los trasladó al Sueño del Lobo; hacerlo con tantos fue un gran esfuerzo, como doblar una barra de acero, pero se las arregló. De inmediato hizo otro *cambio* y se encontraron en lo alto del camino a la Fosa de la Perdición. Los espíritus de los lobos se habían reunido allí, en silencio. Centenares de ellos.

Perrin llevó a los Aiel de vuelta al mundo de vigilia; el *cambio* situó a su pequeña fuerza y a él entre Rand y los Sabuesos del Oscuro. La Cacería Salvaje alzó la vista hacia ellos; los ojos corrompidos brillaron como plata al fijarse en Perrin.

—Presentaremos batalla aquí —les dijo a sus Aiel—. Y espero que otros vengan a ayudarnos.

—Resistiremos —contestó uno de los Aiel, un hombre alto que llevaba una de esas cintas en la cabeza marcada con el símbolo de Rand.

—Y, si no —añadió otro—, despertaremos, y al menos regaremos la tierra con nuestra sangre y nutriremos con nuestros cuerpos las plantas que ahora crecen aquí.

Perrin no se había fijado apenas en las plantas que crecían, incongruentemente, con un intenso color verde en el valle. Pequeñas, pero fuertes. Una manifestación del hecho de que Rand todavía luchaba.

Los Sabuesos del Oscuro avanzaban sigilosamente hacia ellos, las colas gachas, las orejas echadas hacia atrás, enseñando los dientes, que brillaban como metal manchado con sangre. ¿Qué era aquello que oía por encima del viento? Algo muy suave, muy lejano. Parecía tan suave que no tendría que haberlo oído. Pero penetraba a través del estruendo de la batalla. Ligeramente familiar…

—Conozco ese sonido —dijo Perrin.

—¿Sonido? ¿Qué sonido? —preguntó una Doncella—. ¿La llamada de los lobos?

—No —repuso Perrin, al tiempo que los Sabuesos del Oscuro empezaban a subir corriendo el sendero—. El Cuerno de Valere.

Los héroes acudirían. Pero ¿a qué campo de batalla lo harían? Perrin no tendría que esperar ayuda allí. Sólo que…

Dirígenos, Joven Toro.

¿Por qué tenían que ser humanos todos los héroes?

Un aullido sonó en el mismo tono que el toque del Cuerno. Perrin miró hacia un campo que de repente se llenaba con multitud de lobos refulgentes. Eran grandes animales de color claro y del tamaño de los Sabuesos del Oscuro: los espíritus de los lobos que habían muerto y que se habían reunido allí, esperando la señal, esperando la ocasión de luchar.

El Cuerno los había llamado.

Perrin lanzó un aullido propio, un aullido de placer, y a continuación cargó para salirles al paso a los Sabuesos del Oscuro.

La Última Cacería, por fin, había llegado de verdad.

Mat dejó a Olver de nuevo con los héroes. El muchacho parecía un príncipe, cabalgando delante de Noal mientras atacaban a los trollocs y evitaban que subiera alguien por ese camino para matar a Rand.

Tomó prestado un caballo de uno de los defensores que todavía tenía uno, y galopó para encontrar a Perrin. Su amigo se encontraría entre esos lobos, por supuesto. Mat ignoraba cómo habían entrado al campo de batalla esos centenares de grandes lobos relucientes, pero no iba a protestar porque lo hubieran hecho. Arremetieron frontalmente contra la Cacería Salvaje, gruñendo y atacando ferozmente a los Sabuesos del Oscuro. Aullidos de dolor procedentes de los dos bandos inundaron los oídos de Mat.

Pasó junto a unos Aiel que combatían contra un Sabueso del Oscuro, pero esa gente no tenía posibilidad alguna de ganar. Derribaron a la bestia y la hicieron pedazos, pero la criatura se reconstruyó como si estuviera hecha de oscuridad en lugar de carne, y a continuación se abalanzó sobre ellos. ¡Maldición! Era como si esas armas Aiel no le hubieran hecho siquiera un arañazo. Mat siguió galopando, aunque evitaba los zarcillos de niebla plateada que avanzaban a todo lo ancho del valle.

¡Luz! Esa niebla se aproximaba al camino que llevaba a Rand. Estaba adquiriendo más velocidad, rodando por encima de Aiel, trollocs y Sabuesos del Oscuro por igual.

Perrin se volvió y estrechó los ojos.

—¡Mat! —llamó—. ¿Qué haces aquí?

—¡Vengo a ayudar! ¡En contra de mi criterio y sabiendo que era un error!

—No puedes luchar contra los Sabuesos Oscuros, Mat —le dijo Perrin mientras pasaba a caballo junto a él—. Yo sí, y también los lobos de la Última Cacería.

Ladeó la cabeza y luego miró hacia donde sonaba el toque del Cuerno.

—No —se adelantó Mat—. Yo no lo he tocado. Ese puñetero peso ha pasado a otro que, de hecho, disfruta con ello.

—No era eso, Mat. —Perrin se acercó y lo agarró del brazo—. Mi esposa, Mat. Por favor. Ella llevaba el Cuerno.

Mat bajó la vista, entristecido.

—El chico dijo… Luz, Perrin. Faile estaba en Merrilor y alejó a los trollocs de Olver para que él pudiera escapar con el Cuerno.

—Entonces, todavía es posible que siga con vida —dijo Perrin.

—Sí, pues claro que es posible —contestó. ¿Qué otra cosa iba a decir?—. Perrin, tengo que decirte otra cosa. Fain está aquí, en este campo de batalla.

—¿Fain? —Perrin gruñó—. ¿Dónde?

—¡Está en esa niebla! Ha traído a Mashadar de algún modo, Perrin. Que no te toque esa niebla.

—Yo también estuve en Shadar Logoth, Mat. Tengo una cuenta que saldar con Fain.

—¿Y yo no? —replicó Mat—. Yo…

De pronto, Perrin miró el torso de Mat con los ojos desorbitados.

Allí, un pequeño zarcillo blanco de niebla plateada —la niebla de Mashadar— había atravesado a Mat desde atrás, a través del pecho. Mat lo miró, sufrió una sacudida, y después se cayó del caballo.

47



Ver deshilarse el tejido

En los declives del valle de Thakan'dar, Aviendha se había esforzado por evitar el escudo de Energía que Graendal había tratado de colocarle. Un tejido como encaje, que desafiaba sus intentos de llegar al Poder Único. Tenía los pies destrozados y no podía levantarse. Yacía en el suelo, asaltada por un intenso dolor, apenas capaz de moverse.

Había conseguido rechazarlo, pero por muy poco.

La Renegada estaba apoyada en las rocas del saliente; llevaba así un poco de tiempo, farfullando entre dientes. La roja sangre le manaba del costado. Debajo de ellas, en el valle, la batalla proseguía con furia. Una niebla de un blanco plateado se deslizaba sobre los muertos y algunos de los vivos.

Aviendha trató de arrastrarse hacia su acceso, que continuaba abierto; a través de él veía el suelo del valle. Algo tenía que haber hecho alejarse a Cadsuane y a las otras; o era ésa la razón, o ella había abierto el acceso en el sitio equivocado.

El brillo del *Saidar* envolvió de nuevo a Graendal. Más tejidos; Aviendha los deshizo, pero eso retrasaba su avance hacia el acceso.

La Renegada gimió y se puso erguida. Avanzó hacia Aviendha tambaleándose, a pesar de que parecía estar mareada por la pérdida de sangre.

Aviendha poco podía hacer para defenderse, debilitada a causa de la hemorragia. Estaba indefensa.

A no ser que…

El tejido para su acceso, el que había atado. Aún seguía flotando allí para mantener abierto el portal. Encaje hilado.

Con cuidado, dudosa pero desesperada, Aviendha tendió una conexión mental y tiró de uno de los hilos sueltos en el acceso. Podía hacerlo. El flujo tembló y desapareció.

Era algo que las Aiel hacían, pero que las Aes Sedai consideraban muy peligroso. Los resultados podían ser impredecibles. Una explosión, una pequeña lluvia de chispas… Aviendha podía acabar provocándose la consunción. O puede que no ocurriera nada en absoluto. Cuando Elayne lo intentó, había provocado una explosión devastadora.

Eso no le importaría a ella. Si acababa con una de las Renegadas junto consigo misma, sería una muerte gloriosa.

Tenía que intentarlo.

Graendal se paró cerca de ella y rezongó algo entre dientes, con los ojos cerrados. Entonces los abrió y empezó a crear otro tejido. Compulsión.

Aviendha comenzó a acelerar el proceso de lo que hacía y deshilachó dos, media docena de hilos del tejido del acceso. Casi, casi…

—¿Se puede saber qué haces? —demandó la Renegada.

Aviendha manipuló el tejido con más rapidez y, con la precipitación, sacó el hilo equivocado. Se quedó paralizada al ver que el hilo se retorcía y soltaba los que había a su alrededor.

Graendal mascculló y empezó a colocar la Compulsión en ella.

El acceso explotó en un destello de luz y calor.

Shaisam se apoderó del campo de batalla; la niebla se abría paso entre esos lobos y hombres que creían que podrían cerrarle el camino hasta al’Thor.

Sí, al’Thor. Al que mataría, al que destruiría, con el que se daría un festín. ¡Sí, al’Thor!

Algo tembló en uno de los extremos de sus sentidos. Shaisam vaciló y frunció el entrecejo para sus adentros. ¿Qué pasaba allí? Una parte de él… Había dejado de percibir un fragmento de él.

¿Qué era esto? Corrió con su forma física por el campo, a través de la niebla. La sangre le resbalaba de los dedos, cortados por la daga que llevaba, la preciosa semilla, el último rastro de su antiguo yo.

Llegó junto a un cadáver, uno al que su niebla había matado. Shaisam se puso ceñudo de nuevo y se agachó. Ese cuerpo le resultaba familiar…

La mano del cadáver se alzó y agarró a Shaisam por el cuello. Él soltó un grito ahogado y se revolvió al ver que el cadáver abría un ojo.

—Hay un detalle curioso respecto a las enfermedades sobre el que oí hablar una vez, Fain —susurró Matrim Cauthon—. Cuando pillas una enfermedad y sobrevives, no puede atacarte otra vez porque estás protegido contra ella.

Shaisam se revolvió con frenesí, asaltado por el pánico. No. ¡No era eso lo que pasaba cuando uno se reencontraba con un viejo amigo! Arañó la mano que lo aferraba, y entonces se dio cuenta, aterrado, de que había dejado caer la daga.

Cauthon tiró de él hacia abajo, estampándolo contra el suelo. Shaisam llamó a sus zánganos. ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado lentos!

—He venido a devolverte tu regalo, Mordeth —susurró Cauthon—. Considera saldada nuestra deuda. En su totalidad.

Cauthon hundió la daga justo entre las costillas, en el corazón de Shaisam. Atado a esa forma mortal lastimosa, Mordeth gritó. Padan Fain aulló y sintió la carne deshacerse en sus huesos. La niebla se estremeció, empezó a girar y a temblar.

Murieron juntos.

Perrin se trasladó con un *cambio* al Sueño del Lobo y encontró a Gaul rastreando el olor de la sangre. Había odiado tener que dejar a Mat con Mashadar, pero estaba convencido —por la mirada que Mat le había dirigido tras desplomarse— de que su amigo sobreviviría a la niebla y que sabía lo que se hacía.

Gaul se había escondido bien; se había encaramado a una roca, justo en la salida de la Fosa de la Perdición, y se había metido en una grieta. Todavía llevaba una lanza y había oscurecido su ropa para camuflarse con las rocas que lo rodeaban.

Estaba dando una cabezada cuando Perrin lo encontró. Además de estar herido, Gaul había pasado demasiado tiempo en el Sueño del Lobo. Si él sentía un profundo agotamiento, tenía que ser peor para el Aiel.

—Vamos, Gaul —le dijo, y lo ayudó a salir de la hendidura.

El Aiel parecía aturdido.

—Nadie ha conseguido pasar —murmuró—. Vigilé, Perrin Aybara. El *Car'a'carn* está a salvo.

—Los has hecho bien, amigo mío —contestó Perrin—. Mejor de lo que cualquiera habría esperado. Has obtenido mucho honor.

Gaul sonrió y se apoyó en el hombro de Perrin.

—Me preocupé… Cuando los lobos desaparecieron, me preocupé.

—Siguen luchando en el mundo de vigilia.

Perrin había sentido la necesidad de regresar al Sueño del Lobo. Encontrar a Gaul había sido en parte el motivo de hacerlo, pero había algo más, un instinto que no se explicaba.

—Aguanta —animó a Gaul.

Lo sujetó por la cintura. *Cambio*. Se trasladaron a Campo de Merrilor, y con otro *cambio* salieron del Sueño del Lobo y aparecieron en el centro del campamento de Dos Ríos.

La gente lo localizó de inmediato y empezó a gritar.

—¡Luz, Perrin! —dijo un hombre que había cerca. Grady se aproximó corriendo; tenía bolsas muy marcadas en los párpados—. He estado a punto de calcinaros, lord Ojos Dorados. ¿Cómo habéis aparecido así?

Perrin meneó la cabeza y ayudó a Gaul a sentarse. Grady miró la herida que tenía en el costado y llamó a una de las Aes Sedai para que le hiciera la Curación. La gente iba y venía, algunos hombres de Dos Ríos gritaban que lord Ojos Dorados había vuelto.

Faile. Faile había estado allí, en Merrilor, con el Cuerno.

«Tengo que encontrarla».

Rand estaba solo en el Sueño del Lobo, sin protección.

«¡Maldita sea, eso no importa! —pensó—. Si pierdo a Faile…»

Si Rand moría, la perdería. Y perdería todo lo demás. Ahí fuera todavía había Renegados. Perrin dudó. Tenía que ir a buscarla, ¿verdad? ¿No era ése su deber de esposo? ¿No podría otro proteger a Rand?

Pero, si no lo hacía él… ¿quién, entonces?

Aunque tomar esa decisión fue desgarrador, Perrin buscó el Sueño del Lobo una última vez.

Moridin levantó *Callandor* del suelo. La espada brilló, cegadora, con el Poder Único.

Rand retrocedió a trompicones, con la mano dolorida contra el pecho. Moridin rió y enarboló el arma.

—Ya eres mío, Lews Therin. ¡Por fin te tengo! Yo… —Dejó de hablar y alzó la vista hacia la espada, tal vez con temor reverencial—. Puedo amplificar el Poder Verdadero. ¿Un *sa'angreal* de Poder Verdadero? ¿Cómo? ¿Por qué? —Rió con más ganas.

Un remolino se agitó a su alrededor.

—¡Encauzar el Poder Verdadero aquí es la muerte, Elan! —le gritó Rand—. ¡Te calcinará!

—¡Es el olvido eterno! —gritó Moridin—. Conoceré esa liberación, Lews Therin. Y te llevaré conmigo.

El brillo de la espada adquirió un intenso color carmesí. Rand sintió emanar el poder de Moridin mientras absorbía Poder Verdadero.

Ésta era la parte más peligrosa del plan. Min lo había descifrado. *Callandor* tenía tales fallos, unos fallos tan increíbles… Creada de manera que, para que un hombre la utilizara, era preciso que lo controlaran mujeres; creada para que, si Rand la utilizaba, otros pudieran controlarlo a él…

¿Para qué iba a necesitar él un arma con semejantes fallos? ¿Por qué las profecías lo mencionaban así? Un *sa'angreal* para el Poder Verdadero. ¿Por qué iba él a necesitar nunca algo así?

La respuesta era tan sencilla…

—¡Ahora! —gritó Rand.

Nynaeve y Moraine encauzaron juntas aprovechando el fallo de *Callandor* mientras Moridin intentaba utilizarla contra Rand. El azote del viento fustigó el túnel. El suelo tembló y Moridin aulló al tiempo que los ojos se le desorbitaban.

Lo controlaron. *Callandor* era defectuosa. A cualquier hombre que la utilizara se lo podría obligar a coligarse con mujeres, a ponerse bajo su control. Una trampa… Trampa que Rand había utilizado con Moridin.

—¡Coligación! —ordenó.

Se lo pasaron a él. Poder.

Saidar que llegaba desde las mujeres.

El Poder Verdadero desde Moridin.

Saidin desde él mismo.

Que Moridin encauzara allí el Poder Verdadero amenazaba con destruirlos a todos, pero el impacto se amortiguó con el *Saidin* y el *Saidar*; después, Rand dirigió las tres energías hacia el Oscuro.

Entonces arremetió a través de la oscuridad que bullía allí, creó un conducto de luz y de oscuridad, y volvió contra el Oscuro su propia esencia.

Más allá, Rand percibió al Oscuro, su inmensidad. Espacio, magnitud, tiempo… Rand comprendió que tales cosas podían ser irrelevantes ahora.

Emitiendo un tremendo grito —con los tres Poderes fluyendo a través de él, la sangre manándole del costado— el Dragón Renacido alzó una mano de dominio y aferró al Oscuro a través de la Perforación como haría un hombre a través del agua para capturar la presa en el fondo del río.

El Oscuro intentó soltarse tirando hacia atrás, pero la mano de Rand llevaba el guante de Poder Verdadero. El enemigo no podía mancillar de nuevo el *Saidin*. El Oscuro intentó retirar el Poder Verdadero de Moridin, pero el conducto lo vertía con demasiada prodigalidad, con demasiada fuerza, para cerrarlo ahora. Imposible incluso para el propio Shai’tan.

Así fue como Rand usó la esencia del Oscuro y la encauzó con toda su potencia. Sujetó firmemente a Shai’tan, como una paloma en la garra de un halcón.

Y de él irradió un estallido de luz.

48



Una lanza brillante

Elayne trotaba en su caballo entre montones de trollocs muertos. El día había acabado con victoria. Encargó a todos los que podían sostenerse de pie que buscaran supervivientes entre los muertos.

Tantos… Cientos de miles de hombres y trollocs yacían en pilas por todo Merrilor. Las riberas del río eran mataderos; y las ciénagas, una tumularia fosa común en la que aún flotaban cadáveres. Un poco más allá, al otro lado del río, los Altos crujieron y retumbaron. Elayne había retirado a los suyos de aquella zona. Y ella apenas se sostenía en el caballo.

Los Altos de Polov se derrumbaron sobre sí mismos y enterraron a los muertos. Elayne lo vio como si estuviera entumecida, sintiendo el temblor del suelo. Se…

«Luz».

Se sentó erguida al percibir el aumento de energía en Rand. Su atención se alejó de los Altos para centrarse en él. La sensación de fuerza suprema, la belleza del control y el dominio. Una intensa luz salió disparada hacia el cielo, en el lejano norte, tan brillante que Elayne soltó un grito ahogado.

Había llegado el fin.

Thom se retiró de la entrada a la Fosa de la Perdición al tiempo que se protegía los ojos con el brazo cuando una luz —radiante como el mismo sol— salió proyectada de la caverna. ¡Moraine!

—Luz —susurró Thom.

Luz era, irrumpiendo con un estallido por la cima de la montaña de Shayol Ghul, un inmenso haz radiante que fundió el pico de la montaña y salió disparado hacia el cielo.

Min se llevó la mano al corazón mientras se apartaba de las hileras de heridos a los que había estado cambiando vendajes.

«Rand», pensó al percibir su angustiosa determinación. Lejos, al norte, un haz de luz ascendió en el aire, tan rutilante que iluminó Campo de Merrilor a pesar de haber una distancia tan enorme. Los ayudantes y los heridos por igual parpadearon y se

levantaron, tambaleándose y protegiéndose la cara del resplandor.

Esa luz, una lanza brillante al cielo, consumió las nubes y dejó el cielo despejado.

Aviendha parpadeó por la intensidad de la luz y supo que era cosa de Rand.

Eso la hizo volver en sí cuando estaba al borde de la inconsciencia, y la inundó de calidez. Él estaba venciendo. Estaba venciendo. Era tan fuerte… Ahora veía al verdadero guerrero que había en él.

Cerca, Graendal dio un traspié y cayó de rodillas, con los ojos vidriosos. El acceso a medio destejer había explotado, pero no con un estallido tan fuerte como la otra vez. Los tejidos y el Poder Único se habían deshilado expandiéndose en una rociada, justo en el momento en que Graendal intentaba tejer Compulsión.

La Renegada se volvió hacia Aviendha y adoptó un gesto de adoración. Le hizo una reverencia, como si la venerara.

«La explosión», comprendió Aviendha, aturdida. Le había hecho algo al tejido de la Compulsión. Para ser sincera, había esperado que ese estallido matara a la Renegada. Sin embargo, el desenlace había sido otro.

—Por favor, gloriosa —dijo Graendal—. Decidme lo que deseáis que haga. ¡Permitid que os sirva!

Aviendha giró la cabeza para contemplar la luz que era Rand y contuvo la respiración.

Logain salió de las ruinas llevando en brazos a un pequeñín de unos dos años. La llorosa madre del niño tomó a su hijo.

—Gracias. Bendito seáis, Asha'man. Que la Luz os bendiga.

Logain se frenó de golpe en medio de la gente. El aire apestaba a carne quemada y a trollocs muertos.

—¿Los Altos han desaparecido? —preguntó.

—En efecto —dijo de mala gana Androl, que se encontraba a su lado—. Los terremotos los han destruido.

Logain suspiró. Entonces… ¿el premio se había perdido? ¿Alguna vez podría desenterrarlo?

«Soy un necio», pensó. ¿A cambio de qué había abandonado ese poder? ¿De salvar a esos refugiados? ¿Gente que lo desdeñaría y lo odiaría por lo que era? Gente que…

Gente que lo miraba con temor reverencial.

Logain frunció el entrecejo. Eran personas corrientes, no como la gente que vivía en la Torre Negra y que estaba acostumbrada a los hombres que encauzaban. En ese momento, no habría sido capaz de distinguir a unos de otros.

Observó con asombro que la gente se arremolinaba en torno a sus Asha'man y lloraban por haberse salvado. Los hombres mayores les estrechaban la mano, conmovidos, entre elogios y alabanzas.

Cerca, un joven lo miraba a él con admiración. Una docena de jóvenes. Luz… Un centenar. Ni el menor atisbo de temor en los ojos.

—Gracias —dijo de nuevo la madre del niño—. Gracias.

—La Torre Negra protege —se oyó decir Logain a sí mismo—. Siempre.

—Cuando tenga la edad os lo mandaré para que le hagáis la prueba —prometió la madre mientras estrechaba a su pequeño—. Para que se una a vosotros, si tiene el talento.

El talento. No la maldición. El talento.

La luz los bañó a todos.

Se quedó parado. Ese haz de luz al norte… El resultado de encauzar alguien como jamás se había visto, ni siquiera durante la limpieza del *Saidin*. Qué poder.

—Está ocurriendo —dijo Gabrelle, que se aproximó a él.

Logain se llevó la mano al cinturón y sacó tres objetos de la bolsa. Discos, mitad blancos, mitad negros. Los Asha'man que estaban cerca se volvieron hacia él e hicieron una pausa en las Curaciones y en reconfortar a la gente.

—Hazlo —le apremió Gabrelle—. Hazlo, Quebrantador de los Sellos.

Logain partió los otrora irrompibles sellos, uno por uno, y tiró los trozos al suelo.

49



Luz y sombra

Todo estaba muerto. En el Sueño del Lobo, Perrin caminaba a trompicones a través de un yermo rocoso, sin plantas ni tierra. El cielo se había vuelto negro, hasta las nubes oscuras desaparecían en aquella nada. Mientras trepaba a lo alto de un risco, todo un sector de suelo detrás de él se deshizo —la piedra en la que se había encaramado se sacudió con violencia— y los fragmentos salieron lanzados al aire.

Debajo sólo había un vacío.

En el Sueño del Lobo, todo había sido arrasado, aniquilado. Perrin siguió adelante, hacia Shayol Ghul. Lo veía resplandeciente de luz, como una almenara. Cosa extraña, detrás se divisaba el Monte del Dragón, aunque tendría que haber estado demasiado lejos para verlo. Mientras la tierra entre ambos se desmoronaba, el mundo parecía estar encogiéndose.

Los dos picos tiraban el uno del otro, y todo cuanto había entremedias se rompía y se destruía. *Cambio*. Perrin apareció delante del túnel que llevaba a la Fosa de la Perdición y, atravesando la barrera violeta que él había levantado antes, entró.

Lanfear estaba dentro, apoltronada. Tenía el cabello negro como azabache, igual que cuando la había visto por primera vez, y el rostro volvía a ser como lo había sido antes.

—Ese clavo de sueños resulta irritante —dijo—. ¿Tenías que ponerlo aquí?

—Mantiene fuera a los otros Renegados —repuso él con gesto ausente.

—Sí, supongo que lo hace. —Lanfear se cruzó de brazos.

—¿Sigue estando más adelante? —preguntó él.

—Al final —le contestó al tiempo que asentía con la cabeza—. Acaba de ocurrir algo asombroso. —Entrecerró los ojos—. Éste podría ser el momento más importante para la humanidad desde que abrimos la Perforación.

—En tal caso, habrá que asegurarse de que nada vaya mal —dijo Perrin, que empezó a internarse en las profundas fauces de piedra, con Lanfear a su lado.

Al final del túnel se encontraron con una escena inesperada. Otra persona empuñaba *Callandor*, el hombre con el que Rand había estado luchando antes. ¿Sería ése Demandred? Perrin no lo sabía. Pero era uno de los Renegados, desde luego.

El hombre estaba arrodillado en el suelo, con la mano de Nynaeve en el hombro. Las dos mujeres se encontraban detrás de Rand, Nynaeve a la izquierda y Moraine a

la derecha. Los tres mantenían alta la cabeza, en un gesto desafiante, con la mirada fija en la nada que había ante ellos.

La montaña retumbó.

—Perfecto —susurró Lanfear—. Ni en sueños habría imaginado que esto saliera tan bien. —Miró a las dos Aes Sedai—. Tendremos que atacar con rapidez. Yo mataré a la mujer más alta, y tú a la más baja.

Perrin frunció el entrecejo. Eso sonaba muy raro.

—¿Matar…?

—Por supuesto. Si atacamos enseguida, todavía quedará tiempo para tomar control de Moridin mientras sostiene esa espada. De ese modo podré obligar a Lews Therin a inclinarse ante mí. —Entrecerró los ojos—. Tiene aferrado al Oscuro entre sus dedos, y sólo necesita apretar para arrebatarle la vida, si es que se puede llamar así. Sólo una mano puede salvar al Gran Señor. En este momento, gano mi recompensa. En este momento, me convierto en la suprema señora de los grandes señores.

—¿Quieres… salvar al Oscuro? —preguntó Perrin, que se llevó la mano a la cabeza—. Te uniste a nosotros. Recuerdo que…

Ella le echó una mirada.

—Esta herramienta tan poco refinada… —dijo; olía a insatisfacción—. Detesto tener que usarla. Hacerlo me pone a la altura de Graendal. —Se estremeció—. Si me hubiesen concedido más tiempo, te habría tenido sin artificios. —Le dio unas palmaditas en la mejilla—. Estás preocupado. La más alta es de tu aldea, si no recuerdo mal. Crecisteis juntos, imagino. No te obligaré a matarla, lobo mío. Puedes matar a la más baja. La odias, ¿no es cierto?

—Yo… Sí, la odio. Me arrebató a mi familia. En realidad, tuvo la culpa de que murieran. De no ser por ella, yo habría estado allí para defender a los míos.

—Exacto —corroboró Lanfear—. Hemos de actuar con rapidez. Esta oportunidad que se nos presenta no durará mucho tiempo.

Lanfear se volvió hacia las dos mujeres. Nynaeve y Moraine. Sus amigas. Y luego… Luego, a Rand. Perrin sabía que ella lo mataría. Lo obligaría a postrarse, y después acabaría con él. Desde el principio, su objetivo había sido encontrarse en una posición desde la que incluso el Oscuro estuviera indefenso y así ella entraría en liza para ofrecerle la salvación.

Perrin se acercó a la mujer.

—Atacamos a la vez —instruyó en voz queda Lanfear—. Aquí están rotas las barreras entre mundos. Podrán defenderse y contraatacar a menos que seamos rápidos. Debemos matarlas al mismo tiempo.

«Esto está mal —pensó Perrin—. Está muy, muy mal». No podía permitir que ocurriera y, sin embargo, sus manos se alzaron.

«¡ESTÁ MAL!» No sabía por qué. Su mente no le permitía pensar cuál era la razón.

—Preparado —dijo Lanfear, con los ojos fijos en Nynaeve.

Perrin se volvió hacia ella.

—Contaré hasta tres —indicó Lanfear, sin mirarlo.

«Mi deber —pensó Perrin—, es hacer lo que Rand no puede».

Esto era el Sueño del Lobo. En el Sueño del Lobo lo que él sentía se hacía realidad.

—Uno —dijo Lanfear.

Amaba a Faile.

—Dos.

Amaba a Faile.

—Tres.

Amaba a Faile. La Compulsión desapareció cual humo al viento, desechada en un abrir y cerrar de ojos como ropa que se cambia. Antes de que Lanfear tuviera tiempo de atacar, Perrin alargó las manos y la asió por el cuello.

Le dio un giro brusco. El cuello chascó entre sus dedos con un ruido seco.

Lanfear se desplomó y Perrin la sujetó. Era preciosa. Al morir, volvió a tener el otro aspecto que tenía antes, su nuevo cuerpo.

Perrin sintió una intensa punzada de dolor por su muerte. No había borrado del todo lo que ella le había hecho en la mente. Lo superaría, quizá solapándolo con algo nuevo, algo correcto. Sólo el Sueño del Lobo y su habilidad para verse a sí mismo como debería ser le habían permitido lograr aquello.

Por desgracia, en lo más hondo de su ser todavía sentía amor por esa mujer. Y eso le revolvía el estómago. Era un amor ni de lejos tan fuerte como el que sentía por Faile, pero estaba allí. Se sorprendió a sí mismo llorando cuando soltó el cuerpo, envuelto en un sedoso vestido blanco y plateado, en el suelo de piedra.

—Lo siento —susurró.

Matar a una mujer, sobre todo a una que no lo amenazaba personalmente… Era algo que jamás se habría creído capaz de hacer.

Alguien tenía que hacerlo. Al menos, ésta sería una prueba a la que Rand no debería enfrentarse. Era una carga que Perrin llevaría por su amigo. Alzó la mirada hacia Rand.

—Adelante —susurró—. Haz lo que tengas que hacer. Como siempre, yo te guardaré las espaldas.

Los sellos se desmenuzaron. El Oscuro se liberó.

Rand lo sujetó con fuerza.

Henchido de Poder, erguido en una columna de luz, Rand arrastró al Oscuro

dentro del Entramado. Sólo allí existía el tiempo. Sólo allí se podía matar al Oscuro.

La fuerza que retenía en la mano, que era vasta y diminuta a la par, tembló. Sus gritos eran los sonidos de planetas al colisionar.

Era patético. De pronto, Rand tuvo la sensación de que lo que sujetaba no era una de las fuerzas primigenias de la existencia, sino algo que se retorcía, algo salido del barro en un aprisco de ovejas.

EN REALIDAD NO ERES NADA, dijo Rand al trascender los secretos del Oscuro. JAMÁS ME HABRÍAS DADO EL DESCANSO COMO PROMETISTE, PADRE DE LAS MENTIRAS. ME HABRÍAS ESCLAVIZADO DEL MISMO MODO QUE LO HABRÍAS HECHO CON LOS DEMÁS. NO TIENES EL PODER DE DAR EL OLVIDO DEFINITIVO. EL DESCANSO NO TE PERTENECE. SÓLO EL TORMENTO.

El Oscuro tembló entre sus dedos.

TÚ, HORRIBLE, DEPLORABLE PARÁSITO, dijo Rand.

Rand se estaba muriendo. La vida se le escapaba con la sangre que perdía y, además, la cantidad acumulada que manejaba de los tres Poderes no tardaría en consumirlo.

Tenía al Oscuro en la mano. Empezó a apretar y entonces… se detuvo.

Sabía todos sus secretos. Veía lo que el Oscuro había hecho. Y, Luz, ahora lo comprendía. Gran parte de lo que el Oscuro le había mostrado era mentira.

Pero la visión que él mismo había creado —la de una realidad sin el Oscuro— era cierta. Si hacía lo que ansiaba, dejaría a la humanidad en una situación tan horrible como la mostrada por el Oscuro.

«Qué estúpido he sido».

Rand gritó al tiempo que arrojaba al Oscuro de vuelta al foso del que había salido, y, pegando los brazos a los costados, asió mentalmente los pilares gemelos de *Saidar* y *Saidin*, revestidos con el Poder Verdadero que absorbía a través de Moridin, el cual permanecía arrodillado en el suelo, con los ojos desorbitados, encauzando tanto poder a través de él que ni siquiera podía moverse.

De nuevo mentalmente, Rand lanzó hacia adelante los Poderes y los «trenzó». *Saidin* y *Saidar* a la par, con el Poder Verdadero rodeándolos, formaron un escudo en la Perforación.

El tejido creado era majestuoso, una urdimbre de *Saidar* y *Saidin* entrelazados en sus esencias puras. Ni Fuego, ni Energía, ni Agua, ni Tierra, ni Aire. Pureza. La propia Luz. Esto no reparaba ni parcheaba, sino que creaba de nuevo.

Con esa nueva clase de Poder, Rand cerró el desgarro que habían hecho largo tiempo atrás unos necios.

Por fin comprendía que el Oscuro no era el enemigo.

Nunca lo había sido.

Moraine tiró de Nynaeve hacia sí, guiándose sólo por el tacto, ya que la luz era cegadora.

La hizo ponerse de pie. Juntas, echaron a correr. Lejos de la luz abrasadora que quedaba atrás. Túnel arriba, a trompicones. Moraine salió al aire libre sin darse cuenta y estuvo a punto de precipitarse por el borde del sendero, lo que la habría lanzado cuesta abajo, rodando. Alguien la sujetó.

—Te tengo —dijo la voz de Thom, y ella se desplomó en sus brazos, absolutamente agotada.

Cerca, Nynaeve se derrumbó en el suelo, jadeando.

Thom apartó a Moraine de la boca de la caverna, pero ella se negó a mirar hacia otro lado. Abrió los ojos, aunque sabía que la luz era demasiado intensa, y vio algo. Rand y Moridin, erguidos en la luz que se expandía hacia afuera para envolver toda la montaña en su resplandor.

La negrura frente a Rand semejaba un agujero que lo absorbía todo. Despacio, poco a poco, ese agujero se encogió hasta que se redujo al mínimo, como una punta de alfiler.

Y desapareció.

Epílogo



Ver la respuesta

Rand resbaló en su sangre.

No veía. Cargaba con algo. Algo pesado. Un cuerpo. Siguió subiendo el túnel a trompicones.

«Se estrecha —pensó—. Está estrechándose». El techo bajaba como fauces que se estuvieran cerrando, piedra rechinando contra piedra. Jadeante, Rand salió al aire libre al mismo tiempo que las rocas se juntaban con un golpe a sus espaldas, encajadas como dientes apretados.

Rand tropezó. El cuerpo que cargaba pesaba mucho. Se fue al suelo.

Veía un poco… pero borroso. Una persona se arrodilló a su lado.

—Sí —susurró una mujer cuya voz no reconocía—. Sí, eso está bien. Es lo que tenías que hacer.

Parpadeó para aclarar la vista borrosa. ¿Era ropa Aiel lo que llevaba? ¿Una mujer mayor con el cabello canoso? La figura retrocedió, y Rand alargó la mano hacia ella porque no quería quedarse solo. Quería explicarse.

—Ahora veo la respuesta —susurró—. Hice mal la pregunta a los alfinios. Elegir es nuestro sino. Si no tienes elección, es que no eres un hombre. Eres un títere…

Gritos.

Rand se sentía torpe, los párpados le pesaban. Perdió el conocimiento. Mat se irguió mientras la niebla de Mashadar se evaporaba a su alrededor y desaparecía. El campo aparecía sembrado de cadáveres de los trollocs, señalados con raras marcas que parecían pústulas. Miró hacia arriba, a través de los zarcillos evanescentes, y se encontró con el sol justo encima.

—Bueno, es un gusto verte —le dijo al astro—. Deberías salir más a menudo. Tienes una bonita cara.

Sonrió y luego bajó la vista al hombre muerto que yacía a sus pies. Padan Fain parecía un puñado de palos y moho, con la carne deshaciéndose en los huesos. La negrura de la daga se había extendido por toda la piel putrefacta. Apestaba.

Faltó poco para que Mat cogiera esa daga. Luego escupió.

—Para variar —dijo—, éste es un juego en el que no quiero tomar parte. —Le dio la espalda y se alejó.

Tres pasos más adelante encontró el sombrero. Sonrió, lo recogió y se lo

encasquetó en la cabeza, tras lo cual se puso a silbar mientras se apoyaba la *ashandarei* en el hombro y echaba a andar. Los dados habían dejado de rodar y repicar dentro de su cabeza.

A su espalda, la daga —con rubí y todo— desapareció entre los restos nauseabundos que habían sido Padan Fain.

Perrin entró cansinamente en el campamento instalado a los pies de Shayol Ghul una vez que la lucha hubo terminado. Se quitó la chaqueta. El aire en el torso desnudo resultaba agradable. Metió a *Mah'alleinir* en los pasadores del cinturón. Un buen herrero nunca era negligente con sus herramientas, si bien en ocasiones cargar con ellas era como si fueran a llevarlo a uno a la tumba.

Tenía la impresión de ser capaz de dormir cien días de un tirón. Pero todavía no. Aún no.

Faile.

«No». En su fuero interno, sabía que tenía que afrontar algo horrible sobre ella. Pero todavía no. De momento, desechó aquella preocupación, aquel terror.

Los últimos espíritus de los lobos se desvanecieron de vuelta al Sueño del Lobo.

Adiós, Joven Toro.

Que encuentres lo que buscas, Joven Toro.

La cacería termina, pero volveremos a cazar, Joven Toro.

Perrin anduvo con paso lento entre las hileras de heridos y de Aiel que celebraban la derrota de los Engendros de la Sombra. Dentro de algunas tiendas se oían muchos quejidos, en otras, gritos de victoria. Gentes de toda índole recorrían el ahora florecido valle de Thakan'dar, algunos buscando a los heridos, otros lanzando gritos de alegría y hurras cuando se encontraban con amigos que habían sobrevivido a los últimos y oscuros momentos.

—¡Eh, herrero, únete a nosotros! —lo llamaron los Aiel.

Pero él no se sumó a sus celebraciones. Buscaba a los guardias. Allí tenía que haber alguien lo bastante sensato para prever la posibilidad de que un solitario Myrddraal o Draghkar aprovechara la ocasión para intentar cobrarse una pequeña venganza. Y, como había imaginado, encontró un anillo de defensores en el centro del campo que guardaban una tienda grande. ¿Y qué había pasado con Rand?

No surgieron colores en su visión. Ni la imagen de Rand. Tampoco sentía tirones que lo arrastraran hacia ninguna dirección.

Todo lo cual era muy mala señal.

Se abrió paso entre los guardias, embotado, y entró en la tienda. ¿Dónde habrían encontrado una tienda de ese tamaño en aquel campo de batalla? Todo había sido pisoteado, destrozado, reventado o quemado.

Dentro olía a hierbas y se habían hecho particiones con varias colgaduras de tela.

—Lo he intentado todo —susurró una voz; la de Damer Flinn—. Nada ha cambiado lo que está pasando. Él…

Al entrar, Perrin vio a Nynaeve y a Flinn, que estaban de pie junto a un camastro, detrás de una de las particiones. Rand, limpio y vestido, yacía allí, con los ojos cerrados. Moraine se encontraba de rodillas junto a él, con la mano en la cara de Rand y susurrando tan bajito que nadie, salvo Perrin, podía oír:

—Lo hiciste bien, Rand. Lo hiciste bien.

—¿Está vivo? —preguntó Perrin, que se limpió el sudor de la cara con la mano.

—¡Perrin! —exclamó Nynaeve—. Oh, Luz. Tienes un aspecto horrible. ¡Siéntate, zoquete! Te vas a ir de bruces al suelo. No quiero tener que atenderos a los dos.

Nynaeve tenía los ojos enrojecidos.

—Se está muriendo a pesar de todo, ¿verdad? —dijo Perrin—. Lo sacasteis vivo, pero aun así se va a morir.

—Siéntate —ordenó Nynaeve al tiempo que señalaba una banqueta.

—Son los perros los que obedecen esa orden, Nynaeve, no los lobos. —Se arrodilló junto al camastro y apoyó una mano en el hombro de Rand.

«No sentía tu tirón ni tenía las visiones —pensó—. Ya no eres *ta'veren*. Y sospecho que yo tampoco lo soy».

—¿Habéis mandado llamar a las tres? —inquirió Perrin—. A Min, a Elayne y a Aviendha. Tienen que verlo una última vez.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —espetó Nynaeve.

Él la miró. Por el modo en que estaba cruzada de brazos daba la impresión de que se estuviera sujetando para no desmoronarse. Ciñéndose para no romper a llorar.

—¿Quién más ha muerto? —preguntó, preparándose para lo peor.

Era obvio por la expresión de Nynaeve: ya había perdido a alguien más.

—Egwene.

Perrin cerró los ojos e inhaló. Egwene. Luz.

«Toda obra maestra tiene un precio —pensó—. Lo cual no significa que no merezca la pena forjarla». Aun así… ¿Egwene?

—No es culpa tuya, Nynaeve —dijo, abriendo los ojos.

—Por supuesto que no. Sé que no lo es, pedazo de tonto con cerebro de mosquito. —Dicho lo cual, se volvió de espaldas.

Perrin se incorporó, la abrazó y le dio palmaditas en la espalda con sus manos de herrero.

—Lo siento —murmuró.

—Me marché de Campo de Emond… para manteneros a salvo —susurró ella—. Sólo os acompañé para protegeros.

—Y lo hiciste, Nynaeve. Protegiste a Rand para que pudiera hacer lo que ha hecho.

Ella se estremeció y Perrin la dejó llorar. Luz. Él mismo derramó unas lágrimas. Nynaeve se retiró con brusquedad tras un momento y luego salió disparada de la tienda.

—Lo intenté —dijo Flinn con desesperación, fija la mirada en Rand—. Nynaeve también lo intentó. Lo intentamos juntos, con el *a’ngreal* de Moraine Sedai. No ha funcionado nada. Nadie sabe cómo salvarlo.

—Habéis hecho cuanto habéis podido —lo consoló Perrin, que se asomó a la siguiente partición. Otro hombre yacía en el camastro—. ¿Qué hace él aquí?

—Los encontramos juntos —explicó Flinn—. Rand debió de sacarlo a cuestas del foso. No sabemos por qué el lord Dragón salvaría a uno de los Renegados, pero da igual. Tampoco podemos Curarlo a él. Se mueren. Los dos.

—Mandad a buscar a Min, a Elayne y a Aviendha —repitió Perrin, que vaciló antes de preguntar—. ¿Han sobrevivido las tres?

—La Aiel sufrió una grave lesión —repuso Flinn—. Entró a trompicones en el campamento, ayudada por una Aes Sedai de aspecto horrendo que había abierto un acceso para ella. Vivirá, aunque no sé hasta qué punto podrá caminar en años venideros.

—Dadles la noticia. A todas ellas.

Flinn asintió con la cabeza y Perrin salió en pos de Nynaeve. Entonces se encontró con lo que había esperado ver, la razón por la que ella había salido con tanta precipitación. Fuera, Lan la estrechaba en sus brazos con fuerza. El aspecto de Lan era de estar tan maltrecho y agotado como Perrin se sentía. Las miradas de ambos hombres se encontraron e hicieron un leve gesto con la cabeza.

—Varias Detectoras de Vientos han abierto un acceso entre este valle y Merrilor —le explicó Lan a Perrin—. El Oscuro ha sido confinado de nuevo. Las Tierras Malditas están verdeando y los accesos vuelven a abrirse otra vez.

—Gracias —dijo Perrin mientras pasaba a su lado—. ¿Alguien ha…? ¿Se sabe algo de Faile?

—No, herrero. El Tocador del Cuerno fue el último que la vio, pero ella lo dejó y entró en el campo de batalla para atraer tras de sí a los trollocs, alejándolos de él. Lo siento.

Perrin asintió con la cabeza. Ya había hablado con Mat y con Olver. Tuvo la sensación de que… de que había estado evitando pensar en lo que debía de haber ocurrido.

«Pues no lo pienses —se exhortó—. Que ni siquiera se te ocurra pensarlo». Se armó de valor y fue a buscar el acceso que Lan había mencionado.

—Disculpad —dijo Loial a las Doncellas que estaban sentadas junto a la tienda —, ¿habéis visto a Matrim Cauthon?

—¿*Oosquai*? —ofreció una de ellas entre risas, y le alargó el odre.

—No, no. Tengo que encontrar a Matrim Cauthon para tener su relato de la batalla, ¿comprendéis? Mientras aún está fresco en su memoria. Tengo que conseguir que todo el mundo me cuente lo que vio y oyó, para tomar nota. No volverá a haber un momento mejor que éste.

Además, admitió para sus adentros, quería ver a Mat y a Perrin. Comprobar que estaban bien. Habían ocurrido tantas cosas; quería hablar con sus amigos y asegurarse de que se encontraban bien. Con lo que le había ocurrido a Rand…

La Aiel le sonrió con gesto ebrio. Loial suspiró y siguió a través del campamento. El día llegaba a su fin. ¡El día de la Última Batalla! Era la Cuarta Era, ¿verdad? ¿Podía empezar una era a mitad del día? Eso sería poco conveniente para los calendarios, ¿o no? Pero todo el mundo coincidía en que Rand había sellado la Perforación a mediodía.

Loial continuó recorriendo el campamento. No se habían movido de la base de Shayol Ghul. Nynaeve había dicho que le preocupaba mucho mover a Rand. Loial siguió buscando, asomándose a las tiendas. En la siguiente, encontró al general canoso, Ituralde, rodeado de cuatro Aes Sedai.

—Mirad —decía Ituralde—, he servido a los reyes de Arad Doman toda mi vida. Presté juramentos.

—Alsalam ha muerto —argumentó Saerin Sedai, al lado de la silla—. Alguien tiene que ocupar el trono.

—En Saldaea reina la confusión —añadió Elswell Sedai—. La sucesión es un caos, con los lazos que hay ahora con Andor. Arad Doman no puede permitirse estar sin un cabecilla. Debéis aceptar el trono, Rodel Ituralde. Y debéis hacerlo cuanto antes.

—El Consejo de Mercaderes…

—Todos muertos o desaparecidos —dijo otra Aes Sedai.

—Presté juramentos…

—¿Y qué querría vuestro rey que hicierais? —preguntó Yukiri Sedai—. ¿Dejar que el reino se desintegre? Debéis ser fuerte, lord Ituralde. No es momento de que Arad Doman esté sin dirigente.

Loial se escabulló mientras meneaba la cabeza; sentía pena por el general. Cuatro Aes Sedai, nada menos. Ituralde estaría coronado antes de que el día hubiera acabado.

Se detuvo otra vez ante la tienda principal de Curación para comprobar si alguien había visto a Mat. Había estado en ese campo de batalla, y la gente decía que estaba sonriente y saludable, pero… En fin, que él quería verlo por sí mismo. Quería hablar con él.

Dentro de la tienda, Loial tuvo que encorvarse para no rozar el techo con la cabeza. Una tienda grande para humanos era pequeña para las medidas normales

Ogier.

Se asomó a ver a Rand. Su amigo tenía peor aspecto que antes. Lan estaba junto a la pared de lona. Una corona —un sencillo aro de plata— le ceñía las sienes donde antes solía llevar el *hadori*. Eso no era extraño, pero otra a juego que Nynaeve lucía pilló a Loial por sorpresa.

—No es justo —susurró Nynaeve—. ¿Por qué ha de morir cuando el otro está mejorando?

Nynaeve parecía preocupada. Todavía tenía los ojos enrojecidos, pero antes había soltado algunas frescas a quienes lo habían mencionado, así que Loial no dijo nada. A menudo los humanos parecían querer que no pronunciara palabra, lo cual era raro para gente que vivía tan precipitadamente.

Ella lo miró y Loial le hizo una inclinación de cabeza.

—Loial, ¿cómo va tu búsqueda? —le preguntó.

—No muy bien —contestó con una mueca—. Perrin no me hizo caso y a Mat no lo ha visto nadie por ninguna parte.

—Tu historia puede esperar unos cuantos días, constructor —dijo Lan.

Loial no discutió. Lan era rey ahora, después de todo. Pero… no, las crónicas no podían esperar. Tenían que ser recientes para que la historia que él escribiera fuera fiel.

—Es terrible —dijo Flinn, sin quitar la mirada de Rand—. Pero, Nynaeve Sedai… Es tan extraño. A ninguna de las tres parece que le importe. ¿No tendrían que estar más preocupadas…?

Loial los dejó, aunque se pasó a ver a Aviendha, que estaba cerca, en otra tienda. La encontró sentada mientras varias mujeres le curaban los pies sangrantes y retorcidos. Había perdido varios dedos. Ella lo saludó con un gesto de cabeza; al parecer, las Curaciones hechas hasta ese momento le habían calmado el dolor, porque, aunque se la notaba cansada, no parecía sufrir.

—¿Mat? —preguntó Loial, esperanzado.

—No lo he visto, Loial, hijo de Arent, nieto de Halan —contestó Aviendha—. Al menos, no desde que me lo preguntaste hace poco.

Loial enrojeció y luego la dejó tranquila. Fuera, pasó junto a Elayne y Min. Conseguiría los relatos de las dos —ya les había hecho unas cuantas preguntas— pero los tres *ta'veren*… ¡Eran los más importantes! ¿Por qué los humanos andaban siempre trajinando con tanta prisa y nunca se sentaban, tranquilamente? Nunca tenían tiempo para pensar. Ése era un día importante.

Sin embargo, era extraño. Min y Elayne. ¿No tendrían que estar junto a Rand? Elayne parecía estar recibiendo informes sobre las bajas y el avituallamiento para los refugiados, en tanto que Min permanecía sentada, la mirada prendida en Shayol Ghul con una expresión remota en los ojos. Ninguna entraba para sostener la mano a Rand

mientras él se acercaba a la muerte.

«Bueno —pensó Loial—, a lo mejor Mat se me ha escabullido y ha regresado a Merrilor». Esos hombres, nunca estaban quietos. Siempre con prisas…

Caminando tranquilamente, Matrim Cauthon entró en el campamento seanchan, en el lado sur de Merrilor, lejos de los montones de cadáveres.

Todo en derredor, hombres y mujeres seanchan dieron respingos al verlo y se llevaron la mano a la boca. Él se tocó el sombrero para saludarlos.

—¡El Príncipe de los Cuervos!

La voz se corrió en susurros y lo precedió por el campamento pasando de boca en boca, como la última botella de brandy en una noche fría.

Se dirigió directamente a Tuon, que se encontraba junto a una gran mesa de mapas en el centro del campamento, hablando con Selucia. Mat vio que Karede había sobrevivido. Probablemente el hombre se sentía culpable por ello.

Tuon lo miró y frunció el ceño.

—¿Dónde has estado?

Mat levantó el brazo y Tuon volvió a fruncir el entrecejo al mirar hacia arriba y no ver nada. Mat giró la mano y la alzó más hacia el cielo.

Flores nocturnas empezaron a estallar en lo alto, por encima del campamento.

Mat sonrió. Le había costado un poco convencer a Aludra, pero sólo un poco. A ella le gustaba muchísimo crear cosas que explotaran.

Todavía no había oscurecido del todo, pero aun así el espectáculo era imponente. Aludra tenía ahora a la mitad de los dragoneros entrenándose para preparar fuegos de artificio y manipular sus polvos explosivos. Parecía mucho menos reservada de lo que fuera antaño.

Los sonidos del espectáculo tronaban sobre ellos.

—¿Fuegos artificiales? —dijo Tuon.

—El mejor espectáculo de fuegos de artificio en la jodida historia de mi tierra o de la tuya —replicó Mat.

Los estallidos de colores se reflejaban en los oscuros ojos de Tuon.

—Estoy embarazada —anunció ella—. La Augur del Destino lo ha confirmado.

Mat sintió como un impacto, igual que si un fuego de artificio le hubiera salido volando desde el estómago. Un heredero. ¡Un hijo, sin duda! ¿Qué probabilidades habría de que fuera un chico? Mat esbozó una sonrisa forzada.

—Bueno, supongo que ahora estoy liberado. Tienes tu heredero.

—Tengo un heredero —dijo Tuon—, pero soy yo la que está liberada. Ahora puedo matarte, si quiero.

Mat notó que se le ensanchaba la sonrisa.

—Bueno, pues habrá que ver qué podemos hacer para solucionarlo. Dime,

¿alguna vez has jugado a los dados?

Perrin se sentó entre los muertos y por fin rompió a llorar.

Gai'shain de blanco y mujeres civiles buscaban entre los muertos. No había rastro de Faile. Ni el más mínimo.

«No puedo seguir». ¿Cuánto hacía que no dormía? Desde esa noche en Mayene. Su cuerpo protestaba por no haber tenido suficiente descanso. Antes de eso, se había excedido al pasar el equivalente a semanas en el Sueño del Lobo.

Lord y lady Bashere habían muerto. Faile habría sido reina, si hubiera vivido. Un estremecimiento lo sacudió y empezó a temblar; era incapaz de moverse más. Había cientos de miles de muertos en ese campo de batalla. Los otros buscadores hacían caso omiso de cualquier cuerpo en el que no hubiera vida. Sólo lo marcaban y seguían buscando. Había tratado de hacer correr la voz de que buscaran a Faile, pero la tarea de esas personas era buscar a los vivos.

En el oscuro cielo estallaron fuegos de artificio. Perrin hundió la cabeza en las manos; notó que caía hacia un lado y se quedaba tendido entre los muertos.

Moghedien hizo una mueca ante el despliegue de luces en el cielo. Cada explosión le hacía ver de nuevo aquel mortífero fuego abriéndose paso a través de los sharaníes. Ese estallido de luz, ese momento de pánico.

Y entonces… la oscuridad. Había recobrado el conocimiento hacía un tiempo, dada por muerta entre los cuerpos de los sharaníes. Al volver en sí, había encontrado a esos necios por todo el campo de batalla atribuyéndose la victoria.

«¿La victoria? —pensó, e hizo otro gesto de dolor cuando otra tanda de fuegos de artificio resonó—. El Gran Señor ha caído». Todo estaba perdido.

No. No. Siguió adelante con paso firme, sin levantar sospechas. Había estrangulado a una trabajadora y después había adoptado su apariencia encauzando sólo un mínimo de Poder para invertir el tejido. Eso le permitiría escapar de aquel lugar. Se movía esquivando los cadáveres, haciendo caso omiso del hedor que había en el aire.

No todo se había perdido. Seguía viva. ¡Y era uno de los Elegidos! Eso significaba… Significaba que era una emperatriz entre sus inferiores. Y sin ninguna duda la mayoría de los otros Elegidos, si no todos, estaban muertos o los habían hecho prisioneros. De ser cierto, con sus conocimientos no tendría rivales.

De hecho, quizá le saldría bien la jugada. Podía ser una victoria. Se detuvo junto a una carreta de suministros volcada y apretó en la mano su *cour'souvra*… Aún estaba de una pieza, menos mal. Sonrió de oreja a oreja y después tejió una lucecita para alumbrarse el camino.

Sí… Había que mirar el cielo despejado, no las nubes de tormenta. Podía aprovechar lo ocurrido para que fuera favorable para ella. Vaya… ¡Pero si en cuestión de pocos años podría estar gobernando el mundo!

Algo frío se cerró con un seco chasquido alrededor de su cuello.

Moghedien se llevó las manos a la garganta, horrorizada, y entonces gritó:

—¡No! ¡Otra vez no!

Su disfraz se desvaneció y el Poder Único la abandonó.

Una *sul'dam* de gesto altanero estaba detrás de ella.

—Dijeron que no podíamos tomar a ninguna de las que se llaman a sí mismas Aes Sedai. Pero tú… Tú no llevas uno de esos anillos, y merodeas con sigilo, como quien ha hecho algo malo. No creo que nadie te eche de menos.

—¡Suéltame! —exigió Moghedien al tiempo que arañaba el *a'dam*—. Libérame, maldita…

El dolor la hizo caer al suelo, retorciéndose.

—Me llamo Shanan —dijo la *sul'dam* mientras se acercaba otra mujer con una *damane* a remolque—. Pero tú puedes llamarme maestra. Creo que deberíamos regresar a Ebou Dar cuanto antes.

Su compañera asintió con la cabeza y la *damane* abrió un acceso.

Tuvieron que llevar a rastras a Moghedien.

Nynaeve salió de la tienda de Curación en Shayol Ghul. El sol casi se había escondido tras el horizonte.

—Ha muerto —susurró al grupo, no muy numeroso, que se había reunido fuera.

Pronunciar las palabras fue como si se hubiese dejado caer un ladrillo en los pies. No lloró. Ya había derramado antes esas lágrimas. Lo cual no significaba que no sintiera dolor.

Lan salió de la tienda detrás de ella y le rodeó los hombros con el brazo. Nynaeve alzó la mano para ponerla sobre la de él. Cerca, Min y Elayne se miraban.

Gregorin le susurró algo a Darlin, a quien habían encontrado, medio muerto, entre los restos destrozados de su tienda. Ambos dirigieron una mirada ceñuda a las dos mujeres. Nynaeve captó parte de lo que Gregorin decía:

—… de esperar que la Aiel salvaje fuera una mujer sin corazón, y tal vez la reina de Andor, pero ¿la otra? Ni una lágrima.

—Están conmocionadas —dijo Darlin.

«No —pensó Nynaeve, que observó con atención a Min y a Elayne—. Esas tres saben algo que yo no sé. Tendré que sacárselo, aunque para conseguirlo haya de molerlas a palos».

—Disculpadme —dijo Nynaeve, que se apartó de Lan.

Él la siguió. Nynaeve lo miró con una ceja enarcada.

—No te vas a librar de mí en las próximas semanas, Nynaeve —le advirtió Lan; el amor vibraba a través del vínculo—. Ni siquiera aunque quieras.

—Malkieri cabezota —rezongó ella—. Que yo recuerde, eras tú el que insistía en dejarme para así marchar solo hacia tu supuesto destino.

—Y tú tenías razón respecto a eso —admitió Lan—. Como la tienes tan a menudo. —Lo dijo con tal calma que era difícil enfadarse con él.

Además, con quienes estaba furiosa era con esas mujeres. Eligió primero a Aviendha y se acercó sigilosa a ella, con Lan a su lado.

—… con Rhuarc muerto —les decía a Sorilea y a Bair—, creo que lo que quiera que viera tiene que ser posible cambiarlo. Ya lo ha hecho.

—Vi tu visión, Aviendha —dijo Bair—. O algo parecido, a través de otros ojos. Creo que es una advertencia de algo que no debemos permitir que pase.

Las otras dos asintieron; entonces miraron hacia Nynaeve y su semblante se tornó tan impasible como el de una Aes Sedai. La expresión de Aviendha era tan impenetrable como la de las otras; con el gesto sosegado, estaba sentada en una silla y tenía los pies envueltos en vendajes. Puede que algún día volviera a caminar, pero jamás volvería a combatir.

—Nynaeve al’Meara —saludó Aviendha.

—¿Me has oído decir que Rand ha muerto? —demandó Nynaeve—. Se ha ido en silencio.

—El que estaba herido ha despertado del sueño —repuso Aviendha sin alterarse —. Igual que hemos de hacer todos. La muerte le ha llegado con grandeza, y será ensalzado con grandeza.

Nynaeve se inclinó hacia ella.

—Muy bien —empezó de forma amenazadora al tiempo que abrazaba la Fuente —. Suéltalo. Te he elegido porque no puedes escaparte.

Aviendha dejó entrever un instante lo que podría interpretarse por temor. Pero desapareció de inmediato.

—Preparemos su pira —dijo.

Perrin corría por el Sueño del Lobo. Solo.

Otros lobos aullaban su pesar por el dolor que sentía. Después de que los dejara atrás volverían a su celebración, pero no por ello su empatía era menos real.

Él no aulló. No gritó. Se convirtió en Joven Toro y corrió.

No quería estar allí. Quería dormir, pero un sueño verdadero. Allí no podía sentir dolor. Ahí sí.

«Jamás debí separarme de ella».

Un pensamiento de hombre. ¿Por qué se había colado?

«Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Prometí no tratarla como si fuera de cristal».

Correr. Correr deprisa. ¡Correr hasta que llegara el agotamiento!

A Dos Ríos en un visto y no visto. De vuelta, a lo largo del río. El Yermo, ida y vuelta, luego una larga carrera hasta Falme.

«¿Cómo podía esperarse de mí que cuidara a ambos y después dejara a uno?»

A Tear. De nuevo a Dos Ríos. Un borrón entre gruñidos que se movía tan deprisa como podía. Allí. Allí se había casado con ella.

Entonces aulló.

Caemlyn, Cairhien, los pozos de Dumai.

Ahí había salvado a uno de ellos.

Cairhien, Ghealdan, Malden.

Ahí había salvado al otro.

Dos fuerzas en su vida. Ambas tirando de él. Joven Toro por fin se desplomó en unas colinas, en algún lugar de Andor. Un sitio conocido.

«Aquí conocí a Elyas».

Volvió a ser Perrin. Sus pensamientos no eran los de un lobo, y tampoco lo eran sus problemas. Alzó la vista al cielo que ahora, tras el sacrificio de Rand, estaba limpio de nubes. Había querido estar con su amigo cuando muriera.

Esta vez, estaría con Faile donde había muerto.

Quería gritar, pero eso no serviría de nada.

—Tengo que superarlo, ¿no? —le susurró a ese cielo—. Luz. No quiero hacerlo. Aprendí. Aprendí con lo de Malden. ¡No volví a hacerlo! Esta vez hice lo que se suponía que debía hacer.

En alguna parte, cerca, un ave lanzó un grito en el cielo. Los lobos aullaron. Cazaban.

—Aprendí…

El grito de un ave.

Sonaba como el de un halcón.

Perrin se incorporó con rapidez y giró sobre sí mismo.

«Allí». Desapareció en un instante y apareció en un campo abierto que no conocía. No, claro que lo conocía. ¡Lo conocía! Era Merrilor, sólo que sin la sangre, sin la hierba machacada en barro, sin la tierra destrozada y quemada.

Allí encontró un halcón diminuto —tan pequeño como su mano— que se quejaba suavemente; tenía una pierna rota, atrapada debajo de una piedra. Los latidos del corazón eran débiles.

Perrin bramó mientras despertaba; salió del Sueño del Lobo dando manotazos. Apareció en el campo de cadáveres y gritó al cielo nocturno. Los buscadores que había cerca se dispersaron, asustados.

¿Dónde? ¿Podría encontrar el mismo sitio en la oscuridad? Corrió, dando trompicones en los cadáveres, atravesó agujeros hechos por encauzadores y por

dragones. Se detuvo y miró a un lado y a otro. ¿Dónde? ¡Dónde!

Jabón de flores. Un indicio de olor en el aire. Perrin corrió hacia allí, empujó con su peso el cadáver de un trolloc enorme que yacía en una montonera de cuerpos que le llegaba al pecho. Debajo, vio el cuerpo de un caballo. Incapaz de pensar realmente lo que hacía o la fuerza que haría falta, Perrin tiró del caballo y lo apartó.

Debajo, ensangrentada, Faile estaba caída en un pequeño agujero que había en el suelo; su respiración era superficial. Perrin gritó y cayó de rodillas; la acunó en sus brazos mientras aspiraba su aroma.

Cambio. En un abrir y cerrar de ojos pasaron al Sueño del Lobo, llevó a Faile hasta Nynaeve en la lejana zona norte y… *Cambio*. Salió al mundo real. Unos segundos después, sintió cómo la Curaban en sus brazos, porque no quería soltarla ni siquiera para eso.

Faile, su halcón, tembló y rebulló. Entonces abrió los ojos y le sonrió.

Los otros héroes se habían ido. La noche se aproximaba y Birgitte seguía allí. Cerca, los soldados preparaban la pira de Rand al'Thor.

Birgitte no podía quedarse mucho más, pero de momento… Sí, podía quedarse. Un ratito. El Entramado lo permitiría.

—Elayne —dijo Birgitte—, ¿sabes algo? Sobre el Dragón Renacido, me refiero.

Elayne se encogió de hombros bajo la menguante luz. Las dos se encontraban en la parte de atrás de la muchedumbre que se estaba reuniendo para ver prender fuego a la pira del Dragón Renacido.

—Sé lo que planeas —le dijo Birgitte—. Con el Cuerno.

—¿Y qué es lo que planeo?

—Quedártelo —repuso Birgitte—. Y al muchacho. Tenerlo como un tesoro andoreño, quizás como un arma del país.

—Quizá.

—En ese caso —replicó Birgitte sonriendo— he hecho bien al mandarlo lejos.

Elayne se volvió hacia ella sin hacer caso de los preparativos de los soldados en la pira.

—¿Qué? —exclamó.

—He mandado lejos a Olver —repitió Birgitte—. Con guardias en los que confío. Le dije al chico que encontrara un lugar donde a nadie se le ocurriría buscarlo, un lugar que a él se le olvidara, y que arrojara allí el Cuerno. Preferiblemente, el océano.

Elayne exhaló despacio y de nuevo se volvió hacia la pira.

—Qué mujer tan insufrible eres. —Vaciló antes de añadir—: Gracias —por evitarme el tener que tomar esa decisión.

—Supuse que te sentirías así. —De hecho, Birgitte había dado por sentado que pasaría mucho tiempo antes de que Elayne lo entendiera. Pero Elayne había

madurado en las últimas semanas—. Sea como sea, no debo de ser muy insufrible, ya que has hecho una excelente labor aguantándome estos últimos meses.

—Esto suena a despedida. —Elayne se volvió de nuevo hacia ella.

Birgitte sonrió. A veces, ella lo percibía cuando el momento estaba cerca.

—Lo es —confirmó.

—¿Ha de ser así? —Elayne parecía apesadumbrada.

—Voy a renacer, Elayne —susurró Birgitte—. Ahora. En alguna parte, una mujer se prepara para dar a luz, y yo iré a ese cuerpo. Está ocurriendo.

—No quiero perderte.

Birgitte soltó una risita.

—Bueno, tal vez volvamos a encontrarnos. De momento, alégrate por mí. Esto significa que el ciclo continúa. Voy a estar con él. Gaidal… Seré sólo unos pocos años más joven que él.

—Amor y paz, Birgitte. —Elayne la tomó del brazo, los ojos llorosos—. Gracias.

Birgitte sonrió, cerró los ojos y se dejó llevar.

Cuando la noche caía sobre el mundo, Tam contempló el entorno del que había sido el lugar más temido por todos: Shayol Ghul. Los últimos vestigios de luz dejaban ver las plantas que prosperaban allí, flores y hierba que crecían alrededor de armas caídas y sobre los cadáveres.

«¿Es esto un regalo tuyo, hijo mío? —se preguntó—. ¿Un último regalo?»

Tam encendió su antorcha en la pequeña y titilante llama que chisporroteaba en un hoyo de lumbre, cerca. Echó a andar y fue dejando atrás las líneas de los que aguardaban bajo la noche. No habían avisado a muchas personas sobre las exequias de Rand. Habrían querido asistir todos. Quizá todos lo merecían. Las Aes Sedai planeaban un ceremonial complicado, con todo lujo de detalles, en memoria de Egwene; Tam prefería una ceremonia discreta para su hijo.

Por fin Rand podría descansar.

Pasó junto a personas que esperaban con la cabeza inclinada. Nadie llevaba luz excepto él. Los demás esperaban en la oscuridad; una comitiva reducida, de unas doscientas personas, rodeaba las andas donde reposaba el cuerpo de Rand. La antorcha de Tam titilaba con un brillo anaranjado en los rostros solemnes.

De noche, incluso con esa luz, era difícil distinguir Aiel de Aes Sedai, hombres de Dos Ríos del rey teariano. Todos eran figuras en la noche que rendían honores al cadáver del Dragón Renacido.

Tam subió hasta las andas, junto a Thom y Moraine, que estaban agarrados de la mano con gesto solemne. Moraine alargó la otra mano y apretó suavemente el brazo de Tam. Él miró el cadáver, y los ojos se detuvieron en el rostro de su hijo, a la luz del fuego. No se limpió las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

«Lo hiciste bien, hijo mío… Lo hiciste muy bien».

Prendió fuego a la pira con gesto reverente.

Min se encontraba en primera fila. Observó a Tam, que tenía los hombros hundidos y la cabeza inclinada frente a las llamas. Por fin, el hombre retrocedió para reunirse con la gente de Dos Ríos. Abell Cauthon lo abrazó y le susurró algo a su amigo en voz queda.

Las cabezas, sombras en la noche, se volvieron hacia Min, Aviendha y Elayne. Esperaban algo de ellas tres. Alguna clase de demostración.

Solemnemente, Min echó a andar junto a las otras dos; Aviendha necesitó la ayuda de dos Doncellas para caminar, aunque pudo sostenerse de pie, apoyada en Elayne. Las Doncellas se retiraron para dejarlas solas a las tres ante la pira. Elayne y Min la sostuvieron mientras veían arder las llamas que consumían el cadáver de Rand.

—Había visto esto —dijo Min—. Supe que este día llegaría desde la primera vez que lo vi. Nosotras tres, juntas, aquí.

—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó Elayne.

—Ahora… —empezó Aviendha—. Ahora nos aseguramos de que todo el mundo crea sin la menor duda que se ha ido.

Min asintió con la cabeza mientras sentía el palpitante latido del vínculo en el fondo de su mente. Se hacía más fuerte a cada momento.

Rand al’Thor —sólo Rand al’Thor— despertó en la tienda oscura por sí mismo. Alguien había dejado una vela encendida junto a su camastro.

Respiró hondo y se estiró. Se sentía como si hubiera dormido mucho tiempo, profundamente. ¿No tendría que dolerle algo? ¿Estar agarrotado? ¿Magullado? No sentía nada de eso.

Se llevó la mano al costado y no tocó heridas allí. Ninguna. Por primera vez en mucho tiempo, no había dolor. Era tan extraordinario que casi no sabía cómo tomárselo.

Luego bajó la mirada y vio que la mano que tanteaba el costado era su mano izquierda. Se echó a reír mientras la sostenía en alto y la contemplaba.

«Un espejo —pensó—. Necesito un espejo».

Encontró uno al otro lado de la siguiente partición de la tienda. Al parecer, lo habían dejado completamente solo. Levantó la vela y se miró en el pequeño espejo. El rostro de Moridin le devolvió la mirada.

Rand se tocó la cara, palpándola. En el ojo derecho quedaba un único *saa*, negro, con la forma del Colmillo del Dragón. No se movía.

Regresó a la parte de la tienda donde había despertado. La espada de Laman estaba allí, encima de un montón ordenado de ropas variadas. Por lo visto, Alivia no había sabido qué le gustaría ponerse. Por supuesto, había sido ella la que había dejado esas cosas, junto con una bolsa de monedas de diversos países. A Alivia nunca le había preocupado mucho la ropa ni el dinero, pero sabía que él necesitaría las dos cosas.

Ella te ayudará a morir. Rand meneó la cabeza. Se vistió, recogió las monedas y la espada, y luego salió de la tienda, sigiloso. Alguien había dejado un buen caballo, un tordo castrado, atado a corta distancia. Le iría bien. De Dragón Renacido a ladrón de caballos. Rió entre dientes. Tendría que conformarse con montar a pelo.

Vaciló. Cerca, en la oscuridad, cantaba gente. Se encontraba en Shayol Ghul, aunque no era como lo recordaba, sino un reverdecido Shayol Ghul rebosante de vida.

Lo que sonaba era un canto fúnebre de las Tierras Fronterizas. Rand condujo al caballo por la rienda a través de la noche para acercarse un poco más. Atisbó entre las tiendas a tres mujeres que estaban de pie junto a una pira funeraria.

«Moridin —pensó—. Lo están incinerando con todos los honores, como el Dragón Renacido».

Retrocedió y montó en el tordo. Al hacerlo, reparó en una figura que se mantenía apartada de los otros. Una figura solitaria que miraba hacia él cuando los ojos de todos los demás estaban vueltos hacia la ceremonia.

Cadsuane. La luz de las llamas de la pira se reflejó en los ojos de la mujer cuando lo miró de arriba abajo. Rand hizo una inclinación de cabeza y esperó un momento; luego hizo dar la vuelta al caballo y lo puso al trote azuzándolo con los talones.

Cadsuane lo vio partir.

«Curioso», pensó. La mirada de esos ojos había confirmado sus sospechas. Sería una información que podría serle de utilidad. No era menester seguir presenciando esa farsa de funeral, pues.

Se alejó a través del campamento y en el camino se metió en una emboscada.

—Saerin —dijo, cuando la mujer se acercó y se puso a su lado—. Yukiri, Lyrelle, Rubinde. ¿Qué es esto?

—Querríamos orientación —repuso Rubinde.

—¿Orientación? —Cadsuane resopló con desdén—. Pedídselo a la nueva Amyrlin, una vez que encontréis a una pobre mujer a la que poner en ese puesto.

Las otras siguieron caminando junto a ella.

Cuando cayó en la cuenta de lo que buscaban, Cadsuane se paró en seco.

—¡Oh, qué puñetas, no! —exclamó mientras se volvían hacia ella—. No, no y no.

Las mujeres sonrieron con una expresión casi depredadora.

—Siempre le hablabais al Dragón Renacido con tanta sabiduría sobre la responsabilidad… —señaló Yukiri.

—Y repetíais lo mucho que las mujeres de esta era necesitan un adiestramiento mejor —añadió Saerin.

—Es una nueva era —intervino Lyrelle—. Nos esperan muchos desafíos… Y necesitaremos una Amyrlin fuerte que nos dirija.

Cadsuane cerró los ojos a la par que gemía.

Rand soltó un suspiro de alivio al dejar atrás a Cadsuane. La mujer no había dado la alarma, aunque lo había seguido observando mientras él ponía distancia entre ambos. Echó una ojeada hacia atrás y la vio alejarse con otras Aes Sedai.

Esa mujer le preocupaba; probablemente sospechaba algo que él no quería que intuyera. Aunque peor habría sido si hubiera dado la voz de alarma, sin embargo.

Suspiró, metió la mano en un bolsillo y allí encontró una pipa.

«Gracias por esto, Alivia», pensó. Cargó la cazoleta con tabaco que encontró en el otro bolsillo. Por instinto, buscó el Poder Único para encender la pipa.

No encontró nada. No había *Saidin* en el vacío, nada. Vaciló, pero después sonrió y sintió un enorme alivio. No podía encauzar. Sólo para asegurarse, buscó con cautela el Poder Verdadero. Tampoco nada por ese lado.

Miró la pipa y cabalgó un poco pendiente arriba, por un lateral del valle de Thakan'dar, ahora cubierto de plantas. No había forma de encender el tabaco. Lo observó un momento en la oscuridad, y entonces «pensó» que la pipa se encendía. Y así fue.

Rand sonrió y viró hacia el sur. Echó otro vistazo hacia atrás. Las tres mujeres junto a la pira habían vuelto la vista directamente hacia él. A la luz del cadáver en llamas distinguió que eran ellas, sin más detalles.

«Me pregunto cuál de las tres me seguirá —pensó, y entonces la sonrisa se le ensanchó—. Rand al'Thor, te has vuelto un engreído, ¿no? Das por descontado que una o más te seguirán».

Quizá ninguna lo haría. O quizá lo harían todas, cuando llegara el momento. Se sorprendió soltando una risita entre dientes.

¿A cuál elegiría? Min… Pero ¿dejar a Aviendha? No. Elayne. No. Rió de nuevo. No podía elegir. Había tres mujeres enamoradas de él, y no sabía cuál le habría gustado que lo siguiera. Cualquiera de ellas. Todas ellas.

«Luz, hombre. No tienes arreglo. Estás perdidamente enamorado de las tres, sin remedio».

Taconeó al caballo para que se pusiera a medio galope, y siguió hacia el sur. Tenía una bolsa llena de monedas, un buen caballo y una espada fuerte. La de Laman, que era más de lo que siempre había querido. A lo mejor llamaba la atención. Era una

espada con la marca de la garza en la excelente cuchilla.

¿Habría sido consciente Alivia de todo el dinero que le había dado? Ella no tenía ni idea de las monedas. Probablemente las había robado, de modo que él ya no sólo era un ladrón de caballos. En fin, le había dicho que le consiguiera algo de oro, y ella lo había hecho. Podría comprarse una granja en Dos Ríos con lo que llevaba encima.

Al sur. El este o el oeste también valdrían, pero suponía que quería ir a algún sitio lejos de todo lo que dejaba atrás, definitivamente. Primero al sur, después al oeste, quizá, a lo largo de la costa. ¿Y tal vez encontrar algún barco? Había tantas partes del mundo que no había visto… Había pasado por unas cuantas batallas, se había visto atrapado en un inmenso Juego de las Casas. Había estado metido en muchas cosas en las que no habría querido tener nada que ver. Ya conocía la granja de su padre. Y palacios. Había visto un montón de palacios.

Lo que no había tenido era tiempo para mirar de verdad gran parte del mundo.

«Hacer eso será algo nuevo», pensó. Viajar sin que lo persiguieran ni tener que gobernar aquí o allá. Viajar a donde pudiera dormir en un granero a cambio de cortar leña para alguien. Al pensarlo, se sorprendió soltando una carcajada. Continuó cabalgando hacia el sur mientras fumaba —aunque pareciera imposible— esa pipa. De pronto, el aire empezó a soplar a su alrededor, en torno a un hombre al que habían llamado lord, Dragón Renacido, rey, asesino, amante, amigo.

El viento se levantó, alto y libre, para remontar el vuelo hacia un cielo abierto, despejado de nubes. Sopló sobre un paisaje fracturado, sembrado de cadáveres que aún no habían sido enterrados. Un paisaje repleto, al mismo tiempo, de celebraciones. Acarició árboles en los que por fin crecían brotes. El viento sopló hacia el sur, a través de frondas de árboles nudosos, por encima de llanuras, y hacia tierras inexploradas.

Ese viento no fue un final. Porque no existen finales, y nunca existirán, en el eterno girar de la Rueda del Tiempo.

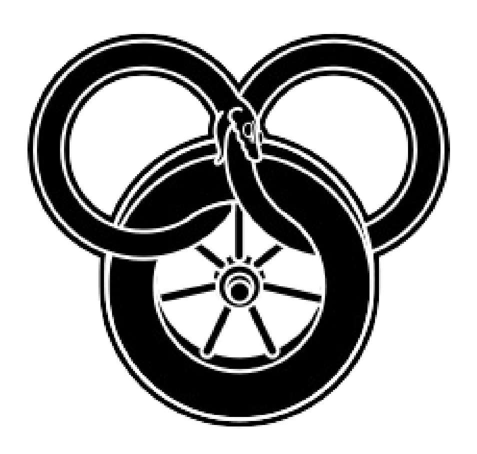
Pero aquél fue un final.

Y sucedió que en aquellos días, como había acontecido antes y volvería a acontecer, la oscuridad cernía su peso sobre la tierra y oprimía el corazón de los hombres, y el verdor de las plantas palidecía y la esperanza desfallecía. Y los hombres invocaron al Creador, diciendo: Oh Luz de los Cielos, Luz del Mundo, haced que el Redentor Prometido nazca del seno de la montaña, tal como afirman las profecías, tal como acaeció en las eras pasadas y sucederá en las venideras. Haced que el Príncipe de la Mañana cante en honor de la tierra para que crezcan las verdes cosechas y los valles produzcan corderos. Permitid que el brazo del Señor del Alba nos proteja de la Oscuridad y que la gran espada de la justicia nos defienda. Haced que el Dragón cabalgue de nuevo a lomos de los vendavales del tiempo.

De Charal drianaan te Calamon,
El Ciclo del Dragón.
Autor anónimo, Cuarta Era.

Llegó como el viento, como el viento lo tocó todo, y como el viento partió.

De El Dragón Renacido.
Por Loial, hijo de Arent, nieto de Halan,
Cuarta Era.



La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo.